

PUBLICACIONES DE LA « BIBLIOTECA MILITAR »

EL
AÑO MILITAR ESPAÑOL

COLECCION DE EPISODIOS, HECHOS Y GLORIAS

DE LA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

OBRA ILUSTRADA CON NUMEROSOS CROQUIS, PLANOS Y GRABADOS

DEDICADA

Á LOS

ALUMNOS DE LAS ACADEMIAS MILITARES

POR EL

Teniente Coronel graduado, Comandante de ejército.

D. ESTANISLAO GUIU Y MARTI

Capitán Profesor y Ayudante de Armas

DE LA

ACADEMIA DE ARTILLERIA

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

Redacción y Administración de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR y BIBLIOTECA MILITAR

CALLE DE VALENCIA, 323, ENTRESUELO

1890

Span 92.12

Harvard College Library

AUG. 27, 1919

Milot Fund

(II.)

Es propiedad

Barcelona: Imprenta de F. Giró, calle de las Cortes, 212 bis.



SEGUNDA PARTE

EFEMÉRIDES MILITARES

(CONTINUACIÓN)

IV

ABRIL

Día 1.

1535. **Abandono de Corón.** (GUERRA CON LOS TURCOS).—Esta plaza de la Morea, la antigua Chersoneso, había sido tomada por la flota combinada del almirante Doria el 21 de septiembre de 1533, después que los turcos al mando de Solimán se retiraron de Hungría, temerosos del ejército que frente á los muros de Viena había reunido el emperador Carlos V. Quedaron en Corón, para guarnecer la plaza, 2.500 españoles bajo las órdenes de D. Jerónimo Mendoza, y apenas embarcado Doria en su escuadra, fueron aquellos sitiados por mar y tierra por los turcos con fuerzas numerosas, viéndose reducidos bien pronto al último extremo por falta de subsistencias. En tal situación, fueron oportunamente socorridos, desembarcando Andrea Doria un tercio de españoles al mando del maestro de campo Machicao, después de derrotar la flota imperial á la enemiga, y si bien al tener noticia de la derrota de su escuadra se retiró el ejército turco á Andriano, volvió al poco tiempo á establecer el bloqueo, y á sufrir los sitiados toda clase de privaciones. Prefiriendo la muerte á tantas penalidades, dió la orden Machicao de marchar sobre Andriano donde

se hallaba el grueso del ejército contrario, atacándolo por dos puntos distintos. El capitán Hermosilla, con una banda de arcabuceros, consiguió destrozarse un cuerpo numeroso de caballería otomana; pero menos feliz **D. Rodrigo Machicao**, fué rechazado y muerto, sufriendo la misma funesta suerte **D. Diego de Tobar**, que le sucedió en el mando. Vueltos á encerrar los españoles en Corón sin haber podido romper el cerco para proporcionarse recursos, el hambre y la peste causaron en ellos terrible estrago, hallándose en la situación más crítica y deplorable cuando recibieron la orden de embarcarse y abandonar la plaza, lo que llevaron á cabo el 1.º de abril, después de año y medio de ocupación.

1665. **Creación del regimiento de Cuba, núm. 65.**—Se organizó por Real decreto de dicha fecha en la plaza de Badajoz, bajo la dirección de su primer maestro de campo conde de Torres-Vedras, sargento mayor de batalla, con el nombre de tercio de *Portugal*, y pasó su primera revista en la plaza de Alburquerque el 3 de septiembre de 1667. En 1668 cambió la denominación por tercio provincial de *Valladolid*, conocido también por el tercio de los *Verdes Viejos*; en 1707 tomó el nombre de regimiento de *Córdoba*, y en 1718 el de *España*. Pasó á Cuba en 1825, donde continúa, tomando el nombre de esta Antilla por Real decreto de 31 octubre de 1889. En el Museo de Artillería se conservan tres banderas de este cuerpo, señaladas con los números 2.575, 2576 y 2.623; las tres son de seda blanca con el escudo de armas Reales sobre cruz de Borgoña, y al final de sus aspas escudos pequeños, también de armas Reales; la última tiene corbata de San Fernando.

1707. **Creación del regimiento Dragones de Numancia, 11 de Caballería.**—Fué creado por el duque de Osuna, por lo cual llevó primeramente este nombre, siendo su primer coronel D. Diego González. Siguió luego llevando el nombre de sus coroneles, hasta que por la Ordenanza de 10 de febrero de 1718 se le dió el de *Numancia*.

1735. **Creación del regimiento de la Reina, núm. 2.**—Se creó en Guadalupe con el nombre de regimiento *Real de la Reina*, que fué disuelto por un acto de insubordinación (V. 29 OCTUBRE).—En 1815 volvió á tomar el nombre de la *Reina*, por Real orden de 2 de marzo, el batallón *Casadores voluntarios de Valencia*, que sirvió de base al nuevo regimiento. Después de la revolución de septiembre de 1868 tomó el nombre de *Castrejana*, recobrando su primitivo nombre durante el reinado de D. Alfonso XII. Del *Real de la Reina* fué su primer coronel D. Juan Pacheco.

Día 2.

1115. **Sitio de Mallorca.** (EXPEDICIÓN Á LAS BALEARES).—La iniciativa de esta empresa se debió á la república de Pisa, que cansada de su-

fir las continuas y molestas depredaciones de los moros de aquellas islas, armó una flota de 300 velas á mediados de agosto de 1113, pasando primero á Cerdeña de donde se dirigió á las Baleares. Más perdido en una tempestad el rumbo por impericia de los pilotos, la escuadra, dividida y dispersa, fué arrojada sobre las costas de Cataluña anclando junto á la villa de Blanes. Noticioso de ello el conde Ramón Berenguer III por un mensaje de los pisanos, dispuso pasase la armada de Pisa desde el puerto de Blanes al de San Feliu de Guixols, celebrando con ellos un tratado, á 9 de septiembre, por el que unía sus armas á las de los expedicionarios, quienes le confiaron el mando supremo.

Mientras se hacían los preparativos necesarios, desembarcaron las tropas, que se distribuyeron entre Montpellier, Nimes y Arles, pasando la flota á invernar en Salou, de donde zarpó el 24 de junio 1114 la expedición, compuesta de más de 500 buques. Dirigióse la armada cristiana á Ibiza donde mandaba el wali árabe Albulanazer, y efectuado el desembarco, fué sitiada la plaza, á la que se dieron varios asaltos, distinguiéndose en ellos lo mismo pisanos que catalanes y provensales, cayendo el tercer recinto en poder de los sitiadores, y con él la ciudad el 10 de agosto.

Nuncio de prosperidad la toma de Ibiza, fué abandonada ésta después de demolidas sus fortificaciones, pasando los cristianos á la vecina isla de Mallorca, donde desembarcaron el día de la festividad de S. Bartolomé, marchando inmediatamente sobre la ciudad que había de llamarse más tarde Palma. Sus fortificaciones eran verdaderamente formidables, estando dispuestas en cuatro recintos, de los cuales, el primero tenía el nombre de Arabathalidit (ciudad nueva), el segundo ciudad vieja; el tercero la Al-mudayna, y el cuarto era finalmente la Zuda ó Alcázar, bien fortalecida con robustas torres é inexpugnable por la parte de mar, corriendo por entre ellos el torrente Ezechin que en tiempo de lluvias se pasaba por cinco puentes. Apenas los moros avistaron á las tropas aliadas, salieron contra ellas, pereciendo en la pelea el caballero **Dalmou de Castries**, uno de los más bravos capitanes de Guillermo de Montpellier, quien vengó lleno de furia la muerte de su amigo, haciendo gran estrago en las filas musulmanas. Menudearon desde entonces las salidas de los sitiados, y contruidos que fueron dos enormes castillos de madera, cubiertos con cueros de buey para resguardarlos de los tiros enemigos, se aproximaron á la muralla para batirla en brecha con los arietes instalados en la base de aquellos, y conseguido el objeto, al propio tiempo que jugaban sin descanso todas las demás máquinas de sitiados y sitiadores, se dio la orden del asalto, comenzando por echar dos puentes desde los castillos al muro; mas fué inútil todo el valor de provensales, catalanes y pisanos, que fueron rechazados diferentes veces, destrozadas sus filas por las enor-

mes moles que disparaban los catapultas enemigas desde el interior de la plaza. Volvieron los cruzados al ataque el siguiente día, con la misma desgraciada suerte que en el anterior, pues aún cuando consiguieron penetrar algunas fuerzas por las calles de la ciudad, fueron arrojados de ella experimentando no poca matanza.

Entró el desaliento en los cristianos, aumentando aquel la peste que se desarrolló en su campo, y como vino luego el invierno, suspendieron toda operación hasta que, entrado ya el año 1115, y sabiendo que las defensores iban experimentando también los estragos del hambre, dióse otra acometida á la plaza, después de rechazar un ataque general intentado por los moros á los reales cristianos, en cuyo combate fue herido en un brazo el conde Ramón Berenguer. Los asaltantes sufrieron pérdidas considerables, siendo repelidos diez veces consecutivas; mas entraron al fin el primer recinto el 11 de febrero, vengando con exceso la sangre derramada.

Atacado el segundo recinto, y cegados los fosos con las ruinas de la ciudad nueva y los cadáveres de los enemigos, pudo darse el asalto, penetrando en la ciudad vieja el 22 de febrero. Avanzaron los castillos y máquinas á las murallas de la Almudayna, y habiendo conseguido los cruzados apoderarse de una torre del primer ángulo, desmayaron los defensores y apenas opusieron ya resistencia, corriendo á refugiarse en la Zuda los que pudieron librarse de la espantosa carnicería que llevaron á cabo los vencedores sin dar cuartel. La defensa de la Zuda fué más obstinada; y aunque consiguieron entrar en ella los cristianos en los primeros días de marzo, tuvieron que ir conquistando una á una las numerosas torres de que estaba erizada la fortaleza. Quedaba todavía el Alcázar, último refugio de los moros, los cuales, sabiendo no debían esperar misericordia, se dispusieron á vender caras sus vidas; mas la resistencia no era ya posible, y entrado por asalto el castillo el día 2 de abril, los infelices que en él se habían guarecido fueron bárbaramente degollados, sin distinción de edad ni sexo, y arrojados no pocos por las ventanas al mar.

Rematada la conquista de Mallorca, regresaron los expedicionarios á sus respectivos países, enriqueciéndose el Duomo de Pisa con infinidad de palios, cálices y otros ornamentos sagrados, producto del pillaje de los moros (1).

(1) Hay en Florencia un monumento de esta expedición. Consiste en dos columnas de pórfido, parte del botín recogido en las Baleares, que los pisanos regalaron á los florentinos por los servicios que durante su ausencia les prestaron tomando á su cargo la custodia de la patria. Hállanse estas dos columnas en la puerta del Este del Baptisterio, iglesia cuya fundación data del siglo VI.

Día 3.

1485. **Conquista de Marbella** (GUERRA DE GRANADA).—La llevaron á cabo los Reyes Católicos.

1493. **Solemne entrada de Cristóbal Colón en Barcelona.**—Al desembarcar Cristóbal Colón el 15 de marzo de 1493 en el puerto de Palos de vuelta de su primer viaje á América, supo que los Reyes Católicos se encontraban en Barcelona. Dirigióse el célebre navegante á Sevilla, de donde pasó á la capital de Cataluña en cuanto recibió la orden de los monarcas, siendo recibido allí con extraordinaria pompa y magnificencia. Multitud inmensa, repartida por las calles y plazas del tránsito, aclamaba al marino genovés, llena de entusiasmo, y desde los balcones, ventanas y azoteas, miles de espectadores, estrechamente apiñados, le saludaban llenos de alborozo, contemplando con la mayor curiosidad los raros objetos que como trofeos de su temeraria empresa había traído Colón. Este, á caballo y rodeado de brillante comitiva, llegó adonde estaban Fernando é Isabel, con el príncipe D. Juan, los cuales habían hecho poner en público su estrado y solio real bajo un rico dosel de brocado de oro. Vestida la corte de gala, recibió al inmortal descubridor del Nuevo Mundo con las mayores muestras de afecto y admiración. Pusieronse en pie los reyes al aproximarse aquél, y al doblar la rodilla para besarles la mano, le hicieron levantar y sentar en su presencia. Refirió Colón con minuciosos detalles su interesante viaje, y al terminar la relación, profundamente conmovidos reyes y magnates, postráronse en tierra para dar gracias á Dios por el éxito venturoso de tan grande empresa.

Confirieron los monarcas á Colón el almirantazgo hereditario y perpetuo, otorgándole el dictado de *Don* y autorizándole para poner en su escudo las armas reales de Castilla y de León, con otras alusivas á su descubrimiento, á las que se añadió después el lema: *Por Castilla y por León nuevo mundo halló Colón*. Sus descendientes recibieron el título de *Duque de Veragua*.

Permaneció aquél en Barcelona, espléndidamente atendido y agasajado por todo el mundo, hasta el 28 de mayo, en que se despidió de los monarcas católicos, saliendo para Sevilla con el objeto de activar los preparativos del segundo viaje (V. 25 SEPTIEMBRE).

1835. **Heroica defensa de Maestu** (GUERRA CIVIL).—Fortificada Maestu en 1834, quedaron encargadas de su defensa siete compañías de *Borbón* al mando del primer comandante D. FRANCISCO ALVAREZ DEL

MANZANO. Pusieron empeño los carlistas en apoderarse de ella sitiándola con fuerzas numerosas; mas los valientes soldados de *Borbón* les repelieron varias veces, y cuando redoblaba el enemigo sus esfuerzos atacándola resueltamente, se presentó el general Córdova con su división, arrojó á los sitiadores de las posiciones que ocupaban, y formando en batalla, recibió á la tropa de *Borbón* con banderas desplegadas y tambor batiente, honor dispensado á la bizarría con que pelearon los bravos defensores de Maestu. A pesar de la mucha pérdida que había sufrido el enemigo en sus diferentes ataques, cercáronla de nuevo, dando el 30 de enero un terrible asalto, en el que la guarnición opuso tan tenaz resistencia, que se estrellaron contra ella el ímpetu y denuedo de los acometedores, llegando al más alto grado el heroísmo de los sitiados al ser atacados de nuevo el 3 de abril, en cuyo día, después de pelear por espacio de doce horas con ejemplar denuedo, fueron una vez más rechazados los carlistas. El comandante D. FRANCISCO ALVAREZ DEL MANZANO y los demás oficiales de *Borbón* obtuvieron la cruz laureada de San Fernando como premio á su valor; y ordenado el abandono de Maestu, desfilaron con toda la fuerza que mandaban por delante de todo el ejército, formado en la llamada de Vitoria, al incorporarse al resto del regimiento.

Día 4.

1340. **Combate naval de Gibraltar** (INVASIÓN DE LOS BENIMERINES). —Guardaban las escuadras castellana y aragonesa el estrecho de Gibraltar, cuando habiendo hecho un desembarco en Algeciras el bravo y entendido almirante de Aragón **Gilabert de Cruylles** con poca previsión y fuerzas insuficientes, tuvo la desgracia de perder la vida en el combate. Retiróse con tal motivo el grueso de la escuadra aragonesa, quedando á las órdenes del almirante castellano **D. Alonso Jofre Tenorio** tan sólo 27 galeras y seis naves mayores, en ocasión de presentarse en aguas de Algeciras la armada del rey de Marruecos Abul Hassan, compuesta de 250 velas. Esquivó aquél prudentemente el combate ante fuerzas tan superiores; mas habiendo sus enemigos hecho correr la especie de que por miedo ó por traición no había impedido el paso del estrecho á la armada mahometana, cuya noticia le comunicó su esposa desde Sevilla, donde á la sazón se encontraba la Corte, el pundonoroso marino quiso desmentir tan absurda y poco fundada injuria, y sin más dilación dió á su pequeña flota la orden de atacar á la escuadra enemiga. Tan temeraria empresa tuvo bien pronto el resultado que era de esperar; casi todas las galeras castellanas y tres aragonesas auxiliares fueron echadas á pique, y rodeada la del almirante por un sinnúmero de naves ene-

migas, se defendió largo tiempo, pereciendo sucesivamente los que á su alrededor estaban. Cogió entonces Jofre el estandarte real y siguió peleando con el mayor valor hasta que le cortaron una pierna, cayendo al fin sin vida de un golpe de barra en la cabeza, abrazado al estandarte de Castilla, que tan heroicamente defendió. Los moros le cortaron la cabeza, que enviaron al rey Abul-Hassan, arrojando su cuerpo al mar (1).

Este valeroso castellano, en un combate naval con la escuadra portuguesa del almirante Persano, en 1337, se apoderó del estandarte real de Portugal, que fué depositado en la catedral de Sevilla. El retrato del bizarro marino, que prefirió á la deshonra una muy gloriosa muerte, se conserva en el Museo Naval con el número 784.

1661. **Creación del regimiento Lanceros del Rey, 1.º de Caballería.**

—Fué organizado en Milán, cuyo nombre tomó, con las compañías de caballos sacadas del estado de Lombardía, allí existentes desde el año 1536, y de las que fué asentado ya por comisario general de dicha caballería D. Pedro Ponce de León y Córdoba el 21 de agosto de 1538. Conservó el nombre de *Milán* hasta 1763, en que tomó el del *Rey* al refundirse con él el regimiento de *Flandes*; mas en 1868 tomó el de *Sesma*, recobrando el anterior después de la restauración de D. Alfonso XII.

Día 5.

1818. **Batalla de Maypú (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE CHILE).—**

Lejos de aprovecharse el brigadier Osorio de la victoria conseguida en Cancharayada (V. 19 MARZO), persiguiendo sin descanso al ejército insurgente, retrocedió á Talca. Reanimado con esto el espíritu de los patriotas chilenos, se rehicieron completamente, y cuando el ejército realista, después de ocho ó nueve días de inacción, se dirigió por fin á Santiago confiando en posesionarse de la capital, encontró formadas en los llanos de Maypú, inmediatas á la misma, á las tropas del general San Martín; superiores en número. Principió el combate á las once de la mañana con un vivo fuego de artillería, atacando en seguida dos batallones enemigos la derecha de los españoles; mas les recibió el segundo batallón del *Infante* con tan terrible fuego, que fueron repelidos con pérdidas considerables. Atacaron á su vez los realistas, también con poca suerte, y habiendo conseguido el general chileno Quintana interponerse entre nuestra primera línea y la reserva, al mismo tiempo que la caballería contraria cargaba sobre la izquierda española, bastó el corto espacio de una hora para que el ejército realista fuese completamente envuelto y derrotado.

(1) Murió también gloriosamente en este desgraciado combate el catalán don **Dalmáu de Cruylles**, hijo del almirante Gilabert.

Batióse con bravura el primer batallón de *Burgos*, sin volver la espalda al enemigo, pues después de dejar tendida en el campo la tercera parte de su fuerza fueron los demás hechos prisioneros en el mismo puesto en que habían formado al principio del combate; también el *Infante* peleó con denuedo, haciendo los últimos esfuerzos en la hacienda del Espejo (EPISODIO), una legua á retaguardia, en donde se hicieron fuertes algunas tropas con el brigadier Ordóñez, teniendo al cabo que capitular. El ejército realista, totalmente deshecho, perdió 2.000 muertos y heridos y 3.500 prisioneros (1). Osorio y unos pocos pudieron llegar con gran dificultad á Talcahuano, en donde se embarcaron el 4 de septiembre para el Callao, entre ellos el comandante del batallón de *Arequipa* D. José Ramón Rodil. Los chilenos tuvieron más de mil bajas.

Episodio.—Distinguióse de dicho cuerpo, al frente de su compañía de cazadores, el capitán D. PEDRO AZNAR, quien, despreciando el horrible fuego que se le dirigía de todas partes, sostuvo la retirada de la columna de granaderos que protegía los heridos y los equipajes, hasta el callejón de la casa del Espejo, en donde causó gran destrozo en el batallón insurgente *Casadores de Coquimbo*.

Día 6.

1707. **Episodio del sitio de Ceuta.**—Durante este largo sitio, puesto con empeño por los moros aprovechando la guerra de sucesión, pereció en la salida practicada el 7 de noviembre de 1706 el capitán D. Diego Carrillo, cayendo prisioneros los capitanes D. Manuel Mora y D. José Correa, todos del regimiento de *Ceuta*. Conducidos cautivos á Tetuán, pasaron después á Mequinez, donde fueron presentados al emperador, quien mandó quitarles la vida si no abjuraban la fe católica. Negáronse resueltamente los dos españoles á renegar de la religión de sus padres, y el día 6 de abril, despojados de sus vestidos y atadas las manos á la espalda, fueron de nuevo conminados por el alcaide Alí á abrazar el mahometismo. Firmes en su inmutable resolución aquellos valerosos cristianos, rechazaron otra vez la intimación de sus enemigos, y á una señal de Alí, una descarga de los soldados moros les derribó en tierra con varias heridas. Por dos veces se levantó Mora del suelo con gran valor, invocando los nombres de Jesús y María, hasta que el fin cayó agonizante. Entonces el feroz gobernador sacó su guma, y por su propia mano decapitó á los dos cautivos, mártires del deber y de la fé, cuyas familias tomó el rey bajo su protección por decreto de 29 de junio del mismo año.

Por este suceso se concedió á las banderas del regimiento el siguiente lema:
Espugno inimicus fidei.

(1) Muchos de los jefes y oficiales que cayeron en poder del enemigo, tuvieron después un fin desastroso (V. 8 FEBRERO).

1812. **Sitio de Badajoz** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA) (1).—Dueño lord Wellington de Ciudad Rodrigo (V. 19 ENERO), pensó en apoderarse de Badajoz. Moviése al efecto desde Yelves, donde había sentado sus reales, y después de echar un puente de barcas sobre el Guadiana, dos leguas por bajo de dicha plaza, se presentó delante de ésta el 16 de marzo. El gobernador francés, general Philippon, había reparado, mejorado y aumentado considerablemente las obras de defensa; y la guarnición, compuesta de unos 5.000 hombres, tenía víveres para cuarenta ó cincuenta días, pero escaseaban las municiones. Eligieron los ingleses como frente de ataque el comprendido entre los baluartes de la Trinidad y de Santa María, mas al descubierto, y abrieron en la noche del 17 la trinchera á 300 metros del reducto de la Picuriña, disponiendo al efecto de 3.000 útiles, 80.000 sacos terreros, 1.200 cestones y 700 faginas, preparados de antemano. Efectuaron los sitiados una salida el 19 con 1.100 infantes y 70 caballos, causando bastante daño en los trabajos; pero éstos continuaron con ahinco á pesar de haberse metido el tiempo en aguas desde el 20 al 25, creciendo el Guadiana hasta el punto de arrastrar el puente de barcas, quedando de este modo interceptada la comunicación entre ambas orillas. No obstante estos contratiempos, pudieron ya los sitiados romper el fuego el 25 desde la primera paralela con 28 piezas repartidas en seis baterías: dos contra la Picuriña y cuatro para enfilarse y destruir el frente atacado, y asaltado dicho fuerte al anochecer del mismo día, consiguieron los ingleses apoderarse de él.

Abierta la segunda paralela á la distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza, se construyeron algunas baterías de brecha contra la cara derecha del baluarte de la Trinidad, el flanco izquierdo del de Santa María y la cortina comprendida entre aquel baluarte y el de San Pedro. Como los sitiados habían preparado hacia este lado una inundación con las aguas del Rivillas por medio de una esclusa cubierta con el rebellón de San Roque, trataron los ingleses de enseñorearse de este fuerte para inutilizar dicha esclusa; mas tropezaron con dificultades que no pudieron allanar y no les fué posible conseguir su objeto. Mientras tanto se iba aproximando á Extremadura el mariscal Soult, y noticioso de ello lord Wellington, resolvióse á asaltar la plaza en cuanto estuvieran practicables las brechas.

Dióse la acometida á las diez de la noche del 6 de abril. Tomado el rebellón de San Roque, avanzaron dos divisiones, formadas en columna cerrada, para atacar la brecha de la Trinidad y de Santa María, mientras

(1) Véase el croquis del 11 de marzo.

otras fuerzas llamaban la atención del enemigo desde Pardaleras al Guadiana, procurando escalar el baluarte de San Vicente y su cortina, y el general Picton se dirigía con la tercera división al asalto del castillo. Penetraron sigilosamente en el camino cubierto las tropas encargadas de atacar las brechas, saltando animosas al foso, no obstante tener la contraescarpa una elevación de doce pies. Apercibiéronse entonces los defensores de la proximidad de sus enemigos y rompieron sobre ellos un fuego espantoso de fusilería y metralla, al mismo tiempo que hacían estallar un rosario de bombas de á 14 pulgadas enterradas en el foso y les arrojaban desde lo alto de las murallas multitud de proyectiles, piedras y barriles incendiarios. Ordenáronse los ingleses y se dirigieron á las brechas; mas tropezaron con una cuneta abierta en el fondo del foso, de seis pies de profundidad, llena de agua, y ahogándose muchos en ella, sirvieron sus cadáveres de paso para los demás, que, afrontando heroicamente una muerte segura, trataron de abrirse paso por entre los numerosos obstáculos que obstruían en todas direcciones el acceso á las brechas. Dos veces acometieron valerosos hasta llegar á los caballos de frisa, formados por gruesas vigas erizadas de hojas de armas blancas en que se clavaban los de las primeras filas empujados por las de atrás, y las dos fueron rechazados, retrocediendo en el mayor desorden. Sin aliento ni ánimo para dar una tercera embestida, apiñados en el reducido espacio comprendido entre los dos baluartes, sin avanzar ni retirarse, sordos á la voz de sus jefes, estuvieron durante más de dos horas expuestos al fuego destructor de los franceses, que á mansalva produjeron en aquella inmóvil masa humana horrible carnicería. Apesadumbrado lord Wellington, iba á ordenar ya la retirada para aguardar la luz del día, cuando supo que Picton había escalado y tomado el castillo y que el general Leith, rechazado de Pardaleras, había podido penetrar en la plaza escalando el baluarte de San Vicente, y se corría á lo largo de la muralla para coger por la espalda á los defensores de las brechas. Entonces, imposible ya toda resistencia, fueron aquéllas abandonadas, refugiándose el bravo Philippon en el fuerte de San Cristóbal, en donde á las seis de la mañana se rindió á discreción.

La desgraciada ciudad de Badajoz fué tratada por los *humanitarios* ingleses, *amigos* y *aliados* de los españoles, con tal barbarie, que los mismos escritores de su nación, testigos presenciales (1) confiesan no se registra ejemplo semejante en los anales de los pueblos civilizados. Cuantos excesos, crímenes, horrores, atropellos y hechos los más escandalosos puede concebir la imaginación más depravada, tuvieron allí lugar durante

(1) Relación inserta en *The united service journal*, por un oficial inglés.—*History of the Peninsular War*, por Napier.

dos días completos. Los desventurados habitantes sufrieron toda clase de vejaciones é insultos, sin distinción de sexo ni edad, pereciendo muchos de ellos á manos de aquellos salvajes, que en número de 20.000 penetraron furiosamente por todas partes, sin que edificio alguno pudiese librarse de la desenfrenada rapacidad de aquella *horda de bandidos*; y cuando no quedaba ya nada que robar ni destruir, se les veía por las calles completamente *borrachos* (1), á tiros con todo el mundo, aun con sus mismas camaradas, disputándose el botín, que pasaba á manos del más fuerte. Los destacamentos que entraron en la ciudad para restablecer la disciplina se dejaron contaminar con el ejemplo, y los jefes y oficiales manifestaron ser impotentes para contener tales desmanes; el mismo Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados, que le impidieron entrar en la plaza; sólo terminaron aquellos horrores, cuando, agotadas las fuerzas de todos por tantos excesos, pudieron imponerse otras tropas que acudieron con tal objeto; sin embargo, el día 9 se estableció en el campo un mercado con todas las presas hechas, á ciencia y paciencia de los jefes británicos.

Perdieron los franceses en tan bizarra defensa 1.300 hombres muertos y heridos (2); los sitiadores contaron de menos después del asalto más de 5.000 hombres, de los cuales unos 3.500 sólo en la noche terrible del 6: 500 en la escalada del baluarte de San Vicente, otros tantos en la toma del castillo y 2.500 en las brechas. Las Cortes españolas dieron las gracias al ejército inglés por la conquista de Badajoz, condecorando á lord Wellington con la gran cruz de San Fernando.

Día 7.

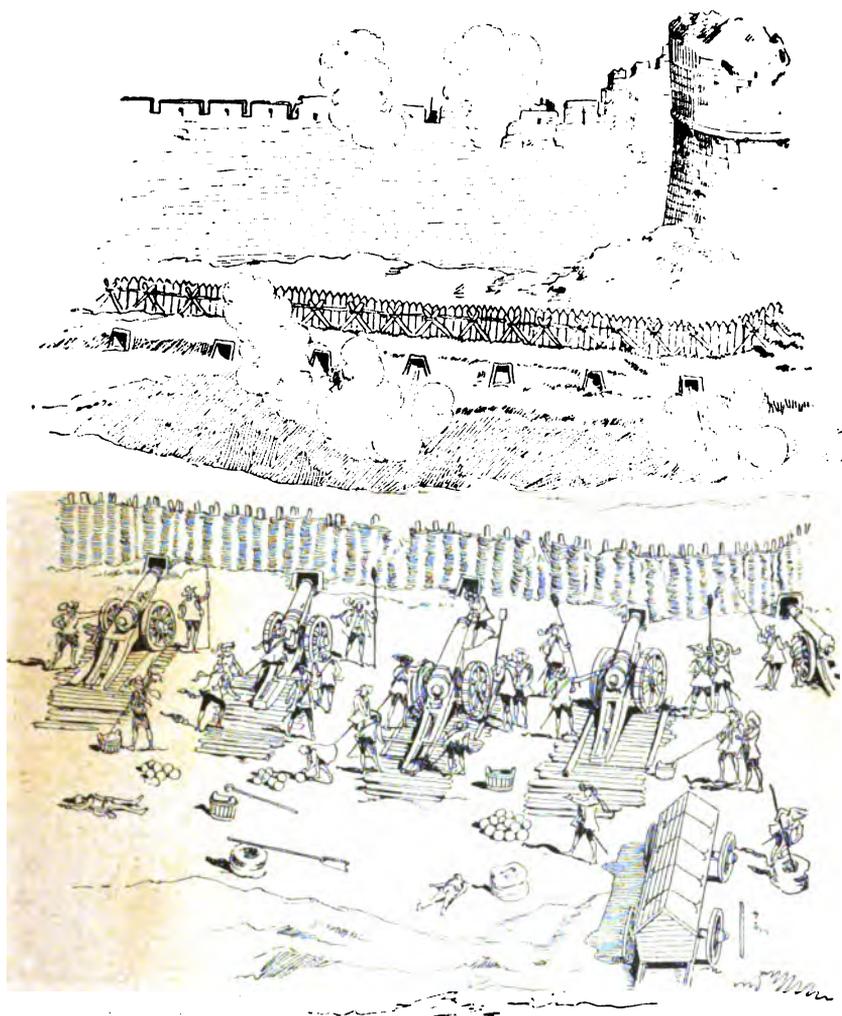
1822. **Batalla de Ica** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DEL PERÚ).—El general San Martín, titulado *protector* del Perú, envió á la ciudad de Ica tres batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, al mando del general D. Domingo Tristán, para fomentar la insurrección de los pueblos por aquella parte, pues estaba decidido á acabar de una vez con

(1) Muchos de ellos se ahogaron en una bodega sumergidos en el vino que se escapaba por los agujeros abiertos á balazos en los barriles.

(2) Entre los 3.500 prisioneros se contaban el comandante Nieto, el capitán Romero, los tenientes Jamarí, Olize, Guevara y algunos soldados españoles que, entregados á los guerrilleros, fueron inmediatamente fusilados. El capitán de artillería Farinas, sabiendo la suerte que le aguardaba, se hizo lanzar al espacio poniéndose en la boca de un mortero en uno de los últimos disparos que hizo la plaza.

los restos miserables de los godos, tiranos opresores, que existían aún profanando el suelo peruano. No se ocultaba á los jefes españoles la importancia que tenía para el enemigo la permanencia de la división Tristán en Ica, 60 leguas al sur de Lima, desde cuyo punto amenazaba las provincias de Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y deseando escarmentarle el general Canterac, recientemente ascendido, se puso en marcha el 26 de marzo desde Huancayo con 1.400 infantes escogidos, 600 buenos caballos y tres piezas de montaña. Llegó el 4 de abril á la Ramadilla, once leguas de Ica, sin que los insurgentes se apercibiesen de su movimiento, desde cuyo punto continuó su marcha acelerada, situándose en la noche del 6 sobre el camino real de Lima, retirada natural del enemigo, el cual, teniendo noticias vagas de la aproximación de las tropas realistas, la emprendió efectivamente en aquella dirección. Al saber el general Canterac que se acercaban los contrarios, estableció rápidamente sus fuerzas en posición, á la luz de la luna, que brillaba sobre un horizonte clarísimo, formando la infantería en batalla á la derecha del camino, á las órdenes del brigadier Monet, y la caballería, parte en batalla y el resto en columna, sobre el mismo camino real, á las del brigadier Loriga. Sería como la una de la madrugada del 7 cuando se avistó la vanguardia enemiga, compuesta de tres compañías de cazadores, y roto el fuego, fueron éstas acometidas por el 1.^{er} batallón del *Imperial Alejandro*, que mandaba D. Pedro Becerra, y el 1.^{er} escuadrón de dragones de la *Unión*, y puestas en fuga, comunicando los dispersos el pánico al resto de las tropas. Avanzó, no obstante, el grueso, continuando el combate con tesón; mas tuvo que ceder al terrible empuje de los cazadores del *Imperial Alejandro*, mandados por su valiente capitán D. Juan James, y á la bizarría de los dragones, conducidos á la carga por el mismo Canterac. Inútiles todos los esfuerzos del enemigo para abrirse paso, fueron arrollándole las tropas reales, y á las tres de la mañana quedaba casi completamente destruída la división Tristán, pues además de los muertos y heridos que había sobre el campo, se hicieron 1.000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, cogiendo también dos banderas (1), las cuatro piezas de artillería, más de 2.000 fusiles y otros efectos. Los españoles tuvieron pocas bajas, contándose entre los muertos el capitán **D. Luis Seco** y el cadete **don Fernando Rodríguez**, ambos de dragones de la *Unión*.

(1) En el Museo de Artillería se conserva una de ellas, cogida en la carga dada por el *Imperial Alejandro*, señalada con el número 2.631.



ABRIL 8.—BATERÍA DE SITIO FRENTE Á MONS.

(Copia de un grabado de la época.)

Día 8.

1691. **Sitio de Mons (GUERRA CON FRANCIA).**— Esta plaza de primer orden, llave militar-del Haynaut (Flandes), cerraba el camino de Bruselas. Para consolidar la conquista de dicha provincia dispuso Luis XIV cercarla, y con el fin de evitar fuese socorrida, procedió con el mayor sigilo, presentándose inesperadamente delante de Mons con un ejército de 70.000 hombres, antes de que los aliados pudiesen darse cuenta de ello y aumentar la guarnición. Se reducía ésta á unos 6.000 hombres, la mayor parte españoles escogidos y avezados á los peligros de la guerra, y mandaba en jefe el príncipe de Berghes. Luis XIV circunvaló la plaza sin pérdida de tiempo, abrió la trinchera el 24 de marzo, ejecutando 22.000 trabajadores las obras necesarias con la rapidez consiguiente, y estableció en batería 66 cañones y 24 morteros, desplegando los grandes recursos que le suministraba el talento de los esclarecidos capitanes que le rodeaban y las numerosas fuerzas que mandaba. Bien pronto diferentes brechas permitieron á los sitiadores dar dos asaltos consecutivos con impetuosidad admirable; pero fueron rechazados en ambos por la reducida guarnición, que esta vez renovó con su hazaña heroica la fama proverbial de los antiguos tercios españoles. La ciudad fué incendiada en su mayor parte por el considerable número de proyectiles huecos que arrojaron los franceses; y como los víveres y municiones llegaron á agotarse, apurados todos los medios de defensa sin recibir socorro, capituló el príncipe á los veinticinco días de sitio, con honrosas condiciones, saliendo de la plaza con los 4.000 hombres que le restaban. La dejó guarnecida Luis XIV con 10.000 infantes y 4.000 caballos: tanta importancia daba á su posesión.

1838. **Episodio de la guerra civil.**— La 2.^a compañía del primer batallón de *Extremadura*, de guarnición en el fuerte de Villanueva de Mena (Burgos), llevó á cabo en dicho día una defensa heroica contra once batallones carlistas mandados por el general Guergué. Intimidó éste varias veces la rendición, primero con promesas, luego con amenazas; mas viendo que no conseguía por tales medios hacer capitular á aquellos valientes, rompió el fuego con diez piezas de artillería sobre el débil muro, y abierta en éste una brecha practicable, lanzó sus tropas al asalto. Los bravos de *Extremadura* rechazaron la briosacometida del enemigo, que no la repitió, temeroso de otro fracaso, confiando tomar el fuerte sin nuevas pérdidas. Siguió cañoneando la fortaleza y el pueblo; incendió las casas inmediatas, para ver de prenderla fuego, y hasta trató de construir una mina que abriese más espacioso portillo; pero no consiguió amedrentar en lo más mínimo la admirable y serena constancia de los defensores, que se sostuvieron todo el día los pocos que quedaban ilesos, esperando ser socorridos, como lo fueron efectivamente el día siguiente, retirándose Guergué

á la aproximación de las tropas del general Rivero. Murieron gloriosamente el capitán de la compañía **D. José Moreno**, el teniente **D. Pablo Ferrer** y un número considerable de individuos de tropa; y quedaron heridos, con la mayor parte de los restantes, el sargento primero **D. VICENTE MONJARDÍN**, que fué ascendido al empleo inmediato. El subteniente **D. MANUEL GARCÍA** recibió el grado de teniente.

Quiso Rivero premiar el heroico valor desplegado por los soldados de *Extremadura*, para lo cual mandó, que formadas las tropas en batalla y batiendo marcha las músicas y bandas, fuesen aquéllos recibidos con las armas presentadas hasta colocarse en su puesto, como lo verificaron en medio de las más entusiastas aclamaciones. El inspector general encomió también en una orden tan alto hecho, disponiendo se leyese aquélla á la hora de lista por los respectivos capitanes de las compañías, haciendo salir al frente á los que se concedía distinción tan señalada.

Día 9.

1812. **Sorpresa de Arlabán** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Noticioso **D. Francisco Espoz y Mina** de que se dirigía á Francia un rico convoy escoltado por 2.000 franceses, pensó apoderarse de él, para lo cual maniobró diestramente, y haciendo en un día una marcha de más de 15 leguas, se presentó con sus fuerzas al amanecer del 9 en las inmediaciones del puerto de Arlabán y Salinas, cuando el enemigo le suponía todavía en el alto Aragón. Emboscada su gente de manera que envolvía completamente el pueblo, y secundado por **D. Gregorio Cruchaga**, caudillo no menos entendido y bravo, cuando se descubrió el convoy, hicieronle los soldados de **Mina** una nutrida y mortífera descarga, cayendo sobre los contrarios á la bayoneta antes de que tuviesen tiempo de reponerse de acometida tan brusca. Desordenada la columna, huyó precipitadamente parte de la retaguardia, protegida por los fuegos del castillo de Arlabán, artillado con cuatro piezas; el resto de ella fué envuelto y acosado por todas partes, teniendo que entregarse prisioneros los que no quedaron muertos ó heridos, que fueron 600. Recobraron la libertad muchos prisioneros españoles que iban en el convoy para sufrir duro cautiverio en Francia, y se cogió rico botín, con dos banderas. Distinguiéronse en este combate el comandante **D. Francisco Ignacio Asura** y el subteniente **D. León Mayo**, que mató de un sablazo á **M. Deslandes**, secretario del rey José.

1834. **Episodio de la guerra civil.**—En la acción de Sodupe, el segundo batallón del *Príncipe*, dirigido por su comandante **D. JOSÉ GARCÍA JOVE**, salvó á la división del brigadier **Espartero** de una derrota cierta. Cuando las tropas de éste ce-

jaban ya ante los reiterados ataques del enemigo, que creía segura la victoria, decidióla aquél á favor de las tropas de la reina con su ejemplar denuedo. Lanzóse decidido á la bayoneta sobre los carlistas, sin hacer caso de las mortíferas descargas que le hacían desde la fuerte posición que ocupaban, y escaló ésta en medio de un diluvio de balas que le causaron bajas numerosas; mas se reanimaron las fuerzas restantes con el ejemplo del *Príncipe*, y los carlistas tuvieron que ceder el campo y huir al fin perseguidos por las tropas liberales. El brigadier Espartero fué ascendido por este brillante hecho de armas á general, y el intrépido comandante Jove obtuvo la cruz de San Fernando.

Día 10.

1552. **Ocupación de Metz** (GUERRA CON FRANCIA).—Aliado Enrique II de Francia con el príncipe Mauricio de Sajonia, jefe de los protestantes de Alemania, envió á la Lorena un ejército respetable por el número y calidad de las tropas, al mando del condestable de Montmorency, á quien abrieron inmediatamente las puertas Toul y Verdun, apelando á una ruin estratagema para apoderarse de Metz. Para conseguir su objeto, pidió permiso á sus habitantes para atravesar la ciudad con un corto séquito de caballeros. Cayeron torpemente aquéllos en el lazo, y el condestable entró en la capital de Lorena con un destacamento compuesto de soldados escogidos que llevaban ocultas las armas bajo sus bordadas vestiduras; ya dentro de la ciudad, y con el pretexto de disponer la salida de vituallas para su ejército, se apoderó de una puerta y dió entrada á algunos regimientos prevenidos en las inmediaciones para el caso. Los ciudadanos conocieron tarde el engaño, pues cuando, ardiendo en ira, corrieron á tomar las armas, nada pudieron ya hacer, paralizadas sus fuerzas por la sorpresa y el espíritu de discordia, sin caudillos, sin plan alguno y ocupados los puntos principales por los franceses. De este modo pudieron éstos hacerse dueños de tan fuerte plaza, de la que estuvieron en posesión hasta 1870.

1811. **Sorpresa del castillo de San Fernando de Figueras** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Debióse la realización de este hecho á la iniciativa del capitán D. José Casas, de la segunda legión catalana, que mandaba el doctor D. Francisco Rovira. En inteligencia aquél con Juan Marqués, criado del guarda-almacén de víveres del castillo, por medio de un estudiante llamado Juan Floreta y los cuñados del primero Pedro y Ginés Pou (1), se procuró una llave falsa de la poterna que daba

(1) Estos dos hermanos recibieron como recompensa el empleo de capitán de caballería, que legitimaron á la terminación de la guerra, obteniendo plaza de alum-

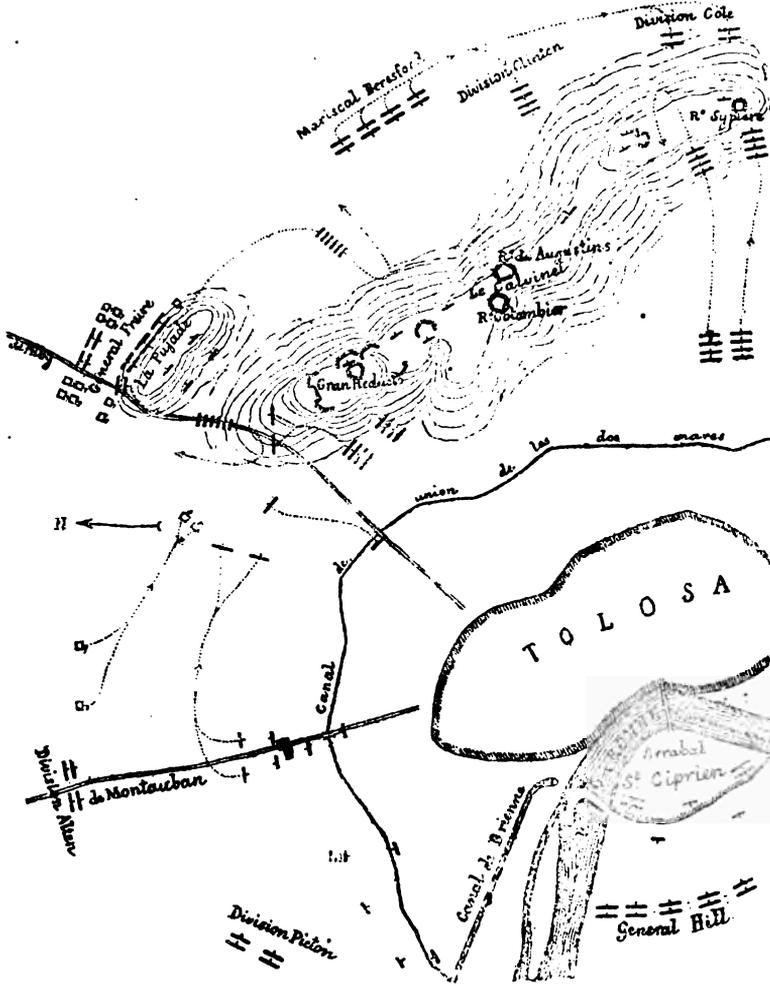
al foso desde el expresado almacén. Hechos los preparativos necesarios, salieron el 6 de abril del Esquirol, cerca de Olot, D. Juan Antonio Martínez, que reclutaba gente por aquella comarca, y D. Francisco Rovira, y pasaron con 500 hombres á Ridaura, donde se les incorporaron otros 500, llegando el 7 á Oix, como para entrar en Francia, lo que creyó el enemigo al ver que continuaban el 8 por Sadernas á Llerona, en cuyo punto permanecieron hasta el mediodía del 9; mas aprovechando un fuerte temporal, cambiaron repentinamente de ruta, dirigiéndose á Vilaritj, pueblo distante tres leguas de Figueras y situado en una altura, límite entre el Ampurdán y la montaña. Permanecieron allí ocultos en un bosque hasta la noche, y á la una de la madrugada del 10, convenientemente distribuidos, yendo delante el capitán Casas, subió éste con sus soldados por la esplanada, cubiertas las armas, frente al hornabeque de San Zenón; metióse por el camino cubierto y descendió al foso; franqueó con su llave la entrada de la poterna, penetró por los almacenes subterráneos y dirigióse á desarmar la guardia de la puerta principal, siguiéndole el resto de las fuerzas, que se desparramaron por la muralla y sorprendieron á la guarnición, dormida tranquilamente en sus cuarteles, lo mismo que el gobernador, general Goyon (1), haciéndola prisionera. El barón de Eroles, que había salido el día 9 de Martorell para apoyar la sorpresa, se posesionó el 12 de los fuertes que tenían los franceses en Olot y Castellfullit, cogió 548 prisioneros y, después de derrotar á su paso por la sierra de Puigventós á un regimiento enemigo, entró en Figueras el 16.

1814. **Batalla de Tolosa** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Después de la batalla de Orthez (V. 27 FEBRERO), el ejército aliado al mando de lord Wellington, convenientemente reforzado por el IV ejército español, continuó la persecución del ejército francés del mariscal Soult. Llegó éste á Tolosa el 24, y aprovechando la delantera que llevaba á su contrario, empezó á atrincherarse; y aun cuando las tropas anglo-hispano-portuguesas llegaron á la vista de la ciudad el 27, no empezaron á efectuar el paso del Garona hasta el 4 de abril, en que quedó terminado el puente, tenien-

nos en el Colegio militar. Marqués y Floreta, más infortunados, cayeron prisioneros cuando los franceses entraron de nuevo en la fortaleza, y pagaron con la vida su patriotismo.

(1) Fué sentenciado por un consejo de guerra á ser pasado por las armas; pero atendiendo á sus antiguos servicios y movido por las súplicas de su mujer y de su madre, le perdonó el Emperador.

do que suspender dicha operación hasta el 8, por la crecida que tuvo el río a consecuencia de las fuertes lluvias de aquellos días, quedando en



Abril 10.— Batalla de Tolosa.

aquel intervalo divididas las fuerzas entre ambas orillas y muy expuestas las de la derecha a un fracaso; mas afortunadamente, atento sólo Soult á fortificarse, no sacó partido de la crítica situación en que había quedado

parte del ejército aliado, y éste pudo reunirse tranquilamente en la opuesta orilla.

Hasta las siete de la mañana del 10 no empezó el ataque de las posiciones enemigas. Muy fuertes éstas de por sí, por los canales y ríos que rodean á Tolosa, ceñida la ciudad por sus antiguos y gruesos muros, con reductos en las colinas del Este, y por las numerosas obras de campaña que se construyeron, estaban defendidas por 32.000 soldados, sin contar la guardia urbana, los cuales tenían que hacer frente á fuerzas casi dobles en número. Se dirigió la principal acometida á las colinas de Montrave y el Calvinet; por la derecha el mariscal Beresford con las divisiones inglesas Cole y Clinton, y por el centro é izquierda de dichas estancias las divisiones españolas de D. José Ezpeleta y de D. Antonio Garcés de Marcilla, dirigidas por el general D. Manuel Freire, que llevaba á su lado, como segundo, á D. Pedro de la Bárcena y á D. Gabriel de Mendizábal, éste sin mando alguno, como simple voluntario. El general Hill amenazaba el arrabal de Saint Ciprien, en la orilla izquierda, y las divisiones Alten y Picton amagaban otros puntos del recinto en la derecha. Posesionáronse los españoles en una buena arremetida del altozano de la Pujade, frente á dichas posiciones; y cuando recibieron el aviso de estar ya próximo Beresford á caer sobre la derecha enemiga, continuó el avance Freire á la cabeza de sus tropas, que en dos columnas se dirigieron al ataque sin disparar un tiro hasta llegar cerca de la escarpa de las obras enemigas; mas fueron recibidas por un violento fuego de metralla y fusilería, que llevó el destrozo y la muerte á las filas de los batallones españoles; no obstante, al principio continuaron éstos serenos é impávidos, á pesar de las enormes bajas que experimentaron; pero al cargar la división d'Armagnac á la bayoneta por la izquierda, vacilaron ya y acabaron algunos cuerpos por huir atropelladamente, cediendo el campo en desorden. Acudieron á sostenerlos la brigada que había quedado de reserva en Pujade, y algunos cuerpos portugueses; voló lord Wellington al sitio del combate con los generales D. Luis Wimphen y D. Miguel de Álava, y gracias á los esfuerzos de todos, especialmente de los del general Freire, se pudo rehacer la hueste, sosteniendo con firmeza el choque con el enemigo, si bien á costa de muchas y sensibles pérdidas (1). Al propio tiempo embestia

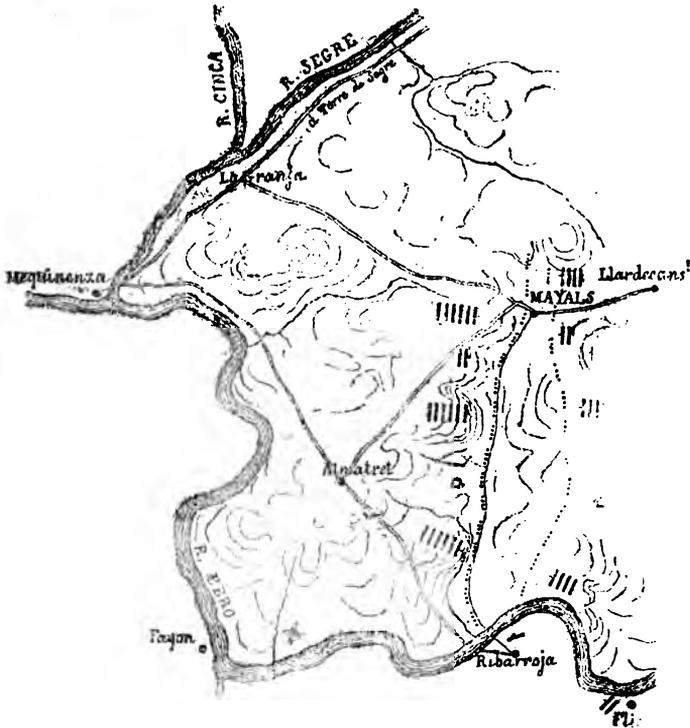
(1) Murieron gloriosamente **D. Leonardo Sicilia**, coronel de *Cantabria*, cuyo regimiento se mantuvo firme y denodado bajo los atrincheramientos enemigos hasta que Wellington mismo le mandó retirarse; el coronel **D. Francisco Balanzat**, de la *Corona*, y **D. José Ortega**, teniente coronel de Estado Mayor; contándose entre los heridos á los generales D. Gabriel de Mendizábal y D. José Ezpeleta, y á los brigadieres D. Pedro Méndez Vigo y D. José María Carrillo.

Beresford la derecha francesa con el mayor brío, arrostrando sus tropas con fiema británica el violentísimo fuego que recibían de las fuerzas que coronaban las obras de dicho lado, que cayeron una tras otra en su poder, primero el reducto de la Sypière, llave de la posición, en la extrema derecha, y luego los del centro, les Augustins y le Colombier. Faltaba sólo por conquistar los otros dos reductos situados al Norte, sobre los que avanzaron victoriosos los ingleses, ayudándoles en su empresa por el frente D. Manuel Freire, hasta conseguir desalojar al enemigo de todas sus posiciones. Dueños de ellas los aliados, plantaron en las cumbres su artillería, con lo que el mariscal Soult desistió ya de recuperarla, terminando la batalla, última de esta guerra, á las cuatro de la tarde. Pelea tan sangrienta y empeñada costó á los aliados unos 4.600 hombres, 2.000 á los ingleses, otros tantos á los españoles y 600 á los portugueses.

Soult permaneció en Tolosa todo el siguiente día, evacuándola en la noche del 11 al 12 por el camino de Carcasona para juntarse con el mariscal Suchet, en retirada también desde Cataluña. El mismo día 12 entraron los aliados en la ciudad, aclamados ruidosamente por los habitantes.

1834. **Acción de Mayals** (GUERRA CIVIL).—El éxito que en sus empresas obtenía Zumalacarreui en Navarra, animó á los carlistas de Cataluña á hacer el último esfuerzo para tratar de levantar en armas todo el Principado. Para conseguirlo, pidieron á Carnicer, que operaba en el Maestrazgo, pasase el Ebro y se dirigiese con algunas fuerzas hacia Tarragona, á fin de proteger el alzamiento de su campo, accediendo gustoso á ello el jefe carlista. Al saberlo, pusieron de acuerdo D. José Carratalá, comandante general de Tarragona, y D. Manuel Bretón, que lo era de Tortosa, y saliendo al encuentro de Carnicer con algunas fuerzas, le avisaron el 10 de abril en Mayals, situado en las ventajosas posiciones de las alturas inmediatas al pueblo. Mandaba Cabrera la vanguardia, que desplegó en guerrilla; Quílez y Miralles, las alas derecha é izquierda, apoyada la primera por la caballería; el centro, Carnicer en persona. Desplegó Carratalá su gente, rompiendo el fuego los urbanos de Porrera, Falset, Flix y Tortosa, para atacar las alturas que ocupaban sus enemigos. Se sostuvo la lucha con empeño, peleando como veteranas las bisofías tropas que había en los dos campos; reforzó el caudillo liberal sus guerrillas, viéndose obligados á replegarse los valientes de Cabrera, y después de algunas horas de fuego aprovechó Bretón un momento oportuno para caer con su caballería sobre la derecha carlista, que si bien se defendió denodadamente apoyada por los caballos enemigos, fué al fin rota por

una impetuosa carga, huyendo aquéllos despavoridos, sin que sirviesen de nada los esfuerzos que para contenerla hizo personalmente Cabrera, el cual se defendió á culatazos de la caballería liberal. Batida la derecha enemiga, fué ya fácil á Carratalá arrollar el centro y la izquierda, obte-



Abril 10.—Acción de Mayals.

teniendo una completa victoria, pues no bajaron de 300 los muertos que tuvieron los contrarios y de 700 los prisioneros.

1873. **Heroica defensa de Puigcerdá** (GUERRA CARLISTA) (1).—La entusiasta villa liberal, ennoblecida por su propio mérito, tenía conquistado ya el dictado de *heroica* desde noviembre de 1837, en que se defendió de numerosas huestes carlistas, capitaneadas por Tristany (Mossen Benet), Pep del Oli, Boquica y Castells. Después de la entrada de los ene-

(1) Véase el croquis del 5 de septiembre.

migos en Ripoll y en Berga, Puigcerdá, el último vértice del triángulo de puntos fuertes de la montaña, presintió que iba á ser atacada, por lo cual gestionó del Gobierno el pronto envío de algunos auxilios: pedía solamente 100 soldados, 100 fusiles y dos cañones; mas las promesas no llegaron á convertirse en hechos con la celeridad que el caso requería, y la heroica villa decidió continuar la serie de sacrificios que se había impuesto, pues además de fortificarse y municionarse á sus expensas, se compraron por suscripción dos piezas de artillería, preparándose debidamente para resistir hasta el último extremo si el enemigo osaba atacarla.

Los presentimientos de sus habitantes no tardaron en verse realizados. A la una de la tarde del 9 de abril súpose en la villa que se aproximaba Savalls con 1.200 hombres, provisto de los medios necesarios para entrar en ella á todo trance. Con febril actividad se levantó como por encanto una cortina entera de tapias para cerrar completamente el recinto; se aseguraron con fuertes vigas y cegaron con gruesas paredes las principales puertas exteriores; se dispusieron las bombas, servidas por mujeres, para apagar los incendios que ocurriesen, y á las doce de la noche ocupaban todos los defensores el puesto que de antemano tenían designado. Ascendían aquéllos á 377 hombres armados: la tercera compañía del segundo batallón de *Bailén*, compuesta de 58 soldados, algunos carabineros y movilizados y unos 270 paisanos, consistiendo las armas de muchos de ellos en escopetas, trabucos y hasta espingardas.

A las cuatro y media de la mañana del 10, día de Jueves Santo, las campanas tocando somatén y las cornetas generala, anunciaron que se acercaba el enemigo. Este llegó hasta el punto llamado Closa del Agafit, á 1.200 metros de la villa, desde donde se distribuyó por todas las casas de campo y quintas inmediatas, ocupando la magnífica de Fabra, sólida construcción á 250 metros de las murallas, la casa de campo de Mallol, á 660 metros de la puerta, las casas de la Baronia, las quintas de Junoy y de Nogués, el taller de alfarería de Bertrán y las dos manzanas de casitas del arrabal de las Monjas, con lo cual quedaron circuidas las tres cuartas partes del recinto. A las seis se presentó un parlamentario delante de la puerta de España con la intimación de rendirse, que ni fué contestada, por lo cual ordenó Savalls inmediatamente el asalto. Numerosos grupos escalaron á la vez intrépidamente todas las huertas situadas más abajo del Matadero, hasta la puerta de las Monjas, cuya parte es la menos accesible de la villa, habiendo por lo tanto en ella muy pocos defensores. Voló á reforzar dicho punto la reserva de 30 soldados situada en la plaza Mayor, y se entabló descomunal combate. Haciendo gala de una audacia y sangre fría incomparables, se aproximaban los agresores á pecho descubier- to, pretendiendo incendiar la puerta de la bajada á la fuente y subir

hasta la meseta inmediata; mas cuantos lo intentaron fueron víctimas de los tiradores apostados en la plaza de las Constituyentes y huertas de Pons y de Montellá. Las casas Descallar y Traver y el Matadero fueron también asaltados: de aquéllas fueron rechazados á tiros y á pedradas, para lo cual demolieron los defensores la escalinata que conduce al patio y desempedrarón el pavimento de la primera; del último llegaron los asaltantes á arrancar las rejas de sus ventanas, pero fueron derribados á bayonetazos, y ya no intentaron por esta parte repetir el ataque, que terminó á la una de la tarde, después de siete horas de descomunales esfuerzos de liberales y carlistas.

No fueron más afortunados los sitiadores en los demás puntos por donde intentaron penetrar en la heroica villa. Trepando cercas llegaron á ocupar los huertos inmediatos á la casa Parareda; trataron allí de derribar á trabucazos el tambor levantado sobre la puerta del huerto de Vergés; abrieron más abajo una brecha á 12 metros sólo de la muralla; mas convencidos de que pagarían muy caro un asalto, determinaron recurrir á la zapa para destruir el terraplén desde donde se defendían los sitiados; pero esta operación era larga y trabajosa, é interrumpida por las frecuentes descargas de aquéllos, no tuvieron tiempo de terminarla. Las numerosas fuerzas concentradas en casa Fabra tampoco consiguieron otra cosa que experimentar bajas, causadas por los certeros disparos que se le hacían por hábiles tiradores desde lo alto de la torre parroquial.

Rechazados de todas partes, apelaron al incendio, al llegar la noche, para tratar de conseguir su objeto. Rociaron con petróleo la puerta de España y las casas próximas, y las prendieron fuego, apostándose la caballería carlista detrás de un edificio inmediato para penetrar dentro de la villa á la cabeza de las columnas de ataque. Ante la inminencia del peligro si se derrumbaba la pared que tapiaba la puerta, volaron personas de todas clases, soldados y paisanos, mujeres y niños, despreciando la muerte, á tratar de extinguir el incendio de la puerta y levantar rápidamente detrás de ella una barricada colosal con sacos de tierra y de lana, vigas, piedras y todo género de materiales, sin que abatiese su ánimo esforzado la infernal gritería del enemigo, el espantoso fragor de tan repetidas descargas y las llamas y el humo que por todas partes les rodeaban. Mas tanto heroísmo tuvo su recompensa, pues al fin, gracias á los desesperados esfuerzos de todos, se logró extinguir el fuego de la puerta, que si bien quedó carbonizada, no llegó á desplomarse, y los carlistas se convencieron de que eran impotentes para vencer la indomable energía de los defensores de Puigcerdá. Desde la media noche al amanecer intentaron ataques por varios puntos, sin resultado alguno, y á las cinco de la mañana, cuando se disponían á atacar formalmente la casa de Parareda, re-

cibieron aviso de que se acercaba en socorro de la villa la columna Cabrinety. Este activo jefe había tenido noticia en Olot, á las ocho de la mañana del 10, del peligro que corría Puigcerdá, y á marchas forzadas se dirigió inmediatamente á salvarla, pasando por San Juan de las Abadesas, en medio de un espantoso temporal de agua y nieve, Rivas, donde pernoctó después de diez horas de jornada y tener que arrojar á la bayoneta á Vila del Prat, apostado en dicho punto para impedir la marcha de la columna (1), Planolas y Dorria, entrando en la tarde del 11 en Puigcerdá en medio de las entusiastas aclamaciones de sus agradecidos habitantes, que salieron á abrazar á sus libertadores en cuanto les divisaron en la cumbre del monte de Vilallevant.

Una gran parte de la gloria de la defensa corresponde á las mujeres, que rivalizaron con soldados y paisanos en valor y abnegación. Mientras unas trabajaban sin descanso en la confección de cartuchos, otras, desafiando el peligro, recorrían las murallas, alentando á los defensores, y acarrearón casi exclusivamente todo el material de las muchas barricadas que se levantaron en diferentes puntos de la villa.

Día 11.

1512. **Batalla de Ravena** (GUERRA CON FRANCIA).—Confederados el rey D. Fernando *el Católico*, el Papa y los venecianos por el tratado llamado *Liga Santa*, para arrojar á los franceses de Italia, se encargó del mando del ejército de la Liga el virrey de Nápoles D. Ramón de Cardona, cuya primera operación fué el sitio de Bolonia. Abierta ya brecha y disponiéndose á dar el asalto, hubo que desistir de la empresa por haber acudido en auxilio de la plaza el joven y entendido caudillo Gaston de Foix, duque de Nemours y cuñado del rey católico, el cual, después de desbaratar á los venecianos en el Adige, recuperar á Brescia, que se había entregado á aquéllos, y rendir á Bérgamo, quiso medir sus armas con los españoles. Atrincherados éstos en el Campo de las Moscas, no osaron los franceses atacarles, acudiendo entonces á poner sitio á Ravena, llave de los Estados Pontificios, que defendida por el italiano Luis Dentichy, rechazó heroicamente dos asaltos, si bien murió aquél á consecuencia de las heridas recibidas en la pelea. Temiendo el ejército aliado por la suerte de Ravena, acudió á hacer levantar el sitio, abandonando las fuertes posiciones que ocupaba, y ocupó unas alturas á la derecha del río Ronco,

(1) En este combate cayó prisionero el coronel de caballería carlista D. Pedro Grau, y se rescataron algunos prisioneros del regimiento de *San Fernando*.

la infantería á la derecha, á la izquierda los hombres de armas, la artillería gruesa delante de éstos, la ligera al frente de la infantería y los caballos ligeros del marqués de Pescara á retaguardia, más á la derecha.

Los franceses, muy superiores en número á los aliados, dejaron algunas fuerzas en observación de la plaza, y pasando el Ronco, avanzaron en dirección de sus contrarios con la infantería á la izquierda, la artillería en el centro y á la derecha la caballería. Entabló el combate la artillería, produciendo la española gran daño en la infantería del duque de Nemours, por lo cual dispuso éste que parte de su artillería se trasladase á la extrema derecha, amenazando el flanco izquierdo y retaguardia del ejército aliado. No pudiendo sufrir los hombres de armas de la primera línea el fuego de enfilada de los cañones enemigos, lanzó Fabricio Colonna sus escuadrones contra la caballería francesa, que, como más numerosa, pudo rechazar la acometida, y aunque volvieron aquéllos á la carga, secundados por los de la segunda línea y por los caballos ligeros del marqués de Pescara, fueron al cabo todos arrollados, después de sangriento choque. Cae prisionero Colonna; sufre la misma suerte Pescara, cubierto de heridas; desbandándose sus tropas, y creyendo perdida la batalla, el virrey, más cuidadoso de su vida que de su honra, abandona prematuramente el campo con Alonso de Carvajal y toda la tercera línea ó retaguardia, aun intacta. Sólo la infantería española de la primera línea, mandada por Pedro Navarro, y la italiana que formaba la segunda, permanecen firmes en su puesto, algo cubiertas por los accidentes del terreno del terrible fuego de la artillería francesa, y allí esperan la acometida de todo el ejército enemigo, que avanza sobre aquellas tropas formado en grandes masas. Salen los españoles al encuentro de una fuerte columna de lansquenetes; evitan en el momento del choque la acción de las largas picas de los alemanes, deslizando espada en mano por debajo de ellas, con gran agilidad y destreza para mezclarse con sus enemigos, y hacen en ellos gran destrozo, consiguiendo arrollarlos y derrotarlos completamente. La infantería italiana, acometida también por fuerzas superiores, cede sólo un momento; pero se rehace pronto, auxiliada por la española, y siguen una y otra empujando á los demás cuerpos de la infantería contraria, hasta que la caballería, que había emprendido la persecución de las tropas fugitivas, corre á apoyar á sus compañeros para librarles de una derrota segura. Ordena entonces Pedro Navarro la retirada, forzosa ya, y aquellos incomparables infantes, gloria de nuestra patria, abandonan lentamente el campo de batalla con aire de vencedores, paso á paso, imponiendo con su firmeza y serenidad al enemigo, que no consigue quebrantar, ni conmovier tan siquiera, las compactas filas de la falanje española, á pesar de las briosas y reiteradas cargas de su terrible y siempre temida gendarmería. Exas-

perado Gaston de Foix, pónese á la cabeza de lo más florido de su caballería y acomete cual león rabioso, haciendo un desesperado y supremo esfuerzo con sus hombres de armas para arrollar á sus contrarios; mas desgraciadamente vuelven éstos cara, herido de muerte su caballo viene con él al suelo, hundele un soldado la espada en el pecho, y aquel valeroso joven, héroe de veintidós años, el *Rayo de Italia*, como le llamaban sus compatriotas, no tarda en espirar acribillado á estocadas, á pesar de los esfuerzos de los suyos, que para salvarle la vida recordaban á los españoles era hermano de su reina (1). Consternados los franceses con la muerte de su idolatrado caudillo, é intimidados por la fiera actitud de aquella legión de valientes, no vuelven á molestarles, continuando éstos su admirable retirada, una de las más bellas que registra la Historia. Con dieciséis banderas enemigas como trofeos, se incorporaron en Ancona, treinta leguas distante del lugar del combate, á los restos del ejército vencido.

De once á doce mil hombres quedaron muertos ó heridos en esta batalla, cinco mil de ellos franceses, que además de su general perdieron á Ibo de Alegre, muerto con su hijo único, y otros capitanes. De los españoles perecieron el veterano **Zamudio** y **Pedro de Paz**, quedando también herido y prisionero Pedro Navarro.

1719. **Creación del regimiento de la Habana, núm. 66.**—Fué organizado en dicha fecha con las compañías sueltas que existían como fijas en la capital de Cuba desde 1515. Se le señaló la antigüedad de 1630, por formar ya cuerpo por aquel año las cuatro compañías que componían la guarnición. Por Real orden de 31 de octubre de 1889 se le asignó el núm. 66 de la escala general. Fué su primer coronel D. Cristóbal Pizarro.

1813. **Acción de Yecla (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—En combinación el II ejército español, que mandaba D. Francisco Javier Elío, con la división mallorquina de D. Santiago Whittingham y la expedición anglosiciliana á cargo de sir Jhon Murray, operaba en las provincias de Murcia y Alicante, ocupando una línea que se extendía de Alcoy á Yecla, por Castalla, Biar y Villena, con algunas tropas en Sax y Elda. Preocupando al mariscal Suchet la reunión amenazadora de los aliados, concentró parte de sus fuerzas en Fuente-la-Higuera, y dispuso que la división Harrispe cayese rápidamente en la noche del 10 al 11 sobre Yecla, donde es-

(1) Germana de Foix, segunda mujer de Fernando el Católico.

taba apostada la división española de D. Fernando Miyares, que conceptuaba la más débil, con ánimo de cogerla toda entera, confiando en el habitual descuido de nuestros soldados y generales. Reunía Miyares menos de 4.000 infantes y algunos caballos, que fueron acometidos al amanecer del 11 por los franceses, superiores en número, después de una marcha sigilosa. Poco menos que sorprendidos los españoles, pues se apercibieron tarde de la aproximación de sus enemigos, trabóse la pelea dentro del mismo pueblo, de donde había comenzado á salir la división camino de Jumilla; pelearon, sin embargo, con bizarría, defendiendo á palmos las calles los regimientos de *Burgos* y de *Cádiz*, hasta que se vieron obligados á replegarse á una ermita cercana. Reunida en dicho punto la división, siguió batiéndose con empeño, retirándose de loma en loma; mas roto y desordenado el centro, flaqueó el ánimo de todos, y huyendo en todas direcciones, pudieron salvarse muy pocos. Muchos de ellos fueron muertos ó heridos, y tuvieron que entregarse prisioneros más de 1.000, con el coronel D. José Montero y otros 68 oficiales.

Entretanto, Suchet se mantenía en Caudete con la división Habert para apoyar á los suyos en caso de necesidad y evitar que fuesen socorridos los de Yecla por otras tropas de la línea. En vista del buen éxito de la empresa anterior, se aproximó á Villena á la caída de la tarde, ya entre dos luces, después de rechazar un golpe de caballería británica que intentó detenerle; rompió á cañonazos las puertas de la villa, y á poco tuvo que rendirse el regimiento de *Vélez-Málaga*, fuerte de 1.000 plazas, que mandaba el coronel D. José Luma, y que el general Elío había dejado en el castillo contra el parecer de otros jefes.

Día 12.

1275. **Invasión de los Benimerines.**—El 12 de abril de dicho año desembarcaron en Tarifa numerosas fuerzas africanas, arribando poco tiempo después con poderosa hueste Yacub-Abu-Yussuf, llamado por Mohammed II de Granada para reducir con su ayuda á la debida obediencia á los tres wálies ó arraeces de Málaga, Guadix y Comares, levantados en armas contra su autoridad desde la insurrección de Andalucía y Murcia. Sometidos los rebeldes, dividiéronse los musulmanes en tres cuerpos, que se dirigieron hacia Sevilla, Jaén y Córdoba, respectivamente. El conde **D. Nuño González de Lara**, que gobernaba la frontera, pereció en un encuentro con los infieles, víctima de su temerario arrojo, por haber salido contra ellos, sin contar su número, con solos 400 hombres. La misma infausta suerte tuvo el infante **D. Sancho**, arzobispo de Toledo, después de caer prisionero, al adelantarse con su caballería hasta la torre del Cam-

po contra los enemigos que talaban la comarca de Jaén, en cuyo combate empezó á distinguirse Alonso Pérez de Guzmán, llamado después *el Bueno*. Las acertadas medidas del infante D. Sancho, hijo de Alfonso X, para contener en la frontera á los musulmanes, obligaron á éstos á aceptar una tregua de dos años.

Espirada la tregua, trató el rey D. Alfonso de apoderarse de Algeciras, que estaba en poder de los Benimerines, y al efecto equipó una formidable escuadra, compuesta de más de cien naves y otros barcos ligeros, para impedir las comunicaciones por mar, al mismo tiempo que un ejército al mando del infante D. Pedro bloqueaba la ciudad por tierra. Los sitiados se vieron pronto en el mayor apuro, por la escasez de subsistencias; pero no era más lisonjera la situación de los cristianos, que sin provisiones, extenuados por aquel clima abrasador, se hallaban en la mayor miseria, sufriendo muchas enfermedades que produjeron miles de bajas. Tuvo conocimiento el emperador de Marruecos Abu-Yussuf, en Tánger, del deplorable estado del ejército sitiador, y habilitando una flota compuesta solo de catorce galeras, cayó de improviso sobre las castellanas, quemándolas casi todas, con muerte de los que las guarnecían y prisión del almirante y principales jefes; desembarcaron acto seguido los africanos y causaron en el ejército de tierra iguales destrozos que en la escuadra, teniendo que huir precipitadamente el infante D. Pedro y abandonar al enemigo todos los bagajes.

1810. **Defensa de Hostalrich** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—

Interesaba á los franceses la posesión de Hostalrich para tener francas las comunicaciones entre Barcelona, Gerona y Francia. Ya el 7 de noviembre de 1809 se presentó el enemigo delante de la villa con 7.000 hombres y 600 caballos, con ánimo de tomarla á viva fuerza; mas su guarnición, compuesta de un batallón de *Iliberia* y otro de *Gerona*, rechazó siete veces á los franceses al asaltar los parapetos, y aunque consiguieron al fin, una vez dueños de la puerta de los Frailes y plaza de los Bueyes, penetrar en la villa, la artillería del castillo les obligó á desalojarla de nuevo, entregándola despechados á las llamas al retirarse. Segunda vez se presentó el enemigo el 15 de diciembre é intimó la rendición, contestando su gobernador el coronel D. Julián de Estrada: *Hijo Hostalrich de Gerona, debe imitar el ejemplo de su madre*. Los franceses se limitaron desde entonces á bloquear la plaza, apretándolo más el 13 de enero; penetraron el 19 en la villa, cubriéndose con sólidos atrincheramientos, y ocuparon la iglesia el 20. Los sitiados hicieron algunas salidas, y el 20 de febrero rompieron los franceses el fuego sobre el castillo, prolongándose el bombar-

deo hasta el 12 de abril, durante cuyo tiempo cayeron en el recinto de la fortaleza 4.800 bombas. Mas la penuria y miseria de los defensores llegaba ya al último extremo, pues faltaba hasta el agua de los aljibes, y sabiendo el gobernador que no podía recibir auxilio alguno, por habérselo así anunciado el general en jefe D. Enrique O'Donnell desde el campo de Tarragona, tomó la determinación de abrirse paso por entre el enemigo para salvar los 1.200 hombres que le quedaban, antes que capitular. Para ello púsose en movimiento á las diez de la noche del 12 de abril, y salió por el lado de Poniente, descendiendo á la carrera la escarpada cuesta; con igual celeridad cruzó el camino real, y atravesando la huerta después de repeler los puestos franceses, llegó cerca de Arbucias, donde, extraviado, cayó prisionero el valiente Estrada con tres compañías, cuando se creía ya en salvo. La fuerza restante, unos 800 hombres, pudo continuar hasta Vich, donde entró el 14, conducida por el teniente coronel de artillería D. Miguel López Baños.

La guarnición de Hostalrich recibió en recompensa de su valor y constancia una medalla, de oro para los oficiales y de plata para la tropa, para conmemorar tan brillante hecho de armas.

1864. **Defensa de Hato-Mayor** (GUERRA DE SANTO DOMINGO).—Desde los reducidos cantones de Hato-Mayor y el Seybo hacían las fuerzas españolas frecuentes excursiones á los puntos ocupados por los rebeldes, logrando distinguirse en ellas los comandantes D. Federico Esponda y D. Ramón Blanco, éste como jefe de estado mayor. Mas las numerosas defecciones que ocurrieron, no sólo entre los paisanos, sino entre los individuos de las reservas dominicanas, envalentonaron al enemigo, hasta el punto de atacar por tres veces al cantón de Hato-Mayor, que era el más importante y fuerte. La acometida más seria la dieron los rebeldes en la noche del 12 de abril. Distribuidos en dos columnas, sorprendieron la avanzada de Arroyo-Seybo, y consiguieron apoderarse de una gran parte de la población, rebasando la iglesia y el hospital militar, defendido por los mismos enfermos, llegando hasta la plaza, donde se hallaban aparcadas las dos piezas de artillería y establecido el retén principal. Este, formado por la compañía de granaderos del *Rey*, se defendió con tanta serenidad y firmeza, que, conteniendo al enemigo, dió tiempo á que el comandante D. Melitón Catalán reuniese y ordenase las restantes fuerzas de la guarnición, compuesta del *Rey* y *San Marcial*, la que acabó por arrojar del pueblo á los insurgentes, al arma blanca, cuando se creían ya victoriosos, causándoles muchas bajas.

1875. **Sorpresa del fuerte de Axpe** (GUERRA CARLISTA).—En la madrugada del 12 de abril, ochenta carlistas del batallón de Arratia, mandados por el teniente coronel D. Eulogio de Isasi y el capitán D. Ramón de Axpe, penetraron en dicho fuerte, sorprendiendo á la guarnición. Situado en la orilla derecha del Nervión, cerca del puente de Luchana, entre este punto y Las Arenas, y á unos 250 metros de la rta, no se hallaban terminadas las obras ni cerrado del todo, y no había foso ni obstáculo alguno, teniendo además la fortaleza tan dilatado recinto, que exigiendo una guarnición de 300 hombres, sólo la componían una compañía de *Galicia* y un oficial y 14 artilleros para servir una pieza de 16 y otra de 12. Si á esto se añade que se practicaba muy mal el servicio de vigilancia, casi abandonado, se comprende que los carlistas pudiesen sorprender fácilmente á los centinelas, á algunos de los cuales dieron muerte, cuidando el resto de la guarnición más bien de salvarse que de resistir, á excepción del alférez agregado á artillería D. Francisco Rodríguez Lesmes, que fué herido, dejándole el enemigo por muerto. Este abandonó el fuerte en la madrugada del 13, después de destruir las obras y el material que no pudo llevarse (1).

Día 13.

1367. **Batalla de Nájera** (GUERRA CIVIL).—Aliado el rey D. Pedro con los ingleses, penetró por Roncesvalles en Navarra, saliéndole al encuentro desde Burgos su hermano bastardo D. Enrique de Trastámara, pretendiente al trono de Castilla, con un brillante ejército de castellanos, aragoneses y franceses. Las dos huestes se avistaron cerca de Nájera, preparándose convenientemente para la batalla. Dió D. Pedro el mando de la vanguardia al duque de Alencastre ó Lancaster, hijo del rey de Inglaterra; al conde de Armagnac, el centro, y él se quedó con la retaguardia, asistido por D. Jaime, hijo del último rey de Mallorca, y por el príncipe de Gales. Don Enrique mandaba en persona la retaguardia de su ejército, cuyo cuerpo principal estaba á cargo de los hermanos del rey D. Tello y D. Sancho, y la vanguardia al mando de Bertrán Duguesclin; mas al des-

(1) Incoada sumaria en averiguación de la conducta observada por el comandante del fuerte D. Luis Cidreana, fué vista en consejo de guerra celebrado en Vitoria en julio de 1876, imponiéndose penas graves á dicho jefe y á los oficiales, despidiendo del servicio al capitán, sin que alcanzase responsabilidad alguna al alférez de artillería D. Francisco Rodríguez Lesmes, cuya conducta fué recomendada. También fueron absueltos libremente el cabo Ramón Miranda Sánchez y otros 16 individuos de tropa.

plegar en batalla, resultó D. Sancho mandando la derecha, la izquierda D. Tello, y el cuerpo ó centro el mismo D. Enrique, asistido de su hijo D. Alonso.

Fué el primero en acometer *el Bastardo*, que vadeó el río que separaba los dos campos, saliéndole en seguida al encuentro los jinetes de D. Pedro, cuyo terrible empuje sostuvo bizarramente Duguesclin con sus hombres de armas, viniendo á las manos con tanta furia, que rotas las lanzas, y mezclados y confundidos los de uno y otro bando, pelearon cuerpo á cuerpo con hachas, dagas y espadas. Desde un principio se inclinó la victoria por parte de D. Pedro, decidiéndola definitivamente á su favor la huida de D. Tello con las fuerzas que mandaba. Cayó prisionero D. Sancho, y lo mismo el alférez mayor D. Pedro López de Ayala, que llevaba en la batalla el guión ó pendón real del traidor bastardo, y que como cronista apasionado del reinado de éste fué el que legó á la posteridad, con notable ingratitud, el dictado de *Cruel* para el que le había perdonado la vida lleno de nobleza y generosidad. Comprendió desde luego D. Enrique que serían inútiles todos sus esfuerzos, y huyó á uña de caballo, dirigiéndose desde Nájera á Soria, é internándose en Aragón, se metió en Francia por Jaca. El triunfo fué completo, habiendo quedado muertos ó prisioneros la mayor parte de los capitanes de D. Enrique, contándose entre los últimos, además de los nombrados, al célebre Duguesclin.

1813. **Acción de Castalla** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Anhelando Suchet conquistar nuevos laureles que añadir á los ya adquiridos en Yecla y en Villena (V. 11 ABRIL), acometió el 12 á la vanguardia inglesa que á las órdenes de Adam estaba apostada en el puerto y angosturas de Biar; mas como el general británico tenía orden de replegarse á Castalla, disputó con gran pericia el paso al enemigo, y al llegar la noche retiróse con orden. Siendo ya inminente el choque con los franceses, dispuso el general Murray sus tropas del modo siguiente: la división mallorquina de Whittingham con la vanguardia de Adam, á la izquierda, en unas alturas de escabrosa subida; la división Mackenzie en el centro, cubriendo el pueblo de Castalla, y á la derecha la división Clinton, resguardada con los accidentes del terreno, dejando en reserva tres batallones españoles á las órdenes de D. Felipe Roche.

Al amanecer del 13 desembocaron los enemigos desde Biar en la hoya de Castalla, desplegando sus fuerzas, en número de 20.000 hombres, frente á las posiciones de los aliados. Exploró Suchet el campo mandando su caballería hacia Onil; y amagando á un tiempo toda la línea con mu-

cha gallardía y firmeza, dirigió fuerzàs escogidas sobre las alturas de la izquierda, que defendieron con sin igual brío las tropas españolas de don Santiago Whittingham, auxiliadas por las de D. Julián Romero, que oportunamente llegaron de Alcoy. Muerto el bravo coronel francés D'Arbod, que dirigía el ataque, envió Suchet en apoyo de los suyos otros cuatro batallones á las órdenes del general Robert, que no fueron más afortunados, pues bajaron de cabeza la montaña, distinguiéndose allí, alentando á sus tropas, además de los jefes principales Whittingham y Adam, Romero, Casas, Campbell, Casteras y el teniente coronel Ochoa. También se le malogró á Suchet el amago intentado sobre el centro y derecha de los anglo sicilianos; por lo que, replegando sus fuerzas, se retiró por escalones, empujado por el general Murray, que avanzó en dos líneas dejando guarnecidas las alturas de su izquierda, y cubierta su derecha por la caballería. Suchet no se detuvo en el valle, sino que repasó el desfiladero que tan ufano y animoso había atravesado por la mañana, y no paró hasta Fuente-la-Higuera y Onteniente; los aliados volvieron por la noche á sus estancias de Castalla.

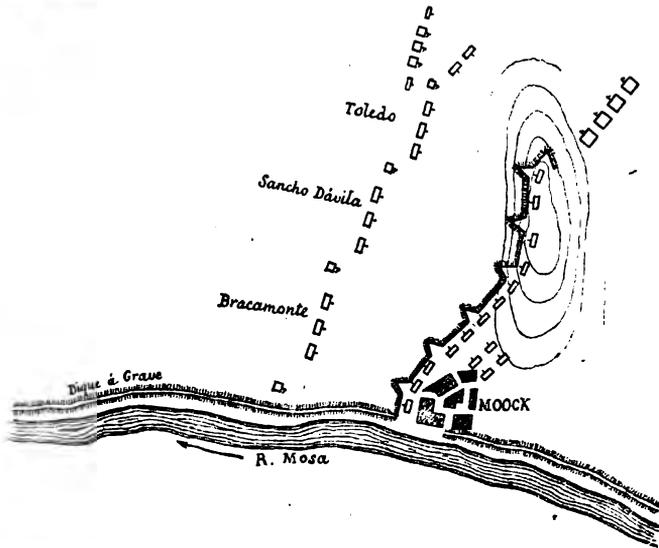
Esta jornada, gloriosa para los españoles, costó á los franceses unos 1.000 hombres, siendo bastante inferiores las pérdidas de los aliados.

1849. **Episodio de la guerra civil.**—En la noche de este día, una columna del ejército fué sorprendida por las facciones de los hermanos Tristany, emboscadas cerca del santuario de Pinós. Era la noche oscurísima, y sobrecogidas las fuerzas que componían la columna liberal, se desbandaron á las primeras descargas de los carlistas, á excepción de las dos compañías de ingenieros que mandaba el capitán D. SALVADOR DE MEDINA. Este, con admirable sangre fría y serenidad, ocupó con sus soldados la altura más próxima y comenzó allí la resistencia, sirviendo los ingenieros de núcleo á las demás tropas, con lo cual pudieron evitar la catástrofe consiguiente, pues al llegar el día y ver el enemigo ordenada la columna y dispuesta á defenderse, se retiró sin intentar ya nada contra ella. El capitán MEDINA fué recompensado por su bizarro comportamiento, si bien cuatro años más tarde, con el empleo de segundo comandante.

Día 14.

1574. **Batalla de Moock** (GUERRA DE FLANDES).—Después de la pérdida de Middelburg (V. 18 FEBRERO) trató Requesens de oponerse á la unión de Luis de Nassau con su hermano el príncipe de Orange, que tenían proyectada, para lo cual debía pasar el primero el Mosa y tomar á Maestrich; mientras el segundo ponía sitio á Amberes; mas las acertadas disposiciones del gobernador español y la extraordinaria actividad é

inteligencia de sus capitanes impidieron la realización de este plan, que, de haberse llevado á cabo, habría puesto en grave aprieto á nuestras tropas, muy inferiores en número entonces en todas partes á las del enemigo. Bernardino de Mendoza, Sancho Dávila y Gonzalo de Bracamonte reunieron cuanta gente les fué posible, y vigilando todos los pasos del Mosa, obligaron á Nassau á modificar su proyecto. Maniobraba éste en la orilla derecha del Mosa sin haber podido tomar á Maestrich por la



Abril 14.—Batalla de Mook.

presencia de Sancho Dávila en la margen izquierda, cuando habiendo pasado de improviso el capitán español el río por un puente de barcas que echó por la parte de Grave, viendo aquél seriamente amenazado su flanco derecho, hizo un cambio de frente á retaguardia sobre la izquierda y procuró fortificarse sólidamente entre el Mosa y el Baal, cerca de Mook. Apoyando su izquierda en esta aldea y su derecha en una colina inmediata, cubrió todo su frente con un fuerte atrincheramiento y distribuyó sus tropas del modo siguiente: 10 banderas (compuesta cada una de 1.000 hombres) en primera línea; una manga de infantería gascona en la eminencia, detrás de la que se ocultó la caballería, dividida en cuatro escuadrones para cargar oportunamente sobre el flanco izquierdo de los españoles, y otras cuantas banderas, compuestas casi exclusivamente de arcabuceros, en reserva, junto á Mook.

Atacó Sancho Dávila las posiciones enemigas con su infantería divi-

dida en tres cuerpos, mandando él en persona el del centro, Bracamonte el de la derecha y Toledo el de la izquierda; la caballería, muy inferior á la de los rebeldes, formó á la izquierda de la infantería, extendida por una pradera, cubiertas sus alas con dos mangas de arcabuceros á pie; además, algunas fuerzas de herreruelos y arcabuceros á caballo protegían los flancos de la infantería. En el momento de emprender el ataque, compareció en el campo la guarnición de Maestrich, mandada por el capitán Montes de Oca, quien se encargó de tomar la colina por su parte más accesible. Consiguió el bravo capitán desalojar al enemigo de la trinchera y penetrar en ella; mas cargando sobre él gran golpe de gente, tuvo á su vez que retroceder. Repitió Montes de Oca el ataque secundado por los capitanes Benavides y Lorenzana, del tercio de Mondragón, y aun cuando tuvo la desgracia de caer herido de dos balazos, la intrepidez española impuso de tal modo al enemigo, que éste empezó á fluctuar en sus posiciones aun antes del choque. Entonces la caballería contraria avanzó en masa contra la nuestra para servir de apoyo á sus infantes; pero recibida con un terrible fuego de las mangas de arcabuceros, que causó gran estrago en sus compactos escuadrones, tuvo que refrenar su primitivo impulso; volvió, no obstante, de nuevo á la carga con gran valor, y esta vez, además del fuego de los infantes españoles, tienen que sufrir los jinetes enemigos la acometida de nuestros caballos, que les acosan en todas direcciones. Queda cubierto bien pronto el campo de hombres y caballos muertos; agítase inútilmente la caballería rebelde para ordenar sus destrozadas filas; mas rota y deshecha huye al fin á la desbandada perseguida por la española. La infantería corona también las trincheras enemigas, y todo el ejército de Luis de Nassau abandona en la mayor dispersión el campo de batalla, dejando el suelo cubierto de cadáveres. Perekieron 2.500 infantes y 500 caballos, contándose entre los muertos á los dos hermanos Luis y Enrique de Nassau, como también al general Cristóforo de Baviera, los cuales pagaron bien caro el tardío empleo que hicieron de su formidable caballería; se cogieron además gran número de prisioneros, y perdió el enemigo toda su artillería, 34 banderas y estandartes (1), los bagajes y otros efectos. Las pérdidas de los españoles fueron inmensamente inferiores á las de los contrarios, de los que apenas pudieron salvarse unos 1.000.

No se reportó de tan importante victoria todo el fruto que era de esperar, por la sedición que estalló en el mismo lugar de la batalla recla-

(1) Adornaron dichos trofeos el sepulcro de Sancho Dávila á su muerte, según orden expresa suya.

mando los soldados sus haberes de más de tres años. Sancho Dávila, careciendo de dinero, quiso aplacarles con razones, que, como es de suponer, no satisficieron á los amotinados. Aquél tuvo que huir, y éstos eligieron un nuevo cabo con el nombre de *Electo*, distribuyéndose también los mandos subalternos. Dirigiéronse después en el mayor orden sobre Amberes, de que se posesionaron, y allí permanecieron sesenta días en actitud hostil, hasta que recibieron el importe de quince meses, volviendo después á la obediencia.

Distinguiéronse en esta batalla el italiano PEDRO ANTONIO PERROTO, que fué gravemente herido; el soldado PEDRO CHACÓN, de la compañía del capitán Borja y tercio de los *Amarillos* (1), que fué de los que cercaron al conde Palatino (Cristóforo de Baviera), y en buena lucha, le dividió el cráneo de un revés de su larga tizona, y un alférez del tercio de D. Cristóbal de Mondragón, de apellido BENÍTEZ, que recibió 15 balazos en el asalto de las trincheras, sobreviviendo, sin embargo, á sus heridas.

En el Museo de Artillería se conserva, señalado con el número 1.896, un montante del célebre capitán vencedor de Moock, conocido también con el sobrenombre de *Rayo de la guerra*. Tiene dicha arma, junto á la espiga, un retrato, alrededor del cual se lee *Sancho Dávila*; el resto, tanto de esta cara como de la otra, está grabado con la batalla y asalto de San Quintín.

1809. **Creación del batallón cazadores de la Unión, núm. 24.**—Empezó á organizarse como regimiento en dicha fecha en San Payo, después de la gloriosa acción del puente del mismo nombre, siendo su primer coronel D. Pablo Morillo, quien asistió con toda la oficialidad y tropa á la bendición de la bandera, eligiendo como armas del regimiento el puente roto de San Payo con la custodia emblema del reino de Galicia. Pasó á Costa Firme (América) en 1815, donde cayó prisionero el 7 de septiembre de 1823 en Maracaibo. Reorganizado después en Lugo, fué destinado á la isla de Cuba en 1825, y en 1855 fué transformado en batallón de cazadores, que por Real orden de 31 de octubre de 1889 tomó el número 24 en la escala general de los cuerpos de su clase.

Se conserva en el Museo de Artillería una bandera de este cuerpo (núm. 106); su campo es blanco con el escudo de armas reales sobre cruz de Borgoña, y en sus ángulos escudos que representan puente roto sobre río y encima una custodia rodeada por seis estrellas.

1874. **Acción de Piedrabuena (GUERRA CARLISTA).**—Recorría el ca-
becilla D. Amador Villar, procedente del cuerpo de ingenieros, tan pron-

(1) Llamados así por el color de sus acuchillados jubones.

to la Mancha como Extremadura, sin que fueran obstáculo á sus empresas el Guadiana y otros ríos, sabiendo eludir siempre con pasmosa actividad y no común inteligencia la activa persecución de que era objeto. Con su celo y constancia llegó á reunir 500 infantes y 400 caballos, con cuyas fuerzas tuvo la osadía de presentarse casi á las puertas de Ciudad Real. Sabiendo iba á sus alcances el coronel Melguizo, á la cabeza de la caballería, se detuvo á hacerle frente, disponiendo sus tropas con el mayor acierto, desplegadas en guerrillas sus caballos y formado el cuadro por la infantería. Sin consultar Melguizo más que los nobles impulsos del honor militar, pues era su tropa muy inferior en número á la de los carlistas, decidió atacar al enemigo, para lo cual destacó dos secciones de húsares de la *Princesa*, desplegadas en tiradores, que principiaron la acción, hasta que, incorporándose tres secciones de lanceros de *Calatrava*, formaron en columna y las mandó cargar para romper el cuadro de la infantería de Villar. La primera acometida fué rechazada, experimentando la caballería liberal algunas bajas, entre ellas la del alférez D. José Quijano, que cayó herido, y muerto su caballo; mas la segunda carga fué tan impetuosa y bien dirigida, que aquélla penetró en el cuadro, siendo éste roto y deshecho por todas partes y acuchillados los infantes, quedando 200 prisioneros. Los jinetes carlistas desordenáronse también al ser acometidos por su flanco derecho; intentaron rehacerse, pero no lo consiguieron, y habiendo sido arrollados, huyeron vergonzosamente. Abandonado Villar de los suyos, por suponerle alfonsino, tuvo que huir á Portugal. Propalaron dicha especie sus rivales, que, envidiosos de su jefe, observaron poco digna y muy dudosa conducta en la acción de Piedrabuena.

Día 15.

1812. **Creación del regimiento de la Constitución, núm. 29.**—Se organizó en dicha fecha en la ciudad de San Fernando, sirviéndole de base unas compañías provisionales que estaban á cargo del coronel suizo D. Antonio Kayser. Extinguido en 1815, por haber pasado á formar el tercer batallón del regimiento de *Hibernia*, volvió á organizarse *Constitución* en Zaragoza, pero como cuerpo ligero, por decreto de las Cortes de 28 de junio de 1821, siendo disuelto de nuevo en diciembre del mismo año con todo el ejército constitucional. Sólo en 1841, al suprimirse la Guardia real, volvió á aparecer este regimiento, organizándose en Leganés, por decreto de 6 de diciembre, con compañías de otros cuerpos.

Hay en el Museo de Artillería tres banderas de este cuerpo, una coronela (número 1.457) de seda blanca con la cruz de Borgosa, encima el escudo de armas reales y en cada uno de los cuatro ángulos un león rampante en cuya garra izquierda tiene espada, y en la derecha rama de laurel sobre libro colocado encima de rocas; en sus hojas se lee: *Constitución política de la Monarquía española, 1837*. Las

otras dos (1455 y 1534) son iguales á la anterior, con la diferencia de no tener escudo de armas reales.

1840. **Conquista de Aliaga** (GUERRA CIVIL).—Encargado el general O'Donnell por el duque de la Victoria de expugnar el fuerte de Aliaga, salió de Teruel el 3 de abril y situó su cuartel general en Campos, á una legua de dicha villa. Reconocida la fortaleza, designaron los comandantes de artillería é ingenieros los puntos donde debían establecerse las baterías, cuyo artillado no pudo empezar hasta el 12, retrasada la llegada del tren de batir por causa del temporal, que había puesto intransitables los caminos. Consistían las fortificaciones en tres recintos antiguos, bien conservados: el primero era una muralla de bastante espesor, con doce torres circulares y una gran torre cuadrada al SO.; el segundo, destinado á almacenes y alojamientos, era otro muro con torres cuadradas, y el tercero lo formaban dos grandes torreones, también cuadrados, fundados sobre roca, que era lo que propiamente llevaba el nombre de castillo, desde el que se dominaban perfectamente los dos recintos anteriores; por el Norte, que era la única parte accesible, tenía un ancho foso. Guarnecían la plaza 300 hombres escogidos, á las órdenes de un jefe bizarro, D. Francisco Macarulla, quien á la aproximación de las tropas liberales mandó izar bandera negra; la artillería se reducía á dos cañones de á 8, un mortero de á 7 y un obús de á 12.

Al amanecer del 13 rompieron el fuego las baterías sitiadoras, que eran: una de cuatro piezas de á 24 y otra de igual número de á 16, á 600 varas del castillo; una de dos morteros de á 10 á la derecha, y á la izquierda otra con un obús de 7; y además media batería de montaña instalada en las peñas de la Ombría, y la otra media en las márgenes del río de la Vall, todas bajo el mando del coronel D. Ramón de Salas. Antes del mediodía quedaba apagado el fuego de la artillería enemiga, y al anochecer arruinadas las defensas del primer recinto, inutilizadas en gran parte las comunicaciones de éste con el segundo y tercero, derruidas las tres torres que se presentaban por aquel frente, y aun incendiado por las bombas uno de sus cuarteles, sin que ante tanto estrago decayesen los sitiados en sus bríos, continuando la defensa con la misma pujanza. En la tarde del 14, viendo O'Donnell que los carlistas no pensaban en ceder, dispuso batir también el frente que se conservaba todavía intacto, para lo cual los artilleros y granaderos de la *Reina* bajaron á brazo las piezas de á 8 por una cuesta escabrosa y rápida, muy difícil y peligrosa, bajo el fuego enemigo, colocándolas en batería á unas cien varas de la fortaleza, frente á la subida.

Continuó el fuego en la mañana del 15, al mismo tiempo que la com-

pañía de minadores se dirigía impávida al castillo con los materiales necesarios para abrir un hornillo. Arrojóse una sección de ellos al foso; pero sólo tuvo lugar de colocar unos tablones, pues inmediatamente cayó sobre aquellos valientes una verdadera lluvia de balas, piedras y granadas de mano, que produjeron la muerte gloriosa de su capitán, el de ingenieros **D. Tomás Clavijo**, con dos soldados más, quedando heridos el teniente Espinosa con 14 hombres; y entonces el teniente coronel de dicho cuerpo Ubiña, comprendiendo era una temeridad loca perseverar en aquella empresa, mandó retirar dicha compañía. Entretanto el fuego destructor de las baterías había llegado á convertir la fortaleza en un montón de escombros, y sustituidas las piezas de á 8 por dos de á 16 que se condujeron en zorras y á brazo los carruajes, desmayaron ya los heroicos defensores, y enarbolando bandera de parlamento á las cuatro de la tarde, se rindieron á discreción. Habían prolongado la resistencia todo lo que era humanamente posible: Campomanes, segundo de Macarulla, y jefe de valimiento y fama, estaba mortalmente herido; habían perecido 43 hombres, estaban 67 heridos de gravedad, y la mayor parte de los demás contusos. Estos llevaban veinticuatro horas sin descanso ni alimento, atentos sólo á defenderse contra tantos enemigos; los heridos yacían en un subterráneo lóbrego y húmedo, especie de catacumba, sin asistencia, mezclados con los vivos los muertos, que no podían ser retirados, teniendo aquéllos por todo abrigo las pieles de las reses consumidas durante el sitio, las cuales exhalaban un olor fétido y repugnante; apenas tenían resguardo alguno contra el horroroso fuego de cañón y de fusil de los sitiadores, pues los 2.000 proyectiles arrojados por la artillería de éstos habían arruinado casi todas las defensas; no esperaban ya socorro alguno: calcúlese, por lo tanto, si fué por demás heroica la resistencia de los defensores de Aliaga.

Penetraron las tropas liberales en aquella mansión de horrores, y el general O'Donnell enarboló por su mano la bandera del *Rey* en lo más alto de sus mutilados torreones. Las pérdidas habían consistido en unos cien hombres fuera de combate, contándose entre los heridos de gravedad el comandante **D. José Jiménez de Saavedra y Tenorio**, bizarro jefe de Estado Mayor, que murió de sus resultas el 20 del mismo mes.

Día 16.

1246. **Conquista de Jaén.**—Hallábase en Martos el rey D. Fernando III, *el Santo*, después de una excursión por la vega de Granada, que taló completamente, cuando habiéndosele incorporado el maestre de Santiago

D. Pelayo Correa, le consultó acerca del sitio de Jaén, que tenía proyectado. Puesto de acuerdo con él y reunidas las fuerzas necesarias, dividió su ejército en dos cuerpos para que alternasen en las continuas fatigas y penalidades del cerco, que se emprendió en medio de fuertes y persistentes lluvias, convertido el terreno todo en un verdadero pantano. El valí de Jaén, Omar-Aben-Muza, era un jefe valeroso, enérgico y activo, y se propuso hacer una defensa pertinaz, aprovechando las buenas condiciones de la plaza, bien fortificada; mas temeroso Alhamar, rey moro de Granada, de que el santo rey no se contentase con la conquista de dicha plaza y quisiese apoderarse del resto de sus dominios, trató de hacerse propicio, y presentándose inopinadamente en los reales castellanos, concertó con él un tratado por el cual le reconocía como señor, imponiéndose á sí mismo el tributo de la mitad de las rentas de sus estados; se comprometió á asistir con gente de armas al rey de Castilla, siempre que para cualquier empresa le llamase, obligándose, además, á concurrir á las Cortes como uno de los magnates ó ricos-homes del reino, y á entregarle Jaén; en cambio no se obligaba el rey á otra cosa que reconocer Alhamar el resto de sus dominios de Granada.

En virtud de este tratado, entraron los cristianos en la plaza el 16 de abril, consagrándose la mezquita mayor como iglesia católica.

1596. Toma de Calais (GUERRA CON FRANCIA).—Fué la primera empresa que acometió el archiduque Alberto al encargarse del gobierno de Flandes. Distribuyéronse las tropas por las cercanías de la plaza, ocupando una parte de ellas las cercanías del puente de Niulet, otra las Dunas, el tercio de D. Luis de Velasco el fuerte Risban y el Archiduque la aldea de San Pedro. Las trincheras se dirigieron al baluarte de las Dunas, mientras se levantaban dos baterías, una en Risban y otra en la falda de las Dunas, por la parte que mira al mar, con el objeto de impedir la entrada en el puerto y batir las fortificaciones del arrabal, que era la parte más débil de la ciudad.

Estas dos baterías llenaron tan bien su misión, que habiendo fondeados en la rada de Calais más de cien buques ingleses, franceses y holandeses, no pudo entrar una sola barca en el puerto durante todo el sitio, vigilando su entrada por la noche, y más de cerca, 500 arcabuceros españoles escogidos, que saliendo de las trincheras entraban en el mar, prestando tan penoso servicio con agua hasta la cintura. El 15 de abril llegaron los ramales de trincheras al foso, y derribadas por la artillería más de veinte varas de muralla, se dió el asalto, con escasa resistencia, haciéndose fuertes los españoles en el arrabal, donde Cristóbal Lechuga y

Mateo Serrano levantaron una batería, tan próxima al muro, que temerosos los defensores del resultado que pudiera tener su porfía, rindieron la ciudad, entrando en ella los sitiadores el día 16.

El castillo continuó defendiéndose con los 2.000 hombres que lo guarnecían, los cuales levantaron nuevas obras, y habiendo recibido socorros, hubo que emprender contra él un sitio en regla. El célebre ingeniero Pacciotto abrió desde la ciudad espaciosas trincheras; se levantaron formidables baterías, y al amanecer del 24 de abril empezó la artillería á batir tan furiosamente el baluarte objeto del ataque, que en pocas horas quedó derribado el lienzo de muralla inmediato y gran parte de la casamata que lo defendía, y desencabalgadas las piezas. El tercio de D. Luis de Velasco subió el primero al asalto, y al coronar la muralla estalló de improviso una mina que sembró el foso y la brecha de cadáveres y miembros mutilados; trepó entonces por aquellas ensangrentadas ruinas un tercio de valones en auxilio de los españoles, y unidos unos y otros, entraron el castillo, á pesar de la heroica defensa de los sitiados, para los que no hubo cuartel.

Día 17.

1709. **Toma del castillo de Alicante** (GUERRA DE SUCESIÓN).— Después de la rendición de Denia, pasó el general D'Asfeld á sitiar á Alicante. La ciudad capituló pronto (el 2 de diciembre de 1708); mas no así el castillo, que situado en una eminencia, permitió al enemigo llevar á cabo una resistencia heroica. Siendo muy difíciles las obras y todas las operaciones de un sitio en regla, especialmente para incomunicar el castillo por la parte del mar, se abrió en la misma roca que servía de asiento á la fortaleza, á fuerza de trabajo y de paciencia, una mina que se cargó con 1.200 quintales de pólvora. Cuando estuvo preparada, lo manifestó D'Asfeld al general Richard, gobernador del castillo, instándole para que se rindiese; negóse el jefe británico, despreciando el aviso, y al insistir aquél, mandó Richard poner la mesa sobre la roca, á la vista de los sitiadores, y se dispuso tranquilamente á comer; mas dióse entonces fuego á la mina, y una espantosa detonación hizo retemblar la tierra en una gran extensión, volando por los aires ó quedando sepultados entre los escombros Richard, su segundo Syburg, el ingeniero mayor, cinco capitanes, varios tenientes y hasta 150 soldados, derrumbándose ó quedando en muy mal estado, por la explosión ó por los peñascos que se desprendieron y cayeron sobre la ciudad, más de 400 casas. Dicho suceso tuvo lugar el 28 de febrero. El coronel Albón tomó tranquilamente el mando del fuerte, sin preocuparle gran cosa catástrofe tan horrenda, y siguió

defendiéndolo con los restos de aquella intrépida guarnición hasta el 17 de abril, en que capituló de orden del general inglés Stanhope, quien cruzaba con su escuadra por delante del fuerte, sin poder socorrerle por el certero fuego de la artillería de D'Asfeld. Evacuado el castillo, quedó sometido á Felipe V todo el reino de Valencia.

En el Museo Naval se conserva una bala de cañón que durante el sitio quedó incrustada en un sillar del muro de la iglesia de Santa María.

1839. **Bizarra defensa de Villafamés** (GUERRA CIVIL).—El 15 de abril estableció Cabrera su campo frente á Villafamés, que ya el 3 de enero había rechazado sus huestes; y queriendo asegurar el resultado, encargó al prusiano barón de Rhaden la construcción de varias baterías que rompieron el fuego el 16, arrojando en dos días sobre el pueblo 1.200 balas de cañón y 154 granadas y bombas. Abierto un ancho portillo por la artillería, lanzó Cabrera sus tropas al asalto, sin resultado alguno, pues fueron rechazadas; y aun cuando lo repitió en la noche del 17, tratando de animar á sus soldados con los acordes de las bandas y músicas, malogróse también esta nueva tentativa, teniendo que retirarse pesaroso hacia Alcora, al saber que en Castellón se reunían tropas para acudir en auxilio de Villafamés.

Día 18.

1797. **Gloriosa defensa de Puerto Rico** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Animado el almirante inglés Harwey con la conquista de la isla de la Trinidad de Barlovento, se presentó el 17 de abril de 1797 á la vista de San Juan de Puerto Rico, con 68 buques de transporte convoyados por un navío de tres puentes, otros cuatro de 50 á 70 cañones, dos bombardas y un crecido número de lanchas cañoneras, desembarcando al siguiente día 18 6.000 ingleses en la playa de Cangrejos. Mandaba en la isla el brigadier D. Ramón de Castro, quien disponía para la defensa de 973 hombres del Fijo, 1.600 de milicias disciplinadas, 200 urbanos y 300 pardos y negros, entre libres y presentados por sus amos; había además 12 lanchas cañoneras, dirigidas por el comandante de marina D. Francisco Castro y el del puerto D. Juan Hurtado, y la tripulación de un corsario francés, que tomó también una parte muy activa en la lucha. Los enemigos se adelantaron para atacar el castillo de San Jerónimo y la cabeza del puente de San Antonio, que defendía el paso por el caño del mismo nombre al islote sobre que está situada la plaza de San Juan de Puerto Rico, y aunque levantaron contra estos débiles fuertes algunas ba-

terías artilladas con piezas que desembarcaron de los buques, siendo además batido el de San Jerónimo por la artillería de la escuadra, nada pudieron conseguir en los quince días que permanecieron frente á la ciudad, durante cuyo tiempo hubo frecuente refriegas y combates, reparados con gran celeridad los desperfectos de las obras por el comandante de ingenieros de la plaza D. Ignacio Mascaró, encargado de la defensa de San Antonio. Finalmente, practicada una salida por 800 hombres, acometieron por retaguardia el campo de los ingleses, provocándoles á que salieran á batirse con ellos; pero creyeron más conveniente reembarcarse, como lo verificaron á toda prisa el 1.º de mayo, abandonando á los españoles toda la artillería (1), municiones, tiendas, víveres, caballos: cuanto habían desembarcado. Se cogieron además sobre 300 prisioneros, elevándose á 2.000 el total de bajas que experimentaron los soldados británicos. Las nuestras consistieron en 42 muertos y 154 heridos.

Episodios.—I. El sargento de milicias FRANCISCO DÍAZ se embarcó en la madrugada del 24 con 70 hombres en varias piraguas, y entrando por el caño de San Antonio, protegido por dos lanchas cañoneras, desembarcó al costado de las baterías enemigas, asaltó sable en mano la trinchera, hizo huir á los 300 hombres que defendían el puesto, clavó varios cañones y se retiró con algunos prisioneros en cuanto vió que acudían numerosas fuerzas inglesas. El gobernador dió las gracias en nombre del rey al valiente DÍAZ y su gente, y les mandó distribuir quinientos pesos.

II. Habiendo una bala de cañón derribado la bandera de la batería de San Antonio, el brigadier D. Ramón de Castro remitió otra, con la siguiente carta, al comandante de ingenieros D. IGNACIO MASCARÓ, encargado de la defensa del puente: *Remito á V. esta bandera para que la tremole sobre la cabeza de ese puente que tan gloriosamente está defendiendo. Encargo á V. que la clave fuertemente con su valor y el de su gente, que no dudo serán capaces de sostenerla contra todo el impulso y el esfuerzo de las tropas inglesas; en la inteligencia de que al tiempo de fijarla ha de ser saludada por toda la artillería de los fuertes y ganguiles, igualmente que por la fusilería de la guarnición, puesto que así deben afirmarse las banderas de nuestro Rey Católico.*

III. Un soldado de milicias llamado DOMINGO GONZÁLEZ, antiguo artillero, pidió permiso al comandante del fuerte de San Jerónimo para disparar un mortero, lo que le fué concedido en vista de la seguridad que daba de causar grave daño al enemigo. Apuntada por él la pieza y hecho el disparo, fué á caer la bomba, efectivamente, en el almacén de municiones de los ingleses, produciendo la terrible explosión considerable estrago en el campo de los sitiadores, aumentado por el fuego de

(1) La estatua de D. Juan Ponce de León, conquistador de la isla, que adorna actualmente la plaza de Santiago, fué fundida con los cañones de bronce abandonados por los ingleses en 1797.

todas las baterías de la plaza, que dirigieron sus tiros hacia aquella parte. El mortero con que se hizo disparo tan afortunado, se conserva como curiosidad histórica en el castillo de San Cristóbal.

1869. **Llegada de los voluntarios catalanes á la Habana** (GUERRA DE CUBA).—El 18 de abril de 1869 desembarcó en la capital de dicha isla el primer batallón de *Voluntarios de Cataluña*, de los cuatro que se organizaron en Barcelona para defender la integridad de la patria. El recibimiento que se le hizo fué entusiasta en extremo, revistiendo todos los caracteres de una verdadera y solemne manifestación de simpatía. En el momento de sentar el pie en el muelle, un coro de multitud de voces llenó el espacio con armoniosos y patrióticos acentos, confundándose con las aclamaciones y saludos de la multitud, que agitaba frenéticamente pañuelos y sombreros. Acompañados por numeroso concurso, organizado en procesión cívica, llevando los estandartes de todas las provincias de España, peninsulares y ultramarinas, tocando las bandas de los batallones de voluntarios alegres marchas, se dirigieron los catalanes desde la Machina, preparada convenientemente de una manera artística por la marina del apostadero, al cuartel de Madera, estando todas las calles lujosamente engalanadas, ostentando los balcones banderas, colgaduras y otros adornos con los colores nacionales. Los arcos empezaban en la misma Machina, en la entrada de la calle de Mercaderes, en la calle O'Relly, entre la Dominica y Santo Domingo, y seguían luego por toda la carrera. Continuó la fiesta por la noche con iluminaciones generales, y los jefes y oficiales de los voluntarios catalanes fueron obsequiados con un banquete en la quinta de los Molinos, al que asistieron las autoridades civiles y militares y los coroneles de los batallones de voluntarios de la Habana. Dos días después salían ya á campaña, siendo antes revistados por el capitán general D. Domingo Dulce en el paseo de Carlos III.

Día 19.

713. **Defensa de Orihuela.**—Uno de los caudillos que más se distinguieron en la defensa de la Península Ibérica contra las huestes musulmanas que después de la batalla del Guadalete se habían extendido por ella, cual impetuoso torrente, fué Teodomiro. Este príncipe godó había intentado ya rechazar la primera invasión de los árabes, no consiguiéndolo por las escasas fuerzas con que contaba, é hizo después proezas en dicha batalla. Retirado á las costas del Mediterráneo con algunas reliquias del ejército vencido, mandó Muza contra él á su hijo Abdelaziz, quien combinó dies-

tramente sus movimientos y obligó á los españoles á replegarse á lo que es hoy provincia de Murcia, alcanzándolos y acuchillándolos en las campiñas de Lorca. Teodomiro, tan estrechamente acosado, tuvo que encerrarse en Orihuela con muy pocos de los suyos; mas al presentarse Abdelaziz vió con sorpresa coronada la muralla por gran número de guerreros, que no eran sino mujeres armadas con casco y lanza, y algo temeroso al ver tantos defensores, no tuvo reparo en suscribir un tratado con Teodomiro, que se presentó en el campo enemigo sin darse á conocer hasta después de estipuladas y firmadas las condiciones, una de las cuales era que el príncipe godo ejercería pacíficamente su dominio en las siete ciudades de Auribla (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurcat (Lorca). Los árabes no tomaron á mal la estratagema, después de conocida, antes bien la celebraron y dieron un banquete á Teodomiro, tratándole Abdelaziz con la mayor consideración.

1619. **Sorpresa frustrada de Susa** (GUERRA CON LOS TURCOS).— La escuadra cristiana que regia el príncipe Filiberto de Saboya hizo rumbo desde Lampadosa á las costas de Berbería para tomar á Susa, confiando en que estaba mal guarnecida. Un domingo por la noche, 18 de abril, fondeó la armada en aguas de Susa, con algún retraso por equivocación de los pilotos, y una hora antes del amanecer del día 19 empezó el desembarco de la gente, del que se apercibió inmediatamente la guarnición. La sorpresa era ya imposible; mas con la esperanza de tomar el lugar, ordenó el príncipe que se obrase conforme á las instrucciones recibidas. En virtud de dicha orden, el castellano de Capua D. Antonio de Rojas, con 200 españoles y 100 caballeros de San Juan, fué á poner un petardo en la puerta alta, siguiéndole á corta distancia un escuadrón volante de 500 españoles mandados por D. Diego Pimentel, mientras don Diego Fajardo, con otros 150 infantes, intentaba dar la escalada por otro lado, apoyados ambos por D. Pedro Sarmiento con su escuadrón, y D. Sancho de Monroy se fortificaba con 300 hombres para proteger la retirada en caso de mal éxito. Llegados los españoles á la puerta con gran hizarría, á pesar del fuego de los defensores, dióse el petardo y rompió la puerta, mas había otra segunda, y estando poniendo otro de aquellos artificios, mataron á un petardero é hirieron gravemente al otro; así es que, no habiendo ya quien supiese poner el petardo, estuvo sufriendo la gente grave daño de los que guarnecían la muralla, aguardando á que se presentase otro petardero, en cuyo tiempo fueron muertos los capitanes **D. Cristóbal de Rojas** y **Pablo Colón**, y mal heridos

Antonio de Rojas, Iñigo de Urquiza, Sancho de Melgar, D. Francisco Mesa, hijo del marqués de la Guardia, y otros dos capitanes. Entonces D. Diego Pimentel, viendo las muchas bajas que sufría y que no se hallaba quien supiese poner los petardos, no pudiendo tampoco dar la escalada por ser muy altas las murallas, buscaba con los demás capitanes medio de cubrir algún tanto á su gente, cuando fué también herido de un mosquetazo en el hombro izquierdo, que dió con él en tierra, y como habiéndole ayudado á levantarse volviese á caer, tuvieronle por muerto, con lo cual perdió la gente el ánimo y se retiró en desorden, sin que pudieran contenerla los pocos oficiales que habían quedado vivos, acogiéndose al campo de D. Sancho de Monroy y desde allí á las naves. Efectuóse el embarque ordenadamente, sin que los enemigos pudiesen hacer daño alguno, á pesar de que cargaron con gran golpe de caballería.

1874. **Episodio de la guerra carlista.**—Nombrado el capitán general D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, comandante general del tercer cuerpo del ejército del Norte, cuyo mando supremo tenía el duque de la Torre, revistó el 19 en las alturas de la Rompida, junto á Castro-Urdiales, la división del general Reyes. Ordenó que los jefes, oficiales y sargentos se unieran en el centro de las líneas, y les dirigió la palabra, diciéndoles, entre otras cosas: *Los tercios de Flandes ambicionaban la reunión de los insurrectos para exterminarlos en una sola batalla; vosotros, que no les cedéis en valor, tenéis ahora esa fortuna que aquellos bravos veteranos no lograron, ni tampoco alcanzaron nuestros soldados en la pasada guerra civil. El triunfo nuestro es seguro; y es tan grande mi convicción, que así lo he manifestado en Madrid al venir á incorporarme á vosotros; las puntas de vuestras bayonetas nos abrirán en breve el camino de Bilbao. Las circunstancias en que hoy me encuentro me impiden batirme en las guerrillas, como tantas veces lo he hecho, y á esas huestes debo nueve cruces de San Fernando; ahora presenciaré cómo las ganan mis compañeros.*

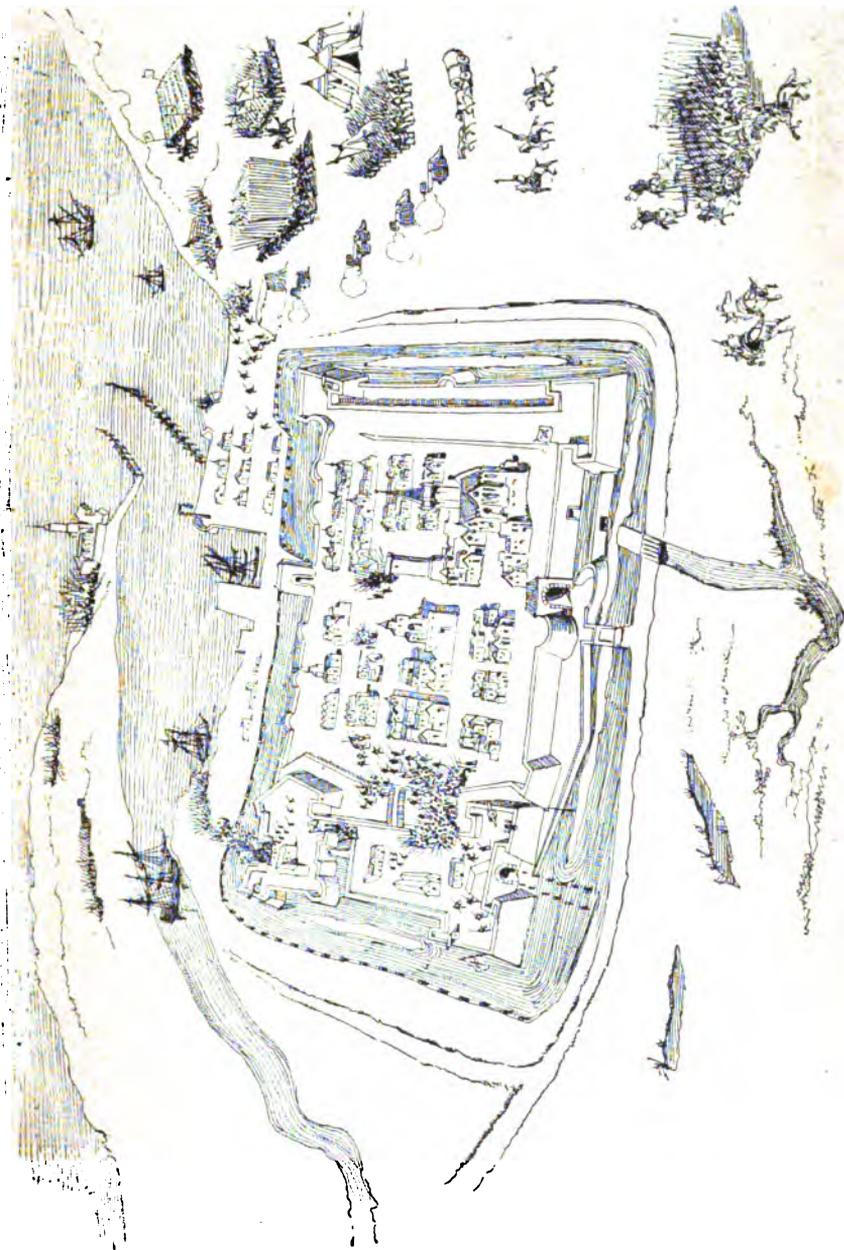
Día 20.

1592. **Sitio de Rouen** (SEGUNDA EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO FARNESIO Á FRANCIA).—Sitiada dicha ciudad por Enrique IV después de apoderarse de Chartres y de Noyon, entró segunda vez en Francia Alejandro Farnesio desde Landrecies por Guisa y La-Fère á Nelle, donde se incorporó con las fuerzas que llevaba al ejército católico, el cual, con el refuerzo de 9.000 hombres enviado por el papa Gregorio XIV, reunía un contingente de 20.000 infantes y 5.000 caballos. Desde allí se puso en marcha á primeros de febrero en dirección á Rouen, llevando en vanguardia 6.000 infantes españoles de los tercios de D. Antonio de Zúñiga, D. Alonso de Idiaguez y D. Luis de Velasco; en el cuerpo de batalla los escuadrones de esgúzarus ceñidos por arcabucería italiana, valona y

Guiu

Año Militar Español

Lám. X



ABRIL 16.—SITIO DE CALAIS.

alemana, uno de cuyos tercios mandaba D. Juan Manrique, y á la retaguardia dos batallones de franceses y valones, flanqueados estos cuerpos por 2.000 carros y llevando en el centro 40 piezas de artillería; derrotó en los llanos de Aumale á la caballería del Bearnés, que fué herido de un arcabuzazo en el costado, quedando entre los muertos más de 200 caballeros de la primera nobleza de Francia; entró luego á saco en dicha población, consecuencia inmediata de la victoria conseguida, y llegó algunos días después á Neufchatel. Mas escaso de vituallas el ejército de la Liga, limitóse á mandar á la plaza sitiada 500 infantes escogidos que se abrieron paso por entre las líneas de los sitiadores, y el duque de Parma se retiró al otro lado del Somme, tomando cuarteles de invierno en Abbeville, ciudad de las más importantes y fuertes de la Picardía, no lejos de la desembocadura de dicho río. Al ver Enrique de Borbón la inacción del ejército coligado, apretó el cerco, y entonces Alejandro Farnesio, temeroso de que Rouen sucumbiese al fin, decidió pasar otra vez el Somme, cuya operación efectuó por un vado entre Crotoy y Saint-Valery, aprovechando la hora de la baja marea. Para ello dispuso que la caballería y los bagajes se situasen en el río en dos alas, formando dos vallas ó diques, con el objeto de moderar el ímpetu de la corriente, por entre las que cruzó la infantería y la artillería, conduciéndola ésta en carros, y avanzó con gran orden hacia Rouen; mas el enemigo no creyó prudente aventurar un combate, y á la media noche del 20 de abril levantó con gran presteza el campo, tomando la vuelta de Pont de l'Arche.

1793. **Creación del batallón Cazadores de Barcelona, núm. 3.**—Fué ofrecido este batallón de infantería ligera á Carlos IV por la ciudad de Barcelona, para que sirviera en la guerra contra la república francesa, vestido, armado y mantenido á sus expensas. El Rey lo admitió á su servicio en 29 de dicho mes y año, y el 8 de septiembre se incorporó ya al ejército del Rosellón. Fué hecho prisionero cuando la rendición de Gerona en 1809, no siendo reorganizado hasta 1847 (Real orden de 30 de Abril) con las tres compañías de cazadores del regimiento de *África* y las tres del de *Guadalajara*. Fué su primer teniente coronel D. Antonio de Miralles y Fabrés.

1796. **Creación del regimiento de Borbón, núm. 17.**—Con arreglo al Real decreto de 10 de febrero de aquel año, dió principio la reorganización de dicho regimiento en Zamora el 20 de abril, con los restos de los cuerpos que en la guerra con la república francesa se habían formado en la frontera con emigrados de dicha nación, siendo su primer coronel el marqués de Saint-Simon. Hecho prisionero este regimiento en la plaza de Gerona en 1809, lo mandó reorganizar en Cataluña el

general D. Luis Lacy; mas en 1818 quedó extinguido, refundiéndose el primer batallón en el regimiento del *Príncipe*, el segundo en el de *Ordenes militares* y el tercero en el de *Sevilla*. En 1828 se reconstituyeron en Loja, por decreto de 29 de marzo, con fuerzas de los regimientos de *Africa* y *Saboya*, los dos primeros batallones, y posteriormente (1834) el tercero en la plaza de Ciudad Rodrigo. Después del levantamiento de septiembre de 1868 cambió su nombre por el de *Cádiz*, recobrando el de *Borbón* en 1876, durante el reinado de D. Alfonso XII. En el Museo de Artillería se conserva una antigua bandera de este cuerpo, señalada con el número 2.614: es de seda blanca con el escudo de armas reales sobre cruz de Borgoña, y á los extremos de ésta cuatro escudos formados por flores de lis de oro en campo de plata; tiene corbata de San Fernando.

Día 21.

1483. **Batalla de Lucena** (GUERRA Y CONQUISTA DE GRANADA).— Alentados los moros granadinos con el feliz suceso de la Ajarquía (V. 20 MARZO), decidieron hacer correrías por tierra de cristianos, y á este fin salió Boabdil de la capital de su reino con 9.000 peones y 700 caballos, y después de devastar la fértil campiña de Córdoba, se dirigió á poner sitio á Lucena. El gobernador de dicha villa D. Diego Fernández de Córdoba, llamado el *Alcaide de los Donceles*, había previsto el suceso y avisado del peligro que corría á su tío el conde de Cabra, quien acudió oportunamente, con algunas fuerzas que pudo reunir, en auxilio de la plaza. Ahmad, jefe de los abencerrajes, había intimado la rendición á nombre de Boabdil; mas la respuesta fué tan arrogante y amenazadora, que el enemigo se disponía ya á embestir la ciudad, cuando fué acometido por las tropas de socorro, saliendo también contra él las de la guarnición. La infantería granadina, ansiosa solamente de conservar su rico botín, emprendió una huida vergonzosa; mas la caballería hizo frente en el llano, dando reiteradas cargas, puesto á su cabeza el bravo Aliatar, defensor de Loja y suegro de Boabdil, la mejor lanza de toda la morisma. La caballería española no estuvo menos bizarra, distinguiéndose Fernando de Argote y Luis de Godoy, al frente de sus escuadrones; y cuando éstos llevaban ya de vencida á los infieles, aparecieron por una cañada las compañías de Lorenzo de Porras y Alonso de Córdoba, que acabaron de poner en derrota al enemigo. Quedaba, sin embargo, un grupo numeroso de caballeros abencerrajes, los más distinguidos de Granada, conteniendo con admirable firmeza el ímpetu de los españoles. Llamaba la atención entre ellos un apuesto caudillo, que hacía prodigios de valor á la cabeza de su brillante y lucida hueste; mas su heroísmo fué estéril, pues muertos cincuenta de los caballeros que le rodeaban, y herido su magnífico corcel por mortal lanzada, corrió el jinete, viéndose desmontado, á ocultarse en unos zarzales.

Desgraciadamente fué descubierto por D. Martín Hurtado, regidor de Lucena, de quien se defendió denodadamente con su alfanje, hasta que acometido por varios enemigos se vió en la necesidad de entregarse prisionero para salvar la vida. Aquel bizarro joven era el mismo Boabdil, rey de Granada. En tanto pugnaba Aliatar por atravesar el Genil, hasta cuyas márgenes habían sido acorraladas las tropas vencidas, y cuando iba á conseguir su objeto, salióle al encuentro D. Alonso de Aguilar, empeñándose entre ambos un combate personal que terminó con la muerte de Aliatar por no querer rendirse. Con este triunfo quedó vengado el desastre de la Ajarquía, habiendo costado á los mórros la pérdida de 5.000 hombres, todos los caballos, los bagajes, el botín cogido talando y robando las comarcas de Aguilar, de Montilla y de Cabra, doce pendones y diez estandartes (1).

1503. **Batalla de Seminara** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Después del tratado de partición del reino de Nápoles, trataron los franceses de apoderarse también de las provincias que habían de permanecer neutrales. Rotas las hostilidades, tuvo que encerrarse Gonzalo de Córdoba en Barletta con las escasas fuerzas que tenía á sus órdenes, impotentes para oponerse á las operaciones del enemigo, lo cual permitió al duque de Nemours apoderarse sin resistencia de la Pulla y la Calabria. Bloqueado el *Gran Capitán* en Barletta por mar y tierra, aprovechaba, sin embargo, todos los descuidos de los franceses, efectuando algunas salidas en las que llevaban siempre aquéllos la peor parte. Apurados los españoles por el hambre y la peste, demostraron en aquellas circunstancias mucha abnegación y constancia, mejorando al cabo su situación cuando el almirante Lezcano pudo derrotar á la escuadra enemiga y dejar expedito el paso á los refuerzos que venían de Alemania. Simultáneamente, Fernando de Andrade pudo desembarcar en Messina con 2.000 españoles, y uniéndose á las fuerzas de D. Hugo de Cardona y Benavides, acudieron en auxilio de Terranova, estrechamente bloqueada por d'Aubigny, mientras el duque de Nemours permanecía frente á Barletta para contener á Gonzalo de Córdoba. El encuentro con los franceses tuvo lugar en los mismos llanos de Seminara, donde siete años antes d'Aubigny había derrotado á las fuerzas

(1) En memoria y como recompensa de tan brillante combate, concedieron los monarcas *Católicos* al conde de Cabra y á su sobrino D. Diego Fernández de Córdoba el privilegio de ostentar en su escudo igual número de banderas, juntamente con la cabeza de un rey moro, adornado con su diadema de oro y una cadena del mismo metal al cuello.

unidas de Gonzalo de Córdova y del rey de Nápoles. Tenía Andrade 4.000 infantes y 800 jinetes, y el enemigo 4.500 de los primeros, 300 gendarmes y 600 caballos ligeros, que se establecieron en la margen derecha del Marro, ocupando las dos aldeas de Giovia y Lofarno. Andrade hizo avanzar la vanguardia, conducida por Benavides, para amagar un ataque de frente, desplegándola antes de llegar al río y extendiéndola todo lo posible á fin de ocultar el movimiento del centro y la retaguardia, que lo vadearon un poco más arriba de Giovia para caer sobre la derecha francesa. Al apercibirse D'Aubigny de esta maniobra, abandonó á toda prisa dicho punto, á fin de tratar de impedir el paso del Marro á los españoles; mas se encontró á éstos formados ya en la orilla derecha, y ciego de despecho los atacó impetuosamente. Andrade sostuvo sereno tan brusca y desordenada acometida, rechazando al enemigo, y cayó luego sobre él con todas sus fuerzas; deshizo la infantería napolitana, y aunque las tropas restantes se sostuvieron todavía algún tiempo, se vieron al fin obligadas á emprender la fuga, encerrándose Aubigny, con los restos que pudo salvar del combate, en Antigola, donde tuvo que rendirse, quedando los españoles dueños de la Calabria.

1817. **Episodio del levantamiento y separación de Buenos Aires.**— Situado en Salta el cuartel general del virrey La Serna, hubo que recurrir al arbitrio de las columnas volantes para explorar el campo y recoger mulas, caballos y ganado vacuno, de que estaba muy necesitado el ejército para su subsistencia y para reemplazar las muchas acémilas que se perdían casi diariamente. Una de dichas columnas, mandada por el coronel Sardina y compuesta de un batallón de *Grana* á cargo de su teniente coronel D. Alejandro González Villalobos y 150 caballos á las órdenes del coronel D. Antonio Vigil, salió con dicho objeto el 19 de abril para el Bañado, diez leguas de Salta; mas prevenido el enemigo por algunas partidas de gauchos con que tropezaron los realistas, tuvo tiempo de esconder el ganado hacia la quebrada de Escoipe, apercibiéndose para el combate con numerosas fuerzas de caballería. Malgrada la sorpresa que se intentaba, hubo que regresar á Salta, emprendiendo la retirada al amanecer del 21 de abril, encargado del mando de la columna el coronel Vigil por haber sido gravemente herido el coronel **D. Vicente Sardina**, de cuyas resultas falleció al llegar á Salta. Los españoles, peleando siempre, tuvieron que desalojar una tras otra las diferentes emboscadas de gauchos, jinetes tan diestros que no necesitaban apearse para desnudar un muerto ni para recoger del suelo un real de plata; y al llegar á la espaciosa llanura del Rosario, se vieron acometidos, á las nueve de la mañana, por más de 1.000 caballos, á cuyo frente estaba el célebre Güemes, el *gaucho eximio*, como era llamado. Los dragones de la *Unión*, que formaban la mejor parte de la poca caballería realista que acompañaba á la columna, fueron luego abrumados por el número, arrollados, batidos

y dispersos, y circunvalado completamente *Gerona*, formó rápida y serenamente el cuadro, metió dentro á los heridos y principió en este orden su marcha al grito de *viva el Rey!*, rechazando con la mayor bravura los reiterados ataques que Güemes le dirigió, hasta llegar á los Cerrillos, á tres leguas de Salta, en donde hizo alto el enemigo cansado de tantas horas de continuados esfuerzos sin haber podido conseguir romper el cuadro, destacando algunas partidas que tirotearon á los españoles hasta las inmediaciones del cuartel general. Distinguiéronse en dicha honrosa retirada, dando constante ejemplo de sereno valor, con los demás jefes, el segundo de *Gerona* D. José Elizalde y el de estado mayor D. Bernardo de la Torre, que resultó herido, secundándoles bizarramente oficiales y tropa.

Día 22.

1558. **Pérdida de Thionville (GUERRA CON FRANCIA).**—Después de apoderarse el duque de Guisa de Calais, que poseían los ingleses, en cuanto llegó la primavera abrió de nuevo la campaña, y dirigiéndose hacia los Países Bajos, puso sitio á la fuerte plaza de Thionville, en el Luxemburgo. Guarnecíanla 2.500 españoles y walones, que se defendieron bravamente, rechazando el asalto que dieron los franceses después de derribar con su artillería un torreón inmediato á la puerta principal. Seriamente escarmentado el enemigo, obró en lo sucesivo con más cautela; continuando el fuego de las baterías por el lado de la plaza que da frente al Mosela, hasta conseguir abrir una espaciosa brecha de más de cincuenta pies, por la que dió un segundo asalto; éste fué largo, porfiado y sangriento, oponiendo los sitiados una resistencia heroica. Los franceses penetraron al fin en la plaza por entre montones de cadáveres, pues la guarnición había quedado reducida solamente á 500 walones y 60 españoles. Experimentaron también los sitiadores grandes pérdidas, entre las que merece citarse la del general Pedro Strozzi, muerto de un tiro de arcabuz, por ser el más esforzado y hábil guerrero que tenía entonces la Francia, después del duque de Guisa.

1657. **Creación del regimiento de Granada, núm. 34.**—Organizóse como tercio en Benalcázar con las milicias de Granada. Habiendo caído prisionero en la plaza de Tarragona el 28 de junio de 1811, reconstituyóse en Mallorca el primer batallón por Real orden de 4 de febrero de 1812 y en la isla Gaditana el segundo. Destinado á Ultramar en 1814, se embarcó en 1816 para Puerto Rico, pasando un batallón á Venezuela, de donde regresó á dicha isla después de la capitulación de Cumaná en 1821, y fué disuelto por Real decreto de 22 de septiembre de 1838, reorganizándose el 1.º de octubre de 1847 en la Península, en la ciudad de León. Fué su primer maestro de campo D. Sebastián Graneros Alarcón, y tenía por sobrenombre *el Arroviado*.

1810. Sitio de Astorga (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—La posesión de Astorga interesaba á los franceses para tener asegurado su flanco derecho en la proyectada invasión de Portugal, ordenada por Napoleón. Débil en extremo la plaza, estaba ceñida por un viejo muro de piedra seca, flanqueado por medios torreones, sin foso, estacada, ni obra exterior alguna; solamente se había atrincherado el arrabal de Reitibia, situado al



Abril 22.—Sitio de Astorga.

Oeste, y puesto en estado de defensa los conventos de Santo Domingo y Santa Clara. Su gobernador, el coronel D. José María de Santocildes, hombre enérgico y de profundos conocimientos militares, contaba para la defensa con 2.800 soldados y algunas cuadrillas de paisanos.

El 11 de febrero presentóse frente á Astorga el general Loison con

9.000 hombres y seis piezas de campaña, é intimó la rendición el 16; mas habiendo sido rechazada la propuesta, alejóse de la plaza. Hasta el 21 de marzo no formalizó el sitio el general Junot con su cuerpo de ejército (el VIII), compuesto de 21.000 infantes y 5.000 caballos (1), empezando inmediatamente los trabajos de acordonamiento bajo la dirección del comandante de ingenieros Valazé, si bien muy lentamente por la escasez de materiales y útiles, que obligó hasta á valerse de las manos para remover la tierra, dando el ejemplo el mismo general Taupin. El día 1.º de abril se apoderaron los franceses de la fuente situada frente al castillo, el único manantial de agua potable que tenían los cercados, viéndose desde entonces obligados éstos á beber el agua salada de los pozos, y el 2 evacuaron los españoles los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, entregando éste á las llamas, lo que permitió al enemigo avanzar por el arrabal de Puerta-Rey á partir del primero de aquellos edificios, y establecerse en los escombros del segundo cuando lo permitió el incendio. Los sitiados trabajaban activamente en el arrabal de Reitibia, levantando nuevos atrincheramientos que descubrieron quemando las primeras casas en una extensión de 100 metros, oponiéndose con frecuentes salidas á los trabajos del enemigo, sosteniéndose porfiado combate el 8 de abril en el arrabal de San Andrés, que fué también incendiado, lo mismo que dos casas próximas á la puerta del Matadero, en cuyos escombros se atrincheraron los españoles, delante de dicha puerta, mientras los franceses seguían haciéndolo en los dos arrabales citados para avanzar sucesivamente hasta el recinto bajo la protección de su artillería de campaña, pues el tren de sitio que se reunió en Valladolid no llegó hasta algunos días después. Entretanto probaron los sitiadores de construir algunos hornillos de mina al pie del muro, pero sin resultado, pues los defensores, siempre en vela, arrojaron tal cantidad de piedras sobre los trabajadores, que hicieron imposible la operación cuantas veces se intentó. Incorporadas el 17 las piezas de batir (cuatro de 24, una de 16, cuatro de 12, un mortero de 6 pulgadas y ocho obuses del mismo calibre), se artillaron y municionaron las baterías ya construídas, rompiendo el fuego el 20, al que contestó con gran vigor la plaza desde la batería levantada en el jardín del Obispo, contiguo á la muralla é inmediato á la Catedral, armada con dos cañones de á 12 y otros dos de á 8 (2), cuyas piezas no pudo desmontar el enemigo á pesar de su violento fuego, si bien consiguió apertillar el muro cerca de la

(1) Las divisiones Clausel, Lagrange y Solignac, de infantería, y Treillard, de caballería, con 800 artilleros y una compañía de ingenieros.

(2) El resto de la artillería consistía en siete piezas de campaña, un mortero de 14 pulgadas y un obús de 7.

puerta de Hierro, incendiando las granadas la Catedral, que se quemó en parte, junto con varias casas contiguas. Continuó el fuego de la artillería el 21, y estando ya por la tarde la brecha practicable en una extensión de 25 metros, intimó Junot la rendición, amenazando con pasar á cuchillo á la guarnición y á los habitantes; mas los sitiados, por toda respuesta, hicieron un disparo de cañón perfectamente dirigido al sitio de la trinchera donde suponían se encontraba todavía el general en jefe con su estado mayor.

Una hora antes de anoecer, embistieron la brecha dos columnas de 700 hombres escogidos, mientras otras fuerzas daban un falso ataque al arrabal de Reitibia, por la derecha de la carretera de Galicia. Soldados y moradores aguardaban en lo alto de ella á los asaltantes, que treparon con gran dificultad, ayudándose unos á otros, pues la rampa era poco accesible y muy resbaladiza; y recibidos por un fuego abrasador que se les hacía desde las casas inmediatas y trincheras de derecha é izquierda, formadas con barriles, faginas y sacos terreros, con su correspondiente foso, fueron inútiles sus heroicos esfuerzos, y rechazadas todas las acometidas, se sostuvieron, sin embargo, con gran valor en la brecha y al pie de ella, fusilados de todas partes, no pudiendo ser socorridos hasta que oscureció, cuando habían caído ya muertos ó heridos más de 300 hombres (1). Entonces se cubrieron con toda la rapidez posible, para lo que trabajaron con ahinco bajo el terrible fuego de los sitiados, que les causó 200 bajas más, siendo gravemente heridos el comandante Valazé y otros dos oficiales de ingenieros. Defensa tan bizarra no podía ya prolongarse más tiempo sin exponer la población á los horrores de una plaza entrada por asalto; no quedaban sino 24 disparos de cañón y pocos de fusil; las piezas estaban desfogonadas y rotas sus cureñas; las provisiones de víveres, agotadas por completo. En su vista, reunidas las autoridades, determinaron la entrega (EPISODIO I), que se efectuó el 22, saliendo la guarnición por la puerta del Obispo con todos los honores de la guerra, banderas desplegadas y tambor batiente, desfilando por delante de las tropas sitiadoras con tal orden y desembarazo, que causaron la admiración del enemigo, según confesión de los mismos franceses (EPISODIO II). Estos, que consideraban como una *bicoca*—y lo era efectivamente—la débil plaza de Astorga, vieron detenido frente á sus endebles muros un respetable cuerpo de ejército, durante veinticuatro días, y no lograron su conquista sino después de considerables trabajos y de sufrir la pérdida de 800 hombres; la de los españoles no pasó de 150. El general Junot, duque de Abrantes,

(1) Para librarse algún tanto del mortífero fuego de la plaza, levantaron un pequeño parapeto con sus mochilas y con los cadáveres de sus compañeros.

devolvió la espada al coronel Santocildes, ensalzando el comportamiento bizarro de los defensores de Astorga.

Episodios.—I. Un anciano de sesenta años, llamado COSTILLA, miembro del Ayuntamiento, al reunirse éste para tratar de la capitulación, levantóse de su asiento prorrumpiendo en las siguientes enérgicas palabras: *¡Muramos como numantinos!*

II. Un cabo del ejército, cuyo nombre no consigna desgraciadamente la Historia, ni tan siquiera el regimiento á que pertenecía, al salir la guarnición para rendir las armas, tiró el fusil, y cogiendo un sable, se metió frenético por entre los enemigos, gritando *yo no capitulo*, hiriendo ó matando á todo el que se puso á su alcance, hasta caer él muerto por los disparos que le hicieron los franceses, dejando este heroico ejemplo de valor y amor á la patria. Las Cortes votaron el 1.º de diciembre una pensión para la familia del denodado cabo, cuando se averiguase su nombre, y los habitantes de Astorga honraron su memoria exhumando su cadáver con gran pompa el 27 de mayo de 1814.

1810 **Episodio de la guerra de la Independencia.**—En una de las excursiones de los franceses á la sierra desde su campo frente á la isla Gaditana, trataron 300 de ellos de penetrar el 14 de abril en Montellano, por donde se dirigían á vadear el Guadalete. Quisieron los vecinos impedirles el paso capitaneados por el alcalde D. JOSÉ ROMERO, y tan denodadamente pelearon, que repelieron al enemigo, el cual dejó siete de los suyos cadáveres frente á la casa de Romero, y otros 17, incluso el de su comandante, en las afueras de la villa.

El 22 de abril se presentaron de nuevo en Montellano 1.300 franceses en su mayor parte de caballería, mandados por el barón Bonnemain, coronel del 5.º regimiento de cazadores á caballo, deseosos de castigar á sus moradores y vengar la afrenta recibida. Estos se defendieron de casa en casa, hasta que cansados los enemigos de tamaña obstinación, apelaron al supremo recurso de incendiar el pueblo, como el medio más expedito para acabar de una vez con tan porfiada defensa. Casi todas las casas fueron reducidas á cenizas, conservándose en pie el campanario, en que se refugiaron unos cuantos hombres, y la casa de Romero, en donde este héroe llevó á cumplido remate una proeza digna de los tiempos de la caballería, ayudado de su mujer D.^a ANA DORADO, su criado ANTONIO ARENILLA, un hijo de doce años y cinco hijas. Allí se defendió el alcalde de Montellano de todos los franceses que habían penetrado en el pueblo, haciendo en ellos durante muchas horas tan terrible estrago con su certera puntería, que los alrededores de la casa quedaron cubiertos de cadáveres. Amedrentados los imperiales, resolvieron derribar á cañonazos las paredes de aquella fortaleza inexpugnable, con lo que seguramente habría terminado epopeya tan gloriosa, á no haberse alejado temerosos de las partidas que acudían desde Puerto Serrano y pueblos inmediatos. Trabajo costó arrancar á Romero de los escombros de Montellano, contestando á las repetidas instancias que le hacían: *Alcalde de esta villa, este es mi puesto*. Atendió al fin las razones y se trasladó con su familia á Algodonales, cinco leguas distante, donde algunos días después debía hacer el sacrificio de su vida en aras de la independencia patria (V. 2 MAYO.)

1834. **Acción de Alsasua** (GUERRA CIVIL).—Habiendo sabido el general carlista Zumalacarregrui que el general Quesada se dirigía desde Vitoria á Pamplona con un convoy de importancia por ir en él una gruesa suma de dinero, decidió defender el paso de los puertos de Ciordia y Olazagutia. El jefe liberal había salido de Vitoria el 21 de abril, pernociando en Salvatierra, y conocedor de los planes del enemigo, dispuso que la vanguardia atacase á éste mientras el convoy y la artillería, protegidos por la caballería, se dirigían por la izquierda á pasar el río por un puente de carros establecido cerca de la venta de Alsasua, con el propósito de tomar el camino de Segura. El cuarto regimiento de la *Guardia* sostuvo con brío la lucha, acometido por numerosas fuerzas carlistas desde los bosques seculares que ceñían entonces el camino, teniendo al fin que replegarse, reducidos aquellos fieros y brillantes batallones á la mitad de su fuerza, y retroceder en dirección á las alturas de Ormastegui, retirándose por escalones, primero de batallón, luego de compañía y á lo último por mitades, cada vez más apretados por el enemigo. Aquellas tropas veteranas se batían con desesperado valor; su bizarro coronel recorría las filas gritándoles: *¡Granaderos de la Guardia: ya que no podamos vencer, sepamos al menos morir!* y animados de este modo, su heroica porfía llegó á imponer al enemigo, que al fin cesó en la persecución (EPISODIO). Todavía se combatió en Echegárate; pero el convoy llegó felizmente á Segura, desde donde marchó á Villafranca de Guipúzcoa, y tomando por Azcárate el camino de Pamplona, entró en dicha capital el 27, en cuanto supo Quesada que el brigadier Lorenzo se movía en dirección de Huarte-Araquil.

Episodio.—El capitán D. Leopoldo O'Donell, hijo del conde de La Bisbal, mandaba la compañía que constituía el último escalón, y trataba de contener al enemigo con fuego á quemarropa. Cayó herido en aquella ocasión su alférez Clavijo, no había entonces cuartel, y O'Donell no quiso dejar abandonado á su amigo en poder de los carlistas. Sentóse á su lado, rodeado de cadáveres, siguiendo su ejemplo diez soldados que en modo alguno quisieron separarse de su capitán, y se mantuvieron firmes en sus puestos hasta caer todos prisioneros. Conducidos á Echarri-Aranaz, fueron encerrados en la iglesia y sacados de allí al día siguiente para ser fusilados, sufriendo la muerte como buenos, por no querer pasarse á las filas enemigas, el capitán **D. Leopoldo O'Donell** y los alféreces **D. Rafael Clavijo**, **D. Joaquín Villalonga** y **D. Antonio Bernard**. A la vista de los destrozados cuerpos de sus jefes no se amilanaron aquellos heroicos soldados y prefirieron perder también la vida á la deshonra de faltar á su juramento siguiendo las banderas del enemigo, volando sus almas á la mansión de los héroes, junto con las de cuatro carabineros que fueron del mismo modo sacrificados.

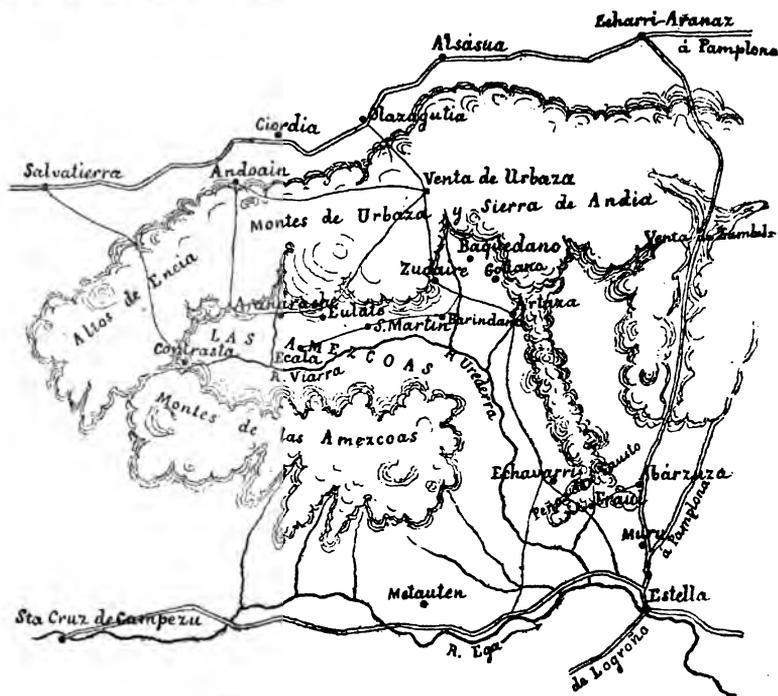
A los pocos días, habiendo vuelto el ejército al valle de la Borunda, pernoció la *Guardia real* en Echarri-Aranaz. Enterados los soldados del tristísimo fin de sus

camaradas, quisieron honrar su memoria, y reunidos al efecto en gran número con el mayor sigilo á altas horas de la noche, se dirigieron al cementerio, descubrieron los cadáveres, y sobre el inanimado y frío pecho de cada uno colocaron, con el mayor respeto, la cinta de la Orden militar de San Fernando, distintivo de valientes, restituyéndose después á sus alojamientos.

La Historia conserva en sus páginas los nombres de aquellas víctimas del honor y del deber, de imperecedera memoria: **Andrés Maregosa, Longinos López, Juan Calderón, Tomás Linares, Francisco Cosa, Juan Riga, Eusebio Morales, Manuel Arendiana, Manuel Criado, Francisco Guereida, Miguel Ibáñez, José Heredia, Manuel Elizondo y Diego Botella.**

- ✓ 1835. **Desgraciada expedición á las Amezcuas y acción de Artaza** (GUERRA CIVIL).—Encargado del mando del ejército del Norte el general D. Jerónimo Valdés, salió de Vitoria el 19 de abril, al frente de 34 batallones (unos 22.000 hombres), con dirección á Navarra, pernociando en Salvatierra y pueblos inmediatos. Al amanecer del 20 se continuó la marcha como para dirigirse á Alsasua; pero cambiando de dirección á la derecha, fué á subir el ejército por los puertos de Olazagutia y Ciordia, para coronar la sierra de Andía, encaminándose al valle de las Amezcuas, alta y baja, en varias columnas paralelas; Valdés fué á pasar la noche en Contrasta, que abandonaron dos batallones carlistas al mando de Villarreal, á la aproximación de aquél, yendo á reunirse con Zumalacarreui, que se encontraba en Eulate y sus alrededores, con diez batallones; el ejército vivaqueó en dicho valle. El 21 emprendieron las tropas de Valdés su movimiento hacia las posiciones ocupadas por el enemigo, dirigiéndose á Eulate, que evacuaron los carlistas, marchando á San Martín, cuyo terreno consideraban más á propósito para entorpecer la marcha de los liberales; pero éstos volvieron á subir por los puertos de Arnanache y Eulate á la misma sierra de Andía, de donde el día anterior habían descendido, molestanda la retaguardia por un batallón navarro, yendo los soldados de la reina á formar en la elevada planicie de la sierra, donde acamparon concentrados alrededor de la venta de Urbaza, mientras las tropas carlistas se alojaban en Zudaire, Baquedano, Gollano, Artaza, Barindano, San Martín y Ecala, desorientado su caudillo por aquellos inexplicables movimientos del ejército liberal, que quedaba en situación muy comprometida en un terreno árido y pobre, sin agua y sin raciones; pues aun cuando al salir de Vitoria las llevaba el soldado para cuatro días, las habían consumido muchos de ellos en los tres primeros. Zumalacarreui, á quien no se ocultaban los apuros de su enemigo, permanecía á la expectativa, esperando la ocasión oportuna para entablar el

combate, y aquella se le presentó el día siguiente, 22, cuando Valdés, decidiéndose por el recurso más expedito para salir de la falsa posición en que se hallaba, se dirigió á Estella, una jornada distante, y punto fortificado donde había víveres en abundancia. Púsose el general en jefe á la cabeza de la vanguardia, cubriendo la retirada la división de D. Luis de Córdoba, y tomando por el desfiladero que conduce á la meseta que



Abril 22.—Expedición á las Amezcoas.

forma el puerto de Artaza, se emprendió la marcha, esperando encontrar en dicho punto al enemigo. Efectivamente, el jefe carlista había adivinado el intento de su adversario, y escogiendo cuatro de sus mejores batallones, trepó resueltamente con ellos al elevado puerto que domina la cordillera, recibiendo con mortífero fuego concentrado á los batallones de la reina al desembocar á la desfilada sobre el puerto, y esto produjo un gran pánico y desorden, mezclándose ó confundiendo en aquella inmensa montaña los soldados de casi todos los cuerpos. El segundo batallón de Aragón, que tan triste papel había desempeñado el 18 de enero en Madrid, se desordenó, como todos, al llegar á la planicie; mas el ge-

neral Córdova empuñó un fusil, colocándose á pie al frente de los soldados, y comenzó á marchar hacia el enemigo, diciendo á aquéllos: *Allí es donde se conocen los valientes*, con lo cual, volviendo por su honor mancillado, avanzaron decididos al grito de *¡viva la libertad!* de su teniente coronel D. Fernando Fernández de Córdova, y se parapetaron en unas bordas de ganado que había á cierta distancia de los carlistas, obligando á éstos con su certero fuego á retirarse á posiciones más lejanas. Las divisiones pudieron ya formar ordenadamente en lo alto del puerto de Artaza, y continuar después su movimiento hacia Estella; pero sobrevino bien pronto la noche, y desmoralizadas ya las tropas, bastaron algunos amagos de ataque del enemigo para que cundiese de nuevo la confusión y el pánico, dispersándose muchos cuerpos casi por completo, particularmente los de la retaguardia, que más castigada, y combatiendo siempre, separada por dos leguas de distancia del grueso del ejército, tuvo que contener al principio la recia embestida de los batallones de Zumalacarrgui. El desorden llegó hasta el extremo de extraviarse algunos regimientos por tomar los atajos, creyendo llegar más pronto á Estella, y hacerse fuego por tal motivo unos á otros, tomándose por enemigos, entrando al fin en dicha ciudad el ejército casi á la desbandada, á hora bien avanzada de la noche y durante el resto de ella, menos la brigada Buerens y muchos dispersos, que se refugiaron en Abarzuza, de donde tuvo que sacarlos al día siguiente el general Córdova, protegiendo su incorporación cuando ya los carlistas empezaban á maniobrar para interponerse entre dicho pueblo y Estella. El ejército liberal bajó, pues, vencido de aquellas montañas, á las que tres días antes había trepado en además vencedor, acabando la fatiga, el hambre y la oscuridad de la noche con sus ya quebrantadas moral y disciplina, perdidas completamente en aquella retirada, si así puede llamarse, menos gloriosa para el vencedor que fué humillante para el vencido. En dicho desastroso día 22 y en los siguientes hicieron los carlistas muchos prisioneros por aquellas escabrosidades, apoderándose de municiones, armas, equipajes, entre ellos los del general en jefe, y más de 300 caballos y mulos, calculándose en 2.000 las bajas que por lo menos tuvo Valdés en esta desgraciada operación. El brigadier Seoane fué gravemente herido; y de los carlistas, que tuvieron pocas pérdidas, murieron víctimas de su arrojo los capitanes Iduarte y Uriz, resultando herido el coronel comandante del sexto batallón D. Pablo Sanz.

Día 23.

1520. **Expedición de Pánfilo de Narváez** (CONQUISTA DE MÉJICO).—Resuelto el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, á hacer valer

por las armas sus derechos á la conquista de Méjico, contra Hernán Cortés, que no reconocía su autoridad, armó dieciocho buques y reclutó 900 soldados con 80 caballos, un gran tren de artillería y abundantes pertrechos y municiones, dando el mando de la expedición á Pánfilo de Narváez, que le había acompañado en la conquista de Cuba. Zarpó aquélla á principios de marzo de 1520, y siguiendo el mismo derrotero que Cortés, ancló delante de San Juan de Ulua el 23 de abril, un año exactamente después de haber desembarcado aquel caudillo en el mismo punto.

Al tener Hernán Cortés noticia tan desagradable, comprende que la celeridad en el obrar es lo único que puede salvarle. Sin vacilaciones ni dudas, parte resueltamente de Méjico á mediados de mayo con solos 70 soldados, dejando el resto de sus fuerzas, con la artillería, bajo el mando de Pedro de Alvarado; se le reúne en Cholula el fiel Velázquez de León con los 120 hombres que allí tenía; toma en Tlascala 600 auxiliares, que licencia al ver se desertaban muchos para no combatir contra los españoles, á quienes tanto temían; manda se le incorporen 2.000 indios de Chinantla, provistos de lanzas armadas con puntas de cobre; encuentra en su marcha á Gonzalo de Sandoval con 60 soldados de la guarnición de Veracruz, que se le unen; gana ó seduce con los tesoros de Moctezuma á una parte de las fuerzas enemigas; entretiene á Narváez en Cempoala con diversos pretextos, y le sorprende al fin en una noche tempestuosa, cogiéndole herido en su mismo alojamiento. Hace después inutilizar los buques en que aquél vino, como había hecho antes con los suyos, y el 24 de junio entra de nuevo en la capital del imperio, llevando á sus órdenes á los mismos que habían ido á atacarle y prenderle.

Episodio.—Cuando Narváez fué presentado prisionero á Cortés, le dijo: *Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habéis tenido en tomar mi persona; á lo que respondió Cortés: Lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estáis es haberos prendido.*

1521. **Batalla de Villalar** (GUERRA DE LAS COMUNIDADES).—Puesto Juan de Padilla á la cabeza de un buen cuerpo de tropas, se presentó en Tordesillas, donde la reina D.^a Juana le confirió el cargo de capitán general de Castilla; sin embargo, la Junta, destituyendo á Padilla, dió el mando á D. Pedro Téllez Girón, primogénito del conde de Ureña, joven sin pericia militar alguna, quien con un ejército de 20.000 hombres puso sitio á Rioseco, donde se hallaba encerrado el conde de Haro; mas tardando en rendirle, abandonó la excelente posición de Torrehumos, en que se

hallaba, dejando descubierto el camino de Tordesillas. Aprovechándose de esta falta el conde de Haro, se presentó una noche repentinamente delante de dicha villa, cuya guarnición consistía en 400 clérigos, los cuales se defendieron con denuedo tal, que rechazaron un furioso asalto; pero abierto un portillo en otra parte más débil, fueron atacados los clérigos por la espalda y tomada la ciudad. Tachado D. Pedro Girón de desleal y traidor, tuvo que huir, volviendo á encargarse del mando **Juan de Padilla**, cuyo ejército tomó por asalto y saqueó á Torrelobatón, plaza fuerte y bien guarnecida.

Después de varias vicisitudes, y en vista de las deserciones que había en los comuneros, sintiéndose débil **Padilla** para luchar con las tropas realistas, emprendió á las primeras horas de la mañana del 23 de abril la retirada desde Torrelobatón hacia Toro, con objeto de fortificarse en esta villa, marchando dicho caudillo en el centro de su ejército á la cabeza de la caballería, protegiendo la artillería de Medina. Salió en su seguimiento el conde de Haro, que hizo adelantar contra los comuneros su numerosa caballería; éstos precipitaron entonces su marcha y empezaron á desordenarse, y perseguidos ya de cerca, trataron de hacer frente á sus adversarios en las inmediaciones de Villalar, tres leguas distante de Torrelobatón, desplegando en línea de batalla; mas la maniobra se hizo muy difícil por estar encharcado el terreno, particularmente los sembrados, con la copiosa lluvia de aquel triste día; atascáronse los cañones, aumentó la confusión, y cayendo en tan crítico momento sobre los atribulados comuneros una masa de 2.000 caballos, todo fué desconcierto y pánico, huyendo los defensores de las libertades de Castilla en todas direcciones, sin ofender ni defenderse de sus envalentonados enemigos, que los acuchillaron gran trecho, abandonando la artillería sin haber disparado un cañonazo. **Padilla** se sostuvo algún tiempo con mucho orden y firmeza, hasta que, viéndolo todo perdido, uniósese con **Juan Bravo** y con **Francisco Maldonado**, arrojándose los tres contra un escuadrón de lanceros imperiales al grito de *Santiago y libertad*. El heroico **Padilla** derribó de su caballo de un bote de lanza á D. Pedro de Bazán, señor de Valduerna, y hecha astillas el asta á fuerza de repartir golpes á diestro y siniestro, cayó también del caballo herido en una pierna por D. Alonso de la Cueva. Rindiósese entonces el desgraciado caballero, en tregando á su vencedor la espada y la manopla derecha, cuando, ya desarmado, un caballero de Toro, llamado D. Juan de Ulloa, cometió el hecho infame de herir el rostro del rendido, dándole traidora y cobarde cuchillada. Los compañeros de **Padilla**, **Bravo** y **Maldonado** cayeron también prisioneros, siendo ejecutados los tres al día siguiente, después de un breve proceso.

Los imperiales penetraron luego fácilmente en Valladolid, á cuya entrega siguió la de todas las demás ciudades que se habían declarado por los comuneros, incluso Madrid, que se entregó á D. Juan Arias Dávila, primer conde de Puñonrostro. Sólo Toledo desafió las iras del emperador, defendida por la viuda de Padilla D.^a María de Pacheco, hija del conde de Tendilla. Esta heroína, al recibir la fatal noticia de la muerte de su esposo, se sobrepuso á su dolor y sostuvo durante algún tiempo enarbolado en la imperial ciudad el estandarte de las Comunidades, hasta que después de muchas é infructuosas tentativas de avenencia, se firmó el 25 de octubre de 1521 un tratado entre D.^a María Pacheco y don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, por el que las tropas reales entraron al fin en Toledo, quedando con esto toda Castilla sometida á la obediencia del emperador.

1663. **Creación del regimiento de Cuenca, núm. 27.**—Fué conocido primeramente con el nombre de *Tercio de García*, por haber sido su primer maestre de campo el capitán de caballos corazas D. José García de Salcedo. En 1715 tomó el nombre de *Cuenca*, refundiéndose en 1733 en el regimiento fijo de Orán, hasta 1810, en que volvió á tener vida propia como entidad orgánica; mas perseguido por siniestra suerte, fué refundido el 27 de agosto de 1815 en el regimiento de *Africa*, hasta que volvió á aparecer, organizándose en Leganés por Real decreto de 21 de febrero de 1854 con contingentes de otros veinticuatro regimientos del arma, pasando la primera revista de comisario el 15 de abril. Hallándose en los Países Bajos, á cuyas provincias pasó en 1668, recibió el sobrenombre de la *Escuela de Flandes*, por ser considerado allí como un modelo de instrucción y disciplina.

1875. **Combate de Tragó (GUERRA CARLISTA).**—Estando el brigadier Delatre el 22 de abril en Benabarre con su columna, compuesta de 600 infantes y 80 caballos, supo que las facciones Orten y Baró, de 700 hombres, ocupaban el puente de Montañana, y que Castells con otros 2.000 hombres y 200 caballos se hallaba en Tragó, todos con el propósito de pasar al alto Aragón por la provincia de Huesca. El activo jefe, no menos valeroso, se encaminó á las diez de la noche á Camporrells, en cuyo pueblo entró á las cuatro de la madrugada siguiente, proponiéndose impedir el paso del enemigo por el puente de Tragó. Practicado un reconocimiento por su ayudante D. Manuel Sans, con alguna fuerza, dirigió el ataque con gran ánimo, confiando en el valor de sus tropas, contra el ala dercha de los carlistas, cuyas posiciones fueron conquistadas á la carrera por aquellos valientes soldados, retirándose el enemigo á otras más fuertes situadas á retaguardia, que no se pudieron tomar; y como al mismo tiempo la caballería

carlista amagó un ataque sobre la izquierda liberal, que corría gran peligro de ser envuelta, habiendo sufrido ya considerable número de bajas, ordenó Delatre la retirada progresiva de sus fuerzas á Camporrells, continuando, sin embargo, el combate hasta las seis y media de la tarde, hora en que un fuerte temporal separó á ambos adversarios, retrocediendo los carlistas á Estopiñán, con lo que los liberales pudieron seguir hasta Nachá, donde pernoctaron. Tuvo Delatre unas 200 bajas, incluso 80 prisioneros; muy pocas los carlistas.

Día 24.

1547. **Batalla de Muhlberg** (GUERRA DE ALEMANIA).—Invadida la Saxonía por el Emperador, quiso éste comprometer al Elector en un trance decisivo y evitar se encerrase en Witemberg, para lo cual se resolvió á practicar, por consejo del duque de Alba y contra la opinión de los demás generales, una de las maniobras más atrevidas que la historia de aquella época hace mención. El ejército enemigo, mientras recibía refuerzos, ocupó la línea defensiva del Elba, situándose en la orilla derecha, y de este modo, cortado el puente de Meissen y defendido el de Torgau, imposible de tomar sin apoderarse antes de la ciudad, que era fuerte de por sí, no había más que guardar los vados, únicos que existen por aquella parte, á la altura de Muhlberg, para tener la seguridad de que los imperiales no podrían pasar río tan caudaloso y profundo. En su consecuencia, dispuso el Elector se atrincheraran en la orilla, frente á dichos vados, algunas bandas de arcabuceros, y él se replegó con la masa principal de sus fuerzas á la linde del bosque, junto á Muhlberg, que cubría enteramente su retaguardia.

El ejército imperial, efectuando desde Meissen, por la orilla izquierda, un movimiento paralelo al del enemigo, llegó también frente á Muhlberg cubierto por una densa niebla, y se dispuso á efectuar el paso. Mientras se forma un puente de barcas para la infantería, baten la ribera opuesta la artillería y los arcabuceros españoles situados en una arboleda próxima; mas no habiendo suficientes barcas en el campo imperial, ofrécese algunos valientes para ir á buscarlas al otro lado del río, donde las tenía recogidas el enemigo. Diez españoles, entre los que pueden citarse á Sancho Dávila, Alonso de Céspedes, Cristóbal de Mondragón y Andrés Rey de Artieda, realizan tan notable y sorprendente hazaña. Arrójanse á nado, con la espada cogida entre los dientes; abordan las barcas, cuyos guardadores, sorprendidos, apenas ofrecen resistencia, y vuelven con ellas á la orilla derecha, en medio de los aplausos y gritos de entusiasmo de sus compañeros, sin que afortunadamente recibiesen daño alguno de la gra-

nizada de balas que les fueron dirigidas por los soldados enemigos. Estos rechazaron á la caballería húngara al intentar el paso por un vado largo y sinuoso; pero metiéndose en el río, con agua al pecho para acortar la distancia y hacer más certero fuego, los arcabuceros del tercio de *Sicilia* (hoy regimiento de *Africa*) consiguieron hacer desalojar las trincheras, y ya no hubo obstáculos para trasladarse todo el ejército á la margen opuesta. Vadea la caballería el río con arcabuceros á la grupa, mientras pasa por el puente la infantería; el Emperador, no menos animoso que sus soldados, efectúa también el paso por el vado, seguido de su hermano el rey Fernando, del duque Mauricio de Sajonia y del de Alba; y éste se lanza con la vanguardia en seguimiento del Elector, que abandona precipitadamente á Muhlberg, donde estaba asistiendo al oficio divino, por ser domingo, sin querer dar crédito á los que le dan la terrible noticia. Alcanzado el enemigo por los españoles, vese obligado á volver caras, dispuesto á defenderse con desesperación; mas llega en esto el Emperador con el resto de la infantería, mientras la caballería, que ha dado un largo rodeo, cae también de repente sobre el flanco derecho de los contrarios al grito de ¡*Hispania!*, ¡*Hispania!* envolviendo á la infantería sajona, que fué arrollada y batida, al propio tiempo que Mauricio de Sajonia despedaza el ala izquierda, y el centro abandona el campo, lleno de terror, perseguido por los vencedores, que fueron acuchillando por espacio de tres millas, al través de los bosques, á los numerosos dispersos, dejando cubierto de cadáveres el trecho comprendido entre Kossdorf y Folkembourg. El Elector fué alcanzado en su fuga y herido en el rostro, sin embargo de lo cual se negaba á entregarse, aunque al fin le fué forzoso rendirse. Sólo 400 sajones escaparon de la matanza; 2.000 quedaron tendidos en el campo, y el resto en poder de los imperiales, que alcanzaron tan completo y glorioso triunfo con muy pocas pérdidas. Rindióse Torgau, imitando su ejemplo la mayor parte de las ciudades de Sajonia; mas no Wittemberg, donde siguió defendiéndose la esposa del Elector, hasta que condenado éste á muerte, se apresuró aquélla á entregar la plaza para salvar la vida de su marido.

1711. **Creación del cuerpo de Ingenieros.**

1743. **Defensa de Puerto Cabello** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Reparadas las averías que recibió la escuadra británica en el ataque de la Guaira, resolvió el comodoro Knowles intentar un ataque contra Puerto Cabello. Salió al efecto de Curaçao el 20 de marzo, no pudiendo

fondear cerca de dicho puerto hasta el 15 de abril por haberlo impedido corrientes contrarias. Mandaba en Puerto Cabello el gobernador de Venezuela D. Pedro Zuloaga, quien se hallaba bien prevenido para la defensa y dispuesto á arrostrar animosamente todos los horrores de un sitio. Había dentro del puerto doce buques de pequeño porte, un navío de 60 cañones y una fragata de 40, y atravesado en el canal de la boca un buque grande, listo para ser echado á pique, con una cadena que le cogía de proa á popa, y otra desde aquella parte á tierra; y en ésta, junto á dicho canal, tres baterías, construídas con faginas, y dos en Punta Brava, una de 12 cañones y la otra de siete.

Rompieron el fuego los buques enemigos el mismo día 15, y al anochecer desembarcaron 1.200 hombres, que se dirigieron con el mayor silencio contra las baterías expresadas, llegando á apoderarse de una de ellas; mas el disparo que hizo un centinela llevó la alarma á las demás, bastando algunos disparos para desordenar la columna agresora, en la que se produjo confusión tal, que haciéndose fuego unos á otros, huyeron todos precipitadamente hacia la orilla, poseídos del pánico más espantoso, tirando las armas para correr más ligeros, sin que se repusieran de tan vergonzoso miedo hasta que se vieron á bordo de los buques. El 24 de abril dió la escuadra inglesa un segundo ataque, dirigiéndose los navíos *Assistance*, *Burford*, *Suffolk* y *Norwich* contra el castillo, y los *Scarborough*, *Lively* y *Eltham* contra las baterías indicadas, entablándose formidable lucha de artillería que terminó con la derrota del enemigo; pues viendo el comodoro Knowles las grandes averías causadas en los cascos, arboladura y aparejos de sus buques, que éstos tenían casi enteramente agotadas las municiones, y que había experimentado ya más de 200 bajas, hizo señal de picar las amarras y desviarse del alcance de los cañones españoles que tan considerable estrago habían causado en la escuadra británica. Esta no pudo hacerse á la vela hasta el 28, después de remediar lo mejor que pudo los daños recibidos, dirigiéndose á Jamaica.

1815. **Episodio naval.** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE COLOMBIA). — El navío *San Pedro Alcántara*, de 64 cañones, era uno de los buques que componían la expedición del general Morillo á Costa Firme. Fondeado al oeste de la isla de Coche, cerca de Cumaná, proveía á las cañoneras de víveres y aguada, cuando, hallándose efectuando dicha operación, se hizo oír en todo el buque, á las tres y media de la tarde del 24 de abril, al terrible grito de *¡Fuego en la santa bárbara!* Después de breves instantes de estupor, se apoderó el pánico de la gente, principalmente de la tropa de transporte (1), que tumultuosa y precipitadamente se dirigió á la proa,

(1) Se componía del personal administrativo, el estado mayor de la expedición, parte del regimiento de la *Unión* y una compañía de artilleros.

arrojándose al agua sin más dilación. Los oficiales del buque pudieron contener con gran dificultad el desorden y organizar el trabajo de extinción del fuego, empleando la marinería en los parajes y faenas de mayor peligro, y la tropa en la conducción de agua. El incendio se había declarado en la bodega, donde ardían tres barriles de aguardiente; mas corriendo el líquido inflamado hacia el mamparo de la santabárbara, era inminente la voladura del barco, de no poder contener el fuego. Para ver de conseguirlo, se cerraron las escotillas, tapando sus intersticios con mantas y colchonetas mojadas; se arrojaron al agua granadas y pólvora, inundando la de las tongas inferiores; se hicieron desesperados esfuerzos; todo fué inútil: el humo, cada vez más denso, dificultaba todos los trabajos, cayendo muchos hombres asfixiados. Entonces el comandante del navío se embarcó en una lancha con el segundo y algunos oficiales, creyendo que desde fuera podría dictar mejor las órdenes de evacuación; mas al ver la gente la salida del jefe de la nave, no dió ya oídos á los oficiales que aun quedaban, y se precipitó á las embarcaciones, produciéndose la confusión más espantosa. Momentos después sólo quedaban á bordo el teniente de navío D. FERNANDO LIZARZA y el alférez de fragata D. Angel Santamaría, con unos 30 marineros, el condestable y el calafate, todos los cuales, con grande arrojo y abnegación, continuaron afanosos en la heroica empresa de salvar el buque. Siendo esto ya imposible, ideó LIZARZA sumergir el navío para evitar al menos la voladura, para lo cual bajó con el calafate á la bodega de proa, con intención de abrir un rumbo; mas tuvieron que subir precipitadamente á la cubierta medio asfixiados; entonces descendió á la primera batería con el condestable y marineros, para acercarse un cañón á la escotilla y dispararlo hacia la bodega: no pudieron tampoco; intentaban hacerlo en la segunda batería, cuando de repente las llamas se abrieron paso sobre cubierta, envolviendo la arboladura, y se hizo ya imposible de todo punto la permanencia en el barco. LIZARZA y sus valientes compañeros se tiraron materialmente á un bote que los esperaba por la proa, consiguiendo todos salvarse, menos el heroico D. Angel Santamaría, que habiendo quedado el último, voló con el navío á las cinco y tres cuartos.

Instruyó proceso, el consejo de guerra celebrado el 28 de enero de 1819, bajo la presidencia del teniente general D. Pedro Ristori, absolvió de todo cargo al comandante del buque D. Francisco J. de Salazar; en cambio, no tuvo una sola palabra de elogio para la heroica conducta de LIZARZA y sus compañeros, ni un recuerdo á la memoria de Santamaría que sufrió tan gloriosa muerte.

En el Museo Naval figuran bajo una urna, con el número 599, algunos objetos como herrajes y balero del buque sumergido, extraídos por una compañía norteamericana en 1847, treinta y dos años después de la catástrofe.

Día 25.

1707. **Batalla de Almansa** (GUERRA DE SUCESIÓN).—Habiéndose incorporado á los aliados un considerable refuerzo que desembarcó en Alicante, se movieron hacia Yecla y Villena, y por Caudete avanzaron en dirección de Almansa con ánimo de presentar batalla al duque de Ber-

wich antes que recibiese á su vez los refuerzos que esperaba con el duque de Orleans, quien debíá encargarse del mando en jefe. Esta circunstancia hizo, sin duda, que aquel caudillo no tratase de esquivar el combate, y á las once de la mañana del día 25 de abril se hallaban ya los dos ejércitos uno frente á otro, formados ambos en dos líneas.

El enemigo, fuerte de 30.000 hombres, tenía interpolada en las dos líneas la infantería con la caballería. Mandaba la derecha de la primera línea el conde de Villaverde, general de la caballería; la izquierda, el general Galloway, y el centro el marqués das Minas: estos dos últimos como jefes superiores del ejército. La segunda línea era mandada, respectivamente, por D. Juan de Atayde, general de la caballería, el conde de la Atalaya y Frison y Vasconcellos.

Formaba el ejército borbónico, de igual efectivo, con la infantería en el centro y la caballería á los costados, teniendo á su espalda sobre la derecha el cerro de San Cristóbal, en el centro la villa de Almansa y á la izquierda la ermita de San Salvador. Mandaba la derecha de la primera línea el duque de Pópoli; la izquierda, el marqués Davaray y D. Francisco Medinilla; el centro, los generales San Gil y Labadie. En la segunda regían la derecha el caballero d'Asfeld y D. Antonio del Valle; la izquierda, el duque de Havre con el conde Mahoni, y el centro el general Hessy con el mariscal D. Miguel Pons de Mendoza.

Después de un violento cañoneo, poco eficaz, y de un ataque impetuoso de los ingleses de Galloway contra la derecha española, lanzóse el duque de Pópoli con la caballería de la Guardia que mandaba sobre la izquierda enemiga para recobrar un ribazo de que aquéllos se habían apoderado; pero á pesar del ardor con que dió la carga, fué dos veces rechazada y deshecha, y arrojada en desorden sobre la infantería francesa de la derecha de la segunda línea, que formada escaqueadamente y con grandes intervalos, pudo por fortuna servir de refugio á los Guardias españoles, sin contaminarse con el pernicioso ejemplo y pánico de los fugitivos, antes bien, sostuvo serenamente el choque y consiguió repeler al enemigo, que quedó muy quebrantado, completando su derrota la caballería, ya rehecha bajo la protección de la infantería. Un ataque simultáneo de las tropas aliadas contra el centro hispano-francés había producido la rota de éste, que tuvo que retroceder, penetrado y dividido en dos trozos por el enemigo, hasta las mismas tapias de Almansa, después de muertos los jefes de las tres brigadas que formaban la división; pero los cuerpos de reserva que mandó Berwich en su auxilio, arremetieron con tal ardor á los victoriosos soldados del Archiduque, particularmente los dos regimientos de caballería de D. José Amézaga, que aquéllos fueron á su vez batidos y dispersos, y desamparados de su caballería, tuvieron

que retirarse en el mayor desorden del campo de batalla, huyendo heridos das Minas y Galloway. Derrotados el centro y la izquierda enemigas, cedió fácilmente su derecha. El holandés conde Donha se sostuvo todavía por algún tiempo en las alturas de Caudete, peleando valerosamente; pero rodeado por las tropas de Felipe V, tuvo que rendirse el día siguiente con trece batallones al conde d'Asfeld y á D. Miguel Pons.

En esta gloriosa batalla, perpetuada por un monumento que se erigió después en el lugar del combate, se hicieron al enemigo 12.000 prisioneros, entre ellos cinco tenientes generales, siete brigadieres, 25 coroneles y 800 oficiales, cogiéndose además 20 piezas de artillería, 300 carros de municiones y 100 banderas y estandartes, que fueron depositados en la basílica de Atocha por el conde de Pinto. Quedaron también muertos ó heridos sobre el campo otros 5.000 hombres holandeses, ingleses, portugueses y alemanes, y unos 3.000 franceses y españoles (1). Los restos del ejército vencido tuvieron que abandonar el reino de Valencia, refugiándose en Tortosa. Llevó á Madrid la noticia de la victoria el brigadier D. Pedro Ronquillo, que fué agraciado con el empleo inmediato.

1859. **Creación del 3.^{er} regimiento de artillería divisionaria.**— La segunda brigada de montaña, suprimida por Real orden de esta fecha, sirvió de base para la organización de una brigada montada, que tomó en el mismo año el nombre de 5.^o *regimiento montado*, y por Real orden de 26 de diciembre de 1882 el de 3.^{er} *regimiento divisionario*, de guarnición en Valencia.

Día 26.

1521. **Muerte de Hernando de Magallanes.**— Este célebre navegante portugués, natural de Oporto, pasó al servicio de España en 1518, brindándose á señalar un camino á las Indias más corto que el que seguían los portugueses. Después de prestar pleito homenaje al emperador Carlos I en la iglesia de Santa María, de Sevilla, salió el 20 de septiembre de 1519 de Sanlúcar de Barrameda con las naos *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago*, de 132 á 75 toneladas; mandadas respectivamente por Magallanes, jefe de la expedición, Juan de Cartagena, Gaspar de Quesada, Luis de Mendoza y Juan Serrano, y tripuladas por 239 individuos. Iba en la *Concepción* en calidad de maestro Juan Sebastián del Cano, el primero que debía dar la vuelta al mundo (V. 4 AGOSTO). Tocó la flota en las Canarias el 26, ha-

(1) Murió gloriosamente D. Diego Dávila, coronel del regimiento de infantería de *España*.

ciendo después rumbo á las costas del Brasil, y descendió á lo largo de ellas en busca del deseado paso. Penetró el 10 de enero de 1520 en el río de la Plata, continuando después hacia el Sur, y el 31 de marzo ancló en el puerto de San Julián, en la costa oriental de Patagonia, donde el 1.º de abril estalló el descontento en las tripulaciones, insubordinándose Mendoza, Quesada y Cartagena, por lo cual Magallanes, procediendo con gran energía, atacó en persona á los revoltosos de la nave *San Antonio*, hizo dar muerte á los dos primeros, y castigó al tercero dejándolo abandonado en aquella costa inhospitalaria. Después de cinco meses de estancia, hizo de nuevo á la vela el 24 de agosto, y por fin el 21 de octubre descubrió un abra que presentaba una entrada como de cinco leguas de anchura, en la que penetró el 1.º de noviembre, no sin que naufragase antes la nao *Santiago*, que se adelantó para reconocer la costa, desertándose la *San Antonio*, que se dirigió á la costa de Guinea y de allí á España. Cabe, pues, á las naves españolas *Trinidad*, *Victoria* y *Concepción* la inmensa gloria de haber sido las primeras que cruzaron aquel peligroso estrecho, desembocando el día 27 en el anchuroso mar Pacífico, saludado en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, desde las altas cumbres de los Andes. El 6 de marzo siguiente, después de grandes sufrimientos (1), descubría Magallanes el archipiélago que llamó de San Lázaro (después Marianas), y enderezando siempre el rumbo á Occidente, reconoció el archipiélago de las Filipinas, fondeando en la pequeña isla de Mazagua, de donde pasó á la de Cebú; mas queriendo imponer la soberanía de Castilla á los indígenas de la vecina isla de Mactán, entablóse una lucha desigual, en la que tuvo **Hernando de Magallanes** la desgracia de ser muerto por aquéllos el 26 de abril de 1521, peleando con el mayor heroísmo, teniendo los españoles que recogerse apresuradamente á las naves después de experimentar grandes pérdidas (V. 4 AGOSTO).

En el Museo Naval existe un retrato de este célebre navegante, señalado con el número 543.

1538. **Batalla de Salinas (CONQUISTA DEL PERÚ).**—Dividida la gobernación del Perú entre los dos conquistadores Francisco Pizarro y Diego de Almagro, éste, después de una expedición á Chile, entró por sorpresa en el Cuzco, antigua capital del imperio, para hacerla cabeza de su gobierno, por considerar estaba comprendida dicha ciudad bajo su jurisdicción, haciendo allí prisioneros á los dos hermanos de Pizarro, Hernando y Gonzalo, y derrotó después en el puente de Abancay á las tropas que acudían al Cuzco al mando de Alonso de Alvarado, el cual cayó también en su poder. En las negociaciones entabladas entre los dos antiguos amigos Pizarro y Almagro, no pudo haber avenencia, y habiendo

(1) Llevaban más de cuatro meses sin probar ningún alimento fresco; la galleta estaba reducida á polvo enmohecido y llena de gusanos; el agua estaba igualmente corrompida, y los víveres eran tan escasos, que algunos se comieron los pedazos de cuero de bucy con que habían forrado las vergas.

conseguido evadirse Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado, el excesivamente confiado Almagro dejó también en libertad á Hernando Pizarro. Este, faltando á la palabra empeñada, movió el ánimo del gobernador su hermano para que declarase á Almagro y los suyos enemigos del rey, y enviase al Cuzco algunas fuerzas para reducirlos á la obediencia.

Vinieron á las manos los dos bandos en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, el 26 de abril de 1533. Las tropas de Almagro eran superiores en caballería y en indios auxiliares; más militaban en el campo de los Pizarros doble número de españoles, y una manga de arcabuceros recién llegada de Europa, que les daba gran superioridad. Acometió animoso Hernando, cubierta la fuerte armadura con una rica sobrevesta de damasco naranjado y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, para ser distinguido de amigos y enemigos; y como desde el principio de la acción aquellos diestros tiradores pusieron fuera de combate á más de cincuenta de los caballeros contrarios, á los que no ayudaba el terreno para maniobrar con ventaja, no tardó en declararse la victoria á favor de los Pizarros. Desordenadas las filas de los soldados de Almagro por el fuego sostenido y certero de los arcabuceros, pasáronse muchos al enemigo, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, y ya desde este momento la lucha se hizo puramente individual. Rodrigo Orgoñez, segundo de Almagro, metióse por entre los enemigos, atravesó á dos con su lanza, pasó el pecho de una estocada á otro que gritaba ya victoria, cayendo á un tiempo muerto su caballo, y él debajo herido en la frente de un arcabuzazo; más pudo todavía desembarazarse y defenderse, peleando heroicamente contra la multitud de enemigos que le tenían cercado, hasta que tuvo que entregarse prisionero á un criado de Hernando Pizarro, llamado Fuentes, que titulándose *caballero*, así que le entregó la espada y le cogieron entre todos, acometióle y le degolló con su daga (1). Pedro de Lerma conoció de lejos á Hernando Pizarro, y arrojándose sobre él le llamó traidor y perjuro, arremetiéndole con tanto empuje, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no hubiesen acudido otros en su auxilio; cubierto Lerma de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle del salvajismo é inhumanidad de un soldado que le pasó á estocadas en la cama donde yacía moribundo. El capitán Rui Díaz fué muerto también traidoramente llevándole un amigo á las ancas de su ca-

(1) Este hombre valeroso era natural de Oropesa, había servido en las guerras de Italia y se halló de alférez en el saco de Roma. Poco antes de su muerte le había dado el rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

ballo. Vencedores por todas partes los Pizarros, ocuparon al instante la ciudad, donde, llenos de ira y de soberbia, y respirando venganza, cometieron muchos excesos. El infortunado Almagro, que, no pudiéndose tener en pie por sus achaques, había presenciado la rota de los suyos desde un recuesto, recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, de donde lo sacó Alonso de Alvarado para encerrarle en las mismas prisiones en que habían estado él y los dos hermanos Pizarro. Sustanciado el proceso, pagó Hernando Pizarro la generosidad que con él tuvo Diego de Almagro, condenándole á muerte el 8 de julio, y el antiguo compañero y amigo de Francisco Pizarro fué ejecutado en la prisión, dándole garrote, y sacándolo después su cuerpo á la plaza, le cortaron públicamente la cabeza.

1835. **Acción de Alloza** (GUERRA CIVIL).—Reunidas á la facción que mandaba Cabrera, las de Quílez y Torner, en número de 400 infantes y 30 caballos, fueron atacadas cerca de Alloza por el infatigable Nogueras con fuerzas superiores. Cargó impetuosamente la caballería liberal, siendo recibida por la infantería carlista con una descarga á quemarropa que la desconcertó, cayendo atravesado de un balazo el caballo de Nogueras á la tercera carga, en la que también fueron rechazados los jinetes de la Reina. Emprendieron entonces ordenadamente los carlistas la retirada, contentiendo siempre á sus enemigos durante las cuatro horas que duró su marcha por el llano, y al llegar á la sierra de Arcos, atormentados por la sed y el hambre, y rendidos de fatiga, tuvieron que detenerse á tomar aliento, siendo de nuevo acometidos por sus perseguidores, que fueron otra vez rechazados, muriendo á la cabeza de su tropa el bravo coronel Zabala, que mandaba la infantería liberal; y así fueron retirándose de posición en posición hasta la llegada de la noche, que puso término al combate. Don Ramón Cabrera, que mandaba por primera vez en jefe, demostró, pues, en la acción de Alloza, tan gloriosa para los carlistas, que había de ser un competidor temible, y así lo acreditaron los hechos. Distinguióse también el coronel D. Manuel Añón, que al frente de los pocos y malos caballos que tenía, fué apoyando uno de los flancos, batiéndose denodadamente cuantas veces cargó la caballería enemiga.

Día 27.

1487. **Capitulación de Vélez-Málaga** (CONQUISTA DE GRANADA).—El 7 de abril de 1487 púsose el rey D. Fernando á la cabeza de las fuerzas reunidas en Córdoba, que ascenderían á 40.000 infantes y 12.000 caballos, y después de una penosa marcha llegó el 17 ante los muros de

Vélez-Málaga, donde mandaba Abul-Cacim-Venegas. Empleado el sitio, hicieron los moros una primera salida, en que acuchillaron á una banda de cristianos que fortificaban una eminencia. Al oír el rey la gritaría, montó á caballo sin otra armadura defensiva que un peto, y saliendo con los pocos soldados que pudo reunir en aquellos momentos, arremetió briosamente á los moros, sepultó el hierro de su lanza en el pecho de un musulmán, y de tal manera y tan ciegamente se metió entre los enemigos, que seguramente habría perdido la vida ó caído prisionero, pues habiéndosele caído la lanza, hacía inútiles esfuerzos para sacar su espada de la vaina que del arzón de la silla colgaba. En situación tan crítica vióse acometido por algunos moros; mas por fortuna pudieron acudir velozmente á librarle del peligro el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el Adelantado de Murcia y los capitanes Garcilaso de la Vega y Diego de Atayde, que salvaron á su soberano y ahuyentaron á lanzadas á los moros (1). Arrojadados los sitiados de los arrabales, en cuya defensa perdieron 800 hombres; derrotado el *Zagal*, que acudió en auxilio de la plaza; rigurosamente bloqueados y temiendo el bombardeo y destrucción de sus hogares, perdieron los defensores toda esperanza, conociendo era imposible prolongar la resistencia, y capitularon el 27 de abril, siguiendo su ejemplo otros pueblos menos importantes comprendidos entre dicha ciudad y Málaga, por lo cual quedó ya franca y expedita la aproximación á esta plaza, objetivo principal de la campaña emprendida. Los Reyes Católicos entraron en Vélez-Málaga el 3 de mayo.

1818. **Episodio naval (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE CHILE).**—Bloqueaba la fragata española *Esmeralda*, con el bergantín *Potrillo*, el puerto de Valparaíso, cuando se presentó una fragata con bandera inglesa, que el capitán Coy tomó por la *Amphion*, la cual en algunas ocasiones había comunicado con él sobre asuntos relativos al bloqueo. Mas la supuesta fragata inglesa fué ganando el costado de la *Esmeralda*, y cuando estuvo á distancia conveniente arrió de pronto la bandera, izó la chilena, rompió el fuego con la parte de batería más inmediata y se corrió sobre la cuarta de popa para abordar á la *Esmeralda*. El bauprés de la fragata enemiga, que resultó ser la *Lautaro*, cortó el aparejo de mesana de la fragata española y lo dejó colgando de un modo muy incómodo para abordar, por lo cual, no pudiendo saltar á ella la fuerza suficiente, y habiendo un golpe de mar separado las dos fragatas, la tripulación de la *Esmeralda* cayó desde el entrepuente sobre los agresores, que fueron

(1) Al hacerle ver que aventuraba la suerte del ejército con arriesgar tan temerariamente su vida, dijo: *Agradecer he vuestro consejo; mas non podré buenamente ver á los míos sufrir, é non aventurar la mi vida por los salvar.*

todos muertos ó hechos prisioneros, contándose entre los primeros el capitán enemigo O'Brien, no llegando á tiempo de impedirlo los botes que con refuerzos se enviaron desde la *Lautaro*, cuyo buque se había separado bastante, dando caza al *Potrillo*, por creer estaba ya en poder de los suyos la *Esmeralda*, cuya bandera había sido arriada por los que entraron al abordaje. Los españoles rescataron, pues, el buque de una manera inesperada, á pesar de las muchas bajas que tuvieron en los primeros momentos de la sorpresa, causados por el vivo fuego que se les hizo desde el castillo de proa de la *Lautaro*, cuyo capitán tuvo el descuido, que pagó con la vida, de no impedir el que se separasen los dos buques amarrándolos, ó inutilizar la fragata abordada, cortando las cuerdas de la rueda del timón y arriando las vergas de gavia.

Día 28.

1503. **Batalla de Ceriñola** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).— Después de estar cerca de un año encerrado Gonzalo de Córdoba en Barleta, pudo al fin tomar la ofensiva el 25 de abril de 1503, cuando se le incorporaron algunos refuerzos procedentes de Alemania. Cruzaron los españoles el Ofanto, y ejecutando una marcha penosa y difícil por la histórica llanura de Cannas, llegaron al comenzar la tarde del viernes 28 de abril delante de la aldea de Ceriñola, situada á 16 millas de Barleta y seis de Canosa, donde tenían los franceses su cuartel general. Apresuróse Gonzalo de Córdoba á reconocer el terreno, escogiendo una excelente posición á propósito para dificultar la acción de la caballería enemiga, muy superior en número y en calidad, en terreno cubierto de viñedo y ceñido por un largo barranco que aprovechó como foso, clavando en su fondo estacas, clavos y otros obstáculos defensivos; profundizólo en los sitios en que era más accesible, sirviéndole las tierras para formar una especie de parapeto hacia el flanco izquierdo, parte más débil de la posición, trabajando todos con tal ardor á pesar de lo caluroso del día y del cansancio de los anteriores, que cuando á la caída de la tarde dejaron verse los franceses, ya estaban los españoles perfectamente atrincherados. Las fuerzas de éstos consistían en 5.500 infantes y 1.500 caballos, que se distribuyeron del modo siguiente: á la derecha, un cuerpo de infantes españoles, mirando hacia Ceriñola, mandado por los capitanes Pizarro, Zamudio y Villalba; en el centro, los alemanes, regidos por capitanes de su nación, y á la izquierda otro cuerpo de españoles, que mandaban Diego García de Paredes y Pedro Navarro, protegiendo la artillería; flanqueaban estos cuerpos los hombres de armas, divididos en dos trozos, á cargo de Diego de Mendoza y de Próspero Colonna, quedando Fabricio Colonna y Pedro de Paz con los caballos ligeros fuera de las viñas, para que pudiesen manobrar con más facilidad.

El duque de Nemours, jefe del ejército enemigo, quiso diferir el ataque hasta el día siguiente, al ver cómo tenían los españoles fortificado el campo; pero herido su amor propio por las frases de algunos de sus capitanes, cometió la imprudencia de disponer precipitadamente sus tropas para el combate. La vanguardia, formada por la gendarmería, flor de la caballería francesa, tan renombrada, regida por Luis de Ars, á la derecha; en el centro, un poco á retaguardia, la infantería suiza y gascona, mandada por el coronel de la primera Chaudieu, y finalmente, en la izquierda, la caballería ligera á las órdenes de Ivo de Alegre, también algo retrasada del centro.

Faltaría escasamente media hora para anochecer, cuando poniéndose el duque de Nemours á la cabeza de la vanguardia, cargó decidido sobre la izquierda española; ésta sostuvo serena la acometida, que fué rechazada con auxilio del certero fuego de artillería; mas vuela en aquel momento con horrible estruendo el repuesto de pólvora, y turbados los soldados al ver aquella arma poderosa reducida al silencio, díceles Gonzalo de Córdoba: *Animo, compañeros; ved las luminarias de la victoria que tenemos entre manos.* Cargan segunda vez, y con más terrible empuje, los valientes gendarmes franceses; pero caen los de las primeras filas, más osados, en el profundo foso, cuya existencia desconocían, y comprendiendo entonces Nemours que era imposible el asalto por aquella parte, emprendió una marcha de flanco, variando á la izquierda, por todo el frente de la trinchera en busca de un punto más accesible ó peor defendido, durante cuyo movimiento se vió expuesto al terrible fuego de los arcabuceros españoles, cayendo muerto de un balazo en la cabeza. En esto avanzaba ya rápidamente Chaudieu con sus infantes, llegando hasta la misma trinchera, y aunque se desordenaron algún tanto al sentar la planta en la tierra recientemente removida, no se detienen por esto, sino que, franqueando el foso, saltan al lado opuesto del barranco; mas opónenles los alemanes un muro de hierro con sus largas picas, mientras reciben por los flancos el fuego de los arcabuceros. Rechazados tres veces á pesar de su extraordinario valor, otras tantas se rehicieron y volvieron á la carga, quedando sin vida en el foso, á la tercera acometida, el bravo Chaudieu y muchos de sus capitanes. Entonces vacilaron ya aquellos valientes suizos, y ordenando Gonzalo de Córdoba un ataque general, completaron nuestras tropas la destrucción del enemigo, que dejó tendidos sobre el campo más de 3.000 muertos y heridos, cogiendo los vencedores toda la artillería (13 piezas), los bagajes y la mayor parte de las banderas, á costa tan sólo de unas 100 bajas. Luis de Ars logró refugiarse en Venosa con los restos de su gendarmería, é Ivo de Alegre, con sus caballos ligeros, que apenas tomaron parte en el combate, en Gaeta, no sin grandes dificultades.

Al día siguiente, registrando el campo de batalla, apareció el cadáver del infortunado duque de Nemours, completamente desnudo, á cuya vista conmovióse Gonzalo hasta el punto de derramar lágrimas, considerando el triste fin que había tenido su joven y valiente adversario, con quien tantas veces había departido como aliado y como amigo. Sus restos fueron conducidos á Barleta y enterrados con gran pompa en el cementerio del convento de San Francisco.

1640. **Sitio de Casal** (GUERRA CON FRANCIA).—Queriendo el marqués de Leganés atajar los progresos del conde de Harcourt en el Piamonte, puso cerco á Casal; mas atacado en sus posiciones por el ejército francés al mando de dicho caudillo, vióse obligado á levantar el campo con bastante desorden, habiendo perdido en el combate muy cerca de 6.000 hombres.

1717. **Creación del cuerpo de Infantería de Marina.**

✓1840. **Combates de Peracamps** (GUERRA CIVIL).—Para oponerse segunda vez al paso de un convoy á Solsona, reuniéronse en las alturas de Peracamps casi todas las fuerzas carlistas que había entonces en Cataluña: 21 batallones (11.000 hombres), 700 caballos y 14 piezas de artillería. Fortificaron el pueblo y diecisiete edificios de las inmediaciones; construyeron dos reductos artillados en las crestas de aquellas encumbradas estancias; hicieron inaccesible el cerro de Peracamps por medio de tres líneas de parapetos, y efectuaron grandes cortaduras en el camino real de Igualada á Cervera, por el que debía conducirse la artillería liberal. Nuevecientas acémilas componían el convoy, que se detuvo el 23 de abril en Biosca, mientras se adelantaban á abrirle paso 18 batallones, 700 caballos, una batería montada y la artillería á lomo, con cuyas fuerzas acampó D. Antonio Van-Halen, capitán general de Cataluña, en la noche de dicho día á la vista de las formidables posiciones que median desde Peracamps hasta más allá del Boix. Estas fueron conquistadas después de algunas horas de porfiado y sangriento combate, que costó á los liberales unas 2.000 bajas, habiendo resultado herido el bizarro general **D. Antonio Azpiroz** al frente de su división, cuya herida le produjo la muerte algunos días después (EPISODIO).

El ejército pernoctó en dichas posiciones, situando el campamento en Peracamps, casa Sacanella y la de los Cuadros, y al amanecer del 25, des-

pués de enviar á Biosca los heridos, marchó á San Pedro de Padullers, donde acampó esperando el convoy detenido en dicho punto, que se incorporó á las nueve de la noche. A las cinco de la mañana del 26 se movieron las tropas liberales en dirección de Solsona, tomando por la derecha el camino de Torre de Nagó, cuyo pueblo fué ocupado lo mismo que los caseríos próximos, donde se reunió todo el ejército en la planicie del Milagro, siguiendo después la marcha con la caballería á la izquierda, por ser hacia donde estaba el enemigo, al que hubo que desalojar del reducto de la casa de Molins, entrando los soldados de la reina en Solsona á las seis de la tarde.

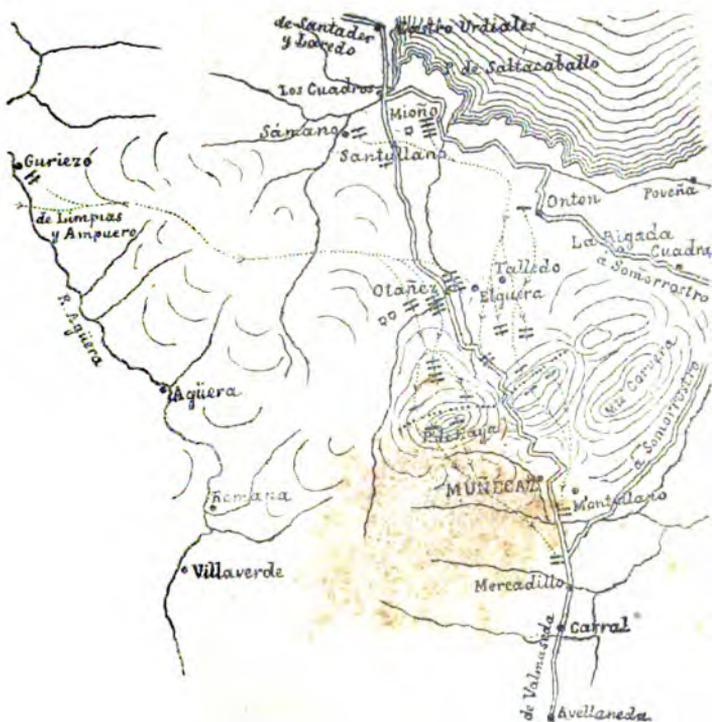
El 27 se abasteció de leña la plaza y el castillo, cortándola á la vista de los carlistas, y al día siguiente se emprendió el regreso, teniendo que pelear de nuevo con diez batallones enemigos apostados en la cordillera; pero el ejército se abrió paso fácilmente á costa de 500 muertos y heridos, entre los que se contó el mismo Van-Halen, distinguiéndose notablemente el brigadier D. Francisco Serrano, comandante general de la caballería, á cuya cabeza dió brillantes cargas que decidieron del éxito de la jornada.

Recibió el general Van-Halen por estos hechos de armas, que tanto le honran, el título de *conde de Paracamps*, y las tropas que en ellos tomaron parte fueron premiadas con la medalla conmemorativa que se creó por Real orden de 10 de junio de 1840.

Episodio.—Se distinguieron en el ataque de las posiciones enemigas un batallón de *Saboya* y la batería montada, especialmente el teniente D. FRANCISCO GUTIÉRREZ DE TERÁN, que, á pesar de las dificultades del terreno, consiguió desmontar con sus disparos dos piezas enemigas, facilitando con ello el asalto, por cuyo hecho fué ascendido á capitán sobre el mismo campo de batalla. Cuando al final del combate conducían al general Azpiroz herido de suma gravedad, al pasar delante del general en jefe, herido también, dijo éste volviéndose á la tropa: *Al valiente general Azpiroz se debe la victoria*, á cuyas palabras contestó el primero incorporándose en la camilla: *A la batería rodada se debe la victoria*.

1874. **Acción de las Muñecas** (GUERRA CARLISTA).—Organizado por el capitán general D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, el III cuerpo del ejército del Norte, compuesto de 25 batallones, un escuadrón y 20 piezas de artillería, con la fuerza total de 16.596 hombres y 86 caballos, distribuidos en tres divisiones á las órdenes de los generales don Rafael Echagüe, D. Arsenio Martínez Campos y D. José de los Reyes, de cuyas tropas formaban parte cinco batallones de Guardia civil y cuatro de carabineros, y dadas las instrucciones necesarias, moviéronse ya el 26

dichas fuerzas, acantonándose una división en Guriezo y las restantes en Limpias, Ampuero, Samano, Mioño y Ontón, continuando el cuartel general en Laredo y la artillería montada y las dos compañías de ingenieros en Castro-Urdiales. Urgía ya, sin más dilaciones, salvar á Bilbao, empresa dos veces fracasada, pues era inminente su pérdida si el ejército liberal no podía abrirse paso en breve plazo.



Abril 28.—Acción de las Muñecas.

Los carlistas, desde la batalla de San Pedro Abanto, habían ido corriéndose por el flanco derecho de los liberales, sin duda con ánimo de envolver el campo de Somorrostro y tratar de cortar las comunicaciones con Castro, y presumiendo un ataque sobre Valmaseda por el valle de Carranza, extendieron todavía más su línea, multiplicando las obras de defensa con actividad prodigiosa. Mas el 27, las tropas de Guriezo y las situadas en la carretera de Ramales atravesaron por fuera de camino el montuoso terreno que media entre esta carretera y la de Cartro, situándose en Otá-

fiez, de que se apoderó con escasas bajas la brigada Otal, pernoctando en dicho punto el general Concha, quien había decidido operar desde el valle de Sopuerta sobre Galdames, siguiendo el plan indicado por el general Villegas antes de la batalla de San Pedro Abanto al duque de la Torre, y posteriormente al mismo marqués del Duero.

El 28, mientras el I y II cuerpos (López de Letona y Palacio), establecidos en la línea de Somorrostro y en Las Carreras, frente á San Pedro Abanto, rompían el fuego amenazando las posiciones carlistas, emprendía el movimiento el III cuerpo á las dos de la tarde sobre el formidable paso de las Muñecas, que el enemigo tenía fortificado de antemano, dirigiéndose la primera división (Echagüe) desde Otáñez, á atacar el estribo de la derecha de la carretera, para correrse después por su cumbre hasta tomar el pico de Haya sobre el puerto de las Muñecas, y la segunda (Martínez Campos) á las estribaciones de la izquierda, hasta apoderarse de otro pico de este lado, debiéndo destacar la brigada Beaumont á ocupar el pueblo de Talledo en cuanto pudiese; la tercera división (Reyes) permaneció en Otáñez en reserva. Las posiciones de la derecha fueron tomadas una tras otra hasta llegar á la del pico de Haya, la más formidable de todas, defendida á la mitad de su falda por una gran trinchera, en la que opusieron heroica resistencia los batallones carlistas del Cid y de Arlanza, que apenas contaba cada uno 400 plazas. Eran ya las seis de la tarde, y las tropas de Echagüe, á pesar de su nutrido fuego, no conseguían adelantar un paso, por lo cual, redoblando la artillería sus disparos, púsose Echagüe á la cabeza de los batallones, y animándolos con la palabra y el ejemplo, cargó con ellos á la bayoneta; mas era tan penosa la subida y tan grande el cansancio de todos, que no pudo coronarse la cumbre, no obstante haber conseguido flanquear la posición. Vió el general Concha los apuros de Echagüe y que los carlistas acometían á su vez á los liberales saliendo de la trinchera y del bosque, desde donde hacían mortífero fuego, é impaciente por la tardanza de los refuerzos pedidos al general Reyes, dirigióse á su cuartel general diciendo *vamos todos*, y marchó resueltamente en auxilio de aquellas fuerzas con el general Vega Inclán y su estado mayor, seguido del único batallón que quedaba, efectuándolo por una senda flanqueada por el enemigo, único camino practicable. Las fatigadas tropas de Echagüe se reanimaron con la presencia del marqués del Duero y volvieron con nuevo ardor al combate llenas de entusiasmo, distinguiéndose el batallón cazadores de la *Habana*, que iba de vanguardia, y se lanzó valerosamente sobre la posición con los de *Mallorca, Ramales (Infante)*, 2.º de Guardia civil y 5.º de Carabineros. El enemigo, á pesar de su desesperada y admirable resistencia, tuvo que abandonar al fin la disputada trinchera, de que se

posesionaron nuestros soldados. El general Concha, que peleó en las guerrillas con su cuartel general, recibió una leve contusión de bala en el hombro derecho, y el teniente coronel de artillería **D. Eugenio Carrillo**, mayor general del arma en el III cuerpo, una grave herida, de cuyas resultas murió el 4 de julio en Castro-Urdiales.

No fué menos tenaz la resistencia que encontró el general Martínez Campos en el ataque de las posiciones de la izquierda. Trinchera hubo que fué tomada, perdida y vuelta á recuperar hasta tres veces: tal fué el ardor con que pelearon unos y otros; pero se superaron todos los obstáculos y coronaron todas las alturas, habiéndose distinguido el primer batallón del tercer regimiento de *Infantería de Marina*, que se prestó voluntariamente á atacar la posición más formidable (1) y el regimiento de *Valencia*, no menos valeroso. El célebre general carlista D. Castor Andéchaga, que mandaba la derecha enemiga, fué herido de bala en el pecho cuando el batallón de *Marina* y el de *Valencia* acometían por segunda vez la trinchera de que habían sido ya rechazados, espirando poco después en Sopuerta.

El general Serrano apoyó el movimiento del III cuerpo, enviando al general Laserna con algunas tropas por la carretera de Sopuerta, y la división de vanguardia (Palacio), por los montes de Arenillas y Corbera á darse la mano con la izquierda de Concha, ocupando el pico de Mello; el brigadier Cassola tomó las trincheras próximas á Montellano; Laserna quedó en la carretera á la altura de aquel pueblo con parte de sus fuerzas, y un batallón fué por la izquierda de la carretera á apoderarse de Cortes.

El combate que con tan buenos auspicios inauguró las operaciones emprendidas para la salvación de Bilbao, costó á los liberales escasamente 500 bajas; menos á los carlistas, que se retiraron bajo la protección del séptimo de Guipúzcoa, batallón de los más esforzados que tenía el enemigo.

Día 29.

1618. **Famoso incendio de Constantinopla por los cautivos españoles.**—Proyectada por el emperador de los turcos una expedición á Sicilia, dispuso grandes fiestas para obsequiar al general de la armada, dando ya por segura la

(1) Mandaba dicho batallón su teniente coronel D. Manuel de Lara, herido al tomar la trinchera, que asaltó el primero con el comandante, á las órdenes del general Concha, D. Félix Camprubí y nueve soldados de *Marina*. De dicho batallón murió gloriosamente el capitán **D. José Sevillano Rodríguez**, al frente de su compañía.

victoria. Aprovechando tan feliz ocasión, el alférez GARCÍA DEL CASTILLO BUSTAMANTE, natural de Sevilla, concertó con MARCOS DE PINTO, famoso arquitecto natural de Salamanca, y otros cautivos españoles, el pegar fuego á las casas de sus amos á una hora determinada, mientras ellos lo hacían en la morada del Mayor de Constantinopla (1) y en el mismo palacio del Gran Turco, de cuyos eran respectivamente esclavos. Llevóse á cumplido efecto tan memorable hazafia el día de San Pedro Mártir, domingo 29 de abril, por la noche, en términos que, prendiéndose el fuego en tantos puntos distintos, corrió de casa en casa, y tomó pronto considerables proporciones, sin que se consiguiera dominar en parte alguna; así es que se redujeron á cenizas gran número de edificios, entre ellos mezquitas, palacios y otros importantes. Los cautivos entre tanto, aprovechando el desconcierto y desolación que se apoderaron de los habitantes, corrieron á esconderse en la playa, en donde dijo á sus compañeros PEDRO DE CHAVES, extremeño: *Esos perros andan medrosos y confusos; demos en la armada y abrasémosla*; lo que pusieron al punto en ejecución metiéndose en una barca desde donde abordaron una galera, escasa de gente como casi todos los 200 barcos que había en el puerto por haber acudido las tripulaciones á apagar el incendio de la ciudad, y sededicaron unos á desherrar á los forzados cristianos, otros á matar á los que no lo eran, alzándose con la galera; desde ella saltaron á otras, haciendo lo mismo con igual facilidad, con lo cual pudieron reunirse más de 2.000 cautivos cristianos de diferentes naciones, que repartidos en cuatro galeras pegaron fuego á las demás, huyendo en seguida á toda fuerza de remo para salir del puerto, sin que tratasen de impedirlo los centinelas y guardias de los castillos, creyendo que eran naves turcas que huían del incendio. De este modo pudieron escapar milagrosamente, y haciendo rumbo á Malta, apresaron en el camino otras naves infieles, reuniendo hasta treinta velas que causaron gran sobresalto, por creer los malteses se presentaba una armada turquesca. Reconocidos al fin como cristianos, fueron recibidos con gran júbilo y conducidos como en triunfo á la iglesia de San Juan Bautista, donde se cantó un solemne tedém, siendo tratados todos con gran consideración. El Gran Maestre aposentó en su palacio á GARCÍA DEL CASTILLO y á MARCOS DE PINTO, protagonistas de aquella memorable empresa, y los demás fueron repartidos en las principales casas. Continuaron las fiestas al día siguiente, y el tercero, aderezadas las cuatro galeras á la española, se dirigieron á Nápoles, acompañadas de otras dos de Malta (2).

(1) Presidente del tribunal de Justicia.

(2) La relación de estos sucesos, impresa en Sevilla en el mismo año 1618 por Juan Serrano de Vargas, dice que el Turco fué huyendo á la ciudad de Pera, donde supo al día siguiente el incendio total de su palacio, con los tesoros, joyas, vestidos, caballos, etc., y más de 500 genzaros; la destrucción de la mezquita mayor y otras dos famosas que hicieron el sultán Mahometo y el sultán Bayaceto, dentro de las cuales murió abrasado Lutfi-Cadí, alfaque mayor de Constantinopla, con más de 200 alfaques. Se quemaron también más de 40.000 casas con sus haciendas y mercaderías, que importaban 25 millones, faltando además 12.000 personas, entre las cuales se echaban de menos el general de la Armada y el primer visir de Constantinopla. Debe de haber sin duda exageración notable en dicha relación.

Día 30.

984. **Defensa y pérdida de León.**—Era dicha ciudad la capital del reino, y como tal estaba bien defendida con fuertes muros flanqueados por elevadas torres, con puertas de hierro y bronce. El terrible Almanzor, que tantos estragos causó en los dominios cristianos de la Península, había jurado tomarla á toda costa, y al tener noticia el rey Bermudo II de lo que intentaba el caudillo mahometano, abandonó su corte, llevándose consigo las reliquias de los santos, los restos mortales de los reyes y las alhajas de las iglesias, confiando la defensa de la ciudad al valeroso conde de Galicia **Guillermo González**. Almanzor, conociendo la fortaleza de León, había mandado construir en Córdoba gran número de ingenios y máquinas de batir sobre el modelo de las romanas, y en la primavera de 984 formalizó el cerco, haciendo jugar incesantemente dichas máquinas contra los muros y puertas de la capital, simulando durante varios días un ataque por la parte del Oeste, mientras se hallaba preparando el verdadero por el Sur. Abierta brecha en las murallas, el conde **Guillermo González**, intrépido y brioso á pesar de hallarse enfermo, alentaba en ella á los bravos leoneses, que durante tres días rechazaron constantemente las reiteradas acometidas de los soldados agarenos. Irritado Almanzor por tan porfiada y heroica defensa, púsose á la cabeza de sus tropas, consiguiendo así penetrar en la ciudad con la bandera de Mahoma en la siniestra mano, empuñando con la diestra su terrible alfanje; siguió multitud de sarracenos, y trabándose nueva y descomunal pelea en las calles, que quedaron cubiertas de cadáveres enemigos, no pudieron, sin embargo, penetrar en el corazón de la ciudad hasta que cayó muerto gloriosamente en defensa de su patria y de su fe el heroico conde de Galicia. Entonces, extendiéndose cual torrente desbordado por todas partes, dedicáronse los soldados de Almanzor al saqueo y al degüello, sin respetar ancianos, mujeres ni niños; destruyeron la catedral y arrasaron completamente las murallas, dirigiéndose después á Astorga, que sufrió la misma desgraciada suerte.

1580. **Creación del regimiento de Zamora, núm. 8.**—Fué creado en dicha fecha, tomando en 1582 el nombre de *Tercio de las Azores*, por haber inaugurado su historia militar con la memorable expedición á dichas islas. En 1585, al pasar á los Países Bajos, tomó el de *Tercio departamental de Holanda*, refundiéndose en él en 1715 el regimiento de *Zamora*, formado en la provincia de Salamanca en 6 de febrero de 1704, y cuyo nombre tomó. Disuelto en 1823, reorganizóse en Granada por decreto de 24 de abril de 1824 con el nombre de *Zaragoza*, recobrando el

anterior por el Reglamento de 31 de mayo de 1828. Las gloriosas banderas de este cuerpo, hechas ya jirones, tuvieron que ser reemplazadas el 20 de mayo de 1818 por otras nuevas, haciéndose entrega de las antiguas al ayuntamiento de Zamora, el que dispuso fuesen colocadas en la capilla de la Casa Consistorial, donde se veneraba el cuerpo de San Fulgencio. En el Museo de Artillería se conservan otras dos banderas: una coronela (núm. 1.485) de seda blanca, con el escudo de armas sobre cruz de Borgoña, y en los extremos de ésta escudos superados por corona real, en el que se ve en campo de oro un brazo derecho cubierto de armadura antigua con pendón en la mano; la otra (núm. 1.458) es igual, pero no tiene el escudo de armas reales. Fué su primer maestro de campo D. Francisco de Bobadilla.

1823. **Episodio del levantamiento absolutista.** — Encargado el general D. Vicente Genaro de Quesada del mando de la división realista de las Provincias Vascongadas que debía obrar en combinación con el ejército francés del duque de Angulema, se encontraba con ella en Aguilar de Campóo, y al estar formada ya para emprender la marcha, negáronse á hacerlo, por falta de haberes, los batallones de la derecha de la línea á las órdenes de D. Tomás Zumalacarreui, quien no siguió hacerse obedecer. Al saberlo Quesada, corre con solo un ayudante al lugar donde se hallaban los amotinados, á los que impuso desde luego este rasgo de valor, arengándoles con la mayor energía para hacer que volviesen por la senda del deber. Trata entonces un tambor redoblando de ahogar su voz, y viendo Quesada que á pesar de sus amonestaciones insiste aquél en el redoblar que alienta á los sediciosos, derríbale herido con su espada, hácese oír de los rebeldes, restablece la calma, juzga en un breve juicio verbal á los promovedores, haciéndoles fusilar por piquetes de sus propios cuerpos, desfila la división por delante de los inertes cuerpos de aquellos desgraciados, y se emprende luego la marcha con el mayor orden.

1837. **Sorpresa del Estany de Lloverola (GUERRA CIVIL).**—Al ir á incorporarse la brigada del coronel Niubó con el general barón de Meer para marchar sobre Solsona, sufrió un terrible desastre ocasionado por la traición infame de su jefe de estado mayor D. Ramón Salviá, que produjo multitud de víctimas. En inteligencia éste con Tristany, condujo la columna á la casa del Estany de Lloverola, en las inmediaciones de Guisona, donde se hallaban emboscados dos batallones carlistas á las órdenes de Castells. Al trabarse el combate, las sorprendidas tropas liberales se vieron acometidas también por retaguardia por Tristany, que por Biosca acudió desde Solsona, y decayendo de ánimo, se dejaron acuchillar casi sin defenderse. Con el bizarro coronel Niubó, que peleó valerosamente, quedaron sin vida en el campo unos 27 jefes y oficiales, y hasta 300 soldados, salvándose otros 300; los demás hasta 2.000 que componían la brigada quedaron prisioneros. El traidor Salviá pasóse al enemigo en me-

dio de aquella horrorosa matanza; mas no quedó sin castigo, pues cogido más adelante prisionero, murió fusilado en Barcelona.

✓ 1840. **Toma de Alcalá de la Selva** (GUERRA CIVIL).—Defendían el castillo de dicha villa, situada á siete leguas de Teruel, un centenar de hombres mandados por el valiente carlista D. Juan Pertegaz, quien llevó á cabo una resistencia heroica. Fué embestido el fuerte el 28 de abril por la división del general D. Leopoldo O'Donell, y en la tarde del 29 rompieron el fuego las baterías sitiadoras, apagando brevemente el del enemigo y arruinando sus principales defensas. No por esto desmayaron los defensores del castillo, pues siguieron despreciando la intimación de rendirse; sólo un pequeño destacamento que había en la avanzadilla pasóse á los liberales con el oficial que lo mandaba (1). Continuó el 30 el fuego, que redujo á escombros los baluartes, tambores y torreones; mas siguieron defendiéndose los carlistas en medio de las ruinas del fuerte, manifestando á su jefe que no querían pasar por la vergüenza de rendir los fusiles á los mismos á quienes se los habían cogido. Pelearon unos y otros con sin igual denuedo, á pecho descubierto: los liberales llegaban á los mismos rastrillos, derribando los gastadores las estacas; los sitiados se resistían desesperadamente, siguiendo el ejemplo de su bravo gobernador, arrojando piedras, granadas y cuanto á mano habían. Con gran trabajo y bastantes pérdidas pudieron los sitiadores apoderarse del derruido baluarte del Bonete, empezando en seguida los zapadores los trabajos de mina; pero continuaron los carlistas en su resistencia heroica hasta que, viendo herido á Pertegaz, rindiéronse á discreción. Concedióles O'Donell que conservaran sus equipajes, quedando prisioneros 95 hombres, la mayor parte heridos.

1874. **Combate de Galdames** (GUERRA CARLISTA).—Dominado el paso de las Muñecas (v. 28 ABRIL), avanzó el marqués del Duero el 29 con la vanguardia por la carretera de Valmaseda, y habiendo sabido en el camino el abandono de Avellaneda y sus posiciones, las hizo ocupar inmediatamente; esperó en el Carral la llegada de las demás fuerzas;

(1) Hay que hacer excepción honrosa del soldado Antonio Torres, que prefirió quedar abandonado y á merced del enemigo, antes que seguir á sus compañeros. Allí permaneció hasta que le ordenaron quemar el puesto, lo que llevó á cabo con los combustibles que le arrojaron, y después fué elevado por la muralla con una cuerda.

envió á Echagüe con 12 batallones á dominar el valle de Galdames por la cresta de un estribo perpendicular á la carretera, para proteger la marcha que al día siguiente debían hacer las tropas por el largo y tortuoso desfiladero que conduce á San Pedro de Galdames, y fué á pernoctar á Avellaneda. El general Laserna concentró su cuerpo de ejército en Montellano, para obrar en combinación con el III cuerpo. El general carlista Elío, que había ocupado á Galdames, desorientado al ver que Concha mandaba fuerzas en distintas direcciones acentuando su movimiento en dirección de Valmaseda, y por la admirable situación del general Echagüe en los altos de Humarán, desde cuyas posiciones amenazaba al mismo tiempo á Galdames, el valle de Güeñes y á Valmaseda, bajó precipitadamente con todas sus fuerzas á Güeñes, como punto céntrico.

El 30 al amanecer rompióse el fuego en la línea de Somorrostro, ame-



Abril 30.—Combate de Galdames.

nazando las posiciones de San Pedro Abanto. El general en jefe, duque de la Torre, trasladóse á Montellano, y el general Laserna cruzó con sus tropas el río Somorrostro, ascendió por las vertientes de Peña Lampa, desalojando al enemigo de las trincheras que había por aquella parte, y llegó hasta la línea del ferrocarril, esperando allí que el III cuerpo llegase á San Pedro de Galdames para proseguir el movimiento. Las tropas de Concha no pudieron ponerse en marcha antes de las dos de la tarde, retrasada la llegada del convoy de raciones por el mal estado del camino á causa del temporal, y á dicha hora movióse con siete batallones en dirección á dicho punto, adonde llegó á las cinco y media sin haber sido

molestado. Elto, sin saber á qué atenerse, mandó sólo dos compañías a los montes de Galdames, y al ver que con la ocupación de San Pedro por los liberales quedaban inutilizadas las fuerzas carlistas de Güeñes, se trasladó con ellas á Sodupe. Sólo Larramendi, que ocupaba el pico de Cortes con cinco batallones, destacó dos para impedir á los liberales el ascenso á la sierra y quedó con los otros tres para oponerse á las tropas de Laserna que tenía á su frente.

En cuanto observó el general en jefe la llegada á Galdames del III cuerpo, ordenó á Laserna el ataque á la cumbre de los montes de Triano, que se verificó en tres columnas: las del centro y derecha, al mando del general Palacio, y la de la izquierda, á la del brigadier Morales de los Ríos, trepando á Peña Lampa y la Campa de los Pastores, con escasas bajas, en la oscuridad de la noche, habiéndose distinguido el brigadier Blanco y el batallón cazadores de *Puerto Rico*, que iba en vanguardia. Adelantóse Concha desde Galdames á reconocer las posiciones del enemigo, y ordenó á Martínez Campos se apoderase de los escarpados cerros que formaban los flancos de la estrecha garganta que había que dominar. Con este objeto avanzó un batallón de *Soria* á posesionarse de la altura de la derecha, llamada pico de Erezala, la más elevada y dominante, y el de infantería de *Marina*, seguido del general Martínez Campos con uno de *Tetudn*, se dirigieron á ocupar el pico de la Cruz, á la izquierda. Entablóse el combate ya al anochecer, ascendiendo con gran dificultad los liberales por aquel escarpado terreno casi inaccesible, teniendo que reforzarlos Concha con un batallón de *Ramales (Infante)* por la izquierda y con uno de *León* por la derecha, mandado éste por su bravo comandante D. Eduardo González y Ferrer, por haber caído herido su coronel. Las tropas de la derecha tuvieron que vencer menos resistencia, pudiendo coronar á las diez de la noche las posiciones cuya conquista se les había confiado; no así las de la izquierda, que menos afortunadas, fueron rechazadas varias veces, á pesar del valor que desplegó Martínez Campos, por dos compañías del batallón carlista de Cruzados, 4.º de Castilla, las que al mando de su joven y valeroso jefe Solana, pelearon con el mayor heroísmo, conteniendo durante cinco horas el ímpetu de sus valientes adversarios; sólo á las doce de la noche consiguió el general Martínez Campos coronar la cresta del monte, después de ruda pelea, habiéndose distinguido en primera línea el comandante de *Soria* D. Pío del Valle. Larramendi retiróse á Ortuella.

El III cuerpo se hallaba ya á retaguardia de la línea enemiga, á costa de 50 muertos y unos 200 heridos, y las últimas tropas carlistas abandonaban poco antes de amanecer del día 1.º de mayo las tan ensangrentadas posiciones de San Pedro Abanto, que ocuparon momentos después

los liberales, quedando expedito el paso á Portugaleta y salvada Bilbao. La tardanza en el racionamiento ó el temor de aventurarse demasiado en terreno tan difícil, casi impracticable, impidió al general Concha sacar partido de la victoria cortando la retirada al enemigo ó haciendo por lo menos un buen número de prisioneros, pues no se puso en movimiento hasta la una de la tarde, y cuando casi al anochecer llegaba á las alturas de Santa Agueda sobre Castrejana (1), Dorregaray, Mendiri, Elío, Lizárraga, Velasco y demás jefes carlistas habían concentrado ya sus tropas en la orilla derecha del Cadagua, teniendo que contentarse el caudillo liberal con dirigirles unos cuantos cañonazos. Mas la línea del Cadagua era insostenible, y recibida la orden de D. Carlos, que se hallaba en Zornoza, para abandonarla, emprendióse la retirada inmediatamente bajo la dirección de Mendiri, pasando los batallones navarros el Nervión por el puente de barcas establecido en Olaveaga, y los guipuzcoanos y alaveses por otro más abajo. A las cuatro de la madrugada del 2 llegaba Mendiri con el último batallón á la orilla derecha.

V

MAYO

Día 1.

1661. **Creación del regimiento de Toledo, núm. 35.** — Organizóse en dicha fecha con naturales de la provincia de Toledo, cuando la guerra de Portugal, con el nombre de *Tercio de Vera*, por el de su primer maestre de campo D. Diego Fernández de Vera, tomando en 1664 el de *Tercio provincial de Toledo*. En 1694 empezó á distinguírsele con el nombre de *Tercio de los Asules Viejos*, aludiendo al color de su uniforme, hasta 1707, en que, organizado ya en regimiento desde 1704, recobró el primitivo nombre de *Toledo*. Disuelto en 1823 con todo el ejército constitucional, no se reorganizó hasta 1847, por Real decreto de 23 de agosto, en Valladolid, con fuerza de los regimientos de *Aragón* y de *España*.

1684. **Creación del regimiento Húsares de Pavia, 20.º de Caballería.** — Créose en el estado de Milán (Lombardía) de orden del gobernador general

(1) Las tropas del general Martínez Campos, que primeramente habían llegado prorrumpieron en espontáneas y entusiastas aclamaciones al avistar al general Concha. Este se dirigió inmediatamente á los jefes de los batallones de *Soria* y de *León*, y les dió la mano, felicitándoles en presencia de sus soldados por su brillante comportamiento en la noche anterior, al conquistar las alturas de Galdames.

conde de Melgar, siendo su primer maestre de campo el conde de Scheldon, cuyo nombre tuvo en un principio, tomando en 1718 el de *Pavía*, que conservó hasta 1826, desde cuya fecha tuvo el de *León*, en 1844 el de *Santiago*, recobrando finalmente el de *Pavía* en 1849 por Real orden de 23 de diciembre. Ha estado organizado en diferentes épocas como instituto de dragones, cazadores y lanceros.

1703. **Creación del batallón cazadores de Colón, núm. 29.**—Fué creado en dicha fecha en la capital del reino por Real cédula de 29 de septiembre del año anterior, con el nombre de *Tercio de Madrid*, siendo su primer maestre de campo D. Pedro Ronquillo. En 1704 quedó organizado como regimiento, que al terminar la guerra de sucesión fué extinguido, pasando á constituir por Real orden de 20 de abril de 1715 el segundo batallón de *Guadalajara*. En 1808 reaparecieron dos regimientos con el nombre de *Madrid*, de los cuales el primero quedó en cuadro cuando la derrota de Tudela, por lo que fué disuelto; el segundo lo fué también en 1.º de junio de 1815, pasando á refundirse el primer batallón en el regimiento de *Aragón*, el segundo en el de *América* y el tercero en el de la *Reina*. Vuelto á organizar en 1854 con destino al ejército de Puerto Rico, pasó á dicha isla, donde transformado en batallón de cazadores, tomó el nombre de *Colón* por Real orden de 31 de octubre de 1889, al unificar dicho ejército con el de la Península.

1794. **Retirada de Boulou (GUERRA CON FRANCIA).**—Al terminar la brillante campaña de 1793 en el Rosellón, ocupaba el ejército español todo el terreno comprendido entre Ceret y Colliure, con el núcleo principal en el campamento de Boulou, sobre la carretera de Bellegarde á Perpignan. Su efectivo había ido menguando considerablemente por causa de las enfermedades, pues llegó á haber 11.000 hombres en los hospitales, siendo esto causa de la inacción absoluta que se vió obligado á guardar en los primeros meses de 1794. Aprovechó el general Dagobert estas circunstancias para hacer una excursión por la Cerdaña, apoderándose de los puestos de Llers y Montellá, sobre el Segre; pero fué rechazado de la Seo de Urgel y obligado á internarse de nuevo en Francia, perseguido por los somatenes, muriendo después á consecuencia de las heridas recibidas en dichos combates.

Aumentado el ejército enemigo con las tropas que al mando del general Dugommier habían tomado á Tolón, se elevó su contingente á 36.000 hombres, y si bien los españoles recibieron también refuerzos, compuestos éstos de reclutas ó voluntarios sin instrucción alguna, eran todavía muy inferiores en número á los republicanos. Los franceses atacaron el 18 de abril á Palau de Vidre, sobre nuestra derecha, y á pesar del valor de sus defensores, que se sostuvieron tres horas contra sextuplicadas fuerzas, conquistaron al fin dichas alturas, lo que con el abandono,

que ordenó el marqués de las Amarillas, de Saint-Genis, Saint-André y otros puntos, les permitió establecerse sólidamente en una línea mucho más próxima, atrincherándose en la montaña del Vilar, desde donde dominaban las baterías de Montesquiú y la Trompeta, que cubrían por la derecha la posición del Boulou, siendo infructuosas las tentativas del conde de la Unión, que se encargó del mando por haber fallecido el 13 de marzo en Madrid el general Ricardos, para reconquistar los días 28 y 29 de abril las posiciones perdidas.

En vista de dicho fracaso, mostróse ya el enemigo más audaz, atacando Dugommier el 30 la línea española. Mientras algunas fuerzas amagaban el centro y la izquierda en Ceret, cargaban considerable número de enemigos sobre las posiciones de la derecha, y á pesar de que el intrépido D. Francisco Venegas se defendió con un puñado de hombres en Montesquiú durante cinco horas con heroica tenacidad, recibiendo dos heridas, tuvo al fin que abandonar el puesto, clavando antes la artillería. Renovado el combate el 1.º de mayo, consiguió el enemigo apoderarse de las baterías de las Señales y de la Trompeta, no obstante haberlas defendido con energía el conde del Puerto y el general Arias; quedaba con esto rebasada y sin apoyo la derecha de los españoles, y amenazada su línea de retirada por los franceses que avanzaban por el camino del Porthus. Quiso el conde de la Unión formar su nueva línea desde Ceret á Maurellás, para proteger el paso del Coll del Portell; mas impidiólo el desorden y precipitación con que se retiraron las tropas, que poseídas del pánico, huyeron al fin á la desbandada, pasando los Pirineos por donde les fué posible para guarecerse en la plaza de Figueras. En tan desastrosa retirada perdióse la artillería, más de 1.000 prisioneros y multitud de acémilas, con armamento, vestuario y equipo que había en almacenes para más de 20.000 hombres.

- ✓ 1835. **Acción de Guernica** (GUERRA CIVIL).—En la expedición que hizo á la costa el brigadier Iriarte con su columna, fuerte de 3.000 hombres, tuvo que detenerse á causa de una densa niebla y fuerte temporal entre Guernica y Lequeitio, adonde se dirigía, viéndose obligado á contramarchar para ir á pernoctar en el primero de dichos puntos. Mas Sarasa, que disponía de fuerzas superiores y le iba á la zaga, conoció su intento, y anticipándose, ocupó el pueblo una hora antes de que llegase Iriarte. Al presentarse éste, acometió con mucho brío al enemigo, arrojando los puestos avanzados de los carlistas; pero al querer penetrar por las calles, no le fué posible conseguirlo, teniendo que replegarse bajo la protección del fuego de sus cañones, que disparaban desde las huertas de

Rentería sobre la villa y otros puntos. En tan críticos momentos, presentaron por la izquierda liberal dos batallones guipuzcoanos al mando de Gómez, lo que obligó á Iriarte á oponer algunas fuerzas á estos nuevos enemigos, y decidido á pernoctar en Guernica, cuando estaba ya anocheciendo, arengó á su tropa, comunicándola el entusiasmo que á él le animaba, y poniéndose á su cabeza, acomete otra vez á los carlistas, arrolla á los que defendían el puente, pasando por encima de los muchos cadáveres que lo obstruían, y penetra en la villa llegando hasta la plaza; mas caen repentinamente sobre él á la bayoneta los batallones vizcaínos allí apostados, entablándose sangrienta pelea, en la que cansados al fin los liberales de tanto bregar con fuerzas muy superiores, fueron cediendo el terreno ganado y arrojados del pueblo, declarándose la victoria por el enemigo, que la consiguió muy completa, pues no bajaron de 800 los muertos y heridos que tuvo la columna, además de 200 prisioneros (1), habiendo perdido también las dos piezas de montaña, municiones, armamento y otros efectos.

1838. **Acción de Manlleu** (GUERRA CIVIL).—El 28 de abril cayó el conde de España sobre Manlleu y entró por asalto en la villa, que fué saqueada é incendiada en su mayor parte y muertos muchos de sus habitantes, refugiándose la guarnición en el fuerte. Acudió á salvarla el general Carbó con su división desde Olot, donde se encontraba, y avistándose con el enemigo su vanguardia el 1.º de mayo, fué rechazada por ser muy superiores las fuerzas carlistas. Envió Carbó á protegerla el escuadrón 7.º ligero y una mitad de cazadores de montaña, para oponerse á la caballería enemiga que perseguía á las tropas liberales; mas los jinetes de la Reina volvieron grupas, atropellaron y desordenaron en su vergonzosa huida al tercer batallón de *Zamora* y á otras tropas, y la división liberal entera tuvo que retirarse en la mayor confusión á las inmediaciones de Roda, donde se rehizo algún tanto. Unos 90 soldados que, al verse aban-

(1) Fueron fusilados por los carlistas: del regimiento del *Príncipe*, el teniente coronel mayor **D. Francisco Antonio Cronet**, el capitán **D. Félix Quirós** y el teniente **D. Antonio Castro**; de *Córdoba*, el teniente coronel mayor **D. Fernando Balboa** y el capitán **D. Félix Maldonado**; de *Gerona*, el subteniente **D. Mariapo Herrero**, y de *Almansa*, el subteniente **D. Braulio del Sar**. Los carlistas perdieron al coronel **D. José María Ponso**, los capitanes **D. José de Arrúe**, **D. Juan Pedro Patiño** y **D. Joaquín Eleicegui**, y el teniente **D. Ezequiel Loizaga**.

donados por la caballería, se hicieron fuertes en una casa inmediata, fueron pasados á cuchillo por los carlistas. Carbó tuvo un gran número de bajas, perdiendo además dos piezas de artillería.

El general Carbó privó de sus empleos á los oficiales del 7.º de ligeros, recogiéndoles los despachos y despojándoles de sus insignias, haciéndoles servir de simples soldados en otros escuadrones del mismo cuerpo. Los oficiales pertenecientes al escuadrón franco de montaña fueron también suspensos de sus empleos y presos en un castillo. En cambio, el granadero del primer batallón de *Zamora*, MARIANO CONRAL, fué nombrado caballero de primera clase de la orden militar de San Fernando, por haberse distinguido notablemente por su valor en el combate.

1839. **Toma de Belascoain** (GUERRA CIVIL).—Habiendo caído nuevamente Belascoain en poder de los carlistas, rehabilitaron el puente y aumentaron y perfeccionaron sus defensas, bajo las órdenes de D. Joaquín Elío, comandante general de Navarra. Empeñóse el general D. Diego León, que tenía dicho cargo por la Reina, en reconquistar el referido punto, de los más importantes de la línea del Arga, y para asegurar el éxito de la empresa practicó un reconocimiento por la noche desde los cantones de Larraga, Mendigorria y Artajona, llevando á cumplido término su objeto á pesar del fuego de artillería que hizo el fuerte. Presentóse el 28 de abril con todas sus fuerzas delante de Belascoain, siendo de feliz augurio para la empresa el haber roto el asta de la bandera del fuerte en uno de los primeros disparos de la artillería, y cuando se recibió de Pamplona la de batir, colocóla convenientemente, rompiendo el fuego el 30. Al amanecer del día 1.º de mayo, abierta ya brecha, dispusieron las tropas para el asalto del fuerte y posiciones enemigas. Pasó la brigada Azpiroz el vado del molino y se apoderó á viva fuerza de la casa aspillera, mientras el bravo León, el héroe legendario de la caballería española, vestido con su gran uniforme de gala, ostentando en él las insignias de la gran cruz de San Fernando, sobre su mejor caballo de combate y empuñando su invencible lanza, acomete los atrincheramientos que defienden el puente, á la cabeza de una de las columnas de ataque, y penetra en el campo carlista por una de las cañoneras, electrizando á todos con aquel magnífico alarde de valor. Restablecen los ingenieros en breves instantes el puente, por el que se lanzan á la bayoneta los liberales, en cabeza el regimiento de *Zaragoza*, ocupan el pueblo, y marchando al reducto, entra en él León con los primeros cazadores, sin que en parte alguna pudiese el enemigo contener el terrible empuje de aque-

llas tropas victoriosas, arrebatadas de entusiasmo por el ejemplo de su general. Todas las obras enemigas fueron conquistadas en breves instantes á la bayoneta é incendiadas después. La pérdida de unos y otros combatientes pasó de 400 hombres.

El conde de Luchana felicitó el 6 desde La Nestosa á León y sus soldados por tan notable triunfo, que se consignó en la orden general del ejército, confiriéndose á aquél el título de *Conde de Belascoatn*.

1875. **Creación del 5.º batallón de Artillería de plaza.**—Organizóse por Real orden de dicha fecha en Pamplona el 5.º *regimiento á pie* del arma, el cual sirvió de base para organizar en 10 de diciembre de 1883 dos batallones sueltos, el 5.º *batallón de plaza* con el segundo de aquel, y el 7.º con el primero, con residencia en Pamplona y Santoña, respectivamente. Anteriormente había existido diferentes veces el 5.º *regimiento á pie*, creándose la vez primera por la Ordenanza de artillería el 2 de julio de 1802, y disuelto la última en 28 de junio de 1866 por haber tomado parte la tropa de dicho cuerpo en la insurrección militar del 22 de junio de dicho año en Madrid.

Creación del 3.º regimiento de Artillería de cuerpo.—Tuvo primeramente el nombre de 6.º *montado*, y por Real orden de 26 de diciembre de 1884 tomó el de 3.º *de cuerpo*, con residencia en Burgos.

Día 2.

1710. **Creación del 1.º batallón de Artillería de plaza.**—Organizóse en dicha fecha el *Regimiento de Real artillería de España*, componiéndose de tres batallones de á doce compañías cada uno. Tuvo alternativamente tres y dos batallones hasta 29 de enero de 1762, en que, constando de dos, se organizaron otros dos, con un total de fuerza de 2.800 hombres; el 24 de octubre de 1781 se añadió el 5.º, y el 17 de noviembre de 1787 el 6.º

Por la Ordenanza de Artillería de 2 de julio de 1802 quedó organizada la tropa de artillería en cinco regimientos. El 1.º *regimiento de artillería* estaba compuesto como los demás, de tres brigadas, dos de división y una de parque; cada brigada tenía cuatro compañías, y estas se componían exclusivamente de artilleros á pie las de la brigada de parque, siendo una compañía á caballo en cada brigada de división. El 18 de marzo de 1806 fué organizado en dos batallones, teniendo cada uno cinco compañías, cuatro á pie y una á caballo, con residencia en Barcelona (1).

En 13 de marzo de 1811 pasó á ser 1.º *regimiento á pie*, por haberse constituido con las compañías á caballo unidades independientes con el nombre de escuadrones, creados en dicha fecha, compuesto cada uno de tres compañías. Este regimiento

(1) Los regimientos se redujeron á cuatro, con residencia en Barcelona, Valencia, Sevilla y Coruña, teniendo que dar entre los cuatro un destacamento á Segovia

servió de base para organizar por Real decreto de 10 de diciembre de 1883 el *1.º batallón de plaza* y el *8.º*, con destino á Barcelona y Mahón respectivamente.

Se conserva en el Museo de Artillería con el núm. 2.579 la antigua bandera del *1.º regimiento de artillería*, usada por él hasta el año 1832. Es de seda blanca con el escudo de armas reales en el centro, con dos grandes leones soportes, y rodeado de banderas, cañones y demás atributos del arma.

1808. **Levantamiento de Madrid** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—

Cabe á los artilleros la gloria de haber sido los que primeramente iniciaron y propusieron un plan completo para promover un levantamiento general en toda España contra las tropas francesas. Era autor y depositario del proyecto D. Pedro Velarde y Santiyán, capitán secretario de la Junta Superior Facultativa, quien secundado activamente por su compañero y amigo D. Luis Daoiz, había conseguido extender la confabulación á distintos puntos de la Península (1), y cuando, luchando con el cúmulo de obstáculos consiguientes á estar vigilados, intervenidos ó secuestrados por los imperiales todos los recursos militares de la nación, se comunicaba á los departamentos las instrucciones necesarias para poder llevar á completo término tan noble y generosa empresa; cuando estaba ya todo dispuesto (2), los escrúpulos de la disciplina indujeron á Velarde á presentarse imprudentemente al ministro de la Guerra D. Gonzalo O'Farril, para darle cuenta del proyecto y pudiese así el Gobierno tomar la dirección de los sucesos. Sorprendido el ministro, felicitó al autor del plan, ofreciéndole

(1) Entre los oficiales de artillería que se adhirieron y trabajaron con más entusiasmo para la realización de plan tan vasto y atrevido, deben citarse: en Madrid, D. Joaquín de Osma, D. Juan de Azeco y Fernández de Mesa, D. César Gonzalez, **D. Juan Nepomuceno Cónsul**, muerto en la defensa de Zaragoza en 1809, y D. Francisco Novella; en Segovia, los profesores de su colegio D. Francisco Dátoli, que más tarde manchó el prestigio de una honrosa y larga carrera, muriendo en Sevilla al servicio de los enemigos de su patria, D. José de Córdoba, D. Francisco J. de Carassa, D. José Dalp y D. Felipe Carpegna, y en Plasencia D. Rafael de Valbuena, coronel director de la fábrica de armas.

(2) Estaban designados los puestos donde habían de concentrarse las tropas veteranas y las milicias para formar los ejércitos; los parajes en que se habían de acopiar las armas, municiones y víveres; los generales y oficiales que debían ponerse al frente de las tropas; los lugares en que se había de sorprender é interceptar el paso á los correos franceses: en una palabra, estaba adoptado todo el sistema de guerra que se había de plantear y proseguir sin intermisión hasta expeler completamente al enemigo de la Península.

le su cooperación secreta, pero decidida, para realizarlo; mas desde aquel momento se notaron más precauciones por parte de los franceses, y hasta llegóse á alejar á los oficiales de artillería de los destinos en que podían ser más temibles. Tal era el estado del asunto, cuando se desarrollaron los memorables sucesos del Dos DE MAYO.

Los frecuentes alardes de fuerza que hacía Murat con sus revistas y maniobras para amedrentar é imponer al pueblo de Madrid, y los desmanes de la soldadesca francesa tenían irritado á aquél, que ya el domingo 1.º de mayo manifestó su disgusto y su encono silbando al gran duque de Berg y á su estado mayor al atravesar la Puerta del Sol, prodigándole los epítetos más insultantes. El lunes Dos DE MAYO, señalado para la partida de la reina de Etruria y de los dos infantes D. Antonio y D. Franciscos, únicos individuos de la familia Real que quedaban en España, invadía la multitud la plaza de armas de Palacio, cuando enterándose de que el tierno infante D. Francisco demostraba con sus lágrimas el dolor que le causaba la partida, conmovióse el pueblo y trató de oponerse á su marcha. Para apresurar ésta presentóse el coronel M. Augusto Lagrange, ayudante de Murat; mas á la vista del ya odiado uniforme, fué embestido aquél por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de valonas D. Miguel Desmaisieres, librando á ambos de una muerte cierta una patrulla francesa que acertó á pasar y pudo salvarles con gran trabajo del furor del pueblo. Enterado prontamente Murat, envió desde su inmediato alojamiento (1) un batallón con dos piezas de artillería, cuya fuerza, sin hacer intimación alguna, hizo de pronto una descarga sobre la inerme muchedumbre, la que, abandonando la plaza de armas, se dispersó en todas direcciones, llevando la alarma á los puntos más apartados de la capital, al grito de *¡Mueran los franceses!* En breves momentos vióse aparecer en las calles gente de todas clases y condiciones, que armadas con sables, escopetas, navajas y trabucos, frenética de ira y respirando guerra y venganza, llenó en breves instantes la Puerta del Sol y sus avenidas. Los exasperados madrileños dieron muerte á cuantos franceses armados se encontraron, ensañándose especialmente en los mamelucos, los cuales formaban de ordinario la escolta de Murat, y que con los lanceros polacos se distinguían por la ferocidad de que hacían alarde. Mas encerradas en sus cuarteles las tropas españolas, que no llegaban á 3 000 hombres, encontráronse aislados frente á los 35.000 franceses que había en Madrid y cantones inmediatos, cuyas fuerzas penetraron decididamente por las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo, To-

(1) Lo tenía en el palacio que había sido de Godoy, situado en la que es hoy plaza de los Ministerios.

ledo, Mayor, Ancha de San Bernardo, Fuencarral y Montera, en dirección á la Puerta del Sol y puntos estratégicos de la villa, barriendo las calles la artillería y arrollando á la multitud la caballería de la Guardia imperial. Combatido el pueblo por todas partes, fué fácilmente rechazado y disperso, á pesar de su valor y de los actos de heroísmo que muchos realizaron, pudiendo las tropas imperiales ocupar, sin grandes esfuerzos, los puntos que se les había designado por su general en jefe, quien se apostó en la montaña del Príncipe Pío con su estado mayor y una fuerte escolta, compuesta de las tropas que vivaqueaban en la Casa de Campo.

Donde la resistencia tuvo carácter más formal fué en el Parque de Artillería. Establecido en el palacio de Monteleón (1), vasto edificio sin condición militar alguna para la defensa, á él acudió el paisanaje en busca de armas y municiones. El primer oficial que se presentó en el Parque fué el teniente de artillería D. Rafael de Arango, ayudante del comandante del arma de la plaza, el cual pudo evitar con sus reflexiones que el destacamento francés de artillería, compuesto de 70 soldados y un oficial, rompiese el fuego sobre el grupo de paisanos que había á la puerta, dedicándose después con los 16 artilleros de trabajo, única fuerza española que había en el Parque, á poner piedras de chispa en los fusiles y á confeccionar cartuchos de cañón, de los que sólo había diez de existencia. Presentóse luego el capitán del cuerpo D. Luis Daoiz, seguido al poco rato de los de igual clase D. Pedro Velarde y D. Juan N. Cónsul, con el subteniente D. Felipe Carpegna y una compañía de *Voluntarios del Estado*. cuyo jefe, cediendo á las excitaciones de Velarde, le siguió con la fuerza que mandaba, compuesta de unos 40 granaderos. Indeciso Daoiz, jefe del puesto, como más antiguo y por tener á su cargo el detall del Parque; agitado su ánimo por tan encontrados sentimientos como debían producirle la orden recibida de no formar causa común con el pueblo, y su patriotismo, que le impulsaba á la lucha, paseábase pensativo por el patio, profundamente emocionado, arrugando convulsivamente la orden escrita que le había entregado Arango y conservaba en la mano, cuando de pronto, aumentando el clamoreo del pueblo, que no cesaba de pedir armas, vitoreando al rey y á la artillería, hiérguese decidido, rompe en menudos pedazos la orden, desenvaina su espada y manda franquear la puerta á los paisanos, que se repartieron en un momento todas las ar-

(1) Había sido dicho palacio morada regia de Felipe V y su mujer D.^a Isabel de Farnesio cuando el primero abdicó la corona, y pertenecía á los descendientes de Hernán Cortés, marqueses del Valle de Oaxaca y duque de Monteleón y de Terranova.



MAYO 2.—LEVANTAMIENTO DE MADRID.

(Defensa del Parque de Montealeón.—Cuadro de M. Castellano.)

mas disponibles, mientras Velarde hace rendir las suyas al destacamento francés, el cual atónito ante aquel espectáculo no opone resistencia alguna. Sucede á las vacilaciones anteriores la más resuelta actividad; organizase en breves instantes la defensa con los pocos paisanos, unos ciento escasamente que Velarde pudo detener en el Parque, y los 16 artilleros (1), y aquel puñado de héroes, exaltados por su amor á la patria, único sentimiento que los anima, prepáranse para hacer frente á todo el ejército francés, que en caso necesario puede caer sobre ellos.

Apenas habían tenido tiempo los defensores del Parque de colocarse en sus puestos, cuando aparecieron por la calle de Fuencarral tropas enemigas. La división vesfaliana del general Lefranc, alojada en el convento de San Bernardino, había penetrado en la villa por la puerta de Fuencarral, en virtud de las órdenes recibidas para establecerse en la plaza de Santo Domingo y ponerse en comunicación desde dicho punto con las tropas situadas en la Puerta del Sol y en la plaza de Palacio, debiendo antes posesionarse del Parque de Artillería. Aproximáronse confiadas las tropas francesas, en medio del mayor silencio, sin precaución alguna, y permaneciendo la puerta cerrada, se disponían los gastadores enemigos á forzarla con sus útiles, cuando á la voz de *¡fuego!* de Daoiz hicieron una descarga los cañones colocados en el patio por Arango, mientras desde los balcones y ventanas disparaban sus fusiles los paisanos apostados en las casas inmediatas, ante cuya inesperada agresión, que les causó muchas bajas, huyeron en desorden los imperiales. Sin pérdida de tiempo dispuso **Daoiz** abrir la destrozada puerta y sacar tres cañones, que se colocaron: uno frente á la puerta, enfilando la calle de San Pedro la Nueva, hoy del DOS DE MAYO, y los otros dos en dirección de las calles de San Bernardo y de Fuencarral, en la calle de San José, hoy de DAOIZ y VELARDE. Mas precavidos ya los franceses, colocaron dos piezas de artillería junto á la fuente de Matalobos, en la calle Ancha de San Bernardo, y empezaron á cañonear á los nuestros, preparando el ataque de una fuerte columna que avanzó desde dicha calle por la de San José, dirigiéndose otras fuerzas por la de San Pedro. Unos y otros marchaban á paso de carga, sin que pudiese contenerlos el nutrido fuego que se les hacía, entablándose rudo combate, durante el cual, enardecido el teniente de granaderos **D. Jacinto Ruiz**,

(1) La compañía de *Voluntarios del Estado* quedó custodiando á los prisioneros franceses, pues tenía su capitán orden terminante del coronel de no unirse al pueblo y no quiso infringirla; limitóse por lo tanto á permanecer pasivo espectador de la lucha que se entabló momentos después. Componían la oficialidad de dicha compañía el capitán D. Rafael Goicoechea, los tenientes D. José Ontoria y **D. Jacinto Ruiz** y el subteniente D. Tomás Bruguera.

no pudo permanecer por más tiempo impasible, y á pesar de las órdenes de su capitán, voló á compartir con los artilleros la gloria de haber sido de los primeros que derramaron su sangre generosa por la independenciam de la patria, situándose en los puntos de más peligro, donde peleó con el mayor heroísmo. Los últimos disparos, hechos á quemarropa, causaron tal estrago en los agresores, que por segunda vez fueron rechazados, huyendo tan precipitadamente las últimas fracciones de la columna, que los enemigos que estaban más próximos tuvieron que entregarse prisioneros. La tercera acometida fué más ruda y sangrienta. El mismo general Lefranc púsose á la cabeza de dos batallones, que formados en masa compácta, se lanzaron á la bayoneta, sin disparar un tiro, sobre aquel reducido número de españoles, los cuales, faltos ya de municiones, cargaron los cañones con piedras de chispa, que obrando como metralla, abrieron grandes claros en las apretadas filas francesas; mas no por esto se detienen los enemigos, que llegan hasta los cañones, y se confunden con los artilleros, impotentes ya, defendiéndose éstos personalmente, no obstante, con desesperado valor. **Don Jacinto Ruiz** yacía confundido entre los muertos, roto un brazo y herido en el pecho; **D. Pedro Velarde** había caído muerto de un balazo, y **D. Luis Daoiz**, rodeado por todas partes, cayó en aquellos momentos acribillado á bayonetazos, lo mismo que los pocos artilleros y paisanos que aun quedaban con vida en la inmediación de la puerta.

Tres horas después de haberse roto las hostilidades había terminado toda resistencia, y los franceses se posesionaban tranquilamente del PARQUE DE MONTELEÓN, cuyo arco de entrada se conserva todavía, como precioso monumento de nuestras más puras glorias, en el mismo sitio donde se desarrollaron sucesos tan dignos de recordación, alcanzando nuestros tres héroes fama imperecedera al sacrificar su vida por la patria, para vivir eternamente en la Historia. El cuerpo de **Velarde**, completamente desnudo, fué envuelto en el lienzo de una tienda de campaña y conducido á la parroquia de San Martín, siendo amortajado con un hábito franciscano de limosna que presentó una persona desconocida; tenía al morir poco más de veintiocho años, y vivía en la calle de Jacometrezo. **Daoiz** fué conducido moribundo á su casa, Ternera, 12, donde poco después exhaló el último suspiro; su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, fué trasladado también á dicha parroquia, donde fué enterrado con **Velarde**; contaba cuarenta y un años de edad. **Ruiz** fué sacado del Parque en hombros de algunos de sus soldados, y logró ocultarse á las pesquisas de los franceses fugándose de Madrid, si bien murió pocos días después en Extremadura, á consecuencia de la inflamación de las heridas recibidas, que llevaba todavía abiertas.

Los demás oficiales pudieron también evadirse. El ayudante Arango permaneció en el Parque hasta que se retiraron todos los heridos, saliendo el último á las seis de la tarde, después de once horas de permanencia, siendo por lo tanto testigo ocular de toda aquella interesante epopeya (1). La compañía de *Voluntarios del Estado* retiróse silenciosa, sin más bajas que la del teniente Ruiz.

Costó á los franceses la jornada memorable y gloriosa del Dos DE MAYO la pérdida de 60 jefes y oficiales y 900 soldados, entre muertos y heridos, cuyas bajas ocurrieron en su mayor parte en el ataque del Parque. El enemigo, poco generoso, extremó de un modo cruel su venganza, faltando á lo prometido, pues los madrileños no cesaron en su actitud hostil hasta que á nombre de Murat se les ofreció olvido de lo pasado y reconciliación general. Cuando se hubo restablecido la tranquilidad, ocuparon militarmente la capital y prendieron á multitud de pacíficos ciudadanos, con el más fútil pretexto, fusilando centenares de ellos sin distinción de edad, sexo, estado ni condición. Empezaron las ejecuciones aquella misma tarde junto á la fuente de la Puerta del Sol é iglesia del Buen Suceso, para continuar durante la triste noche del 2, y aún en la mañana del 3 se oían las descargas que quitaban la vida á los primeros mártires de la independencia española. Algunos recibieron la muerte en San Ginés; otros en la montaña del Príncipe Pío, en el cercado de la casa que allí existía; pero la mayor parte fueron arcabuceados en montón en el Prado, en el sitio que hoy lleva el nombre de *Campo de la Lealtad*, donde se eleva el severo monumento del Dos DE MAYO (2).

Por decreto de la Regencia de 7 de julio de 1812, se dispuso que tuviese cumplido efecto lo propuesto por el director general de Artillería D. Martín García Loigorri para perpetuar la memoria de los capitanes **D. Luis Daoiz y Torres** y **D. Pedro Velarde y Santiyán**, y en su consecuencia se mandó: 1.º Que según lo solicitaban los oficiales del Cuerpo, figuraran ambos como presentes en las listas de revista, de-

(1) Hizo después toda la guerra de la Independencia, á cuya terminación era capitán graduado de teniente coronel. En 1820 pasó con este empleo al arma de caballería, retirándose de coronel. Era natural de la Habana, en cuyas Casas Consistoriales se colocó su retrato por Real orden de 28 de noviembre de 1854, y una lápida conmemorativa, por otra de 8 de abril de 1858, en la casa donde nació.

(2) Encargóse la Providencia de vengar á las víctimas del Dos DE MAYO, haciendo morir de igual manera á su inhumano verdugo siete años después. Desde el trono de Nápoles, que tocó á Murat en el reparto de coronas que hizo Bonaparte entre sus generales, vióse proscrito y errante, siendo preso por un español; é identificada su persona, fué fusilado en el acto, sin forma alguna de proceso.

biendo en el acto de nombrarlos el comisario responder el jefe más autorizado: *Como presentes, muertos gloriosamente por la libertad de la patria el 2 de mayo de 1808* (1).—2.º Que ambos nombres se inscribiesen con letras mayúsculas á la cabeza de los capitanes en la escala del Cuerpo, expresando á continuación el anterior lema.—3.º Que se erigiera un sencillo, aunque majestuoso monumento militar frente á la puerta del colegio del Cuerpo, en cuyo pedestal se leyeran sus nombres (2).—4.º Que se escribiera un elogio de ellos, para leerse todos los años en la apertura de la primera clase á los caballeros cadetes, á fin de estimularles á seguir su ejemplo.

El 2 de mayo de 1814, aniversario de su gloriosa muerte, tuvo lugar la apoteosis de los dos héroes. Exhumados sus restos, fueron entregados solemnemente al general Loigorri y trasladados el 1.º de mayo al parque de Monteleón, donde fueron colocados en dos urnas, trabajo primoroso de madera tallada, terciopelo y oro (3), y expuestos en un salón severamente adornado. A las nueve de la mañana del día 2 tuvo lugar la solemne conducción de dichos preciosos restos á la iglesia de San Isidro el Real. Cubrían la carrera los zapadores, los regimientos de infantería de *Málaga, Soria y Princesa*, y el de caballería del *Rey*, para tributar á los cadáveres honores de capitán general con mando, que desde entonces disfrutaban sus restos. Reunida la patriótica y fúnebre procesión en el Prado, comenzó á desfilar el acompañamiento por la Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, Carretas y Concepción Jerónima á San Isidro, en el orden siguiente: Un tren de cuatro piezas de artillería; el sargento mayor de la plaza y otros dos oficiales; las compañías de granaderos de los cuerpos de la guarnición; los pobres del Hospicio, los niños doctrinos, hermandades, comunidades religiosas, parroquias y clero secular; los militares inutilizados en la guerra; artilleros con hachas encendidas; el carro fúnebre triunfal con las urnas sepulcrales, tirado por ocho caballos desherrados y adornados con penachos y largas cubiertas de terciopelo negro y franjas de oro; el capitán general, estado mayor, generales españoles y extranjeros y oficialidad; el carro triunfal con la urna de las víctimas sacrificadas en el Prado, tirado por ocho caballos enlutados; la com-

(1) Este artículo tiene debido cumplimiento en la Academia del Cuerpo.

(2) No se ha levantado todavía.

(3) Se conservan dichas urnas en el Museo de Artillería, con los números 2.568 y 2.570. Dentro de otras dos urnas de cedro se guardan los restos del uniforme y hábito que sirvieron de mortaja á **Daoiz y Velarde**. Existen además en dicho establecimiento, un plano, una memoria y tres cartas autógrafas de **Velarde**, el libro maestro de la compañía de **Daoiz** y las hojas de servicios de ambos artilleros.

pañía de guardias de honor de la provincia, autoridades de ésta y de la capital, el obispo auxiliar, los Tribunales, la diputación de Cortes, la guardia de honor con bandera arrollada y, finalmente, la caballería del *Rey*, arrollados los estandartes y las trompetas con sordina. Hiciéronse durante la misa las descargas de ordenanza, siendo después depositadas las urnas en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad de la Victoria, hasta el 1.º de mayo de 1840, en que, trasladadas con igual pompa al sarcófago del monumento levantado en el Prado, recibieron allí los restos de los héroes definitiva y honrosa sepultura.

El otro héroe del DOS DE MAYO, **D. Jacinto Ruiz y Mendoza**, tanto tiempo olvidado, á pesar de que ya en 1817 se asoció su nombre á la gloria de sus dos compañeros de martirio en la oración fúnebre del 2 de mayo de dicho año, por indicación del entonces director general del Cuerpo **D. Martín García Loigorri**, no tardará en tener levantada una estatua, como la tienen ya aquéllos en Madrid, y también en Sevilla y Santander, su patria respectiva (2).

1810. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—A los ocho días de haber sido tan rudamente escarmentados los franceses en Montellano (V. 22 ABRIL), presentáronse el 1.º de mayo de 1810 unos 4.000 hombres delante de la villa de Algodonales, cinco leguas distante de dicho punto, cerca del Guadalete, á la que se había retirado **D. José Romero** con su familia. La defensa fué obstinada y sangrienta, siendo preciso ir incendiando y tomando casa por casa para llegar á posesionarse del pueblo, como lo consiguió el enemigo por la noche, cuando sus habitantes, aterrados por aquel espectáculo y por el temor á la venganza de las huestes imperiales, huyeron á favor de la oscuridad á los montes y pueblos próximos. Sólo permaneció impávido en medio de aquellas humeantes y siniestras ruinas el heroico alcalde de Montellano **D. José Romero**, cuya casa era una de las pocas que se mantenían en pie en la mañana del 2 de mayo. Encerrado en ella, cual en inexpugnable fortaleza, con su familia, su criado Antonio Arenilla y **D. Francisco Ascanio**, defendióse como un león en su guarida, desde la tarde del día anterior, y después de haber causado multitud de bajas á los franceses, consiguieron éstos también poner fuego al edificio. Continuó, sin embargo, tan vigorosa resistencia, recibiendo al fin el bravo **D. José Romero** la muerte de los héroes en brazos de su mujer doña Ana Dorado. Encargóse entonces de la defensa de la casa doña Jerónima Romero, su hija, de diecisiete años, con su hermano **D. José María**, de doce, los cuales siguieron batiéndose por más de una hora en la misma pieza y ventanas donde había sido muerto el padre, hasta que cayó herida doña Jerónima, y desplomándose ya en

(2) Hay en el Museo de Artillería dos cuadros (núm. 2.572) que contienen la firma autógrafa y la biografía de Ruiz. Era éste natural de Ceuta.

aquel momento parte de la casa, subieron las tropas y se apoderaron del edificio. Habían muerto en aquella lucha sobrenatural, hazaña inverosímil, además de **don José Romero**, de cuarenta y cinco años de edad, su criado **Antonio Arenilla**, **D. Francisco Ascanio**, de setenta años, la hija mayor de Romero, la tercera y una pequeñita de pecho. Quedaron vivos de tan heroica familia su mujer **DOÑA ANA DORADO**, **DOÑA JERÓNIMA**, **DOÑA MARÍA DEL ROSARIO**, de siete años y **DON JOSÉ MARÍA**. El cadáver de **Romero** fué echado en una porción de trigo que ardía, para que no cayese en poder de los franceses.

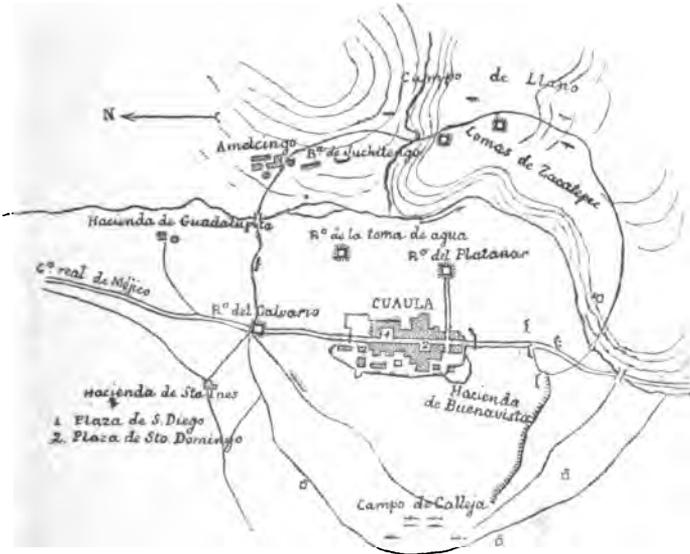
Tenía **D. José Romero** otros dos hijos sirviendo en el ejército, en el que ingresaron voluntarios en junio de 1808. Uno de ellos sucumbió en la batalla de Ocaña, defendiéndose solo y largo rato de seis coraceros franceses; el otro, **D. Juan**, alférez primeramente del regimiento de caballería de *Santiago*, distinguióse en la batalla de Gra, siendo capitán de húsares de la *Princesa*, donde cayó atravesado de cuatro lanzazos en una bizarra carga. El **D. José María** ingresó en el colegio de Artillería, siendo promovido en 1817 al empleo de alférez, distinguiéndose también en la guerra civil, en la que, por una rara coincidencia, estuvo mucho tiempo, con la batería de su mando, agregado á la legión francesa del ejército del Norte; retiróse en 1853, y falleció en Logroño el 10 de abril de 1865.

1812. **Sitio de Cuautla de Amilpas (1)** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE NUEVA ESPAÑA).—El cura Morelos llegó el 9 de febrero de 1812 á Cuautla de Amilpas con todo su ejército, y fortificóse en dicho punto, aprovechando sus buenas condiciones defensivas. Situado el pueblo en un bajo llano, al que por todas partes domina sin que sea dominado por ninguna, rodeado de platanares y arboledas, hicieronse las obras con inteligencia, formando un recinto de las dos plazas y los dos conventos de San Diego y Santo Domingo, circunvalados de cortaduras, parapetos y baterías, artilladas éstas con 30 piezas de diversos calibres. Disponía el cura Morelos de más de 5.000 hombres, de ellos 2.000 de caballería, que hacían también servicio á pie cuando era necesario, mandando los caballos á pastar fuera del pueblo, y 1.000 indios de los lugares contiguos á Cuautla.

El ejército realista del general Calleja dirigióse desde Méjico, por Chalco, Tenango, Ameca, Ozumba y Atlatlanca, á la ciudad rebelde, acampano el 17 de febrero en Pasulco, dos leguas distante. En vista del reconocimiento practicado el 18, en el que anduvo más de seis leguas para elegir el punto más favorable para el ataque, decidió establecerse en la loma de Cuautlixco, á media legua tan sólo de Cuautla, rechazando á la caballería de Morelos, que quiso inquietarle por la retaguardia, ade-

(1) Tiene actualmente el nombre de Morelos.

lantándose el caudillo insurgente con tanto brío é imprudencia, que corrió grave riesgo de ser cortado y caer prisionero. Al amanecer del 19 se puso Calleja en movimiento para verificar el asalto, distribuídas sus fuerzas en cuatro columnas al mando del teniente coronel capitán de artillería **D. Pedro Sagarra**, el **Conde de Casa Rul**, el coronel **D. Juan Nepomuceno Oviedo** y el brigadier Jalón. Los tres primeros pelearon con heroísmo, muriendo gloriosamente al frente de los cuerpos que mandaban; no así el último, á quien Calleja suspendió del



Mayo 2.—Sitio de Cuautla de Amilpas.

mando por su cobardía; pero de todos modos fueron inútiles los repetidos esfuerzos de los asaltantes, pues al cabo de seis horas de combate, consumida la mayor parte de las municiones, ordenó aquél la retirada, comprendiendo era imposible tomar el pueblo á viva fuerza. Los realistas tuvieron 173 bajas, entre muertos y heridos.

El brigadier Llano, empeñado en el sitio de Izucar, de donde había sido rechazado dos veces, recibió entonces orden del virrey Venegas de incorporarse á las tropas de Calleja, lo que efectuó el último de febrero, y con este refuerzo se formalizó ya el sitio, comenzando el 5 de marzo las obras de circunvalación. Abrazaban éstas un circuito de más de dos leguas: al Sur, una espaciosa trinchera ponía en comunicación el campo de Llano, situado al Oriente, con el de Calleja, situado á Poniente;

al Norte se construyó el fuerte-reducto del Calvario, guarnecido con infantería y artillería, y otros dos en las lomas de Zacatepec; los cuerpos tomaron posiciones en los puntos intermedios, cuyos intervalos vigilaban gruesas partidas de caballería. Morelos no se descuidó tampoco en aumentar sus obras de defensa, pues fortificó la hacienda de Buenavista, al Sur, y levantó un reducto en el Platanar, para defender la derecha del río.

El 10 de marzo rompió el fuego la artillería de batalla, única de que disponían los sitiadores, que no dió resultado alguno, pues aun cuando causó bastante daño en el pueblo, los sitiados lo sufrieron valerosamente, amaneciendo todas las mañanas reparadas las pequeñas brechas que se abrían en el recinto. Tuvo, por lo tanto, que reducirse el sitio á un mero bloqueo, y el enemigo, que si bien tenía maíz en abundancia, no andaba tan sobrado de agua, vióse obligado á sostener frecuentes y encarnizados combates para soltar las cuatro tomas de agua que surtían la población y defendían los sitiadores, acabando los independientes por construir un fortín ó reducto sobre la misma presa, levantado en muy poco tiempo á la vista y bajo los fuegos de los realistas, y artillado con tres piezas, cuya obra, que no pudo ser tomada, hizo á los sitiados dueños del agua durante todo el curso del sitio. Empezaron, no obstante, á sufrir privaciones, que sobrellevaban heroicamente, al parecer hasta con alegría, pues enterraban sus cadáveres con repiques de campanas en celebridad de su muerte gloriosa, y festejaban con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que fuese el éxito, imponiendo el enérgico cura Morelos pena de la vida al que hablase de desgracias ó rendición. Mas tampoco era muy halagüeña la situación de los sitiadores, interceptados los convoyes que debían recibir por las partidas enemigas, y hasta la artillería de batir que conducía el brigadier Olazábal, atacado éste en Nopalucán por Osorno, tuvo que regresar al fuerte de Perote, salvando sólo los cañones.

Trataba Morelos de sostenerse hasta que apretasen los calores y viniesen las lluvias, pues entonces las enfermedades se encargarían de diezmar á los sitiadores, y para poder proporcionarse víveres dirigió todos sus esfuerzos á romper la línea de circunvalación, con cuyo objeto, en la noche del 30 de marzo intentó apoderarse del reducto del Calvario, amenazando diversos puntos, y fué tan vivo el ataque, que algunos de los asaltantes lograron entrar por las mismas troneras agarrándose de las bocas de los cañones; pero el comandante del fuerte, D. Agustín de la Viña, sostúvose con bravura hasta que acudieron otras tropas en su auxilio, muriendo gloriosamente á su lado el capitán **D. Gil Riaño**, cuyo padre había muerto también en Guanajuato víctima de su adhesión á la madre patria. Frus-

trado este intento y apretando cada día más y más la necesidad, trató de hacer el último esfuerzo para introducir un convoy de víveres y procurarse auxilios de fuera, para lo cual dispuso la salida de algunas fuerzas, parte de las cuales pudieron abrirse paso; mas al tratar de meter el convoy en Cuautla por la parte de Amelcingo, atacando el campo de los sitiadores por varios puntos crecido número de insurgentes, fueron estos desbaratados en todas partes teniendo que abandonar los cañones, municiones y víveres que conducían, persiguiéndoles gran trecho la caballería realista.

La miseria de los sitiados llegó, pues, al último grado, y consumidos hasta los cueros viejos de toro con que entonces se forraban las puertas en vez de hojalata, desarrollóse la peste, aumentada por el exceso en la bebida, por ser el aguardiente de caña lo único que abundaba, llegando á ocasionar más de cien defunciones diarias. En su vista, determinó Morelos salvarse con toda su gente á las dos de la madrugada del 2 de mayo, aprovechando la oscuridad de la noche; pero Calleja estaba muy sobre aviso, esperando este desenlace, y redobló la vigilancia, disponiendo que la caballería estuviese pronta á montar á cualquier hora, teniendo siempre los caballos ensillados; así es que cayeron oportunamente sus tropas sobre los fugitivos, que fueron puestos en dispersión causando en ellos gran matanza los jinetes realistas. Morelos debió su salvación á su escolta, la que mientras él cambiaba de caballo contuvo á los enemigos, pereciendo casi todos los que la componían. La defensa de los rebeldes en Cuautla, que puede calificarse de heroica, duró setenta y dos días.

- ✓ 1813. **Creación del regimiento de Luchana, núm. 28.**—Fué organizado en Rusia, en dicha fecha, con desertores españoles del ejército francés, tomando el nombre de *Imperial Alejandro*, cuyo primer coronel fué D. Alejandro O'Donell. Su bandera, delicado obsequio de las emperatrices Isabel Alexowna y María Fedorowna, esposa y madre del czar, fué bordada por tan ilustres damas como muestra de aprecio y distinción. Por Real orden de 6 de marzo de 1823 cambió aquel nombre por el de *Unión*, siendo al poco tiempo disuelto, como todo el ejército constitucional. Volvió á organizarse por Real orden de 23 de septiembre de 1837 como batallón ligero, con el título de *Gulas del general*, transformado en regimiento de línea en 1839, con el nombre de *Luchana*, que perdió en 1843 para tomar el de la *Unión*, recobrando el anterior por Real orden de 3 de julio de 1855. Se conserva en el Museo de Artillería, con el número 2.611, una antigua bandera de este cuerpo, de seda blanca, con el escudo de armas reales en el centro; en los ángulos tiene cuatro escudos, dos de ellos representando un puente cortado, sobre él la cruz de San Fernando y encima el lema *Villarrobledo*, y los otros dos también puente cortado y á

su alrededor *Luchana 24 de diciembre de 1836*; tiene dos corbatas de San Fernando.

1837. **Sitio de Solsona (GUERRA CIVIL).**—En la noche del 20 al 21 de abril penetraron los carlistas, mandados por Tristany, en Solsona por el palacio episcopal, gracias á la traición de un miliciano nacional que, comprado por los familiares del obispo, les franqueó la entrada cuando le correspondió el servicio de centinela. A la voz de alarma de los individuos de la guardia que pudieron escapar, acudió la guarnición á sus puestos, fortificando aceleradamente el convento de monjas, mientras las mujeres, ancianos y niños de las familias liberales llevaban víveres al citado edificio. Este no tardó en ser cercado por el enemigo, y batido con artillería, lo asaltaron los carlistas, siendo rechazados con pérdida de treinta y dos muertos y bastantes heridos.

Corrió el barón de Meer á salvar á los defensores de Solsona en cuanto supo su crítica situación. El enemigo quiso oponerse á la marcha de las tropas liberales, peleando con tenaz empeño en las casas de Vallflosora, en Peracamps y en el puerto de Llovera; pero el ejército pudo abrirse paso, y aunque cargaron entonces los carlistas sobre la retaguardia, teniendo el batallón de *Oporto* que formar el cuadro, fué avanzando la columna por escalones en dirección á Solsona, y al fin, gracias al fuego de la artillería y á la decisión de la caballería mandada por el coronel don Manuel Pavía, se pudo contener y rechazar á los porfiados acometedores. Tristany evacuó á Solsona, donde entró el barón de Meer á las siete de la mañana del día 2 de mayo, habiendo experimentado unos y otros pérdidas considerables.

Meer retiró la guarnición, y los carlistas ocuparon de nuevo á Solsona, instalando en ella su Junta.

Episodios.—I. Las Cortes decretaron el 29 de junio que los defensores de Solsona habían merecido bien de la patria. En los doce días de sitio sufrieron éstos tormentos mil veces más terribles que la muerte, pues faltándoles en absoluto los víveres y aun el agua, se veían obligados á beber sus evacuaciones líquidas, de las que un boticario que estaba con ellos extraía la parte salitrosa para hacerlas más digestibles, y aun así tenían que distribuirse cuidadosamente con una copita.

II. El coronel Mac-Crohon, que recibió un balazo entre el cuello y el hombro, en uno de los momentos de mayor apuro, sacó dos pistolas y dijo á sus soldados: *una es para mi caballo cuando arrecie el peligro; la otra, para el primer soldado que salga de su puesto.*

1840. **Toma de Alpuente (GUERRA CIVIL).**—Encargado el general Azpiroz de emprender el sitio de Alpuente, aproximóse el 26 de abril á di-

cho punto con sus tropas, encerrándose los carlistas en el castillo y la iglesia, desde donde empezaron á hostilizar á los liberales. Construídas tres baterías en San Cristóbal, abrevadero del Fraile y Landuriel, bajo el fuego de la artillería carlista, que causó bastantes bajas, empezóse á batir el fuerte al toque de diana del 28, quedando al poco rato de tal modo destrozada la iglesia, que sus defensores la abandonaron por la noche, después de prenderla fuego, retirándose al castillo por entre los escombros. Avanzaron los sitiadores su línea, tomando posesión del pueblo y de la iglesia, á pesar de la gran cantidad de piedras y de granadas de mano que arrojaba el enemigo, y continuando el fuego de las baterías, quedó abierta brecha el 30, lo que no amenguó en nada el valor de aquella guarnición bizarra, pues desechó la propuesta de rendirse que hizo Azpiroz. Los sitiadores tuvieron que dedicarse el 1.º de mayo á destruir las nuevas obras construídas sobre la brecha, y para tantear si estaba practicable, se ordenó al capitán D. José de la Vega, que con su compañía guarnecía el pueblo, simulase un asalto (EPISODIO), cuya operación demostró, á costa de algunas pérdidas, el brío que tenían todavía los carlistas y las dificultades que ofrecía aún la brecha para el ataque. Hubo, pues, necesidad de seguir batiendo la obra nueva y el torreón que la flanqueaba, apareciendo de nuevo reparada la brecha, toda la cortina y el torreón en la madrugada del 2; mas preparada ya la mina que se abrió debajo de la misma torre, se dispuso una columna de asalto, para la que, siendo voluntarios todos los cuerpos, hubo que sortear dos compañías por brigada, con una mitad de zapadores, á las órdenes del comandante Perurena, del mayor Bafuelos y del capitán adicto al Estado Mayor D. Mariano Ahumada. Los sitiados, gritando *victoria ó muerte*, esperaban serenamente á los asaltantes, los cuales se negaron á recibir la ración de aguardiente reglamentaria en tales casos; mas al reventar la mina quedó tan conmovido el torreón, que lo tuvieron que abandonar sus defensores, y sólo entonces se presentó un parlamentario para tratar de la capitulación, concediendo Azpiroz la vida á los sitiados. Todavía costó á éstos bastante trabajo desistir de su heroica obstinación; pero cedieron al cabo, y á las once de la mañana ondeaba en el fuerte la bandera liberal. Esta conquista valió al general Azpiroz el título de *Conde de Alpuente*.

Episodio.—Se anticiparon á todos en tan peligrosa empresa los cornetas de la *Princesa* VICENTE RODRÍGUEZ y JUAN MUÑIGORRI, los cuales llegaron á la brecha y treparon por ella con la mayor serenidad, llegando el primero á su mitad y el segundo hasta quitar algunos sacos de la obra con que la habían reparado; pero fueron inútiles sus esfuerzos para superarla, y apercibidos los enemigos, rompieron mortífero

fuego, del que sólo milagrosamente pudieron salvarse aquellos valerosos soldados, que facilitaron con su arrojo los datos pedidos, ahorrando muchas bajas.

1859. **Creación del 2.º regimiento de artillería de cuerpo.**—Fue organizado en dicha fecha con el nombre de 4.º *regimiento montado*, que conservó hasta 1884, en cuya fecha, por Real orden de 26 de diciembre, tomó el nombre actual en la nueva organización dada á la artillería de campaña.

1866. **Combate del Callao (GUERRA DEL PACÍFICO).**—Después del bombardeo de Valparaíso el 30 de marzo, dirigióse la escuadra española al Callao, puerto del Perú cuyos fuertes debían ser también atacados según las instrucciones del Gobierno de la Península. Componían entonces aquella, á las órdenes del brigadier D. Casto Méndez Núñez, los siguientes buques: fragata blindada *Numancia*, comandante D. Juan Bautista Antequera; ídem de madera *Berenguela*, comandante D. Manuel de la Pezuela; ídem *Blanca*, comandante D. Juan Bautista Topete; ídem *Villa de Madrid*, comandante D. Claudio Alvargonzález; ídem *Resolución*, comandante D. Carlos Valcárcel; ídem *Almansa*, recientemente incorporada, comandante D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui, y la goleta *Vencedora*, comandante el teniente de navío D. Francisco Patero; reunían entre todos 245 cañones, bomberos de á 68 (20 centímetros), que eran los de mayor calibre, de á 32, y sólo 18 rayados de 16 centímetros. Previo un minucioso reconocimiento hecho el 30 de abril por el jefe de la escuadra á bordo de la *Vencedora*, dispusieronse para el ataque las fuerzas españolas, distribuidas en tres divisiones. La primera, compuesta de la *Numancia*, *Blanca* y *Resolución*, se encargó de las baterías de Abtao y Santa Rosa, al sur de la población, armadas con 48 piezas de 20 y 16 centímetros, tres Blakeley de á 500 libras y dos Armstrong de á 300; entre Abtao y Santa Rosa había además una torre blindada, con otros dos cañones Armstrong del mismo calibre. La segunda división (*Berenguela* y *Villa de Madrid*) debía atacar las baterías del Norte, que con otra torre blindada igual á la anterior habían sido artilladas con 32 cañones de 32 y 16 centímetros, rayados y lisos, cuatro Blakeley de á 500 y dos Armstrong de á 300. La tercera división (*Almansa* y *Vencedora*) estaba encargada del bombardeo de la plaza y de tener á raya algunos buques peruanos que protegían los muelles.

La densa niebla no permitió entablar el combate hasta las once y media, hora en que, hecho zafarrancho general, ocupó cada buque su puesto serena y ordenadamente, rompiendo en entusiastas *hurras* los

marinos extranjeros al ver la temeridad con que avanzaban aquellos débiles barcos de madera contra fuertes cubiertos de hierro y armados con tan poderosa artillería. Un ¡viva la Reinal y un cañonazo de la *Numancia* fueron la señal de romper el fuego, al que contestó el enemigo con tanto acierto, que á los primeros disparos tuvo que retirarse la *Villa de Madrid*, remolcada por la *Vencedora*, con grandes averías ocasionadas por un enorme proyectil de á 500 libras que inutilizó la máquina y dejó muertos ó mal heridos á 40 hombres. En cambio, una granada de la *Blanca* hizo volar la parte superior de la torre acorazada del Sur, apagando sus fuegos, en cuyo momento cayó herido el bravo Méndez Núñez por los astillazos de la baranda del puente que arrancó un proyectil enemigo al estallar. Pudo ocultarse tan desgraciado accidente al resto de la escuadra, continuando con el mismo empeño el combate, mas tuvieron que retirarse sucesivamente, la *Berenguela*, á los treinta y cinco minutos, atravesado de parte á parte su costado por un proyectil que abrió enorme brecha bajo su línea de flotación, haciendo agua en cantidad inmensa que alcanzaba ya á los hornos de las calderas al llegar la fragata al fondeadero de San Lorenzo, además de haber reventado dentro de su sollado una granada Armstrong que produjo el incendio de una carbonera y aventó hasta catorce tablones de la cubierta de la batería principal, partiendo un bao; la *Blanca*, á las tres y media, por agotadas sus municiones, y á la misma hora la *Almansa*, en la que se produjo otro incendio por la explosión de una granada enemiga que comunicó el fuego á las cargas que se conducían de las escotillas á las piezas, dejando á trece hombres horriblemente mutilados (EPISODIO). La *Almansa* pudo volver todavía al combate, una vez dominado el incendio, continuando valientemente la pelea con la *Resolución*, la *Numancia* y la *Vencedora*, hasta las cinco, hora en que, no contestando á nuestros disparos mas que algunas piezas de las baterías enemigas (1), retiróse la escuadra española al fondeadero de San Lorenzo, á cuyo punto llegó al anochecer, habiendo experimentado la pérdida de 38 muertos, entre ellos los guardias marinas **D. Ramón Rull y López** y **D. Enrique Godínez y Mihura** y 150 heridos ó contusos. El bizarro brigadier Méndez Núñez fué ascendido á jefe de escuadra, siendo también recompensados debidamente los demás jefes oficiales y marineros (2).

(1) Los peruanos se atribuyeron por tal motivo también la victoria, y celebran desde entonces el 2 de mayo como fiesta nacional, habiendo levantado su correspondiente monumento.

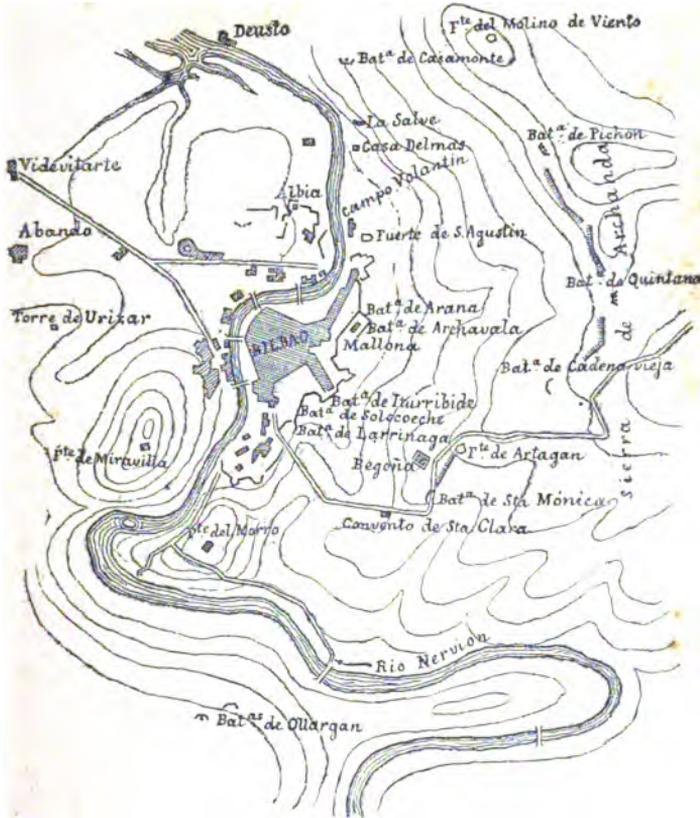
(2) En el Museo Naval se conservan algunos objetos como recuerdo de dicho glorioso combate: los gemelos que tenía en la mano el bizarro Méndez Núñez cuando

Episodio.—Merece citarse el rasgo heroico del comandante de la *Almansa* D. VICTORIANO SÁNCHEZ BARCÁIZTEGUI. Declarado el incendio en el antepañol de pólvora de proa, recibió hasta tres veces aviso de que era indispensable anegarlo; mas contestó siempre imperturbable el bravo marino que antes que mojar su pólvora prefería volar la fragata. Este rasgo de imponderable serenidad permitió á la *Almansa*, media hora después, continuar el fuego y causar nuevo estrago en las fortificaciones enemigas.

1874. Sitio de Bilbao (GUERRA CARLISTA).—El bloqueo que hacía ya algún tiempo tenían puesto los carlistas á Bilbao, se hizo efectivo desde el 29 de diciembre, en que, interrumpida la navegación de la ría por medio de cables y cadenas tendidas oblicuamente de una á otra orilla en Zorroza, quedó cerrada la única comunicación de Bilbao con el resto de la Península. Salieron el 30 algunas fuerzas al mando del coronel del *Inmemorial (Rey)* D. Antonio Pino, para tratar de restablecer la comunicación; pero tuvieron que retirarse, desistiendo de su intento al ver los atrincheramientos que tenían los carlistas en Zorroza y el crecido número de enemigos que había en sus inmediaciones, lo cual hacía imposible la empresa. Dedicóse desde entonces el comandante general don Ignacio María del Castillo, procedente de ingenieros, á activar las obras de defensa, acopiar víveres, reunir materiales y herramientas y tomar toda clase de medidas para hacer una larga resistencia, secundándole eficazmente los jefes y oficiales de la guarnición, las demás autoridades y el vecindario todo, que consideraba cuestión de honra el sostener ahora el buen nombre conquistado por la invicta Bilbao en la anterior guerra civil. Las fuerzas que guarnecían la plaza consistían en el regimiento *Inmemorial (Rey)*, un batallón de *Zaragoza*, el de cazadores de *Alba de Tormes*, un escuadrón de *Numancia*, otro de *Albuera*, una batería de montaña, 124 artilleros á pie, una compañía de ingenieros, guardia civil, carabineros, forales y voluntarios; en total, unos 4.000 hombres. Empeoró bastante la situación de Bilbao con la rendición de Portugalete, el Desierto y Luchana el 22 de enero, pero sin afectar gran cosa el espíritu de los defensores, continuando con gran actividad los trabajos en los fuertes y baterías, bajo la dirección del entendido capitán D. Eduardo de Mariategui, comandante de ingenieros de la plaza, por ausencia del

fué herido (núm. 385), como también la levita, gorra y sable que vestía aquel día (núm. 387); algunos proyectiles recogidos en las fragatas *Almansa*, *Villa de Madrid* y *Berenguela*, de los disparados por las baterías enemigas (núm. 492), y cascos de la granada que reventó en el sollado de la última (núm. 493). Se acuñó también una medalla conmemorativa de este combate.

propietario (1), como también el artillado de las mismas con todas las piezas que había disponibles en el parque, estableciéndose un taller de recarga de cartuchos de fusil y fabricación de espoletas, estopines y bo-



Mayo 2.—Sitio de Bilbao.

tes de metralla, y una fundición de granadas de á 12, por escasear dichas clases de municiones. Los vapores abandonaron la ría sin proveer de víveres y municiones á la guarnición, y empezó entonces á preocupar la cuestión de subsistencias, no pudiendo ya dar carne mas que á los enfermos, y á alto precio (2); se atendió, sin embargo, á todo como se pudo,

(1) Le auxiliaron eficazmente, á sus órdenes, el ingeniero jefe de segunda clase del cuerpo de caminos, canales y puertos D. Adolfo de Ibarreta, el arquitecto D. Julián Zubizarreta y el ayudante de obras públicas D. Domingo Almarro.

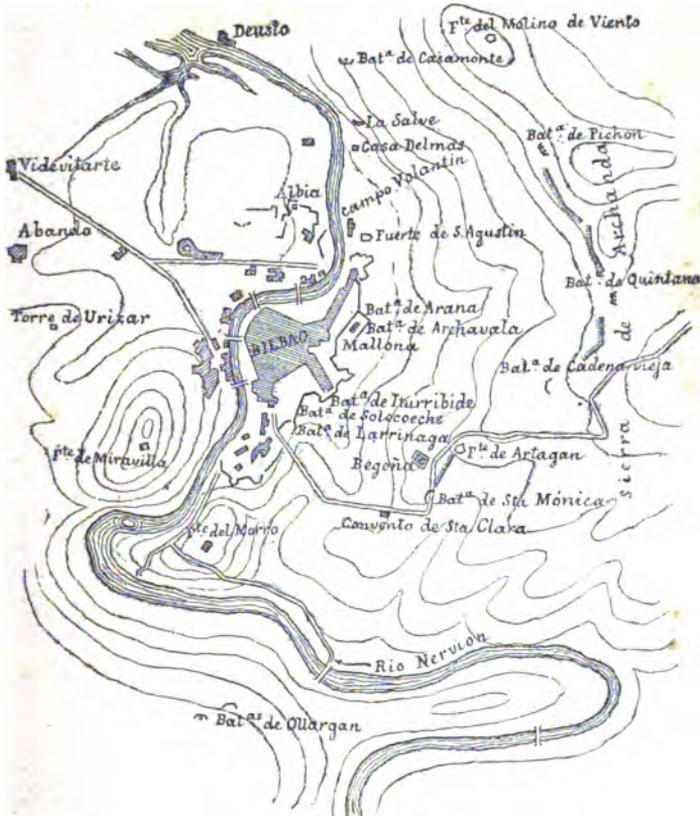
(2) Costaba el par de gallinas 25 pesetas, y 40 el quintal de patatas.

Episodio.—Merece citarse el rasgo heroico del comandante de la *Almansa* D. VICTORIANO SÁNCHEZ BARCAIZTEGUI. Declarado el incendio en el antepañol de pólvora de proa, recibió hasta tres veces aviso de que era indispensable anegarlo; mas contestó siempre imperturbable el bravo marino que antes que mojar su pólvora prefería volar la fragata. Este rasgo de imponderable serenidad permitió á la *Almansa*, media hora después, continuar el fuego y causar nuevo estrago en las fortificaciones enemigas.

1874. **Sitio de Bilbao** (GUERRA CARLISTA).—El bloqueo que hacía ya algún tiempo tenían puesto los carlistas á Bilbao, se hizo efectivo desde el 29 de diciembre, en que, interrumpida la navegación de la ría por medio de cables y cadenas tendidas oblicuamente de una á otra orilla en Zorroza, quedó cerrada la única comunicación de Bilbao con el resto de la Península. Salieron el 30 algunas fuerzas al mando del coronel del *Inmemorial* (Rey) D. Antonio Pino, para tratar de restablecer la comunicación; pero tuvieron que retirarse, desistiendo de su intento al ver los atrincheramientos que tenían los carlistas en Zorroza y el crecido número de enemigos que había en sus inmediaciones, lo cual hacía imposible la empresa. Dedicóse desde entonces el comandante general don Ignacio María del Castillo, procedente de ingenieros, á activar las obras de defensa, acopiar víveres, reunir materiales y herramientas y tomar toda clase de medidas para hacer una larga resistencia, secundándole eficazmente los jefes y oficiales de la guarnición, las demás autoridades y el vecindario todo, que consideraba cuestión de honra el sostener ahora el buen nombre conquistado por la invicta Bilbao en la anterior guerra civil. Las fuerzas que guarnecían la plaza consistían en el regimiento *Inmemorial* (Rey), un batallón de *Zaragoza*, el de cazadores de *Alba de Tormes*, un escuadrón de *Numancia*, otro de *Albuera*, una batería de montaña, 124 artilleros á pie, una compañía de ingenieros, guardia civil, carabineros, forales y voluntarios; en total, unos 4.000 hombres. Empeoró bastante la situación de Bilbao con la rendición de Portugalete, el Desierto y Luchana el 22 de enero, pero sin afectar gran cosa el espíritu de los defensores, continuando con gran actividad los trabajos en los fuertes y baterías, bajo la dirección del entendido capitán D. Eduardo de Mariategui, comandante de ingenieros de la plaza, por ausencia del

fué herido (núm. 385), como también la levita, gorra y sable que vestía aquel día (núm. 387); algunos proyectiles recogidos en las fragatas *Almansa*, *Villa de Madrid* y *Berengueta*, de los disparados por las baterías enemigas (núm. 492), y cascos de la granada que reventó en el sollado de la última (núm. 493). Se acuñó también una medalla conmemorativa de este combate.

propietario (1), como también el artillado de las mismas con todas las piezas que había disponibles en el parque, estableciéndose un taller de recarga de cartuchos de fusil y fabricación de espoletas, estopines y bo-



Mayo 2.—Sitio de Bilbao.

tes de metralla, y una fundición de granadas de á 12, por escasear dichas clases de municiones. Los vapores abandonaron la ría sin proveer de víveres y municiones á la guarnición, y empezó entonces á preocupar la cuestión de subsistencias, no pudiendo ya dar carne mas que á los enfermos, y á alto precio (2); se atendió, sin embargo, á todo como se pudo,

(1) Le auxiliaron eficazmente, á sus órdenes, el ingeniero jefe de segunda clase del cuerpo de caminos, canales y puertos D. Adolfo de Ibarreta, el arquitecto D. Julián Zubizarreta y el ayudante de obras públicas D. Domingo Almarro.

(2) Costaba el par de gallinas 25 pesetas, y 40 el quintal de patatas.

y se estableció un comedor económico para las clases menesterosas, sostenido con fondos municipales y por suscripción particular.

Los carlistas, entretanto, iban construyendo diferentes obras y atrincheramientos en la cresta de la cordillera de Archanda, trabajos que pueden considerarse como la primera paralela, con intervalos, á distancia de la plaza de unos 400 metros en su parte más próxima y 1.400 en la lejana, empezando el 21 de febrero el bombardeo desde las baterías del Pichón, Quintana y Casamonte, á cuyo fuego contestaron las de la plaza, defendida por los fuertes del Morro, con cuatro piezas; Begofía, con una; San Agustín y Miravilla, con tres, y otras baterías distribuidas por el recinto, con un total de 28 cañones, dos de ellos de á 16, rayados, y los restantes de á 12, 10 y 8, rayados y lisos. Intimó Dorregaray la rendición después de la derrota del ejército de socorro del general Moriones el 25 de febrero en Somorrostro, contestando dignamente el general Castillo, y prosiguió por lo tanto el bombardeo, que causó bastantes destrozos (1). El 14 de marzo atacaron ya los sitiadores la izquierda de la ría por Albia, y á la vez por la derecha desde la Salve hasta Begofía, consiguiendo apoderarse de la casa-palacio de Delmas, que entregaron á las llamas, no siendo tan afortunados en su intento de incendiar con camisas embreadas, paja y botellas de petróleo la iglesia y casas que constituían al fuerte de Begofía. Suspendido el bombardeo desde el 15 al 17, arreció el 18; ocupó el enemigo el convento de Santa Clara, y atacó segunda vez, en la madrugada del 19, el fuerte de Begofía, de donde fué rechazado. Empezó á atrincherarse en el campo de Volantín; descubrió nuevas baterías, y atacó sin éxito la avanzada de Vista Alegre, no descuidándose tampoco los sitiados en completar y perfeccionar las obras de defensa, contribuyendo á ello los bilbaínos con patriótico y generoso desprendimiento (EPISODIO II). Escaseando ya el pan, se hizo cargo la autoridad el 28 de marzo de cuanta harina de trigo y maíz existía en la plaza, poniendo á ración á las 18.400 almas que había en ella, y se estableció la venta de carne de caballo á seis reales libra.

Derrotado de nuevo el ejército liberal en la sangrienta jornada de San Pedro Abanto, no desmayaron por esto los valerosos defensores de Bilbao, cobrando, si cabe, nuevos bríos al recibir en la noche del 13 de

(1) El 23 de febrero una bomba había destruído el puente colgante de San Francisco; incendióse una casa el 1.º de marzo; el 13 quedó cortada por otro proyectil la cañería del gas, quedando la población sin alumbrado, y al día siguiente penetraron otros siete proyectiles en el gasómetro, causando bastantes desperfectos. También cayeron bastantes bombas en San Nicolás y San Antón, donde estaban depositadas las municiones (EPISODIO I).

abril el parte del general López Domínguez, jefe de Estado Mayor general, de que en breve se levantaría el cerco (Episodio III). Siguieron, pues, sobrellevando todos con notable buen espíritu la penuria y angustias consiguientes á la escasez de alimentos (1), que llegó á tal extremo al reanudar el 25 el ejército liberal sus operaciones para la liberación de la villa invicta, que dos días después dejó de darse pan á la guarnición y vecindario, faltando también arroz, tocino y vino, y empezó á desarrollarse el tifus y otras enfermedades. En los últimos días de abril apretaron los carlistas extraordinariamente el cerco, que levantaron al fin en la noche del 1.º de mayo, lanzando sobre Bilbao la última bomba á las diez y cincuenta minutos desde la batería de Quintana.

A las cuatro de la tarde del 2 empezó la entrada en Bilbao de las tropas del III cuerpo (Concha), en medio de una lluvia de flores y de las más entusiastas manifestaciones, y la guarnición desfilaron el 3 por delante del general en jefe, duque de la Torre, y del ejército libertador formado en orden de parada.

Gloriosa fué la defensa de Bilbao. Ciento veinticinco días duró el sitio, durante el cual arrojaron los enemigos sobre la plaza 6.785 proyectiles, en su mayor parte bombas; los sitiados consumieron más de 10.000, y experimentaron la pérdida de 63 muertos y 328 heridos, entre las tropas de la guarnición, voluntarios y vecindario, que fué el que las experimentó mayores por efecto del bombardeo. Todos los jefes y oficiales se excedieron en el cumplimiento de sus deberes, particularmente los de los cuerpos especiales en el desempeño de las funciones peculiares de su cuerpo, habiendo rivalizado con los de las demás armas en valor y abnegación.

Episodios.—I. Al caer una bomba en San Nicolás, donde había almacenados 27 cajones de pólvora, destrozó la capilla al reventar y rompió varios de aquéllos, desgarrando también los sacos, con lo que quedó la pólvora al descubierto. El capitán del detall, con la mayor serenidad, se lanzó en el momento de la explosión, con la guardia civil y carabineros á sus órdenes, y en medio del humo, polvo y escombros, á sacar todos los cajones, reconociéndolos previamente por si alguno pudiera dar lugar á una nueva explosión.

II. DON EUSTAQUIO ALLENDE SALAZAR, que siendo natural de Bilbao residía habitualmente en Madrid, quedóse, no obstante, en la villa para defenderla; se alistó en las filas de los auxiliares, compartiendo la gloria que éstos conquistaron, y pidió

(1) Costaba ya una gallina 35 pesetas, y 3 un par de huevos; el pan de harina de trigo y de habas tuvo que sustituirse por el de maíz, y escaseando también la carne de caballo, hubo que apelar á los de las secciones de *Numancia* y *Albuera* para alimentación de los enfermos.

se le autorizase para que se hicieran á su costa las obras de defensa necesarias en su casa-palacio de Albia, lo que le fué concedido.

III. Habiendo tenido noticia en el campo liberal de Somorrostro de la angustiosa situación de los defensores de Bilbao, decidió el general en jefe enviar un aviso á la plaza para sostener el buen espíritu de aquéllos, anunciándoles el pronto levantamiento del cerco. Ofrecióse voluntario para desempeñar empresa tan arriesgada el carabinero de caballería JUAN DÍAZ CORDERO, á quien se le entregó el 9 de abril el parte escrito y se le prometió una recompensa de mil duros si conseguía llegar á su destino, como lo verificó, á costa de grandes penalidades y peligros, en la noche del 13. El general Castillo prohibió al intrépido carabinero llevar la respuesta, pues le hubiese costado la vida, á causa de haberse hecho pública en Bilbao su heroica hazaña. El honrado veterano negóse después á recibir dinero ni premio alguno, manifestando que quedaba bien recompensado con la satisfacción que le producía el haber sido útil á su patria, y obtuvo sólo el ascenso al empleo personal de sargento (1).

Día 3.

1283. **Combate naval de Malta (GUERRA DE SICILIA).**—Hallándose los aragoneses empeñados en el sitio de la ciudadela de Malta, supo Roger de Lauria que veinte galeras provenzales, aparejadas en el puerto de Marsella, navegaban la vuelta de aquella isla. Prevenido ya el célebre almirante por la reina Constanza, que gobernaba en Sicilia á nombre de D. Pedro III de Aragón, salió inmediatamente al encuentro de la escuadra francesa con dieciocho naves catalanas y sicilianas, y se trabó en aguas de Malta, al amanecer del 3 de mayo, un sangriento combate naval que terminó con la derrota completa del enemigo, debiéndose la victoria á la serenidad y destreza del almirante y al arrojo de los catalanes, que, al grito formidable de *Aragón y Desperta-ferro*, saltaron impetuosamente al abordaje sobre la flota contraria. El mismo Lauria fué herido por el jefe de ésta Guillermo Cornut ó Corner, quien había abordado á su vez, hacha en mano, á la capitana de Aragón; pero arrancándose del pie el venablo con su propia mano, lo arrojó sobre su rival, al que atravesó el pecho de parte á parte, dejándole muerto. Malta se rindió á las armas de Aragón, y lo mismo las islas de Gozo y Lipari, y la triunfante escuadra arribó á las playas de Messina remolcando las diez galeras apresadas, abatidas en la proa, en señal de derrota, y arrastrando sobre el mar las banderas de Anjou y de San Victor de Marsella.

(1) Catorce años más tarde, retirado del servicio por sus achaques, falleció en el hospital civil de Bilbao, en la mayor miseria. Al llegar á noticia del Gobierno dicho suceso, propuso y consiguió de las Cortes una pensión para la viuda del pun-donoroso y valiente soldado.

1811. **Socorro de Figueras** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El marqués de Campoverde, por la lentitud con que obró, no pudo aprovecharse del importante suceso de la reconquista del castillo de Figueras; pues habiendo tenido noticia de dicho acontecimiento el 12 de abril, no se movió de Tarragona hasta el 20, llegando el 27 á Vich con unos 5.000 infantes y 800 caballos. Mas circunvalaban ya la plaza cerca de 10.000 enemigos á las órdenes de Baraguay d'Hilliers, y no era empresa fácil el socorrer el castillo, como lo intentaba Campoverde. Aproximóse, sin embargo, á la plaza, y mientras los guerrilleros Rovira y Amat, con 2.000 hombres, llamaban la atención de los franceses por Lladó y Llers, rodeó Sarsfield la villa, tratando de ponerse en comunicación con el barón de Eroles, que mandaba en el castillo. Los enemigos que había dentro de aquélla se vieron muy apurados, y ya se consideraba asegurada la entrada del socorro, cuando los franceses apelaron á un ardid de guerra para dar largas y tener tiempo de acumular gran número de fuerzas en el punto por donde atacaban los españoles. Dirigiéronse para ello los enemigos de la villa al coronel de *Alcántara* Pierrad, emigrado francés, que según las órdenes de Eroles acudía desde el castillo, y le propusieron capitular, cayendo dicho jefe en el lazo, lo mismo que Campoverde, quien hizo suspender el ataque, autorizando á aquél para concluir el convenio. Mas de pronto, el fuego de una batería enemiga hizo salir de su error al general español, y al renovar la lucha penetrando en la villa, se vieron flanqueados los nuestros por la derecha por 4.000 franceses que salieron de un olivar, teniendo entonces que retirarse con la pérdida de 1.100 hombres y varios efectos, habiéndolo conseguido, sin embargo, meter en la fortaleza unos 1.500 soldados. Los franceses tuvieron 700 bajas.

✓ 1835. **Episodio de la guerra civil.**—Después de la derrota del brigadier Iriarte en Guernica (V. 1.º MAYO) quedaron cortados en el convento de monjas de Rentería 200 hombres de los regimientos de *Gerona* y del *Príncipe*, al mando del teniente del primero D. LUIS CALVO, que resolvieron en su abandono morir entre las ruinas del edificio antes que rendirse. Sitiados por el cabecilla Carasa y batidos por la artillería á menos de tiro de pistola, se defendieron heroicamente contra considerable número de enemigos (ocho batallones), que no pudiendo hacer rendir á aquellos soldados valerosos, entregaron el convento á las llamas. Los bravos defensores continuaron, no obstante, despreciando las intimaciones de los carlistas, sin soltar las armas de la mano durante tres días, sin alimento y sin descanso. Por fortuna acudió Espartero desde Vitoria, llegando todavía á tiempo de salvarles de una muerte cierta, y los soldados de *Gerona* y del *Príncipe* fueron recibidos por sus camaradas formados en orden de parada, con las armas presentadas y batiendo marcha, enalteciendo Espartero la bizarra conducta de aquéllos en la orden general del día 4. Por este

suceso y otros anteriores recibió el caudillo de la Reina la gran cruz de San Fernando.

Día 4.

1705. **Sitio de Gibraltar** (GUERRA DE SUCESIÓN) (1).—Apenas Felipe V tuvo noticia de la pérdida de esta plaza, ordenó al marqués de Villadarias que con 9.000 españoles y 3.000 franceses tratase con toda diligencia de recobrarla; pero por pronto que se quiso acudir, era ya el 4 de octubre cuando se abrió la primera paralela, dos meses después de haberla ocupado los ingleses, y éstos habían aprovechado bien el tiempo aumentando considerablemente las defensas. Establecióse el 26 la segunda paralela, llevándose á cabo los trabajos con extraordinaria actividad bajo el fuego incesante y abrumador de la plaza, y como se echó encima la estación lluviosa, las aguas anegaban y descomponían las trincheras, y las enfermedades diezaban el campo español; así que no dejaron de convenirse la mayor parte de los generales de que era inútil por entonces el empeño, no consiguiéndose más que consumir sin fruto alguno hombres, municiones y caudales; pero el de Villadarias, sobre cuya conciencia pesaba la responsabilidad de la pérdida, ofrecía todos los días al Rey volver la plaza á su dominio, haciendo, en verdad, para ello todos los esfuerzos imaginables.

Sólo en dos ocasiones hubiera sido fácil el intento; pero en ambas se malogró el éxito por el espíritu de rivalidad entre españoles y franceses. En la noche del 9 al 10 de noviembre, el coronel Figueroa, con 500 hombres escogidos guiados por el cabrero Simón Susarte, subió al monte por el paso del Algarrobo á los Tarfes, siguiendo el camino de la derecha del Hacho, coronó las eminencias del Peñón, pasó á cuchillo á la guardia inglesa del Hacho y bajaron algunas fuerzas á la Silleta para proteger la subida de las demás tropas españolas; pero éstas no se presentaron, y percibido el enemigo, cargó resultadamente sobre nuestros soldados, que se defendieron heroicamente, pereciendo todos por el hierro ó por el fuego de los ingleses, ó despeñados desde lo alto de la escarpada roca, á la vista de Villadarias, quien lo único que hizo por aquellos á quienes había abandonado, fué tocarles *retirada*. Continuó, sin embargo, el sitio, y noticioso el Marqués de que estaba próximo á llegar al campo de los sitiadores el mariscal de Tessé, que debía encargarse del mando, esforzó y activó el ataque, levantó nuevas baterías, apagó con ellas los fuegos de la escuadra inglesa, que tuvo que retirarse, arruinó el baluarte de San Pedro y batió

(1) Véase el croquis del 13 de septiembre.

en brecha la cortina de la puerta de Tierra, dando el asalto el 7 de febrero al reducto ó batería llamada del *Pastel*, situado á la derecha de dicha puerta, con dieciocho compañías escogidas, nueve de ellas de granaderos. A pesar de la briosa resistencia de los ingleses y holandeses, que hacían nutrido fuego, pasaron nuestras tropas el foso y empezaron á escalar la brecha; pero retirándose intempestivamente las compañías francesas so pretexto de no poder resistir fuego tan mortífero, en el momento que los granaderos españoles coronaban la brecha é iban á penetrar en el castillo, tuvieron también que retirarse los nuestros cuando era ya casi segura la entrada en la plaza. El mariscal de Tessé no pudo hacer más de lo que había hecho Villadarias, y perdida toda esperanza con la derrota de la escuadra francesa, se levantó el sitio el 4 de mayo.

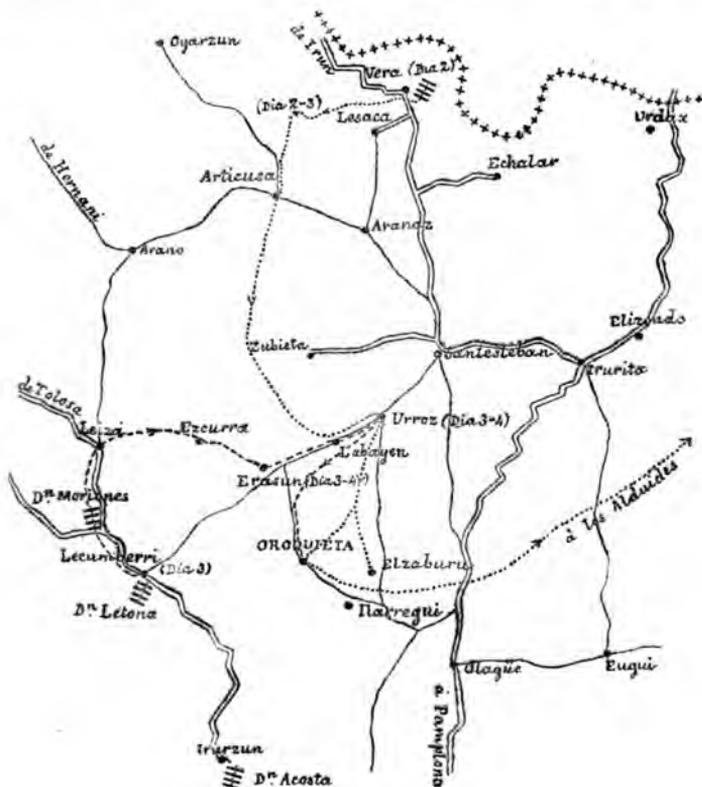
1872. **Sorpresa de Oroquieta** (GUERRA CARLISTA).—El pretendiente D. Carlos entró en España el 2 de mayo, dió en Vera sendas alocuciones al ejército y á los españoles en general, y fué á pernoctar á los montes de Lesaca, por haber sabido se dirigía á Vera la brigada Primo de Rivera. Desde dicho punto pasó el 3 á Urroz por Articusa y Labayén, encaminándose el día siguiente á Oroquieta, donde llegó á las doce y media de la tarde.

El duque de la Torre, en cuanto supo la entrada de D. Carlos en España y que se le reunían todos los carlistas navarros dirigiéndose al valle de Ulzama, ordenó á Moriones le persiguiera con su división, colocó la de Letona en Lecumberri para cortarle el paso á Guipúzcoa, y él se situó con la de Acosta en Irurzun para impedirle el paso á las Amezcoas. Empezó Moriones activamente la persecución el 3, desde Lecumberri, donde dejó todo el bagaje; marchó por Leiza á Ezcurra, y pernoctó en Erasun; pasó el 4 á Labayén, creyendo se encontraba el Pretendiente en Santisteban, mas al llegar á Urroz supo que las facciones se hallaban en Oroquieta y Elizaburu, por lo cual se dirigió al primer punto pasando por un terreno muy difícil y áspero, cubierto de espesos bosques de hayas, salvó el desfiladero próximo á Oroquieta, y se presentó á la vista del pueblo á las seis de la tarde.

Los carlistas, en número de unos 400 mal armados y otros 1.000 desarmados (1), estaban muy ajenos de la aproximación de Moriones, y no habían, por lo tanto, tomado precaución alguna ni ocupado el desfiladero inmediato, tan fácilmente defendible. Llevaba Moriones unos cuatro batallones

(1) En Elizaburu, tres cuartos de legua de Oroquieta, había otros 1.500 hombres mandados por Olló y Aguirre.

nes, una sección de montaña y una escolta de húsares de Pavía, en total sobre 1.500 hombres, cuyas fuerzas distribuyó sin pérdida de tiempo del modo siguiente: cinco compañías de *Figueras*, con el coronel Navarro, en la derecha; cuatro de *Alcolea* (hoy *Alfonso XII*), con su comandante Minguela, en la izquierda; las cuatro restantes de *Alcolea*, cinco de *Almansa* y



Mayo 4.—Sorpresa de Oroquieta.

dos de *Figueras*, con el coronel Catalán, en el centro; y en reserva cuatro compañías de *Las Navas*, cubriendo el desfiladero situado á espaldas de la columna. Al apercibirse el enemigo de la presencia de las tropas liberales, dió la voz de alarma, que produjo grande confusión y barullo, tratando algunos de organizar la resistencia. Don Carlos huyó á los primeros disparos por el camino de Harregui; avanzó la artillería, dirigida por el capitán Provedo y teniente Reina, hasta colocarse á 100 metros de las primeras casas en que

se defendían los carlistas, consiguiendo con sus certeros disparos obligar á rendirse á los defensores de algunas de ellas; pero continuando la resistencia en las demás y habiéndose presentado por la derecha las fuerzas que había en Elizaburu, dispuso Moriones que mientras el grueso de la división se oponía á aquéllas, formase el coronel Catalán una columna de asalto con un oficial y 20 hombres de cada cuerpo, los que, apoyados por dos compañías de *Figueras*, se lanzaron intrépidamente á la bayoneta sobre las casas ocupadas por el enemigo, y se apoderaron de ellas y del pueblo, haciendo prisioneros á los que las defendían. Desde aquel momento, ya de noche, la dispersión del enemigo fué completa, huyendo en desorden hacia los montes de Ilarregui y Alcoz los que pudieron librarse de caer en poder de las tropas liberales. Tuvieron los carlistas 38 muertos, bastantes heridos y más de 700 prisioneros, y D. Carlos, completamente desalentado en vista del mal éxito de su primera tentativa, se dirigió á los Alduides por malos caminos, entrando en Francia al día siguiente.

Las tropas de Moriones tuvieron muy pocas bajas, y éste fué recompensado con el empleo de teniente general.

Día 5.

1107. **Sitio de Viseo** (GUERRA CON LOS MOROS).—En 1026 emprendió **Alfonso V** la guerra contra el último califa omniada de Córdoba, **Hixem III**, que asolaba la frontera. Pasó el monarca leonés el Duero y fué á poner sitio á Viseo, plaza de la Lusitania. Apurados los defensores, estaban ya para rendirse, cuando al practicar **Alfonso V** un reconocimiento á caballo alrededor de la plaza, sin coraza y sin otro abrigo ni defensa que una delgada camisa de lino por el excesivo calor que hacía, fué herido el animoso monarca por una flecha lanzada desde la muralla, de cuyas resultas sucumbió el 5 de mayo.

1102. **Sitio de Valencia** (GUERRA CON LOS MOROS).—Después de la muerte del Cid, que había conquistado dicha plaza, su esposa doña Jimena continuó defendiéndola contra los reiterados ataques de los almoravides. Dos años se sostuvo con gran valor, y en octubre de 1101 se presentó de nuevo ante los muros de la ciudad del Turia un ejército enemigo mandado por **Mazdali**, por lo que imploró Jimena la protección de **Alfonso VI**. Este acudió en auxilio de los sitiados, entrando sin dificultad alguna en Valencia con sus tropas; pero comprendiendo que sin el genio del Cid le sería difícil en extremo sostener y conservar una ciudad tan apartada del centro de sus dominios, determinó abandonarla, lo que llevó

á cabo la guarnición cristiana el 5 de mayo, después de entregarla á las llamas, llevando Jimena consigo el cadáver de su esposo. Mazdali entró en Valencia con las tropas almoravides pocos días después.

1811. **Batalla de Fuentes de Oñoro** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Trataban los franceses de socorrer á Almeida; plaza portuguesa de la frontera, estrechamente bloqueada por los ingleses, y sabedor de su intento lord Wellington, quien disponía de unos 35.000 hombres, ingleses y portugueses, ocupó las alturas de Fuentes de Oñoro, que fueron atacadas con bastante empeño en la mañana del 5 de mayo por el mariscal Massena, acompañado de Bessieres con su brillante Guardia imperial. Duró todo el día el combate, que concluyó repasando el enemigo el Doscasas sin haber podido quebrantar la línea inglesa ni socorrer á Almeida, cuya plaza fué evacuada el 10, después de volar sus fortificaciones. No tomó parte en esta batalla más fuerza española que el cuerpo franco del intrépido guerrillero D. Julián Sánchez, quien con sus valientes lanceros entretuvo largo rato á la caballería francesa del general Montbrun.

✓ 1836. **Ataque de las líneas de San Sebastián** (GUERRA CIVIL).—San Sebastián, cada vez más apretada por los carlistas, pidió auxilio al general Córdova, quien envió á la capital de Guipúzcoa la legión inglesa al mando de Lacy Evans. Este no quiso dar tiempo á que los enemigos recibieran refuerzos, y en la madrugada del 5 de mayo practicó una salida con su legión, una brigada española y fuerzas de nacionales, dirigiéndose á atacar las líneas de los sitiadores, los cuales, acometidos bruscamente por su izquierda y centro, tuvieron que cejar por esta parte hasta las posesiones de Lugariz, Mantua y Puyo, presentando una resistencia desesperada en Santa Teresa y Ayete, y por la izquierda fueron desalojados también de sus posiciones y de las casas inmediatas al convento de la Antigua y obligados á replegarse á Lugariz, donde los batallones 1.º y 5.º de Guipúzcoa cruzaron sus bayonetas con las tropas británicas, que tuvieron que retroceder dejando en el campo más de cien cadáveres. Se preparaban ya los carlistas para caer sobre los liberales, con la fundada esperanza de reportar un glorioso triunfo después de las ventajas conseguidas, cuando su valeroso caudillo Sagastibelza cayó muerto en una trinchera, atravesada la cabeza de un balazo. Este desgraciado suceso causó algún estupor en las filas enemigas, paralizando por el momento su acción; mas repuestos algún tanto, se disponían á vengar la pérdida de su jefe en el momento en que eran acometidos de nuevo por sus contra-

rios, reforzados con otros dos regimientos que acababa de desembarcar lord Jhon-Hay, al mismo tiempo que los cañones de los buques de guerra anclados en la bahía hacían disparos tan certeros sobre el caserío de Lugariz y posiciones enemigas, que aquél fué incendiado por las granadas y los parapetos de las segundas arruinados; así es que, al avanzar los ingleses con su acostumbrada sangre fría, no pudieron los carlistas sostenerse en sus dismanteladas defensas y se replegaron á Oriamendi, media legua distante, abandonando á los vencedores sus líneas y las piezas que las artillaban. San Sebastián, después de cuatro meses de estrecho cerco, pudo respirar al fin con este triunfo, que costó á los liberales la pérdida de 600 hombres y unos 300 á los carlistas.

Episodio.—Distinguióse en este combate, por su extraordinario valor, el batallón franco de Guipúzcoa, llamado de *Chapelgorris*, al que pertenecía D. FERNANDO COTONER, antiguo oficial de la Guardia real. Enardecido éste en la pelea á la vista de los soldados extranjeros, viósele por la mañana penetrar repetidas veces por entre las filas enemigas, recibiendo dos gloriosas heridas, una de bayoneta en la boca y otra de bala que le atravesó el muslo derecho; y habiendo roto su sable en la cabeza del que le hiriera primero, Lacy Evans se desciñó el suyo, que tenía en grande estima, regalándoselo como recuerdo. A pesar de su lastimoso estado, no quiso abandonar el campo de batalla, manteniéndose en los sitios de mayor peligro sostenido por dos soldados, hasta que bien entrada la tarde recibió un nuevo balazo que le atravesó la ingle derecha, herida que consideraron los médicos mortal de necesidad. Mérito tan extraordinario fué recompensado con la cruz de San Fernando y el empleo de comandante de batallón.

Este valeroso oficial había sido ya herido en Olazagutia en 1834, y lo fué nuevamente algunos meses después en la defensa de Bilbao (V. 25 DICIEMBRE).

1870. **Episodio de la guerra de Cuba.**—En la acción de la Bermeja hicieron los insurrectos al principiar el combate un disparo de cañón. El comandante MONTANER, que mandaba la columna española, arengó entonces á sus soldados manifestándoles que habían tenido la fortuna de encontrar ocasión de distinguirse; que era necesario que el cañón no llegara á disparar segunda vez, para lo cual ofrecía una buena recompensa al primero que pudiese la mano en él, y que la columna no descansaría ni volvería á la población sin llevar el referido trofeo. Lanzáronse todos inmediatamente á la bayoneta, con el mayor entusiasmo, hasta tomar la posición, que no fué defendida, retirándose los enemigos por escalones; y habiendo descubierto los nuestros el rastro de la pieza, continuaron á la carrera, sin hacer caso del fuego de los insurrectos, el capitán Suárez por la izquierda, Montaner por el centro y el capitán Tizón con la contraguerrilla por la derecha, consiguiendo la fuerza de éste apoderarse de dos cañones de montaña, con muerte de los que defendían las piezas, siendo los primeros que llegaron á ellas el soldado del regimiento del *Rey*

BALTASAR SORT y el cabo de voluntarios de Santa Cruz FRANCISCO AGRAMONTE. No satisfechos con esto, habiendo sabido por uno de los heridos enemigos que en aquellas inmediaciones tenían los insurrectos otra pieza de batalla y el parque completo, continuaron la marcha á pesar de su extraordinaria fatiga, y á las seis y media de la tarde habían caído ya en poder de la columna el cañón, las mulas, carros de municiones, atalajes, etc., después de trece horas y media de persecución, casi á la carrera, sin haberse detenido un instante siquiera para beber agua. Por esta acción y otras en las que el comandante Montaner, de sesenta años ya de edad, había dado las mayores pruebas de arrojo, serenidad y conocimiento práctico del terreno, le llamaban los insurrectos *el Brujo*.

1873. **Acción de Eraul** (GUERRA CARLISTA).—Obrando en combinación las columnas Navarro, Castañón y Costa, llevaban á cabo una persecución activa que eludían siempre las facciones carlistas á costa de penalidades y sufrimientos heroicos; mas cansadas éstas al fin, mostraron de una manera enérgica su disgusto, manifestando deseos de pelear. Marchaban constantemente reunidas las fuerzas de Olló, Rada, Pérula y Lizárraga, en número de 4.000 hombres, mandados por Dorregaray, quien decidió atacar á la columna Navarro, la más próxima, que, contando con la cooperación de las otras dos (1), se dirigía en la mañana del 5 desde Zudaire, donde había pernoctado, hacia Abarzuza, en busca del enemigo. Había ocupado éste los flancos del puertó de Echávarri; mas la columna liberal, después de pasar por Galdeano y Artabia, siguió desde el pueblo de Echávarri hacia el puerto de Eraul, llevando los 900 hombres que la componían el orden siguiente: dos compañías de *Sevilla* flanqueando la izquierda; el resto del batallón á la cabeza de la columna, seguido de dos compañías de *Ingenieros*, una sección de artillería y otra de lanceros de *Villaviciosa*; iban después seis compañías de cazadores de *Barbastro* y los bagajes, cerrando la marcha las dos compañías restantes de este cuerpo.

Al ver Dorregaray la dirección que tomaban las tropas liberales, mandó algunas fuerzas contra la vanguardia, rompiendo un vivo fuego sobre las dos compañías de flanqueo, las cuales, reforzadas por el resto de *Sevilla* y los ingenieros, rechazaron á los guipuzcoanos y al 3.º de Navarra mandado por Lerga, que eran las tropas enemigas que se presentaron por aquella parte. Reforzados á su vez los carlistas por Rada, Calderón y Argila con seis compañías, armaron bayoneta, y sin disparar un tiro, por escasear las municiones, acometieron á los liberales con un valor ejemplar;

(1) Habían pernoctado el 4 Castañón en Genevilla y Costa en Maestu.

mas la resistencia fué no menos briosa, y rechazados los primeros dos veces, tuvieron que abandonar á sus valientes contrarios las ventajosas posiciones que antes ocupaban. Entretanto, otras fuerzas carlistas empezaron á descender hacia el pueblo de Echávarri, como si intentaran envolver la retaguardia de la columna; desbandóse *Barbastro*, falto de disciplina, al verse acometido por un flanco, y cuando Navarro, ante las superiores fuerzas que de nuevo le atacaron, reclamó su auxilio, su teniente coronel sólo pudo reunir escasamente un centenar de cazadores. Siguiéron, no obstante, *Sevilla* y los ingenieros sosteniéndose con denuedo; pero cargadas otra vez aquellas valientes tropas á la bayoneta y por el marqués de Valde-Espina con el primer escuadrón de Navarra, faltóles el apoyo de la caballería, que huyó vergonzosamente abandonando á sus oficiales, entró el desaliento, y apretando cada vez más el enemigo, la columna fué completamente deshecha. El comandante de *Sevilla* D. Braulio García, que tan bizarramente había peleado en la vanguardia, reunió la gente que pudo y unos 80 ingenieros y se guareció en Eraul, habiendo quedado en poder de los carlistas el jefe de la columna Navarro, el teniente coronel Martínez, de *Sevilla*, y el comandante de ingenieros Acellana, con buen número de oficiales y soldados, y un cañón, una cureña y cuatro cajas de municiones; hubo también por ambas partes bastantes muertos y heridos.

La columna Castañón acudió aceleradamente al oír el fuego; pero llegó tarde, pudiendo sólo salvar los restos de la columna derrotada y dirigirse á Pamplona; la de Costa no se apercibió tan siquiera del combate. Dorregaray fue agraciado más adelante por D. Carlos con el título de *Marqués de Eraul*.

Día 6.

1093. **Conquista de Lisboa** (GUERRA CON LOS MOROS).—La llevó á cabo Alfonso VI de Castilla.

1527. **Asalto y saqueo de Roma** (GUERRA CON FRANCIA).—Comprometido en extremo se encontraba el condestable de Borbón en Milán al frente de su ejército, sin medio alguno de subvenir á sus diarias necesidades. Aquella hueste, valerosa sí, pero poco dada á la subordinación y disciplina, como compuesta de gente de tan diversas naciones, tenía que vivir sobre el país, cometiendo con tal motivo todo género de violencias y desmanes. Esquilmada la comarca en poco tiempo, tuvo Borbón que sacar de allí el ejército á fines de enero de aquel año, y bajo la promesa de un rico botín con el que se desquitasen de las anteriores privaciones, sufrie-

ron los soldados en los meses de febrero y marzo toda clase de penalidades; pero transcurría el tiempo, y cansados algunos tercios se amotinaron, costando la vida á diversos capitanes el querer atajar la sedición. Tomó entonces el duque de Borbón el camino de Florencia; mas socorrida oportunamente por el duque de Urbino, comprendió el caudillo español sería empresa difícil tomar aquella fuerte plaza, y cambiando de dirección, anunció con fuerte voz á sus soldados que iban á caer sobre Roma para castigar al Papa por su enemistad con el emperador, palabras que fueron acogidas con entusiastas y frenéticos aplausos y con vítores y aclamaciones al general.

La desalmada hueste, verdadera y devastadora plaga, dió vista á la Ciudad Eterna desde el monte Mario, el 5 de mayo de 1527, y esta fué la primera noticia que tuvo Clemente VII del mal que tan de cerca le amenazaba. No decayó por esto de ánimo el Pontífice, sino que, al propio tiempo que lanzaba sobre Borbón y los que le seguían sentencia de excomunión, no descuidaba tampoco los preparativos de defensa, haciendo tomar las armas á cuantos podían empuñarlas.

Al clarear el alba del día 6 estaba ya á caballo Borbón, con sobrevesta blanca en las armas para ser distinguido de todos, y aprovechando una densa niebla, examinó los puntos que parecían más á propósito para dar el asalto; dividió después su ejército en tres cuerpos de españoles, alemanes é italianos; arengóles brevemente, y dando la señal de acometer, arriaron los soldados las escalas al muro, pugnando todos á porfía para ser los primeros en sentar su planta en el adarve; mas derribados sin vida los más osados por la mosquetería de la guardia suiza del Papa, que defendía la muralla, titubearon los que detrás venían, y entonces Borbón, para dar ejemplo, obrando más como valeroso soldado que como prudente capitán, púsose á la cabeza de los suyos, cayendo mortalmente herido al ir á trepar por una de las escalas. No tardó en divulgarse por el ejército tan fatal desgracia, y los soldados, sentidos de la muerte de su idolatrado caudillo, se abalanzaron de nuevo al muro, ardiendo en ira y sedientos de venganza. Redoblaron todos sus esfuerzos, y habiendo descubierto los infantes españoles una pequeña ventana ó tronera que daba á una casa adosada á la muralla, la ensancharon con barras y picos, y penetraron los primeros por aquel portillo en Roma; flaquearon entonces los que defendían los puestos inmediatos, y coronando también los alemanes el muro, franquearon la entrada al resto de las tropas, con lo cual aquellos 30.000 hombres, más temibles que los mismos vándalos, se derramaron por la ciudad, y después de degollar á 6.000 romanos se entregaron durante siete días á los excesos más deplorables, que causa horror y vergüenza describir, particularmente los herejes alemanes, á fuer de luteranos, á pesar de que no les fueron á la zaga los españoles é italianos, aunque católicos.

Sitiado el Papa en el castillo de Santángelo, entregóse prisionero el 6 de junio, ajustando con Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, que había sido nombrado capitán general del ejército, un tratado, por el que prometió entregar dicho castillo, Civita-Castellana, Parma, Plasencia y Módena, así como la cantidad de 400.000 escudos, quedando encargado de la custodia del Pontífice Hernando de Alarcón, que ya había tenido igual comisión respecto del rey Boabdil y de Francisco I de Francia (1).

Episodios.—I. Habiendo sido mortalmente herido en el asalto el alférez **Juan de Avalos**, encomendó antes de espirar, con palabras de mucho encarecimiento, la bandera y su honra al capitán **ZUAVO**, que cerca de él estaba peleando valerosamente. Dicho capitán la sustentó y defendió hasta que, siendo también malamente herido y derribado en el suelo al pasar de la muralla, se la quitaron los enemigos; mas vuelto en sí, arremetió de nuevo á ellos con gran denuedo y les quitó otra de las suyas, matando al alférez que la defendía, cuya bandera presentó en satisfacción de la que había perdido.

II. Al ver los ultrajes que se hacían á la religión, se reunieron algunos caballeros catalanes del ejército invasor para guardar y defender, espada en mano, la Basílica de San Juan de Letrán y librarla de la devastación, como lo consiguieron. Por este honroso servicio mandó más adelante el Papa inscribir el nombre de aquellos celosos y valientes defensores en las puertas del templo, con sus escudos de armas, cuyos nombres ha conservado cuidadosamente la Historia. Fueron dichos caballeros: Corella, Francisco de Soler, Guillermo Ramón, Alós, Pedro de Ripoll, Narciso de San Dionís, Ramón Vilamarí, Martín Tolá, Don Civere, Ferrer, Juan Martorell, Pedro de Corella, Bartolomé Ferrer, Galcerán Mercader, Calatayu, Luis de Soler y Ramón Yac. A estos añade Felíu de la Peña, en sus *Anales*, un Cruilles, un Villafrañca, un Corbera y un Turell, y dice que fueron sus capitanes Felipe y Juan de Cervelló.

III. Habiendo el capitán Francisco de Carvajal llegado tarde con su gente al saco por haberse entretenido en pelear, mientras hubo con quien, en las calles de Roma, y en asegurar las puertas á fin de estorbar cualquiera sorpresa, no hallando ya joyas ó dinero á mano, ordenó á sus soldados que sacasen á una plaza cuantos papeles contenía el archivo del notario de la *Santa Dataria* y les prendiesen fuego, si incontinenti no aprontaba el dueño hasta 10.000 escudos. Por astucia tal consiguió que no faltase á él y á sus soldados la parte debida en el botín de la jornada.

✓ 1838. **Ataque de Alcañiz (GUERRA CIVIL).**—En la noche del 1.º de mayo circunvaló Cabrera á Alcañiz, preparando una emboscada por si

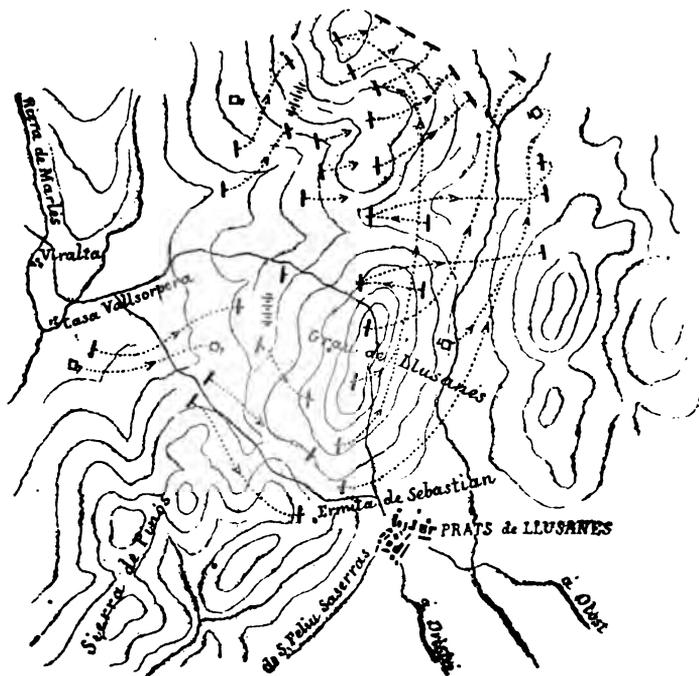
(1) No recobró el Papa su libertad hasta el 9 de diciembre, en que pudo escapar de su prisión disfrazado de mercader, incorporándose en Orvieto al ejército de la Liga.

salía la guarnición. Distribuyó el 2 su artillería en la altura dominante llamada Cabezo del Cuervo, en la Pierna del Resalado, contra el convento de San Francisco, y en la falda del Cabezo del Calvario para batir la ciudad y el castillo, rompiendo el fuego el día 3. Continuó éste el 4, y aunque los defensores consiguieron cerrar una gran brecha abierta por los proyectiles enemigos, habiéndose desplomado una parte de dicho convento, quedó facilitada la entrada de los sitiadores, acometiendo á un tiempo éstos por dicho lugar y por el Carmen, bien provistos de escalas para el asalto. La defensa llevada á cabo por la guarnición y nacionales fué en extremo bizarra, habiéndose entablado reñido combate en los claustros y escaleras del ruinoso convento, acabando los carlistas por ser completamente expulsados del edificio, y rechazado también el asalto del Carmen. Intimaron, no obstante, la rendición, y al ver que ni siquiera tuvieron á bien los sitiados contestar, se retiraron el 6, sabiendo que el general Oraa corría desde Valencia en auxilio de la denodada villa, que había recibido más de 1.000 balas de cañón y bastantes bombas y granadas.

1874. **Acción de Prats de Llusanés** (GUERRA CARLISTA).—Fué una de las más importantes, por lo sangrienta, que tuvo lugar en la Península durante dicha guerra. La villa de Berga, situada en el corazón de la montaña, llevaba trece meses de continuo bloqueo, hacía ocho que no había ido ninguna fuerza liberal, y más de tres que estaba completamente incomunicada. Su guarnición, compuesta de nueve compañías de *Extremadura* y 20 artilleros, al mando de D. Antonio Figueras, tenía que estar en continua alarma, batiéndose diariamente, experimentando grandes privaciones pues carecía aun de mantas en un país tan frío, y costaba siempre bastante sangre el proporcionarse alguna leña para guisar ó carne para los enfermos. Urgía, pues, socorrer la plaza y relevar la guarnición, ya bastante desanimada y abatida, sobre todo desde la derrota y destrucción de la columna Nouvilas; así es que á poco de encargarse del mando de Cataluña el general Serrano Bedoya ordenó dicha operación á las brigadas Esteban y Ciriot, compuesta cada una de cinco batallones, 80 caballos y cuatro piezas, reuniendo entre ambas 6.000 hombres. El 4 de mayo emprendieron la marcha, Esteban, desde Balsareny por la carretera con el convoy hasta Gironella, flanqueando la derecha con dos batallones, que fueron á pernoctar á Oliván, y Ciriot desde Sallent por el camino de Caserras, donde pernoctó, avanzando dos batallones á Avia. Ocupadas el 5 las alturas inmediatas á Berga, entró el convoy, destruyéronse algunas trincheras y baterías, fué relevada la guarnición y volvieron las brigadas á sus cantones

de la noche anterior, dirigiéndose desde ellos el 6 á Prats de Llusanés, donde sabía Esteban se encontraba el enemigo, con fuerza próximamente igual á la que reunían ambas brigadas, establecido en las fuertes posiciones del Grau de Prats, y mandado por Tristany, Auguet, Galcerán y Vila de Prat.

Las tropas de Esteban pasaron la riera de Marlés por la palanca de



Mayo 6.—Acción de Prats de Llusanés.

Viralta y formaron en columna esperando la llegada de Ciriot, que formó las suyas también en el mismo orden á la derecha de aquéllas. Arengólas brevemente Esteban, añadiendo las terribles palabras de que no había cuartel, y pusieron en movimiento al medio día, dirigiéndose la brigada Esteban á atacar la derecha carlista y la Ciriot el centro y la izquierda, quedando un batallón de *Toledo* y un escuadrón de *Tetudn* para guardar la impedimenta y el hospital de sangre establecido en la casa Vallsorpera. Inició el combate el batallón de *Béjar* (*Llerena*), apoyado por uno de *América*, para desalojar á los carlistas de un bosque, frente á la izquierda liberal, que batió la artillería, y por la derecha del primero el de

Tarifa, mientras la brigada Cirlot subía al Grau, tratando los batallones de *Cataluña* y *Manila*, por la derecha, de dirigirse á Prats de Llusanés, y él en persona se dirigía sobre el centro enemigo con el resto de sus fuerzas, bajo la protección de la batería de montaña, escoltada por cuatro compañías de artillería á pie. La lucha fué encarnizada, peleándose en algunos puntos cuerpo á cuerpo al arma blanca, llegando la saña hasta á fusilar á los que iban á presentarse, considerándolos como enemigos; hubo mutuos avances y retrocesos; un batallón liberal vióse en un momento prisionero y libre, y otro carlista estuvo á punto de ser copado por los liberales, salvándolo una carga á la bayoneta de Vila de Viladrau. En medio de aquella sangrienta brega, que tantas víctimas produjo por estar concentradas en unos pocos kilómetros fuerzas considerables, reunieron los carlistas numerosas tropas sobre su derecha, con ánimo de envolver la izquierda liberal y apoderarse de las piezas; mas Esteban previno á tiempo el peligro mandando á su encuentro el batallón de *Cuba* y tres compañías de *Extremadura*, que contuvieron al enemigo con su extraordinario valor, auxiliados por los demás cuerpos. Entretanto, Cirlot había conseguido, después de dos horas de porfiado combate, en el que se distinguió el batallón de *Extremadura*, cuyo teniente coronel don Antonio Figueroa cayó herido, coronar la sierra del Grau, de la que se retiraron los carlistas temiendo ver envuelta su izquierda por los batallones de *Manila* y *Cataluña*, que habían entrado ya en Prats después de conquistada la ermita de San Sebastián, y viendo que Esteban sostenía aún vivísimo fuego, dirigióse hacia aquella parte con objeto de envolver la izquierda de las últimas posiciones del enemigo. La acción terminó á las cinco de la tarde, más por cansancio y falta de municiones que por vencimiento de uno ú otro contendiente, pues ambos se atribuyeron la victoria, retirándose ordenadamente los carlistas á Alpens y los liberales á Prats con un inmenso convoy de heridos (1). Las bajas fueron muy considerables por una y otra parte, haciéndolas llegar algún historiador á la enorme cifra de 2.000, que parece exagerada, pues en el parte oficial de Esteban se consignan unas 250 de los liberales, atribuyendo cerca de 600 á los carlistas. Sólo se hicieron 10 prisioneros, todos heridos, volviendo á las filas del ejército 115 prisioneros de la columna Nouvilas, que obligados á abrazar la causa de D. Carlos, tuvieron ahora ocasión de fugarse.

(1) El vecindario de dicha villa, esencialmente carlista, se mostró hospitalario y generoso en extremo, poniendo cada vecino á la puerta de su casa aguardiente y agua al paso de las tropas, y suministrando colchones, caldo de gallina y cuanto hizo falta para los heridos, con la mayor abundancia.

Día 7.

1662. Invasión de Portugal.—La campaña de dicho año, en la guerra sostenida por el vecino reino contra España para recobrar su independencia, fué la más favorable á nuestras armas, inaugurándose el 7 de mayo por D. Juan de Austria, quien pasó la frontera con su ejército, cuyos jefes ó cabos principales eran: D. Francisco de Tuttavilla, duque de San Germán, capitán general y gobernador de las armas; Luis Poderico, maestre de campo general; D. Diego Caballero de Illescas, general de la caballería; D. Gaspar de la Cueva Enríquez, hijo del duque de Alburquerque, general de la artillería, y D. Diego Correa, teniente general de la caballería. El tren y aparato con que marchaba D. Juan de Austria para el servicio del ejército era el que sigue: 500 mulas de tiro, cuatro medios cañones de á 25 libras, cuatro cuartos de cañón de á 10 libras, ocho sacres de á seis libras, ocho petardos, tres trabucos, ocho *mansfelds* de á seis libras, 110 carros y galeras, 400 carretas de bueyes y 500 bagajes de arrieros, en los que iban cargadas 4.000 granadas, 600 bombas, faginas embreadas, balerio, cuerda, etc., etc. El veedor general del ejército llevaba además 500 carretas de bueyes con cebada para veinte días, pan fresco y bizcocho para treinta, en cajones de 40 arrobas. Seguía el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curación de los enfermos.

1709. Batalla de Gudíña (GUERRA DE SUCESIÓN).—Un ejército enemigo, formado por 12.000 portugueses y 8.000 ingleses, al mando del marqués de Fronteira, ceñía la importante plaza de Yelves ó Elvas, cuando se presentó en la orilla opuesta del Caya el ejército español del marqués de Bay, inferior en número, pero superior en caballería, la que se había acreditado en las campañas anteriores, infundiendo siempre respeto en la contraria. Confiando el general portugués en su superioridad numérica, echó nueve puentes sobre el río y se presentó delante de los españoles, que se mantenían á la defensiva cerca de Campomayor, formados en orden de combate, con la caballería distribuída en las dos alas y la infantería, que constituía el centro, bastante retrasada. Al ver el enemigo tan extraña formación, pues no se divisaba línea alguna de infantes españoles, extendió bastante su izquierda, mandada por el conde de San Juan, á quien sostenía Galloway en segunda línea con tres regimientos ingleses, con ánimo de acometer por el flanco derecho tratando de evitar la acción de nuestra caballería; pero no hizo este movimiento con la necesaria rapidez, y el ala derecha española, mandada por el marqués de Aytona, cargó con decisión á los jinetes portugueses, que opusieron men-

guada resistencia y arrollaron en su derrota á los ingleses de Galloway. Este hizo vigorosos esfuerzos para contener el desorden; mas se vió arrastrado á pesar suyo y obligado á hacerse fuerte en una alquería con sus tres regimientos, los que tuvieron después que rendirse á discreción, abandonados por su jefe, habiendo quedado prisionero el conde de San Juan. Los portugueses del ala derecha se desbandaron al iniciar una carga la caballería española de la izquierda, que gobernaban el conde de Fienes y D. Baltasar Moscoso, y el centro enemigo, desamparado ya, abandonó precipitadamente el campo de batalla antes de que llegase la infantería española, todavía lejos, y repasó el Caya sin cuidarse tan siquiera de inutilizar los puentes. Los anglo-portugueses perdieron más de 3.000 hombres, los bagajes y toda la artillería, que dejaron abandonada en el campo, siendo insignificantes las pérdidas de los españoles, cuya excelente caballería estuvo á la altura de su renombre, derrotando completamente al ejército enemigo sin el concurso de la infantería.

1810. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—En un reconocimiento que practicó el general Freire sobre el reino de Granada, batió al enemigo en Zújar y se apoderó de Baza. Destacado el valiente capitán de caballería de *Farnesio* D. GASPAR FERNÁNDEZ BOBADILLA, con 70 caballos de su escuadrón, sobre Galera, sorprendió y pasó á cuchillo en dicho punto á 200 lanceros polacos, cogiéndoles 33 prisioneros y 27 caballos; y como el comandante francés, que había perdido el suyo, le echase en cara la ventaja que había tenido para luchar con él y hacerle prisionero, echó al punto pie á tierra el capitán de *Farnesio*, y entablado personal combate con su enemigo, le atravesó de una estocada, dejándole tendido.

1848. **Jornada en las calles de Madrid.**—En la madrugada de dicho día se declaró en abierta rebelión el regimiento infantería de *España* para apoyar un movimiento en sentido progresista contra la dictadura del general Narváez. Cuatro de los sargentos franquearon la entrada en el cuartel á unos 60 paisanos armados, sorprendieron á sus jefes y oficiales, hiriendo al coronel D. Ventura García Loigorri, y dejándolos encerrados á todos en los calabozos, sacaron el regimiento y se dirigieron al cuartel de Aranda, desde el de San Mateo, que era el suyo, en busca del batallón cazadores de *Basa*, contando con su cooperación; mas dicho batallón recibió á tiros á los sublevados, y éstos se retiraron por la calle de Fuencarral, dirigiéndose á la Plaza Mayor, donde se hicieron fuertes.

Tomadas las disposiciones necesarias por las autoridades militares, formáronse varias columnas de ataque, que emprendieron: los generales

Narváez y Pezuela (1), con el regimiento de *Ingenieros* (2), el de *América* y media batería en cabeza, desde Palacio, por las calles Mayor y de Ciudad Rodrigo; el general D. Francisco de Paula Figueras, ministro de la Guerra, con un batallón, por la calle de Postas; el regimiento de *Granada*, por el Arco de Toledo; el de *San Marcial*, por la de Atocha, y el general Fernández de Córdova, con cuatro compañías de *Baza*, por las calles Mayor y de Felipe III. Los sublevados, aunque mal dirigidos, y atacados por fuerzas muy superiores, se defendieron con un valor digno de mejor causa, derramándose mucha sangre; y la lucha se habría sin duda alguna prolongado mucho tiempo á no ser por la feliz inspiración del coronel Lersundi, quien mandó á su corneta de órdenes que tocara *alto el fuego*. Los insurrectos, en su aturdimiento, creyeron se dirigía á ellos la orden y suspendieron el fuego, pudiendo llegar fácilmente ya todas las columnas hasta el centro de la plaza; y como aun resistían unos pocos soldados mezclados con algunos paisanos en los soportales, cubriéndose con los postes, hubo que emplear la artillería para vencerlos, quedando todos prisioneros. Al toque de llamada formó en silencio el regimiento sublevado, excepto un grupo de unos 200 que se retiró por la calle de Toledo en dirección al Rastro, donde, alcanzados por Lersundi, rindieron las armas.

Formado consejo de guerra verbal en el Retiro, fuera de la Puerta de Alcalá, al aire libre, fueron fusilados allí mismo el tambor mayor, viejo veterano cubierto de cruces y galones, un sargento, dos cabos, cinco soldados y cinco paisanos, formando el cuadro piquetes de todos los cuerpos de la guarnición. El regimiento de *España* fué disuelto por Real decreto de 11 de mayo, y depositadas sus banderas en el Museo de Artillería.

Episodios.—I. El coronel Loigorri y los demás jefes y oficiales del regimiento de *España*, que fueron encerrados por los sediciosos en los calabozos del cuartel, pudieron salir á los pocos momentos gracias á unos veinte soldados que permanecieron fieles, marchando inmediatamente con las banderas del regimiento en busca de los sublevados para tratar de volver á encaminarles por la senda del deber y del honor. Habiendo encontrado á aquéllos en la Red de San Luis, siguiéronles por la calle de Jacometrezo y plaza de las Descalzas hasta la misma Plaza Mayor, donde fueron repelidos á balazos, teniendo que desistir de su honroso empeño, por lo cual,

(1) Don Juan de la Pezuela, que se había impuesto al regimiento de la *Princesa*, formado en el Prado, de cuya fuerza se desconfiaba, fué encargado en aquellos momentos del mando del distrito, en reemplazo del general D. José Fulgosio, asesinado por unos paisanos en la Puerta del Sol.

(2) Murió gloriosamente al frente de su compañía el capitán Casellas.

al presentarse al ministro de la Guerra, rojos de vergüenza y de indignación, solicitaron de él formar á la cabeza de las columnas de ataque, volviendo así por su honor mancillado.

II. El capitán D. JOSÉ RUIZ DE ARANA, duque de Baena y ayudante del capitán general D. José Fulgoso, salió por orden de éste del Principal con catorce coraceros en busca del regimiento de *América*, acuartelado en el Hospicio. Al llegar como á la mitad de la calle de la Montera, se encontró con los soldados de *España*, mezclados con multitud de paisanos armados, profiriendo gritos sediciosos, y sin detenerse, cargóles con su escolta, abriéndose paso á viva fuerza. En la calle del Caballero de Gracia, por donde tuvo que retirarse en vista de los numerosos grupos de sublevados que habia en la Red de San Luis, le acometieron varios paisanos, teniendo que defenderse á cuchilladas, y pudo ya llegar á la Dirección de Infantería, presentándose al general D. Fernando Fernández de Córdova, quien le ordenó siguiera al cuartel del Pósito y comunicara al regimiento de *Ingenieros* la orden de dirigirse á la carrera á Palacio, continuando luego al de artillería para que saliese y se le incorporasen las baterías conforme fuesen enganchando. Una vez cumplimentadas dichas órdenes, se dirigió al galope por la calle de Alcalá, con sus coraceros, para reunirse á Fulgoso, á quien vió caer mortalmente herido al llegar á la Puerta del Sol; tomó entonces al galope largo por la calle Mayor, en la que se habían posesionado los insurrectos de algunas casas, desde las que le hicieron nutrido fuego, causándole tres bajas en la escolta é hiriéndole el caballo, y ya, sin más contratiempo, pudo llegar á la plaza de la Armería y dar conocimiento al Gobierno de los tristes sucesos ocurridos, obteniendo después, previo juicio contradictorio, la cruz laureada de San Fernando.

Día 8.

1522. **Batalla de la Bicoca** (GUERRA CON FRANCIA).—Reforzado el ejército de M. de Lautrec, después de la sorpresa de Milán (V. 19 NOVIEMBRE), hasta contar con un efectivo de 28.000 hombres (de ellos 15.000 suizos), trató de recobrar dicha ciudad; pero no atreviéndose á ponerla un sitio en regla, limitóse á bloquearla estrechamente. Nada consiguió con ello después de mucho tiempo; así es que levantó el bloqueo y se dirigió á poner sitio á Pavía, que defendía el español Antonio de Leiva con tropas de su nación, contando ser más afortunado en esta empresa. Abiertas dos brechas por la artillería, dieron los franceses el asalto con gran furia; pero fueron rechazados, no atreviéndose ya á renovar el ataque. Resuelto Colonna á impedir que el enemigo se apoderase de Pavía, salió de Milán con el marqués de Pescara y el grueso de sus tropas, y sentó sus reales en el Parque de aquella ciudad; entonces Lautrec, pensando quizás caer por la retaguardia de los imperiales sobre Milán, emprendió la marcha dirigiéndose aceleradamente hacia Monza; mas el previsor Colonna, sospechando el ardid, se replegó súbitamente sobre el camino de Milán,

apostándose en la excelente posición de la Bicoca, que atrincheró con gran actividad. Comprendió Lautrec que la desventaja estaba de su parte, no obstante su superioridad numérica; pero obligado por los suizos, que le amenazaron con retirarse si no aceptaba la batalla, tomó las disposiciones que creyó necesarias para atacar á los españoles.

Cargó todo el cuerpo de suizos con gran furia sobre el frente del campo imperial, mientras la caballería, dividida en dos cuerpos, atacaba con no menos violencia sus dos flancos; pero fueron rechazados los enemigos en todas partes, á pesar de la tenacidad, poco menos que indomable, de los suizos, siendo preciso, para que se convenciesen de la inutilidad de sus esfuerzos, que los arcabuceros españoles, emboscados en unos trigos de las inmediaciones, causasen terrible estrago en sus filas; los contrarios no pudieron tan siquiera franquear el foso de la trinchera, y perdida una tercera parte de su fuerza, se replegaron en buen orden, retirándose todo el ejército hacia Monza.

Después de esta batalla, tan fácilmente ganada por los imperiales, los franceses, en extremo abatidos, fueron abandonando bien pronto las plazas que ocupaban en el Milanesado, y Colonna tomó por asalto á Génova, en donde fué hecho prisionero el célebre Pedro Navarro, quien, habiendo caído en poder de los franceses en la batalla de Rávena, se desnaturalizó, tomando partido con ellos, disgustado con el Rey Católico por el poco aprecio que hacía de su persona, pues no quiso pagar su rescate. Lautrec abandonó por fin la Italia con escasas fuerzas, no quedando en poder de los franceses mas que la ciudadela de Cremona.

Episodio.—Habiendo enviado el marqués de Pescara al alférez SANTILLANA á reconocer un escuadrón francés, vióse éste de repente separado de los suyos y envuelto de enemigos. Sin pensar en rendirse, se apoyó contra un árbol y se defendió de todos, dejando pronto sin vida á los que le atacaban más de cerca. Cae por fin en tan heroica lucha con nueve heridas; pero no por esto cede, pues resuelto á defenderse hasta morir, sigue combatiendo de rodillas sin soltar aquella temible espada. Por fortuna, cargaron entonces fuerzas españolas por aquel lado y pudieron librar de una muerte segura al valiente oficial que había de ilustrar todavía su vida con otros hechos esclarecidos y conquistar una justa celebridad en su modesto empleo.

1589. Episodio de la guerra de Flandes.—Presidiaba la pequeña plaza de Tirlémont una compañía del tercio de Bobadilla (hoy regimiento de Zamora), al mando del capitán Cristóbal Masco. Habiendo tenido noticia los enemigos de Berg-op-Zoom de que había tan pocos soldados en dicho punto, pues no llegaba su número á 40, diseminados los restantes por la ciudad, enfermos ó heridos, mandaron contra ellos á 400 infantes y algunos caballos, que penetraron fácilmente en la ciu-

dad y acometieron á los españoles. Estos se hicieron fuertes en una casa de la plaza donde tenían el cuerpo de guardia, y allí se defendieron con tal bizarría, que después de hora y media, viendo el jefe de los enemigos que no conseguiría rendir á aquellos valientes, dispuso pegar fuego por varias partes al edificio en que se guarecían. Muerto gloriosamente el capitán **Cristóbal Masco**, el sargento **JUAN DE MORALES** arengó á su gente, siguió defendiéndose hasta el último extremo, pereciendo abrasados algunos españoles, y cuando se vió obligado á ello por las llamas, se lanzó sobre los holandeses con los que habían quedado vivos, entablando descomunal pelea con sus enemigos. Mas bien pronto aquellos héroes se vieron reducidos á seis, con el sargento **MORALES** mal herido y postrado en tierra, y los contrarios, obrando con generosidad y nobleza, respetaron sus vidas honrando su extraordinario valor. Los rebeldes saquearon la ciudad; pero alcanzados por la compañía del capitán **Bartolomé de Torralva**, del tercio de Manrique, cuando se retiraban, fueron combatidos furiosamente y desbaratados por completo, perdiendo gran parte del botín.

Día 9.

1502. **Cuarto y último viaje de Cristóbal Colón.**—En dicho día, Colón, ya de sesenta y seis años, salió de Cádiz con cuatro carabelas, la mayor sólo de 70 toneladas, y 50 la más pequeña, tripuladas por 150 hombres. Ancló el 13 en Arcilla (Marruecos), entonces en poder de los portugueses; tocó el 20 en Canarias, de donde partió el 25 en dirección al Nuevo Mundo, llegando el 15 de junio á las Caribes y el 29 á Santo Domingo, en cuyo punto de la isla, descubierta por él, no fué admitida su escuadra por el gobernador **D. Nicolás de Ovando**, á pesar de la proximidad de un temporal que anunció Colón. Salvado milagrosamente de la tormenta, le llevaron las corrientes desde Puerto Hermoso, en el occidente de Santo Domingo, hacia el sur de Cuba; descubrió el 30 de julio la isla de Guanaja, reconoció la costa de Honduras, dobló el 14 de septiembre el cabo que bautizó con el nombre de *Gracias á Dios*; siguió por la que hoy se llama costa de los Mosquitos hacia Costa Rica y Veragua, y fondeó el 2 de noviembre en Porto-Belo, cuyo nombre conserva todavía en la actualidad. Perseguido constantemente por la desgracia en esta última expedición, corrió espantosos temporales al dirigirse de nuevo á Veragua, donde sufrieron los españoles muchas penalidades y desastres, y no pudiendo ya sostenerse en las dos únicas quebrantadas naves que le quedaban, enderezó el rumbo á la Española á últimos de abril de 1503; mas las tempestades le arrojaron sobre Jamaica, entrando el 23 de junio en Puerto Bueno (hoy Dry-Harbour), y al día siguiente en el puerto que llamó de Santa Gloria, conocido actualmente por la Caleta de Don Cristóbal (Don Christopher's Cove), donde hizo encallar sus buques á tiro de ballesta de la orilla, atándolos juntos el uno al lado del otro, pues ya era de todo

punto imposible navegar con ellos. En situación tan crítica permanecieron aquellos hombres valerosos más de un año, debiendo su salvación á la heroica y portentosa hazaña de Diego Méndez y Bartolomé Fiesco, los cuales se ofrecieron á atravesar en una débil canoa de los indios las cuarenta leguas que separan á Jamaica de la Española, cuya empresa llevaron felizmente á cabo á costa de grandes sufrimientos y peligros. Con los dos buques que envió Méndez partió Colón el 28 de junio de 1504 de Jamaica, y el 13 de agosto entró en el puerto de Santo Domingo, desde donde se dió á la vela para España el 12 de septiembre, y después de un largo viaje, desgraciado como toda la expedición, llegó á Sanlúcar el 7 de noviembre, enfermo y muy abatido por tantas contrariedades.

1823. **Sitio de Valencia** (LEVANTAMIENTO ABSOLUTISTA).—El día 8 de abril volvieron los facciosos á cercar á Valencia, unidas las fuerzas de Capapé (El Royo) á las que mandaba Sampere, engrosadas ambas con el paisanaje de las inmediaciones y con muchos desertores del ejército mismo. Presentáronse los absolutistas frente á los débiles muros de la capital valenciana, provistos de todo género de artillería, con la que comenzaron á lanzar bombas y granadas, que hicieron no pocos estragos en los edificios, y cortaron la acequia que surtía de aguas la ciudad. La escasa tropa y los voluntarios nacionales demostraron mucho arrojo y entusiasmo por la causa liberal, haciendo frecuentes y vigorosas salidas, obrando las autoridades con gran decisión y actividad; mas la escasez de subsistencias hizo sentir pronto en la población la miseria y el hambre, llegándose á notar gran falta de numerario, por lo cual se apeló al recurso de establecer una fábrica para reducir á moneda la plata labrada, con el lema: *Valencia sitiada por los enemigos de la libertad*. Cuando los apuros de los valencianos eran ya muy grandes, pues los sitiadores sostenían muy estrecho el bloqueo, presentóse afortunadamente el segundo cuerpo del ejército constitucional, mandado por el general Ballesteros, y los absolutistas levantaron el cerco el 9 de mayo, retirándose una parte á las montañas del Maestrazgo y apoderándose otra de Alcira hasta las inmediaciones de Játiva.

Los sacrificios de los valencianos fueron completamente estériles, pues Ballesteros, que había emprendido el sitio del castillo de Sagunto, levantó de pronto sus reales el 10 de junio, pasó rápidamente por Valencia, que dejó abandonada, retirándose á la provincia de Murcia, y el 13 entraban las bandas realistas en la capital, donde cometieron durante mucho tiempo los excesos más lamentables.

Día 10.

1371. **Capitulación de Carmona** (GUERRA CIVIL).—Después del asesinato del rey D. Pedro por su hermano bastardo D. Enrique II en 1369, continuó defendiéndose en Carmona, fiel al primero, el valeroso D. Martín López de Córdoba, maestre de Alcántara, decidiendo al fin *el Fratricida* ponerla sitio, lo que llevó á cabo con hueste numerosa. Mas los partidarios de D. Pedro atendían á todas partes con su vigilante cuidado, siendo inútiles todos los esfuerzos de D. Enrique para tomar la ciudad, experimentando bastantes reveses (1); sólo el hambre obligó al cabo á los sitiados á entrar en tratos, y habiendo prometido el *Bastardo* respetar la vida de todos, incluso la del Maestre, permitiéndole retirarse al punto que el mismo eligiese, entregó D. Martín la ciudad el 10 de mayo. El rey faltó, sin embargo, á su palabra, empeñada solemnemente en la capitulación, pues en vez de dar libertad á D. Martín, le puso preso, le hizo llevar á Sevilla, mandó le arrastraran por toda la ciudad y le cortasen después los pies y las manos, siendo al fin quemado su cuerpo en la plaza de San Francisco. La misma desgraciada suerte cupo al fiel Matheos Ferrández, secretario que había sido del infortunado rey D. Pedro, cuyos hijos, que estaban también en Carmona, fueron llevados á Toledo y encerrados en estrecha prisión.

1706. **Sitio de Barcelona** (GUERRA DE SUCESIÓN).—En cuanto Felipe V tuvo noticia de la pérdida de Barcelona (V. 14 OCTUBRE) y del levantamiento general del Principado, donde no quedó fiel á su causa mas que la ciudad de Cervera, dió las órdenes necesarias para intentar su recuperación. Saliendo al efecto de Madrid á últimos de febrero, se dirigió á Alcañiz, donde se habían concentrado las tropas de Aragón, Valencia y Castilla, en número de 18.000 hombres al mando del mariscal de Tessé, al mismo tiempo que el duque de Noailles penetraba en el Ampurdán con 10.000 franceses, y la escuadra del conde de Tolosa, fuerte de 20 buques de alto porte y algunas balandras, cerraba las comunicaciones marítimas de la capital catalana. Esta contaba para su defensa con la *Coronela*, formada de los gremios y compuesta de 4.000 hombres al mando del conceller *en cap* D. Francisco Nicolás de San Juan (2); el regimiento de Real guar-

(1) Una noche, 40 hombres del rey asaltaron valerosamente las murallas; pero con tan mala fortuna, que cayeron todos prisioneros de D. Martín, el cual cometió la inhumanidad de hacer darles muerte.

(2) Dicho magistrado fué alevosamente asesinado en la torre de la Catedral, en el tumulto que se promovió el 22 de abril, al tratar de imponer su autoridad para que cesase el toque de *somatén*.

dia catalana, á las órdenes de su coronel D. Antonio de Paguera y Aymereich, y además D. José Solá y Guardiola con la *Coronela* de Manresa, D. Juan Cortada de Marlés con el somatén de la veguería de la misma ciudad, D. José Mas de Roda con 800 miqueletes, el regimiento alemán del conde Colbars, uno napolitano del coronel Castellón, uno inglés de lord Charlemont y parte de otro irlandés del general Santamar, siendo las tropas extranjeras las únicas veteranas y de confianza, pues las del país carecían de instrucción y disciplina, si bien estaban poseídas de gran entusiasmo, animadas por la presencia del titulado Carlos III, que había resuelto quedarse en Barcelona para compartir con sus defensores el peligro y la gloria del sitio. El gobierno militar de la plaza estaba confiado al conde León de Ullefeld, y era general de la artillería D. José Boneu.

El día 3 de abril llegaron á la vista de Barcelona los dos ejércitos, reuniendo entre ambos cerca de 30.000 soldados, y el 5 se apoderaron de la torre del Llobregat para ponerse en comunicación con la armada, estableciendo la línea de contravalación, que se extendía desde dicho punto por Pedralbes, Sarriá, Gracia, Mas Guinardó, San Andrés de Palomar y playa de Levante, junto al Besós, con puestos fortificados en las numerosas quintas y caseríos de las inmediaciones, cerrando todas las avenidas de la ciudad. Rechazados los sitiadores el 6 en la embestida que dispuso el duque de Noailles contra Monjuich y parte de Santa Madrona, fueron más prudentes en lo sucesivo y no repitieron el ataque á dicho fuerte hasta el 15, después de establecidas numerosas baterías, consiguiendo una columna de 1.500 granaderos posesionarse por la noche de la lengua de Sierpe, á pesar de la desesperada resistencia de los sitiados, desde cuyo punto se empezó á batir en brecha el baluarte de San Felipe con más de 40 piezas, al mismo tiempo que con un violento bombardeo hecho por la artillería de mar y tierra se trataba de imponer á los defensores de la ciudad para evitar acudiesen en socorro del castillo. En la tarde del 21, tres columnas de 2.000 hombres cada una, al mando del marqués de Aytona, se lanzaron sobre la fortaleza, cuya guarnición se componía de catalanes, ingleses y alemanes, y si bien por dos veces consecutivas fueron rechazadas las tropas borbónicas con pérdidas considerables, consiguieron á la tercera arrollar á los enemigos, que se defendieron como leones en medio de la oscuridad más completa, y apoderarse de todas las obras exteriores, dejando á las tropas austriacas en posesión tan sólo de la parte vieja (1).

(1) Cayó muerto en lo más recio de la pelea, atravesado el pecho por cuatro balazos, el bizarro gobernador del fuerte lord Donegal, á cuyo lado perecieron también, combatiendo con el mayor valor, el barón Gladé, sargento mayor del regi-

Formidable tumulto estalló en la ciudad en la mañana del 22, al apereibirse el vecindario de que el ejército sitiador se había hecho dueño de casi todo Monjuich. Lanzadas al vuelo las campanas de la Catedral, Nuestra Señora del Pino y San Jaime, reuniéronse más de 10.000 personas, entre hombres, mujeres y niños, y hasta clérigos y frailes, frente á San Pedro de las Puellas, adonde se había retirado el Archiduque para estar menos expuesto á las bombas; designaron por sus jefes á D. Jaime Puig de Perafita y D. Francisco Puig y Sorribes; obligaron al conceller sexto Pablo Grau y al diputado militar D. José Novell y Nadal á que les siguiesen, tremolando el primero la bandera de Santa Eulalia y el segundo la de San Jorge, y aquella ciega é imprudente muchedumbre, sin orden ni plan alguno, sin atender á razones ni consejos, despreciando las sensatas advertencias del conde de Ullefeld y sin esperar el apoyo de otras fuerzas que debían coadyuvar al ataque, trepó resueltamente por la montañía, no pudiendo contenerla las repetidas descargas de artillería y fusilería de nuestras tropas, y cargó sobre éstas con tan rudo é impetuoso furor, que las desordenaron al principio con el brusco choque de aquella compacta masa de gente, cogiendo tres estandartes; pero rehechos pronto los soldados de Felipe, tomaron la ofensiva, empeñándose un vivísimo y sangriento combate por espacio de cinco horas, que no terminó hasta tanto pudieron cargar gran golpe de fuerzas de los sitiadores y vencer tanta porfía, desalojándola á la bayoneta de las posiciones que primeramente había ocupado, con muerte de más de 600, obligando al fin á aquellos fanáticos á bajar precipitadamente la montañía y á encerrarse de nuevo en Barcelona. Los sitiadores desde entonces siguieron batiendo reciamente el castillo, del que por fin se apoderaron el 25 de abril, cuando, abandonado por su escasa guarnición, no era ya mas que un montón de ruinas.

Con la conquista de Monjuich pudieron ya las tropas borbónicas ceñir completamente la ciudad y abrumarla con el terrible fuego de 80 cañones y 60 morteros, tratando de abrir una espaciosa brecha desde la media luna de la puerta de San Antonio al convento de San Pablo del Campo, ante cuyo peligro comenzaron los sitiados á formar una gran cortadura, trabajando en ella con mucho afán día y noche toda clase de personas. Españoles y franceses se estaban preparando para dar el 7 de mayo el asalto á la plaza; mas habiendo abandonado la escuadra france-

miento de alemanes, el coronel Rhe, un jefe catalán llamado Domingo Parera, casi todos los oficiales de los guardias de la reina de Inglaterra, y otros jefes, siendo heridos, entre otros muchos, D. Antonio Puig y Sorribes, D. Francisco Descatillar, D. Ignacio Picalqués y D. José Moragull. Tuvieron los sitiados sobre 300 muertos y heridos y 400 prisioneros, siendo más considerables las pérdidas de los sitiadores.

sa las aguas de Barcelona en la noche del 6, por estar ya próxima una poderosa armada inglesa y holandesa con fuerzas de desembarco, divulgóse la noticia por el campo de los sitiadores, produciendo gran desaliento, sobre todo al ver coronadas las montañas vecinas por 10.000 catalanes al mando del conde de Cifuentes y de D. Miguel Pinos, que durante todo el sitio no habían dejado de molestar continuamente á sus enemigos, y no se pensó ya en dar el asalto; por el contrario, convirtiéndose los sitiados en agresores, hicieron una vigorosa salida y embistieron con gran brío los trabajos más próximos, á los que prendieron fuego, ocasionando la voladura de un repuesto de municiones que produjo más de 300 muertos y heridos.

Llegó el día 8 la escuadra aliada, que constaba de 35 navíos de línea y muchos buques de transporte, con lo que crecieron la angustia y zozobra de los soldados de Felipe, temerosos de verse sitiados en su mismo campo, y ya no hubo más remedio que emprender la retirada. Esta fue desastrosa. Después de dejar abandonados 1.500 heridos, la artillería, municiones, vituallas, bagajes y un material inmenso (1), se emprendió aquella aceleradamente hacia el Ampurdán y Rosellón, guiando la vanguardia el caballero de Asfeld y la retaguardia el mariscal de Tessé, yendo el rey en el centro; y como todo el país era enemigo, corrió el ejército mucho riesgo de perecer totalmente á manos de los partidarios levantados por todas partes en armas, debiéndose en gran parte su salvación á la serenidad y presencia de ánimo de Felipe V, que nunca como en aquella ocasión mereció el dictado de *Animoso*. Para colmo de desdichas, un eclipse total de sol ocurrido el día 12 aumentó el terror de los soldados, que viendo en aquel fenómeno un pronóstico de desgracias, se entregaron á la más desordenada fuga por montes y valles, siendo muertos muchos de ellos por sus enemigos; sólo á fuerza de gran trabajo consiguieron los jefes reunir sus compañías, completamente dispersas. El ejército llegó por fin á Perpignan, habiendo perdido durante el sitio y en la retirada hasta 8.000 hombres.

1781. Toma de Panzacola (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Llevó á cabo dicha conquista D. Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisia-

(1) Quedaron en poder del enemigo la artillería antes mencionada, con todo su material, 5.000 barriles de pólvora, 500 barriles de bala menuda de plomo, 2.000 bombas, más de 10.000 granadas, 40.000 balas, 8.000 picos, palas y azadones, 16.000 sacos de harina, gran cantidad de trigo, cebada y avena, 10.000 pares de zapatos, hornos de campaña, material sanitario, etc., etc.

na, que ya el 14 de marzo había conseguido rendir la fortaleza de Móbi-la. El 28 de febrero de 1781 se hizo á la vela desde el puerto de la Habana, con cinco navíos de línea y otros 15 buques, conduciendo 1.315 hombres, y llegó pocos días después á la embocadura del puerto de Panzacola. Interceptada la comunicación entre la ciudad y el castillo, atacó en seguida la fortaleza, sufriendo el terrible fuego de artillería de los sitiados, y aunque recibió Gálvez dos heridas, no desistió de su empeño, redoblando los ataques con más brío al presentarse la escuadra de D. José Solano con algunos refuerzos para los sitiadores. Una granada de éstos produjo la voladura de un almacén de pólvora y muchas víctimas, y aprovechando la confusión y el aturdimiento que produjo en los ingleses dicha catástrofe, coronaron los españoles el muro y se establecieron en las obras inmediatas, viéndose el enemigo obligado á capitular. El 10 de mayo entraron nuestras tropas en Panzacola, quedando prisioneros el general Camphell y el almirante Chester, con toda la guarnición, y con la posesión de la capital quedó sometida al dominio de España toda la Florida, recibiendo D. Bernardo Gálvez por dicha conquista el título de *Conde de Gálvez* y el nombramiento de capitán general de la Florida y la Luisiana.

Día 11

1642. **Toma de la Bassée** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de rendir á Lens, se puso el ejército español sobre la Bassée, que estaba bien fortificada, y defendida por 3.000 soldados. Circunvalada la plaza en toda regla, se avanzó contra ella por un dique situado en un terreno muy pantanoso, costando su posesión mucha sangre, pues los sitiados hacían frecuentes salidas, llegando á cortar el dique por tres partes distintas, cuyas cortaduras hubo que ganar con gran resistencia de los defensores, animosos en extremo por saber marchaban en auxilio de la plaza los dos ejércitos franceses de Harcourt y Guiche, los cuales se divisaron ya el 26 de abril desde el campo español; mas los certeros disparos de nuestra artillería contuvieron el avance del enemigo y le impusieron hasta el punto de hacerle desistir del ataque que tenía proyectado para poder introducir socorros en la ciudad sitiada. Los defensores de la plaza no desmayaron por la retirada de los suyos, y continuaron sus salidas; pero nuestros soldados ganaron al fin el camino cubierto, desembocaron en el foso y empezaron á cegararlo, alojándose al pié de un baluarte muy quebrantado ya por la artillería (1). Continuó allí la lucha más porfiada, se minó la mura-

(1) Murió el 7 de mayo D. Juan Belarte, capitán de los artilleros de Dunkerque.

lla y se arrojaron gran número de granadas y bombas de mano, y cuando se estaban preparando ya los sitiadores para dar el asalto, se rindió la plaza el 11 de mayo.

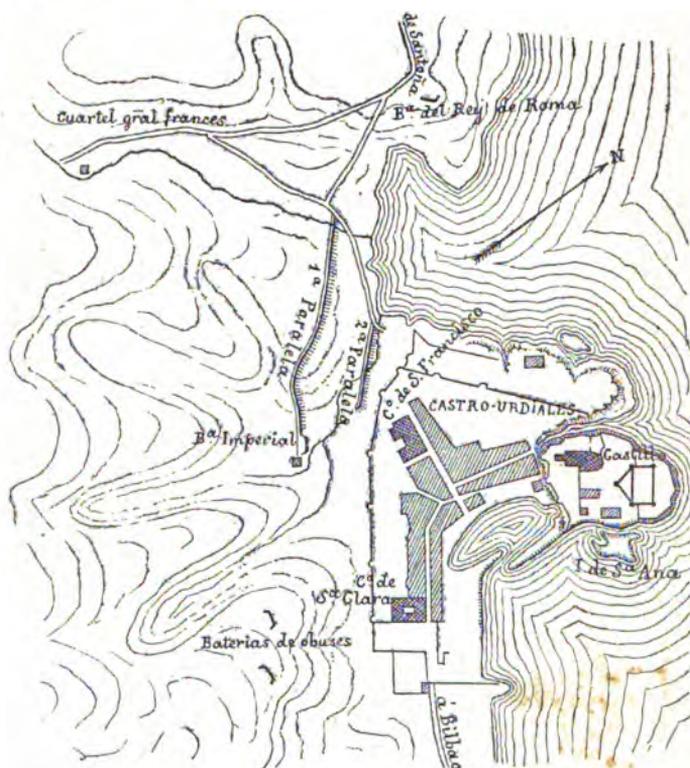
La caballería se distinguió mucho en este sitio, pues al rebatir las numerosas salidas que hizo el enemigo, cargaba con gran resolución y temeridad entre las trincheras y la esplanada de la contraescarpa, despreciando el fuego que se le hacía desde el camino cubierto y muralla, á fin de poder cortar la retirada á las tropas de la salida.

1813. Sitio de Castro-Urdiales (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).— Sirviendo de apoyo la villa de Castro-Urdiales á las partidas españolas que corrían las provincias de Santander y Vizcaya para tener bloqueada constantemente á Santofía, amenazar á Bilbao y llegar en sus excursiones hasta los alrededores de Vitoria y de Burgos, el general Clausel, que mandaba el ejército francés del Norte, decidió apoderarse de dicha plaza, circuida de un antiguo y débil muro torreado, asegurando así al mismo tiempo la costa de cualquier desembarco que tentasen los ingleses por dicha parte. Su guarnición consistía en 1.000 soldados del regimiento de *Iberia*, bajo las órdenes del gobernador D. Pedro Pablo Alvarez.

Ya el 13 de marzo aproximóse á Castro la división italiana de Palombini y Clausel en persona con otro batallón francés y 100 caballos, y viendo la poca importancia de sus fortificaciones, trataron los enemigos de tomarla á viva fuerza, escalando la muralla en la noche del 22 al 23; mas muy vigilantes los nuestros, repelieron gallardamente el ataque con ayuda de algunos buques ingleses que por allí cruzaban, retirándose aquéllos en la noche del 25 al 26. Emprendieron de nuevo el cerco á principios de mayo, habiéndose reunido para ello unos 10.000 hombres que componían las divisiones Palombini y Foy, con su dotación de ingenieros y la artillería necesaria para emprender contra tan débil plaza un sitio en regla. Las salidas de la guarnición retardaron algo los trabajos de los sitiadores; pero construídas varias baterías, no les fué difícil á los franceses (1) aporillar en breve tiempo el muro, frente al convento de San Francisco, en una extensión de diez metros, y destruir parte de dicho edificio, dando el asalto á la plaza, en la noche del 11, una columna de granaderos por la brecha y otras dos de cazadores que habían de escalar la muralla. Dos veces fueron rechazados los acometedores; pero á la tercera, habiendo sido reforzados por otra columna que tenían en reserva, arrollaron á los defensores, que corrieron á refugiarse en el castillo, embarcándose

(1) Perdieron en la batería de brecha al capitán de artillería Cayot.

desde allí á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Se sostuvieron algún tiempo en el fuerte dos compañías para proteger la retirada é inutilizar los cañones y el material, en cuya operación fueron sorprendidas por los franceses, que escalaron también el castillo,



Mayo II.— Sitio de Castro-Urdiales.

pudiendo salvarse muy pocos. El gobernador Alvarez fué de los últimos en abandonar el fuerte. La villa fué saqueada y entregada á las llamas, á pesar de los laudables esfuerzos del general Foy para impedirlo.

1839. **Episodio de la guerra civil.**—En la acción de Arroniz, cuyos campos tantas veces se vieron enrojecidos en aquella lucha fratricida, estaba encargado D. MANUEL DE LA CONCHA, con su división, de atacar el ala izquierda carlista, que se apoyaba en unas elevadas posiciones. Reducidas las fuerzas que mandaba á sólo

diez compañías, por haberle pedido el general León refuerzos considerables para sostener el centro, no hizo observación alguna y siguió avanzando para llevar á cabo la difícil misión que se le había confiado. Mas al observar el general carlista Elío las escasas tropas que dirigía CONCHA, arrojó sobre ellas tres batallones, que se adelantaron impetuosamente, tratando de envolver y cortar á los liberales. Viendo entonces el heroico jefe que era inminente su pérdida si no se apoderaba rápidamente de las fuertes posiciones que á su frente tenía, mandó adelantar las banderas hasta las guerrillas, y colocándose á la cabeza de sus reducidas fuerzas, les dice: *¡Soldados, allí están nuestras banderas!* Estimulados aquéllos por el ejemplo, se lanzan denodados contra el enemigo, arrollan cuanto se opone á su paso, y haciendo prodigios de valor, conquistan las alturas de la izquierda carlista, si bien á costa de 200 bajas. Por este distinguido hecho se concedió á D. MANUEL DE LA CONCHA otra cruz de San Fernando de tercera clase.

Día 12.

- ✓ 1839. **Conquista de los fuertes de Ramales y Guardamino (GUERRA CIVIL).**—Ocupadas el 27 de abril por las tropas liberales las formidables alturas conocidas por peñas del Moro y del Mazo, que defendieron débilmente siete batallones enemigos mandados por D. Simón de la Torre y D. Castor Andéchaga, y batida por ocho piezas de artillería, al mando del capitán D. Gaspar de Osma, una cueva fortificada que impedía el paso, siguió avanzando el ejército de Espartero, compuesto de 30 batallones, por la carretera de la Nestosa en dirección de Ramales. Después de construidas varias obras de defensa para asegurar la posesión de los importantes puntos conquistados contra los esfuerzos que pudiese tentar el general Maroto, que disponía de 24 batallones distribuidos sobre Ramales y Guardamino y valle de Carranza, como también algunas baterías, rompieron éstas el fuego á las seis de la mañana del 8 de mayo contra las dos casas fuertes de Ramales que había que tomar antes de poner sitio al fuerte de Guardamino, distinguiéndose en una de ellas el teniente de artillería D. Felipe Alverico, cuyo sereno valor, observado por Espartero, fué recompensado sobre el mismo campo de batalla con el grado de capitán. Contestaron los enemigos con energía; mas á las dos y media de la tarde, los destrozos causados en ellas obligaron á sus defensores á evacuarlas sin esperar el asalto que se preparaba, dejando encendidos los combustibles para prenderlas fuego. Avanzó entonces confiado el batallón de *Gutas*, hoy *Luchana*; mas al llegar al glacis, ya cerca de la estacada, descendió rápidamente uno de los batallones carlistas, que al mando del comandante D. José Fulgosio estaba oculto en un bosque en la falda de Guardamino, y obligó á aquél á retirarse con bastantes pérdidas (1),

(1) Resultó gravemente herido el capitán graduado teniente de dicho cuerpo

siendo á su vez contenido y derrotado por el comandante D. Domingo Dulce con 50 caballos de la escolta de Espartero, que dieron una brillante carga, apoyada por la compañía de *Gulas* que mandaba D. Joaquín de la Gándara, el cual recibió dos graves heridas.

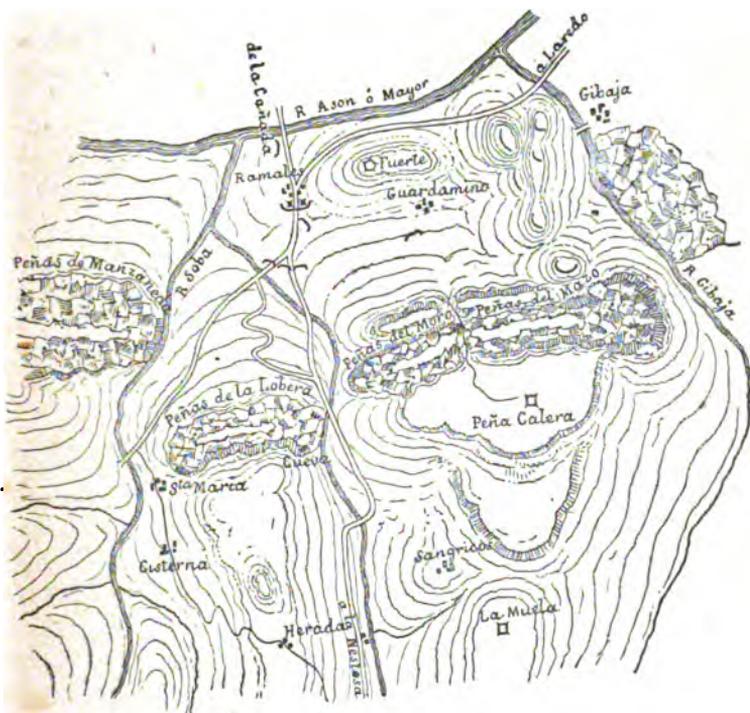
Posesionadas las tropas de Espartero de Ramales, dedicáronse las baterías avanzadas á cañonear durante los días 9 y 10 el fuerte de Guardamino y las posiciones que los protegían, puestas en estado de defensa, y guarnecidas por fuerzas numerosas, mientras se fortificaban los liberales en sus nuevas estancias; mas el fuego de artillería fué de escaso efecto, por no descubrirse más que la cresta de los parapetos y trincheras, que diestramente enlazados enfilaban los costados, frente y espalda de la entrada por donde era forzoso dar el ataque á dichas posiciones, las cuales se elevaban gradualmente desde la altura de Guardamino é impedían el establecimiento de las baterías de brecha contra el fuerte. Preciso fué por lo tanto acometer á pecho descubierto obras tan formidables, lo que se llevó á cabo por nuestras tropas con extraordinario valor en la mañana del 11. Trabóse porfiada y sangrienta lucha, consiguiendo los liberales desalojar á los carlistas de las primeras posiciones; mas aprovechando el enemigo un momento de indecisión de sus contrarios, producido por tantos obstáculos, casi insuperables, y por el terrible fuego que recibían de todas partes, cargaron resueltamente y obligaron á las tropas atacantes á replegarse con algún desorden. Viendo esto el conde de Luchana, púsose al frente de su escolta y salió con las tropas más próximas á contener el empuje de los carlistas, recibiendo de los primeros una mortal herida, de la que falleció pocos días después, el valeroso comandante de aquella coronel **D. José Urbina**, siendo también gravemente herido el comandante D. Domingo Dulce y muerto gloriosamente al frente del segundo batallón de su regimiento el bravo coronel del *Rey* **D. Sebastián Mora** con otros dignos jefes y oficiales y muchos individuos de tropa, particularmente de granaderos y coraceros (1). Entonces cedieron los no menos heroicos enemigos y retrocedieron hasta las últimas líneas de parapetos, que abandonaron también al fin, retirándose por el puente de Gibaja. La brillante división de la *Guardia Real* continuó en las alturas de Peña Calera y de la Muela, en observación de las tropas enemigas que al mando de Maroto se hallaban situadas en el valle de Carranza.

Desde entonces quedó ya definitivamente circunvalado el fuerte, cu-

D. Florencio de Becerril, que fué recompensado por su valor con la cruz de San Fernando.

(1) El intrépido comandante general de Ingenieros D. José Cortínez de Espinosa fué herido al reconocer por sí mismo el foso, á pecho descubierto.

yo gobernador, D. Nicolás de Susunaga, rechazó la intimación de rendirse, por lo cual ordenó Espartero se construyesen por la noche las baterías necesarias en el terreno conquistado, de cuya operación se encargó el capitán de ingenieros D. Ignacio del Castillo, al mismo tiempo que los zapadores abrían la bajada al foso desde el pie del glacis (1); mas hubo que desistir de estos trabajos por haber tropezado con terreno de roca,



Mayo 12.— Conquista de los fuertes de Ramales y Guardamino.

y cuando se trataba de apelar á otros medios, el general Maroto propuso antes de amanecer del 12 rendir el fuerte si quedaban sus defensores en libertad, á cambio de concederla á igual número de prisioneros liberales, á lo que se apresuró á acceder el conde de Luchana. En su consecuencia, evacuaron los carlistas el fuerte de Guardamino en la mañana del 13, entregando la artillería, municiones, armas, víveres y pertrechos.

Asistieron á estos combates, de los actuales cuerpos del ejército, ade-

(1) Fué herido también el teniente de artillería D. Domingo Verdugo, ayudante del comandante general del arma D. Joaquín Ponte.

más de los nombrados, los regimientos de *Extremadura, Mallorca, Borbón, Murcia é Infante*.

En premio de tan brillantes operaciones, recibió el general Espartero por Real decreto de 1.º de junio el título de *Duque de la Victoria* con grandeza de España de primera clase.

Episodios.—I. El coronel BÁRCENA, viendo que después de muerto el abanderado tuvieron igual suerte otros dos oficiales más que le sucedieron en el honroso cargo de llevar la bandera, á la cabeza de la columna, para animar á los soldados, cogió por sí mismo tan gloriosa enseña, y marchando con admirable serenidad y valor contra el enemigo, la clavó sobre el parapeto, llenando de entusiasmo á los suyos, que asaltaron y tomaron la trinchera haciendo huir á los que la defendían.

II. El bravo teniente D. JUAN JURADO, á quien un soldado carlista intimaba la rendición apuntándole al pecho con su fusil, se arrojó sobre su enemigo el cual le disparó el arma á muy corta distancia, atravesando á un tiempo el cuello del caballo y el brazo izquierdo del jinete por dos partes, en la posición natural de manejar la brida; mas esto no impidió que, arremetiendo contra él Jurado, á pesar de su herida, le tendiese muerto.

Día 13.

1494. **Sangrienta matanza de Acentejo (CONQUISTA DE TENERIFE).**—Fortificado el campo de Añaza, Alonso Fernández de Lugo dejó en él la guarnición puramente indispensable para sostener la fortaleza, y se dirigió con unos 700 españoles á la pintoresca y deliciosa vega de Agüere, donde recibió el refuerzo de 400 güimareses aliados. Era su intento penetrar por la parte occidental de la isla hasta el distrito de Taoro, á fin de atacar á Bencomo, el más temible de los Menceyes enemigos, antes de que pudiesen reunirse todos los guanches confederados; mas aquél había previsto ya el caso, y con el aviso que tuvo del movimiento de los españoles, pudo dictar acertadas disposiciones. Con arreglo al plan concebido, su hermano Tinguairo, uno de los guerreros más famosos de la isla, recibió orden de marchar con 300 guanches escogidos por lo alto del monte y apostarse en emboscada en la quebrada ó barranco de Acentejo, dispuesto á atacar á los españoles cuando se retirasen, obligados á ello por Bencomo, que se situaría en la Orotava con el grueso de sus fuerzas, debiendo también presentarse oportunamente en el camino de los Rodeos el Mencey de Tacoronte y abandonar intencionadamente numerosos rebaños, que recogidos, como era de suponer, por los invasores, habían de embarazar su retirada.

Receloso Alonso de Lugo al encontrar la comarca absolutamente de-

sierta y al ver que los naturales no se le oponían en sitios tan á propósito para una sorpresa como eran los Rodeos y el barranco de Acentejo, comprendió no debía haberse aventurado en el corazón del país enemigo sin tomar las necesarias precauciones, por lo cual, al dar vista al valle de Arautápala decidió retroceder sin demora por si había aún tiempo de evitar el peligro, llevando consigo los rebaños encontrados en su marcha. Mas apenas se internó en el barranco de Acentejo, que tan fatal tenía que ser á los españoles, Tinguairo y sus guerreros lanzaron sobre aquéllos una lluvia de piedras y dardos que causaron horrible destrozo en el ejército, empeñado en aquella estrecha cañada, sobre un suelo escabroso, sin poder defenderse en absoluto, siendo inútiles los caballos, pues por el contrario, espantados éstos, aumentaban el desorden y la confusión general, que llegó á su colmo al ver era casi imposible hasta la huida. En vano Lugo trata de alentar á sus soldados dándoles ejemplo y diciéndoles: *¡Amigos! aquí del valor castellano. Ninguno desfallezca ni tema hacer cara á un corto número de enemigos desarmados que nacieron para servirnos. Defendámonos, y con el favor de Dios adquiriremos una victoria digna de nosotros.* Mas estas exhortaciones nada pueden contra el terror general, y allí van pereciendo aplastados por troncos de árboles y enormes trozos de roca despeñados desde los bordes del barranco, ó heridos por agudos dardos y banotes de tea que traspasaban las adargas más duras. Dos horas llevaban ya en aquel conflicto espantoso, detenidos por tan corto número de enemigos, cuando se presentó Bencomo con 3.000 guerreros para terminar la obra de destrucción iniciada por Tinguairo, y ya no pelean los guanches á distancia como antes, sino que se lanzan decididos al barranco, donde es horrible la carnicería, salvándose de ella milagrosamente Alonso de Lugo, después de pelear con heroico valor (EPISODIO I). Escasamente 200, entre españoles y canarios, todos heridos, consiguieron llegar al campo de Añaza y refugiarse en el cuartel de Santa Cruz (EPISODIO II), donde fueron auxiliados por su fiel aliado Añaterve, quien ni aun en la desgracia abandonó á sus amigos los españoles, que por esta razón le llamaban *el Bueno* (1).

Los españoles llamaron en lo sucesivo á esta derrota la *matanza de Acentejo*, tomando después el nombre de *Matanza* el pueblo situado cerca del famoso barranco, conocido también por los habitantes de Tenerife con el nombre de *barranco de la Matanza*.

(1) Envió á los españoles víveres frescos en abundancia y hierbas medicinales para curar sus heridas, haciendo condujesen dichas provisiones 300 güimareses, encargados además de dar el pésame al general por la mala suerte de sus armas y asegurarle el cumplimiento de los tratados.

El 1.º de junio siguiente, 400 anagueses mandados por el valiente Jaineto atacaron la torre, donde los miserables restos del ejército castellano se defendieron con desesperado valor, rechazando al fin á sus enemigos, que se retiraron cuando contaban ya con 160 hombres fuera de combate, habiendo muerto su jefe en el asalto. Los españoles consideraron entonces que no les era posible ya sostenerse en la isla, y decidieron reembarcarse, como lo efectuaron el 8 de junio. Apenas habían abandonado el campo, acudieron á él los anagueses y demolieron la torre, sobre cuyas ruinas había de elevarse más tarde el castillo de San Cristóbal.

Episodios.—I. Estaba ya ALONSO DE LUGO próximo á sucumbir al número, pues los victoriosos isleños le cercaban por todas partes, habiéndole conocido por el manto rojo que vestía. Mas apercibióse de ello el heroico **Pedro Mayor**, y aprovechando un instante favorable, le arrebató el manto sin ser visto de los enemigos, y se cubre con él para llamar sobre sí la atención de los contrarios y poder de este modo salvar á su general. Acto tan sublime y generoso le costó la vida, no sin haber tendido primero á sus pies á cuatro de los que le acometían. Transportado Lugo de furor á la vista del sacrificio de su amigo, arrojase sobre Bencomo, á quien hiere de una estocada en el pecho; mas uno de los jefes de la guardia del Mencey derriba al general de una pedrada, y próximo D. Alonso segunda vez á caer prisionero, pudo felizmente ser socorrido por 30 güimareses, que le vuelven á montar á caballo, y separándolo del campo de batalla por senderos sólo de ellos conocidos para evitar el llano de los Rodeos, donde les esperaban nuevos enemigos, ganaron las montañas de la Esperanza, pudiendo llegar sin otro contratiempo al campo de Añaza.

II. Un destacamento de 30 hombres, perseguido por 500 guanches, se refugió en una gruta escarpada, defendiéndose allí hasta el día siguiente con el valor extraordinario que infunde la desesperación; mas el generoso Bencomo, magnánimo después de la victoria, tuvo compasión de aquellos desgraciados y aceptó su capitulación permitiendo se retirasen al campo español. El capitán Juan Benítez, que había quedado entre los muertos y tenido por tal, se incorporó en su marcha á los capitulados, y aunque su astucia fué descubierta, no lo tomó á mal Bencomo.

Otro grupo de unos 90 güimareses y cuatro portugueses llegó huyendo hasta la ribera de Tacoronte, pudiendo ganar á nado una roca aislada que les sirvió de asilo hasta que Alonso de Lugo les envió una carabela para que se incorporasen á su campo.

1682. **Creación del regimiento de Mallorca, núm. 13.** — Organizóse en Jaén por Real decreto de esta fecha, con el nombre de *Tercio nuevo de la Armada del mar Océano*, siendo su primer maestre de campo D. Pedro Fernández Navarrete. Por la ordenanza de 28 de febrero de 1707 se llamó *regimiento de la Armada*, hasta el 10 de febrero de 1718 en que tomó el nombre actual de *Mallorca*. Disuelto en 1823 con todo el ejército constitucional, volvió á organizarse en Zaragoza en 1.º

de junio de 1828. Tenía el sobrenombre de *Invencible* que ganó con su extraordinario valor el 10 de agosto de 1746 (V.) en la guerra de Italia, al pasar el río Tedone.

1848. **Insurrección militar de Sevilla.**—Coincidiendo con el levantamiento del regimiento de *España* en Madrid el 7 de mayo, y con iguales móviles, sublevóse en Sevilla el regimiento de *Guadalajara*, que salió de su cuartel á las órdenes del comandante del segundo batallón D. José Portal y ayudante D. Antonio Ruiz, dirigiéndose fuera del recinto, con bandera desplegada, al cuartel de la Carne, para proteger el alzamiento del regimiento de caballería del *Infante*, también comprometido, que salió mandado por el teniente D. Domingo Moriones después de desarmar y encerrar en el calabozo al coronel y demás oficiales que no estaban iniciados en el plan, á medida que iban llegando al cuartel, resultando infructuosas las exhortaciones que para reducir á los sublevados á la obediencia les dirigieron el capitán general Schelly, el coronel de *Guadalajara* D. Vicente López, comandante del primer batallón don Francisco Canaleta, capitán D. Justo Tablares, teniente Pérez Canales y subteniente Beldragén y Peña, los cuales se vieron obligados á retirarse, rechazados á balazos. Por detrás de la fábrica de tabacos y paseo de Cristina, dirigiéronse los insurrectos á la puerta de Triana, por donde penetraron á las doce de la noche, divididos los infantes en dos columnas, mientras quedaba la caballería en posición en dicho punto. Una de ellas avanzó hasta las gradas de la Catedral, con el intento de apoderarse del Alcázar (1); mas cubiertas todas las avenidas con artillería y reforzada la guardia de Palacio por un batallón de *León*, fueron recibidos los insurrectos con un nutrido fuego y obligados á abrirse paso á la bayoneta, cogiendo en su movimiento retrógrado dos piezas de montaña de la batería que había sido destacada al ángulo de la Catedral que mira á la calle de Génova, haciendo prisioneros á los artilleros que las servían, en número de veinticuatro. El otro grupo de sediciosos se adelantó hasta la plaza de San Francisco por la calle de la Sierpe, con intención de apoderarse del Principal; pero reforzada también la guarnición en este punto, fueron repelidos por las tropas parapetadas en las Casas Consistoriales y la Audiencia, teniendo que desistir de su audaz tentativa. Entonces volvieron á reunirse unos y otros, con la caballería, en el puente de

(1) A su tránsito por el Arquillo de la Seda, divisaron los rebeldes un grupo de oficiales, al que hicieron una descarga, resultando muertos el coronel de artillería **D. José Aguilar**, el teniente coronel del mismo cuerpo **D. José de Rivas**, director y subdirector, respectivamente, de la Fundición de bronce, y otro oficial.

Triana, desde donde se dirigieron al condado de Niebla, internándose después en Portugal perseguidos por las tropas leales.

Día 14.

1503. **Solemne entrada de Gonzalo de Córdoba en Nápoles** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Después de las victorias de Seminara y Ceriñola (v. 21 y 28 ABRIL), no quedaban en el reino de Nápoles más fuerzas francesas que los restos de las tropas derrotadas que pudieron refugiarse en Gaeta y en los dos castillos Nuovo y del Ovo, inmediatos á la capital. Avanzaron, pues, los españoles sobre ésta sin dificultad alguna, sometién dose de buen grado todas las poblaciones del tránsito, y desde Benevento mandó Gonzalo de Córdoba una comisión á dicha ciudad, invitando á que fuese reconocido D. Fernando *el Católico* como rey de Nápoles, á cuyo mensaje salió una diputación de la nobleza que se avistó con Gonzalo de Córdoba en Acerra, donde le entregó las llaves de la capital, reconociendo la autoridad del monarca español. La entrada del célebre caudillo verificóse el 14 con aparato verdaderamente regio, jurando la ciudad obediencia á España el 16, y Gonzalo prometió en nombre del Rey conservar sus leyes y privilegios.

Dispuso después Gonzalo de Córdoba marchase el grueso del ejército á sitiar á Gaeta, quedándose él con algunas fuerzas para expugnar los dos castillos de Nápoles y asegurar de este modo la posesión de la capital, cuya empresa se llevó felizmente á cabo (v. 21 MAYO y 11 JUNIO); no así la conquista de Gaeta, que habiéndose defendido con energía, rechazó dos asaltos y dió tiempo á que fuese socorrida con 4.000 hombres por el marqués de Saluces, lo que obligó al caudillo español á replegarse sobre la Mola de Gaeta, convirtiendo el sitio en bloqueo. Dicha plaza no cayó en poder de nuestras tropas hasta después de la célebre campaña del Garellano (v. 1.º ENERO).

1589. **Gloriosa defensa de la Coruña.**—Al amanecer del 4 de mayo de dicho año, las fogatas encendidas en el monte y cabo Prioiro anunciaron á los habitantes de la Coruña la aproximación de una armada considerable, que reconocida por algunas galeras, resultó ser enemiga. Era, efectivamente, una numerosa flota inglesa enviada á las costas de la Península por la reina Isabel para vengar el intento de la *Armada Invencible* en el año anterior y ayudar al infante D. Antonio, prior de Crato, en sus pretensiones á la corona del reino lusitano, que pensaba conquistar en pocas semanas. Venía de almirante de la armada, compuesta

de 120 bajeles, el célebre Drake, y de general de las tropas de desembarco, que compondrían unos 15.000 hombres, Enrique Norris.

Mandaba en la Coruña como gobernador D. Juan Pacheco, marqués de Cerralbo, quien disponía para la defensa de 750 hombres repartidos en siete compañías desembarcadas de tres galeones, dos galeras y una urca que arribaron al puerto á su vuelta de la malhadada expedición á Inglaterra, y otras cuatro compañías compuestas de gente de la ciudad y de los lugares inmediatos (1). Las fortificaciones, débiles y defectuosas, consistían simplemente en un recinto ó muralla por la parte de tierra, de poca elevación y malos materiales; el fuerte de San Antón, no concluído todavía, pero que bien artillado, y guarnecido por las compañías de D. Jerónimo de Monroy y D. Francisco de Meyrans, tuvo siempre á raya á la escuadra enemiga, no permitiéndola acercarse á la playa á mucha distancia, y algunos otros pequeños fuertes antiguos: uno que daba sobre la playa, otro junto al convento de San Francisco, que se desartilló por su mal estado, y finalmente el de Malvecín (después batería de salvas), en el muro de la puerta de la Torre. Las pocas fuerzas navales con que se contaba se situaron extendiéndose en forma de arco hasta el barrio de Santa Lucía, cubriendo el arrabal de la Pescadería y la ciudad.

Las naves enemigas se arrimaron á la playa de Santa María de Oza, y á la una de la tarde del mismo día 4 empezaron á echar gente á tierra con catorce lanchas, cubriendo en seguida las fuerzas desembarcadas los caminos de Betanzos y Santiago y demás avenidas de la ciudad, sin que pudiesen contenerlas 150 arcabuceros que, mandados por el capitán Alvaro Troncoso y sargento mayor Luis de León, salieron al alto de Santa Lucía y puente del Gaytero; así es que la plaza fué completamente circunvalada por la noche (EPISODIO I). Desembarcada alguna artillería, hizo tan nutrido fuego sobre los galeones *San Juan y San Bartolomé* y demás barcos inmediatos al fuerte del Malvecín, que fué forzoso incendiar los dos primeros, recogiéndose la gente al fuerte; los demás abandonaron el frente de la Pescadería y se retiraron hacia San Francisco, de donde marcharon al Ferrol y luego á Betanzos. Con esto quedó la plaza muy expuesta por la parte de la Pescadería, en cuya playa desembarcaron efectivamente los ingleses á la media noche del 5, á espaldas de la parroquia de San Jorge (2), y aunque acudió el marqués de Cerralbo no pudo resistir el em-

(1) A cargo de los capitanes D. Antonio de Herrera, D. Gómez de Carvajal, D. Pedro Manrique, D. Alvaro Troncoso, D. Juan de Luna, D. Juan de Monsalve, D. Pedro Ponce, Vasco Fernández, Francisco de Meyrans, Lorenzo Monstoto y don Antonio de Loreda.

(2) Cuyo local ocupa hoy el teatro nuevo.

puje de los contrarios, teniendo que retirarse y meterse en la ciudad por la puerta Real, hasta la que llegaron algunos soldados ingleses que pagaron su atrevimiento con la vida; de este modo pudieron los enemigos revolver sobre la muralla de la Pescadería y coger por la espalda á los defensores, con lo que apretaron los de afuera, los cuales, arimados al muro esperando el momento oportuno, dieron la escalada por el Caramanchón subiendo á lo alto. Entonces cesó toda resistencia y trataron los nuestros de retirarse por el Orzán á la ciudad; mas el desorden fué tan espantoso con la gritería de unos y de otros y la oscuridad de la noche, que quedaron cortados no pocos, resultando unas 500 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados.

Se contó entre los muertos al capitán **D. Juan Monsalve**, á quien mataron los enemigos á picazos, y entre los prisioneros el capitán D. Juan de Luna y los alféreces de dichos capitanes, que hicieron primero pedazos sus banderas, sin que ninguna de ellas cayese en manos de los ingleses. Nueve hombres que se refugiaron en el castillo viejo (torre de Hércules) fueron rindiéndose á medida que les apretaba el hambre, habiéndose sostenido el último nueve días en situación tan angustiosa.

Afortunadamente, entregados los sitiadores al saqueo del arrabal de la Pescadería, donde había copiosos almacenes de vinos y licores, no hicieron ánimo de penetrar en la ciudad, lo que habrían conseguido indudablemente en aquellos críticos momentos de confusión, y se contentaron con establecerse en dicho barrio todas las fuerzas que habían desembarcado, que eran en número de diez ó doce mil hombres. Entrado el día 6, comenzaron á levantar trincheras con pipas para llegar á cubierto hasta el convento de Santo Domingo, de que se apoderaron aquel mismo día. No queriendo los sitiados dar oídos á las proposiciones de rendirse (EPISODIO II), comenzaron á batir el día 11 por la mañana la muralla con la artillería establecida en Santo Tomás, dirigiendo sus disparos contra la puerta de Aires (1), y por la tarde reunieron algunas banderas en la calle de San Andrés, dirigiéndose á la puerta Real por la punta que llaman del Mercado, con intento de escalar la ciudad; pero tuvieron que retirarse ante el nutrido fuego de artillería, mosquetería y arcabucería que les hicieron desde la muralla.

Por fin el domingo, día 14, á las seis de la tarde, abierta una brecha bastante accesible, y medio derruido por la mina uno de los cubos ó torreones que la flanqueaban, volaron los enemigos otro hornillo para completar la destrucción de aquél, precipitándose en el momento de la ex-

(1) Una de las balas quebró el escudo de armas reales que había encima de ella.

plosión al asalto, desde el convento de Santo Domingo, divididos en dos trozos, de los cuales, el que se dirigió contra el torreón fué fácilmente rechazado por el capitán Troncoso; no así el que atacó la brecha, pues subiendo por ella hasta lo alto del muro, llegaron á pelear sitiados y sitiadores con las picas, mano á mano, pugnando los ingleses más de dos horas para arrollar á los nuestros y penetrar en la plaza; mas cuando iban á ceder ya los defensores, fatigados y rendidos de tan prolongada lucha, el señalado hecho de valor de la heroína conocida vulgarmente por **MARÍA PITA** (EPISODIO III), una de las mujeres que durante todo el tiempo no dejaron de proveer á los soldados de piedras tomadas de los escombros de la muralla, y aun tirarlas ellas mismas (1), hizo que los contrarios empezasen también á flaquear, acabando por ser rechazados. No fué más afortunado el enemigo en su intento contra el castillo de San Antón, al que se dirigieron desde la Pescadería cuarenta lanchas bien tripuladas; pero en vela los defensores, le obligaron á retirarse con pérdidas. Las de los sitiados fueron en esta ocasión unas 150, habiéndose distinguido principalmente en este día, tan glorioso para la Coruña, los capitanes D. Pedro Ponce, D. Diego de Bazán y el alférez D. Antonio de Herrera.

Después de tan desesperada tentativa para tomar la plaza, no mostró ya el enemigo mucha porfía, y desistiendo del ataque por la puerta de los Aires, trató de probar fortuna por la parte inmediata al convento de San Francisco, entonces extramuros; mas penetrando su intención el marqués de Cerralbo, mandó poner fuego á dicho convento é iglesia, bastando esto para hacerle desistir también de sus nuevos propósitos. Completamente desalentados los ingleses, que habían experimentado ya 1.500 bajas, y temerosos también de que acudiesen tropas en auxilio de la plaza, se reembarcaron el 18, poniendo antes fuego al convento de Santo Domingo, al barrio y parroquia de Santo Tomás y arrabal de la Pescadería, destruyendo todo cuanto en él había, y en la madrugada del 19 se hicieron á la vela con viento tan favorable, que á las seis se les había perdido enteramente de vista.

Episodios.—I. Habiendo quedado fuera de la línea de los sitiadores, al dirigirse á la Coruña, las compañías de los capitanes D. Juan de Monsalve y D. Pedro Ponce (unos cien hombres), que estaban en Betanzos, pensaban ya en retroceder, cuando encontrando casualmente á Juan de Varela, soldado antiguo de Flandes que vivía en una granja, ofrecióse éste á introducirles en la plaza. Dando varios rodeos, procuraron esquivar el encuentro del enemigo; mas habiendo topado con un número

(1) Se dedicaban también á cargar los arcabuces y mosquetes, por detrás de los soldados, para que éstos no cesasen de disparar.

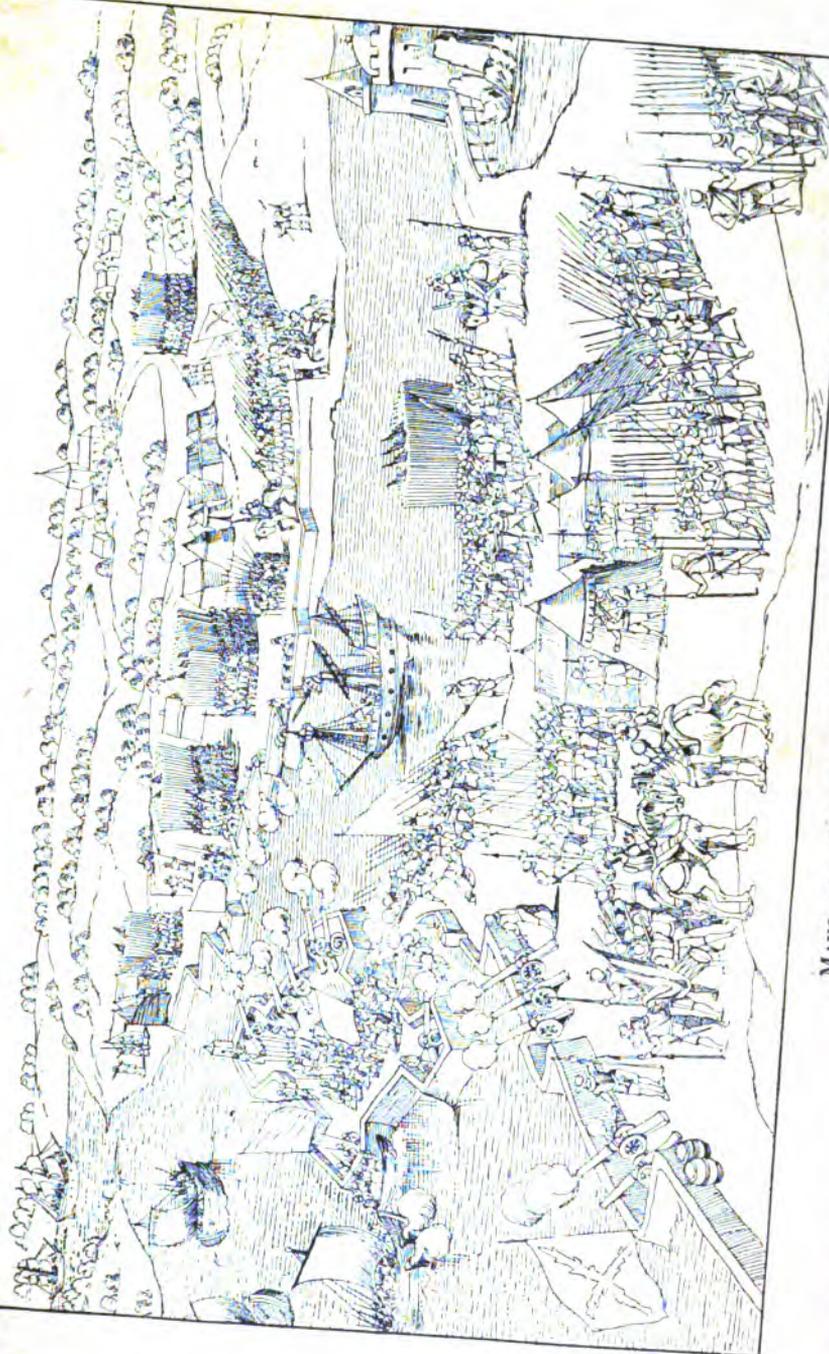
considerable de ellos, arremetieron sin vacilar, matando á algunos y cogiendo á otros prisioneros. Apercibidos ya los ingleses, quisieron oponerse á los nuestros, que se vieron en el mayor apuro, teniendo que deshacerse de los cautivos quitándoles la vida; y haciendo los mayores esfuerzos, consiguieron abrirse paso y entrar en la plaza, donde fué muy celebrado el hecho.

II. Estando el sargento mayor Luis de León platicando desde la muralla con el parlamentario, disparó su arma sobre éste un arcabucero de la plaza, haciendo al mismo tiempo otro disparo contra los nuestros uno de los enemigos. Enojado Cerralbo, ofreció entregar el arcabucero á los ingleses á cambio de aquél, para que se hiciese en ambos un castigo ejemplar; mas habiendo perdonado el enemigo al soldado de la plaza, hizo lo mismo el marqués, quien no fué ya tan benigno en otra ocasión, pues habiéndose repetido el hecho, mandó ahorcar sin consideración alguna al agresor, colgándole de la muralla con un cartelón en el pecho que declaraba su delito. Los contrarios aplaudieron aquel noble acto de justicia.

III. Dicha mujer, cuyo verdadero nombre era MAYOR FERNÁNDEZ DE LA CÁMARA Y PITA, se distinguió de todas las demás por su intrepidez, deseosa de vengar á su marido Gregorio Rocamunde, muerto pocos días antes en la muralla por los ingleses. En esta ocasión, viendo que los asaltantes iban á penetrar por la brecha, guiados por un alférez, que con una bandera en la mano animaba á los suyos con la voz y el ejemplo, lanzóse rápida sobre él, derribóle muerto á sus pies y arrebatándole la bandera la tremoló triunfalmente, con lo cual, reanimados los defensores, cobraron nuevos alientos, rechazando definitivamente al enemigo. Felipe II recompensó á gallega tan animosa con el nombramiento y empleo de alférez, que disfrutó toda su vida.

1590. **Ataque del fuerte de Noordam** (GUERRA DE FLANDES).—El fuerte de Noordam ó Sevenbergen dominaba la desembocadura del Merke y los brazos de mar inmediatos. Con el objeto de cerrar las comunicaciones á Breda, perdida por sorpresa el 25 de febrero, pensó el conde Carlos de Mansfeld conquistar dicho fuerte el 14 de mayo de 1590, lo cual habría sido empresa fácil á no haber sobrevenido grandes temporales é inundaciones que retrasaron la operación, con lo cual pudieron acudir á Noordam muchas tropas enemigas, y los españoles se vieron obligados á retirarse, pudiendo salvar á duras penas la artillería.

1674 **Pérdida de Bésançon** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la conquista de Maestrich, dirigieron los franceses sus miras sobre el Franco Condado, que invadió el príncipe de Condé, poniendo sitio á Bésançon el 2 de mayo, con el famoso ingeniero Vauban. La plaza, defendida por 3.000 españoles, fué atacada furiosamente por el enemigo, resistiéndose la guarnición cuanto humanamente le fué posible; mas al fin tuvo el gobernador que capitular, quedando aquélla prisionera de guerra. Sin em-



MAYO 14.—ATAQUE DEL FUERTE DE N...

bargo, no resignándose los soldados españoles á entregar de buen grado las armas con que efectuaron su salida de la plaza, y á quedar prisioneros de aquellos á quienes tantas veces habían derrotado, se arrojaron con el mayor coraje sobre las tropas enemigas, peleando con ellas hasta que sucumbieron todos gloriosamente.

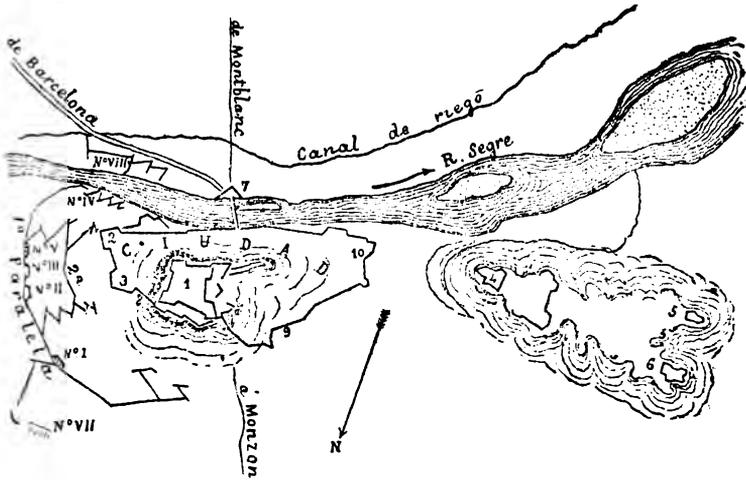
Apoderados los franceses de la ciudad, emprendieron el ataque de la ciudadela, que defendía el príncipe de Vaudemont, resistiéndose éste hasta que, abierta brecha y rechazado el asalto, le fué concedida una capitulación honrosa, desfilando la guarnición por delante de Luis XIV con todos los honores de la guerra.

1810. Defensa de Lérida (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El general Suchet, después de su malograda expedición á Valencia (v. 26 FEBRERO) pasó á Cataluña con parte de sus tropas con el intento de emprender el sitio de Lérida, estableciendo los almacenes y hospitales en Monzón (1), é hizo ocupar por el general Habert el 4 de abril á Balaguer, cuya posesión le interesaba por el puente de piedra que une las dos orillas del Segre. Hechos los preparativos necesarios, se presentó Suchet frente á aquella plaza el 13 de abril con unos 13.000 hombres, eligiendo como frente de ataque el comprendido entre los baluartes de la Magdalena y del Carmen, que era por donde embistió la plaza el duque de Orleans en 1707. Consistían las defensas de Lérida en un muro de recinto, sin foso ni camino cubierto, flanqueado por baluartes y torreones; el castillo, situado al Este, sobre una roca, á 62 metros sobre el nivel del río; el fuerte de Gardeny, en la meseta del mismo nombre, con los reductos nuevos del Pilar y San Fernando, y una cabeza de puente en la orilla opuesta del Segre, artilladas dichas obras con 110 piezas. Componían la guarnición unos 8.000 hombres, á las órdenes del general D. Jaime García Conde.

El general O'Donell, deseoso de socorrer la plaza, avanzó desde Tarragona, por Montblanch y Vinaixa, con las divisiones Ibarrola y Pérez (6.000 hombres y 600 caballos), llegando el 23 por la mañana á Juneda, dos leguas distante de Lérida, desde cuyo punto emprendió confiado la marcha al medio día por el llano de Margalef; mas Suchet, que se había trasladado con parte de las fuerzas sitiadoras á Tárrega para estar á la

(1) Reunióse allí el tren de sitio, compuesto de 40 piezas (24 cañones, 6 obuses y 10 morteros), dotadas con 700 disparos cada una. El coronel Haxó, comandante de ingenieros del sitio, tenía también preparados 8.000 útiles, 100.000 sacos terreros, escalas, etc., confeccionando luego 6.000 cestones, 50.000 faginas, 60.000 piquetes y otros materiales.

mira del marqués de Campoverde, quien con su división se encontraba en Manresa, habiendo tenido oportunamente noticia del movimiento de O'Donell, volvió presuroso sobre Lérida, lanzando fuerzas numerosas sobre el flanco derecho de los españoles, desde Alcoletge, cuando menos lo esperaban. La división Ibarrola, que iba en cabeza, formó precipitadamente en línea de batalla á la derecha, cubierto su flanco izquierdo por 300 caballos que hicieron además de dar una carga; mas cañoneados por una batería á caballo, y acometidos con gran furia por un regimiento de



Mayo 14. — Sitio de Lérida.

- | | |
|-------------------------|-----------------------------|
| 1. Castillo. | 6. Reducto de San Fernando. |
| 2. Baluarte del Carmen. | 7. Cabeza de Puente. |
| 3. — de la Magdalena. | 8. Puerta de la Magdalena. |
| 4. Fuerte de Gardeny. | 9. Puerta Nueva. |
| 5. Reducto del Pilar. | 10. Puerta de San Antonio. |

coraceros, fueron arrollados sobre la infantería. Esta ni siquiera tuvo tiempo de formar el cuadro, cargada á fondo por la caballería francesa, que la deshizo completamente, quedando prisioneros batallones enteros. O'Donell pudo retirarse con la otra división en buen orden camino de Montblanch.

Animado Suchet con su buena estrella, quiso dar un golpe de mano en la noche del 23 sobre los reductos del Pilar y San Fernando. El primero cayó fácilmente en su poder; no así el de San Fernando, cuya guarnición, compuesta de 50 hombres, no pudo ser sorprendida (1), te-

(1) Saltaron, sin embargo, los franceses al foso muy resueltos; pero teniendo la escarpa una elevación de 12 pies, y careciendo de escalas, se vieron en el mayor

niendo por lo tanto la francesa que evacuar también el del Pilar, dominado por aquél.

Rechazada el 24 la intimación del general Suchet con una respuesta muy lacónica y digna (1), empezaron los trabajos de sitio, no abriendo la paralela, á 270 metros tan sólo de la plaza, hasta la noche del 29, por haber puesto las lluvias de aquellos días intransitables los caminos. Las baterías, en número de cuatro, artilladas con diez cañones y ocho morteros y obuses, no rompieron el fuego hasta el 7 de mayo, entablándose refida lucha entre las dos artillerías; mas la de la plaza consiguió sobreponerse desde el principio, en términos que á las cuatro de la tarde quedaban completamente reducidas al silencio las baterías sitiadoras, desmontadas casi todas las piezas, medio destruidos los parapetos, y muertos ó heridos muchos de los sirvientes, aprovechando los sitiados momento tan crítico para el enemigo para hacer una salida por la puerta Nueva (2), aunque poco eficaz. Construidas nuevas baterías y reparadas las anteriores, reanudaron los franceses el fuego de artillería á las nueve de la mañana del 12, con quince cañones y diecinueve obuses y morteros, consiguiendo entonces desmontar las piezas de los baluartes atacados, abrir brecha en las dos caras del baluarte del Carmen y destruir el flanco derecho del de la Magdalena. Antes de dar el asalto, quiso el enemigo apoderarse de la obra avanzada del fuerte de Gardeny y reductos del Pilar y San Fernando, como lo efectuó en la noche del 12, haciendo la guarnición del último tan brillante defensa, que después de haber impedido á los franceses la entrada en el reducto durante largo tiempo, siguió peleando con el mayor valor hasta que, acorralada en un ángulo del fuerte, fué pasada á cuchillo por no querer rendirse, habiendo ocasionado á los sitiadores más de 150 bajas.

apuro. Mas mal flanqueados los fosos, y no teniendo los defensores á su disposición granadas de mano, no podían ofenderse unos á otros, terminando situación tan cómica con un armisticio por el que empeñó el capitán español que mandaba en el reducto su palabra de honor de no hacerles fuego si consentían en retirarse, como lo efectuaron muy satisfechos.

(1) Queriendo el general francés amedrentar á los defensores con la derrota sufrida el día anterior por el general O'Donell, contestó García Conde *que la plaza no había contado nunca con el auxilio de ejército alguno.*

(2) El 4 se había hecho otra salida por la puerta del Carmen y de la Magdalena. La primera columna, compuesta de 600 hombres, se lanzó sobre la izquierda de la paralela, ocupó la batería número 4 y causó grandes destrozos, empeñándose sangriento combate. La segunda columna tuvo que retirarse, rechazada por las guardias de trinchera.

Hechas practicables las dos brechas durante el día 13, fueron atacadas al anochecer. Los sitiados habían hecho cortaduras detrás de ellas, barreado las bocacalles y aspillerado las casas inmediatas; así es que tuvo lugar allí durante más de tres horas un combate encarnizado que no terminó hasta que el general Harispe consiguió hacerse dueño de la cabeza de puente y penetrar en la plaza por la puerta de San Antonio. Dentro ya de ella la mayor parte del ejército sitiador, fué empujando hacia el castillo, por un movimiento concéntrico, á la guarnición y habitantes sin dar cuartel á nadie, con siniestra intención, pues el fuego de todos los obuses y morteros dirigido durante la noche del 13 y mañana del 14 sobre el castillo, donde se había refugiado la población en masa huyendo de los franceses, causó gran estrago en aquella compacta multitud de personas aglomeradas dentro de la fortaleza, y hasta en el foso y camino cubierto, por lo cual el gobernador no tuvo más remedio que capitular al medio día, obteniendo todos los honores de la guerra. El comandante del fuerte de Gardeny, D. Francisco Núñez, aceptó también la capitulación.

Los sitiados experimentaron en total unas 1.200 bajas en la guarnición, habiendo perecido también más de 2.000 habitantes en la noche terrible del 15. Las pérdidas de los enemigos pasaron de 1.500 hombres, habiendo arrojado sobre la plaza y castillo 6.000 balas de cañón y 3.000 bombas y granadas, y construído los zapadores 6.400 metros de trinchera.

La resistencia de Lérida no fué todo lo enérgica que debía de haber sido, si el gobernador García Conde hubiese cuidado de aislar la defensa del castillo de la de la ciudad; pues aun tomada ésta, habría podido aquél sostenerse mucho tiempo, por lo difícil que era su expugnación, gracias á sus condiciones topográficas. Tacharon por tal motivo los españoles á García Conde de traidor, siendo quizás esta infundada sospecha lo que obligó más adelante al desgraciado general á abrazar el partido del intruso.

Día 15.

1557. **Heroica defensa de Civitella** (GUERRA CON FRANCIA).—A instancias del Papa invadió el duque de Guisa el reino de Nápoles y puso sitio á Civitella del Tronto, ciudad del Abruzzo, el 24 de abril. Aunque excelente la situación topográfica de la plaza, eran bajas las murallas, malas las defensas, y la artillería consistía tan solamente en dos cañones pequeños con muy pocas municiones. A todo suplió la entereza del gobernador Carlos de Lafredo, quien aprovechando el tiempo que tardó el sitiador en recibir la artillería gruesa, hizo construir detrás de la

muralla, en los puntos presumibles de ataque, barricadas y atrinchamientos para prolongar todo lo posible la defensa, que se llevó á cabo con gran valor por los 500 veteranos españoles que constituan la guarnición, junto con una compañía de jóvenes de la ciudad, entusiastas por la causa de España.

Rodeada la plaza por 30.000 enemigos, á cuyo frente se hallaba uno de los más entendidos generales de su tiempo, era de presumir que sólo podría detener muy pocos días ante sus muros á fuerzas tan considerables del ejército francés. Plantadas varias baterías, cañonearon con furia la muralla, y á los siete días de fuego destructor se desplomó el terraplén, cubrió el foso y se formó al pie del muro, destruído también en una extensión de veinte brazas, una rampa bastante suave para la subida; mas los sitiadores fueron rechazados en el primer asalto, en el que las mujeres mismas, con ánimo más que varonil, ayudaron á los defensores, los cuales tenían que multiplicarse para poder oponerse á tantos enemigos como les acometían. Nuevas baterías abrieron diferentes brechas; mas vino en auxilio de los sitiados un aguacero terrible que causó grandes desperfectos en las trincheras enemigas, teniéndose que suspender el asalto (1), por haber quedado muy resbaladiza la subida á las brechas, y los españoles aprovecharon aquel respiro para construir detrás de ellas diferentes obras de defensa, ante las que se estrellaron los heroicos esfuerzos de franceses é italianos cuando las acometieron segunda vez, experimentando tan crecido número de bajas, que temiendo el duque de Guisa no quedase vivo uno solo de aquellos valientes si se prolongaba combate tan encarnizado, ordenóles la retirada. Todavía quisieron probar fortuna los sitiadores en un tercer asalto, que dieron por un punto del recinto tenido por inaccesible, y por lo tanto mal defendido, mientras se simulaba el ataque por el lado opuesto; pero los mismos habitantes, decididos y animosos, se encargaron de contenerlos mientras acudían algunas fuerzas, y rechazados de nuevo, fueron precipitados muchos de ellos desde lo alto del peñón por donde con tanto trabajo habían subido. El disgusto estalló ya en el campo enemigo, desertando casi todos los italianos para ir á engrosar las filas del ejército del duque de Alba, y el de Guisa no tuvo más remedio que levantar el cerco el 15 de mayo, reparando el Tronto á la vista de aquél, en el estado más deplorable.

1571. **Ocupación de Manila.**—Sometido pacíficamente el rajah Lacandola y toda la gente principal de Manila, el primer Adelantado de las

(1) Al ver que hasta los elementos favorecían á sus contrarios, exclamó fuera de sí el duque de Guisa *que parecía que Dios se había hecho español.*

islas Filipinas, Miguel López de Legaspi, eligió el día 15 de mayo de 1571 para tomar solemne posesión de la ciudad, declarándola al propio tiempo capital de todas las islas. Legaspi trazó la ciudad con calles perfectamente alineadas, ensanchó el fuerte, construyó numerosas casas, nombró ayuntamiento y declaró á Manila puerto franco.

1644. **Batalla de Lérida** (GUERRA DE CATALUÑA).—Hallándose don Felipe de Silva sitiando á Lérida con 14.000 infantes y 4.000 caballos, se presentó el mariscal de la Motte, y por medio de una hábil maniobra socorrió la plaza con hombres y municiones; pero el general español le acometió con tal ardimiento, que después de un refidísimo combate le derrotó completamente, dejando los franceses en el campo 2.000 muertos y 1.500 prisioneros, cayendo toda la artillería y bagajes en poder de nuestras tropas. Los restos del ejército vencido se refugiaron en Cervera.

La plaza, defendida por 3.600 franceses y 2.000 catalanes, se entregó á fines de julio, entrando en ella dos días después Felipe IV, que esperaba dicho suceso para penetrar en Cataluña.

1746. **Episodio de la guerra de Italia**.—Destacado del campo español de Placencia el segundo batallón de *Asturias*, á las órdenes de su comandante D. MIGUEL ALTUBE, para guardar la casa de los padres de San Sixto, en Orzolengho, siete millas distante, fué atacado el 14 de mayo por los austriacos provistos de tres piezas de artillería. Intimada la rendición con la amenaza de que si no era aceptada inmediatamente serían todos pasados á cuchillo, contestó el bizarro jefe de *Asturias*: *que en la tropa del rey no hacía impresión semejante amenaza, siendo menester atacarla con piezas de á veinticuatro y fuercas más considerables para darse á partido*, y después de cinco horas de fuego, retiróse el enemigo con bastantes pérdidas. Mortificados los imperiales con la arrogante actitud de aquellos 500 españoles, se presentaron el día siguiente 15 en número de 6.000 con un tren de doce cañones y tres morteros, rompiendo en seguida fuego tan terrible y destructor, que en breves instantes la casa de San Sixto quedó reducida á escombros, pereciendo entre sus ruinas considerable número de defensores. Entonces ALTUBE, viendo que no era socorrido, salvó por una capitulación muy honrosa el resto de sus valientes soldados, mereciendo del general enemigo le concediese salir libre á incorporarse á su ejército con armas y municiones: tal fué la admiración que le causó el heroico comportamiento de los bravos de *Asturias*.

1811. **Defensa de Ubeda** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Acantonado el regimiento de *Cádiz* en dicha ciudad, fué acometido por los

franceses á las ocho de la mañana del 15 de mayo. Dividida la fuerza en dos mitades, extendióse una, á las órdenes del sargento mayor D. Antonio Bray, por la derecha de la puerta de Baeza; la otra, mandada por el capitán D. Nicolás de Castro Palomino, quedó de reserva en la plaza del Mercado. El enemigo, formado en cuatro columnas, atacó por la puerta de Baeza, y frente á San Francisco, que era la parte más débil del recinto, y después de tres horas de lucha logró introducirse por las calles, de donde fué arrojado á la bayoneta por las reservas, que acudieron oportunamente. Reforzados los contrarios por una nueva columna de infantería y caballería que se presentó por el camino de Sabiote, se replegaron los españoles, con lo que, envalentonados los franceses, cargaron otra vez sobre los nuestros, que volvieron caras y les rechazaron, obligándoles á pronunciarse en fuga desordenada con pérdidas considerables.

- ✓ 1837. **Expedición de D. Carlos** (GUERRA CIVIL).—El 15 de mayo, después de una solemne recepción por ser cumpleaños de D. Carlos y de su hijo segundo D. Juan, emprendieron la marcha las tropas expedicionarias, compuestas de 13.000 infantes y 1.500 caballos (1), pernoctando aquel día en Salinas de Oro y el 16 en Echaurre. Pasó el 17 el Arga, junto á Belascoain, por un notable puente flotante formado por los ingenieros con toneles y maderas ensambladas; continuó por Monreal, Izco, Leache y Sada, acampando el 19 junto á Cáseda, después de pasar el río Aragón; siguió por Gallipienzo, Bárdena, Castiliscar, Farasdues y Luna, y cruzó el 23 el Gállego, la caballería por un vado y la infantería por un puente de carros, entrando en Huesca en la mañana del 24, en cuyas inmediaciones, alcanzado por el valiente cuanto desgraciado general Iribarren, que había salido el 17 en persecución de los expedicionarios, cubriendo siempre el paso del Ebro, libróse batalla desastrosa (v. 24 MAYO). Consiguieron los carlistas una nueva victoria en la batalla de Barbastro (v. 2 JUNIO) sobre el general Oráa, que mandaba el ejército del Centro, pasando después el Cinca por Estada y Estadilla, cuya operación pudieron haber impedido las tropas liberales. Menos afortunado D. Carlos en Cataluña, fué

(1) Iban dichas fuerzas organizadas en cuatro divisiones, tres de infantería y una de caballería, á las órdenes de los generales don Pablo Sanz, D. Prudencio Sopenana, D. Alonso Cuevillas y conde del Prado. Mandaba el ejército el infante don Sebastián de Borbón y Braganza, quien tenía como jefe de E. M. G. á D. Vicente González Moreno, *el de Málaga*. Era jefe de la artillería el coronel Gil de la Torre, y de ingenieros el coronel Gordillo. Don Carlos, vestido de paisano, marchaba á la cabeza con un numeroso cuartel real.

batido en los campos de Grá (v. 12 JUNIO) por el barón de Meer, quien tampoco supo sacar de su triunfo todo el partido posible, por haber dejado que el enemigo se retirase tranquilamente por Biosca á Solsona, donde hizo su entrada el Pretendiente el 15 con gran ostentación, siendo llevado bajo palio á la Catedral. El 19 pasó la expedición á Suria, donde



Mayo 15.—Expedición de D. Carlos.

pernoctó, alojándose D. Carlos en San Fructuoso el 21, mientras la división castellana acometía el pueblo fortificado de San Pedor, que no pudo tomar, defendiéndose sus 100 nacionales con intrepidez heroica (v. 21 JUNIO). Vovieron los carlistas el 22 á Suria, donde descansaron el 23, y el 24 emprendieron de nuevo la marcha en dirección al Ebro, efectuando aquella por Prades de la Molsosa, Castellfullit y Llobregós, Anglesola, Vallbona, Vinaixa, García, Masos de Mora (1) y Ginestar, y llegaron el 28

(1) Sus habitantes, con el cura á la cabeza, sin infundirles temor alguno el tener á la vista un pueblo fortificado y fuerzas liberales, salieron á recibir y procla-

frente á Cherta, después de largas y penosas jornadas en las que se cometieron bastantes desórdenes (1), pasando sin contratiempo alguno el Ebro á la vista de numerosas fuerzas liberales, gracias á la protección y acertadas medidas de Cabrera (v. 29 JUNIO).

Ya en la orilla derecha del Ebro, y unidas á las tropas expedicionarias las del mencionado caudillo, se dirigieron por Uldecona, San Mateo, Burriol y Villarreal de la Plana á atacar á Castellón (v. 8 JULIO), aunque infructuosamente, continuando el 9 la marcha por Nules, Almenara, Albalate y Burjasot, alojándose el 13 en Cheste y Chiva, donde al fin le derrotó el general Oráa con fuerzas inferiores (v. 15 JULIO). Retiróse don Carlos por Chelva, Manzanera, Rubielos de Mora y Mosqueruela á Cantavieja, donde entró la expedición el 30 de julio, fraccionándose después en varias columnas para facilitar la subsistencia, con lo cual las tropas liberales, enteramente desorientadas, no sabían adonde acudir, siendo esto causa de la derrota de la división Buerens, que fué casi completamente destruída en Herrera de los Navarros (v. 24 AGOSTO). Animoso el Pretendiente con esta victoria, perseveró en su intento de dirigirse á la capital del reino, y eludiendo á costa de penalidades y trabajosas marchas la activa persecución de Espartero, que con ocho batallones del Norte se había reunido el 1.º de septiembre en Daroca á las fuerzas que mandaba Oráa y á los restos de la división derrotada, fué aproximándose á Madrid por Calamocha, Monreal, Pozondón, Orihuela del Tremedal, Sierra de Albarracín y Frías, de donde salieron los expedicionarios el 5, pernóctando el 6 en Cardenete. En Buenache de Alarcón se les incorporó el 8 Cabrera con diez batallones y un regimiento de lanceros, dirigiéndose luego por Villar de Cañas, Montalbo, Saelices y Villarrubio á Tarancón, desde cuyo punto tomaron el 11 el camino de Belinchón, pasando el Tajo todo el ejército en un instante gracias á un hermoso y sólido puente construído aprovechando una bajada de pinos que les deparó la suerte; y, finalmente, por Fuentidueña, Villarejo de Salván, Perales de Tajuña y Arganda, avanzando algunos batallones hasta Vallecas, dió la expedición vista á Madrid el 12, produciendo en la corte la alarma consiguiente.

Espartero, desde Daroca, fué constantemente á los alcances de los carlistas, que esquivaban siempre el combate; mas no consiguiendo nada con ir tras de ellos, lo cual hacía también imposibles las subsistencias, se corrió el 5 desde Albarracín á Orihuela del Tremedal, marchando luego

mar á D. Carlos, cuya prueba de adhesión y valor asombró á los expedicionarios.

(1) El exquisito vino del Priorato produjo una embriaguez casi general y una reyerta entre un batallón de granaderos y la caballería, que costó trabajo apaciguar.

rápida­mente á Beteta y Cañizares para ganarles el flanco derecho. El 6 llegó el conde de Luchana á Beteta; entró el 8 en Cuenca, de donde salió el 10, después de proveer á su tropa de calzado, pern­o­ctando en Villalba del Rey; pasó el 11 el Tajo por el puente de Auión, y pern­o­ctó en Tendilla; llegó al ano­che­cer del 12 á Alcalá de Henares, y entró por fin en la tarde del 13 en la capital del reino, al frente de 20 batallones y 800 caballos. Mas en la madrugada de dicho día, noticioso D. Carlos de la aproximación de Espartero, había emprendido ya un movimiento retrógrado desde Arganda en dirección de Alcalá y Guadalajara, en la que penetró un batallón de Cabrera, y alcanzada el 19 su retaguardia cerca de Aranzueque, experimentó 500 bajas, en su mayor parte prisioneros y desertados. Separóse Cabrera con las tropas del Centro, y continuó la expedición precipitadamente su retirada en dirección al Norte por Brihuega, Cifuentes, Atienza, Berzosa (después de pasar el 26 de septiembre el Duero por el puente de Gormaz), Peñaranda, Aranda, donde se le incorporó el 28 la expedición de Zaratiegui (v. 19 JULIO), en huida también, y Covarrubias, volviendo á ser batidos los carlistas en Retuerta (v. 5 OCTUBRE), y su caballería el 14 en Huerta del Rey, con lo cual aquel brillante ejército, que había salido cinco meses antes de Navarra tan confiado y animoso, tuvo que fraccionarse para poder ganar de nuevo por las Encartaciones el territorio vascongado, llegando á Arcinega D. Carlos el 26 de octubre con sus tropas en el estado más deplorable.

Esta expedición, llamada *real* por los carlistas, duro ciento sesenta días, en los cuales recorrió un trayecto de 538 leguas, pasando por 353 poblaciones de Aragón, Cataluña, Valencia, las dos Castillas, la Mancha, la Alcarria y Alava.

1869. **Combate de Maniabón** (GUERRA DE CUBA).—Al conducir un convoy de víveres y municiones desde Puerto Padre á las Tunas, fué atacada la columna que lo protegía por numerosas fuerzas insurrectas cerca de la finca Maniabón, que atraviesa el río que la da nombre. Componían el convoy 33 carretas, tirada cada una por dos yuntas de bueyes, y formaban la escolta dos compañías del regimiento de *Nápoles*, tres compañías del quinto de movilizados y dos piezas de montaña, de las que marchaba una con la vanguardia y otra con la retaguardia: en total, unos 500 hombres. Avanzó la vanguardia con intrepidez al divisar al enemigo, el cual, después de causarle bajas numerosas al abrigo de un bosque, corrióse por derecha é izquierda para caer sobre la retaguardia, que había tenido que hacer alto mientras se separaba del camino uno de los bueyes que había caído muerto. Aprestóse aquélla á la defensa, y en-

tablóse rudo combate, consiguiendo tener á raya á los cubanos los mortíferos disparos de metralla hechos por la pieza de montaña (EPISODIO); mas aquéllos, cada vez más audaces al observar que disminuía paulatinamente el fuego de la fatigada retaguardia, llegaron á lanzarse sobre las cajas de los mulos que habían caído heridos, y aun sobre el cañón, cuyos sirvientes estaban también casi todos muertos ó heridos; mas una compañía de *Nápoles* de la vanguardia, á las órdenes del capitán Colón, que mandó el jefe de la columna, puso por entonces término á la lucha obligando á los insurrectos á desistir de su intento. Los españoles tuvieron que pelear de nuevo, antes de llegar á las Tunas, acometidos varias veces por el enemigo; en terreno tan desigual y de tránsito tan penoso para las carretas, que tenían que hacer frecuentes altos en los numerosos barrancos y malos pasos; pero el convoy pudo llegar felizmente á su destino, habiendo salido de las Tunas en su auxilio 300 hombres de la guarnición con el comandante Boniche, el cual consiguió desalojar al enemigo de las fuertes posiciones que ocupaba, si bien á costa de 70 bajas.

Episodio.—El cabo segundo de artillería BERNARDO OTERO dió pruebas de un valor y serenidad extraordinarios. Habiendo recibido una herida, continuó no obstante en su puesto, haciendo certeros disparos con la pieza de montaña que tenía á su cargo, y lo mismo al recibir una segunda y más grave herida en el brazo, que le interesó parte del costado, retirándose tan sólo cuando, después de hacer todavía unos cuantos disparos de metralla á los grupos de insurrectos más próximos, le abandonaron las fuerzas.

1875. **Ataque de Guetaria (GUERRA CARLISTA).**—En la madrugada del 14 de mayo se arrimaron sigilosamente los carlistas á la muralla de Guetaria y volaron con dinamita una puerta tapiada; mas la guarnición, compuesta de 240 hombres del *Rey* y algunos artilleros, ingenieros, carabineros y voluntarios, mandada por el capitán de ejército, teniente de carabineros, D. Eduardo Palacio, voló al punto de peligro, levantando en breves momentos una barricada con el auxilio del pueblo, que se lanzó en masa á la calle á contener al enemigo. Frustrado el intento de éste de entrar por sorpresa en la villa, rompió el fuego desde seis baterías (1), una de las cuales distaba sólo 350 metros del muro, concentrando parte de ellas sus disparos sobre la brecha para hacerla practicable, á las que la plaza no pudo contestar mas que con el fuego de una pieza de á 12 y

(1) Estaban artilladas con dos morteros, 15 cañones de 12 $\frac{1}{2}$ rayados, ocho de 7 $\frac{1}{2}$ y cuatro Withworth.

otra de á 8, las únicas que había. La escuadrilla del Cantábrico del contralmirante Barcaíztegui, que se presentó á las once de la mañana, dió algún respiro á los atribulados defensores, hasta las cuatro de la tarde, en que se retiró con algunas bajas y desperfectos en los barcos. Arreció entonces el fuego, y á las dos y media de la madrugada del 15 presentose un batallón carlista para dar el asalto; mas la guarnición le rechazó varias veces, teniendo que desistir de su empresa al amanecer, y retirarse después de recoger sus muertos y heridos (EPISODIO). Llevaban ya aquellos valientes soldados veintitrés horas de continua pelea, cuando llegaron los refuerzos enviados de San Sebastián, consistentes en dos compañías del *Rey*, una sección de ingenieros y tres piezas de artillería, tomando el mando de la plaza el teniente coronel, capitán de ingenieros, D. Pedro Llorente. El comandante de artillería D. Félix León hubo de reponer con piedra traída de San Sebastián los desperfectos ocasionados en la batería, dándose principio á la construcción de otra nueva en el castillo de San Antón.

La población sufrió mucho con las 1.500 bombas y granadas que recibió en tan corto intervalo de tiempo, acabando más adelante de arruinarla casi completamente al reanudar los carlistas el 13 de junio el fuego de cañón, que no cesó hasta el 26 de enero de 1876 (1), cuando el brigadier Mariné desembarcó con una pequeña fuerza y tomó las formidables posiciones de monte Gárate.

Episodio.—Entre los muchos actos de heroísmo que tuvieron lugar, merece citarse el de una mujer llamada JOSEFA ANTONIA AZPEITIA, que ayudaba á conducir los heridos, desde el punto en que se hallaban, al hospital, donde les prestaba toda clase de auxilios como enfermera que era del mismo.

Día 16.

1509. **Asalto y toma de Orán (CONQUISTA DE ORÁN).**—Deseoso el cardenal Jiménez de Cisneros de extender la fe católica y el imperio de España en África, equipó á sus expensas una escuadra de diez galeras y ochenta naves menores, y un ejército de 10.000 infantes y 4.000 caballos, de cuya expedición tomó personalmente el mando, á pesar de su edad avanzada, en unión de Pedro Navarro, que era el verdadero caudillo mi-

(1) Las baterías carlistas arrojaron desde el 13 de mayo hasta el 26 de enero sobre la heroica Guetaria 340 bombas y 4.276 granadas. La mayor parte de sus moradores tuvieron que abandonar la población por la falta absoluta de medios de subsistencia, quedando en enero de 1876 reducidos á 150 los 900 que antes contaba.

litar del ejército. Salieron los expedicionarios de Cartagena el 16 de mayo, y haciendo rumbo á Mazalquivir (Mers-el-Kebir), que había sido tomada por las armas españolas el 13 de septiembre del año anterior, fondeó el mismo día la escuadra en dicho puerto, distante poco más de una legua de Orán. Hecho el desembarco, revistó y arengó el cardenal á las tropas; y comprendiendo que su presencia en la batalla podía ser más perjudicial que provechosa, cedió á las reiteradas instancias de los capitanes del ejército para que no se expusiese al peligro, y haciendo entrega del mando á Pedro Navarro, retiróse á la capilla de San Miguel de Mazalquivir á orar por el triunfo de las armas cristianas, disponiendo se atacase sin pérdida de tiempo á los infieles, á pesar de acercarse ya la noche: tanta confianza tenía en la victoria.

Hiciéronse sin pérdida de tiempo los preparativos necesarios, y mientras la escuadra apoyaba el movimiento por la costa y se dirigía á la rada de Orán para coadyuvar al ataque, se encaminaron los españoles á las alturas inmediatas, coronadas de enemigos, los cuales acometieron con el mayor valor á los nuestros en cuanto los tuvieron al alcance de sus fuegos (EPISODIO); mas los disparos de artillería y de los arcabuceros del ejército cristiano contuvieron el impetuoso avance de los moros, que, acometidos á su vez, defendieron el terreno á palmos; pero cedieron al fin al bien concertado ataque de Pedro Navarro (1), que les hizo declararse en fuga desordenada, siguiendo los españoles tras de ellos hasta el pie mismo de los muros de Orán. Sin titubear ya nuestros soldados, dieron intrépidamente el asalto, y como escasearan las escalas por querer todos á porfía subir á las murallas, triunfó su grande energía de todos los obstáculos, apoyando sus largas picas sobre el muro ó clavándolas en la unión de las piedras para trepar por ellas, como lo efectuaron con increíble destreza, axiliándose unos á otros, siendo precisamente la primera bandera española que tremoló en el adarve la del Cardenal, á cargo del alférez de su guardia GONZALO DE SOUZA. Simultáneamente, otros seis alféreces hicieron ondear sus banderas por encima de la muralla, y franqueadas las puertas de la plaza al resto de las tropas, precipitóse por ellas todo el ejército, arrollando cuanto á su paso encontraba, sin dar cuartel, no respetando edad ni sexo: tal era la furia con que penetró la soldadesca en la infeliz ciudad. Era ya al rayar del alba cuando, desobstruidas algún tanto las calles, mandó Navarro al capitán Villarroel fuese á dar parte al Cardenal de tan gloriosa victoria y pudiese ir á tomar posesión de la plaza.

(1) Distinguiéronse en el combate las escuadras de Segovia, mandadas por Pedro Arias, *el Justador*.

Episodio.—Fué una de las primeras víctimas del combate el capitán de la hueste de Guadalajara **Luis de Contreras**. Habiendo quedado su cadáver en poder de los moros, le cortaron la cabeza, que enviaron á Orán, donde la anduvieron paseando y enseñando por las calles con gran regocijo, diciendo que era la del *alfaqui* de los cristianos. Mas como los cautivos manifestasen que no era la del Cardenal, y por otra parte observasen las mujeres musulmanas que **Contreras** era tuerto, se llenaron de supersticioso terror, convirtiendo en tristeza el júbilo general porque el primer enemigo que habían muerto los suyos era tuerto, lo que dió lugar á siniestras predicciones que, desgraciadamente para ellos, no tardaron en verse realizadas.

1764. **Apertura del Real Colegio de Artillería de Segovia.**—Tuvo lugar el 16 de mayo de 1764, con gran solemnidad, siendo Inspector general el conde de Gazola, en cuyo acto pronunció el discurso inaugural el erudito profesor primero P. Antonio Eximeno, de la Compañía de Jesús. La aproximación de los franceses hizo abandonar el alcázar de Segovia el 30 de noviembre de 1808, siendo director del Colegio D. Miguel de Cevallos, trasladándose á Sevilla, donde se instaló el 14 de mayo de 1809; pero en 31 de enero siguiente fué disuelto de hecho por la entrada de los enemigos en dicha ciudad. Por Real orden de 8 de agosto de 1811 quedó de nuevo establecido en Palma de Mallorca el 9 de julio del mismo año, volviendo á Segovia al terminar la guerra de la Independencia, en noviembre de 1814. Disuelto, como todo el cuerpo, por Real decreto de 1.º de octubre de 1823, se restableció en Alcalá de Henares el 16 de mayo de 1830, por Real orden de 3 de junio de 1829, pronunciando un notable discurso el teniente general D. Joaquín Navarro Sangran, distinguido artillero y director general del cuerpo. Desde dicho punto se trasladó á Madrid en agosto de 1837, ocupando el antiguo Seminario de nobles (hoy Hospital militar), y luego otra vez á Segovia donde se reinstaló en el alcázar el 19 de noviembre de 1839, terminada ya la guerra civil por el convenio de Vergara, siendo director (capitán primero de la compañía de cadetes) el brigadier D. Antonio Sequera. Allí permaneció el Colegio hasta el 6 de marzo de 1862, en que, destruido por un incendio aquel notable edificio, se instaló el mismo día en el antiguo convento de San Francisco, de la misma ciudad, donde se había establecido ya desde enero de 1858 la Academia de aplicación (1).

Por Real decreto de 23 de abril y Real orden de 9 de mayo de 1867 se dispuso la extinción del Colegio, que debfa convertirse en Academia de Artillería, cuya nueva organización empezó á regir el 1.º de julio de 1868; los cadetes, denominación que

(1) Fué creada por Real orden de 5 de diciembre de 1843, saliendo en enero de 1846 la primera promoción de tenientes, pues hasta dicha fecha ingresaban los cadetes en el cuerpo, á la terminación de sus estudios, con el empleo de subtenientes. La Academia de aplicación se trasladó en junio de 1854 á Sevilla, de donde volvió á Segovia en enero de 1858; en diciembre de 1864 pasó á Madrid, y otra vez á Segovia en 1868, refundiéndose en la llamada Academia de Artillería.

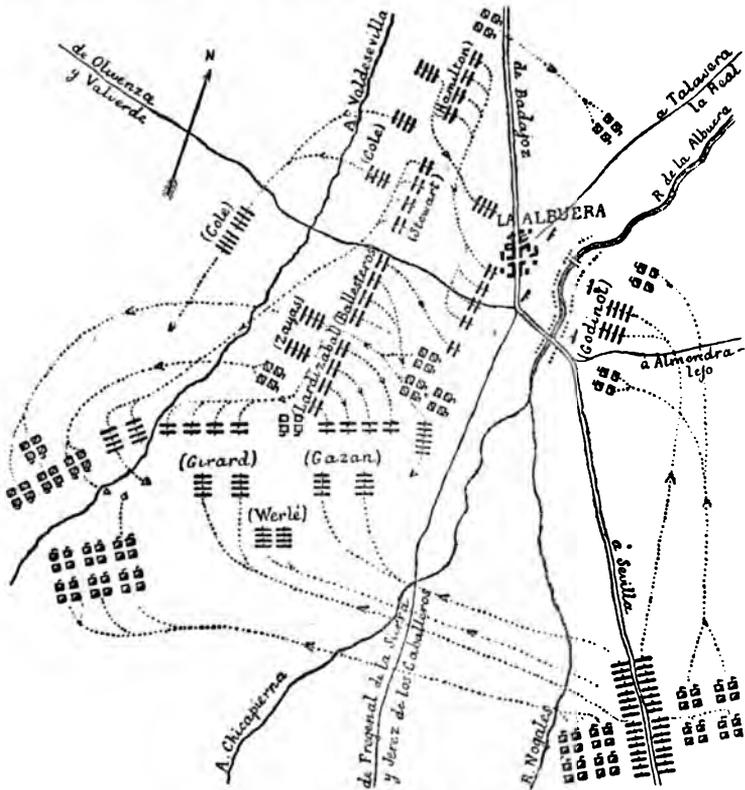
tenían antes los alumnos, se llamaron en lo sucesivo soldados-alumnos. Extinguida de hecho la Academia de Artillería en febrero de 1873 por haber pedido todos los alféreces-alumnos y soldados-alumnos, sin excepción alguna, su separación del servicio, lo mismo que los jefes y oficiales del cuerpo, se restableció en septiembre del mismo año con la antigua organización; y por la creación de la Academia general militar en 20 de febrero de 1882 quedó convertida aquélla exclusivamente en Academia de aplicación.

1811. Batalla de la Albuera (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Que-
riendo el mariscal Soult hacer levantar el sitio de Badajoz que había em-
prendido el mariscal Beresford, partió de Sevilla el 10 de mayo, llegando
á Santa Marta el 15 con 20.000 infantes, 4.500 caballos y 40 piezas. A su
aproximación mandó Beresford descercar la plaza, conviniendo con los
generales españoles, en una reunión celebrada en Valverde de Leganés,
presentar batalla á los franceses en las cercanías de la Albuera, pueblo
de corto vecindario, á cuatro leguas de Badajoz, en la carretera de esta
capital á Sevilla, situada en la orilla izquierda del río del mismo nombre
formado por los arroyos Nogales y Chicapierna, y nudo importante de
comunicaciones entre Portugal, Extremadura y Andalucía. El ejército
aliado tomó, pues, posiciones el 15 en el Almendral, formando á la dere-
cha las tropas españolas del general Blake (1), dos divisiones en primera
línea y una en segunda, con la caballería cubriendo el flanco derecho, y
los anglo-portugueses á la izquierda, entre los caminos de Valverde y Ba-
dajoz, la caballería portuguesa al lado de sus infantes, cubriendo el flanco
izquierdo, y la británica cerca del arroyo Chicapierna, de donde se replegó
al presentarse el enemigo. Incorporóse también la división de D. Carlos
de España y la caballería del conde de Penne-Villemur, pertenecientes
al V ejército español, que mandaba el general Castaños, formando del
mismo modo á la derecha. La línea de los aliados se extendía por la ca-
dena de alturas que hay detrás de la Albuera, perpendicularmente al ca-
mino de Valverde, ocupando algunas tropas ligeras inglesas, al mando del
general Alten, el pueblo de la Albuera. El ejército anglo-hispano-portu-
gués reunía unos 31.000 hombres (27.000 infantes y 3.600 caballos), de los
cuales 15.000 eran españoles, por lo cual, siendo en mayor número los
anglo-portugueses, tomó el mando en jefe el mariscal Beresford, según lo
convenido.

Los franceses se movieron desde Santa Marta en la madrugada del 16,
avanzando al abrigo de los chaparros que cubren las orillas del Nogales,

(1) Componían el llamado ejército expedicionario las tres divisiones de infan-
tería de D. José de Lardizábal, D. Francisco Ballesteros y D. José de Zayas. Man-
daba la caballería D. Casimiro Loi, y ejercía las funciones de jefe de Estado mayor
D. Antonio Burriel.

y á las ocho de la mañana se presentaba ya frente á la Albuera el general Godinot con una división de infantería, dos regimientos de dragones mandados por el general Briche y una batería ligera que empezó á cañonear las posiciones de los aliados como para atacar su centro é izquierda,



Mayo 16.—Batalla de la Albuera.

cubriendo de este modo el verdadero ataque, que dirigieron los franceses al flanco derecho con ánimo de envolver por esta parte la línea de los aliados. Por fortuna, apercibidos á tiempo nuestros caudillos del movimiento del enemigo (1), dispusieron un cambio de frente á la derecha, que ejecutaron los españoles ordenadamente con el aplomo y precisión de ropas veteranas. Entablóse, pues, formal y sangrienta lucha cuando, des-

(1) El coronel alemán D. Bertoldo Schepeler fué el primero que llamó la atención de los generales Castaños, Beresford y Blake, por haber visto brillar entre los matorrales de la orilla las bayonetas enemigas.

pués de atravesar el Nogales y el Chicapierna, se adelantaron por el bosque, bajo la protección de fuertes baterías, las divisiones Girard y Gazan, apoyadas por otra de reserva del general Werlé y la caballería a las órdenes de Latour-Maubourg, tomando parte en la pelea primero Zayas, luego Lardizábal y sucesivamente todos los españoles, menos dos batallones de Ballesteros, quien con el resto de su división dió una briosa arremetida por el flanco derecho de las columnas agresoras, las cuales tuvieron que cejar buscando el apoyo de sus reservas; mas llevados una y otra vez al ataque, consiguieron los enemigos sostenerse frente á las lomas ocupadas por los españoles, esperando arrojarles de ellas en otra acometida. La división inglesa de Stewart, seguida de la de Cole, acudía entretanto en auxilio del ala derecha, que encontraron bien reforzada los franceses al emprender de nuevo el ataque. Adelantóse Stewart, que se había situado á la derecha de Zayas, con una brigada (Colbourne); mas de pronto se vió acometida por retaguardia por los húsares franceses y lanceros polacos, que á favor del humo de las descargas y del fuerte temporal de agua y viento que á la sazón reinaba, habían conseguido rebasar su flanco sin ser vistos, siendo puesta en dispersión con pérdida de la artillería que llevaba, de 800 prisioneros y tres banderas, siguiendo enardecidos con el triunfo parte de los jinetes enemigos por entre las dos líneas de los aliados, en donde perecieron casi todos, conteniendo á los restantes la caballería española de Penne-Villamur, que repelió gallardamente á la contraria. Renuevan los franceses el ataque con gran furia; pelean ambos contendientes con obstinación heroica, fusilándose á muy corta distancia; toman parte en el combate las reservas enemigas, al ver que se les oponían nuevas fuerzas de los aliados; y diezmadas aquellas valientes columnas, empezaron á flaquear, decidiendo la acción en tan supremo instante las brigadas Harvey y Myers, de la división Cole, que cargaron al enemigo por un flanco, mientras le acometía de frente, arma al brazo y con gran bizarría, la división Zayas. Entonces decayó ya por completo su ánimo, y volviendo la espalda, se arremolinaron y cayeron unos sobre otros, atropellándose ladera abajo en su desordenada fuga. Su caballería, serena y amenazadora, superior á la aliada, y el fuego de su bien servida artillería, impidieron á los vencedores, muy quebrantados también, la persecución, elevándose las pérdidas de éstos á cerca de 6.000 hombres (de ellos 1.400 españoles y 300 portugueses), casi las mismas que las de los franceses, de los que murieron los generales Pepin y Werlé, quedando heridos Gazan-Maransin y Bruyer (1).

(1) De los aliados murieron los generales británicos **Houghton y Myers**; el teniente de artillería **D. Joaquín Moscoso**, y los oficiales de Estado mayor

Permanecieron ambos ejércitos el 17 muy tranquilamente uno enfren, te de otro, y por la noche emprendió Soult la retirada, llegando el 23 á Llerena, donde se detuvo para esperar refuerzos. Una vez incorporados, volvió á avanzar el 12 de junio en combinación con el ejército de Portugal, que mandado por el mariscal Marmont, estaba ya en marcha para el Guadiana desde Alba de Tormes, decididos á impedir el sitio de Badajoz, que había emprendido de nuevo lord Wellington; mas éste no se atrevió á medir sus fuerzas con las de los dos mariscales, próximos á reunirse, y levantó definitivamente el cerco, repasó el Guadiana y se acogió el 17 de junio á Yelves. Marmont y Soult pudieron ya avistarse el 19 sin obstáculo alguno en el mismo Badajoz, reuniendo entre ambos 60.000 combatientes.

1821. **Episodio del levantamiento y separación de Méjico.**—En el sitio de Córdoba distinguióse por su extraordinario valor, al atacar las defensas construídas en las bocacalles, el regimiento de *Castilla*, siendo los primeros en penetrar en la casa de D. Manuel de la Torre, principal reducto de los enemigos, bajo el terrible fuego de metralla y fusilería, el sargento de dicho cuerpo TOMÁS ALVAREZ y el cabo MANUEL SALVADOR. Mas redoblando los mejicanos sus esfuerzos, volvieron á tomar el puesto perdido, y al repetir los bravos de *Castilla* el asalto, murió gloriosamente su coronel **D. Francisco Hevia**, dando ejemplo de valor á sus soldados, que se lanzaron á la bayoneta y recuperaron la casa, entregándola á las llamas (1). El virrey mandó que en los libros de orden del cuerpo y de todos los del ejército se estampara la siguiente nota: *Memoria indeleble del benemérito y bizarro coronel D. Francisco de Hevia, del regimiento VOLUNTARIOS DE CASTILLA, expedicionario de línea, muerto heroicamente en el sitio de Córdoba el 16 de mayo de 1821, defendiendo la integridad de las Españas, su Constitución política y la fidelidad á su rey el Sr. D. Fernando VII.*

1872. **Acción de Oñate (GUERRA CARLISTA).**—Encargado el batallón cazadores de *Mendigorría* de perseguir á la facción Ayastuy, que se suponía en Guipúzcoa, se enteró en Oñate su teniente coronel D. Julián García que se encontraban no lejos numerosas fuerzas carlistas, en número por lo menos de 5.000 hombres. Aunque el efectivo de su batallón no llegaba á 500, no vaciló el valiente jefe, y considerando cuestión de honor el salir al encuentro de los enemigos, á pesar de su inmensa superioridad nu-

D. Emeterio Velarde y D. Martín Párraga, resultando heridos Stewart, Cole, D. Carlos de España y otros oficiales superiores.

(1) Murieron también los capitanes **D. José María Martínez y D. Antonio Casariego**, el subteniente **D. Juan Bringas** y crecido número de soldados.

mérica, emprendió la marcha por la carretera de Mondragón, encontrando efectivamente á los carlistas en el barrio de Garibay, 3 kilómetros distante, situados en buenas posiciones en la meseta y ermita de la Magdalena. La vanguardia liberal, compuesta de una compañía y una sección de migueletes, atacó con decisión, consiguiendo apoderarse de una altura y de algunas casas que aquéllos ocupaban; mas los contrarios desplegaron parte de sus fuerzas por ambos flancos con ánimo de envolver á la columna. Entonces el jefe de ella reforzó la vanguardia con dos compañías, ordenando la retirada, que efectuó *Mendigorrta* al paso ordinario, con un orden admirable y sereno valor, sosteniendo el fuego por retaguardia y por ambos flancos, sin que las cargas de caballería que intentó el enemigo consiguiesen desconcertar á aquellos bizarros soldados. De este modo llegaron los liberales á Oñate, donde se hicieron fuertes en la Casa Consistorial y otros edificios de la plaza, decididos á defenderse hasta el último extremo; mas los contrarios no tuvieron por conveniente atacarlos, viendo el buen espíritu que les animaba, y después de hacer alarde de fuerzas por los alrededores de la villa, se retiraron tranquilamente. Tan brillante hecho de armas costó á los liberales la pérdida de 10 oficiales y 127 individuos de tropa, entre muertos, heridos y prisioneros, y aunque el jefe de *Mendigorrta*, creyendo en conciencia que sus soldados se habían excedido en el cumplimiento de su deber, solicitó para el batallón la corbata de San Fernando, no le fué concedida. De los carlistas quedó herido Ulibarri, uno de los jefes de más nombradía, falleciendo á los pocos días.

Día 17.

1675. **Sitio de Gerona (GUERRA CON FRANCIA).**—Después de invadir el mariscal Schomberg el Ampurdán por el Coll de Banyuls, se detuvo tres días en Figueras, abandonada por los españoles, y se presentó luego delante de Gerona. Esta plaza se hallaba completamente desprevenida, en términos que no tenía tan siquiera montada su artillería, ni hubo orden ni plan alguno para la defensa, debiéndose este desconcierto á la imprevisión del duque de San Germán, virrey del Principado, quien salió de Gerona al aproximarse el enemigo, dejando en ella de gobernador al general de artillería D. Francisco de Velasco; y como la guarnición consistía tan sólo en un corto número de tropas regladas, es casi seguro que sin el extraordinario valor que desplegaron las milicias catalanas la plaza habría sucumbido en breve tiempo.

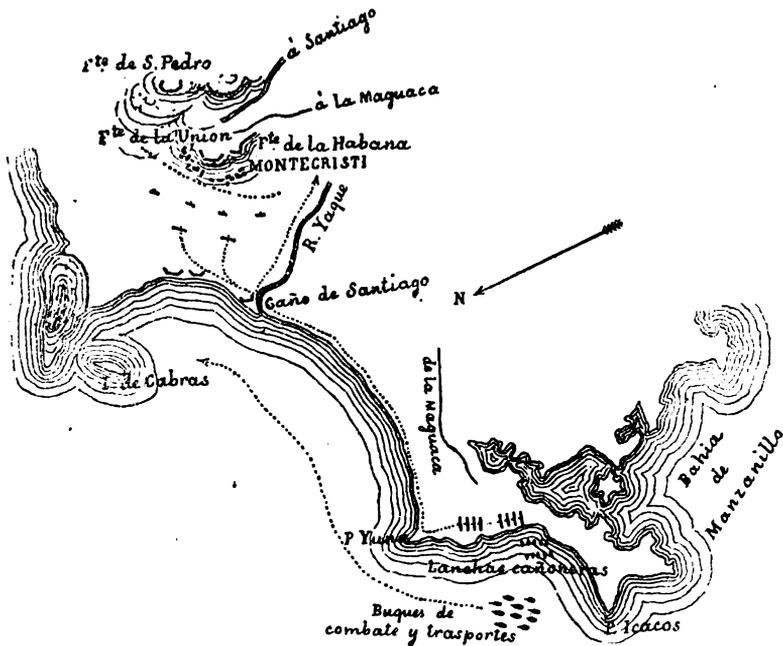
El duque de Medinasidonia se situó en Pontmajor, que defendieron 40 soldados y 300 migueletes, mandados éstos por el intrépido bayle de Basagoda Lamberto Manera, rechazando la primera acometida de los

franceses; mas acudiendo después con grandes refuerzos, hubo que desamparar el puente y encerrarse en la plaza. El enemigo atacó sin pérdida de tiempo la ciudad por dos distintos puntos, embistiendo el castillo de Monjuich y el rastrillo de San Lázaro. El primero se defendió bravamente con sus escasas fuerzas contra 8.000 franceses, que fueron rechazados dos veces consecutivas; pero sucumbió á la tercera acometida y fueron hechos prisioneros el gobernador D. Gabriel Carrillo con 100 soldados y 150 catalanes, únicos supervivientes, habiendo muerto en la defensa el capitán **D. Ramón Olzinellas**. El enemigo pagó bien caro su triunfo, pues además de los 500 hombres que perdió en los diferentes ataques, perecieron otros tantos víctimas de la voladura de un repuesto de municiones al penetrar en el fuerte.

En el rastrillo de San Lázaro se había situado el duque de Medinasionia con algunas fuerzas catalanas, que llegaron hasta el heroísmo. Allí, el capitán D. Francisco Vila, con solos 30 hombres, detuvo por espacio de cinco horas á más de 3.000 franceses, causándoles bajas numerosas. Allí pereció también, con otros muchos, el valiente bayle de Basagoda **Lamberto Manera**, cubierto de sangre enemiga y acribillado su cuerpo de heridas; pero resistencia tan obstinada amedrentó al duque de Schomberg, quien no atreviéndose ya á atacar el recinto de la plaza, emprendió la retirada en buen orden con su numeroso ejército, acosado constantemente por los somatenes.

1864. **Expedición á Monte-Christi** (GUERRA DE SANTO DOMINGO).—Preparada en Santiago de Cuba una expedición de más de 6.000 hombres contra Monte-Christi, por cuyo puerto, distante sólo cuatro horas de navegación de Haití, recibían los insurrectos toda clase de auxilios, zarpó el 13 de mayo con dirección á la bahía de Manzanillo, donde el 15 se hizo cargo del mando el general D. José de la Gándara, dictando acto continuo las disposiciones necesarias para el desembarco. Este se efectuó el 16 en la ensenada que limitan las puntas Ycacos y Yuna, y en la mañana del 17 emprendió la división la marcha por la costa en dirección á Monte-Christi, dos leguas distante, protegiendo la escuadra el movimiento, que se efectuó penosamente durante tres horas por aquel arenal y bajo un sol abrasador, sin encontrar obstáculo alguno ni presentar resistencia al enemigo; mas al llegar al caño de Santiago, en la desembocadura del Yaque, que los gufas suponían vadeable en marea baja, los primeros individuos del batallón que iba en vanguardia se sumergieron casi completamente, corriendo grave peligro de ahogarse, y los dominicanos rompieron en aquel momento un nutrido fuego de cañón, desde una gran barricada

construída en la orilla opuesta, sobre las fuerzas que iban llegando y aglomerándose junto á aquel obstáculo imprevisto. Afortunadamente á los primeros disparos de las cañoneras, abandonaron los contrarios esta primera línea de defensa, concentrándose en los reductos y trincheras artilladas de segunda línea que defendían el pueblo. El paso, fué sin embargo, difícil, pues el caño, de más de ochenta metros de anchura, resultó mucho



Mayo 17.— Expedición á Monte-Christi.

más profundo de lo que los prácticos habían indicado, siendo su fondo desigual y cenagoso, y de difícil acceso en las orillas; lo franquearon, no obstante, en breve tiempo los dos batallones de vanguardia (uno del regimiento de la *Habana* y el de cazadores de la *Unión*), metiéndose mar adentro para buscar la barra de aquella ría; mas la batería de montaña, que seguía tras ellos, experimentó muchas dificultades, habiéndose caído todos los mulos sin excepción de uno solo, lo cual hizo preciso sacar á brazo el material y ganado hasta el otro lado. Ya en éste los dos batallones de vanguardia, que mandaban respectivamente los tenientes coroneles D. Manuel Segura y D. Demetrio Quirós, el jefe de ella D. Rafael Izquierdo recibió orden del general Gándara de lanzarse á la toma del

pueblo y de las posiciones enemigas con su brigada, cuyo ataque de frente debía apoyar la del conde de Valmaseda, escalonándose por la derecha de la anterior para servirle de reserva, apoyar su flanco y envolver el izquierdo del enemigo, mientras el brigadier Peláez con otro batallón y la caballería marchaba sobre su flanco derecho para estorbar la retirada. Mas sea por falta de claridad en la transmisión de las órdenes, mala interpretación de éstas, ó excesivo é imprudente ardimiento de jefes, oficiales y soldados, no llegaron á tener cumplimiento dichas acertadas disposiciones, pues aun no había acabado de formarse el tercer batallón en la orilla derecha, cuando los dos batallones mencionados se lanzaban ya al ataque con la mayor decisión, completamente al descubierto en aquel terreno llano y despejado, cayendo sobre el pueblo, distante 1.400 metros de la playa. Los insurrectos fueron arrojados á la bayoneta de las casas donde se habían parapetado, y también de las alturas inmediatas, en las que no esperaron el choque, huyendo á la desbandada los 3.000 hombres que defendían aquellas posiciones (EPISODIO). El batallón de la *Habana* substituyó por la suya la bandera dominicana que todavía ondeaba en el fuerte (1).

Episodio.—Un grupo considerable de enemigos tropezó en su huida, por el camino de la Macagua, con el general D. Rafael Primo de Rivera, jefe de la división, y su Estado mayor, compuesto de trece individuos, y viéndolo interceptado por aquellos pocos jinetes, se lanzaron sobre ellos á la desesperada para abrirse paso, lo que consiguieron después de un corto y reñido combate, en que todos los oficiales del cuartel general se batieron con señalada bravura, muriendo gloriosamente el joven capitán, ayudante del general, **D. Juan Latorre**, y resultando heridos más ó menos gravemente el mismo Primo de Rivera, al que le mataron el caballo, el coronel Villalón, el capitán Puente y el teniente Barrios. Los insurrectos dejaron un crecido número de muertos y heridos en el lugar de aquella sangrienta lucha.

Día 18.

1306. **Combate naval de Gallipoli** (EXPEDICIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES Á ORIENTE).—Cuando los catalanes y aragoneses se preparaban para caer sobre Constantinopla después de la toma y destrucción de Heraclea, y continuar su tremenda venganza por la infame traición de los griegos, entró en la Prepóntida ó mar de Mármara una escuadra de genoveses, constantes rivales de Cataluña, con la que se disputaban el dominio del Mediterráneo. Se componía de 18 galeras y mandábala Odoar-

(1) Tuvieron los españoles 120 bajas en la conquista del pueblo y posiciones enemigas.

do D'Oria, quien presentándose como de paz, invitó á que pasase á su nave Berenguer de Entenza, jefe de la hueste desde el asesinato de Roger de Flor, efectuándolo el caudillo de Aragón sin el menor recelo; mas en cuanto D'Oria tuvo en la capitana genovesa á Entenza, mandóle prender, y asimismo á los que con él iban, al mismo tiempo que daba orden para envolver y atacar las cinco galeras catalanas. Poco menos que sorprendidas éstas, opusieron, no obstante, una resistencia desesperada contra las fuerzas tan considerablemente superiores de los atacantes, sucumbiendo las cuatro primeras después de haber muerto 200 genoveses; pero la última, que mandaba el célebre catalán **Berenguer de Vilamarí**, se defendió sola mucho tiempo, con una energía y valor heroicos, contra las 18 naves enemigas; y después de perecer en tan sangrienta lucha otros 300 genoveses, cuando habían muerto gloriosamente sobre el puente la mayor parte de los que componían la tripulación, incluso su bizarro capitán, y no quedaba apenas nadie que pudiese arrojar una azcona ó empuñar una espada, sólo entonces pasó la maltratada galera á poder de los contrarios (1).

1793. **Batalla de Mas d'Eus** (GUERRA CON FRANCIA).—Establecido el general francés Desfiers, con 16.000 hombres, en su campo atrincherado entre Thur y Mas d'Eus, para cubrir á Perpignan, fué atacado en sus posiciones, en la madrugada del 18 de mayo, por el general Ricardos con unos 12.000 españoles, divididos en cuatro columnas. Apercibióse inmediatamente el caudillo enemigo que nuestra izquierda era la más débil y vulnerable, y trató de envolverla; pero Ricardos, que había previsto el intento de los republicanos, mandó ejecutar una inversión completa en toda la línea, la que se llevó á cabo con una precisión admirable, bajo la protección de la artillería, haciendo fracasar el plan de los contrarios. Tenían éstos su centro perfectamente cubierto por barrancos profundos, lo que hacía casi imposible un ataque por este lado, y en su vista dispuso Ricardos emprender el de ambas alas, encargándose del de la izquierda enemiga el duque de Osuna con cuatro batallones de guardias españolas, uno de carabineros, un regimiento de caballería y seis piezas, y del de la derecha el general Courten, con tres batallones de guardias valonas, dos regimientos de dragones, dos de caballería y otras seis piezas, mientras el

(1) Dan esta versión, siguiendo á Muntaner, Moncada, Romey, Ortiz de la Vega y Balaguer. El historiador griego Pachymero dice que los genoveses, de acuerdo con el emperador Paleólogo, atacaron lealmente á los catalanes, que tuvieron que sucumbir al número.

general Villalva, con cuatro batallones y seis piezas, llamaba por el centro la atención de los franceses, amagando un ataque simulado. El general en jefe, con la cuarta columna, compuesta exclusivamente de caballería, trató de envolver por la izquierda el flanco derecho de los contrarios; pero metido en un desfiladero, y ametrallado por los cañones franceses, se vió contenido en su avance y hasta rechazado; reiteró, no obstante, el ataque, preparado por el fuego de catorce piezas, arremetiendo denodadamente con los suyos, y ante aquella insistencia, viendo Deflers que empezaba ya á flaquear y conmovirse su ala derecha, pasaron algunas tropas de la izquierda á reforzarla, y apercibido el duque de Osuna, que había ido avanzando, rodeando el pueblo de Compte y amenazando á Mas d'Eus, en que se apoyaba sólidamente la izquierda enemiga, aprovechó de momento tan oportuno para arrojarse decidida é intrépidamente sobre ella. El viejo y denodado general Dagobert, que la mandaba, opuso enérgica resistencia; pero empujado por Osuna sobre el centro, se introdujo el desorden y la confusión en sus filas, y Deflers, que había acudido á su derecha, más amenazada, fué también arrollado por Ricardos con su caballería, teniendo que formar el cuadro y refugiarse en un bosque inmediato. Algunos cuerpos franceses se desbandaron completamente, entrando en el mayor desorden en Perpignan, que los recibió á cañonazos, creyéndoles enemigos, y las autoridades, llenas de pánico al enterarse de la rota de sus tropas, se refugiaron con los archivos en Narbona. Los españoles, que estaban muy fatigados después de las nueve horas que duró combate tan rudo, no se empeñaron en la persecución, y recogiendo el material de tres campamentos, la artillería, bagajes y municiones abandonadas por el enemigo, fueron á acampar al Voló (Boulou), dos leguas y media de Mas d'Eus, sobre la carretera de Perpignan. Los franceses, abandonada la línea del Tech, se establecieron en la del Tet, esperando refuerzos.

✓ 1837. **Conquista de las líneas de San Sebastián** (GUERRA CIVIL).—Después de la retirada de Zornoza (V. 21 MARZO) á consecuencia de la desgraciada batalla de Oriamendi (V. 16 MARZO), tan desastrosa para los liberales, permaneció Espartero con su ejército en Bilbao y sus inmediaciones, y fortificada convenientemente la capital de Vizcaya, trató de llevar á cabo su primitivo plan contra las líneas de Guipúzcoa. Dejó, pues, una división en aquella provincia, y trasladando las fuerzas restantes por mar á San Sebastián, cuya operación empezó el 22 de abril, incorporándose el general en jefe el 9 de mayo, revistó el 11 las tropas, y en dicho día y el siguiente practicó un reconocimiento sobre las posiciones enemigas. Estas presentaban un aspecto formidable, extendiéndose la

primera línea por la izquierda del Urumea sobre la cordillera de Oriamendi, defendida por tres fuertes reductos y una batería, ligados por varios parapetos; mas en proyecto la anunciada expedición de D. Carlos, aprovechó éste la concentración de la mayor parte del ejército del Norte en la capital de Guipúzcoa para llevarla á cabo, dirigiéndose con dicho objeto el 12 el infante D. Sebastián con ocho batallones á Tolosa y Navarra; y aunque dejó otros trece á las órdenes de Guibelalde para guarnecer las líneas de Hernani y puntos fuertes de Irún y Fuenterrabía, cuyas tropas eran más que suficientes para defender dichas posiciones con empeño, no extremaron los carlistas la resistencia, limitándose á entretener todo el tiempo posible á los liberales, á fin de que pudiese salir tranquilamente de Navarra la expedición.

Las tropas de la Reina tomaron posiciones el 13, y al amanecer del 14 iniciaron el movimiento, consiguiendo á costa de muy pocas bajas poseer las alturas de Oriamendi á las ocho de la mañana, cayendo en seguida sobre Hernani, que estaba fortificado, aspillerado su recinto y puestos de igual modo en estado de defensa el convento de monjas, la iglesia y la ermita de Santa Bárbara. Desalojado también á las doce el enemigo de las posiciones que constituían su segunda línea, se dirigió á Urnieta, cuyo pueblo defendió contra algunos batallones españoles é ingleses, retirándose á las tres de la tarde, empujado por los nuestros, en dirección de Andoain.

Habiendo descansado el 15 en Hernani y puntos inmediatos, continuaron el 16 las operaciones sobre Irún y Fuenterrabía, abandonando dos batallones enemigos el pueblo fortificado de Oyarzun, sin intentar la resistencia. Esta fué empeñada en el primero de los puntos indicados, defendido por 460 carlistas á las órdenes del comandante D. Antonio Segura, los cuales se batieron con el mayor valor hasta las once de la mañana del 17, en que, derribada á cañonazos una de las puertas (1), dióse el asalto, penetrando á viva fuerza en el pueblo, en donde cometieron muchos excesos los soldados ingleses. La guarnición, que se había replegado al fuerte del Parque y á las casas del Ayuntamiento é inmediatas, rindióse á discreción después de haber experimentado 90 bajas y ocasionado cerca de 300 á la legión auxiliar británica del general Lacy Evans. El regi-

(1) El teniente de artillería del primer regimiento á pie, **D. Domingo Ben-
goa**, establecido con su batería en la carretera á 150 varas de dicha puerta, cayó mortalmente herido, con otros artilleros, falleciendo de sus results. Continuó el fuego D. Francisco Luján, también oficial de artillería y diputado á Cortes, incorporado al cuartel general, hasta conseguir derribar la puerta indicada.

miento de *Aragón* distinguióse, no sólo por su bizarro comportamiento en el asalto, sino también amparando á los habitantes contra los atropellos y vejaciones de los ingleses.

Terminaron en la tarde del 18 estas operaciones con la capitulación de Fuenterrabía, habiendo costado á los carlistas la pérdida de 20 piezas de artillería, gran cantidad de víveres y municiones y 800 prisioneros, comprendidos 66 oficiales. El enemigo quiso desquitarse de los anteriores descalabros atacando repentinamente aquella misma tarde, con fuerzas considerables, á la primera división, acantonada en Urnieta, y compuesta de los regimientos del *Príncipe*, *Gerona*, *Zaragoza*, *Castilla*, *Reina*, *Mallorca* y *Extremadura*, bajo las órdenes del conde de Mirasol. Después de un combate encarnizado que costó á unos y á otros más de 300 bajas, se retiraron los carlistas, rechazados á la bayoneta por las tropas liberales (EPISODIO).

Episodio.—En la acción de Urnieta, librada el 18, distinguéronse los coroneles PARRA, de la *Reina*, y MAYOL; el comandante D. MANUEL DE LA CONCHA, que fué ascendido á teniente coronel en el mismo campo de batalla por el general Espartero, testigo ocular del valor desplegado por dicho jefe; el capitán de la 4.^a compañía del 2.^o batallón de la *Reina* D. JUAN JULIÁN DE LUJÁN, y el cazador del mismo regimiento DOMINGO DÍAZ, que herido en el pecho, y sin poder levantarse del suelo, continuó sin embargo haciendo fuego al enemigo hasta que éste salió de su alcance. La compañía de granaderos del tercer batallón de la *Reina* dejó aproximar el batallón de Chapelchurris, y saliendo á su encuentro calada la bayoneta, le arrolló completamente, causándole bastantes pérdidas.

Día 19.

1409. **Expedición á Cerdeña** (GUERRA DE CERDEÑA).—Las continuas turbulencias de la isla de Cerdeña obligaron al rey D. Martín de Aragón á prestar una poderosa armada que, compuesta de 150 velas, partió de la playa de Barcelona el 19 de mayo de 1409, yendo á reforzar con una lucida hueste las tropas que mandaba en dicha isla el rey de Sicilia D. Martín, hijo del de Aragón. Abierta la campaña, marchó el animoso monarca con un ejército que pasaba de 8.000 infantes y 3.000 caballos contra San Luri, cuartel general de los sublevados, cerca de Caller ó Cagliari, á cuyo frente se hallaba el vizconde de Narbona. Confió D. Martín el mando de la vanguardia á Pedro de Torrellas, y aunque en una escaramuza salieron mal parados los catalanes que en ella tomaron parte, costando la vida á **Bernardo de Paguera** y **Bernardino de Moncorp**, dos de nuestros mejores capitanes, llegado el ejército á la vista de San Luri, se trabó la batalla con los sardos, en número de diecio-

cho á veinte mil, peleándose valerosamente por una y otra parte. El rey de Sicilia cargó al frente de la caballería á los enemigos, que fueron desbaratados y vencidos, dejando tendidos en el campo más de 5.000 hombres y en poder de los nuestros el estandarte del vizconde de Narbona con crecido número de prisioneros. Nuestras pérdidas fueron escasas, pero sensibles; pues entre otros bizarros caballeros sucumbieron como buenos, víctimas de su deber, el conceller de Barcelona **Juan Desvals**, el vizconde de Horta, **Pedro Galcerán de Pinós** y **Juan de Vilarasa**.

A tan gloriosa jornada siguió la conquista de la villa y castillo de San Luri, lograda á fuerza de armas por Bernardo de Cabrera y Bernardo Galcerán de Pinós, con muerte de más de 1.000 de los contrarios, y la rendición de varias plazas y fortalezas que estaban en poder de los sublevados. Mas la muerte del rey D. Martín *el Joven*, acaecida en Caller el 25 de julio de 1409, terminando en él la línea varonil de los condes de Barcelona, puso término por entonces á la campaña que bajo tan buenos auspicios había empezado.

1643. **Memorable batalla de Rocroy (GUERRA CON FRANCIA).**—El gobernador de Flandes D. Francisco de Melo de Braganza, inauguró la campaña de dicho año con el sitio de Rocroy, plaza importante de la Champagne, bloqueada repentinamente el 12 de mayo por el conde de Isembourg, y embestida formalmente el 15 por aquél con todo el ejército, compuesto de 14.000 infantes y 7.000 caballos, mientras el barón de Beck marchaba á sitiar con 5.000 hombres á Chateau-Renaud, sobre el Mosa, á fin de dominar completamente la navegación del río y asegurar la llegada de los convoyes frente á Rocroy. Tan pronto como Luis de Borbón, duque de Enghien y príncipe de Condé, joven entonces de veintidós años, tuvo noticia en Amiens del peligro que corría dicha plaza, se dirigió á ella por Guise, Rumigni y Bossu, reuniendo precipitadamente cuantas tropas halló á su paso, y se presentó el 18 frente á las líneas españolas con más de 23.000 hombres, de ellos 8.000 de caballería, desembocando por un estrecho desfiladero en la llanura en que está situada Rocroy, rodeada entonces por todas partes de bosques y pantanos. El ejército francés desplegó inmediatamente, y quedó formado en dos líneas, apoyando la derecha en un bosque y la izquierda en un gran pantano, con la infantería en el centro y la caballería en las alas, interpoladas entre los escuadrones compañías de mosqueteros y picas de infantería, parte de la artillería delante del centro, y otra parte en las alas protegiendo á la caballería; había además una tercera línea ó reserva, compuesta también de infantería y

caballería, alternada una con otra. Mandaba el centro francés M. de Espenan, la derecha M. de Gassion, la izquierda el mariscal de L'Hôpital, secundado por el general de la Ferté-Seneterre, y la reserva estaba á cargo de M. de Sirot, todos capitanes de crédito.

Don Francisco de Melo, que, contando rendir la plaza en breve tiempo, y no esperando pudiese ser socorrida con tanta diligencia, no había cuidado de fortificar su campo, se limitó á concentrar sus tropas y avisar al barón de Beck para que se le incorporase con las suyas, sin tratar tan siquiera de oponerse al paso del desfiladero, tan fácilmente defendible, dando al ejército la disposición siguiente. La vanguardia y cuerpo de batalla, compuestos de infantería española, italiana y borgoñona, formaron en primera línea, en el centro, y en segunda la infantería valona y alemana; la caballería en las alas, también en dos líneas; algunas mangas de mosqueteros en el bosque en que se apoyaba la izquierda, y las dieciocho piezas de artillería delante de la primera línea, dando frente á cada uno de los intervalos entre los cuerpos que la constituyan. Ejercía el cargo de maestre de campo general el conde de Fontaine ó Fontana, como le llamaban los españoles (1); mandaba la caballería del ala derecha el conde de Isembourg; la de la izquierda, D. Francisco de la Cueva, duque de Alburquerque, y la artillería D. Alvaro de Melo, hermano del general en jefe. Abrazaba el frente de batalla como una media legua, á distancia de una de la plaza de Rocroy.

En esta disposición pasaron la noche ambos ejércitos, y noticioso Enghien por un desertor francés de nuestro campo de que Melo esperaba á Beck en las primeras horas de la mañana, dió á las tres de la madrugada la orden de ataque, cuando apenas empezaba á despuntar la aurora de aquel día memorable. Puesto él mismo á la cabeza de la caballería del ala derecha, se dirigió con gran brío sobre la izquierda española; mas salióle al encuentro Alburquerque con carga tan impetuosa, que aquella fué deshecha en un instante y arrollada sobre la segunda línea, llegando nuestros bizarros jinetes hasta las piezas, de que se apoderaron. No fué más afortunado L'Hôpital en el otro extremo de la línea, pues habiendo iniciado la carga con demasiada anticipación, llegaron ya descompuestos los escuadrones franceses á chocar con sus enemigos, y fueron fácilmente derrotados, lo mismo que los de la segunda línea, quedando herido L'Hôpital, prisionero La Ferté-Seneterre, con cinco heridas de espada y pis-

(1) Algunos historiadores le han confundido con D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, que había muerto en 1610 á la edad de ochenta y cinco años. El que nos ocupa era el conde Pablo Bernardo de Fontaine.

tola, muerto La-Parre, que dirigía las piezas, y éstas en poder de los vencedores. Mas en esto, cuando ya cantaban victoria nuestros soldados echando los sombreros á lo alto, la segunda línea del ala derecha enemiga, arrollando las mangas de mosqueteros españoles del bosque, permiti-



Mayo 19.—Batalla de Rocroy.

- 1 Tercio italiano de Alfonso Strozzi.
- 2 Idem íd. de Visconti.
- 3 Idem íd. de Juan degli Ponti.
- 4 Idem borgoñón del conde de Saint-Amour.
- 5 Idem español de D. Jorge Castellvi (prisionero).
- 6 Idem íd. del conde de Garcías (prisionero).
- 7 Idem íd. (1) de D. Baltasar de Mercader (prisionero).
- 8 Idem íd. (2) del conde de Villalba (muerto).
- 9 Idem íd. de D. Antonio de Velandia (muerto).
- 10 Idem valón del maestro de campo Grange.
- 11 Idem íd. del conde de Bassignies.
- 12 Idem íd. del conde de Meghen.
- 13 Idem íd. del maestro de campo Ribaucourt.
- 14 Idem íd. del príncipe de Lagny.
- 15 Regimiento de alemanes del coronel húngaro conde Frangipani.
- 16 Idem íd. del conde de Montecuculi (prisionero).
- 17 Idem íd. del conde de Rhitberg (herido y prisionero).
- 18 Idem íd. del barón de Ambise (muerto).
- 19 Idem íd. del príncipe de Ligne.

(1) Hoy regimiento de Zamora.

(2) Hoy regimiento de Soria.

tió rehacerse á los destrozados regimientos de la primera línea y cargar de nuevo, mientras aquella continuaba la carga por el flanco, con lo cual la caballería de Albuquerque, acometida por todas partes, empezó á desordenarse, siendo al fin rota y deshecha, pudiendo ya entonces Enghien atacar furiosamente con sus escuadrones y batallones interpolados á los cuerpos de infantería de la primera línea. Nuestros infantes rechazaron la terrible embestida de los franceses, si bien á costa de grandes pérdidas, cayendo muertos gloriosamente **Fontaine**, que en una silla de manos, por sus achaques, recorría el campo, y los valerosos maestros de campo **D. Antonio de Velandia** y **D. Bernardino de Ayala**, conde de Villalba (EPISODIO I). No insistió Enghien en el ataque al ver la fiera y decidida actitud de aquellos tercios tan renombrados, y dejándolos á su izquierda marchó por retaguardia de toda la línea á atacar á Isembourg por la espalda, dejando á Gassion el cuidado de impedir se ordenasen de nuevo los desbandados escuadrones de Albuquerque, quien con sus tenientes generales D. Juan de Vivero y D. Pedro de Villamor y otros valientes capitanes como los españoles D. Juan de Borja, D. Antonio de Butrón, D. Antonio de Ulloa y D. Antonio de Rojas, el portugués D. Juan de Mascarenha y los italianos D. César Toralto y D. Virgilio Orsini, hacía esfuerzos desesperados, aunque infructuosos, para reorganizarlos y oponerlos otra vez á sus afortunados enemigos, los cuales embestían y desbarataban en el acto con fuerzas superiores cualquier grupo ordenado que aparecía en el campo. Sorprendido Melo por el audaz movimiento de Enghien, tan contrario á las reglas tácticas, no tomó disposición alguna para oponérsele y atajarle en su rápida marcha, y el joven y decidido caudillo pudo colocarse sin contratiempo alguno á espaldas de Isembourg, á cuyos escuadrones, medio diseminados por haberse entregado al pillaje, contenía ya por el frente Sirot con la reserva francesa, con lo cual fueron deshechos también sin gran trabajo después del rápido y glorioso triunfo que habían obtenido, á pesar del valor personal que desplegaron muchos de ellos, cayendo prisionero, acribillado de heridas, el heroico conde de Isembourg (EPISODIO II), y con él el conde de Beaumont, que no quiso abandonarle.

Rotas ambas alas de los españoles, quedó ya aislada y sin protección su infantería. En vano Melo, unas veces solo, otras acompañado, recorre el campo en todas direcciones, animando á los soldados y tratando de ordenar algunos cuerpos de caballos para sostenerse hasta la llegada de Beck (EPISODIO III); en vano el valiente duque de Albuquerque, espada en mano, procura secundar á su general en su peligrosa y difícil empresa (EPISODIO IV); no puede tampoco el sargento mayor de batalla D. Jacinto de Vera, con unas pocas tropas de Isembourg que quedaban todavía en

pie hacia la derecha, acudir en socorro de los infantes, como intentaba: todo es inútil. Los tercios valones y alemanes de la segunda línea, acometidos respectivamente por la caballería francesa de Condé y de Gassion con el apoyo de su infantería volante, armados sólo de picas como disponían las Ordenanzas de 1632, son destrozados unos después de otros, peleando con tanto valor que casi todos sus coroneles y capitanes cayeron muertos, y los que no mal heridos, señalándose entre los demás el capitán **Andrés de Altuna**, que se quedó solo peleando por largo rato entre los muertos, hasta que con cinco heridas mortales rindió la vida. Los tercios italianos, acometidos después, resisten largo tiempo, no menos valerosos, y se retiran al cabo, sin aguardar órdenes de nadie, hacia el bosque que cerraba por la izquierda todo el campo, altas las banderas y en correcta formación, sin que pudiese quebrantarlos la caballería enemiga. Los infantes borgoñones, que resisten algo más, son rotos también, y llega por fin su vez á los incomparables tercios españoles, tan mal empleados, pues habían permanecido inmóviles, lo mismo que la demás infantería de las naciones, cuando tan fácilmente podía haberse alcanzado el triunfo, si se la hubiese hecho tomar parte activa en el combate en el momento oportuno. Firmes en su puesto, no habían dejado de pelear desde que, rota la segunda línea, fueron atacados por el frente y por retaguardia, como los restantes cuerpos de la primera; mas ahora, solos ya en el campo de batalla, son embestidos por todo el ejército francés con el denuedo que infunde la victoria. Carga furiosamente repetidas veces la caballería francesa; procuran los infantes suizos, hábiles tiradores, desconcertarlos y diezmarlos con su mortífero fuego; reiteran unos y otros las acometidas; mas rechazados siempre por aquellas compactas masas, inquebrantables torres vivientes erizadas de picas, por entre las que mosquetes y arcabuces vomitan también fuego destructor, ni unos ni otros dan en el modo de asaltar aquella invencible muralla humana, ante la que se estrellan todos los embates del enemigo. Batidos al fin en brecha por la artillería cual si fuesen una plaza fuerte, y atacados por tres de sus caras los cuadros que resultan en los extremos, van sucumbiendo uno tras otro, aniquilados, primero el tercio de Velandia y el de Castellví, luego el de Garcís y el de Villalba (hoy regimiento de *Soria*), que desapareció casi por completo, siendo conocido después en Flandes con el nombre de *Tercio de la sangre*, por la mucha que derramó aquel día. Nuestros héroes, que tanta gloria dieron en día tan nefasto al nombre español, aparecían muertos en la propia fila y en el mismo lugar en que cada cual había combatido; y los que no habían conseguido morir, iban á tomar puesto, con levantado espíritu, en el cuadro inmediato, al ser deshecho el suyo, para continuar aquella epopeya de valor. Quedaba

ya tan sólo en pie, firme é inquebrantable cual una roca de granito, el tercio que había sido de Alburquerque (hoy regimiento de *Zamora*), y luego de D. Baltasar de Mercader, gobernado el día de esta batalla por su sargento mayor Juan Pérez de Peralta, por desempeñar en ella su jefe el cargo de teniente de maestre de campo general. A él se habían acogido los maestros de campo conde de Garcíés y D. Jorge de Castellví, con otros muchos oficiales (1) y soldados; y en él flotaban todavía las banderas de España, orgullosas y altivas por el heroísmo sublime de sus hijos, que, no pudiendo ya vencer, preferían rendir la vida antes que aquellas gloriosas enseñas de la patria, tantas veces coronadas por la victoria desde uno á otro confín del mundo. Batida la viviente fortaleza por sus cuatro caras, reparaba instantáneamente las brechas que abrían en sus compactas filas las balas de cañón y las descargas de la mosquetería, mantenida á raya la caballería contraria por aquellas temibles picas de más de veinte palmos de largo, con tal firmeza enristradas, que presentaban valladar insuperable á los acometimientos del enemigo. En vano les apostrofa Condé llamándoles *bárbaros, por llegar, como nadie, á extremos tales*; en vano les amenaza con cargar los cañones con puñados de balas de mosquete para exterminarlos, si no se rinden; aquel puñado de héroes, que hicieron para siempre inmortal el nombre de la infantería española, siguen peleando y muriendo en su puesto sin pensar en capitular, hasta que, agotadas casi enteramente las municiones, y doliéndose el mismo Condé de acabar tan desastrosamente con ellos por modo tan inhumano, mandó cesar el fuego y les envió un trompeta brindándoles capitulación. Sólo entonces, como á las diez de la mañana, aceptaron resignados su desgracia los pocos que quedaban, y el vencedor les colmó de agasajos y atenciones, envidiando su gloria inmarcesible (EPISODIO V.)

Beck, que se aproximaba en aquellos momentos por el bosque al campo de batalla, no pudo ya hacer más que reunir dispersos y retirarse, sin que los franceses pensasen en perseguirle: tan quebrantados habían quedado. Se perdieron en aquella sangrienta jornada de diez á doce mil hombres, incluso los prisioneros, con cien banderas y estandartes, la artillería y los bagajes, no siendo muy inferiores á las de los españoles las pérdidas que experimentaron los contrarios en muertos y heridos.

Episodios.—I. El capellán mayor D. CARLOS DE LANDRIANO, que iba en el cuartel general de Melo, se manifestó tan celoso en el cumplimiento de su sagrado

(1) Entre ellos el capitán D. Francisco Dávila Orejón, del tercio de Castellví, y después maestre de campo, que ha dejado una bella narración de aquel hecho glorioso en su obra *Política y mecánica militar para sargento mayor de tercio*, Bruselas, 1684.

ministerio, que, arrojando graves peligros, quiso ir á confesar al malogrado conde de Villalba momentos antes de que espirase. Atravesó sin contratiempo alguno por entre los muchos enemigos que vagaban por el campo, siendo respetado de todos ellos; mas al llegar se encontró casualmente entre el fuego del tercio y el de unos escuadrones que lo cargaban, recibiendo cinco balazos de amigos y enemigos, que le dejaron gravemente herido; pudo, sin embargo, medio'arrastrándose, realizar su santa misión, cayendo acto seguido exánime.

II. Rodeado de enemigos el valeroso príncipe alemán conde de Isembourg, con pocos de su escolta, se dispuso á vender cara su vida. Derribado del caballo en tierra, no perdió el aliento y siguió peleando con gran brío; murieron á sus pies el trompeta de órdenes que llevaba y otros criados; recibió él mismo dos cuchilladas terribles que le abrieron la cabeza hasta los sesos, y una que le cercenó la nariz hasta la boca. Ni aun entonces quería rendirse el heroico prócer, hasta que con el grueso de una carabina le rompieron el brazo derecho y cayó al suelo, en cuyo estado le cogió prisionero un soldado francés. Aun así, tan destrozado y sangriento como estaba, halló alientos todavía para sujetar al soldado que le traía prisionero y arrastrarlo á un pelotón de los nuestros que se retiraba al amparo de las tropas de Beck, haciendo luego, no obstante sus grandes heridas y pérdida de sangre, siete leguas á caballo hasta Charlemont, donde fué curado. ¡Honor á este y otros ilustres extranjeros que tan generosamente derramaron un día su sangre por nuestra patria!

III. Don Francisco de Melo, poco scertado como general de la hueste, dió en cambio señaladas muestras de valor personal. En la confusión que había en el campo de batalla, corría á toda brida tras de un escuadrón francés que pensaba era suyo, para hacerle volver cara, y habría caído prisionero á no haberle sacado de su error D. Francisco Duque de Estrada, capitán de una de las compañías de su guardia. Recorriendo sin cesar el campo, pasó por el frente de los alemanes, á los que arengó momentos antes de ser acometidos; pasó luego tres veces por delante de los italianos, tratando de reorganizar la caballería, y en una de ellas fué acosado tan de cerca por cierto escuadrón enemigo, que tuvo que refugiarse en las filas del tercio de Visconti; mas al salir por la parte opuesta, atacaba á los italianos por aquel lado un cuerpo francés de infantería, y hallóse en medio de la descarga recíproca que se hicieron unos y otros, cayendo muerto á su lado su gentilhombre **D. Pedro Pozas ó Porras**, y herido y derribado del caballo su secretario de Estado D. Jerónimo de Almeida. Los jefes superiores y ayudantes que le acompañaban fueron casi todos hechos prisioneros al ir á ejecutar sus órdenes (1); no quedaba ya á su lado más que un caballero, y así recorrió todavía el campo de un lado para otro, ani-

(1) Entre ellos D. Baltasar de Mercader, teniente de maestre de campo general; el conde Carlos Reux, que fué desmontado y preso, y el barón de Saventhen al que, muerto su caballo de un cañonazo, le pasó por encima al trote un cuerpo de caballería, saliendo por fortuna ileso. Don Antonio de Quevedo quedó también desmontado; pero, con más fortuna, pudo escapar milagrosamente de entre las manos de los franceses.

mando á todos, metido constantemente entre los franceses, que le habían hecho ya prisionero, pudiendo escapar gracias á la ligereza de su caballo; mas perseguido por todas partes, le habrían muerto sin duda alguna, á no haber de pronto abierto las filas de sus infantes el sargento mayor Juan Pérez de Peralta, del tercio de Mercader, logrando meterle dentro del cuadro, del que pudo afortunadamente salir momentos antes de capitular para recoger las reliquias de su destrozado ejército, retirándose con ellas al amparo de las tropas de Beck, hechos jirones sus vestidos y completamente chamuscado por las descargas que le hicieron, aunque sin herida alguna.

IV. El duque de Alburquerque, herido de un mosquetazo en una pierna, y dos veces prisionero, no se portó menos valerosamente, resultando heridos de gravedad, de sus capitanes, los españoles D. Francisco Morón y D. Antonio Barraquín, y los italianos D. César de Toralto, el marqués de Bentivoglio y D. Virgilio Orsini, éste mortalmente, distinguiéndose además D. Juan de Borja, que perdió en sólo un lance cuarenta caballos, y el capitán Carrillo, que cargó á los franceses al frente de un grupo de capitanes y oficiales, quedando también herido. Haciendo Alburquerque un supremo esfuerzo, corrió en busca de unas pocas fuerzas que, al mando del barón de André, quedaban todavía en reserva, y al frente de ellas y de todos los generales, capitanes y oficiales que habían ido perdiendo sus soldados en los diversos encuentros, cargó por última vez á los franceses; pero arrollado por toda la caballería de Condé, vióse forzado al fin á guarecerse en las filas de su antiguo tercio.

V. Cuando hubo capitulado el último tercio español, Enghien hincó rodilla en tierra y dió gracias á Dios por el triunfo obtenido; fué después á contemplar el cadáver de Fontaine, y rindió justo homenaje á su valor, diciendo que, *de no haber vencido, hubiera preferido concluir de igual modo*. Habiendo Melo pedido á Condé el cadáver de su maestre de campo general, dispuso el caudillo enemigo fuese conducido el 21 de mayo al campo español, situado en Fontaine-le-Eveque, desde la iglesia de Rocroy, puesto el ataúd en una de sus mejores carrozas, acompañándole los capellanes de nuestro ejército que habían caído prisioneros, á los que dejó en libertad (1).

Día 20.

1506. **Fallecimiento de Cristóbal Colón.**—Nació el eximio marino genovés en 1436. Empezó á navegar á los catorce años, y después de muchos viajes por el Mediterráneo se trasladó á Lisboa en 1470, atraído, como otros muchos aventureros de todos los países de Europa, por la fama que alcanzaban por aquel tiempo las afortunadas empresas marítimas de los portugueses. Su pasión por la ciencia geográfica, y las noticias y relaciones que adquirió allí de los navegantes y exploradores de

(1) La silla de manos que usó Fontaine en la batalla de Rocroy se conserva en el Museo de Artillería de París. Habiéndola regalado Condé al capitán Noel, comandante de dicha plaza, por su brillante defensa, pasó más adelante á ser de nuevo propiedad de la casa de Condé, hasta que uno de sus descendientes hizo donación de ella al expresado Museo.

las comarcas que diariamente se descubrían, le hicieron creer en la posibilidad de poder llegar, dirigiéndose á Occidente, á las costas orientales de los vastos y ricos territorios que constituían los últimos confines del Africa, conocidos con el nombre de Indias. Afirmóse cada vez más en su idea; pero luchando con la pobreza, que le obligaba á dibujar planos y cartas para proporcionarse lo necesario á la subsistencia de su familia, carecía de los recursos indispensables para llevar á cabo por sí empresa tan costosa. No habiendo sido aceptadas las proposiciones que hizo á don Juan II de Portugal, decidió en 1486 pasar á España en busca de un cuñado suyo que residía en Huelva, llegando con su hijo, á pie, rendidos ambos de fatiga y de hambre, á las puertas del convento de la Rábida, cerca de Moguer, donde fueron socorridos, trabando casual conocimiento con el buen padre Fr. Juan Pérez de Marchena, noble figura que debe asociarse á la gloria de Colón. La protección decidida que le prestó el venerable religioso, proporcionóle recomendaciones para Fr. Hernando de Talavera, confesor de la reina, y otros personajes de la corte, á la sazón en Córdoba. Poco propicio aquél á los proyectos de Colón, fué mejor recibido por Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, y por D. Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y gran cardenal de España, quien le procuró una audiencia con los Reyes Católicos. Estos le oyeron con interés; mas Fernando, frío y cauteloso, antes de adoptar una resolución definitiva, resolvió oír la opinión de un Consejo de sabios que se reunió en Salamanca, y ante el cual se presentó Colón, en el convento de dominicos de San Esteban. El dictamen de aquéllos fué, en general, contrario á la empresa del marino genovés, que consideraron descabellada, á excepción de Fr. Diego de Deza, después arzobispo de Sevilla, y algunos otros. Los reyes, á pesar de esto, no dejaron de darle esperanzas; así es que Colón fué siguiendo á la corte durante la guerra de Granada, asistiendo á algunos hechos de armas, distinguiéndole y proporcionándole recursos los mismos monarcas y los duques de Medinaceli y Medinasidonia, quienes no tomaron á su cargo la empresa por temor de disgustar á aquéllos. Cansado ya, y viendo que á pesar de haber terminado la guerra con la conquista de Granada nada obtenía; iba Colón á aceptar las proposiciones que le había hecho el rey de Francia; mas Juan Pérez de Marchena y los buenos amigos de Colón (1) pudieron más que el funesto Hernando de Talavera, que opuesto á la empresa procuraba constantemente dar largas al asunto, y al fin se firmó el 30 de abril en el Real de Santa Fe, frente á Granada, la capitulación ó tratado entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, por el que debían proporcionarse á éste los auxilios indispensables y se le concedían diferentes privilegios y honores.

Hechos los preparativos necesarios, llevó á cabo Colón su primer viaje (V. 3 AGOSTO), y en la madrugada del 12 de octubre de 1492 un cañonazo de la *Pinta* anunciaba la proximidad á tierra y el triunfo de Colón, que veía realizadas sus fundadas conjeturas con el descubrimiento de la isla á que dió el nombre de San Salvador, una de las Bermudas ó Lucayas. En 1493 emprendió el segundo viaje (V. 25

(1) Eran de los más entusiastas, además de Marchena, Alonso de Quintanilla, Fr. Diego de Deza y Luis de Santángel, receptor de rentas de Aragón. También doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, habló á la reina con especial interés en favor del ilustre navegante.

SEPTIEMBRE) al que siguieron otros dos (V. 30 MAYO 1498 y 11 MAYO 1502). La desgracia le persiguió constantemente en su último viaje, y al desembarcar el 7 de noviembre de 1504 en Sanlúcar de Barrameda, se encontraba tan enfermo de cuerpo como de espíritu, y casi tan andrajoso y pobre como al llegar en 1486 al convento de la Rábida. Diecinueve días después fallecía en Medina del Campo su constante protectora la buena reina Isabel, cuya pérdida llenó su alma de dolor, agravando su enfermedad. Pasó el invierno en Sevilla, y viendo la indiferencia con que se miraban sus instancias para que se le abonasen los atrasos que se le debían, se trasladó con gran trabajo á la corte, entonces en Segovia, para activar sus gestiones; pero no fué más afortunado, colmando su pena y amargura la fría ingratitud del rey Fernando. Pasó luego á Valladolid; y postrado en cama, fué empeorando de tal modo, que el 20 de mayo de 1506, día de la Ascensión, dejó de existir en la casa número 7 de la calle que lleva hoy su nombre, siendo enterrado en el convento de San Francisco, celebrándose sus exequias con gran pompa en Santa María la Antigua. En 1513 fueron trasladados sus restos al monasterio de Cartujos de las Cuevas, en Sevilla, á la capilla de Santa Ana ó Santo Cristo, y en 1536 á Santo Domingo, donde fueron enterrados, junto con los de su hijo D. Diego, fallecido en 1526, en la capilla mayor de la Catedral.

Cedida á Francia en 1795, por la paz de Basilea, la parte española de la isla de Santo Domingo, el teniente general de la armada D. Gabriel de Aristizábal, que mandaba la escuadra destinada á hacer la entrega, dispuso, de acuerdo con el gobernador D. Joaquín García, se llevasen á la Habana las cenizas de Colón, las cuales se exhumaron solemnemente el 20 de diciembre y colocaron en una caja de plomo sobredorado de media vara de longitud por otro tanto de latitud y una tercera parte de altura, y aquélla á su vez en otra de madera cubierta de terciopelo negro con franjas y flecos de oro. A las cuatro de la tarde del día siguiente fueron conducidos en el bergantín *Descubridor* á la bahía de Ocoa y embarcados en el navío *San Lorenzo*, cuyo comandante era D. Tomás de Ugarte. Llegados á la Habana en la mañana del martes 19 de enero de 1796, se llevaron á tierra con gran reverencia en una falúa enlutada, escoltada por otras dos, en una de las cuales iba una guardia de honor de marinos con bandera arrollada y cajas destempladas, y en la otra el jefe de la escuadra y demás autoridades de marina, acompañándola también tres columnas de botes de la armada cubiertos de negros crespones, ocupados aquéllos por las personas más distinguidas en el orden civil y militar. Todos los buques fondeados en bahía, y las baterías y fuertes de la plaza, hicieron las salvas y le tributaron los honores correspondientes á almirante y capitán general de la armada. En el muelle esperaban aquellos preciosos restos el capitán general D. Luis de las Casas, con su Estado mayor y demás autoridades; las tropas cubrían la carrera desde dicho punto hasta el templete conmemorativo de la primera misa celebrada en la Habana, y desde allí á la catedral. Al llegar la comitiva fúnebre al pie del obelisco, el capitán general se entregó de la caja, que se abrió á su presencia, examinando su contenido, y colocada en una gran carroza, fué conducida procesionalmente á la catedral, donde se celebraron unas solemnes exequias en que ofició el obispo D. José Felipe de Tres-Palacios, siendo después depositadas las venerandas reliquias en el presbiterio del lado del Evangelio, donde actualmente descansan los restos del inmortal genovés.

1635. **Batalla de Avenne ó Avein** (GUERRA CON FRANCIA).—Reunido en Mezieres un ejército francés de más de 20.000 hombres al mando de los mariscales Chatillon y Brezé, avanzó por el Luxemburgo, dirigiéndose sobre Thionville, con el intento de reunirse á Federico de Nassau, príncipe de Orange, y se apoderó de algunas fortalezas. Los españoles, la mitad inferiores en número, acaudillados por el príncipe Tomás de Saboya, intentaron oponerse en Avenne á este movimiento; mas atacados por tan considerables fuerzas enemigas, fueron derrotados á pesar de batirse con la mayor intrepidez, disputando con empeño la victoria, que estuvo largo tiempo indecisa. Nuestra artillería, hábilmente manejada, hizo mucho estrago en las compactas masas de la caballería francesa, que acabó al fin por imponerse á la española con su inmensa superioridad, obligándola á ceder el campo; y aunque la infantería, completamente desamparada, peleó con gran valor mostrándose digna de su fama (EPISODIO), tuvo también al cabo que retirarse en desorden, agobiada por el número. Las pérdidas de nuestro ejército consistieron en 3.000 muertos y heridos y 1.800 prisioneros, habiéndolas experimentado también los franceses de consideración.

Episodio.—Distinguióse entre todos los cuerpos de infantería, el tercio viejo de *Soria* (hoy regimiento del mismo nombre), que rodeado por todas partes, guarecióse tras de unos setos y llevó allí á cabo una resistencia heroica, peleando con el valor que infunde la desesperación. Alcanzaron muerte gloriosa los capitanes D. Francisco Bellvis, D. Juan Ramírez, D. Gabriel Cobos de Gueva, D. Diego de Guipúzcoa, D. Diego Dávalos y Toledo, D. Diego Ghazar, D. Pedro Ayala, D. Juan de Ayerbe, don Miguel de Riaño, D. Pedro Suárez, D. Sebastián Saña y don Pedro de Salazar, y cayeron prisioneros, con su maestre de campo D. Alonso Ladrón de Guevara, los capitanes D. José de Saavedra, hermano del conde de Castellar, que defendiendo heroicamente su puesto, recibió tres heridas; D. Fernando de Santiago, D. Luis del Barrio, D. Diego de Zúñiga, D. Diego de Contreras, don Juan Asensio, D. Sebastián de Sauri, D. Fermín Arias de Saavedra, D. Diego de Goñi, D. Alvaro Pérez de Navia y otros 700 hombres, quedando en poder del enemigo todas las banderas, cajas de guerra y bagajes. Los restos de este célebre tercio, que se distinguió siempre por su valor y serenidad en los combates, se refugiaron en la plaza de Tillemont.

1823. **Derrota del general francés Bessieres en las calles de Madrid** (LEVANTAMIENTO ABSOLUTISTA).—Dicho aventurero, republicano exaltado antes, furibundo jefe de facciosos realistas después, ofició al general D. José de Zayas, que había quedado en Madrid con algunos batallones para mantener el orden, su propósito de entrar en la capital el

primero con las tropas que mandaba, como vanguardia del ejército francés. Contestóle Zayas que tenía concertado un tratado de capitulación con el duque de Angulema, general en jefe de dicho ejército, y que de ningún modo le permitiría la entrada, rechazándole, si preciso era, á la fuerza. Bessieres persistió en su intento con el deseo de entregarse al pillaje con las turbas que le acompañaban, presentándose el 20 á las puertas de la villa y llegando á pénétrar por algunas calles. Entonces Zayas, que tenía ya dispuestas convenientemente las fuerzas del ejército y de nacionales, dió orden de atacar á los facciosos, que, muy superiores en número, estaban posesionados ya de la puerta de Alcalá y verjas del Retiro, siendo desalojados de todas partes en una brillante carga á la bayoneta que dieron los granaderos de *Guadalajara*, al mando del capitán de la segunda D. JOSÉ SÁNCHEZ NAVARRO, quien cogió una bandera al enemigo. Este se vió obligado á retroceder hasta las ventas del Espíritu Santo, acabando de ponerle en el mayor desorden D. Bartolomé Amor con los cazadores y la caballería, que les hizo 800 prisioneros, dejando además bastantes cadáveres en el lugar del combate.

Día 21.

1503. **Asalto y toma del castillo Nuovo** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES.—Aunque el Gran Capitán se había posesionado ya de Nápoles (V. 14 MAYO), quedaban todavía por reducir los dos castillos Nuovo y dell'Ovo, que dominan la ciudad, defendidos por una guarnición numerosa y bien abastecidos para oponer una larga resistencia. Antes de marchar sobre Gaeta, donde se habían refugiado las reliquias del ejército enemigo después de la batalla de Ceriñola (V. 28 ABRIL), dispuso Gonzalo de Córdoba que la escuadra española cerrase la entrada del puerto, y situó luego dos baterías por la parte de tierra, una en la falda del monte San Martín y otra en sitio á propósito para abrir brecha en la torre de San Vicente, fronteriza al castillo Nuovo, que fué el primero expugnado. Apoderados los sitiadores de dicha torre, la fecunda inventiva del célebre Pedro Navarro halló recurso para abrir una mina desde el punto expresado hasta debajo de la muralla del recinto exterior. Intimóse la rendición antes de dar fuego á la mina; mas no queriendo los defensores dar crédito á la amenaza de los españoles, rechazaron la intimación con gran arrogancia, confiando en lo inexpugnable de la fortaleza. Voló entonces la mina con horrible estrépito, causando mucho estrago en los que guardaban la muralla, y antes de que los franceses se recobrasen de la sorpresa y pánico que les produjo desastre tan inesperado, penetraban ya los sitiadores por el ancho paso abierto por encima de los desplomados mu-

rallones de las defensas exteriores, corriendo á los dos puentes levadizos que ponían en comunicación aquéllas con el recinto principal del fuerte. Ganaron fácilmente el uno Nuño de Ocampo y Pedro Navarro, antes de que lo levantasen los contrarios; no así el segundo, cuya ocupación dió lugar á un acto de heroísmo de Peláez Berrio, gentilhombre de Gonzalo (EPISODIO I). Entablóse entre unos y otros descomunal pelea, y aunque los franceses fueron arrollados, pudieron meterse en el castillo y cerrar las puertas, que los nuestros trataron de derribar ayudándose con hachas, picos y otras herramientas, haciéndose el combate más espantoso, pues aquéllos arrojaban sobre los acometedores, desde lo alto del muro, cal viva, piedras, aceite hirviendo y toda clase de artificios de fuego, por los cuales perecieron abrasados cincuenta españoles. Embravecidos los compañeros de éstos, redoblaron sus esfuerzos, y entrando por fin en el fuerte, degollaron á los defensores, á excepción de unos pocos que pudieron acogerse á la clemencia del Gran Capitán, quien concedió á sus soldados el saqueo como premio á su valor. El botín fué inmenso, pues el partido angevino había depositado en el castillo todas sus riquezas, creyéndolas allí seguras (EPISODIO II).

Pedro Navarro dejó de alcaide del castillo Nuovo á Nuño de Ocampo, pasando luego á atacar el dell' Ovo (V. 11 JUNIO).

Episodios.—I. Los franceses consiguieron levantar el puente á tiempo que llegaban á él por aquella parte unos pocos españoles, entre ellos PELÁEZ BERRIO, quien asido de un brazo á los maderos, se elevó con el puente, quedando colgado en el aire; mas cortando entonces las amarras con su espada, cayó de nuevo el puente, por el que pasó Berrio acompañado de otros dos soldados, conteniendo entre los tres el ímpetu de los enemigos, hasta que acudieron más españoles y consiguieron rechazarlos hacia el interior de la fortaleza.

II. Algunos soldados, menos diligentes ó afortunados, se lastimaron ante Gonzalo de lo poco que les había correspondido en el botín. Su generoso caudillo, dando rienda suelta en aquel momento de entusiasmo á la licencia militar, dijoles: *Id á mi alojamiento; ponedlo todo á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna.* No necesitó más la soldadesca, y lanzándose al magnífico palacio del príncipe de Salerno, que seguía el partido de Anjou, ocupado entonces por Gonzalo, y que estaba ricamente alhajado, se apoderó en un momento de los suntuosos muebles, pinturas y otras preciosidades que lo adornaban, sin perdonar efecto alguno, ni aun las cortinas y comestibles, así como los vinos de su abundante y rica bodega; bien es verdad que alguna gente del pueblo ayudó á nuestros desenfrenados soldados en su fructífera y poco decorosa tarea.

1544. **Batalla de Cerisoles** (GUERRA CON FRANCIA).—Al invadir en dicho año el Piamonte un ejército francés al mando de Francisco de Bor-

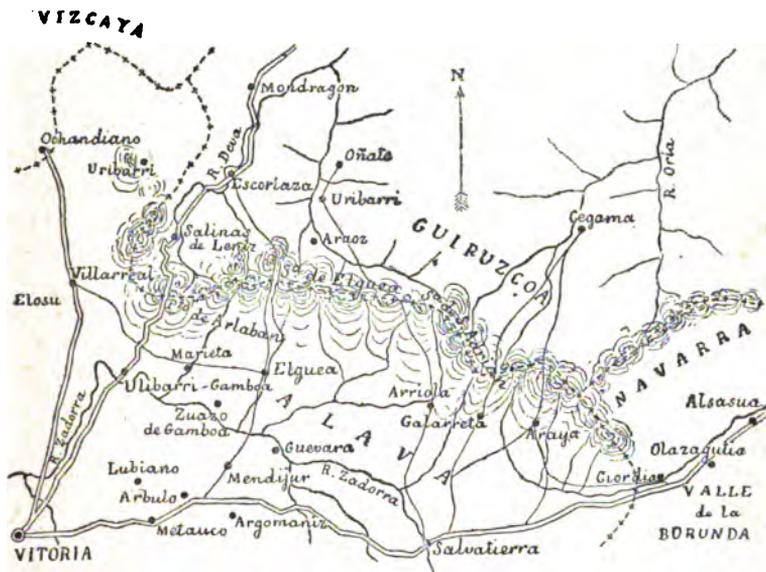
bón, duque de Enghien, quiso apoderarse á viva fuerza de Carignan, punto importante como nudo de comunicaciones del Milanésado; mas habiendo sido rechazado, estableció el bloqueo de la plaza, contando rendirla por hambre. Acudió á socorrerla el marqués del Vasto, pasando al efecto á la izquierda del Po, y llegó frente á Cerisoles, entre cuyo punto y Carmagnola se extendía el ejército sitiador, estableciendo sus tropas en una sola línea sin reserva alguna, formados los piqueros en tres gruesos escuadrones de seis y ocho mil hombres, interpolada entre ellos la caballería, que cubría también las alas; al frente los arcabuceros, y la artillería, en una sola masa, en el centro. El ejército francés formó en un orden análogo, y aunque su infantería era inferior bajo todos conceptos á la imperial, en cambio tenía mejor caballería y más lucida.

Empeñóse la batalla con bastante fortuna por nuestra parte, pues la derecha española logró arrollar á la izquierda enemiga y apoderarse de doce piezas de artillería; mas en su impetuoso é imprudente avance dejó sin apoyo el centro é izquierda, que fueron perdiendo terreno, acometidos á su vez por los franceses. Ordenó entonces el marqués del Vasto cargase su caballería á las vencedoras tropas del duque de Enghien; pero saliéndole al encuentro la enemiga, volvieron grupa nuestros jinetes antes del choque, desordenándose y acabando de desordenar á la infantería. El marqués del Vasto, herido en un muslo, no se cuidó, ni le era fácil tampoco, de restablecer el combate, y huyó á uña de caballo, dejando tendidos en el campo ó en poder del enemigo más de 10.000 hombres, como también la artillería, bagajes y tiendas. La vanguardia, á la que correspondió formar el ala derecha en la línea de batalla, quedó toda prisionera. Los franceses experimentaron unas 4.000 bajas.

✓ 1836. Operaciones sobre las líneas de Arlabán (GUERRA CIVIL).

—Suponiendo el general Córdova que los carlistas tenían en las posiciones de Arlabán, tan ensangrentadas cuatro meses antes (v. 17 ENERO), una línea de sólidas fortificaciones, se preparó á avanzar el 13 hacia Villarreal y Arlabán; mas tuvo que diferir la marcha por la falta de subsistencias, cuya dilación hizo se enterasen los enemigos del proyecto y concentrasen fuerzas numerosas en los puntos amenazados. No desistió por esto de su plan el caudillo liberal, y modificándolo convenientemente, circuló el 20 las órdenes necesarias, poniéndose en marcha el 21 muy temprano las tropas de la Reina por los caminos de Francia, Vizcaya y otros secundarios, en dirección de Arlabán. Corrieron presurosos los batallones carlistas á ocupar sus puestos, creyendo que, como en enero, iban aquellas posiciones á ser atacadas de frente, cuando de pronto, como á tres cuartos de

legua del enemigo, variaron súbitamente de dirección á la derecha las cabezas de las columnas, dirigiéndose rectamente hacia el castillo de Guevara. Córdoba hizo alto en Mendijur, y luego por Argomaniz tomó el camino real de Salvatierra, en cuyo pueblo y los inmediatos pernoctó el ejército, destacando una fuerte columna en dirección de la Borunda, sobre el propio camino. Al ver Egüa, general en jefe del ejército enemigo, la dirección que tomaban las fuerzas de Córdoba, dispuso que Villarreal,



Mayo 21.—Operaciones sobre las líneas de Arlabán.

con siete batallones y el escuadrón de Alava, marchase lo más cerca posible del flanco izquierdo enemigo, en observación suya, y él siguió el movimiento con el grueso de las fuerzas por las crestas de los montes, paralelamente al camino que llevaban los liberales, abandonando las posiciones de Arlabán.

Continuóse el 22 resueltamente la marcha hacia la Borunda, por la carretera de Pamplona, y creyendo entonces los carlistas que Córdoba se dirigía á Navarra, se dividieron en columnas de dos y tres batallones para trasladarse más rápidamente á la boca de la Borunda y hacerle frente en las magníficas posiciones que, cubiertas entonces de bosques, ofrecía allí el terreno. A las doce y media del día, cuando se acentuó bien el movimiento del enemigo, dispuso Córdoba que Espartero, Oráa y Rivero, que

mandaban respectivamente la retaguardia, centro y vanguardia, variasen rápidamente de dirección á la izquierda, para atacar á los carlistas en su marcha de flanco, y coronasen la sierra de San Adrián. Aquellas tres divisiones, fuerte cada una de doce ó más batallones, atacaron entonces con decisión á los carlistas, que diseminados y sorprendidos por tan inesperada acometida, no pudieron reunirse ni oponer en parte alguna fuerzas numerosas; sólo Villarreal logró concentrar algunos batallones entre Arriola y Galarreta, y defender con empeño las posiciones, de que fué arrojado al fin á la bayoneta por Espartero, que mandaba la izquierda; y aunque Eguía trató de acudir en auxilio de Villarreal, contramarchando con el grueso de sus tropas, fué contenido en su intento por la división Rivero, que formaba la derecha y había ocupado algunas alturas dominantes, logrando interponerse entre unos y otros. Los carlistas, peleando aislada, pero valerosamente, contra fuerzas tan superiores, fueron retirándose hacia Cegama, combatiendo siempre, y acabaron por ceder el campo y las cumbres de San Adrián, por las que treparon animosos los soldados liberales, habiéndose distinguido, batiéndose en primera línea, los regimientos de *Gerona* (1) y de *Córdoba*, compuestos entonces casi exclusivamente de catalanes, y otros cuerpos. La fábrica que los carlistas tenían en Araya fué incendiada. Murieron gloriosamente en esta acción el capitán **D. Fernando Malibrán**, ayudante del general en jefe, y el de la misma clase **D. Marcelino Oráa**, hijo único del general del mismo apellido (2). El general enemigo D. Simón de la Torre, que hizo frente á las tropas de Espartero, perdió el caballo, y al montar otro resultó mal herido en el pie de un balazo, que le derribó en tierra. El ejército liberal vivaqueó en las alturas conquistadas, con frente á Guipúzcoa, formando en primera línea una parte de la infantería en batalla, cubierta con grandes guardias y puestos avanzados; en segunda la caballería, á los flancos de la artillería, concentrada en medio, y en tercera línea el resto de la infantería. El ejército enemigo, que había quedado en su mayor parte del lado de Alsasua, empezó durante la noche á replegarse hacia los alrededores de Oñate, donde pernoctó Eguía.

(1) Su bravo coronel D. Leopoldo O'Donell cayó con el brazo izquierdo atravesado y roto por un balazo.

(2) Al comunicarle el general en jefe al día siguiente pérdida tan dolorosa, contestó el angustiado padre, con la fortaleza de un héroe espartano: *Diga usted á la Reina que siento no tener otros hijos para ponerlos á su servicio.....* Dos horas después se presentaba el anciano guerrero á sus batallones con el semblante sereno; mas nadie volvió ya á verle sonreír desde que perdió á su hijo, única forma en que se manifestó su dolor (*Córdoba, Mis memorias íntimas*).

El 23 se pusieron las tropas liberales en movimiento en dirección de Arlabán, siguiendo la divisoria de las aguas, guardando toda clase de precauciones, y sin disparar un tiro fueron ocupadas las posiciones que tanto empeño tenía el enemigo en conservar, para lo cual las había fortificado con algunas trincheras y obras de campaña de poca importancia, estableciéndose y pasando la noche los diferentes cuerpos del ejército en aquellas altas cumbres á medida que iban llegando; el último batallón de la retaguardia, mandado por D. Manuel de la Concha, no se incorporó hasta el amanecer del 24. Las tropas contrarias siguieron su movimiento de concentración; Egüa, dando la vuelta por Mondragón, fué á pernoctar en Escoriaza, y Villarreal lo hizo en Araoz, preparándose para el combate del día siguiente.

No bien entrado el día 24, se empeñó una acción general en aquellas alturas, que fueron atacadas por los carlistas con su acostumbrado brío. Espartero, que mandaba la izquierda, atravesó el camino real y, posesionándose de una altura que hay encima de Salinas de Leniz, descendió á este pueblo, de donde desalojó al enemigo, persiguiéndole con tanto ardor, que Córdova tuvo que mandar dos ayudantes á fin de que le detuviesen; entonces se replegó por escalones hacia Villarreal de Alava, distinguiéndose en la izquierda los dos batallones del *Príncipe*, que dieron impetuosas y brillantes cargas á la bayoneta, y en la derecha los de *Mallorca*, *Extremadura* (1) y uno de la *Guardia-real*, cuyas fuerzas, mandadas por el brigadier coronel de *Extremadura*, D. Rafael Ceballos Escalera, de la división Rivero, rechazaron tres veces consecutivas los ataques del enemigo á la posición que ocupaban en el alto de Anguita, que supieron conservar á pesar de los reiterados esfuerzos de Villarreal para arrojarlos de ella. El regimiento de *Gerona*, por un pundonor mal entendido, cometió un acto de insubordinación; mas volvió pronto por su honor, portándose como de costumbre (EPISODIO). Ambos ejércitos vivaquearon en sus posiciones respectivas, á tiro de fusil uno de otro, extenuados de fatiga, hambrientos y arrecidos de frío.

Al día siguiente 25 se abandonaron, después de destruir las obras de defensa, todas las posiciones de Arlabán, que ocuparon inmediatamente los carlistas, pernoctando Egüa en Escoriaza y Villarreal en Marieta. El ejército de la Reina se reconcentró en Villarreal y camino de Vitoria, y el 26 emprendió la retirada, volviendo á la capital de Álava y cantones inmediatos, donde el general Córdova dirigió á sus tropas una poéti-

(1) Perdió á su comandante D. Manuel González Zabala, con otros 20 muertos y 149 heridos.

ca alocución, diciéndoles *habían subido más alto que las nieves de mayo, y que desde las elevadas cimas de los puertos de Aranzazu y San Adrián habían visto volar las águilas á sus pies*. Las bajas en estos combates pasaron de 600 por cada parte.

Episodio.—Estando el general en jefe hablando con el general portugués barón das Antas, presentóse un oficial de Estado mayor á decirle que el regimiento de *Gerona*, ofendido por no haber obtenido la posición de extrema vanguardia que creía corresponderle en la acción, se había insubordinado y no obedecía á nadie, y que bajo el fuego de los carlistas ni avanzaba ni quería retirarse, sordo completamente á la voz de sus jefes y oficiales, los cuales se habían visto obligados á separarse de filas. Encargó entonces á su hermano el coronel Córdova tratase de restablecer la disciplina en aquel brillante cuerpo, y volando dicho bizarro jefe, seguido de un batallón de *Castilla*, por si era necesario imponerse por la fuerza, adonde estaba el regimiento de *Gerona*, encontróse efectivamente disperso y sin contestar al fuego del enemigo, al que procuraban contener algunos otros cuerpos. Reunió el coronel Córdova á los jefes y oficiales, y al frente de ellos dirigió la palabra á aquellos valientes soldados, diciéndoles: *¡Hace dos días habéis perdido á vuestro coronel (O'Donnell), y ya le habéis olvidado! ¿Qué dirá cuando conosca vuestra conducta? ¿Qué dirá el ejército del regimiento de GERONA? El general en jefe me envía á vosotros para que os reúna, os forme y os lleve á pelear; que en todas las posiciones y en cualquier puesto GERONA sabe recoger laureles.* Entusiasmados los soldados con aquella arenga, aclamaron al coronel Córdova y al general en jefe, y formando ya á la voz de sus oficiales, arremetieron con el enemigo, que avanzaba envalentonado, obligándole con su formidable empuje á retirarse al fondo del valle sin esperar el choque.

1838. **Correrías del jefe carlista Balmaseda (GUERRA CIVIL).**—Inauguró el cabecilla carlista D. Juan Manuel de Balmaseda sus correrías por Castilla, sin temor á las fuerzas que mandaba el brigadier don Javier de Ezpeleta, con la sorpresa del coronel Mayols, en Ontoria, en la noche del 20 al 21 de mayo. Para efectuarla, mandó á su gente ponerse una camisa por encima para distinguirse de los enemigos, y cayó por distintos puntos sobre el pueblo, haciendo frecuentes descargas acompañadas de gritos descompasados para simular fuerzas más numerosas. Amedrentados los soldados liberales, se defendieron débilmente desde sus alojamientos, entregándose prisioneros á las voces de que había cuartel; sólo la casa que habitaba el coronel Mayols hizo una tenaz resistencia, que no cedió cuando fué el edificio entregado á las llamas. Ardía la casa por tres partes distintas, y sin embargo sus heroicos defensores siguieron batiéndose desesperadamente; algunos, no queriendo morir abrasados, salieron á buscar la muerte entre las filas enemigas; los restantes resistieron hasta el momento en que iba á desplomarse el edificio, y entonces se entregaron. Hizo Balmaseda prisioneros en Ontoria á 499 soldados y 27

oficiales, número no inferior al de los vencedores, cogiendo además armas, municiones, caballos y otros efectos. Promovióle D. Carlos al empleo de brigadier.

Perseguido por las columnas de Albuñ, Valderrama y Coba, continuó, no obstante, sus operaciones por las inmediaciones de Burgos; recorrió el valle de Esgueva; se dirigió después á Montejo, entre Arévalo y Olmedo; pasó el Duero por el vado de Puente Viejo, una legua de Roa, entrando luego en Monasterio de la Sierra y en Monasterio de Gamonal, de cuya guarnición se apoderó el 3 de julio. Quiso hacer frente en Rollo y en Hinojosa, á tres leguas de Soria, á la columna de Albuñ; mas éste no aceptó el combate. Corrió el 21 de julio á las llanadas de Castilla, pasó á Ayllón, de allí á Riaza, se apoderó de un convoy de lienzo y cinco mil pares de zapatos en la carretera de Madrid, á dos leguas de Aranda, y cayendo repentinamente sobre Cuéllar, su guarnición (22 hombres) se encerró en la torre de la iglesia de San Miguel, que fué pasto de las llamas; entonces los defensores, viendo que su jefe no les permitía rendirse, lo cogieron y arrojaron por la torre, entregándose acto seguido los asesinos, que se alistaron en las filas carlistas.

Continuó luego sus correrías por Quintanilla, Olivares, Aza, San Martín de Rubielos y Nava, cuyos nacionales fueron desarmados; volvió á pasar el Duero por la parte de Soto, llegó el 26 de julio á Velilla, y á pesar de la persecución de que era objeto y que le obligaba á hacer precipitadas marchas, recorriendo tan pronto las sierras como los llanos, invadió comarcas feraces y pueblos de importancia, hasta los que se presentaba de improviso, como sucedió en Roa, cuyo pueblo fué asaltado rompiendo unos las puertas y trepando otros por diferentes puntos, y en Arévalo, donde aprehendió bastantes nacionales. Después de descansar en Riaza y pasar por Santa María de Nieva y Carboneros, salvó el Duero por el puente de Gormaz, y se dirigió á San Leonardo y Cobaleda á dar algún descanso á su gente. Acosado de cerca por las columnas de Albuñ y de Coba, aprovechó una ocasión oportuna para caer sobre ésta en la noche del 2 de septiembre, en Quintanar de la Sierra. La columna liberal fué completamente destruída el día 3, después de batirse con el mayor heroísmo, pues sucumbieron 246 hombres entre las llamas ó á manos de sus implacables enemigos; Coba se entregó con once heridas de gravedad, y los míseros prisioneros (19 jefes y oficiales y 300 soldados pertenecientes al regimiento de infantería de *Borbón* y al 1.º de ligeros de caballería) fueron en su mayor parte fusilados por pelotones en el mismo día (1); sólo perdonó Balmaseda á los heridos, que con Coba fue-

(1) El soldado Ambrosio Alvarez, de la sexta compañía del tercer batallón de

ron conducidos á Canicosa (2). El 5 de octubre fué por fin batido en Campo de Lara, haciéndole los liberales cerca de 300 prisioneros entre jefes, oficiales y tropa, y rescatando 53 de los sorprendidos en Ontoria. Permaneció luego Balmaseda hasta el 17 en Orduña, y aunque volvió á Castilla la Vieja con 470 caballos y 400 infantes, tuvo que regresar pronto á las Provincias Vascongadas sin haber realizado hecho alguno de importancia.

Día 22.

1213. **Toma de Alcaraz** (GUERRA CON LOS MOROS).—Conseguida la victoria de las Navas de Tolosa, púsose al año siguiente otra vez en campaña Alfonso VIII de Castilla con las banderas de Madrid, Guadalajara, Cuenca y Uclés, apoderóse luego de Dueñas, á la falda de Sierra Morena; ocupó otras varias plazas, y avanzó sobre Alcaraz, que se rindió también á las armas cristianas el 22 de mayo después de porfiada resistencia, si bien con el auxilio de las tropas de Toledo, Maqueda y Escalona.

1485. **Rendición de Ronda** (GUERRA DE GRANADA).—Llegada la primavera de 1485, abrió el rey Fernando la campaña de dicho año saliendo de Córdoba el 5 de abril con un ejército de 30.000 infantes y 9.000 caballos, encaminándose hacia la frontera granadina con todas las precauciones que requiere la marcha por país enemigo. Un lucido cuerpo de caballería exploradora precedía á la vanguardia, que convenientemente flanqueada, cubría la marcha del grueso del ejército, el cual avanzaba en tres líneas, que constituan el centro, derecha é izquierda; la retaguardia, que como el centro estaba compuesta de tropas escogidas, protegía un inmenso convoy de víveres y municiones. Los capitanes más ilustres formaban parte de aquella poderosa hueste: el alcaide de los Donceles, el duque de Alburquerque, el conde de Miranda, el capitán Pedro de Vaca, el duque de Medinaceli, D. Hurtado de Mendoza, el capitán Pedro Carrillo de Albornoz, el conde de Cabra, el capitán Sancho de Rojas, D. Pedro Manrique, duque de Nájera, Diego López de Ayala, Luis Fernández Por-

Borbón, quedó ileso en la descarga que se dirigió al grupo á que pertenecía, y se hizo el muerto hasta que pudo escapar.

(2) Don Carlos, para perpetuar la memoria de este hecho de armas, creó por orden de 21 de septiembre una medalla de forma cuadrangular, de oro para los jefes y oficiales, y de plata para la tropa, que se llevaba pendiente de una cinta negra en su centro y encarnada en los costados.

tocarrero, Pedro Ruiz de Alarcón, D. Gutierre de Cárdenas, el marqués de Cádiz, D. Juan Manrique y otros.

La primera operación que llevó á cabo el rey Católico fué el castigo de los habitantes de Benamejí, que habiéndose declarado mudéjares ó vasallos de Castilla, habían formado después causa común con el enemigo. Tomada la población por asalto, fueron ahorcados los principales moradores, llevados cautivos los demás y arrasada aquélla. Pasó luego á Coín, que se rindió, no sin oponer antes tenaz resistencia, habiendo muerto heroicamente en el asalto **D. Pedro Ruiz de Alarcón y D. Tello de Aguilar**. Siguió á la toma de Coín la de Cartama y otras villas. Pensando ya en la conquista de Málaga, desistió por de pronto de ello por su extraordinaria fortaleza, y decidióse por la ocupación de Ronda, capital de la serranía de su nombre, situada en terreno muy accidentado, teniendo á su espalda las fragosidades abruptas de la sierra; al Norte el precipicio que aun hoy se llama el Tajo; y rocas escarpadas, coronadas de robustas murallas torreadas, defendíanla á Oriente y Poniente, teniendo sólo acceso la plaza por la parte Sur, que ponía á cubierto de una agresión el imponente Alcázar. La empresa era, pues, de suyo difícil y expuesta á un descalabro, y más estando defendida la plaza por el valiente Hamet el Zegri con sus gomeres; pero el rey Fernando, con verdadero genio militar, resolvió la cuestión con el mayor acierto y sin contratiempo alguno. Para ello hizo correr la voz de que se dirigía á Loja, tomando efectivamente el camino de los prados de Antequera, con lo cual salieron apresuradamente de Ronda algunas fuerzas de la guarnición ansiosas de combatirle; entonces marchó con la mayor rapidez hacia dicha plaza el marqués de Cádiz con 8.000 infantes y 3.000 caballos, cercándola inmediatamente para impedir la entrada de los que habían salido, y apenas terminó el rey Católico su marcha por el Guadalhorce abajo, hacia Teba, despachó al conde de Benavente con otros 4.000 peones y 2.000 caballos para reforzar á las tropas anteriores, al mismo tiempo que protegían la marcha de la artillería por aquellos difíciles caminos. De este modo pudo ponerse sobre Ronda todo el ejército cristiano sin haberse perdido un solo hombre.

Establecidas tres baterías con toda la artillería disponible, rompieron contra los dos arrabales, alto y bajo, fuego tan certero y eficaz, que en cuatro días destrozaron la parte superior de tres torres, así como los pretiles y almenas del muro en una gran extensión, lo cual permitió al valeroso conde de Benavente y al no menos esforzado maestre de Alcántara atacar impetuosamente el arrabal alto y desalojar de él al enemigo, después de una resistencia obstinada, habiéndose distinguido notablemente el alférez JUAN FAJARDO (EPISODIO). El arrabal bajo fué también atacado

y tomado, lo mismo que la torre de Mercadillo, medio destruída por las fuerzas del Condestable. Dueños los cristianos de los arrabales, hicieron adelantar las baterías para concentrar el fuego sobre el Alcázar donde la guarnición, perdida toda esperanza de socorro y amedrentada por el terrible fuego de la artillería que amenazaba destruir también el castillo, del mismo modo que lo habían sido las defensas exteriores, apelaron á la magnanimidad del Rey, al que se sometieron, recobrando la libertad más de 400 cautivos cristianos.

A la conquista de Ronda siguió la entrega inmediata de Monda, Gaudín, Casarabonela, Marbella y otras muchas villas y fortalezas.

Episodio.—Mientras los soldados de Castilla penetraban por las brechas, y avanzando á cuerpo descubierto por las calles iban peleando y desobstruyéndolas de los maderos, faginas, cadenas y otros materiales tras de los cuales se defendían los sitiados con obstinación heroica, vióse con sorpresa y admiración á un caballero cristiano que, ayudado por algunos de sus compañeros, había conseguido escalar una casa, y encaramándose después de tejado en tejado, llegaba hasta la cúpula de la mezquita principal, en la que plantó su bandera, proclamando con voz estentórea á los Reyes Católicos. Dicha heroica hazaña, llevada á cabo por el alférez JUAN FARDO, hizo cesar la resistencia de los moros en los arrabales.

1596. **Capitulación de La Fere** (GUERRA CON FRANCIA).—Bloqueada estrechamente la plaza por Enrique IV, su gobernador Alvaro Osorio se defendió largo tiempo, hasta que muy apretada la guarnición por el hambre, devorados ya los caballos y los perros, y perdida toda esperanza de socorro, recibió del archiduque Alberto orden de capitular. Los defensores salieron en dirección de Cambrai al son de pífanos y atambores, desplegada la bandera y conduciendo un cañón de batir con todo su atalaje.

1663. **Rendición de Evora** (GUERRA DE PORTUGAL).—En el sitio de dicha plaza, que capituló el 22 de mayo, se distinguieron los tercios, hoy regimientos, de *Guadalajara* y *Toledo*, al mando respectivamente de sus maestros de campo D. Rodrigo Mogica y D. Diego Fernández de Vera. Nombrados, con el tercio de Urbina, para el asalto del convento fortificado del Carmen, una de las obras exteriores, en cuanto la voladura de un hornillo construído al pie del muro por el ayudante de ingenieros D. Ambrosio Borsas con sus minadores, abrió en aquél una brecha bastante ancha, aunque de difícil acceso, se lanzaron intrépidamente al ataque los valientes soldados de dichos tercios. Marchaba á la cabeza de *Guadala-*

jara su sargento mayor con tres mangas de mosqueteros y quince zapadores para facilitar el paso, seguidos por otras tres mangas de arcabuceros mandadas por el capitán D. Tomás de Cabanillas, y después de más de tres horas de sangriento combate, consiguieron los españoles apoderarse del convento, si bien con bastantes pérdidas, pues perecieron de este tercio un centenar de soldados con el capitán **D. Melchor de Landa**, y al mismo Mogica alcanzó una bala que afortunadamente resbaló por el peto de su coselete, valiendo á *Guadalajara* su heroico valor el nombre de *Tercio de los Tigres*, con que fué conocido en lo sucesivo. Del tercio de *Toledo* penetró el primero por la brecha el ayudante don Juan de Francisco, seguido de dos mangas de arcabucería al mando del capitán D. Francisco Barahona, peleando con igual valor que sus compañeros de *Guadalajara*.

1809. **Sitio de Lugo** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Con el intento de atacar á Lugo, donde mandaba el general francés Fournier, avanzó el general D. Nicolás Mahy desde el Navia con su división, una de las del ejército de Galicia, que mandaba el marqués de la Romana, compuesta de 6.000 infantes y 200 caballos, quedando la otra división, á cargo de D. Martín de la Carrera, en la Puebla de Sanabria. Llegó el general español hasta el monasterio de Meira, y siguiendo avanzando, tropezó el 17 de mayo la vanguardia, capitaneada por D. Gabriel de Mendizábal, en FERIA de Castro, á dos leguas de Lugo, con una columna enemiga de 1.500 hombres, que se vió obligada á meterse en la ciudad. Salió animoso al día siguiente el gobernador francés con la mayor parte de sus fuerzas, y las dispuso en una línea, apoyando la izquierda en los muros de la plaza y la derecha en un pinar inmediato, contando con escarmentar á los nuestros; mas acometióle valerosamente Mahy con su gente, dividida en dos columnas, guiadas por los generales Mendizábal y Taboada, junto con los 200 jinetes que mandaba D. Juan Caro, quedando una pequeña reserva á las órdenes del brigadier Losada, de cuya fuerza formaba parte un grupo simulado de caballería, constituido por cierto número de infantes montados en las acémilas. Pelearon unos y otros con bravura; mas como al dar una carga la caballería enemiga distinguiese á lo lejos los improvisados jinetes de la reserva, no consideró prudente empeñarse demasiado, y volviendo grupas desconcertó á los infantes, corriendo precipitadamente los enemigos todos á guarecerse en la ciudad, perseguidos con tal ardor, que varios catalanes de tropas ligeras se metieron dentro al mismo tiempo que ellos, teniendo después que descolgarse por las casas pegadas al muro, con ayuda de los vecinos. Tuvieron los franceses pérdidas de consideración, contándose entre las

de los españoles varios oficiales distinguidos, como el teniente coronel de *León* **D. José García Olloqui** y el comandante de ingenieros **D. Pedro González Dávila**, que murieron gloriosamente. A pesar de este descalabro, rechazó Fournier la intimación de Mahy, por lo que formalizó éste el cerco de la plaza, que estaba rodeada de una antigua y elevada muralla, flanqueada por torreones; mas la aproximación del ejército del mariscal Soutl, que se retiraba de Portugal, obligó á los españoles á replegarse á Mondofiedo el 22 de mayo, desistiendo por entonces de la empresa.

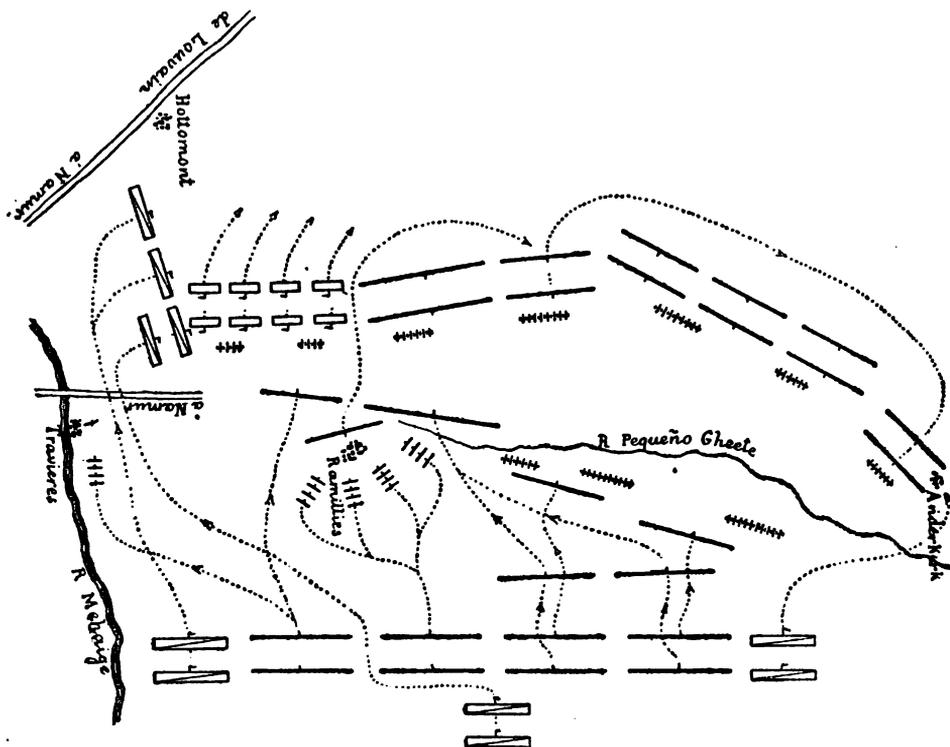
Día 23.

1432. **Expedición de catalanes y aragoneses á Túnez** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Descando el rey de Aragón Alfonso V (IV en Cataluña) continuar su empresa de la conquista de Nápoles, hizo los preparativos necesarios, reuniendo en el puerto de Barcelona la armada, que se componía de 26 galeras y nueve naves gruesas á cargo del almirante Ramón de Perellós; mas temeroso de que el rey de Castilla, aliado con la casa de Anjou, fuera contra Aragón, rompiendo la tregua si anunciaba él su intento, manifestó que pasaba á sus estados de Sicilia para desde allí acometer una empresa contra los moros de Túnez.

Salió la expedición de Barcelona el 23 de mayo de 1432, y fué á tomar tierra en dicha isla, de donde hizo rumbo á la de los Gerbes, frente á la que llegó el 15 de agosto, ocupando desde luego el puente que la une al continente. El rey de Túnez, que estaba á dos jornadas de dicho punto, acudió con su hueste á defender sus estados, y se entabló la pelea, acometiendo catalanes y aragoneses con tal bravura, que fueron ganando y deshaciendo, una tras otra, las cinco barreras ó parapetos que habían levantado los moros hasta la tienda del emir. Este apenas tuvo tiempo de salvarse á todo correr de su ligero caballo, y por espacio de tres millas tierra adentro siguieron los cristianos alanzando á los fugitivos, que dejaron el campo encharcado de sangre en muchas partes, y en poder de los vencedores una riquísima tienda del monarca tunecino, 22 piezas de artillería, gran número de prisioneros y un botín considerable. Como consecuencia de esta gloriosa jornada, que costó la vida á **D. Juan Fernández de Heredia** y otros capitanes de cuenta, pasó á formar parte de los dominios de Aragón la isla de los Gerbes, cuyos habitantes prestaron obediencia al rey Alfonso. Distinguiéronse en la empresa Ramón de Perellós, D. Juan, conde de Vintimiglia, Jimeno Pérez de Corella, Juan de Salt, Francisco Belvis y Gutierre de la Nava.

1706. **Batalla de Ramillies** (GUERRA DE SUCESIÓN).—Al mariscal de Villars, tan entendido en el arte de la guerra, había sucedido en el mando

del ejército de Flandes el de Villeroi, el cual tenía por competidor, como jefe del ejército enemigo, al célebre general inglés duque de Malborough, verdadero genio militar. Acaudillaba éste 60.000 imperiales (ingleses, holandeses, austriacos y daneses), formando un total de 73 batallones y 123



Mayo 23.—Batalla de Ramillies.

escuadrones, con 120 piezas de artillería, y su adversario el de Villeroi disponía de 62.000 franceses, españoles y bávaros (74 batallones, 128 escuadrones y 130 piezas). A mediados de mayo había Villeroi concentrado su ejército hacia Tirlemont, y Malborough tenía el suyo cerca de Lootz, entre Saint-Trond y Tongres. Creyendo aquél que el enemigo intentaba dirigirse a Namur, decidió oponérsele en el camino de dicha ciudad, lo cual visto por Malborough, le salió al encuentro, chocando ambos ejércitos cerca de la aldea de Ramillies. Las ocho columnas en que marchaban los imperiales desplegaron en dos líneas, la infantería en el centro, la caballería en las alas y parte de ésta (20 escuadrones daneses) en reserva,

detrás del centro. Las tropas borbónicas habían formado también en dos líneas, ocupando 20 batallones á Ramillies, con algunas fuerzas en Travieres y toda la caballería en el ala derecha.

Comprendiendo Malborough por un ligero reconocimiento que la altura donde está situado Hottomont era la llave de las posiciones contrarias, simuló un vigoroso falso ataque al ala izquierda, con el objeto de que debilitase el enemigo su derecha, hacia donde pensaba dar el ataque principal. Empeñóse vivo combate de artillería, distribuída en grandes masas por el frente, y al ver Villeroy amenazada su izquierda, envió algunos batallones del centro hacia Anderkirk, reemplazándolos con otras tropas del ala derecha, lo cual produjo algún desorden en su línea de batalla. Conseguido el objeto que se proponía Malborough, no titubeó ya un momento: mandó cuatro batallones á apoderarse de Travieres, avanzando á su altura la caballería del ala izquierda, al propio tiempo que 16 batallones del centro, divididos en cuatro columnas, caían sobre el pueblo de Ramillies. Empeñóse entonces sangrienta y ruda pelea; Travieres es tomado por asalto á la primera embestida; la caballería danesa, que se había trasladado al ala izquierda, coge de flanco á los infantes fugitivos, carga en seguida sobre la marcha, con la del ala izquierda, por el flanco de la borbónica, que á la segunda acometida se desordena y pone en fuga; Ramillies cae en poder de los imperiales; las fuerzas borbónicas que lo defendían son acuchilladas ó prisioneras en su mayor parte; avanza también el centro de los austriacos, y aumentando extraordinariamente la confusión en el ala derecha de las tropas de Felipe V, que se ve envuelta por todas partes, cede el campo y huye en el desorden más espantoso, arrastrando en su fuga á las fuerzas restantes, siendo acuchilladas unas y otras largo trecho por los jinetes enemigos. Las pérdidas de los franceses, españoles y bávaros, se elevaron á cerca de 20.000 hombres, con casi toda la artillería, los bagajes y 120 banderas y estandartes, no llegando á 6.000 las de los contrarios.

Esta funesta batalla decidió la contienda en los Países Bajos, cuyas plazas se rindieron casi todas al enemigo con escasa resistencia ó á la primera intimación, y en el corto espacio de un mes había perdido definitivamente nuestra patria aquellos ricos territorios de Flandes, tan empapados de sangre española.

-
1808. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—Después del levantamiento del 2 de mayo en Madrid, las tropas de ingenieros que se encontraban en Alcalá de Henares, á menos de cinco leguas del grueso del ejército francés, fueron las primeras en alzarse el 23 de mayo contra el poder de Napoleón, cuando aun no

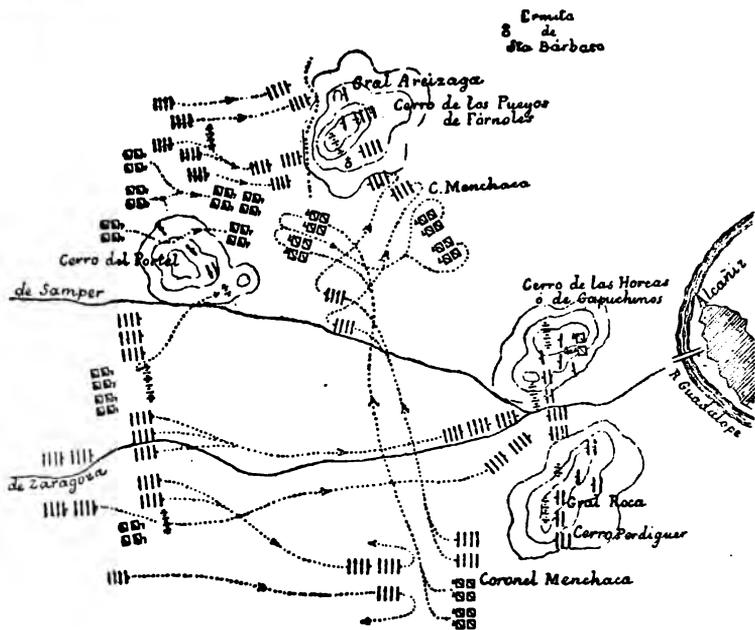
se sabía que provincia alguna hubiese proclamado la independencia (1). Dichas tropas, formando un batallón de 600 á 700 hombres, con sus oficiales y bandera, llevando consigo la caja del cuerpo, que contenía millón y medio de reales, se dirigieron á Valencia en cuanto supieron su levantamiento, y fueron recibidos allí con el entusiasmo consiguiente á su patriótico proceder, habiendo despreciado las proposiciones y amenazas que les hizo Murat para que volviesen á Alcalá. En 1816 se creó un escudo de distinción para conmemorar dicho hecho.

✓ 1809. **Batalla de Alcañiz** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Organizado en Tortosa el llamado segundo ejército de la derecha ó de Aragón y Valencia, de cuyo mando se encargó el general D. Joaquín Blake, salió éste de dicho punto el 7 de mayo, en cuanto supo habían disminuído considerablemente las fuerzas enemigas que ocupaban el primero de dichos reinos, y tomando la dirección de Zaragoza con unos 9.000 hombres (500 de caballería), obligó el 18 á la división francesa del general Laval á evacuar á Alcañiz. El general Suchet, que acababa de tomar el mando del III cuerpo, mandado antes por Junot, tuvo noticia de ello en Zaragoza el 20, y deseando escarmentar á Blake, salió sin pérdida de tiempo de la capital con casi toda la segunda división, marchando á reforzar á la primera, que era la de Laval, concentrada en las alturas de Híjar, reuniendo entre ambas 10.000 infantes y 800 caballos. Los españoles habían tomado posiciones en las alturas inmediatas á Alcañiz, ocupando el cerro de los Pueyos de Fórnoles, en la derecha, el general Areizaga; el cerro de las Horcas, en el centro, Blake y su segundo el marqués de Lazán, con casi toda la artillería, á cargo del brigadier del arma D. Martín García Loigorri, y la izquierda, apoyada en el cerro ó cabezo de Perdíguer, el general Roca. A la izquierda de éste, y un poco avanzado, se situó el coronel don Martín González de Menchaca, con la caballería y su columna, al abrigo de unos olivares.

A las seis de la mañana del 23 apareció el enemigo por los caminos de Zaragoza y de Samper, retirándose, á su aproximación, la vanguardia española que regía D. Pedro de Tejada. Los franceses atacaron primeramente nuestra derecha, sobre la que se dirigieron, precedidas de fuertes guerrillas, dos columnas, una de frente y la otra hacia la cañada que había en su flanco, con ánimo de envolverla; mas fueron rechazados fácilmente, replegándose con orden y algunas pérdidas, perseguidos por las tropas de Areizaga. Pareciendo que el enemigo persistía en su intento,

(1) Asturias fué la primera provincia que declaró la guerra á los franceses, lo cual tuvo lugar el 25 de mayo.

ordenó entonces Blake que la columna de Menchaca y la caballería hiciesen una diversión por el centro y cargasen de flanco á los contrarios, si intentaban un segundo ataque á los Pueyos, como sucedió efectivamente, avanzando de nuevo los franceses con su acostumbrada bizarría. Trató de acometerlos en aquel momento la caballería española; pero algo desordenada por las descargas de los infantes situados en la falda del cerro del



Mayo 23.—Batalla de Alcañiz.

Portel, de las que cayó herido su jefe el brigadier D. Miguel Ibarrola, salió al encuentro de nuestros jinetes la caballería imperial, muy superior en número y calidad, y no pudiendo resistir la carga, retrocedieron aquéllos al abrigo de los infantes de Menchaca, replegándose unos y otros ordenadamente á la línea de batalla bajo la protección de las tropas de la derecha. Los enemigos acometieron ya sin obstáculo alguno, con la mayor decisión; pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la firmeza de los soldados de Areizaga, en su mayor parte aragoneses, que por segunda vez los escarmentaron, obligándolos á desistir definitivamente de su empresa.

A pesar de este revés, no perdió Suchet la esperanza de conseguir el

triunfo con que pensaba inaugurar su mando, y formando una gruesa columna de más de 2.000 hombres con las tropas que no habían tomado todavía parte en el combate, la lanzó, guiada por el valiente general Fabre, contra el centro de los españoles, mientras los demás cuerpos franceses amenazaban y tenían en jaque á las restantes tropas de las alas para que no acudiesen en auxilio de aquél. Arma al brazo, con gallardo continente y resuelto paso, avanzaron los imperiales por el llano, sin alterar un instante su correcta formación, á pesar del fuego de la artillería y de la infantería españolas, que se hacía más vivo y certero á medida que se iban aproximando; mas nada contiene la furia francesa, y arrolladas las guerrillas, caían ya los enemigos sobre el cerro de las Horcas, manifestando su confianza en la victoria por los hurras y entusiasmo que los animaba, cuando á pocos pasos de las piezas vacila la columna, se detiene y entrega momentos después á la fuga más desordenada. El fuego vivísimo de los infantes de *Saboya, América y Valencia*, y sobre todo el de metralla de la artillería española, brillantemente dirigida por el brigadier García Loigorri y servida con una firmeza, serenidad y sangre fría imponderables, había barrido materialmente las primeras fracciones de la columna y desbaratado las demás, dando la victoria á nuestras armas. Abandonaron los franceses por la noche el campo, en el que dejaron unos 500 cadáveres, pudiendo por lo tanto suponer que se elevaron sus bajas á 1.500, sin que pasasen las nuestras de 300. Blake, con fundada prudencia, siendo su caballería escasa y floja, no se atrevió á perseguir á Suchet en su movimiento retrógado hacia Zaragoza, adonde llegó el general francés el 30 con sus tropas bastante desmoralizadas (1).

El brigadier García Loigorri, que se había distinguido ya notablemente en las derrotas de Llinás, de Molins de Rey y de Valls, obtuvo el 1.º de junio siguiente, por su incontrastable denuedo y bizarría, el empleo de mariscal de campo, á los ocho meses de su ascenso á brigadier, y posteriormente la cruz laureada de San Fernando (de cuarta clase), la primera que brilló en el uniforme del cuerpo.

Por esta gloriosa batalla se creó en 14 de mayo de 1815 una cruz de distinción, teniendo la forma de la de San Andrés. Sus brazos, esmalta-

(1) Cerca ya de Samper de Calarda, bastó el infundado grito de alarma de un tambor de que llegaban los españoles, para que echasen á correr los soldados franceses, particularmente los de la primera división, que iba en cabeza, poseídos de pánico tal, que tiraban unos sobre otros, entrando en dicha villa revueltas y mezcladas todas las armas, y en la confusión más espantosa. Fusilado el tambor, detúvose dos días Suchet para restablecer algún tanto la disciplina, y así pudo entrar en Zaragoza sin dar á conocer su vencimiento.

dos de rojo, rematan en un globito de oro; en su parte superior tiene una corona de laurel, y entre los brazos una llama de color de fuego y sangre, formando su centro un óvalo en campo blanco con la cifra *Fernando VII* en letras de oro, y alrededor del óvalo un círculo dorado con esta inscripción: *Alcañiz*. Se llevaba pendiente de una cinta roja.

1839. **Acción de la cantera de Utrillas** (GUERRA CIVIL).—(V. 11 JUNIO.)

Día 24.

1516. **Brillante defensa de Brescia** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la batalla de Marignan, ganada el 14 de septiembre por franceses y venecianos sobre los suizos, se apoderaron aquéllos de Milán, rindiendo Pedro Navarro (1) su célebre castillo, y los segundos, mandados por Juan Jacobo Tribulcio, por haber fallecido durante el sitio de Verona Bartolomé de Albiano, su anciano y renombrado caudillo, fueron á sitiar la plaza de Brescia. La artillería veneciana abrió en breve tiempo brecha considerable en sus murallas, y dado el asalto, fueron rechazados los sitiadores y puestos en el mayor desorden, cuya circunstancia aprovecharon los sitiados para hacer una salida, sumamente gloriosa, pues lanzándose 1.500 españoles y alemanes, armados sólo de espadas, sobre los atribulados enemigos, destruyeron los carretones que servían para conducir las piezas, tomaron en hombros las más pequeñas, que fueron arrojadas al foso; inutilizaron ó quemaron las municiones todas, y regresaron á la ciudad sin haber perdido un solo hombre (2). Los venecianos no tuvieron más remedio que levantar el cerco, si bien momentáneamente.

Reforzados por los franceses con 3.000 caballos y 6.000 infantes, se dirigieron de nuevo sobre la plaza; mas amotinados los últimos, alemanes de nación, por no querer hacer armas contra sus compatriotas, que formaban parte de los defensores, fueron relevados por 5.000 gascones, al mando de Pedro Navarro, quien dirigió las operaciones del sitio, empleando todos los recursos de su fecundo talento é inventiva para rendir la ciudad. Apeló primero á la estratagema de socavar la muralla junto á los cimientos, poniendo puntales de madera para sustituir á las piedras que se sacaban, y entre ellos faginas cubiertas con una mezcla de pez, aceite

(1) Al servicio ahora del rey de Francia, porque prisionero en la batalla de Rávena (V. 11 ABRIL), no quiso el rey Católico pagar su rescate, por lo cual se *desnaturalizó*, como se decía entonces.

(2) Así lo refieren los historiadores italianos de aquel tiempo.

y pólvora, con lo cual, prendido fuego á estas sustancias combustibles, quedaron carbonizados los puntales, viniendo al suelo un lienzo completo de muralla; mas los sitiados levantaron como por encanto nuevos parapetos con los escombros de las ruinas producidas por los sitiadores, haciendo estéril todo su trabajo. Empleó después Pedro Navarro las minas, artificio en que era tan hábil y versado; pero también los defensores, muy vigilantes, supieron oponerse á este medio de destrucción, pues averiguando el sitio que ocupaban las galerías (1), emprendieron trabajos de contramina, llevados á cabo con tanto acierto, que inutilizaron constantemente los del enemigo.

Preciso fué ya, para poder rendir la plaza, que viniese sobre Brescia todo el ejército francés, al mando de Odetto de Foix, señor de Lantrec, y arrasadas casi completamente las murallas por la poderosa artillería de los sitiadores, resguardada tras de sólidos atrincheramientos, fué asaltado el recinto por cinco puntos distintos, en todos los cuales fueron rechazados con grandes pérdidas. Mas agotados ya los víveres y la pólvora, y reducidos los defensores escasamente á unos 700 soldados españoles, por las muchas deserciones que habían ocurrido, casi en su totalidad de alemanes, el bravo gobernador Icart consideró no podía prolongar más tiempo tan heroica defensa, y capituló el 24 de mayo, con las más honorosas condiciones que obtuvo jamás guarnición alguna, saliendo de la plaza tan animosa y arrogante por delante de los escuadrones enemigos, que éstos parecían más bien vencidos que vencedores: tal era la vergüenza y despecho que manifestaba su semblante al considerar que aquel puñado de valientes había resistido por tanto tiempo la furia de dos ejércitos aguerridos y dotados con los elementos más poderosos de ataque que se conocían en aquella época.

1822. Desgraciada batalla de Pichincha (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE COLOMBIA).—Reforzado el ejército del general venezolano Sucre con alguna fuerza que le enviaron desde Guayaquil al puerto de Buenaventura, tomó la ofensiva y marchó de Babayo sobre Cuenca, en donde se le reunió la división auxiliar del Perú, que al mando de Santa Cruz envió San Martín, para ayudar la empresa de los colombianos contra Quito. Continuaron su marcha los independientes en los primeros días

(1) Para ello se tendían en tierra en los sótanos de los edificios, aplicando el oído al suelo; ponían sobre éste tambores con naipes y dados, ó lebrillos con agua, para ver si el parche ó el líquido experimentaban algún movimiento con la trepidación del piso, á los golpes de los minadores, ó empleaban otros medios más ó menos eficaces para el objeto.

de mayo, y habiendo logrado destruir un cuerpo realista que le salió al encuentro, se apoderaron de Riobamba, población de importancia sobre la vía de Quito, adonde se dirigieron ya resueltamente. El ejército español, mandado por el general Aimerich, se hallaba acampado al pie del Pichincha, habiéndosele incorporado la guarnición de la inmediata ciudad de Quito; mas atacado con el mayor vigor el día 24 de mayo por el enemigo, antes de que se hubiese establecido en las posiciones convenientes, la artillería contraria, perfectamente situada, consiguió con su fuego desordenar una división compuesta casi exclusivamente de españoles europeos, con lo cual las demás tropas, que eran americanas, viendo ceder al cuerpo principal, se desbandaron, perdiéndose la batalla, á pesar de los esfuerzos del general Aimerich. La mayor parte de las fuerzas españolas rindió las armas; las demás se refugiaron en la capital. Quedaron prisioneros 160 jefes y oficiales y 1.200 individuos de tropa, y en poder de los vencedores 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, las banderas y todo el bagaje; tuvieron además los realistas la pérdida de 400 muertos, entre ellos un hijo del general Aimerich, joven capitán muy aventajado, y 200 heridos, consistiendo la del enemigo en 200 de los primeros y 150 de los últimos, siendo superior el número de muertos al de los heridos por la furia con que se peleó al principio del combate.

La capital de Quito capituló al día siguiente 25 de mayo; la mayor parte de los soldados americanos fueron incorporados al ejército independiente, y los europeos se comprometieron á no tomar las armas contra las Repúblicas de Colombia y del Perú. El reino de Quito quedó, pues, entonces incorporado á Colombia, y ésta separada definitivamente de la madre patria.

- ✓ 1837. **Batalla de Huesca** (GUERRA CIVIL).—Encargado el general **D. Miguel Iribarren**, que ejercía el cargo de virrey de Navarra, de perseguir la expedición de D. Carlos (V. 15 MAYO), salió tras ella de dicha provincia el 17 de mayo, aproximándose al Ebro para impedir su paso, si lo intentaba el enemigo. Hizo una marcha forzada desde Tudela á Tauste; llegó el 22 á Zuera, donde dió descanso á sus tropas; pasó el 23 el Gállego, se dirigió por Alcalá á Almudévar, donde llegó en la mañana del 24, y después de racionar sus fuerzas, se encaminó á Huesca, á cuyo punto pensaba llegar antes que los carlistas; mas éstos habían entrado en la ciudad á las doce de la mañana, de lo que tuvo conocimiento Iribarren sobre la marcha, y cuando él llegó á la vista de la capital del Alto Aragón, á las dos de la tarde, se estaba alojando el enemigo, muy ajeno de tener tan cerca á los liberales. Aquél se apresuró á ocupar la ermita de San

Jorge, sobre un cerro escarpado y de bastante elevación, y cubrió de gente las posiciones exteriores de la ciudad, dejando formados en masa entre ésta y la ermita cuatro batallones; al propio tiempo destacó parte de su caballería con alguna infantería sobre nuestra vanguardia. Iribarren dispuso la infantería de su ejército en tres columnas, la de la derecha, al mando del brigadier francés Conrad; la del centro, al de D. Antonio Van-Halen, y la de la izquierda bajo su inmediata dirección, y en esta formación esperó el resultado del reconocimiento que ordenó practicase el brigadier **D. Diego León y Navarrete**, jefe de la caballería (1), con parte de las fuerzas de su mando, apoyadas por alguna infantería. Mas aquel valeroso caudillo, sobrino del conde de Belascoain, *cegando su razón el ardimiento que le hacía insigne*, olvidó las instrucciones que había recibido de no empeñar combate desventajoso, y cargando lanza en ristre á la cabeza de su escuadrón de coraceros de la *Guardia Real*, arrolló á las guerrillas contrarias y fué á chocar con formidable empuje contra los batallones enemigos, que le recibieron con terrible fuego, resguardados en gran parte tras de las tapias del pueblo, encontrando allí el malogrado **León** la muerte de los bravos, víctima de su imprudente arrojo, no sin haber dejado antes por su propia mano fuera de combate á once enemigos (2). Sus soldados, diezmados también, agítanse inútilmente en los lodazales del campo, regado el día antes y cortado por zanjas numerosas, y rota y deshecha la caballería, busca el amparo de sus infantes, que ceden del mismo modo, volviendo la espalda al enemigo. Entonces el valiente **Iribarren**, viendo aquel desastre, ordena avancen las tres columnas; enardécese la pelea, en la que toman sucesivamente parte las fuerzas carlistas que van saliendo del pueblo por todas partes, al abrigo de las tapias y cercas que lo rodean; pónese aquél al frente de otro escuadrón y acomete espada en mano, y ciego de ira por la muerte de su amigo, á los escuadrones contrarios, deseando vengarle; mas recibe mortal lanzada, y aunque se le escapa la vida por el herido costado, *vuelve á sus tropas con semblante sereno y callado dolor* (3), para animarlas y seguir peleando. Menudean las cargas á la bayoneta; búscanse unos á otros con

(1) Se componía aquella de dos escuadrones de lanceros, dos de coraceros, dos de granaderos y uno de cazadores, todos de la *Guardia Real*, y un escuadrón de *Borbón*; en total, 800 caballos, lo más florido y brillante del arma. Los carlistas sólo tenían 700 malos caballos.

(2) Terminada la batalla, hizo recoger y sepultar honrosamente su cadáver el coronel carlista D. Tomás de Reina, con quien había servido **León** en la *Guardia Real* de caballería.

(3) Marqués de San Román, testigo presencial.

febril saña, cual si fuesen enemigos mortales, olvidando todo sentimiento humanitario; prodíganse por una y otra parte actos de heroísmo (EPISODIO); mas al cabo, envalentonada la caballería carlista con la rota de la liberal, carga repetidas veces y consigue desordenar las dos alas, que no habiendo podido avanzar simultáneamente, tienen que replegarse; y aislando el centro, compuesto del veterano 2.º regimiento de granaderos de la *Guardia Real* de infantería y del 2.º batallón de *Africa*, forma con la mayor prontitud tres cuadros de batallón, que se retiran escalonados, protegiendo la reunión de los dispersos é imponiendo con su heroica serenidad y gran precisión táctica al enemigo, que después de reiteradas cargas, no pudiendo romper aquellos reductos animados, cesa en la persecución. A las once de la noche entraban en Almudévar los vencidos, tristes y apesadumbrados, conduciendo ya sin esperanzas de vida á su general, que murió al día siguiente (1). Las bajas entre uno y otro campo se aproximaron á 2.000, contando entre las de los carlistas al general Sopelana, herido; al brigadier D. Pascual del Real, también herido; al coronel D. Manuel García Segovia, del 4.º de lanceros, que murió algunos días después en el hospital de Ager (Cataluña); al coronel Puértoles, que falleció también de resultas de la amputación de un brazo; al de la misma clase D. José Hermosilla, muerto sin querer por sus mismos soldados, en la confusión de la lucha, y á los capitanes Puente, Prade y Salazar, con otros extranjeros.

El segundo regimiento de granaderos de la *Guardia Real* y el segundo batallón de *Africa*, que salvaron con su heroísmo los restos del ejército liberal, recibieron la corbata de San Fernando para sus gloriosas banderas, habiéndose concedido también más adelante en el campo carlista la misma señalada distinción á los batallones de *Gutas* 9.º, 10.º y 12.º de Navarra, que fueron los que sostuvieron al principio todo el peso del combate, dando tiempo á que saliesen del pueblo las fuerzas restantes.

Episodios.—El bravo Iribarren, dando ejemplo de un valor tan funesto entonces para él como para la patria, deshizo un batallón rebelde, después otro que reforzó al primero y por último á un escuadrón de Manolín, del que apenas quedaron veinte hombres, dejando por sí mismo tendidos á cinco enemigos. Dos batallones carlistas que recibieron la primera carga quedaron reducidos á 400 hombres. Capitán hubo que, muerto su caballo, dió la carga á pie, espada en mano; y los lanceros que se veían desmontados en medio de la pelea, metíanse de igual modo entre las masas

(1) En el Museo de Artillería se conserva (núm. 1.916) un sable que perteneció á aquel desventurado general, víctima de nuestras tristes discordias civiles.

enemigas hasta encontrar la muerte, con una ceguedad que rayaba en frenesí. Otros soldados penetraron en el pueblo á través de las granizadas de balas que caían por todas partes, preguntando á gritos por el palacio episcopal, que era la mansión de D. Carlos, adonde pretendían llegar para darle muerte, encontrándola ellos muy gloriosa al querer llevar á cabo tan imprudente y temeraria empresa.

Día 25.

995. **Batalla de Alcocer** (GUERRA CON LOS MOROS).—Los desastres sufridos por las naciones cristianas de la Península en las repetidas invasiones del terrible Almanzor, en particular por Castilla, la más castigada por el célebre caudillo árabe, hicieron que el conde **García Fernández** llamase en su auxilio al rey de Navarra. Aun no habían acabado de reunirse las tropas aliadas entre Alcocer y Landa, cuando ya caía sobre ellas la caballería de Almanzor, sosteniéndose todo el día 24 la pelea con igual arrojo y denuedo por ambas partes, á pesar de la notable inferioridad numérica de las huestes cristianas. Continuó la lucha al romper el alba del siguiente día 25, y al poco rato la vanguardia sarracena comenzó á cejar; entonces castellanos y navarros, sin prudencia alguna, se precipitaron sobre las tropas contrarias, que creían derrotadas; pero aquel simulado desorden y retirada era solamente un lazo; bien pronto se vieron envueltos por las dos alas y por la caballería enemigas, y á pesar del valor desplegado por los caballeros cristianos, no tardó en declararse en sus filas la confusión más espantosa, entregándose á una fuga desordenada, durante la cual fueron acuehllados por los jinetes sarracenos. El mismo conde **García Fernández** quedó muy mal herido en poder del enemigo, falleciendo de sus resultas el 30 de mayo, cinco días después de tan desastrosa batalla. Su cadáver, encerrado en una preciosa caja de madera tallada, perfumado y envuelto con ricas telas de escarlata y oro, fué enviado desde Córdoba por Almanzor á Castilla, acompañándole hasta la frontera una escolta de honor.

1085. **Conquista de Toledo** (GUERRA CON LOS MOROS).—Reducido el reino moro de Toledo sólo á la capital, y talada su fértil y hermosa vega, trató ya Alfonso VI de recobrar la antigua corte de los reyes godos. Reunió para ello un lucido ejército, al que se agregaron contingentes de distintas naciones, tanto de la Península como del resto de Europa, con ilustres caudillos, figurando en primer término el rey Sancho I de Aragón, el famoso Ruy Díaz de Vivar (el *Cid Campeador*), el valeroso D. Pedro Anstréz, señor de Valladolid, y su hermano D. Diego, señor de Astorga, Alvar Fafiez de Minaya, émulo y compañero del Cid, Pedro Paleólogo,

conde de Constantinopla, y otros renombrados caballeros. Formaban parte de la hueste cristiana muchos vasallos de Alfonso, leoneses y castellanos; las mesnadas y vasallos de los señores nombrados y de los condes de Bureba (1), de Besanzón, de Tolosa y de Borgoña, y muchos nobles franceses.

Al llegar la primavera del año 1085, establecieron los cristianos su campo en la vega, dirigiendo el Cid el cerco y circunvalando completamente la ciudad, que sufrió bien pronto los estragos del hambre. Los siniestros augurios anteriores, que tenían bien presentes los moros (EPISODIO I), y las revueltas provocadas por los muzárabes y judíos, acabaron con el poco aliento que les restaba, y dejándose dominar por el fatalismo oriental, se resignaron con su suerte, firmándose á mediados de mayo la capitulación bajo las siguientes condiciones: Que el Alcázar y los puentes, con la huerta denominada del Rey y todas las puertas de la ciudad, pasarían á poder de Alfonso VI; que el rey moro quedaría en libertad y podría ir á establecerse en Valencia, la que le ayudaría á recobrar el rey de Castilla y de León; que quedarían también en libertad todos los musulmanes que quisiesen acompañar á su soberano, pudiendo llevar consigo cuanto les perteneciese; que ningún musulmán de los que quedasen en Toledo sería molestado en el ejercicio de su religión, á cuyo fin se le dejaba para el culto su mezquita mayor (2), pudiendo disponer ampliamente de todos

(1) El malogrado **D. Gonzalo Salvadores**, muerto dos años antes á traición por los moros en el castillo de Grados.

(2) Al año siguiente, la intolerancia religiosa del arzobispo de Toledo Bernardo, francés de nación, estuvo á punto de producir serios disturbios. Aprovechándose de la ausencia de Alfonso VI y alentado por la reina Constanza, su compatriota, mandó una noche derribar las puertas de la mezquita y sacar fuera todos los objetos del culto musulmán, que fueron reemplazados apresuradamente por algunos altares, colocando también en la torre una campana. Al rayar el alba se enteraron los moros de aquel escandaloso atropello, y aunque manifestaron su disgusto, no alteraron la tranquilidad, confiando en que el rey Alfonso VI les haría justicia. Efectivamente, apenas recibió aquél en Sahagún la noticia, sin detenerse un instante, tomó el camino de Toledo, con la firme decisión de castigar severamente á los culpables, sin excluir á su misma esposa. Salieron á recibirle procesionalmente y cubiertos de luto los más ilustres personajes de la corte, y al divisarle se postraron todos de rodillas para calmar su enojo; pero costó gran trabajo obtener el perdón, cediendo sólo cuando los musulmanes unieron sus súplicas á las de los cristianos. La alegría entonces fué general; se estableció el culto de los moros, y para perpetuar la memoria de la pacífica solución que tuvo un hecho tan expuesto á un trágico desenlace, se instituyó la fiesta de Nuestra Señora de la Paz, que desde entonces se celebra el 24 de enero.

sus bienes; que continuaría administrándoseles justicia, y serían juzgados con arreglo á sus leyes, por sus mismos cadtes, y últimamente, que no pagarían más contribuciones ó tributos al rey Alfonso que los que hasta entonces habían pagado á los reyes moros. Estas estipulaciones, escritas en latín y en árabe, fueron firmadas por Alfonso VI, por Yahia Al-Kadir Billah y por varios magnates cristianos y musulmanes.

Por fin, el domingo 25 de mayo de 1085, entró triunfante el rey Alfonso VI en Toledo por la antigua puerta de Bisagra (hoy tapiada), llevando á su lado al Cid Campeador, y acompañado del rey de Aragón y de los más ilustres caballeros de su ejército, pasó luego por la que se halla entre la del Sol y la ermita del Cristo de la Luz (EPISODIO II), llamada puerta Agilana por haber sido edificada durante el reinado de Agila, y desde entonces portillo de la Victoria, y se dirigió al Alcázar, donde recibió en corte. No se detuvo mucho tiempo el rey en Toledo, pues dejando de guarnición en la ciudad á mil hidalgos castellanos y leoneses, y por alcaide al Cid Campeador, salió él á continuar sus conquistas por la cuenca del Tajo.

Episodios.—I. Desposeído Alfonso de su reino de León por su hermano Sancho II, encontró generosa hospitalidad en Toledo, donde reinaba á la sazón Almanmán. Cuenta la crónica que, regresando un día éste á la capital, acompañado de su destronado huésped, una ráfaga de viento encrespó por tres veces consecutivas, al entrar en la ciudad, los abundantes cabellos de Alfonso, formando con ellos á manera de diadema real alrededor de su frente. Apresuróse el monarca moro, asaltado por supersticioso presentimiento, á bajar por su propia mano sobre las sienes del leonés su enhiesta guedeja, y hasta llegaron los cortesanos á aconsejar á su señor diese muerte á Alfonso; pero el noble rey de Toledo no quiso manchar su conciencia con infamia tal, limitándose á hacer jurar á Alfonso que jamás haría armas contra Almanmán y sus sucesores. Cuando aquél se vió rey de Castilla, modificó su juramento, prometiendo que no intentaría nada contra su bienhechor Almanmán ni contra su hijo Hixem; así es que, una vez muerto éste, se consideró ya desligado de su juramento, y fué cuando emprendió la conquista del reino moro de Toledo.

II. Apenas acababan de trasponer la puerta Agilana, se arrodilló el caballo del Cid al llegar á la altura de la ermita, y viniendo á tierra un trozo de pared que había á mano derecha, dejó al descubierto las sagradas imágenes del Santísimo Cristo de la Luz y de la Virgen María, alumbradas por una lámpara de aceite. Dichas imágenes habían sido ocultadas allí, para librarlas de profanaciones, al caer la ciudad en poder de los moros después de la batalla del Guadalete, juntamente con la lámpara encendida, que con sólo una panilla de aceite estuvo luciendo los 373 años que permaneció Toledo en poder de los infieles. Alfonso VI dispuso entonces que la primera misa se celebrase en dicha ermita, y como no hubiese cruz en ella, arrancó la roja que en su escudo campeaba, la misma que hoy se ve en la clave del arco que separa la capilla del cuerpo de la iglesia, con esta leyenda debajo: *Este es*

el escudo que dejó en esta ermita el rey D. Alfonso VI cuando ganó á Toledo. Así lo refiere la tradición.

1734. Batalla de Bitonto (CONQUISTA DE NÁPOLES).—Al tener noticia el conde de Montemar de que iban aumentando considerablemente las fuerzas imperiales que había en el territorio de Bari, marchó audazmente contra ellas con 12.000 hombres, deseando batirlos antes de que estuviesen en disposición de tomar la ofensiva. El enemigo esperaba á los españoles en la fuerte posición de Bitonto, teniendo la derecha apoyada en el pueblo de dicho nombre, el frente cubierto por unas tapias muy sólidas de cinco pies de elevación, cerrando la caballería la extremidad izquierda de esta línea, que se extendía por espacio de un cuarto de legua. El ejército de Montemar, dividido en siete columnas, cuatro de caballería y tres de infantería, precedidas éstas de gran número de gastadores para derribar las tapias, avanzó resueltamente sobre las trincheras enemigas.

Empeñó la acción nuestra caballería cargando con tan terrible empuje á la imperial, que ésta se desbandó en seguida en el mayor desorden, siendo perseguida y obligada á refugiarse dentro de Bari. Los infantes españoles asaltaron simultáneamente las tapias; pero la infantería austriaca, firme en su puesto, á pesar de haber sido abandonada por la caballería, sostuvo serenamente la acometida, y sólo los reiterados esfuerzos del conde de Maceda pudieron obligar al enemigo á replegarse con mucho orden sobre Bitonto, aunque sin ceder completamente el campo, hasta que, acometido de nuevo, se vieron algunos cuerpos obligados á rendir las armas. Las fuerzas que se habían encerrado en Bitonto y en Bari se entregaron también prisioneras con los generales Pignatelli y Radotzki, apoderándose los vencedores de todas las banderas, caballos, municiones y vituallas del ejército imperial, que experimentó la pérdida de 1.200 muertos y heridos y 8.000 prisioneros, logrando salvarse sólo el virrey Visconti y el general Traun, con unos pocos oficiales y escaso número de soldados. Los españoles tuvieron 800 bajas, y su caudillo el conde de Montemar fué agraciado con la grandeza de España.

Visconti pudo llegar sano y salvo á Pescara; mas no considerándose seguro allí, se encerró el 1.º de junio siguiente en Ancona. La plaza de Gaeta, tenida por inexpugnable, tuvo también que rendirse á los pocos días al infante D. Carlos.

1811. Sorpresa de Arlabán (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Habiendo sabido el célebre guerrillero D. Francisco Espoz y Mina, que el mariscal Massena se dirigía á Francia con un rico convoy de 150 coches

y carros y con 1.042 prisioneros ingleses y españoles, custodiados por 1.200 hombres, se emboscó en la madrugada del 25 de mayo en las escabrosidades del puerto de Arlabán, sobre la carretera que va de Vitoria á Irún, á cuyo punto se dirigió, marchando de noche con el mayor sigilo, diseminada su tropa por desfiladeros y sendas extraviadas, á fin de no llamar la atención del enemigo. Caminaban confiados los franceses sin sospechar tan siquiera la presencia del terrible caudillo á quien tanto temían, cuando de pronto, habiendo dejado Mina pasar tranquilamente la vanguardia de la columna, cayó repentinamente sobre el grueso de ella con la mayor parte de sus fuerzas. Los contrarios, aunque sorprendidos, no dejaron de defenderse con gran valor, agrupados alrededor del convoy, y sólo á las tres de la tarde terminó la refriega. Aquel, valuado en cuatro millones de reales, cayó todo en poder de los españoles; los prisioneros fueron liberados, y los franceses perdieron 800 hombres, entre ellos 40 oficiales, habiendo cogido Mina, en persona, prisionero al coronel Laffite. Massena tuvo á dicha retrasar casualmente su salida de Vitoria para no caer en poder del guerrillero navarro.

Día 26.

1585. **Sangriento combate de Kouvestein** (GUERRA DE FLANDES).—(V. SITIO DE AMBERES, 17 AGOSTO.)

1642. **Batalla de Honnecourt** (GUERRA CON FRANCIA).—Reunidos los dos cuerpos franceses de Harcourt y de Guiche para recuperar la Bassée, rendida el 11 de mayo (V.), trató D. Francisco de Melo de obligarles á separarse de nuevo y poder así batirlos separadamente, para lo cual maniobró con sus tropas con el mayor acierto, aparentando invadir el territorio de Boulogne. La estratagema surtió su efecto, y dividido el ejército enemigo, fué d'Harcourt á colocarse en los contornos de Hesdin, y Guiche á situarse con unos 7.000 infantes, 3.000 caballos y 16 piezas á una legua de Chatelet, donde se fortificó, apoyando su izquierda en la abadía de Honnecourt y en un bosque inmediato; el centro, en otro bosque que le cubría en parte; la derecha, que era la parte más débil, bien atrincherada, cubriendo el Escalda su retaguardia, sobre cuyo río había echado un puente para tener segura la retirada. En cuanto vió Melo conseguido su objeto, marchó apresuradamente contra Guiche, y cruzando el 25 de mayo el Escalda con todo su ejército, al rayar el alba del 26 se adelantó él en persona á reconocer las líneas enemigas. Nuestras tropas formaron en batalla bajo la protección de la artillería, que ocupó una altura dominante sobre las posiciones de los franceses, situándose el marqués de la

Veleda en el ala derecha, el barón de Beck en la izquierda, el barón de Enquefort en reserva y Melo en el centro.

Trabóse el combate á las dos de la tarde, acometiendo al enemigo el ala derecha, que consiguió romper por entre los franceses, llegando hasta los bagajes; pero desordenada algún tanto, cayó sobre ella la caballería contraria, por la que fué arrollada, teniendo que replegarse, con algún desorden á las primeras posiciones. Acudieron otras fuerzas en su auxilio, y á la tercera acometida conquistaron al fin nuestras tropas la colina en que apoyaba el enemigo su izquierda, mientras por la derecha hacía también el duque de Alburquerque prodigios de valor en el asalto de los atrincheramientos (1). El centro se sostuvo por algún tiempo, hasta que, rota totalmente la caballería francesa, tuvo que declararse en retirada, tomando la dirección del puente; mas obstruído éste por los fugitivos, perecieron en su mayor parte acuchillados por los jinetes españoles ó ahogados en el río. El ejército francés quedó, pues, totalmente deshecho, habiendo perdido 3.200 muertos ó heridos, 3.000 prisioneros, entre ellos el mismo Guiche, la mayor parte de las banderas, 500 bagajes y carretas de provisiones, toda la artillería y municiones, gran número de armas, caballos, dinero, etc. Una de las banderas ganadas fué la célebre *cornette blanche*, estandarte del primer regimiento de caballería de Francia, que no se había perdido nunca, y ante el cual se abatían todos los demás; como también la bandera del Delfín y el guión del conde de Guiche. Jornada tan gloriosa costó sólo al ejército español la pérdida de 400 hombres.

1644. **Batalla de Montijo** (GUERRA DE PORTUGAL).—Retirándose el ejército portugués de la plaza de Alburquerque, á la que había puesto sitio, envió el marqués de Torrecuso contra él á su teniente el flamenco barón de Mologen, que pasó el Guadiana con 8.000 infantes y unos 3.000 caballos. El general Matías de Alburquerque, que mandaba el ejército enemigo, se situó en posiciones ventajosas en extremo, que no consideró prudente atacar el caudillo español, y haciendo éste alto en una llanura que se extiende entre Montijo y Lobón, cañoneó dichas posiciones para provocar á los contrarios. Ansiosos los portugueses de trabar el combate con las fuerzas superiores de que disponían, bajaron por fin al llano y formaron en orden de batalla con la infantería en el centro, cinco cuerpos en primera línea, cuatro en segunda y dos en reserva ó retaguardia, la caba-

(1) Dos veces intentó trepar por el parapeto, y no pudiendo conseguirlo, se quitó las armas, porque le pareció que le embarazaban, consiguiendo al cabo su deseo.

llería á sus costados y la artillería (seis piezas) distribuída por el frente. El ejército castellano formó también en una disposición análoga, teniendo que extenderse bastante su línea, por no verse envuelto, á causa de su inferioridad numérica, lo cual redujo bastante su fondo. Mandaba el cuerpo derecho de la caballería española el mismo barón de Molingen, el izquierdo D. Francisco de Velasco, y la artillería (cuatro piezas) D. Dionisio de Guzmán.

Avanzó nuestra ala derecha, con las picas caladas, contra el enemigo, desbaratando la caballería que apoyaba su ala izquierda, y generalizándose el combate por todo el frente, se extendieron las dos alas del ejército español hasta coger de flanco y por retaguardia á las de los portugueses. Este acertado movimiento decidió la victoria, pues entrando el desaliento en los contrarios y lanzada la caballería contra los que, más animosos, resistían todavía, se vieron obligados á abandonar el campo en desorden. Perdieron los portugueses más de 2.500 hombres, entre ellos muchos personajes de cuenta; de los nuestros perecieron 433, con dos maestros de campo y 55 oficiales, quedando heridos otros 400 hombres.

1839. **Heroica defensa de Ripoll (GUERRA CIVIL).** — Practicado un reconocimiento por el jefe carlista Brujó sobre Ripoll, presentóse el 22 de mayo el conde de España con sus tropas frente á dicha villa. Asentada ésta en la confluencia del Ter y del Fraser, se hallaba bien defendida con torres y reductos exteriores, y lo mismo su recinto, estando la guarnición, nacionales y habitantes, todos de ideas liberales, resueltos á cumplir con su deber. Empezó el mismo día el ataque de las obras exteriores, y tomados que fueron los fuertes de San Bartolomé, del Violín, de la Estrella y de Banderas, cuyos defensores se sostuvieron hasta ver reducidas á escombros dichas obras, ordenó el conde de España el asalto al recinto principal por la parte norte, en la noche del 25; mas fué aquél rechazado, y lo mismo un segundo y un tercero, á que obligó el feroz caudillo carlista con halagos, promesas y amenazas, dejando los sitiadores cubierto el campo de cadáveres. Más afortunados los enemigos en su ataque por el sur, consiguieron abrir brecha con sus fuegos en los días 25 y 26, apagando los de los sitiados, y después de un combate desesperado en que por una y otra parte se peleó con valor ejemplar, fueron obligados los liberales á retirarse á la segunda línea de defensa, constituida por los edificios inmediatos, sin que los asaltantes se atreviesen á pasar de la brecha, estableciéndose en ella mientras en otras partes del recinto se peleaba con igual furor para poder avanzar simultáneamente dentro de la villa. Empéñase luego sangrienta lucha en las segundas posiciones de los sitia-

dos, y cuando la proximidad de los adversarios no permite ya el fuego, chocan al arma blanca, tifiéndose de sangre la bayoneta hasta los cubos; la mortandad es horrorosa y el bregar heroico, cediendo sólo los bravos defensores arrollados por el número, no sin disputar palmo á palmo el terreno. Mas los carlistas no han vencido todavía. Refugiados aquéllos en la casa-ayuntamiento y otros edificios, desde los cuales contienen el avance de los asaltantes con su mortífero fuego, obligan á sus enemigos á emplear piezas de batir para arruinar aquellos débiles baluartes que hacían inexpugnables los defensores con su valor. Logran al fin los atacantes deruir una de las fachadas de la casa-ayuntamiento, que se desplomó con horrible estrépito, y cuando desvanecido el polvo y el humo fueron los contendientes á reanudar el combate, contemplaron atónitos los carlistas que sus heroicos enemigos continuaban impertérritos en todos los pisos de dicho edificio, desde el tejado á la calle, completamente al descubierto, esperando tranquilos y serenos la acometida. Formó el conde su gente á la orilla del Fraser, y arengando al batallón de Nuestra Señora de Montserrat, le ordenó dar el asalto, protegido y secundado por las tropas restantes, cediendo al fin los liberales, que se retiraron con orden á la iglesia del antiguo monasterio de San Pedro, donde se refugiaron también las familias más comprometidas, y el resto del vecindario en la de San Eudaldo (EPISODIO). Colocado un cañón de á 12 frente á la puerta de la primera, no por esto desistió de la defensa el heroico gobernador, despreciando todavía cuantas intimaciones le hizo el conde de España; más comprendiendo la inhumanidad de sacrificar tantas familias, cedió al fin á sus ruegos y reflexiones y aceptó una capitulación honrosa, por la que la guarnición quedaba prisionera de guerra, conservando los oficiales las espadas y equipajes. El se excluyó voluntariamente del convenio, pues prefiriendo la muerte á entregarse prisionero, se suicidió de un pistoletazo.

Los 400 oficiales y soldados liberales fueron conducidos á Berga, y queriendo el sanguinario conde hacer un escarmiento ejemplar que evitase en lo sucesivo la repetición de actos de heroísmo como el de que acababa de dar ejemplo Ripoll, y que tantas víctimas ocasionó á sus tropas, dispuso que todo el vecindario, sin distinción de edad ni clases, abandonase la villa, distribuyéndose entre Camprodón y San Juan de las Abadesas; en seguida la saquearon los soldados y la entregaron á las llamas, acabando los habitantes de los pueblos inmediatos, obligados á ello por los carlistas, por derribar todo lo que el incendio hubiese respetado, debiendo levantar en el sitio que ocupó la plaza una pequeña pirámide con esta inscripción: *Aquí fué Ripoll.*

Episodio.—Al penetrar por todas partes los carlistas, ávidos de botín, de sangre y de venganzas por la horrenda mortandad que habían experimentado, se dirigieron á la iglesia de San Eudaldo, empeñándose en penetrar en ella, á pesar de los ruegos del párroco, que tenía por la vida de los infelices allí refugiados. Mas forzadas las puertas, ofrecióse á los ojos de todos sublime espectáculo. Expuesto el Santísimo en el altar mayor, alumbrado por centenares de luces, una multitud inmensa, compuesta de mujeres, niños y ancianos, se hallaba postrada de hinojos en el pavimento, pronunciando sentidas plegarias que hacía más conmovedoras el llanto de los niños, elevados en brazos por sus madres; y ante cuadro tan imponente se detuvieron los carlistas en el umbral de la iglesia, descubriéronse respetuosos y, cesando como por encanto la furia de que se hallaban poseídos, establecieron ellos mismos una guardia á la puerta para evitar los atropellos de otros.

1869. **Episodio de la guerra de Cuba.**—El 26 de mayo salió de Hallagán el capitán **D. Ramón Mayano** con 32 hombres del regimiento de *Tarragona* á recorrer el campo, encontrándose al llegar á la Cruz con una partida numerosa compuesta de algunos centenares de hombres al mando de los jefes insurrectos Lorda y Torres. Sin vacilar, el bravo capitán dispuso atacar vigorosamente al enemigo, á pesar de la inferioridad numérica de los suyos, y en aquella lucha tan desigual tuvo necesariamente que ceder, replegándose á la casa que servía de capitania, donde se hicieron fuertes, disponiéndose á la defensa. En ella murió gloriosamente de un balazo en la cabeza el capitán **Mayano**, tomando el mando de la fuerza española el teniente pedáneo **D. Juan Lanza**, quien al ver que las municiones se habían concluido y que la resistencia era ya imposible, izó bandera de parlamento; mas los insurrectos, sin hacer caso de aquella señal de paz, penetraron en la casa y mataron á machetazos á dieciocho soldados, muriendo entre ellos el teniente **Lanza** y el sargento **Cotera**. Sólo pudieron salvarse milagrosamente un cabo y cinco soldados, que se incorporaron en Santa Clara á la columna del teniente coronel Colombo. Otros seis quedaron prisioneros de los insurrectos, los cuales experimentaron pérdidas de consideración.

1875. **Acción de Alcora (GUERRA CARLISTA).**—Habiéndose aproximado á la Plana los generales carlistas Alvarez y Dorregaray, y tomado posiciones en la sierra de Alcora, ocupando una extensa línea fuertemente apoyada por su izquierda en la histórica ermita de San Cristóbal, que domina el pueblo y la llanura, salieron de Castellón la división Montenegro y de Onda la brigada Chacón (1), al encuentro del enemigo. Esta debía

(1) Componían la brigada Chacón los batallones de cazadores de *Figueras y Mérida*, la *Reserva núm. 15 y 22*, 100 caballos de *Villaviciosa*, 50 de *Sagunto* y 4 piezas de montaña; la brigada Albertos, el regimiento de *Cuenca*, cuatro compañías del *Provincial de Castellón*, la de voluntarios movilizados del mismo nombre y 4

atacar la derecha de los carlistas, la brigada, Morales la izquierda, y el general Montenegro con la otra brigada, mandada accidentalmente por el coronel D. Julián Albertos, marchando por el centro, debía servir de unión entre las anteriores, y reforzarlas ó flanquearlas, según lo exigieran las circunstancias. El brigadier Morales atravesó resueltamente el barranco que servía de foso á la izquierda de la línea enemiga, y ocupando las lomas próximas á la ermita, ésta pudo ser envuelta y tomada con escasa resistencia; mas el brigadier Chacón encontró más dificultades en la derecha, donde el adversario había acumulado sus mejores batallones, defendiendo sus posiciones con gran vigor y tenacidad. Vióse muy comprometido en el ataque de ellas el batallón *Reserva de Baeza*, el cual, avanzando con demasiado ardor, engañado por la retirada simulada del enemigo (1), se vió de pronto acometido por fuerzas muy superiores, que le obligaron á retroceder con grandes pérdidas; mas reforzado por los batallones de cazadores de *Mérida y Figueras*, dieron estas tropas tan brillante carga á la bayoneta, que después de empeñada lucha (2) emprendieron los carlistas definitivamente la retirada, aunque con orden, coadyuvando á ello el general Montenegro con la columna del centro, y la brigada Morales, que había ido corriéndose hacia su izquierda hasta darse la mano con las fuerzas de Chacón en el sitio llamado las Forcas, á una hora escasa de Lucena. Las tropas liberales no siguieron avanzando, permaneciendo á la vista del enemigo, que había tomado de nuevo posiciones para disputar el paso á dicha villa, y al anochecer se replegaron á Alcora, regresando al amanecer del día siguiente á su punto de partida, por lo cual los carlistas se atribuyeron también la victoria. Las bajas de ambos contendientes pasaron de 600. Murió un comandante de la *Reserva de Baeza*, habiéndose distinguido con su compañía el capitán D. LUCAS FRANCIA, á quien dirigió frases muy honrosas el brigadier Chacón. De los carlistas fué herido el valiente general Alvarez.

Bombardeo de los puertos carlistas (GUERRA CARLISTA).—Ordenado por el gobierno liberal el bombardeo de todos los puertos que poseían los carlistas en la costa de Vizcaya y Guipúzcoa, entre

piezas de montaña, y la brigada Morales, el regimiento de *Aragón*, el 2.º batallón de *Albuera*, dos compañías de voluntarios movilizados de la *Cenia*, 100 caballos de *Sagunto* y 4 piezas de montaña.

(1) La mandó Dorregaray á la carrera por medio de su corneta de órdenes, fingiendo que le intimidaba extraordinariamente el vivo fuego de cañón que recibía.

(2) Algunas fuerzas enemigas se posesionaron de un corral de ganado, aspilleando las tapias y dejando abierto un boquete por la parte que mira á Lucena, para escapar en caso de apuro; pero tanto quisieron extremar los carlistas la resistencia,

Bilbao y Fuenterrabía, se dispuso á efectuarlo el brigadier **D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui** con la escuadrilla del Cantábrico, compuesta del *Fernando el Católico, Victoria, Colón, Ferrolano y Concordia*; mas al practicar el 26 de mayo un reconocimiento, á bordo del *Colón*, sobre Zumaya, Deva y Motrico, reventó en su mismo cuerpo una granada disparada por una batería carlista de Motrico, destrozándole por completo, hiriendo además los cascos á los oficiales Alvargonzález, Garín, Yebra y Faura y Lladó. El *Ferrolano* recibió también un proyectil por bajo la línea de flotación, por lo cual tuvo que retirarse á toda máquina en demanda del puerto de San Sebastián, en cuyo cementerio fué depositado el mutilado cadáver del brigadier **Sánchez Barcáiztegui**, que tanta gloria había adquirido en el combate del Callao en 1866. Sufrieron sucesivamente los estragos del bombardeo, en virtud de dicha orden, Munda-ca, Bermeo, Lequeitio, Ondárroa, Elanchore, etc., produciendo grandes destrozos en los edificios, aunque afortunadamente pocas desgracias personales.

Día 27.

1694. **Batalla del Ter** (GUERRA CON FRANCIA).—Habiendo el virrey de Cataluña, marqués de Villena, recibido como refuerzos algunos cuerpos de reclutas á quienes los mismos miqueletes catalanes tenían que enseñar el manejo de las armas, salió de Gerona lleno de buen deseo al encuentro de los franceses, que siguiendo la costumbre de los años anteriores en esta guerra, habían penetrado por el Ampurdán, al llegar la primavera, al mando del duque de Noailles. Ocupaba éste á Torroella de Montgrí, en la orilla izquierda del Ter, con unos 20.000 hombres, y el virrey llegó el 26 de mayo á la orilla opuesta con fuerzas próximamente iguales, entregándose desde luego al descanso sin cuidarse de fortificar sus cuarteles ni tomar disposición alguna, en la imprudente confianza de que el enemigo no pasaría el río. Mas el experimentado Noailles supo aprovecharse de la impericia y descuido incomprensible de su contrario, y esguazando el río al día siguiente, antes de amanecer, por los vados de Gualta, de la Olla y del Molino, cayó con toda su caballería sobre nuestro campo, rompió desde luego los trozos de **D. Fernando de Toledo** y de **D. Juan Colón**, cuyos comisarios murieron de los primeros, y huyendo el resto de la caballería española, quedaron los bisoños y sorprendidos infantes abandonados al furor de las huestes enemigas. La vanguardia y centro se vieron

que habiendo quedado completamente aislados, tuvieron que sucumbir estrechados por los liberales, siendo muertos á bayonetazos 18 ó 20 de ellos, por no querer rendirse.

prontamente derrotados, pereciendo también **D. Alonso de Granada**, maestre de campo del tercio de la Costa (hoy regimiento de *Valencia*), el capitán **D. Julio Pignatelli** y otros, y quedaron prisioneros el conde de Peñarrubia, maestre de campo del tercio de *Toledo*, el cual había sido herido, el general de la caballería y el marqués de Sentmenat; la retaguardia pudo salvarse, huyendo completamente desbandada hacia Gerona. El maestre de campo D. José Boneu, antes capitán de miqueletes, que tan heroicamente había defendido la villa de Massanet (V. 10 JULIO), fué el único que sostuvo con la mayor bizarría el honor de las armas, cubriendo la retirada con el tercio catalán de la *Diputación* y el castellano de los *Morados*, ambos á sus órdenes, cuyas tropas, formadas frente al enemigo en la zanja de Ultramont se mantuvieron firmes en su puesto hasta recibir repetidas órdenes del marqués de Conflans para retirarse, lo que efectuaron al fin en correcta formación, haciendo frecuentes altos para rechazar las furiosas acometidas de los contrarios, con lo cual pudieron salvarse muchas tropas que sin la serenidad y firmeza de dicho valeroso é inteligente caudillo hubieran perecido á manos de los franceses. Quedaron tendidos en el campo más de 3.000 españoles, y mayor número de prisioneros, sin que llegasen á 500 las bajas que experimentó el enemigo, en cuyo poder cayeron todas las tiendas y bagajes y muchos efectos.

Fueron consecuencia de esta derrota la pérdida de Palamós, que rindió el 9 de junio D. Melchor de Avellaneda, y la de Gerona el 29, acusándose de su entrega á D. Juan Simón, que desamparó uno de los principales fuertes, y al maestre de campo D. Carlos Sucre, que hizo entrega de la plaza con poco decorosas condiciones; pudo, sin embargo, influir en dicha decisión la repentina retirada del virrey marqués de Villena, después de avanzar desde Barcelona hasta Hostalrich, que cayó también en poder del enemigo.

1823. **Episodio del levantamiento absolutista.**—En la retirada que llevó á cabo desde Madrid la división del general Zayas después de derrotar á las tropas de Bessieres (V. 20 MAYO), se distinguió por su extraordinaria bizarría D. JOSÉ DE OSMA Y OSMA, subteniente del 5.º escuadrón de artillería á caballo (1). En la acción librada el 27 de mayo en el puente de Alberche (Talavera de la Reina) contra la división Molitor, del ejército francés, que iba en su persecución, formó el primero en batería con la sección que mandaba (un obús de 7 y un cañón de 8) y rompió el fuego con tanto acierto, que obligó á detenerse á la vanguardia enemiga, compuesta de cinco escuadrones y cuatro batallones, consiguiendo desordenar la caballería por cinco veces, una de ellas estando ya á veinte pasos de las piezas. Este contratiempo

(1) Mandaba dicho escuadrón el comandante D. Luis de Lardizábal.

hizo detener su marcha á las restantes tropas enemigas, con lo cual pudo salvarse ordenadamente la infantería de la división; y sosteniendo el fuego hasta el último momento, salvó OSMA también la artillería, á pesar de la persecución activa que sufrió de la caballería francesa, pudiendo reunirse al fin con los suyos en la Calera. Continuando la retirada, se presentaron tantas dificultades en el difícil y accidentado terreno por que marchaban las tropas constitucionales, que los mismos jefes de la división, viendo el excesivo trabajo que se ocasionaba, sobre todo en los pasos peligrosos, le aconsejaron inutilizar y abandonar la artillería, salvándose con la gente y ganado; mas el denodado OSMA consideró como cuestión de honor poder llegar con su sección completa, aunque muy estropeada, á Trujillo, donde se reunió con el ejército del marqués de Casteldosrús y el resto del escuadrón.

Tan distinguido comportamiento obtuvo una distinción muy señalada. Al llegar el ejército á Badajoz, último punto de la retirada, mandó el general en jefe formar la división á que pertenecía el 5.º escuadrón de artillería, juntamente con la guarnición de la plaza, y al frente de banderas se leyó una orden general con la comunicación en que las Cortes, dándole las más expresivas gracias por su bizarra conducta, declaraban á OSMA benemérito de la patria.

Día 28.

1645. **Sitio de Rosas** (GUERRA DE CATALUÑA). — Queriendo el general Enrique de Lorena, conde de Harcourt y lugarteniente del rey de Francia en el Principado, asegurar las comunicaciones entre éste y el Rosellón, encargó al conde Du Plessix-Praslin que con más de 12.000 hombres franceses y catalanes y un buen tren de artillería expugnase la plaza de Rosas. El gobernador de ella, D. Diego Caballero, disponía para su defensa de 3.000 infantes y 300 caballos. Una armada francesa estableció el bloqueo por mar, de tal modo, que desde el día 27 de marzo, en que comenzó el cerco, no recibió ya la plaza socorro alguno hasta su entrega. Empezó la artillería á batir la muralla el 19 de abril, luchando los sitiados con gran valor al abrigo de sus sólidas fortificaciones, ceñidas por un ancho foso lleno de agua. El enemigo consiguió, á costa de grandes pérdidas, meterse en el foso con una especie de barca que le sirvió para minar por varios puntos el recinto. La primera mina, aplicada al baluarte de San Jorge, reventó el 25 de mayo, produciendo escaso efecto; mas el 27 abrió la segunda una brecha, por donde podían penetrar cincuenta hombres de frente. Dióse en consecuencia el asalto el 28, batiéndose los sitiados con denuedo tal, que el enemigo fué completamente rechazado; sin embargo, dispuesta ya para reventar otra mina en el baluarte de San Juan, y viéndose además sin socorros y muy apurados por el hambre y las enfermedades, capitularon el mismo día, saliendo al siguiente la guarnición con todos los honores de la guerra.

1678. **Sitio de Puigcerdá (GUERRA CON FRANCIA).**—El duque de Navailles (1), con una hueste de 20.000 hombres, comenzó en abril la campaña de dicho año, penetrando en la Cerdaña y yendo á poner sitio á Puigcerdá, su capital, ante cuya plaza se presentó el 27. Mandaba en ella como gobernador el bravo oficial D. Sancho de Miranda, y la guarnición se componía de 1.100 infantes del tercio provincial de Burgos (hoy regimiento de *Guadalajara*), 200 caballos y 500 paisanos de la villa, organizados en seis compañías que obedecían por coronel al cónsul *en cap* de Puigcerdá D. Gaspar Mauri, además de una compañía de 50 clérigos que se puso sobre las armas para dar un retén á la puerta de la iglesia.

Numerosas baterías asestaron sus tiros contra los baluartes de San Pablo y San Juan, aproximándose los sitiadores cada vez más al recinto, y en la noche del 3 de mayo 4.000 franceses avanzaron con gran aliento, destruyeron con hachas la empalizada y trataron de apoderarse del baluarte de San Felipe; mas fueron rechazados tres veces por los paisanos, dejando al retirarse más de 800 muertos al pie de la muralla. Escarmetado el enemigo, construyó nuevas baterías y empezó á minar el baluarte de San Pablo, abriendo al fin el 16 la voladura de una mina una espaciosa brecha, cuyo ataque le costó otros 500 muertos, habiendo acudido inmediatamente mujeres y niños á tapar la abertura con tierra, faginas, colchones, arcas y toda clase de objetos, mientras los hombres la defendían á pecho descubierto. Otra mina estalló junto á la brecha anterior y derribó todo el lienzo del baluarte, de ángulo á ángulo; mas ya no se atrevieron los franceses á dar la acometida, temiendo el denuedo y tesón de los sitiados, que con extraordinaria diligencia habían practicado nuevas cortaduras y defensas en todo el interior del baluarte.

En tal estado, muy abatidos y descorazonados los sitiadores, disponíase el conde de Monterrey, que mandaba en el Principado, á acudir en auxilio de la heroica villa. Reunió cuantas tropas pudo; formóse un tercio de 700 hombres por la ciudad de Barcelona, cuyo mando se confió al maestre de campo D. Manuel de Sentmenat, y por Vich y Ribas se dirigió con unos 13.000 hombres hacia la plaza sitiada, llegando hasta el collado de Mayans, á legua y media de Puigcerdá. Parecía, pues, seguro el socorro, cuando de pronto, sin motivo ni causa alguna justificada, retrocedió con sus tropas á Vich y luego á Barcelona, abandonando las buenas posiciones que había ya ocupado, sin que ni siquiera se escaramuceara al enemigo mas que por los migueletes del capitán Trinchera. Con esta impru-

(1) Bastantes historiadores confunden á Felipe de Montaud de Benal, duque de *Navailles*, con Ana Julio, duque de *Noailles*, el cual no hizo la guerra en Cataluña hasta algunos años más tarde.

dente retirada, abandonada la plaza á sus propias fuerzas, no tuvo más remedio que capitular, si bien con condiciones dignas de la gloriosa defensa que había llevado á cabo, aunque contra la opinión de los habitantes, los cuales manifestaron por boca de su cónsul *en cap*, *que preferían morir todos sepultados entre las ruinas, mejor que sujetarse al yugo francés.*

Este suceso fué el último de la campaña, y también de la guerra, á la que puso término la paz de Nimega, por cuyo tratado quedaba la Francia dueña definitivamente del Franco-Condado y de las plazas de Valenciennes, Iprés, Cambray, Saint-Omer y otras.

1812. **Asalto de Tudela** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Fortificada dicha villa por los franceses, tenían en ella una guarnición de 900 hombres, sobre la que cayó repentinamente el guerrillero D. José Durán el 28 de mayo, dando los españoles el asalto á la ciudad por el Carmen Descalzo y por la Misericordia, divididos en dos columnas, guiadas respectivamente por D. Juan Antonio Tabuena y D. Domingo Murcia. El enemigo se defendió con valor extremado; mas todo tuvo que ceder al ímpetu de los soldados de Durán, que obligaron á los franceses á refugiarse en el castillo, dejando en nuestro poder 100 prisioneros.

Día 29.

1108. **Batalla de Uclés** (GUERRA CON LOS ALMORAVIDES).—Invasida la Península por los almoravides, extendieron y generalizaron por ella su dominio, acudiendo Abu-Tehir-Tamin, walf de Valencia y hermano de Ali-Abul-Hassan (Emir-el-Mumenin), emperador de Marruecos, contra la ciudad de Uclés, que fué tomada á fuerza de armas, teniendo la guarnición castellana que refugiarse en el castillo, donde siguió defendiéndose contra los moros. No pudiendo el rey Alfonso VI salir en persona á oponerse á la invasión sarracena, á pesar de su vivo deseo, por su edad avanzada y quebrantada salud, hizo marchar al frente de su ejército á los mejores caudillos y más valerosos condes de su reino, con encargo de guardar la vida de su hijo **D. Sancho**, joven príncipe de once años de edad, armado ya caballero por su padre. La batalla, librada en las cercanías de Uclés, fué de las más terribles y sangrientas, aunque desgraciada para los cristianos, pues murió en ella el tierno infante **D. Sancho**, hijo único de Alfonso VI, á cuyo lado pereció gloriosamente acribillado de heridas, defendiendo al hijo de su rey, su ayo **D. García, conde de Cabra**, muriendo también seis condes más y otros 20.000 hombres. Este infausto

combate se conoce también con el nombre de *batalla de los Siete Condes*, por el número de los que en ella murieron, siendo consecuencia inmediata de dicha derrota la pérdida del castillo de Uclés, como también de Ocaña, Consuegra, Cuenca y otras plazas.

1445. **Batalla de Olmedo** (GUERRA CIVIL).—Hallándose el ejército de los descontentos en Olmedo, y rotas las negociaciones entabladas, por exigir aquéllos, como primera condición para someterse, el destierro del condestable D. Alvaro de Luna, favorito del rey, avanzó D. Juan II con sus tropas desde sus reales de Arévalo, tomando el Condestable el mando de la vanguardia; guiaban el segundo cuerpo ó centro D. Iñigo López de Mendoza y el conde de Alba de Tormes, y estaban al frente del tercero ó retaguardia el Rey, acompañado del arzobispo D. Gutierre de Toledo, y los condes de Haro, de Santa Marta y de Rivadeo. Salieron de Olmedo las huestes de los confederados, y dió principio el combate. El rey de Navarra y el conde de Castro hicieron frente al príncipe de Asturias D. Enrique, reconciliado ya con su padre, y el infante D. Enrique de Aragón, hermano del rey de Navarra, el conde de Benavente y D. Pedro de Quiñones acometieron al Condestable, que fué reforzado por el segundo cuerpo. Peleóse con bravura por una y otra parte, estando algún tiempo indecisa la victoria; pero comenzó á flaquear la gente del de Navarra, y al ver que los enemigos volvían la espalda, cargó sobre ellos el Condestable y acabó de desbaratarlos, consiguiendo el ejército real un triunfo completo sobre los rebeldes, que perdieron gran número de prisioneros, contando entre ellos al conde de Castro y á D. Pedro de Quiñones (1). El Condestable recibió una lanzada en un muslo, y el infante D. Enrique una herida de venablo en una mano, de cuyas resultas murió al llegar á Calatayud.

D. Juan II premió á los que le habían sido leales, concediendo el título de marqués de Santillana á D. Iñigo López de Mendoza y el de marqués de Villena á D. Juan Pacheco, el favorito de su hijo D. Enrique; y en memoria de esta batalla mandó construir en el sitio mismo en que tuvo lugar una ermita bajo la advocación de Sancti Spiritus de la Batalla.

(1) Recobró su libertad valiéndose de un ingenioso, pero poco noble ardid. Llevábale preso un escudero, á quien dijo en el camino: *Yo voy muy ferido; pldovos por merced que me quiteis esta celada que me mata.* Así lo hizo el escudero, creyéndolo de buena fe; mas habiendo soltado para ello la espada, se la cogió D. Pedro, dándole con ella un mandoble en el rostro, y mientras el escudero atendía sólo á su herida, huyó el caballero á todo correr de su caballo.

1486. **Conquista de Loja** (GUERRA DE GRANADA).—Deseando el rey don Fernando conquistar la ciudad de Loja antes de dirigir las operaciones sobre Málaga, Almería y Granada, salió de Córdoba, donde había sentado sus reales el ejército después de la toma de Ronda y de Marbella, con 12.000 jinetes y 40.000 peones lanceros, ballesteros y espingarderos, llevando la artillería (de 80 á 100 piezas) y demás pertrechos necesarios á la expedición en 2.000 carros, además de un número muy crecido de acémilas para la conducción de los víveres, precedidos de 6.000 zapadores ó taladores para allanar el camino. Al llegar á la Peña de los Enamorados, entre Archidona y Antequera, hizo alto la hueste para adoptar todas las precauciones necesarias á fin de establecer el bloqueo con todo rigor y evitar algún descabro como el que tuvo lugar en 1482 en el primer sitio (V. 1.º JULIO).

Supo Boabdil el intento del rey Católico, y acudió aceleradamente en auxilio de Loja con un refuerzo de 9.000 soldados, la mitad jinetes; y al aparecer la vanguardia cristiana, que mandaban el marqués de Cádiz y don Alonso de Aguilar, salió á su encuentro con Izam-ben-Aliatar, hijo del difunto alcaide de dicha plaza y cuñado de Boabdil, y con Hamet, el terrible Zegrí, que debía después immortalizar su nombre con la defensa de Málaga (V. 17 AGOSTO). Trabóse larga y refida pelea; el desgraciado rey de Granada fué retirado del campo con dos heridas, y habiendo sido herido también Hamet, se acogieron los sitiados á la ciudad, que fué circunvalada inmediatamente, empezando la artillería á batirla por cuatro puntos distintos. Tomados los arrabales por asalto, veinte bombardas gruesas derribaron un lienzo de la muralla, y los rivedoquines, tirando sobre las brechas abiertas, impedían su reparo, arruinando al mismo tiempo el interior, mientras los cartagos ó cartaos lanzaban al aire pesadas moles de granito que hacían derrumbar las casas, y con pellas incendiarias reducían los artilleros brevemente á cenizas todo lo que quedaba en pie. En tales términos impuso á los defensores, refugiados ya en el alcázar, fuego tan terrible y destructor, sufrido sin interrupción durante un día y dos noches, que se decidieron á capitular el 29 de mayo, á los nueve días de establecido el cerco, habiendo sido designado Gonzalo de Córdoba para ajustar con Boabdil las condiciones de la entrega.

Después de la rendición de Loja se presentó el ejército delante de Illora, cuya ciudad capituló á los tres días, quedando como alcaide de ella el referido capitán, que tanta fama adquirió después. Moclín sufrió también igual suerte, pues á pesar de su enérgica defensa, se vieron los moros obligados á rendirse por haber producido una pella incendiaria de los sitiadores la voladura de una torre donde el enemigo tenía el depósito de pólvora.

1568. **Batalla de Groninga ó de Heyligerlée** (GUERRA DE FLANDES).—Invadida la Frisia por el ejército que acaudillaban los hermanos Luis y Adolfo de Nassau, se encaminó hacia Groninga, objetivo principal de sus operaciones en el Norte de los Países Bajos, pues posesionados los rebeldes de dicha plaza, les quedaba abierta de par en par la entrada en las provincias septentrionales. El conde de Aremberg, que gobernaba dicha comarca, acudió á oponerse á su intento con las fuerzas que pudo reunir, los tercios de Cerdeña y de Sicilia (hoy regimiento de *Africa*), algunas compañías alemanas y 300 caballos, y con ellas recuperó á Dam, pequeña plaza fortificada de que se había ya apoderado el enemigo. Este se situó en una pequeña eminencia, junto á la abadía de Heyligerlée, cuyas posiciones, que conocía muy bien el Conde, no creyó prudente atacar sin que se le incorporaran los refuerzos que con el conde de Megue le enviaba el duque de Alba, y entretanto se mantuvo á la vista de Groninga, atrincherándose en las inmediaciones de Dam para infundir respeto á los contrarios. Mas las murmuraciones de los soldados españoles, que, ansiosos de combatir, propalaban á voz en grito la infundada especie de que su caudillo no salía á atacar á los rebeldes por temor, ó porque, siendo flamenco, estaba tal vez de acuerdo con ellos, ofendieron tanto su amor propio al verse tachado de cobarde ó de traidor, que olvidando toda prudencia, dispuso el pundonoroso caballero dar inmediatamente el ataque.

El enemigo había establecido su izquierda en la posición dominante de Heyligerlée, atrincherada lo mismo que el centro, dando frente á un terreno pantanoso y de piso muy desigual, y su caballería estaba apostada en la derecha, oculta en lo posible y dispuesta á caer sobre la española en el momento oportuno. El conde de **Aremberg** cañoneó con su artillería las posiciones de los rebeldes, y dispuso el ataque de la izquierda, enviando contra ella la infantería española en primera línea y detrás los alemanes, quedando él en reserva con la caballería. Avanzaron los infantes llenos de ardimiento; mas al internarse en los pantanos, se desordenaron por la dificultad de la marcha, acabando por no poder avanzar ni retroceder, medio hundidos y sujetos en el fango. Los flamencos aprovecharon momentos tan críticos para los nuestros, saliendo de sus trincheras y aproximándose á muy corta distancia para acribillarlos á balazos, al paso que la caballería se dirigía por el terreno firme, que conocía á palmos, á cortar la retirada á los que consiguiesen salir del atolladero en que tan imprudentemente se habían metido. Entonces el valeroso conde de Aremberg salió con sus caballos al encuentro de los jinetes enemigos, á cuyo frente venía Adolfo de Nassau, y empeñándose terrible choque, luchan cuerpo á cuerpo ambos caudillos hasta caer este último sin vida, atravesado por la lanza de **Aremberg**; mas habiendo

quedado desmontado el ilustre jefe, y arrollada su caballería por la contraria, muy superior en número, vióse rodeado de enemigos, de los cuales se defendió heroicamente, hasta que cayó muerto, acribillado de heridas. La mayor parte de los alemanes se rindieron á discreción, sin hacer apenas resistencia; mas para los españoles no había cuartel, y además de 500 muertos que quedaron en el campo, entre ellos cinco capitanes y siete alféreces, degollaron á sangre fría los soldados de Nassau á otros 200 españoles que habían hecho prisioneros. Los restos de las tropas vencidas, de las que tomó el mando el maestro de campo Gonzalo de Bracamonte, pudieron salvarse gracias á la oportuna presencia de algunas fuerzas de infantería y caballería mandadas respectivamente por Andrés de Salazar y por el conde Curcio Martinengo, que destacó apresuradamente de su ejército el conde de Megue, el cual llegó momentos después á las inmediaciones del campo de batalla. Se perdieron los bagajes, la caja de fondos y los seis cañones (1) que componían toda la artillería de los españoles.

1808. **Creación del regimiento de la Reina, núm. 2.**—Organizado en 29 de mayo de 1808 por la Junta del reino de Valencia un lucido regimiento de tres batallones con 3.732 plazas, con la denominación de *Casadores Voluntarios de Valencia*, llamado también *Casadores de Caro*, por haber sido su primer coronel el general D. José Caro, se transformó en 1815 en regimiento de línea con el nombre de *Reina*. Otro regimiento que había existido anteriormente con este nombre fué disuelto en 1769 (V. 29 OCTUBRE).

Se conservan en el Museo de Artillería tres banderas de este cuerpo: la número 132 es una coronela, de seda blanca, con la cruz de Borgoña, rematando las aspas en corona real, y sobre aquélla el escudo de armas reales; alrededor de ésta, y en cinta gules, tiene en letras de oro: *Regimiento infantería de la Reina, 2.º de línea*. Las otras dos (núms. 128 y 131) son iguales á la anterior, sin más diferencia que no tener el escudo de armas reales sobre la cruz de Borgoña.

1812. **Episodio del levantamiento y separación de Méjico.**—Una partida de 26 lanceros de Potosí, mandada por el teniente D. JUAN MIOTA y alférez D. ANTONIO PUENTE, del escuadrón de D. Pedro Meneso, situado en Cuajimalpa para custodiar el camino de Toluca, había ido á Lerma á conducir unos pliegos al jefe de la división, y á su regreso encontróse en el monte de las Cruces una fuerte columna insurgente, compuesta de infantería y caballería, con dos cañones, al mando del francés Lailson. Los lanceros atacaron sobre la marcha al enemigo, sin titubear

(1) Tenían por nombre los seis signos musicales: *ut, re, mi, fa, sol, la*.

un momento, y con tanto brío, que sin darle tiempo á disparar más que el primer cañonazo, el cual hirió á dos de ellos, le pusieron en completa dispersión y le tomaron los cañones y gran cantidad de armas y efectos. El teniente MIOTA era español europeo, y los demás mejicanos, naturales la mayor parte de la provincia de San Luis.

1835. **Acción de Larrainzar** (GUERRA CIVIL).—La segunda división del ejército del Norte, al mando del general D. Marcelino Oráa, ocupaba el Baztán, respetada y temida del enemigo, que no se atrevió nunca á atacarla; mas habiendo recibido órdenes terminantes del general en jefe, D. Jerónimo Valdés, para que marchase á Aldaz ó Lecumberri, en dirección á Guipúzcoa, donde estaba Zumalacárregui sitiando á Villafranca, reunió Oráa sus fuerzas en Irurita, y dejando en las guarniciones de los fuertes del valle la tropa precisa para su defensa, partió de dicho punto al amanecer del 29 de mayo. Por Oyaregui dirigióse á Santesteban, donde dejaron los soldados las mochilas y se racionaron para dos días, y prosiguió por Donamaría y los puertos de Vidarchico y de Odolaga hacia Elizaburu, creyendo menos peligroso este camino, llegando á la altura de Larrainzar después de una marcha de trece horas, en medio de un fuerte temporal, con el tiempo frío y lluvioso, descalzos y transidos los soldados y en la situación más lastimosa. Concentradas en dicho punto las tropas, prosiguió la marcha, siempre diluviando, después de dar un corto descanso á su gente; mas al desfilar fué atacada impetuosamente la vanguardia por su flanco derecho por los cuatro batallones enemigos 5.º, 7.º y 8.º de Navarra y 2.º de Guipúzcoa, que al mando de Sagastibelza estaban en aquellas inmediaciones, decididos á impedir el paso á Oráa. Desordenados los cuerpos que la componían, se comunicaron al centro la confusión y el pánico, lo cual visto por el jefe liberal, púsose á la cabeza del tercer batallón de la *Princesa*, que á costa de un denodado y brioso esfuerzo consiguió rechazar á los carlistas, pudiendo así Oráa ordenar algún tanto las descompuestas filas de su tropa y continuar la marcha por el desfilaro de la bajada, lleno de agua y barro; pero como el enemigo no había desistido de su intento, aprovechó aquella ocasión para cargar de nuevo con más terrible empuje, y entonces llegó á su colmo el desorden, y gracias á que el expresado batallón, mandado por su bizarro jefe D. Félix Sarasa, y cuatro compañías de la *Guardia Real*, dirigidas por el capitán D. Lorenzo Marquina, que formaban parte de la retaguardia, supieron cumplir con su deber imponiendo al enemigo con su sereno valor, pues de otro modo, la catástrofe habría sido completa. Sin embargo, este resultado no pudo conseguirse mas que á costa de sensibles pérdidas, pues de aquél murió gloriosamente el valiente capitán de una compañía de cazadores

D. José Malvar; y el bravo capitán Marquina, tanto quiso extremar la resistencia, que habiendo quedado bastante separado del grueso de la división, se vió cortado por fuerzas superiores, teniendo que entregarse prisionero con la mayor parte de su tropa. Todavía se produjo mayor número de víctimas al llegar al río Ulzama, pues habiéndose salido de madre, perecieron ahogados en él en la confusión de la noche de aquel día desastroso, cerca de cien hombres y mayor número de caballos y de acémilas, pudiendo el mayor núcleo de la fuerza llegar con Oráa á Elzaburu, donde pernoctó. Consistieron las pérdidas de los liberales en más de 60 heridos y muertos, además de los ahogados, y tres jefes, 24 oficiales y 380 soldados prisioneros; las de los carlistas fueron insignificantes.

Oráa permaneció en Elzaburu hasta la una de la tarde del 30, pernoctando en Marcalain, y al día siguiente continuó su marcha á Villaba. Dispuesta luego por Valdés la evacuación definitiva del Baztán, volvió Oráa al valle para retirar las guarniciones de los fuertes, levantar los hospitales y recoger el material de guerra, llevando á cabo la operación el 5 de junio con el mayor acierto, pues condujo á Pamplona, sin perder un solo hombre, los enfermos, municiones, armas, víveres y pertrechos.

El general Valdés, á quien en realidad cabía gran parte de la culpa del desastre de Larrainzar, por haber dispuesto un movimiento tan poco acertado, quiso, lleno de ira, imponer un castigo ejemplar, y después de increpar duramente á los jefes y oficiales de la segunda división, expidió el 1.º de junio una orden general, firmada por el brigadier jefe de Estado mayor D. Evaristo San Miguel, por la que se disponía: Que el comandante D. Ignacio Ventura, que mandaba el primer cuerpo que se desordenó en el punto por donde principió el ataque, quedase desde luego suspenso de su empleo hasta justificar plenamente su conducta; que los cuerpos no llevasen sus banderas en formación hasta que por una acción eminentemente distinguida no expiasen la falta en que habían incurrido, y que tampoco disfrutaran raciones de vino y aguardiente hasta que se hiciesen acreedores á este beneficio; que ningún oficial, de capitán inclusive abajo, podría usar caballo, á menos que con certificado del jefe de la división y brigada probase que por su conducta en la refriega se había hecho merecedor de ser exceptuado de la regla, estando excluidos de esta gracia en absoluto los que habían llegado á Pamplona separados de sus jefes. Quedaba exento de estas penas el bizarro tercer batallón de la *Princesa*; en cambio, fueron incluidos en la orden el segundo batallón del mismo regimiento y algunas otras tropas que, habiendo quedado de guarnición en los siete fuertes del Baztán, no tomaron parte en el combate. Mas los efectos de dicha orden se suspendieron en breve, revocándola completamente por otra orden general del 7 de junio, en la que se elogiaba la operación llevada á cabo el 5 por el general Oráa.

✓ 1837. **Acción de Andoain (GUERRA CIVIL).**—El mismo día en que se posesionaban las tropas liberales de Fuenterrabía (V. 18 MAYO) supo el general Espartero que la expedición de D. Carlos había pasado el Arga, encaminándose al interior del reino. Fuerza era, por lo tanto, perseguirle y oponerse á sus intentos; mas como la operación de embarcar el ejército para regresar por Castro-Urdiales y las Encartaciones á la línea del Ebro era pesada y larga, decidió el caudillo de la Reina dirigirse directamente desde Hernani á Pamplona, pasando por Arezo, Gorriti y puerto de Le-cumberri, marcha atrevida y peligrosa, que llevó á cabo, sin embargo, con toda felicidad, si bien á costa de sangrientos combates y pérdidas muy dolorosas.

Dejando en Guipúzcoa á Lacy Evans y al general O'Donnell con las tropas de su mando, púsose en marcha Espartero el 29 con el resto del ejército, preparándose desde luego para vencer la porfiada resistencia que esperaba opusiesen los carlistas al paso del Orio por el puente de Andoain. Para ello dispuso que desde Urnieta, donde se hallaba acantonada la primera división, marchasen por las alturas de la derecha los dos batallones de *Castilla*, pertenecientes á la segunda brigada, á las órdenes de su jefe D. Miguel Mir, para que cubriesen dicho flanco, al propio tiempo que por las alturas de la izquierda realizaban igual operación los dos batallones de la *Reina*, dirigidos por D. Andrés Parra, jefe de la primera brigada, á que pertenecían, concurriendo ambas columnas sobre las alturas que dominan á Andoain, en combinación con los batallones de *Zaragoza* y *Extremadura*, 28 caballos del *Príncipe* y una batería de cohetes de la legión auxiliar británica, que formaba el resto de la primera división y constituía la vanguardia, cuyas fuerzas, dirigidas por el comandante general de aquélla brigadier D. Segundo Ulibarri, marchaban por la carretera seguidas de las demás divisiones. Las posiciones que ocupaban allí los carlistas eran formidables. Dueños de ambas orillas del Orio, defendían su paso con cortaduras, parapetos y casas aspilleras, presentando el mayor número de sus fuerzas sobre las alturas de Elizondo, á la derecha de aquel río, cubierto su frente por el de Andoain. Encargó Espartero el ataque al brigadier Ulibarri, el cual lo llevó á cabo con dos batallones de *Zaragoza* y otros dos de *Castilla*, protegidos por la caballería del *Príncipe* y una batería de carril estrecho, colocada en las cercanías de la iglesia, lanzándose á la bayoneta con extraordinario brío sobre el angosto puente que ponía en comunicación ambas orillas, y en el que cayeron sin vida muchos valientes, víctimas del nutrido y certero fuego de los carlistas. Salvado en breves instantes tan terrible paso, se arrojaron las tropas isabelinas sobre los parapetos y caseríos en que se apoyaba el enemigo, superando las dificultades del terreno y haciendo

prodigios de valor extremado, singularmente el primer batallón de *Zaragoza*, que se atrajo aquel día la admiración y el aplauso del ejército entero, experimentando él solo la pérdida de 17 oficiales y 300 individuos de tropa (EPISODIO). Mas los heroicos soldados de la primera división llegaron á verse muy comprometidos ante las fuerzas tan superiores que se les oponían, por lo cual fué en su ayuda la segunda división, cuyo valiente jefe, el general **D. Manuel Gurrea**, cayó mortalmente herido (1) al pasar el puente, sobre el que seguía concentrando sus fuegos el enemigo. Afortunadamente se dió en aquellos momentos con un vado, por el que pasaron el resto de las tropas sin grandes pérdidas, pudiendo así ganar los liberales las alturas de Elizondo y ocupar el pueblo de Andoain, donde pernoctó el ejército.

Continuó al amanecer del 30 el movimiento, efectuando la marcha por un terreno muy quebrado y difícil, fácilmente defendible; mas los carlistas se limitaron á hostilizar débilmente la retaguardia, que cubría la división de la *Guardia Real*, y pasando por Elduayen fueron las tropas á pernoctar en Berástegui, adonde llegaron fatigadas y hambrientas, no incorporándose los últimos cuerpos hasta las doce y media de la noche, después de veinte horas de penosos movimientos.

Volvió á ponerse en marcha el ejército á las seis de la mañana del día siguiente por el camino de Arezo y Gorriti, yendo en vanguardia la primera división, y la segunda en retaguardia, que fué atacada en las inmediaciones del primero de dichos pueblos, viéndose en grave apuro; mas ocupadas oportunamente la ermita de la Cruz de Arezo por los brigadieres Ulibarri é Iriarte, con los batallones de *Extremadura* y *Castilla*, y las alturas que dominan á Arezo por siete compañías del primer batallón del primer regimiento de granaderos de la *Guardia real* de infantería, pudo la segunda división continuar tranquilamente el movimiento, habiéndose distinguido el capitán D. Juan de Lara al frente de cuatro compañías de la Guardia, y las últimas compañías de *Castilla*, que verificaron con notable bizarría su repliegue é incorporación al grueso, acampando todas las fuerzas en las inmediaciones de Gorriti.

El 1.º de junio se llegó á Lecumberri sin oposición del enemigo; mas en dicho punto presentáronse fuerzas considerables en son de ataque, retirándose al ver la firme decisión de los liberales de abrirse paso, yendo éstos á pernoctar en los pueblos de Echalecu y Orcon.

(1) Hasta que exhaló el postrer suspiro no dejó de animar á sus soldados, considerándose muy dichoso en dar la vida por las libertades de su patria. Su cadáver fué conducido á San Sebastián y enterrado en el monte Orgullo, donde se conservan sus restos bajo elegante y sencillo mausoleo.

En la jornada del 2 cubría la retaguardia la primera brigada de la primera división, que fué atacada con empeño por algunos batallones carlistas en las inmediaciones de Muzquiz de Imoz, trabándose porfiado y sangriento combate por espacio de siete horas en aquellos espesos matorrales y peligrosos desfiladeros, retirándose ordenadamente de posición en posición hasta el inmediato pueblo de Larrayoz, gracias al valor y serenidad de las tropas y á las acertadas disposiciones del brigadier Ulibarri, secundado eficazmente por los coroneles jefes de brigada D. Miguel Mir y D. Andrés Parra; sólo el segundo batallón de *Castilla*, que constituta el último escalón y protegía á los demás en el descenso de la penosa cuesta que termina en aquel pueblo, atemorizado por el terrible fuego del enemigo, que le rodeaba por todas partes (1), se desordenó buscando el apoyo del escalón inmediato, que lo formaba el primero de *Extremadura*, el cual se mantuvo firme en su puesto. Sin más contratiempos entró el mismo día el ejército de la Reina en la capital de Navarra. Los carlistas no pasaron de Larrayoz.

Episodio.—Entre los infinitos actos de bravura que se prodigaron aquel día, tan glorioso para el primer batallón de *Zaragoza*, merece citarse el llevado á cabo por un soldado de dicho cuerpo, llamado MANUEL ALVAREZ, el cual se distinguió entre todos sus compañeros. Pasado ya el puente, y en la terrible porfía con que luchaban unos y otros, separóse de filas el intrépido ALVAREZ, encaminándose medio oculto por los accidentes del terreno al flanco de un pequeño parapeto que defendían unos 60 carlistas. Al estar ya cerca, lanzó con formidable aliento y voz estentórea el grito de *¡á ellos!*, con lo cual, sorprendidos los carlistas, que se creyeron flanqueados por fuerzas considerables, abandonaron precipitadamente el parapeto, y éste pudo ser ocupado sin tener una sola baja. El general Espartero quiso premiar por sí mismo el mérito contraído por dicho cuerpo en la acción de Andoaín, para lo cual le hizo formar, terminado el combate, sobre el propio campo de batalla, y mandando salir de filas á todos los sargentos primeros, les promovió en el acto á subtenientes en nombre de la Reina. Enterado después de la hazaña llevada á cabo por MANUEL ALVAREZ, le hizo salir al frente de todo el ejército formado en el glacis de la ciudadela de Pamplona, y colocándole á su derecha, le abrazó entusiasmado á presencia de aquél y de un numeroso público que tributó sus aplausos al modesto y valiente soldado.

1837. **Sitio de Gandesa (GUERRA CIVIL).**—Empeñado Cabrera en reducir á los heroicos habitantes de Gandesa, entusiastas liberales, presen-

(1) Murió gloriosamente su jefe el comandante **D. Isidro Alonso**, habiendo tomado el mando del batallón el capitán D. Mariano Morcillo, que fué también gravemente herido.

tóse por cuarta vez frente á dicha villa, poniéndola sitio. Levantó algunas baterías que hicieron un fuego horroroso sobre el pueblo; mas los valientes defensores, que habían enarbolado bandera negra, con el siguiente lema: *Viva la Constitución: por Isabel II, libertad ó muerte*, no se arrojaron, acostumbrados ya á sufrir con singular denuedo los estragos de la artillería; y cuando á las cinco de la mañana del 26 de mayo se apercibieron de que 127 proyectiles enemigos habían abierto anchuroso boquete junto á la puerta de Horta, volaron á cerrarlo y defenderlo, no atreviéndose tan siquiera los carlistas á intentar el asalto: tal era el respeto que les infundía el valor desplegado otras veces por los habitantes de Gandesa. Prefiriendo avanzar de una manera segura y sin riesgo, empezaron á construir por la noche un camino cubierto desde la falda del Calvario hacia dicha puerta, de la que estaban ya muy cerca el 28, por lo cual, comprendiendo el comandante de nacionales y juez de primera instancia D. Cayetano Arrea la urgencia de oponerse de algún modo eficaz al inminente peligro que les amenazaba, dispuso saliesen unos cuantos hombres á secundar dichos trabajos, lo cual llevaron tan cumplidamente á cabo, que no pudieron 300 enemigos apagar el fuego. Entretanto se aproximaba ya el general Nogueras en auxilio de Gandesa, y á pesar de las bravatas de Cabrera, tuvo éste que levantar el cerco el 29, después de rudo combate con las tropas del caudillo liberal, que entraron el 30 en la villa, recibiendo de sus habitantes una ovación entusiasta.

Día 30.

1498. **Tercer viaje de Cristóbal Colón.**—El insigne almirante genovés partió de Sanlúcar de Barrameda con seis buques, el 30 de mayo de dicho año, para emprender el tercer viaje de descubrimientos. Llegó el 19 de junio á la Gomera, donde permaneció hasta el 21, y el 27 arribó á las islas de Cabo Verde, que abandonó el 5 de julio, haciendo rumbo al SO.; el 23 descubrió la isla de la Trinidad, abordándola por su extremidad oriental, que designó con el nombre de punta de la Galera, y siguió costeano la isla por su parte S. hasta llegar al golfo de Paria, anclando el lunes 6 de agosto en un punto del continente ó Tierra Firme, que Colón creía isla. La necesidad de reponer las provisiones de sus buques le hizo dirigirse á la Española, saliendo del golfo de Paria por el estrecho á que puso el nombre de Boca del Dragón, que conserva todavía; divisó al NE. dos islas que llamó la Asunción y la Concepción (actualmente Tabago y Granada); descubrió el 15 de agosto las islas Margarita y Cubagua, y llegó por fin á la Española el 19, enfermo y abatido, quebrantado su cuerpo por la fiebre y la gota, y casi ciego. Mas le espera-

ban nuevos disgustos allí donde creía poder descansar y reponer su salud, teniendo que dominar la sublevación de Francisco Roldán contra su hermano Bartolomé Colón y otras revueltas debidas á la insaciable ambición y codicia de los españoles. Las reclamaciones é infundadas y ruines calumnias que propalaron los enemigos de Colón dieron al fin su fruto, y como consecuencia de todo ello llegó á la Española á fines de agosto de 1500 D. Francisco de Bobadilla con amplios poderes de los Reyes Católicos para investigar la conducta observada por Colón; pero su primera medida, aun antes de oír á éste, fué destituirle, apoderándose violentamente del mando, y ponerle preso juntamente con sus dos hermanos Bartolomé y Diego. El insigne descubridor del Nuevo Mundo fué, pues, cargado de cadenas (1) y enviado así á España, sufriendo tamaño ultraje con la mayor grandeza de alma. El dueño de la carabela en que iba Colón, Andrés Martín, quiso quitarle los hierros; mas no lo consintió aquél, manifestando *que los llevaría hasta que los Reyes se los mandasen quitar, y que los conservaría después como reliquias y memoria del premio de sus servicios* (2). Llegado á Cádiz, se produjo en toda la Península un sentimiento general de indignación, llenándose de amargura el alma de la magnánima Isabel al enterarse de la verdad, y al presentarse Colón, ya en libertad, ante los Reyes el 17 de diciembre de 1500, no pudo aquélla contener las lágrimas, considerando la enormidad de los agravios inferidos al hombre inmortal á quien tanto debía España y la humanidad entera.

1657. Ocupación de Olivenza (GUERRA DE PORTUGAL).—El duque de San Germán, gobernador de Extremadura, inauguró la campaña de dicho año poniendo cerco á Olivenza con unos 14.000 hombres en el mes de abril. Al saberlo el general portugués conde de San Lorenzo, salió de Elvas con un ejército igual al de Castilla, y se dirigió á atacar las líneas españolas, confiado en que á su sola aproximación levantarían los sitiadores el campo. Afirmóse en su creencia al ver arder las barracas y tiendas de aquéllos, suceso que fué puramente casual, y entonces los portugueses avanzaron muy ufanos, encontrándose á nuestro ejército formado

(1) Era tal la reverencia que inspiraba el Almirante, que todos los presentes se negaron rotundamente á ponerle los grillos; y ya estaba Bobadilla á punto de hacerlo por su mano, cuando un tal Espinosa, antiguo criado de Colón, ingrato y desvergonzado, se brindó á ello, remachando los hierros con singular desenvoltura.

(2) Los tuvo después colgados siempre en su gabinete, y pidió que cuando muriera los enterrasen con él.

en orden de batalla y dispuesto á caer sobre ellos; por lo que no se atrevieron á empeñar el combate, limitándose á atrincherarse frente á los españoles. Así permanecieron algún tiempo ambos ejércitos, á la vista uno de otro, hasta que viéndose el enemigo impotente para hacer levantar el sitio, se retiró sigilosamente, yendo á acometer la plaza de Badajoz, de donde fué rechazado al asaltar el fuerte de San Cristóbal, dejando el foso lleno de cadáveres. Tampoco consiguieron los portugueses su intento de distraer á los españoles del sitio de Olivenza, atacando á Valencia de Alcántara, cuya operación tuvo igual resultado que la efectuada sobre Badajoz. Con esto decayó el ánimo de los defensores de aquella plaza, evacuándola el 30 de mayo su gobernador el mariscal Saldanha con los 2.000 hombres que la guarnecían. Los habitantes abandonaron también en su mayor parte la ciudad, por no querer vivir sujetos al dominio de los españoles.

Distinguióse en varios combates de los que tuvieron lugar frente á Olivenza el tercio de *Córdoba*, cuyo maestre de campo D. Melchor de la Cueva cayó herido y prisionero.

1684. **Sitio de Gerona.** (GUERRA CON FRANCIA).—El mariscal de Bellefonds, encargado del mando de las tropas francesas reunidas en el Rosellón, entró en España por la Junquera el 1.º de mayo con 15.000 hombres de infantería y 4.000 de caballería, mandada ésta por el catalán D. José Calvo, al servicio de Francia desde el levantamiento de Cataluña contra el conde-duque de Olivares. El ejército enemigo, bien provisto de artillería y toda clase de recursos, atravesó el Ampurdán, ocupó el 4 á Bácsara, dispersando á algunas fuerzas de miqueletes que quisieron oponerse al paso del río, tomó á Pontmajor y se presentó delante de Gerona el 12 de mayo. Era gobernador de la plaza D. Carlos Sucre y general de la artillería el barón de Pignatelli, componiéndose la guarnición de muy pocas tropas (1), por lo cual hubo que proporcionar armas á gran número de paisanos que constituyeron el principal nervio de la defensa. Después de varias tentativas para enseñorearse de la plaza, todas infructuosas, asestaron los sitiadores contra ella durante los días 22, 23 y 24 los tiros de su numerosa artillería, logrando abrir dos brechas en el lienzo de la muralla comprendido entre las dos medias lunas de Santa Clara y del Gobernador. Dado el asalto á las nueve de la noche del 24, después de rechaza-

(1) Sólo había el tercio provincial de Madrid (hoy regimiento de *Sevilla*), á las órdenes de su maestre de campo D. Martín de Guzmán y Cárdenas, y algunas otras fuerzas.

da la intimación que hizo el enemigo, amenazando con pasar á cuchillo á todos los habitantes si la plaza no se entregaba en el término de una hora, consiguieron las tropas del mariscal de Bellefonds apoderarse de la media luna de Santa Clara, sostenida hasta el último trance, con grande empeño, por su gobernador D. Ramón de Calders y los capitanes Félix de Sentmenat y Juan de Copons; y á pesar del valor de los defensores, penetraron los franceses por las brechas, llegando hasta el centro de la ciudad, después de vencer con admirable arrojo todo género de dificultades, sin reparar en la horrible mortandad que sufrían. Creíase ya fundadamente Bellefonds dueño de Gerona, cuando de repente multitud de paisanos armados le acometieron por todas partes con tal furor, que produjeron en las filas de su ejército una carnicería espantosa, viéndose á poco batido, arrojado completamente de la plaza y perseguido hasta sus mismas trincheras por los bravos gerundenses, que tanta gloria adquirieron en aquella memorable noche del 24 de mayo. El enemigo dejó en el teatro de tan sangrienta lucha, que duró cerca de cinco horas, más de 3.000 muertos y heridos, nueve banderas y bastantes prisioneros en poder de los vencedores, quedando tan escarmentado, que se retiró el 30 sin emprender ya operación alguna en el resto de la campaña.

✓ 1840. **Toma de Morella (GUERRA CIVIL).**—La plaza de Morella estaba bien preparada por Cabrera para resistir el sitio que suponía le pondrían las tropas liberales que afuyeron al centro después del convenio de Vergara. Mandaba en ella como gobernador el brigadier D. Pedro Beltrán, más conocido por *Peret del Riu*, ejerciendo el cargo de teniente-rey el coronel de caballería D. Leandro Castilla. Componían la guarnición los batallones 3.º y 5.º de Valencia, á cargo de los comandantes D. José Miralles y D. Manuel Lister, y el 5.º de Aragón, que mandaba D. Manuel Gil; algunas compañías de voluntarios realistas, y otras dos de miliones, mandadas por D. Pascual Gamundi, que daban la guarnición al castillo; tres compañías de artillería, dos á pie y una montada, dirigidas por el coronel, jefe superior del arma, D. Luis Soler, para servir 15 piezas que había en total: dos en San Pedro Mártir, una en la Querola, tres en la plaza del Estudio y las restantes en el castillo, y además tres compañías de zapadores, una de pontoneros, la brigada especial de ingenieros, procedente del Norte, mandada por D. Juan José de Alzaga, como también unos cuarenta cadetes de varios cuerpos, que prestaron toda clase de servicios con juvenil entusiasmo.

El 19 de mayo avanzó Espartero desde la Pobleta sobre Morella; mas

las lluvias y una espantosa nevada (1) le detuvieron en el camino dos días más de lo que pensaba, situándose la división de la *Guardia Real*, que mandaba D. Diego León, conde de Belascoáin, en la ermita de San Marcos, distante hora y media de la plaza; la tercera división permaneció en Chiva, y la cuarta en el Forcall; la caballería y el ganado de arrastre se acantonaron con dos batallones en los pueblos de Torre de Arcas y Monroyo, al lado de la Pobleta, y el resto de la infantería acampó en el camino, alojándose Espartero con su estado mayor en la masía de las



Mayo 30.—Sitio de Morella.

Matas. Por fin, habiendo abonanzado el tiempo, se pudo mover de nuevo el ejército y presentar frente á Morella el 23, rompiendo el mismo día el fuego de cañón desde el cerro de la Pedrera contra el fuerte construído en el cerro del Mas del Pou, en la ermita de San Pedro Mártir, y por la noche se construyó, bajo la dirección del general Cortínez, de ingenieros, otra batería más avanzada, á tiro corto de fusil del mencionado fuerte, bajo el fuego de metralla de su artillería. Para aislar el fuerte de San Pedro, avanzaron hasta sus cercanías las compañías de cazadores de *Ma-lorca y Borbón*; mas el gobernador de aquél, D. Pedro Camps, dispuso una salida que llevó á cabo su segundo el coronel D. José Arnalet con la mitad de la guarnición, logrando restablecer las comunicaciones con la plaza. Una tercera batería contribuyó con las anteriores, desde el amanec-

(1) Se cubrió el suelo con un espesor de más de una tercia de nieve, y fué tal el frio, que sucumbieron helados algunos centinelas y varios soldados de la Guardia

cer del 25, á aumentar los estragos en San Pedro; y avanzando como para dar el asalto el comandante D. José Fulgoso, procedente del convenio de Vergara, con algunos centenares de soldados, también convenidos, se pusieron al habla con los defensores del fuerte, entablándose negociaciones que dieron al cabo su fruto, pues Camps acabó por rendirse con otros trece oficiales y 260 soldados, posesionándose los liberales del destrozado reducto, tan bizarramente defendido. El de la Querola, dominado por el de San Pedro, no tardó en seguir la misma suerte, pudiéndose salvar su guarnición bajo el amparo de algunas fuerzas que salieron de Morella.

Los sitiadores, que fueron aproximándose y circunvalando la plaza hasta ocupar la altura llamada el *Balcón de Morella*, levantaron en la noche del 25 dos baterías contra la población y castillo, una de cañones y otra de morteros, á derecha é izquierda del reducto de la Querola, y posteriormente otras dos, una de brecha delante de la Querola, enfrente de la puerta de San Miguel, muy cerca de la muralla, y otra de obuses á la izquierda de la de morteros, armadas en total con diez cañones de á 24, ocho de á 16, diez morteros de 14 pulgadas, seis obuses de á 7 y otras piezas de campaña, cuyas baterías estuvieron tres días seguidos haciendo un fuego horroroso, por consecuencia del cual se desplomaron muchas casas y se incendiaron otras, esparciendo por todas partes la desolación y la muerte. Mas no parecía sino que el peligro alentaba el ánimo de los sitiados, quienes celebraban con bromas, danza y algazara la caída de las bombas, y no dejaron de contestar hasta el último momento con su artillería, consiguiendo desmontar dos de las piezas de la Querola. En la mañana del 29, cuando habían sido lanzados ya sobre el castillo, y la plaza más de 7.000 proyectiles (1), sin que dieran todavía los heroicos defensores señal alguna de rendimiento, redoblaron los liberales el fuego de una manera violenta en todas las baterías, que producían un estruendo horrible, dirigiendo aquél principalmente al segundo recinto del castillo, del que lograron derribar dos de sus principales torreones, desmoronar gran parte de sus muros y producir la voladura del depósito principal de municiones, cuyo espantoso suceso ocasionó la muerte del coronel de artillería D. Luis Soler y de otras 50 personas más. Amedrentados ya los sitia-

(1) Una bomba penetró en la iglesia mayor por la ventana del camarín de la virgen de los Ángeles, y pasando por detrás de la imagen fué á reventar en medio del templo lleno de gente, no produciendo, sin embargo, mas que la muerte de un herido y la del médico que le estaba curando. El asta de la bandera del castillo fué derribada dos veces por los proyectiles de la artillería liberal. Otro proyectil se llevó la cabeza de un artillero carlista al tiempo de descubrirla para apuntar la pieza que estaba sirviendo.

dos con esta catástrofe, cundieron el desaliento y el pánico, y completamente aturdidos, decidieron abandonar la plaza, comprendiendo que de lo contrario iban á perecer todos sepultados en sus ruinas. Al toque de retreta, que era la señal convenida, emprendió rápidamente la marcha la guarnición, reunida en la plaza del Estudio, menos dos compañías que quedaron para capitular, seguida de una gran multitud compuesta de todas las personas que por haber abrazado con el mayor entusiasmo la causa de D. Carlos, temían la venganza de los liberales; mas al llegar al Hostal Nou, en el camino de Vallibona, un batallón de los sitiadores, situado en un cerro próximo al camposanto de Morella, rompió el fuego por descargas contra los fugitivos, y acudiendo otras fuerzas liberales, no tuvieron aquéllos más remedio que retroceder de nuevo á la plaza. Desgraciadamente, las fuerzas que habían quedado en ella, tomándolos por enemigos, los recibieron á tiros también, y desde el castillo se dirigieron repetidos cañonazos á la puerta del Estudio, que era el punto donde principalmente se agrupaban los infelices requiriendo el paso. En tan lamentable y desastrosa situación, ocurrió á muchos de ellos ir á acogerse al puente levadizo del foso, único lugar en que estaban al abrigo de aquella lluvia de balas; mas fueron tantas personas las que cargaron sobre él, que se hundió con el excesivo peso, cayendo todos al foso, en donde la mayor parte encontraron la muerte, viniendo á aumentar el número de víctimas los que seguían acudiendo al puente ansiosos de salvarse. Por fin fueron reconocidos por sus amigos, terminando con esto escena tan espantosa. Sólo pudo atravesar las líneas de los sitiadores el gobernador D. Pedro Beltrán con otros pocos de los que iban en la vanguardia, cayendo prisioneros más de 500.

Después de esta catástrofe, humillada ya la altivez de los heroicos defensores de Morella, pidieron al día siguiente capitular; mas rechazadas por el duque de la Victoria las condiciones que proponía D. Leandro Castilla, no tuvieron más remedio que rendirse á discreción, apelando á la hidalguía de Espartero para que les permitiese salir armados de la plaza, tambor batiente, lo que les fué concedido por su valor. La guarnición desfiló por ante el ejército liberal, formado á uno y otro lado del camino de Monroyo, quedando prisioneros 122 jefes y oficiales, 23 cadetes, 415 sargentos y cabos y más de 2.000 soldados. Los vencedores tomaron posesión de la plaza y del considerable material de guerra que había en ella, encontrando en el foso 242 cadáveres. El duque de la Victoria subió en seguida al castillo y colocó por sí mismo la bandera de Isabel II en las almenas, donde momentos antes ondeaba negro pendón (1), obteniendo

(1) Existe dicha bandera en el Museo de Artillería, señalada con el número

por decreto de 3 de junio siguiente el Toisón de oro y el título de *Duque de Morella*.

1874. **Bombardeo de Hernani** (GUERRA CARLISTA).—El 29 de mayo se presentó el general Ceballos frente á Hernani, con numerosas fuerzas carlistas y ocho piezas de artillería, que se establecieron en dos baterías levantadas en las alturas de Ercolaga y Egurrola, sobre la derecha del Urumea, á 300 y 1.500 metros respectivamente de la plaza, cuya guarnición se componía de 600 hombres (dos compañías de *Luchana*, dos de carabineros, cuatro de voluntarios y una sección de artillería) á las órdenes del coronel Crespo, comandante militar de la misma. Tomadas las disposiciones necesarias después de la intimación del jefe enemigo, que no fué contestada, se reforzaron las fortificaciones del recinto, se levantaron barricadas, se organizó el servicio de bomberos y se montó un hospital de sangre, preparándose todos para la defensa. El bombardeo empezó á las seis de la mañana del 30, y continuó el día siguiente y el 1.º de junio hasta el mediodía, en cuyo intervalo de tiempo arrojaron las baterías carlistas sobre Hernani y castillo de Santa Bárbara 397 bombas y 871 balas y granadas, causando grandes desperfectos en toda la población. El enemigo, vista la ineficacia de sus esfuerzos, se retiró en la mañana del 20. Se distinguieron en la defensa el comandante de voluntarios D. Ruperto Erice, el capitán de *Luchana* D. Matías Landa, el teniente D. Gregorio García Montoya y el de artillería D. Rafael Maroto, que dirigió el fuego con mucho acierto desde el castillo de Santa Bárbara, inutilizando parte del material de la batería de Egurrola y produciendo la muerte del capitán que la mandaba, D. Ginés Vélez, procedente del cuerpo de artillería del ejército y compañero del anterior.

Día 31.

1572. **Episodio de la guerra de Flandes**.—El levantamiento general de las provincias del norte de los Países Bajos contra la dominación española puso en grave apuro á las guarniciones de algunas plazas. Escaseando por tal motivo en La Haya los víveres y la pólvora, indispensables ambos para sostenerse, dispuso D. Hernando de Toledo, que mandaba las tropas acantonadas en dicho punto, se dirigiese D. RODRIGO ZAPATA con unos 300 soldados á Amsterdam á proveerse de todo, efectuando la marcha en carros para ganar tiempo. En la ida no ocurrió contratiempo alguno, aunque escaramuceando sin cesar con las numerosas partidas rebeldes que infestaban

2.638. Es de seda negra; en su campo se ve una calavera blanca con dos canillas en cruz por debajo, y á los lados un sable ancho y una palma.

el país; mas á la vuelta, considerando ZAPATA que los rebeldes tendrían cortado el camino para impedir el paso del convoy, se decidió á efectuar el regreso por donde menos podía esperarlo el enemigo, siendo como era el camino elegido, próximo á la costa, sumamente peligroso por hallarse en sus inmediaciones ciudades importantes ocupadas por guarniciones enemigas numerosas. Tomando las precauciones necesarias, y con toda la celeridad que el caso requería, se dirigió á Sparendam, villa situada cerca de la desembocadura del Zaan, y encontrando antes de llegar á ella á los rebeldes que le cerraban un estrecho dique por donde forzosamente tenían que pasar los españoles, se lanzó valerosamente sobre ellos, que contaban con fuerzas superiores, les arrojó de sus posiciones y puso en desordenada fuga, entregando acto seguido la ciudad á las llamas. Tuvo después que abrirse paso á viva fuerza por entre numerosas tropas enemigas destacadas de Harlem, que le esperaban cerca de Sanfvort, cuya villa fué también saqueada é incendiada. Por último, junto á una pequeña aldea próxima á Leyden, 2.000 soldados rebeldes establecidos en buenas posiciones, fortificadas y artilladas con veinte piezas, pensaron acabar con aquel puñado de hombres, que de modo tan temerario se aventuraban por el corazón del país levantado en armas contra ellos; mas acometiendo impetuosamente nuestros soldados por el punto que les pareció más accesible y débil, rompieron por entre los contrarios, que huyeron llenos de terror al ver denuedo tal, considerando invencibles á los españoles. Estos arrojaron al mar las veinte piezas de artillería que dejó abandonadas el enemigo, y después de descansar en las posiciones conquistadas, continuaron tranquilamente hasta La Haya, donde entraron cubiertos de gloria sin haber perdido un solo carro del convoy.

1578. **Fallecimiento de D. García de Toledo.**— Este ilustre marino, hijo de D. Pedro de Toledo y nieto del célebre D. Hernando de Toledo, duque de Alba, había nacido en Villafranca del Bierzo en 1514, haciendo su aprendizaje de las cosas del mar bajo la dirección del almirante genovés Andrea Doria, á cuyas órdenes hizo varias campañas. Siendo todavía muy joven, consiguió por su valor y pericia al título de general de las galeras, dedicándose durante diecisiete años á la guerra en corso contra los piratas berberiscos y turcos, hasta que, cansado de este género de empresas, nombróle Carlos I coronel general de infantería, en cuyo cargo se distinguió en la campaña de Italia de 1552, mereciendo después el título de general. Felipe II le nombró á su vez capitán general de Cataluña, y posteriormente capitán general de la mar, en reemplazo del célebre Doria, con cuyo cargo, puesto al frente de una armada compuesta de 93 galeras ó naves y 60 galeotas ó fustas, llevó á cabo en 1564 la conquista del Peñón de la Gomera (V. 6 SEPTIEMBRE). Investido con el alto cargo de virrey de Sicilia, mandó un socorro á la isla de Malta, atacada por los turcos en 1565, en cuya empresa encontró su hijo muerte gloriosa. Fué luego consejero de D. Juan de Austria en las primeras operaciones marítimas de dicho caudillo, y retirado al fin á causa de sus achaques, falleció en Nápoles el 31 de mayo de 1578. Se hizo á su cadáver solemne entierro, llevando la infantería vueltas las picas y arrolladas las banderas, roncós los pífanos y destemplados los tambores.

1647. **Sitio de Armentières** (GUERRA CON FRANCIA).—Deseando el archiduque Leopoldo dificultar el socorro de la plaza enemiga de Courtray, y facilitar el de Saint-Omer, en la creencia de que iban los franceses á sitiar esta plaza, determinó apoderarse de Armentières, ante la que se presentó el ejército el 10 de mayo. D. José de Castejón, marqués de Caracena, uno de los generales más reputados de su tiempo, estableció su cuartel en Houplines sobre el río Lys; el conde Buquoy, á la izquierda, sobre el camino de Arras, cubriendo con su caballería los caminos y avenidas que de esta ciudad van á Armentières; el barón de Beck, con sus alemanes y valones, sobre el camino de Lille; el príncipe de Ligne, hacia la derecha, y el marqués Sfondrato se estableció entre el campo del marqués de Caracena y el de Beck. Don Esteban de Gamarra, general de la artillería, se situó con los italianos á la otra parte del Lys. Mandaba en Armentières M. de Plessis Bellieure, y constaba su guarnición de 2.500 soldados.

Bien fortificados los sitiadores en sus diferentes cuarteles, habiendo el marqués de Caracena señalado también un puesto al capitán de caballos Arias Gonzalo, hijo del conde de Puñonrostro, se repartieron entre sí el sitio en dos ataques principales: el uno del marqués de Caracena con los españoles, borgoñeses é ingleses, y el otro del barón de Beck, con los alemanes y valones. Abiertas las trincheras, rompió un vivo fuego la batería del marqués de Caracena, frontera á la puerta de Arquinghem, al que contestaron los sitiados con otro no menos intenso, sin suspenderlo ni aun por la noche. Llegó en esto el Archiduque para inspeccionar los trabajos, visitando todos los cuarteles, y regresó luego á Lille para celar no faltase al ejército todo lo necesario y estar á la mira de los intentos del enemigo para socorrer la plaza, como efectivamente pensaron efectuarlo los mariscales Gassion y Rantzau, llegando hasta Nieppe; mas comprendiendo que no les sería fácil la empresa, desistieron de su propósito y se retiraron, con lo cual, tranquilo ya el Archiduque, se incorporó definitivamente al campo de los sitiadores. Estos siguieron adelantando con gran ardor las trincheras y ataques; mas los sitiados, no menos animosos á pesar de haber perdido ya toda esperanza de socorro, llevaron á cabo notables salidas para retardar todo lo posible dichos trabajos, y aunque fueron siempre rechazados, no dejaron de causar algún daño, particularmente en la del 28 de mayo, que costó la vida á los valientes capitanes españoles **Martín de Rea** y **D. Juan Ladrón**. Dado el asalto al camino cubierto en la noche del 29 al 30, se establecieron en él los sitiadores, si bien con grandes pérdidas, por la extraordinaria resistencia del enemigo, el cual, desalentado ya y muy escaso de municiones, entró en tratos para rendir la plaza, capitulando el mismo día. El 31 hizo entrega de ella su

gobernador Du Plessis, que quedó prisionero con unos 2.000 soldados, y el Archiduque entró en la ciudad el 1.º de junio, acompañado de todos los generales y jefes de su ejército y de los caballeros de su corte.

Se distinguieron en esta empresa los tenientes generales del conde de Bucquoy y del príncipe de Ligne, D. Antonio de la Cueva y D. Francisco Pardo; sus comisarios generales, el caballero Villaneuve y D. Luis Cayro; el tercio de *Jatn*, dirigido por su maestre de campo D. Gaspar de Bonifaz, y los de D. Gabriel de Toledo y D. Francisco Deza, el de borgoñones del marqués de Diene, los valones del barón de Crevecour, conde de Bruay y maestre de campo Helem, el duque de Amalfi y las compañías de caballos de los capitanes conde de Waroux y Blas de Franca.

1836. **Sorpresa desgraciada de Bañón** (GUERRA CIVIL).—Encargado D. Francisco Valdés de la defensa de la ribera del Giloca, sin perder de vista la del Jalón, quiso oponerse á las demasías del jefe carlista Quílez por el campo de Monreal. Reunió al efecto 1.100 infantes y 115 caballos, y se dirigió el 30 de mayo á Calamocha, desde donde marchó aquella misma noche por Villarejo á Bañón; esperó en las afueras á que amaneciese, y al dejarse oír el toque de diana de los carlistas, se precipitó con sus fuerzas en el pueblo vitoreando á Isabel II, sorprendiendo completamente á los enemigos, que muy ajenos de tener tan cerca á los liberales, salían medio desnudos de sus alojamientos, en la confusión y sobresalto más espantosos. Afortunadamente para ellos, cometió Valdés el descuido de no ocupar convenientemente la salida que conduce al pequeño monte llamado el Valladar, donde se acogieron los carlistas, y ya rehechos, hicieron frente á sus acometedores, que los perseguían en número de 200, protegidos por la caballería, diseminados los restantes por el pueblo en busca de botín. Cargó al enemigo la caballería liberal; pero desordenada por una certera y nutrida descarga, volvieron grupas los jinetes, atropellando á los infantes, cuyo desconcierto aprovecharon los carlistas para vengarse de sus enemigos, cayendo sobre ellos con todas sus fuerzas. En vano Valdés y sus oficiales tratan de remediar el desorden y hacer dar cara á los soldados de Quílez; son inútiles todos sus esfuerzos para dominar el pánico general, y las tropas de la Reina fueron completamente derrotadas, dejando en poder de los contrarios, á los que pensaban sorprender, 900 prisioneros, que en su mayor parte tomaron partido en las filas del Pretendiente, menos los oficiales, fusilados desde luego en número de treinta y cinco. La caballería y unos cien infantes, únicos que pudieron salvarse, se refugiaron, corridos de vergüenza, en Daroca, Feruel y Calatayud.

VI

JUNIO

Día 1.

1677. **Combate naval de Palermo** (GUERRA CON FRANCIA).—Atacada á la vista de Palermo la escuadra combinada española y holandesa, que regía el príncipe de Piombino, por la del almirante francés Vivonne, quedó la acción indecisa, si bien obtuvo moralmente el enemigo la victoria, habiendo conseguido incendiar con brulotes los navíos españoles *Nuestra Señora del Pilar*, *San Antonio*, *San Felipe* y *San Salvador*, y las galeras *Patrona* y *San José*. Como guaneaban estos buques las compañías del tercio de *Córdoba*, antiguo tercio de la armada del mar Océano, experimentó dicho cuerpo pérdidas espantosas, muriendo, entre otros, **D. Juan Vázquez de Zúñiga**, el teniente de maestre de campo **D. Antonio Serrano** y los capitanes **D. Francisco Almangor**, **D. Juan Doronzoro**, **D. Jerónimo de Torres** y don **Lorenzo de Lancastre**.

1793. **Creación del regimiento de Castilla, núm. 16.**—Fué organizado á expensas del duque del Infantado, su primer coronel, cuando la guerra con la República francesa: los dos primeros batallones en Vicalvaro el 1.º de junio de 1793 y en enero de 1794, respectivamente, y el tercero en Leganés en el mes de mayo de dicho año. En la guerra de la Independencia cayó prisionero en Valencia en 1812. Reorganizado después y destinado á Ultramar, hizo la guerra en Méjico, y á su regreso á la Península en 1822 fué disuelto en Leganés, volviendo á aparecer este cuerpo en Burgos por Real decreto de 29 de marzo de 1826. Tenía por sobrenombre *El Héroe*.

En el Museo de Artillería existen tres banderas de este cuerpo. Las tres son de seda blanca: la señalada con el número 143 tiene cruz de Borgoña y en sus extremos castillos gules en campo de plata; la 1.533 tiene también cruz de Borgoña y los escudos de los extremos están formados por castillos de oro en campo gules; la 2.581 tiene el escudo de armas reales y en sus ángulos escudos con castillo de oro en campo gules con corona y trofeos, y alrededor el lema *Regimiento Infantería de Castilla, 16 de línea*.

1812. **Acción de Bornos ó del Guadalete** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El mariscal Sout, queriendo asegurar las comunicaciones entre Sevilla y las tropas sitiadoras de Cádiz, dispuso fortificar á Bornos, punto importante de la línea del Guadalete, cuya operación confió al ge-

neral Corroux con una división de 4.500 hombres. Tratando el general Ballesteros de impedir los trabajos del enemigo, salió al efecto de Gibraltar, vadeó el Guadalete el 1.º de junio y cayó sobre Bornos, acometiendo valerosamente á los franceses D. Juan de la Cruz Mourgeón y don Pedro Téllez Girón, príncipe de Anglona, con la vanguardia y la tercera división (EPISODIO I); mas habiéndose desbandado un batallón bisoño del ala izquierda, mandada por D. José Aymerich y el marqués de las Cuevas, al ver el movimiento envolvente que amagaba la caballería enemiga, superior á la nuestra, comunicó el desorden al regimiento de *Ordenes militares* (EPISODIO II) y á los demás cuerpos de dicha ala, que huyeron en tropel, lo mismo que las restantes divisiones, entre las que cundió el desmayo, dirigiéndose todas las tropas de Ballesteros á repasar el río bajo la protección de la caballería, mandada por D. Luis del Corral, que se portó bizarramente, lo mismo que algunas fuerzas de infantería de las que mandaba el príncipe de Anglona, y que, no habiendo perdido la serenidad en aquellos azarosos momentos, contuvieron por algún tiempo al enemigo, dando lugar á algunos hechos muy gloriosos (EPISODIO III), distinguiéndose el regimiento asturiano de Infiesto. Ascendieron las pérdidas de los españoles á 1.500 hombres, contándose entre los muertos el brigadier de Estado mayor **D. Pascual Maupoey**, el sargento mayor **D. Pedro Vega** y el teniente **D. Antonio Monterroso**, del regimiento del *Rey*, y el capitán del batallón de *Barbastro* **D. Alonso Sabino**; y entre los heridos, el coronel y teniente coronel de *Ordenes militares*, D. Alejandro de Hore y D. José Cevallos; las pérdidas de los franceses no dejaron de ser considerables.

Episodios.—I. Fué tan briosa la carga que dieron *Barbastro* y *Navarra*, que en la primera acometida consiguió aquel batallón tomar dos piezas al enemigo, acto heroico debido principalmente al cadete **D. Rodrigo Pérez Ponce**, quien recibió temprana muerte en tan glorioso empeño.

II. Al replegarse el regimiento de *Ordenes militares*, cargado por la caballería francesa, para pasar el Guadalete, el subteniente **Villanueva**, abanderado del cuerpo, se vió acometido por un dragón que le asestó varias cuchilladas con el intento de arrancarle la bandera, cayendo al suelo cubierto de heridas; mas á pesar de esto siguió abrazado á ella, luchando encarnizadamente con el soldado enemigo, el cual, viendo ya casi exánime al oficial español, echó pie á tierra para apoderarse de la codiciada insignia. El honor del regimiento á que pertenece y el ardiente patriotismo que le animan prestan nuevos alientos al denodado joven, y haciendo un último esfuerzo, se arroja sobre el francés, lucha con él á brazo partido y recobra la bandera, que seguramente no habría podido conservar, faltar de fuerzas como estaba, á no haber acudido al sitio de lucha tan empeñada un jinete español con algunos infantes del mismo regimiento, que dieron muerte al dragón. Entonces, tranquilo ya **Villanueva**, arroja el asta, rota por varias partes, arrolla alrededor de su cuerpo

el paño, todo ensangrentado y hecho jirones, y se hace conducir así al punto donde se hallaba su regimiento, cuyos jefes y oficiales abrazaron conmovidos al heroico oficial, felicitándole por su hazaña, tan gloriosa para el cuerpo. Desgraciadamente, transportado Villanueva al hospital de Algeciras, sucumbió allí á consecuencia de las muchas heridas que había recibido, legando á la posteridad su nombre glorioso y á los jóvenes oficiales un ejemplo sublime de amor á la bandera, emblema sagrado de la patria.

III. El brigadier-coronel **D. Rafael Cevallos Escalera**, que se había distinguido ya en otras acciones de guerra, encontró en esta un término glorioso á su carrera y á su vida. Mandaba el batallón de granaderos del general, á cuyo frente combatió con la mayor bizarría, aunque herido en un muslo, siendo dicho cuerpo uno de los últimos que se retiraron, por lo cual experimentó bastantes pérdidas; mas no satisfecho con esto su valeroso jefe, avanza de nuevo deseando escarmentar á sus audaces perseguidores; recobra por sí mismo una pieza de artillería, y cuando cargó gran golpe de enemigos sobre los pocos que con él estaban, no pudiendo tenerse en pie á causa de su herida, asíóse fuertemente á una de las ruedas de la cureña, defendiendo el cañón con el mayor heroísmo hasta que cayó tendido de un balazo junto al trofeo que acababa de conquistar. Las Cortes españolas tributaron justos elogios á la memoria del valiente **Cevallos**, y concedieron una crecida pensión á su familia.

1847. **Creación del batallón cazadores de Tarifa, núm. 5.**—Fué organizado en dicha fecha en Salamanca, á consecuencia del Real decreto de 20 de mayo anterior con tres compañías de *América*, dos de *Aragón* y una de *España*, siendo su primer jefe D. Ramón María Solano y Llanderal.

Creación del batallón cazadores de Figueras, núm. 6.—En los últimos días de mayo del año 1847 se reunieron en Ciudad Rodrigo las tres compañías de cazadores de *Borbón* y las tres de *Asturias*, quedando con ellas organizado dicho batallón el 1.º de junio. Fué su primer jefe el comandante de *Asturias* D. José de Vega.

Creación del batallón cazadores de Alba de Tormes, número 8.—Se organizó en Olivenza con una compañía de cazadores de *Aragón*, tres de *Navarra* y dos de *Albuera*, siendo su primer teniente coronel D. Calixto de Artaza.

Creación del batallón cazadores de Arapiles, núm. 9.—Contribuyeron á su formación las tres compañías de cazadores de *Galicia* y las tres de *Bailén*, que se reunieron en Torrelodones, acabando de organizarse en Medina del Campo el 1.º de junio. Pasó su primera revista de comisario el 5, tomando el nombre que lleva por decreto de 16 de agosto del mismo año. Fué su primer jefe don Antonio Márquez.

Día 2.

1442. **Toma de Nápoles (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).**—Formalizado el sitio de dicha capital por D. Alfonso V de Aragón después de haberse apoderado de Puzzolo y de Sarrento, tuvo el disgusto de ver

desertar de su bandera al duque de Bari, Antonio de Caldora y otros personajes italianos, que volvieron á tomar partido con los Sforzia por el duque Renato de Anjou, al que profesaban los napolitanos singular afecto, estando dispuestos á defenderle hasta el último extremo. Gran trabajo costó al monarca aragonés cerrar completamente la ciudad por tierra y por mar, á fin de impedir que recibiesen diariamente los sitiados víveres y refuerzos; mas consiguiólo al fin, gracias al considerable número de naves que le fueron enviadas de Cataluña. Con esto principiaban ya los defensores á verse apurados por la falta de subsistencias, particularmente de agua, cuando dos prisioneros indicaron al infante D. Fernando, hijo natural del Rey, un antiguo acueducto subterráneo que iba á dar á un pozo del interior de la ciudad, seco en aquella ocasión. Aprovechando tan precioso descubrimiento, un viernes por la noche, 1.º de junio de 1442, entraron por el acueducto 300 hombres escogidos y corrieron después á abrir la puerta más próxima, cerca de la que se hallaban ya apostadas algunas fuerzas de los sitiadores, los cuales penetraron en Nápoles, y aunque por espacio de algunas horas se defendió la guarnición con la mayor bravura, puesto á su cabeza Renato de Anjou, pelearon los nuestros con arrojo tal, que consiguieron dominar completamente la ciudad, haciendo las crónicas particular mención, por su valor, de Ramón Boil, Jimeno Pérez de Corella, Lope de Urrea, Pedro Martínez, jefe de los trescientos que penetraron por el subterráneo, **Miguel Juan de Calatayud**, que murió á manos de Renato de Anjou en combate personal con él, y Pedro de Cardona. También refiere la historia, que el primero en apoderarse del portal de Santa Sofía fué el conceller de Barcelona Galcerán Destorrents con su gente, y que para memoria de esta hazaña fueron dadas aquellas puertas á los catalanes y llevadas á Barcelona, guardándose en la Atarazana de dicha ciudad, de donde más adelante se trasladaron á otro punto, acabando por desaparecer y perderse. El rey Alfonso permitió el saqueo de Nápoles, si bien con órdenes terminantes y severas de respetar los templos, el honor de las mujeres y la vida de los vencidos, lo que se cumplió religiosamente.

Renato de Anjou se refugió en el castillo Nuovo, de donde se fugó en una nave genovesa, pasando después á Florencia. No fué tan afortunado el valeroso duque de Bari, encarnizado enemigo de los aragoneses, pues cayó prisionero; mas el rey Alfonso, generoso y magnánimo, le concedió inmediatamente la libertad sin imponerle condición alguna, á pesar que después de haberle jurado obediencia, se había desertado con su hueste para tomar partido de nuevo con los enemigos. El rey de Aragón llevó á cabo en pocos días la pacificación del reino de Nápoles, sometién dose de buen grado, de orden de Renato de Anjou, los fuertes Nuovo y

de San Telmo, únicos puntos que conservaban sus partidarios, y Alfonso V efectuó su entrada en la capital con gran pompa (V. 26 FEBRERO).

1544. **Batalla de Serravalle** (GUERRA CON FRANCIA).—Animados por el triunfo que obtuvieron los franceses en Cerisoles (V. 21 MAYO), penetraron en Italia 10.000 emigrados que seguían el partido de aquéllos, con ánimo de incorporarse á las filas de sus amigos. Enteróse de ello el marqués del Vasto, y deseando batirlos antes de que se reuniesen al ejército francés, encargó su persecución al príncipe de Salerno, que se dirigió al encuentro de los italianos con 7.000 infantes y 800 caballos. Tuvo lugar el choque cerca de Serravalle, en las márgenes del Po, á ocho leguas de Génova, sitio donde los enemigos no podían menos de aceptar el combate. Este se trabó con furor, obteniendo al principio la infantería enemiga grandes ventajas, pues llegó á apoderarse de seis banderas; pero la caballería imperial, apoyada por 1.000 diestros arcabuceros, no tardó en recobrar una superioridad decidida, acabando por derrotar completamente al enemigo. Percieron de ambas partes más de 4.000 hombres: tal fué la saña y encono con que se acometieron unos y otros, quedando prisioneros de los españoles otros 5.000 soldados, con su caudillo Pedro Strozzi y otros jefes; sólo algunas bandas de fugitivos pudieron repasar la frontera en la situación más lastimosa.

✓ 1835. **Sorpresa de Descarga** (GUERRA CIVIL).—Sitiada Villafranca de Guipúzcoa por Zumalacárregui, acudieron á hacer levantar el cerco Valdés desde Pamplona, Espartero desde Vitoria y Jáuregui desde San Sebastián. Espartero, por Mondragón y Vergara, fué á pernoctar el 2 de junio en el alto de Descarga, esperando noticias de Valdés, y el último se situó en Tolosa, de donde no se atrevió á proseguir, temeroso del jefe enemigo Gómez, que envió Zumalacárregui en observación suya. Esperando Espartero lleno de ansiedad apareciesen las fuerzas de Valdés para seguir avanzando, supo por un espía que Oráa había sido derrotado en la sierra de Larrainzar (V. 29 MAYO) y que no se tenía noticia alguna de Valdés. Considerando fracasada ya la combinación y el peligro en que se encontraba, pues Zumalacárregui podía muy bien cortarle la retirada sobre Vitoria ó Bilbao situándose en las gargantas de Salinas ó Elgueta, dispuso desacampar y emprender un movimiento retrógrado, lo que efectuaron los liberales á las siete de la tarde, en medio de un fuerte temporal de agua y viento, iniciando la marcha, ya de noche, el centro, compuesto de la división de Alava, que mandaba el barón del Solar de Espinosa,

debiendo los cuerpos restantes (división de Vizcaya, á cargo del conde de Mirasol, y brigada auxiliar de Navarra, mandada por el coronel Ulibarri) afluir por el camino más corto á la carretera y seguir á aquélla en su movimiento.

El comandante general carlista de Vizcaya D. Francisco Benito Eraso se encontraba en Villarreal de Zumárraga, y aunque supo la proximidad de Espartero, tenía orden de Zumalacárregui de dejarle avanzar, debiendo caer luego sobre él por retaguardia; y sólo con el objeto de reconocer el camino real hasta el alto de Descarga, destacó unos cuantos lanceros de Vizcaya con el batallón de Guías de Alava, cuyas fuerzas iban al mando de D. Martín Bengoechea, formando entre tanto los demás batallones en la carretera, prevenidos para lo que pudiera ocurrir. Impensadamente tropezaron los exploradores enemigos con las avanzadas de los liberales, y cargando á fondo con la mayor impetuosidad, seguidos de los infantes, produjeron el sobresalto consiguiente en la división de retaguardia, que en marcha ya y teniendo un precipicio á su izquierda y una altura ocupada por el enemigo á su derecha, no pudo formar ni reponerse tan siquiera de la confusión y pánico que se desarrollaron en ella al verse sorprendida; desbandáronse, pues, los soldados, arrastrando en la fuga á sus jefes y oficiales, impotentes para contener ni remediar desorden tal, y las demás tropas de Eraso, que acudieron aceleradamente, pudieron completar á muy poca costa la derrota de sus contrarios. Espartero, ciego de ira por su desgracia, dió repetidas cargas al frente de cuarenta caballos, y metido entre los enemigos, batióse desesperadamente con ellos cuerpo á cuerpo, importándole poco encontrar la muerte. El primer batallón del *Príncipe* portóse también con bizarria, trasladándose desde un flanco, donde se hallaba, á retaguardia, conteniendo algún tanto á los carlistas y sirviendo de núcleo para reunir á muchos de los dispersos. La división de Alava llegó ordenadamente á Vergara á las diez y media de la noche; las fuerzas restantes de Espartero entraron en dicho punto en el estado más deplorable.

Dos mil prisioneros amontonados al día siguiente en los pórticos de la iglesia de Zumárraga demostraban la importancia de la victoria conseguida sobre las tropas de la Reina. La guarnición de Villafranca capituló en seguida, y Tolosa, abandonada por Jáuregui, fué ocupada por Gómez, que se hizo dueño de bastantes municiones y víveres. Vergara (1), Eibar, Durango (Episodios) y Ochandiano (2) se entregaron también á los partidarios de D. Carlos.

(1) La guarnición, compuesta de 1.000 hombres, capituló sin hacer la menor resistencia.

(2) El marqués de San Gil capituló con el jefe carlista Villarreal después de

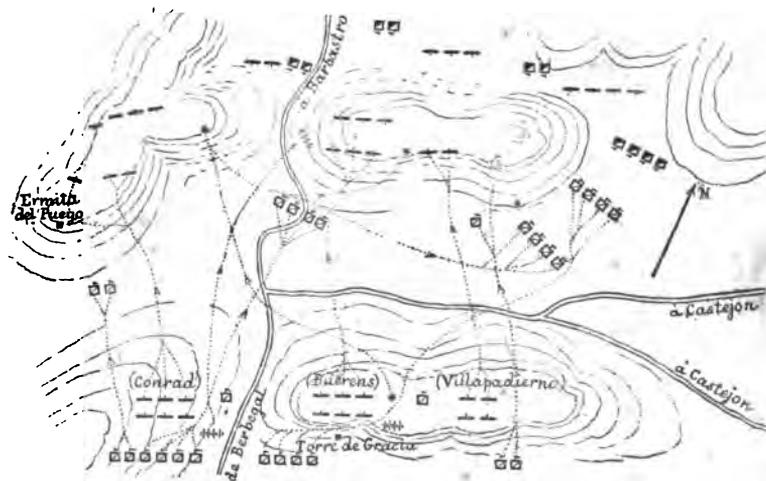
Episodios.—Durango fué abandonado por su guarnición, dejando 114 enfermos en los hospitales y varias piezas de artillería, fusiles y otras armas, municiones, etc. Un consejo de guerra celebrado en Bilbao condenó á los jefes y oficiales encargados de la defensa á la última pena, que no llegó á verificarse por faltar la aprobación de Espartero, lavando después algunos de ellos con su valor la mancha impresa sobre su nombre. Uno de los oficiales, preso en Vitoria, pidió servir de soldado en las guerrillas, y demostrando el mayor heroísmo terminó su vida atravesado de un balazo delante del castillo de Guevara. El coronel que tenía el mando de Durango, continuó preso en Bilbao en el convento de San Francisco, donde existía un depósito de pólvora y granadas de mano. Habiendo producido tres bombas, arrojadas por los carlistas durante el sitio, el incendio de un cajón y la contingencia inminente de una voladura, el citado coronel evitó con sus heroicos esfuerzos una catástrofe horrenda, mereciendo que Espartero mandase quemar la causa y se le pusiese en libertad.

1837. **Batalla de Barbastro** (GUERRA CIVIL).—Reforzadas las tropas derrotadas en Huesca (V. 24 MAYO) por las que había en Zaragoza, compuestas de la división Buérens y la brigada Villapadierna, ó sean 5.000 infantes, 600 caballos y cuatro piezas de artillería, tomó el mando de ellas en Berbegal, el 31 de mayo, D. Marcelino Oráa, general en jefe del ejército del Centro y capitán general de Aragón y Valencia. Se hallaba repartido el ejército liberal entre Berbegal, Selgua, Alamillos, Castejón de la Puente y Morillo, pueblos situados en las cercanías de Barbastro, adonde se había trasladado D. Carlos desde Huesca, constante en su propósito de pasar el Cinca; y deseando el caudillo de las tropas de la Reina elegir posiciones desde donde pudiese observar á los contrarios, mantenerlos en continua alarma y atacarlos con ventaja, dispuso practicar el 2 de junio un reconocimiento general ofensivo con todas las fuerzas que mandaba, consistentes en 12.400 infantes, organizados en tres divisiones, á cargo del general Buerens y brigadieres Conrad y Villapadierna, 1.400 caballos (14 escuadrones), bajo las inmediatas órdenes del brigadier D. Diego León, y tres baterías, dos montadas y una á lomo. El ejército carlista tenía próximamente iguales fuerzas, mandando su caballería (14 escuadrones) el brigadier Quílez; pero carecía de artillería.

Al amanecer del 2 las tropas liberales emprendieron la marcha desde sus cantones, reuniéndose á las once de la mañana en la cordillera de ja torre de Gracia, donde formaron en tres columnas paralelas, dispuesta

una débil defensa, cuidando por un artículo adicional de asegurar la devolución de sus caballos. En cambio, los urbanos que formaban parte de la guarnición fueron enviados á las minas de Barambio, donde casi todos perecieron menos unos pocos que pudieron escaparse.

cada una en dos líneas: á la derecha Villapadierna, en el centro Buerens y á la izquierda Conrad; mandaba la vanguardia ó primera línea del centro el coronel del *Príncipe* D. Sixto Fajardo, y el cuerpo ó segunda línea el de igual clase D. Ramón Solano; la caballería formaba la retaguardia, protegiendo un escuadrón ligero cada uno de los intervalos entre las tres columnas. Estas se pusieron en movimiento á las doce, precedidas de una línea de tiradores, con orden de Oráa de seguir avanzando hasta que las cabezas de las columnas se colocasen en las cumbres del frente, que dominan á Barbastro. La izquierda avanzó con rapidez y buen orden, y se



Junio 2.—Batalla de Barbastro.

posesionó de las alturas de la Virgen del Pueyo, cuya ermita ocupó un batallón, variando después de dirección á la derecha para ponerse más en contacto con el centro; pero la primera línea de éste retrocedió ante el nutrido fuego que hacían los carlistas, y los soldados del *Príncipe* y *Gutas*, tan valientes otras veces, se dispersaron y huyeron ahora vergonzosamente, cuya ventaja aprovechó el enemigo, precipitando las masas de su infantería, bajo la protección de sus jinetes, sobre el terreno abandonado, cargando al mismo tiempo á las tropas de la derecha, cuyas guerrillas se replegaron también en desorden. Comprendiendo el peligro que amenazaba al ala derecha, pues los carlistas maniobraban para envolverla, dispuso Villapadierna cargarse al enemigo el escuadrón del 4.º de ligeros; pero mal dirigida la carga, fué aquél rechazado, roto y disperso, arrasando en su desorden al otro escuadrón del 6.º de ligeros, que salió á

apoyarle. Apercebido el general Oráa de tan lamentable y desgraciado acontecimiento, hizo avanzar la segunda línea, dando orden á la caballería del centro y de la izquierda se trasladase al sitio de la derrota, como lo efectuó con rapidez, dando D. Diego León brillantes y repetidas cargas, á la cabeza de los escuadrones de lanceros de la *Guardia*, *Borbón* y húsares, mientras en las posiciones de la derecha se sostenían valientemente, rechazando las acometidas del enemigo, los batallones del *Rey*, *Infante* y 2.º de *Aragón*, en particular el de la *Princesa*, que dió una carga impetuosa á la bayoneta. En el centro, reforzada la primera línea con los dos batallones de *Córdoba* y uno de *Almansa*, que se lanzó también á la bayoneta con vigorosa intrepidez, se contiene también á la caballería y batallones contrarios, gracias á los esfuerzos de los cazadores y lanceros de la *Guardia*, mandados por el comandante D. Juan Zavala, consiguiendo salvar la artillería, que no menos serena y bizarra, trataba de proteger á sus compañeros de las otras armas, haciendo certero y mortífero fuego á muy corta distancia. Con esto pudieron reponerse los cuerpos primeramente derrotados y restablecerse favorablemente el combate en el centro y derecha, que se mantuvieron en sus posiciones el resto de la tarde, imponiendo respeto al enemigo.

Entretanto, la izquierda, que, más afortunada, había seguido avanzando, se vió rudamente acosada en cuanto sobrevino el desorden de la brigada Fajardo. Un escuadrón del primero de ligeros contuvo algún tanto á los carlistas, pudiendo llegar con esto la brigada Van-Halen, compuesta de los dos batallones del 2.º regimiento de la *Guardia Real* y uno de *Africa*, hasta un cerro que domina el camino de Barbastro á Angués, á dos tiros de fusil de la ciudad; mas no avanzando simultáneamente el centro y la derecha, algo distantes, y lanzando el enemigo contra Conrad seis batallones y alguna caballería, se vieron forzados á entrar en fuego dos batallones de la reserva, sin que pudiesen ya las tropas de la izquierda unirse al centro como intentaban. En tal situación, comprendió el general en jefe no era prudente empeñar de nuevo el combate, y decidió muy cuerdamente retirarse, disponiendo quedasen en posición para proteger el movimiento las dos baterías montadas, detrás del centro y la derecha, apoyadas por la caballería, convenientemente escalonada. La operación se llevó á cabo por esta parte con orden, serenidad y sin el menor contratiempo; no así en la izquierda, que, más avanzada, vióse también más comprometida, teniendo que simular de nuevo un ataque para poder verificar después el movimiento retrógrado con algún desahogo. Distinguióse en tal ocasión el 2.º regimiento de la *Guardia* y una mitad del primero ligero, mandada por el comandante D. Juan Contreras; mas al replegarse dichas tropas, cuatro compañías de la legión francesa, que protegían el movi-

miento, dominadas por un pánico espantoso, sin motivo alguno para ello, se desbandaron y huyeron, no pudiendo contenerlas los esfuerzos de sus oficiales y los del mismo valeroso brigadier **D. José Conrad**, que, lleno de ardor juvenil, acudió á recordar á sus compatriotas lo que exigían el honor y el deber; mas rindió la vida sin conseguir su objeto, pues cayó en aquel momento junto á la ermita del Pueyo, atravesada su venerable cabeza, cubierta de blancos cabellos, por una bala enemiga, terminando así aquel ilustre extranjero su gloriosa carrera. Los granaderos de la *Guardia*, dirigidos por el brigadier Van-Halen, contuvieron á los contrarios con su calma impassible y sereno valor, pudiendo continuar las tropas de la izquierda la retirada con buen orden y marcial compostura.

Experimentó el ejército liberal la pérdida de 80 muertos y unos 700 heridos y contusos; la de los carlistas no llegó á 500 hombres. Distinguiéronse, además de los nombrados, el coronel jefe de la plana mayor general **D. Domingo Aristizábal**, el de igual clase **D. Manuel de Mazarredo**, el comandante **D. Juan de la Pezuela**, y el capitán, ayudante de campo del general en jefe, **D. Juan González Ibarra**, que murió gloriosamente en las guerrillas de la izquierda. Don Carlos concedió á su ejército una cruz de distinción, propuesta y diseñada por el infante **D. Sebastián**, quien, aquí como en todas partes, dió constantemente pruebas de pericia, serenidad y valor personal.

1840. **Heroica defensa de Roa (GUERRA CIVIL).**—El jefe carlista **D. Juan M. de Balmaseda**, que no quiso aceptar el convenio de Vergara, reanudó sus correrías por Castilla, llenando de terror á los pueblos que tuvieron la desgracia de ser objeto de sus expediciones. Uno de los que más sufrieron y cuyos habitantes se defendieron con más valor, fué el de Roa, ante el que se presentó al amanecer del 2 de junio con 1.500 infantes, 350 caballos y dos piezas de artillería, seguidos de un considerable número de paisanos provistos de toda clase de herramientas para derribar las puertas y entregarse al pillaje. Los nacionales, bien dispuestos á la defensa, rechazaron á sus bárbaros enemigos hasta detrás de las tapias del camposanto; pero pocos en número, y de malas condiciones el pueblo, pudieron al cabo los carlistas penetrar en él por todas partes, refugiándose los nacionales, unos en la iglesia y otros en el fuerte, donde se defendieron con heroico valor. La iglesia fué entregada á las llamas, y habiendo los liberales despreciado la intimación del enemigo, fué asaltada aquélla á las cuatro de la tarde, peleando unos y otros con furor en medio de un verdadero volcán que amenazaba acabar con amigos y adversarios, siendo al cabo rechazados por completo los carlistas. Estos se en-

tregaron á la venganza de incendiar el pueblo, siendo pasto de las llamas á las siete de la tarde casi todas las casas y edificios, no habiendo podido tampoco apoderarse del fuerte, rechazados constantemente por sus bravos defensores, los cuales no desmayaron al ver medio en ruinas el reducto que existía frente á la calle del Cuerno, dedicándose algunas señoras, no menos animosas, á remover con sus delicadas manos los escombros de los tabiques derruidos para formar con ellos nuevos parapetos. Viendo Balmaseda resistencia tan obstinada, retiróse escarmentado, consiguiendo los nacionales y vecinos de Roa un glorioso triunfo.

Día 3.

1282. **Expedición de catalanes y aragoneses á Túnez y Argel.**—Constantes los reyes de Aragón en la empresa de ir extendiendo su dominio por el Mediterráneo, llevaron á cabo algunas expediciones á Africa, coronadas todas del mejor éxito. Ya en 1280, aprovechando Pedro *el Grande* la oportunidad de negarse el emir de Túnez á satisfacer el tributo á que estaba obligado desde el reinado de D. Jaime *el Conquistador*, intervino en las contiendas civiles de dicho reino, enviando una flota de diez galeras, armadas cinco en Valencia y cinco en Barcelona, al mando de Conrado de Llansa, para apoyar los derechos del pretendiente Abu Ishak al trono de Tunes. Llansa se apoderó fácilmente de la capital, y proclamado rey el candidato de Aragón, comprometióse éste á pagar puntualmente el tributo anual, á reconocer y admitir dos cónsules catalanes, uno en Túnez y otro en Bugia, para la protección y seguridad del comercio, y á que fuesen también catalanes, elegidos por la casa de Aragón, ciertos empleados del reino tunecino; dejó después guarnición de almogávares en el castillo, y saliendo con su escuadra del puerto de Túnez, asoló toda la costa de Berbería hasta Ceuta, de donde volvió á Cataluña cargado de despojos.

Presentóse al año siguiente el bravo marino con cuatro galeras en Tremecén, desembarcando en un islote llamado Alabiba para hacer aguada. Llegaron, casi al mismo tiempo, diez galeras marroquíes, bien armadas y tripuladas, acometiéndolas sin demora, y después de una lucha tenaz, la victoria coronó los esfuerzos desesperados de los nuestros, echando á pique algunas de las naves enemigas y apoderándose de otras.

La expedición llevada á cabo en 1282, fué realmente sólo un pretexto para tener cerca de Sicilia una escuadra y un ejército en expectativa de los acontecimientos que podían desarrollarse en dicha isla después del suceso de las *Vísperas sicilianas* (V. 30 MARZO), por los derechos que á la corona tenía D.^a Constanza, esposa del rey D. Pedro, como hija del rey

Manfredo, que murió en la batalla de Benavento defendiendo su reino contra Carlos de Anjou. Hechos todos los aprestos necesarios con el mayor sigilo posible, salió el 3 de junio D. Pedro III en persona de Port-Fangós con la expedición, yendo de almirante de la flota D. Jaime Pérez; hizo escala en Mahón, y dirigiendo después su rumbo á la costa de Africa, fondeó la escuadra en Alcoll (Collo, entre Bugia y Bona, á 20 leguas de este último punto, en la bahía de su nombre), con ánimo de tomar á Constantina. Encontrando desierta aquella ciudad, desembarcó la hueste y se fortificó en la plaza, estableciendo además fuera de ella un campamento donde se situaron como fuerza avanzada los condes de Pallás ó Pallars y de Urgel, con 300 caballos y 3.000 almogávares. Las tropas restantes se organizaron en cabalgadas ó divisiones, mandando la segunda los capitanes Pedro de Queralt y Ruiz Jiménez de Luna; la tercera Pedro Fernández de Hijar y Pedro Arnaldo de Botonat; la cuarta, Beltrán de Bellpuig y Sancho de Antillón, y la quinta, Blasco de Alagón y Galcerán de Pinós, siendo de notar que al frente de cada una de ellas había un aragonés y un catalán, sin que esto promoviese discordias ni rivalidades: tal era la unión que había entre todos. Así pudieron ya practicar varias excursiones al interior, de las que regresaban siempre con buen botín, y un día en que se presentó una fuerza respetable de enemigos, dispuso D. Pedro tan bien sus tropas, que los sarracenos, atraídos por una falsa retirada de los almogávares, fueron completamente derrotados, dejando en el campo más de 2.000 hombres, cuyo hecho de armas tuvo gran importancia, siendo su consecuencia quedar gran parte de la comarca en poder del vencedor; pues internándose D. Pedro más de lo que lo hiciera hasta entonces, regresó á Collo con muchos prisioneros y efectos, además de 2.000 bueyes y 20.000 carneros que aseguraban la subsistencia de la hueste para mucho tiempo. Se disponía ya D. Pedro á marchar sobre Constantina, cuando recibió una embajada de los sicilianos ofreciéndole la corona para que les libertase del tirano Carlos de Anjou, que sitiaba á Messina, por lo cual ordenó el rey el embarque de su ejército, y después de incendiada la ciudad, zarpó la flota é hizo vela hacia Trapani, adonde llegó el 30 de agosto.

1809. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—Apoderados dolosamente los franceses de los fuertes de Barcelona (V. 29 FEBRERO), no se resignaron fácilmente sus habitantes á sufrir el yugo de los enemigos de su patria, haciendo varias tentativas para recobrar la libertad, por desgracia todas inútiles, pues los franceses estaban muy vigilantes, conociendo lo mucho que les costaría recobrar la plaza si llegaban á perderla. Extremando toda clase de precauciones, pues llegaron

hasta á quitar los badajos de las campanas de todas las iglesias, en vista de la efervescencia que se produjo algunas veces con el toque de somatén, pudieron hacer abortar dos intentonas para entregar la capital de Cataluña á las tropas españolas; pero no desmayaron por esto los patriotas barceloneses, y promovieron por tercera vez una conspiración que debía estallar en la noche del 11 de mayo. Todo se hallaba dispuesto para dicha fecha: los somatenes y tropas, á tiro de cañón, en los puntos que de antemano se les había designado para entrar por la puerta de San Antonio, que les debía ser franqueada; O'Farril en el hospital de Santa Cruz, donde debía sublevarse con los soldados enfermos y heridos que estuviesen en disposición de tomar las armas; Mora y Foxá, al frente de 500 hombres, con dos tambores, en el hospital de San Lázaro; en una casa de la calle de la Riera Alta, otra partida de gente armada, á cuyo frente se hallaban Rovira y Aulet, con los PP. Gallifa y Mórera; Avila en el convento de San Francisco con 200 hombres; otra partida en la casa de Mornau, calle Ancha, cerca de la de Larrá, donde se hallaba alojado el general Sechi, para sorprender la guardia de éste; otras varias partidas en casas inmediatas á las puertas de la ciudad ó á las habitaciones de las autoridades, ó bien dispuestas á lanzarse á la calle y levantar barricadas para oponerse al paso de los soldados franceses; y finalmente, paisanos distribuidos en la Catedral y otras iglesias estaban provistos de badajos para lanzar las campanas á somatén. Mas, ignórase por qué motivo, no se hizo la señal que todos esperaban, y fracasó de nuevo la empresa, pues los franceses recelaron lo que había ocurrido, adquiriendo la evidencia de ello por la imprudencia que cometieron, á raíz de los sucesos, los ardientes patriotas **D. Salvador Aulet** y **D. Juan Massana**, proponiendo á un capitán de las tropas imperiales la entrega del fuerte de Atarazanas. Hechas algunas averiguaciones, fueron aquéllos presos, como también **D. Joaquín Pou**, cura párroco de la Ciudadela, **D. Juan Gallifa**, clérigo regular teatino, y **D. José Navarro**, sargento del regimiento de infantería de *Soria*, y condenados á muerte, que debían sufrir los PP. **Pou** y **Gallifa** en el cadalso, y **Navarro**, **Aulet** y **Massana** en la horca. Mas no encontrando en Barcelona quien se prestase á hacer el oficio de verdugo, **D. Juan de Medinabeytia**, regente de la Audiencia por el intruso, buscó á dos presidiarios llamados Aznar y Sánchez, que con promesa de libertad y una crecida suma de dinero se comprometieron á llevar á cabo la ejecución, aunque con manifiesta repugnancia, teniendo el mismo Medinabeytia que darles algunas lecciones para poder cumplir mejor encargo tan infame. Aquellos cinco esclarecidos ciudadanos, mártires de la patria, fueron conducidos desde la torre de la Ciudadela á la Esplanada, donde recibieron serenamente la muerte en la tarde del día 3 de junio.

Durante la ejecución, alarmaron extraordinariamente á los franceses las repetidas vibraciones de una campana de la Catedral tocando á rebato. Algunos hombres arrojados, sin plan alguno preconcebido y sólo con la esperanza de producir alguna conmoción popular que permitiese salvar á sus compatriotas, habían subido á la torre de la Catedral y estaban golpeando con martillos la campana conocida por *Tomasa*. Los imperiales rodearon inmediatamente el templo, y practicado un escrupuloso registro, á nadie encontraron; mas como estaban seguros de que se hallaban dentro los que habían estado tocando á somatén, permanecieron allí durante tres días, y al cabo de dicho tiempo, cuando ya se disponían á retirarse, ocurrióse á uno

de ellos dar voces de que había perdón. Engañados los patriotas barceloneses y completamente desfallecidos, pues habían permanecido setenta y dos horas mortales sin comer, ni beber, ni respirar apenas, ocultos bajo los fuelles del órgano, se presentaron á sus falaces enemigos: **Pedro Mas**, carpintero de ribera; **Pedro Lastortras**, cerrajero, y **Julián Portet**, espartero; los cuales fueron también condenados á muerte por un consejo de guerra, sufriendola con valor y resignación cristiana aquellas nobles víctimas de su generosidad y de sus patrióticos sentimientos.

1869. **Acción de la Sigüanea** (GUERRA DE CUBA).—El 1.º de junio de 1869 reunióse con las fuerzas que habían llegado á la Mandinga la columna de Cienfuegos que mandaba el coronel D. Alejandro Rodríguez Arias y 150 caballos, con el objeto de llevar á cabo una expedición á la Sigüanea, posición importante enclavada entre las jurisdicciones de Santa Clara, Trinidad y Cienfuegos, que constituía el principal baluarte de los insurrectos por aquella parte. Emprendida el 2 la marcha hacia Barajaques, llegó la columna, compuesta de fuerzas de *Simancas*, *Tarragona* y caballería de *Gilines*, con dos piezas de montaña, á Ciego Diego, que está situado al pie de la primera loma que hay que subir para tomar el camino de la Sigüanea, practicando algunos reconocimientos, y el 3 al amanecer se continuó el movimiento, encontrando á los enemigos emboscados y fuertemente atrincherados en las alturas de la derecha del camino, en el paso de la Macagua; mas el arrojo de los soldados españoles, que treparon á la bayoneta por aquellas lomas, y el sereno valor de ocho artilleros que montaron una pieza bajo el terrible fuego de los insurrectos, cayendo dos de aquéllos heridos de gravedad, amedrentó á los contrarios, en términos que abandonaron sus fuertes posiciones á la hora y media de combate y se corrieron á Camarones y Cumanayagua, contribuyendo al resultado la oportuna incorporación, más allá de Habanilla, del teniente coronel Laquidain, de *Basa*, con su columna, el cual acudió desde la parte de Jibacoa al oír el fuego. Se distinguieron en esta acción, importante por los resultados que produjo, el coronel Cánovas, el de igual clase Martínez de Campos, á quien mataron el caballo de una descarga, el teniente D. Félix Pareja, el joven alférez de *Simancas* D. Arturo del Castillo y el médico D. José González Núñez, que hizo la primera cura á los heridos con gran exposición de su vida (1).

(1) Como prueba de la defectuosa organización del servicio de sanidad en dicha campaña, bastará decir que un mal practicante tuvo que operar la extracción de las balas á algunos heridos, valiéndose tan sólo de un cortaplumas de su uso particular, único instrumento de cirugía con que contaba.

Día 4.

1684. **Pérdida de Luxemburgo** (GUERRA CON FRANCIA).—Rotas las hostilidades con Faancia en 1683, el marqués de Crequi emprendió al año siguiente con 40.000 hombres el sitio de Luxemburgo, una de las plazas más fuertes de Europa, por la naturaleza y por el arte. El gobernador, príncipe de Chimay, que disponía de una corta guarnición de españoles y valones, se opuso con gran actividad y energía á los formidables medios de expugnación que empleó el enemigo, cuyos ataques y todas las obras del sitio dirigía en persona el famoso ingeniero Vauban; hizo frecuentes salidas con gran fortuna, causando á los sitiadores daño considerable, y llevó á cabo una defensa admirable. Sólo después de veinticinco días de trinchera abierta, apurados cuantos recursos podían ofrecer al general más experimentado el valor, la prudencia y los conocimientos militares de sus oficiales, sin víveres y sin municiones, fué cuando obtuvo el príncipe de Chimay una capitulación honrosísima, saliendo de la plaza con banderas desplegadas, tambor batiente, cuatro cañones y un mortero. Los sitiados hicieron 40.000 disparos de cañón, y arrojaron al campo enemigo 7.500 bombas.

1777. **Conquista de la colonia del Sacramento** (GUERRA CON PORTUGAL).—El 20 de mayo de 1777 desembarcó en la colonia portuguesa del Sacramento D. Pedro Ceballos, á la cabeza de 3.000 hombres escogidos. Abierta trinchera, se levantaron dos baterías, y simulando un falso ataque al baluarte del Carmen, se dirigió el verdadero contra la cortina de la puerta principal, que vino á tierra en gran parte, dejando practicable una anchurosa brecha. El gobernador de la plaza, D. Pedro José de la Roche, quiso entablar negociaciones tan sólo para ganar tiempo, esperando ser socorrido; mas conociéndolo Ceballos, exigió la entrega á discreción en un breve plazo, teniendo el jefe portugués que rendirse el 4 de junio, quedando prisionero con otros 1.000 hombres que constituían la guarnición, y en poder de los españoles 135 cañones, 800 barriles de pólvora y considerable número de efectos.

1837. **Episodio de la guerra civil.**—Al replegarse á Olbán, cerca de Berga, después de la acción del puente de Orná, la primera división del ejército de Cataluña, dispuso el jefe de ella, brigadier D. Francisco Osorio, que el comandante **D. Juan Pujol**, con el tercer batallón de *América* y dos compañías de cazadores del primero y segundo, cubriese su flanco derecho, que era el más expuesto al ataque del enemi-

go, siguiendo por el camino el resto de la columna, en dirección á Gironella. Los soldados de *América* consiguieron rechazar al enemigo; mas dejándose llevar de su ardor, en lugar de batirse en retirada como tenfan ordenado, arremetieron á la bayoneta á los carlistas, persiguiéndoles con empeño, cuya imprudencia les costó bien cara; pues habiendo avanzado demasiado, el enemigo, que había recibido refuerzos, logró interponerse entre ellos y el grueso, acometiendo á su vez por todas partes á los liberales. Sostienen éstos desigual combate, procurando retirarse á Olbán, donde ya no estaban sus compañeros para poder acudir en su auxilio, hasta que, rendidos de fatiga y acosados por fuerzas superiores, casi sin municiones, vense obligados á encerrarse en la casa del Boix 13 oficiales y 233 individuos de tropa: su valeroso jefe **D. Juan Pujol** había muerto ya gloriosamente, y los restantes, hasta el número de 21 oficiales y 568 soldados, habían sucumbido también ó estaban prisioneros. Apréstanse allí á una resistencia desesperada, despreciando las intimaciones de sus contrarios y la amenaza de pasarlos á cuchillo ó incendiar la casa si no se rinden; envían un aviso al jefe de la columna por medio de una mujer, que detuvieron los sitiadores; ofrécese el valiente soldado **JOSÉ GIRONES** á llevar un nuevo parte, y aunque consigue atravesar por entre los enemigos, tiene la desgracia de no encontrar ya á las tropas liberales en Gironella; en vano esperan ser socorridos aquellos heroicos soldados, que ni aun tienen el consuelo de batirse con los carlistas, los cuales, seguros de su presa, se guardan bien de exponerse á las contingencias de un ataque y sufrir los efectos de la desesperación de los sitiados. Por fin, en la tarde del 6, después de tres días que pasaron con mortal ansiedad, sin comer ni beber más que sus propios orines para aplacar algo los tormentos de una sed intolerable, apiñados en el interior de la casa sin poder apenas revolverse, consideraron habían cumplido ya con su deber y entraron en tratos con el enemigo, consiguiendo cediese éste cuartel á los individuos de tropa; los oficiales debían atenerse á las resultas de un consejo de guerra (1).

El brigadier Osorio, que era al mismo tiempo coronel del regimiento, fué destituido del mando, preso en el castillo de Hostalrich y sumariado. Manifestó en su descargo que le había sido imposible acudir á salvar á los sitiados en la casa del Boix, porque exponía á todos á sufrir la misma suerte; y como después, al retirarse de Gironella á Berga, fué también sitiado por los carlistas, quedaron aquellos abandonados á su destino. Sólo el 11 de junio consiguió salir de Berga con los restos de su columna y llegar á Puigcerdá, capitulando en seguida aquella plaza con el enemigo.

1874. **Acción de Gandesa** (GUERRA CARLISTA).—Don Alfonso de Borbón, hermano de D. Carlos, pasó el Ebro por Flix el 26 de mayo para encargarse del mando del ejército carlista del Centro, dirigiéndose des-

(1) Sus vidas fueron también respetadas, logrando fugarse de Berga á últimos de noviembre y llegar salvos á Balsareny.

pués á Gandesa, en donde se concentraron fuerzas considerables que aquél se dedicaba á reorganizar, cuando supo que las brigadas Delatre y Despujol se encaminaban á dicho punto. Efectivamente; reunidas éstas el 1.º de junio en Fayón, practicaron al día siguiente un movimiento envolvente sobre Nonaspe para cerrar al enemigo el camino de Caspe y estar al mismo tiempo á la mira de Alcañiz, marchando el 3 á Batea, y el 4, festividad del Corpus, se dirigieron ambas brigadas á las cinco de la mañana, después de oír misa en la plaza de dicho pueblo, á Gandesa, donde entraron las tropas liberales sin oposición de los carlistas. Las fuerzas de éstos, pertenecientes á la brigada Cucala, coronaban las alturas que por la derecha van á enlazarse con las primeras estribaciones de los puertos de Beceite, de cuyas excelentes posiciones fueron arrojados, con escasa resistencia, por el brigadier Despujol con un batallón de *Córdoba* y una compañía de voluntarios movilizados. Mas acometidas súbita y vigorosamente algunas compañías de *Guadalajara* y de la *Guardia civil*, colocadas en observación en las lomas de la izquierda, por el batallón de Zuavos y los cuatro de Valles y Sagarra, que llegaban en aquellos momentos de Flix ocultos por las ondulaciones del terreno, tuvieron que replegarse los liberales y abandonar las lomas, que fueron ocupadas inmediatamente por los contrarios, y aun se lanzaron éstos al llano por entre los olivares con más arrojo que prudencia. Los disparos de la artillería, formada prontamente en batería sobre la carretera, y los refuerzos que recibieron las tropas avanzadas, contuvieron al enemigo, cuya extrema derecha fué cargada con notable valor por la caballería de *Castillejos* y *Almansa*, mientras el batallón de *Guadalajara*, con el coronel Lasso á la cabeza, apoyado por medio de *Almansa*, trataba de reconquistar las posiciones perdidas. Los carlistas aguantaron firmes tan recia acometida, causando muchas bajas á sus valientes adversarios, pues cayeron heridos en aquel momento casi todos los jefes y oficiales, el corneta de órdenes del brigadier Despujol y el caballo del brigadier Delatre; pero acabaron por ceder, y como la caballería seguía cargando á fondo, tuvieron que formar el cuadro repetidas veces los batallones enemigos. Rechazados éstos en nuestra izquierda, trataron de correrse hacia el centro, para reforzar á Cucala y caer sobre el 2.º batallón de *Córdoba*, situado en posición en la cumbre de las lomas á cuyo pie comenzó el combate, haciéndole desistir de sus propósitos el 1.º batallón de *Almansa* y las tres compañías restantes del segundo, que ocuparon oportunamente las alturas intermedias. Con esto los carlistas se retiraron ya definitivamente del lugar del combate, llevándose bastantes heridos y dejando en el campo más de 100 muertos. Los liberales tuvieron 130 bajas, habiendo cogido al enemigo 30 prisioneros, la bandera del primer batallón de Guías del

Maestrazgo, glorioso trofeo conquistado por los escuadrones de *Castillejos*, armas, municiones y otros efectos.

Ni unos ni otros se atrevieron á medir de nuevo sus fuerzas, marchando Delatre á Mequinenza por Betea y Favara, y Despujol á Alcañiz por Caspe; D. Alfonso se dirigió tranquilamente á Vinaroz, donde fué ostentosamente recibido.

Día 5.

1284. **Combate naval de Nápoles ó de Castel-á-Mare** (GUERRA DE SICILIA).—Después de la victoria conseguida por Roger de Lauria en 1283 contra la armada del rey Carlos de Anjou (V. 3 MAYO), cuyos resultados fueron la entrega inmediata de las islas de Gozo, Malta y Lipari, armó cuantas galeras había en Sicilia, con las que salió del puerto de Messina, y costeano la Calabria hasta las inmediaciones de Nápoles, se dedicó á saquear los lugares y talar y destruir los jardines y viñedos de la ribera, provocando al enemigo. Viendo los napolitanos esta devastación, que podían contemplar desde las murallas de su capital, excitaron al príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo*, hijo del de Anjou, á que saliese á castigar la osadía de Roger de Lauria, como lo efectuó al frente de treinta galeras. Entonces el almirante de Aragón y Sicilia apeló á la estratagema de huir para ganar la ventaja del sol, dejándolo á su espalda, y atraer á alta mar al enemigo, con la esperanza de que se desordenara con la caza. Así sucedió, efectivamente. La flota napolitana comenzó á perseguir á la nuestra, que fingía huir hacia Castel-á-Mare, y cuenta la crónica que los tripulantes de una galera, mandada por los italianos desertores Risso y Nizza, gritaban á los marinos catalanes: *¡Adónde vais, héroes? En vano os afanáis por escapar, que aquí tenemos con qué asegurarnos;* y al decir esto, les mostraban las cuerdas y cadenas preparadas para ellos. De pronto las galeras fugitivas vuelven proas al enemigo, formando breve y ordenadamente en dos líneas, que recorre Roger en un esquife, exhortando á los suyos á la pelea y diciéndoles, señalando á los barones y caballeros enemigos, vestidos con gran pompa y riqueza: *Miradles: gente son que jamás vieron armas ni saben tampoco lo que es el mar.* Suenan en el acto con bronco estrépito las trompas marinas, y nuestra armada cae en furiosa embestida sobre la contraria, al grito entusiasta de *¡Aragón y Sicilia! ¡Firam, firam!* (1), y choca con ella, aferrándose las galeras por las proas, menos algunas que tomaron la vuelta de Nápo-

(1) ¡Hiramos! ¡Hiramos!

les al principio del combate, mandadas por el genovés Enrique de Mar; mas volaron á su alcance las catalanas, cogiendo diez de ellas con todos sus tripulantes. Entretanto se peleaba terriblemente alrededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno; allí estaba la mejor gente; allí los más bravos caballeros, que peleaban todos con heroico valor, cubriendo á su caudillo, señalándose entre todos por sus proezas el caballero francés Reinaldo Galart. Entonces Roger, cansado de tanta resistencia, mandó barrenar la galera capitana del enemigo, la única que quedaba ya, para echarla á pique; y sólo entonces el príncipe se entregó prisionero con el general de la escuadra Jacobo de Brusson, Guillermo Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Después del combate, una de las galeras cogidas al enemigo, haciendo esfuerzo de velas y de remos, trató de escapar; mas Roger despachó en su persecución la galera catalana de Nadal Pansa, diciendo laconicamente á éste que le iba la cabeza si no volvía con la nave enemiga. Pansa, que debía saber cómo cumplía Roger sus amenazas, volvió con ella. Contra su costumbre, fué Roger clemente con los vencidos, limitándose á hacer cortar la cabeza en la isla de Capri á los caballeros Risso y Nizza, por desertores del partido aragonés.

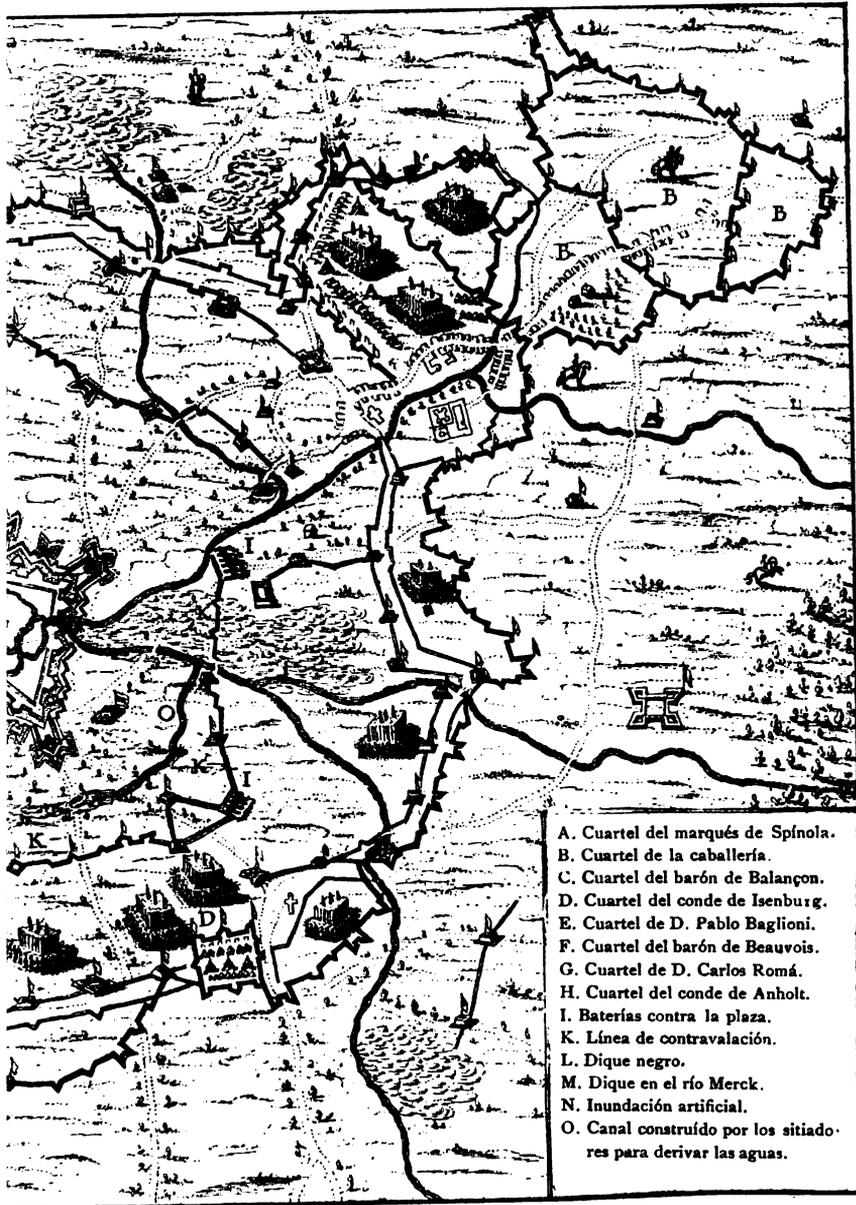
1626. Rendición de Breda (GUERRA DE FLANDES).— Cuando el marqués Ambrosio de Spínola, que mandaba como capitán general el ejército de España en Flandes, tenía ya resuelto acometer la empresa de la recuperación de Breda para cerrar al enemigo el espacio entre Amberes y Bois-le-Duc y evitar sus incursiones por el Brabante, recibió un despacho de Felipe IV con esta breve y lacónica orden: *Marqués, tomad á Breda.* Acabó entonces de decidirse Spinola, y procediendo con la mayor actividad, practicó una serie de hábiles movimientos para desorientar á Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, rompiendo al fin la marcha desde Amberes el 21 de julio de 1625 hacia Tournhout, distante nueve leguas de Amberes y cinco de Breda, donde concentró y pasó revista á su ejército, compuesto de unos 18.000 hombres, distribuidos en 198 compañías de infantes y 39 de caballos, que componían quince tercios: cinco de españoles, cuatro de italianos, uno de valones, uno de escoceses, uno de borgoñones y tres de alemanes. Desde Tournhout marchó á Gilzen, dos leguas distante de Breda, fortificándose convenientemente, y por fin el 28 de agosto se emprendieron definitivamente las operaciones para el acordonamiento de la plaza, ocupando el maestre de campo Francisco de Medina, con 4.000 infantes y diez compañías de caballos, el lugar de Ginneken, sobre el Mark, aguas arriba de Breda, reuniéndosele al día si-

Guia

Año Militar



JUNIO 5 — PLANO DE



- A. Cuartel del marqués de Spínola.
- B. Cuartel de la caballería.
- C. Cuartel del barón de Balançon.
- D. Cuartel del conde de Isenburg.
- E. Cuartel de D. Pablo Baglioni.
- F. Cuartel del barón de Beauvois.
- G. Cuartel de D. Carlos Romá.
- H. Cuartel del conde de Anholt.
- I. Baterías contra la plaza.
- K. Línea de contravalación.
- L. Dique negro.
- M. Dique en el río Merck.
- N. Inundación artificial.
- O. Canal construido por los sitiadores para derivar las aguas.

CERCO DE BREDA.

guiente Spínola, después de levantar el campo de Gilzen, ocupando al mismo tiempo el maestre de campo italiano Pablo Baglioni, con otras fuerzas, el pueblo de Terheiden, situado también en la orilla derecha de dicho río, aguas abajo; las tropas restantes se distribuyeron alrededor de la plaza, fortificándose con tal actividad en sus cuarteles, que en el breve espacio de diecisiete días quedaron cerradas las líneas, por más que siguieron los trabajos durante todo el curso del sitio, llegando á establecerse alrededor de Breda, además de los cuarteles, 96 reductos, 37 fuertes abaluartados, semiabaluartados y estrellados y 45 baluartes, que se prestaban protección recíproca, teniendo además la mayor parte la consistencia suficiente, no sólo para estar al abrigo de un golpe de mano, sino también para resistir un ataque formal. Además de los nombrados, figuraban en el campo de los sitiadores D. Gonzalo Fernández de Córdoba, sin cargo especial en el ejército; D. Luis de Velasco, conde de Salazar y marqués de Belveder, general de la caballería; los maestros de campo españoles D. Mateo Otáñez, D. Juan Clarós de Guzmán, D. Juan Niño de Tavora y D. Diego Luis de Oliveyra; los italianos Juan de Médicis y marqués de Campolataro, y el sargento mayor D. Carlos Romá; el valón conde de Hennin; el escocés conde de Arghil; los borgoñones barón de Balançon y barón de Beauvois; los alemanes conde de Isembourg, conde de Anholt y barón de Ainsí; Ochoa Gómez, comisario general de la caballería; D. Vicente Pimentel, que mandaba un cuerpo de 1.000 caballos; los tenientes de general de la artillería D. Diego Mexía, Tomás de Wyngaerde y Alejandro de Hesse, á cuyo cargo estuvo dicho servicio, Vincencio Lazaña, proveedor general de víveres, y Miguel Routart, secretario del general en jefe (1).

Defendía la plaza de Breda Justino de Nassau, con un presidio de 17 compañías de infantes, aumentadas con 28 más que le envió su hermano Mauricio, príncipe de Orange, en cuanto pudo entrever el intento de Spínola de ponerla sitio, y cinco compañías de caballos, además de los vecinos que tomaron las armas. Los holandeses no tardaron en presentarse en auxilio de Breda, pues á primeros de octubre desembarcó Mauricio de Nassau en Gertruidenberg y avanzó hasta Meede, donde acampó el 4, á dos leguas de la plaza, frente al dique Negro, que, defendido por cinco reductos, se extendía á través del terreno inundado, constituyendo la parte más débil de la línea. Acudió presuroso Spínola con 7.000 in-

(1) Es verdaderamente de lamentar que un sitio en que tal importancia y desarrollo tuvieron las obras de fortificación, nada se sepa de quiénes eran los ingenieros que llevaron á cabo dichos trabajos. Así lo consigna D. Joaquín de la Llave,

fantes y 30 compañías de caballos á situarse en Oosterhout (1), á 3.000 pasos de distancia del real enemigo, resuelto á presentar batalla á Mauricio, si éste persistía en su intento de socorrer á Breda. Desconcertado el príncipe de Orange, no se atrevió ya á atacar á los sitiadores, los cuales aprovecharon la inacción de sus contrarios cubriendo la margen exterior de la inundación con cinco fuertes enlazados por atrincheramientos más sencillos, lo cual obligó á los holandeses á retirarse de Meede á fines de octubre, comprendiendo era empresa difícil forzar las formidables líneas españolas, y fueron á tomar cuarteles de invierno en Gertruidenberg, Rozendal, Zevenberg y otros lugares, trasladándose Mauricio, bastante enfermo, al Haya.

Asegurada la subsistencia de las tropas del cerco con las acertadas medidas de Spínola, se construyeron otras varias obras y tres baterías (I), que se armaron con piezas aligeradas, fundidas en Bruselas bajo la dirección del conde Felipe de Mansfeld, en número de 30 cañones de á 6, 10 de 24 y 23 morteros que disparaban bombas de 100 libras de peso, rompiendo el fuego á fines del año sobre la plaza para tratar de acelerar la rendición, la que no podía dilatarse mucho, habiendo empezado á sentirse ya entre los sitiados los efectos del hambre y de las enfermedades. Los holandeses persistían en la esperanza de salvar á Breda, apelando para ello á la estratagema de construir un dique á través del Mark, junto á Zevenberg, con el objeto de inundar toda la llanura hasta la ciudad, para socorrerla con lanchas, al mismo tiempo que sus habitantes trataban también de inundar los cuarteles del sitiador, levantando la altura de las esclusas; mas Spínola conjuró á tiempo el peligro, construyendo en Terheiden una esclusa para retener las aguas en la marea alta, y cuando había bastante desnivel, la abría de pronto, produciendo en el río una corriente tan violenta, que arrastraba los materiales del dique holandés de Zevenberg, no dando tampoco resultado el artificio de los de Breda, pues lo impidió un canal de derivación que hicieron los sitiadores, y además la enorme presión del agua rompió la esclusa de la ciudad.

Entretanto, Ernesto de Mansfeld estaba reclutando en Inglaterra un cuerpo de 14.000 infantes, autorizado por el rey Jacobo, á pesar de estar dicha potencia en paz con España, con cuyas fuerzas y algunas otras del país y de alemanes, 20.000 hombres próximamente, llegó á Gertruidenberg á mediados de febrero; mas conjurados los elementos contra la expe-

capitán de ingenieros, en su curiosa é interesante monografía sobre el *Sitio de Bredas* de la que han sido tomados muchos de estos datos.

(1) En el espacio designado en el plano por las letras F y H.



JUNIO 5 — SITIO DE BREDA.

dición, no pudo desembarcar á causa del temporal y de las fuertes heladas que sobrevinieron, y como consecuencia una gran carestía de víveres produjo una mortandad considerable y muchas deserciones, en términos de que á principios de marzo quedaba reducido el ejército de Mansfeld á tres ó cuatro mil hombres completamente desmoralizados, con los que nada podía intentar. Los españoles sufrieron también grandes privaciones y penalidades en su campo, encharcado con las continuas lluvias; mas el previsor Spínola tenía organizado en las inmediaciones de Amberes un ejército de reserva formado por 15.000 infantes valones, mandados por el insigne historiador D. Carlos Coloma, y 3.000 caballos de la misma nación á cargo del príncipe de Barbançon, 3.000 infantes y 1.000 caballos bávaros, á cuyo frente estaba el conde de Anholt, y otros 3.000 infantes y 2.200 caballos alemanes que mandaba el marqués Carlos Spínello, parte de cuyas tropas pasaron á reforzar las líneas del cerco, situándose convenientemente las restantes; también dispuso Spínola se construyese una nueva línea de circunvalación que no tendría menos de 52.000 pasos de circuito, exterior á la primera, y cuando estuvo terminada, otra de contravalación más próxima á la plaza, de 16.000 pasos de desarrollo, cuya línea no llegó á terminarse.

Muerto Mauricio de Nassau el 23 de abril de 1625, lleno de pesadumbre por no haber podido salvar á Breda, sucedióle en el mando de las tropas de las Provincias Unidas de Holanda su hermano Federico Enrique, quien se estableció con su ejército en las inmediaciones de Meede, y el 15 de mayo trató de forzar las líneas por Terheiden (G) que ocupaban los italianos con el sargento mayor D. Carlos Romá. Una hora antes de amanecer, mientras se hacía una diversión para poner en alarma el cuartel de los borgoñones de Balançon, el coronel inglés Veer avanzó por el dique llamado de Gertruidenberg, al frente de algunos centenares de picas y mosqueteros de su nación, apoyados por una reserva de franceses y alemanes: en total, unos 6.000 hombres; cayó sobre el primer reducto que defendía el dique, no muy bien guardado; se apoderó de él, y acometió intrépidamente los parapetos de la línea, cuyos defensores daban ya muestras de cejar y abandonar el puesto, cuando acudió velozmente D. Carlos Romá, y tomando la rodela de uno de los que huían, animando á todos y dándoles ejemplo, hizo retroceder á los ingleses, que no tuvieron otro remedio que retirarse, pues la luz del día comenzaba á iluminar el campo, y la alarma cundía por todas partes; mas lo angosto del dique no permitía hacerlo con la celeridad que todos deseaban, temerosos de los españoles que les acosaban de cerca, y la retirada convirtióse en fuga atropellada y desastrosa, hasta tal punto, que quedaron sobre el dique más de 500 muertos, ahogándose otros muchos. Las bajas que produjo este combate

en el campo de los sitiadores consistieron en 300 soldados, tres capitanes y cuatro alféreces.

El 27 de mayo, la retirada del príncipe de Orange con su ejército decidía de la suerte de Breda, fracasado ya el socorro. El 2 de junio se firmó la capitulación, favorable en extremo á los sitiados, pues se les concedía salir con armas, banderas desplegadas, balas en boca, cuerdas encendidas, dos morteretes y otras condiciones ventajosas: cuanto quisieron, menos la libertad religiosa para los habitantes, que también pedían; y el 5 tuvo lugar la entrega de la plaza, saliendo Justino de Nassau por la puerta de Bois-le Duc, acompañado de 300 hombres y dos cornetas de caballos. Spínola le esperaba en los cuarteles de Balançon rodeado de lucido séquito, y hecha la entrega de las llaves, elogió el general español el valor y la constancia de los defensores de la plaza, tomando acto seguido posesión de ella después de diez meses de cerco. De este modo, el afortunado vencedor de Ostende acabó de inmortalizar su nombre con la conquista de Breda, por tantos conceptos memorable.

1692. **Sitio de Namur**. (GUERRA CON FRANCIA).—La campaña de este año fué inaugurada en los Países Bajos por Luis XIV en persona, poniendo sitio á Namur, que defendió el príncipe de Barbançon con 8.200 españoles, alemanes, holandeses é ingleses, llegando el efectivo de los sitiadores á 27.000 infantes y 23.000 caballos. La guarnición llevó á cabo una brillante defensa, causando grandes pérdidas á los franceses en las frecuentes é impetuosas salidas que practicó, diezmado además al enemigo una enfermedad contagiosa y mortal que hacía muchas víctimas y dejaba en extremo abatidos á los que no sucumbían de ella y perdonaban el acero y la metralla de los españoles, necesitando por lo tanto Luis XIV todo su prestigio y el de sus generales para obligar á su ejército á permanecer ante los muros de la plaza. El príncipe de Orange, rey de Inglaterra, y el Elector de Baviera, no hicieron por socorrerla, á pesar de que contaban con un ejército de 100.000 hombres, y los sitiados, en vista de ello, no pudiendo defender por más tiempo la ciudad, se acogieron al castillo el 5 de junio, prolongando la resistencia hasta el día 30 y llevando á cabo una defensa vigorosa, en la que murió gloriosamente el maestro de campo del tercio de *Jatn D. Francisco Rocafull*. La posesión de Namur costó á los franceses la pérdida de ocho á nueve mil hombres.

1703. **Creación del regimiento de Lanceros de Sagunto, 8.º de caballería**.—Organizado como cuerpo de dragones con naturales del antiguo princi-

pado de Cataluña, por D. José de Camprodón y San Dionís, que fué su primer coronel, tomó el nombre de éste, pasando su primera revista en Barcelona el 5 de junio de 1703. En 1718 tomó el nombre de *Sagunto*, y disuelto en 1823, fué reorganizado en Málaga el 2 de octubre de 1824 con el nombre de *Provisional*, que perdió en 1826 para tomar el de *Albuera*, recobrando definitivamente el de *Sagunto* en 1844. Ha desempeñado las funciones de su instituto como cuerpo de dragones, de cazadores y de lanceros, cuya organización tiene desde el expresado año de 1844.

1836. **Episodio de la guerra civil.**—Al efectuar la expedición de D. Carlos el paso del Cinca, después de la batalla de Barbastro, por las barcas de Estada y Estadilla, fué acometida su retaguardia por el general Buerens con dos batallones de *Córdoba*, uno de *Almansa*, otro del *Príncipe* y algunos cazadores y lanceros de la *Guardia Real*. Las siete compañías del batallón carlista 4.º de *Castilla*, únicas tropas que del enemigo quedaban todavía en la orilla derecha, al ver sobre sí tantas fuerzas, prefirieron en su mayor parte arrojar al río y morir antes que rendirse, entregándose desde luego muchos; otros pudieron acogerse á la barca de Estadilla, que sobrecargada se fué á pique, aumentando el número de las víctimas. Entonces algunos soldados liberales, al oír los prolongados gritos de desesperación de los naufragos, tomando sólo consejo de los nobles impulsos de su corazón, dejan sus armas y se lanzan al río, logrando salvar á muchos de sus enemigos. Se distinguieron en tan humanitaria y generosa empresa, exponiendo su vida con la mayor abnegación, el granadero de *Almansa* ANTONIO SERRANO, el gastador de *Aragón* JOAQUÍN TÉLLEZ y el soldado licenciado MIGUEL MOLINA, que causaron la admiración de todo el ejército. El general Oráa premió su hazaña con una gratificación pecuniaria y con la cruz de Isabel II. Los carlistas experimentaron la pérdida de más de 500 hombres, la mayor parte ahogados, y 174 prisioneros.

Día 6.

1793. **Ataque y toma de Castel-Pignon (GUERRA CON FRANCIA).**—El ejército de D. Ventura Caro, que guardaba los Pirineos Occidentales, se mantenía á la defensiva en la línea del Bidasoa; sin embargo, hacía frecuentes irrupciones en territorio francés, librando diarios combates con el enemigo, casi todos afortunados. Después de varias acometidas, el infatigable Caro movió el 3 de junio su pequeño ejército para destruir la fundición de Baigorri, consiguiendo incendiarla al cabo de porfiada lucha. No satisfecho con esto el general español, trató de conquistar otro triunfo más decisivo y brillante, atacando á Castel-Pignon.

En la mañana del 6 de junio se adelantaron los españoles, protegidos por una densa niebla, hasta las avanzadas enemigas; pero éstas rechazaron la acometida, y Caro mandó replegarse sobre la montaña de Mendibelza, pues la misma oscuridad y lo escabroso del terreno hacían muy peligrosa

la operación emprendida. El general La-Genetierre, que mandaba en aquella parte de la línea francesa, dispuso entonces que una fuerte columna, al mando del capitán Moncey, atacase nuestras posiciones. El bravo oficial cifó con una banda de tiradores escogidos nuestras baterías, y bien pronto, muertos ó heridos todos los artilleros, consiguió apagar el fuego de las piezas, haciendo muy crítica la situación de los españoles. Por fortuna, el sol despejó en aquel momento la niebla, y al descubrir al enemigo, se arrojaron los nuestros sobre él con ímpetu irresistible, castigando su audacia, pues un regimiento de granaderos que cubría la retirada del enemigo fué despedazado en una terrible carga á la bayoneta. No era ya fácil contener á los animosos soldados españoles después de esta ventaja; así es que, continuando el avance, y orgullosos con la presencia de Caro, que muy atormentado por la gota se hizo conducir en unas parihuelas hasta el pie de las trincheras enemigas (EPISODIO I), asaltaron la montaña de Castel-Pignon y arrebataron á los franceses la inexpugnable fortaleza. Conseguido este brillante triunfo, se lanzaron nuestras tropas sobre las reservas de los republicanos, que con La-Genetierre coronaban las alturas de Orison, y despreciando su mortífero fuego, las atacaron por el flanco y las desordenaron, haciendo prisionero á dicho general (EPISODIO II). Nuevas tropas de refresco renovaron la pelea; pero muerto su general Desolime, desmayaron unas y otras y se recogieron precipitadamente á San Juan de Pie del Puerto.

Se distinguió por su valor el regimiento de *Africa*, mandado por su coronel D. Francisco Javier Castaños, muriendo, entre otros, el teniente **D. Antonio Belluga**, de la *Corona*; el capitán **D. Manuel Vigil** y subteniente **D. Cristóbal Martínez**, del *Rey*, y el subteniente **D. José Osorio**, de *León*.

Episodios.—I. La esposa del general Caro, no queriendo perderle de vista en el combate, se situó en una batería con el antejo en la mano, observando todos sus movimientos, con la natural angustia y temor de verle perecer á cada instante, sin que el tronar de los cañones ni el estampido de las granadas que reventaban cerca de ella perturbaran ni distrajeran su ánimo, ni hicieran oscilar tan siquiera el antejo en sus manos.

II. Uno de nuestros granaderos disparó su fusil sobre el valeroso y desgraciado Le-Genetierre, al caer éste prisionero; pero el capitán D. FRANCISCO VÁZQUEZ, que por fortuna observó acción tan poco noble, se interpuso rápidamente y cubrióle con su cuerpo, arriesgando su vida, y recibió en su ropa la bala destinada al general francés, teniendo la suerte de que no le causara daño alguno.

Dos columnas, de 4.000 hombres próximamente cada una, salieron el 4 de junio de Barcelona de orden de Duhesme, cumplimentando las de Napoleón, mandadas respectivamente por los generales Schwartz y Chabran. Este debía unirse con el mariscal Moncey frente á Valencia, ocupando antes á Tarragona, donde entró sin oposición en la tarde del 7; la primera columna había de reunirse con las tropas de Lefebre á la vista de Zaragoza, castigando de paso á Manresa con una fuerte contribución por su levantamiento y desacato al Emperador (1), y ocupar á Lérida y su castillo.

Schwartz tuvo que detenerse el 5 en Martorell, á causa de un copioso aguacero, lo que permitió á los habitantes de Manresa y pueblos comarcanos prepararse debidamente para resistir á los imperiales, presumiendo la misión de que iban éstos encargados. Al toque de somatén, incomprendible entonces para los franceses, pues no descubrian en el tránsito señal alguna de hostilidad, se armaron muchos vecinos como pudieron, y escaseando las municiones, echaron mano de las varillas de hierro de las cortinas, cortadas en pedazos, y de cabezas de clavos de herraduras que emplearon como balas de fusil, dirigiéndose á las alturas inmediatas del Bruch, en la falda de Montserrat, el monte santo de los catalanes, entonando entusiastas y patrióticos cantares. Venían al frente de los somatenes de Igualada, con la bandera del Santo Cristo, D. Antonio Franch, rico hacendado (2), y los hermanos Juan y Jaime Llimona, fabricantes; y á la cabeza de unos 100 paisanos de Manresa, Francisco Riera, conocido por *lo Fill de la Botigueta*, Mauricio Carrió (3) y Augurio Parera y Soler, que ya se había distinguido como capitán de somatenes en las campañas contra Francia en 1793.

Prosiguió Schwartz su marcha al amanecer del 6; pasó por Esparraguera, y después de detenerse algunas horas en Collbató esperando terminase un fuerte chubasco, continuó hasta el Bruch; mas apenas había traspuesto las últimas casas del pueblo y tomado la primera revuelta que forma el camino real antes de emparejar con la carretera que va á Manresa, cuando la vanguardia, compuesta de coraceros, recibió una nutrida descarga que le hicieron los catalanes emboscados en un espeso pinar que lindaba con el camino, viniendo al suelo algunos enemigos, traspasa-

(1) Dicha ciudad fué de las primeras de Cataluña que se levantaron contra la dominación extranjera, habiendo quemado públicamente en la plaza el papel sellado francés.

(2) Siguió después la carrera de las armas y se distinguió como guerrillero llegando á obtener en el ejército el empleo de teniente coronel.

(3) Murió á primeros de abril de 1859, á la edad de ochenta y seis años.

dos sus acerados petos por los primeros proyectiles *ojivales* que se emplearon en la guerra. Llenos de estupor los franceses al verse agredidos en campo abierto, retrocedieron y buscaron el apoyo del grueso de la división. Reforzó entonces Schwartz su vanguardia con una fuerte columna de ataque, que lanzó contra los somatenes, precedida y flanqueada por una nube de tiradores, y aquéllos, viéndose tan formalmente acometidos, pocos como eran y mal armados, se batieron en retirada, unos hacia Manresa y otros hacia Igualada, defendiendo, no obstante, con empeño el terreno al abrigo de sus escabrosidades, y abandonaron el edificio conocido por Casa Masana, que fué muy pronto ocupado por los imperiales, quienes, satisfechos con la posesión de aquel importante punto avanzado, cesaron en la persecución y se entregaron al descanso.

Los manresanos tropezaron en su huida con el somatén de San Pedor, compuesto de unos 100 hombres capitaneados por José Viñas, y otros 60 vecinos de Sallent con su vicario mosén Ramón Mas, todos buenos tiradores, y cobrando de nuevo aliento, volvieron juntos sobre los franceses que habían quedado en Casa-Masana como avanzada de las tropas restantes de la columna, las cuales tomaban tranquilamente el rancho en las inmediaciones todavía del Bruch. Acometida tan de improviso, y con el ímpetu y audacia que distinguen á los catalanes, retiróse precipitadamente la vanguardia perseguida por aquéllos, comunicando la alarma al grueso, que formó rápidamente un gran cuadro al ver aparecer en distintas direcciones las tradicionales barretinas rojas y moradas de los campesinos de Cataluña. Sobrecogido Schwartz al oír los redobles de un tambor (1), temió que los somatenes viniesen apoyados por tropa de línea, quizás el regimiento de *Extremadura*, que hacía algunos días había salido de Barcelona, y como el fuego era cada vez más nutrido y certero, no creyó prudente seguir adelante y emprendió la retirada hacia la capital del Principado. Al principio fué aquella lenta y ordenada; pero la alarma que producían en los caseríos y pueblos inmediatos el ruido del fuego y el constante toque de somatén, hacía engrosar por momentos el número de acometedores con los paisanos armados que se les unían, y acosados los franceses de cerca por retaguardia y por ambos flancos, tuvieron que detenerse con frecuencia para contener con los disparos de las dos piezas

(1) Acompañaba voluntariamente al somatén de San Pedor; era natural del Ampurdán, y se había fugado de Barcelona, donde servía en guardias españolas. Nadie cuidó de preguntarle el nombre, y el joven anónimo que tanta intervención tuvo en la victoria del Bruch desapareció después del combate, sin que se volviese á saber de él (NIEBLAS DE LA HISTORIA PATRIA, por D. José Gómez de Arceche).

que llevaban á sus osados y envalentonados enemigos. Llegaron, no obstante, al anochecer en buen orden á Esparraguera, antes tan tranquila; mas obstruida ahora la calle principal, única del pueblo, que forma la carretera, con carros, muebles, maderos y toda clase de obstáculos, y apostados los vecinos en las ventanas y terrados de las casas para arrojar sobre los imperiales todo género de proyectiles, sufrió grandes pérdidas la cabeza de la columna, lo que obligó á Schwartz á eludir el paso por la villa, dividiendo la fuerza en dos grupos que se deslizaron por las afueras para ganar de nuevo la carretera. Continuó la marcha, ya en completo desorden, que fué en aumento, sobre todo al cruzar la riera de Abrera, cerca de Pallejá, por un puente de madera del que habían quemado los catalanes algunos puntales, yendo á parar al fondo del barranco bastantes franceses y una pieza que á los pocos momentos caía en poder de los españoles, los cuales no cesaron en la persecución hasta más allá de Martorell. El enemigo no se detuvo ya en su marcha hasta llegar á San Feliú de Llobregat, cerca de Barcelona, en la noche del 7, dedicándose á ordenar algún tanto sus abatidas y fatigadas huestes para ocultar en lo posible el vencimiento.

Corresponde, pues, á los catalanes la gloria de haber sido los primeros que humillaron en la Península el orgullo de las águilas francesas, obteniendo 400 paisanos mal armados, que no eran más los vencedores del Bruch, el triunfo asombroso de derrotar á una división aguerrida de cerca de 4.000 hombres, compuesta de tropas de las tres armas, ocasionándola 320 bajas y la pérdida de 60 caballos y una pieza de artillería, y obligándola á encerrarse vergonzosamente en Barcelona (1).

1860. **Creación del 2.º regimiento de zapadores-minadores.**—Constituyó al principio el llamado 2.º regimiento de ingenieros.

Día 7.

1586. **Sitio de Grave (GUERRA DE HOLANDA).**—Alejandro Farnesio, sin preocuparse gran cosa ni dar importancia al refuerzo de ingleses que

(1) La villa de Igualada conserva desde entonces perenne el recuerdo del memorable triunfo conseguido por sus hijos. Siempre que fallecía alguno de los que tomaron parte en dicho combate, era llevado á enterrar cubriendo la caja con la bandera del Santo Cristo, la misma que ondeó al viento en el Bruch, y que el Ayuntamiento saca solemnemente en procesión en la fiesta cívica que celebra todos los años en el aniversario de dicho día.

con el duque de Leicester envió la reina Isabel en auxilio de los protestantes de los Países Bajos, dispuso en los primeros días de dicho año que Carlos de Mansfeld emprendiese el cerco de Grave, plaza fuerte situada sobre el Mosa, con una corta guarnición que mandaba el barón de Hemart, valeroso, sí, pero de escasos conocimientos militares. Disponía el joven general tan sólo de 7.000 hombres para dicha empresa; pero educado en la escuela del ilustre príncipe de Parma, y siguiendo el sistema adoptado en Maestricht y Amberes, empezó por señorear el Mosa por medio de cinco fuertes levantados sobre la ribera izquierda, dos de ellos aguas arriba de la ciudad y los restantes más abajo, se atrincheró después en la margen derecha y echó un puente de barcas sobre aquel río, quedando cortadas las comunicaciones de la ciudad con las provincias sublevadas (EPISODIO I). Creciendo con esto los apuros de los sitiados, preciso fué qué los caudillos rebeldes pensasen en su socorro, y con objeto de conseguirlo avanzaron por la orilla izquierda Holack y el coronel inglés Jhon Norris al frente de 3.000 hombres, ocuparon los fuertes de Batenbourg y Ravenstein, y adelantándose Holack con 500 soldados escogidos, situóse á una milla del puente de barcas, fortificándose sólidamente por la noche con gran presteza en el dique maestro, frontero á Grave. Entonces dispuso Mansfeld que pasasen sin pérdida de tiempo al lado opuesto del río 1.000 veteranos españoles, para atacar á los contrarios; pero ansiosos todos por distinguirse, se adelantaron prematuramente algunas compañías, que fueron rechazadas con grandes pérdidas. Tres asaltos costó á los españoles ganar la trinchera, y lanzándose luego impremeditadamente más de dos millas dique abajo en persecución de los vencidos, llegaron confundidos con ellos hasta las cercanías de Batenbourg, donde había quedado el grueso de las tropas de socorro, que salieron repentinamente al encuentro de los españoles. Estos tuvieron á su vez que retroceder casi á la desbandada por el resbaladizo dique bajo una lluvia torrencial, y acorralados en la misma cabeza del puente, pugnaban por rehacer sus escuadrones, lo cual habría sido difícil á no haberles auxiliado oportunamente el maestre de campo Bobadilla con algunas fuerzas que impusieron respeto á los atacantes; mas lánzase de pronto unos sobre otros, y aquel estrecho y frágil paso fué teatro de una lucha encarnizada y sangrienta que duró hora y media, terminando sólo forzosamente por la violencia del temporal (1) (EPISODIO II). Las aguas del río se extendieron por ambas

(1) Murieron gloriosamente en estos combates, que tuvieron lugar el 29 de abril, los capitanes **Gonzalo Girón, Miguel de Cardona, Gonzalo de Castro, Diego de Flores, José Cordán, Juan del Castillo y Pedro Ramírez.**

márgenes, y Holack pudo de este modo introducir en la ciudad por medio de sus barcos chatos 500 hombres de refuerzo y víveres en abundancia.

Cuando abonanzó el tiempo continuaron activamente los trabajos del sitio, contribuyendo á ello la presencia de Alejandro Farnesio, que se incorporó al campo de los españoles el 11 de mayo, infundiendo en el ánimo de nuestros soldados el vigor y la alegría consiguientes, con la esperanza del pronto vencimiento. El 5 de junio rompieron el fuego las baterías de los sitiadores, produciendo gran sobresalto el ver de pronto caer á Alejandro, que recorría los puestos de más peligro, por el golpe de una pelota disparada por la artillería de la plaza; mas por fortuna no sufrió daño alguno, resultando tan sólo destrozado su caballo. Abierta brecha, quiso Farnesio el día 6 reconocer su estado y tantear las fuerzas del enemigo; mas habiéndose ofrecido á porfía para la arriesgada empresa gran número de soldados, deseosos de evitar el peligro que de nuevo iba á correr su querido general, fueron preferidos por éste los españoles, de cuyos regimientos escogió hasta ciento, formándolos bajo las órdenes de los capitanes Sancho de Solís, Francisco Torres de Vivero y Hernán Tello. Aquel puñado de valientes debía sólo apoderarse de un torreón que se levantaba junto al Mosa, y reconocer desde allí las defensas interiores; mas excediéndose laudable, pero imprudentemente, en el cumplimiento de su deber, quisieron atacar un baluarte inmediato, acometiendo al enemigo como para entrar en la plaza, empresa temeraria que costó la vida á muchos, entre ellos al valeroso capitán **Sancho de Solís**, pues los sitiados arrojaron sobre los españoles una verdadera lluvia de proyectiles, piedras, barriles incendiarios y abrasadora arena derramada con cestos y herradas (1), sufriendo por lo tanto gran destrozo. Mas de pronto, y contra lo que se esperaba, entró en tratos al día siguiente el gobernador barón de Hemart, y rindió la plaza el mismo día 7, cuando aun disponía de cien barriles de pólvora y víveres para medio año. Preso después por orden de Leicester el mal aconsejado capitán, pagó con la vida su flaqueza (2), siendo degollado con otros dos oficiales superiores que no se opusieron, como debían, á la entrega de la plaza.

El mismo día que se rindió Grave capitularon también las ciudades de Meghem y Batenbourg, y poco tiempo después Venloo, plaza fuerte y

(1) Era tan vivo el dolor que producía la arena en los soldados, al introducirse en la armadura, que aquéllos, no pudiendo sufrirlo, se arrojaban al Mosa, arrojando el peligro de ahogarse.

(2) Atribuyen determinación tan funesta para su persona, al trato amoroso que mantenía con una dama afecta á los españoles.

bien guarnecida que no pudo socorrer el famoso capitán Martín Schenk á pesar de los desesperados esfuerzos que para ello hizo, por tener dentro de la plaza su familia y sus tesoros.

Episodios.—I. Para impedir que desde Venloo se enviasen víveres á Grave, dispuso Mansfeld que el capitán PEDRO DE CORBERA, con 100 españoles del tercio de Mondragón, ocupase el monasterio de Verterwerden, próximo á dicha plaza. Desde ésta acudieron inmediatamente 600 infantes y 300 caballos, y acometieron el convento por todas partes, dando tres asaltos consecutivos, que fueron todos rechazados. Entonces el jefe de los rebeldes mandó pegar fuego al edificio, y acosados por las llamas salieron sus valientes defensores á sufrir muerte más digna y gloriosa, vengándose al propio tiempo de sus enemigos antes de recibirla. Rodeados por todas partes, se batieron con el valor que infunde la desesperación, sin querer rendirse, hasta que sucumbieron todos heroicamente menos seis de ellos, con el capitán CORBERA, que recibió tres heridas de bala y una de pica, habiendo antes derribado en tierra, muertos ó heridos, á 250 de sus contrarios. Los siete españoles que cubiertos de heridas yacían en el suelo sin poder defenderse, fueron respetados por el enemigo, asombrado de su heroico valor.

II. En la confusión del combate rodearon los ingleses al alférez que llevaba la bandera de la compañía de Ortigosa, y derribándolo en el suelo, envuelto con el paño, se la arrebataron. El sargento Jerónimo de Vega, que había presenciado de lejos la escena, acudió presuroso, y abalanzándose en medio de los enemigos sin contar su número, cuando se retiraban ya ufanos con aquel trofeo, los acometió con tal ánimo, que consiguió recuperar la gloriosa enseña, con la que volvía á su campo huyendo velozmente de los ingleses; mas alcanzado por ellos, perdió gloriosamente la vida defendiendo aquel preciado tesoro. Su camarada ALONSO VÁZQUEZ, que estaba cerca, abrazándose fuertemente al inglés que empuñaba la bandera de España, le hirió, y aunque á su vez fué herido por él, consiguió arrancar de sus manos la disputada insignia, que al fin restituyó á su capitán, si bien hecha jirones y toda ensangrentada.

1640. **Fallecimiento de D. Antonio de Oquendo.**—Nació este ilustre marino en San Sebastián en 1577, siendo su padre el célebre almirante D. Miguel, que tanto se distinguió en el combate naval de las Terceras. A los once años empezó á servir en las galeras de Nápoles, y á los veintisiete realizó su primer hecho de armas acometiendo á un corsario inglés que con dos naves gruesas insultaba las costas de Portugal; una de ellas fué apresada y la otra tuvo que huir. A la muerte del general D. Martín de Barandona se encargó del mando de la escuadra de Vizcaya, protegiendo con ella la llegada de las flotas de Indias. En 1626 le investió el rey con el cargo y título en propiedad de almirante general de la armada del Océano, con la que salvó la plaza de la Mamora, sitiada por los moros. En 1631 alcanzó una gloriosa victoria sobre la armada holandesa en las costas del Brasil (V. 12 SEPTIEMBRE), librando los últimos combates de su vida en 1639 en el canal de la Mancha, cerca de las Dunas (V. 18 AGOSTO), derrota que, no obstante ser muy gloriosa, amargó en

extremo los últimos días de su existencia, muriendo pocos meses después, el 7 de junio de 1640. En sus últimos momentos, abrasado por fuerte calentura, como oyese las descargas de la artillería de la escuadra que, siendo día del Corpus, anunciaba el paso de la procesión, incorporóse en el lecho, gritando: *¡Enemigos! ¡enemigos! A defender la capitana*, y dejó de existir. Abierto su cadáver para embalsamarle, se le encontraron en el corazón tres gruesas cerdas, que los presentes tuvieron por señal de grande aliento.

Nunca se puso armadura, como era costumbre al entrar en los combates, ni recibió tampoco jamás herida alguna, grande ni pequeña. Tomó á los enemigos dos estandartes reales, que con una bala de 52 libras, disparada por la capitana holandesa en el combate naval del 12 de septiembre de 1631 (V.), fueron depositados en la iglesia de Nuestra Señora de Aranzazu. Existe su retrato (núm. 829) en el Museo Naval. El rey Carlos II concedió á su nieto D. Miguel Carlos Oquendo el título de marqués de San Millán, como premio á los brillantes servicios de sus antepasados.

1809. **Defensa del puente de San Payo** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Los mariscales Soult y Ney, de vuelta el primero de su desgraciada expedición á Portugal, y el segundo de su rápida excursión á Asturias, concertaron el 29 de mayo en Lugo obrar en combinación para destruir el ejército español de Galicia, que empezaba á organizarse. Realizando el plan acordado, avanzó Ney sobre Santiago con 18 batallones (8.000 infantes), 1.200 caballos y 13 piezas, para arrojar de nuevo á los patriotas gallegos de Vigo y de Tuy, y ocupó el 2 de junio la capital compostelana, de donde algunos días antes, el 23 de mayo, el brigadier D. Martín de la Carrera había arrojado la división francesa del general Maucune, haciéndole replugar hacia la Coruña. Esperando Ney la cooperación, por la parte de Orense, de Soult, encargado de batir al marqués de la Romana, no salió de Santiago hasta el 5, deteniéndose el 6 en Pontevedra, y en la mañana del 7 se dirigió á atacar á la división del Mifio, que mandaba entonces el conde de Noroña, recientemente nombrado, apostada en la orilla izquierda del Oitaben, cuyo río tuvieron los españoles que pasar en barcas en la noche del 6, al replugarse desde Pontevedra, por haber sido cortados cuatro arcos del puente de San Payo por el coronel Morillo, creyendo éste que las tropas de Noroña podrían retirarse por el puente de Caldelas, paso conservado y defendido. Componían la división unos 10.000 hombres, la tercera parte sin fusiles, algunos caballos y nueve piezas de campaña, que con dos morteros llevados de Vigo artillaban algunos atrincheramientos de poca importancia, enfilando los principales fuegos, desde lo alto de una eminencia, el camino que se dirige al puente. La vanguardia, regida por D. Ambrosio de la Cuadra, y el regimiento de Lobera, que mandaba D. José Joaquín Márquez, defen-

dían el paso del puente de Caldelas, dos leguas más arriba; y á la izquierda del puente de San Payo se situaron algunas lanchas cañoneras para hostilizar la derecha del enemigo.

Este se presentó en la mañana del 7 en la orilla opuesta, procediendo Ney al reconocimiento del río y de las posiciones españolas, que cañoneó con su artillería una vez convencido de que era imposible el paso, sosteniendo los nuestros el fuego con la mayor energía hasta las tres de la tarde, en que cesó el de los franceses. El día siguiente renovó el mariscal Ney el ataque, tentando la caballería el tránsito del río por un vado largo que deja la marea baja á la izquierda de San Payo, al mismo tiempo que trataba de envolver la derecha de nuestra extensa línea por el puente de Caldelas, no cortado como el de San Payo; mas en todas partes fueron rechazadas sus columnas, y sospechando que el mariscal Soult nada había hecho para ayudarle por la rivalidad que entre ambos existía, temió verse comprometido en aquel apartado extremo de la Península, y en consecuencia decidió retirarse, como lo efectuó el 9 por la mañana hacia Pontevedra y Santiago, desde donde, después de recoger las guardias del Ferrol y la Coruña, se dirigió lentamente á Lugo y luego á Astorga en los primeros días de julio, quedando con esto libres completamente de enemigos las provincias gallegas; pues el mariscal Soult, sin cuidarse de destruir ni perseguir tan siquiera á la Romana, había pasado el Sil por Monte Furado, llegando el 23 de junio á Puebla de Sanabria, desde cuyo punto se encaminó á Ciudad Rodrigo.

Tal fué el admirable resultado de la gloriosa acción del puente de San Payo, que costó á los franceses unas 700 bajas y escasamente 200 á los españoles, habiéndose distinguido, además de los ya nombrados, el brigadier D. Martín de la Carrera, el coronel D. Pablo Morillo, el teniente coronel D. José Castellar, el oficial de artillería D. Antonio Roselló y el joven subteniente de la misma arma **D. Jerónimo Salamanca**, que fué herido gravemente el día 8 al colocar una pieza á distancia de tiro de pistola del enemigo, falleciendo de sus resultas el 26 en el hospital de Santiago, á los diecisiete años de edad.

Se recompensó á todos los que asistieron á esta jornada con un escudo de distinción que tenía el siguiente lema: *San Payo, 7 y 8 de junio de 1809.*

Día 8.

1486. **Conquista de Illora** (GUERRA DE GRANADA).—La llevó á cabo el rey D. Fernando *el Católico*, después de la de Loja, quedando como alcaide de ella Gonzalo Fernández de Córdoba.

1563. **Heroica defensa de Mazalquivir** (GUERRA CON LOS MOROS). —Alentado el virrey de Argel Hassen, hijo de Barbarroja, con la derrota que sufrieron los españoles en los Gelbes (V. 29 JUNIO), proyectó la conquista de Orán y Mazalquivir (Mers-el-Kebir), presentándose con 24.000 hombres y 30 galeras delante de esta última, que defendía D. Martín de Córdova con una reducida guarnición. La escuadra que mandó Felipe II para socorrer la plaza, fué deshecha por un temporal, aumentando esta desgracia la osadía de los argelinos, que creían segura la conquista, y después de muchos días de horrible bombardeo, lograron apoderarse de un baluarte que dominaba bastante la ciudad. Levantada en él una formidable batería, abrió el enemigo ancho portillo en la muralla, dando el asalto con grandes bríos; pero toda su furia se estrelló ante los invencibles pechos de los sitiados, que electrizados por la palabra y el ejemplo del gobernador, habían jurado solemnemente hacer ilustre el nombre de Mazalquivir y sepultarse en caso necesario entre sus ruinas, teniendo los enemigos que retirarse después de ocho horas de sangriento combate, en el que perdieron cerca de 2.000 hombres. Continuó el fuego de la artillería, amenazando destruir completamente la ciudad, en cuyo recinto aparecieron nuevas y más espaciosas brechas, que los sitiados encontraron recurso para defender con una obstinación y denuedo imponderables, á pesar de su escaso número, rechazando otros diez asaltos que dieron los moros en el transcurso de noventa días. Mas el hambre se dejaba ya sentir entre aquellos hombres de hierro, tan valerosos, cuando llegó felizmente á la vista de Mazalquivir otra armada al mando de don Francisco de Mendoza, que acometió á la flota enemiga, le apresó nueve naves y ahuyentó á las restantes, mientras los españoles de Mazalquivir y de Orán, alentados con este refuerzo, atacaban briosamente á las tropas de Hassen, el cual levantó precipitadamente el cerco, á pesar de la inmensa superioridad de sus fuerzas, que habían ido aumentando constantemente, huyendo en el mayor desorden á Argel.

1583. **Fallecimiento de Sancho Dávila.**—Este célebre capitán, llamado *Rayo de la guerra*, nació en 1523 en Avila, siendo sus padres D. Antonio Blázquez Dávila y D.^a Ana Daza. Sentó plaza de soldado en los tercios de Italia, haciendo el aprendizaje de la guerra al lado de otros valientes que habían de ser también ilustres campeones, como D. Lope de Figueroa, Julián Romero y Cristóbal de Mondragón; combatió luego contra los protestantes de Alemania en 1547, siendo uno de los que en la batalla de Muhlberg (V. 24 ABRIL) pasaron á nado el río Elba con la espada en la boca y se hicieron dueños de las barcas del enemigo. El duque de Alba, gobernador de Flandes, le encargó en 1567 del mando de su guardia, compuesta de 700 lanzas y 50 arcabuceros. Tomó posesión el 28 de enero de 1569 del impor-

tante cargo de gobernador de la ciudadela de Amberes, desde cuyo punto, a pesar de no contar mas que con 340 soldados, llevó á cabo arriesgadas expediciones, entre ellas la de la isla de Walcheren, en la que hizo levantar á los rebeldes el sitio de Mildenburg.

El comendador Requesens, sucesor del duque de Alba, dió al castellano de Amberes el mando de las tropas, siendo la primera empresa del nuevo caudillo el socorro de Maestrich, llevado á cabo con unos cuantos valientes. Los rebeldes se habían fortificado cerca de la ciudad y esperaban á Sancho Dávila entonando himnos patrióticos alusivos á su próximo triunfo, que creían seguro, mezclando satíricas invectivas contra los españoles. Mas éstos se adelantaron silenciosos, preparados los mosquetes y puestos los ojos en su caudillo, el cual, escogiendo 600 de sus mejores soldados, arrodillóse con fervoroso entusiasmo, que comunicó á su pequeño escuadrón, rezaron todos un *Pater noster* y un *Ave María*, según costumbre de los españoles al entrar en combate, y arremetió acto seguido contra los parapetos enemigos, obteniendo uno de sus más señalados triunfos, pues causó á los rebeldes la pérdida de 1.200 hombres y entró triunfante en Maestrich.

En 1574 ganó la célebre batalla de Mook (V. 14 ABRIL); tomó por asalto en octubre de 1576 el fuerte de Bommen, auxiliado por el coronel Cristóbal de Mondragón, y entró por asalto en Amberes (V. 4 NOVIEMBRE), al presentarse los 2.000 sublevados de Alost.

Hallándose después en España, lo eligió el duque de Alba por su maestre de campo general al emprender la conquista del reino lusitano, recibiendo en 1583 una coz de un caballo que le ocasionó la muerte. Su cuerpo fué enterrado en Lisboa en el convento de San Francisco, hasta que su hijo D. Fernando le hizo trasladar á la capilla mayor de San Juan Bautista de su ciudad natal.

1663. **Batalla de Estremoz** (GUERRA DE PORTUGAL).—El buen resultado obtenido en la campaña de 1662 animó á D. Juan de Austria á hacer grandes preparativos para la de 1663, á fin de poder conseguir resultados decisivos y acelerar el término de tan larga guerra. Reforzado su ejército con los viejos tercios españoles é italianos que guarnecían á Nápoles, elevóse su efectivo á 15.000 infantes y 6.000 caballos, yendo como tenientes de D. Juan D. Melchor Portocarrero, Juan Jácome Mazacán y Alejandro Moreda, desempeñando D. Diego Caballero el cargo de maestre de campo general y jefe de la caballería, y el de gobernador de las armas el duque de San Germán; la artillería (18 cañones y 3 morteros) la mandaba el conde de Almenara. Internáronse los españoles en el reino lusitano, seguidos de un inmenso convoy, compuesto de 3.000 carros de víveres y municiones, y llegando frente á la importante ciudad de Evora, que defendía numerosa guarnición, capituló la plaza el 22 de mayo á los ocho días de cerco, llegando la vanguardia del ejército hasta Alcocer do Sal, camino de Lisboa. El imprudente afán de internarse de este modo en país enemigo, lejos de la base de operaciones, colocó al ejército en si-

tuación muy crítica; pues agotados los víveres, se hacía difícil la subsistencia en una comarca completamente hostil, aumentando los apuros la proximidad del ejército enemigo, que mandado por el conde de Villafior, se componía de 12.000 infantes y 4.000 caballos, formando parte de él 2.000 peones ingleses y 1.000 caballos de la misma nación, recién incorporados. Villafior, que tenía como maestro de campo general al conde de Schomberg, militar entendido y muy acreditado en las guerras de Flandes, se había fortificado en la opuesta ribera del Dejebe, á media legua de Evora, y aunque el de Austria trató de arrojarle de sus posiciones, no pudo conseguirlo, ni esguazar tan siquiera el río para caer sobre él. En su vista, determinó el caudillo español tomar la vuelta de la frontera, camino de Badajoz, por desviados y ásperos senderos, dejando una fuerte guarnición en Evora, y ya con más recursos, reanudar la campaña que había comenzado con tan favorables auspicios. Mas en lugar de acelerar la marcha todo lo posible, como convenía, la llevó á cabo con relativa lentitud, por el amor propio de que el enemigo no la reputase como fuga, con lo cual dió tiempo á que aquél se adelantase á cerrarle el paso en paraje donde la caballería española, superior en número, se hallara imposibilitada de maniobrar. Tuvo lugar el choque entre Ameixal y Estrémoz, viniendo á las manos una hora antes de ponerse el sol. Acometió el enemigo la derecha española con gran golpe de gente, y aunque la pelea se sostuvo brava y obstinada por una y otra parte, la huida pavorosa de la caballería, que, floja y mal situada, volvió grupas sin cambiar apenas una lanzada con la contraria, dejando descubiertos los flancos de la infantería, permitió al enemigo batir á ésta por todas partes, con lo cual decayó el ánimo de los cuerpos de nueva leva, que se desordenaron y huyeron también, arrastrando á los cuerpos veteranos del centro, compuestos de viejos soldados alemanes é italianos. El tercio de *Lisboa* (regimiento de *Zaragoza*), que formaba en la derecha, se sostuvo dignamente, encontrando su maestro de campo **D. Lope de Abreu** una muerte gloriosa, peleando de un modo heroico en las primeras filas de su tropa para dar ejemplo; el tercio del *Rey*, que formaba en primera línea, dejó tendida en el campo la mayor parte de su fuerza; el de *Toledo*, regido por su maestro de campo D. Diego Fernández de Vera, se batió también con el mayor denuedo á la vista de D. Juan de Austria, que habiendo perdido dos caballos en la refriega, demostró más valor que inteligencia y fortuna, pues anduvo largo rato revuelto con los enemigos, peleando pie á tierra, armado con una pica, hasta que el duque de San Germán pudo arrastrarlo lejos del lugar del combate. Los portugueses obtuvieron un señalado triunfo, que se debió en gran parte á la infantería inglesa y á las acertadas disposiciones del conde de Schomberg. La noche protegió con sus sombras la

retirada de nuestro ejército hasta Arronches, habiendo dejado más de 5.000 hombres tendidos en el campo ó prisioneros, y en poder del vencedor casi toda la artillería, bastantes banderas y estandartes, muchas armas, el bagaje y todo el ajuar de D. Juan. Las bajas de los portugueses no pasaron de 1.000 hombres. Murió á consecuencia de las heridas recibidas **D. Gonzalo Fernández de Córdoba**, maestre de campo de artillería, contándose entre los prisioneros al maestre de campo del tercio de la Armada (regimiento de *Sevilla*) **D. Aniolo de Guzmán**.

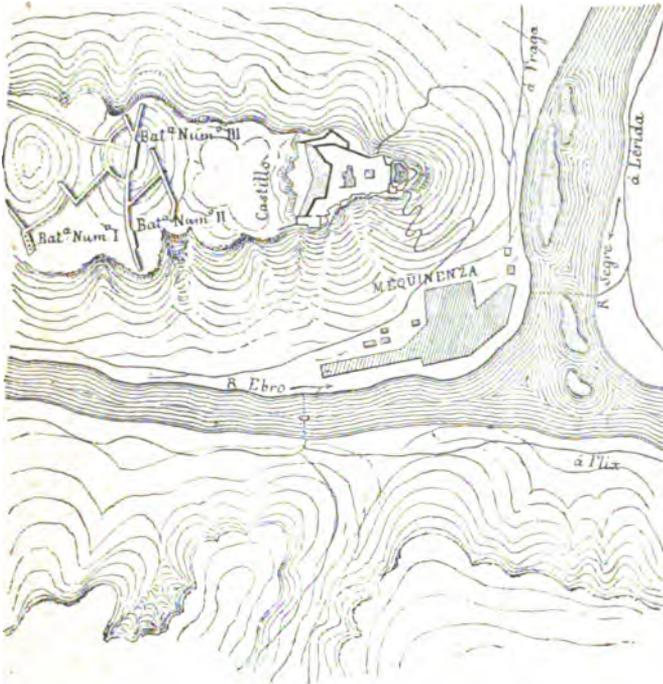
El conde de Sartirana, gobernador de Evora, defendió con valor la plaza, hasta que, sabiendo no podía ser socorrida en mucho tiempo, capituló con el enemigo, saliendo la guarnición formada con armas y demás honores de la guerra.

1808. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—En la defensa de Tudela, sostenida por el marqués de Lazán contra las tropas del general Lefevre, que marchaba sobre Zaragoza desde Pamplona, se batió con tal bizarría el aragonés **TADÉO UBÓN**, natural de Escatrón, que tomó una bandera al enemigo, á pesar de hallarse herido, por cuya hazaña le fué entregada en el acto una onza de oro, siendo recompensado además con el empleo de sargento y el uso perpetuo de un distintivo de bronce con el lema *Por F. VII*.

1810. **Pérdida de Mequinenza (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—Inmediatamente después de la conquista de Lérida, decidió el general Suchet quitar también á los españoles la plaza de Mequinenza, punto importante situado en la confluencia del Segre con el Ebro, que les servía de apoyo para pasar de una á otra orilla de este río, navegable ya desde Caspe, algo más arriba de dicha villa, la cual domina su curso, como llave del mismo, hasta Tortosa. La principal defensa consiste en el castillo, antigua casa-fuerte de los marqueses de Aytona, levantado cuando la guerra de sucesión en lo alto de un estribo muy escarpado del monte Negro, accesible sólo por la parte de Fraga, hacia Poniente, cuya avenida defiende un frente abaluartado, con terraplén revestido de mampostería, foso abierto en la roca y buen camino cubierto. Componían la guarnición 1.200 hombres, bajo las órdenes del gobernador coronel don Manuel Carbón, ejerciendo el cargo de comandante de artillería **D. Pascual Antillón**.

El general Musnier embistió la plaza el 19 de mayo con su división, fuerte de 5.000 hombres, dos compañías de artillería y cuatro de ingenieros, dirigiendo los servicios especiales de estos cuerpos el general Valée y el coronel Haxó, respectivamente, este último hasta la incorporación del general Rogniat. Venciendo muchas dificultades, construyeron los

enemigos desde Torriente un camino para poder transportar la artillería desde Fraga á la planicie en que asienta el castillo, para lo cual hubo que habilitar también el puente que tiene dicha villa sobre el Cinca, afluente del Segre. Abierta la trinchera en la noche del 2 de junio, empezó el 4 la construcción de tres baterías: la número 1, de cuatro morteros de ocho pulgadas; la número 2, para dos cañones de á 16 y dos obuses,



Junio 8.—Sitio de Mequinenza.

y la número 3, de brecha, artillada con cuatro piezas de á 24 y dos de á 16, consiguiendo en las primeras horas de la noche del mismo día ocupar la villa, que abandonó la guarnición retirándose al castillo, y el 8 rompieron aquéllas el fuego. Nuestra artillería, perfectamente dirigida y servida, conservó bastante tiempo la superioridad sobre la de los sitiadores, logrando desmontar tres piezas de la batería de brecha; mas dominada al fin por la contraria, gracias á los destrozos producidos en el parapeto, casi enteramente derruido, y los estragos que hacían en los sirvientes de las piezas los tiradores enemigos apostados en las inmediaciones de las.

baterías cubiertos con sacos de tierra, no tardó en quedar reducida al silencio, siendo inútiles sus heroicos esfuerzos para reponer las piezas en batería, pues éstas habían quedado completamente al descubierto. En su consecuencia, capituló el gobernador á las diez de la mañana del 8, exigiendo el general Suchet, incorporado el día antes al campo enemigo, se rindiese á discreción; y sólo después de penetrar en el castillo con dos compañías de granaderos, concedió, en consideración al gobernador y á la bravura desplegada por la artillería de la plaza (1), saliesen los sitiados con los honores de la guerra, desfilando delante de los enemigos para depositar las armas en el glacis y ser conducidos prisioneros á Francia, conservando los bagajes.

El mismo día de la entrega de Mequinenza despachó Suchet al general Montmarie para que se apoderase del castillo de Morella, que fué ocupado por el enemigo, sin resistencia, el 13 de junio.

1836. **Episodio de la guerra civil.**—Una compañía del regimiento de *Zaragoza*, que mandaba el capitán D. MARIANO GUARDIOLA, vióse súbitamente atacada y envuelta en las últimas horas de la tarde del 8 del junio por tres batallones carlistas en un puesto avanzado de *Pasajes*, sin tener otro sitio donde guarecerse que una casa tan desprovista de condiciones de defensa que sólo permitía hacer fuego al enemigo por una ventana, á pesar de lo cual resistióse allí toda la noche, retirándose los contrarios al amanecer sin haber podido conseguir su objeto de apoderarse del puesto.

Día 9.

1359. **Combate naval en el puerto de Barcelona** (GUERRA DE ARAGÓN).—El domingo 9 de junio de 1359 púsose á la vista de Barcelona el rey de Castilla D. Pedro *el Cruel* con una escuadra compuesta de 32 galeras, 2 leños y otras 21 naves armadas en guerra, dirigidas por Garcí Alvarez de Toledo, D. Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, micer Gil Bocanegra, almirante de Castilla, el capitán Pedro López de Ayala y el almirante de Portugal, micer Lanzarote Pezafia, genovés, cuya armada penetró en el puerto sorteando los obstáculos con que habían tratado los barceloneses de obstruir la entrada. Se encontraba entonces en la ciudad D. Pedro *el Ceremonioso*, quien para oponerse á tan repentina agresión disponía sólo de 10 galeras bien armadas y algunas

(1) JOURNAUX DES SIEGES FAITS OU SOUTENUS PAR LES FRANÇAIS DANS LA PÉNINSULE DE 1807 Á 1814, par *J. Belmas, chef de bataillon de génie* (tomo III, pág. 203).

otras naves, una de ellas de gran porte, gobernadas por el conde de Osona, Hugo, vizconde de Cardona, y los capitanes Gilaberto y Bernardo de Cruilles, Bernardo Margarit y Pedro Asbert, los que al divisar la escuadra castellana se acoderaron en el sitio del puerto conocido por las *Tascas*, extendiéndose en línea por delante del convento de San Nicolás de Bari, hasta frente a la calle del Regomir, mientras en la playa se montaban los ingenios para la defensa, y al toque de somatén se armaban los gremios, enarbolando cada uno su bandera, entrando en la plaza, procedentes del Vallés, las compañías de ballesteros que capitaneaban Ramón de Pujol, Ramón y Bernardo Planella, Bernardo de Perapertusa, Ramón Berenguer de Vilafranca y Humberto de Bellestar.

Trabóse la pelea, que fué brava y empeñada, defendiéndose heroicamente aragoneses y catalanes, los cuales *temían más la afrenta de no vencer que el peligro de ser vencidos* (1). Duró el combate hasta el anochecer, en que la escuadra de Castilla tuvo que repasar el bajío llamado las *Tascas* y retirarse con bastantes averías, causadas con una bombardera que montaron los catalanes en la nave más gruesa, hiriendo a mucha gente los ballesteros que cubrían la playa. Navegando por la costa de Poniente, se dirigió D. Pedro al cabo de Tortosa, y de allí á Ibiza, de donde levantó precipitadamente sus reales al saber había llegado á Mallorca la escuadra aragonesa, compuesta de 50 naves, que mandaba como almirante el conde de Osona, saliendo en su persecución Bernardo de Cabrera con veinte de ellas, sin que los castellanos aceptasen la batalla.

1662. **Toma de Juromenha** (GUERRA DE PORTUGAL).—En la campaña de 1662, después de tomar D. Juan de Austria á Villabuñ y Borba, puso sitio á Juromenha, plaza de alguna importancia, situada sobre una eminencia á orillas del Guadiana, contra la que se levantaron algunas baterías, después de atrincherarse los españoles en su campo, apretando el cerco en el mes de mayo. El general en jefe del ejército enemigo, marqués de Marialva (D. Antonio Luis de Meneses), y el conde de Schomberg, su maestre de campo general, trataron inútilmente de forzar las líneas de los sitiadores, y cansados de muchas tentativas infructuosas, se retiraron á Villaviçosa, donde se dedicaron á construir un fuerte para su defensa. Al dar el asalto á Juromenha, un tercio de españoles, el único que de esta nacionalidad había en el ejército de D. Juan de Austria, fué batido, teniendo que replegarse apresuradamente á sus cuarteles, mien-

(1) Zurita.

tras que otro tercio de italianos se mantuvo firme más largo tiempo, sosteniéndose vigorosamente en las fortificaciones enemigas. No fué menester más para que, herido el pundonor de los capitanes y soldados de Castilla, y avergonzados de que los de Italia hubiesen dado más señaladas muestras de valor, pidiesen á D. Juan que les permitiera repetir el asalto, no de noche, como había sido el anterior, sino á la luz del sol, para que, habiendo más peligro, pudiesen volver mejor por su honra, que consideraban empañada; y aunque el asalto fué igualmente rechazado, los españoles se cubrieron de gloria, quedando el enemigo tan quebrantado, que el gobernador Manuel Lobato Pinto no tardó en pedir capitulación. Firmada ésta el 9 de junio, la guarnición salió de la plaza con todos los honores militares.

1694. **Pérdida de Palamós** (GUERRA CON FRANCIA).—Tuvo que rendirla su gobernador D. Melchor de Avellaneda después de la batalla del Ter.

1882. **Creación del 6.º batallón de artillería de plaza.**—Por Real orden de dicha fecha, se organizó en Cartagena el 6.º *regimiento á pie*, cuyo segundo batallón fué disuelto por Real decreto de 14 de diciembre de 1883, pasando el primer batallón á constituir el 6.º *batallón de plaza*, con la misma residencia. Había existido anteriormente otro 6.º regimiento á pie creado por Real orden de 5 de mayo de 1862, y disuelto el 28 de junio de 1866, por haber tomado parte en la insurrección militar ocurrida en Madrid el día 22.

Creación del 9.º batallón de plaza.—Fué organizado como batallón *fijo de Canarias*, y el 14 de diciembre de 1883 pasó á constituir el 10 *batallón de plaza*, tomando el 26 de diciembre de 1884 la denominación de noveno por haber éste pasado á ser el tercero en la nueva organización dada al cuerpo en dicha fecha.

Creación del 4.º regimiento de artillería de cuerpo.—Fué organizado con el nombre de 8.º *montado*, y por Real orden de 26 de diciembre de 1884 tomó el de 4.º *de cuerpo*.

Día 10.

1037. **Batalla de Tamarón** (GUERRA ENTRE LEÓN Y CASTILLA).—A la muerte de Sancho de Navarra, trató Bermudo III de León de recobrar sus antiguos dominios, animándole á ello el buen espíritu de sus pueblos; así que se reinstaló en León, recuperó las tierras del oeste del Cea y marchó hacia la frontera de Castilla. El rey Fernando, cuñado de Bermudo, pidió entonces auxilio á su hermano el rey D. García de Navarra, quien pasó personalmente á Burgos acaudillando un fuerte

ejército, y reunidos castellanos y navarros, marcharon al encuentro del monarca leonés. Ambas huestes vinieron á las manos en el valle de Tamarón, ribera del Carrión, peleándose por una y otra parte con extraordinario arrojo; dió á todos ejemplo el imprudente Bermudo, que, deseoso de decidir la batalla con la muerte de su enemigo, se dirigió, seguido de muy pocos, hacia donde se hallaba Fernando de Castilla, metiéndose por entre lo más compacto de los escuadrones enemigos, que le recibieron lanza en ristre, y ciego como iba Bermudo, clavóse él mismo en el cuerpo las moharras de sus contrarios, cayendo derribado del caballo mortalmente herido, y con él otros siete de sus valientes compañeros. Divulgóse muy en breve en el ejército leonés la funesta noticia, con lo cual decayó su ánimo y retiróse hacia la capital. Tenía el animoso y desgraciado Bermudo III veintiocho años de edad, anticipando su prematura muerte la unión de Castilla y León, pues no teniendo aquél hijo alguno, pasó la corona de León á las sienes de su hermana D.^a Sancha, esposa de Fernando I de Castilla, el cual, el 22 del mismo mes y año, se coronó en la catedral de Santa María.

1808. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—El regimiento de *Murcia* formaba parte de la división española de D. Juan Caraffa, que pasó en 1807 á Portugal como auxiliar del ejército francés del general Junot, y fraccionado en pequeños destacamentos con el objeto aparente de cubrir el litoral contra los ingleses, quedó en Setubal el coronel D. Jorge Galbán con la plana mayor y las dos compañías de granaderos. Al verificarse en 1808 el alzamiento nacional después de los sucesos del DOS DE MAYO, empezaron las deserciones en crecido número, por lo cual, queriendo evitarlas el general Kellerman, reunió en Setubal los dos batallones, que emprendieron el 10 de junio la marcha hacia Lisboa; mas amotinados los soldados al grito de *¡A España! ¡A España!*, hicieron fuego sobre su coronel, que quiso arengarlos, y éste tuvo que huir á Palmelha en compañía del sargento mayor D. Juan Dabán, abandonando estos dos jefes, escudados en la disciplina, la causa santa de nuestra independencia. Quedó al frente del regimiento el teniente coronel D. Antonio Cornide, y al ver que éste no tomaba disposición alguna, 300 hombres de los más decididos se apoderaron de él y de las banderas y tomaron el camino de España. El resto del regimiento, aturdido y perplejo, acabó por romper el fuego sobre sus compañeros, rescatando al teniente coronel y una de las banderas, y se dirigió á Palmelha; continuaron los demás la marcha, y alcanzados por el general Graindorge con un destacamento de dragones franceses, entablóse nuevo combate, en el cual fué herido mortalmente el teniente **D. Marcos Márquez**, separándose los tres subalternos que quedaban para unirse al grueso del regimiento. No cejaron por esto en su propósito los 300 patriotas, y nombrando jefe de ellos al cabo **TOMÁS GARCÍA**, los condujo éste en buen orden á la frontera, y se dirigieron

á Sevilla, cuya Junta confirió á aquél el empleo de capitán con el grado de teniente coronel.

Nuevamente trató aquel mismo día el coronel Galbán de hacerse obedecer; mas contestando todos enérgicamente y en alta voz que le seguirían á todas partes menos á Lisboa, tuvo que retirarse; y habiendo recibido nuevas noticias de España por medio de D. Vicente Vargas, ayudante del general Caraffa, acordaron sin más dilación emprender la marcha aquella misma noche, tomando el mando de la fuerza el capitán D. José Bonicelli, eficazmente auxiliado por el de igual clase D. Sebastián Cano y el ayudante D. Pedro Carrión. Esquivando el encuentro con los franceses llegaron al Guadiana, cuyo río tuvieron que vadear con agua al pecho, pisando al fin el territorio español el 14 de junio.

1809. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—Sorprendidos los españoles en Santander, la noche del 10 de junio, por los franceses, que el mismo día habían evacuado dicha ciudad, fué tal la confusión que se produjo, que los más de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros, considerando perdida su división, embarcóse precipitadamente en una lancha con D. José O'Donell, coronel del regimiento de la *Princesa*, teniendo que bogar en ella como marineros algunos soldados, valiéndose de los fusiles como remos. Don Juan Díaz Porlier, más sereno, salvóse con alguna tropa por modo más honroso, atravesando con gran intrepidez por medio de los enemigos; y un batallón de la *Princesa*, abandonado por su coronel, distinguióse también sobremanera, dirigido por el valiente oficial GARROYO, pues conservando el orden y serenidad indispensables, pudo libertarse de los franceses y pasar á Medina de Pomar, desde donde cruzando toda Castilla y parte de Aragón, sin forzar la marcha, desafiando peligros y sosteniendo frecuentes combates, consiguió llegar á Molina, en cuyo punto se incorporó á las tropas del general Villacampa.

1855. **Creación del regimiento Cazadores de Albuera, 16 de caballería.**—Fué organizado en Jerez de los Caballeros, por Real decreto de esta fecha, siendo su primer coronel D. Ángel Fernández.

Día 11.

1483. **Conquista de Alora (GUERRA DE GRANADA).**—Puesto en libertad el rey Boabdil después de la batalla de Lucena (V. 21 ABRIL), tomadas Illora y Tájara, y recuperada Zahara á fines del año anterior por las tropas del marqués de Cádiz, quien recibió como merced la expresada villa con el título de duque, reuniéronse en Córdoba 12.000 peones, entre lanceros, ballesteros y espingarderos, y 6.000 caballos, y después de correr varias comarcas del reino de Granada, llegando hasta la vega de Málaga, fueron á sentar sus reales frente á la villa de Alora, siendo uno

de los jefes de la hueste el gran cardenal de España, y de la vanguardia el marqués-duque de Cádiz y D. Hurtado de Mendoza, sobrino del cardenal, al propio tiempo que una poderosa escuadra, bajo la dirección del experimentado marino D. Alvaro de Bazán, marqués de Castro, vigilaba el estrecho para impedir la llegada de socorros de Africa. Dispuesta la artillería gruesa, rompió el fuego sobre dos torres de la entrada de la villa derribándolas en breve tiempo, así como el muro de unión de las mismas, que los moros trataron de levantar de nuevo, impidiéndoselo el continuo fuego de los ribadoquines y otras piezas menores; y aunque fué rechazado un asalto, desalentaron los sitiados en términos tales, que capitularon á los ocho días de establecido el cerco bajo promesa de respetar vidas y haciendas, lo que se cumplió religiosamente.

1503. **Toma del castillo del Ovo** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Mientras Gonzalo de Córdoba se dirigía á sitiar la plaza de Gaeta, en donde se habían refugiado las reliquias de las tropas francesas batidas en Cerinola (V. 28 ABRIL), continuó Pedro Navarro el cerco del castillo del Ovo, que con el de Castelnuovo, conquistado ya (V. 21 MAYO), constituían las principales defensas de la ciudad de Nápoles. El célebre caudillo español mandó construir unas barcas cubiertas de cuero, con las que se acercó sin gran peligro á los muros del castillo, y empezó á abrir una mina por el lado que mira á Pizzofalione sin que se apercibiesen los sitiados, los cuales, sorprendidos por la voladura de una parte del muro con todos los soldados que lo defendían, quedaron tan aterrorizados, que sin oponer más resistencia se rindieron el 11 de junio los restos de la guarnición.

1839. **Heroica defensa de Montalbán** (GUERRA CIVIL).—Resuelto Cabrera á apoderarse de Montalbán, bloqueada ya por Balmaseda, presentóse frente á dicho pueblo el 19 de mayo con once batallones y seis piezas de artillería, teniendo que abandonarlo la guarnición, compuesta del batallón *Provincial de Burgos*, una compañía de ingenieros y fuerza de nacionales, y retirarse al fuerte. Los carlistas dieron el asalto á las once de la noche, pero fueron rechazados, y lo mismo en los dos que intentaron el día siguiente, experimentando grandes pérdidas.

Acudió el 23 el teniente general D. Joaquín Ayerbe en auxilio de los sitiados con la segunda división del ejército del Centro, avanzando desde Martín del Río sobre el punto conocido por cantera de Utrillas, de cuyas escarpadas alturas se hallaban posesionados los carlistas con fuerzas con-

siderables, librándose la acción de dicho nombre, que costó no menos de 300 bajas á las tropas liberales, de las que se distinguieron en alto grado los coroneles Serrano (EPISODIO I) y Velarde, llevando sus escuadrones por terrenos apenas accesibles para la infantería, evitando mucha sangre al ejército de la Reina, y el brigadier-coronel D. Miguel Mir, con su regimiento de *Castilla* (EPISODIO II); y aunque el campo y la victoria quedaron por los liberales, no desistieron por esto los carlistas de su empeño contra Montalbán, ante cuya villa se presentaron de nuevo el 26.

Escarmentados en sus tentativas anteriores, apelaron esta vez á las minas, haciendo una de ellas volar el 30 un lienzo de la fortificación con el tambor inmediato, por entre cuyos escombros quisieron penetrar; mas los asaltantes fueron también rechazados, como de costumbre. Cada vez más apurada la situación de los sitiados, no tenían ya el 31 ni aun las medicinas indispensables para la asistencia de los heridos (1). Arreció en los días siguientes el fuego de la artillería, y las minas aumentaron los estragos; pero sin desanimar por esto, siguieron los valientes defensores rechazando las reiteradas acometidas de sus enemigos, cada vez más obstinados y tenaces, por lo cual acudió de nuevo Ayerbe, y oído el dictamen de personas competentes, resolvió abandonar á Montalbán, como lo llevó á cabo el 11 de junio, volando los restos de las fortificaciones que se conservaban aun en pie. Los heroicos defensores de Montalbán habían sufrido en cincuenta días de sitio los efectos terribles de 3.000 balas de cañón, 600 granadas y diez minas, que casi redujeron á escombros aquella población, rival de Gandesa en su entusiasmo por la causa liberal. Alcanzaron sus moradores justa fama, especialmente MANUELA CIRUJEDA, que se batió constantemente como el hombre más valeroso.

Al retirarse Ayerbe con la guarnición y habitantes de Montalbán, salióle al encuentro los carlistas en los campos de la Hoz, á dos leguas de dicha villa, trabándose refido combate, célebre por las multiplicadas é impetuosas cargas de caballería, pues llegaron á darse hasta trece, dirigidas por el coronel D. Francisco Serrano, que se distinguió de nuevo, y

(1) Con tal motivo, el comandante de nacionales D. Jaime Vicente habló desde la muralla á Cabrera, quien aparentando el mayor interés por los heridos y enfermos que había en el hospital, aconsejó á Vicente colocase una bandera en el tejado de dicho edificio. Hecho así, todos los tiros de la artillería fueron dirigidos al hospital, sobre el que cayeron aquel día 66 granadas, reduciéndolo á un montón de ruinas, entre las que perecieron 13 soldados carlistas que había allí heridos, con otros varios de la guarnición. (HISTORIA DE LA GUERRA EN ARAGÓN Y VALENCIA, por D. F. Cabello, D. J. Santa Cruz y D. R. M. Temprado. — Madrid, 1845.)

el carlista Balmaseda. Ambas huestes vieron considerablemente mermdas sus filas, pues las bajas pasaron de 400.

Episodios.—I. El coronel de caballería D. FRANCISCO SERRANO, coronó en el ardor de la pelea una altura fortificada desde la cual divisó en el llano inmediato considerables masas enemigas que ocultas hasta aquel momento parecían moverse en dirección del punto que ocupaba. Quiso entonces prepararse para la defensa; pero no teniendo á su lado más que ocho jinetes, distantes todavía las demás fuerzas, y observando que los lanceros de Cabrera, apercebidos de su presencia, se adelantaban al trote para caer sobre él, se puso á dar grandes voces, como dando órdenes á los escuadrones situados detrás, con lo cual pudo conjurar el peligro que le amenazaba, pues los enemigos, engañados por el ardid, titubearon ya, acabando por detenerse y retirarse.

II. Comisionado el brigadier coronel del regimiento de *Castilla* D. MIGUEL MIR DE GONZÁLEZ, para tomar una altura con los dos batallones de su inmediato mando, lanzóse con sus soldados á la bayoneta, sufriendo todos impávidos el terrible fuego que les hacían los carlistas, muy superiores en número. Cayó muerto en aquel momento su caballo, y montando otro, perdiólo también; continuó entonces el ataque á pie con la mayor serenidad y bravura á la cabeza de su regimiento, el cual, no menos bravo y denodado, consiguió al fin desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba, á pesar del refuerzo de dos batallones que recibió oportunamente. Depurados estos hechos en juicio contradictorio, se concedió por Real orden de 26 de julio de 1832, al expresado brigadier, la cruz laureada de San Fernando correspondiente á su empleo, y la corbata de dicha Orden á las banderas del regimiento de *Castilla*. A consecuencia de las heridas recibidas en dicho combate murieron el capitán D. Pedro Macías y el teniente D. Juan Sánchez.

III. La compañía de ingenieros (3.^a del primer batallón) que se había distinguido ya en la defensa del fuerte, contribuyendo con sus notables trabajos y esfuerzos á la conservación del puesto hasta que pudo ser socorrido, peleó en la retirada con ejemplar denuedo conteniendo largo rato al enemigo con su serenidad y disciplina, en unión con la caballería, lo que permitió al ejército liberal, empujado en el largo y estrecho desfiladero del pueblo, reponerse y tomar la ofensiva, llegando algunas fuerzas hasta donde se encontraba dicha compañía, que puesta á la cabeza de ellas cargó entonces bizarramente al enemigo. En el parte dado por el general Ayerbe se la llama *modelo de bravura*, y su capitán recibió la cruz laureada de San Fernando.

1873. **Heroica muerte de D. Luis Martínez Llagostera.**—En aquellos tristes días, de ominoso recuerdo para la patria y el ejército, en que las tropas que componían el de Cataluña, con raras excepciones, eran presa de la indisciplina más desenfrenada, tuvo el general Velarde que abandonar su columna en Igualada, el 8 de junio, rechazado á tiros por sus soldados, dirigiéndose á Valencia con escasas fuerzas, de las que formaban parte algunas compañías del batallón cazadores de *Madrid*. Estas, al llegar á Sagunto, se negaron resueltamente á seguir á Valencia, entregán-

dose con el mayor cinismo y descaro á toda clase de excesos y actos de insubordinación que no pudieron contener ni remediar los cinco únicos oficiales que tenía aquella fuerza. Su teniente coronel **D. Luis Martínez Llagostera** corrió entonces á dicho punto á encargarse del mando, para el que había sido nombrado recientemente, y firmemente resuelto á dominar situación tan vergonzosa ó morir, formó á sus soldados en la plaza del Mercado, mandó salir de filas y retirarse á todos los oficiales, sargentos y cabos, y quedando solo con aquella chusma, que tal nombre merece la tropa que faltando á sus sagrados juramentos se convierte en azote de su patria, arengólos recordándoles sus deberes é increpólos duramente por su insubordinación, tratando de persuadirles á que volviesen por la senda del honor. Mas interrumpido con tumultuosos gritos y ademanes ofensivos, montó en cólera el valiente y pundonoroso jefe, y exasperado y violento por aquella actitud, declaró disuelto el batallón, arrancó él mismo sus galones y estrellas del uniforme, tiró al suelo revólver y espada, y dijo á los soldados se quitasen el número **2** que ostentaban en el cuello del capote, pues eran indignos de llevarlo, dirigiéndose al mismo tiempo hacia ellos para efectuarlo por sí mismo. Sonaron entonces algunos tiros y cayó al suelo mal herido, sin dejar de increpar por esto á aquellos hombres sin fe y sin ley, llamándoles cobardes asesinos. Levantáronle dos soldados, más humanos y compasivos, procurando escudarle con sus cuerpos de los golpes que le dirigían, y llegaron así á la puerta del cuartel; pero habiéndoles negado la entrada la guardia de prevención, trató aquel desgraciado de llegar solo á su alojamiento; mas de nuevo le hicieron fuego sus implacables perseguidores, y el heroico **Martínez Llagostera** cayó al suelo en la calle de la Carretera, en dirección á la estación del ferrocarril, para no levantarse más. ¡Honor eterno á ese ilustre mártir del honor y de la disciplina militar! (1).

Día 12.

1147. **Conquista de Baeza** (GUERRA CON LOS MOROS). — La llevó á cabo Alfonso VII de Castilla.

(1) Al tener noticia del suceso las autoridades de Valencia, viendo que el Gobierno no mostraba mucha diligencia en contestar, envió el día siguiente á Sagunto una comisión compuesta de D. Norberto Piñango, presidente de la Diputación, D. Juan Manuel Pérez, D. Salvador Cervera y D. Enrique Ortiz, con el delicado y peligroso encargo de tratar de reducir á la obediencia á los cazadores de *Madrid*. Reuniéronlos al efecto en la misma plaza donde habían asesinado á su teniente coronel, y les dirigieron la palabra, llegando á mostrarse muchos de ellos pesarosos y arrepentidos, manifestando estar dispuestos á formar en columna de honor para conducir al cementerio el cadáver de su jefe. Mas otros se opusieron, y la Comisión se dió por satisfecha con que los cazadores emprendiesen la marcha para Teruel, adonde habían sido destinados. De allí pasaron á Calatayud, en cuyo punto fueron desarmados y presos, y formada sumaria fueron condenados á muerte los que habían tomado parte en aquel atentado inalicable.

1691. **Capitulación de la Seo de Urgel** (GUERRA CON FRANCIA).—Se rindió en dicho día al ejército francés.

1707. **Toma y destrucción de Játiva** (GUERRA DE SUCESIÓN).—La victoria de Almansa (V. 25 ABRIL) hizo que se sometiese á las armas de Felipe V casi todo el reino de Valencia, incluso la capital, donde entraron sus tropas el 8 de mayo; sólo algunos puntos fortificados, como Játiva, persistieron en mantener la bandera del Archiduque, sobre todo dicha villa, que se distinguió por su entusiasmo y obstinación. Mandaba en ella un oficial aragonés llamado D. Francisco Purroy, quien dispuso tomasen las armas todos los fugitivos y dispersos de Almansa, como también la mayor parte de los vecinos, y que se fortificasen las calles, abriendo zanjas y levantando barricadas y otras defensas para oponer á las tropas borbónicas la resistencia más empeñada.

Encargóse de someter á Játiva el general Claudio Lafiere, más conocido por el caballero d'Asfeld, con un ejército de 12.000 hombres, presentándose sus avanzadas el 22 de mayo á la vista de la plaza; y creyendo cosa fácil conseguir la rendición, decidióse á atacar el 24 las calles del Arrabal. Dirigieron los sitiadores con mucho acierto el fuego de la artillería, bajo cuya protección desalojaron á los defensores de los puntos que ocupaban, llegando hasta la plaza de la Balsa; mas abrumados allí por las incesantes descargas que se les dirigían desde el baluarte situado bajo la cueva de los Palomos y de la muralla contigua, se dispersaron y guarecieron tras de las casas que acababan de conquistar á la bayoneta, teniendo que disponer d'Asfeld la retirada. Obligado á formalizar el ataque, situóse frente al portal de los Baños, estableciendo una batería en los corrales de las primeras casas de la calle de los Mesones, desde la que se dedicaron los sitiadores á abrir brecha en la muralla, no muy consistente, que ceñía la ciudad, teniendo para ello que apoderarse de la torre de Monfort, lo que consiguieron después de largas horas de fatiga y de pelea, á costa de mucha sangre (1), avanzando por el huerto de Cebrían y molino de la Virgen. Entonces les fué ya fácil establecerse en el muro y conquistar las casas próximas, que fué preciso tomar á la bayoneta; y dueños de aquella posición, avanzaron dos columnas de franceses y españoles por las calles de Santa Tecla y de San Francisco, asaltando las barricadas y sufriendo

(1) Murió en la brecha á la cabeza de la columna de asalto **D. Juan Ibar**, capitán del regimiento de caballería del *Príncipe*, que habiendo echado pie á tierra con los soldados de su escuadrón y otros de su cuerpo, se emplearon en el ataque como tropa de infantería.

el fuego incesante que se les dirigía de la mayor parte de las casas. La primera columna pudo llegar á la plazuela de Santa Tecla, cuya iglesia fué necesario batir con artillería para poder desalojar de ella á sus defensores, continuando la marcha hasta la esquina del convento de San Agustín, donde sufrieron los franceses horrible estrago, y exasperados por ello, cuando penetraron en el sagrado recinto, atestado de gente, pasaron á cuchillo á cuantos se habían refugiado allí, sin distinción de sexo ni edad, no siendo bastante á contener su furor el haber salido á su encuentro los religiosos en comunidad con el SANTÍSIMO, pues fueron también sacrificados casi todos. Una vez saqueado el convento, que dejaron lleno de cadáveres é inundado de sangre, siguieron avanzando por el interior de la villa hacia la Colegial, pasando por el convento de Santo Domingo.

La columna española, al mando del brigadier D. José de Chaves y Osorio, siguió por la calle de San Francisco, llegó hasta el hospicio de San Miguel, donde fué detenido largo rato por dos compañías de paisanos que capitaneaba un tal Oliva, apostados en la torre del Aula, hasta que una batería colocada al pie de la torre de Monfort hizo retirar á los defensores, con lo cual pudo ya la columna continuar por toda la calle de Moncada, plaza de la Trinidad y calle del Angel, combatiendo sin cesar, hasta situarse en el convento del portal de Valencia, cuyos frailes salieron en procesión con la imagen del Cristo (1), caminando entre muertos y heridos, para refugiarse en el convento de Santa Clara.

A la caída de la tarde del 24 de mayo, día de triste recordación para los habitantes de Játiva, se hallaba la ciudad en poder de las tropas de Felipe V; sólo faltaba apoderarse del castillo, al que daban presidio 800 ingleses, pasivos espectadores de tan sangrienta lucha, y la parte llamada Ciudadela, nombre con que se designa todo el recinto que comprende las ermitas, y que vulgarmente se llama la Cuesta, donde se habían acogido muchas familias y los defensores que no habían percido en tan heroica pelea; y aunque éstos decidieron resistir hasta el último extremo, la falta de víveres y los lamentos de mujeres y niños obligaron á pensar en la capitulación, que se llevó al fin á cabo garantizando d'Asfeld las vidas de todos; mas el gobernador Purroy y los más decididos partidarios del Archiduque creyeron prudente retirarse al castillo. Este no podía ser batido con eficacia mas que desde la montaña del Calvario, que quiso sorprender á altas horas de la noche un regimiento de granaderos mandado por don Antonio Martorell; mas bien fortificada dicha altura, perecieron casi todos los que lo componían, recibiendo su jefe varias heridas, y el puesto no

(1) La misma que hoy día se venera en la iglesia de Santa María.

pudo ser tomado hasta que, establecida contra él una batería, lo abandonaron sus defensores. Entonces se subió artillería á dicha eminencia, enfilando los cañones á la puerta principal del castillo, haciéndose ya imposible que los sitiados pudiesen entrar ni salir, y después de algunos días, escaseando los comestibles, capitularon el 6 de junio con d'Asfeld, saliendo la guarnición del fuerte con todos los honores militares, para ser escoltada hasta Cataluña.

Mas no bastaba la sangre tan abundantemente derramada en la lucha del 24 de mayo para aplacar al irritado monarca, quien con fecha 12 de junio expidió el decreto, dicese que á propuesta d'Asfeld, condenando á la infortunada Játiva á ser destruida. Intercedieron por ella la nobleza, el clero, el mismo duque de Orleans, las personas más afectas al rey; mas nada pudo hacer volver de su acuerdo á Felipe V, implacable y cruel, y desalojada que fué la ciudad, principió el incendio el 19, prendiéndola fuego los soldados por muchas partes á un tiempo. Algunos días después no quedaba de ella sino un montón de escombros: más de dos mil casas, sus torres y murallas, los palacios, iglesias y otros edificios públicos, habían sido reducidos á cenizas (1).

1837. Batalla de Gra (GUERRA CIVIL).—Desde que D. Carlos pasó el Cinca con ánimo de penetrar en Cataluña, el barón de Meer, capitán general del Principado, siguióle por el flanco derecho, y cruzando el Segre por Balaguer, llegó el 11 de junio á Agramunt, desde donde se puso en marcha al amanecer del 12 en dirección de Guisona, y á las dos horas descubrió ya al enemigo formado en orden de batalla. Apoyaba éste su derecha casi á la altura del citado pueblo, y su izquierda en Gra, al propio tiempo que algunas fuerzas ocupaban los pueblos de San Martín y Morana, presentando en línea 14.000 infantes y 800 caballos. Los liberales, que reunían 10.000 infantes y 1.500 caballos, se establecieron en posición frente á las de sus contrarios, ocupando tres empinados cerros unidos en anfiteatro hacia su parte superior, y á las nueve de la mañana hizo el Barón romper el fuego contra el centro carlista, sin empeñar formal combate, disputándose las guerrillas la posesión de un arroyo que dividía los dos campos. Conviniendo al enemigo atraer á los liberales á la llanura, la división de Navarra maniobró por orden de González Moreno para conseguir dicho objeto, apoyada por la de Castilla y secundada por los batallones catalanes que, mandados por el Ros de Eroles, se habían uni-

(1) Fué reedificada más adelante con el nombre de San Felipe de Játiva.

do á la expedición al pasar el Cinca; pero el Barón no cayó en el lazo, y continuó en su calculada inacción. Impaciente entonces el enemigo, atacó con vigor á los *Cazadores de Oporto*, que socorridos oportunamente, cuando estaban ya muy quebrantados, por el coronel D. Juan Zavala con sus lanceros de la *Guardia*, cargaron á su vez á los carlistas, haciéndose general el combate, pues intervino en la lucha la división castellana, y á su cabeza su valiente general D. Pablo Sanz; mas la infantería liberal supo resistir sin perder terreno los reiterados ataques del enemigo. Estenuados de fatiga los batallones de D. Carlos, que sufrieron muchas bajas, habiendo quedado en cuadro el batallón de argelinos, aprovechó el Barón aquel momento para lanzar los caballos de D. Diego de León y D. Juan Zavala contra la línea carlista, y los pueblos de Morana y San Martín pudieron ser ocupados á las dos de la tarde por los brigadieres Van-Halen y Carbó. Ventajosamente situadas ya las tropas liberales, pensó el barón de Meer en dar el ataque decisivo, para lo cual dispuso que el general D. José Buerens, con un batallón del segundo regimiento de la *Guardia* y el regimiento de húsares de la *Princesa*, bajase desde la Morana á la llanura de Guisona para envolver en el momento oportuno la derecha carlista, y que la brigada Clemente se situase frente á San Martín para caer sobre el centro enemigo, debiendo la división Solano (D. Ramón), que ocupaba la derecha, atacar el pueblo de Gra. Era ya á la caída de la tarde cuando las columnas de ataque se pusieron en movimiento hacia las posiciones contrarias, siendo el centro el primeramente atacado. Los enemigos, sólidamente establecidos, opusieron una resistencia obstinada, sufriendo pérdidas numerosas el batallón extranjero de *Cazadores de Oporto*, que rechazado y disperso, sus dignos oficiales, sin cejar un solo paso, clavaron los sables en tierra á la vista de todo el ejército, gritando que *iban á morir allí por Isabel II y por España*, con lo cual los soldados volvieron á sus puestos y avanzaron de nuevo, muriendo gloriosamente su coronel el veterano brigadier **D. Daniel Doddgins** (1); pero rechazadas otra vez las tropas liberales, tuvieron que ser reforzadas por la brigada que mandaba el coronel D. Cayetano Urbina, pudiendo entonces las brillantes cargas de los lanceros y cazadores de la *Guardia Real* refrenar un tanto la audacia de los batallones navarros, no sin que fuese herido de muerte el brigadier **D. José Clemente** (2), siendo preciso

(1) En su larga carrera militar había asistido á numerosos hechos de armas y recibido gloriosas heridas en las batallas de las Pirámides y de Waterloo.

(2) Lo fué también gravemente el bravo capitán de caballería del *Infante*, D. Luis de Castejón, que dió pruebas de admirable serenidad en medio de un batallón navarro.

que el barón de Meer en persona cargase á la cabeza de un batallón de *Africa* y caballería de *Castilla* para que el enemigo se viese obligado á ceder el campo. Contribuyeron también en gran parte á dicho resultado los sucesos desarrollados en la derecha carlista, que atacada por tres compañías de la *Guardia* á las órdenes de su comandante D. Leonardo Arias, y la compañía de tiradores de húsares de la *Princesa* al mando de su joven capitán D. José Gutiérrez de la Concha, fluctuó un momento en sus posiciones; mas revolviéndose luego con furor, habría arrollado indudablemente á sus valientes adversarios, á no haber conjurado el peligro el bizarro brigadier León, cargando impetuosa y gallardamente á la cabeza de los demás escuadrones, arrollando al batallón que hasta entonces había tenido á raya á los nuestros, y en pos de él á los restantes cuerpos de la división castellana, que tanto había padecido al comenzar el combate, y toda el ala derecha enemiga. Señalado de este modo el principio de la victoria, se completó por la izquierda carlista atacando las tropas de don Ramón Solano el pueblo de Gra, por el frente el coronel de Estado Mayor D. Manuel de Mazarredo, con fuerzas de *Albuera* y del *Provincial de Avila*, y por la derecha el coronel D. Juan de la Pezuela, con la segunda brigada de la división. Las huestes de D. Carlos no pudieron resistir ataque tan bien concertado, y abandonaron el pueblo, cuyas calles dejaron cubiertas de cadáveres, refugiándose en las cercas y vallados que había más atrás, de donde fueron desalojadas por las guerrillas de *Avila*, *Albuera* y *Príncipe*, huyendo, como el resto del ejército carlista, en la mayor dispersión.

Las bajas de las tropas liberales pasaron de 700, habiendo experimentado el enemigo la pérdida de 700 muertos y heridos y 800 prisioneros; no fué mayor el número de éstos, como debía de haber sido, porque el barón de Meer, temiendo una reacción de las tropas derrotadas á favor de la oscuridad de la noche y de las dificultades del terreno, plantado de viñas, prohibió á la caballería la persecución, mandando tocar retirada por dos veces; y viendo que no era obedecido, envió un ayudante con orden expresa de que se detuviera León (1) en el sitio que la recibiera, y lo mismo sucedió á Zavala (2). De todos modos, el Barón no supo ó no

(1) A consecuencia de este incidente, sostuvo León una reyerta acolorada con Meer, y es fama que hasta llegó á desafiarle; siendo cierto de todo punto que desde entonces se separó León de las órdenes de Meer, retirándose á Barcelona con el propósito de no volver á servir bajo sus órdenes.

(2) Lamentando Zavala aquel proceder, envió escondidamente unos cuantos caballos, al mando del teniente de lanceros de la *Guardia*, J. Sebastián Vasallo, por entre unas lomas, para que cogiese al menos algunos prisioneros, como lo hizo, ca-

quiso sacar el partido que debía de tan gloriosa jornada, pues se encaminó lentamente á Tárrega y Cervera, y luego á Martorell, dejando á los carlistas en libertad de dirigirse donde mejor les conviniese, como lo hicieron tranquilamente á Biosca, Castellfollit y Solsona, en cuya ciudad entró D. Carlos el 15 bajo palio, con gran ostentación y pompa. Lo cierto es que los carlistas atribuyeron públicamente su salvación al barón de Meer.

Distinguióse peleando en el centro, en primera línea, el regimiento de *Zamora*, que fué uno de los cuerpos que más bajas tuvo. En el bando opuesto debieron gran parte de las tropas vencidas en la derecha el no caer prisioneras, á la serenidad del general Sanz y á la previsión del brigadier Arroyo y general Sopelana, que acudieron, respectivamente, con dos escuadrones y un batallón de Alava. El infante D. Sebastián hizo también esfuerzos heroicos, y hasta llegó á contener el ímpetu de los vencedores, poniéndose á la cabeza de dos batallones que habían quedado en reserva, y animándolos con la palabra y el ejemplo, mantuvo el orden en ellos, retirándose lentamente.

1873. **Acción de Oristá** (GUERRA CARLISTA).—Habiendo salido el 11 de junio de Manresa el coronel D. Juan Alvarez con su columna, compuesta del regimiento de *Saboya*, cuyo cuerpo mandaba, la compañía de ingenieros del capitán D. Pedro Lorente, otra de voluntarios de Tarrasa, algunos caballos de *Tetuan* y dos piezas de montaña, supo al día siguiente en Oristá, donde había pernoctado, que el grueso de la facción, con D. Alfonso, D.^a Blanca y los cabecillas Miret, Camps, Muxí y otros, fuerte de 1.500 infantes y unos 100 caballos, se encontraba en aquellas inmediaciones. Efectivamente, los carlistas esperaban en la torre de Oristá á la pequeña columna del general Martínez Campos, y al presentarse inesperadamente la columna Alvarez, que había ido á situarse en San Feliu Saserra, tomaron la dirección de Prats de Llusanés. Aquella se componía de poco más de 700 hombres; pero, no obstante, se empeñaron los soldados en atacar al enemigo, que, advirtiendo el movimiento, tomó posiciones en las alturas próximas, apoyando su izquierda en el pueblo de Oristá. El coronel Alvarez desplegó sus fuerzas cediendo á las exigencias de su gente, que atacó á la desbandada, sin orden ni plan alguno, por lo cual costó poco trabajo á los carlistas hacer huir vergonzosamente á las indisciplinadas tropas que componían el centro y la derecha, cuyos soldados

yendo en su poder unos 300. Y al recibir nueva orden, amostazado Zavala, mandó echar pie á tierra, volviendo con los caballos del diestro.

tiraban los fusiles en su precipitada fuga, dejando abandonada la artillería, á pesar de las excitaciones y apóstrofes que les dirigía el valiente capitán de *Saboya* **D. Matías Serrano**, quien murió gloriosamente allí víctima de su pundonor, como también un heroico artillero que sucumbió acribillado de heridas abrazado á una pieza, no queriendo abandonarla á los jinetes enemigos. Se distinguieron del mismo modo por su sereno valor, á pesar del desorden general, algunas tropas que componían el ala izquierda, bajo las órdenes del teniente coronel del primer batallón don José Almozara, con los voluntarios de Tarrasa y la compañía de ingenieros, que no perdió un solo instante la formación y cuya honrosa resistencia (1) dió tiempo á que llegase, procedente de Moyá, la columna del general Martínez Campos (2). Este apresuró la marcha al oír el fuego, y con su auxilio, cargando inmediatamente al enemigo, se rehicieron algún tanto las tropas derrotadas y se restableció el combate, batiéndose los carlistas en retirada hasta más allá de Prats de Llusanés, donde cesó la persecución. El jefe de la columna fué destituido en el acto, como también el comandante del segundo batallón D. Jaime Vizconti, que fué sometido á un consejo de guerra. Se portaron con bizarría el teniente coronel Hellín con su batallón de *Cuba*, y las demás fuerzas de la columna de Martínez Campos, el teniente de Estado Mayor Muratori y el ayudante de campo D. Narciso Fuentes, citándose también en el parte oficial de aquél los sargentos Pedro Peñalva y José Santiago, el cabo Daniel Sánchez y los soldados Antonio Labrador y Eleuterio Lafuente.

Por el mérito que contrajo en esta acción el expresado general, fué premiado, previo juicio contradictorio, con la cruz de San Fernando de tercera clase.

Día 13.

1589. **Defensa de Lisboa** (GUERRA CON INGLATERRA).—Malograda su empresa contra la Coruña (V. 14 MAYO), continuó la armada inglesa la navegación dirigiéndose á las costas de Portugal, y el 26 de mayo llegó á Peniche, á 15 leguas de Lisboa, desembarcando en dicho día y en los siguientes hasta 12.000 hombres, que mandados por Norris tomaron sin pérdida de tiempo el camino de la capital por Torres Vedras y San Sebastián, mientras Drake se dirigía con la armada á Cascaes, donde arribó el día 30. Don Pedro Enriquez de Acebedo, conde de Fuentes y general

(1) Tuvo siete bajas en un efectivo de 35 con que entró en fuego.

(2) Se componía del batallón cazadores de *Cuba* y 40 hombres de *Extremadura*, en total unos 500 soldados, y además 20 caballos y una pieza de montaña.

de la gente de guerra del reino de Portugal, al tener noticia del desembarco, reunió todas las fuerzas disponibles, que no eran más que unos 2.000 españoles y 4.000 portugueses, y avanzó hasta Nuestra Señora de la Luz; pero considerando más prudente esperar al enemigo en Lisboa, donde tenía bastantes partidarios el pretendiente D. Antonio, que venía con aquél, regresó á la capital y mandó quemar 22.000 fanegas de trigo y 15.000 quintales de bizcocho que había en los almacenes de los arrabales, para que no cayesen en poder de los ingleses, muy necesitados de subsistencias. El 5 de junio dieron los enemigos el primer ataque por tierra, situándose en el Burgo de la ciudad; pero experimentaron bastantes pérdidas, sin que Drake se atreviese á forzar con sus numerosos barcos la entrada del Tajo, que guardaba D. Alonso de Bazán con sólo 18 galeras; y habiendo sido rechazados en un segundo ataque, perdida también la esperanza de que se verificase un movimiento popular en favor de D. Antonio, como les había prometido éste, se retiraron de los arrabales de Lisboa, embarcándose en Cascaes el 13 de junio, y desistiendo de toda nueva agresión en las costas de la Península, hicieron rumbo á Inglaterra (1).

1657. **Toma de Mourao** (GUERRA DE PORTUGAL).—Después de la conquista de Olivenza, embistió el duque de San Germán el castillo de Mourao, que, bien guarnecido, defendía Juan Ferreira d'Acuña, gobernador experto y valeroso. El conde de San Lorenzo intentó socorrer la plaza; pero la caballería española le impidió el paso del Guadiana, y obligado á dar un largo rodeo para conseguir su objeto, rindió Acuña la fortaleza al segundo asalto, capitulando bajo condiciones honrosas.

1658. **Sitio de Badajoz** (GUERRA DE PORTUGAL).—Recuperada Mourao al poco tiempo por 10.000 portugueses, animóse Vasconcellos á poner sitio á Badajoz, ante cuya plaza se presentó el 13 de junio con un ejército de 16.000 infantes y 4.000 caballos y un tren de artillería gruesa compuesto de 20 cañones y dos morteros, empeñándose el mismo día un combate entre la caballería de ambas naciones. La guarnición se compo-

(1) Perdieron los ingleses en su desgraciada expedición la mitad de su gente, unos 6.000 hombres, 4.000 frente á la Coruña y en Lisboa, muertos y heridos en los combates, y otros 2.000 de hambre y enfermedades, y además 9 navíos: dos en la Coruña, cuatro que cañoneó y echó á pique en la costa el adelantado de Castilla don Martín de Padilla, y tres más que incendió D. Alonso de Bazán en la persecución de la retaguardia de la escuadra.

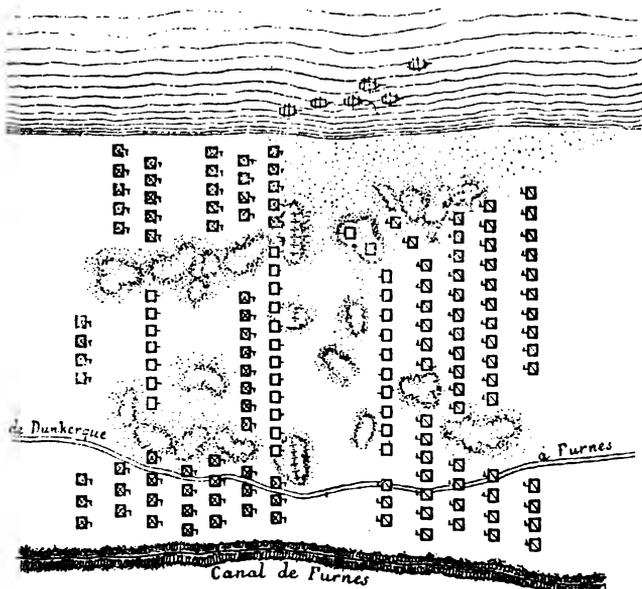
nia de 4.000 infantes y 1.000 caballos, bajo las órdenes del gobernador D. Diego Paniagua y Zúñiga, marqués de Lanzarote; pero se encontraban también en la plaza el duque de San Germán, gobernador de Extremadura, D. Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, que mandaba la caballería, D. Gaspar de la Cueva, duque de Albuquerque, jefe de la artillería, y D. Diego Caballero de Illescas, maestre de campo general. El ataque empezó por el fuerte de San Cristóbal, dando á los pocos días, el 22 de junio, un asalto, que fué rechazado con mucho brío por el marqués de Lanzarote, muriendo gloriosamente en él su hermano **D. Pedro Paniagua y Zúñiga**, maestre de campo del tercio de la Armada (hoy regimiento de *Sevilla*), y Vasconcellos varió entonces de plan, pasando el Guadiana para atacar la plaza por la parte de Castilla. Colocó al efecto una batería en el cerro del Viento contra el fuerte de San Miguel, que aun cuando hizo una vigorosa resistencia, ocasionando grandes pérdidas á los sitiadores, tuvo que capitular el 24 de septiembre. Con esto pudo ya el enemigo acercarse más y batir el recinto principal, levantando una segunda línea de circunvalación, cuyos trabajos trataron de retrasar los defensores todo lo posible haciendo continuas salidas, en las que se peleaba por una y otra parte con mucho valor, derramando sangre en abundancia amigos y enemigos. Estos sufrieron grande estrago en dos asaltos, sin resultado, y como las enfermedades empezaron á causar muchas víctimas entre los sitiadores, cundió el disgusto entre los soldados y la discordia entre los jefes, muchos de los cuales murmuraban de la obstinación de Vasconcellos en querer tomar á Badajoz, á cuya plaza se iba aproximando con notable calma D. Luis de Haro con 8.000 infantes y 1.000 jinetes, tropas formadas en su mayor parte con gente allegadiza. Vasconcellos cedió al fin á la fuerza de las razones que le exponían sus colegas, particularmente el jefe de la artillería Jacobo de Magallanes, y levantando el cerco, repasó el Guadiana el 13 de octubre, dirigiéndose á Elvas, donde recibió la orden de resignar el mando y presentarse en Lisboa, siendo preso y sumariado por haberse retirado de Badajoz sin orden superior. Perecieron frente á los muros de Badajoz más de 6.000 portugueses, ya en los combates ó víctimas de las enfermedades y trabajos del sitio.

Don Luis de Haro, al tener noticia de la retirada del enemigo, apretó la marcha y entró *triumfante* en Badajoz, atribuyendo aquel suceso al temor que inspiró en los portugueses su aproximación.

Día 14.

1658. **Batalla de las Dunas** (GUERRA CON FRANCIA).—El vizconde de

Turena consiguió por medio de hábiles maniobras presentarse con el ejército anglo-francés frente á Dunkerque, cuyo sitio emprendió, interesando su conquista á Cromwel, aliado con Francia, á pesar de estar enclavada dicha plaza entre las de Bergues, Furnes, Gravelines y Niewport, que poseían también los españoles. Sorprendidos éstos, concentraron en Niewport su ejército, cuyo mando tenía como generalísimo D. Juan de Austria, militando en sus filas el duque de York, hijo del desventurado



Junio 14.—Batalla de las Dunas.

Carlos I, con los ingleses que le eran adictos, el príncipe de Condé, el mariscal de Hocquincourt (1) y buen número de franceses disidentes de los que seguían el partido de Condé, y avanzaron por Furnes con ánimo de socorrer á Dunkerque, dejando tras sí la artillería con los carros de municiones y la impedimenta, deseoso el de Austria de llegar cuanto antes á la vista de la plaza y sostener el buen espíritu de los sitiados, y el 13 acampó nuestro ejército á tres cuartos de legua de las líneas de los sitiadores, extendiéndose por aquellas mismas dunas de Dunkerque que tan

(1) Habiéndose adelantado dicho jefe el día 12 á reconocer las líneas enemigas, recibió un balazo y murió á las pocas horas.

fatales habían sido á los españoles en 1600, en tiempo del archiduque Alberto (V. 2 JULIO).

A la aproximación de las tropas de socorro formó el ejército enemigo mandado por Turena, y fuerte de 15.000 hombres (6.000 ingleses), de ellos 6.000 á caballo, en dos líneas, la infantería en el centro y la caballería en las alas y también detrás de las dos líneas de infantería, como en reserva. Mandaba la derecha, que se apoyaba en el canal de Furnes, el marqués de Crequi; su izquierda, constituida por el cuerpo de Castelnau y los ingleses, y regida por Lockhart, se apoyaba en el mar; gobernaban el centro los marqueses de Gadagne y de Bellefond.

Los españoles, en número de 6.000 infantes y 8.000 caballos, desplegaron paralelamente al enemigo; la infantería, compuesta de doce batallones ó tercios (1) en una sola línea; la caballería española detrás del ala derecha de la infantería por no poder desplegar en la playa que se extendía entre las dunas y el mar, á causa de impedirlo el fuego de la escuadra inglesa, muy inmediata á la costa, y la caballería francesa en el ala izquierda, que mandaba el príncipe de Conde, reservándose D. Juan de Austria en persona el mando de la derecha. El ejército español distaba del francés un cuarto de legua, y el frente de batalla abrazaba una extensión de una legua próximamente.

Para atacar al enemigo, esperaban los españoles (2) la llegada de su artillería, retrasada por estar los caminos intransitables; mas habiéndolo sabido Turena, decidió anticiparse á su adversario aprovechando dicha circunstancia, y en la mañana del 14 fué avanzando lentamente de duna en duna, protegiendo el movimiento con el fuego de sus cañones y el de las naves inglesas. A las ocho vinieron á las manos ambos ejércitos, embistiendo los ingleses de la primera línea la duna avanzada que en la derecha ocupaban dos tercios de españoles, los cuales no pudieron impedir se hiciese el enemigo dueño de ella á la tercera acometida, si bien después de grandes esfuerzos y de causarle bastantes pérdidas. Al mismo tiempo avanzaba Castelnau á lo largo de la playa, aprovechando la baja

(1) Había, por orden de derecha á izquierda, 3 españoles, uno de ellos el de Galicia, mandado por su maestre de campo D. Diego de Govi, 3 ingleses, 2 valones, 2 irlandeses y 2 franceses.

(2) Tan confiados estaban en la victoria, que al manifestar el duque de York sus temores de que fuesen atacados á la madrugada siguiente, replicaron Caracena y Gamarra: *Esto es lo que deseamos*. Antes de la batalla, viendo Condé la ceguedad y presunción de los nuestros, dijo al duque de Gloucester: *¿Habéis presenciado alguna batalla?* Y habiéndole contestado negativamente, repuso: *Dentro de media hora veréis cómo se pierde una.*

marea, para caer sobre el flanco derecho de los españoles, que, descompuestos ya por el ataque anterior y no pudiendo desplegar su caballería, mal situada desde el principio por las dificultades del terreno, fueron arrollados y batidos fácilmente, á pesar de la desesperada resistencia que opuso el duque de York á los ingleses del bando opuesto. Entretanto Condé cargó con decisión al enemigo y consiguió alguna ventaja, llegando á tener la esperanza de romper por completo el ala derecha de los franceses que mandaba Crequi; mas como nuestra ala derecha se hallaba ya derrotada y en desorden, acudió Bussy al frente de los caballos de la reserva y otras tropas que envió Turenna, con lo cual pudo al fin Condé ser rechazado varias veces, perdiendo el caballo y salvándose milagrosamente, lo mismo que el marqués de Caracena, á quien salvó la vida el alférez de *Jahn* D. Juan Alvarez, derribando de una cuchillada á un oficial francés que le iba á disparar una pistola á boca de jarro. La derrota era ya general, y el ejército español huyó hacia Furnes vivamente perseguido y acosado de cerca por la caballería enemiga, habiendo dejado en el campo 1.000 muertos y heridos, y 4.000 prisioneros en poder del vencedor, que tuvo 800 bajas. Dunkerque se rindió nueve días después.

1795. **Batalla de Pontós** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la pérdida de Rosas, permanecieron los dos ejércitos, francés y español, bastante tiempo en sus posiciones respectivas: los españoles reorganizándose y fortificando su línea; los franceses, por no atreverse á avanzar, temerosos de un descalabro que podían ocasionarles la multitud de migueletes que les acosaba constantemente, haciendo su retirada muy laboriosa y difícil en caso de un revés. El enemigo se limitó á hacer algunos reconocimientos ofensivos sobre nuestras posiciones, con fuerzas numerosas, el 1.º de marzo sobre el centro é izquierda y el 6 de abril sobre el centro solamente, siendo en ambos rechazado por los generales O'Farril y Vives; y comprendiendo el general en jefe francés Scherer que nuestra línea era impenetrable, evolucionó para atraer á nuestro ejército á las posiciones de Pontós y Armadas, en la orilla izquierda del Fluviá, frente á Báscara, ocultándose fuerzas numerosas en los bosques inmediatos, mientras que otras divisiones se desplegaban sobre nuestras alas izquierda y derecha, que mandaban respectivamente D. Juan Miguel de Vives y D. José Iturrigaray.

Preparado convenientemente el enemigo, dispuso el 14 de junio un ataque general con los 25.000 hombres de que disponía. Mas las acertadas disposiciones del general en jefe D. José Urrutia, secundado eficazmente y con gran inteligencia por los demás generales, hicieron que las

dos alas francesas se vieran seriamente comprometidas, sin poder avanzar un paso ni realizar el plan de Scherer, quien tuvo que reforzarlas con algunos cuerpos del centro. Urrutia, que observaba atentamente desde Orriols los movimientos del enemigo, en cuanto vió que éste debilitaba aquella parte de su línea, ordenó un vigoroso ataque al centro, y lanzando su vanguardia al otro lado del río por el puente de Bácsara, mandó que D. Ildefonso Arias de Saavedra atacase de frente á Pontós y el marqués de la Romana por el flanco, mientras el general D. Gregorio de la Cuesta, con otra división, se interponía entre Pontós y Armadas. La operación se llevó á cabo con gran acierto, distinguiéndose en la derecha los voluntarios de la *Corona* (hoy regimiento de *San Marcial*), un tercio de migueletes catalanes y los regimientos de caballería del *Rey* y *Santiago* (1), y las fuertes posiciones enemigas fueron conquistadas por los soldados españoles, que se portaron como en los días más gloriosos de nuestra historia militar, rechazando después los reiterados ataques de los franceses, que querían recuperar dichas alturas. Roto el centro, viéronse precisadas las dos alas á seguir el movimiento retrógado de aquél para no ser cortadas, y puesto en retirada todo el ejército contrario, fué perseguido hasta su campo de Figueras. Después de la victoria se recogían las tropas españolas de nuevo á Bácsara al declinar el día, cuando el intrépido Augereau cayó con gran furor sobre Pontós y Armadas, queriendo volver por el honor de las armas francesas; pero otra vez fueron los enemigos rechazados, y perseguidos de nuevo por Cuesta y por D. Francisco Taranco, hasta que las sombras de la noche pusieron necesariamente término á la persecución.

Esta importante victoria, conseguida con sólo la pérdida de 800 hombres, habiendo tenido 3.000 los franceses levantó mucho la moral y el espíritu de nuestro ejército y permitió recobrar la ofensiva en cuanto los refuerzos de tropa y somatenes elevaron su efectivo á 35.000 hombres.

1808. **Segunda acción del Bruch** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).— Mal parada la autoridad de los franceses con la derrota sufrida por Schwartz al pie del santuario de la Virgen catalana, llamó Duhesme á Chabran, que con su división se encontraba ya en Tarragona, camino de Valencia, y el 9 de junio emprendió el regreso hacia la capital del Prin-

(1) Sostuvo este regimiento varios choques con la caballería enemiga en los llanos de Bácsara, y sufrió largo rato el vivo fuego de una batería para sostener la retirada de los voluntarios de la *Corona*, perdiendo al capitán **D. Francisco Falcón** y al segundo teniente **D. Pedro Rodríguez**, muertos gloriosamente.

cipado. Insurreccionado el Panadés con la noticia de la victoria del Bruch, opusieron los somatenes empeñada resistencia en el Vendrell y Arbós, auxiliados por 300 soldados del regimiento suizo de Wimpffen, de guarnición en Tarragona (1); mas ahuyentados que fueron, sirvió de pretexto dicha resistencia á los franceses para entregarse á toda clase de excesos en aquella comarca, y los imperiales pudieron seguir su vandálica marcha hasta Vallirana, donde les esperaban otras fuerzas que en su auxilio habían salido de Barcelona, reuniéndose el 12 en San Feliu de Llobregat con las tropas de Schwartz.

Sin pérdida de tiempo dispuso Duhesme saliesen al día siguiente ambas divisiones para Manresa, con objeto de castigar al paisanaje y ver de dominar el levantamiento en su misma cuna, de donde se había propagado cual chispa eléctrica hasta los últimos confines de Cataluña, resonando en todas partes con el toque de somatén el grito de *¡guerra á Napoleón!*; así es que al tomar de nuevo el camino de Martorell los 7.000 franceses que iban ahora bajo las órdenes de Chabran, corrieron otra vez al Bruch con indescriptible entusiasmo miles de montañeses de los contornos, como también soldados escapados de Barcelona y cuatro compañías de voluntarios que envió la Junta de Lérida (2), formadas con paisanos y soldados del regimiento de *Extremadura* y guardias valonas, al mando del capitán D. Juan Baget, preparándose todos á hacer frente al enemigo. Este pernoctó el 13 en las inmediaciones de Martorell y avanzó el 14 rápidamente á Esparraguera, cuya villa encontró desierta, llegando á la una de la tarde frente á las alturas del Bruch. Apercibidos ahora los franceses, despliegan numerosas guerrillas por el frente y por ambos flancos, las que van empujando á los tiradores catalanes, avanzando el grueso en su apoyo; mas de pronto una descarga general á metralla hecha por las cinco piezas de artillería, una de ellas cogida al enemigo en la retirada anterior, que Baget, *general en jefe* de aquel extraño ejército, había colocado convenientemente ocultas tras espesa enramada, hace morder el polvo á buen número de franceses, replegándose los demás para resguardarse algún tanto de tan mortífero fuego. Forma entonces Chabran una columna de ataque, y se dirige con ella rectamente al punto donde parece hallarse el núcleo de la resistencia de los españoles, los cuales aguardan firmes la embestida, multiplicando sus disparos tras de los árboles y peñas que les cubren, y ante aquella decidida actitud, habiendo experimentado ya mu-

(1) Dicho regimiento excusó incorporarse á la división Chabran y permaneció fiel á España, prestando muy buenos servicios á la causa de la independencia.

(2) Dicha Junta se creó con el carácter de general para organizar debidamente la resistencia en todo el Principado.

chas bajas en sus reiteradas tentativas, no creyó prudente el general francés persistir en el ataque para forzar el paso á Manresa y retrocedió con orden por el mismo camino, acosado largo trecho por los nuestros, hasta meterse en Barcelona en la noche del 15. Sus pérdidas se elevaron á unos 500 hombres entre muertos y heridos.

Rendición de una escuadra francesa (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Muerto alevosamente el desgraciado general Solano, gobernador de Cádiz, por infundadas y calumniosas sospechas de traidor, en la conmoción popular que estalló en dicha ciudad al recibirse la noticia del alzamiento de Sevilla, le sustituyó en el mando el general de artillería D. Tomás de Morla, quien trató de conseguir por tratos y gestiones amistosas la entrega de la escuadra francesa surta en la bahía, cuya bandera, tenida ya por enemiga, deseaba el pueblo ver arriada. Componían dicha escuadra, restos de la destruida en Trafalgar, los navíos *Héroo*, *Neptuno*, *Vencedor*, *Plutón* y *Algeciras* y la fragata *Cornelia*, y estaba mandada por el vicealmirante Rosilly, habiéndose refugiado en Cádiz después de dicha derrota, donde permanecía desde entonces bloqueada por la escuadra inglesa. El 30 de mayo se hizo á Rosilly la primera intimación, y temiendo aquél se rompiesen las hostilidades, se metió con sus buques en el canal de la Carraca á cubierto del fuego de los castillos. Prolongáronse las pláticas hasta el 9 de junio, día en que, habiendo ido en aumento la efervescencia popular, se rompió el fuego por una batería construída en el caño del Trocadero con la artillería de Fort-Luis, como también las que se habían levantado en el arsenal de la Carraca y punta de la Cantera, sostenido de igual modo por las fuerzas sutiles del arsenal y las del apostadero, que fueron á fondear frente á Fort-Luis. Contestaron los franceses á la agresión, consiguiendo desmontar la batería de morteros de la Cantera, que era la que más les ofendía, echar á pique una cañonera y un místico, é inutilizar algunos otros barcos, si bien con escasa pérdida de una y otra parte. El fuego continuó el día 10, en que á las tres de la tarde izó el almirante Rosilly bandera española en el trinquete del navío *Héroo*, que montaba, afirmando la de parlamento el navío *Príncipe*, á cuyo bordo estaba D. Juan Ruiz de Apodaca, comandante de la escuadra española. Abriéronse nuevas conferencias, y siendo inadmisibles las proposiciones del almirante francés, pues Morla no admitía más que la pura y simple entrega, á las siete de la mañana del 14 arboló el navío español *Príncipe* bandera de fuego, á cuya vista, convencido Rosilly de que no podría resistir mucho tiempo ante los medios acumulados por los españoles para abrumarle con sus fuegos, se rindió á discreción.

En el Museo Naval se conserva (núm. 654) la bandera insignia que arbolaba el vicealmirante Rosilly en el navío *Héroo*.

1848. **Episodio del sitio de Melilla.**—En una salida que llevó á cabo la guarnición, distinguióse un escuadrón de *Numancia* que cargó á los moros, causándoles muchas pérdidas. El sargento de dicho cuerpo **Ignacio Fernández**, habiendo perdido el caballo en la refriega, después de quitar la vida á cuatro enemigos, no pudo retirarse á tiempo, y metiéndose sable en mano entre las filas de los infieles, murió gloriosamente.

Día 15.

1010. **Batalla de Acbatalbacar** (EXPEDICIÓN Á CÓRDOBA).—En las disensiones que estallaron entre los árabes á la muerte de Almanzor, tomaron parte los castellanos auxiliando á Soleiman-ben-Alhakem, quien consiguió batir en Gebal-Quintos (V. 7 NOVIEMBRE) al usurpador Mohammed. Entonces éste pidió á su vez ayuda á los condes de Afranc (1), Ramón Borrell, de Barcelona, y Armengol, de Urgel, para reconquistar el trono, y en su consecuencia, una hueste catalana, compuesta de 9.000 hombres, entre los que figuraban, además de dichos caudillos, los obispos de Barcelona, de Vich, de Urgel y de Gerona, y los caballeros más ilustres, tomó el camino de Córdoba y se unió á los 30.000 musulmanes de Mohammed, ondeando por vez primera el estandarte de las barras junto á las márgenes del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales se encontraron frente á frente el 15 de junio en los campos de Acbatalbacar (cerro de los Bueyes), embistiendo con gran impetuosidad los bereberes de Soleiman á sus contrarios, no bien ordenados todavía, y les causaron miles de bajas, por lo cual empezó á inclinarse desde luego la victoria á favor de aquél; mas acertando á llegar en aquel momento los catalanes, algo retrasados en su marcha, cargaron al enemigo con tal denuedo, que le arrebataron el triunfo, haciéndole huir en el mayor desorden, y tan desalentado, que Soleiman no se atrevió tan siquiera á pasar por Córdoba, donde entró Mohammed el 21 de junio con sus aliados. La historia árabe señala el año en que tuvo lugar dicha batalla con el nombre de *el año de los Francos*, como llamaban á los catalanes: tan grande fué el terror que aquel corto número de hombres supo infundir á los musulimes.

Soleiman no tardó en reponerse de la derrota, y marchando hacia Córdoba con nueva y más poderosa hueste, salió Mohammed á su encuentro, viniendo á las manos en la orilla del Guadiaro. Pelearon unos y otros animosamente, permaneciendo largo rato indecisa la batalla. Ramón Borrell animaba á los suyos con gran aliento, presentándose allí donde era mayor el peligro, mientras que Armengol de Urgel recorría las filas de los catalanes, invitándoles á luchar sin descanso por la fe de Cristo,

(1) Así llamaban los moros á la tierra de Cataluña.

trayendo á su memoria los muchos daños causados por los agarenos en su país natal. Mas sus heroicos esfuerzos fueron infructuosos, pues habiendo tenido la desgracia de morir el conde **Armengol de Urgel** (1) en combate personal con Soleiman, que se adelantó retando á los cristianos al ver que flaqueaba el ala derecha de los moros, y muertos también ó mortalmente heridos los tres obispos, **Aecio**, de Barcelona, **Arnulfo**, de Vich, y **Oótn**, de Gerona, cedieron algo los catalanes, y con ellos los soldados de Mohammed, declarándose en derrota.

1094. **Conquista de Valencia** (GUERRAS DEL CID CAMPEADOR).— Habiendo el cadí Ben-Gehaf usurpado el trono de Valencia, movió el Cid Campeador sus armas contra él, aproximándose á la ciudad en 1093; ocupó todas las fortalezas de la comarca, y quemó las mieses y las barcas del Guadalaviar, como también los molinos, casas y pueblos enteros; todo cuanto se encontraba en los alrededores de la ciudad fué reducido á cenizas, decidido á rendirla por el hambre, pues de otro modo era difícil, á causa de estar muy bien fortificada.

El plan dió al fin su resultado, y cuando los valencianos agotaron para su subsistencia las bestias de carga, los animales domésticos y los objetos más inmundos y repulsivos, entraron en tratos con el Cid, prometiendo rendirse si á los quince días no eran socorridos. Para ello despachó Ben-Gehaf cinco mensajeros, autorizados por el caudillo cristiano, para solicitar el auxilio del emir de Zaragoza y de los almoravides, que se encontraban en Murcia; mas no habiéndose presentado el socorro que esperaban los sitiados, tomó el Cid posesión de Valencia á las doce de la mañana del jueves 1.º de junio de 1094.

Satisfecha la ambición del esclarecido héroe castellano con la conquista de Valencia, de la que se consideraba único señor, hizole la codicia llevar á cabo un hecho cruel y repugnante, con el que manchó su gloriosa reputación. Deseando apoderarse de las riquezas de Ben-Gehaf, le puso preso para que confesase dónde las tenía; y como supiese después por la delación de un esclavo que aquél había ocultado gran parte de sus tesoros, dispuso D. Rodrigo fuese el moro enterrado vivo, dejando fuera del hoyo la cabeza y los brazos, hecho lo cual le rodearon de haces de leña, á los que prendieron fuego, pereciendo el desgraciado monarca de tan horrible manera. Todavía quiso el Cid extremar su crueldad haciendo sufrir igual suerte á los demás individuos de la familia de Ben-Gehaf y á

(1) Su cadáver fué sepultado en el monasterio de Ripoll.

todos sus parientes; mas intercedieron por ellos moros y cristianos, y consiguieron salvarles la vida, aunque con trabajo.

1640. **Creación del regimiento lanceros de Borbón, 4.º de Caballería.**—Aunque este cuerpo, organizado con varias compañías sueltas del condado del Rosellón, cuyo nombre tomó, no se erigió en trozo independiente hasta el 2 de mayo de 1659, por la ordenanza de 10 de febrero de 1718, que cambió su nombre por el de *Borbón*, se le asignó la antigüedad de 15 de junio de 1640, en cuya época era su comisario general D. Fernando Chirinos. Después de la batalla de Uclés, en 1809, se refundieron en dicho cuerpo los dragones de *Castilla*, y disuelto en diciembre de 1823, volvió á organizarse en Tafalla por decreto de 1.º de septiembre de 1824 con el nombre de 8.º *Provisional* que perdió en 1826 para tomar de nuevo el de *Borbón*. Este no fué todavía definitivo, pues en 1844 se le dió el de *Alcántara* que conservó hasta 1851, recobrando entonces el que hoy tiene.

1693. **Sitio de Rosas (GUERRA CON FRANCIA).**—Siguiendo la costumbre de los años anteriores, desde el principio de la guerra, penetraron los franceses en el Ampurdán en número de 14.000 infantes y 5.000 caballos, cuyas fuerzas capitaneaba el duque de Noailles, llevando también 20 piezas de batir, 16 de campaña y 4 morteros. Su primera empresa fué el sitio de Rosas, coadyuvando á ella la escuadra francesa, que cerraba las comunicaciones marítimas, impidiendo todo socorro. Era gobernador de la plaza **D. Pedro Rubí**, general *titular* de la artillería, y componían su corta guarnición 1.400 infantes y 200 dragones.

Establecidas las baterías á tiro de pistola de la plaza, abrieron brecha al tercer día, sin que el enemigo se atreviese á dar el asalto, tanto le imponía la bravura de los defensores; pero fueron avanzando lentamente con grandes precauciones hasta conseguir establecerse en el foso, abriendo entretanto una mina. Así se sostuvo todavía la plaza algunos días más, hasta que, mal herido el gobernador por un casco de bomba, de cuyos resultas murió algún tiempo después en Barcelona, D. Gabriel de Quifones, que le sustituyó en el mando, entró en tratos con los franceses, rindiendo el 15 de junio la plaza en condiciones honrosas.

1703. **Creación del regimiento dragones de Santiago, 9.º de Caballería.**—Se creó dicho cuerpo en Galicia por Real orden de esta fecha, cuando la aproximación de la escuadra anglo-holandesa á las costas de dicho reino, siendo su primer coronel el comisario general D. Juan de Tovar y Castilla. En agosto de 1813 se refundió en él el regimiento cazadores de *Jaén*, que se había levantado esta ciudad en 1811. Disuelto en 1823, volvió á organizarse en Don Benito el 1.º de sep-

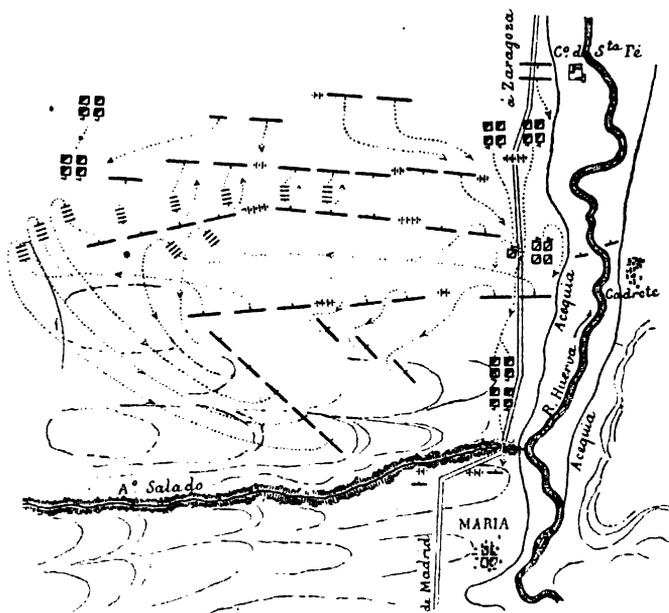
tiembre de 1824 con el nombre de *6.º provisional*, tomando en 1826 la denominación de *Navarra*, y en 1828 la de *España*, hasta que en 1844 recibió el primitivo de *Santiago*.

1809. **Batalla de María** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—No atreviéndose el general Blake á perseguir al enemigo, después de la victoria conseguida en Alcañiz (V. 23 MAYO), con las escasas fuerzas que contaba, se dedicó durante algunos días á ejercitar sus tropas en maniobras militares, y en cuanto recibió refuerzos las organizó en tres divisiones de infantería á las órdenes de los generales D. Pedro Roca, marqués de Lazán y D. Juan Carlos de Areizaga, y una de caballería que mandaba el brigadier D. Juan O'Donojú, poniéndose en movimiento camino de Zaragoza con unos 20.000 infantes, 800 caballos y 25 piezas de artillería. Desde Belchite, adonde llegó el 12, prosiguió su marcha al día siguiente, avanzando con el grueso del ejército por Fuendetodos á Villanueva de la Huerva y Longares, mientras la división Areizaga se dirigía á Botorrita, cuya atrevida marcha dió por resultado el coger al enemigo un convoy de víveres y romper su línea de comunicaciones, obligando á la división Fabre, que estaba en Villa de Muel, á recogerse apresuradamente á Plasencia, sobre el Jalón.

Por su parte, el general Suchet no perdió el tiempo que tardó su adversario en reanudar las operaciones, pues concentró todas las fuerzas de Aragón á su alrededor, reuniendo unos 15 á 16.000 hombres; restableció la disciplina, algo quebrantada por la retirada de Alcañiz; levantó atrincheramientos en Torrero, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, barreó el arrabal y envió á Pamplona la artillería gruesa, los bagajes y la impedimenta toda, como también los enfermos y heridos, para tener expedita la retirada á Tudela, si las circunstancias le obligaban á abandonar á Zaragoza. Preparado de esta manera para hacer frente á su adversario, en cuanto supo la aproximación de los españoles, determinó salir á su encuentro tomando posiciones en la mañana del 15 por bajo el célebre convento de cartujos de Santa Fe. Su línea se extendía en dirección perpendicular al curso del Huerva: á la izquierda, la brigada Habert, con la caballería de Wattier cubriendo la carretera de Zaragoza á Madrid por Daroca; la derecha, que con el centro ocupaba la división Musnier, se apoyaba en lo más alto de una loma que se destaca de la gran meseta de la Muela; los lanceros polacos de Kliski en el extremo derecho de la línea, y algunas fuerzas en reserva. El total de combatientes pasaba de 12.000.

El ejército de Blake avanzó con lentitud suma al amanecer del 15, desde Villa de Muel hasta María, á dos leguas y media de Zaragoza, des-

plegando sus fuerzas (unos 14.000 infantes y poco más de 500 caballos), con la misma calma (1), frente á las de los franceses, en dirección paralela á la que éstos ocupaban: la división Roca en primera línea, con la caballería á la derecha, á la altura del pueblo de Cadrete; y la división Lazán en segunda línea; la artillería (17 piezas) cubriendo los intervalos en las dos líneas; algunas fuerzas de infantería en la orilla derecha del Huerva, y una corta reserva junto á María, cubriendo el puentecillo que existe sobre el arroyo Salado. La división Areizaga (6.000 hombres) no



Junio 15.—Batalla de María.

se movió de Botorrita, una legua distante; indudablemente esperaba Blake conseguir la victoria sin necesidad de utilizar aquellas fuerzas, tan alejadas del campo de batalla.

A las dos de la tarde iniciaron los nuestros la pelea, tratando de en-

(1) Hasta después de mediodía no terminó la formación de la línea de batalla. Los franceses, al ver lo perezosamente que se movían sus contrarios, tomaron el rancho tranquilamente, y aun quitó bridas la caballería. No tenían tampoco prisa en empeñar el combate hasta que se les incorporasen dos regimientos que venían de Tudela.

volver la derecha francesa, que ocupaba la parte más elevada de la posición. Comprendió Suchet al instante el peligro que le amenazaba, y reforzando el ala atacada con parte de su reserva, pudo contener el movimiento de los españoles, que tuvieron que retroceder á su línea para tomar una actitud defensiva, pues el jefe enemigo ordenó inmediatamente el ataque del centro é izquierda, llevado á cabo por el general Musnier con toda su división, intentando cruzar la barrancada que separaba á los dos ejércitos; mas el fuego de nuestra artillería, dirigida por el general D. Martín García Loygorri, contuvo á los asaltantes hasta que se presentó el general Blake con refuerzos de la derecha, y entonces fueron repelidos varias veces los contrarios, á pesar de haber entrado en fuego todas sus reservas, siendo herido el bravo general Harispe, jefe de Estado Mayor, al tratar, como lo consiguió, de restablecer el orden en las filas de los suyos á la cabeza de 100 granaderos. En tal estado el combate, favorable hasta este momento á los españoles, estalló una horrorosa tormenta, que casi obligó á suspender la lucha, pues no se distinguían los adversarios, y al serenar el tiempo había el general francés modificado su plan decidiendo atacar la derecha española con su brillante caballería, superior en número y en calidad á la nuestra, en vista de que no podía romper el centro é izquierda. Cargó por aquel lado el general Habert con un regimiento de línea seguido de los húsares y coraceros de Wattier, que rebasaron pronto á su infantería, y en breves momentos fué nuestra caballería batida y dispersada, quedando prisionero su jefe el brigadier O'Donojú, con lo cual pudieron los jinetes imperiales llegar por la carretera, sin estorbo alguno, hasta el puente y apoderarse de la batería que con algunas fuerzas de infantería constituía la única reserva de los españoles, pues Areizaga seguía inmóvil en Botorrita. Permaneció, no obstante, D. Joaquín Blake, firme en sus posiciones, sosteniendo con brío el ataque general que dieron entonces los franceses, de frente Musnier y oblicuamente Habert, desde la carretera, secundando valerosamente á su caudillo los regimientos de *Saboya, Valencia, América, Granada* y otros cuerpos, agrupados en lo alto de la loma que ocupaba Lazán, hasta que, flaqueando algunos, se descompusieron y dispersaron todos más ó menos cuando empezaba á anochecer, salvándose en su mayor parte por los barrancos y cañadas que les separaban de Botorrita, donde se acogieron, menos la artillería, que cayó casi toda en poder del enemigo, atascada en los barrizales que se formaron con la lluvia, y tomado por los franceses el puente, única parte por donde era franqueable para los carruajes el cauce del arroyo Salado. Las pérdidas de los españoles pasaron de 2.000 entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre éstos, además de O'Donojú, el coronel D. Martín González de Menchaca; las de los franceses, unas 800.

Suchet retiróse por la noche á Zaragoza, que debiendo haber caído aquella misma tarde en poder de Blake, perdió toda esperanza de ser libertada. Blake permaneció todo el día 16 en Botorrita, retirándose hacia Belchite cuando supo se aproximaba el general Laval, que no anduvo muy diligente en perseguir á los nuestros.

1817. **Acción de Peotillos** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).

—El coronel de *Extremadura* D. Benito Armifián perseguía de cerca al célebre caudillo Mina (V. tomo I, pág. 152) con una columna compuesta de 680 infantes y 1.100 caballos, presentándose en la mañana del 15 á la vista de la hacienda de Peotillos, 15 leguas distante de San Luis de Potosí adonde había llegado Mina en la noche del 14. Al cerciorarse éste de la presencia de los realistas, comprendió era imposible pensar en retirarse contando aquéllos con tan numerosa caballería; y no teniendo más remedio que empeñar una acción, se dispuso á hacerlo con el mayor valor, formando en orden de batalla las escasas fuerzas de que disponía. Los combatientes que formaron en línea no pasaban de 172, bajo el mando del coronel Young; el resto, muy pocos más, quedaron custodiando la hacienda, donde estaban los bagajes, á las órdenes del coronel Novoa, gallego, y del mayor Meylefer. Mina arengó á su gente, animándola á pelear antes de que llegase la retaguardia del enemigo, compuesta en su mayor parte de caballería.

Las tropas de Armifián avanzaban en dos columnas, que mandaba el comandante Rafols, compuestas de las compañías de granaderos y cazadores de *Extremadura* y algunas otras fuerzas de infantería mejicana, llevando delante las guerrillas apoyadas por la caballería, que formaba las dos alas. La vanguardia empeñó la acción sin comprometerse mucho, esperando llegase el grueso; mas la caballería del ala derecha cargó con tanto vigor y bizarría, que casi acabó con la de Mina, la que se le opuso por aquel flanco, teniendo, sin embargo, que retirarse por el vivo fuego que recibió de la línea de batalla, no sin dejar 22 muertos en el sitio del combate. Entonces se adelantaron las dos columnas al paso de ataque, cubiertas por la maleza, y al divisarlas Mina trató de replegarse hacia la hacienda para reunir todas sus fuerzas, sufriendo en aquel momento muchas bajas. Acosado por la caballería, tuvo que formar el cuadro; pero dejó que los realistas se acercasen, y después de tres entusiastas *hurras* mandó hacer una descarga á quemarropa, lanzándose luego valerosamente á la bayoneta sobre los enemigos que más cerca estaban. Los caballos de Armifián, sorprendidos ante aquella inesperada reacción, no pudieron resistir y cayeron en desorden sobre la infantería, que se desbandó tam-

bién, siendo tal el terror pánico que se produjo, que los fugitivos se metían ellos mismos por las lanzas de los soldados de un destacamento de caballería mandado por el alférez D. Pedro María Anaya que para contenerlos situó Armifián en una estrechura que formaba el camino. Tuvo Mina una pérdida considerable con relación á su fuerza, pues ascendió á 56 bajas, de ellas 30 muertos (11 oficiales y 19 soldados), siendo uno de éstos el joven navarro D. Lázaro Gofii, cuya pérdida sintió mucho Mina. Las tropas leales tuvieron 9 oficiales y 107 soldados muertos; la mayor parte de los heridos quedaron en poder de Mina, que dispuso se les atendiese con igual interés que á los suyos propios, á pesar de haberse dado á los realistas orden de no dar cuartel. Tal fué la primera victoria obtenida á favor de la independencia de Méjico por el antiguo campeón de la guerra de la independencia española.

Rendición del fuerte de Soto la Marina (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).—Construido dicho fuerte por Mina al desembarcar en Méjico para que le sirviese de base de operaciones, había confiado su defensa al catalán Sardá con 113 hombres de todas nacionalidades. Los realistas, comprendiendo la importancia que tenía para los insurgentes la posesión de dicho punto, no tardaron en caer sobre él, llegando á tiempo de coger un convoy de trigo recogido en las inmediaciones por el capitán italiano Andreas, el único de la escolta que salvó la vida en consideración á haber hecho la guerra en España contra los franceses, siendo indultado á condición de servir en el ejército real.

Presentóse el coronel Arredondo frente á Soto la Marina el 10 de junio de 1817 con 666 infantes, 109 artilleros y 850 caballos, y el 12 estableció una batería en la ribera izquierda del río, contestando á su fuego la artillería de la plaza, á cargo del capitán francés Dagassan. El 13 se pasaron á los sitiadores el oficial de ingenieros La Sala y el capitán Metternich, invitados por Andreas, siendo las noticias suministradas por ellos de gran interés para la acertada dirección de la empresa. Estas desertiones indignaron al mayor Sardá, quien para evitarlas en lo sucesivo, reunió á todos los oficiales, que cruzando sus espadas, juraron solemnemente defenderse hasta el último extremo. Colocada otra batería á corta distancia del muro, impidió en lo sucesivo con sus fuegos el que los sitiados bajasen á proveerse de agua al río (1), consiguiendo también desmontar la artillería del fuerte y abrir en sus muros una brecha considerable. Sardá preparóse para resistir el asalto, supliendo la escasez de su gente, que había tenido ya muchas bajas,

(1) Una mujer mejicana se expuso con el mayor heroísmo, arrojando el peligro, y logró sacar algún agua para aplacar un tanto la sed de los soldados.

con el recurso de tener dispuestos al alcance de los defensores mil fusiles cargados con bayoneta armada, llenando hasta la boca de balas de fusil las piezas que habían podido volver á montar. Así se explica que al presentarse los realistas el 15 en una altura próxima para dar el asalto, fuese tal el estrago que causaron los rebeldes con su terrible fuego, que aquéllos se vieron obligados á retirarse. Intimidada la rendición, contestó Sardá que estaba resuelto á volar el fuerte antes que entregarse á discreción como exigía Arredondo; mas como en el campo de éste escaseaban ya los víveres y las municiones, entabló nuevos tratos, que dieron por resultado una capitulación honrosa, redactada por el mismo Sardá, quien salió por la tarde del fuerte con 37 hombres que le quedaban, los cuales dejaron las armas á 500 pasos de las tropas del rey (2). Acogióse también á la capitulación el destacamento de la barra, donde estaban el teniente coronel Myers, el comisario Bianchi y el capitán de marina Hooper. Los sitiadores se hicieron dueños de una considerable cantidad de armas y pertrechos, habiendo experimentado muchas pérdidas en muertos y heridos.

Día 16.

1661. **Toma de Arronches** (GUERRA DE PORTUGAL).—La llevó á cabo fácilmente D. Juan de Austria, aprovechando las circunstancias de estar mal fortificada y peor defendida, por incuria de los portugeeses ó por no conocer la importancia que su posesión tenía. Después de la desgraciada batalla de Estremoz (V. 8 JUNIO), el mariscal Schomberg intentó en vano recuperarla; mas la voladura del almacén de pólvora ocasionó poco tiempo después la muerte de la mayor parte de la guarnición.

1746. **Batalla de Plasencia** (GUERRA DE ITALIA).—Concentrados los españoles en Plasencia para hacer frente al ejército enemigo que mandaba el general Lichtenstein, llamó el infante D. Felipe al general francés Maillebois, que se mantenía á la defensiva en el Monferrato. En virtud de dicha orden, abandonó aquél la referida comarca y marchó aceleradamente en auxilio del caudillo español, acordando ambos atacar á los austriacos, que se habían atrincherado en las inmediaciones de Plasencia. En la noche del 15 pasaron el Trebria tres columnas, y lanzándose impetuosamente sobre los contrarios, empeñóse un sangriento combate en medio

(2) Admirado Arredondo al ver aquel puñado de hombres, se acercó á Sardá y le preguntó: *¿Es esta toda la guarnición?* Contestando Sardá: *Toda.* Entonces le felicitó por su heroica defensa, verdaderamente admirable.

de la oscuridad más profunda, lo cual produjo falta de concierto en los movimientos combinados de franceses y españoles, cuya circunstancia supieron aprovechar los generales de María Teresa, muy acertados en sus disposiciones, consiguiendo rechazar este primer ataque con grandes pérdidas de los aliados. En la mañana siguiente trataron éstos de romper el centro enemigo; y aunque el combate se prolongó hasta la caída de la tarde, disputándose con mucho ardor la victoria, se declaró al fin por los imperiales, que rechazaron completamente, primero á los franceses y luego á los españoles, arrojándolos sobre Plasencia, á la derecha del Po, después de causarles cerca de 8.000 muertos y heridos y unos 1.000 prisioneros (1). Distinguiéronse: el general Aramburo, que asaltó una batería enemiga pasando por encima de montones de cadáveres, y se apoderó de 26 piezas, malográndose dicho heroico esfuerzo por no haber acudido en su auxilio la caballería, lo cual hizo fuese rechazado, cayendo prisionero de los austriacos acribillado de heridas; el regimiento de caballería de *Sagunto*, que bajo el mando de su coronel D. Pedro Velasco cogió un estandarte al enemigo y libertó al regimiento de *Guadalejara*, muy comprometido; el regimiento de *Lombardía* (hoy *Príncipe*), que supo conservar su posición á costa de sensibles pérdidas, y peleó luego con el mayor valor, formando parte de la retaguardia, en la retirada á Tortona, y el de *Africa*, por su marcial intrepidez en el ataque de los atrincheros enemigos.

Día 17.

1583. **Batalla de Esteemberg** (GUERRA DE FLANDES).—Reforzadas las escasas tropas de que disponía Alejandro Farnesio con los tercios españoles é italianos que volvieron á Flandes, procedió con la mayor actividad. Recuperó algunas plazas, que dejó bien guarnecidas, y con las restantes fuerzas disponibles (8.000 hombres) marchó contra el general francés Byron, que había conseguido reunir hasta 12.000 infantes y 1.500 caballos. El jefe enemigo apoyó su ejército en la pequeña plaza de Esteemberg, cuyo castillo, bien artillado, dominaba el terreno inmediato, en pendiente suave hacia una laguna formada por el mar; los mosqueteros flamencos y los piqueros escoceses formaban en la derecha, delante

(1) Contáronse entre los muertos los generales **Uceda** y **Romero**, el capitán **D. Antonio Pereira**, el teniente **D. Gabriel Martínez** y el subteniente **D. Nicolás Álvarez**, de *Africa*; el teniente coronel **D. Juan Bautista Zubialde** y el capitán **D. Lorenzo Colli**, de *Lombardía* (hoy *Príncipe*) y el ingeniero ordinario (capitán) **D. Salvador Savalza**.

de la laguna, apoyado el flanco de aquel lado en una lengua de tierra donde había varios edificios, enlazando su izquierda con los franceses, que, parapetados detrás de las dunas y diques, se hallaban bien situados bajo los fuegos del castillo.

Reconoció Farnesio las posiciones de los contrarios, determinando en seguida amagar el flanco derecho del enemigo con los corazas de Agustín Mejía, llevando á la grupa arcabuceros de Carlos de Luna, mientras que Paz, Mansfeld y Mondragón, á la cabeza de las mejores tropas, dirigían todos sus esfuerzos á romper el centro de los flamencos y escoceses, procurando desbaratarlos y rechazar hacia la laguna. El resultado del ataque correspondió al intento del general español; pero habiéndose dedicado nuestras tropas al pillaje, salió Byron de Esteemberg con gran parte de su caballería y se arrojó con mucho ímpetu sobre las desordenadas tropas de los vencedores. Los jinetes de Mansfeld, que fueron los primeros con quienes chocaron tan terriblemente los contrarios, no pudieron resistir la carga y volvieron grupas, logrando á duras penas contenerlos Farnesio, quien acudió velozmente y se metió entre ellos, hiriendo con su espada á muchos de los fugitivos. De este modo dió tiempo á que llegaran los cuerpos de reserva, y cargando por el flanco á la caballería francesa, que se creía ya victoriosa, la rechazaron, decidiendo la derrota del enemigo. Este perdió cerca de 3.000 hombres, ahogados muchos de ellos en la laguna; los nuestros tuvieron 800 bajas, entre ellas el capitán **Meneses**, muy querido de sus soldados.

1652. Sorpresa de San Feliu de Guixols (GUERRA DE CATALUÑA).—Durante el sitio puesto á Barcelona por las tropas reales al mando de D. Juan de Austria, determinó éste destruir los almacenes que tenía el enemigo en San Feliu de Guixols, villa fortificada con algún esmero por la parte de tierra y protegida en la costa por una escuadra francesa. El caudillo de Felipe IV encargó dicha operación al tercio de Lisboa (hoy regimiento de *Zaragoza*), con el que se embarcó el Príncipe, y saltando en tierra sin dificultad el 17 de junio, rompieron los nuestros con un petardo la puerta de la plaza, y penetraron por las calles sin oposición alguna; mas vuelta la guarnición de la primera sorpresa, opuso una empeñada resistencia, no pudiendo evitar, sin embargo, que la mayor parte de los almacenes fuesen entregados á las llamas, si bien á costa de sensibles pérdidas (1).

(1) Contáronse entre los muertos el sargento mayor **D. Pedro Pulido**; los capitanes **D. Antonio Prieto**, **D. José de la Riva** y **D. Antonio de**

1665. **Batalla de Villaviçosa** (GUERRA DE PORTUGAL).—Don Luis de Benavides y Carrillo, marqués de Caracena, empezó la campaña de este año con un lucido ejército de 15.000 hombres de infantería, más de 6.000 caballos y 16 piezas de artillería, animado de grandes esperanzas de sojuzgar de nuevo el reino lusitano. Mandaba la caballería española D. Diego Correa; la extranjera, Alejandro Farnesio; la artillería, D. Luis Ferrer, y era maestro de campo general D. Diego Caballero. Caracena había prometido al Rey marchar directamente á Lisboa; mas cuando después de pasar el Guadiana se internó en país enemigo, no le pareció ya tan fácil la empresa, decidiendo en consejo de capitanes embestir la plaza de Villaviçosa, cabeza del ducado de Braganza, que defendió con la mayor bravura su heroico gobernador Brito. Este rechazó el primer asalto, recibiendo tres heridas; mas lanzadas de nuevo las columnas al ataque por distintos puntos, la compañía de italianos de Manuel Caraffa consiguió extenderse por el muro, y nuestras tropas ocuparon la ciudad, refugíandose la guarnición en el castillo, con Brito, que se negó á capitular, confiando en el socorro que se le había prometido.

El ejército portugués, próximamente de igual fuerza que el español, regido por el conde de Castañeda, con el mariscal Schomberg de maestro de campo general, había llegado ya á Estremoz, de donde salió en la mañana del 17 de junio, avanzando hacia Villaviçosa. Al tener aviso el Marqués de la aproximación del enemigo, resolvió salir á su encuentro, dejando 1.500 infantes en el cerco del castillo; y con el objeto de desbaratarle en el orden de marcha que llevaba, dispuso se adelantase por la derecha la caballería á detener su avance, mientras la infantería se dirigía por la ladera de los collados que había á la izquierda para apoyar el ataque y completar la derrota de los contrarios; mas fué tal la diligencia con que acudió Schomberg en auxilio de su vanguardia, que pudo desplegar antes de ser acometido, formando la infantería en dos líneas á la izquierda, con una reserva; la caballería, que mandaba D. Dionís de Mello y D. Luis de Costa, á la derecha, en tres líneas, con grupos de infantes interpolados en los claros de la primera, y la artillería distribuída en los intervalos que dejaban los tercios de infantería de la primera línea. Formaban en las filas del ejército lusitano algunos tercios de ingleses, franceses y alemanes.

Caracena dispuso su infantería en el centro y la caballería en las alas,

Cuenca; el ayudante D. José Rivas, y los alféreces D. Celedonio de Carriaga, D. Francisco Gómez, D. Juan Domínguez, D. Juan de Morón, D. Eugenio Guerra, D. Pedro Calvo y D. Lorenzo de Salamanca, todos del tercio de Lisboa (*Zaragoza*).

á la izquierda la extranjera y á la derecha la castellana; la artillería se repartió en los costados y en la cumbre de algunos cerros que dominaban la llanura de Montesclaros, donde habían desplegado ambos ejércitos, á la vista de Borba, legua y media distante de Villaviçosa.

La artillería empezó el combate, que se generalizó bien pronto. Cargó Farnesio con gran ímpetu sobre la derecha enemiga, en la que formaba su caballería, consiguiendo arrollar la primera línea; mas hubo de detenerse ante la firmeza de los piqueros portugueses que la apoyaban, secundados por el terrible fuego de metralla de la artillería, situada á menos de cincuenta pasos, dando con esto lugar á que acudiese la de segunda línea y restableciese el combate, rechazando á la nuestra. En una segunda embestida, lograron otra vez los jinetes de Farnesio y del conde Rebat desbaratar las dos primeras líneas de caballos enemigos, que fueron arrollados hasta la tercera línea; pero ésta se mantuvo firme, y trasladándose Schomberg con algunos tercios de la reserva y de la izquierda al ala que tan en peligro se hallaba de ser rota por completo, cambió el aspecto del combate, pues entonces los nuestros, fatigados ya, comenzaron á flojear. En vano Caracena manda repetidas ordenes á Correa para que acuda con parte de la caballería de la derecha ó practique un movimiento envolvente sobre la izquierda de los portugueses, que permita dar algún respiro y rehacerse á los valientes que sostenían todo el peso de la lucha en el extremo opuesto; sea por mezquina rivalidad entre unos y otros, por flaqueza ó por imposibilidad material, los jinetes españoles no se movieron, y nuestra ala izquierda fué al cabo envuelta y destrozada, pereciendo como buenos muchos de los esforzados mercenarios alemanes é italianos, y con ellos el conde **Rebat**. La caballería española cargó al fin; pero no pudo romper las compactas filas de piqueros de la infantería contraria, que se sostuvo brava y denodada hasta tanto que su caballería, victoriosa en el ala opuesta, se presentó por aquella parte y, bajo el peso de la inmensa superioridad numérica del enemigo, prisionero Correa y traidores los suizos auxiliares, que se pasaron villanamente al enemigo, decayó el ánimo de nuestra caballería y abandonó el campo en desorden. Sola ya la infantería de Castilla, hizo prodigios de valor, distinguiéndose el tercio de D. Diego Fernández de Vera (hoy regimiento de *Toledo*), y los de *Guadalajara*, Provincial de Madrid (antes tercio de la Armada y hoy regimiento de *Sevilla*), Provincial de Burgos y Provincial de Sevilla (hoy regimiento del *Rey*), que formados en masa resistieron el ímpetu de catorce escuadrones enemigos, los cuales apoyados por tres regimientos de ingleses y uno de portugueses, pasaron el Coa y cargaron á toda brida sobre aquellos valientes. Dichos cuerpos, que fueron los que más tiempo se mantuvieron en su puesto firmes y serenos ante aquella multitud de ene-

migos que por todas partes les acosaban, sucumbieron al fin, y ya el combate degeneró en matanza horrible, pues la caballería portuguesa degolló sin piedad regimientos enteros, cebándose con cruel saña en los vencidos, que buscaban su salvación tras del monte en que se alza el monasterio de la Virgen de Luz, por entre las asperezas que presentaban las inmediaciones del campo de batalla. El número de muertos y heridos pasó de 4.000, casi todos de los primeros, quedando en poder del enemigo 5.000 prisioneros, toda la artillería, banderas, armas en número considerable, bagajes y muchos efectos; los portugueses tuvieron 2.000 bajas.

1810. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—El 17 de junio de 1810, **D. Ventura Jiménez**, célebre guerrillero de la Mancha, acometió junto al puente de San Martín, de Toledo, á un cuerpo francés que custodiaba un convoy de granos y ganados. En medio del combate se le desbocó el caballo, llevándole á las filas enemigas, y aunque mató á dos de los ocho soldados que le rodearon, fué herido mortalmente de dos cuchilladas y un pistoletazo, arrojándose en seguida los franceses sobre él para rematarle; mas su segundo, **D. Juan Gómez**, que había corrido en su auxilio al ver el peligro que le amenazaba, mató por su mano á otros tres enemigos, haciendo huir á los tres restantes, y pudo salvar á su jefe, todavía con vida, y completar la derrota de los imperiales apoderándose del convoy. El bravo guerrillero **D. Ventura Jiménez** fué conducido á Navalucillos, donde falleció á los pocos días, siendo enterrado en el cementerio de dicho pueblo, situado hacia la parte Sur del mismo, en las inmediaciones de una ermita dedicada á la Virgen de las Saleras. **Don Juan Gómez** le sucedió en el mando de la guerrilla, y no tardó en dar también su vida por la patria, víctima de su arrojo.

Día 18.

1219. **Conquista de Andújar** (GUERRA CON LOS MOROS).—Llevóla á cabo el rey de Castilla Fernando III *el Santo*.
1647. **Defensa de Lérida** (GUERRA DE CATALUÑA).—Nombrado el joven príncipe de Condé Luis de Borbón, duque de Enghien, virrey de Cataluña por el monarca francés, hizo su entrada en Barcelona el 11 de abril, y después de jurar solemnemente el cargo, salió de la capital el 8 de mayo, dirigiéndose á poner sitio á Lérida, contando ser más afortunado que su antecesor el duque de Harcourt, el cual había sufrido frente á sus muros sangrienta derrota. Aun no estaban enteramente destruidas las obras de circunvalación levantadas en el sitio anterior, cuya circunstancia permitió á Condé terminar en breve tiempo las líneas del sitio y construir

varias baterías contra la plaza (1). Defendida ésta por su gobernador D. Gregorio Brito, portugués de nación, con 3.000 veteranos españoles, fueron rechazados todos los ataques dados por los sitiadores, no mejorando la situación de éstos cuando consiguieron abrir dos brechas considerables en la muralla; pues aunque franceses y catalanes dieron valerosamente el asalto animados por los marciales acordes de las músicas militares (2), las acertadas disposiciones del gobernador y la bravura de los defensores hicieron infructuosos los heroicos esfuerzos de los asaltantes para penetrar en la plaza. El intrépido Brito ordenó y ejecutó por sí hasta seis salidas, causando en todas ellas tales destrozos á los sitiadores, que desesperando éstos de poder tomar la plaza, y diezmadados al mismo tiempo por las enfermedades que empezaron á desarrollarse en su campo, reunió Condé consejo de generales que acordó levantar el sitio. En su consecuencia, el 18 de junio repasó el ejército enemigo el Segre por un puente de barcas que deshizo aquella misma noche, y fué á sentar sus reales en las Borjas (3).

1809. Batalla de Belchite (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Al saber Suchet en Zaragoza que el ejército español, á pesar de la derrota sufrida en María (V. 15 JUNIO) había permanecido todo el día 16 en Botorrita, á sólo una legua del campo de batalla, no habiendo dado resultado alguno la persecución que encargó al general Laval, salió él en persona en su seguimiento, llegando el 17 á Puebla de Albortón y el 18 se encontraron de nuevo ambos ejércitos en Belchite. El español se componía de 11 ó 12.000 hombres, completamente desmoralizados por la desgracia anterior y por las penalidades y privaciones que experimentaron después

(1) Una de las bombas que arrojaron los sitiadores sobre la ciudad se conserva en el Museo de Artillería, señalada con el número 1.001.

(2) Esta circunstancia, y quizás también la de formar parte entonces de las músicas militares algunos violines, dieron sin duda lugar á la fábula de que Condé se había presentado frente á Lérida haciendo preceder una de las columnas de asalto por 24 violines como señal de desprecio, considerando empresa fácil la conquista de plaza tan débil y desmantelada. Los sitiados correspondieron á los armoniosos ecos de los enemigos con el silencio más sepulcral, habiendo prohibido Brito hasta tocar las campanas, á pesar de ser costumbre catalana lanzarlas al vuelo como toque de somatén en momentos de peligro.

(3) El gobernador Brito dió cuenta del levantamiento del sitio por medio de un oficio tan lacónico como modesto, contra el carácter portugués, tan jactancioso y exagerado en todo. Dicho documento se conserva en el archivo municipal de Lérida.

de la derrota; el francés, muy superior en número, envalentonado y orgulloso con su reciente triunfo.

Situó Blake su derecha en el cerro del Calvario, alargando su línea por el borde de la meseta, y la escasa caballería con que contaba se apostó delante, en el llano, para observar á los franceses por el camino de Zaragoza; el centro, en la misma villa de Belchite, apoyado en el convento de Santa Bárbara, situado en una altura que la domina, y la izquierda,



Junio 18.—Batalla de Belchite.

formada en varias líneas, se corría por las estribaciones inmediatas en dirección de la ermita del Pueyo, demasiado distante para poder ser ocupada sin debilitar la línea en el centro. Los olivares que había al frente se guarnecieron con grupos de tiradores para tener alejados á los franceses á su aproximación.

Estos aparecieron por las alturas de la Puebla de Albornos, dando desde luego muestras de dirigir el ataque principal contra nuestra izquierda, que á pesar de estar tan reforzada, era realmente la parte más débil, mientras el general Habert amagaba desde lejos la derecha y otras tropas

hacían una demostración sobre el centro escaramuceando con los tiradores apostados en los olivares. Las fuerzas de la izquierda no trataron tan siquiera de resistir al enemigo cuando la división del general Musnier amenazó su flanco, y buscaron el apoyo del centro, agrupándose alrededor de Santa Bárbara y de Belchite, en formación bastante defectuosa y alterando profundamente el primitivo orden de batalla. Contestaron, no obstante, los nuestros con serenidad y calma al fuego de sus adversarios, cuya audacia subió de punto al ver el repliegue desordenado de la izquierda; y aun cuando el combate no había empezado con mucha fortuna para los españoles, parecía, sin embargo, que estaban animados del mejor espíritu y dispuestos á pelear dignamente sosteniendo el honor de las armas; mas, por desgracia, una granada enemiga produjo el incendio de algunos carros de municiones que volaron con horrible estruendo, llenando de pavor á las bisofías tropas más cercanas. Estas huyeron en desorden, perdieron otras la serenidad, cundió el miedo y bien pronto á la dispersión y fuga de las del centro siguió la huída de las de la derecha, presas todas de un terror pánico, atropellados y arrastrados por los fugitivos muchos valientes jefes y oficiales que quisieron remediar aquella confusión espantosa. Sólo quedaron en el campo de batalla, tan ignominiosa y cobardemente abandonado, los generales Blake, Lazán y Roca y contados oficiales, los cuales tuvieron también que retirarse mal de su grado, tristes y avergonzados, camino de Alcañiz, hasta donde avanzó Suchet el mismo día 18. Las bajas en muertos, heridos y prisioneros fueron muy pocas en esta mal llamada batalla; pero cayeron en poder de los imperiales la artillería (9 piezas), crecido número de fusiles, municiones y todos los bagajes, quedando completamente disuelto el ejército de Blake, pues los restos de la división aragonesa de Lazán se metieron en Tortosa y los de la valenciana en Morella y San Mateo. Suchet, dueño ya de casi todo el reino de Aragón, dejó en su raya algunas fuerzas en observación de los vencidos.

1834. **Acción de Gulina** (GUERRA CIVIL).—Sitiado el general Quesada en Tolosa, quiso Zumalacárregui interceptarle el paso á Pamplona corriendo á Lecumberri para tomar posiciones en el difícil paso de la subida de Azpiroz, que Quesada no creyó prudente forzar, por lo cual se dirigió á Vitoria, donde entró el 15 de junio, y Zumalacárregui marchó á la Borunda, acampando en Echarri-Aranaz. Trató entonces el caudillo liberal de caer sobre su adversario efectuando un movimiento combinado, al que debían concurrir desde Pamplona las fuerzas unidas de la columna del brigadier Linares y del marqués de Villacampo, y desde Vitoria él en

persona con la brigada Oráa y las tropas que mandaba Jáuregui. Zumalacárregui supo el 17 en Echarri-Aranaz la llegada de Quesada á Salvatierra, y la salida de las fuerzas de Pamplona, y creyendo más ventajoso salir al encuentro de éstas, se dirigió á la venta de Gulina. La vanguardia de Linares atacó con brío á los carlistas; pero éstos maniobraron de tal modo, que aquélla se vió en gran peligro de ser envuelta y cortada, salvándola la brigada Villacampo, que protegió su retirada. Generalizóse el combate, peleando valerosamente unos y otros; los liberales defendiendo sus posiciones: los enemigos tratando de desalojarles de ellas. Después de largo rato de inauditos esfuerzos, que hicieron derramar abundante sangre, haciendo estragos en las filas carlistas los certeros fuegos de la artillería, decidióse la victoria á favor de las tropas de la Reina, que formando en columna cerrada se lanzaron á la bayoneta sobre los enemigos, cansados ya y faltos de municiones, desalojándolos del bosque á cuyo abrigo habían sostenido por tanto tiempo el ataque. Zumalacárregui se retiró hacia el valle de Ulzama sin ser perseguido, y después por la sierra de Andía, esquivando el encuentro con Quesada, quien se dirigió tranquilamente desde Salvatierra á Pamplona por Echarri-Aranaz. Las bajas de unos y otros pasaron en total de 1.200, en mayor número las de los carlistas: tan ruda y sangrienta fué la acción. Distinguiéronse por la bravura y entusiasmo con que pelearon los regimientos de *Extremadura* y de *Soria*, siendo recompensados sobre el mismo campo de batalla los tenientes del primero D. Francisco Suárez y D. José Wambausen, y el sargento Luis Girón. El coronel graduado, capitán de la *Guardia real*, D. Leopoldo O'Donell (1), recibió una grave herida, exponiendo heroicamente su persona en los puntos de mayor peligro.

1836. **Acción de Friginals** (GUERRA CIVIL).—Don Martín José Iriarte, que mandaba una brigada en Cataluña, supo hacerse respetar y temer de los carlistas, los cuales, pensando destruirlo, intentaron darle un golpe decisivo reuniéndose al efecto las fuerzas de Cabrera, Quílez, Lagostera y otros cabecillas. El caudillo liberal, después de hacer levantar el sitio de Benicarló, pernoctó el 17 en Uldecona, de donde salió al amanecer del 18 para regresar á Tortosa con su columna, compuesta de dos batallo-

(1) Este distinguido oficial, que debía llegar á los más altos puestos de la milicia, era primo hermano del capitán del mismo nombre fusilado en la acción de Alsasua por los carlistas (V. 22 ABRIL), en cuyas filas militaban dos hermanos del herido en la acción de Gulina: D. Carlos y D. Juan, asesinado éste en 1836 por el populacho en la ciudadela de Barcelona (V. 4 ENERO).

nes de *Saboya* al mando de su coronel Gándara, dos compañías de nacionales catalanes movilizados, 40 caballos mandados por el capitán Carreras, y algunas piezas de artillería; en todo, unos 1.600 hombres. Antes de llegar á los cerros de Frignals, que dominan el camino en una estensión de cerca de dos leguas, vió presentarse por el camino de Alcanar considerables fuerzas enemigas en dirección á la sierra de Godall. Entonces dispuso Iriarte que las dos compañías de movilizados fuesen á ganar las alturas de la izquierda, que era el flanco más amenazado, y cargada su retaguardia por la caballería enemiga, que se adelantó á la carrera, batióse serenamente en retirada, peleando continuamente la columna contra sextuplicadas fuerzas en medio de su fatigosa marcha, durante cinco horas, teniendo que formar varias veces el cuadro para oponerse á la caballería, diez veces más numerosa que la suya. La brigada se cubrió pues de gloria en esta admirable retirada, librándose de ser destruída gracias á sus heroicos esfuerzos; mas las dos compañías de movilizados, compuestas de dos capitanes, cinco oficiales y cien nacionales, que sostuvieron firmes la acometida del enemigo por salvar á sus compañeros del ejército, abrumadas por fuerzas inmensamente superiores, se vieron envueltas por todas partes y sucumbieron gloriosamente acuchilladas por los carlistas. Algunos pudieron salvarse; pero los que cayeron prisioneros, en su mayor parte modestos padres de familia, defensores entusiastas de las libertades de su patria, fueron fusilados en la Galera. Iriarte llegó á Amposta con su tropa rendida de cansancio, sin perder un solo bagaje.

Día 19.

1324. **Batalla de Lucocisterna** (CONQUISTA DE CERDEÑA).—Tomada la villa de Iglesias después de un largo cerco (V. APÉNDICE, 7 FEBRERO), y reforzada la hueste catalano-aragonesa con las tropas que envió el rey D. Jaime II, pasó el infante D. Alfonso con su gente á rendir el castillo de Caller (Cagliari), que los pisanos trataron de socorrer desembarcando en número de 8.000 hombres entre infantería y caballería, contra los que salió el infante de Aragón, teniendo lugar el choque en los campos de Lucocisterna. Los enemigos embistieron tan furiosamente, que en los primeros momentos dieron en tierra con todos los estandartes de nuestros caudillos, menos el de Guillén de Cervelló. El caballero que llevaba el estandarte real cayó muerto también, y cogiendo los enemigos la insignia la tremolaron en señal de victoria; entonces D. Alfonso acudió presuroso, y lanzando su grito de guerra de *vencer ó morir*, se metió en medio de los escuadrones contrarios para recobrar su señera. Acometió brioso al que la empuñaba, hasta echar mano de ella con bizarro empeño; pero de-

ribado muerto su caballo y caído él en tierra, protegió con su cuerpo el pendón real que le había su padre confiado, defendiéndose de sus enemigos hasta que acudieron algunos de los suyos á levantarle. Entregado el pendón á Bernaldo de Boxadors que fué el que primero llegó, cedióle éste su caballo, ayudándole á montar, y continuó el combate, consiguiendo el príncipe derrotar á los pisanos, que se declararon en fuga, abandonando el campo á los vencedores.

Día 20.

1528. **Sitio de Lodi (GUERRA CON FRANCIA).**—Mientras los españoles que mandaba el príncipe de Orange se sostenían tan bizarramente en Nápoles (V. 24 AGOSTO), el valeroso D. Antonio de Leiva se cubría de gloria defendiendo el Milanesado con solos 6.000 españoles, alemanes é italianos, llegando á tal extremo la miseria de aquellos hombres tan sufridos y esforzados, que durante muchos días no tuvieron en Milán otro alimento que una corta ración de pan y agua, por haber cortado el ejército veneciano las comunicaciones con el interior del país. Esto no obstante, en cuanto el enemigo les daba algún respiro, llevaban á cabo arriesgadas empresas, y á pesar de haber sido reforzadas las tropas de la Liga con un nuevo ejército de 10.000 hombres entre franceses, suizos y alemanes, y 1.000 caballos, al mando del conde de Saint-Paul, se apoderó Leiva de Novara, tomó á Pavía por asalto y rindió á Biagrassa y Arona, enseñoreándose en pocos días de la línea del Po. No contento todavía con estas ventajas, puso sitio á Lodi, y aunque el asalto fué rechazado, no habría tardado en rendir la plaza si los alemanes, que con el duque de Brunswick formaban parte de las fuerzas de Leiva, no hubieran empezado á desertarse en gran número, cansados de sufrir tantas privaciones y penalidades. Esta circunstancia y el verse amenazado de cerca por los duques de Urbino y de Milán y por el conde de Saint-Paul, le obligaron á levantar el sitio el 20 de junio y á encerrarse de nuevo en Milán, no sin tomar antes al paso á Mortara.

1719. **Batalla de Francavilla (EXPEDICIÓN Á SICILIA).**—Reforzado considerablemente el ejército austriaco con las tropas que fueron llegando sucesivamente á Sicilia después de la batalla de Melazzo (V. 15 OCTUBRE), no se pudo sacar de esta victoria todo el fruto que era de esperar ni hacer rendir tampoco dicha plaza; antes bien, teniendo ya el marqués de Ledesma que hacer frente á 16.000 imperiales, sin contar la guarnición, se vió precisado á levantar el cerco el 28 de mayo, retirándose silencio-

samente por la noche con el mayor orden, si bien dejando en el campo los enfermos y heridos y gran cantidad de provisiones. Entonces el enemigo concentró todas sus fuerzas, formando con ellas una masa de 24.000 combatientes, que, mandados por generales experimentados, como eran los condes de Merci y de Walis y los barones de Zuminghen y Sckendorf, emprendieron una persecución activa. Acosado el general español, detúvose en Rodi resuelto á hacer frente á los austriacos, á pesar de su inferioridad numérica, y se fué replegando desde dicho punto con impo- nente ademán hasta llegar á Francavilla, donde escogió buenas posiciones defensivas, en terreno quebrado y montuoso, poco accesible á la caballería. Su frente estaba cubierto por el río Francavilla; la izquierda se apoyaba en el pueblo de dicho nombre y monte San Juan; el centro y la derecha estaban fuertemente enlazados por el convento de Capuchinos, bien guar- necido y artillado.

Los imperiales se presentaron el 19, y en la mañana del 20 cruzó in- trépidamente el río el general Sckendorf, atacando nuestra izquierda, que mandaba el brigadier **Tancour**. Tres veces fueron lanzados los espa- ñoles de sus posiciones, y otras tantas las recobraron denodadamente, haciendo esfuerzos sobrehumanos para conservarlas; pero muerto glorio- samente aquél con otros muchos jefes y oficiales (1), las abandonaron definitivamente, replegándose y uniéndose estrechamente con el centro desde la posición avanzada que ocupaban, siendo también víctima de su arrojó el general **Caracciolo**, que recibió una muerte gloriosa empe- ñado en conservar otros puestos avanzados. Entonces el conde de Merci trató de romper el centro de los nuestros, cargando repetidas veces hasta caer gravemente herido; mas no por esto desisten los contrarios de su empeño, multiplicando los ataques con un valor verdaderamente heroico, sin poder conquistar aquella formidable posición; y puestos á la cabeza de sus tropas los generales Zuminghen y Sckendorf para tentar un último esfuerzo, no consiguieron sino aumentar en sus filas el estrago, pues fue- ron recibidos con terrible fuego por los generales españoles Armendáriz y marqués de Villadarias, con los regimientos de *Guardias españolas*, *Guardias valonas*, *Utrecht* y *Borgoña*, que los rechazaron de nuevo sin ceder una sola pulgada de terreno, viéndose el enemigo obligado á reple- garse á sus anteriores posiciones con pérdida de 5.000 hombres. Entre

(1) Entre ellos el coronel de *Ultonia* **D. Tadeo Mac-Aulif**; de *Hibernia* murieron los capitanes **D. Gil Poltous**, **D. Miguel Mac-Donald** y don **Diego Oro**, y los tenientes **D. Jorge Pinquet** y **D. Tomás Yungh**. Tam- bién recibió muerte gloriosa el ayudante de ingenieros (subteniente) **D. Juan Bau- tista Sala**.

sus muertos contaron el general Rool y el príncipe de Holstein. El marqués de Ledesma, habiendo escarmentado de tal modo á su adversario, continuó su retirada por Castel-Beltrano, hasta guarecerse con todo el ejército expedicionario bajo el cañón de Palermo.

1808. **Primer sitio de Gerona** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).— No habiendo podido cumplimentar Duhesme las órdenes de Napoleón por la resistencia que dos veces consecutivas encontraron sus tropas en el Bruch, vióse aislado en Cataluña, donde sólo poseía la capital y el castillo de Figueras, bloqueado ya por los somatenes, y comprendiendo se hallaba en una situación bastante difícil mientras no restableciese sus comunicaciones con Francia, única parte por donde podía esperar refuerzos, trató de efectuarlo saliendo á las cuatro de la mañana del 16 de junio, día del Corpus, la división Lechi, compuesta de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas (5.000 hombres), por el camino de Gerona, cuya plaza no había sido ocupada por los franceses á su paso, no dándola importancia alguna. Quisieron impedirles el paso cuatro ó seis mil paisanos del Vallés, apostados alrededor del castillo de Mongat; mas bastó un hábil movimiento envolvente de Lechi para obligarles á abandonar sus posiciones, cometiendo los franceses inauditas crueldades con los pocos que cayeron en sus manos. También los vecinos de Mataró trataron de oponerles resistencia; pero mal organizada ésta, no costó mucho trabajo al enemigo penetrar por las calles, tomando pretexto de dichas hostilidades para entregar al saqueo ciudad tan rica y populosa, cometiendo toda clase de violencias, sin consideración alguna á los infelices habitantes que habían compartido su hogar con ellos poco tiempo antes por espacio de dos meses. Duró la licencia y el desorden toda la noche, hasta la mañana del 17, en que, habiéndose incorporado el general Duhesme, continuó la marcha á Gerona.

A las primeras horas del día 20 de junio presentáronse los franceses á la vista de la ciudad, tantas veces nombrada en la historia militar de España, y que en esta guerra había de hacer su nombre inmortal. Consistía su guarnición en 300 soldados de *Ultonia*, al mando de su teniente coronel D. Pedro O'Daly y comandante D. Juan O'Donovan; algunos centenares de paisanos armados, en cuyas filas se habían alistado las principales personas de la población, y unos pocos artilleros, á los que ayudó á servir las piezas la gente de mar de la vecina costa, ejerciendo el cargo de gobernador interino D. Julián de Bolívar. El enemigo ocupó los pueblos de Salt y Santa Eugenia (1), y después de practicar varios re-

(1) Véase el plano del tercer sitio (11 DICIEMBRE).

conocimientos, emprendió un ataque formal cerca de las cinco de la tarde, dirigiendo una columna por el llano para distraer á los sitiados por el frente de los baluartes de San Francisco y de Santa Clara, y por la derecha otra que pasó el Onyá, bajo la protección de una fuerte batería establecida en las alturas de Palau-Sacosta, para forzar la puerta del Carmen; mas desmontada la batería francesa, apenas rompió el fuego, por la artillería del baluarte de la Merced y del fuerte de Capuchinos, fué repelido el ataque, como también el que intentó un grueso destacamento sobre el fuerte expresado, retirándose al anochecer á sus anteriores posiciones.

Llegada la noche, se arrimaron sigilosamente los franceses al muro por entre las arboledas y cercados próximos, y escalaron el baluarte de Santa Clara, que desprovisto de foso, y teniendo la muralla escasamente veinte pies de elevación, fué fácilmente asaltado. Escasos los defensores por haber el enemigo llamado la atención hacia el baluarte de San Francisco, pudo aquél coronar el parapeto y penetrar en el baluarte, recogiendo los nuestros á la gola, donde reforzados por un destacamento de *Ultonia*, avanzaron de nuevo, y cayendo á la bayoneta sobre los invasores, mataron á los ya encaramados ó los precipitaron desde lo alto del muro, al mismo tiempo que el baluarte de San Narciso, tirando á metralla, causaba gran estrago en las tropas apostadas al pie del baluarte (EPISODIO). A media noche renovaron los imperiales la tentativa dirigiéndose otra columna al baluarte de San Pedro; pero muy vigilantes los gerundenses, rompieron sobre ella el fuego apenas notaron su aproximación, y los franceses se retiraron, tomando al amanecer del 21 el camino de Barcelona. Sus pérdidas no bajaron de 700 hombres.

Episodio.—En la defensa del baluarte de Santa Clara murieron gloriosamente el subteniente de *Ultonia* **D. Tomás Magrat**, el capellán del mismo cuerpo **don Juan Vidal** y un artillero paisano, de los cuales el primero pereció de un balazo hallándose encima del parapeto al tiempo de querer derribar una de las escalas. Igual ardimiento manifestó el P. FR. JUAN DE SAN ANDRÉS, carmelita descalzo, que lleno de patriótico celo trataba de derribar otra escala; mas perdiendo el equilibrio en su arriesgado empeño, cayó al pie del muro, permaneciendo allí rodeado de enemigos moribundos, hasta que, ciñéndose una cuerda que le alargaron desde el baluarte, pudieron subirle sus compañeros, librándose de este modo de tan peligrosa y desagradable compañía.

1811. **Batalla de Guaqui** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE BUENOS AIRES).—Acordado un armisticio de cuarenta días entre el ejército de Buenos Aires, que mandaba el doctor Casteli, y el realista, á las órdenes del general Goyeneche, con el capcioso pretexto, por parte de aquél, de

ajustar los preliminares de un arreglo amigable y definitivo, rompió Casteli de pronto las hostilidades sorprendiendo el destacamento de Puisacoma, y adelantó después sigilosamente sus fuerzas á los pueblos de Huaqui ó Guaqui y á Jesús de Machaca, enviando además una fuerte columna de caballería por su izquierda sobre un vado del río Desaguadero, y otra de infantería por la derecha al estrecho de Tiquina, con el designio de embestir por tres puntos á las tropas leales (1).

Indignado Goyeneche del villano proceder de Casteli, pensó anticipársele, y á la señal de un cañonazo disparado á las doce de la noche del 19 de junio en el campo de Zepita, movióse el ejército para pasar el histórico puente del Desaguadero, cuyo río separaba á ambos adversarios, quedando como guarda de la orilla derecha para vigilar el puente, la división del coronel Lombera. Las tropas restantes, en número de 6.500 hombres, pasaron sin contratiempo alguno á la orilla izquierda, donde formaron en dos columnas: una á las inmediatas órdenes de Goyeneche, para caer por el camino real sobre Guaqui, y la otra al mando del coronel Ramírez debía dirigirse por la derecha hacia Jesús de Machaca. El enemigo era muy superior en número, sobre todo en caballería, y ésta mucho mejor montada que la nuestra.

Como á las doce de la mañana del 20 avistó Goyeneche á los independientes, que ocupaban en los alrededores del pueblo de Guaqui excelentes posiciones artilladas con quince piezas. Estas rompieron un vivo fuego, al que no se contestó por los españoles, los cuales ni detuvieron tan siquiera su marcha, y entonces los contrarios hicieron cargar su caballería, valientemente rechazada por los realistas. Reconocida rápidamente la situación del enemigo, dispuso el caudillo español que el mayor general D. Pío Tristán atacase decididamente el flanco izquierdo, la parte más débil y descuidada por Casteli, mientras él en persona maniobraba con suma habilidad, amagando continuamente un ataque por el frente; y cuando vió que Tristán caía sobre el enemigo por las alturas de la derecha, acometió también él resueltamente por la izquierda, distinguiéndose el primer regimiento del Cuzco, que mandaba su bravo y fidelísimo coronel Picoaga. Los rebeldes no pudieron resistir este doble ataque, tan bien combinado y dirigido, y huyeron desordenadamente abandonando toda su artillería, 300 cajas de municiones y otros efectos.

(1) Permitióse decir Casteli, con necia y sacrilega presunción, *que aunque Dios no quisiera había de vencer á Goyeneche*. Efectivamente, no tardó en ser derrotado por completo el maldiciente Casteli, y retirándose á Buenos Aires sin crédito ni estimación, murió al poco tiempo á consecuencia de un cáncer que le devoró la lengua. ¡Singular y providencia! coincidencia!

Goyeneche se posesionó seguidamente de Guaqui, apoderándose de gran cantidad de víveres y municiones almacenados en dicho punto y en Tiahuanaco, y de muchos prisioneros.

La columna de la derecha encontró mayor resistencia por el lado de Jesús de Machaca, siendo en un principio rechazada y desordenada por el estrago que causaron en sus filas las baterías enemigas tirando á metralla; afortunadamente, aparecieron en aquellos momentos por la izquierda las guerrillas de la columna del general en jefe, que amenazando el flanco derecho de los rebeldes, hizo aflojar á éstos en su denodada resistencia, y rehaciéndose las tropas de Ramírez, cargaron de nuevo, consiguiendo hacer huir á los contrarios después de seis horas de porfiado combate.

El ejército de los independientes quedó entonces completamente disuelto, pues sólo pudieron retirarse en buen orden, camino de Potosí, 800 hombres mandados por Díaz Vélez. Por tan brillante victoria concediéronse varias recompensas, entre ellas el título de *Conde de Guaqui* al general Goyeneche.

1875. **Acción de Mercadillo** (GUERRA CARLISTA).—Para proteger el abastecimiento de Vitoria, que debía llevar á cabo el general Tello desde Miranda, dispuso el general en jefe, D. Genaro de Quesada, que el general Loma acudiese con parte de sus fuerzas hacia Berberana, dejando en el valle de Mena, extremo izquierdo de la línea que ocupaban los liberales, la brigada Muriel distribuída en los pueblos de Carrasquedo, Medianas, Mercadillo y Covides. Los carlistas supieron aprovechar aquella ocasión que les brindaba la fortuna para dar un rudo golpe á sus adversarios, pues apenas se había alejado Loma, cargaron con fuerzas considerables, mandadas por Cavero, en la madrugada del 20 de junio, por la parte de Viergol, cayendo primeramente sobre Carrasquedo, y antes de que pudiesen ser socorridas las cuatro compañías del batallón *Reserva de Oviedo*, que guarnecía dicho punto, fueron dichas tropas batidas. Siguiéron los vencedores á Medianas, donde los fugitivos de Carrasquedo habían contagiado el pánico, y aunque el primer batallón de *Ramales* (hoy *Infante*) se defendió al principio con bravura, tuvo al cabo que abandonar el pueblo en desorden, viéndose obligada á rendirse una compañía que había quedado aislada en una casa, por haber consumido las municiones y muerto algunos oficiales; el enemigo no se apoderó de las dos piezas de artillería de montaña gracias á la serenidad del teniente D. Enrique Molezún, que mandaba la sección, ayudado por la 6.ª compañía de *Ramales* y guardia de prevención, al mando respectivamente del capitán Caviedes

y el alférez Gálvez Cañero, cuyos oficiales y soldados se batieron valerosamente al arma blanca, brazo á brazo, haciendo uso los artilleros hasta de los juegos de armas de las piezas; pero consiguieron entre todos salvar éstas y los caudales del batallón y contener algún tanto á los fugitivos. Los carlistas profanaron sacrilegamente la iglesia, convertida en hospital, asesinando cobardemente á los infelices heridos en ella albergados, cometiendo también brutales excesos en el resto de la población. Todas las fuerzas de Muriel tuvieron que replegarse sobre Mercadillo, al abrigo de las fortificaciones que se estaban construyendo; pero encerradas allí, sin víveres y sin agua, habrían tenido forzosamente que sucumbir, á no haber retrocedido aceleradamente en su auxilio Loma desde Villasante, donde recibió la noticia de la derrota. Perdieron los liberales unos 150 muertos y heridos y cerca de 200 prisioneros, con 235 fusiles, municiones y otros muchos efectos (1).

Día 21.

1306. **Batalla de Gallipoli** (EXPEDICIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES Á ORIENTE).—Prisionero Berenguer de Entenza de los genoveses (v. 18 MAYO), quedó la hueste catalana-aragonesa de Gallipoli reducida solamente á 1.200 infantes y 200 caballos; y elegido caudillo de ella Berenguer de Rocafort, se acordó en consejo de capitanes barrenar y echar á pique las pocas galeras y barcos que había en el puerto, resueltos todos á pelear hasta morir. Contando los griegos acabar de una vez con aquel puñado de aventureros que así desafiaban á todas las fuerzas del Imperio, avanzaron sobre Gallipoli con un ejército formidable; mas los nuestros, sin desalentar por esto, salieron resueltamente contra sus enemigos, después de enarbolar en la torre principal de Gallipoli el estandarte de San Pedro, llevando Guillén Pérez de Caldes el del rey de Aragón; Fernán Gori, el de D. Fadrique, rey de Sicilia, y el de San Jorge, Jimeno de Alvaro; Rocafort encomendó el suyo á Guillén de Tous. Catalanés y aragoneses cayeron de repente sobre los griegos, cuando menos lo esperaban, pues no creían saliesen de Gallipoli, y con tal furia dieron la acometida, formada la pequeña hueste en masa compacta, que desconcertadas y rotas las primeras filas del enemigo, se contagiò todo el ejército de un pánico espantoso, y más viendo que los vencedores no daban cuartel, huyendo

(1) El pundonoroso brigadier Muriel murió poco después á consecuencia del disgusto que le produjeron el desastre que había sufrido su tropa y la formación de sumaria que ordenó Loma, después de reconvenirle ásperamente, atribuyendo el pernice á su falta de pericia.

en la mayor confusión perseguido por aquellos hombres valerosos que se cansaron de degollar enemigos, haciendo perecer á muchos de ellos ahogados en el mar, donde se precipitaban ciegos por el terror.

El hijo de Miguel Paleólogo, Kyr Miguel, no tardó en allegar otro ejército, que Muntaner dice ascendía á 100.000 infantes y 17.000 caballos. Tuvo de ello noticia Berenguer de Rocafort, y pensando que la celeridad en el obrar era lo único que podía salvar á los suyos, llevó á cabo una marcha rápida, arrojándose impetuosamente sobre la vanguardia enemiga que, mandada por el mismo Miguel, estaba acampada cerca de la ciudad de Apros. La caballería de Tracia y Macedonia contuvo largo tiempo á los nuestros; pero arrollada al fin, á pesar del valor que desplegó el hijo del emperador, huyeron de nuevo los griegos, sin que el grueso de su ejército se estreviese entonces á empeñar otra vez el combate. Miguel, que peleó valerosamente en primera fila, deseoso de evitar la afrenta de una nueva derrota, luchó cuerpo á cuerpo con un marino catalán llamado Berenguer, quien le hirió en el rostro después de haberle muerto el caballo y héchole pedazos el escudo con su maza.

La vencedora hueste se apoderó de la ciudad de Apros al día siguiente de la batalla; entró á sangre y fuego en Rodosto, donde cometieron los catalanes muchos actos de crueldad en represalias del asesinato cometido en dicho punto en unos embajadores suyos (1); tomaron también á Paccia, y corriendo todas las provincias del Imperio, se convirtieron en azote y terror de sus habitantes, que eran degollados inhumanamente é incendiados los pueblos sin consideración alguna. Tan terrible y mortal debió ser su venganza, que aun muchos años después la maldición más enérgica que en aquellos países podía arrojarse contra un enemigo era la de exclamar: *Así la venganza de catalanes caiga sobre tu cabeza.*

1466. Sitio de Amposta (GUERRA DE CATALUÑA).—Rendida Cervera

(1) Después del asesinato de Roger de Flor en Andrinópolis, cuya muerte fué la señal de exterminio de los catalanes y aragoneses que se encontraban diseminados en diferentes puntos del Imperio, enviaron los de Gallipoli á Constantinopla una embajada compuesta de un caballero catalán llamado **Siscar**, un adalid cuyo nombre era **Pedro López**, dos jefes almogávares y dos cómitres para manifestar al emperador que desde aquel momento se desentendían de su servicio, retándole al mismo tiempo por su traición. Aquel admirable rasgo de heroísmo llevado á cabo cuando por todas partes eran asesinados los soldados de Roger de Flor, causó asombro general; no atreviéndose nadie en Constantinopla á agredirlos, ni tan siquiera á insultarlos; mas á su regreso fueron cogidos traidoramente en Rodosto y descuartizados como viles animales en las carnicerías públicas del lugar.

(v. 14 AGOSTO), pasó D. Juan II á Igualada, y ganó por asalto á Vilarodona, moviendo en seguida sus tropas para emprender el cerco de Tortosa; mas antes quiso reducir el castillo de Amposta. Defendiólo esforzadamente Pedro de Planella, tan cumplido y denodado caballero como prudente y enténdido capitán, rechazando varios asaltos que dieron los sitiadores bajo las órdenes de Pedro de Peralta, el castellán de Amposta, el conde de Quirra, Juan de Vilamari y los arzobispos de Tarragona y Zaragoza. Alguna vez pudo socorrer á los sitiados Pedro Juan Ferrer, almirante de la escuadra catalana; pero cerrada que fué la vía marítima por las naves mallorquinas, que con sus almirantes Francisco Burgés y Berenguer de Blanes se habían adherido á la causa del rey, crecieron los apuros, y después de ocho meses de sitio, convertido el castillo en un montón de ruinas por la artillería de D. Juan II, resistió todavía el heroico Planella el 21 de junio el asalto general que dieron las tropas realistas, después del cual se refugió con los treinta únicos soldados que le quedaban en la torre de San Juan, donde opuso desesperada resistencia hasta que tuvo que entregarse á merced del rey.

1529. **Sorpresa de Landriano** (GUERRA CON FRANCIA).—Al mismo tiempo que el general Lautrec ponía sitio á Nápoles (v. 24 AGOSTO), invadía el Milanesado el conde de Saint-Paul, Francisco de Borbón, con 10.000 infantes y 1.000 caballos. Antonio de Leiva, que disponía sólo de 6.000 españoles, se replegó á Milán para permanecer á la defensiva, sitiándole en dicha plaza el general francés, quien contando con la peste que se desarrolló entre los sitiados, esperaba tomarla pronto; mas no consiguiendo tan fácilmente su objeto, se dirigió á Génova para proteger la incorporación de los refuerzos que esperaba, dividiendo su ejército en dos cuerpos, con uno de los cuales se detuvo algunos días en Landriano, donde debían unírsele algunas fuerzas de las inmediaciones. Súpolo Leiva, y procediendo con su habitual diligencia, llevó á cabo la atrevida empresa de caer sobre el caudillo enemigo en la noche del 21 de junio, poniéndose sus soldados la camisa sobre la armadura para distinguirse en el combate. Los españoles atacaron de improviso á los franceses, conducido Leiva en una silla de manos por sufrir un fuerte ataque de gota; y desconcertados aquéllos por la sorpresa, apenas pudieron oponer resistencia á tan brusca acometida, cuyo resultado fué hacer un gran número de prisioneros, entre ellos el mismo Saint-Paul, y coger toda su artillería, banderas y bagajes. Con este rudo golpe tuvieron que abandonar la Italia los escasos restos del ejército francés del conde de Saint-Paul, y aunque los venecianos procuraron sostener todavía la guerra,

tuvieron al fin que aceptar la paz general, lo mismo que los demás que formaron la liga Clementina, después de diez años de terribles convulsiones en toda la península itálica.

1813. **Batalla de Vitoria** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Aunque el rey José, en su retirada desde Madrid por Valladolid, Palencia y Burgos, amenazado constantemente en su flanco, pensó defender la línea del Ebro, estableciendo para ello su cuartel general en Miranda, desconcertado al saber que el ejército aliado, dirigido por lord Wellington, había pasado dicho río en los días 14 y 15 de junio por Polientes, San Martín de Lines y Puente de Arenas, abandonó á Miranda á toda prisa, replegándose á Vitoria resuelto á oponerse á aquél en la línea del Zadorra, si persistía en su movimiento agresivo. El caudillo inglés fué avanzando efectivamente, situando el 20 su cuartel general y el centro de su ejército en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha; la izquierda se encontraba en Valmaseda el 18. José había dispuesto se le reuniesen con premura las fuerzas que mandaba el general Clausel en Navarra, donde estaba persiguiendo á Mina sin descanso, como igualmente la división Foy, en operaciones por la costa, permaneciendo entretanto á la defensiva, distribuidas sus tropas del modo siguiente: el ejército llamado del Mediodía, mandado por el general Gazan, á la izquierda, apoyándose en las alturas de la Puebla de Arganzón y extendiéndose por el Zadorra hasta el puente de Villodas; ocupaba el centro, en la orilla opuesta, dando frente al río, el ejército del mismo nombre, á las órdenes del general Drouet, conde d'Erlon, bajo la protección de un cerro bien artillado que domina todo el valle del Zadorra; la derecha, formada por el ejército llamado de Portugal que mandaba el conde de Reille, ocupaba los pueblos de Gamarra Mayor y Menor y Abechuco y alturas inmediatas. Reunía José unos 54.000 hombres, que se extendían en una línea de tres leguas, cubriendo los caminos de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Ejercía el cargo de mayor general el mariscal Jourdan.

Indeciso todavía Wellington, á pesar de disponer de 66.000 infantes y 10.000 caballos (1), fuerzas superiores á las del enemigo, resolvióse á atacar sin pérdida de tiempo á los franceses, por haber sabido que el general Clausel, el primero que debía incorporárseles, no podría hacerlo en todo el 21. En su consecuencia, dadas las disposiciones necesarias, se movieron los aliados al amanecer de dicho día desde sus estancias del río Bayas, iniciando el combate á las ocho de la mañana la división es-

(1) 35.000 ingleses, 25.000 portugueses y 16.000 españoles.

pañola de D. Pablo Morillo, que con la portuguesa del conde de Amaranate y la segunda británica constituían el ala derecha, regida por el general Hill. Atacó aquél con la mayor gallardía las colinas de la Puebla de Arganzón, siendo herido en la refriega; y aunque el enemigo extremó la resistencia, consiguieron los españoles, ayudados de las tropas británicas, arrojar de dichas alturas á los franceses, que tuvieron que replegarse al otro lado del río. Entonces pasó Hill el Zadorra por la Puebla y acometió el pueblo de Subijana de Alava, que cubría la izquierda enemiga, y después de porfiada pelea, logró posesionarse de él, siendo inútiles



Junio 21.—Batalla de Vitoria.

todas las tentativas de los contrarios para recuperarlo, á pesar de haber acudido José, que expuso mucho su persona, situándose en los puntos donde era mayor el peligro.

Apenas observó el caudillo inglés que Hill se había apoderado de Subijana, dispuso pasasen también el río las cuatro divisiones que bajo las órdenes de Cole componían el centro: la 4.^a por el puente de Nandareas de la Oca, la ligera por Trespuentes y la 3.^a y la 7.^a desde Mendoza, más arriba, logrando todas trasladarse á la margen opuesta sin contratiempo alguno, por no haber cuidado el enemigo de inutilizar los puentes expresados. Acto seguido emprendieron dichas fuerzas el ataque de las posiciones contrarias, y después de rudo combate, empujada la izquierda francesa por Hill sobre el centro, y batido de una manera formidable el cerro fortificado por dos brigadas de artillería, tuvieron que replegarse izquierda y centro enemigos vía de la ciudad, efectuándolo

en buen orden, por escalones, y escarmentando á sus perseguidores en cuanto cometían cualquier descuido.

Entretanto peleaba con igual vigor la izquierda de los aliados. Desde Valmaseda, donde se encontraban la mayor parte de los cuerpos que la componían, avanzó camino de Vitoria por Amurrio, llegando el 20 á Orduña, y continuando al día siguiente por Murguía, llegó á las diez de la mañana al puesto que tenía designado, todavía á tiempo de tomar parte activa en la batalla. Mandábala el general Graham, quien encargado de atacar la derecha francesa, dispuso acometiesen las alturas en que se apoyaba aquélla la brigada portuguesa del general Pack, la división de don Francisco Longa, que formaba parte del IV ejército español regido interinamente por D. Pedro Agustín Girón, y la 5.^a división inglesa. Dichas fuerzas llevaron á cabo su cometido atacando las posiciones enemigas por el frente y flanco, y desalojados que fueron los contrarios de las alturas que ocupaban, cayeron Longa sobre Gamarra Menor y la 5.^a división británica sobre Gamarra Mayor, al propio tiempo que Graham en persona procedía contra Abechuco con la 1.^a división inglesa, consiguiendo todos apoderarse de dichos puntos. Entonces, viendo el enemigo que quedaban cortadas sus comunicaciones con Bayona, destacó por su derecha una fuerte columna con el intento de recobrar dichos pueblos; mas rechazada tres veces, se dieron los imperiales por vencidos y abandonaron apresuradamente toda la línea entre cinco y seis de la tarde, retirándose por el camino de Pamplona en la mayor confusión y desorden. El rey José no se detuvo tan siquiera á tomar su coche, que cayó en poder de los vencedores con toda la impedimenta y parte del rico convoy que se dirigía á Francia, en el que iban las cajas militares de todos los cuerpos derrotados, llenas de dinero, los equipajes de los generales y otras personas del séquito del intruso, gran cantidad de alhajas y objetos de valor ó mérito artístico, víveres en abundancia y multitud de ropas, vestidos y efectos de todas clases. Los imperiales abandonaron también toda su artillería, 151 cañones (no conservando más que un cañón y un obús), 415 carros de municiones, material sanitario, armas, bagajes, etc., elevándose sus pérdidas á 8.000 muertos y heridos y 1.000 prisioneros. Las de los aliados no pasaron de 5.000: 3.300 ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles (1).

José llegó á Salvatierra á las diez y media de la noche, y el 23 al anochecer á Pamplona, y aunque celebrado consejo de generales opinaron

(1) Murieron gloriosamente: del regimiento de la *Unión*, el capitán **D. Estanislao Gutiérrez**; de *Victoria (Voluntarios de Estado)*, el teniente **D. Manuel Páez** y el subteniente **D. Matías Rodríguez**, y de *León*, el teniente **D. Carlos Baleato**.

muchos por volar las fortificaciones y abandonar la plaza, dispuso aquél la conservación para proteger la retirada de sus tropas. Dejó, pues, en ella una guarnición de 4.000 hombres y salió á media noche del 25 con el ejército del Centro; durmió el 26 en Elizondo, de donde partió á las seis de la mañana del 27, y se metió en Francia por Lesaca y Vera, triste y abatido, estableciendo el 28 su cuartel general en San Juan de Luz. El ejército de Portugal pasó la frontera desde el Baztan por Maya y Urdax, y fué á situarse en Irún para cubrir el Bidasoa; y el del Mediodía la transpuso por Roncesvalles y Valcarlos, yendo á parar á San Juan de Pie de Puerto para cubrir la frontera por esta parte. Clausel, cuya oportuna llegada quizás habría evitado la derrota de Vitoria, llegó á la vista de esta ciudad al día siguiente de la batalla, ignorante de lo ocurrido, sin haber recibido ninguno de los apremiántes avisos que le había mandado José, y enterándose entonces de la desgracia, retrocedió con los 15.000 hombres que mandaba á Logroño, de donde había partido el mismo día 21; abandonó después el 24 dicha capital, retirando la guarnición, y por Calahorra y Tudela se metió en Zaragoza el 1.º de julio, picada vivamente su retaguardia por las tropas de Mina, y seguido ya de tres divisiones inglesas destacadas por lord Wellington, metiéndose también al poco tiempo en Francia por Jaca y Canfranc, para situarse en Olorón, desde donde se dió la mano con las demás tropas de José. Foy, que había sido llamado del mismo modo por aquél, se colocó el 22 entre Plasencia y Mondragón, para reunir las guarniciones de todos los puntos fortificados, y en cuanto se le incorporaron las tropas que el 20 habían evacuado á Bilbao, con lo que dispuso ya de unos 16.000 hombres, siguió desde Vergara por Villareal y Villafranca, á Tolosa, perseguido de cerca por las fuerzas españolas de D. Pedro Agustín Girón y las inglesas del general Graham; defendióse algún tiempo en dicha villa, bien fortificada, y la abandonó en la noche del 25, replegándose por Andoaín, cuyo puente cortó, á Hernani, de donde pasó el 27 á San Sebastián; dejó en dicha plaza una guarnición de 2.600 hombres, y se incorporó por fin al ejército de Portugal, después de haber demostrado en aquellas difíciles circunstancias mucha serenidad, previsión y firmeza, y gran pericia militar. Tal fué el brillante resultado de la última campaña emprendida en la Península por lord Wellington.

1837. **Valerosa defensa de San Pedor** (GUERRA CIVIL).—Durante la corta estancia de D. Carlos en Cataluña, cuando su célebre expedición, la división de Castilla que mandaba el brigadier D. Carlos Pérez de las Vacas recibió orden de atacar el pueblo fortificado de San Pedor, no lejos de Manresa. Ocuparon los carlistas la ermita de San Fructuoso, que

domina todo el llano de Bagés, y aunque el general D. Bruno de Villarreal intimó la rendición, amenazando con degollar á todos sus habitantes, los cien nacionales del pueblo juraron morir antes que rendirse y se apresuraron para llevar á cabo una resistencia desesperada, sin que causase mella en su ánimo el saber que tenían á la vista la mayor parte de las fuerzas carlistas de Navarra, Provincias Vascongadas y Cataluña. Los sitiados, parapetados tras de las débiles tapias, hacían un fuego muy nutrido y certero, y los carlistas tuvieron que adoptar el sistema de ir taladrando los tabiques de las casas para poder aproximarse al fuerte principal de los liberales; aun así experimentaron los enemigos en pocos momentos más de 60 bajas, contando entre los muertos al coronel portugués Silva, al capitán D. José Sanz y al capellán Angel, de los más valientes entre los suyos, y herido el coronel de ingenieros Gordillo. Los generales Villarreal, Sanz y Urbiztondo, que presenciaron el estrago causado en sus filas por los heroicos defensores de San Pedor, cazadores de profesión en su mayor parte, se retiraron sin dar orden alguna, dolorosamente impresionados por tan sensibles pérdidas, y los batallones castellanos permanecieron frente á la villa hasta que recibieron aviso de proseguir la marcha. Entonces hicieron los sitiados una salida sobre la retaguardia enemiga, que al retirarse pegó fuego á algunas casas, pereciendo abrasados en ellas muchos heridos: sólo en la llamada Calaida había unos 50.

Día 22.

1645. **Batalla de Balaguer ó de Pla de Llorens** (GUERRA DE CATALUÑA) (1).—El conde de Harcourt comenzó la campaña de dicho año con la toma de Agramunt, Mollerusa, que resistió varios asaltos, y Camarasa, donde se distinguió notablemente el tercio catalán de D. José Sacosta. Dirigiéronse después franceses y catalanes contra Balaguer, principal objetivo suyo en dicha campaña; mas deseando oponerse á dicha empresa el general D. Andrés Cantelmo, que había reemplazado á Silva en el mando del ejército castellano, se apostó en el llano que existe entre Balaguer y Llorens, para presentar batalla al enemigo. Vinieron á las

(1) Explicación de la lámina XVI: *A*, ejército francés en marcha; *B*, paso del río Segre por los franceses; *C*, paso del Noguera Pallaresa por 2.500 infantes enemigos mandados por el duque Du Plessis Besançon, efectuado por un puente de cuerdas; *D*, atrincheramientos construídos por los españoles para oponerse al paso de dichos ríos; *E*, vado de Masana por el que cruzaron el Noguera Pallaresa 1.200 caballos franceses y forzarón las trincheras de los españoles; *F*, desfiladeros por los que marchó el ejército español contra los franceses; *H*, ejército español en retirada.



1645.

manos ambos ejércitos el jueves 22 de junio; pero el combate fué sumamente desastroso para las armas de Felipe IV, pues sus tropas fueron arrojadas de todas las posiciones que ocupaban, con pérdida de cinco tercios completos de infantería, en su mayor parte prisioneros, entre ellos el generalísimo marqués de Mortara con cinco generales y otros oficiales superiores, y además 1.200 caballos. A consecuencia de este triunfo quedó el enemigo dueño de las márgenes del Segre, y avanzando sin pérdida de tiempo sobre Balaguer, donde se había refugiado Cantelmo con los restos de su ejército, emprendió el sitio de dicha plaza (V. 20 OCTUBRE).

1838. **Batalla y conquista de Peñacerrada** (GUERRA CIVIL).— Decidido el general Espartero á atacar la importante plaza de Peñacerrada para dar un rudo golpe á los carlistas, preparóse debidamente para ello, reuniendo dos divisiones: la de la *Guardia* y la tercera del Norte, que mandaban los generales Rivero y Buerens, con un total de 18 batallones, organizados en seis brigadas á las órdenes de los brigadieres Lebrón, Otero, Puig Samper, Ventura y Parra, y coronel Medinilla; mandaba la caballería (cuatro escuadrones de húsares de la *Princesa*) el coronel D. Juan Zavala; la artillería (20 piezas de campaña, una batería de cohetes y el tren de sitio, compuesto de 3 cañones de á veinticuatro, 4 de á dieciséis, 2 morteros de á diez y 2 obuses de á siete) el brigadier D. Joaquín de Ponte, y los ingenieros (3 compañías) el coronel Donoso. Era jefe de Estado Mayor general D. Antonio Van-Halen.

El 18 de junio se incorporó al ejército la columna del intrépido coronel D. Martín Zurbano, en cuyo día pernoctaron las tropas en Treviño y venta de Armentia, prosiguiendo el movimiento al amanecer del 19 hasta ocupar la altura de Larrea, sobre la venta de Moraza, entre Baroja y el castillo de Peñacerrada. Zurbano iba flanqueando con su gente la izquierda de los liberales, algo adelantado al grueso de la división de la *Guardia*, que era la que iba en cabeza, y al llegar al citado pueblo de Baroja se encontró con las primeras fracciones de las tropas enemigas que se dirigían á la carrera á establecerse en la mencionada altura, ocupada ya por Espartero con su Estado Mayor y cuartel general, y donde tenían construída una bien trazada línea de atrincheramientos. Trabóse, pues, el combate, que principió Zurbano, dando una carga la escolta del general en jefe; y cuando llegó la división de la *Guardia*, sostuvo el ataque, continuando el fuego hasta la caídá de la tarde, en que las tropas liberales se replegaron al sitio donde se había establecido el campamento, habiendo sufrido los carlistas bastantes bajas, particularmente el segundo bata-

llón de Alava. Pasóse la noche en constante alarma, bajo el continuo fuego de la artillería enemiga, que aproximándose al campo ocasionó tal espanto en los caballos en el momento que se estaba dando pienso, que se dispersaron en todas direcciones, atropellando á las masas y produciendo el desorden consiguiente, aunque, por fortuna, duró poco, pues el coronel de húsares de la *Princesa* tuvo la feliz inspiración de hacer que la banda de trompetas repitiese el toque de pienso, con lo cual fueron acudiendo los caballos al oír los clarines, y se recogieron todos menos veinte.

Dos baterías construídas aquella noche en la altura de Larrea, rompieron el fuego al amanecer del 20 sobre el castillo de Ulizarra, cuyos muros, de considerable altura y revestidos de piedra de sillería, presentaban mucha solidez. Era, por lo tanto, sumamente difícil abrir brecha en ellos á la distancia á que estaban situadas las baterías, y conociéndolo el general Espartero, aprovechó el entusiasmo de sus tropas, impacientes por mostrar su valor. Organizóse, pues, incontinenti la columna de asalto con los dos batallones de *Luchana* y muchos voluntarios de otros cuerpos, y acompañada de un oficial de Estado Mayor con algunos zapadores provistos de hachas, picos y escalas, llegó á la contraescarpa con muy pocas pérdidas, cubierta por los accidentes del terreno, y saltó al foso, tratando los soldados liberales de escalar el muro; mas no pudieron alcanzar tan siquiera el cordón, y entonces, sufriendo un diluvio de piedras, granadas de mano y frascos de vidrio llenos de pólvora que les arrojaban los defensores, los cuales para anunciar su resolución de perecer antes que rendirse enarbolaron dos banderas, una negra y otra roja, se dedicaron los asaltantes á agrandar con los picos y las bayonetas los agujeros hechos por la artillería. No bastando tan ímprobo y peligroso trabajo para derribar el revestimiento, y comprendiendo además Espartero sería todo infructuoso por el gran espesor del terraplén, dispuso se colocase una batería rodada de á cuatro en la contraescarpa, operación arriesgada y difícil que no pudo llevarse á cabo por completo, pues no fué posible conducir hasta allí, y aun así á fuerza de brazos, mas que una sola pieza á cargo del valiente oficial de artillería D. Manuel Alvarez Maldonado, que se distinguió sobremanera en tan peligrosa empresa. Situada al mismo tiempo la batería de obuses á lomo frente á la puerta para derribarla, desmayó ya el enemigo y franqueó la entrada en el castillo, del que tomaron posesión los sitiadores, respetando á los vencidos, á pesar de los insultos que les habían éstos dirigido antes y de las muchas bajas que les habían ocasionado. El comandante de *Luchana* D. Miguel Osset fué promovido á coronel efectivo sobre el mismo campo de batalla, y el regimiento fué recompensado más adelante con la corbata de San Fernando para sus

banderas, recibiendo además sus oficiales y soldados una cruz de distinción por Real orden de 6 de enero de 1839 (1).

Tomado el castillo de Peñacerrada, quiso intimar el general en jefe el mismo día 20 la rendición á la plaza; mas envalentonados sus defensores con la presencia del ejército enemigo al mando del general Guergué, recibieron á tiros al coronel de Estado Mayor que iba como parlamentario. Para preparar, pues, el ataque, se establecieron sobre Payueta 12 compañías de la *Princesa* y un escuadrón de húsares, protegiendo la artillería de campaña, y el día siguiente 21, mientras el coronel Zurbano se dirigía á Vitoria en busca de un convoy de viveres y municiones, se atrincheró un campo próximo al castillo, entre éste y la plaza, con el objeto de resguardar los parques, y se establecieron por la noche las baterías de brecha. Estas rompieron el fuego á las seis de la mañana del 22; mas escaseando las municiones, cuya necesidad no remedió la llegada de Zurbano pues trajo muy pocas, por no haberlas tampoco en Vitoria, á las tres de la tarde no se había conseguido aún abrir brecha practicable en ninguno de los puntos á que se dirigían los disparos. En situación tan crítica, frente á una plaza respetable y ante un ejército numeroso y aguerrido, que todo el día, desde las diez de la mañana, se presentaba provocativo y amenazador, habiendo llegado su osadía hasta ocupar el pueblo abandonado de Baroja, comprendió Espartero era ya necesario dar un ataque decisivo á los carlistas, y después de hacer recuperar dicho pueblo (2), formó en masa seis batallones de la *Guardia Real* y uno de la 3.^a división, con sus compañías de cazadores desplegadas al frente, la batería de carril estrecho y la de á lomo detrás del centro, y toda la caballería á retaguardia de los costados, dejando algunas fuerzas en reserva. El conde de Luchana manda entonces con arrogante voz armar bayoneta, y al paso de carga, tocando ataque todas las bandas y músicas, rompe la marcha la falange liberal, dirigiéndose con el mayor entusiasmo sobre las posiciones enemigas. Rómpele por una y otra parte terrible fuego, de metralla la artillería y por descargas los batallones; acomete la caballería carlista á las guerrillas, y creyendo el momento oportuno, se precipita don

(1) Se componía de cuatro aspas esmaltadas de color de ceniza, unidas á un círculo de esmalte rojo con filete de oro, y en el centro un castillo del propio metal, cruzando los espacios de las aspas dos cañones en oro.

(2) El escuadrón de la *Princesa* que tomó parte en el combate, tuvo herido á su comandante el teniente coronel D. José Lemery y muerto el joven oficial don **Manuel Cardón**, que herido y prisionero fué fusilado en el acto por los carlistas, los cuales le hicieron sufrir por rara coincidencia la misma suerte que á sus desventurados padre y abuelo.

Juan Zavala con sus escuadrones de la *Princesa* por los claros que deja la infantería, dando una brillante carga, dirigida por el mismo Espartero, en la que arroja cual torrente desbordado cuanto encuentra á su paso, decidiendo la victoria (EPISODIO). Las tropas de D. Carlos huyeron aterradas, dejando á los pies de los jinetes de Zavala más de 300 cadáveres y 700 prisioneros, además de cuatro piezas de artillería con sus tiros y los carros de municiones correspondientes, armas, bagajes, caballos y multitud de efectos que abandonaron en su precipitada fuga. La guarnición de Peñacerrada, considerando imposible ya la resistencia, abandonó el mismo día la plaza, y con ella la artillería y almacenes de municiones y vituallas, que pasaron inmediatamente á poder de los vencedores. Murió gloriosamente el capitán auxiliar del Estado Mayor D. Rafael de la Cueva.

Episodio.—Al regresar al campo el bravo coronel ZAVALA, cubierto de sangre y polvo, colgando todavía de su muñeca el sable que con tanta bizarría había esgrimido, corrió Espartero á abrazarlo, diciéndole que *consideraba mayor honor vestir el uniforme de húsar que los entorchados de general*, y entonces los húsares correspondieron á aquella delicada distinción del general en jefe aclamándolo por su coronel (1). También el veterano y respetable brigadier Puig Samper, que mandaba una brigada de la *Guardia*, volvióse á sus soldados, testigos de aquel heroico y glorioso hecho, y descubriendo la cabeza encanecida en el servicio de la patria, les dijo: *Soldados, yo me honro besando la mano de este valiente*, y lo hizo profundamente conmovido. Los húsares de la *Princesa* engalanaron su estandarte con la tercera corbata de San Fernando; el coronel ZAVALA fué ascendido á brigadier, y los demás jefes y oficiales y tropa fueron también debidamente recompensados, mereciendo que el inspector general de Caballería citase á todos en una orden general, ensalzando su conducta. Distinguiéronse notablemente el capitán de tiradores DON GABRIEL MORÁN, el teniente D. DOMINGO DE LEÓN Y FALCÓN y el batidor DON FRANCISCO TORRIJO.

1847. **Episodio de la guerra civil.**—Una columna del regimiento de *Zaragoza*, á las órdenes del comandante de dicho cuerpo D. FULGENCIO SCHMID, y diez caballos de *Santiago*, operaba activamente contra las facciones carlistas por el partido de Valls. Habiendo sabido dicho jefe que el enemigo, con fuerzas considerablemente superiores á las suyas, se encontraba en Pont de Armentera, marchó resueltamente á su encuentro, sin contar su número, fiado sólo en la disciplina é intrepidez de las

(1) Zavala hizo la súplica de que se concediese al conde de Luchana el nombramiento de coronel honorario del regimiento, á lo que accedió la Reina por Real orden de 3 de julio, siendo aquél nombrado coronel titular del expresado cuerpo. Entonces Zavala le regaló el uniforme.

tropas á sus órdenes, y aunque todas las ventajas estaban de parte de los carlistas, entablaron animosos el combate los liberales, decidiendo la victoria el denuedo de las compañías cuarta del segundo batallón y primera y segunda del primero, briosamente secundadas por los granaderos del propio cuerpo y los diez caballos de *Santiago*. Distinguíéronse por su relevante valor los tenientes D. JOSÉ FONS y D. FERMÍN ALEGRÍA, y el sargento JOSÉ MAYOR, que formando parte de la vanguardia, se dejaron llevar imprudentemente de su excecivo arrojo al acometer al enemigo, quedando aislados y envueltos. Lejos de desmayar en su desesperada situación, permanecieron sordos á las intimaciones que les hacían sus adversarios para que se rindiesen, continuando defendiéndose á tiros y á pedradas hasta que al avanzar la columna después de ruda pelea fueron arrojados los rebeldes de sus posiciones y salvados aquellos valientes.

Al comandante D. FULGENCIO SCHMID le fué concedida, previo juicio contradictorio, la cruz laureada de San Fernando, disponiendo el inspector general de Infantería se hiciese conocer el brillante hecho de armas realizado por el regimiento de *Zaragoza* á todos los demás cuerpos del arma.

1866. Sangrienta jornada del veintidós de junio. En la madrugada de dicho día estalló en Madrid una formidable insurrección, la más sangrienta que registran los anales de nuestras tristes discordias civiles. Iniciado el movimiento revolucionario al toque de diana en el cuartel de San Gil por el regimiento á caballo, 5.º á pie y un batallón del 6.º, todos de artillería, con horrible matanza de sus jefes y oficiales, fué secundado en diferentes puntos de la capital por algunos miles de paisanos armados, uniéndose tan sólo á los artilleros de San Gil un corto número de soldados y clases de los regimientos de infantería del *Príncipe* y *Asturias*, acuartelados en la Montaña (1). Los sublevados sacaron hasta 1.200 hombres y 30 piezas de artillería; se fortificaron en la plaza de San Marcial y alrededores del cuartel, y destacaron algunas fuerzas á la Puerta de Bilbao y calle de Fuencarral, plaza de Santo Domingo y calles inmediatas, llegando por la de Preciados hasta muy cerca de la Puerta del Sol, para ocupar el ministerio de la Gobernación, donde la guardia del principal, compuesta de media compañía del *Príncipe* á las órdenes del capitán don

(1) Algunos sargentos de dichos regimientos trataron desde las primeras horas de la mañana de arrastrar los soldados á la rebelión; pero sus jefes y oficiales pudieron contener oportunamente el movimiento con grave riesgo de su vida, yendo á unirse con los artilleros sólo un corto número de clases é individuos de tropa. También en el cuartel de San Mateo, ocupado por el regimiento de *Burgos*, no habiéndose presentado los oficiales comprometidos, pudieron los leales, revólver en mano, formar las compañías y prender á los sargentos.

Luciano de Castro, recibió á los insurrectos con un vivo fuego de fusilería, defendiendo el puesto hasta que llegaron otras tropas.

Al enterarse el jefe del gobierno D. Leopoldo O'Donnell de tan graves sucesos, hizo avisar á los generales que más cerca vivían (1) y se dirigió desde el palacio de Buenavista á la Puerta del Sol, desde donde, dispersados los artilleros insurrectos de la calle de Preciados por las primeras fuerzas que llegaron (2), y asegurada la posesión de tan importante punto estratégico, confiado al general Córdova, continuó después el general O'Donnell por la calle del Arenal á la plaza de Oriente, para restablecer las comunicaciones entre el Prado y el Real Palacio, cuya guardia, puesto á su frente el general Zavala, se habia aprestado á la defensa del regio alcázar, rompiendo desde luego el fuego contra los insurrectos. Establecidas convenientemente las tropas leales en la calle de Bailén y Caballerizas, se disponían á atacar el cuartel de San Gil, mientras otras fuerzas emprendían el ataque de la plaza de Santo Domingo; mas no conociéndose el espíritu de las tropas acuarteladas en la Montaña, brindóse el duque de la Torre á ir á dicho cuartel, incomunicado por los revoltosos, lo que efectuó dando un gran rodeo por las afueras, seguido tan sólo de un ayudante y dos ordenanzas, y ya en dicho edificio, formó Serrano los regimientos, arengó á los soldados con sentidas frases, les comunicó su entusiasmo, y seguro de su fidelidad, los lanzó al ataque de San Gil. A la señal convenida con el duque de Tetuán para dar principio al ataque, los gastadores del *Príncipe* derribaron la puerta trasera del cuartel, y mientras el general Zavala, marqués de Sierra-Bullones,

(1) Al presentarse el duque de la Torre, le dijo el de Tetuán: *Señor duque de la Torre, hoy es día de morir por la Reina; y contestó Serrano: No, mi general; hoy es día de triunfar por la patria.*

(2) Las primeras piezas que por aquella parte rompieron el fuego de artillería contra los sublevados, fueron las de la primera sección de la 1.^a batería del 1.^{er} regimiento montado, mandada por el teniente D. Eusebio Sanz. Dicho regimiento, que tanto se distinguió en los sucesos de aquel día, era el único del arma que habia disponible en Madrid, pues el 4.^o, acantonado en Alcalá, no llegó á Madrid hasta por la tarde.

Un grupo de 50 artilleros á caballo, que en el estado más desastroso bajaban desordenadamente por la calle de la Montera hacia la Puerta del Sol, fué detenido por el teniente coronel de su regimiento D. Clemente Velarde, el cual se adelantó hacia ellos, dándoles las voces de mando para hacer alto y echar pie á tierra, que obedecieron sin titubear, reconociendo su autoridad, y luego fueron conducidos á los sótanos del ministerio de la Gobernación sin más escolta que dicho jefe y el capitán Cabello. Aquél murió el 19 de septiembre de 1886, asesinado por los sublevados en otra insurrección militar.

desembocaba por la calle de Bailén en la plaza de San Marcial, vomitando metralla los cañones de una y otra parte, el coronel Chacón penetraba á viva fuerza en San Gil por su espalda con los soldados de dicho cuerpo, los cuales, llenos de honroso ardimiento, lo llevaron todo á sangre y fuego, desde el piso bajo hasta las mismas bohordillas, donde todavía se hicieron fuertes y se defendieron desesperadamente los más tenaces y valientes de los insurrectos, hasta ser desarmados ó muertos por los soldados del *Príncipe*.

Dueñas de San Gil las tropas leales, quedaba por dominar la insurrección del paisanaje, que, aun cuando menos temible que la militar, no dejaba de ser imponente por el gran número de barricadas levantadas con toda libertad en la parte norte y sur de Madrid durante la lucha anterior. Las de la primera zona abarcaban una gran extensión (1), llegando ya hasta la calle del Barquillo, y por la de la Montera hasta más abajo de la Red de San Luis, desde donde se hacía fuego de fusilería contra las fuerzas situadas en la Puerta del Sol; pero dirigidas en seguida contra aquella parte dos fuertes columnas al mando del marqués del Duero y duque de la Torre, respectivamente, convergieron hacia la plazuela de San Ildefonso, donde fué muy empeñado el combate, desbaratando á cañonazos cuantas barricadas encontraron en su camino, si bien á costa de bajas numerosas, mientras algunos escuadrones guiados por el general Pavía caían por las afueras sobre el considerable grupo de insurrectos situado en la Puerta de Bilbao, al mando del general Contreras, los cuales fueron arrollados y dispersos, perdiendo 100 prisioneros entre artilleros y paisanos y las cuatro piezas que allí tenían. Entonces se formaron otras tres columnas destinadas á sofocar la insurrección en los barrios del sur (2), poniéndose á su frente el capitán general de Madrid D. Isidro de Hoyos, marqués de Zornoza, el marqués del Duero y el duque de la Torre, cuyas fuerzas marcharon en distintas direcciones y sostuvieron rudos combates hasta dejar completamente pacificada la capital.

El número total de bajas, entre muertos y heridos, se aproximó á 1.000,

(1) Había barricadas en las calles Ancha de San Bernardo, de Jacometrezo, Tudescos, Luna, Silva, Puebla. Corredera baja de San Pablo, plazuela de San Ildefonso, Barco, Fuencarral, Hortaleza, San Marcos, Gravina, Arco de Santa María y otras afluentes.

(2) Por esta parte había innumerables barricadas en las calles de Toledo, Segovia y afluentes á ellas y á las plazas de la Cebada y del Progreso, así como en la de Antón Martín, calle de Atocha y demás inmediatas, avanzando los insurrectos hasta las calles de San Agustín, Baño, Lobo y Príncipe, desde algunas de las cuales sostuvieron el fuego contra los soldados situados en la Carrera de San Jerónimo.

más de la mitad pertenecientes á las tropas leales. En la plaza de Santo Domingo cayó gravemente herido, atravesado de un balazo, el brigadier D. Joaquín Jovellar, á quien se concedió el empleo de mariscal de campo; fueron heridos también los generales Narváez, Quesada y conde de la Cañada; el marqués de Zornoza perdió dos caballos en la refriega, y uno el ayudante del duque de Tetuán, marqués de Ahumada, habiéndose distinguido en diferentes puntos los generales marqués de Novaliches, de la Habana, conde de Cheste, D. Enrique O'Donnell, Ros de Olano, Zavala, Barrenechea y Mayalde, con otros muchos jefes y oficiales, entre ellos los coroneles de los dos regimientos de ingenieros D. Ignacio María del Castillo y D. Joaquín Ruíz de Porras, que fueron promovidos al empleo inmediato, concediéndose otras recompensas bien merecidas. En aquel triste día, de infausta memoria para la patria, se batieron los soldados con valor, pródigos como siempre de su sangre: los unos, esclavos del deber, en defensa de las instituciones, el orden y la disciplina, los tres grandes ideales del ejército; los otros, seducidos con promesa de empleos los sargentos, ó arrastrados inconscientemente por el terror los infelices soldados, para servir de escabel á políticos ambiciosos que habían de abandonarlos en el momento del peligro, como sucede siempre en casos tales, siendo también muy contados los jefes y oficiales que se pusieron al frente de la insurrección, de los muchos que había comprometidos.

No se hizo esperar el terrible, pero merecido castigo, de los que faltaron á sus sagrados juramentos y asesinaron villanamente á sus jefes y oficiales, cubriendo de fúnebre crespón las banderas de la patria. El 25, tres días después, fueron fusilados 21 sargentos, y el 7 de julio se llevaban ejecutados hasta 66 sargentos, cabos é individuos de tropa, siendo otros destinados á presidio. ¡Triste expiación de un lamentable momento de extravío!

Episodios.—Los jefes y oficiales de artillería borrarón cumplidamente con su sangre y con su heroísmo la mancha arrojada por los regimientos sublevados sobre el buen nombre del cuerpo, encontrando muchos de ellos un fin glorioso, digno de eterna recordación (1).

En el cuartel que ocupaba el regimiento á pie, que fué donde se inició el movimiento, se presentaron á la puerta del cuartel de banderas, momentos después del toque de diana, un pelotón de sargentos y cabos, y apuntaron sus carabinas á los oficiales, diciendo: *El que se mueva muere*. A esta voz, levantóse sobresaltado el teniente de guardia **D. Juan Martorell**, que era el que estaba más próximo, para enterarse por sí de lo que sucedía, y sin que precediese por su parte agresión algu-

(1) Los detalles que siguen han sido redactados en presencia de documentos y datos oficiales sobre dichos sangrientos sucesos.

na, cayó al instante sin vida. Entonces el capitán **D. Ricardo Torreblanca** y el teniente **D. JUAN MONTOTO** se lanzaron sable en mano sobre los rebeldes, que haciendo una descarga derribaron muerto al primero y gravemente herido de bala y varios bayonetazos el segundo, retirándose acto seguido los agresores, horrorizados quizás de su detestable y espantoso delito (1); mas salió tras ellos el comandante **D. Joaquín Valcárcel**, que se dirigió al patio, donde arengó valiente y enérgicamente á su tropa, tratando de reducirla á sus deberes, en cuyo heroico empeño perdió la vida. El coronel **D. Federico Puig** trató también, con el mismo objeto, de salir al patio por una puerta de escape; mas guardada ésta por los insurrectos, le hicieron algunos disparos á través de la puerta, hiriéndole en un costado, y saliendo entonces por la puerta principal para dirigirse al inmediato cuartel del regimiento á caballo, un sargento de su mismo cuerpo lo dejó muerto de un tiro en la sien.

En el cuarto de estandartes de dicho cuartel, se encontraban al toque de diana los oficiales de guardia capitán **D. MARIANO FERNÁNDEZ DE HENESTROSA** y **D. EUGENIO TORREBLANCA**. El primero, sin haber notado en toda la noche, en las vueltas que dió por el cuartel, síntoma alguno precursor de las terribles escenas que iban á ocurrir, alarmado por haber oído sonar un tiro, salió á informarse, y sospechando lo que pasaba, corrió á prevenir á Torreblanca, disparándole entonces el sargento de guardia **Pedro Bastarrica** un tiro de revólver por la espalda, que no le dió; mas un segundo disparo de Bastarrica, hizo caer gravemente herido á Torreblanca que acudía revólver en mano (2). El capitán Henestrosa, ileso milagrosamente de los otros disparos que le hicieron Bastarrica y otro sargento, habiendo perdido de vista al primero, que se metió huyendo por las cuadras, volvió á la guardia, y encontrándola animada del mejor espíritu, encomendóla la defensa de la puerta, cuya llave conservaba todavía en su poder; recorrió en seguida los dormitorios, asegurándose de la fidelidad y obediencia de la tropa, incluso algunos sargentos, entre ellos los de su escuadrón **D. Diego Merino** (3), **Juan Farrapeira** y **Manuel del Barrio**, que le prometieron todos cumplir con su deber, dándole muestras de cariño y respeto; bajó otra vez á la guardia, dedicándose con el mencionado Farrapeira y otros dos ó tres artilleros á embocar un cañón hacia la plaza de San Marcial contra los artilleros á pie; mas calculando que en aquellas circunstancias no era prudente abrir la puerta del cuartel, desistió de su intento, y gracias á su energía y valor habría indudablemente conseguido el bravo capitán mantener el regimiento obediente

(1) Se ha dicho que los sargentos tenían orden de respetar la vida de sus jefes y oficiales, *desarmándolos y dejándolos amarrados* en el cuerpo de guardia. Todo militar que aliente en su alma el sentimiento del honor, juzgará si oficiales dignos y pundonorosos pueden sufrir impasibles, humillación y deshonra semejantes. Aquella orden, si es que existía, era, pues, puramente oficiosa é irrealizable á todas luces.

(2) En 1890, el comandante **D. Pedro Bastarrica** moría ajusticiado en Santa Cruz de Tenerife por el delito de asesinato.

(3) Fué, no obstante, fusilado también dicho sargento, alférez efectivo, por haberse probado estaba en connivencia con los sublevados.

y sumiso á sus órdenes, á no haberse visto acometido por los sublevados del cuartel inmediato á los que Bastarrica había facilitado la entrada por una ventana que daba á una de las cuadras del regimiento á caballo. Aquéllos exigieronle la llave, que no quiso entregar; y perseguido á balazos, trató aún de oponerse á los invasores, reuniendo á su lado alguna fuerza para hacerles frente; pero acobardados los suyos por estar armados sólo de sable, cuando los artilleros á pie lo estaban con carabina, vióse impotente para contener á éstos y tuvo que refugiarse en un dormitorio donde el artillero JUAN RUBIO CORRAL, arrojando el grave peligro que podía acarrearle su noble y generoso proceder, logró ocultarlo breves momentos á los ojos de sus perseguidores, librándole de una muerte cierta (1) y aplacando el furor de aquéllos, en términos de conseguir fuese tratado su capitán con el mayor respeto y aun protegido contra otros de los sublevados, acompañándolo al cuerpo de guardia del regimiento á pie, en cuyo punto permaneció con su coronel D. Joaquín Espinosa (2), el capitán del propio cuerpo D. José Gallego y otros oficiales del ejército, hasta que entrando una compañía del *Príncipe* por la ventana antes citada, pudieron abrir la puerta al general Serrano y coronel Chacón, á los que se unieron Gallego y Henestrosa armados de fusil, peleando valerosamente hasta conseguir hacerse dueños del cuartel con las demás fuerzas que concurrieron al ataque.

No menos valiente, aunque sí menos afortunado, el comandante **D. Joaquín Cadaval**, del regimiento á caballo, acudió desde la oficina, donde había pasado la noche con el teniente D. Jacinto Porta (3), y oponiéndose con la mayor energía y denuedo en el patio del cuartel á los artilleros insurrectos, cayó gloriosa y mortalmente herido. Entonces un sargento, cobarde y villano, se dirigió á él, le prodigó insultos groserísimos que no merecía, pues era sumamente bondadoso, y lo remató de un balazo de revólver en la cabeza, despojándole sacrílegamente de una cruz y una sortija que tenía puestas, reliquias del mártir que un amigo suyo pudo hacer llegar como triste recuerdo á manos de su atribulada viuda.

*Fuera del cuartel murieron también como buenos el veterano coronel, secretario de la Dirección general, **D. José Balanzat**, en la calle de Jacometrezo, al encontrarse con un grupo de insurrectos y afean su conducta, siendo rematado cruelmente á golpes con una palanca de dirección, y el comandante **D. Emilio Escario** en la esquina de la calle de Leganitos, por no querer dar vivas subversivos, á pesar de sus ideas liberales, que conocían algunos de los sublevados.

En la plaza de Santo Domingo se distinguieron: el capitán del 1.^{er} regimiento montado (hoy 1.^o *divisionario*) **D. José Fontes**, quien valiente y pundonoroso,

(1) El honrado y leal artillero JUAN RUBIO CORRAL era natural de Ganzo, junto á Torrelavega, provincia de Santander. Al penetrar en San Gil el duque de Tetuán, le concedió en el acto la licencia absoluta y una cruz con pensión vitalicia.

(2) Acudió desde su pabellón, al que se había retirado al amanecer, y al ver el peligro que corría, un trompeta llamado MIRAFUENTES se puso de su parte, y no se separó de él hasta dejarlo en el cuerpo de guardia expresado.

(3) Le auxilió eficazmente para salvarle la vida un brigada llamado GARAICOHEA.

avanzó con la primera sección de su batería, desde la calle de Preciados, sólo para dar ejemplo y que viesen sus subordinados que marchaba el primero al sitio del peligro (1), recibiendo una grave herida, de cuyas resultas murió aquel mismo día; el teniente que mandaba dicha sección, D. FÉLIX BERTRÁN DE LIS, el cual colocó las piezas á brazo y al descubierto á la altura de la calle Ancha de San Bernardo, á menos de cien pasos de las posiciones que ocupaban fuerzas muy superiores de los insurrectos parapetados, consiguiendo apagar su fuego, con pérdida de más de la tercera parte de la tropa que mandaba, acción heroica recompensada después con la cruz laureada de San Fernando (2); el capitán D. LUIS DE ARISTEGUI, CONDE DE MIRASOL (3), que perteneciendo al regimiento á caballo se unió á la sección expresada, y fué también gravemente herido, estando contenido y animando á dos compañías de cazadores con el teniente coronel del 6.º regimiento á pie D. LUIS BUSTAMANTE; y el teniente D. LUIS FERNÁNDEZ DE HENESTROSA, que se portó también con la mayor bravura.

El capitán D. José Fernández de Henestrosa, destinado en la escuela de tiro del Pardo, fué del mismo modo víctima de su pundonor, pues en lugar de presentarse en la Dirección general como individuo de la plana mayor del distrito, montó á caballo y se unió al general Serrano, y en la calle de la Luna, esquina á la de San Roque, le hirieron desde una ventana baja del palacio del conde de Sástago, de cuyas resultas murió el 18 de julio, en que sufrió la amputación de un brazo. En los sucesos de 1856 había sido también herido en una pierna al apuntar en la Plaza Mayor una pieza hacia la calle de Toledo.

El capitán D. JUAN DE MESA, del 1.º regimiento montado (hoy 1.º *divisionario*), se colocó con dos piezas en medio de la calle de Bailén, esquina al ministerio de Marina, y á pesar del fuego horroroso de cañón y de fusil que le hacían los sublevados, consiguió á los primeros disparos desmontar una pieza enemiga; avanzó luego las piezas á brazo hasta la misma plaza de San Marcial, á la altura de la escalinata de la calle de Mira el Río, apagando el fuego de otras dos piezas, y continuó el combate, habiendo recibido varias heridas y contusiones, sin querer por esto retirarse hasta que fué tomado el cuartel de San Gil; cuyo resultado *se debió principalmente á sus acertadas disposiciones, á su intrepidez y bizarria y á lo certero de sus fuegos* (4), si bien experimentó la pérdida de más de la mitad de su fuerza, siendo recompensado tan heroico comportamiento con la cruz laureada de San Fernando; además recibió el empleo inmediato, como todos los heridos.

(1) Lo hizo espontáneamente, sin mira ambiciosa alguna ni otro estímulo que el sentimiento del deber y del honor; pues entonces no prevenía el reglamento el sitio que debía ocupar el capitán cuando se fraccionaba la batería, y además tenía pedida con anterioridad su licencia absoluta.

(2) Tan modesto como valiente, no quería en modo alguno solicitar dicha cruz, creyendo no había hecho más que cumplir estrictamente con su deber.

(3) Este distinguido oficial murió villanamente asesinado, veinte años después, en otra insurrección militar.

(4) Acordada del Consejo supremo de Guerra y Marina, de 28 de marzo de 1867.

Día 23.

1658. **Sitio de Dunkerque** (GUERRA CON FRANCIA).—En la primavera de dicho año, el ejército francés al mando del célebre vizconde de Turenna, auxiliado por 6.000 ingleses, emprendió el sitio de Dunkerque, cerrando las comunicaciones marítimas una escuadra inglesa de 20 navíos que llevaba á bordo otros 6.000 soldados. Luis XIV en persona fué á animar con su presencia á las tropas sitiadoras. El ejército español acudió á hacer levantar el sitio, estableciendo su campo á tres cuartos de legua de la plaza; pero derrotado completamente en la batalla de las Dunas (v. 14 JUNIO), sus heroicos defensores tuvieron que capitular nueve días después, el 23 de junio, á los dieciocho días de abierta la trinchera. El gobernador murió el mismo día de la capitulación, y los 800 veteranos que quedaban, al saber que tenían que quedar prisioneros, se desbandaron tratando de ponerse en salvo á través de los pantanos é incorporarse al ejército; algunos lo consiguieron, pero muchos de ellos fueron hechos prisioneros.

A la pérdida de Dunkerque siguió la de Furnes el 26 de julio, como también la de Dixmude el 4 de agosto; y sitiada en este mismo día la de Gravelines, tuvo que rendirse el 30.

1814. **Capitulación de Montevideo** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE BUENOS AIRES).—Los insurrectos de Buenos Aires pusieron sitio por tercera vez á la plaza de Montevideo, y derrotada el 16 de mayo de 1814 la escuadra española por la del aventurero inglés Brown, empezaron á escasear los víveres. En su consecuencia la guarnición, formada por unos 4.000 hombres de los regimientos de *León, Albuera, Madrid, III Americano y Lorca*, un escuadrón de granaderos á caballo y una sección de artillería, cuyas fuerzas habían quedado reducidas á 1.200 hombres, tuvo que capitular el 23 de junio, siendo los prisioneros conducidos á Buenos Aires, donde sufrieron toda clase de insultos, empleándolos el brutal gobernador en barrer las calles, los cuarteles, los calabozos y los lugares más inmundos sin distinción de clases ni categorías.

1835. **Acción del puente de Castrejana** (GUERRA CIVIL).—En las operaciones llevadas á cabo por las tropas liberales para hacer levantar el sitio que los carlistas tenían puesto á Bilbao, las divisiones de los generales Latre y Espartero se dirigieron el 21 desde Valmaseda á Portugalete, de donde salieron al día siguiente para Burceña, con el objeto de

practicar algunos reconocimientos sobre las fuerzas y posiciones del enemigo, acampando en dicho punto y sus inmediaciones. Establecida la brigada que mandaba D. Ramón Castañeda, coronel del *Provincial de Segovia*, en las alturas inmediatas al puente de Castrejana, fué atacada á la una de la tarde por los carlistas, que pasaron el río por el puente y vadados inmediatos, arrojándose sobre las estancias de los liberales. Estos se defendieron con bizarría hasta que fueron socorridos por Espartero, que acudió desde Burceña á los primeros tiros, con los batallones de *Almansa*, y entonces fué el enemigo rechazado y batido completamente, sufriendo pérdidas de consideración al repasar el río los fugitivos y dispersos. Pero animados con la presencia de Espartero los batallones provinciales de *Betanzos* y *Segovia*, el primero de *Borbón* y las compañías de granaderos y cazadores del segundo, que componían la brigada Castañeda, empeñaronse con imprudente ardor en atacar desventajosamente las posiciones de los carlistas, defendidas, al lado opuesto del río, por dos casas fuertes y varias líneas de parapetos, con fuerzas considerables provistas de artillería. Fué el primero en lanzarse al puente, llegando hasta la casa fortificada, el bravo coronel de *Betanzos* **D. Benito Menacho** al frente de la tercera compañía de su regimiento, con el capitán D. Baltasar Ortiz y el subteniente abanderado D. Nicasio Pimentel; mas su temerario arrojó tuvo el más funesto resultado, pues fueron todos muertos ó heridos, quedando muchos de éstos, con el coronel Menacho, tendidos sobre el puente, sin que unos ni otros se atreviesen á ir á recogerlos. Esta desgracia bastó para que se desistiese de nuevo ataque, continuando sólo un vivo fuego de fusilería hasta que se hizo de noche. Entonces fueron recogidos todos nuestros muertos y heridos del puente, y el coronel **Menacho**, atravesado el pecho por una bala de fusil, falleció de sus resultas algunos días después (1). Al día siguiente se retiró de nuevo el general Latre con las dos divisiones á Portugaleta.

Día 24.

1098. **Conquista de Murviedro** (GUERRAS DEL CID CAMPEADOR).— Mandaba en dicha plaza el wali de Albarracín, señor de ambos puntos, quien habiéndose dirigido inútilmente á Alfonso VI de Castilla y León, al conde de Barcelona y al emir de Zaragoza Almostain, implorando su auxilio, tuvo que rendirse al terminar los plazos que sucesivamente le fué concediendo el Cid.

(1) Era hijo del general Menacho, muerto gloriosamente en la plaza de Badajoz, en 1811, por la independencia patria.

1120. **Conquista de Calatayud.**—La llevó á cabo el rey de Aragón Alfonso I *el Batallador*.

1821. **Batalla de Carabobo** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE COLOMBIA).—Mientras el general Latorre recuperaba á Caracas, que había tenido que abandonar el brigadier Correa, derrotado por los independentes, el general Cedeño se dirigió á marchas forzadas sobre San Carlos en los primeros días de junio, y apoderándose del pueblo, fijó en él Bolívar su cuartel general. Amenazados de este modo los realistas, dispuso Latorre la concentración de sus tropas en la llanura de Carabobo, hacia cuyo punto emprendió la marcha Bolívar el 22, haciendo prisionera la vanguardia española situada en Tiñaquillo, á cuatro leguas del campamento; y después de pasar revista el 23 en la llanura de Taguanes á más de 7.000 hombres (5.500 infantes y 2.100 caballos), que desfilaron en columna de honor por delante del general en jefe, vistiendo por primera vez de gala, y á los acordes del himno popular, continuaron el 24 la marcha las tropas separatistas en dirección á Carabobo. Latorre avanzó por la llanura donde tenía establecido su campamento, que dejó custodiado por corto número de tropas, y formó su ejército, fuerte de 4.200 infantes y 1.400 caballos con 6 piezas de artillería, en orden escalonado, á la salida del desfiladero de Buenavista, por el que forzosamente tenía que pasar el enemigo. El primer batallón de *Valency* (hoy cazadores de la *Unión*) desplegó en batalla frente al camino de San Carlos á Valencia; la artillería, á su derecha; los cazadores de *Hostalrich* y *Barbastro*, escalonados sobre el mismo flanco, con los húsares de *Fernando VII*; á la izquierda los dos batallones del *Infante*, escalonados también, dominando el camino del Pao, con el regimiento de caballería *Carabineros de la Unión*, y á retaguardia del centro, en reserva, el regimiento de infantería de *Burgos*, con seis escuadrones, á cargo del brigadier Morales.

Bolívar descubrió desde las cumbres de Buenavista, que no había cuidado de ocupar Latorre, la situación de su contrario. Considerando imposible un ataque de frente, y muy difícil y expuesto por su derecha, pues había que dar para ello un gran rodeo que no habría dejado de llamar la atención de los españoles, además de que las dificultades del terreno, cubierto de maleza, habrían desorganizado las tropas en el crítico momento de desembocar en la llanura, encargó á varios jefes reconociesen escrupulosamente los alrededores, cuya operación dió por resultado descubrir una senda poco conocida y casi impracticable que conducía á la llanura sobre el flanco derecho de Latorre. Inmediatamente dispuso Bolívar el ataque por dicho lado, al que se dirigió una brigada precedida

por los zapadores de todos los cuerpos para abrir paso á la caballería, mientras otra brigada hace ademán de atacar resueltamente el frente de los realistas. Al aparecer inopinadamente, después de penosísimos esfuerzos, la infantería colombiana en la cima de la colina próxima á la derecha española, rompieron sobre ella el fuego las guerrillas de *Barbastro* y *Hostalrich*, acudiendo en su auxilio Latorre con el regimiento de *Burgos*, en el momento en que se presentaba ya en la llanura el general Páez con el batallón de Apure, que tuvo que retroceder, defendiéndose desesperadamente de las vigorosas cargas de *Burgos*, *Hostalrich* y *Barbastro*; y cuando desordenado y roto iba ya á sucumbir, se interpuso entre dicho batallón y los vencedores el regimiento inglés *Legión Británica*, el cual había podido organizarse á la salida del bosque, y avanzando lo necesario para dejar espacio suficiente á las tropas que venían detrás, echa pie á tierra su coronel Farrión, manda arrojar al suelo los morrales é hincar rodilla en tierra, y aquellos valientes contienen con su certero fuego á las superiores fuerzas de los realistas, imponiéndose el noble y honroso deber de sacrificarse heroicamente por sus compañeros de armas. Farrión no tardó en morir gloriosamente, víctima de su valor y abnegación, lo mismo que el comandante Levy y otros muchos oficiales hasta el número de 18, teniendo que encargarse del mando el capitán Manchín, el más moderno y joven de todos; pero la generosa sangre derramada no es estéril, pues rehecho entretanto el batallón de Apure á retaguardia y auxiliado por el batallón de Tiradores, avanza de nuevo, pónese en pie lo que queda de la *Legión*, menos de la mitad de su fuerza, y dan juntos una enérgica cuanto inesperada acometida, haciendo á su vez retroceder á los realistas. Entonces iniciaron una carga los húsares de *Fernando VII* y los carabineros de la *Unión*, para proteger á los infantes y arrollar la izquierda enemiga; mas apareciendo en aquellos críticos y solemnes momentos en que se decide la suerte de Colombia los primeros escuadrones de lanceros, pónese á su cabeza Páez, y uniéndose á ellos cuantos tienen caballo, parten todos á rienda suelta, saliendo al encuentro de los jinetes de España, que no pueden sostener tan formidable choque y tienen que ceder el campo en desorden. *Burgos*, *Barbastro* y *Hostalrich* resisten con el mayor valor el rudo empuje de los caballos enemigos, cada vez en aumento, apoyados ya éstos por los batallones que van descendiendo á la llanura, y se retiran luego ordenadamente bajo el inmediato mando de Latorre, que se multiplica para animar á sus tropas, no pudiendo sin embargo impedir que *Hostalrich* pierda la formación ante las reiteradas cargas de los lanceros, para ser al momento acuchillado. *Burgos* se detiene, forma el cuadro y trata de contener á sus perseguidores; pero embestido por todas partes es del mismo modo destrozado; únicamente *Barbastro*

se mantiene en posición, infundiendo respeto á los contrarios con su firme actitud, apoyado por *Valency*, que atacado por otras tropas, ha podido salvar dos piezas. Solos aquellos dos batallones en el campo de batalla, pues los del *Infante* han sido arrollados también por los independientes, se baten desesperadamente hasta que, cargados á fondo una y otra vez por los escuadrones del enemigo y diezmados por el fuego abrasador de sus infantes, sucumbe *Barbastro* al fin, no sin haber inmolado antes en aras de la integridad de la patria un crecido número de colombianos, entre los cuales se cuenta el coronel Plaza, jefe de la *Guardia del Libertador*. Afortunadamente, *Valency* permanece incólume, sereno y denodado, y el general Latorre, al ver su bravura, le confía la salvación de los dispersos, con el honroso encargo de proteger la retirada, que llevó á cabo de un modo admirable (EPISODIO).

Episodio.—Vencido *Barbastro*, *Valency* retrocede pausadamente y se interpone entre los vencedores y los fugitivos, eligiendo posición á retaguardia entre las asperezas de una quebrada. A la voz de su jefe D. TOMÁS GARCÍA, hace certero fuego por descargas, conteniendo al enemigo, que, ciego con la victoria conseguida, se lanza imprudentemente con demasiado ardor en persecución de las tropas derrotadas. Continúa *Valency* su arrogante marcha retrógrada, y al llegar otra vez al llano, forma el cuadro, imponiendo con su fiera actitud á las tropas de Bolívar, quien irritado ante aquel freno que le impide sacar partido de su valioso triunfo, manda cargar á todos los cuerpos de caballería, precipitándose más de 2.000 lanzas sobre la valerosa legión española. Esta no pierde la serenidad ante aquella imponente masa de caballos que por todas partes le rodea y acomete, y firme é inquebrantable, descarga sus armas á corta distancia para no perder un solo tiro, hace rodar por el suelo jinetes y caballos, y prosigue de nuevo su retirada hasta llegar al escabroso camino de Valencia, donde, aprovechando los accidentes del terreno, deshace el cuadro y continúa retrocediendo por escalones como si fuese en el campo de instrucción, haciendo jugar las dos piezas salvadas del desastre; y así, rompiendo y formando el cuadro siempre que lo exigen las circunstancias, dejando atrás sangriento rastro de heridos y cadáveres, entre los que se encuentran el general Cedeno y los coroneles Mellado, Arráiz y Melián, valientes jefes enemigos que pagaron su excesivo arrojo con la vida, puede llegar *Valency* al anoecer á las primeras casas de Valencia, en las que pensaba fortificarse; mas Bolívar, que considera ya cuestión de honra abatir la enhiesta bandera de España, siempre á su vista erguida y arrogante, ha hecho adelantar parte de sus escuadrones con lo más escogido de sus batallones de granaderos y rifles montados á la grupa, y ocupado ya el pueblo, esquivo el combate *Valency* tomando por la montafia á favor de la oscuridad; y aunque, perseguido, tiene que abandonar al enemigo los heridos y la artillería, entra por fin el heroico batallón, mandado por un subteniente, en Puerto Cabello, siete leguas distante del campo donde se inició la retirada que cubrió de gloria inmarcesible á España y al hoy batallón de cazadores de la *Unión*.

1875. **Toma del castillo de Miravet** (GUERRA CARLISTA).—El 17 de junio, el general Martínez Campos puso sitio al castillo de Miravet con los cazadores de *Cataluña*, *Arapiles* y *Barcelona*, primer batallón del *Príncipe* y diez piezas de campaña, las que rompieron un fuerte cañoneo contra las obras recientemente construídas por los carlistas alrededor del fuerte; y habiendo conseguido destruirlas en su mayor parte después de haber arrojado sobre unas y otro 1.200 granadas, quedó el antiguo castillo completamente al descubierto; mas situado sobre una roca inaccesible, teniendo sus gruesos muros unos cien pies de elevación, era necesaria artillería de batir, que había pedido ya Martínez Campos, y fuerzas más considerables, para poder rendir la fortaleza. Afortunadamente, no hubo que esperar su llegada, pues el 24 por la tarde se entregaron los defensores, en número de 200, cogiendo en el castillo cuatro cañones y 156 fusiles. Las bajas fueron pocas por una y otra parte, pues las guerrillas de *Arapiles* y del *Príncipe*, convenientemente apostadas, no permitieron asomarse á las almenas á enemigo alguno, ni de día ni de noche, gracias á la claridad de la luna.

Día 25.

718. **Batalla de Covadonga** (GUERRA CON LOS MOROS).—Siete años habían transeurrido desde la desgraciada batalla del Guadalete, y la Península toda parecía sujeta al poder de los árabes. El emir Alhaur-ben-Abderraman, llamado vulgarmente El-Horr ó Alahor, que gobernaba á España á nombre del califa de Damasco, se encontraba en la Septimania gótica dedicado á la conquista de la comarca comprendida entre el Ródano y el Garona, habiéndose apoderado ya de las antiguas ciudades de Narbona y Nimes, cuando supo que en las fragosidades de Asturias se habían levantado en armas los cristianos dirigidos por Pelayo, de la sangre real de los godos y conde de los espatarios (capitán de la guardia de D. Rodrigo), que había desplegado mucho valor en la sangrienta jornada del Guadalete. El-Horr no dió importancia alguna á la rebelión, limitándose á ordenar á los generales Alkamah y Suleiman que con una parte de sus tropas redujesen á la obediencia á los astures, imponiéndoles duro castigo. Avanzaron los musulmanes con fuerzas considerables, muy superiores á las que tenía Pelayo, y se presentaron en las inmediaciones de Canicas ó Caunica (hoy Cangas de Onís), donde tenía sus reales la hueste de los primeros defensores de la libertad de España. Comprendiendo Pelayo que no podía medir allí sus débiles fuerzas con las del enemigo, retiróse sagazmente en dirección del monte Auseva, internándose en la fragosa comarca que por desfiladeros y angosturas se extiende hasta la

formidable peña de 128 pies de elevación en la que se abre la inmensa gruta llamada entonces ya Covadonga (Cueva honda), y después de dejar apostados en las alturas inmediatas, á todo lo largo de la cañada por que se desliza el Deva, los montañeses del país y grupos de ballesteros, situóse en la cueva con lo más escogido de su gente, arengóla, y esperó tranquilo, empuñando á un tiempo la espada y la cruz, símbolo de nuestra santa religión.

Internóse Alkamah confiada é imprudentemente por el angosto valle, molestado constantemente por los españoles que coronaban las cimas, y no permitiendo el terreno desplegar sus numerosas tropas, vióse obligado á atacar á los de la cueva con escaso frente. Los musulmanes dieron principio al combate arrojando espesa nube de flechas contra los cristianos, que cubiertos tras de las peñas y árboles, sufrieron escaso daño, y antes bien, rebotando aquéllas en la superficie de la roca, volvían en dirección contraria muchas de ellas, hiriendo á los enemigos. En cambio, los soldados de Pelayo hacían gran estrago por el frente y por ambos flancos en las apretadas filas de los infieles, que sin poder ofender á sus enemigos perecían allí miserablemente. Apoderóse el desaliento de los guerreros musulimes al verse en aquella situación, subiendo de punto cuando vieron caer á Suleiman; y comprendiendo Alkamah que iban á sucumbir allí todos, ordenó la retirada, tratando de ganar la falda del monte Auseva. En tan crítico momento, vino providencialmente en ayuda de los cristianos una tempestad espantosa que aumentó el terror de los supersticiosos moros, pues cayendo la lluvia á torrentes, puso el terreno resbaladizo, pareciendo á aquéllos que se hundía el suelo bajo sus plantas; y como al mismo tiempo los españoles no dejaban de arrojar sobre sus atribulados enemigos, desde lo alto de las breñas, troncos y árboles y gruesos peñascos que, rodando por la falda con ímpetu creciente, caían con gran violencia encima de aquéllos, aplastando filas enteras, trataban todos de huir de aquel lugar de horrores atropellándose unos á otros. Para aumentar su desdicha, desbordóse el Deva, y en su impetuosa corriente se ahogaron muchos, entre ellos el mismo Alkamah, que de lo contrario quizás habrían podido salvarse de las manos de los guerreros de Pelayo, los cuales les acometían ya por todas partes degollando con sus espadas á los que habían sobrevivido.

El glorioso triunfo obtenido por Pelayo llenó de entusiasmo á los españoles, que sobre el mismo campo de batalla proclamaron rey á su insignie caudillo en la llanura llamada desde entonces de *Re-Pelayo*, jurándole como tal los soldados, los magnates y el pueblo en el desde entonces histórico *Campo de la Jura*. El nuevo monarca estableció su corte en Cangas de Ons, en cuya villa falleció á los diecinueve años de reinado,

después de haber conquistado casi todo el territorio que comprende hoy el principado de Asturias, como también las ciudades de León, Astorga, Tineo, Mansilla y otras menos importantes.

1593. **Pérdida de Gertruidenberg** (GUERRA DE FLANDES).—Situada dicha plaza en las bocas del Mosa, constituía una de las más importantes defensas del Brabante. Púsose sobre ella el príncipe Mauricio de Nassau, quien después de apoderarse del castillo de Estenloo, que domina los diques, levantó varios fortines alrededor de la plaza, la unió por trincheras y cortaduras, con los puentes necesarios, rompió algunos diques para inundar el terreno, colocó hasta 250 piezas en batería sobre plataformas montadas en balsas ó sobre los mismos diques para poder destruir las defensas, y efectuó otros muchos trabajos que elevaron al más alto grado la fama del talento poliorcético del ilustre caudillo de los rebeldes. Solos 1.000 hombres contaba la plaza para su defensa; así es que la guarnición no pudo oponerse á estos trabajos, y á pesar de haber empleado el enemigo más de dos meses en circunvalar totalmente la plaza con una perfección admirable, el anciano gobernador de Flandes, Mansfeld, escaso de recursos de todo género, no pudo proporcionar el más pequeño socorro, limitándose á aproximarse á la plaza á últimos de mayo con algunas fuerzas, estableciendo sus cuarteles junto á la aldea de Vasbech, donde fué atacado por la guarnición de Breda (1). Rechazada ésta, la crítica situación de los sitiados le decidió á intentar un ataque contra las líneas de los sitiadores; pero fué completamente inútil su empeño y estéril la sangre derramada. La guarnición, muerto su gobernador, perdidas varias obras avanzadas y falta de municiones, tuvo que entregarse el 25 de junio, bajo condiciones honrosas, pues le fué concedido incorporarse con armas y banderas al inmediato campo de Mansfeld.

1843. **Episodio del regimiento de Borbón.**—Cuando el pronunciamiento militar que estalló en dicho año en varios puntos de la Península contra la regencia del general Espartero, la compañía de granaderos del segundo batallón de *Borbón*, al salir de servicio el 25 de junio, secundó el grito sedicioso dado el día anterior por la fuerza del regimiento de *España*, que daba guarnición á la ciudadela de Pamplona. Al oír el tumulto, subieron varios oficiales á las cuadras de las respectivas compañías, á fin de evitar la propagación del movimiento sedicioso que comprometía el honor del cuerpo, consiguiéndolo por de pronto; mas los granaderos

(1) Episodio del sitio que representa la lámina XVII.

persistieron en su rebelión, y no pudiéndolos contener con sus reflexiones el teniente **D. Juan Martínez**, que fué el primero que se presentó, tiró de sable dispuesto á hacerse obedecer por la fuerza, siendo en aquel momento víctima de su deber y celo por el buen nombre del regimiento á que pertenecía, pues uno de los amotinados disparóle el fusil, dejándolo muerto. El capitán **D. DOMINGO MENDOZA** arrojóse entonces sobre el agresor, hiriéndole de una cuchillada, y sofocada la rebelión cayó todo el peso de la ley sobre aquel mal soldado.

1873. **Episodio de la guerra carlista.**—En el combate librado por la columna Cabrinety en las inmediaciones de Prats de Lluanés con las facciones capitaneadas por **D. Alfonso de Borbón**, vióse envuelto el jefe de los liberales por la caballería carlista, después de dispersada la mayor parte de la columna republicana, sin que pudiese contener el desorden el referido brigadier, secundado por su ayudante **D. Miguel Alzamora**, teniente de *América*. Al ver el soldado de Mérida **PEDRO MARTÍNEZ FERNÁNDEZ** el peligro que corría su jefe, avanzó con resolución gritando á sus compañeros: *Muchachos, que el brigadier está solo*; dió un bayonetazo á un jinete; disparó su fusil sobre otro, y habiéndose agrupado alrededor de Cabrinety hasta veinte soldados, se sobrecogieron los enemigos, que volvieron grupas desordenando á su infantería, con lo cual sobrevino la reacción en el campo liberal, rechazando completamente á los carlistas. El brigadier Cabrinety cita también en el parte oficial de este combate, además del heroico soldado que le salvó y dió origen á la victoria, al médico mayor **D. José Parasola**, que con mucha serenidad curó á los heridos, recogiéndolos oportunamente de entre las guerrillas.

Día 26.

1541. **Muerte de Francisco Pizarro.**—Era hijo natural de Gonzalo Pizarro, capitán que se había distinguido en las guerras de Italia á las órdenes de Gonzalo de Córdoba. Criado en Medellín, su patria, en la mayor miseria, sin que cuidase nadie de su educación, en términos que sólo aprendió á leer en los últimos años de su vida, y no supo nunca escribir ni aun firmar, marchó á Santo Domingo, haciendo por primera vez mención de él la Historia en 1510, cuando tenia ya más de treinta años, en que formó parte de la última expedición organizada por Alonso de Ojeda para Tierra Firme, donde pasó, como todos los españoles, contratiempos terribles, consiguiendo distinguirse entre sus compañeros, por lo cual acompañó en sus expediciones á Vasco Núñez de Balboa, á Pedrarias Dávila, Gaspar de Morales y otros célebres capitanes. De carácter resuelto y emprendedor, asocióse en 1524 á Diego de Almagro y al canónigo Luque para descubrir las tierras del Sur, en cuya empresa, después de experimentar muchas contrariedades y sufrimientos, llevó á cabo con un puñado de aventureros la conquista del rico y poderoso imperio del Perú, que con el de Méjico constituían las regiones más civilizadas del continente americano. Las discordias que sobre motivos de la gobernación de los países conquistados estallaron entre Almagro y Pizarro, fueron causa de la muerte de aquél (V. 26 ABRIL), y á su vez los partidarios de Almagro tramaron una conspiración en Lima, y asaltando un domingo

26 de junio el palacio del gobernador, acaudillados por Juan de Rada, consiguieron dar muerte á Francisco Pizarro, que se defendió valerosa y desesperadamente con gran energía, á pesar de sus sesenta y cinco años, pereciendo con él á su lado su hermano por parte de madre Francisco Martínez de Alcántara, el capitán Francisco de Chaves, un caballero llamado D. Gómez de Luna y cuatro pajes. Sus criados recogieron el cadáver, que envuelto en un paño blanco fué llevado á toda prisa y como á escondidas á la iglesia, donde hicieron de pronto un hoyo, y allí sin pompa ni ceremonia alguna fué enterrado el conquistador del Perú, temiéndose á cada instante viniesen los conjurados á cortarle la cabeza para exponerla en público, en un garfio, como las de los malhechores. Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador al hijo de Almagro, llamado también Diego, quien pasó al instante á ocupar el palacio de Pizarro y á ejercer la autoridad con que le habían investido los partidarios de su padre.

1576. **Toma de Limburgo** (GUERRA DE FLANDES).—Asentada la plaza sobre una eminente roca en medio de un valle muy quebrado, siendo tan sólo accesible por la parte de Mediodía, tenía buenas defensas y una guarnición de 1.000 hombres. Alejandro Farnesio, que había resuelto su conquista, mandó al maestre de campo Gabriel Niño con siete banderas de arcabuceros, quien, protegido por la caballería de Camilo del Monte, se presentó repentinamente delante de la plaza el 7 de junio, ocupó los arrabales y se apoderó de muchos víveres y ganado. Al llegar Farnesio con el grueso del ejército, estableció una batería en una colina, desde donde se abrió la trinchera avanzando hacia la ciudad en dirección de un rebellín que defendía una puerta. Nueve piezas gruesas rompieron el fuego después que los sitiados rechazaron la intimación de rendirse, hasta que, abierta brecha, se entregó la plaza el 26 de junio, cuando se disponían ya los sitiadores para dar el asalto.

1599. **Defensa de la Gran Canaria** (GUERRA CON LAS PROVINCIAS UNIDAS).—En dicho año, una poderosa armada holandesa que se dirigía á las Indias, después de tocar en la Gomera, se presentó frente á la Gran Canaria al amanecer del 26 de junio. Componían la expedición 76 buques de guerra y transportes con 10.000 hombres entre tropa y marine-ría, al mando del almirante Pedro Vander-Doez, quien fondeó en el puerto de la isleta y principió á batir el castillo de Luz, intentando al propio tiempo el desembarco en 150 lanchas, cuya operación dirigió el mismo almirante. La artillería del fuerte contestó al fuego haciendo ciertos disparos que ocasionaron el incendio de la capitana, y las fuerzas apostadas en la playa por el gobernador Alvarado, consistentes en cinco

compañías de milicias, una de ellas de Tenerife, á cargo del capitán don Lope de Mesa, y 11 piezas de campaña, impidieron el desembarco, hasta que, insistiendo en él cada vez con más ahinco y decisión protegidos por el fuego de la escuadra, y derribado mortalmente herido por una bala de cañón el bizarro gobernador **Alonso de Alvarado** (EPISODIO I), pudieron sentar su planta en la isla más de 4.000 holandeses, rindiéndoseles á poco el castillo de Luz, cuya guarnición consistía tan sólo en 78 soldados. Los españoles entonces se reconcentraron en las Palmas, donde mandaba el teniente de gobernador Antonio Pamachamoso, defendiéndose con bravura, particularmente el castillo de Santa Ana, y agotadas las municiones (EPISODIO II), la población en masa abandonó la ciudad, acantonándose en el lugar de la Vega, con lo cual el enemigo se creyó dueño absoluto de la isla; mas al querer internarse en ella, dirigiéndose en cinco columnas hacia el monte del Lentiscal, cayeron repentinamente los canarios sobre los holandeses en el paraje que hoy llaman la *Cruz del Inglés*, é hicieron tal destrozo, que, sobrecogidos de un terror pánico, se dieron á la fuga sin que pudiesen contenerlos sus oficiales, despeñándose muchos de los riscos del Dragonal, y así continuaron hasta la ciudad, que abandonaron también, no sin prenderla antes fuego (1), reembarcándose inmediatamente después de haber experimentado grandes pérdidas. Se mantuvieron en el puerto cuatro días, y se hicieron á la vela el 8 de julio.

Episodios.—I. Muerto su caballo, el maestre de campo Hernando del Castillo le sacó en el suyo á sitio menos peligroso, falleciendo de resultas de la herida en el campamento de la Vega. También alcanzaron muerte gloriosa, los capitanes **Cipriano de Torres, Juan Ruiz de Alarcón, Clemente Jordán y Andrés de Bethencourt**. El primero, con una alabarda en la mano y agua al pecho, se lanzó contra la falda en que iba el almirante Vander-Doez, y asiendo á éste fuertemente, le hirió tres veces y arrojó al mar, de donde le sacaron los suyos en muy mal estado.

II. Sin medios ya para defenderse los sitiados, el enemigo intimó la rendición. El gobernador interino, por toda respuesta, le arrojó las llaves de la plaza, á guisa de proyectil, en el último disparo que se hizo, teniendo luego necesidad de romper las puertas para que pudiesen salir los defensores.

1793. Sitio de Bellegarde (2) (GUERRA CON FRANCIA).—Después de

(1) Quedaron reducidos á cenizas la iglesia de San Francisco, el palacio Episcopal, el Ayuntamiento, la Audiencia, el convento de Santo Domingo, el monasterio de San Bernardo y bastantes edificios particulares.

(2) Bellaguarda cuando pertenecía á España.



SITIO DE GERTRUBIEN



MAASTRICHT EN 1593

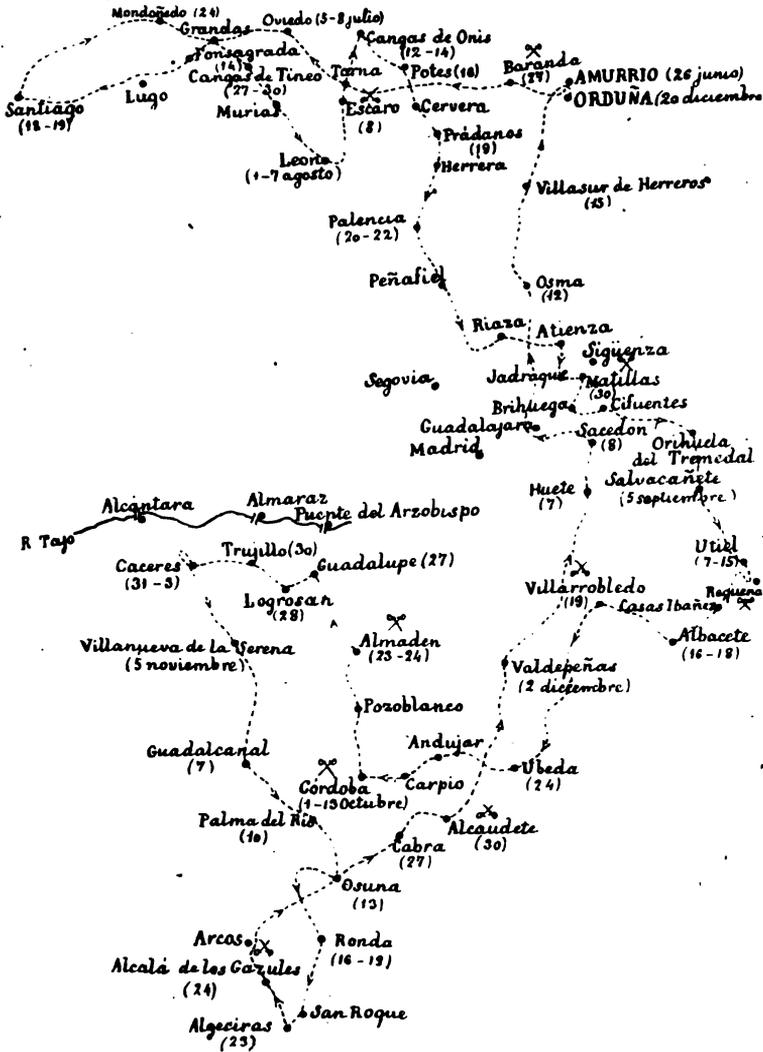
(Grabado del holandés Matham)

la batalla de Mas d'Eus (V. 18 MAYO), el general Ricardos no avanzó sobre Perpignan, porque colocada Bellegarde en la falda de los Pirineos, sobre la carretera de la Junquera á la capital del Rosellón, podían quedar cortadas muy fácilmente sus comunicaciones con España, por lo cual el general español se dedicó con ahinco al sitio de aquella fuerte plaza, cuya posesión era tan importante para asegurar el éxito de las operaciones sucesivas. Despreciando el fuego del enemigo, se expugnaron algunas obras exteriores, y después de ocupadas, se levantaron nuevas baterías que arrojaron sobre los sitiados, en los cuarenta días que duró el cerco, 2.360 balas de todos calibres, 4.021 bombas y 3.251 granadas, cuyos proyectiles destrozaron casi completamente las fortificaciones. Abierta brecha, cegado el foso en muchos parajes por las ruinas de los parapetos, y desmontadas 32 piezas de las 44 que había en la muralla, todavía no se daban por satisfechos los franceses y querían continuar en su heroica defensa; mas la necesidad se impuso, y aceptada al fin la capitulación propuesta por Ricardos, salió la valiente guarnición de la plaza el 26 de junio por la tarde con todos los honores de la guerra, rindiendo las armas y quedando prisionera. Murieron en este sitio los oficiales de artillería capitán **D. Rafael de Arce** y subtenientes **D. Jacobo Menéndez** y **D. Francisco Martos**.

1836. **Memorable expedición de Gómez** (GUERRA CIVIL).—Con el objeto de fomentar la guerra en Asturias y Galicia, organizó el general carlista Villarreal una expedición, dando el mando de ella á su antiguo compañero en el regimiento de *Saboya* D. Miguel Gómez. Los preparativos se llevaron á cabo con tal sigilo, que reunidas el 25 en la villa de Amurrio las fuerzas necesarias, rompió la expedición la marcha á las dos de la madrugada del 26. Componían la división un pelotón de granaderos, los batallones 2.º, 4.º, 5.º y 6.º de Castilla, dos escuadrones de caballería y diez artilleros con dos piezas de montaña; en total, 2.700 infantes y 180 caballos, además de un numeroso cuadro de oficiales y clases de tropa destinados á organizar nuevos batallones. Ejercía el cargo de segundo jefe de la expedición el brigadier marqués de Bóveda; mandaban la infantería y caballería los de igual clase D. José M. Arroyo y D. Antonio Villalobos, con los coroneles D. Joaquín Mérida y D. Francisco Fulgosio de segundos jefes de brigada, siéndolo de Estado Mayor el de la misma graduación D. Pedro del Castillo, y como agregados, el general portugués D. Raimundo José Pifeiro, el coronel D. José Durán y otros jefes y oficiales.

Al día siguiente de su salida de Amurrio, que efectuó por la Peña de

Orduña, tuvo que abrirse paso peleando en Baranda con el general Tello, á quien derrotó completamente Gómez (V. 27 JUNIO), y perseguido ya activamente por Espartero, que mandaba interinamente el ejército del Norte por ausencia del general Córdova, entró el 5 de julio en Oviedo; batió el 7 en puente de Soto, á una legua de dicha ciudad, á la columna de Pardeñas, y abandonó la capital de Asturias el 8, con un convoy de carretas de bueyes, que no bajaría de ciento, noticioso de que se acercaba Espartero. Este alcanzó todavía su retaguardia, cogiéndole algunos prisioneros; pero la expedición continuó, no obstante, su marcha hacia Galicia, llegó el 14 á Fonsagrada, permaneció más de cuatro horas á la vista de Lugo, donde se encontraba el general Latre, capitán general del distrito, con algunas fuerzas del ejército y nacionales, y pasó tranquilamente el Miño con su numerosa impedimenta, sin que aquél tratase de molestarle mas que con unos cuantos disparos de cañón, completamente inofensivos. El 18 ocupó Gómez á Santiago, donde se proveyó como en Oviedo de armas, municiones, víveres, vestuario y calzado; pero teniendo á menos de tres leguas de distancia cuatro columnas perseguidoras, emprendió la marcha en la noche del 19 por la carretera de la Coruña, siendo alcanzada otra vez su retaguardia en la mañana del 20 por la vanguardia de Espartero, con quien no quería Gómez pelear en modo alguno, y por Bahamonde, Mondoñedo, Vera del Río, Braña y Nogueiras, llegó una hora antes que Latre á Grandas, pudiendo ocupar el puente de Salime, única salida que tenía, viéndose precisado el poco resuelto Latre á regresar á Fonsagrada. Otra vez en Asturias, pernoctó el 26 en Pola de Allende, y llegando el 27 á Cangas de Tineo, pudo dar á sus tropas tres días de descanso, de que estaban bien necesitadas. No siéndole posible subsistir en aquella comarca, árida y pobre, se dirigió desde allí á León, por Villabrino y Murias, entrando en dicha capital el 1.º de agosto. Cansado ya de la persecución de Espartero, su audaz é incansable enemigo, y comprendiendo que sin escarmentarle no le sería fácil fomentar y organizar la guerra en las provincias de Galicia y Asturias, que era su principal y exclusiva misión, resolvió medir sus armas con él, dirigiéndose el 7 desde León á ocupar las formidables posiciones del puerto de Tarna; mas acometido en Escaro antes de que pudiese posesionarse de ellas, experimentó la hueste carlista rudo golpe (V. 8 AGOSTO). Sin desalentar por esto los expedicionarios, se reunieron el 12 en Cangas de Onís, donde permanecieron hasta el 14, contramarchando después en dirección á Castilla por el puerto de Sajambre; y por Potes, adonde llegó el 16, puerto de Cabezuela y Cervera del río Pisuerga, fué á situarse en Prádanos de la Ojeda, en cuyo punto celebró junta de jefes, decidiéndose en ella, contra las instrucciones recibidas, avanzar hacia el interior de la Península en vez de



Junio 26.—Expedición de Gomez.

volver á Galicia y Asturias ó regresar á las Provincias. En su consecuencia, continuó la marcha la expedición por las llanuras de Castilla camino de Palencia, que ocupó tranquilamente en la tarde del 20 de agosto.

A todo esto, Espartero, siempre á los alcances del enemigo, se sintió

enfermo en Cervera de río Pisuerga, haciéndose cargo del mando interino el brigadier D. Isidro Alaix, en quien lo resignó definitivamente aquél el 26 en Lerma, pasando después á Logroño para restablecerse. Gómez había salido de Palencia el 22, transportada casi toda la infantería en carros de mulas, por lo cual pudo ir á pernoctar el mismo día á Peñafiel, prosiguiendo el 23 por Fuentidueña y Torrecilla hasta Matilla, con ánimo de caer sobre Segovia para amenazar desde allí la capital del reino; mas sabedor de que había sido reforzada la guarnición de dicho punto, torció á Somosierra, siguiendo después por Riaza, Cantalojas y Atienza á Jadraque, hizo prisionera la columna de D. Narciso López en Matillas (V. 30 AGOSTO), cerca de Sigüenza, y fué á pernoctar la expedición á Brihuega. Alaix, que había salido el 27 de Lerma con seis batallones (dos de provinciales, dos de *Córdoba* y otros dos de *Almansa*) y 70 caballos, llegó al campo de batalla dos horas después de retirarse Gómez, llenándole de indignación la flojedad de sus compañeros de armas, que tan cobardemente se portaron en aquel encuentro. Obligado á sustraerse el caudillo carlista á la persecución de las columnas de Alaix, Puig Samper, Manso, Azpiroz y Narváez, abandonó al salir de Cifuentes los cañones cogidos á López, y estorbándole los prisioneros pensó dirigirse á Cantavieja, pasando el Tajo por Fuente de la Tabuena, no haciéndolo así porque en Orihuela del Tremedal, ya en Aragón, supo que D. Evaristo San Miguel, capitán general del distrito, le iba al encuentro. Dicha noticia le hizo tomar la dirección de Cuenca, y dando algunos rodeos para huir de sus perseguidores, llegó el 7 de septiembre á Utiel, donde se le incorporaron el 11 Quílez y Miralles con 2.500 infantes y 860 caballos, efectuando al día siguiente Cabrera después de haber recorrido desde La Cenia cincuenta leguas en veinte horas.

Con las respetables fuerzas reunidas, quisieron Gomez y Cabrera ocupar la importante población de Requena (V. 14 SEPTIEMBRE); mas rechazados, volvieron á Utiel, de donde salieron el 15 con el atrevido proyecto de caer sobre Madrid, dirigiéndose á Albacete para desorientar á sus enemigos. En la tarde del 16 entraron los carlistas en dicha ciudad, y saliendo el 18, pernoctaron en la Roda y el 19 en Villarrobledo, en cuyo punto les batió al fin completamente Alaix (V. 20 SEPTIEMBRE). Esta derrota hizo desistir á la expedición de amenazar la Corte como pensaba; pero dirigiéndose á Andalucía desde Osa de Montiel, donde pernoctó aquel día, por Villahermosa y Villamanrique, entró igualmente en Chiclana de Segura, Villanueva del Arzobispo, Ubeda, Baeza y Bailén, desarmando en todas partes á los nacionales y acopiando abundantes recursos de todas clases, y cayó por último repentinamente el 30 desde El Carpio sobre Córdoba, cuyos defensores, nacionales en su mayor parte,

tuvieron que capitular después de una breve defensa (V. 1.º OCTUBRE). La ocupación de capital tan rica y populosa, donde se incorporaron á la expedición más de 2.000 ex voluntarios realistas, organizándose además otros dos escuadrones con los caballos cogidos, duró hasta el 7, en que los carlistas la evacuaron apresuradamente, noticiosos de que había llegado á Bailén el vencedor de Villarrobledo (1). Todavía volvieron á ocuparla el 12 desde Priego, por haber ido Alaix á Alcalá la Real, en lugar de tomar el camino directo de Córdoba, abandonándola definitivamente el 13 en número de más de 10.000 hombres, amenazados por varias columnas que reunían 16.000 infantes y 1.200 caballos, cuyas fuerzas entraron en la tarde del 14 en dicha capital, haciendo todavía algunos prisioneros á la retaguardia carlista. Gómez y Cabrera, no sólo tuvieron la destreza de huir de tan comprometida situación, sino que presentándose el 23 delante de Almadén por Villalta, Pozoblanco, Villanueva de la Jara, Las Navas, Fuencaliente y Santa Eufemia, la tomaron por la fuerza de las armas después de una enérgica defensa (V. 24 OCTUBRE), no habiendo acudido en su auxilio las tropas liberales con la diligencia necesaria para salvarla. En Santa Cruz de Mudela, 20 leguas distante, se encontraba el ministro de la Guerra Rodil, con la brillante división de la *Guardia*.

Ufana la expedición con sus triunfos á la vista de tan importantes y considerables fuerzas enemigas, siguió campando por sus respetos, dirigiéndose á Extremadura, la única salida que tenía. Desde Chillón, donde pernoctó el 25, marchó á Guadalupe con intención de pasar el Tajo por Puente del Arzobispo; mas tomado éste por Carratalá, capitán general del distrito, con unos 2.000 hombres, lo mismo que las barcas y vados próximos, y no pudiendo retroceder suponiendo le iba á los alcances Alaix, fué á meterse en Cáceres por Logrosán y Trujillo, deshaciéndose en este último punto de la mayor parte de los prisioneros, tratados muy cruelmente en la penosa marcha que acababan de hacer. Acorralado Gómez en dicha capital, tenía forzosamente que abrirse paso por el Tajo, y cuando se dirigía ya al puente de Alcántara, ocupado por un destacamento que envió al efecto, retrocedió otra vez á Cáceres para estar á la mira de los movimientos de sus perseguidores, próximos ya, lo cual no fué obstáculo para que, sagaz y hábilmente, obligase á Cabrera y á Quílez á separarse de la expedición, reteniendo bajo su inmediato mando los batallones ara-

(1) Durante su estancia en Córdoba, salió Gómez con Cabrera el 4 de octubre contra una columna procedente de Málaga, á la que derrotó en Alcaudete, haciéndola 300 prisioneros. También se pronunciaron á favor de D. Carlos las poblaciones de Baena, Cabra, Lucena y Montilla.

goneses y valencianos, que estaban antes á las órdenes de aquéllos (1). Desembarazado ya de dichos caudillos, para él importunos, pernoctó el 3 en Torremocha; y no siéndole ya posible pasar el Tajo, como pensaba, tomó la determinación de volver á Andalucía, esquivando el encuentro con la división del Norte, que mandaba Alaix, y se dirigió el 4 desde Miajadas á Villanueva de la Serena; vadeó el Guadiana por Rena, y por Quintana, Zalamea de la Serena y Berlanga fué á descansar el 8 en Guadalcanal. Con estos movimientos logró desorientar á las columnas liberales, que se detuvieron indecisas, aprovechando Gómez dicho respiro para moverse tranquilamente el 9 hacia la Serranía de Ronda por Constantina de la Sierra, Palma del Río, donde cruzó el Guadalquivir, Ecija, Osuna, Marchena y Olvera, llegando sin tropiezo alguno el 16 á Ronda, evacuada ya por Ordóñez con su columna, compuesta de 1.500 infantes y 100 caballos. Descansó allí los días 17 y 18, teniendo que abandonarla precipitadamente el 19 por la tarde por estar ya á tres leguas de ella el general Ribero, que había sucedido en el mando de la división de la Guardia al general Rodil, tan desgraciado en todas estas operaciones; y aunque pensó fortificarse en Gaucín y Casares, no le dió tiempo el enemigo de efectuarlo, teniendo sin embargo la osadía de llegar hasta el extremo de la Península y pasear con legítimo orgullo el pendón de don Carlos por el campo de San Roque y Algeciras, frente á los muros de Gibraltar, donde no era conocido ni debía tampoco volverse á ver más. Tamaño atrevimiento pudo costarle caro por poco que se hubiese detenido por allí; no tardó, pues, en tomar la dirección de Alcalá de los Gazules, y encaminándose en la madrugada del 25 á Arcos de la Frontera, no pudo esquivar el encuentro con el activo Narváez, que se dirigía también al mismo punto, teniendo lugar el choque junto al río Majaceite (V. 25 NOVIEMBRE); los carlistas, batidos y dispersos, tomaron por Morón,

(1) Cabrera, con sólo una pequeña escolta de caballería, se dirigió á la Mancha, camino del Maestrazgo; rindió algunos destacamentos del ejército de la Reina y se le incorporaron sus parciales, al pasar sucesivamente por Almodóvar del Campo, Valdepeñas y Villanueva de los Infantes; pero habiendo sabido la pérdida de Cantavieja, varió de plan, decidiendo ir al Norte y presentarse á D. Carlos con los 900 caballos que había logrado reunir. Desde Albacete marchó por Quintanar de la Orden, de donde fué rechazado, á Tarancón; organizó en Buendía un batallón de 400 plazas; ocupó el 23 á Cifuentes; penetró el 24 en Sigüenza, y continuando por Medinaceli, Almazán y Arganza, intentó pasar el Ebro el 1.º de diciembre por el vado de Rincón de Soto, á diez leguas de Logroño; mas batido completamente por una columna de la división Iribarren, que guardaba la ribera, tuvo que ser conducido enfermo á la villa de Arévalo, entregando á Miralles el mando de los restos de sus tropas.

Osuna y Cabra, y habrían sido completamente destruídos, á no ser por el vergonzoso motín que estalló en Cabra, negándose las tropas á seguir á las órdenes de Narváez. Hecho de nuevo cargo del mando Alaix, impuesto por los sublevados contra las órdenes del Gobierno, alcanzó, sin embargo, á la expedición en Alcaudete, causándole nueva derrota (V. 30 NOVIEMBRE), y desde entonces el enemigo, completamente desalentado, no pensó ya sino en salvarse en las Provincias Vascongadas. Perseguidos los fugitivos por Alaix, fueron á pasar el Guadalquivir por Menjíbar; continuaron por Bailén, La Carolina y Santa Elena; salvaron la sierra por Despeñaperros, y fueron por Santa Cruz de Mudela á pernoctar el 2 de diciembre á Valdepeñas. Torciendo al día siguiente por la derecha de la carretera de Andalucía á Madrid, hacia la Alcarria, para internarse en el monte huyendo de la numerosa caballería de los liberales, que constantemente les iba picando la retaguardia, llegaron los carlistas el 7 á Huete; el 8 se separaron en Sacedón los valencianos; pasaron el 10 á poco más de media legua de Guadalajara, y siguiendo sin descanso por Torija, Cogolludo, Osma, Berzosa, Huerta del Rey y Retuerta, hizo alto el 14 en Covarrubias. Prosiguieron al día siguiente las expedicionarios su retirada; pasaron el 18 el puente de la Horadada, sobre el Ebro, y continuaron por Gayangos y Quincoces, llegando por fin el 20 de diciembre á Orduña, á los cinco meses y veinticuatro días de haber salido de las Provincias, con alguna más gente que había Gómez sacado de ellas y triplicada caballería. Alaix cesó en la persecución en Oña el 18 (1). Tal fué la memorable expedición de Gómez, que recorrió 847 leguas, cruzando la Península de Norte á Sur y de Oriente á Poniente, penetrando en capitales populosas y consiguiendo importantes victorias.

1873. **Acción de Udabe** (GUERRA CARLISTA).—Después de haber rendido Dorregaray el fuerte de Irurzun, llegó el 25 á dicho punto la columna del coronel Castañón, compuesta de un batallón de *Tetudn (Princesa)*, otro de *Cantabria*, el de cazadores de *Puerto Rico*, dos compañías de carabineros, una sección de caballería y dos piezas de montaña; en todo, 1.300 hombres escasamente. Desde Irurzun dirigióse Castañón al Baztán, creyendo que á él se encaminaría el enemigo; mas habiendo sabido que Dorregaray se encontraba en Lecumberri, retrocedió desde Muzquiz, y al

(1) Alaix fué procesado por haber desobecido dos veces las órdenes del Gobierno en Cabra y el Burgo de Osma, para que entregase el mando de su división; pero se sobreseyó antes de un año. Gómez fué también encausado por haberse excedido en sus atribuciones, no limitándose á hacer la guerra en Asturias y Galicia.

llegar á la altura del pueblo de Beramendi, divisó dos batallones carlistas en posición, que se retiraron al avanzar los liberales, distinguiendo entonces éstos á su derecha otros tres batallones enemigos formados en línea de columnas. Comprendió Castañón el ardid, y haciendo en seguida frente á la derecha, lanzó animosamente sus tropas al ataque de las alturas que ocupaban los carlistas, dejando en reserva algunas fuerzas; mas el enemigo, muy superior en número, pues disponía de 4.000 hombres, salió á su encuentro, y aunque consiguió alguna ventaja por su derecha, fué rechazada á la bayoneta su izquierda y dispersado el 4.º de Navarra, que perdió algunos de sus jefes y oficiales. Contuvo en aquella ocasión el victorioso empuje de las tropas republicanas el 3.º de Navarra, guiado por su valiente coronel Lerga; y como al mismo tiempo otro batallón se corría hacia Udabe con el intento de envolver la columna, dispuso Castañón la retirada, que se llevó á cabo por escalones con el mayor orden, peleando con gran bizarría, pues la infantería liberal dió varias cargas, teniendo á raya al enemigo, hasta que, abrumada por el número tan considerablemente superior de sus contrarios, tuvo que precipitar la marcha, dirigiéndose la mayor parte de las fuerzas á Udabe, donde todavía rechazaron al batallón de Rada, y el resto, con Castañón, á la venta de Lataza. Apercebido del fuego el general Nouvilas, envió en auxilio de la columna derrotada á nueve compañías de *San Quintín*, cuya sola presencia bastó para que se retirasen los carlistas; Nouvilas tardó más en llegar por estar cortado el puente de Anoz, con arreglo á sus disposiciones, lo cual le hizo dar un gran rodeo; de lo contrario, quizás lo hubiera pasado mal el enemigo. De todos modos, tuvo éste grandes pérdidas, que no bajaron de 120 heridos y 40 muertos, entre éstos el brigadier Azpiazu, el coronel Sanjurjo, jefe de su caballería; D. Carlos Caro, hermano del marqués de la Romana y ayudante de Elío; Rada resultó también herido; Lizárraga tuvo un ayudante muerto y otro herido, quedando del mismo modo heridos un ayudante de Elío y otro de Dorregaray. La columna republicana tuvo más de 200 bajas y perdió un cañón, cogido por los sargentos carlistas Echondo é Illeras—habiéndose salvado el otro, defendido heroicamente por los artilleros y por el capitán de *Puerto Rico* D. Pedro Marín con 16 hombres de su cuerpo,—dos cureñas, más de 100 fusiles y otros muchos efectos.

Episodio.—Entre los carlistas se distinguió por su noble generosidad el cabo Manuel Murunce, que habiendo herido á un teniente de los liberales, ofrecióle éste 70 duros para que no lo maltratase; mas aquél le respondió: *que no habia dejado su familia por dinero, sino por defender la religión*; y sacando una venda, curó en el mismo campo á su enemigo, defendiéndole de otros voluntarios que querían matarlo.

Día 27.

1806. **Capitulación de Buenos Aires** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—En la noche del 24 de junio de 1806 fondearon algunos buques ingleses, con 1.500 hombres de desembarco, á unas cuantas millas al sur de la ciudad de Buenos Aires, hacia la punta de los Quilmes. Ejercía el cargo de virrey el funesto brigadier D. Rafael Sobremonte, marqués de Sobremonte (1), quien inepto, desacertado y torpe, pero excesivamente confiado, desdeñó avisos ó indicios ciertos y repetidos de que el enemigo meditaba una empresa contra dicha capital, desde la bahía de Todos los Santos, en el Brasil (2); sólo el 23 de junio, en virtud del aviso que le envió Ruiz Huidobro, gobernador de Montevideo, por medio del piloto D. José de la Peña, de que la escuadra inglesa había penetrado en el río, se limitó á tomar algunas precauciones, únicamente para tranquilidad del vecindario, disponiendo la reunión de las compañías de milicias para *numerarlas*, las que debían acudir de nuevo en la mañana del 25 *para recibir armamento y comenzar su instrucción* (3). Al enterarse del suceso, corrió el virrey desde el teatro á la Fortaleza, donde pasó la noche sin dar disposición alguna, tal era el aturdimiento de su ánimo, echando los ingleses tranquilamente toda su gente á tierra, al mediodía del 25, sirviéndose de lanchas y botes que no podían ser protegidos por los buques de guerra á causa de la considerable distancia á que estaban fondeados. Al toque de generala por las calles de la ciudad, y en medio de la confusión más espantosa, empezó la distribución de armas y municiones, sin que se pudiese atender á todos los que las solicitaban, peninsulares y americanos, y unos y otros maldecían de las autoridades que á tal extremo habían llevado la seguridad y la honra del país. Sobremonte empezó á dar entonces órdenes mil, desacordadas todas, como si estuviese resuelto á defenderse, mas disponiendo al mismo tiempo se pusiesen en salvo los caudales públicos, y con ellos sus propias riquezas, que salieron de Buenos Aires en las primeras horas de la noche del mismo día 25, siendo únicamente en esta empresa en la que anduvo el virrey muy solícito y diligente.

(1) Debía su nombramiento á la decidida protección del príncipe de la Paz.

(2) Bastante tiempo antes había penetrado en el río de la Plata un buque de guerra inglés, y nadie se apercibió de que sus botes se ocuparon en sondear la rada, ni hubo persona alguna que tuviese la curiosidad de tratar de saber qué buque era aquel que permaneció tres días ante la capital maniobrando como le pareció oportuno.

(3) Había dicho Sobremonte al gobierno de la Metrópoli que con los 30.000 hombres de milicias por él creadas y *bien organizadas*, era innecesario el envío á aquellas comarcas de tropas veteranas. Corresponde también parte de la responsabilidad al brigadier D. Pedro Núñez de Arce, entonces subinspector de las armas en el virreinato.

Mientras tanto, los invasores colocaron una batería en el pueblo de los Quilmes, y emplearon la noche en trasladar desde la orilla todos sus pertrechos y material de guerra, salvando para ello el terreno pantanoso que media entre ambos puntos, preparándose todo el día siguiente para su marcha hacia la capital; pues aun cuando sabían perfectamente lo desguarnecida é indefensa que estaba la ciudad, suponían que con los muchos elementos disponibles en una capital populosa, se habrían fortificado los alrededores y el casco mismo de la ciudad; mas en la población nada se hizo, y reunidos con armas cosa de 1.500 hombres, cuya mayoría veían por vez primera un fusil en sus manos, se organizó en el pequeño pueblo de Barracas una columna á cargo del brigadier Núñez de Arce, que al amanecer del 27 se dirigió al encuentro de las tropas británicas, siendo aquéllos derrotados y dispersos á las primeras descargas de los veteranos ingleses; y después de otra pequeña escaramuza en el puente Gálvez, entró el enemigo en la ciudad á las tres de la tarde del 27, capitulando las fuerzas de milicias que guarnecían la Fortaleza. El virrey tuvo buen cuidado de alejarse de Buenos Aires, sin preocuparse por el baldón que arrojaba con su inicua conducta sobre el buen nombre de España (1), cuya mancha lavaron después otros de una manera gloriosa (V. 12 AGOSTO 1806 y 5 JULIO 1807).

Sir Home Popham, al tomar posesión de la plaza en nombre de su soberano, lo primero por que preguntó fué por los caudales públicos, que á aquellas horas se encontraban ya en Luján, á 17 leguas, exigiendo con amenazas que volviesen á la capital, y una vez en su poder, remitió más de un millón de pesos fuertes á Inglaterra, reservándose una suma considerable para las atenciones del ejército y escuadra.

1836. Acción de Baranda (GUERRA CIVIL).—Cuando la expedición de Gómez (V. 26 JUNIO), cubría en el valle de Mena la izquierda de la extensa línea liberal, que no alcanzaba menos de 93 leguas, el general

(1) Por Real decreto de 24 de febrero de 1807 se dispuso la destitución del marqués de Sobremonte, quien debía ser arrestado, confiscados sus bienes y procesado. Á fines de 1809 fué enviado á España, y el 6 de julio de 1811 empezaron las actuaciones, á petición suya, habiendo tenido la causa varios fiscales, que se excusaron todos y evadieron el cargo con diversos pretextos, hasta terminarla el brigadier D. Blas de Soria. Celebrado en Cádiz consejo de guerra el 12 de noviembre de 1813, su fallo fué absolutorio, siendo ascendido Sobremonte á mariscal de campo y nombrado Consejero de Indias; mas la opinión pública y la Historia condenaron al desdichado virrey, que con su torpe conducta fué origen de los sucesos que dieron lugar á la inmedita emancipación del país que á su cargo estaba.

Tello con la división de su mando. Al tener noticia dicho jefe de que Gómez se movía hacia aquella parte de la línea, marchó en la madrugada del 27 desde Villasana de Mena á Villasante, continuando luego hasta el pueblo de Baranda, á poco más de tiro de fusil de las posiciones que había ocupado el enemigo, establecido en las ventas de Quintanilla. Iniciaron el combate las tropas de la Reina, atacando el coronel Castañeda con un batallón de *Castilla* una altura de su derecha, cubierta de bosque, desde la que cuatro compañías carlistas molestaban bastante con sus fuegos. Los liberales consiguieron desalojar de ella al enemigo; mas en vez de permanecer y sostenerse allí, como se les había prevenido, se cebaron en la persecución, llegando hasta á atacar las ventas de Quintanilla, de donde fueron rechazados, derramándose inútilmente mucha sangre. En tal estado, escaseando las municiones, que había pedido Tello á Villarcayo, y no habiéndolas en este punto, á Medina de Pomar, comprendió el caudillo liberal que era muy expuesto vivaquear aquella noche frente á los contrarios con sus tropas fatigadas y hambrientas, de las que formaban parte en bastantes número quintos sin instrucción alguna, muchos de los cuales se habían desertado ya al principio de la acción, y determinó retirarse á Villarcayo para salir otra vez contra el enemigo en cuanto recibiese municiones. Mas habiendo adivinado Gómez su intento, pasó el río con todas sus fuerzas y acometió en toda la línea á los liberales, que le recibieron á pie firme hasta muy corta distancia, haciéndose por espacio de veinte minutos un fuego sumamente mortífero, fusilándose materialmente unos á otros; y aunque algunos cuerpos enemigos se desordenaron y cejaron, fué sólo por breves momentos, consiguiendo al fin arrojar la izquierda de Tello, de la que formaba parte el *Provincial de Tuy*, compuesto todo de reclutas no fogueados tan siquiera. Esta circunstancia, y la fuga de la caballería, que bajo las órdenes del brigadier Albuñ dió una carga por la derecha, siendo rechazada por las superiores fuerzas con que contaban los escuadrones de D. Carlos, decidieron la derrota de los liberales, que volvieron la espalda al enemigo, á excepción de la infantería veterana de la *Reina* y *Castilla* y tres compañías del *Provincial de Betanzos*, las cuales se sostuvieron heroicamente, puesto á su frente el general Tello, cruzando repetidas veces sus bayonetas con las de los carlistas hasta sucumbir abrumados por el número, debiendo hacer mención del soldado de la *Reina* **José Granado**, que viéndose cercado de enemigos, prefirió suicidarse antes que rendirse y caer en su poder. Retiróse Tello (1) con los restos de su división á Espinosa de los Monteros, donde

(1) Sometidos á un consejo de guerra el general D. Juan Tello y el jefe de la plana mayor D. Joaquín Manuel de Alba, fueron absueltos de todo cargo.

tampoco había municiones, por lo cual continuó hasta Quintana de Soba. Sus pérdidas pasaron de 1.500 hombres, la mitad prisioneros, y además otros 500 quintos desertados, contándose entre los primeros D. Atanasio Alesón, coronel del *Provincial de Tuy*, y otros trece jefes y oficiales, y herido el coronel Castañeda.

1847. **Episodio de la guerra civil.**—Descando el cabecilla Miguel Vila (a) *Caletrus* rendir el destacamento liberal que guarnecía el pueblo de La Llacuna, se aproximó una noche con gran sigilo y se escondió en unos pajares antes de rayar el alba del domingo 27 de junio. El teniente del destacamento, el cual pertenecía al regimiento de la *Unión* (hoy *Luchana*), tenía por costumbre conducirlo á misa los días festivos, dejando unos cuantos hombres en el campanario y en la casa-fuerte. Apenas vió *Caletrus* que había entrado la fuerza en la iglesia, salió con los suyos, se apoderó de la puerta y obligó á capitular al oficial y los quince soldados que mandaba, los cuales no opusieron resistencia alguna. No contento con esto el jefe enemigo, obligó al teniente del destacamento á que ordenase la rendición á los que ocupaban el campanario y la casa-fuerte. Los primeros obedecieron el mandato; mas el cabo D. FRANCISCO VALVERDE, que con cuatro soldados guardaba aquélla, no sólo se negó á rendirla, á pesar de las repetidas intimaciones y amenazas que se le hicieron, sino que amenazó al oficial con hacerle fuego si no desistía en el acto de su propósito; y atacado en seguida el puesto por los montemolinistas, defendiólo bizarramente, cuyo heroísmo, recompensado después con la cruz de San Fernando, quizás le habría costado muy caro, á no haber oído el fuego la columna que recorría las inmediaciones. Esta acudió inmediatamente, y á su aproximación se retiraron los carlistas con los prisioneros, que, negándose un día y otro, con invencible constancia y lealtad, á seguir las banderas del enemigo, fueron todos pasados por las armas, dejando insepultos sus cadáveres, horriblemente mutilados, en la carretera de Manresa. El oficial del destacamento fué el único á quien los facciosos dieron libertad.

1874. **Batalla de Estella ó de Monte Muru** (GUERRA CARLISTA).—Después del levantamiento del sitio de Bilbao, el general Concha, encargado del mando en jefe del ejército del Norte (1), pensó en dar un

(1) Estaba organizado, por orden de 9 de mayo, en una brigada de vanguardia, mandada por D. Ramón Blanco, y tres cuerpos de ejército á las órdenes de los generales D. Antonio López de Letona, á quien substituyó D. José Rosell, D. Adolfo Morales de los Ríos y D. Rafael Echagüe, dividido el I cuerpo en dos divisiones de dos brigadas, el II en tres brigadas y el III en tres divisiones, también de dos brigadas cada una. Mandaban las divisiones los generales D. Manuel Andía, D. Melitón Catalán, D. Pedro Beaumont (brigadier), D. Arsenio Martínez de Campos y D. José de los Reyes, y las brigadas estaban á cargo de D. Luis Daban, D. Enrique Martí, D. Benito Rubio, D. Pedro Ruiz Dana, D. Manuel Cassola, D. Enrique Barges, don

golpe decisivo á los carlistas, cayendo sobre Estella, en cuyo punto y sus inmediaciones se concentró la mayor parte del ejército enemigo al ver que el caudillo liberal trasladaba su base de operaciones á la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela. Establecido en Logroño el cuartel general, el I cuerpo, á cargo del general Rosell, en Lerín, y la brigada de vanguardia (Blanco) y el III cuerpo (Echagüe) en Larraga (el II había quedado en Bilbao, menos cuatro batallones que se incorporaron á los demás), trató el marqués del Duero de llevar á cabo su plan, en el que tenía la mayor confianza, y se trasladó el 9 de junio de Logroño á Lodosa, de donde salió el 21 para emprender las operaciones con el respetable ejército de que disponía, compuesto de 48 batallones, 12 escuadrones y 80 piezas de artillería.

Resueltos los carlistas á impedir la entrada de los liberales en Estella, se habían dedicado con la mayor actividad, desde el 26 de mayo, en que llegó á ella Mendiry, á fortificar con varias líneas de trincheras y reducidos las montañas que la rodean, preparando perfectamente el terreno para oponer una resistencia obstinada. Se extendía su línea desde Allo á Eraúl, por Dicastillo, Morentín, Aberín, Villatuerta, Zurucuain, Grocín, Murugarren y Muru, cuyas excelentes posiciones cubría el ejército enemigo, fuerte de 20.000 hombres, distribuido del modo siguiente: nueve batallones en la derecha, desde Allo á Villatuerta; siete en el centro, desde Villatuerta á Muru; otros siete en la izquierda, desde Muru á Eraúl, y los tres restantes en Estella, de reserva, con una batería de montaña; la mayor parte de la caballería se situó en Allo. Era jefe de la línea D. Torcuato Mendiry, y general en jefe D. Antonio Dorregaray, que había sustituido á Elío. (1)

En la madrugada del 25 se movió el ejército liberal desde Larraga y Lerín. El III cuerpo (Echagüe) se dividió en tres columnas: una, compuesta de ocho batallones, una batería de montaña y un escuadrón, al mando del general Martínez Campos, debía marchar hasta Muruzábal, y tomando á la izquierda por la cumbre del Monte Esquinza, dirigirse hacia Lorca, Lácar y Alloz; el general Echagüe, con doce batallones, cuatro piezas de montaña, cuatro baterías montadas y tres escuadrones, tenía que faldear dicho monte por la vertiente meridional, convergiendo luego hacia los mismos puntos que la anterior; finalmente, la tercera columna, con la que

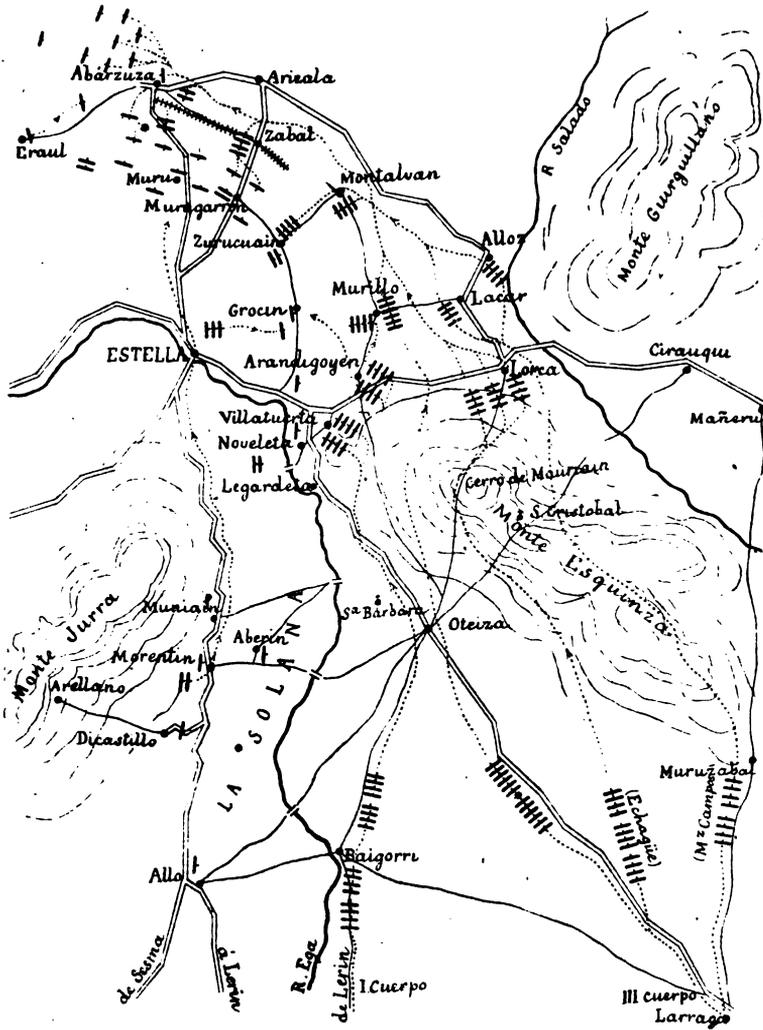
Federico Zenarruza, D. Joaquín Rodríguez Espina, D. Juan Ignacio Otal, D. Evaristo García Reina, D. Saturnino Acellana, D. Eduardo Infanzón y D. Jorge Molina. Era jefe de estado mayor general D. Miguel de la Vega Inclán, y comandante general de artillería el brigadier D. Sebastián Prat y Miralles.

(1) Las brigadas en que estaba organizado el ejército carlista, tenían por jefes Zaldueño, Balluerca, Álvarez, Yoldi, Pérula, Zariátegui, Fontecha, Costa, Iturbe y Boet.

iba el general en jefe, compuesta de la brigada de vanguardia (1), otros seis batallones, cuatro baterías montadas y cuatro escuadrones, debía encaminarse por Oteiza hacia Murillo. El I cuerpo (Rosell) tenía que moverse también desde Lerín hacia Oteiza, y posesionarse después de las alturas que dominan á Villatuerta. Todas las fuerzas, protegiéndose unas á otras, llegaron, sin más que un ligero titoteo, á los puntos que se les había designado, pernóctando el I cuerpo en Villatuerta, Arandigoyen y alturas inmediatas, de donde hubo que desalojar al enemigo, y el cuartel general y la columna de Echagüe, con la artillería montada y la caballería, en Lorca; Martínez Campos en Lácar y Alloz, y la brigada de vanguardia en Murillo, adonde había llegado á las dos de la tarde. Los carlistas, al ver el movimiento de los liberales, reforzaron por la noche con algunos batallones de su derecha el centro de su línea, que parecía ser el punto amenazado.

Las tropas liberales formaron á las seis de la mañana del día siguiente, cañoneando las baterías de posición de 10 y 12 centímetros, desde los altos de Villatuerta, las trincheras enemigas, mientras el cuartel general se trasladaba desde Lorca á Murillo, y Martínez Campos se dirigía desde Lácar y Alloz á posesionarse de las alturas de Montalbán, cuyo pueblo fué ocupado con escasa resistencia, conquistando también cuatro batallones el de Zabal. Mas estos combates no eran más que preliminares del ataque decisivo, que hubo que demorar esperando el convoy de raciones, y no llegando éste por haber equivocado el camino, dispuso el general en jefe principiar el ataque á las tres de la tarde. A dicha hora movióse el marqués del Duero con la brigada de vanguardia, la columna Echagüe y la artillería hacia Montalbán, desde donde ordenó se apoderase Martínez Campos con cuatro batallones del pueblo de Zurucuaín, y Echagüe, con la brigada de vanguardia y la tercera división del III cuerpo (Reyes), de Abárzuza, lo que llevaron á efecto dichas tropas con gran valor, preparado convenientemente el ataque por la artillería, conquistando á la bayoneta los pueblos expresados, al anochecer, en medio de un fuerte temporal; distinguiéronse en el ataque de Abárzuza el batallón de *Alcolea (Alfonso XII)* y el regimiento de *León*, que fueron los primeros que entraron en dicho pueblo. Los carlistas se sostuvieron bizarramente en Murugarren y en los cerros situados hacia la parte de Eratú. El I cuerpo simuló un ataque hacia Noveleta y sobre Grocín para distraer las fuerzas enemigas que tenía á su frente, continuando en las mismas posiciones que el día anterior.

(1) Batallones de cazadores de *Barbastro*, *Ciudad Rodrigo*, *Alcolea* (hoy *Alfonso XII*), *Puerto Rico*, *Las Navas* y *Estella*.



Junio 27.—Batalla de Estella ó de Monte Miura.

Siguiendo el Marqués en sus propósitos de hacer un gran número de prisioneros, previno á los generales Rosell y Martínez Campos, que mandaban la izquierda y centro de la línea liberal, se limitaran el día 27 á tener en jaque al enemigo, y no avanzasen hasta que la derecha conquistase á Muru y Murugarren, cortando á los carlistas la retirada á las Amez-

cuas; mas la dilación en el ataque del día anterior, que no permitió terminar la operación, y los movimientos de las tropas republicanas, hicieron adivinar á los contrarios el plan del general Concha, y éstos tuvieron el tiempo suficiente para reforzar los puntos amenazados, concentrando la mayor parte de sus tropas en Murugarren y Muru, además de aumentar las que tenían frente á Villatuerta y en Grocín, y enviar otros dos batallones á Eraúl, uno de ellos el vizcaíno de Durango, recién incorporado, ascendiendo por lo tanto á 27 el número total de batallones que tenían los carlistas en posición. En su consecuencia, era ya muy difícil, si no imposible, llevar á cumplido efecto el bien entendido plan del marqués del Duero, y para empeorar más la situación, atascados gran parte de los carros del convoy en los lodazales del camino por efecto de las lluvias, no llegaron á Montalbán mas que 10.000 raciones de pan, de las 64.000 que llevaba, y distribuídas aquéllas entre las tropas más próximas, que eran las del general Martínez Campos, no se pudo entregar á las fatigadas y hambrientas fuerzas que había en Abárzuza mas que las raciones de tocino cogidas á los carlistas en dicho punto. Este nuevo contratiempo retrasó, como en el día anterior, la operación, y eran ya las dos de la tarde cuando se organizaban las columnas que debían atacar las posiciones enemigas de Muru y Murugarren, cañoneadas con terrible fuego por 30 piezas Krupp. Preparado de este modo el ataque, hacia las tres y media se dirigió el brigadier Blanco contra Monte Muru con *Alcolea (Alfonso XII)*, *Ciudad Rodrigo*, *Estella*, *Barbastro*, cuatro compañías de *Guadalajara* y cinco de la *Reserva de Zamora*, y el general Reyes, con seis batallones de su división, contra Murugarren, quedando otros seis en Abárzuza con el brigadier Beaumont y dos de escolta de la artillería con algunos escuadrones de *Pavía*, *Numancia* y *Talavera*. Las tropas liberales pasaron el arroyo Iranzu, y acometieron animosas y sin vacilar la subida, en extremo áspera y difícil por la configuración del terreno, cortado en escalones y cubierto de zanjas y setos, lo que bajo el incesante y mortífero fuego del enemigo descomponía necesariamente la formación; así que, aun cuando nuestros soldados demostraron notable ardimiento y denuedo, como llegaron á las trincheras carlistas pocos en número, sin cohesión alguna, rendidos de cansancio, calados por la lluvia, que se reprodujo en la tarde de este día, y mal alimentados, no pudieron resistir las reacciones ofensivas del enemigo, que salió de sus trincheras y les obligó á retroceder, persiguiéndolos á la bayoneta, hasta que la artillería, renovando su cierto fuego, contuvo sus bríos, haciéndole volver apresuradamente á meterse en sus zanjas. Por la parte de Murugarren no habían sido más afortunados los liberales, rechazadas las fuerzas de *Ramales (Infante)* y *Cuenca*, que iban en cabeza, retirándose herido el jefe de la brigada D. Jorge de

Molina. También cargaron fuerzas carlistas considerables sobre las alturas de Abárzuza, que intentaron tomar, defendiéndolas con admirable energía el brigadier Gamarra con tres batallones de *Soria, Luchana y Reserva de Guadalajara*, reforzado oportunamente por Beaumont con parte de *Asturias y Valencia*.

Segunda vez volvieron los soldados liberales á ganar las accidentadas estribaciones de Muru y Murugarren, y segunda vez también les obligaron los carlistas á retroceder en desorden hasta la carretera. Entonces el general en jefe, que observaba desde la gran batería todas las peripecias del combate, viendo el desaliento de sus tropas, la artillería agotando por momentos las municiones y la noche próxima, intentó un último esfuerzo, echando mano de las tropas que protegían la artillería y de las pocas que quedaban en el pueblo de Abárzuza, pues había cinco batallones en las alturas inmediatas, dando al mismo tiempo órdenes al general Reyes para que, desistiendo del ataque á Murugarren, dejase un batallón en Zabal y con el resto de sus fuerzas se dirigiese por la izquierda sobre Monte Muru, mientras Blanco acometía dichas posiciones por la derecha. Acto seguido, comprendiendo era necesaria toda la influencia de su prestigio y autoridad para levantar el espíritu del soldado y restablecer el combate en condiciones favorables, emprendió la marcha hacia la carretera de Estella donde el coronel D. José de Castro, auxiliado por los capitanes de Estado mayor D. Francisco Galbis y D. Ricardo González Iribarren, había reunido y ordenado bastantes dispersos, y tomando por la derecha de ella, comenzó á ganar la pendiente que conduce á Monte Muru, mientras las tropas de Castro, animadas con la presencia de su caudillo, subían también animosas, llegando á cincuenta pasos de las trincheras enemigas, en cuyo momento salió de ellas una gran masa de infantería carlista y se lanzó sobre los liberales, haciéndoles retroceder (EPISODIO I). El marqués del Duero inspeccionó las posiciones contrarias, y viendo no se presentaban las fuerzas de Reyes, distantes todavía, y que eran ya las siete y media de la tarde, tomó la resolución de diferir el ataque para el día siguiente; mas al montar á caballo, una bala de fusil, procedente sin duda de las trincheras de Murugarren, que se descubrían sobre el flanco izquierdo, y que los carlistas atribuyeron al 3.º de *Nazarra*, le derribó mortalmente herido, falleciendo momentos después en Abárzuza (EPISODIO II).

Tan inesperada y sensible desgracia decidió el vencimiento del ejército liberal; pues reunido en Abárzuza consejo de generales (1) bajo la

(1) General Reyes; brigadieres Beaumont, Blanco, Barges y Burriel, y coronel de artillería Echaluce, que eran los más inmediatos.

presidencia del general Echagüe, que se hizo cargo del mando á pesar de encontrarse bastante enfermo, decidi6se la retirada sobre Oteiza en vista de la falta de víveres y de municiones y de lo muy quebrantada que habíá quedado la moral de parte de las tropas. Las de la derecha se pusieron en movimiento hacia Murillo, cubierta su retaguardia por los batallones de *Soria, Luchana, Asturias y Reserva de Guadalajara*, bajo las 6rdenes del brigadier Beaumont, reuni6ndose en Montalbán con las fuerzas de Martínez Campos. Para proteger la retirada, el I cuerpo habíá de permanecer en sus puestos hasta que desfilaran todas las tropas de su derecha, continuando apostada la divisi6n Andía entre Villatuerta y Oteiza; y de este modo, con las precauciones indispensables para no llamar la atenci6n del enemigo, se llev6 á cabo el movimiento retr6grado, sostenido el importante punto de Murillo por la brigada Ruiz Dana, hasta que lleg6 el general Martínez Campos, encargado de la extrema retaguardia, con su divisi6n y los 600 caballos del brigadier Jaquetot. Las sombras de la noche, oscura como pocas, ocultaron la retirada á los carlistas, y cuando al amanecer se apercibieron del suceso, la artillería montada y la impedimenta habíán salvado ya las principales dificultades de los caminos, en muy mal estado por las continuas lluvias de aquellos días, y las tropas liberales habíán tomado posiciones en la carretera de Oteiza y se retiraban ordenadamente por escalones, cubiertos sus flancos por las fuerzas que ocupaban Santa Bárbara y el Monte Esquinza. Acometieron, sin embargo, los contrarios por la parte de Arandigoyen y Villatuerta; pero rechazados por la divisi6n Catalán con nutrido fuego, no osaron ya molestar la retirada, imponi6ndoles el mayor respeto la firme y serena actitud de sus adversarios; sólo consiguieron hacer 155 prisioneros en Abárzuza (EPISODIO III) y recoger algunas armas y municiones diseminadas por el campo. Después de un descanso de tres horas en Oteiza, donde se distribuyeron algunas raciones entre los hambrientos y desfallecidos soldados, continu6 la marcha hacia Tafalla, acantonándose el ej6rcito en dicho punto y en Larraga, Berbinzana, Miranda de Arga y Olite. Las bajas fueron numerosas, pues pasaron de 1.600 entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, contándose entre los primeros, además del general en jefe, el comandante de Estado mayor **D. José Rojí y Dinares**; pero no se perdi6 nada del material de artillería, ni un carro de los 200 que componían el convoy detenido en Murillo, ni una sola acémila de las 2.000 que seguían al ej6rcito; todo se puso en salvo incluso 250 cabezas de ganado que se llevaban para abastecimiento del mismo. Los carlistas apenas perdieron 300 hombres, seg6n confesi6n propia, entre ellos el teniente coronel Eguleta, muerto, habiéndose distinguido el *3.º de Navarra*, que fué el batall6n que mas bajas tuvo, mandado por el coronel Montoya.

Premió D. Carlos á Dorregaray con la gran cruz de San Fernando y á Mendiry con el condado de Abárzuza.

Episodios.—I. En aquellos críticos momentos, el capitán de Estado mayor DON FRANCISCO GALBIS trató de contener el desorden increpando duramente á los soldados y hasta fustigándolos. Á costa de enérgicos esfuerzos, consiguió detenerlos, y dándoles ejemplo de valor, avanzó á caballo al frente de unos cuantos hacia las posiciones enemigas. El coronel Montoya, del 3.º de Navarra, que tenían al frente, empezó entonces á dar grandes voces á los suyos para que matasen á tan bizarro oficial, temiendo que con su gran serenidad y denuedo restableciese el combate, inclinando la victoria del lado de los atacantes; así es que los carlistas dispararon exclusivamente sobre él, á muy corta distancia, hasta que cayó muerto su caballo, en cuyo momento dieron una nueva carga, haciendo retroceder á aquel puñado de valientes, con lo que se dieron por satisfechos, volviendo acto seguido á sus trincheras.

II. El general en jefe D. Manuel de la Concha se había separado de la carretera hacia la derecha, y no permitiendo lo agrio de la pendiente la subida á caballo, echó pie á tierra, y lo mismo el cuartel general, al que ordenó se detuviese en una inflexión del terreno, continuando él el ascenso acompañado tan sólo de sus ayudantes, el coronel-comandante D. Manuel Astorga, capitán D. Manuel Grau y teniente D. José Lozano, y del capitán de artillería D. Victorio Villar, en los que se apoyaba alternativamente. Ya en lo alto, considerado era imposible continuar el combate, y pensando diferir el ataque para el día siguiente, emprendió el descenso hacia la carretera, cayendo heridos, cerca ya del sitio donde habían quedado los caballos, el comandante Astorga y el corneta de órdenes Manuel Fernández, de cazadores de la Habana. Pidió entonces el caballo á su asistente Ricardo Tordesillas, y en el momento de montar, una bala carlista le atravesó el pecho, haciéndole caer sobre la espalda derecha del caballo y luego en tierra. A las voces de socorro de Tordesillas, acudió el capitán Grau, quien ayudó á aquél á llevar el inanimado cuerpo del general Concha dos ó tres bancales más abajo para librarle de que fuese nuevamente herido, y acertando á pasar el teniente de húsares Montero, ayudante del brigadier Manrique, le condujo dicho oficial en su caballo hasta Abárzuza, donde el ilustre caudillo exhaló el postrer suspiro en la misma estancia en que había descansado la noche anterior.

El venerable cadáver del noble marqués del Duero fué conducido á Tafalla en un carro de sección de la 1.ª batería del 1.º regimiento montado (hoy 1.º *divisionario*) (1). Dicha batería, que mandaba el capitán Nevot, bajo las órdenes del comandante D. Francisco de la Piñera, fué la única que permaneció en Abárzuza para el caso de que atacasen los carlistas el pueblo, como se temía, pasando las primeras horas de aquella triste noche aparcada en medio de una calle cuyas casas ardían todas, con el inminente riesgo de producir una voladura que habría sido de terribles consecuencias. Recibido el honroso encargo, salió la batería á las once de Abárzuza,

(1) Dicho carro se conserva en el Museo de Artillería, y tiene el núm. 5.600, existiendo en el mismo establecimiento la levita (núm. 4.151), chaleco (núm. 4.287), leopoldina (núm. 3.914) y faja (núm. 5.592) que vestía el esclarecido general el día de su gloriosa muerte.

escortada por el batallón cazadores de *Barbaastro*, sin que ni aun los mismos artilleros conductores del carro supiesen quién era el herido que creían llevar, alternando al lado del cadáver el capitán Nevot y sus oficiales Alzola, Carvajal y Fernández, dispuestos todos al mayor de los sacrificios para salvar el sagrado depósito que se les había confiado. Los cazadores y una porción de dispersos que se unieron á la batería, trabajaron lo que no es decible para sacar adelante los carruajes, sobre todo en la construcción de un pequeño puente de ramaje para salvar un arroyo, á la una de la noche y con barro y agua hasta la cintura. A las seis de la mañana llegó la batería á Murillo, donde tomó posición en una altura, á las órdenes del coronel Moreno del Villar, siendo luego relevada por la de montaña del capitán Provedo, la que momentos después tuvo hasta siete bajas en su gente al atacar los carlistas. En Oteiza, adonde llegó á las once, se separó el carro que conducía el cadáver del general, adelantándose para llegar cuanto antes á Tafalla y hacer entrega de él á los médicos que tenían orden de embalsamarlo.

El Gobierno concedió á la familia del marqués del Duero la gran cruz de San Fernando pensionada con 10.000 pesetas.

III. Los carlistas mancharon su triunfo entregándose á una ruin venganza. Acusados de incendiarios los 155 prisioneros hechos á los liberales, fueron sometidos, por pura fórmula, á un consejo de guerra, que se reunió en Abárzuza en la misma casa donde había estado alojado el general Concha, bajo la presidencia del coronel Montoya, y condenados á muerte 135 de ellos, debiendo ser fusilados 20 en Villatuerta, 12 en Zurucuafn y el resto en Abárzuza. No habiendo dado resultado las gestiones hechas á favor de los prisioneros por los coroneles Segura y Calderón y comandante Sobrino, el cual se había presentado en el consejo antes de firmarse la sentencia con el pretexto de preguntar al presidente, su coronel, si se alojaría el batallón (1), decidió Segura correr á implorar de D. Carlos, que se hallaba en Muru, dos leguas distante, que en lugar de fusilar á todos los condenados se los diezmasen, pidiendo antes á Montoya retardase dos ó tres horas la ejecución de la sentencia. Reventando los caballos, regresaron Segura y el capitán García á Abárzuza con la orden de indulto, que se apresuró á llevar Sobrino á los que marchaban ya camino de Zurucuafn y Villatuerta para ser pasados por las armas en dichos puntos. Todavía quiso Dorregaray hacer fusilar á todos los condenados á muerte; mas por fortuna llegó en aquel momento un ayudante de D. Carlos, corroborando la orden dada á Segura, y sorteados los prisioneros, fueron ejecutados tan sólo un capitán, un teniente y 10 soldados en Abárzuza; en Zurucuafn, un soldado, y en Villatuerta, otro y el capitán prusiano Smith. Dorregaray reprendió ásperamente á Montoya por no haber dado cumplimiento inmediato á la sentencia, y castigó el noble proceder y humanitarios sentimientos de Segura y Sobrino, tan valientes y bizarros en el combate, con un mes de arresto en Monjardín.

Día 28.

1251. Conquista de Sanlúcar de Barrameda (GUERRA CON LOS

(1) Al ver la inutilidad de sus laudables y honrosos esfuerzos, dijo que si se les condenaba á muerte, la vergüenza le haría pedir su licencia absoluta.

MOROS).—Tuvo lugar durante el reinado de Fernando III *el Santo*, llevándola á cabo las tropas cristianas la víspera de San Pedro, después de un penoso cerco y de sangrientos asaltos, mandadas por Fernán Gutiérrez. En el Museo de Artillería se conservan doce pelotas de piedra, señaladas con los números 3.232 al 3.243, de las que se emplearon en este sitio.

1473. **Sitio de Perpignan** (GUERRA DEL ROSELLÓN).—(V. 10 MARZO, Tomo I, página 459.)

1674. **Batalla de Maurellas** (GUERRA CON FRANCIA).—Renovada en 1673 la guerra con Francia, una vasta conspiración, que fracasó desgraciadamente (EPISODIO), estuvo á punto de poner en manos de los españoles el Rosellón, cedido á Francia por la paz de los Pirineos en 1659. Aprovechando el buen espíritu de los habitantes á favor de España, el duque de San Germán, virrey de Cataluña, reunió un cuerpo de 8.000 infantes y 2.500 caballos, atravesó los Pirineos por el Coll de Portell, rindió el castillo de Maurellas, pasó el Tech derrotando al general francés Le Bret, ocupó el pueblo de Boulou y envió una parte de sus tropas á poner sitio á Bellegarde, cuyo fuerte se rindió el 4 de junio, cayendo también en su poder, tomadas por asalto ó rendidas con pactos, otras plazas importantes, entre ellas las de Ceret y Arlés.

Establecido el duque de San Germán en sus líneas de Maurellas, fué atacado el 28 de junio por el conde Federico de Schomberg, que acababa de llegar al Rosellón con tropas francesas de refuerzo. La jornada fué funesta para el enemigo, pues dejó en el campo más de 1.000 cadáveres, retiró muchos heridos y dejó en poder de los nuestros 340 prisioneros, entre ellos algunos de cuenta, como el hijo del conde de Schomberg y el general de la caballería, parte de la artillería, 600 caballos, la mayor parte de las acémilas y muchas armas y efectos. Distinguiéronse en la batalla, por sus proezas, los temidos jefes de los migueletes Trinchera y el bayle de Bassagoda, Lamberto Manera; los tercios de la Diputación catalana, mandados por el marqués de Aytona, y los de Barcelona y Vich, al mando de sus maestros de campo D. Francisco Mari y D. Manuel de Senmenat. El duque de San Germán se aprovechó de esta victoria para adelantar hasta el Tech sus líneas de Maurellas, y construyó entre Ceret y este río un fuerte para defender el paso.

Episodio.—Los habitantes del Rosellón estaban muy á mal con la dominación

francesa, fundados en que Felipe IV no tenía derecho para enajenar dicha provincia ni el Conflent que tanto tiempo formaron parte de la nación española, y en que el rey de Francia no mantenía sus privilegios. Con tal motivo un gran número de personas, así del Rosellón como del Conflent, urdieron un vasto complot para entregar aquellos países á las tropas españolas; mas las vacilaciones de D. Jerónimo Dualdo, general de artillería y gobernador de la plaza de Puigcerdá, con quien se contaba, y los amores de Inés de Llar, hija de D. Carlos de Llar, uno de los principales conjurados, con un capitán francés llamado Courté, de guarnición en Villafranca del Conflent, hicieron fracasar el plan. Algunos de los conspiradores pudieron escapar á Cataluña (1); pero fueron presos D. Carlos de Llar, D. Manuel Descatllar, D. Juan de Soler y el doctor Francisco Puig, pereciendo á manos del verdugo **Don Carlos de Llar, D. Manuel Descatllar** y muchos otros conjurados, que dieron así su vida por la causa de España. Courté y la infeliz Inés, fueron también reducidos á prisión (2); y puestos en libertad al terminar el proceso, la desdichada joven, condenada por la opinión y públicamente deshonrada, fué á sepultar en un convento su vergüenza, acosada su alma por los remordimientos de haber entregado al verdugo la cabeza de su padre.

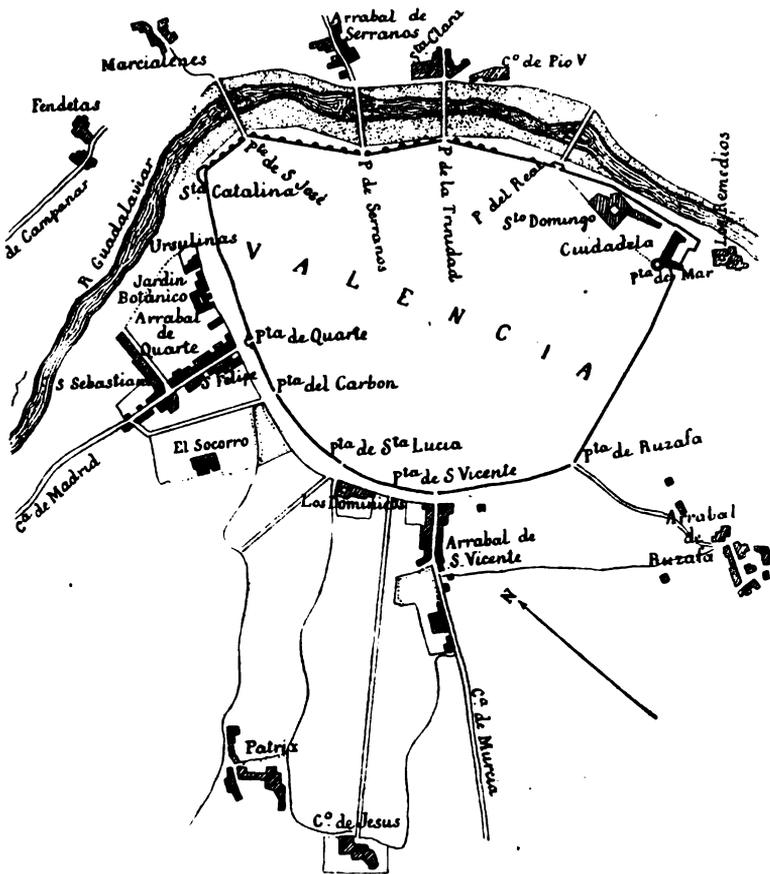
1808. **Defensa de Valencia** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Para sofocar el levantamiento de Valencia fué enviado á dicha capital el mariscal Moncey con la división Musnier, compuesta de unos 8.000 infantes, 1.300 dragones y húsares y 16 piezas de campaña, cuyas tropas debían obrar en combinación con las fuerzas que al mando de Chabrán habían salido de Barcelona con igual objeto (V ACCIÓN DEL BRUCH, 6 JUNIO). El mariscal francés partió de Madrid, de orden de Murat, el 4 de junio, y por Aranjuez y Tarancón se trasladó á Cuenca, donde se alojaron sus tropas en la tarde del 11, permaneciendo allí hasta el 18, en que siguió su ruta aguijoneado por el mismo Murat.

Los españoles habían reunido algunas fuerzas al mando del general D. Pedro Adorno para disputar al enemigo el paso del Cabriel; pero mal distribuidas aquellas, y no habiendo sido atendidos los planes de defensa del coronel de ingenieros D. Carlos Cabrer, pudieron muy fácilmente las tropas imperiales desalojar á los nuestros de sus posiciones al avanzar el 21 desde la Minglanilla sobre las alturas que dominan el puente Pajazo. El general Adorno, inmóvil en Requena, donde había establecido su cuartel general, anduvo sobradamente moroso y desacertado, en términos que, dos años más tarde fué condenado á ser depuesto de su empleo.

(1) Entre ellos D. José de Villafranca y Terreros, D. Francisco de Llar, Don Carlos de Banyuls, José Gelcén, el doctor José Fort, José Puig y Pedro Junci.

(2) Courté por no haber querido poner de manifiesto las cartas de su amada, á fin de salvar su reputación, y aquella por haberlas escrito.

Los restos de las tropas derrotadas en Puesto Pajazo, escasamente unos 3.000 hombres, entre los que no había más soldados veteranos que 180 de *Saboya* al mando del capitán D. Manuel Gamíndez, y algunos



Junio 28.—Defensa de Valencia.

suizos, guardias españolas y artilleros, tomaron animosamente á su cargo la defensa del desfiladero de las Cabrillas, dirigidos por el brigadier Marimón, ignorándose el paradero de Adorno. Los españoles defendieron bien y valientemente el puesto al ser acometidos el 24 por los franceses, causando bastantes bajas en los escuadrones enemigos que cargaron por la carretera la metralla de la batería que mandaba el capitán D. José Ruiz de Alcalá. Decidió la acción por la izquierda el bravo general Harispe, al

frente de las compañías de preferencia, compuestas de ágiles y robustos cazadores, quedando los más de los soldados de *Saboya* y los artilleros acuchillados junto á los cañones por los jinetes enemigos, y prisionero con otros el capitán Gamíndez. Nuestras bajas pasaron de 600, siendo muy inferiores las de los contrarios.

Transpuesta la sierra por el portillo de las Cabrillas, avistaron los franceses llenos de júbilo la fértil y deliciosa campiña de Valencia, y siguieron avanzando muy lentamente por el mal estado de los montajes de su artillería, peleando de nuevo con los españoles el día 27 junto á la ermita y puente de San Onofre, entre Manises y Aldaya. Con tantas dilaciones pudieron los valencianos organizar la defensa, acudiendo sin distinción de clase ni de sexo á trabajar en las fortificaciones, exaltado su patriotismo por el P. Rico, que se hallaba en todas partes y fué el alma de la resistencia á las tropas de Napoleón, comunicando á todos los que le rodeaban el noble ardimiento de que se hallaba poseído. Circuida la población por un antiguo pero robusto muro de mampostería, torreado á trechos, era bastante difícil la expugnación de la plaza por un golpe de mano, sobre todo por las partes septentrional y oriental, que ciñe el Turia, flanqueada la del SE. por la llamada Ciudadela, pequeño y defectuoso fuerte artillado con siete ú ocho piezas, quedando reducidos los puntos débiles á las puertas de la parte occidental, en las que por lo tanto fué donde se acumularon la mayor parte de los trabajos, sin descuidar por esto los otros frentes. Consistieron aquéllos en baterías de sacos de tierra, de las que la más importante era la de Santa Catalina, situada entre la puerta de Quarte y la de San José, y artillada con cuatro cañones y dos obuses; algunas cortaduras y parapetos provisionales, y barricadas dentro del recinto, cerrando las calles y avenidas con carros, vigas, tartanas y calesas, y las puertas, balcones y ventanas de las casas, como también lo alto de las azoteas y terrados, con colchones, mesas, sillas y toda clase de muebles. A lo largo de la muralla, en las torres y detrás de dichos reparos, se apostaron hasta 20.000 hombres, en su mayor parte paisanos, pues había muy pocas tropas, firmemente resueltos á oponerse á la entrada de Moncey en la ciudad, sin temor á las terribles consecuencias que podía acarrearles su decisión si tenían la desgracia de ser vencidos.

Rechazadas las intimaciones de Moncey (1), preparó éste el ataque

(1) El capitán general conde de la Conquista congregó la junta á la que asistieron además el ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios, inclinándose dicha autoridad á la entrega; mas advertido el pueblo de que se negociaba, se agolpó tumultuosamente á la sala, con lo cual, atemorizados unos y alentados otros de los vocales, decidieron todos rechazar la demanda del enemigo, y ponién-

para la tarde del 28. A las once rompió el fuego la artillería francesa, y formadas dos gruesas columnas avanzaron escalonadas contra las puertas de Quarte y de San José, por la orilla derecha del Turia, desde el punto llamado Cruz de Mislata, detrás del convento de San Sebastián. La columna de la derecha acometió con el mayor ímpetu el primer punto, donde mandaban los coroneles barón de Petres y D. Bartolomé de Georget, dirigiendo el fuego de las piezas (una de á 24 en el mismo portal y otra de campaña en la parte superior) el capitán D. José Ruiz de Alcalá; pero pronto tuvo que refrenar su ardimiento diezmada por el nutrido fuego de los defensores, y aunque ordenados de nuevo los contrarios al abrigo del convento de San Sebastián repitieron el ataque, segunda vez fueron repelidos, dejando frente á la puerta inmenso montón de cadáveres y de heridos, con lo cual, desalentados por completo al ver la inutilidad de sus esfuerzos, se replegaron, limitándose los más valerosos á mantenerse en las casas próximas. La columna de la izquierda descubrió, al dirigirse á la puerta de San José, la batería de Santa Catalina, cuyo comandante D. Manuel de Velasco y los oficiales D. José Soler y D. Santiago O'Lawlor hicieron certeros disparos sobre las tropas enemigas, que fueron rechazadas también dos veces, siendo la primera abrasadas por terrible fuego de metralla, y también de fusilería de los soldados y paisanos que guarnecían la muralla á las órdenes del coronel D. Firmo Vallés, como jefe del puesto, y de los apostados en la orilla izquierda del río, y huyendo atropelladamente en la segunda, barridas filas enteras de la columna agresora por la metralla de nuestra artillería que, muy bien situada, y de mayor calibre que la contraria, había desmontado parte de las piezas que concurrieron esta vez al ataque. Contribuyeron al vencimiento del enemigo las tropas que habían quedado fuera de la ciudad, á las órdenes de Saint-March y de Caro, las cuales avanzaron desde el Campanar, y no contentas con molestar al enemigo por el flanco, desde la margen izquierda del Guadalaviar, pasaron el río tratando de amenazar por su retaguardia á las columnas que atacaban la puerta de Quarte y batería de Santa Catalina, costando gran trabajo á los franceses conseguir con sus reservas que los nuestros repasasen el Turia y volviesen de nuevo al Campanar.

No desistió todavía Moncey de sus propósitos, á pesar del fracaso anterior, y contando que estaría peor defendida la parte comprendida entre la puerta tapiada de Santa Lucía y la de San Vicente, dió por allí el ata-

dose al frente de los más exaltados, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea, con lo cual se embraveció tanto la gente, que no hubo ya otra voz que la de vencer ó morir.

que principal desde el convento de Jesús, mientras algunas fuerzas simulaban dar la acometida hacia la puerta del Carbón, también tapiada, y el mismo Moncey aparentaba querer embestir otra vez la puerta de Quarte. Mandaba en dicho punto el coronel D. Bruno Barrera, y dirigían la artillería los oficiales D. Francisco Cano y D. Luis Almela, haciéndolo éstos con tanto acierto que lograron desmontar algunos cañones de los enemigos, á pesar de tener que apuntar las piezas valiéndose de las indicaciones de los atalayas, por no permitir la puntería directa lo espeso del arbolado. Al propio tiempo, como empezaba ya á oscurecer, salieron por la puerta de Ruzafa grupos de paisanos y se deslizaron por los huertos inmediatos hacia el flanco derecho de los franceses, obligándolos á desalojar los caseríos que habían ocupado, con lo cual, careciendo de dicho apoyo, fueron fácilmente rechazados, cesando ya por completo el combate á las ocho de la noche.

El P. Rico anduvo constantemente por los parajes de mayor riesgo, como también el capitán general, los magistrados, el arzobispo y otros personajes, animando á los defensores con la palabra y el ejemplo. Durante la noche, que se pasó con la mayor vigilancia, se dedicaron los valencianos á reforzar las obras de defensa, despejar los alrededores de los puntos amenazados, y quemar algunos edificios que, como la plaza de toros, podían con su amparo favorecer los ataques del enemigo, preparándose todos para el combate del día siguiente; mas los franceses habían quedado muy quebrantados con las 2.000 bajas que habían tenido, contando entre ellas algunos jefes y el general de ingenieros M. Casal; la mayor parte de su artillería estaba inservible, y no aparecía tampoco la división Chabrán, que debía venir de Cataluña, al paso que las tropas españolas que habían quedado fuera de Valencia amenazaban cortar las comunicaciones de los imperiales. Todas estas circunstancias influyeron en el ánimo del mariscal Moncey para hacerle desistir de toda otra tentativa sobre la ciudad del Turia, considerando más prudente retirarse á tiempo, como lo efectuó en la mañana del 29, anunciando al amanecer tan grata nueva D. Pedro Tupper, apostado de vigía en la torre del Miguelete. El enemigo tomó por Torrente la carretera de Almansa, cuyo puerto pasó el 2 de julio abandonando cañones y efectos, y no paró hasta Albacete, á pesar de que el conde de Cervellón, que mandaba el ejército llamado de Valencia, no hizo nada para disputar á Moncey el paso del Júcar, como se esperaba, bien sea por timidez ó por desconfiar de su gente, lo que le costó al fin ser destituido del mando.

Los valencianos, resguardados tras de los muros y baterías, tuvieron muy pocas bajas.

Episodios.—I. Entre los muchos hechos de valor que llevaron á cabo los bravos defensores de Valencia, merecen citarse el de JUAN BAUTISTA MORENO que sin fusil y con la espada en la mano, alentaba á sus compañeros, habiendo tomado á su cargo la peligrosa tarea de abrir y cerrar la puerta de Quarte sobre la que los franceses concentraban sus fuegos; y el de MIGUEL GARCÍA, mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos, los empleaba muy atinadamente como diestro tirador.

II. Habiendo llegado á escasear en la puerta de Quarte las municiones para la artillería, se arrancaron aceleradamente algunas rejas de las casas inmediatas, y con barras y otros utensilios de hierro, fueron cortadas en menudos pedazos para suplir la falta de metralla que era de lo que más necesidad había, acudiendo las señoras á coser los saquillos de aquellos improvisados artificios.

1809. **Sorpresa de Torralba (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—El regimiento de *Burgos* formaba parte de la división de D. Pedro Agustín Girón, en el ejército mandado por el general Venegas, apostado en el puerto del Rey para cubrir la entrada de Sierra Morena por la parte de Despeñaperros. El 14 de junio avanzó todo el ejército por las llanuras de la Mancha (1) hasta Villarrubia de los Ojos de Guadiana, desde donde tuvo que retirarse de nuevo á sus primeras posiciones; mas al llegar á Daimiel, ofrecióse el brigadier D. Luis de Lacy, que mandaba la vanguardia, á dar al enemigo un golpe audaz. Aceptó el general en jefe la propuesta, y poniéndose Lacy al frente del regimiento de *Burgos* y de dos escuadrones, uno del provincial de Chinchilla y otro de *Farnesio*, apoyados por los demás cuerpos de la vanguardia, retrocedió desde Almagro el 27, pensando caer repentinamente sobre Torralba de Calatrava, donde se hallaban cinco regimientos de caballería enemiga, que con dos piezas de campaña se habían adelantado para picar la retirada de nuestro ejército. Adelantóse entre diez y once de la noche del 28 una guerrilla sostenida por veinticuatro caballos, al mando del alférez de *Burgos* don Francisco Ruiz, para reconocer el pueblo; mas apercebidos los franceses

(1) En un encuentro tenido con el enemigo en Alcubillas, se distinguió el capitán D. Miguel Rosales, abriéndose paso á la cabeza de su tropa por entre fuerzas muy superiores, que trataban de envolver la suya del regimiento de dragones de *Granada*. Todos los individuos á sus órdenes hicieron prodigios de valor, especialmente el carabinero JUAN MOLINA que se entró en un gran pelotón de jinetes enemigos, matando á dos de ellos, hiriendo á varios y salvándose, por fin, aunque con dos blazos, seis balas en el cuerpo y quince en el uniforme. A Rosales se le concedió el grado de teniente coronel y á Molina grado y sueldo de alférez de caballería.

También el teniente D. Juan Morán se había distinguido derrotando en Valdepeñas á 50 jinetes enemigos, con 20 de los suyos.

salieron precipitadamente, formando sus escuadrones sobre el costado del camino por el que suponían se acercaban fuerzas considerables de los españoles. Imposible ya la sorpresa, desplegó Lacy su gente en línea con un escuadrón en cada ala, y arengando a *Burgos* su sargento mayor D. Juan Montero encargándoles serenidad y firmeza, esperaron los nuestros tranquilos y confiados el acometimiento de los jinetes imperiales. Estos dieron una terrible carga que fué rechazada por el fuego certero de los infantes españoles, y los contrarios abandonaron el campo en desorden, dejando en él gran número de muertos y heridos.

Por este memorable hecho de armas se concedió á todos los individuos que concurrieron á él un escudo de distinción con el lema: *Disciplina y valor venció la fuerza. Sorpresa de Torralba.*

1811. **Sitio de Tarragona** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—La antigua capital romana de la España Citerior, única plaza fuerte que quedaba en poder de los españoles en Cataluña, servía de apoyo y refugio á las tropas que con tanto tesón luchaban por la independencia patria en aquella región de la Península, recibiendo por su puerto auxilios de los ingleses y del resto de España, y mantenía muy vivo y ardiente en sus belicosos habitantes el espíritu de resistencia á las huestes imperiales. Acosadas éstas por todas partes, no tenían momento de reposo, guardándose bien de operar más que con fuerzas numerosas, pues los destacamentos y pequeñas columnas eran casi siempre exterminados, á pesar de tener asegurada la protección mutua con la ocupación militar del país. El mariscal Maldonald, que mandaba el ejército de Cataluña, no había intentado ya la expugnación de Tarragona por las muchas dificultades que presentaba semejante empresa y cuantiosos recursos de todas clases que eran necesarios, dada la importancia de las obras de defensa levantadas al rededor de la plaza, en las que se habían gastado desde el principio de la guerra 30 millones de reales; mas hecha por el Emperador una nueva demarcación del teatro de operaciones asignado á los ejércitos de Aragón y Cataluña, y aumentadas las tropas del general Suchet, que mandaba en el primero de dichos reinos, á la cifra de 40.000 hombres, empezó aquél á llevar á cabo los preparativos indispensables para la conquista de Tarragona, ante cuyos muros se presentó el 3 de mayo al saber la sorpresa del castillo de Figueras por los somatenes, después de dejar bien aseguradas sus comunicaciones con Lérida, Zaragoza y Tortosa, consis-
tiendo sus fuerzas en unos 20.000 hombres (1) con la artillería de cam-

(1) 15.000 infantes, 1.500 jinetes, 2.000 artilleros y 700 zapadores y minado-

pañía correspondiente (36 piezas), y un tren de sitio compuesto de 66 piezas de batir (de ellas eran veinticuatro de á 24 y dieciocho morteros), dotadas á razón de 700 disparos cada una. Ejercía el cargo de comandante de artillería el general Valée y de ingenieros el general Rogniat.

Circuñda la parte alta de la ciudad (lámina XVIII) por un antiguo muro del tiempo de los romanos construído sobre roca viva bastante escarpada, presentaba más fácil acceso por el lado de Occidente hacia el arrabal ó ciudad baja, cerrando el recinto por dicha parte tres frentes abaluartados de construcción moderna (1), cuyos baluartes eran conocidos con los nombres de Cervantes, Jesús, San Juan y San Pablo. Había además adosadas á la muralla varias obras á fin de obtener el flanqueo indispensable, y algunas exteriores, con los fuertes destacados de San Jerónimo, la Cruz, Plaza de Armas, San Jorje y la Reina al Este, y los más avanzados del Olivo, que era el de mayor importancia, al Norte, y los de Loreto y Ermitaños al NE. Defendía el arrabal, situado junto al puerto, otra línea de fortificaciones que partía del baluarte de San Pablo hasta el fuerte de Francolí, junto al mar, en la desembocadura de dicho río, y dentro de este recinto el fuerte Real, pequeño cuadrilátero abaluartado colocado detrás del baluarte de Orleans, con dominación sobre la campiña. La mayor parte de las obras, especialmente las del arrabal, eran de construcción bastante defectuosa, ligera y poco sólida; algunas estaban sin terminar, otras no tenían foso y todas carecían de resguardos y blindajes á prueba.

Consistía la guarnición al principio del sitio en 7.000 hombres escasos, de ellos una tercera parte milicianos, bajo las órdenes del gobernador D. Juan Caro, hermano del marqués de la Romana, á quien sucedió en el mando á fines de mayo D. Juan Senén de Contreras. Era comandante general de ingenieros D. Carlos Cabrer, y dirigía lo concerniente á la artillería, cerca de 300 piezas de todos calibres, distribuidas en el extenso recinto de la plaza, D. Cayetano Saquetti. Coadyuvó á la defensa, aunque floja é ineficazmente, una escuadra inglesa al mando del Comodoro Codrington, compuesta de tres navíos, dos fragatas y algunas lanchas cañoneras.

Los sitiadores establecieron en Reus sus hospitales y depósitos de víveres, atrincherando y fortaleciendo varios conventos y otros edificios para precaverse contra la osadía de los somatenes, el cuartel general en

res. A mediados del sitio fueron reforzados los franceses con otros seis batallones (4.000 hombres próximamente).

(1) Posterior á la guerra de sucesión.

Constantí y el parque de artillería é ingenieros en la Canonja (1), y el día 4 se apoderó la brigada Salme de los atrincheramientos más avanzados del Olivo, si bien con pérdida de cerca de 200 hombres, mientras la brigada Palombini ocupaba Loreto, Ermitafios y casa de campo del Arzobispo, abandonados por los españoles, extendiéndose luego hasta el mar para completar el acordonamiento de la plaza. El día siguiente empezaron ya las salidas para molestar al enemigo (2), y elegido para el ataque el frente del arrabal comprendido entre el baluarte de Orleans y el fuerte de Francolí, construyeron los franceses un reducto en la orilla del mar á 1.200 metros de dicho fuerte, y algunas baterías de costa para tener á distancia la escuadra inglesa, consiguiéndolo desde luego con sólo el fuego de dos piezas de á 24 que colocaron en el reducto expresado; además, como para el objeto indicado era conveniente, aunque no indispensable, tomar el fuerte del Olivo, desde el cual podían los sitiados caer muy fácilmente sobre la izquierda de los trabajos de aproche, en la madrugada del 14 el general Salme embistió valerosamente á la bayoneta con 2.000 hombres de tropas escogidas los puestos fortificados que á 300 metros del Olivo tenían los españoles en dos pequeñas alturas, defendiéndolos con valor el coronel D. Tadeo Aldea, hasta que tuvo que abandonarlos oprimido por el número; y aun cuando intentó recuperarlos al poco rato, no pudo conseguirlo á pesar del brío de los atacantes, señalándose algunos heroicos oficiales que puestos á la cabeza de sus tropas encontraron gloriosa muerte al plantar las banderas en los parapetos enemigos.

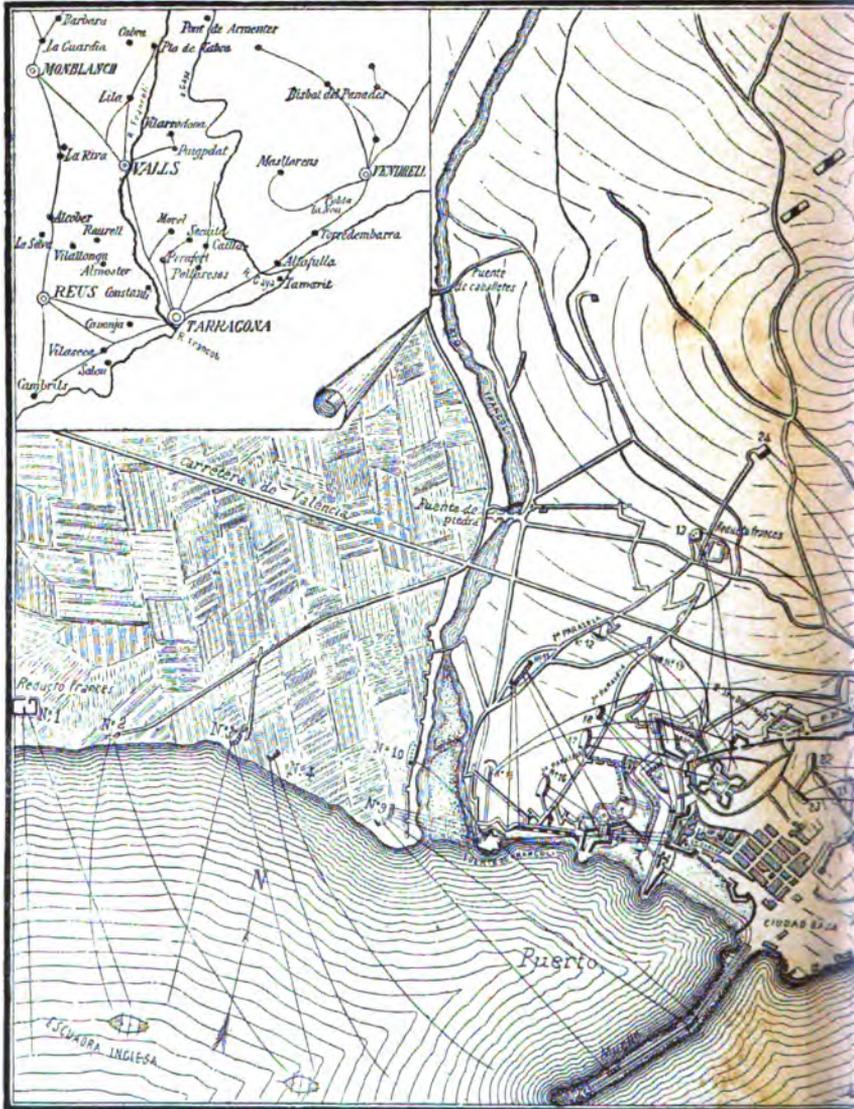
Reforzada la guarnición con 2.000 hombres que llevó el marqués de Campoverde, y otros 2.500 procedentes de Valencia, hizo una salida

(1) Para el servicio del tren de sitio había 1.700 caballos, y en el depósito de ingenieros se acopiaron 12.000 útiles, 100.000 sacos terreros, 8.000 cestones, fagnas, escalas, etc.

(2) También las tropas que quedaron fuera de Tarragona tenían en constante alarma los puestos franceses.

El 6 atacaron 2.000 españoles el convento fortificado de la Virgen de la Sierra en Montblanc, y aunque fueron rechazados, abandonó más adelante el enemigo el punto, en vista de las reiteradas tentativas de los nuestros.

Los somatenes no demostraban menos audacia, pues cortaron el acueducto que desde Pont de Armentera, junto al monasterio de Santas Creus, conducía el agua al campo de los sitiadores, obligando á estos á ejercer una continua vigilancia durante todo el curso del sitio para guardarlo; también acometieron en Catllar á un destacamento italiano; y habiéndose reunido en Vendrell y Arbós grupos considerables de gente armada, tuvo que acudir la brigada Palombini á dispersarlos. El 20 de mayo el general Sarsfield ocupó la montaña del Calvario, cerca de Alcover, costando sudo combate á los franceses hacerle abandonar dicha posición.



PLANO DEL SITIO DE TARRAGONA



TARRAGONA EN 1811

el 14 el general D. José Sanjuán con 2.000 hombres, 100 caballos y dos piezas que mandaba el teniente de artillería Dolz, practicando un reconocimiento por la orilla del mar hasta el reducto, en cuyo auxilio acudió prontamente la división Habert, y el 18 al amanecer efectuó otra más numerosa por el puente del Francolí, dividida la fuerza (unos 5.000 hombres) en tres columnas: la de la derecha al mando del teniente coronel Costerec; la de la izquierda al del coronel D. José Canterac, sostenido por la caballería del coronel De-Creff; y la del centro dirigida por el sargento mayor Gómez, seguida de 250 zapadores y dos piezas de campaña á las órdenes del teniente coronel D. Manuel Zara, capitán del tercer regimiento de artillería. Después de causar algún daño en los trabajos enemigos de la derecha del Francolí, se retiraron los españoles bajo la protección del fuego de los cañones de los fuertes y de la escuadra, distinguiéndose mucho una mujer del pueblo (1), que habiéndose unido á la tropa animaba á todos con el ejemplo, batiéndose varonilmente con señalado valor. Se experimentaron 200 bajas por cada parte.

Decidido el sitiador á tomar el fuerte del Olivo antes de emprender el ataque del arrabal, abrió un ramal de trinchera en la noche del 21 al 22 desde la izquierda de los parapetos conquistados anteriormente, avanzando con gran dificultad y pérdidas á través de las rocas hasta un terrontero, donde se construyó la batería núm. 6, á 150 metros del fuerte, para cuatro piezas de á 24, levantándose además otras tres: la núm. 5 para tres morteros, la núm. 7 para tres cañones de á 16, y la núm. 8 para dos obuses. En la noche del 27 al 28 fué armada la primera conduciendo las piezas á brazo bajo el fuego de metralla, y los defensores aprovecharon aquellos críticos momentos para hacer una vigorosa salida que ocasionó la muerte del valiente general Salme, muy querido de los suyos, cuando para infundir aliento á los que cejaban, se ponía á la cabeza de un regimiento gritando *¡brave septième, en avant!* El enemigo consiguió con el fuego de sus trece piezas, desmontar gran parte de la artillería de la defensa y destruir los parapetos, pero no abrir brecha en la escarpa que resultó sólo algo desmoronada por su cresta; y considerando imposible esta operación, dispuso Suchet intentar un ataque á viva fuerza en la noche del 29. Organizadas para ello dos columnas, una con el objeto de dirigirse contra el saliente ó ángulo muerto de la derecha, y la otra para escalar el fuerte por la gola, se pusieron en movimiento á las ocho y media de la noche, precedi-

(1) El ilustre historiador de este sitio, coronel de artillería D. Javier de Salas, dice era conocida por la *Rossa* (Rubia); Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, le da el nombre de *Calesera de la Rambla*; supónenos fundadamente que deben ser una misma.

das por destacamentos de zapadores provistos de hachas y de escalas y apoyadas por una fuerte reserva, mientras el enemigo llamaba por todas partes la atención de los defensores de la plaza simulando diferentes ataques, lo que produjo un cañoneo general, secundado por la escuadra británica, y un fuego de fusilería tan intenso que el anfiteatro en que asienta Tarragona parecía el cráter de un volcán. En medio de aquel imponente y majestuoso espectáculo una de las columnas de asalto rodeó el Olivo por la izquierda, dirigiéndose á la puerta de la gola en el preciso momento en que estaba entrando en el fuerte el regimiento de *Almería* para relevar al de *Iberia* (1) que con fuerzas de los de *Gerona*, *América* y *Voluntarios de Zaragoza* componían la guarnición. Dicha inesperada circunstancia produjo en las tropas españolas la confusión consiguiente, á favor de la cual pudieron los franceses introducirse en la fortaleza por aquella parte; y como al propio tiempo, la otra columna enemiga, después de vencer algunas dificultades, consiguió también penetrar dentro por el lado opuesto, aprovechándose del imperdonable descuido de los nuestros de no haber cortado el acueducto que atravesaba el foso formando un puente ó paso de dos metros de ancho, las escasas fuerzas que había en aquel punto, tan mal guarnecido, fueron arrolladas, y cogidos por la espalda los defensores de la gola, hacia donde había acudido la mayor parte de la guarnición. Unidas ya las dos columnas francesas, fueron á su vez cogidas entre dos fuegos, pues los españoles se habían refugiado en el caballero de la derecha y en el baluarte de la izquierda que, cerrado por la gola, servía de reducto; mas llegando por el acueducto 500 granaderos italianos y otras tropas en auxilio de sus camaradas, consiguieron al fin los asaltantes penetrar en dichas obras, donde nuestros heroicos compatriotas, no repuestos todavía del estupor que les produjo la sorpresa, sin dirección alguna, estorbándose unos á otros amontonados en tan considerable número, se batieron no obstante desesperadamente como leones, según expresión del mismo Suchet, vendiendo caras sus vidas. Los vencedores, ciegos de furor recordando la muerte del general Salme, se hartaron de sangre y de matanza hasta que los oficiales pudieron imponerse haciendo cesar aquella horrible carnicería. A la media noche había terminado toda resistencia, y los franceses, dueños del fuerte, se ocuparon activamente en asegurar su conquista. Fueron arrojados al foso los cadáveres de más de

(1) Aun cuando en los documentos oficiales franceses figura el regimiento de *Iberia* como formando parte de la guarnición de Tarragona, no es exacto, pues sin duda por equivocación, muy natural en extranjeros, llaman con dicho nombre al de *Iberia*, cuerpo creado en Granada en 1.º septiembre de 1808, y que terminó su corta existencia en este aciago día.

mil españoles, entre ellos los de 200 artilleros que se hicieron matar sobre las piezas que servían, y como Campoverde no quiso acceder á una suspensión de armas pedida por Suchet para enterrar los muertos, hubo que proceder á su cremación, durando tan triste escena más de tres días. Quedaron prisioneros otros mil oficiales y soldados, entre ellos el gobernador del fuerte D. José María Gómez, coronel de *América*, con diez heridas en su cuerpo, como otros muchos. Los franceses perdieron cerca de 500 hombres.

La pérdida del Olivo, tenido por inexpugnable, desalentó al principio bastante á los sitiados, pero se rechazaron no obstante con gran energía las proposiciones del enemigo, renaciendo al poco tiempo la confianza y el entusiasmo, á pesar de haber abandonado el 31 la plaza Campo-verde con parte de las tropas, dejando en ella de guarnición unos 10.000 hombres bajo las órdenes del nuevo gobernador D. Juan Senén de Contreras, hombre enérgico y activo que tomó desde luego acertadas disposiciones, correspondiendo á la honrosa confianza en él depositada. Los franceses por su parte, activaron los trabajos de aproche contra el arrabal, de cuya defensa se encargó el general D. Pedro Sarsfield (1), empleando diariamente 2.000 trabajadores, y levantaron las baterías números 9, 10, 11, 12 y 13 que artilladas con 25 piezas cifieron con sus fuegos todo el frente atacado desde el baluarte de Orleans, llamado por ellos de Canónigos, hasta el fuerte de Francolí, batiendo en brecha éste y la cortina-comunicación con la luneta del Príncipe, cuyas obras guarnecían dos batallones de *Almansa* á las órdenes de su sargento mayor D. Antonio Rotén. Las brechas resultaron practicables el mismo día 7, y considerando Contreras imposible la resistencia, ordenó el abandono de dicho fuerte que se verificó con el mayor orden á las siete de la tarde, habiendo tenido el primer batallón de *Almansa* más de 200 bajas. De 29 artilleros que servían las piezas perecieron 24, y resultó herido el teniente D. Juan Barbaza, que los mandaba, el cual se retiró el último con el sargento Miranda. Las baterías de todo el frente atacado habían hecho hasta entonces 8.000 disparos que causaron muchas bajas al enemigo. Este se posesionó de la obra abandonada al ir por la noche á dar el asalto, intentando en seguida sorprender el rastrillo de la luneta del Príncipe, de donde fueron rechazados con pérdidas considerables por el capitán González Trigueros que defendía el puesto, habiéndose distinguido también el capellán D. León Martín del segundo de *Almansa*, á que pertenecía aquél, manteniéndose constantemente al alcance del fuego para prestar á los combatientes el auxilio de su sagrado ministerio.

(1) Le reemplazó en el mando de las tropas que mandaba fuera de Tarragona, apostadas en Montblanc, el barón de Eroles, que había salido de Figueras.

Los sitiadores, prosiguiendo con ardor los trabajos, empezaron en la noche del 11, desde la segunda paralela, tres ramales de trinchera hacia el baluarte de Orleans, media luna del Rey (2) y luneta del Príncipe, y construyeron las baterías números 14 al 19, todo á costa de mucha sangre por el intenso y certero fuego de la artillería de la plaza y las continuas salidas de la guarnición, con las que no se dejaba un momento de descanso á los fatigados trabajadores, pasados muchas veces á cuchillo al menor descuido, siendo la más importante de ellas la que se llevó á cabo en la noche del 11, dirigida por el mismo Sarsfield, al frente de 3.000 hombres, peleando siempre ambos contendientes con un arrojo y un encarnizamiento inauditos, al paso que se prodigaban toda clase de insultos. Las baterías francesas rompieron el fuego el 16 con 54 piezas de grueso calibre, al que contestaron las de la defensa con otro tan terrible y destructor, secundado por el de fusilería, muy mortífero á la corta distancia de 120 metros, que produjo al enemigo gran número de muertos y de heridos, arruinó parte de la paralela é introdujo la confusión y el desorden en las trincheras y baterías de los sitiadores, sobre todo en la número 16; las de la plaza tuvieron á su vez varias piezas desmontadas, 32 artilleros muertos y 48 heridos, contando entre éstos los tenientes Ladrón de Guevara y Solanes. Por la noche asaltaron dos columnas la luneta del Príncipe, una por la gola y la otra por la cara de la izquierda, no flanqueada, y se hizo dueño el enemigo de ella, si bien con muerte del jefe que los mandaba, habiéndose defendido con brío la guarnición, del segundo de *Almansa*, bajo las órdenes del teniente coronel D. Miguel Subirachs, con pérdida de 100 muertos y 80 prisioneros, la mayor parte heridos, entre éstos el subteniente de artillería Sanmartín. Adelantando el sitiador sus trabajos, construyó una nueva batería (núm. 20) en el terraplén de la luneta del Príncipe, terminó la tercera paralela en la noche del 18 al 19, y empezó la construcción de una bajada subterránea al foso del baluarte de Orleans, á lo largo de la contraescarpa, que estaba revestida, continuando después á la zapa llena hasta lo alto de la brecha abierta en la falsabraga, cuya peligrosa operación entorpeció y retardó la artillería de la plaza con su terrible fuego, pues se contaron 37 granadas seguidas que dieron en el coronamiento de la contraescarpa, rodando algunas de ellas hasta el fondo de la galería subterránea, que hubo que abandonar durante muchas horas, y por otra parte el teniente Barbaza consiguió descolgar desde el adarve al foso dos piezas ligeras, con las que ametralló á los trabajadores á algunos metros de distancia, si bien perdiendo

(2) Señalada en el plano con la letra a.

cinco de los ocho artilleros que le acompañaban (1). Por fin el 21 rompió también el fuego la batería núm. 20, y aun cuando una granada de la plaza voló el repuesto de pólvora arruinando casi completamente la batería, pocas horas después continuaba sus disparos sobre el baluarte de San Carlos, resultando á la caída de la tarde en dicha obra una brecha practicable. Sin pérdida de tiempo se preparó el enemigo para el asalto, que dió á las siete, atacando las brechas cinco columnas en el momento en que acababa de encargarse del mando el brigadier D. Manuel Velasco, por haber sido llamado el general Sarsfield fuera de Tarragona por Campoverde; así es que la defensa del arrabal se resintió de falta de dirección, además del disgusto que produjo el cambio de jefe cuando más arreciaba el peligro; y aunque todos cumplieron con su deber dejándose matar en sus puestos ó haciendo frente á los contrarios, éstos se hicieron dueños de todas las obras, incluso del fuerte Real, bastante mal defendido, sin que pudiese contener á las victoriosas y enardecidas tropas de Suchet una vigorosa y enérgica reacción ofensiva del brigadier Velasco, puesto á la cabeza de una corta reserva y de los dispersos que pudo reunir junto al muelle. El enemigo, sin dar cuartel, envolvió en su furor á soldados y paisanos, destruyendo y saqueando cuanto encontró á mano, y persiguiendo á los fugitivos hasta las mismas puertas de la ciudad alta, donde refrenó su audacia el segundo regimiento de *Saboya*, correctamente formado al pie de la muralla. De los 5.000 hombres que defendían el arrabal, perecieron más de 1.000, cuyos cadáveres fueron quemados junto con los de sus adversarios; los prisioneros no llegaron á 200, casi todos heridos. Los franceses tuvieron 500 bajas.

Entre tanto, el marqués de Campoverde, apostado en Montblanch, á donde se había trasladado desde Igualada, no daba señales de hacer cosa alguna en favor de la plaza sitiada, á pesar de reunir bajo su inmediato mando cerca de 10.000 infantes y 1.200 caballos, de cuyas fuerzas formaba parte la división valenciana de D. José Miranda, compuesta de 4.000 hombres recientemente incorporados; pudiendo disponer, además, de las tropas que acaudillaban el barón de Eroles y otros jefes. Los clamores de la opinión y las repetidas instancias de la Junta de defensa del Principado y otras autoridades y corporaciones, le hicieron al fin salir de aquella bochornosa inacción, tan poco justificada, y el 23 se movió hacia Vilarodona, debien-

(1) Dicho bizarro oficial fué felicitado personalmente por el general Sarsfield, quien le dijo delante de muchas personas: *En mi vida militar he visto un oficial que tenga tanta serenidad y acierto en medio de tan inmensos peligros; ni tampoco conosco con vida ninguno sobre cuya cabeza haya caído mayor lluvia de balas que sobre la de V. El general Sarsfield se honrará mucho con obtener su amistad.*

do dar el principal ataque al campo enemigo el general Miranda por la parte de Pallaresos y Hostalnou, en combinación con una numerosa salida de la plaza hacia el camino de Barcelona, apoyando aquel otras fuerzas á las órdenes del coronel D. José María Torrijos que debía avanzar hasta Catllar; pero Miranda, más prudente de lo que exigía el honor, no se resolvió á atacar á los sitiadores, que esperaban ya la acometida, y todo el ejército auxiliar se alejó de la plaza hacia Vendrell, produciendo el desaliento consiguiente en la guarnición al verse abandonada á su suerte. Tan solo D. Juan Caro, el anterior gobernador de Tarragona, que mandaba la caballería, corrió con algún fruto los alrededores, acuchillando en Torredembarra á 200 hombres de un fuerte destacamento francés.

En vista del desprecio que se hizo el 22 á un parlamentario enviado por Suchet después de la toma del arrabal, pues Contreras no se dignó tan siquiera admitirle en la plaza, ni aun suspender el fuego, tal era su resolución de no entrar en tratos con el enemigo, se dispuso el caudillo de los sitiadores á atacar el último recinto de la plaza por el frente comprendido entre los baluartes de San Pablo y San Juan, de la parte conocida por la *muralleta*, débil en extremo, pues además de carecer de foso y de camino cubierto, tenía muy pocos fuegos. Terminada en la noche del 23 la primera paralela á 200 metros del recinto, empezó la construcción de las baterías núm. 21 y 22, de brecha, para ocho y seis piezas de 24 respectivamente, núm. 23 para cuatro morteros y núm. 24 para cuatro obuses, y estableció la segunda paralela á 140 metros de la plaza. Por su parte, Contreras, decidido á defenderse hasta el último extremo contando con que Tarragona sería al cabo salvada por Campoverde, providenció lo necesario para prolongar la resistencia todo lo posible con los 9.000 hombres que le quedaban, fortificando las inmediaciones del frente atacado, en particular los edificios de la Rambla, para construir un nuevo recinto interior flanqueado por un cañón que se colocó encima de la puerta de Barcelona (Santa Clara). Armadas en la noche del 27 las nuevas baterías, á las cuatro de la mañana del 28 rompieron el fuego, secundadas por las restantes baterías que tenían alguna acción sobre la plaza. Esta sostuvo el combate de artillería con el mayor acierto, concentrando sus disparos sobre las números 21 y 22, que sufrieron mucho; pero la mayor parte de las piezas de la defensa fueron pronto desmontadas, una bomba hizo volar el repuesto del baluarte ó torre de Cervantes produciendo el estrago consiguiente, y la brecha se iba ensanchando por momentos, viniendo al suelo grandes trozos de aquel viejo murallón, que á las cinco de la tarde presentaba abierto un espacioso boquete de diez metros de anchura, con una rampa perfectamente accesible. Esperaba Suchet con la mayor impaciencia este momento, teniendo noticia de que el 29 se proponía Campoverde

hacer levantar el sitio por un ataque general, y bajo la presión de las circunstancias no quiso demorar hasta la noche el asalto, para el que estaba ya todo preparado. Poco después de dicha hora, 1.500 hombres escogidos, á los que arengó personalmente Suchet, mandados por el general Habert y divididos en tres columnas, se abalanzaron intrépidamente desde la trinchera á la brecha, bajo el terrible fuego de fusilería y de metralla de tres piezas del flanco derecho del baluarte de San Juan, que con gran trabajo habían podido conservarse intactas, llegando al pie de ella con multitud de bajas y en el mayor desorden, sin que lograsen avanzar un paso más, contenidos por los defensores de la brecha, no menos valerosos, entre los que se distinguía delante de todos, según las relaciones francesas, un heroico oficial español de elevada talla y arrogante figura (1). Apelotonados los sitiadores junto al muro, sufren horrible estrago, y viendo aquella peligrosa detención, precursora de la derrota, ordena Suchet avanzar una parte de la reserva, 1.200 hombres, á cargo del general Ficatier, precipitándose á su cabeza una verdadera falange de jefes y oficiales de todas armas que acudieron de todas partes para dar ejemplo. Ordenanse entonces de nuevo las columnas de asalto, y empujándose unos á otros trepan por la movediza é insegura pendiente de la brecha que dominan al fin á costa de mucha sangre, arrollando á sus defensores en una última é irresistible oleada. La primera columna se extendió rápidamente por la derecha á lo largo del adarve, ocupando la segunda las casas próximas que dan á la Rambla, apoyadas una y otra por las tropas que iban penetrando por la brecha cual torrente desbordado; y aunque allí detuvo su impetuosa marcha el coronel Eguaguirre con el regimiento de *Almansa*, que mandaba el capitán D. Pedro Flores, sosteniendo de nuevo rudo combate desde las casas y bocacalles del otro lado, no fué aquél de larga duración, pues apoderada la tercera columna del baluarte de San Pablo se corrió hacia la cortina inmediata por la comunicación que por descuido había dejado abierta el coronel Canaleta, jefe del puesto, y franqueó la puerta del Rosario al general Montmarie, quien con cinco batallones se había arrimado por fuera al baluarte del mismo nombre, quedando desde aquel momento flanqueada y envuelta la línea de la Rambla. Entonces cesó la resistencia organizada, propagándose por todo el ámbito de la ciudad la confusión y el pánico; sólo algunos grupos aislados de soldados y oficiales fueron retirándose ordenadamente hacia la Catedral en cuyas gradas murió defendiéndose el coronel del 2.º regimiento de *Saboya* **D. José González de Castro**, hermano de Campoverde, y también cayó herido de un bayonetazo en el vientre, no lejos de allí, junto á San

(1) No hemos podido averiguar su nombre.

Magín, el bravo general Contreras, salvándole la vida un oficial de ingenieros francés. Los vencedores, dueños absolutos de Tarragona, dieron rienda suelta á su furor, y la soldadesca, perdido todo sentimiento humanitario y noble, renovó las tristes y repugnantes escenas de la edad media, destruyendo, quemando, violando ó degollando á los soldados fugitivos y á los míseros é inermes habitantes, sin perdonar ni aun á los niños de pecho; gracias que fueron respetados 120 heridos que había en los hospitales. Las familias de más de cinco mil víctimas sacrificadas por la furia francesa, lloraron largo tiempo aquella noche terrible, en la que corrieron verdaderos arroyos de sangre por las calles de la infortunada Tarragona.

Este sitio memorable, considerado por los mismos franceses como *uno de los más notables que ofrecen los anales modernos*, costó á los sitiadores la pérdida de 5.000 hombres, según confesión propia, 1.200 solo en el último asalto, habiendo ocasionado la mitad de las bajas los disparos de nuestra artillería, en términos, que muchos de los heridos lo fueron tan gravemente, que más de 400 habían sucumbido ya á fines de junio, y otros 1.000 quedaron mutilados y completamente inútiles para el servicio. Los franceses, para conquistar la plaza, tuvieron que abrir 10.000 metros de trinchera (4 000 á la zapa llena ó á la volante), y construir 24 baterías; hacer 42.000 disparos de cañón, obús ó mortero; abrir nueve brechas y dar cinco asaltos, consumiendo un número prodigioso de municiones de infantería. La artillería tuvo 410 bajas (19 oficiales), además de 62 caballos muertos en el armamento de las baterías, y los ingenieros 22 oficiales y 200 zapadores ó minadores; de infantería y caballería quedaron muertos ó heridos 150 generales, jefes y oficiales y 13 de Estado Mayor. Tales sacrificios fueron compensados con la posesión de la plaza más importante de Cataluña, adquiriendo con ella como trofeos de su glorioso triunfo—que valió á Suchet el bastón de mariscal de Francia—300 piezas de artillería con una cantidad grande de pólvora y municiones, 1.500 fusiles, un millón de cartuchos, 20 banderas y un número considerable de prisioneros.

La plaza llevó hasta el heroísmo su abnegación y constancia, habiéndose hecho acreedores el general Contreras y la guarnición, como los habitantes todos, á la gratitud de la patria; y es posible, que si Campo-Verde, destituido después del mando con sobrada justicia, hubiera obrado con más diligencia, Tarragona quizás se hubiese salvado. Ni las repetidas matanzas que sistemáticamente llevaron á cabo los franceses para imponerse á los sitiados por el terror, ni la multitud de proyectiles que caían sobre la ciudad (1), ni el verse abandonados por Campo-Verde, pu-

(1) Hubo día, el 16 de junio, en que la campana de la catedral señaló 1.560

dieron hacerles desistir de sus propósitos consignados en esta hermosa divisa: *antes morir que rendirse*; y en efecto, no capitularon; murieron unos y otros como buenos defendiendo el suelo sagrado de la patria. Solo de la guarnición perecieron durante el sitio más de 4.000 hombres, pasando también de 4.000 los heridos y contusos; el número de prisioneros se elevó en total á 10.000 (1), contando los heridos que había dentro de la plaza el día del asalto. La artillería, admirablemente dirigida y servida, sostuvo un duelo á muerte con la de los sitiadores, sobre los que arrojó 120.000 proyectiles, obligándolos á no avanzar sinó paso á paso con todas las reglas del arte; no es extraño pues que experimentase pérdidas espantosas, elevándose el número de oficiales muertos y heridos á 32, entre 40 que prestaron servicio en la plaza desde el principio del sitio (2).

Suchet pasó revista á los prisioneros encomiando el valor desplegado por la guarnición, y al llegar frente á los pocos oficiales de artillería que habían quedado ilesos les dijo, entre otras lisongeras frases, *que eran los mejores oficiales de artillería de toda Europa*; y aunque lamentó los horrores que tuvieron lugar en aquel día aciago, quiso, sin embargo, que tan sangrienta hecatombe se divulgase bien por toda España, para que sirviese de escarmiento ejemplar en lo sucesivo (3).

1854. Episodio del regimiento de Extremadura.—A las cuatro de la ma-

proyectiles caídos dentro del casco de la ciudad alta. Se contaron 236 casas completamente arruinadas y más de 500 con grandes desperfectos, sufriendo considerablemente todos los edificios públicos.

(1) El general Courten que mandaba en el frente opuesto al de ataque trató de abrirse paso por el camino de Barcelona con cinco ó seis mil hombres, pero no pudo conseguirlo.

(2) Perdieron la vida gloriosamente: el teniente coronel del 1.º regimiento á pie **D. Joaquín Arnau**; los capitanes **D. Joaquín Lirón de Robles** y **D. Pedro Ladrón de Guevara**; y los tenientes **D. Francisco Cárdenas**, **D. José del Barco**, **D. José Foxá**, **D. José Carcelén**, **D. Luis Ambert**, **D. Francisco de la Peña**, **D. Celestino Gastón** y **D. Juan Martínez Junquera**.

(3) Con tal objeto, y por un notorio refinamiento de crueldad, dispuso Suchet acudir á Tarragona todos los ayuntamientos de los pueblos inmediatos á fin de que presenciaran el cuadro desolador que ofrecía la ciudad, *existiendo aún quién conserva como reliquia preciosa, las medias manchadas de sangre con las cuales su abuelo verificó aquel terrible paseo sobre los cadáveres insepultos de sus conciudadanos, que pagaron de ese modo su heroísmo y su amor á la patria.* (Salas, *Sitio de Tarragona*).

ñana del 28 de junio, algunos oficiales trataron de sacar el regimiento de *Extremadura*, acuartelado en San Francisco, con el pretexto de ir *al ejercicio*, y marchar con él al campo de Guardias para reunirse con otras tropas al general Dulce (V. 30 JUNIO). Mas el capitán de la guardia de prevención D. MIGUEL FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ, recelándose el objeto, trató de cerrar la puerta y oponerse á la salida del regimiento, resultando herido aquel digno oficial en su honroso empeño por el capitán que marchaba á la cabeza á quien el centinela hirió entonces de un bayonetazo en un muslo, interviniendo en seguida en favor de su jefe toda la guardia, eficaz y valerosamente, en particular el cabo JOSÉ DOMÍNGUEZ y los soldados BERNARDO LALLANA, FRANCISCO JUAN, EUGENIO ANAHIZA, ADRIÁN CARDONA y JOSÉ GARCÍA, los cuales rompieron desde luego el fuego sobre los sublevados. La primera compañía contestó á la agresión con una descarga, y ganó la puerta aprovechando la confusión, pero llegó en aquel instante el coronel y demás jefes, que lograron restablecer el orden y contener el movimiento, volviendo al cuartel aquella compañía desde las afueras de la Puerta de Segovia.

Formadas el día siguiente 29 las tropas de la guarnición para ser revistadas por la Reina, al llegar ésta al regimiento de *Extremadura* detúvose, y mandando salir al frente de banderas al cabo JOSÉ DOMÍNGUEZ y á los soldados sus compañeros de guardia en la noche anterior, puso por sus propias manos al cabo la charretera de subteniente, y colgó del pecho de cada uno de los soldados la cruz pensionada de María Isabel Luisa.

1875. **Ataque de Molins de Rey** (GUERRA CARLISTA).—El jefe carlista Saballs, que aprovechaba cualquier coyuntura para caer sobre el llano de Barcelona, supo que la división Arrando se encontraba en la provincia de Gerona, y procediendo con su acostumbrada diligencia, reunió 2.000 hombres, con los que salió de Ripoll el 18 de junio, enviándolos por distintas direcciones hacia Esparraguera, desde donde, por Pallejá, se presentó á las nueve de la noche del 25 frente á Molins de Rey, distante sólo 12 kilómetros de Barcelona. Atacada la población por varios puntos, la escasa guarnición que allí había tuvo que irse replegando y abandonar por fin el fuerte, que los carlistas habían entregado á las llamas, refugiándose en la iglesia. La noticia causó gran sensación en Barcelona, de donde salió toda la fuerza disponible (900 hombres, 120 caballos y 2 piezas), á las órdenes del coronel de *Bailén*, D. Angel M. Chacón, obligando al enemigo á retirarse; mas, reforzado Saballs en Esparraguera por cuatro batallones y una sección de caballería, volvió de nuevo sobre Molins de Rey á las once de la noche del 27. La compañía de artillería á pie y voluntarios de la guarnición se encerraron en la iglesia, donde se defendieron esforzadamente hasta las ocho de la mañana del 28, en que destrozados por la artillería carlista los tambores de los ángulos del templo y casi agotadas las municiones, capituló honrosamente el capitán de

artillería D. Ramón Barnola, que hacía de comandante militar, saliendo de la iglesia con armas, batiendo marcha y al compás de una música carlista, los 175 individuos que componían la fuerza liberal, para quedar prisioneros de guerra. Una columna, que al mando del brigadier Mola y Martínez había salido de Barcelona, fué rechazada hacia San Feliu de Llobregat, distinguiéndose la caballería liberal, mandada por el teniente coronel de Estado Mayor D. Luis de Castellví. Al retirarse los carlistas después del combate anterior, picó su retaguardia, causándoles algunas bajas, la división Arrando que acudió precipitadamente desde Granollers.

Día 29.

1236. **Conquista de Córdoba** (GUERRA CON LOS MOROS).—Habiendo quedado en guarda y defensa de Andújar, conquistada por el rey Fernando III *el Santo*, el adalid segoviano Domingo Muñoz, supo por algunos moros almogávares cautivos, que Córdoba se guardaba con mucho descuido; y comunicando con Martín Ruiz de Argote y Pedro Ruiz Tafur el acuerdo de asaltarla, se prepararon debidamente para llevarlo á cabo. En la noche señalada para la sorpresa se arrimaron sigilosamente á los muros de Córdoba por la parte del Norte, y después de animar Muñoz á los expedicionarios, ataron las escalas unas á otras y subieron Alvaro Colodro y Benito de Baños, por ser los más prácticos en el idioma árabe, arrojaron de una torre á los moros que la custodiaban y abrieron un portillo á sus compañeros, que se desparramaron por el arrabal, sufriendo una verdadera lluvia de saetas que de todas partes les dirigían; mas consiguieron hacerse fuertes en la Axarquía, y desde allí dieron aviso al rey D. Fernando, quién á la hora de recibirlo cabalgaba ya con sólo cien caballeros en dirección á Córdoba, mientras se reunían é incorporaban sobre la marcha otras fuerzas, tomando la ruta por Ciudad-Rodrigo, Alcántara, Barca de Medellín, Magacela, Bienquerencia, Dos-Hermanas y Guadaljacar, dejando á Córdoba á la derecha, hasta el puente de Alcolea, en donde sentó sus reales, esperando el grueso del ejército. Llegado éste, bloqueó completamente la ciudad, y faltos de mantenimientos los sitiados, sin esperanza de socorro, tuvieron que rendirse el 29 de junio de 1236. Quedó en ella como gobernador político D. Alfonso Tellez de Meneses, y como militar D. Alvar Pérez de Castro. Las campanas que adornaban su magnífica mezquita, convertida en catedral, y que Almanzor había hecho conducir á Córdoba desde la catedral de Santiago en hombros de cristianos, fueron entonces restituídas á la basílica compostelana en hombros de cautivos musulmanes.

1560. **Expedición á Trípoli y desastre de los Gelves.**—Pensando Felipe II en reprimir las piraterías del terrible Dragut, compañero y sucesor de Barbarroja, en sus audaces empresas del Mediterráneo, dispuso que el virrey de Sicilia, D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, equipase una escuadra, que con 14.000 hombres de desembarco debía dirigirse desde Messina á Trípoli, objetivo principal de la expedición. Esta comenzó bajo muy malos auspicios, pues retenida en Siracusa todo el mes de noviembre de 1559 por causa de vientos contrarios, y luego en Malta, á cuya isla arribó la armada el 3 de diciembre (1), los malos alimentos produjeron tantas enfermedades, que al zarpar de nuevo la expedición de aquel puerto, el 10 de febrero siguiente, faltaban más de 3.000 soldados entre muertos y desertores. Además, en vez de marchar directamente sobre Trípoli, se encaminó el virrey á la isla de los Gerves ó Gelves, en cuyas aguas siguió perdiendo el tiempo, continuando la escasez de víveres y las enfermedades, que produjeron otras 2.000 defunciones en menos de veinte días. Al fin se decidió á efectuar el desembarco, y después de un rudo combate que ocasionó bastantes víctimas (2), capituló el castillo de Bembo, principal fortaleza de la isla, que pasó á llamarse Filipalcázar, si bien por breve tiempo, y se guarneció con 2.500 soldados de los tercios de Lombardía (regimiento del *Príncipe*) y Sicilia (regimiento de *Africa*) á las órdenes de D. Alvaro de Sande. Mas tantas dilaciones no podían menos de acarrear un fatal desenlace, pues como el almirante turco Pialy tuvo tiempo de acudir á Constantinopla en demanda de auxilios, había reunido en Navarino 83 velas, la mayor parte galeras, disponiéndose á caer con fuerzas tan considerables sobre la hueste cristiana de los Gerves. El gran maestre de Malta tuvo noticia de dichos aprestos y envió aviso al virrey por medio del valiente caballero catalán Hugo de Copons, que en una nave muy ligera y arrojando un fuerte temporal, se arriesgó á hacer la travesía, llegando á los Gerves el 10 de mayo. Desde aquel momento todo fué sobresalto y confusión, pensando unos en salvarse y otros en defenderse. En medio de aquellas críticas circunstancias se presentó Pialy con la armada turca; aumentó entonces

(1) El gran maestre de la orden de San Juan de Jerusalén regaló al duque la espada que San Luis, rey de Francia, llevó ceñida durante la guerra de la Tierra Santa.

(2) Murió peleando en primera fila el maestre de campo **D. Luis Osorio**, como también los capitanes **Gregorio Ruiz**, del tercio de Sicilia, (hoy *Africa*), **Bartolomé Gonzalez**, **Martín Frias** y **Alonso de Padilla**, el caballero **Álvaro Osorio**, teniente de la compañía de ginetes de Suero de Vega, y el sargento **Martín de Ezpeleta**, antiguo hidalgo navarro.

el desorden; las tropas no se hallaban en disposición de resistir á tan fuerte enemigo; y como el duque no era gran práctico en las cosas del mar, no tomó medida alguna para conjurar el peligro; así es que al ver su irresolución y aturdimiento, cada nave y cada capitán trató de ponerse en salvo. Muchas galeras, con la precipitación, se estrellaron en los escollos y otras encallaron en los bajíos; las naves gruesas y pesadas fueron entradas por los turcos con miserable estrago antes que pudiesen desplegar velas, y aquellos apresaron hasta treinta bajeles, matando á más de 1.000 hombres y cogiendo otros 4.000 prisioneros; sólo se salvaron el duque de Medinaceli y Juan Andrea Doria, con algunas naves que pudieron desenredarse del enemigo y llegar á Malta.

El intrépido D. Alvaro de Sande, que con su presencia de ánimo y valor había salvado á muchos de sus compañeros, llevó á cabo desde entonces una defensa heroica contra 12.000 turcos y multitud de moros que fueron acudiendo de todas partes, y al mando de Dragut y Pialy cercaron la fortaleza. Los asaltos, salidas y combates se repetían sin cesar, sin que sirviese de nada, para amedrantar á los sitiados, el fuego de 18 cañones de grueso calibre y otras piezas de artillería que sustentaban un fuego incesante; y escarmentado el enemigo, esperó á que el hambre diese buena cuenta de ellos. Después de mes y medio de sitio habían quedado reducidos á la situación más lastimosa; pero rechazaron todavía la intimación de rendirse, manifestando que preferían morir con honra peleando por su religión y por su patria. Sin embargo, no podían sostenerse ya más tiempo; y perdida toda esperanza de socorro, completamente abandonados á su suerte, comprendieron que, en efecto, no había más remedio que morir. Decididos á ello, á la media noche del 28 al 29 de junio salieron en masa del fuerte, cayeron impetuosamente sobre el campo enemigo, forzaron las trincheras, mataron muchedumbre de turcos, y hubiesen llegado hasta la tienda de Dragut á no haberse interpuesto los génizaros con los cuales lucharon á la desesperada hasta rendir casi todos la vida. Don Alvaro de Sande no pudo conseguirlo por más que hizo, y abriéndose paso, ganó la playa y subió á bordo de un navío español varado en la costa, donde le descubrió la luz del día con la rodela en un brazo y la espada en la mano rodeado de turcos que respetaron su heroico valor, conduciéndole á presencia del almirante Pialy á quien se rindió prisionero, siendo después llevado cautivo á Constantinopla con D. Gastón de la Cerda, joven de doce años hijo del virrey, que no debía volverle á ver, D. Berenguer de Oms y Requesens, D. Bernardo de Aldana, capitán general de la artillería del reino de Nápoles, D. Sancho Martínez de Leiva, maestre de campo después, D. Juan de Córdova y los capitanes del tercio de Sicilia D. Juan Osorio de Ulloa, D. Rodrigo Zapata, D. Juan de Lei-

va y otros oficiales y soldados (1). Tan desgraciado fin tuvo esta malhadada expedición.

1579. **Sitio de Maestricht** (GUERRA DE FLANDES).—Fué el primer hecho de armas importante que llevó á cabo Alejandro Farnesio después que se encargó del gobierno de Flandes á la muerte de D. Juan de Austria. El nuevo gobernador disponía de un ejército de 24.000 infantes y 7.000 caballos, los más de ellos alemanes, con el conde de Mansfeld de maestre de campo general, y encaminándose á Maestricht, sentó el 8 de marzo sus reales frente á dicha ciudad, que tendría entonces 34.000 habitantes. Mandaba en ella, por ausencia de su gobernador La Noue, el general Schwatzemburg de Herlen; mas la verdadera dirección de la defensa estuvo á cargo del experto ingeniero lorenés Sebastián Tapin, el cual había reparado y perfeccionado todas las obras, ensanchando los terraplenes, construyendo caponeras y casamatas, traveses y rebelines, limpiando y ahondando los fosos, y abriendo galerías de mina y hornillos, en una palabra: poniendo en juego los fecundos recursos de su ingenio y del arte para hacer la plaza inexpugnable. La guarnición no constaba en realidad más que de 1.200 franceses, ingleses y escoceses; pero había además 6.000 ciudadanos armados, con otros 6.000 campesinos de las cercanías, tomando parte también en la defensa casi todos los ciudadanos de una manera más ó menos activa.

El ejército real se situó en la margen izquierda del Mosa, ocupando la margen derecha Cristóbal de Mondragón; se levantaron cuatro fuertes bajo la dirección de los ingenieros Platt y Barocci; se echaron dos puentes de barcas sobre el río, arriba y abajo de la ciudad, y ésta quedó completamente circunvalada. Establecido Farnesio en Petersen, reunió consejo de generales para determinar el plan de ataque, y en vista de la diversidad de pareceres, se resolvió á dar la acometida por la puerta de Thongerren, según la opinión del conde de Barlamont, general de la artillería. El 25 de marzo, 46 piezas de grueso calibre conducidas en barcas por el Mosa desde Namur, rompieron el fuego contra el baluarte de la puerta citada, con violencia tal, que en dos días hicieron más de 6.000

(1) Del tercio de Sicilia (hoy *Africa*), sucumbieron gloriosamente su maestre de campo D. Juan de Barahona, el sargento mayor D. Antonio de Ávila y los capitanes D. Diego de la Cerda, D. Adrián García, D. Alonso de Hita, D. Eugenio de Tapia, D. Iñigo de Torres, D. Gonzalo Rodríguez y D. Juan Ortiz de Leiva.

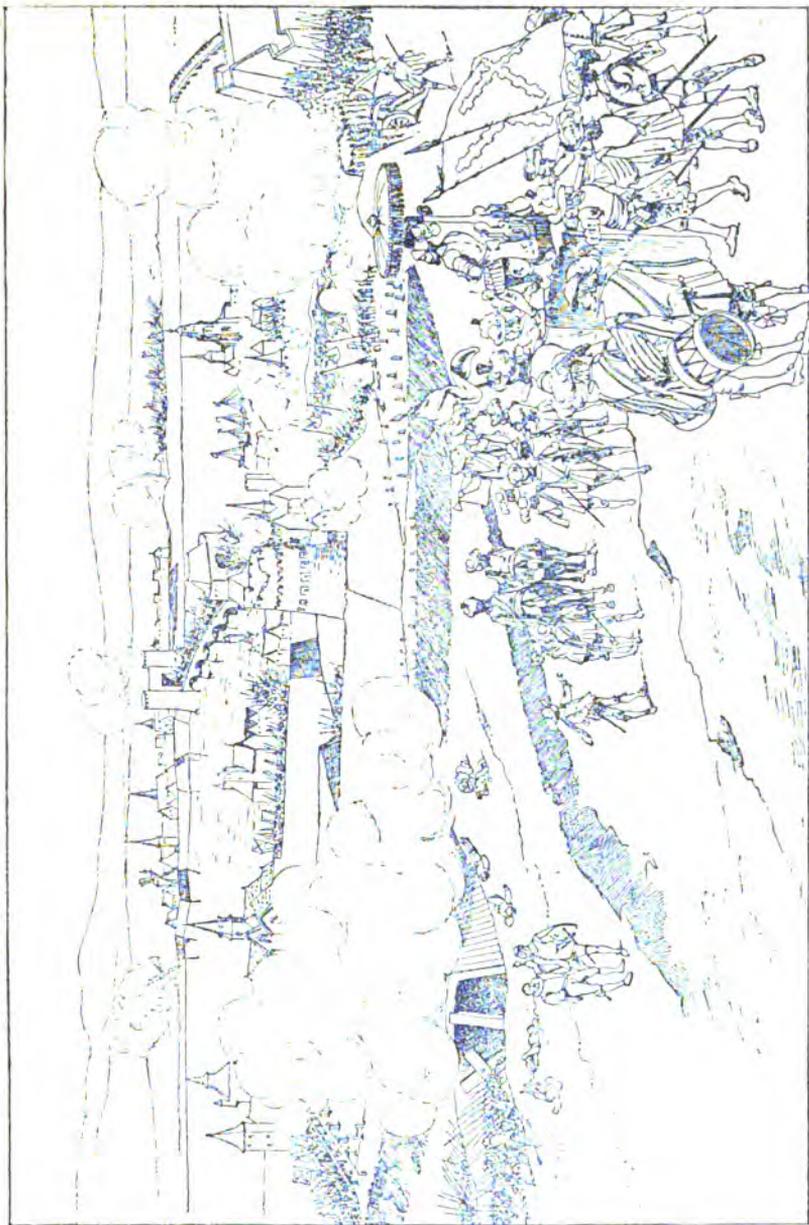
disparos, abriendo en la muralla algunos portillos que descubrieron otro formidable atrincheramiento interior construido por los sitiados. Entonces decidió Farnesio acometer también por la puerta de Bolduc (Bois-le-Duc), que fué batida con 22 cañones, encargándose Mansfeld de este ataque, y Farnesio en persona del primero, como más difícil. Las minas combinaban su acción con la de la artillería, y frecuentemente se empeñaban en las entrañas de la tierra combates sangrientos, apelando unos y otros á toda clase de estratagemas (EPISODIO 1), hasta conseguir los sitiadores volver parte del baluarte y torreón de Thongeren y abrir ancho boquete en el baluarte de Bolduc; así que el 8 de abril, después de arrear Farnesio á las tropas, se agolparon hacia la puerta de Bolduc el tercio español de don Lope de Figueroa, llamado el *tercio viejo de Milán*, el de Francisco de Valdés, 10 banderas del conde Anibal de Altemps, compuestas de alemanes y borgoñones, y 5 banderas de valones; y por la parte de Thongeren, que mira á Lieja, defendida por el capitán español Manzano, el tercio de D. Fernando de Toledo, llamado de la *Sagrada Liga* por haber estado en Lepanto, 6 banderas de Jorge Fronsberg, los alemanes del conde de Barlamont, parte de los alemanes de Carlos Fuggier y los valones del conde de Reulx. En cuanto se dejó oír la señal de cajas y clarines, se precipitaron todos con gran valor á las brechas; mas no habiendo precedido, como debiera, un detenido reconocimiento de aquellas, resultó que la de Bolduc no estaba practicable; y bajo el terrible fuego de los sitiados hubo que rellenar apresuradamente con faginas la parte de foso no cubierta con los escombros del muro. Este primer contratiempo ocasionó algún desorden, que unido á la mala dirección dada por dicha causa á las columnas de asalto, hizo se mezclasen y confundiesen unas con otras sin que pudieran apenas ofender al enemigo, el cual, casi á mansalva, causó gran estrago en las filas de los asaltantes, batida aquella apretada masa de frente y también por un flanco con el fuego de los esmeriles y falconetes que artillaban una torrecilla próxima á la puerta. Hacinados centenares de cadáveres en aquellas sangrientas ruinas, era cada vez más difícil el avance y más fácil la defensa, á la que concurrían animosas mujeres, haciéndose ya imposible continuar la lucha. Por la puerta de Thongeren no fueron más afortunados los sitiadores á pesar del valor que desplegaron, y aunque se intentó por todas partes un esfuerzo desesperado, todo fué inútil, cayendo horriblemente mutilados los más animosos por la continua rociada de pelotas de la artillería de la plaza. Loco de ira Farnesio, quiere lanzarse en persona á la brecha á la cabeza de sus tropas para entrar en la ciudad ó perecer con ellas; mas Tassis y el prudente Gabrio Cervelloni calmaron sus ardientes ímpetus y le hicieron desistir de su descabellado intento, dando al fin el caudillo español la se-

nal de retirada (EPISODIO II). Este desgraciado asalto costó más de 2.000 víctimas (1).

Procedió ya Farnesio con más cautela, disponiendo ceñir la plaza con una cadena de fuertes, terminándose tan á tiempo dichas fortificaciones, sabiamente dispuestas, que cuando se presentó Juan de Nassau, hermano del príncipe Guillermo, con 200 banderas y 300 caballos rebeldes en auxilio de la plaza, no se atrevió á atacar el campo de los españoles y retrocedió presuroso, convencido de la inutilidad de su empeño, manifestando á Orange que *Maestricht estaba sitiada con otra Maestricht*. Pero también Tapin había levantado nuevas y más formidables defensas, reforzando los puntos débiles, y solo á fuerza de constancia y de trabajos sin cuento, adelantando paso á paso por la zapa ó por la mina, pudieron los españoles apoderarse de la puerta de Bolduc, plantando el primero el estandarte real en los muros de Maestricht el alférez Manelli; sin embargo, no por esto ceden aquellos esforzados ciudadanos ni disminuye su valor heroico, pues mientras los sitiadores se disponen para atacar los atrincheramientos interiores, miles de personas levantan apresuradamente como por encanto una media luna para cubrir la puerta de Bruselas, robustecida en sus extremos con grandes traveses y su correspondiente foso. Para expugnar esta nueva obra fué preciso echar un puente sobre el foso principal, que no tenía menos de 40 pies de ancho y otros tantos de profundidad, pasar la artillería gruesa al otro lado, subirla á brazo sobre la muralla bajo el fuego mortífero del enemigo y batir en brecha el flanco de la media luna. Esta peligrosa y difícil operación se llevó felizmente á cabo (2) trabajando con los gastadores y artilleros el mismo Farnesio, y aquella cayó en poder de las tropas realistas el 24 de junio después de un sangriento combate, replegándose los defensores á otras trincheras, dis-

(1) Entre ellas, el Conde de San Jorge, D. Diego Hurtado de Mendoza, Alonso del Castillo, el Conde de Noñri, Pedro Pacheco, Mario Antonio Simonetta, Carlos Carabantes, Francisco de Aguilar, Fabio Farnesio, Pedro de Mendoza, Antonio Troncoso, Sancho Beltrán, Pedro de Zúñiga, Agustín Echaffenati, Diego de Ortiz, el alférez Juan de Quiñones, los capitanes Alvarado y Angulo, el sargento Tello Paez que fué el primero que murió aquel día, y otros muchos.

(2) Costó, sin embargo, la pérdida irreparable del Conde de Barlamont, capitán general de la artillería, muerto gloriosamente de un balazo de arcabúz, con gran sentimiento del príncipe de Parma que lo estimaba mucho por su fidelidad, inteligencia y valor. No le quería tanto el ejército porque le tachaba de duro y severo observador de la disciplina militar.



TRIUNFAL ENTRADA DE FARNESIO EN MAESTRICHT

(Copia de un grabado de Hooghe)

puestos á morir entre las ruinas de la ciudad, pues el 26 rechazaron todavía las proposiciones de acomodamiento que les hizo el de Parma, queriendo evitar los horrores que sucedieron después.

Se preparaban ya los sitiadores para dar la que creían última acometida, cuando un soldado español llamado Alonso García, de servicio en las avanzadas, se arriesgó á penetrar por entre las ruinas en el trincherón enemigo inmediato, pudiendo observar que los centinelas estaban profundamente dormidos y los puestos en el mayor abandono. Puesto el hecho en conocimiento de Farnesio, que estaba postrado en cama con una violenta fiebre, ordenó inmediatamente el asalto, y al amanecer del 29 todo el ejército sitiador se precipitó con furia tal sobre la ciudad, que nada pudo contenerle, arrollando á los defensores de calle en calle y de casa en casa, hasta que la pelea degeneró al fin en horrible carnicería. El burgo ó arrabal fué asaltado también por los soldados de Mondragón; y los míseros habitantes, sin tener donde refugiarse, fueron la mayor parte pasados á cuchillo del modo más inhumano, muriendo otros ahogados en el río al pretender salvarse. El gobernador pereció luchando valerosamente en la plaza de San Serbas, con los restos de la guarnición; el heroico Tapin, gravemente herido, cayó prisionero, sucumbiendo poco después; y el número de habitantes muertos durante el sitio y el día del asalto se elevó á 18.000, durando varios días el saco de aquella infeliz ciudad. El capitán español Manzano que, traidor á su patria, se había pasado al enemigo cinco años antes, fué cogido prisionero por Alonso de Solís, y sufrió una muerte ignominiosa haciéndole correr entre las picas de los soldados de su tercio. Los sitiadores echaron de menos entre muertos y heridos más de 5.000 hombres.

En este sitio llegó á tal punto la destreza de nuestros arcabuceros, que según confesó el mismo Tapin le mataron más de 2.000 hombres hiriéndolos á todos en la cabeza al descubrirla sobre el muro.

Enfermo de gravedad Alejandro Farnesio estuvo en inminente peligro; pero restablecido al fin, fué conducido en triunfo á la ciudad tan costosamente ganada, donde entró llevado en hermosas andas por sus maestres de campo, y seguido de sus brillantes escuadrones que gritaban: *¡victoria!*

Episodios.—I. Los sitiados inundaron una mina con agua hirviendo que abrasó los pies de los españoles, teniendo éstos que abandonarla, y lo mismo otra en cuya boca pusieron los enemigos mucha cantidad de leña verde, encendiéndola con los fuelles del órgano de la iglesia mayor, para producir una gran cantidad de humo. Para recuperarlas, se previnieron diez soldados españoles, escogidos de cada una de las compañías de los capitanes Gaspar Ortiz, Alonso de Perea y Juan Núñez de Palencia, volviendo á entrar en ellas protegidos cada dos arcabuceros por un grueso

tablón ó escudo de madera aspillerado, y cuatro piqueros á su amparo; de este modo fueron empujando á los rebeldes hasta desalojarlos enteramente de las minas, matando á muchos.

II. Los rebeldes, para hacer burla de los católicos, siguiendo la costumbre de exponer algunas de las imágenes de los templos en los puntos de la muralla donde hacía más daño el fuego de los sitiadores (1), descolgaron una de gran tamaño y hermosura, que representaba á la Virgen María con su divino Hijo, debajo de la batería más próxima á las trincheras de los españoles. Heridos éstos en sus creencias religiosas, se llenaban de ira y juraban vengar á la primera ocasión tanta afrenta como recibían. Uno de ellos, el alférez ALVAR DE MIRABAL, picado por algunas palabras del misionero jesuita JUAN FERNÁNDEZ, se decidió el día del asalto (8 de abril) á rescatar la sagrada imagen ó perder la vida, y para ello dejó su rodela y espada, guardó sus pistolas en el cinto y empuñando una de aquellas largas picas flamencas llamadas salta-fosos (2), esperó en la trinchera más inmediata la señal de ataque. Al empezar éste, salvó Mirabal á la carrera el espacio que le separaba del muro, y después, por medio de un vigoroso impulso, se elevó hasta la estrecha cornisa ó repecho que sostenía la imagen, soltó la pica, y abrazándose á la Virgen se dejó caer con ella al pie del muro, bajo el fuego de los arcabuceros enemigos, asombrados de aquel hecho inconcebible, rodando después sin soltarla hasta las trincheras del campamento donde se puso de pie, y á pesar de las heridas que había recibido en su heroica y feliz empresa, se unió todavía á su tercio, que formaba parte de la columna de asalto.

Al visitar Alejandro aquella misma tarde los cuarteles, llamó su atención dicha imagen, que los soldados españoles habían colocado sobre una cureña cubierta con una bandera enemiga ganada á los sitiados en el asalto. Habiéndole referido entonces el hecho, hizo llamar al valeroso alférez, y cogiendo la gineta (3) de uno de los capitanes que le acompañaban, se la entregó diciéndole: *tomadla vos, señor ALVAR DE MIRABAL; que bien merece el mando de una bandera quien tales empresas acomete.*

El P. JUAN FERNÁNDEZ no se portó menos heroicamente. A la caída de la tarde del mismo día se dirigió sólo hacia el foso donde habían quedado abandonados tantos heridos, y aunque los defensores dispararon contra él su falconete, no salió por esto de su tranquilo paso, adelantándose impávida y serenamente hasta el borde; entonces sonó una descarga de mosquetería, y el jesuita cayó como exánime al fondo, donde quedó inmóvil sobre un montón de muertos. Mas, en cuanto cerró la noche levantóse, y recorriendo el foso de un extremo á otro fué prestando los auxilios de

(1) Además, revestidos los soldados herejes con ornamentos sacerdotales, parodiaban en torno de ellas las ceremonias del culto.

(2) Tenían en el regatón una gran pieza de madera que impedía se hundiese demasiado en el cieno, usándola los naturales, al mismo tiempo que para combatir, para saltar atrevidamente fosos y pantanos.

(3) Lanza corta con moharra dorada y borla de seda, que era en aquel tiempo insignia de los capitanes de la infantería española.

la religión á los moribundos, y antes de que clarease el alba volvió á los reales, todo ensangrentado y cubierto de lodo, sin fuerzas para sostener el crucifijo que llevaba, siendo recibido por los soldados y por el mismo Alejandro Farnesio con las mayores demostraciones de alegría y cariño.

1586. Sitio de Venl6o (GUERRA DE FLANDES).—Tomada Grave por Alejandro Farnesio (V. 7 JUNIO) puso 6ste sus miras en la plaza de Venl6o, ciudad de G6eldres, fronteriza á Brabante y situada sobre el Mosa. Procediendo con su acostumbrada diligencia, circunval6 de pronto la ciudad, ech6 un puente sobre el r6o y lo fortific6 con 35 naves llevadas de Ruremonde y Maestricht. Como imped6an la expugnaci6n un fuerte levantado sobre una isla, y una media luna 6 rebell6n que bat6a el Mosa, dispuso Farnesio se juntasen y ataran entre s6 tres pontones, sobre los que se levant6 un parapeto con zarzos y sacos de borra, á cuyo abrigo deb6an seguir otras barcas menores que ocuparon 200 espa6oles del tercio de Mondrag6n con algunas piezas de campafia; desde la otra ribera conduc6an otras barcas hasta 100 soldados del mismo tercio. Preparado el ataque desde la ribera de Brabante con 10 piezas de batir, se efectu6 aquel á media noche, asaltando el rebell6n 400 italianos del tercio de Capiffuccio, que plant6 en 6l la bandera espa6ola, habi6ndose distinguido en el asalto Luis Melzo quien result6 gravemente herido; los espa6oles se apoderaron al mismo tiempo de la isla con escasas p6rdidas. Entonces se pudo batir ya el recinto; y cuando se dispon6an los sitiadores para el asalto, capitul6 la guarnici6n, que sali6 de la plaza el 29 de junio, desarmada, y sin banderas ni caballos, por no haberle querido conceder Farnesio los honores de la guerra en vista de que la defensa fu6 d6bil en extremo.

1812. Episodio de la guerra de la Independencia.—A pesar de estar ocupada Salamanca por una guarnici6n francesa numerosa compuesta de tropas de las tres armas bajo el mando del general Dorsenne, los lanceros de D. Juli6n S6nchez llevaban su atrevimiento hasta aproximarse á las mismas puertas de la ciudad. El 29 de junio, d6a de San Pedro, en que los habitantes acostumbran celebrar una animada romer6a en el delicioso y pintoresco valle del Zurgu6n, ten6an prometido algunos de dichos lanceros asistir á la fiesta, sin que nada bastase á disuadirlos de su prop6sito, á pesar del peligro á que se expon6an. A las cinco de la tarde, cuando m6s concurrencia hab6a, cont6ndose entre los asistentes bastantes soldados franceses, llegaron por el camino de Roll6n cinco guerrilleros que fueron recibidos con grandes aclamaciones y vivas á Espa6a, huyendo los franceses en la persuaci6n de que eran una avanzada de las tropas de D. Juli6n S6nchez, no sin que cayesen bajo las lanzas de nuestros ginetes dos de los enemigos. Aquellos cinco valientes se apearon, mante-

niendo la brida sujeta al brazo, y departieron tranquilamente con los salmantinos que los obsequiaron á porfía, arrancándose las mujeres las flores que adornaban sus cabezas para prenderlas por su mano en los uniformes de los lanceros. Entre tanto, se había puesto la guarnición entera sobre las armas, y cuando los tambores y clarines anunciaron la aproximación de una columna, dieron aquellos un último abrazo á sus parientes y amigos, montaron á caballo y se alojaron al paso, dando vivas á Salamanca. Los nombres de dichos valientes eran los que siguen: ANDRÉS SÁNCHEZ, de Vilvis; BALTASAR SÁNCHEZ, de Ruelos; ANGEL PÉREZ, de Rollán; BALTASAR MONITA, de Monterubio de la Sierra, y AMBROSIO GASCÓN de la Sierra de Francia.

1817. **Acción de San Juan de los Llanos (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).**—Reunidas las fuerzas que mandaban los coroneles Ordoñez y Castañón (unos 700 hombres) salieron de San Felipe con dirección al fuerte del Sombrero. El célebre D. Francisco Javier Mina, cuya reputación había subido al más alto grado por sus hazafias desde que había desembarcado en Méjico, tuvo aviso de este movimiento y partiendo de dicho fuerte en la tarde del 28 de junio con fuerzas próximamente iguales, salió al encuentro de los realistas á los que divisaron los insurgentes el día siguiente 29, marchando muy confiados por el camino real en dirección á la hacienda de San Juan de los Llanos, distante cinco leguas de San Felipe. Mina ocultó su gente tras de un repecho, y después de un reconocimiento audaz, tomó rápidamente acertadas medidas para atacar á sus contrarios. Estos habían hecho alto en la llanura, y acometidos con la mayor decisión, no pudieron resistir el choque, desordenándose desde los primeros momentos, sin que bastasen á contener al enemigo los disparos de las dos piezas que llevaban los realistas, cuyos artilleros, no teniendo á mano metralla, cargaron los cañones con pesos duros. Ocho minutos bastaron para decidir la acción, muriendo de los primeros los coroneles **D. Cristóbal Ordoñez y D. Felipe Castañón** que eran los dos jefes principales, y otros muchos, particularmente de los fugitivos, acuchillados por los ginetes de Mina; sólo se salvaron unos 150 hombres, la mayor parte de caballería, que pudo reunir el teniente coronel Calderón. El caudillo navarro regresó victorioso al fuerte del Sombrero con 220 prisioneros, dos piezas de artillería, 500 fusiles, vestuario y municiones, teniendo en cambio que deplorar la pérdida del mayor Maylefer, muerto á la cabeza de sus escuadrones en la carga que decidió la victoria. Casi todos los prisioneros se alistaron en las filas de Mina, y los que nó, quedaron en libertad facilitándoles Mina bagajes y dinero.

1837. **Acción de Cherta y paso del Ebro por Don Carlos**

(GUERRA CIVIL).—Apostado el barón de Meer en Martorell, después de la batalla de Grá (V. 14 JUNIO), para acechar los movimientos que pudiese llevar á cabo la expedición de D. Carlos, dejóse distraer y burlar por el enemigo, que se deslizó por su flanco izquierdo, llegando por encima de Tortosa á la margen del Ebro antes de que el caudillo liberal se apercibiese de la operación. Prevenido oportunamente Cabrera del intento del ejército carlista de trasladarse al reino de Valencia, y señalado el día 29 de junio para efectuar el paso de dicho río, se dirigió á San Carlos de la Rápita, requisó algunas lanchas y almadías y las condujo por tierra, en grandes carretones y sobre rodillos, á Cherta, frente á cuya villa, y en la orilla opuesta vivaqueó en la noche del 28 la expedición. La empresa era, sin embargo, muy arriesgada y peligrosa por encontrarse el general Noguerras en Mora, cinco horas distante, con cinco batallones y 300 caballos, y Borso de Carminatí en Tortosa, á tres horas de Cherta, con otros cuatro batallones y 250 caballos; mas Cabrera, que no disponía más que de seis batallones y cuatro escuadrones, mandó á Pertegaz con ocho compañías de voluntarios de Tortosa á los desfiladeros de Armas del Rey, por donde precisamente tenía que pasar Noguerras si se movía en dirección á Cherta, con orden terminante de defenderse allí hasta morir todos, y él en persona se dispuso á proteger el paso de la expedición y oponerse á Borso si salía de Tortosa. Este jefe se movió efectivamente al amanecer del 29, contando con la cooperación de Noguerras, á pesar de no tener de él noticia alguna, interceptada toda la correspondencia entre ambos por los carlistas, y ocupó buenas posiciones, con la derecha apoyada en el Ebro y la izquierda en el camino de Armas del Rey, empeñándose con ardor el combate; mas á las dos de la tarde, después de cinco horas de lucha sostenida por una y otra parte con igual valentía, viendo Borso que Noguerras no acudía al campo de batalla (1) y que parte de las tropas de D. Carlos se encontraban ya en la orilla derecha amenazando aniquilarle con su inmensa superioridad numérica, decidió emprender la retirada, que se llevó á cabo por escalones con el mayor orden, precisión y serenidad, distinguiéndose en alto grado la caballería (EPISODIO), sin dejarse intimidar por las furiosas cargas del enemigo. Este desistió al cabo de la persecución, y Borso entró en Tortosa con 100 bajas, habiendo experimentado los carlistas pérdidas próximamente iguales. El pretendiente no

(1) Dicho general, no teniendo noticia alguna de Borso, por más que sabía se encontraba en Tortosa, no se atrevió á marchar contra Cabrera; y suponiendo que las descargas del combate eran salvas que hacían los carlistas en honor de su rey al recibirle en la orilla derecha, creyó que la expedición había pasado el río, retirándose en consecuencia por Corbera y Gandesa á Batea donde pernoctó aquel día.

se atrevió á pasar el río hasta las siete y media de la tarde, cuando se le presentó Cabrera en la playa de Tibenys dándole toda clase de seguridades. El caudillo tortosino fué recompensado por aquél con la gran cruz de San Fernando, siendo nombrado además comandante general de Aragón, Valencia y Murcia.

Episodio.—Un escuadrón del *Rey*, mandado por el capitán D. TOMÁS LÓPEZ, contuvo solo y constantemente á cuatro de los enemigos, consiguiendo en una de las cargas, brillantemente dirigida, salvar á un batallón de *Casadores de Oporto* cercado y cortado por triplicadas fuerzas. En recompensa de su admirable comportamiento, fué saludado al llegar á Tortosa con calurosos vivas y aclamaciones por la infantería de la brigada, que le recibió en orden de parada y con las armas presentadas, concediéndose á aquel bravo capitán el empleo inmediato.

1864. **Episodio de la guerra de Santo Domingo.**—Cuando la voladura que ocurrió el 29 de junio de 1864 en el laboratorio de mixtos situado dentro del fuerte de San Felipe, en el campamento de Puerto Plata, quedaron muertos en el acto dos artilleros, y envueltos entre los escombros el comisario de guerra D. GUILLERMO DE SOTO y el oficial 2.º de Administración militar D. RAMÓN LLUCH, que se encontraban en la habitación inmediata, separada del laboratorio por un simple tabique, de madera como la mayor parte del fuerte. A los pocos segundos, recobrado el primero del estupor que le produjo aquel desgraciado accidente, observó que los maderos hacinados en los locales destruidos por la voladura estaban ardiendo, á pocos pasos del almacén de pólvora, y comprendiendo el peligro inminente que corría éste, salió á pedir agua para dominar el incendio volviendo en seguida el primero al lugar del siniestro, donde se dedicó á extraer de entre el fuego varias granadas cargadas, espoletas y otros fuegos artificiales sin quemar, ayudando á salir de entre los escombros á otro artillero, que gravemente herido, falleció á las pocas horas, y al oficial 2.º D. RAMÓN LLUCH con ocho heridas y contusiones leves, que no quiso ir á curarse hasta ver recogida y asegurada la caja de la pagaduría militar. Probado, por juicio contradictorio, el comportamiento distinguido del comisario D. GUILLERMO DE SOTO, quién había expuesto visiblemente su persona para evitar se propagase el incendio que produjo la voladura expresada, fué recompensado por Real orden de 29 de octubre de 1866, con la cruz de San Fernando de 1.ª clase, primera que se concedió después de la reforma de dicha orden por la ley de 18 de mayo de 1862.

1875. **Acción de Monlleó (GUERRA CARLISTA).**—Preparándose ya el general Jovellar para dirigirse sobre Cantavieja donde esperaba dar el último golpe á los carlistas del Centro, supo el 28, en Lucena, que Dorregaray se encontraba en Villafranca del Cid con Villalain, Cucala y Palacios, cuatro batallones escogidos y 200 caballos, y resolviendo marchar á su

encuentro, pernoctó aquel día en Vistabella, y al día siguiente, domingo, continuó el movimiento, después de oír misa de campaña á la salida del pueblo. Los liberales tenían que pasar el barranco de Monlleó, muy peligroso por ser escarpadísimo y dominado por inaccesibles alturas en los flancos; mas afortunadamente, Dorregaray recibió tarde el aviso, y las primeras fuerzas que envió contra Jovellar se encontraron ya en el Plá del Moverra, al otro lado del barranco, al escuadrón de *Villaviciosa* que formaba parte de la vanguardia. Su comandante D. Miguel Manglano, comprendiendo que era absolutamente indispensable contener al enemigo hasta que llegasen otras fuerzas, para impedir que aquel se apoderase de la embocadura del barranco, mandó echar pie á tierra á su gente, y parapetándose detrás de una cerca en la altura próxima á la Torre de la Leandra, rompió el fuego contra las guerrillas carlistas, sosteniéndose media hora en aquella posición. El brigadier Bayle llegó con dos batallones cuando no podían sostenerse ya más los bravos jinetes de *Villaviciosa*, y tomando acertadas disposiciones, generalizose el fuego, extendiéndose la línea de combate por las fuerzas que de una y otra parte iban incorporándose. Los contrarios se defendieron con empeño tras de las numerosas cercas de piedra que había en el campo, y hasta dieron dos vigorosas cargas á la bayoneta haciendo cejar momentáneamente á nuestros soldados (EPISODIO); mas el fuego de las seis piezas de montaña dirigido con notable acierto sobre el centro enemigo, y el avance de un batallón del primer regimiento de *Infantería de Marina*, bizarramente guiado por su teniente coronel D. Segundo Díaz de Herrera, facilitaron la acometida general á las posiciones enemigas, iniciándola por la derecha, á la cabeza de sus tropas, el general D. Pedro Esteban. Los carlistas no extremaron la resistencia temiendo ser envueltos y se retiraron en desorden completo, unos hacia Mosqueruela con Dorregaray, y otros á Iglesuela con su jefe de Estado Mayor Oliver, habiendo experimentado sobre 200 bajas, entre ellas el brigadier D. Angel C. Villalain que murió de un balazo en la cabeza. Las pérdidas de los liberales fueron más de 100, contando entre los muertos un jefe y dos capitanes. Jovellar entró el mismo día en Villafranca del Cid.

Episodio.—Distinguióse notablemente en aquella ocasión el coronel de ejército, comandante de estado mayor D. JOSÉ GALBIS, quién rehaciendo una compañía que se retiraba, falta de municiones, agobiada por superiores fuerzas carlistas la condujo nuevamente al combate con gran arrojo y acierto, cogiendo siete prisioneros, y ocupando después con unos cuantos soldados la Torre de la Leandra, donde apoyaba su izquierda el enemigo.

Se citan también en el parte oficial, el coronel D. ROSENDO MOIÑO que mandando la vanguardia, fué herido en el pecho sin que por esto quisiera separarse del com-

bate hasta su terminación, y lo mismo el capitán D. ANTONIO GIMENEZ GARCÍA, quién continuó al frente de su compañía hasta recibir una segunda y más grave herida, siendo entonces retirado al hospital de sangre; los tenientes D. MANUEL ROMERA y D. AGUSTÍN AMBELL que dieron noble ejemplo de bizarría al frente de su compañía; y el soldado de la *Reserva núm 10* AGUSTÍN BEL que en ocasión crítica se adelantó solo y puso fuera de combate á tres enemigos.

Día 30.

1521. Batalla de las Navas de Esquiroz (GUERRA CON FRANCIA).

—Aprovechando el rey Francisco I la guerra de las Comunidades, intentó restablecer en el trono de Navarra á Enrique de Albret ó Labrit, mandando á dicho reino al general Andrés de Foix, señor de Lesparre, con 12.000 infantes y 800 caballos. El caudillo francés se apoderó de San Juan de Pie del Puerto y de Pamplona, cuya ciudadela defendieron los españoles con valor, distinguiéndose en alto grado D. Ignacio de Loyola, capitán de infantería, que fué gravemente herido. El enemigo siguió avanzando hasta el Ebro y puso sitio á Logroño; mas acudiendo en su socorro el duque de Najera con 12.000 infantes y 500 caballos (1), emprendió aquel la retirada hacia Pamplona, y se situó en excelentes posiciones en la sierra del Perdón, á dos leguas de Puente la Reina y de dicha capital, entre Esquiroz y Noain, para hacer frente á los españoles que iban persiguiéndole. El duque de Najera, engañando á su contrario, transpuso la sierra sin que se apercibieran los franceses, y se situó á espaldas de éstos en el pueblo de Esquiroz, interceptándoles las comunicaciones con Pamplona. Rechazados al principio los españoles por el furor con que peleó el enemigo, volvieron á la carga y consiguieron al fin arrollarle, cogiendo su artillería y haciendo prisionero á su general. La mitad de las tropas invasoras perecieron en el combate y en la huida precipitada que emprendieron, pudiendo muy pocos de los vencidos repasar la frontera.

1596. Saqueo de Cádiz (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—En los primeros albores de la mañana del 30 de junio de dicho año, se avistó en Cádiz una poderosísima escuadra enemiga. Había salido de Plymouth el 13 y se componía de 150 naves inglesas con 10.000 soldados y 7.000 marineros, y 24 navíos holandeses con otros 5.000 hombres de desem-

(1) Formaban parte de dichas tropas 1.000 hombres que dió Segovia para la guerra de Navarra, siendo sus capitanes D. Pedro Tapia, D. Martín Alonso de Peralta, Hernando Arias, D. Gabriel de Contreras, y Rodrigo de Peñalosa, y su coronel Alonso Dávila.

barco, mandados los buques respectivamente por lord Howard (1) y el vice-almirante Warmond, y las tropas por el conde de Essex, favorito de la reina Isabel, y por Luis de Nassau. El sobresalto de la población fué como se puede suponer. Llamáronse á toda prisa las milicias de Jerez pues apenas había en Cádiz guarnición, y D. Diego de Sotomayor, general de la armada, preparó la resistencia en el interior de la bahía y al abrigo del Puntal con 8 galeras y 3 fragatas, únicos buques disponibles de los 30 bajeles de guerra que había á la sazón en Cádiz, además de otros tantos de transporte con 36 naves próximas á zarpar para la India. Acudió también á la ciudad amenazada el duque de Medina Sidonia, capitán general de aquella costa, quien irresoluto y perplejo no hizo más que aumentar la confusión al tratar de organizar la resistencia. Muy débil fué la que se opuso á los ingleses: estos penetraron en la rada con escasas pérdidas, echaron á pique ó incendiaron todos los barcos españoles, después de saqueados, y el conde de Essex desembarcó tranquilamente sus tropas en el Puntal, rechazó una columna que había salido de la plaza, entrando en ella tras de los fugitivos y escalando la muralla. Rendido al día siguiente el castillo, pues carecía de víveres y no tenía pólvora ni aun para romper el fuego su artillería, pudieron los ingleses dedicarse al saqueo de la ciudad, que se verificó con un orden y método admirables, recogiendo las campanas de las iglesias y las rejas de balcones y ventanas, sin perdonar ni aun las aldabas de las puertas: tal era su rapacidad; en cambio respetaron á las personas, como había prevenido terminantemente el conde de Essex. El 15 de julio abandonaron los aprovechados británicos la antes opulenta Cádiz, con un botín valuado en más de veinte millones de ducados. Como recuerdo de su visita, dejaron tan molestos huéspedes incendiada la catedral y 290 casas, de las 1.203 que tenía entonces la ciudad.

1703. **Batalla de Enkeren** (GUERRA DE SUCESIÓN).—El general Opdam, que acaudillaba un ejército de holandeses é ingleses, quiso poner sitio á la fuerte plaza de Amberes, en los Países Bajos. Al tener noticia de dicho intento, acudieron aceleradamente para oponerse á ello todas las tropas francesas y españolas que había disponibles, mandadas aquellas por el mariscal de Boufflers y las últimas por el marqués de Bedmar. Esperó Opdam en una fuerte posición muy quebrada y desigual, apoyada en el fuerte de Lilló, la acometida de las tropas borbónicas, que renovaron en dicho combate los altos hechos de los tiempos de Alejandro Farnesio

(1) El mismo que había dirigido la flota inglesa contra la *Invencible* en el canal de la Mancha.

Los españoles y valones asombraron á sus compañeros los franceses con su heroísmo, llenando de terror al enemigo que, desalojado de sus posiciones, se vió en gran apuro, estrechado entre las bayonetas de nuestros soldados y el dique que tenía á su espalda. Continuó el combate por la noche, y gracias á la oscuridad y al sereno valor del general holandés Stagembourg, pudieron los partidarios del Archiduque romper el dique y salvarse, protegiendo su retirada la artillería del fuerte Lilló. Los holandeses perdieron cerca de 3.000 hombres con 6 cañones, 42 morteros y todas las tiendas y equipajes, quedando tendidos en el campo 500 de los nuestros con otros 840 heridos.

1813. **Toma de los fuertes de Pancorbo** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Después de la batalla de Vitoria, un solo punto guarnecido quedaba en poder de los franceses á espaldas del ejército aliado, el de Pancorbo, defendido por los dos fuertes de Santa María y Santa Engracia, situados en las elevadísimas y escarpadas rocas laterales que forman una garganta muy angosta por la que pasa el camino real que de Burgos conduce á dicha ciudad. Encargado de su expugnación el ejército que mandaba D. Enrique O'Donell, conde de La Bisbal, ganose el primero por asalto el 28 de junio; mas para embestir el segundo, que era el principal, fué menester levantar una batería en la loma de la Címera, construída con gran presteza en una noche bajo la dirección del comandante de ingenieros D. Manuel Zapino, costando gran trabajo subir las piezas á aquella empinadísima altura, cuya operación dirigieron hábilmente y con grande arroyo, bajo el fuego enemigo, los oficiales de artillería Ferraz, Saravía y D. Bartolomé Gutiérrez. Empezose á batir el fuerte, y temiendo el comandante francés las consecuencias del asalto con que se amenazaba, capituló el 30, quedando los 700 hombres que constituían la guarnición prisioneros de guerra. Con esta conquista quedó desembarazada de enemigos toda la parte Norte de la Península, á excepción de San Sebastián y Pamplona, cuyas plazas no tardaron tampoco en verse sitiadas.

1854. **Acción de Vicálvaro**.—El 28 de junio se sublevó en el campo de Guardias D. Domingo Dulce, Director general de Caballería, con la mayor parte de los cuerpos del arma de guarnición en Madrid, reunidos bajo el pretexto de pasar revista de monturas, y un batallón del regimiento del *Príncipe* que mandaba D. Rafael Echagüe, contra el gobierno que presidía el conde de San Luis. Puestos al frente de las tropas pronun-

ciadas, además del anterior, los generales O'Donell, Ros de Olano y Mesina, tomaron el camino de Alcalá, y cerca de Canillejas arengó D. Leopoldo O'Donell ardorosamente á los regimientos sublevados, tratando de justificar sus propósitos (1). El ministro de la Guerra D. Anselmo Blaser reunió cuantas fuerzas pudo (4.000 infantes, 500 caballos (2) y 20 piezas), y tomando personalmente el mando de ellas con el capitán general del distrito D. Juan de Lara, salió en la mañana del 30 contra las tropas de O'Donell que compuestas de 2.000 caballos (23 escuadrones) y 800 infantes, habían tomado posiciones cerca de Vicalvaro en los altos de la dehesa de Moratalaz, más allá del arroyo Abroñigal. Desplegadas las tropas del Gobierno, dieron los escuadrones insurrectos repetidas cargas, tratando al principio de envolver la izquierda que mandaba el Director general de Artillería D. Luciano Campuzano, compuesta de los ingenieros y una batería de la 1.ª brigada montada, (hoy 2.º *divisionario*) á cargo del capitán D. Francisco Bermudez de Castro, y no pudiendo conseguirlo, dirigió todos sus esfuerzos contra el centro, en particular contra la batería (1.ª) del capitán D. Ignacio Berroeta, cuyos artilleros, firmes en sus puestos, dejaron se aproximasen los caballos, y ya encima, los recibieron con una descarga de metralla (3), la que unida al nutrido fuego de la infantería formada en cuadros desordenó los escuadrones de *Farnesio* que tan valerosamente habían cargado por segunda vez, haciéndolo tan á fondo y con tanto denuedo y resolución que rebasaron las piezas, quedando tendidos sin vida los capitanes Letamendi y Povil y algunos otros oficiales heridos, y prisionero dentro de los mismos cuadros, con el caballo acribillado á balazos, su coronel D. Francisco Garrigó, militar de limpia historia y de fama merecida, Las cargas de los regimientos de *Borbón*, *Santiago* y *Príncipe* no habían sido tampoco más afortunadas, y retrocediendo los de O'Donell á sus primeras posiciones terminó el combate que costó á unos y otros sobre cien bajas, siendo mayor la pérdida en caballos. Las tropas del Gobierno regresaron á Madrid, replegándose por escalones hasta la puerta de Alcalá donde se produjo algún desorden por creerse atacadas por la caballería enemiga, avanzando entonces hasta las Ventas del Espi-

(1) El conde de la Cimera, coronel de *Santiago*, protestó del engaño y quiso retirarse con su regimiento, pero no le fué concedido, como tampoco el que le dirigiera la palabra como intentaba; y en consecuencia marchose solo con su hijo, alférez entonces, y un trompeta. También se retiró el marqués de Villavieja.

(2) Del regimiento de *Villaviciosa*, el único que permaneció fiel al gobierno.

(3) El ministro de la guerra, que presencié la serenidad y disciplina de la batería elogió en buenas frases su brillante comportamiento concediendo en el acto á todos sus individuos la cruz pensionada de María Isabel Luisa.

ritu Santo el general Córdova, marqués de Mendigorria, que había quedado en la capital con algunas fuerzas, para proteger la retirada. Los sublevados emprendieron la marcha en dirección de Aranjuez, dejando sus heridos en Torrejón.

Se señalaron entre las tropas del gobierno el general D. Genaro Quesada y los duques de Vistahermosa y de Gor. A los regimientos de infantería de *Cuenca*, *Valencia* y *Reina Gobernadora*, tercera brigada montada de artillería (hoy 2.º *divisionario*) y regimiento de caballería *Villaviciosa*, les fué concedida por real orden de 1.º de julio la corbata de San Fernando para sus banderas y estandartes, cuyo honroso distintivo quiso colocar por sí misma la Reina en persona; mas dicha concesión quedó entonces sin efecto por los sucesos políticos que ocurrieron después, hasta 1856, en que por real decreto de 19 de octubre se revalidaron todas las gracias concedidas por este hecho de armas. El capitán general D. Juan de Lara fué agraciado con la gran cruz de San Fernando.

En el bando opuesto se distinguieron también por su valor muchos jefes y oficiales, entre ellos el coronel Pozo, el teniente coronel Villate, y los capitanes Reyes, Poyatos, Sierra, Soria Santa Cruz, Elezaga, Chinchilla, etc.

1872. **Sorpresa de Reus** (GUERRA CARLISTA).—D. Juan Francesch y Serret, antiguo oficial de ingenieros (1), al frente de una partida de 500 hombres, concibió el atrevido proyecto de invadir la populosa y rica ciudad de Reus, que tiene 30 000 habitantes, al objeto de proporcionarse recursos. Para ello detuvo en Hospitalet un tren de viajeros, hizo bajar á éstos, y acomodando en él á su gente, siguió hasta Salou, inutilizó las vías férrea y telegráfica, cayendo á las seis y media de la tarde sobre Reus, donde sorprendió la guardia de infantería de la cárcel, y sin resistencia llegó hasta la plaza de la Constitución, exigiendo 4.000 duros al ayuntamiento. La escasa fuerza de caballería de *Bailén* y un destamento de infantería de *Iberia* que había en la ciudad, se encontraban á la sazón de paseo; pero dada la voz de alarma, acudieron al cuartel y armándose con prontitud, ocuparon las calles inmediatas y trabaron el combate con los carlistas, cayendo herido en un muslo, en la plaza de la Revolución el comandante militar D. Manuel Soria Santa Cruz, que fué recogido cuidadosamente por los mismos enemigos. Al oír el fuego, corrió Francesch á la plaza del cuartel para hacer cesar las hostilidades; pero tuvo la des-

(1) Obtuvo el retiro por inútil después de la guerra de África á consecuencia de un balazo que le dejó cojo.

gracia de caer mortalmente herido, y como los liberales se habían apresado ya á la defensa, se retiraron los invasores muy impresionados por la sensible é irreparable pérdida que acababan de experimentar (1).

En el parte oficial de dicho hecho de armas se hace mención, por su bizarro comportamiento, de los comandantes de *Baslen* D. Pablo Hernández y D. Martín Tudela, capitán D. Luís Lanoja, ayudante D. Nicanor Picó, teniente D. Diego Vázquez, y muy particularmente de los ayudantes D. Manuel Ramirez y D. Francisco Orue, que con cinco soldados atravesaron las filas enemigas para llevar á Tarragona la noticia del ataque, consiguiendo llegar á dicho punto el primero con dos individuos más, pero no Orue, que habiendo sido desmontado, cayó prisionero, si bien tuvo la suerte de poder escapar.

1875. **Episodio de la guerra carlista.**—En la acción de Mirambel y Tronchón, librada el 30 de junio por la columna Weyler contra las facciones carlistas de Gamundí y Boet, distinguióse por su brillante comportamiento el batallón cazadores de *Segorbe* al mando de su teniente coronel D. Juan Villalonga, citándose especialmente en el parte oficial al alférez graduado, sargento 1.º de dicho cuerpo, DON NARCISO GARCÍA BOROBO, quién, atacada su compañía por el enemigo, al rehacerse y rechazarlos se puso delante de ella y mató á tres de los contrarios, sobresaliendo igualmente por su valor el sargento 2.º D. JOAQUÍN ESTELLER PRUÑOAZA.

VII

JULIO

Día 1.

1431. **Batalla de Sierra Elvira (GUERRA DE GRANADA).**—Dicha batalla, llamada también de la Higueruela, es el único hecho de armas importante que hace honor al reinado de D. Juan II. Abrieron la campaña penetrando en la vega de Granada, por Jaen el prelado de esta diócesis y D. Diego de Rivera, adelantado de Andalucía, y por Ronda Ferrán Álvarez de Toledo y Pedro de Narváez, alcalde de Antequera. El favorito

(1) Apenas se enteró el coronel Soria de la desgracia de su enemigo, envió un capitán de caballería con algunos soldados que con todo esmero y solicitud lo trasladaron á la habitación del comandante militar, colocándole en el mismo cuarto y cama de éste, donde fué curado y asistido con el mayor interés, hasta que entregó su alma al Criador.

D. Alvaro de Luna no tardó en tomar parte en la empresa con 3.000 lanzas de su casa costeadas y sostenidas por él; y aunque el primer combate fué desgraciado, pues el adelantado de Cazorla sufrió una derrota en la que murieron muchos caballeros de valía, fué compensada dicha desgracia con el asalto y toma de Jimena por el mariscal de Castilla D. Pedro García de Herrera, entrando enseguida el Condestable hasta Illora y luego en la Vega donde envió un cartel de desafío al rey de Granada; mas no habiendo aceptado este el reto, regresó D. Alvaro á Antequera.

El Rey partió de Córdoba con el grueso del ejército, reunióse en el castillo de Alhendín á su valido, y capitaneando la vanguardia el mismo Condestable tomó la vuelta de Granada, fijando los cristianos los pendones de Castilla en la falda de Sierra Elvira, muy cerca de la capital. El rey moro Mohammed-Al-Fakir, el *Zurdo*, no podía permanecer ya indiferente ante aquella amenaza, y salió con sus huestes al encuentro del enemigo. Entonces, al dar el Rey la señal de acometer, desplegó Juan Alvarez Delgadillo el estandarte real, Pedro de Ayala la bandera de la Banda y Alfonso de Zúñiga la de la Cruzada, arrollando la vanguardia en el primer empuje á la muchedumbre allegadiza que en orden disperso y sin plan ni concierto alguno, alentada sólo por el fanatismo musulmán había descendido de las montañas de la Alpujarra al grito de *guerra santa* lanzado por los ulemas del reino. Pero fué más formal la contienda al chocar con la brillante caballería granadina que se distinguía por su táctica especial de combate, la apostura y velocidad de sus caballos, la limpieza de sus armas y la elegancia de sus vestiduras. Empeñóse sangrienta lucha, una especie de torneo individual en el que nadie podía adelantar un paso sin pisar el cadáver de su adversario, y no daban ni unos ni otros señal de flaquear, hasta que cargando D. Alvaro de Luna con la flor de los caballeros de Castilla al grito de ¡*Santiago!* ¡*Santiago!* aflojaron un poco los enemigos, aprovechando los cristianos aquel momento de indecisión para hacer un último esfuerzo que dió la victoria á los nuestros. Los granadinos quisieron replegarse en buen orden; pero los jinetes castellanos cargaron á fondo y aquellos se desordenaron, huyendo al fin á la desbandada perseguidos hasta las mismas puertas de la capital. Las pérdidas de los moros pasaron de 30.000 hombres.

1482. **Sitio de Loja** (GUERRA DE GRANADA).—Los trastornos ocurridos en Granada alentaron á los cristianos á continuar sus empresas en dicho reino, fijando el rey D. Fernando sus miras en la importante ciudad de Loja, donde mandaba un noble, entendido y bizarro moro llamado Aliatar, suegro de Boabdil. Escarmentado este monarca con el suceso de Al-

hama (V. 28 FEBRERO), había reforzado su guarnición con 3.000 hombres escogidos; y como la plaza era fuerte por su posición, el propósito del Rey Católico, que sólo había reunido 8.000 infantes y 4.000 caballos, muy escasamente provistos de artillería y municiones de guerra, no dejaba de presentar bastantes dificultades, tratando por ello de persuadirle algunos de sus consejeros para que en vez de dirigir las armas á aquel punto, cayese el ejército sobre otro más débil y accesible. Don Fernando, que empezaba su carrera militar como caudillo en jefe, y estaba ansioso de distinguirse, no quiso oír los prudentes consejos de sus capitanes, y después de hacer bendecir el estandarte real en la catedral de Córdoba, cruzó el Genil por Ecija, llegando de nuevo á las orillas de dicho río, frente á Loja, el 1.º de julio. Establecido el campo de los sitiadores en las alturas inmediatas, abruptas y separadas por profundos barrancos ó por llanuras cortadas por numerosas acéquias, los cuarteles de los cristianos no tenían fáciles comunicaciones ni se protegían mutuamente; así es que el vigilante Aliatar no tardó en sacar partido de estos desaciertos. Dispuesta una salida por dicho astuto caudillo, dirigióse con gran aparato contra el cerro de Albohacén, que los cristianos habían fortificado y guarnecido con las pocas piezas de artillería que tenían. Los nuestros salieron al encuentro de los musulmanes con su acostumbrado valor, cegándose imprudentemente en su persecución cuando vieron que aquéllos, sin esperar el choque, volvían grupas; mas dicha retirada no era más que una artificiosa estratagema, pues no bien los cristianos se separaron algún tanto de sus posiciones, salió un cuerpo de ballesteros y jinetes ó caballos ligeros que Aliatar había dejado emboscados, y se echaron á la carrera sobre el puesto de Albohacén, pasando á cuchillo á los pocos que en su guarda habían quedado, apoderándose de cuanto en él había. Al percibirse los nuestros, corrieron á la defensa de su campo; mas entonces los perseguidos se convirtieron en perseguidores, y los cristianos, cogidos entre ambas fuerzas enemigas, se vieron en gran peligro, salvándose sólo gracias á su desesperado valor, y á los auxilios que les prestaron otras fuerzas inmediatas, aunque tardamente, por las dificultades del terreno. Percieron, sin embargo, muchos caballeros, entre ellos **D. Rodrigo Tellez Girón**, gran maestre de Calatrava, joven de veinticuatro años muy valeroso, que se distinguía de todos por la cruz colorada del hábito de la Orden; peleando á la cabeza de los suyos, le dirigieron los moros multitud de saetas, una de las cuales, emponzoñada, le produjo herida mortal, penetrando en su cuerpo por las junturas del arnés debajo del brazo derecho, que tenía levantado en actitud de esgrimir la espada.

Convenciéndose ya el Rey de su error, resolvió retroceder hasta Riófrío para esperar la llegada de otras fuerzas que le permitiesen hacer más

efectivo y seguro el bloqueo y sitio de la ciudad. Dadas las correspondientes órdenes para llevar á cabo el movimiento, dispuesto para la madrugada del día siguiente, que era el 4 de julio, cometiéndose la torpeza de desalojar el cerro de Albohacén, punto estratégico que convenía conservar hasta el último momento; y como Aliatar atisbaba con ojo avizor el campo de los sitiadores, comprendió al instante el partido que podía sacar de dicho inexplicable abandono, y corrió con algunas tropas á ocupar el cerro, mientras las restantes se ponían sobre las armas en expectativa de los sucesos. Los cristianos de los otros cuarteles, viendo al enemigo en posesión de Albohacén, creyéronse perdidos, y en lugar de aprestarse á la defensa, abandonaron en el mayor desorden las posiciones que ocupaban. Entonces Aliatar precipitose con toda su gente tras de los fugitivos, y viendo D. Fernando el inminente peligro que corría su ejército de ser totalmente destruído, sin vacilar un instante púsose á la cabeza de los caballeros de su séquito y escolta, y arremetió contra la vanguardia enemiga que conducía Aliatar en persona, empeñando terrible y rudo combate con los moros. El joven y animoso monarca vióse repetidas veces á punto de perecer ó de caer prisionero, poniendo de manifiesto su mucha sangre fría y gran corazón; pero rodeado de su corta y lucida hueste, compuesta de la principal nobleza de Aragón y Castilla, contuvo largo tiempo á la morisma, hasta que rehechas las tropas, se pudo continuar la retirada en buen orden, regresando á Córdoba después de descansar y reponerse en la Peña de los Enamorados, á siete leguas de Loja, por haber desistido ya de la empresa, desgraciada desde un principio.

Episodio.—Acosado el rey Católico por todas partes, y separado de los suyos, debió su salvación al marqués de Cádiz que cargando al frente de sesenta lanzas, rompió por entre las apretadas filas de los moros, y obligándoles á retroceder, consiguió rescatar á su soberano, escapando él mismo á duras penas con vida, pues cayó muerto su caballo precisamente en el momento en que acababa de perder su lanza clavada en el cuerpo de un infiel. También derramaron su sangre en aquél apurado trance otros ilustres caballeros, como el condestable Velasco, conde de Haro, que recibió tres cuchilladas, todas en el rostro; el duque de Medinaceli, arrojado de su silla al suelo por un bote de lanza, salvándole con dificultad sus parciales; y el conde de Tendilla, que próximo á caer en manos de sus enemigos gravemente herido, libértole oportunamente su amigo el joven conde de Zúñiga.

1520. **Desastrosa retirada de Méjico** (CONQUISTA DE MÉJICO).—Al regresar Hernán Cortés á la capital el 24 de junio, después de su expedición contra Pánfilo de Narváez (V. 23 ABRIL), encontró á todos sus

habitantes levantados en masa contra los 80 españoles, que al mando de Pedro de Alvarado habían quedado en la ciudad, y estaban reducidos ya al último extremo, en la dura alternativa de morir de hambre ó ser inmolados en las aras de los dioses mejicanos (1). Durante seis días se peleó sin tregua ni descanso, atacando los enemigos el cuartel de los españoles, por lo cual Moctezuma, que tenía éstos preso, salió á una terraza del edificio con el objeto de calmar el furor del pueblo, dirigiendo la palabra á sus vasallos; mas la muchedumbre prorrumpió en palabras injuriosas contra su soberano (2) y acabó por agredirle con una lluvia de piedras y saetas, no pudiendo librarle de recibir una herida mortal los escudos con que le cubrían los españoles que le rodeaban, pues recibió una pedrada en la cabeza, de cuyas resultas murió, sin querer convertirse al catolicismo. Cortés llevó á cabo varias salidas (3), en una de las cuales fué herido, prodigándose por unos y otros actos increíbles de valor, particularmente en el ataque y toma por los españoles del adoratorio ó templo principal (4) (EPISODIOS); mas comprendiendo á pesar de todo que no le era ya posible sostenerse en la ciudad, acordose la retirada, que se efectuó en la noche del 1.º de julio, muy oscura y lluviosa. El ejército se dividió en tres cuerpos: la vanguardia, compuesta de 200 soldados españoles y 20 caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francis-

(1) Dió lugar á este levantamiento, según Bartolomé de las Casas, un hecho atroz de los españoles. Para celebrar la fiesta del dios de la guerra con la pompa acostumbrada, se habían reunido en el patio del templo mayor más de 600 personas principales ricamente ataviadas. Dispertose la codicia de los españoles, que habían ido á presenciar la fiesta, á la vista de tan valiosas joyas, y durante el baile se arrojaron espada en mano sobre aquellos infelices, los degollaron á todos y despojaron en seguida de cuanto llevaban. D. Antonio Solís, sin negar el hecho, lo atribuye á la noticia que tuvo Alvarado de estar preparando los nobles un motín contra los españoles, teniendo para ello dispuestas las armas en las inmediaciones del templo donde se celebraba la fiesta, y aquél quiso ahogar en un principio la insurrección antes de que estallase.

(2) Decíanle á grandes voces que ya no era su rey; que trocarse la corona y el cetro por la ruca y el huso, llamándole cobarde, afeminado y prisionero vil de sus enemigos.

(3) Para ahuyentar al enemigo de las azoteas de las casas, casi todas de un solo piso, valiose del artificio de unas máquinas ó torres de madera, de la altura conveniente, que llamaron los españoles *mantas*.

(4) Subíase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad y defendíanlo hasta 500 soldados escogidos entre la nobleza mejicana, tan resueltos á mantener el puesto, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos días.

co de Acevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia; la retaguardia con 500 peones y 80 caballos, encomendada á Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León y algunos otros cabos de los que vinieron con Narváez; y la batalla ó centro, á las órdenes del mismo Cortés, con el resto del ejército, prisioneros, artillería y bagajes, formando parte de dicho cuerpo 100 soldados escogidos, como reserva para acudir á donde hiciese falta, con los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez Tapia; los tlascaltecas iban repartidos por igual en cada cuerpo, estando encargado de un puente volante, formado con vigas y tablones, que conducían 40 hombres, un oficial llamado Magarino. Empezada la marcha por la calzada de Tacuba, la más próxima, y rumbo por el cual se llegaba antes á tierra firme, atravesando como todas las demás por en medio de las lagunas, no dieron por el pronto señal de vida los mejicanos, pudiendo salvar los españoles sin dificultad alguna la primera cortadura ó canal (1) con auxilio del puente portátil que á prevención llevaban; pero cuando se estaba pasando la segunda con gran trabajo á causa de no haber podido retirar el puente de la primera, afirmado en sus asientos con el peso de los caballos y de la artillería, cubriose de pronto de miles de canoas armadas todo el ámbito de la laguna, y los enemigos acometieron á los nuestros con descompasados gritos, haciendo retumbar el espacio con el estruendo belicoso de sus caracoles. Una espesa lluvia de flechas y dardos cayó sobre las apretadas filas de españoles y tlascaltecas, que devolvieron con creces á sus contrarios el horrible estrago que les hicieron experimentar; la confusión y el desorden fueron, sin embargo, espantosos, y aunque la vanguardia y centro pudieron ir ganando los trozos de calzada de cortadura en cortadura, si bien arrojando la artillería é impedimenta al agua para desembarcar el paso y acelerar la marcha, la retaguardia pereció casi toda. Al tener noticia Hernán Cortés de los apuros de aquella, dejó su gente á cargo de Juan de Jaramillo, y volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Domínguez y los pocos caballos que le quedaban, metiéndose con heroica resolución en el riesgo de que acababa de salir, para salvar á sus compañeros, y Alvarado, que quedaba á pie, muerta su buena yegua alazana, apremiado por el peligro, saltó la cortadura con maravillosa agilidad, apoyado en su lanza, salvándose por modo tal de sufrir lo misma suerte que la mayor parte de sus desgraciados compañeros. Este hecho prodigioso, real ó apócrifo (2),

(1) Se hallaba probablemente hacia lo que es hoy puente de la Mariscala.

(2) El ilustre académico de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro en sus *Tradiciones infundadas* niega el hecho, que considera como simple fábula, apoyando

dejó su nombre y el de hazafia tan memorable, de ser cierta, al barrio de la ciudad en que tuvo lugar, pues aun hoy día el puente que existe en aquel sitio se conoce con el nombre de *puente del salto de Alvarado*. Recogidos los restos de la retaguardia, acabó de salir la hueste de Cortés á tierra, pasando lo que quedaba de noche en Popotla, donde se echaron de menos 200 españoles, entre ellos los capitanes Juan Velázquez de



Julio 1.—Retirada de Méjico.

León, Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida cumpliendo con su deber más de 1.000 tlascaltecas, los hijos de Moctezuma y casi todos los prisio-

su aserto en el proceso de residencia que se formó contra Pedro de Alvarado, en el que declararon entre otros testigos, Francisco Verdugo, Juan Galindo, Román López, Pedro González Nájera, Francisco Flores, Bernardino Vázquez de Tapia, Rodrigo de Castañeda y Alonso Morcillo, que Alvarado efectuó el paso á pie por un madero, dejando abandonada la gente que mandaba, por lo cual fué mayor el estrago.

neros mejicanos, y 46 caballos. Hernán Cortés se recostó al pie de un árbol (1) y lloró amargamente la rota y muerte de los suyos, pasando al amanecer á Tacuba. Del desastre de aquella terrible noche, conocida en la Historia por *noche triste*, se salvaron afortunadamente la célebre doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que de tanto sirvieron á Cortés en la conquista.

Episodios.—I. En la defensa del templo principal, dos mejicanos valerosos se resolvieron á dar la vida por su patria creyendo acabar la guerra con la muerte de Cortés. Puestos de acuerdo, concertaron abrazarse á dicho caudillo en momento oportuno precipitándose con él desde lo alto del pretil por la parte donde faltaban las gradas. Efectivamente, cuando vieron al jefe español cerca del precipicio, arrojaron las armas y se echaron de rodillas á sus pies como para implorar misericordia: más cogiéndose de pronto á él cobraron impulso, y se arrojaron á la calle, donde se estrellaron, habiendo costado gran trabajo á Cortés desasirse de sus manos y no ser arrastrado por ellos en su caída.

II. Tomado el templo, supo Cortés que había cargado gran golpe de enemigos contra las fuerzas españolas que se dirigían á practicar un reconocimiento por la calle de Tacuba. Sin detenerse un instante empuñó una lanza, y seguido de los demás caballeros partió al socorro de aquellos, rompiendo por entre la multitud enemiga, en cuyo empeño se adelantó solo más de lo que debiera, y cuando se apercebíó y quiso incorporarse á los suyos, vióse perseguido por muchos de los contrarios. Entonces resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella menos oposición, y dió casualmente con una partida numerosa de mejicanos que llevaban preso á su amigo Andrés de Duero. Arremetió sin vacilar, puso en fuga á los indios con ayuda de Duero que recobró su lanza y su caballo, y juntos atravesaron al galope por en medio de los que intentaron oponérseles, llegando sanos y salvos á su cuartel

1690. **Batalla de Fleurus** (GUERRA CON FRANCIA).—Deseando el príncipe de Waldeck oponerse al mariscal de Luxemburgo, que operaba en Flandes, situóse en el valle de Fleurus con su ejército de holandeses y españoles, que se establecieron á la defensiva en posiciones excelentes para hacer frente al enemigo, pues ceñida la línea de batalla por dos ríos de cauce estrecho y profundo y orillas escarpadas inaccesibles á la caballería, principal fuerza del ejército francés, apoyaba sus alas en dos eminencias ocupadas por la artillería, teniendo también sus flancos protegidos por caballería numerosa. Al presentarse el mariscal francés, comprendió en seguida no le convenía aceptar el combate en condiciones tan desfavorables, inspirándole su genio una estratagema que le permitió emprender el ataque con más probabilidades de éxito. [Maniobrando á la

(1) En el Museo Naval se conserva un trozo de dicho árbol. (Catálogo núm. 557.)

vista de Waldeck, simuló una retirada mandando sus parques é impedimenta en dirección del Sambre, y recogió sus tropas disponiéndolas en actitud conveniente hacia el flanco del ejército aliado. Cayó en el lazo el príncipe de Waldeck, quien atribuyendo la actitud de su enemigo á temor, se obstinó en empeñar la batalla, para lo cual tuvo que abandonar las ventajosas posiciones que ocupaba, ejecutando un movimiento de conversión. Los franceses, conseguido su intento, y viendo ya suya la victoria, atacaron con furia imponderable las dos alas; la derecha, formada por los españoles, rechazó por tres veces las acometidas de aquellos; pero la izquierda, atacada por el mismo Luxemburgo, no pudo mantenerse con tanta firmeza y fué repelida violentamente contra el centro introduciéndose el desorden en la caballería, que huyó á la desbandada. Waldeck formó entonces un cuadro con la infantería y se sostuvo largo tiempo resistiendo constantemente los reiterados ataques del enemigo que, á causa de las muchas pérdidas que le costó su porfía, dejó al fin retirarse en buen orden hacia Bruselas al valiente Waldeck con las reliquias de sus tropas. Los franceses perdieron más de 4.000 hombres, consistiendo las de los aliados en 6.000 muertos y heridos y 8.000 prisioneros, con 49 cañones, 200 estandartes y 200 carros de municiones.

1813. **Acción del Bidasoa** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Batido el ejército francés en la batalla de Vitoria el 21 de junio, no paró ya hasta meterse en Francia, dejando su retaguardia guarnecidos algunos puestos en la frontera española. Llegó á Irún el general D. Pedro Agustín Girón, y deseando arrojar á los enemigos de las posiciones que todavía conservaban dentro del territorio patrio, encomendó la empresa al brigadier don Federico Castañón, quién, con el regimiento de la *Constitución*, dirigido por su coronel D. Juan Loarte, y la compañía de cazadores del 2.º regimiento de *Asturias*, desalojó bizarramente á los contrarios apostados delante del puente del Bidasoa, conservando éstos, sin embargo, las casas fortificadas que en él había. Entonces, una compañía de artillería á caballo á cargo de D. Pablo Puente y otra inglesa del capitán Dubourdiou, comenzaron á batir vigorosamente las obras de los franceses, quienes se retiraron al fin al otro lado del río á las seis de la tarde de dicho memorable día, que era el 1.º de julio, después de volar las obras de la orilla española y quemar el puente. En la parte oficial del general Girón se cita con encomio, además de los nombrados, al sargento mayor del 4.º escuadrón de artillería á caballo D. Juan Loriga, quién no contento con llenar bizarramente sus deberes en la batería, marchó á la cabeza de los tiradores que fueron á alojarse en las ruínas de la cabeza del puente en

medio de un fuego de fusil muy vivo y cercano, por lo cual se recomienda muy particularmente dicho joven jefe al general Castaños.

✓ 1835. **Primer sitio de Bilbao** (GUERRA CIVIL).—Contra el parecer de D. Bruno Villarreal y otros buenos militares dispuso D. Carlos emprender el sitio de Bilbao, ante la que se presentó D. Tomás Zumalacárregui con catorce batallones el 10 de junio, llevando un tren de batir, si así puede llamarse, de cinco cañones, dos obuses y un mortero, mientras Villarreal, con algunas otras fuerzas, quedaba acantonado á orillas del Ebro observando los movimientos del ejército de la Reina. Defendida la villa por los fuertes de Larrinaga, Mallona, Solocoeche y Circo de Begofía, faltaba todavía cerrar la línea desde Larrinaga á Solocoeche en una extensión de 580 pies; mas esta circunstancia no disminuyó en nada el brío que desde un principio mostraron los habitantes y la guarnición, compuesta de dos batallones del regimiento de *Valencia*, uno de *Gerona*, parte de *Almansa*, dos compañías de artillería, media de zapadores, y algunos otros cuerpos de provinciales y voluntarios, hasta el número de 4.000 hombres. El gobernador conde de Mirasol, encargado del mando de la provincia de Vizcaya desde el 6 de junio, aprovechó bien el tiempo tomando acertadas disposiciones, y cuando el día 12 intimaron los sitiadores la rendición, no contestó tan siquiera; en consecuencia, rompieron los carlistas el fuego de fusilería al amanecer del 13, y empezaron á construir tres baterías frente al santuario de Begofía, las que desde las ocho de la mañana del 14 dirigieron casi todos sus disparos contra el fuerte del Circo, contestando éste con resolución, protegido por la batería del Emparrado. Mas tan intenso y certero fué dicho fuego, que á la mitad del día se habían formado tres brechas considerables, quedaban apagados los fuegos y destruída la batería, siendo inútiles los esfuerzos de los valientes oficiales de artillería Solís y Loriga para rehabilitarla, y toda la actividad, celo y pericia que desplegó el coronel de *Valencia* D. Joaquín de Oliveras, jefe del puesto: nada permitía el fuego abrumador del enemigo (1). Voló el conde de Mirasol á reforzar la guarnición de las ruinas del fuerte con parte de las reservas, y aumentando el peligro el entusiasmo de sus heroicos defensores, cubrieron las brechas esperando el ataque, y es fama que gritaron algunos á los carlistas: *venid al asalto; la brecha está abierta; no hay más muros que nuestros pechos, pero estos son inexpugnables*. Durante la noche, siendo imposible reparar los estragos

(1) El día siguiente, 15 de junio, murió el capitán de artillería D. Tomás Antonio Mones á consecuencia de las heridas recibidas.

causados en la obra, casi completamente derruida, se levantó una segunda línea á espaldas de los escombros del fuerte, continuando sin interrupción el fuego el día 15, muy sostenido y eficaz por las baterías de Mallona, Solocoeche y Larrinaga, pues causaron muchos desperfectos en la obra y artillería enemigas, reduciendo al silencio algunas de sus piezas (1). El mismo día tuvo la desgracia de ser herido de fusil en la pierna derecha el general Zumalacárregui (2).

Frustrado el 16 el intento de socorro por parte de algunas fuerzas de San Sebastián (un batallón de *San Fernando* y el *Provincial de Jaen*, unos 850 hombres), que no pudieron llegar á la plaza sitiada á pesar de haber salido á su encuentro una columna de la guarnición al mando del coronel D. Miguel Araoz (3), empezaron los carlistas á bombardear la villa, sin dejar por esto de batir en los días sucesivos las casas fortificadas y demás obras del recinto, en particular los fuertes de Larrinaga y Solocoeche, en el primero de los cuales cayeron 31 granadas causando muchos destrozos, sin que por esto se atreviese el enemigo á atacarla. El 26 llegó D. Carlos al campo de los sitiadores, recorriendo el 27 la línea desde Santo Domingo á Banderas, cuya revista hizo arreciar el fuego, queriendo amedrantar á los defensores para que admitiesen la capitulación, que intimó el mismo día, enviando parlamentarios á la plaza; más rechazada con gran entereza por todos, se rompieron de nuevo el 28 las hostilidades, que no cesaron ya del todo hasta el 1.º de julio, último del sitio. Los carlistas empezaron á retirarse al toque de diana, estando ya cerca el ejército libertador, que después de haber librado la acción del puente de Castrejana (V. 23 JUNIO) avanzó desde Portugaleta sobre la invicta Bilbao, donde entraron 17 batallones á las dos y media de la tarde de dicho día con los generales La Hera, Espartero y Latre.

Los carlistas arrojaron sobre la plaza unos 2.580 proyectiles de todas

(1) En el pórtico de Begofía estaban en pabellones las armas del batallón de *Guías*, y penetrando una granada hizo pedazos 76 fusiles y mató dos centinelas, produciendo aún mayor estrago una segunda granada.

(2) Trasladado á Cegama por el camino de Durango, falleció el 24 después de hacerle la extracción de la bala, á los cuarenta y seis años de edad. El héroe carlista, cuya muerte constituyó una gran desgracia, irreparable, para su partido, fué amortajado con frac y pantalón negro, chaleco blanco, corbata negra y la banda de la gran cruz de San Fernando, pues nunca tuvo uniforme de general. Su integridad y desinterés quedan bien demostrados con esta cláusula de su testamento: *Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que poseo: nada más tengo que poder dejar....*

(3) Tuvo esta columna 40 bajas, muriendo á consecuencia de las heridas recibidas, los oficiales de *Almansa* teniente D. Gregorio González y subteniente D. Agustín Domínguez.

clases, elevándose las pérdidas que experimentaron los sitiados á unas 200 bajas. Por el mérito contraído en las arrojadas salidas que llevó á cabo el regimiento de *Valencia* y su heroísmo en la defensa del fuerte del Circo, bajo las órdenes de su coronel D. Joaquín de Oliveras, se concedió á sus banderas la corbata de *San Fernando*.

Día 2.

1489. **Conquista de Motril** (CONQUISTA DE GRANADA).—La llevaron á cabo los Reyes Católicos.

1502. **Brillante defensa de Canosa** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Durante el bloqueo de Barleta atacaron los franceses dicha plaza, que guarnecían 600 españoles á las órdenes de Pedro Navarro. Este rechazó dos asaltos consecutivos dirigidos por Bayardo y La Paliza, con la flor de sus tropas, y resuelto á defenderse hasta perecer todos, se hallaba dispuesto á resistir el tercer asalto, cuando Gonzalo de Córdoba, imposibilitado de socorrerle, le mandó que capitulase bajo las mejores condiciones que le fuera posible, diciéndole que *no valta la plaza las vidas de los valientes que la defendían*. La capitulación fué honrosa en extremo pues los 200 hombres que quedaban, restos gloriosos de la guarnición, salieron de Canosa con banderas desplegadas y tambor batiente, y atravesaron el campo francés altivos y orgullosos gritando *¡viva España!*

1576. **Toma de Zierickzée** (GUERRA DE FLANDES).—La ocupación de Zierickzée, era el principal objetivo de la memorable expedición á las islas de Zelanda (V. 28 SEPTIEMBRE), que sirviendo á un tiempo de refugio y de base de operaciones para las atrevidas empresas de los rebeldes, tenían estos gran interés en conservar. Al llegar los españoles á la isla, los holandeses se apresuraron á inundar los contornos de la plaza, rompiendo los diques, según acostumbraban, por lo cual los expedicionarios tuvieron que limitarse á bloquearla estrechamente. El príncipe de Orange hizo esfuerzos inauditos para socorrerla, pero inútilmente, pues los sitiadores, para impedir la entrada en el puerto á la escuadra enemiga, lo habían cerrado con gruesas cadenas de hierro, y estaban al frente de las tropas capitanes de la talla de Sancho Dávila, Chapín Vitelli, Cristóbal de Mondragón y Juan Osorio de Ulloa, que siempre vigilantes, luchaban al mismo tiempo contra los elementos, contra los fuegos de la plaza y contra los de la armada de Orange, sufriendo toda clase de privaciones y el

rigor de la estación, sin que por esto desfalleciesen nunca los soldados, ni aun con la muerte del valeroso maestro de campo **Chapín Vitelli**, uno de los más entendidos é ilustres generales de Carlos I y de Felipe II. En la primavera de 1576, el caudillo enemigo, siempre fecundo en recursos de su ingenio, hizo forrar sus navíos hasta la quilla con planchas de hierro, y lanzándolos impetuosamente á toda vela contra las cadenas que obstruían el puerto, logró romperlas y penetrar en él. Entonces la pequeña armada española se defendió con ejemplar bizarría; las baterías del campo hicieron mortífero fuego sobre los holandeses, ocasionando la muerte de su almirante Luis Bussot ó Bussolo, y los arcabuceros apostados en la orilla contribuyeron también con sus certeros disparos á rechazar á los rebeldes, que tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. La plaza se resistió todavía algún tiempo; pero perdida toda esperanza, capituló con honrosas condiciones el 2 de julio, y los españoles tomaron posesión de ella después de nueve meses de continuos trabajos y padecimientos.

1600. **Batalla de Nieuport ó de las Dunas** (GUERRA DE FLANDES).—El 12 de junio la armada holandesa desembarcó junto al Sas de Gante 20.000 infantes y 2.600 caballos al mando de Mauricio de Nassau, quien tomó la dirección de Nieuport, dejando guarnición en algunos fuertes y enviando 2.000 escoceses é irlandeses á la plaza de Ostende por si la atacaba el Archiduque. Al saberlo éste, juntó con gran diligencia cuantas tropas pudo y se dirigió á Gante, donde pasó muestra á 8.800 infantes y 900 caballos, acompañado de la infanta Isabel, cuya dama, saludada con atronadoras aclamaciones, recorrió las filas á caballo, animando á los soldados con frases entusiastas y prometiéndoles empeñar sus joyas para satisfacerles los atrasos. Desde dicho punto tomó la vuelta de Brujas, recorrió los fuertes que había ocupado Mauricio, pasando á cuchillo la guarnición, y tropezando la vanguardia con los 2.000 enemigos que mandados por el conde Ernesto de Nassau se dirigían á Ostende, los desbarató desgollándolos casi á todos. Estas ventajas hicieron adquirir al archiduque Alberto una confianza que debía serle funesta, pues incitándole Mauricio á librar una batalla decisiva, la aceptó Alberto contra el parecer de muchos de sus capitanes, atacando al enemigo con gran desventaja de su parte. El caudillo de los rebeldes había parapetado su ejército en lo alto de siete dunas, con doce piezas de artillería repartidas entre el ala izquierda y el centro, apoyada aquélla entre el mar y las dunas, esperando en tan excelentes posiciones la acometida de los españoles, los cuales, desde el orden de marcha, cansados como estaban, avanzaron en escuadrones

cerrados, los infantes por el centro en número de 6.000 (1) y por la derecha la caballería, mandada por el almirante de Aragón D. Juan de Mendoza, cuya vanguardia, compuesta de 600 caballos á las órdenes de Pedro Gallego, se adelantó á reconocer los puestos enemigos. Quedaron á retaguardia, como en reserva, cubriendo un paso difícil, otros 4.000 infantes alemanes regidos por D. Luis de Velasco, general de la artillería.

Los soldados españoles, á pesar de su fatiga, aumentada con la molestia de la marcha por la arena que el viento levantaba azotádoles el rostro, iban ganando terreno, si bien diezmadados por los cañones enemigos, llegando á la primera duna, que asaltaron y tomaron dejando á muchos contrarios sin vida; mas por la derecha no pudo la caballería resistir el terrible fuego del enemigo, comenzando á cejar y á retirarse en desorden en particular los caballos de Pedro Gallego, que volvieron grupas al ser cargados por 600 corazas franceses, metiéndose aquéllos por entre las filas de su propia infantería á la que ocasionaron la confusión y el pánico. Los valientes soldados que acababan de coronar la primera duna y trepaban ya por la que ocupaban las cinco piezas del centro, próximas á caer en poder suyo, se vieron entonces aislados, y cayendo sobre ellos todo el peso de los rebeldes fueron perdiendo, á costa de su vida, todo el terreno tan penosamente conquistado. El Archiduque, que acudió al punto del peligro con dos compañías de su guardia, no pudo restablecer el combate, siendo aquéllas arrolladas; y envuelto él por los soldados de Nassau, estuvo á punto de caer prisionero, resultando ligeramente herido. Se hizo indispensable ya la retirada, que fué desastrosa, rendidos de cansancio los españoles y agobiados por el intenso calor, lo que les hacía tirar las armas, acuchillando el enemigo despiadada y casi impunemente á los fugitivos. Perecieron de los nuestros 2.500 (2) y se perdieron algunos cientos de prisioneros, entre ellos D. Juan de Mendoza, el maestre de campo del tercio de *Soria* D. Gaspar Zapena, el del tercio de *Zamora* D. Luis del Villar, el gobernador Simón Antúnez, 26 capitanes de infantería española y otras personas principales, y además 120 banderas y estandartes, 3 piezas y parte del bagaje. La pérdida del ejército no fué total gracias á los infantes de D. Luis de Velasco, que, descansados y con ánimo sereno, hicieron cesar á los rebeldes en su persecución, reforzando después la plaza de Nieuport. Mauricio, no pudiendo tomar la plaza, regresó á Holanda.

(1) Tres tercios españoles, uno italiano, dos valones, uno de irlandeses y 800 infantes de Diert.

(2) Comprendidos gran número de oficiales, entre ellos un hermano del marqués de Bentivoglio y los condes de Prata, Lafria y Solm.

1802. **Creación del 2.º batallón de artillería de plaza.**—Organizado por la Ordenanza de dicha fecha el 2.º *regimiento de artillería*, tomó en 13 de marzo de 1811 el nombre de 2.º *regimiento á pie*, que se dividió por Real decreto de 14 de diciembre de 1883, en dos unidades independientes, constituyendo el 2.º *batallón de plaza* y el 9.º (después 3.º) con residencia en Cádiz y Ceuta respectivamente.

Creación del 4.º batallón de artillería de plaza.—Fue primeramente, como el anterior, 4.º *regimiento de artillería*; en 13 de marzo de 1811, 4.º *regimiento á pie*; y en 14 diciembre de 1883 se suprimió el segundo batallón pasando á ser el primero 4.º *batallón de plaza* con residencia en el Ferrol.

Día 3.

1797. **Defensa de Cádiz (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).**—El día 3 de julio de dicho año, se presentaron los ingleses delante de Cádiz con una escuadra poderosa a mando de Nelson. El teniente general D. José de Mazarredo había apostado convenientemente y organizado para el combate la escuadra de su mando, compuesta de 25 navios de línea, 11 fragatas y 3 bergantines, con unas 136 embarcaciones de fuerza sutil. Atacada y bombardeada la plaza, intentó Nelson forzar el puerto para destruir los buques españoles; mas las lanchas cañoneras que operaron bajo las órdenes del teniente general D. Federico Gravina y del jefe de escuadra D. Juan M. Villavicencio contribuyeron con sus ligeras y hábiles maniobras y la bizarra decisión de su gente á rechazar al enemigo los días 3 y 5 de julio, en que dió los principales ataques, distinguiéndose, con aquellos, el brigadier D. Antonio de Escaño y el capitán de navío D. Cayetano Valdés. Para hacer más eficaz el bombardeo, los ingleses habían construido en Gibraltar una barcaza de extraordinarias dimensiones, con varios morteros en el centro, y en las bandas ó costados cañones de grueso calibre, pesada mole que bautizaron jocosamente los gaditanos con el nombre de *el bombo*, y cuyas malas condiciones marineras la hacían inmanejable; así que aun cuando rompió el fuego, causó poco estrago en la ciudad. Nelson, en vista del mal éxito de sus ataques, desistió de la empresa, volviéndose á Gibraltar para llevar á cabo su expedición contra Santa Cruz de Tenerife, también desgraciada (V. 25 JULIO). El gobernador de la plaza de Cádiz D. Tomás de Morla consiguió con sus acertadas disposiciones infundir respeto al enemigo.

1874. **Ataque de Teruel (GUERRA CARLISTA).**—A las diez de la noche del 3 de julio, 6.000 carlistas, mandados por D. Alfonso de Borbón y el general Marco de Bello, con alguna caballería y una pieza de artillería, se presentaron frente á dicha villa y ocuparon desde los primeros mo-

mentos el arrabal, los cerros de Santa Bárbara y el cementerio. El brigadier gobernador militar D. Jacinto Santa Pau y la guarnición, compuesta de unos 2.000 hombres, casi todos de la milicia, pues no había más fuerzas del ejército que 190 guardias civiles y otros 150 soldados de la reserva y artilleros, que servían las cuatro piezas de dotación de la plaza, sabían los intentos de los carlistas desde dos días antes, y estaban, por tanto, bien preparados para defenderse, llenos de entusiasmo por la causa liberal, como lo habían demostrado los habitantes todos, levantando á su costa las fortificaciones, que constituían un pequeño recinto bien flanqueado por todas partes, siendo el único punto débil el que mira al arrabal. A favor de la oscuridad pudo el enemigo romper la muralla y perforar las casas contiguas al sitio conocido por Corral de Roquillo, penetrando de unas en otras; mas reforzados los defensores de aquella parte con una compañía de la Guardia civil mandada por el capitán D. José Gayá, se contuvo el avance de los carlistas, sin que Villalaín, encargado del ataque por la puerta del Tozal, ó sea por el centro, se decidiese á dar el asalto viendo la energía que desplegaban los liberales en la defensa. Entre tanto, Marco de Bello, al frente del primero de Aragón, sostenía con gran valor el combate por la derecha, experimentando muchas bajas al querer pasar el puente, batido desde la muralla con terrible fuego; mas como los sitiados se sostuvieron denodadamente en sus puestos toda la noche, los contrarios se retiraron al hacerse de día, dejando abandonadas las dos compañías que habían conseguido penetrar en la ciudad. Entonces trataron los liberales, á su vez, de atacar las casas ocupadas por los carlistas, y aunque lo tortuoso de las calles inmediatas impedía la colocación de la artillería, el teniente de dicho cuerpo D. Manuel Bonet, demostrando un arrojo superior á toda ponderación, colocó una pieza, completamente al descubierto, á treinta pasos de distancia del enemigo, y causó en los dos primeros disparos algún destrozo en las casas, con lo cual comprendiendo los carlistas era inútil la resistencia, se rindieron á discreción sin esperar el tercer cañonazo, quedando prisioneros dos capitanes, 10 oficiales, 15 sargentos y 146 individuos de tropa, bien vestidos y armados.

El enemigo continuó á la vista de Teruel todo el día y noche del 4, tiroteándose con la guarnición, y al amanecer el 5 se retiró en dirección á Corbalán, llegando poco después, á las nueve de la mañana, la columna Iriarte, y á las cinco la de Lasso. Los carlistas experimentaron unas 150 bajas, además de los prisioneros: los defensores sólo tuvieron cuatro muertos y 15 heridos, entre ellos el capitán **D. Agustín Gudel y Lacambra**, secretario del Gobierno militar, que fué víctima de su extraordinario arrojo.

El Gobierno concedió á Teruel el título de *Heroica* y á sus defensores el uso de una medalla que se creó para conmemorar dicho glorioso hecho de armas.

1874. **Creación del regimiento montado de ingenieros.**—Lo constituirían dos batallones de cuatro compañías: las del primero eran de pontoneros; las del segundo, dos de telegrafistas y otras dos de ferrocarriles. Por Real decreto de 14 de diciembre de 1883, el primer batallón pasó á ser *Regimiento de pontoneros*, organizándose con el segundo y brigada topográfica un *Tren de servicios especiales* dividido en tres secciones, una de *telégrafos*, otra de *ferrocarriles* y la tercera de *topografía, aerostación é iluminación*, cuyas secciones se organizaron después como unidades independientes con arreglo al Real decreto de 15 de diciembre de 1884.

1875. **Retirada del ejército carlista del Centro á Cataluña** (GUERRA CARLISTA).—No pudiendo sostenerse ya Dorregaray en el Centro, aprovechó la concentración de la mayor parte de las fuerzas liberales frente á Cantavieja para trasladarse con su ejército á Navarra por el alto Aragón, pasando el Ebro el 3 de julio por Chipriana y Caspe, con Adelantado y Gamundi y el grueso de sus tropas, y el 5 Alvarez por el último punto con las fuerzas restantes, siguiéndoles en su retirada la división Weyler y la columna Delatre. El jefe carlista emprendió aquella por Bujaraloz, Sarriena, Barbastro y Casbas, donde se le unió Alvarez, elevándose con ello el efectivo de sus fuerzas á 8.000 infantes y 800 caballos. No pudiendo pasar á Navarra por estar cubiertos los pasos del Gallego y alto Aragón por las brigadas Moreno-Villar y Golfín y siempre á sus alcances Delatre, se dirigieron los carlistas por orden de D. Carlos á Cataluña, remontando el curso del Cinca hasta Boltaña, pasaron este río el 11 menos un batallón y un escuadrón de la brigada de Gandesa, al mando de D. José Agramunt (*el cura de Flix*) (1), y el 12, por el puerto de Nuria, siguieron á pernoctar á Pont de Suert, primer pueblo de Cataluña, sin que pudiesen evitarlo sus perseguidores, á pesar de su extraordinaria diligencia que les hizo sufrir muchas privaciones y fatiga extremada, dejando tras sí numerosos enfermos en todos los pueblos del tránsito á causa de las repetidas marchas y contramarchas á que obligaban los movimientos del enemigo, y el deseo de batirlo antes de que penetrase en el Principado.

(1) Dicha fuerza quedó cortada del resto de los suyos y fué precisamente la única que consiguió llegar á Navarra á pesar de la activa persecución de las tropas de Moreno-Villar y Golfín.

Reunidas ya el 14 todas las fuerzas carlistas de Dorregaray en Poble de Segur, se internaron en aquel montuoso terreno; mas sirvieron de poco á los carlistas catalanes, pues desatendidos los del Centro por Savalls, poco concededores del país, sin recursos, marchando y contramarchando en todas direcciones sin plan fijo, perseguidos constantemente por numerosas columnas liberales, llegaron al colmo los sufrimientos de aquellos soldados, y fueron muy pocos los que tuvieron la abnegación suficiente para arrostrar tantas privaciones y peligros, presentándose unos en las filas liberales, incorporándose otros, la mayor parte, á las de los carlistas catalanes; así que, cuando en las postrimerías de la guerra en Cataluña determinó Dorregaray pasar á Navarra por las extriaciones de los Pirineos, le siguieron sólo muy escasas fuerzas. Encontrándose ya cerca de dicha provincia, la persecución de que era objeto le obligó á pasar la frontera, marchando dos leguas con armas y bagajes por territorio francés, y á esta circunstancia debió el poder salvarse, llegando el 4 de septiembre á Ochagavía, en territorio dominado por los carlistas, con unos 1.000 hombres en el estado más lastimoso.

Día 4.

1299. **Combate naval de Cabo Orlando** (GUERRA DE SICILIA).— No habiendo podido el rey de Aragón D. Jaime II ganar á Siracusa cuyo sitio tuvo que levantar á consecuencia de las enormes pérdidas sufridas, volvió el mismo año á Sicilia con flota más poderosa y fué á tomar tierra en el cabo Orlando. Dirigióse allí D. Fadrique con 40 galeras sicilianas para impedir el desembarco; pero no habiendo llegado á tiempo, se dispuso no obstante á presentar batalla á D. Jaime, sin esperar un refuerzo de naves próximas á llegar de Corfú, auxilio muy necesario, pues se elevaba á 56 el número de galeras enemigas. Frente á frente los dos hermanos, dispusieronse á la pelea, queriendo los sicilianos acometer desde luego á las naves contrarias que por disposición de Roger de Lauria esperaban arimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras; más contentidos por su rey aguardaron unos y otros el día siguiente, que era el 4 de julio.

La contienda era verdaderamente civil y fratricida, pues además de ser hermanos los dos caudillos como hijos de aquel gran rey D. Pedro, á cuyas órdenes y bajo cuya gloriosa bandera habían peleado muchos de los que ahora militaban en bandos opuestos, eran hermanos también, como hijos de la misma patria, los principales caballeros de ambas huestes, figurando en las filas de D. Fadrique, Blasco de Alagón, Pons Hugo, conde de Ampurias, Hugo de Ampurias, vizconde de Bas y hermano del ante-

rior, Bernardo Ramón de Ribelles, Gombaldo de Entenza y García Sánchez, nombres todos aragoneses y catalanes; y en las filas de D. Jaime, Gilaberto de Centellas, Guersau y Ferrer Alemany, Ramón de Cabrera, Simón de Belloch y Pedro Sessé, nombres todos catalanes y aragoneses. Figuraban también por igual en ambos partidos ilustres campeones de Sicilia y de Nápoles, de donde era natural el mismo Roger de Lauria.

Al rayar el alba hizo D. Jaime desarmar sus buques y se lanzó á alta mar contra su adversario. Fué el primero en salir á su encuentro, impaciente por señalarse, **Gombaldo de Entenza**, quién picó el cabo que amarraba su galera á las otras; mas rodeada pronto por tres galeras de Aragón, cayó muerto Entenza peleando heroicamente (1) y su nave tuvo que rendirse. En esto se había hecho ya general la pelea, y acosada la armada de Sicilia por una división que Roger de Lauria había dejado suelta para que hostigase á los enemigos por retaguardia, desmayaron los partidarios de D. Fadrique, lo cual visto por éste y que la fortuna se declaraba por su hermano, mandó que llamasen á Blasco de Alagón para acometer juntos la galera de D. Jaime y morir como bueno, diciendo: *procuremos vencer ó perescamos con honra; quiero dar la vida por mi pueblo*; mas la fatiga y la rabia del vencimiento, ayudadas del calor insoportable que hacía, rindieron sus fuerzas y cayó desvanecido. Entonces el conde de Ampurias y otros caballeros acordaron se retirase de la batalla la galera capitana al abrigo de otras seis que lo hacían también, consiguiendo así salvar á su rey. D. Jaime no peleó con menos ardimiento: clavado por el pie con un dardo á la cubierta de su galera, no dió en el semblante muestra alguna de dolor y siguió peleando y animando á los suyos hasta conseguir la victoria. Puesta completamente en derrota la armada siciliana (EPISODIO), dejó en poder de los vencedores 18 naves con gran número de prisioneros, muchos de los cuales, principalmente los nobles de Mesina, fueron sacrificados con inusitada crueldad por el almirante Roger de Lauria en castigo del suplicio de su sobrino Juan de Lauria (2).

(1) Rendido de cansancio y mortalmente herido, dejóse caer sobre la cubierta de su nave, reclinó la cabeza sobre el escudo, y expiró. *

(2) Al regresar anteriormente á Siracusa, durante el sitio, 20 naves catalanas, salieron á su encuentro 22 de Sicilia que consiguieron sobre aquellas una victoria completa, apresando 16 de las enemigas con su jefe Juan de Lauria, el cual fué decapitado en Mesina con otro caballero llamado Jaime de la Roca. Roger, cruel y vengativo, hizo dar muerte á los prisioneros de Cabo Orlando, que fueron ejecutados á cuchilladas, á golpes de maza ó arrojándolos al mar; y en tanto que los espectadores de tan horrible é inhumana carnicería, afectados y enternecidos, daban voces de lástima y perdón, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, é incitaba á la matanza, gritando *¡vengad! ¡vengad á Juan de Lauria!* Sólo una orden terminante del Rey pudo hacer suspender el castigo.

Episodio.—Cuando Blasco de Alagón, que peleando cerca de la capitana sin quitar la vista de ella, vió su retirada, mandó á su alferez el caballero aragonés **Fernán Perez de Arve** que moviese el pendón para acompañar al Rey. *No será yo, ni lo permita Dios jamás,* repuso aquel valiente caballero, *quien mueva, para haír del enemigo, el pendón que me entregaron;* y sacudiendo de la frente la celada con un rápido movimiento, dió con la cabeza en el mástil de la galera hasta romperse el cráneo.

1638. **Capitulación de Verceil** (GUERRA CON FRANCIA). — Situada dicha plaza en los confines del Piamonte y de Lombardía, convenía su posesión á los españoles para cubrir el Milanesado en su parte más expuesta á los embates del enemigo. Resuelta su expugnación por el marqués de Leganés, hizo con gran sigilo los preparativos necesarios para la empresa á fin de evitar fuese socorrida la ciudad antes de establecer el cerco. La vanguardia, á cargo del maestro de campo D. Juan Vázquez Coronado, llegó á la vista de la plaza el 25 de mayo, estableciéndose al rededor de ella, mientras se incorporaba el resto de la infantería, los tenientes generales D. Vicente Gonzaga con la caballería de Milán, D. Alvaro de Quiñones con la de Nápoles, y el coronel D. Fernando de Limontí con la alemana. Era general de la artillería D. Martín de Aragón y formaban la guardia del de Leganés D. Juan de Arteaga con su compañía de lanzas y D. Diego Ciganda con la de arcabuceros. El coronel D. Juan López Girón se apostó con su regimiento de dragones vigilando el camino de Turín, por donde se creía viniere el socorro, pues no estaba lejos el ejército enemigo, que se componía de 10.000 infantes y 3 000 caballos, elevándose á 20.000 el efectivo de los sitiadores.

La guarnición de Verceil constaba de 3.000 hombres bajo las órdenes de Dollani, y apenas circunvalada la plaza, hizo ya dos salidas en el mismo día 1.º de junio, distinguiéndose en el combate las dos compañías de la guardia del Marqués, que rechazaron á los contrarios, matándoles más de 60 hombres y haciéndoles bastantes prisioneros. Establecidas varias baterías, se fué estrechando la ciudad, y el 15 se dió el asalto á las obras exteriores por algunos tercios de españoles, italianos y alemanes, los primeros á cargo del sargento mayor D. Martín de Mojica, señalándose el tercio de *Lombardía* (hoy regimiento del *Príncipe*) y el conde de Concentayna que fué uno de los que primero llegaron hasta la misma puerta de la plaza, tras de los fugitivos. Alojados ya los españoles en la contraescarpa, y muy cerca de ella las demás naciones, el ejército enemigo tentó en la noche del 19 un esfuerzo para meter socorro en la ciudad, haciendo además de acometer por varios puntos las líneas de los

sitiadores, mientras tres columnas, componiendo 3.000 hombres escogidos, embestían las trincheras por su parte menos guarnecida, consiguiendo meter buen golpe de gente en Verceil (1), cuyo suceso celebraron los franceses al día siguiente, domingo, con salvas de artillería, repique de campanas y otras demostraciones, animándose el 27 á efectuar una salida con 2.000 hombres hacia el mismo sitio por donde les había entrado el socorro; mas fué también rechazada. El 2 de julio se dió un asalto general, y aunque no se consiguió ganar del todo la plaza, se habría podido entrar con muy poco esfuerzo. Conociéndolo los sitiados, capitularon el 4, accediendo el caudillo español á cuanto quiso Dollani, pues el ejército francés que permanecía á la vista de las líneas pasaba ya de 15.000 infantes y 5.000 caballos, y podía hacer levantar el sitio de un momento á otro. En consecuencia, el 6 efectuó su salida la guarnición, en número de 3.500 hombres, incluso heridos y enfermos, con armas, banderas y bagajes, quedando en libertad, lo mismo que los prisioneros hechos mutuamente durante el cerco de la plaza.

1808. **Combate del Congost** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA). —Después del primer sitio de Gerona, quedaron fuerzas considerables del ejército francés alojadas en Mataró, desde donde, para proporcionarse subsistencias, que empezaban á escasear ya en los pueblos de la Marina, pensaron ejecutar una expedición al Vallés y la Garriga y castigar de paso á Granollers, cuya junta mantenía en constante alarma á los habitantes de los contornos. Abandonada completamente dicha villa, continuó la marcha el enemigo hacia Vich en número de 3.500 hombres al mando de Chabrán, disponiéndose á salvar, con varios escuadrones y algunas piezas de campaña, el desfiladero aspersísimo del Congost. Como antes habían sido ya rechazados y batidos los coraceros de Bessieres en La Roca, en campo abierto, por los paisanos de la comarca armados con escopetas, y aun con hoces y cuchillos, este feliz suceso animó á los nuestros para oponer resistencia más formal, reuniéndose en aquellas escabrosidades los mifones de Vich, los migueletes recientemente alistados y unos pocos soldados desertores de la guarnición de Barcelona, mandados todos por el teniente coronel del regimiento de *Casta* D. Francisco Milans del Bosch. El ene-

(1) El marqués de Leganés mandó degollar á los dos alféreces D. Francisco de Meneses y D. Vicente Gamarra, en castigo de no haberse movido con los estandartes, demostrando poco valor cuando sus capitanes cargaron con algunos caballos sobre el enemigo, lo cual fué en parte causa de que no se moviesen el resto de los escuadrones, pudiendo los contrarios conseguir su objeto.

migo plantó en batería sus piezas y dió varias acometidas á la entrada del desfiladero; mas su bravura y la pericia de su general fueron impotentes para vencer la obstinación de los españoles, convenciéndose Chabrán de que era muy expuesto internarse por tan peligrosa angostura; así que decidió retirarse, efectuándolo con premura tal, acosado por los ágiles y valientes somatenes, que no pudo salvar la artillería. Los franceses se ven-garon en Granollers con el saqueo é incendio de las casas, abandonadas por sus moradores.

1836. **Episodio de la guerra civil.**—Acometida la brigada del conde de Clonard en Monteraso por el general carlista García con nueve batallones, fuerzas muy superiores á la de los liberales, dos batallones de *Borbón* pelearon con tan heroico valor que conquistaron para sus banderas la corbata de San Fernando, á costa de la muerte gloriosa de su teniente coronel **D. Hilarión de Pazos** y de otros valientes oficiales y soldados.

1837. **Episodio de la guerra civil.**—Insubordinadas en Hernani algunas tropas de la división auxiliar británica que reclamaban sus haberes y gratificaciones, se allegaron recursos para salir del conflicto, lo que produjo fatales consecuencias. Los soldados españoles casi desnudos, descalzos muchos de ellos, mal pagados y peor mantenidos, vieron con disgusto que había dinero para acallar á los extraños cuando se les tenía á ellos pereciendo, ó poco menos. Estalló por tal motivo el descontento, y olvidando sus deberes y los recursos que concede la Ordenanza, las compañías de granaderos y cazadores de la *Princesa* se amotinaron en la tarde del 4 de julio, pidiendo sus haberes. Las fuerzas restantes de la división, que mandaba el conde de Mirasol, formaron en la plaza, y dirigiéndose aquél á una compañía de la *Princesa*, que estaba detrás de un batallón del *Infante* y que le inspiraba confianza, le mandó armar bayoneta y formar pabellones; mas habiendo contestado un cazador *no queremos*, fué el Conde á echarle mano para castigarle. Entonces un soldado de primera fila separó al general de un culatazo, y otros hicieron sobre él una descarga salvándole la abnegación de su ayudante **D. Francisco Crook Ebsworth** que se interpuso y murió en su lugar, siendo heridos además el general Rendon, otro ayudante, el capitán Tellefía, artillero, y algunos soldados del *Infante*. El desorden se hizo ya general, y Mirasol se dirigió á la artillería inglesa, que pronta á obedecerle, colocó dos piezas en las bocacalles, disponiéndose á ametrallar á los revoltosos, cuando se presentó el brigadier **D. LEOPOLDO O'DONELL**, el cual, viendo que el Conde carecía del prestigio necesario para ser obedecido, se ofreció á hablar á los amotinados antes de hacer uso de la fuerza, que tanta sangre podía costar, contestando á las reflexiones que le hacía Mirasol haciéndole ver el peligro á que se exponía: *Es mi deber y el peligro no ha de ser obstáculo para cumplirlo*. O'DONELL penetró sólo en la plaza, y dominando su potente voz el tumulto, consiguió hacerse

oir de los soldados, restableció el silencio y el orden, y acabaron los sediciosos por obedecerle, hasta el punto de pedir perdón á su general (1).

✓ 1840. **Ocupación de Berga y fin de la guerra civil.**—La villa de Berga, último baluarte de la causa de D. Carlos en la Península, estaba fortificada de un modo imponente. Circuida de una muralla que flanqueaban catorce torreones, la rodeaban una serie de colinas en las que habían construído los carlistas veintidós fuertes ó reductos exteriores, y en la más culminante y peñascosa de ellas levantábase un antiguo castillo, ceñido de foso y con tres recintos, artillado con 25 piezas, dominando completamente la población; al Este del mismo existía en la sierra Petita el fuerte llamado Bonete, débil y de poca importancia, artillado también, y en la cumbre de la misma sierra se asentaba otro castillo de construcción moderna, grande y espacioso, capaz para una guarnición de 2.000 infantes y 200 caballos, que enseñoreaba todas las demás obras de defensa, excepto la de la Virgen de Queralt, situada al Oeste; finalmente, al Sudeste de la plaza, en la carretera de Barcelona, estaba el fortín de las Forcas. Los carlistas tenían en Berga ó en sus cercanías fundición de cañones, fábricas de armas de todas clases, de pólvora, de proyectiles, de todo género de artefactos militares, improvisado todo en los primeros años de la guerra, con la actividad y constancia indomables del carácter catalán.

El 11 de junio llegó Cabrera á Berga procedente del Centro con unos 10.000 hombres de Aragón y Valencia, que habían pasado el Ebro en los días 1.º y 2 de junio por Flix y Ribarroja, sin otros elementos que cuatro barcas viejas, á la vista de la vanguardia de O'Donnell, con la que sostuvieron fuerte tiroteo, y efectuado la marcha por la Granadella, la Pobra, Juncosa, Albi, Hostal de Vinaixa, Maldá, Rocafort, Guimerá, Vallfogona, Hostalets de Cervera, Castellfollit y Santuario de Pinós.

Reunidas en Cataluña las tropas liberales bajo el mando supremo del duque de la Victoria y de Morella, las organizó éste en una brigada de vanguardia, regida por D. Miguel Osset, cuatro divisiones á las órdenes de D. Diego León, conde de Belascoain, D. Ramón Castañeda, D. Joaquín Ayerbe y D. Santiago Otero, dividida cada una en tres brigadas, y

(1) Habiendo quedado impune el delito cometido por los soldados de la *Princesa*, lo que no tardó en dar amargos frutos, el ayudante de dicho cuerpo D. Fernando Ibañez, que había sido el primero en querer restablecer la disciplina, sable en mano, siendo apedreado y maltratado por aquéllos, pidió el 7 de julio la licencia absoluta en una sentida exposición á la Reina.

además otras dos brigadas sueltas, mandadas por el brigadier D. Martín Zurbano y el coronel D. José Leimery. Fuerzas tan numerosas se extendieron por el Principado protegiendo el viaje de la Reina á Barcelona, donde entró el 24 de junio, y Espartero se trasladó ya desde Manresa á Caserras, dando vista á Berga en la mañana del 4 de julio, día memorable, en el que se dió el último combate de aquella larga guerra. Cabrera, apostado en la sierra de Nuet con nueve batallones y algunos escuadrones, quiso disputar dichas posiciones al general conde de Belascoáin, que con su división compuesta de la *Guardia Real*, cuatro escuadrones de la *Princesa* y uno de ingleses, una batería á lomo y una compañía de ingenieros, fué el encargado de arrojar de Berga á los últimos defensores de D. Carlos y del absolutismo. El combate, encarnizado y sangriento como pocos, terminó con la victoria completa de las tropas liberales que conquistaron una tras otra las tres líneas de reductos, siendo impotentes para evitarlo toda la ira y desesperación de Cabrera, el cual exponiendo su vida como siempre, animaba á los suyos, haciéndoles pelear con tal ardor que cuando al anochecer dispuso el caudillo catalán la retirada, no oían los toques ni querían abandonar su puesto, teniendo que ir á mandárselo en persona. El bravo León vió muertos ó heridos muchos de los que le rodeaban, y muerto también su caballo, fué herido de cuatro balazos el que montó de nuevo.

Los carlistas fueron aquel día á descansar á Pont de Rabentí, y el 5 por Pöbla de Lillet y Castellar de Nuch remontaron el Pirineo por las inmediaciones de Puigcerdá hasta la línea fronteriza. Entonces, antes de pisar el suelo extranjero, se entregaron todos al dolor y á la desesperación más violenta por tener que abandonar su patria, á la que daban el adiós postrero con lágrimas en los ojos, llegando el sentimiento de algunos hasta el extremo de preferir la muerte destrozándose el cráneo de un balazo, ó atravesándose el pecho á estocadas (1). Cabrera, profundamente afectado, lloraba también contemplando en el mayor silencio aquel cuadro verdaderamente desgarrador y sublime, que partía el corazón; reunió después en torno suyo á los jefes y oficiales, expúsoles las causas que le obligaban á refugiarse en Francia, dió las gracias á todos por su lealtad, y á las tres de la madrugada del 6 penetraba en el vecino reino, dirigiéndose á Palau, donde entregaron los suyos armas y caballos para desfilarse después hacia Perpignan, tratados por los franceses poco menos que como prisioneros, insultados y escarnecidos, pasando horrible calva-

(1) Cuéntase que dos aragoneses, de mútuo acuerdo, armaron la bayoneta en sus fusiles, y precipitándose al mismo tiempo el uno sobre el otro, quedaron allí sin vida.

rio. El número total de las fuerzas que entonces se expatriaron se elevaba á 14.000 hombres, y á últimos de julio pasaba de 21.000, entre ellos cincuenta y dos huérfanos de la escuela de cadetes, algunos de los cuales no tenían más de 5 años de edad.

Tres días después de tremolar en Berga el pendón victorioso de Isabel II, anunció Espartero en su alocución al ejército la terminación de aquella cruenta lucha, que costó la vida á más de 66.000 hombres, solo de las tropas liberales, contando los que murieron en el campo de batalla, de heridas ó de enfermedades: 1.015 jefes y oficiales y 20.769 soldados de infantería, 11.894 de la Guardia real, 3.126 de artillería é ingenieros, 15.981 de milicias provinciales, 9.782 de cuerpos francos y 4.592 de caballería.

Día 5.

1732. Reconquista de Orán.—Perdida esta plaza en 1708 por la traición del conde de Santa Cruz, que desde Cartagena se pasó al Archiduque con las galeras y el dinero que se le había dado para socorrerla en el sitio que sufría de los moros, pensó Felipe V en recuperarla preparando para ello una expedición, la que, ignorado al principio su objeto, puso en grande alarma á todas las naciones de Europa. Se reunieron para esta empresa hasta 600 barcos mercantes convoyados por 12 navíos y 7 galeras de guerra, armada respetable puesta á las ordenes del teniente general D. Francisco Cornejo, con 40 batallones y 24 escuadrones que componían un total de 27.000 hombres de desembarco, cuyo mando se dió á D. José Carrillo de Albornóz, conde de Montemar. El ejército iba dotado de un poderoso tren de artillería, compuesto de 110 cañones y 60 morteros con 12.400 quintales de pólvora, 80.993 balas de cañón, 16.420 bombas y 56.000 granadas de mano; raciones y víveres en abundancia, material de campamento y de hospitales, hornos de campaña, materiales de sitio, en una palabra, iba perfectamente provisto y pertrechado de cuanto pudiese necesitar, hasta en los detalles más minuciosos. La expedición zarpó de la playa de Alicante el 15 de junio, y aunque diez días después dió vista á Orán, el estado del mar no permitió efectuar el desembarco hasta el 28, verificándose en la cala de las Aguadas, á legua y media del castillo de Mazalquivir (Mers-el-Kebir). Como los moros se presentasen en actitud hostil, mandó el conde de Montemar contra ellos al marqués de la Mina con 1.600 granaderos de las primeras fuerzas que desembarcaron, los que con gran bizarría arrojaron al enemigo de los cerros que ocupaba, abandonando también aquél dicho fuerte y la misma plaza de Orán, sin resistencia alguna, á pesar de su fortaleza. Las tropas

españolas entraron en ella el 1.º de julio, cayendo en su poder 145 piezas de artillería y una gran cantidad de víveres y municiones que había en los almacenes; y el 5, día en que tuvo lugar la solemne ceremonia de la toma de posesión de la plaza, se cantó un *Te-Deum* después de purificados los templos.

La expedición se restituyó á España el 1.º de agosto sin intentar siquiera la conquista de Argel, como aconsejaban las circunstancias, dejando en Orán diez batallones al mando del marqués de Santa Cruz de Marcenado, vizconde del Puerto.

Posteriormente dieron los argelinos, mandados por su bey *Bigotillo*, varios ataques á la plaza, muriendo heroicamente en uno de ellos su eximio gobernador. (V. 21 NOVIEMBRE).

1807. **Gloriosa defensa de Buenos Aires** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Animados los ingleses con la fácil conquista de Buenos Aires (V. 27 JUNIO), de la que no tardaron en ser expulsados (V. 12 AGOSTO), prepararon otra respetable expedición á las provincias españolas del Río de la Plata, al mando del almirante Murray, con 15.000 hombres de desembarco á las órdenes del teniente general Whitelocke. El enemigo ocupó primero la colonia del Sacramento, que le sirvió de base de operaciones contra la plaza de Montevideo, y tomada ésta por asalto después de cuatro meses de sitio (V. 3 FEBRERO, APÉNDICE), se alistó en dicho puerto la expedición contra Buenos Aires, reuniéndose el 28 de junio en la ensenada de Barragán numerosos transportes con cerca 10.000 soldados, 150 caballos, 18 piezas de campaña, algunas de grueso calibre y dos morteros, las municiones, montajes y pertrechos necesarios, material de puentes y víveres para veintiún días. El mismo día 28, uno de los más cortos del año en aquella región, se efectuó el desembarco, cuya complicada operación, llevada á cabo con gran inteligencia y felicidad, honra sobremanera á los marinos británicos. El ejército expedicionario iba organizado en cuatro brigadas, á las órdenes de los generales Auchmuty, Lumley, Craufurd y coronel Mahón, mandando la brigada de artillería ligera el capitán Fraser y los caballos el teniente coronel Lloyd.

La bella ciudad del Plata, al tener noticia del desembarco de fuerzas tan considerables, preparóse con el mayor entusiasmo para hacer frente á los invasores. Quitando algunos pequeños destacamentos, no había tropa alguna veterana para la defensa de la capital; mas los cuerpos de voluntarios, animados del mejor espíritu (1), estaban ya organizados y regular-

(1) Las mujeres no mostraron menor resolución y patriotismo, pues hubo

mente instruídos, gracias á la previsión y desvelos del esforzado y valiente marino D. Santiago Liniers, quién, después de la reconquista, consideraba inminente otro ataque más formal de las tropas inglesas; y tanta confianza le merecían aquellos improvisados soldados, que, con sobrada imprudencia, no titubeó un momento en salir contra el enemigo con las fuerzas disponibles, organizadas en tres cuerpos á las órdenes de los coroneles D. César Balbiani, D. Francisco J. Elío y D. Bernardo Velasco, y otro de reserva á las del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha, componiendo en total unos 6.000 hombres, incluídos más de 1.000 ginetes y 710 artilleros para el servicio de 53 piezas con que se contaba. El coronel D. Joaquín de Soria quedó al cuidado de la Fortaleza y plaza.

Venciendo bastantes dificultades por el terreno pantanoso que tenían que recorrer, avanzaron los ingleses el 29 y 30, yendo en vanguardia el general Gower, con las brigadas Craufurd y Lumley, cuyas fuerzas cruzaron el 2 de julio el Riachuelo por el primer vado que hay más arriba del Paso-Chico, envolviendo de este modo las posiciones que había ocupado Liniers con las tropas de Buenos Aires en el puente de Galvez. Al tener noticia el caudillo español del intento de su adversario, corrió al Paso-Chico; mas sabiendo allí que aquel había pasado ya el río, retrocedió al puente de Barracas, dejó en éste más de la mitad de sus tropas, y con las restantes y doce piezas se dirigió rápidamente hacia los Corrales de Miserere, distante cerca de tres cuartos de legua de la ciudad, á cuyo punto había llegado ya Gower; así que, cuando los nuestros, cansados de tantas horas de marcha por terreno fangoso y cruzado por numerosas zanjas y cercas, se dejaron ver del enemigo, bastó una vigorosa carga á la bayoneta de las compañías que mandaba Craufurd para poner en la más completa dispersión las fuerzas de Liniers, las cuales huyeron en todas direcciones, dejando en poder de aquel 200 prisioneros, las doce piezas de artillería, todas las municiones y crecido número de armas, pudiendo á duras penas salvarse su caudillo. Los ingleses persiguieron á los fugitivos hasta las primeras casas de la población; mas, afortunadamente, la noche estaba ya próxima, y no queriendo aventurarse, retrocedieron á los Corrales de Miserere para esperar la incorporación del grueso que conducía Whitelocke.

Las tropas derrotadas llevaron la alarma y el desaliento á Buenos Aires, cuyo alcalde, el activo y enérgico vascongado D. Martín de Alzaga, creyendo prisionero ó muerto al valiente Liniers, pues se ignoraba

alguna que al despedir á su marido le dijo: *no creo que te muestres cobarde; pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.*

su paradero, dió con ánimo sereno acertadas disposiciones. Hizo iluminar toda la población, despachó emisarios á las tropas que habían quedado en el puente de Barracas para que se recogiesen en seguida á la ciudad; mandó abrir zanjas y barrear calles con sacos de lana y otros obstáculos, y distribuyó víveres y municiones para que no faltasen en parte alguna; en una palabra, tomó tales providencias, que consiguiendo restablecer la confianza; al amanecer del 3 estaban las azoteas guarnecidas de gente, los cañones, cargados á metralla, enfilando las principales avenidas, y todo el vecindario dispuesto á la defensa, pudiendo ya Liniers, al entrar en la plaza con los dispersos del día anterior, rechazar con gran entereza la intimación de capitular que le hizo Gower. Whitelocke, animado por el sentimiento humanitario de evitar la efusión de sangre, intimó de nuevo la rendición el 4; mas la enérgica respuesta de Liniers, escrita de su puño y letra, quitó al caudillo enemigo toda esperanza de entrar en Buenos Aires más que por la fuerza de las armas. (EPISODIO I).

A las seis y media de la mañana del 5 de julio, trece columnas inglesas se lanzaron con toda decisión dentro de la ciudad por las calles que tenían á su frente, quedando en reserva fuera de ella Whitelocke con Gower y 1.500 hombres; Mahón, no incorporado todavía, recibió orden de detenerse en el puente de Barracas con los 2.000 soldados que llevaba. El ataque se dividió en tres partes: el de la derecha, á cargo de Lumley, tenía por objeto apoderarse del vasto edificio de la Residencia, convertido en hospital, al Sur de Buenos Aires; el de la izquierda, dirigido por Auchmuty, era su fin posesionarse de la Plaza de Toros y Retiro, al Norte; y el del Centro, el más importante, confiado á Craufurd y á Pak, debía dirigirse á la plaza Mayor y Fortaleza. Chocó el primero con los defensores Auchmuty, que dió tres embestidas consecutivas al Retiro, todas sin éxito, hasta que al cabo de dos horas de rudo pelear, habiendo perdido D. Juan Gutiérrez de la Concha, que allí mandaba, más de 200 hombres entre muertos y heridos, y agotadas las municiones de artillería, se posesionaron los ingleses de dicho punto y de la Plaza de Toros, quedando prisionero aquél (1) (EPISODIO II), si bien á costa de 600 bajas; Auchmuty

(1) Murió gloriosamente el alférez de fragata **D. José Rivas**; quedaron heridos los tenientes de navío D. Cándido de la Sala y D. Antonio Leal de Ibarra, el de fragata D. Benito Correa, el alférez de la misma clase D. Manuel Villavicencio y otros cinco oficiales de los demás cuerpos; y prisioneros, con Concha, el capitán de fragata D. Angel Michelena, los tenientes de navío D. José Posadas y D. Jacinto Romarate, los de fragata D. Manuel de la Iglesia, D. Domingo Allende y D. José Miranda, los alféreces de navío D. Federico Lazo y D. Jacinto Butler y el alférez de fragata D. José Aldama.

corrióse después por su derecha en dirección de la Plaza Mayor, ocupando el convento de las monjas Catalinas y otros edificios de las cercanías. La Residencia fué ocupada con pérdida insignificante por las tropas que formaban la extrema derecha de Lumley; mas éste, con las cuatro columnas restantes, se vió seriamente comprometido, recibiendo tanto daño por el fuego que le dirigían desde las casas y por los cañones apostados en las bocacalles, que la mitad de la fuerza de ellas quedó tendida en el camino ó prisionera de D. Francisco J. Elío, teniendo que hacerse fuerte con el resto en una manzana donde se defendió hasta las dos de la tarde; comprendió, sin embargo, que iba á sucumbir allí, y tomando la arriesgada determinación de dirigirse al Retiro para unirse con Auchmuty, llevó á cabo empresa tan honrosa por la orilla del río, sufriendo nuevas pérdidas pero consiguiendo salvar las reliquias de sus derrotadas tropas. Mas aciaga todavía fué la suerte que cupo á las dos columnas que dirigidas por Craufurd y Pak, dieron el ataque por el centro, pues los españoles dejaron se internasen por las calles, y las acometieron luego por todas partes, arrojando sobre ellas desde lo alto de las casas granadas de mano, ladrillos, baldosas, adoquines y cuanto se podía emplear como arma arrojadiza, por lo cual se vieron obligados ambos caudillos á guarecerse en el convento de Santo Domingo, rindiéndose á discreción sobre las tres de la tarde á Liniers, después de más de ocho horas de rabiosa y mortífera pelea (1). Así terminó aquella memorable y gloriosa jornada, que costó á los invasores la pérdida de 1.676 prisioneros, entre ellos 225 heridos y unos 800 muertos; quedando tan quebrantados y abatidos los ingleses, que no tuvieron reparo sus caudillos en admitir las humillantes condiciones exigidas por Liniers y Alzaga, para que cesasen las hostilidades: cange de prisioneros (2), reembarco de las tropas expedicionarias y devolución de la plaza de Montevideo en el término de dos meses, cuya cláusula se cumplimentó el 9 de septiembre. El Gobierno español confirió á Liniers el empleo de mariscal de campo con el cargo de virrey, gobernador y capitán general de las vastas provincias que con su valor supo conservar para España (3). El desgraciado Whitelocke, que

(1) A lo último de la lucha, cuando habían enarbolado ya los ingleses bandera de parlamento, fueron mortalmente heridos, muriendo de sus resultas, los ayudantes de Liniers **D. Baltasar Unguera** y **D. Manuel de Arce**, y el capitán de artillería **D. José de Pasos**, ayudante de Elío.

(2) Los ingleses habían hecho también unos 1.000 prisioneros: 200 en el combate del día 3, 700 en el Retiro y 100 en la Residencia.

(3) Tres años más tarde, los valerosos defensores de Buenos Aires **Liniers** y **Concha** fueron fusilados por los insurgentes al separarse de la madre patria aquella rica colonia.

regaló una preciosa espada á Liniers por su generoso comportamiento, fué procesado al llegar á su patria, condenándole un consejo de guerra á la pérdida de empleo y declarándole incapaz é indigno de gozar empleo militar de cualquier especie (1).

Episodios.—I. Liniers envió como parlamentario á su ayudante D. Hilarión de la Quintana con una escolta de doce húsares y un trompeta; mas como las fuerzas irregulares de la plaza que hostilizaban incesantemente al enemigo continuasen haciendo fuego, tuvo aquel que arrostrar el que se hacían unos y otros, dispersándose su escolta por lo que no quedó á su lado más que el trompeta. Llegó así al parlamentario inglés, mientras los partidarios españoles iban estrechando el círculo gritando *traición* por tomar las señales que les hacía Quintana como de inteligencia con el enemigo. Ambos oficiales pudieron salvarse milagrosamente, dejando el británico diez ó doce muertos de los soldados que le acompañaban.

II. El capitán D. JACOBO ADRIÁN VARELA que mandaba la compañía de granaderos del tercio de Galicia (2), propuso á Concha abrirse paso á la bayoneta por entre las filas enemigas antes que rendirse; pero aquél, estimándolo imposible, negóse á ello, y en consecuencia, el heroico VARELA tomó la determinación de hacerlo por sí arremetiendo por entre los ingleses con indecible brío, pudiendo de este modo llegar él y sus bravos gallegos, á costa de mucha sangre, y él mismo herido, á una azotea que daba frente al hospital de Belén, donde siguió contribuyendo á la defensa de la ciudad.

Día 6.

986. **Pérdida y destrucción de Barcelona** (GUERRA CON LOS MOROS).—En la primavera de 986 el célebre caudillo Almanzor, que había realizado 22 sangrientas y afortunadas expediciones por los dominios cristianos, decidió llevar á cabo otra contra Cataluña. Dirigióse primero al reino de Valencia, y pasando después á Tortosa y Tarragona, allegó nuevas tropas y recogió toda la mayor caballería posible, con cuyas fuerzas pasó la frontera catalana, desembocando numerosa hueste en el llano mismo de la capital. Salió el conde Borrell II á oponerse á los invasores, con tan mala suerte, que en el llano de Matábous, al pie del castillo de Moncada, fué su ejército horriblemente destrozado, salvándose él á duras

(1) Al confirmar la Corona la sentencia, dispuso se leyese ésta á cada uno de los regimientos del ejército inglés á fin de que quedase como duradero testimonio de las fatales consecuencias á que se exponen los oficiales que en el desempeño de los importantes deberes que se les confían, no despliegan aquel celo, juicio y decisión personal que, tanto su soberano, como su patria tienen derecho de esperar de aquellos á quienes se cometen mandos elevados.

(2) Llamado así por estar compuesto exclusivamente de gallegos.

penas en Manresa, y el 1.º de julio pudo llegar Almanzor sin obstáculo alguno al pie de los muros de Barcelona, bastándole cinco días para ganar la plaza. Entrada ésta por los moros, se entregaron sin freno alguno durante tres días al degüello, al saqueo y al incendio, siendo muchos de sus habitantes llevados cautivos á Lérida, Tortosa, Córdoba y Mallorca, y la infeliz Barcelona, casi enteramente destruída, resintióse durante más de un siglo de catástrofe tan grande (EPISODIO).

Mas la capital del Condado no permaneció mucho tiempo en poder de los infieles. Apenas Almanzor repasó la línea fronteriza en dirección á Córdoba, salió Borrell de Manresa con las huestes allí reunidas, que habían acudido de todos los ámbitos de Cataluña, deseosas de reconquistar la independencia de su patria (1), y en el mismo año de su pérdida, Barcelona volvió al dominio de los cristianos.

Episodio.—Refiere la tradición, que las religiosas del convento de San Pedro de las Puellas, jóvenes todas de incomparable belleza, para salvar su honor de los atropellos brutales de los sectarios del Profeta, apelaron á la determinación heroica de desfigurarse los rostros mutilándose horriblemente unas á otras, para causar repulsi6n á sus enemigos. Burlados así los árabes, fué tal su ira, que degollaron en venganza á la mayor parte de ellas, llevándose cautivas á las restantes.

1664. **Sitio de Castel-Rodrigo (GUERRA DE PORTUGAL).**—El duque de Osuna cayó de improviso sobre dicha plaza, esperando ganarla de rebato; mas prevenida la guarnición hubo que apelar á un ataque metódico. La artillería aportilló pronto sus muros y se dió el asalto; pero flojearon tanto nuestros soldados, que se retiraron atropelladamente sin orden para ello cuando coronaban ya las brechas los oficiales con escasa gente. No paró aquí la mengua de nuestras armas; pues al retirar la artillería para levantar el sitio, se presentó un cuerpo enemigo, y aunque Osuna ordenó sus tropas en posiciones convenientes para hacer frente á los portugueses, los españoles, llenos de pánico, huyeron cobardemente, tirando las armas y abandonando á sus oficiales, impotentes para contener el desorden, del que sacó partido la caballería enemiga, pasando á cuchillo á muchos de los fugitivos y haciendo 400 prisioneros.

(1) Acudieron al llamamiento de Borrell, Oliva Cabreta, el conde Arnaldo Roger de Pallas, el conde Hugo de Ampurias, los vizcondes Bernardo de Querforadat, Ponce de Cabrera, Hugo Folch de Cardona, Galcerán de Pinós, Hugo de Mataplana, Dalmacio de Rocaberti, Pedro de Aymerich, Bernardo de Paguera, Juan de Amigant, Antonio de Soler, Felipe de Guzmán, Raimundo de Rovira, Arnaldo de Rajadell, Aciclé de Sarrats, Gilaberto de Cruilles, Arnaldo de Oller, y hasta 900 caballeros.

1703. **Creación del regimiento de Asturias núm. 31.**—Fué creado este cuerpo en Asturias bajo el pie de tercio y organizado en regimiento por la ordenanza de 28 de septiembre de 1704, sin denominación fija hasta que se le dió la de *Asturias* por Real orden de 28 de febrero de 1707. Prisionero en Dinamarca en 1808 (V. 9 AGOSTO), fué reorganizado por la junta del Principado de Asturias en 8 de mayo de 1812; y disuelto en 1823, volvió á reorganizarse en Granada por Real decreto de 31 de diciembre de 1841. Tenía por sobrenombre el *Cangrejo*. Fué su primer maestre de campo D. Alvaro de Navía Osorio, vizconde del Puerto, después marqués de Santa Cruz de Marcenado.

En el Museo de artillería se conserva una bandera de este regimiento, señalada con el núm. 147. Es de seda blanca con la cruz de Borgoña y encima el escudo de armas reales con el gran cordón de la orden de Carlos III, y al rededor el lema: *Regimiento Infantería peninsular de Asturias*. A los extremos de la cruz de Borgoña sobre campo azur, hay una cruz potenciada de oro, de cuyos brazos penden *Alpha* y *Omega*.

1711. **Creación del regimiento de Aragón núm. 21.**—Quedó organizado en dicha fecha en Zaragoza con voluntarios del país bajo las órdenes de su primer coronel D. Manuel de Sada y Antillón, capitán de dragones de *Sagunto*. Disuelto en 1823, se reorganizó en 1824 por decreto de 23 de abril con el nombre de 2.º de *ligeros*, el primer batallón en Puente-la-Reina y el segundo en Obanos, y en 1826 tomó la denominación de *Voluntarios de Aragón* hasta 1841 en que pasó á ser regimiento de línea con el nombre de *Aragón*. Tenía por sobrenombre el *Formidable*.

En el Museo de artillería existen tres banderas de este cuerpo. La señalada con el núm. 2.635 es de seda blanca con la cruz de Borgoña, y en los extremos de ésta cuatro escudos partidos, coronados y formados por león gules en campo de plata, y cinco barras de oro en campo gules, rodeados por orla de cinco escudos pequeños de campo gules sin empresa. La 2.648 es también de seda blanca, con el escudo de armas reales en su centro, y á los ángulos escudos con las armas de Aragón de barras de oro sobre campo gules. Otra marcada con el núm. 1.536, es de seda blanca como las anteriores; tiene la cruz de Borgoña; en los ángulos escudos con barras de oro en campo gules, y al rededor el lema *Regimiento Infantería Voluntarios de Aragón*.

1875. **Sitio de Cantavieja (GUERRA CARLISTA).**—En el Centro, no quedaban ya á los carlistas más que las plazas de Cantavieja y Collado de Alpuente. La primera, la más importante, situada á bastante altura de un barranco muy escarpado, tenía construída una trinchera en toda la extensión del único frente posible de ataque, á unos 500 metros, en dirección á Fortanete, Mosqueruela é Iglesiasuela, y otra en el mismo frente á 150 metros tan solo de la villa; un lienzo de muralla de metro y medio de espesor cerraba la parte que el caserío dejaba abierto, con cinco órdenes de

aspilleras en todo el recinto, bien flanqueado por los entrantes y salientes que formaba aquel; y en el interior de la población numerosos traveses evitaban la enfilada de las calles, al mismo tiempo que permitían continuar la resistencia dentro de la villa, en el caso de que los sitiadores consiguiesen penetrar en ella. El arrabal había sido destruído, aprovechándose el maderaje para las obras de defensa. Dos piezas de á 8 centímetros largas, podían colocarse, según conviniese, en dos cañoneras para batir las inmediaciones de la puerta de entrada, ó en dos torres para dirigir el fuego



Julio 6.—Sitio de Cantavieja.

á todas partes. La guarnición consistía en tres batallones, una compañía de veteranos, la de cadetes y muchos individuos sueltos de otros cuerpos. ejerciendo el cargo de gobernador el brigadier D. José García Albarrán.

El general Jovellar salió el 30 de junio de Villafranca del Cid con la división Estéban, constituida por las brigadas Bayle y Chacón, llegando frente á Cantavieja á las doce del mismo día sin ser hostilizados por el enemigo, que, al mando de Dorregaray y Adelantado, se encontraba en Mosqueruela, cuatro horas distante; y á las seis de la tarde se incorporó á las fuerzas sitiadoras el general Martínez Campos con una división del ejército de Cataluña, compuesta de las brigadas Saenz de Tejada y Nicolau. Distribuidas convenientemente aquellas para poner estrecho bloqueo á la plaza, y establecida la artillería de montaña, única con que se contaba, para batir las trincheras enemigas más avanzadas y enfilear en lo posible el frente de ataque, los tiradores del regimiento de *Cuenca* avanzaron al amanecer del 1.º de julio y se apoderaron de la primera trinchera, lo que permitió aproximar las baterías y hacer más eficaz el fuego,

dirigiéndolo durante los días sucesivos, hasta el 5, sobre una casa que formaba parte del recinto en el ángulo de la derecha del frente de ataque, por si había posibilidad de abrir brecha en ella antes de la llegada de las piezas de sitio. Las fuerzas de ingenieros y una compañía de artillería a pie del primer regimiento del arma, llevaron á cabo con gran actividad la construcción de diversas obras.

Practicada en la referida casa una abertura que, si bien con dificultad, permitía el acceso al interior de la plaza, todo el día 5 se hizo fuego por descargas para ensancharla, y se organizó una columna de asalto con 50 hombres de cada batallón, todos voluntarios para la empresa, lo mismo que los jefes y oficiales, al mando del coronel capitán de ingenieros D. Luis Pando. Poco antes de las nueve de la noche se avivó el fuego de artillería y fusilería concentrado sobre el portillo abierto, y se amagó un falso ataque por la derecha con cuatro compañías de *Cuba* y dos del *Príncipe*; y á dicha hora avanzó la columna de asalto, que se dividió en dos fracciones, una de 300 hombres de la división de Cataluña al mando del teniente coronel de infantería D. Narciso Fuentes, ayudante del general Martínez Campos, y la otra de 350 de la división del Centro á las órdenes del teniente coronel de infantería de marina D. Segundo Díaz de Herrera, apoyadas respectivamente por medio batallón de *Manila* y medio de *Cuenca*, á los que tocó en suerte. Los atacantes se adelantaron á favor de la oscuridad y treparon por un barranco al arrabal mencionado, que dista como cien pasos de la brecha, sobre la que se arrojó á la carrera la primera columna; mas siendo muy difícil el acceso por la rampa que formaban los escombros y muy nutrido y mortífero el fuego de los defensores, tuvo que concurrir con sus esfuerzos la segunda columna, detenida en el arrabal, la que tampoco pudo penetrar en la villa, muriendo gloriosamente á veinte pasos de la muralla su valeroso jefe **D. Segundo Díaz de Herrera**. Entonces, viendo el coronel Pando que no podían sostenerse allí, retrocedió al arrabal, donde se atrincheró, continuando toda la noche el fuego á la distancia de veinticinco metros unos de otros. Este intento de asalto impuso sin embargo desde luego á los carlistas, los cuales, noticiosos de que Dorregaray había atravesado el Ebro con casi todo su ejército, no quisieron prolongar ya la resistencia y enarbolaron al amanecer del 6 bandera de parlamento, firmándose el mismo día la capitulación, por la que se entregaron prisioneros de guerra 170 jefes y oficiales, 50 cadetes y 1.600 individuos de tropa. Los sitiadores experimentaron unas 200 bajas y pocas menos los carlistas á consecuencia del intenso fuego que á cada distancia hizo la artillería liberal, habiendo arrojado sobre la plaza cerca de 3.000 proyectiles. El teniente de artillería D. Teodoro Ugarte resultó herido.

Los dos generales en jefe que habían firmado la capitulación, entraron por la tarde en Cantavieja á los acordes de las bandas de los cuerpos, acompañados de su plana mayor respectiva y de un batallón de cada uno de los ejércitos del Centro y de Cataluña. Al izarse el pabellón nacional fué saludado con una salva de veintiún cañonazos.

Día 7.

1822. **Jornada del siete de julio (LEVANTAMIENTO ABSOLUTISTA).**— Los batallones de la *Guardia Real* habían mostrado su disgusto por las reformas del cuerpo, amenazado de disolución por las Cortes, con actos de indisciplina (EPISODIO I), aprovechando y sirviéndoles de pretexto la excitación política de aquellos días. Cuatro de dichos batallones, que sin orden alguna habían abandonado inopinadamente á Madrid el 1.º de julio dirigiéndose al Pardo, volvieron sobre la capital en la noche del 6 al 7, entrando en ella por la cuesta de Areneros y portillo del Conde-Duque, en número de 2.000 hombres, con el descabellado intento de imponer el régimen absoluto. Los sublevados pudieron llegar por la calle Ancha de San Bernardo y la de la Luna, sin más que un ligero choque con una patrulla del cuerpo conocido por *batallón sagrado*, (1) apostado en la plaza de Santo Domingo, choque que produjo bastante desorden en las filas de la Guardia, hasta la Puerta del Sol y Plaza Mayor ó de la Constitución, en cuyo punto se encontraban tres batallones de la milicia. El batallón que atacó la Casa de Correos, donde estaba la guardia del Principal no pudo apoderarse de dicho edificio, cuya puerta habían atrancado los soldados con una gran piedra, á falta de cerradura, de las que servían de peldaños para subir del portal al patio. La otra columna, compuesta de dos batallones, dirigida por D. Luis Fernández de Córdova, acometió con gran decisión la Plaza Mayor simultáneamente por el callejón del Infierno, hoy Arco del Triunfo, calle de la Amargura, hoy del Siete de Julio, y por la de Boteros, después de Felipe III; mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra la bizarría de los milicianos, al mando del brigadier Palarea, gracias al apoyo de la artillería del ejército y alguna caballería del *Príncipe y Almansa*, teniendo los agresores que replegarse á la Puerta del Sol, buscando el apoyo de la otra columna; y ametrallados también allí por el general Ballesteros, que había acudido con una división del ejército, emprendieron la retirada sobre Palacio, perseguidos por

(1) Estaba compuesto de oficiales retirados, de otros no agregados á cuerpo y de patriotas conocidos por sus ideas exaltadas, y lo mandaba D. Evaristo San Miguel.

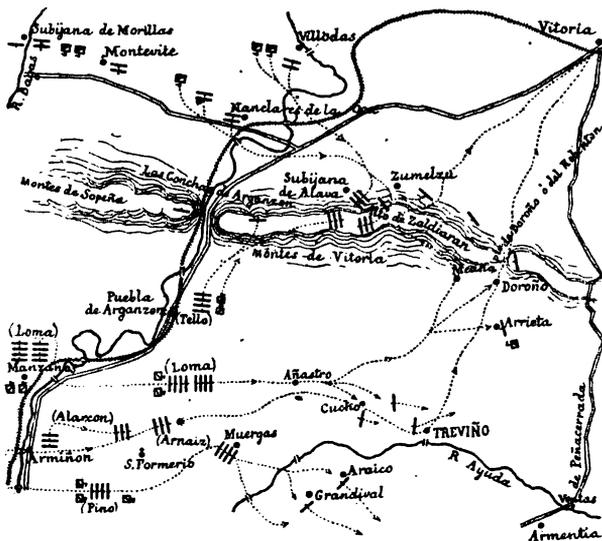
las tropas constitucionales, suspendiéndose las hostilidades á la vista del Real Alcázar. Concertóse después con un delegado del Rey una capitulación, en virtud de la cual debían deponer las armas los cuatro batallones sublevados y salir con ellas y sus banderas los batallones que no habían tomado parte en los sucesos, entregando antes á los asesinos del teniente Landaburu; pero al saber los guardias de los primeros las condiciones con que se les perdonaba, en vez de someterse al desarme prorrumpieron en gritos sediciosos, hicieron fuego sobre la milicia, y pronunciándose de nuevo en rebelión, bajaron en tumulto al Campo del Moro, tomando por la Puerta de la Vega el camino de Alcorcón. Entonces el capitán general D. Pablo Morillo, conde de Cartagena, hizo partir inmediatamente tras de ellos varias columnas del ejército y milicia mandadas por Copons, Ballesteros y Palarea y los fugitivos fueron de nuevo diezmados por la metrala y acuchillados muchos de ellos por los jinetes de *Almansa*, capitulando ya formalmente en la Casa de Campo el núcleo principal al mando del brigadier D. Gaspar de Rocabruna, ó cayendo prisioneros los demás, individualmente unos, en grupos y pelotones otros (EPISODIO II).

Episodios.—I. Algunos oficiales, entre ellos el teniente D. Mamerto Landáburu, trataron de restablecer la disciplina, siendo éste víctima de su laudable y honroso empeño, pues habiendo herido con su sable á un granadero que hacía gala de sus ideas absolutistas, otros dos ó tres soldados le dispararon los fusiles por la espalda, y el desgraciado oficial, mortalmente herido, fué llevado al cuarto de la camarera mayor de la Reina, condesa de la Alcudia, en donde falleció. A la viuda se le concedió la paga entera que disfrutaba su esposo, y se declaró que sus hijos serían educados á expensas de la nación, rubricando este decreto el mismo Fernando VII.

II. En medio de aquellos escandalosos sucesos fué muy notable la acción de unos catorce ó quince granaderos de los llamados de *premio*, los cuales, sin huir, se situaron en una loma agrupándose alrededor de su bandera coronela, dispuestos á la resistencia si no se les concedía capitulación honrosa; y obtenida la seguridad de que su venerada insignia sería respetada, hicieron entrega de ella á una compañía de la milicia que cumplió religiosamente lo acordado.

1875. **Batalla de Treviño (GUERRA CARLISTA).**—Al principiar julio, re-suelto el general Quesada, que mandaba en jefe el ejército del Norte, á abrirse paso á Vitoria y asegurar las comunicaciones entre dicha capital y Miranda, practicó varios reconocimientos sobre las posiciones enemigas, que se extendían en una línea de 36 kilómetros desde Grandival y Araico por los montes de Vitoria, Zumelzu y Nanclares de la Oca hasta Subijana de Morillas, con trincheras y baterías en algunos pun-

tos; hizo ocupar la ermita de San Formerio, situada en una inexpugnable altura, de que se apoderó, sin tener una sola baja, el coronel Nogués, de *León*, con el teniente coronel Gárate y cuatro compañías de su cuerpo; y concentró todas las fuerzas disponibles sobre la carretera de Miranda a Vitoria, amenazando el centro y derecha carlista, para retener allí la mayor parte de las fuerzas enemigas, mientras trataba de envolver su izquier-



Julio 7.—Batalla de Treviño.

da por el condado de Treviño, que era la parte más débil y desguarnecida, cuyo bien concebido plan fué llevado á cabo con precisión admirable.

La situación de las tropas liberales en la noche del 6, anterior al día señalado para el movimiento, era la siguiente. La brigada Pino (cuatro batallones, tres escuadrones y una batería) en Miranda, donde continuaba el cuartel general con la brigada Arnaiz (tres batallones); la brigada Alarcón (tres batallones y una batería) en Armiñón; el general Loma con las brigadas Prendergast y Pardo de la Casta (ocho batallones, dos escuadrones y una batería) en Manzanos, y el general Tello con cinco batallones, dos escuadrones, una batería montada y una sección de montaña en La Puebla de Arganzón y las posiciones de las Conchas. Algunas otras fuerzas estaban destinadas á conservar las comunicaciones y proteger los convoyes. Los carlistas, bajo el mando de Pérula, que por aquellos días había reemplazado á Mendiry como jefe de E. M. G., disponían de veinte

batallones, seis escuadrones y cinco baterías, y tenían cortada la carretera entre La Puebla y Vitoria, afirmándose en la idea de que los contrarios atacarían de frente las posiciones de su derecha.

A las cuatro de la mañana del 7 de julio salió Quesada de Miranda con el cuartel general en dirección á Armifón y subió á la ermita de San Formerio para cerciorarse de que las tropas ejecutaban los movimientos prevenidos. La brigada Pino, dejando á su izquierda San Formerio, fué á situarse en Muergas, y Loma en Añastro, marchando el cuartel general entre ambos y detrás Alarcón siguiendo el movimiento general; y á las ocho de la mañana, cuando Tello se movía también desde La Puebla, dió Quesada la orden de emprender el ataque. El regimiento de *Castilla* pasó el rio Ayuda y atacó de frente las posiciones de Grandival y Araico, que trataron de envolver los cazadores de *Barbastro* y *Ciudad-Rodrigo*, apoderándose de ellas á costa de pocas bajas, mientras Loma coronaba con igual fortuna las trincheras de Cucho y alturas inmediatas que dominan á Treviño, donde entró á la una de la tarde el general en jefe con la brigada Arnaiz, cayendo en su poder 2.000 raciones de pan y 700 de pienso preparadas para las fuerzas carlistas que con Pérula debían llegar aquella tarde á dicho pueblo. Parte de las tropas liberales siguieron avanzando hasta rebasar completamente el flanco izquierdo del enemigo, más allá de las ventas de Armentia, y la brigada Prendergast hasta ocupar las posiciones de Arrieta, Dorofío y Meana, para acudir en auxilio de Tello, seriamente comprometido (1).

En efecto; este, dejando dos batallones en las Conchas derecha é izquierda y en La Puebla al mando del coronel de *Valencia* D. José Rodríguez Trelles, emprendió á las siete y media el movimiento con los batallones que le quedaban, dos cortos escuadrones, una sección de ingenieros y otra de artillería de montaña, avanzando por el terreno fragoso y cubierto de maleza que forman los montes de Vitoria. Al principio las cortas fuerzas carlistas que había en aquellas alturas se opusieron débilmente á la marcha de Tello; mas como al saber Pérula el movimiento de las tropas liberales comprendió el engaño que padecía, movióse aceleradamente hacia Zumelzu, pasando á la orilla izquierda del Zadorra con seis batallones, tres escuadrones y dos baterías de montaña; y como era ya tarde para impedir el movimiento del centro y derecha del ejército liberal hacia Vitoria, trató de conseguir alguna ventaja sobre la izquierda, pues si lograba arrollarla podría caer también fácilmente sobre el flanco izquierdo de las restantes tropas de Quesada. Entonces el general Tello

(1) Estos movimientos de la derecha y centro liberales no costaron más que unas 60 bajas.

pidió refuerzos á Loma, cinco kilómetros distante, y sin vacilar atacó resueltamente á los primeros batallones enemigos que se presentaron, antes que pudieran reponerse de la fatiga y desorden con que llegaban á lo alto. Peleóse por una y otra parte con imponderable bravura; el coronel Bernabeu; los jefes de *Soria* D. Pio Villar y D. Policarpo Gutiérrez, que herido dos veces no quiso abandonar su puesto; los de la *Reserva de Logroño*, D. Raimundo Montserrat y D. Félix García Peña; el de la *Habana*, don Luis Santiago; los oficiales y soldados de dichos cuerpos, la artillería y los ingenieros, todos secundaron admirablemente las disposiciones de su general; mas el número de enemigos fué aumentando sin cesar, la lucha se hizo muy desigual, y ante el formidable empuje de siete batallones, aquellos valientes empezaron á cejar. defendiendo sin embargo el terreno con heroica tenacidad, á bayonetazos y aun á brazo partido. En trance tan terrible, escaseando ya las municiones, cuando los carlistas, viendo próximo el triunfo, se hacían por momentos más audaces, dispuso Tello se adelantase la caballería á contener al enemigo. Entonces el coronel D. Juan Contreras, puesto al frente de 98 lanceros del *Rey*, cargó á fondo con extraordinario valor, renovando los altos hechos del general D. Diego León en la primera guerra civil, pues con aquel puñado de jinetes arrolló completamente al 3.º de Navarra, cuyos soldados se dispersaron en todas direcciones, despenándose muchos de ellos, sobrecojidos de terror, por los barrancos de Zaldiarán. Los valientes de Contreras, enardecidos con el éxito de la carga y las aclamaciones de sus compañeros, que pudieron reponerse y municionarse de nuevo, se metieron por entre las masas enemigas, rescataron nuestros prisioneros y cogieron otros 61, entre ellos el teniente coronel del 3.º de Navarra D. Joaquín Orlandi, dejando tendidos en el campo más de cien carlistas (1). Restablecido el combate, no tardaron las superiores fuerzas del enemigo en conseguir de nuevo ventajas sobre sus adversarios, que tuvieron que retroceder y batirse en retirada, dando y recibiendo cargas, pero siempre perdiendo terreno; así que las tropas de Tello no habrían podido menos de ser aniquiladas, á pesar de su heroico valor, á no haberse presentado en aquellos críticos instantes los refuerzos pedidos á Loma. Este había recibido á las once y media el

(1) Dicha carga, en la que tanta bizarría demostraron los escuadrones segundo y cuarto del *Rey*, costóles la pérdida del capitán del 4.º escuadrón **Don Enrique Torres**, muerto gloriosamente sobre el campo de batalla, con los lanceros **Antolín Ruiz** y **Martín Iguacel**; otros 18 soldados heridos, y además 10 caballos muertos, entre ellos el del coronel Contreras y 26 heridos. Distinguióse el lancero **MARIANO BARDAJÍ** por su bizarro proceder, siendo condecorado con la cruz del mérito militar pensionada.

aviso de Tello, y marchando sin pérdida de tiempo en su auxilio, empezó su artillería á cañonear al enemigo, amenazando su flanco izquierdo, mientras avanzaban dos batallones para coger á aquel por la espalda. En vista de este ataque, Pérula desistió ya de su empeño y ordenó la retirada, que llevó á cabo tranquilamente sin ser molestado, pernoctando en Azqueta y el 8 en Maestú, en cuyo día felicitó á sus soldados por el combate anterior, que consideraba glorioso. Quesada pasó el Puerto de Dorofio con el grueso de sus fuerzas en medio de una gran tormenta, que hizo muy penosa la marcha, entrando en Vitoria á las seis de la tarde.

Las pérdidas de los liberales consistieron en 32 oficiales y 327 individuos de tropa muertos ó heridos, correspondiendo la mayor parte á las tropas del general Tello, que merecieron los honores de la jornada; los carlistas tuvieron más de 500 bajas.

1887. **Desastre de Ponapé.**—Guarnecía esta isla, una de las Carolinas orientales, un corto destacamento, que no llegaba á cien hombres, á las ordenes del capitán de fragata **D. Isidro Posadillo**. El 30 de junio de 1887, cuando se dejó oír el toque de campana que llamaba á los trabajadores, todos naturales del país, para que se ocupasen en las faenas de la colonia, no compareció ninguno. Entonces dispuso **Posadillo** que saliese una pequeña columna de 25 hombres al mando del alférez **Martínez**, y trajera presos á sus reyezuelos; mas en cuanto los divisaron los kanacas hicieron fuego sobre ellos desde el bosque, matando á la mitad, y los demás quedaron prisioneros menos uno, el único que pudo salvarse y enterar al gobernador de la ocurrencia. Este, irritado al saber el atropello y la traición, salió inmediatamente en busca de los rebeldes con 60 hombres, pero después de una sangrienta lucha tuvo que retirarse con solo la mitad de la fuerza á la casa-gobierno, en donde se atrincheró y defendió cuanto le fué posible, hasta el 6, en que, al tratar de salvarse con los pocos defensores que quedaban, fué mortalmente herido de cuatro balazos en el pecho y rematado á golpes de maza, muriendo con él el valiente médico **Cardona**, de la corbeta de guerra *Marta de Molina*, anclada en aquellas aguas, el cual, al oír el fuego, había pedido permiso al comandante para bajar á tierra con objeto de socorrer á los heridos. Al despuntar el alba del día 7 de julio no ondeaba ya la bandera española sobre la tierra del Oriente Carolino, ni existía el modesto edificio, residencia del desgraciado gobernador, á cuya viuda se concedió la pensión de la cruz laureada de San Fernando.

Día 8.

1520. **Batalla de Otumba** (CONQUISTA DE MÉJICO).— Considerándose Cortés poco seguro en Tacuba (1) después de la retirada infausta de Méjico (V. 1.º JULIO), no se detuvo allí más que lo preciso para organizar los restos de sus tropas, y se retiró con ellas al cerro de Otoncalpolco, donde hoy está el santuario de Nuestra Señora de los Remedios, patrona de Méjico. Desde dicho punto emprendió una marcha muy penosa en dirección á Tlascala, pasando por Cuautitlan y Jaltocan hasta llegar á Teotihuacan en los llanos de Apan, donde en las inmediaciones de Otumba le cerraba el paso un poderoso ejército mejicano, compuesto por lo menos de 40.000 guerreros. Temiendo Cortés por los alientos de sus soldados, que habían sufrido en aquellos días increíbles padecimientos y privaciones, y angustiado todavía su ánimo con el recuerdo de la *Noche triste*, examinó los semblantes para ver si descubría señal de temor ó abatimiento; mas convencido de lo contrario, arengóles brevemente con su natural brío, diciendo: *llegó el caso de vencer ó morir; la causa de Dios milita por nosotros*; y dió enseguida la orden de acometer. Los españoles cerraron con el enemigo, prolongado el frente de batalla, pero estrechamente unidos, la caballería en las alas y á retaguardia, encontrando en su misma desesperación las fuerzas que parecían agotadas por tantos trabajos; los tlascaltecas cayeron sobre los mejicanos con la rabia de siempre, dispuestos á no dar cuartel. Después de las primeras descargas de arcabuces y ballestas, que hicieron gran mortandad en las compactas masas de los indios, vinieron las espadas y las picas á causar mayor estrago, dando apenas tiempo á que aquellos pudiesen servirse de sus armas arrojadizas; tal fué la rapidez con que los nuestros salvaron la distancia que les separaba de las filas contrarias, comprendiendo iba en ello su salvación. En esto, Cortés, que con penetrante mirada registraba el campo enemigo en busca de una coyuntura que le permitiese inclinar desde luego la victoria á su favor, descubre al general de la hueste que llevado en ricas y vistosas andas enarbolaba en su cuja el estandarte real, en cuya pérdida ó conservación sabe que cifran los mejicanos la suerte de sus armas. El caudillo español resolvió al punto hacer un esfuerzo extraordinario para apoderarse de la imperial insignia, y para ello llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Davila, encargándoles le siguiesen con los demás que asistían á su persona y guardasen las espaldas, y rompió acto seguido por entre las filas contrarias, desordenándose y atropellándose los

(1) Véase el croquis de la pág. 431 de este tomo.

mejicanos unos á otros por temor á los caballos. Así le fué fácil llegar hasta el general enemigo, cuya escolta hizo escasa resistencia al ver el escuadrón de los españoles, desamparando á su caudillo, y derribado éste de las andas mal herido por un bote de lanza de Cortés, saltó de su caballo el soldado Juan de Salamanca, acabó de quitar la vida al maltrecho general, y cogiendo el estandarte lo entregó á su jefe, quien lo levantó en alto en señal de victoria. No fué preciso más para que los indios, abatiendo las demás insignias de su ejército, corriesen despavoridos á guarecerse en los bosques y matzales, dejando libre el campo á los soldados de Cortés, que con el recuerdo de sus compañeros sacrificados en la terrible noche del 1.º de julio y con la mira de que el escarmiento fuese eficaz para que no se volviesen á juntar, hicieron gran matanza en los míseros fugitivos, cogiendo rico botín, pues los mejicanos, contando celebrar su triunfo, se habían engalanado con sus más ricas joyas. Quedaron tendidos en el valle de Otumba muchos miles de enemigos, con pérdida insignificante de los españoles, pues solo se notaron algunos heridos, de los que murieron en Tlascala dos ó tres; los tlascaltecas auxiliares tuvieron mayor número de bajas, si bien no fueron tampoco de consideración. Cortés recibió también algunas heridas, una de ellas en la cabeza, producida por un golpe de piedra que le tuvo á las puertas de la muerte.

1775. **Desgraciada expedición á Argel.**—Con el laudable propósito de acabar con los piratas que tenían su principal abrigo en Argel, centro de los estados berberiscos, se preparó y armó en el puerto de Cartagena una escuadra de 46 buques, de los cuales ocho eran navíos y otros tantas fragatas, á las órdenes de D. Pedro González Castejón, la que debía embarcar 22.000 hombres al mando del general O'Reilly. La expedición zarpó de dicho puerto el 23 de junio de 1775, fondeando el 1.º de julio siguiente en la bahía de Argel. El caudillo español había cifrado el buen éxito de la empresa en el sigilo con que debía llevarse á cabo; así que, al arribar á las costas africanas, vióse aquel desagradablemente sorprendido con el espectáculo de gran número de campamentos que coronaban las colinas comprendidas entre la ciudad de Argel y el cabo Metafuz, demostrándole que los moros estaban bien preparados y apercebidos para la resistencia. Perplejo el general O'Reilly, sólo después de una semana de dudas y vacilaciones, más perjudiciales todavía, ordenó el 8 de julio el desembarco. La primera división, fuerte de 8.000 hombres, lo efectuó á legua y media de Argel, entre la plaza y el río Jarache, y avanzó imprudentemente hasta las alturas inmediatas, que ocupaba el enemigo

oculto entre los matorrales, cortaduras y caseríos, donde se había fortificado. Los moros dejaron que los españoles se aproximasen confiados, y cuando los tuvieron cerca, salieron de pronto de sus reparos haciéndoles retroceder con grandes pérdidas hasta las mismas orillas del mar, rehaciéndose allí protegidos por la segunda división que acababa de desembarcar. Levantadas a toda prisa algunas trincheras de arena muy imperfectas y defectuosas, resistieron nuestros soldados por algún tiempo á los argelinos; pero agobiados de calor y por el cansancio, acorralados en la playa, y diezmados por el horroroso y mortífero fuego que de todas partes se les hacía, tuvieron que reembarcarse dejando en el enemigo suelo hasta 1.500 cadáveres, entre ellos el del general **Caro**, marqués de la Romana, que mandaba la vanguardia, muerto al frente del regimiento de dragones de *Almansa*. Los heridos, en número de 3.000, pudieron ser recogidos en las naves, gracias al valor de las tropas que protegían la operación y que por lo tanto fueron las que más padecieron. La escuadra arribó el 15 de julio á Cartagena y Alicante, causando en España dolorosa impresión la noticia del desastre que tantas víctimas había costado á las tropas españolas (1).

1813. **Recuperación de Zaragoza** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—La batalla de Vitoria (V. 21 JUNIO), tan fatal para las armas fran-

(1) Del regimiento del *Rey* murió gloriosamente el teniente de granaderos **Don Tomás de Aróstegui**, y fueron heridos el coronel conde de Fernan-Núñez, el ayudante mayor D. Joaquín de Lima, los tenientes D. Mateo Rojo, D. José de Ribas y D. Miguel Pelaez y el subteniente D. José Losada; *Murcia* tuvo muerto el capitán **D. Pedro Manso** y heridos el coronel D. Luis Antonio de Carvajal, el capitán D. Juan Salcedo y los subtenientes D. José Coronel, D. Diego Casasola, D. Manuel de Diego y D. José Segura; *África*, muertos el teniente **D. Juan Fernández** y el cadete **D. Diego de Silva** y heridos el sargento mayor D. Rafael Gaztelu, el ayudante D. Joaquín de Saso, el teniente D. Matías Gómez y el subteniente don Juan Gardoqui; *Zaragoza*, muerto el capitán **D. José del Río**, y heridos los de igual clase D. Benito Saavedra, D. Miguel Zamora y D. José Vedia, los tenientes D. Antonio Pedrosa y D. Bernardo Brías, y los subtenientes D. José Cruella y don Baltasar Velázquez; *Guadalejara*, muertos el capitán de Granaderos **D. Antonio Llamas**, y los subtenientes **D. José Nevado**, **D. Antonio Bover** y don **Joaquín Martí**, y heridos el capitán D. Lorenzo Alarejos, el teniente D. Antonio Bamfi y los subtenientes D. Rafael Sagarzazu y D. Ramón de Victoria; é *Hibernia*, muertos su teniente coronel **D. Bernardo O'Loghlin**, el comandante **D. Tomás Butler**, el capitán **D. Melchor Mac-Donnald** y el teniente **D. Bernardo Mac-Olone**, y heridos casi todos los demás oficiales.

cesas, produjo la retirada general de los ejércitos enemigos á la línea del Ebro, además de la entrada en Francia de José con las tropas que concurrieron á dicha batalla. A pesar de esta concentración de fuerzas, fué necesario también abandonar casi todo Aragón, habiendo recibido el general Paris, que mandaba en Zaragoza, la orden de evacuar la capital y dirigirse á Mequinenza al arrimo del ejército de Suchet, situado por aquellos días entre Tortosa y Caspe, llevándolo a efecto en la tarde del 8 de julio, cuando ya los españoles de D. José Durán y de D. Francisco Espoz y Mina se disponían á acometer la ciudad, si bien dejaron los franceses 500 hombres en la Aljafería. Aquella misma noche efectuó su entrada en Zaragoza D. Julián Sánchez con sus lanceros, y al día siguiente Durán, habiendo salido Mina en seguimiento de Paris con su diligencia acostumbrada, apretando tan de cerca á los fugitivos, que tuvieron que dejar la ruta de Mequinenza y tomar la de Francia, siendo alcanzados en Alcubierre donde abandonaron la artillería, el convoy y todo lo que habían sacado de Zaragoza; y así, marchando precipitadamente por Huesca y Jaca sin impedimenta alguna, les fué fácil salvarse y transponer la frontera. A su vuelta sitió Mina la Aljafería, facilitando su conquista las disensiones entre los jefes de la guarnición; pues irritado el comandante de artillería por algún disgusto que había tenido con el gobernador del fuerte, en la mañana del 2 de agosto prendió fuego por sí mismo á una de las bombas del depósito de proyectiles cargados que había en el reducto más próximo á la ciudad, produciendo la voladura de dicha obra y la muerte del autor del siniestro con los 28 hombres que la defendían. Descubierta y sin defensa por aquella parte el interior del castillo, capituló el mismo día la guarnición, quedando prisionera de guerra (1).

✓1837. **Ataque de Castellón** (GUERRA CIVIL). — Habiendo conseguido la expedición de D. Carlos pasar el Ebro (V. 15 MAYO) intentaron los carlistas ocupar á Castellón de la Plana el día 8 de julio. Las autoridades y vecindario habían determinado resistirse decididamente para defender sus hogares, su fortuna y el honor de sus familias, y llenos de entusiasmo tomaron las armas gran número de habitantes, coronando bien pronto las fortificaciones levantadas á toda prisa unos 4 000 hombres, además de una reserva que organizó el comandante general D. Antonio Buil con algunas partidas sueltas del ejército y las compañías de granaderos y ca-

(1) Otro oficial de artillería intentó pegar fuego al repuesto, que contenía 4.000 quintales de pólvora; pero advertido por los soldados, pudieron evitar la espantosa catástrofe que se hubiera producido y que tantas víctimas habría ocasionado.

zadores de la milicia nacional, á cuyas fuerzas se agregó un batallón de *Saboya* que desembarcó muy oportunamente el 7 para tomar parte en la defensa. Cabrera, que había intimado el 6 la rendición, hizo romper el fuego, á las dos de la madrugada del 8, desde la alquería y huerto de Martí y convento de Capuchinos é iglesia del Calvario, de donde fueron desalojados los carlistas por los defensores y obligados á replegarse al grueso de sus fuerzas acampadas junto á la ermita de Lidón; dichos edificios fueron entregados á las llamas para que no volviesen á ser ocupados por los sitiadores. Un segundo ataque que dieron estos en la tarde del mismo día, particularmente contra el fuerte y puesto de San Roque, fué tan inútil como el anterior, y no pudiendo detenerse á establecer un sitio en regla, como requería lo enérgico de la defensa, prosiguieron su marcha en la mañana del 9.

Día 9.

1709. **Creación del Regimiento de Almansa, núm. 18.**—Tuvo lugar la creación de dicho cuerpo por Real decreto de 9 de julio de 1709, siendo su primer coronel D. Juan González, y fué extinguido en 1721, refundiéndose en el regimiento de *España* á consecuencia del arreglo que se hizo en el arma de infantería el 15 de diciembre de dicho año. Creado en mayo de 1808 el regimiento 4.º de *Voluntarios de Murcia*, cuyo mando se confió al coronel D. Alejo Molina, vizconde de Huertas, con D. José María Torrijos de sargento-mayor, sirvió este cuerpo de base para organizar el antiguo regimiento de *Almansa* por Real orden de 9 octubre de 1808, refundiéndose en él en 1809 las reliquias de los batallones 1.º, 2.º, 3.º y 5.º de *Voluntarios de Murcia*, que pudieron salvarse de la rendición de Zaragoza (1). Hecho prisionero en el asalto de Tarragona (V. 28 JUNIO), se refundieron los restos de *Almansa* en el regimiento de *Burgos*, quedando organizado de nuevo el 16 de julio de 1812 en la ciudad de Caravaca, y extinguido otra vez por el arreglo que se hizo á consecuencia del Real decreto de 2 de marzo de 1815, pasando á constituir el segundo batallón de *África*, hasta que fué vuelto á organizar en Valencia en 1828, bajo la dirección del coronel D. Juan Antonio Pardo. Tenía por sobrenombre *El Abrevido*.

En el Museo de Artillería se conservan dos banderas de este cuerpo. La señalada con el núm. 2.616 es de seda blanca con la cruz de Borgoña y en sus ángulos escudo partido de león coronado de oro en campo de plata, en pie y apoyado en monumento piramidal sobre campo azul, en cuyo vértice hay león de oro, y en su base lápida con esta leyenda: *Almansa 1.º de línea*. La núm. 1.470, es también de

(1) Ingresaron en dicho cuerpo como voluntarios, en clase de cadetes, ochenta jóvenes de las más distinguidas familias del reino de Murcia, y marcharon á campaña bajo la dirección de su maestro director el capitán D. Juan Pérez de Lema, pasando después á fundar el colegio militar de Tarragona.

seda blanca con el escudo de armas reales, y en sus ángulos escudos partidos como los de la anterior.

1873. **Acción de Alpéns** (GUERRA CARLISTA).—El brigadier Cabrinety se hizo cargo en Igualada de las tropas que en dicha villa se habían amotinado el 5 de junio contra el general Velarde, llegando á hacer armas contra sus jefes y oficiales. Con dichas fuerzas, que compondrían unos 1.100 hombres, sin artillería ni caballería, salió el 12 á operaciones, persiguiendo con febril actividad á los carlistas, especialmente á Saballs, y aunque consiguió algunas pequeñas ventajas, la indisciplina de los soldados de su columna, en la que iban muy pocos oficiales, paralizaba sus buenos deseos, siendo al fin víctima de su imprudente arrojo. El 27 de junio se le incorporaron en Vich una sección de caballería y otra de artillería, y continuó sin descanso tras del enemigo, con el deseo de batirle donde quiera que le encontrase, creyendo quizás que á fuerza de combates llegaría á restablecer la disciplina entre sus desmoralizadas tropas. Saballs, más cauto y sereno, supo aprovecharse de la situación de ánimo de su enemigo, atrayéndolo á la celada de Alpéns, desde Navas, donde pernoctó el 8 el caudillo liberal. Este se dirigió en la mañana del 9 á Prats de Llusanés; mas no encontrando allí á los carlistas, como creía, continuó á las dos de la tarde la marcha en dirección á Alpéns, pueblo de poca importancia, dominado por todas partes desde las alturas que lo circuyen y que forman dos desfiladeros á la entrada y salida hacia Prats de Llusanés y Borredá. El desgraciado brigadier **D. José Cabrinety**, sin mandar reconocer previamente el pueblo, ni tomar ningún género de precauciones, cuando tan necesarias eran por la habitual astucia de su contrario y lo intempestivo de la hora, pues comenzaba ya á anochecer, penetró con su columna en Alpéns por la calle Mayor en dirección á la plaza, dando crédito al falso aviso recibido media hora antes de que el enemigo había salido tomando el camino de San Boy. Entonces, mientras el batallón de Auguet hacía frente en el pueblo á las tropas republicanas dirigiendo sobre ellas mortíferas descargas desde las casas que había ocupado, otras fuerzas enemigas coronaron súbitamente las alturas inmediatas, rompiendo así mismo el fuego sobre la columna, internada ya en el pequeño valle donde está situado el pueblo. Dominados los soldados por un pánico horroroso, se desordenaron en seguida, tratando de refugiarse y guarecerse en las casas, y aunque **Cabrinety**, comprendiendo demasiado tarde la celada que le habían preparado, dió algunas disposiciones, no fué obedecido, siguiéndole sólo unos pocos valientes, con los que llegó hasta la plaza, cayendo allí sin vida, atravesado el cuello de un balazo.

Muerto su bizarro jefe, la dispersión se hizo ya general, y tomadas por los carlistas las dos únicas salidas del pueblo, toda la columna tuvo que sucumbir, salvándose tan sólo el comandante D. José Pastor con un centenar de soldados de los 1.200 que constituían aquella. De este modo, los cazadores de las *Napas, Madrid y Mérida*, principales actores de los escandalosos y abominables sucesos de Igualada, pagaron su extravío, víctimas de su misma indisciplina, unos con la muerte; otros con penoso y duro cautiverio (1). Los carlistas se hicieron con más de 800 prisioneros, 50 caballos, dos piezas de artillería, 42 mulos, dinero, material sanitario, armamento y equipos. El triunfo valió un título á Saballs, y una condecoración á su gente.

Episodio.—Al dispersarse la columna, el oficial segundo de Administración militar **D. Vicente Reina y López**, al frente de alguna fuerza que pudo reunir, trató de abrirse paso y salvar los caudales de que era depositario; mas en aquella heroica lucha fué muerto de un hachazo en la cabeza (2).

Día 10.

1675. **Heroica defensa de Massanet** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de rechazado el mariscal Schomberg de Gerona (V. 18 MAYO) quiso dar un golpe de mano contra sus encarnizados enemigos los migueletes, destruyendo la villa de Massanet de Cabrenys que constituía á manera de su plaza de armas. Al efecto, envió contra ella 4.000 infantes y 500 caballos al mando del general Le-Bret, en ocasión que no estaba guarnecida más que por el capitán José Boneu con 40 de los suyos. El enemigo rompió las tapias y penetró fácilmente en el pueblo, que habían abandonado sus habitantes al aproximarse los franceses; pero los defensores, á pesar de su escaso número, defendieron las calles y casas palmo á palmo, y fueron al fin acorralados, teniendo que encerrarse en la iglesia donde continuaron la resistencia hasta que, escalado el templo, y penetrando los enemigos en él por varias partes á un tiempo, tuvieron los migueletes que rendirse, agobiados por el considerable número de sus contrarios, después de luchar desesperadamente hasta por encima de la bóveda. El general francés quiso mandar ahorcar al valiente Boneu; pero desistió de su poco noble propósito temiendo las represalias terribles de

(1) La compañía de ingenieros que pertenecía á esta columna, se libró providencialmente del desastre por haber recibido orden de separarse de ella pocos días antes.

(2) Parte del Intendente de Cataluña del día 14 de julio.

los catalanes, que adoraban en su esforzado caudillo, y lo envió prisionero á Francia.

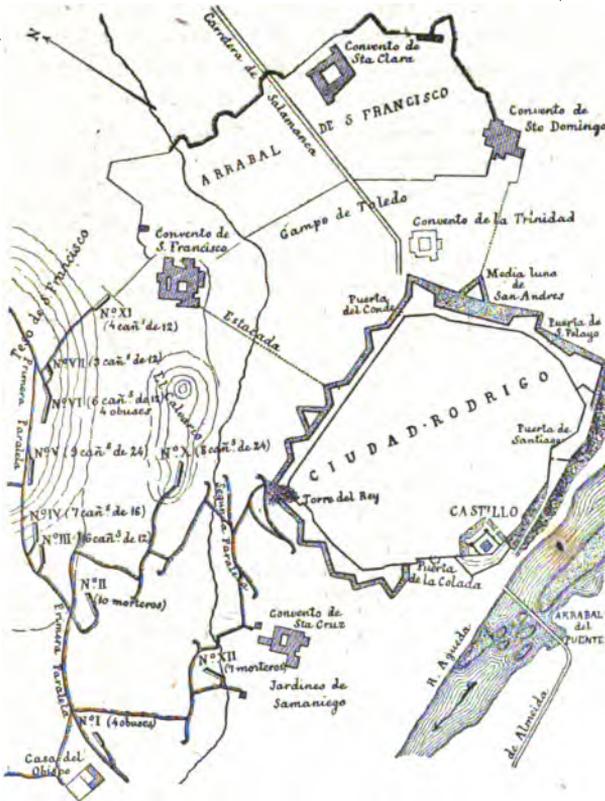
1808. Creación del batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo núm. 7.— Con los voluntarios que acudieron espontáneamente de muchas partes de la provincia de Salamanca á la plaza de Ciudad-Rodrigo para defenderla contra los franceses que volvían de Portugal en 1808 al levantarse la Península contra el poder de Napoleón, se organizaron el 10 de julio cuatro batallones 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de *Voluntarios auxiliares de la plaza de Ciudad-Rodrigo*, siendo sus jefes D. Juan Martínez, D. Manuel Barranco, D. Juan Quintanilla y D. Juan Bautista. Los tres primeros batallones fueron hechos prisioneros cuando la rendición de la plaza en 1810, organizándose con las partidas que había fuera de ella otro batallón con el nombre de *Tiradores de Ciudad-Rodrigo*, que vino á perder también su libertad en la capitulación de Valencia en 1812. Dicho cuerpo fué reorganizado por Real decreto de 30 de abril de 1847 en Leganés con las compañías de cazadores de *Estremadura y Gerona*, tomando el nombre de *Cazadores de Ciudad-Rodrigo*.

1810. Sitio de Ciudad-Rodrigo (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).— Ya en 1808, cuando el levantamiento general de la Península contra los franceses, el general Junot, que mandaba el ejército de Portugal, solicitó desde Almeida se permitiese á sus tropas el paso por dicha plaza; mas su gobernador, que lo era entonces el coronel D. Luis Martínez Ariza, negóse á ello, aprestándose á la defensa con el mayor entusiasmo las seis compañías de milicia urbana, mientras la poca tropa de artillería que había, á las ordenes del coronel D. Francisco Ruiz Gómez, se dedicaba á montar las piezas en la muralla, secundando á la escasa guarnición el vecindario en masa; cuya actitud, y la presentación en la ciudad de algunos miles de voluntarios, bastaron para infundir respeto al enemigo.

En 1810, siendo ya gobernador de Ciudad-Rodrigo D. Andrés Pérez de Herrasti, natural de Granada, entendido y bravo militar que contaba más de cuarenta y nueve años de servicio, el mariscal Ney, comandante en jefe del VI cuerpo, intimó el 11 de febrero la rendición, que rechazó aquél con noble energía, disponiendo algunas salidas en los días 12 y 13 para molestar al enemigo, cuando este levantó el campo (1) para retirarse á Salamanca y preparar los medios de ataque, comprendiendo que solo por la fuerza de las armas podría hacerse dueño de la plaza, cuya con-

(1) En la efectuada el 13, se distinguieron los caballeros cadetes del regimiento de *Mallorca* D. Andrés Araujo y D. Juan Pérez, que tomaron parte voluntariamente en la empresa, resultando muerto gloriosamente el primero y herido el segundo.

quista había dispuesto el emperador Napoleón al decretar el 17 de abril la concentración en los alrededores de Salamanca de un ejército de 80.000 hombres, mandado por el mariscal Massena, príncipe de Essling, constituido por los cuerpos II, VI y VIII y una reserva de caballería, y destinado á invadir por tercera vez el reino lusitano, [abriéndose] paso hasta Lisboa.



Julio 10.—Sitio de Ciudad-Rodrigo.

Ciudad-Rodrigo, débil plaza de tercer orden, dominada al Norte por dos alturas llamadas teso de San Francisco y teso del Calvario (1), está circuida de un muro antiguo del tiempo de los moros, de treinta y dos

(1) La primera tiene una dominación de 13 metros sobre la cresta del recinto principal, de 21 sobre la cresta de la falsabraga y de 15 sobre el pequeño teso ó del Calvario.

pies de elevación, y de otro recinto exterior más moderno, sirviendo de falsa-braga, con foso revestido y sin camino cubierto. El gobernador, con gran actividad y celo, hizo reparar las murallas, levantar traveses y fortificar el arrabal de San Francisco con obras de tierra, atrincherando los conventos de San Francisco, Santo Domingo y Santa Clara como puntos de apoyo; construir en el recinto la media luna de San Andrés; arrasar el convento de la Trinidad, demasiado próximo á la plaza, y poner en estado de defensa el de Santa Cruz, situado al Noroeste, demoliendo el frente que mira á la ciudad. También se construyeron estacadas, se abrieron cortaduras y pozos de lobo y despejaron los alrededores de cuanto podía servir al enemigo para su intento, y como no había almacenes y abrigos á prueba de bomba, hubo que recurrir á la torre de la catedral, cuya bóveda se cubrió con tierra, para poner la pólvora en seguridad y construir blindajes para la guarnición. La plaza, bien municionada y abastecida, contaba una guarnición de cerca 6.000 hombres, formada por tres batallones de *Voluntarios de Ciudad-Rodrigo*, regimiento de *Mallorca*, batallones *Provincial de Segovia* (1) y *Voluntarios de Avila* y otro de urbanos, y 340 lanceros de los que mandaba el intrépido D. Julián Sánchez, héroe de la comarca, que se metieron en Ciudad-Rodrigo para atender á las salidas, y otros cien soldados montados en caballos de requisa á las órdenes del capitán D. Cayetano Puente; de artillería é ingenieros, que constituyen el alma de la defensa de toda plaza, no habia más que dos oficiales de este último cuerpo con 60 zapadores, y del primero 11 oficiales y 37 artilleros para el servicio de 86 piezas de artillería montadas en las murallas, teniendo por lo tanto que instruir precipitadamente en el manejo de ellas á más de 300 reclutas y otros tantos auxiliares de infantería. Desempeñaba el cargo de teniente-rey D. Ramón Blanco; de comandante de artillería el brigadier D. Francisco Ruíz Gómez, al que auxiliaron en su cometido el coronel del cuerpo, retirado, D. José Cabeza de Vaca, y el teniente coronel D. Isidoro López de Arce, y de ingenieros el brigadier D. Juan de Belestá.

Mientras llegaba el tren de sitio, que hubo de hacer venir de Bayona y de Burgos, envió el mariscal Ney, para que se estableciese frente á Ciudad-Rodrigo, una división de infantería y una brigada de caballería á las órdenes del general Mermet, quien llegó á la vista de la plaza el 25 de abril por la parte de Valdecarros, y el 12 de mayo intimó de nuevo la rendición con frases muy halagüeñas y laudatorias para el veterano gobernador; mas éste, sin querer abrir el pliego, manifestó al parlamentario que su general escusaba molestarse, pues tanta manifestada ya su deter-

(1) Mandaba este batallón el brigadier marqués de Quintanar.

minación, y que en lo sucesivo no pensaba tratar más que á cañonazos. Pasóse así el mes de mayo en continuas escaramuzas y choques, en los que se distinguieron muchos oficiales (1), hasta el 30 en que se presentó el mariscal Ney encargado del sitio, con las restantes tropas del VI cuerpo, fuerte de 25.000 infantes, 1.250 caballos, más de 3.000 artilleros, y 373 zapadores; con 1.300 caballos de la artillería de campaña y 2.250 del tren de sitio (2); del VIII cuerpo, que mandaba el general Junot, se situaron dos divisiones en San Felices y Ledesma para servir de apoyo á la derecha del ejército francés, y la caballería extendióse por ambas riberas del Agueda, poniéndose en comunicación ambos cuerpos por dos puentes de caballetes; el II cuerpo (Reynier) cubría la izquierda entre el Tajo y el Guadiana. Motivaba tales precauciones, la presencia del ejército inglés al mando de lord Wellington, á seis leguas de Ciudad-Rodrigo.

Embastida ya la plaza por fuerzas tan considerables, efectuaron el 6 de junio una salida por la puerta de la Colada 400 hombres de diferentes cuerpos al mando del teniente coronel de *Mallorca* D. Luis Minaya, para talar la alameda que cubría el molino de Barragán, en la orilla del río, y desalojar los puestos franceses de las huertas de Samaniego, como lo consiguieron á costa de algunas pérdidas, resultando gravemente heridos los oficiales de dicho cuerpo capitán D. Ginés Zamora y subteniente D. Carlos Villarejos; distinguéronse en dicha empresa, además del jefe y oficiales expresados, el teniente D. Juan Albelda. Abrió el sitiador la primera paralela, á 500 metros de la plaza, en la noche del 15 al 16 de junio, y queriendo los defensores retardar los trabajos, efectuaron otra salida en la tarde del 16 con fuerzas de *Voluntarios de Avila* al mando de su teniente coronel D. Antonio Vicente Fernández, hacia la izquierda de la trinchera: mas en guardia los franceses, rechazaron á los

(1) Sobresalió entre todos D. Julián Sánchez, quien escoltando al general inglés Crawford que había ido á la plaza á conferenciar con el gobernador, vióse amenazado por un grueso trozo de enemigos. Opinaba aquel por volverse prudentemente á Ciudad-Rodrigo; mas el jefe español disuadióle de tal pensamiento y acometiendo con gran arrojo á los franceses consiguió ahuyentarlos, llevando salvo á sus cuarteles al general británico. Dicho famoso guerrillero, antiguo oficial del regimiento de *Mallorca*, vivía antes tranquilamente en un pueblo cercano á Ciudad Rodrigo, cuando los franceses en sus correrías llegaron hasta allí y mataron á sus padres y á una hermana, atrocidad que juró vengar D. Julián Sánchez. Reunió por de pronto hasta 200 partidarios, todos montados, que se hicieron célebres á sus órdenes, de cuya tropa nombroé capitán el duque del Parque.

(2) Se componía de 50 piezas: diez cañones de á 24, siete de 16, doce de 12, once morteros, ocho obuses y dos pedreros. El número de disparos de dotación era de 700 por pieza.

nuestros, que no insistieron en su objeto, dedicándose ya tranquilamente el enemigo á la construcción de las baterías números I al VI, si bien con muchas bajas, y á adelantar sus trabajos hacia la plaza, por lo cual, no pudiendo D. Julián Sánchez seguir molestando al enemigo, salió con sus lanceros y se abrió paso con gran arrojó, atravesando las líneas francesas por el camino de Fuenteguinaldo para unirse á la división española de D. Martín de la Carrera. En la noche del 23 asaltaron los sitiadores el convento de Santa Cruz, cuya guarnición, compuesta de cien hombres de *Voluntarios de Avila* mandados por los capitanes D. Ildefonso Prieto y D. Angel Castellanos, se cubrió de gloria rechazando las reiteradas acometidas de los granaderos franceses. Estos prendieron fuego al edificio; mas los españoles, envueltos entre las llamas, siguieron defendiéndose heroicamente, y aquéllos tuvieron al fin que retirarse después de tres horas de encarnizada pelea, que les costó mucha sangre, pudiendo así los nuestros seguir impidiendo por aquella parte los aproches del enemigo, hasta la noche del 25, en que no siendo posible ya sostenerse en las humeantes ruinas del convento, las abandonaron al aproximarse 300 granaderos franceses para intentar un segundo ataque.

A las cuatro de la mañana del 25, las baterías sitiadoras rompieron el fuego sobre la plaza con 46 piezas, contestando la artillería de la defensa con tal energía y precisión, que la batería núm. VI fué pronto reducida al silencio, volados los repuestos de las IV y V que contenían 9.000 libras de pólvora, ocasionando gran número de víctimas, desmontadas muchas piezas, y los parapetos de las baterías todas muy maltratados. Reparados por la noche los desperfectos, continuó el fuego el 26 y los días sucesivos, consiguiendo los franceses destruir la escarpa del saliente NE. del recinto bajo y la muralla del alto junto á la torre del Rey, volar un repuesto de la plaza y poner fuego á muchos edificios, pero sin conseguir superioridad marcada sobre la artillería de los sitiados, que cambiando frecuentemente de lugar sus piezas ligeras, siguió causando grande estrago en las baterías enemigas y en sus sirvientes, retardando los trabajos por dirigir un fuego muy certero contra las cabezas de zapa. Por la noche fué atacado el convento de San Francisco por 300 granaderos escogidos de todos los cuerpos y un destacamento de zapadores; pero fueron recibidos con fuego tan vivo, que se desbandaron completamente, no siendo ya posible volverlos á reunir para dar el asalto. El bombardeo continuó sin interrupción día y noche lanzando los franceses sobre la ciudad de 60 á 70 bombas por hora.

Creyendo el 28 el mariscal Ney amedrantados ya los defensores con la apertura de la brecha, hizo otra intimación al gobernador, bastante amenazadora, á nombre del mariscal Massena, que fué despreciada como

las anteriores, aprovechando los españoles las tres horas que duró la suspensión del fuego en levantar un parapeto de sacos de tierra en lo alto de la brecha, desescombrar el pie de la escarpa y reparar las baterías. Dicha negativa causó general asombro en el ejército francés, admirando todos la entereza de ánimo de los sitiados en presencia de 50.000 enemigos, y así fué preciso continuar los trabajos, avanzando hacia la plaza con gran dificultad y pérdidas, teniéndolos que suspender á menudo por el terrible estrago que causaban los cañones de la artillería española, admirablemente dirigida y servida (1). La lentitud del ataque produjo vivas discusiones entre los oficiales de artillería é ingenieros del ejército sitiador, que se recriminaban mutuamente, y poco satisfecho el mariscal Massena de la marcha del sitio, encargó la dirección de las operaciones del mismo á los comandantes de artillería é ingenieros general Eblé y coronel Valazé, jefes superiores de dichos cuerpos en el ejército de Portugal, en lugar de los del VI cuerpo.

Impresa mayor actividad á los trabajos con arreglo al nuevo plan acordado, continuó la lucha de artillería, produciendo una bomba de la plaza la voladura del repuesto de la batería núm. III, y otra el de la número VII, á la hora de romper el fuego contra el convento de San Francisco, quedando reducida al silencio. El enemigo, dueño al fin de este edificio y de todo el arrabal, que abandonaron los españoles para concentrar sus fuerzas en el frente atacado, pudo acercarse á la plaza, terminar la segunda paralela y construir nuevas baterías: la núm. X para perfeccionar la brecha, la núm. XI de enfilada y la núm. XII de morteros; al mismo tiempo se fortificaban los sitiadores en el arrabal de San Francisco, cuyos trabajos maltrataron bastante los defensores el día 5 de julio, en una salida á cargo de los capitanes D. Miguel Guzman y D. José Robledo, y los minadores franceses abrían una galería para derribar la contraescarpa del foso del recinto bajo, conteniéndolos largo tiempo en su empresa nuestros ingenieros, bien dirigidos por el teniente coronel D. Nicolás Verdejo, que fué herido. Las nuevas baterías, secundadas por las que no se habían desarmado, rompieron el fuego á las cuatro de la mañana del 9, ensanchando la brecha en una extensión de 30 á 40 metros, tanto en el recinto alto como en el bajo, si bien quedaron desmontadas por los proyectiles de los sitiados tres piezas de la batería núm. X, que sufrió bastantes desperfectos; y hecha practicable aquella en la mañana del 10, además de destruir la artillería enemiga la estacada y también el parapeto de sacos de tierra levantado por los españoles durante la noche en lo alto de la brecha, se dispusieron los sitiadores para el asalto, diri-

(1) Carta de Massena del 30 de junio al príncipe Berthier.

giéndose las columnas de ataque, precedidas de sus músicas, al pie de la brecha, por la que treparon animosos tres valientes soldados con el encargo de reconocerla (1). En aquel momento, las seis de la tarde, enarbolaron los sitiados bandera de parlamento, manifestando el gobernador que se hallaba dispuesto á capitular. Invitado Herrasti á conferenciar con el mariscal Ney, que le esperaba en persona al pie de la brecha, bajó por ella hasta el encuentro del jefe de los sitiadores, quien se apresuró á estrechar la mano del venerable militar con las mayores demostraciones de respeto, felicitándole por su bella defensa, y concediendo desde luego una capitulación honrosa: los oficiales conservarían sus espadas, caballos y equipajes, y los soldados sus mochilas, quedando unos y otros prisioneros de guerra; los habitantes debían ser respetados.

Los franceses, al tomar posesión de la plaza, quedaron admirados del imponente espectáculo que ésta presentaba, pues toda la parte de la ciudad expuesta al ataque no era más que un montón de escombros, y el resto de ella estaba también ruinoso, sin que hubiese una sola casa intacta; estrago tal había sido producido por más de 24.000 balas de cañón y 15.000 bombas y granadas. Su artillería consumió además 61.000 kilogramos de pólvora, y los ingenieros 22.700 sacos terreros, 597 salchichones y 2.615 cestones. Las pérdidas del enemigo las hace subir Toreno á 3.000; pero los franceses, en sus documentos oficiales, no confiesan más que 53 bajas de oficiales y 1.177 de tropa, producidas en su mayor parte por la artillería, de cuya arma hubo seis oficiales muertos y nueve heridos con 257 bajas de artilleros; los ingenieros experimentaron la pérdida de diez oficiales y 50 zapadores muertos ó heridos, no quedando de los restantes uno sólo sin más ó menos contusiones. Los españoles, según la relación que hizo del sitio el mismo Herrasti, tuvieron 1.455 muertos ó heridos de la guarnición y más de 200 de los habitantes.

El ejército inglés, tan próximo á Ciudad-Rodrigo, no hizo la menor demostración en favor de la plaza sitiada, cuya brillante defensa resultó por lo tanto estéril; sin duda el caudillo británico no consideró prudente aventurar una batalla, de éxito dudoso, por ser los franceses superiores en número y más aguerridos.

Día 11.

712. Rendición de Mérida (GUERRA CON LOS MOROS).—A esta anti-

(1) Aquellos bravos llegaron á lo alto en algunos segundos, dispararon sus fusiles y levantando los morriones en alto dieron un estridente grito de ¡Vive l'Empereur!, descendiendo acto seguido aclamados por sus compatriotas. Se llamaban Thirion, Bombois y Billeret.

quísima ciudad cabe la gloria de haber sido la que más vigorosa y tenaz resistencia supo oponer á las huestes musulmanas que invadieron la Península en 711. Después de conquistar la Lusitania, lo que parece no les costó mucho trabajo, se presentó Muza delante de la plaza, y por la contestación altiva y enérgica que dieron los sitiados á la intimación de rendirse, comprendió desde luego que las fuerzas que llevaba eran insuficientes para acometer tal empresa, tomando por consiguiente la determinación de llamar á su hijo Abdelaziz, para que desde Tanja (Tánger) viniese en su ayuda con cuantas tropas pudiese reunir. Entre tanto se libraban diariamente combates, haciendo los defensores frecuentes salidas en las que iban pereciendo los mejores oficiales sarracenos, sin conseguir los sitiadores ventaja alguna, por lo cual, desesperado, Muza atrajo un día á los godos á una celada, sucumbiendo todos los que tomaron parte en la salida, después de siete horas de combate, que costó también la vida á muchos enemigos. Suceso tal facilitó á los árabes la conquista de una torre, si bien por breve tiempo, pues los españoles la asaltaron á los pocos días con tanto denuedo que la recuperaron, pasando á cuchillo á toda la guarnición y arrojando los cadáveres por la muralla, cuyo hecho hizo llamasen después los moros á dicha torre *Torre de los mártires*.

Presentóse al fin Abdelaziz en el campo enemigo con un refuerzo de 7.000 caballos y 5.000 ballesteros, y ya los sitiados se vieron reducidos bien pronto al último extremo, por empezar á sentir los rigores del hambre; así que, muy mermada ya la guarnición, entró en tratos con los sitiadores, y aunque bajo condiciones muy duras, se ajustó la capitulación, que cumplieron los árabes religiosamente, haciendo Muza su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712.

1708. **Sitio de Tortosa (GUERRA DE SUCESIÓN).**—Aunque al principiar dicho año hubo en Cataluña varios encuentros, así en el Ampurdán como en otros puntos, con suerte varia, no se llevó á cabo empresa de verdadera importancia hasta el sitio de Tortosa que empezó en la primavera el duque de Orleans, presentándose el 5 de junio frente á la plaza con un ejército de 25.000 hombres. Después de dicha conquista, que aseguraba la entrada de Cataluña por la parte meridional, debía reunirse Orleans con el duque de Noailles, el cual mientras tanto estaba encargado de dominar el Urgel (1), para poner cerco á Barcelona, El 11 abrieron los sitia-

(1) El duque de Noailles fué más desgraciado que su colega, pues al emprender Orleans el sitio de Tortosa, los franceses habían sido ya arrojados del Ampurdán por los generales conde de Ullefeld, príncipe Darmstad y Nebot, á cuyas órdenes

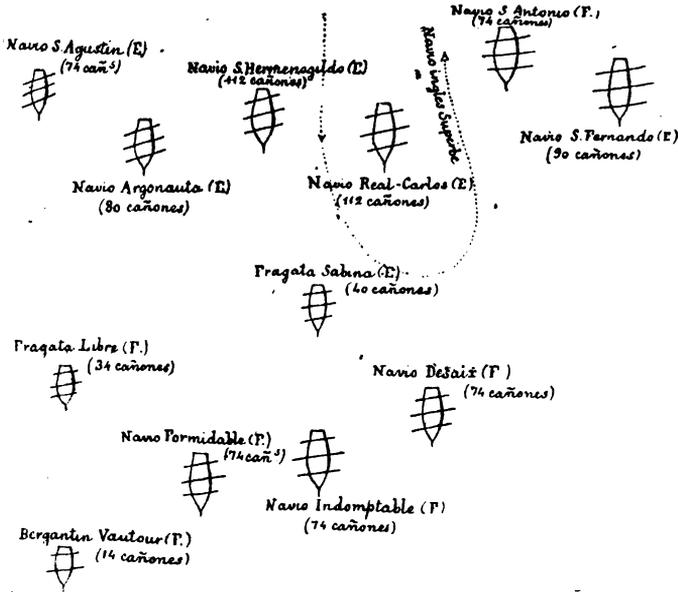
dores la trinchera y la construcción de baterías, empezando el 15 el bombardeo por la parte del Carmen, donde los sitiados habían hecho cortaduras y levantado también baterías que cubrían los puntos débiles del recinto, impidiendo así el avance y entrada de las tropas borbónicas en la ciudad. El 20 incendióse el convento del Carmen, lo que no impidió á los defensores hacer por la noche dos salidas para atacar las líneas de los sitiadores por ambos extremos de la trinchera, librándose una acción sangrienta y empeñada; más no fueron tan afortunados en la salida del día 30, rechazada con grandes pérdidas. Las operaciones del sitio prosiguieron así con gran trabajo y dilaciones, pues lo duro del terreno, en su mayor parte de roca, hacía preciso traer la tierra de lejos á costa de muchas bajas, llegando á ser tanto el estrago en la noche del 1.º de julio, que ya los soldados se negaron á trabajar, teniendo que hacerlo heroicamente los mismos oficiales, para dar ejemplo. El 9 de julio se dió el asalto al camino cubierto, operación que causó muchas víctimas á unos y á otros; más viendo después los sitiados que el conde de Staremborg con su ejército de alemanes no acudía en auxilio de la plaza, capitularon el 12 con pactos honrosísimos que luego no fueron observados por los vencedores. El 15 salió la guarnición de Tortosa con seis piezas de artillería, dos morteros, y los demás honores de la guerra, habiendo sido tan grandes sus pérdidas, que de trece batallones de tropas extranjeras y cuatro de catalanes que la constituían, apenas llegaban á 2.000 los que capitularon. Los sitiadores tuvieron también muchas bajas.

Distinguióse mucho en este sitio, militando en el ejército borbónico, el teniente general D. Antonio de Villarreal, que mandaba en la trinchera, y que más adelante fué uno de los defensores más acérrimos de los derechos del Archiduque.

Día 12.

1801. **Episodio naval.** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—La escuadra franco-española navegaba en la noche del 12 al 13 de julio desde Algeciras con rumbo á Cádiz formando la retaguardia cinco navíos españoles y uno francés. El almirante inglés Saumarez había salido de Gibraltar poco después que la escuadra combinada, con cinco navíos y varias fragatas y buques menores, siguiendo á aquella como á una ó dos leguas de distancia, y aprovechando la profunda oscuridad que reinaba, ordenó al *Superbe*, navío sumamente velero, se adelantase para molestar la retaguardia de sus contrarios. Hizolo así dicho buque, apagando sus luces, y forzando la marcha, llegó con una audacia sin igual á colocarse como á las diez de la noche entre los navíos de tres puentes *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, de 112 cañones cada uno, que formaban el centro de la retaguardia. En tal situación, descargó el brillaron y se distinguieron los caudillos catalanes coronel Ferriol, comandante Nogués y capitán Ferrer.

Superbe una andanada por cada una de las bandas de babor y estribor, dando después una fuerte orzada para atravesarse y no sufrir la contestación y siguió maniobrando con celeridad suma para incorporarse á su escuadra. Los dos navíos españoles rompieron entonces el fuego uno sobre otro haciéndose grande daño y no tardaron en abordarse mutuamente, conociendo entonces su lamentable y desastrosa equivocación, aunque demasiado tarde, pues habiéndose prendido fuego en la popa del *Real Carlos*, se había comunicado ya el incendio al *San Hermenegildo* y no



Julio 12.—Episodio Naval.

pudiendo dominarlo volaron ambos navíos con estrépito espantoso uno en pos de otro, sepultándose con ellos más de 2.000 españoles en el fondo del mar. El teniente general D. Juan Joaquín Moreno y el contra-almirante francés Linois presenciaron desde la fragata *Sabina* catástrofe tan horrenda sin saber quienes eran los amigos ó enemigos, hasta que la claridad del día les puso de manifiesto el rigor de tanta desdicha. El navío francés *Saint Antoine*, que marchaba también en la retaguardia, fué apresado por los ingleses después de un corto combate.

Percieron en aquella aciaga noche el capitán de navío, comandante del *Real Carlos* **D. José Esquerro** y el de la misma graduación, **D. Manuel Empanán**, que mandaba el *San Hermenegildo*: ambos eran oficiales distinguidísimos, merecedores de mejor suerte y de un fin más glorioso. Del *Real Carlos* se salvaron en una falúa unos 40 hombres con el guardia marina D. Manuel Fernández Flores, que llegaron á Cádiz en la tarde del 13 medio desnudos y rendidos por el hambre, sed y fatigas consiguientes á su desesperada situación, y otros seis ó siete marineros

en el chinchorro del propio navío, los cuales cogieron del agua al segundo comandante del *San Hermenegildo* D. Francisco Vizcarrondo. El patrón de la falda del *Real Carlos*, asido á un palo, fué arrastrado por las corrientes hasta las playas de Tángier.

1836. **Segunda expedición de D. Basilio** (GUERRA CIVIL) (1).—

Compuesta la columna expedicionaria por dos batallones, uno de Castilla y el 2.º de Navarra, un escuadrón de lanceros mandado por el coronel Osma y un pequeño cuadro de oficiales de caballería á las órdenes del brigadier Gutiérrez de Quijano, salió á las seis de la tarde del 12 de julio de Piedramillera, y por Los-Arcos fué á pasar el Ebro por el vado de Agoncillo, tomando luego la dirección de Soria, en cuya capital entró D. Basilio el 16. Allí se le unieron 800 mozos y gran número de nacionales, y antes de anochechar abandonaron los carlistas la ciudad, dirigiéndose por Villaverde, San Leonardo y Huerta del Rey á Peñaranda de Duero á donde llegaron en la madrugada del 20; mas teniendo noticia de que el general Azpiroz estaba en Aranda, tres leguas distante, continuaron hacia Riaza, habiendo hecho en dicho día una jornada de nueve leguas sin el más ligero descanso, y el 22 hasta Sepúlveda, aproximándose por la tarde á pocas leguas del real sitio de San Ildefonso, residencia entonces de la corte, en la que infundió algún temor, y retrocedió después á Peñañel, Roa y Tejada, yendo el 26 á Silos con ánimo de pernoctar en Arauzo. Don Basilio tuvo la fortuna de derrotar por completo en dicho pueblo á una columna liberal, que había pasado allí en la noche, en el momento que salía á las cinco de la mañana del 27 en dirección de Salas de los Infantes, persiguiendo á los fugitivos hasta Huerta del Rey.

Con el triunfo conseguido descansaron tranquilos los carlistas al abrigo de la sierra hasta el 20 de agosto en que sorprendieron otra columna en Maranchón, pueblo situado en la carretera de Guadalajara á Zaragoza; así que, las demás columnas que perseguían á D. Basilio, temiendo algún encuentro desgraciado, esquivaban todo choque dejando que el enemigo campase por sus respetos en Borjá, Tarazona, Agreda y otras poblaciones importantes, cuyos nacionales entregaban las armas sin resistencia; y como sus filas iban nutriéndose con numerosos partidarios, pudo organizar dos nuevos batallones y otros dos escuadrones, duplicando de este modo la fuerza con que había salido de Navarra. Tomando otra vez la dirección de Riaza con el objeto de sorprender una columna enemiga,

(1) La primera tuvo lugar en 1834 y carece de importancia. D. Basilio Antonio García, era conocido generalmente solo por *D. Basilio*.

tuvo esta la suerte de salir dos horas antes de la llegada de los carlistas, y ya en disidencia D. Basilio con su segundo D. Juan Manuel Balmaseda, que opinaba fundadamente era preferible á toda otra operación sorprender la Granja y apoderarse si era posible de la reina Doña Cristina, optó el primero, más prudente, por regresar á la provincia de Soria, como lo verificó, y luego á Tarazona, desde donde regresó la expedición sin contratiempo alguno á Navarra con bastantes prisioneros é inmenso botín, cubierta siempre la retaguardia por Balmaseda.

Día 13.

1558. **Batalla de Gravelines** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la toma de Calais y de Thionville por los franceses, el mariscal de Termes invadió los Países-Bajos, y apoderándose de Dunkerque por asalto, se dirigió contra la plaza de Neuport. Exasperado el duque de Saboya con los triunfos del enemigo, juntó á toda prisa 15,000 infantes y 3,000 jinetes, cuyo mando encomendó al conde de Egmont, gobernador de la provincia invadida, para que tratase de contener los progresos de Termes. Al tener éste noticia de la aproximación del ejército español, no inferior al suyo ni en el número ni en la calidad de las tropas, intentó emprender un movimiento retrógado; pero Egmont, lleno de ardimiento, dejó atrás la artillería y toda la impedimenta, y por medio de una marcha casi fabulosa logró alcanzar á su adversario. Obligado de este modo á aceptar la batalla, el general francés estableció su ejército en un ángulo que forma el río Aa con el mar, protegiendo el centro, que era la parte más débil, con la artillería; posición muy comprometida y peligrosa, pues en caso de desgracia la retirada se hacía muy difícil, sino imposible; quizás la premura de las circunstancias no permitió al caudillo francés escoger mejores posiciones.

La caballería de Egmont recibió el encargo de apoderarse de las baterías enemigas para abrir paso por el centro á la infantería. Salieron á su encuentro los escuadrones de Termes, y con una carga impetuosa obligaron á nuestros jinetes á retirarse en desorden; pero llenos de imprudente ardor, siguieron avanzando hasta perder completamente el apoyo de su infantería. No pasó desapercibida dicha falta por el caudillo español, que había logrado rehacer ya sus escuadrones, y queriendo sacar partido de ella, los arenga, les infunde su denuedo, y poniéndose á su frente, carga valerosísimo, precipitándose con el ímpetu de irresistible alud sobre los caballos franceses, los cuales, comprendiendo entonces, ya tarde, la imprudencia cometida, fueron arrollados y comprimidos por una hábil maniobra del bizarro Egmont contra la infantería española,

cuyos arcabuceros, saltando por encima de los carros que en dos líneas cerraban la izquierda de la línea enemiga, se habían interpuesto, cifiendo con un círculo de fuego el flanco de la infantería contraria y la retaguardia de la caballería. En ocasión tan crítica, presentóse oportunamente en la embocadura del río la escuadra inglesa, que se había apercebido del estruendo del combate, y disparó su artillería sobre el campo enemigo, aumentando la confusión de la derrota y el terror de las huestes francesas, que acosadas por todos lados no pensaban ya más que en salvarse, abandonando precipitadamente y en el mayor desorden el lugar de pelea tan desastrosa, convertido desde aquel momento en teatro de la carnicería más horrible, acuchillados los míseros fugitivos por la caballería española. El desgraciado Termes, más cuidadoso de su honor que de su vida, se defendía entretanto denodadamente con heroico empeño, rodeado de unos pocos valientes, que fueron al fin envueltos y despedazados por la multitud de enemigos que les acometían, cayendo aquél herido y prisionero. De 15.000 hombres que componían el ejército francés, sólo pudieron salvarse unos 300; los demás quedaron tendidos en el campo ó prisioneros, costando á los españoles tan brillante victoria la pérdida de 400 muertos y 1.000 heridos.

1648. **Pérdida de Tortosa (GUERRA DE CATALUÑA).**—Encargado el mariscal Schomberg del mando de Cataluña por el rey Luis XIV, pasó á activar el sitio de Tortosa que había emprendido el general Marsin, presentándose el 14 de junio frente á los muros de la plaza. Esta no pudo ser batida en brecha hasta el 10 de julio, por haberlo impedido las continuas salidas de los sitiados; y el 13 subieron al asalto del fuerte del puente, por tres distintos puntos, el tercio de catalanes de Mostarós, el tercio de suizos al servicio de Francia, y el de franceses de Champagne, penetrando acto seguido el mismo día en la ciudad, en cuyo recinto se había abierto también brecha. El castillo de la Zuda, donde se habían retirado los restos de la guarnición, se rindió el día siguiente sin condiciones, temiendo las consecuencias del asalto.

1812. **Episodio del levantamiento y separación de Méjico.**—Las tropas realistas al mando de D. José María de Regules se hallaban empeñadas en el sitio de Huajuapán, cuya ciudad trató de socorrer el cura Morelos con fuerzas superiores en número. El caudillo de los insurgentes hizo adelantarse primero á D. Miguel Bravo para que cargase sobre los sitiadores por la parte Norte, donde está el cerro llamado del Calvario, que ocupaba el comandante D. Juan José Caldelas; mas este

cargó tan resueltamente sobre el enemigo que lo desbarató, le quitó dos cañones que llevaba y le obligó á retirarse. Ya antes, el 17 de mayo, había derrotado aquel bizarro jefe á los curas Sánchez y Tapia que con bastante gente y nueve cañones trataban de introducir un convoy de víveres en la plaza, habiendo hecho Caldelas emboscar á sus negros costefios en un palmar desde donde se arrojaron de sorpresa sobre los independientes, que fueron batidos por completo, salvándose muy pocos, entre ellos Sánchez y Tapia, que escaparon á uña de caballo, dejando en poder de las tropas leales su artillería y los víveres que conducían. En vista del anterior fracaso, acometió Morelos con toda su gente á los sitiadores, al propio tiempo que los sitiados hacían una salida, cogiendo así á los realistas entre dos fuegos. Entonces el valiente **D. Juan José Caldelas**, exasperado por el desorden que se produjo entre los españoles, los cuales acosados por todas partes se defendían debilmente del enemigo, y achacando la culpa de la derrota á la mala dirección de su jefe, se dirigía con una pistola en la mano á dar muerte á Regules diciendo que lo había comprometido y abandonado; mas le rodearon los insurgentes y no queriendo rendirse lo mataron á lanzadas gritando hasta sus últimos alientos: ¡Viva España!

Día 14.

1535. **Toma del castillo de la Goleta (CONQUISTA DE TÚNEZ).**—Al comenzar el año 1535, los aprestos militares que hacía el emperador Carlos I, daban extraordinaria animación á la ciudad de Barcelona, señalada como punto de partida de la expedición destinada á la conquista de Túnez. Deseaba aquel monarca anonadar el poder del terrible corsario Barbaroja, que con su audacia y fortuna tenía aterradas las costas del Mediterráneo, y reponer además en dicho reino al destronado Muley-Hacén. Con dicho objeto, tan grato á todas las naciones cristianas de Europa, menos á Francia, constante rival y enemiga del Emperador, reuniéronse en el puerto de la capital de Cataluña gran número de naves que acudieron de todo el litoral de la Península, incluso de Portugal, de Cerdeña, Nápoles y Sicilia, de los Estados del Papa, de Flandes, de Malta, Génova y Mónaco y otras nacionalidades (1), descollando sobre todas, por su magnificencia, las galeras españolas, bellas y vistosas, enramadas de alto á bajo y llenas de flores, y adornada además la capitana, que montaba el célebre almirante Andrea Doria, príncipe de Melfi, con 24 banderas de brocado de oro, ostentando en el centro las armas imperiales.

El 3 de abril llegó Carlos I á Barcelona, ultimando los preparativos de la empresa, para la que fué al monasterio de Montserrat á implorar la protección de la Virgen, y á su regreso pasó muestra al ejército fuera de

(1) Solo Inglaterra, Francia y Venecia dejaron de contribuir á dicha memorable expedición.

la Puerta Nueva, asistiendo el 27 de mayo á la procesión del Corpus, en la que llevaba una vara del palio, y las otras el infante D. Luis de Portugal, el duque de Cardona y tres concellerses de la ciudad. Por fin, el 30 de mayo, después de oír misa el Emperador en Santa María del Mar, levó anclas la expedición é hizo rumbo á Cerdeña, incorporándose en Caller ó Cagliari otras naves con el marqués del Vasto, nombrado general de la hueste de tierra (1), y desde allí se puso en movimiento el 16 aquella poderosa escuadra, la mayor que hasta entonces había surcado los mares, pues contaba muy cerca de 500 velas y más de 30.000 combatientes de todas armas (17.000 españoles, 8.000 alemanes y 5.000 italianos) regidos por ilustres capitanes como Hernando de Alarcón, su yerno D. Pedro González de Mendoza, D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, D. Alfonso de Bazán, Antonio Doria, el portugués Antonio de Saldanha, D. García de Toledo, jefe de las galeras de Nápoles, D. Berenguer de Requesens, de las de Sicilia, D. Bernardino de Mendoza, el duque de Nájera, D. Alfonso de la Cueva, el marqués de Mondéjar, los condes de Benavente y de Niebla y otros distinguidos capitanes. La armada cristiana, dividida en tres cuerpos, yendo en vanguardia las naves portuguesas, en el centro el Emperador, y en la retaguardia D. Alvaro de Bazán se dirigió al golfo de Túnez; y después de una navegación rápida y feliz, tocó en la costa de Africa, desembarcando la expedición el 17 de junio en las inmediaciones de la antigua Cartago, entre cuyas ruinas se alojó el ejército, estableciendo sus reales en el llamado Campo Santo por haber muerto en él San Luis, rey de Francia. El día siguiente rompió ya el fuego la armada imperial contra la Goleta, ante cuyos muros se presentaron las tropas cristianas, atrincherándose y levantando varias baterías contra el castillo (2). No tardó en acudir Barbaroja, pues el 26, secundado por su numerosa artillería, emboscada en unos olivares, acometió él en persona con todo su ejército á los españoles, y costó gran trabajo rechazarle, no siendo de los que menos se distinguieron el Emperador, que, precedido de algunas compañías de caballos ligeros, y puesto al frente del lucido

(1) Antes de levar anclas, habiendo preguntado Andrea Doria el Emperador á quien encomendaba el cargo de capitán general de la armada, contestó Carlos I, señalando un crucifijo que cerca llevaba: *á este, cuyo alférez soy yo.*

(2) El fuerte llamado de la Goleta defendía la entrada del canal que comunica el lago conocido entonces por Estañó con el golfo de Túnez. Consistía en una grande y espaciosa torre, reforzada con otras obras exteriores: una extensa muralla de ladrillo y tierra al Norte y Occidente, un parapeto de sacos de lana y tierra al Mediodía, rebellines en los salientes y en los puntos más débiles y algunas baterías, ciñendo todo el recinto ancho y profundo foso inundado de agua del mar.

escuadrón de caballeros que formaban su escolta, cargó lanza en ristre al enemigo, ante cuyo ejemplo se rehicieron los cuerpos que se habían desordenado al principio del combate y obligaron á huir á los moros, cayendo toda la artillería de éstos en poder de los cristianos. Era ya el 14 cuando apertillado el muro por varias partes se lanzaron al asalto los soldados del César, que hubieron de retroceder contenidos por el heroico valor de los defensores; mas en el segundo ataque, exaltados por las voces del Emperador, lo arrollaron todo; y españoles, alemanes é italianos penetraron en la Goleta, pasando á cuchillo á los enemigos que quedaban de los 6.000 veteranos que habían defendido la fortaleza á las órdenes del judío Sinán. Los vencedores se hicieron dueños de un crecido número de piezas de artillería y de la escuadra que Barbaroja tenía en el Estafío formada por 42 galeras y 44 galeotas, con otras naves menores.

En la salida que llevaron á cabo los defensores el 23 de junio, atacando un reducto que guarnecían los italianos, murió el **conde del Sarno**, caudillo muy estimado del Emperador.

Episodio. — En el primer asalto, el alférez español **MARMOLEJO** llegó á plantar su bandera en el rebellín; pero rechazado el ataque, tuvo que retirarse, herido ya en el brazo derecho, por lo cual cogió la bandera entre los dientes empuñando la espada con la izquierda; y aunque una flecha enemiga le produjo una nueva herida en la espalda, no desmayó por esto, consiguiendo llegar á su campo sin fuerzas para sostenerse, pero con su gloriosa enseña.

En el segundo asalto, el alférez **Diego de Avila** fué el primero que clavó su bandera en los muros del castillo á costa de una muerte heroica, cuando estaba animando á grandes voces á sus soldados: fué uno de los que se cree hizo prisionero á Francisco I de Francia en Pavía. Es fama que los primeros soldados que entraron en la Goleta fueron **MIGUEL DE SALAS** y **ANDRÉS TORO**, ambos toledanos; y de la gente de las galeras **D. Álvaro de Bazán** y el príncipe de Salerno.

1573. **Sitio de Haarlem** (GUERRA DE FLANDES).—Dominada fácilmente la insurrección en las provincias valonas, el duque de Alba envió á su hijo **D. Fadrique de Toledo** á pacificar las del Norte. El ejército español se dirigió á Holanda, entró á viva fuerza en Naarden y en Sparendam (1), cuya guarnición y habitantes fueron pasados á cuchillo sin distinción alguna, y el 22 de diciembre de 1572 se puso frente á los muros de Haarlem. Cercada dicha ciudad por una antigua muralla de mampostería,

(1) En el reconocimiento de dicha plaza, una bala de cañón disparada por los rebeldes llevó el brazo izquierdo á **D. Rodrigo Zapata**.

flanqueada por torreones, tenía en los puntos más débiles baluartes y caballeros de trinchera, y delante de las puertas algunas obras exteriores, hechas con tierra y faginas; rodeábala un terreno pantanoso cruzado de canales, cuyos diques servían á la vez de caminos, con el lago llamado *mar de Haarlem*, desecado desde 1840, al Oriente, en comunicación con la ciudad por un canal, cuya entrada defendía el fuerte del Higo, y extensos y frondosos bosques al Occidente y Mediodía, pero á alguna distancia, de manera que dejaban despejados los alrededores de la plaza.

Las tropas realistas constaban de 36 banderas de infantería española, 22 de valones, 16 de alemanes, dos compañías de arcabuceros montados y 200 herreruelos, cuyas fuerzas se distribuyeron alrededor de Haarlem para establecer el bloqueo, operación sumamente difícil por las circunstancias antedichas. No tardaron el príncipe de Orange y Guillermo de Lumey en acudir desde Leyden en socorro de la ciudad con un convoy de víveres y de municiones; pero sorprendidos por los arcabuceros españoles, que cayeron repentinamente sobre el enemigo á favor de una densa niebla que se había levantado del mar de Haarlem, tuvo aquél que desistir de su intento y retirarse, abandonando parte del convoy. Tan fácil triunfo animó á D. Fadrique á probar un ataque á viva fuerza, contando no lo resistirían los sitiados, los cuales habían entablado al principio negociaciones para la entrega. Para ello plantó una batería de catorce cañones frente al rebellón y puerta de Santa Cruz, en que termina el dique ó camino que conduce á Sparendam, por donde los españoles pensaban dar la embestida. Abierta brecha en el rebellón, la compañía de D. Francisco de Vargas, del tercio de *Sicilia* (hoy regimiento de *África*), salvó con gran valor la considerable distancia que separaba la trinchera del foso de dicha obra, sobre el que echó el puente de toneles que á prevención llevaba, y fué á tantear si estaba practicable la brecha, tratando de penetrar en ella; desgraciadamente, la subida era muy dificultosa, y los haarlemeses se defendieron con bravura, causando bastantes pérdidas á los nuestros, en cuyo auxilio acudieron otras fuerzas de dicho tercio, con lo cual, agolpándose sobre el estrecho puente gran número de hombres, se hizo mayor el estrago, pues cayeron bastantes al agua, y perecieron otros muchos por el terrible y certero fuego que les hacían los sitiados desde la muralla, permaneciendo, no obstante, en dicho sitio hasta que acudió su maestro de campo D. Julián Romero y les ordenó retirarse, perdiendo él mismo el ojo izquierdo de un tiro de arcabuz. Quedaron allí 150 españoles muertos ó heridos, y cogidos éstos por el enemigo fueron ahorcados todos á la vista de los sitiadores.

Contratiempo tan desgraciado hizo más cauto á D. Fadrique, al paso que alentó á los sitiados en sus propósitos de resistirse á todo trance, fa-

voreciéndoles en ellos los crudos é intensos fríos, que helando la superficie de las aguas del lago y del canal, permitían llegar hasta la ciudad en trineos víveres, municiones y refuerzos, de los que los rebeldes acopiaban con tal objeto en Leyden, desde donde se dñrigan por tierra á Sassen, situada en la orilla del mar de Haarlem, mientras los españoles tenían cada día más dificultades para obastecerse de lo necesario, y aquella prolongada permanencia á la intemperie les ocasionaba muchas enfermedades. Continuaron, sin embargo, con la mayor actividad los trabajos del sitio, durante los cuales ocurrió un notable incidente (1); se adelantó la trinchera por el dique, en línea recta hacia el rebellín, desenfilándola de trecho en trecho con una especie de traveses hechos con caballetes y sacos de tierra; y llegando así al borde del foso se cegó éste, pudiendo ya los nuestros apoderarse de la obra, no sin encarnizada lucha, y plantar en ella la artillería, que se dedicó á batir la muralla, abriendo al poco tiempo una brecha considerable. Dispuesto un segundo asalto, se llevó á cabo el 31 de enero por los tercios españoles de D. Rodrigo y D. Hernando de Toledo, apoyados por los de Julián Romero y D. Gonzalo Bracamonte; mas los defensores volaron una mina, cuyos destructores efectos hicieron infructuosa la intrepidez de las columnas de ataque, teniendo que renunciar á su propósito, pues los sitiados descubrieron una nueva obra en forma de media luna, cuyos cuernos abrazaban todo el frente batido, acribillando desde ella á balazos á los sitiadores, por lo que hubo que levantar el rebellín á mucha mayor altura, produciéndose, sin embargo, pérdidas muy dolorosas como la del **señor de la Cressonniere**, teniente de capitán general de la artillería, la del célebre italiano **Bartolomé Campi** y otros capitanes distinguidos. Los sitiados, cada día con más alientos, seguían haciendo grandes remociones de tierra, trabajando hasta las mujeres, que no contentas con esto, habían organizado un escuadrón para alternar con los hombres en el peligroso servicio de la muralla.

(1) Los vecinos de Amsterdám, que se distinguieron siempre por su fidelidad, batieron á las tropas rebeldes que mandadas por Antonio Pictor se habían hecho fuertes en las ruinas de Naarden impidiendo el paso á los convoyes que se enviaban al campo de los españoles; y habiendo dado muerte á aquel, enviaron su cadáver al hijo del duque de Alba. Entonces los sitiadores lanzaron su cabeza dentro de Haarlem con este rótulo: *Ahí va la cabeza de Antonio Pictor, traidor que abrió las puertas de Mons á los enemigos del Rey*. Al día siguiente caían en los reales de don Fadrique once cabezas de españoles, con este cartel: *Ahí van esas cabezas á cambio de la de Pictor; diez con arreglo al impuesto del décimo: la restante en concepto de usura*.

A primeros de febrero empezó el deshielo, y comunicándose los rebeldes con la plaza por medio de palomas mensajeras, avisaban oportunamente el envío de socorros, mucho más fácil ahora por medio de grandes barcas que conducían hasta cañones de grueso calibre para destruir las baterías y trincheras de los sitiadores. Tantas contrariedades empezaron á desalentar á los españoles, incluso al mismo D. Fadrique, que dudando ya si levantar el sitio, consultó al duque de Alba; más la contestación de éste (1), con la promesa de refuerzos, le hizo redoblar sus trabajos, y como los holandeses habían botado al agua en el mar de Haarlem una verdadera escuadra que hacía imposible el bloqueo, ordenó el caudillo español al conde de Bossu, gobernador de la provincia, organizase en Amsterdam una flotilla para penetrar con ella en el golfo de Y, y rompiendo el dique que lo separa de dicho lago entrase en éste por la abertura practicada, todo lo cual se llevó á cabo con la mayor felicidad á pesar de haber tratado de impedirlo los rebeldes. Desde este momento, ni un solo día se dejó de pelear, los unos para penetrar en la plaza con socorros, los otros para impedirlo, hasta que, levantado el fuerte de la Goleta en la orilla del mar para que se cobijase la escuadra española, batida completamente la enemiga con pérdida de veintiún buques y tomado por fin el fuerte del Higo, frente al que y en la orilla opuesta se levantó el de la Higa, quedó Haarlem completamente bloqueada. Entonces empezó á dejarse sentir en la ciudad el hambre, crecieron los apuros de los sitiados, escaseando hasta la pólvora, y en vista de ello preparóse el príncipe de Orange para hacer una última y desesperada tentativa en favor de la plaza, avisando el 6 de julio por medio de palomas mensajeras sus propósitos, á los que debía coadyuvar aquella con una vigorosa salida, mientras la armada rebelde atacaba el fuerte del Higo para desorientar á los sitiadores: mas enterados éstos del intento por haber muerto un arcabucero una de dichas palomas, estuvieron sobre las armas toda la noche del 8, que era el día señalado, y cuando antes de amanecer, los enemigos, en número de 5,000 hombres, se adelantaban confiados hacia Haarlem, cayeron sobre ellos los españoles y en pocos momentos dieron cuenta de 1,500 rebeldes, que perecieron en el combate, quedando en su poder toda la artillería y la mayor parte de los carros del convoy.

La derrota del ejército de socorro quitó toda esperanza á los sitiados,

(1) Envióle á decir por D. Bernardino de Mendoza: que si alzaba el campo sin rendir la plaza no le tendría por hijo; que si moría en el asedio, iría él en persona á reemplazarle aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltasen los dos iría de España la duquesa su mujer para terminar lo que su hijo tenía tan pocos ánimos de hacer.

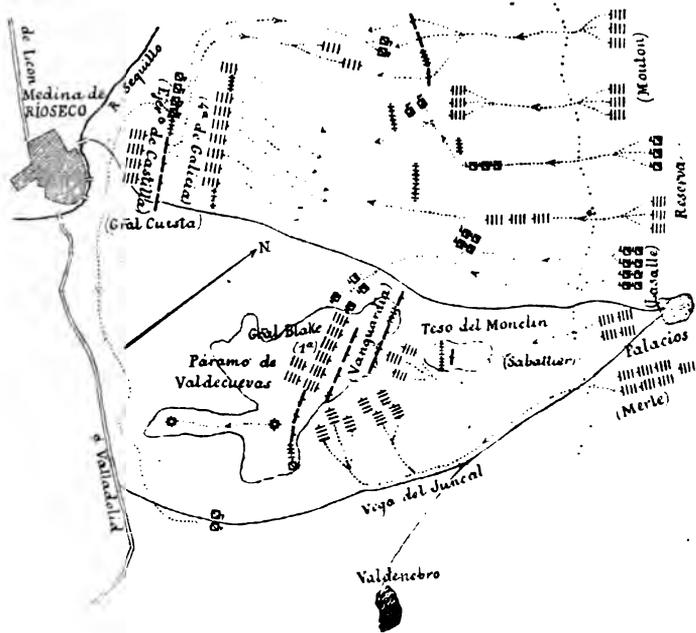
y temiendo la cólera de D. Fadrique, determinaron los valientes haarlmeses salir de la ciudad, abriéndose paso entre las líneas de los sitiadores; pero considerando, además de lo descabellado de la empresa, que dejaban expuestas sus mujeres é hijos á la terrible venganza de los españoles, prefirieron negociar la rendición implorando la clemencia del Rey. D. Fadrique prometió respetar vidas y haciendas mediante el pago de una crecida indemnización de guerra, exceptuando los soldados que, hechos prisioneros en Mons y en Zutphen, habían sido puestos en libertad bajo palabra de honor de no volver á hacer armas contra España, pues para ellos no había perdón. Los habitantes aceptaron el 12 de julio dichas condiciones, lo que dió lugar á una terrible y sangrienta colisión con los soldados no comprendidos en los tratos, y tomada posesión de la plaza, entró en ella el 14 el intrépido D. Fadrique de Toledo, duque de Huesca, á la cabeza de sus tropas, con banderas desplegadas y batiendo marcha los tambores y pífanos. Al día siguiente cumpliöse el inhumano castigo anunciado por D. Fadrique, pues fueron ahorcados más de 2,000 soldados valones, ingleses y franceses, sin distinción de clases ni de categorías.

Este memorable y largo sitio costó al ejército real las vidas de 4,000 hombres, habiendo perecido del enemigo, dentro de la ciudad ó en los intentos de socorro, más de 13,000 personas.

1808. Batalla de Rioseco (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Después de la dispersión que sufrieron las tropas del general Cuesta en Cabezón el 12 de junio, en cuyo mismo día entraron los franceses en Valladolid, se retiró aquel á Benavente donde reunió los dispersos, incorporándosele reclutas y voluntarios que se esmeró en instruir el teniente coronel don José de Zayas, componiendo el llamado ejército de Castilla con un total de 6,000 infantes y 560 caballos de la *Reina, Guardias de Corps y Carabineros Reales*, sin artillería alguna, pues las cuatro piezas salvadas del colegio de Segovia por sus oficiales y cadetes habían sido presa del enemigo en Cabezón. El anciano general español no había escarmentado con el fracaso anterior, y lleno de buen deseo, pero confiado en demasía, quiso volver á medir sus fuerzas con las de los franceses, haciendo para ello que se le incorporase el ejército que se estaba organizando en Galicia á las órdenes del general D. Joaquín Blake (1). Este obedeció de mala

(1) Sin haber ejercido nunca el empleo de mariscal de campo le había conferido la junta de Galicia el de teniente general para que se pusiese al frente de aquel ejército en susustución del general Filanzeri.

gana el acuerdo de la junta de aquel reino, y dejando en Manzanal la 2.^a división, fuerte de 6,000 hombres, á las órdenes de D. Rafael Marti- nengo, se encaminó el 5 de julio á Benavente donde quedó la 3.^a (4,400 hombres) mandada por el brigadier de marina D. Francisco Riquelme, siguiendo Blake el 10 camino de Valladolid con las divisiones 1.^a y 4.^a regidas por el jefe de escuadra D. Felipe de Jado Cagigal y el marqués de Portago, y la de vanguardia, organizada para la marcha y guiada por



Julio 14.—Batalla de Rioseco.

el brigadier conde de Maceda, coronel de *Zaragoza*, mientras Cuesta, que mandaba en jefe como más antiguo, se situaba con el ejército castellano en Medina de Rioseco para cubrir la marcha de su colega y observar las avenidas de Palencia, donde estaba el enemigo, debiendo continuar después por la carretera general á Valladolid. Más próxima ya á dicha capital la vanguardia gallega, Blake recibió aviso en la tarde del 13 de que el ejército francés amenazaba al ejército de Cuesta, todavía en Rioseco y en consecuencia se dirigió sin pérdida de tiempo hacia dicho punto.

En efecto; el mariscal Bessiéres, al saber en Burgos el movimiento de los españoles, pensó enseguida estorbar su marcha á Valladolid, donde

podían establecer sólidamente su base de operaciones, y con tal objeto salió de allí el 9, y con gran diligencia concentró sobre la marcha sus tropas camino de Rioseco, llegando al amanecer del 14 su vanguardia á la villa de Palacios, una legua distante. Su ejército se componía de cuatro divisiones, entre ellas la del general Mouton, recién llegada á la Península, cuyos soldados, todos veteranos, habían combatido en Friedland y Austerlitz, con una fuerza total de 12.000 infantes, 1.200 caballos y 32 piezas de artillería. El efectivo de las tropas españolas reunidas alrededor de Rioseco era de poco más de 21.000 infantes, 700 caballos y 20 piezas, 15.000 de Blake (1), cuyas fuerzas tomaron posiciones en la madrugada del 14, esperando á los franceses por el camino de Valladolid, desorientados los generales españoles por los reconocimientos dirigidos por el enemigo hacia aquella parte; y como á las cuatro de la mañana se supo positivamente que los imperiales avanzaban por la parte de Palacios de Campos, hubo que maniobrar de nuevo, situándose Blake á la derecha, en la meseta conocida por Páramo de Valdecuevas, con la vanguardia, la primera división y los *Voluntarios de Navarra*, que pertenecían á la tercera; y Cuesta con su ejército de Castilla y la cuarta división del de Galicia á la izquierda, bastante retrasado y distante, en la llanura inmediata á Rioseco, como si no tuviese que ver nada con su colega, sin duda por la poca armonía que entre ambos reinaba, y á cuya circunstancia se puede atribuir fundadamente la causa principal de la derrota que no tardó en suceder.

Massena, al llegar á Palacios, considerando muy superiores las fuerzas de los españoles, titubeó breves momentos si acometería á los nuestros; mas habiendo observado la extraña é inexplicable disposición de las tropas contrarias, decidió en el acto, como á las siete de la mañana, lanzar sus columnas al ataque, precedidas de una línea de tiradores de caballería que levantando densa nube de polvo cubriesen su movimiento. La división Merle se dirigió por la vega del Juncal contra el ejército de Blake á flanquear su derecha, y la brigada Sabathier á ocupar el teso de Monclín frente á aquél, mientras la división Mouton se encaminaba por la

(1) Tenía por ayudantes el teniente coronel D. Ramón Calvet, sargento mayor de ingenieros y el teniente coronel D. Juan Moscoso, capitán de artillería. En su ejército desempeñaba el cargo de mayor general el brigadier D. Manuel Fabro, cuyos ayudantes eran los capitanes D. José Maldonado y D. Joaquín Armendariz; el de comandante general de artillería el brigadier D. Juan Silva, con el coronel don José García de Paredes, de mayor general del arma; de ingenieros el brigadier don Juan B. Meric y teniente coronel D. José Falc, respectivamente; y de intendente el comisario ordenador D. Manuel de Michelena.

derecha hacia las posiciones de Cuesta, para tener á éste en jaque é interponerse entre los dos generales españoles. Acometida nuestra derecha por esta parte y por el centro, resistió denodadamente largo tiempo en el Páramo de Valdecuevas, dando algunos cuerpos de la división de vanguardia brillantes cargas á la bayoneta (1) é inutilizando los esfuerzos del enemigo para dominar aquella posición, secundados los valientes infantes por nuestra artillería, que despreciando el fuego de los cañones enemigos situados en el Monclín, cubría de metralla á las columnas francesas (2); mas como los escuadrones de cazadores del intrépido general Colbert, de la brigada Lassalle, consiguieron llegar por una quebrada á lo alto de la meseta, arrollando al batallón de la izquierda de la primera división, compuesto de gente bizofia, las tropas más avanzadas, al ver la confusión iniciada á sus espaldas, vacilaron en la defensa, y los imperiales lograron al fin llegar también al borde de la posición. Desde aquel instante se hizo general el desorden; y aunque el general Blake, levantando en alto la bandera de uno de los regimientos, contiene breves instantes á los soldados españoles auxiliado por otros heroicos jefes y oficiales, entre ellos los de su Estado Mayor D. Juan Moscoso, D. Antonio Burriel y D. José Maldonado, muere gloriosamente por la metralla enemiga el valeroso conde de Maceda (3), peleando en primera fila con su regimiento de *Zaragoza* y los batallones de granaderos (4), y acaban por ceder todos el

(1) De las dos compañías de granaderos de *Mallorca* murieron gloriosamente sus capitanes **D. Fernando Muñoz** y **D. José Fernández**, y el cadete **don Juan Gualberto Enriquez** que, habiendo quedado aislado, sucumbió lanzando piedras al enemigo después de quemar su último cartucho; resultó muy mal herido el teniente D. José Soler; y se distinguieron también por su valor el teniente don Fernando de Alcocer y el subteniente D. Rodrigo García del Busto en los que recayó el mando de cada una de dichas compañías.

(2) Como el escritor francés Foy dice que la artillería francesa era superior á la española en número y *calidad*, el ilustre general Gómez de Arteche, para rebatir su aserto, cita en su historia de esta guerra las palabras textuales del general Blake: *las piezas del Monclín hicieron un fuego poco acertado, y nuestra artillería, bien servida, contenía y causaba estrago á los enemigos; y las del historiador alemán Schepeler: la artillería española, servida perfectamente, y con un valor incomparable..... Los franceses tenían en esta batalla 30 piezas de artillería; los españoles tenían otras tantas y estuvieron mejor servidas.*

(3) **D. Baltasar Pardo de Figueroa y Sarmiento**, octavo conde de Maceda, marqués de Figueroa y de Atalaya, Grande de España de primera clase. Su espada se conserva en el Museo de Artillería (núm. 1.108.)

(4) Formados por las dos compañías de granaderos de cada uno de los regimientos de *Zaragoza*, *Mallorca*, *Aragón* y *Cerona*.

campo menos el incomparable batallón de infantería ligera *Voluntarios de Navarra*, guiado por su jefe el brigadier D. Gabriel de Mendizábal, cuyo cuerpo, formando el cuadro, alcanzó gloria inmarcesible conteniendo por sí solo el empuje del enemigo y retirándose después ordenadamente en cuanto lo hubieron efectuado todos los demás cuerpos (1); y aun así, fué necesario que acudiese á comunicarle personalmente la orden su mismo general en jefe.

La división Mouton había avanzado á la par que las demás del ejército enemigo, saliendo espontáneamente los guardias de Corps y los Carabineros reales al encuentro de los primeros batallones que aparecieron, con denuedo tal, que las avanzadas francesas, no pudiendo resistir el ímpetu de nuestros jinetes, fueron arrolladas y puestas en desorden, por lo que acudieron aceleradamente los escuadrones de húsares y cazadores de la reserva enemiga á contener el avance victorioso de los caballos de Cuesta y de los granaderos del ejército (2), que llenos de entusiasmo, cayeron al grito de *¡Viva el Rey!* sobre una batería francesa ya emplazada y cogieron cuatro cañones, recuperándolos momentos después los jinetes imperiales (3). Pero, dueña ya la división Merle de la meseta de Valdecuevas, no tardó en aparecer en su borde, amenazando flanquear y hasta envolver á las tropas de Cuesta, quien, viendo ya sobre sí á todo el ejército contrario, comprendió la temeridad de sostenerse más tiempo, dando en consecuencia la orden de retirada, que no molestaron mucho los franceses, entretenidos en el saqueo de Riosecó, donde cometieron toda clase de atrocidades. Las pérdidas de los españoles ascendieron próximamente á unos 1.000 muertos (4) y heridos, 158 prisioneros y más de 2.000 extraviados, además de trece cañones que cayeron en poder de los vencedores. Estos tuvieron unas 500 bajas, contando entre los muertos el general d'Armagnac y el coronel Picton, del 22° de cazadores.

(1) Experimentó la pérdida de 72 muertos y 58 heridos; solo un soldado cayó prisionero, y hubo 12 extraviados.

(2) Los componían las dos compañías del *Príncipe, Toledo, Navarra, Sevilla y Nápoles*.

(3) Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros **Escobedo y Chaperón**.

(4) Entre ellos el sargento mayor del provincial de *Santiago D. Manuel Quiroga y Cormide*; de *Barbastro* el capitán **D. Francisco Clemente**; el capitán **D. Domingo de la Vega** de *Sevilla*; el teniente de ingenieros **D. Luis Cacho Montenegro**, cuya compañía de zapadores se hizo notar por su denuedo en medio de la confusión de la derrota; el teniente coronel de artillería **D. Rafael de Hocés**, y el teniente de dicha arma **D. Martín de Castro**, acuchillado sobre las piezas de su batería.

Blake y Cuesta, más discordes y opuestos que nunca, tomaron el camino de Benavente, desde donde se dirigió el primero hacia el Bierzo para reunirse con las dos divisiones que había dejado en ambos puntos en previsión de un revés, y el segundo hacia León. El rey intruso, que el 9 de julio había pisado tierra de España y continuado á cortas jornadas hasta Burgos, supo allí el 16 la victoria conseguida por sus tropas, y pudo continuar ya satisfecha y desahogadamente su viaje, efectuando su entrada en Madrid el 20.

1873. **Defensa del fuerte de Estella** (GUERRA CARLISTA).—El 14 de julio, los carlistas, en crecido número, bajo el mando de Dorregaray, atacaron rudamente á Estella, cuya guarnición, compuesta de 300 hombres entre soldados y voluntarios, estaba distribuída entre el cuartel de San Francisco (1), convertido en fuerte principal, en una casa contigua á la iglesia de San Juan, la ermita de Santa Ana y el balcón de la casa de Modet, hasta cuyos puntos avanzados habían podido llegar los carlistas la noche anterior perforando las paredes de las casas, por lo cual sus defensores tuvieron que abandonarlos (EPISODIO I) refugiándose en San Francisco. El comandante militar, teniente coronel D. Francisco Sanz, contestó á la intimación de Dorregaray manifestando que se hallaba dispuesto él y toda la fuerza de su mando, á morir honrosamente antes que rendirse, y que no le arredraban los medios que pudiera emplear para apoderarse del fuerte, siendo también inútiles las lágrimas y lamentos de las familias del comandante militar, oficiales y otros defensores que acudieron á suplicar se rindieran aquellos, evitando una muerte segura (EPISODIO II). Visto el mal éxito de sus gestiones, atacaron los carlistas el fuerte, y no habiendo podido arrimar á él unos barracones ó blokaus blindados que se construyeron bajo la dirección del ingeniero Villar, se dispuso el enemigo á incendiar el fuerte con petróleo, invitando antes Dorregaray á los liberales para que pusiesen en seguridad los heridos y las mujeres, cuyo generoso ofrecimiento fué aceptado (2). Los sitiados aprovecharon la noche para aumentar las defensas del fuerte, abriendo profundas cortaduras en el patio principal; y continuando al día siguiente el ataque, ejecutaron los carlistas trabajos de mina y de zapa y blindaron unas bombas de incendio, con las que arrojaron petróleo sobre el

(1) Véase el croquis del 24 de agosto.

(2) Los heridos leyes no quisieron abandonar el fuerte, ni tampoco D.^a Pancracia Ibarra, esposa del capitán de voluntarios Cintora, la que prefirió correr la suerte de su marido, aun cuando estaba fuera su hija.

tambor del cuartel, consiguiendo prenderle fuego, que fué prontamente dominado por los defensores; en cambio, ardió la casa donde estaban las bombas, acribillando aquellos á los que las servían. Ante la heroica defensa que hacían los liberales, fueron impotentes todos los esfuerzos del enemigo, obligado á retirarse en la mañana del 16 al saber la proximidad de las columnas Portilla y Gardyne, aunque no tardó en presentarse de nuevo, pues al mes siguiente consiguió tomar posesión del fuerte (V. 24 DE AGOSTO).

Episodios.—I. Al retirarse, recordaron los liberales que habían quedado abandonados unos pedreros que artillaban el balcón de la casa de Modet, de los que servían para los festejos públicos; y no queriendo que aquellos sirviesen de trofeo á los carlistas, se lanzó el gobernador en medio de las balas, seguido de algunos soldados y voluntarios, cargando con uno un voluntario que cayó herido á la mitad del camino, con otro un corneta que cayó también al llegar á la puerta del fuerte, atravesados ambos muslos por un balazo, y el tercero el mismo gobernador que llegó sano y salvo al cuartel con el pedrero sobre sus hombros.

II. Estaban los bravos defensores tan resueltos á morir antes que entregarse, que al llegar la noche colocaron grandes pesos sobre 200 arrobas de pólvora que había en el almacén, después de vaciar por el suelo un cajón y comunicar los restantes unos con otros por medio de mechas, para asegurar la explosión y aumentar el estrago, quedando dentro del local, encerrado bajo llave, el cabo de voluntarios CELESTINO GARAMENDI con una mecha encendida, dispuesto á volar el fuerte á la señal acordada, lo que juró solemnemente á su capitán y al gobernador.

1875. **Episodio naval (GUERRA CARLISTA).**—Hallándose fondeado el vapor *Ferrolano* en la Concha de San Sebastián y dedicada la tripulación á cargar granadas de 12 centímetros, se incendió la espoleta de una de ellas. Instantáneamente, el alférez de navío, segundo comandante del buque, D. JOAQUÍN BARRIERE, demostrando gran valor y serenidad, cogió la granada y la arrojó al mar, evitando una catástrofe. Este hecho laudable fué recompensado con la cruz de San Fernando previo juicio contradictorio.

Día 15.

1582. **Sitio de Oudenarde (GUERRA DE FLANDES).**—Dicha plaza, situada sobre el Escalda, entre Gante y Tournay, había sido fortificada con mucho esmero por el francés Nuan, que la llamaba su *segunda Rochela*, y era tenida por inexpugnable, defendiéndola una guarnición numerosa y aguerrida. Estas circunstancias no arredraron á Alejandro Farnesio, que pensaba abrirse camino por aquella parte hacia la Flandes oriental, y con el objeto de disminuir las fuerzas que daban presidio á la

ciudad, fingió atacar la inmediata de Menín. Esta estratagema dió el resultado que se proponía, pues habiendo salido parte de las tropas de Oudenarde en auxilio de Menín, cayó de repente sobre ellas el general español y las acuchilló, haciendo prisioneros á los que pudieron escapar de la matanza, y sentó en seguida sus reales frente á la plaza. Abierta la trinchera y establecidas las baterías, se entabló la lucha de artillería, sostenida con gran denuedo por la de la plaza (EPISODIO I), consiguiendo la nuestra causar mucho daño en la ciudad y abrir un ancho portillo en el rebellín que cubría una de las puertas; mas como el foso se hallaba inundado, hubo que echar sobre él un puente, que resultó corto en el momento preciso de lanzarse las tropas desordenadamente por él al asalto, del que hubo en consecuencia que desistir, retirándose los sitiadores después de sufrir una pérdida considerable. En esto, un incidente muy desagradable (EPISODIO II) pudo malograr por completo la empresa comenzada; sólo al cabo de mes y medio, abiertas nuevas brechas, pidió la plaza capitular, queriendo evitar los horrores que se seguirían al asalto, inminente ya, y Farnesio accedió á ello, saliendo la guarnición el 15 de julio con las espadas ceñidas, pero sin banderas ni tambores.

Episodios.—I. Hallándose un día Alejandro Farnesio comiendo en medio del campo en sitio donde parecía no llegaban los proyectiles enemigos, sirviendo de mesa unos tambores, celebraba al mismo tiempo consejo de generales, y se encontraban sentados á su lado el maestre de campo general conde de Mansfeld, los demás maestres de campo, el auditor y otros jefes, cuando una bala de cañón de la plaza vino á caer en medio del grupo, llevando la cabeza á un capitán, hiriendo mortalmente á otros y salpicando de sangre los manjares. Todos cuantos estaban al rededor de Farnesio se levantaron despavoridos; mas él permaneció inmóvil y continuó comiendo con la mayor tranquilidad, á pesar de seguir los sitiados dirigiendo sus disparos á aquel punto en vista del buen resultado del primero.

II. Habiéndose amotinado el tercio viejo alemán reclamando dos pagas en vez de una que se repartía, acudió Farnesio ante el escuadrón, y viendo que dos soldados arrebataban la bandera al alférez y la arrojaban contra el suelo con furia preparándose los demás para hacer uso de las armas, abrióse paso con su espada por entre las picas, asió á uno de ellos por la gola y lo sacó arrastrando, disponiendo acto seguido fuese ahorcado con otros veinte soldados sacados por suerte.

En otra ocasión, como observase Farnesio que al hacerle honores una compañía, inclinando las lanzas, había colocado un soldado una bolsa en la punta de la suya, tiró el general de la espada y le descargó una recia cuchillada, que le abrió la cabeza, diciéndole: *aprende á inclinarme la lanza con más respeto y á no levantar bandera con este linaje de burlas*, mandando después sacarle de filas y ahorcarlo.

1616. Glorioso combate naval de Celidonia (GUERRA CON LOS

TURCOS).—El capitán D. Francisco de Ribera, natural de Toledo, recorría el Mediterráneo de orden del duque de Osuna, virrey de Nápoles, con una escuadra bien equipada, compuesta de los siguientes galeones: *Concepción*, capitana, de 52 cañones; *Almiranta*, de 34, al mando del alférez Serrano; nao *Buenaventura*, de 27, al del alférez Iñigo de Urquiza; nao *Carretina*, de 34, al del alférez Valmaseda; *San Juan Bautista*, de 30, al de D. Juan de Cereceda, y el patache *Santiago*, de 14, al del alférez Guzmán. Iban embarcados en ella mil mosqueteros españoles.

Habiendo hecho rumbo el 20 de junio de 1616 hacia la costa de Carmania, supo Ribera que había salido de Constantinopla la armada del turco, fuerte de 55 galeras, con más de 12.000 hombres entre genizaros, chusma y marinería. El valiente español, sin pensar tan siquiera en huir, lo que no habría sido deshonoroso ante fuerzas tan inmensamente superiores en número, se arrimó á la costa junto al cabo de Celidonia, y aunque parecía una temeridad el querer empeñar el combate, hizo en seguida ademán de atacar al enemigo en cuanto lo divisó, confiando en el valor y pericia de su gente, muy hábil en todas las maniobras de mar. Los turcos, como despreciando enemigo al parecer tan débil, enviaron contra él al principio sólo una parte de sus galeras; más viendo que se formalizaba la batalla con muy mal cariz para su causa, fueron empeñando sucesivamente todas las fuerzas restantes, pensando anonadar á los españoles y castigarlos duramente por su audacia, peleando con ánimo resuelto y con la seguridad de vengar en breve tiempo la afrenta recibida. Cien veces intentaron aquellos el abordaje, pero otras tantas fué eludido ó rechazado victoriosamente, y después de tres días de combate, que fueron el 14, 15 y 16 de julio, se vió el enemigo tan maltratado y con pérdida de muchas galeras con más de 1.200 genizaros y otros 2.000 de chusma y marinería, que se retiró vencido y humillado buscando un refugio en los puertos más próximos. Los heroicos españoles tenían 71 muertos y mayor número de heridos, pero salvaron sus seis buques aunque con grandes averías, casi destrozados, entrando con ellos en la bahía de Nápoles en medio de las aclamaciones del pueblo. Felipe III premió á todos por hecho tan distinguido, único quizás en la historia, y agració además á Ribera con el hábito de Santiago.

✓ 1837. **Batalla de Chiva** (GUERRA CIVIL).—El ex infante D. Carlos, después de pasar el Ebro con la expedición (V. 29 JUNIO), había llegado hasta el pueblo de Albalat, y rodeando luego la capital de Valencia, avanzaron sus tiradores hasta el arrabal de la calle de Murviedro, en el que dejaron algunos muertos y heridos, causados por las fuerzas de la

guarnición. No atreviéndose á atacar formalmente la ciudad del Turia, replegó sus fuerzas hacia Burjasot, donde sentó sus reales, hasta que por los movimientos del general Oraá se trasladó el 13 á Chiva, Cheste y Buñol, en cuyos pueblos se reunieron 15.000 infantes y 1.200 caballos entre las tropas procedentes del Norte, que no bajarían de 8.000 hombres, y dos divisiones de Aragón y Valencia al mando de Cabrera. El general Oraá, al saber en Teruel el paso del Ebro, pensó adelantarse á Murviedro para cerrar el paso al enemigo; pero las órdenes para la concentración de tropas no llegaron con tiempo á sus destinos, y pasada la oportunidad de aquel movimiento, el caudillo liberal tomó el camino de Liria, á donde llegó el 12, situándose el 14 sus fuerzas, que no pasaban de 10.500 infantes y 630 caballos (1), en Cuarte, Manises y Aldaya, desde cuyos puntos avanzó resueltamente á las tres y media de la madrugada del 15 sobre el ejército carlista, yendo en vanguardia Borso.

El enemigo, que no pensaba ser atacado tan pronto, tenía al principio establecida su línea de batalla entre Cheste y Chiva, cuyos pueblos formaban la izquierda y la derecha, con el centro en un bosque intermedio, hacia el cual se encaminó Borsó para cortar la línea carlista, é Iriarte debía marchar directamente á Cheste, permaneciendo Nogueras en observación de los sucesos que se desarrollasen. Mas antes de que terminaran el despliegue de las tropas liberales, los contrarios concentraron sus masas sobre Chiva y alturas inmediatas, ocupando la formidable posición de la Virgen del Castillo, á la derecha, y apoyando su izquierda en el bosque citado, de modo que la nueva línea tenía una dirección próximamente perpendicular á la carretera de Valencia, y Oraá tuvo que disponer también un cambio de frente á la izquierda, continuando Borso é Iriarte con igual cometido que antes, es decir: el primero encargado de atacar el centro enemigo, ahora en el pueblo de Chiva, y el segundo á contener su izquierda, apoyada en el bosque, obligando la nueva disposición de las tropas carlistas á echar mano de la división Nogueras para hacer frente á la derecha de aquellas, no quedando por lo tanto en reserva más que la caballería de línea, á retaguardia del centro, pues el batallón de *Ceuta* guardaba la impedimenta.

De tan expuesta manera comenzó la batalla, iniciada por las fuerzas de Borso, que, en marcha mesurada sobre Chiva, distinguieron una respetable masa de infantería carlista que desde el bosque, y protegida por tres escuadrones, se dirigía al pueblo presentando un flanco á los nues-

(1) Se componían de las divisiones Borso, Iriarte y Nogueras, de infantería, la brigada Amor, de caballería, el batallón de *Ceuta* á cargo del coronel Sánchez, una batería de montaña y la compañía de zapadores del capitán Carbonell.

tros. El brigadier Borsò supo aprovechar aquella ocasión lanzando contra el enemigo dos escuadrones ligeros, los cuales cayeron al aire de carga sobre los jinetes enemigos, que acometidos bruscamente volvieron grupas, y solos los infantes, fueron acuchillados y dispersos, dejando más de 150 prisioneros; pero esta misma ventaja puso en bastante apuro á la división, pues avanzando más de lo debido para apoyar á su caballería, quedó demasiado adelantada de las alas, y los contrarios, rehaciéndose con tropas de refresco, atacaron furiosamente á los batallones de Borsò, en los que se introdujo algún desorden, contenido afortunadamente á tiempo por la firmeza de nuestros jinetes, y el apoyo de un batallón de la *Princesa* que sereno y bizarro, acudió de la derecha enviado por Iriarte, restableciéndose el combáte de un modo favorable á las armas de la Reina.

La división Iriarte empeñaba también en tanto rudo combate por la izquierda carlista, cuya resuelta iniciativa contuvo en una brillante carga una columna formada con los batallones de *Borbón* y *Mallorca*, mandada por el coronel de aquel regimiento D. Pascual Churruga, de cuyo cuerpo murió gloriosamente el comandante **D. Andrés Herrera** (1).

Decidió la victoria el acertado movimiento envolvente que sobre la derecha carlista ordenó el general en jefe, llevado á cabo por la brigada Lebrón, compuesta de un batallón del *Rey*, otro de *Almansa* y el *Provincial de León*, de la división Nogueras, apoyando el movimiento de flanco dos batallones de *Soria* y un escuadrón ligero; y aunque aquella brigada se inclinó demasiado á la izquierda, el enemigo permaneció impasible, dejando realizar con gran fortuna dicha operación. La columna de cazadores dirigida por el comandante D. Pascual Sanz y el oficial de estado mayor D. Joaquín Alonso, atacó con ímpetu á la bayoneta á las fuerzas situadas en una altura delante de la ermita de la Virgen del Castillo, apoderándose sucesivamente de las dos, sostenida por toda la división y secundada por un ataque general del centro y derecha, con otro muy atrevido que hizo sobre el pueblo el batallón de la *Princesa* preparado por el certero fuego de la batería de montaña mandada por el teniente D. Cosme Teresa; y avanzando toda la línea como impulsada por una sola fuerza, quedaron en poder de los liberales las posiciones culminantes de la línea enemiga, así como el pueblo. Los carlistas quisieron extremar la resistencia en una altura de su derecha que defendían dos batallones alaveses, protegidos por seis escuadrones; pero habiendo des-

(1) Se distinguió en dicha carga, á la cabeza de la columna, la compañía de cazadores mandada por el capitán Carbonell, mereciendo que el general Orzá la llamase *muro de bronce*. Su capitán y oficiales fueron recompensados con la cruz de San Fernando.

plegado el batallón de *Almansa*, cargaron sobre la infantería carlista dos escuadrones, uno del *Rey* y otro del *6.º ligero*, mandados por D. Bernardo Fernández y D. José Foxá, y sostenidos por el *Provincial de León*, haciéndolo con tanto brío, que en un momento arrollaron y desbarataron á los alaveses, causándoles 60 ó 70 muertos, incluso el jefe que los mandaba, y cogiéndoles igual número de prisioneros. El enemigo se retiró ya con orden, defendiendo en su movimiento retrógrado las posiciones más ventajosas para protegerlo, y los liberales emprendieron la persecución, que duró hasta las cinco de la tarde y terminó sobre la sierra llamada de la Muela, cesando en ella por la proximidad de la noche y por estar los soldados exánimes de sed y de fatiga, pues llevaban peleando sin descanso desde las ocho de la mañana. En los últimos momentos del combate, el general Cabrera, ciego de despecho, se metió con sólo veinte hombres por entre las filas de las tropas de la Reina hiriendo y matando hasta que sació su furor. Las bajas de Oraá no llegaron á 600; las de los carlistas se aproximaron á 1.000 comprendidos 300 prisioneros, con un número considerable de desertores y pasados. Al general Oraá se le concedió por este hecho de armas, previo juicio contradictorio, la cruz laureada de San Fernando; y las Cortes decretaron que dicho general y los demás de su ejército, con todos los jefes, oficiales y tropa, habían merecido bien de la patria.

Don Carlos buscó refugio en lo quebrado de la sierra, retirándose á Sot de Chera, y el 16 por Domeño á Chelva, llegando el 30 á Cantavieja; el ejército liberal fué á descansar á Buñol, dos leguas distante de Chiva, de donde se retiraron á su aproximación 2.000 carlistas que al mando de Tallada no habían tomado parte en la batalla.

1856. **Jornada en las calles de Madrid.**—El cambio de gobierno ocurrido el 14 de julio de 1856, sucediendo al ministerio progresista presidido por D. Baldomero Espartero, el de la unión liberal, cuyo jefe era D. Leopoldo O'Donnell, hizo que toda la milicia nacional de Madrid, compuesta de unos 18.000 hombres, se alzase en armas contra la nueva situación, ocupando diferentes puntos de la capital, en los que levantaron barricadas. En la tarde del mismo día 14 se rompieron las hostilidades en la plaza de Santo Domingo y sus avenidas, pudiendo el batallón cazadores de *Madrid* ocupar fácilmente el Teatro Real, con lo que la plaza de Oriente quedó por el ejército, fiel, sin excepción alguna, al gobierno constituido.

El 15 se trabó sangrienta lucha. Organizadas las tropas en dos divisiones á las órdenes de los generales D. Francisco Serrano y D. Manuel

de la Concha, se situó el primero en el Prado y el último en la plaza de Palacio, desde cuyos puntos debían avanzar hacia la Puerta del Sol, cuidando el general Urbiztondo con la caballería de tener expeditas las afueras para conservar la comunicación entre ambas columnas. Tronó la artillería por una y otra parte; el combate se hizo general y se sostuvo con el mayor empeño en la plaza de Santo Domingo é inmediaciones del palacio de las Cortes, pugnando las tropas de Serrano para avanzar por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, en la que ocupaban los milicianos las casas de Medinaceli y Villahermosa, unidas por una barricada, teniendo otra en la primera de dichas calles á la altura del Café Suizo. Algunas baterías dirigían sus disparos sobre ellas desde el Tívoli, junto al Museo de Pinturas é iglesia de San Jerónimo, siendo el fuego tan nutrido, que, encargado D. Blas Pierrad del ataque de la plaza de las Cortes, cuatro piezas tan sólo arrojaron en menos de media hora sobre la misma 236 balas y granadas, con algunos botes de metralla; el batallón de cazadores de las *Navas* sostuvo también un vivo fuego de fusilería. Un armisticio puso término á la pelea por aquella parte, pudiendo ya las tropas avanzar por la tarde hasta la Puerta del Sol; pero la tranquilidad no se restableció por completo hasta el día siguiente, después de batir á los nacionales que ocupaban los barrios de Toledo, Lavapiés é inmediaciones de la plaza de Antón Martín.

Hubo muchas y muy sensibles bajas por una y otra parte, y pelearon todos con valor, habiéndose distinguido el regimiento de la *Princesa*, que peleó en las plazas de Palacio y Mayor, y la artillería (1), cuya 3.^a brigada montada (hoy 2.^o *divisionario*) ganó para su estandarte la tercera corbata de San Fernando, recibiendo también distinción tan honrosa el expresado regimiento.

El teniente de Estado-mayor D. MARCELO DE AZCÁRRAGA, en prácticas en el regimiento del *Príncipe*, fué comisionado en la tarde del 14 para

(1) *La artillería, dice el parte oficial del general Serrano, dirigida con mucho acierto, se ha conducido como debía esperarse de su indisputable mérito y bien adquirida reputación, contribuyendo poderosamente al feliz término de esta victoria, en la que le ha cabido una grande y gloriosa parte, sufriendo sensibles bajas, debidas al arrojo y valentía con que se ha conducido.* Murió en la refriega el capitán del Parque D. Bernardo Ferrer, y fueron heridos el teniente del 5.^o á pie D. Fernando Jorgana y Ojeda, que murió de sus resultas el 17, y los de la 3.^a brigada montada D. Emilio Escario y D. José Henestrosa, habiéndose distinguido de un modo notable en el ataque de la casa del duque de Medinaceli el teniente D. Luis Henestrosa que salió ileso milagrosamente, habiéndole roto las balas el sable y agujereado por varias partes los pantalones y la levita.

que con una pequeña columna fuese desde el Palacio de Buenavista al Parque de Artillería á buscar una batería de sitio, y para activar el desempeño de su cometido, se adelantó con gran riesgo de su vida á la fuerza que mandaba, pues al pasar por la calle de Leganitos, tuvo que sufrir el fuego que le hicieron los milicianos del 3.^{er} batallón de Ligeros, lo cual no le impidió seguir adelante y realizar su misión.

El general Espartero, aclamado por la milicia nacional, se mantuvo pasivo espectador de aquella triste lucha, retirándose después á Logroño, donde permaneció retraído absolutamente de la política durante el resto de su vida.

1874. **Defensa de Cuenca** (GUERRA CARLISTA).—En la noche del 12 de julio se presentó el ex-infante D. Alfonso á la vista de Cuenca, acompañado de su esposa D.^a María de las Nieves, conocida por D.^a Blanca en el ejército liberal, con siete batallones, una batería de montaña y 300 caballos; en total, unos 5.000 hombres. Asentada la ciudad en la falda del cerro de San Cristóbal junto á la confluencia de los ríos Júcar y Huecar que separa la parte vieja de la moderna llamada Carretería, no tenía más obras de defensa que restos de una antigua muralla y algunos muros aspillerados de bastante dominación sobre las afueras, y en el extremo más elevado las ruinas de la Inquisición, convertidas en castillo, pues por tal era también conocido; la Carretería estaba completamente abierta, teniendo las casas exteriores aspilleradas. Componían la guarnición cuatro compañías del batallón *Reserva de Toledo*, 160 caballos del regimiento de *España*, carabineros y guardia civil, y un destacamento de artilleros para servir cuatro piezas rayadas; en total, unos 600 soldados, y además un batallón de voluntarios de 400 plazas, del que solo tomaron parte en la defensa 150 individuos, los únicos que se presentaron al toque de llamada. Era gobernador militar de la plaza el brigadier D. José de la Iglesia.

Los carlistas se establecieron del modo siguiente: la brigada de Castilla, mandada por Villalain, en lo alto del cerro de San Cristóbal; en el del Socorro, la batería de montaña apoyada por un batallón; y el resto de las fuerzas frente á la Carretería, con destacamentos en el cerro del Rey de la Magestad y en el de Molina, y en la madrugada del 13 rompieron el fuego al oír el toque de diana. El teniente coronel de la *Reserva de Toledo*, D. Francisco de la Peña Arévalo, se defendió valientemente en la Carretería con 150 hombres, conteniendo algunas horas al enemigo; mas temiendo muy fundadamente fuesen aquellos cortados, ordenó el

brigadier se abandonase dicho barrio, pudiendo así reforzar la línea que se extiende desde la puerta de Madrid á la de Valencia, que mira á la Carretería, concretando la defensa á la ciudad vieja por la escasez de fuerzas. Los carlistas se apresuraron á ocupar aquella parte de la población hasta las casas de la orilla izquierda del Huecar, incluso el convento de la Concepción, en las que se hicieron fuertes para hostilizar desde allí á los defensores de la orilla derecha. A las siete de la tarde intimaron la rendición, contestando lacónicamente el gobernador que,



Julio 15.—Defensa de Cuenca.

como su deber era defenderse hasta el último extremo, estaba decidido á cumplir con él.

Continuó el fuego durante toda la noche, que aprovechó el enemigo para posesionarse del convento de San Pablo, y al amanecer del 14 dió un ataque general, rechazado valerosamente por los sitiados, cayendo muertos o heridos cuantos carlistas se lanzaron á atravesar el Huecar ó se arrimaron por la parte opuesta á las ruinas de la Inquisición, sin que pudiesen avanzar un paso en todo el día 14 á pesar de sus reiteradas tentativas, habiéndose limitado á establecerse bien en las casas de la margen izquierda de dicho río, el cual trataron de cruzar sigilosamente con gran audacia por la noche algunos zuavos por cerca de su desembocadura en el Júcar, para apoderarse de las últimas casas que dan sobre el mismo y atacar por la espalda á los defensores de la puerta de Madrid é Instituto; mas la vigilancia del comandante D. Emilio Carrero, que mandaba en aquella parte del recinto, hizo fuesen repelidos los carlistas.

Desalentados ya estos, opinaban algunos jefes por retirarse, cuan-

do llegó en la mañana del 15 Cúcala con otros seis batallones, y con fuerzas tan numerosas, dando órdenes muy severas para que se penetrase á todo trance en la ciudad, dispuso D. Alfonso un nuevo ataque, que dieron varias columnas. Entablóse entonces una lucha heroica, sosteniéndose bravamente los defensores, á pesar de llevar ya más de sesenta horas sin un momento de descanso; pero franqueada al enemigo la puerta falsa de una casa próxima á la del Postigo, se extendió por la calle de la Moneda y casas inmediatas, teniendo que batirse en retirada los soldados liberales que guardaban dicha puerta y la de Madrid. Disputando el terreno á palmos, fué replegándose el brigadier La Iglesia hacia San Felipe, muriendo gloriosamente, al llevarlo á cabo desde la puerta de Valencia, el teniente coronel **D. Francisco de la Peña**, y continuó allí la pelea, mientras se levantaba á toda prisa una barricada en la calle Mayor, al pie de la subida á la Diputación provincial, estableciendo una nueva línea, en cuyo punto y en la Correduría siguieron defendiéndose largo rato los liberales; mas entrando ya el enemigo por todas partes en la ciudad, hubo que retirarse por la Plaza Mayor y calle de San Pedro al castillo, del que sólo estaba fortificada la parte que da al campo, y tenía además obstruída la entrada con gran cantidad de materiales que no había lugar á retirar por la premura del tiempo; preciso fué, pues, pensar en rendirse, no siendo posible obtener una capitulación en regla, porque al tratar de hacerlo, á las tres de la tarde, se vieron los defensores completamente rodeados, quedando desde luego prisioneros de los carlistas que respetaron á sus valientes adversarios (1). La guarnición tuvo un centenar de bajas, debiendo de haber sido mucho más considerables las del enemigo. Este cometió muchos desmanes (2), vergonzosamente tolerados por sus jefes, y permaneció tranquilo en la ciudad hasta la mañana del 19, habiendo salido antes algunas fuerzas con la mayor parte de los prisioneros, que tuvieron los carlistas que abandonar el 21 en Salvacañete, donde fueron sorprendidos por la brigada López-Pinto. No fué tan afortunado el general Soria Santa-Cruz, quien habiéndose encargado el 16 por la noche en Honrubia, ocho leguas distante de Cuenca, del mando

(1) De tal modo se habían agotado las fuerzas de los quintos de la *Reserva de Toledo*, jóvenes de 19 á 20 años, que casi todos yacían tendidos en las calles cuando los carlistas se enseñorearon de la ciudad.

(2) El capitán de la *Reserva de Toledo* **D. Enrique Escobar**, que se encontraba en su casa indefenso y enfermo, recibió infinidad de estocadas y bayonetazos, y vivo aún le arrojaron aquellos salvajes por el balcón á la calle, donde le siguieron maltratando inhumanamente, hiriendo también á su madre, que quiso interponerse. El número de asesinatos cometidos durante su estancia en Cuenca asciende á 35.

de la división (unos 6,000 hombres, 400 caballos, una batería montada y otra de montaña) formada por las brigadas Araoz y Fajardo, que acudieron respectivamente desde Madrid y Valencia por la vía férrea desembarcando en la estación de Minaya, no le fué posible llegar á dicha capital, por la falta de confidencias ú otras causas, hasta la mañana del 19, momentos después de haberla desalojado los carlistas (1).

En la defensa de Cuenca se distinguió en primer término el comandante capitán de carabineros D. Ismael González (2); citándose en el parte oficial, además de los nombrados, los de igual clase D. Juan Ballesteros, de la Guardia civil; D. Segundo Alonso y D. Manuel de la Iglesia, de infantería; el alférez de carabineros D. Manuel Carmona, y el ayudante del mismo instituto D. Ramón Rabadán, con el sargento D. Juan Segura.

Día 16

1212. Batalla de las Navas de Tolosa. (GUERRA CON LOS MOROS).

—Después de la sangrienta derrota experimentada por las armas cristianas en Alarcos (V. 19 JULIO), el rey de Castilla Alfonso VIII, deseoso de vengar aquel desastre, imploró la protección del papa Inocencio III por medio del obispo de Segovia que fué á Roma con tal objeto, predicándose en dicha capital con toda solemnidad la santa cruzada el 23 de mayo de 1212, y haciendo un llamamiento á todas las naciones cristianas de Europa para contener la irrupción de los almohades, que con su emperador Mahomed-Ben-Yacub, y en número de 600,000, según algunos historiadores, habían invadido la Península, acudiendo desde Africa en auxilio del rey moro de Sevilla. Ante el peligro que corrían sus reinos respectivos, hicieron causa común Alfonso VIII de Castilla, Sancho IV de Navarra y Pedro II de Aragón, reuniendo sus huestes en Toledo, donde acudieron también hasta 2,000 caballeros cristianos de otras naciones con 50,000 infantes y 10,000 caballos.

Hechos los preparativos necesarios para asegurar la subsistencia de tanta gente, á cuyo objeto hubo que destinar 60.000 carros, y ordenadas legiones tan heterogéneas por todos conceptos, se puso en marcha el ejér-

(1) Instruído expediente, no resultaron cargos contra nadie, consignándose en él que su formación no perjudicaba el buen nombre militar del general Soria Santa Cruz.

(2) Además de ser siempre de los últimos en retirarse, cuando se trató de capitular, dijo: *póngase V. á la cabeza, mi brigadier; yo sostendré la retirada y salvémos por el campo.*

cito cristiano el 21 de junio, yendo la vanguardia, de la que formaban parte las tropas extranjeras, á cargo de D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya; detrás seguían dos cuerpos de ejército, por distinto camino, mandado el de la derecha por el rey de Castilla, cuyo pendón llevaba el alférez D. Alvar Núñez de Lara, escoltado por los caballeros de las Ordenes militares, al frente de los cuales iba su maestre respectivo: de San Juan, el prior D. Gutierre Armildez; de los templarios, D. Gonzalo ó don Gómez Ramírez; de Santiago, D. Pedro Arias de Toledo, y de Calatrava, D. Ruíz Díaz de Yanguas; acompañaban al Alfonso VIII el célebre historiador, arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez de Rada, los prelados de Palencia, Plasencia, Osma, Sigüenza y Avila, los hijos del conde D. Rodrigo Girón, ansiosos de vengar la muerte de su padre en Alarcos, el conde Fernán Núñez de Lara, D. Nuño Pérez de Guzmán, D. Suero Téllez y otros distinguidos caballeros. El cuerpo de la izquierda, á cargo del rey de Aragón, estaba formado por 30,000 infantes catalanes y aragoneses y 10,000 caballos, llevando el pendón real de San Jorge el alférez mayor D. Miguel de Luesia, acompañado aquel del arzobispo de Tarragona, obispo electo de Barcelona D. Berenguer, del de Tarazona don García Frontín, el conde de Ampurias, García Romeu, Jimeno Cornel, los condes del Rosellón, Guillén de Peralta, Aznar Pardo, Lope Ferrench de Luna, Artal de Foces, Pedro Maza, el vizconde de Cardona, Guerau de Cabrera, Guillén de Cervera, Berenguer de Peramola, Dalmau de Creixell y otros muchos representantes de nobles casas aragonesas y catalanas. Al frente de la retaguardia iban el infante de León D. Sancho Fernández con D. Gonzalo de Lara y D. Alvaro de Lara, alférez mayor del Rey y varios caballeros de Castilla, gallegos, asturianos, cántabros y portugueses. Al tercer día de marcha fué acometido y tomado el castillo de Malagón, cuyos defensores fueron pasados á cuchillo, librándose los de Calatrava de sufrir igual suerte por haber capitulado honrosamente su jefe Aben-Cadis, obteniendo vida y libertad para sí y los suyos (Episodio). La separación de las tropas extranjeras, que abandonaron el campo cristiano con el pretexto de no poder soportar los calores de la estación, no desalentó por esto á los cruzados á pesar de la disminución de fuerzas, y el ejército continuó la marcha, incorporándose en Alarcos la hueste navarra de Sancho IV, cuyo estandarte real llevaba D. Gómez Garcés de Agoncillo.

Al amanecer del 12 de julio llegaron los cristianos al puerto de Muradal, derrotando la vanguardia á un cuerpo de caballería musulmana que quiso estorbar el paso á los nuestros, y tomando posesión del castillo de Castro-Ferral, en donde se situó aquel cuerpo en observación del enemigo. Este guardaba con fuerzas numerosas el formidable paso de la sierra

llamada de la Losa; mas habiéndose presentado un pastor que ofreció á guiar el ejército por una vereda desconocida hasta el otro lado de la sierra sin que fuese visto de los moros, salieron D. Diego Lopez de Haro y D. García Romeu á explorar el terreno, adquiriendo la certeza de que efectivamente podía verificarse el paso como había dicho el pastor (1). El 14 desfiló el grueso del ejército por el camino indicado hacia la dilatada planicie de las Navas de Tolosa, manteniéndose la vanguardia en Castro-Ferral hasta que aquél hubo traspuesto la sierra, y entonces retrocedió para trasladarse al mismo punto. Extraordinaria fué la sorpresa de los musulmanes, al ver en la mañana del 15 establecidos los cristianos frente á sus reales, por lo que irritado el emperador Mohamed modificó apresuradamente su plan disponiendo las tropas, que no bajarían de 460.000 hombres, en forma de media luna, con una fuerte reserva mandada por él en persona, y quiso el mismo día acometer al ejército cristiano, el cual esquivó el combate por ser domingo, queriendo entregarse al descanso y prepararse religiosamente para tan solemne batalla.

Ordenó el ejército, colocando convenientemente los diferentes cuerpos, el valeroso catalán D. Dalmau de Creixell, natural del Ampurdán, con arreglo á la disposición siguiente: El ejército coaligado formaba en tres líneas, vanguardia, como antes á cargo de D. Diego Lopez de Haro, asistido de sus hijos D. Lope y D. Pedro y de sus sobrinos D. Sancho Fernández y D. Martín Muñoz (Núñez según otros), formando también parte de ella la caballería de las Ordenes militares; cuerpo de batalla, constituido por el rey de Navarra á la derecha, el de Aragón á la izquierda y D. Gonzalo Núñez en el centro; y retaguardia ó reserva regida por D. Alfonso VIII. Las huestes cristianas reunían un efectivo de 130.000 hombres.

Empeñó el combate nuestra vanguardia, avanzando con gran bizarría; pero rechazada la vez primera por considerable número de moros que salieron á su encuentro, cargó de nuevo reforzada por el centro y las alas, sosteniendo los infieles el choque con todas las fuerzas de su primera línea, que rechazó segunda vez á los cristianos. Entonces la caballería africana acometió también con mucha furia, siendo repelida á su vez por el rey de Castilla, el cual, uniéndose ya con la reserva á las tropas restantes, inclinó la victoria á favor de los cruzados, pues el enemigo comenzó á

(1) Este desapareció en seguida y no fué posible dar con él antes ni después de la batalla; y perdida por Alfonso VIII la esperanza de encontrarlo, no pudiendo recompensarle como merecía por el importante servicio prestado, mandó hacer una estatua que representaba á dicho pastor, disponiendo fuese colocada en una hornacina en el coro de la catedral de Toledo.

cejar, siendo su misma muchedumbre causa de su perdición, porque cejido por el hábil movimiento de sus contrarios, no pudo desenvolverse ni desplegar; y arrolladas y batidas las primeras filas, comunicaron el desorden á las demás, atropellándose unas á otras en la más espantosa confusión, pues pugnaban los unos para avanzar, los otros para huir, dando así lugar á sangrienta matanza. El terror de la morisma llegó á su colmo, degenerando el combate en horrible carnicería, al ver tremolar á retaguardia, en el campamento mismo del emperador, el estandarte de la cruz que había llevado hasta allí el valiente rey de Navarra, el cual viendo empeñados por su frente á los sectarios del profeta, halló medio de correrse por un flanco hasta el campo de Mohamed, saltando con su caballo la valla de picas que hincadas oblicuamente en el suelo defendían la posición, y rompiendo á hachazos las cadenas que las afianzaban, con objeto de abrir fácil paso á los suyos (1). El Miramamolín (así era llamado el caudillo de los africanos) tiró entonces el Korán, que estaba leyendo con la mayor tranquilidad, para huir á uña de caballo hacia Jaen seguido de los 10.000 negros de su guardia, muchos de los cuales perecieron miserablemente. Los atribulados sarracenos, dominados por el fatalismo oriental, se dejaban matar sin defenderse, elevándose según algunos historiadores á 200.000 el número de cadáveres de moros tendidos en el campo de batalla, no habiendo pasado de 25 á 30.000 hombres los que murieron del ejército cristiano (2).

Tres días después siguió este avanzando y tomó algunas plazas, entre ellas las de Baeza y de Ubeda, á cuyo adarve subió el primero el intrépido caballero aragonés D. Juan de Mallén. Los cruzados, entre los que habían empezado ya á cebarse las enfermedades, regresaron desde allí á sus naciones respectivas, entrando triunfalmente D. Alfonso VIII en Toledo por la Puerta del Sol.

La iglesia celebra esta gloriosa victoria el día de su aniversario con la fiesta del *Triunfo de la Santa Cruz*. En el real monasterio de las Huelgas de Burgos se conserva una de las banderas tomadas á los moros.

Episodio.—Las tropas extranjeras, que ya en Toledo atacaron el barrio de los judíos, degollando á algunos de aquellos infelices, pusieron ahora decidido empeño

(1) Momentos después llevaba á cabo igual hazaña, por el lado opuesto, el castellano D. Alvar Nuñez de Lara.

(2) Dícese que murió gloriosamente **D. Dalmau de Creixell**, y que los reyes cristianos, para honrar la memoria del ilustre caballero á quien en primer lugar se debía la victoria, llevaron ellos mismos en hombros su cadáver hasta el lugar de la sepultura. También murió á consecuencia de las heridas recibidas el maestre de los templarios **D. Gómez Ramírez**.

en que los defensores de Calatrava fuesen pasados á cuchillo, á pesar de la palabra empeñada en la capitulación, mostrándose dispuestos á hacerlo por si cuando saliesen aquellos de la plaza, en vista de la firmeza de Alfonso VIII; empero los reyes de Castilla y de Aragón, resueltos á repeler enérgicamente la fuerza con la fuerza, se pusieron personalmente al frente de las tropas que formaban la escolta de los vencidos, salvando así á estos desgraciados del fanático furor de sus implacables enemigos. Este hecho dió gran renombre á ambos monarcas, porque Aben-Cadis y sus soldados, al incorporarse al campo de los africanos, no se cansaban de referir lo ocurrido, encomiando largamente el valor y la generosidad de sus regios salvadores.

1656. **Batalla de Valenciennes** (GUERRA CON FRANCIA).—Habiendo emprendido los dos mariscales franceses Turena y La-Ferté, con 20.000 hombres, el sitio de Valenciennes, D. Juan de Austria, nombrado recientemente gobernador de Flandes, determinó socorrer la plaza en unión de Condé y del marqués de Caracena, y marchó resueltamente hacia ella, tomando sus medidas con tal sigilo y exactitud, que el enemigo no se apercebía de su marcha hasta que cayó audazmente sobre sus líneas, protegido por las sombras de la noche. Formaban en primera línea los españoles, detrás los valones y luego los franceses de Condé, arremetiendo unos y otros con tal brío, que todo lo arrollaron, y como el enemigo ocupaba ambas orillas del Escalda, y el gobernador de la plaza, prevenido oportunamente, levantó las esclusas, se anegó el campo de los sitiadores quedando absolutamente incomunicados La-Ferté y Turena, y nuestras tropas pudieron aniquilar al primero que cayó prisionero con 4.000 de los suyos, quedando muertos ó heridos otros 7.000; Turena tuvo que permanecer pasivo espectador de tan sangrienta derrota, sin poder remediarla ni menos socorrer á sus compañeros, acuchillados por los españoles ó ahogados en el río, emprendiendo después la retirada en buen orden hacia Quesnoy.

1823. **Episodio del levantamiento absolutista**.—Durante la defensa de la isla Gaditana contra los franceses del duque de Angulema, practicó un reconocimiento en dirección á Chiclana el coronel **D. Antonio Casano**, primer comandante (teniente-coronel) del tercer escuadrón de artillería, con 400 infantes y 50 caballos. Los franceses estaban atrincherados en Casablanca, y aún cuando acudieron en su auxilio fuerzas de caballería y artillería, lanzóse sobre ellos á la bayoneta con gran bravura; mas esta fué inútil, pues la pequeña columna tuvo que retroceder, dejando en el campo los muertos y heridos, entre los que se hallaba **Casano**, y para poder retirar los últimos fué preciso dar un segundo ataque, en el cual se distinguió el ayudante del escuadrón capitán **D. TOMÁS MURRÍETA**, á quien se debió poder

recoger al coronel, despojado ya de sus ropas, y en tal estado de gravedad, que falleció aquella misma tarde.

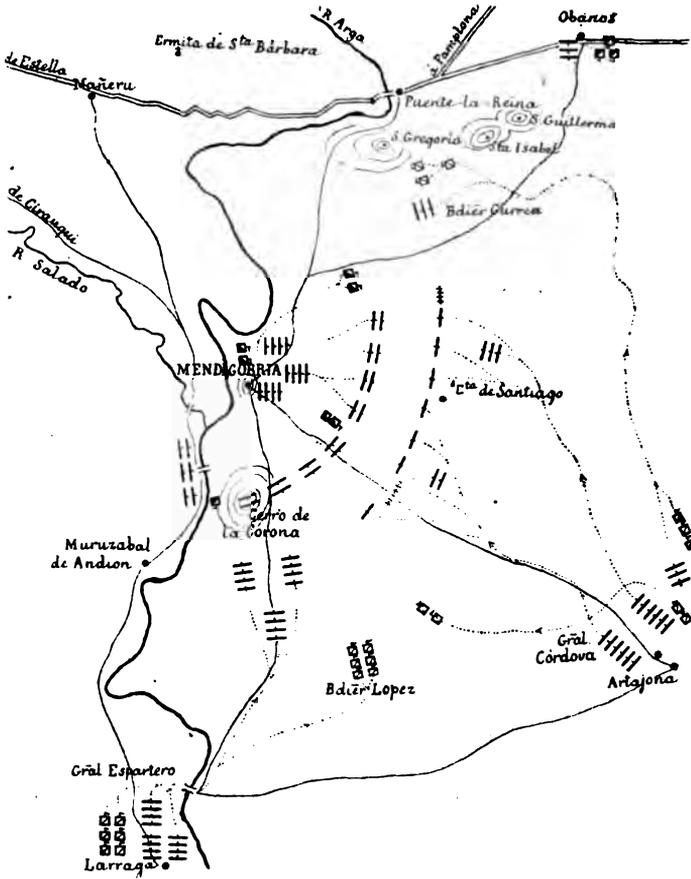
1835. **Batalla de Mendigorria** (GUERRA CIVIL).—El general en jefe carlista González Moreno, no habiendo podido impedir la marcha del ejército de Córdova desde Bilbao á Vitoria por la Peña de Orduña, ordenó á Eraso sitiarse á Puente la Reina, cuya guarnición, mandada por el brigadier San Just se defendió valerosamente (1) acudiendo en su auxilio el general Córdova desde Vitoria por Peñacerrada y Logroño, desde donde fué á pasar el Ebro por el puente de Lodosa, y pernoctó el 14 de julio en Larraga. González Moreno, instruído de estos movimientos, hizo levantar el sitio de Puente la Reina, y al día siguiente pasó el Arga tomando posiciones en los altos que dominan á Mendigorria, en cuya ciudad se estableció D. Carlos con el cuartel Real, extendiéndose el grueso de las tropas carlistas, formados los batallones en columna cerrada, con la derecha apoyada en el cerro de la Corona, la izquierda en las alturas que ciñen el camino de Puente la Reina, y el centro en la población, precedidos de una extensa línea de guerrillas. La división alavesa, al mando de Villarreal, permaneció en la orilla derecha defendiendo el puente, y Eraso en Obanos con tres batallones y tres escuadrones. Por vez primera presentaba el ejército de D. Carlos concentradas todas sus fuerzas para correr con ellas la suerte de una batalla decisiva, abrigando la esperanza de batar al ejército de la Reina, con lo cual quedaba franqueado el paso del Ebro y expedito el camino á Madrid.

El general Córdova, aceptando gozoso el combate, dejó en Larraga la división de Espartero y pasó sin vacilar el Arga, llevando su cuartel general á Artajona, donde, dudando si permanecería á la defensiva ó atacaría al enemigo, optó al fin por lo segundo, siguiendo la opinión de su jefe de estado mayor el veterano brigadier Oraa, que la fundaba en la defectuosa posición de su contrario, resuelto al parecer á empeñar la batalla con un río á su espalda, sin otra comunicación entre ambas orillas que un estrecho puente y algunos vados de difícil y peligroso paso.

En la madrugada del 16, las tropas liberales tomaron el rancho al toque de diana, y fueron á ocupar posesiones frente á las de los carlistas, formando la derecha el brigadier D. Manuel Gurrea, con tres batallones

(1) En una salida que hizo al frente de 150 hombres divididos en dos pelotones, cayó sobre la batería principal de los sitiadores, y cogidos de improviso los artilleros de D. Carlos, perecieron casi todos, entre ellos su comandante Reina, procedente del cuerpo de Artillería del ejército.

y 300 caballos, encargado de envolver la izquierda enemiga; el centro la división de la Guardia, mandada por D. Santiago Méndez Vigo, y otra brigada; y la izquierda el general Espartero, quien debía atacar el cerro



Julio 16.—Batalla de Mendigorría.

de la Corona con tres brigadas, dejando otra en reserva. La brigada de D. Froilán Méndez Vigo tenía el encargo de situarse convenientemente para contener á la brigada Eraso en Obanos; el grueso de la caballería, al mando del brigadier D. Narciso López, se estableció entre el centro y la izquierda, dominando los caminos de Artajona á Larraga y desde este punto á Mendigorría; y un batallón quedó en Artajona para custodiar el hospital de sangre, los bagajes y los caballos de los oficiales de

infantería. El bizarro general Córdova, que no tendría entonces más de treinticinco años, se presentó ante las tropas, las cuales le hicieron honores, electrizando á todos con su fácil y elocuente palabra, y á las doce de la mañana dió la orden de avanzar hacia el enemigo, cuyas guerrillas rompieron acto seguido el fuego. Las de los liberales iban adelantándose con la mayor confianza y decisión, cuando de pronto fueron cargadas por dos escuadrones de lanceros mandados por el bravo D. Tomás de Reina, que procedía de la Guardia real, produciéndose en ellas algún desorden; mas apoyadas por sus reservas se rehicieron pronto, y continuando el avance toda la línea, bien pronto vinieron á las manos unos y otros combatientes, que pelearon con gran entusiasmo por sus causas respectivas, ganosos de alcanzar la victoria; pero las masas carlistas, guardando una defensiva absoluta, é imposibilitadas de maniobrar, vieron obligadas á ceder, á pesar de sus heroicos esfuerzos, incluso las que defendían el formidable cerro de la Corona, embestido con mucho denuedo por las tropas de Espartero, al propio tiempo que el brigadier Gurrea traía de envolver la izquierda enemiga. Los contrarios, empujados y comprimidos sobre Mendigorria, pasaron atropelladamente por los vados y el puente á la opuesta orilla del Arga, conduciéndose el brigadier López de una manera inexplicable, pues permaneció impassible al frente de su numerosa caballería viendo huir al enemigo, y desperdiciando la ocasión que se le presentaba de hacer algunos miles de prisioneros. Don Carlos, que estaba comiendo muy tranquilo en Mendigorria, tuvo que montar á caballo precipitadamente, protegiendo su retirada el mismo González Moreno. Las tropas de la Reina intentaron varias veces forzar el paso del puente, defendido por Villarreal con la mayor bizarría, hasta que, en salvo ya el ejército, tomó el camino de Cirauqui, y escaseando las municiones, fué replegándose con orden, conteniendo á los victoriosos soldados de Córdova (1)

Estos, después del bello triunfo conseguido, dieron rienda suelta á su entusiasmo, que rayó en frenesí, pues salían de filas al avistar al general para vitorearle y hasta besarle, devolviendo Córdova, profundamente conmovido, estas muestras de cariño con oportunas y expresivas palabras que aumentaban la locura de aquellos veteranos. Todos rivalizaron en denuedo y valor: el general Espartero, agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica; los brigadieres Tello, Oraá y barones de Meer y del Solar de

(1) Un piquete de lanceros carlistas que salieron oportunamente de unas viñas, contuvo algún tiempo la persecución hasta que dispuso Córdova saliesen contra ellos sus ayudantes de campo y otros oficiales en número de diez ó doce, retirándose entonces aquellos soldados enemigos que tan valientemente habían peleado.

Espinosa, promovidos al empleo inmediato; Bernuy, Rivero, Mendez-Vigo, Correa, Buerens, etc.; D. Evaristo San Miguel, al frente del 1.º y 4.º regimientos de granaderos de la Guardia; el teniente coronel D. Ramón María Narvaez, al frente de la *Princesa*; el regimiento del *Infante*, compuesto de andaluces; *Gerona* y *Córdoba*, de catalanes; el 4.º de la Guardia, de castellanos y gallegos; el 2.º de Ligeros (*Aragón*), de cordobeses; el regimiento del *Príncipe*; la artillería; la compañía de zapadores, que sobresalió en el ataque del cerro de la Corona y en el paso del puente, recibiendo su capitán y oficiales, como tantos otros valientes, la cruz de San Fernando: todos se distinguieron por igual, diciendo con razón el general en jefe el día siguiente en su alocución de Puente la Reina: «¡Felix el general que no puede elogiar á ninguno, sin ofender á todos!»

Las pérdidas de los carlistas se elevaron á 1.500 muertos y heridos y 400 prisioneros; los liberales tuvieron unas 1.000 bajas.

El Gobierno recompensó á Córdoba con el empleo de teniente general.

1872. Fallecimiento de D. Francisco Villamartin.—El autor eximio de las *Nociones de Arte militar*, nació en Cartagena el 23 de julio de 1833, siendo su padre D. Bruno capitán de infantería. En 24 de enero de 1848 ingresó en el colegio general militar, ascendiendo á alférez de infantería en 4 de julio de 1850. Empezó su servicio en el regimiento de *Gerona*, pasó después al de *Saboya*, y al poco tiempo volvió al de *Gerona* en el que ascendió á teniente en 1854, y asistió con él á los hechos de armas que tuvieron lugar en Barcelona desde el 18 al 22 de julio de 1856, defendiendo valerosamente con veinte soldados el cuartel de San Pablo, en cuyo combate recibió una herida de bala en la pierna derecha, por lo que fué recompensada con el empleo de capitán. Solicitó y obtuvo, en 1857, el pase al ejército de la isla de Cuba, donde sirvió tres años, regresando á la Península por enfermo; y destinado al regimiento de *Toledo*, de guarnición en Madrid, se dedicó á escribir la notable obra *Nociones de Arte militar*, que se publicó en 1862, por la que fué recompensado en mayo de 1865 con el empleo de comandante. En 1863 sirvió en cazadores de *Arapiles* y desde enero de 1864 en diferentes destinos, fuera de filas, hasta mayo de 1868 en que nombrado ayudante del capitán general marqués de Novaliches, concurrió á la batalla de Alcolea, debiendo de haber sido en ella muy notable su comportamiento pues el general en jefe le concedió sobre el campo el empleo de teniente coronel que no llegó á revalidar el partido victorioso. Quedó después en situación de reemplazo, en la cual permaneció hasta el día de su muerte acaecida en Madrid á las ocho de la mañana del 16 de julio de 1872 en la casa número 47 de la calle de San Vicente Alta. Un sepulcro monumental erigido en el cementerio de San Justo, guarda las cenizas del malogrado escritor militar.

1869. **Creación del batallón cazadores de Alfonso XII, núm. 15.**—Tuvo lugar por orden de dicha fecha con el nombre de *Alcolea*, que cambió por el actual, por Real Decreto de 22 agosto 1875.

Creación del batallón cazadores de Reus, núm. 16.—Se creó también por orden 16 julio de dicho año, con el anterior.

Día 17.

1794. **Episodio de la guerra con Francia.**—Defendiendo los tres batallones del regimiento de *Africa*, con otras fuerzas, bajo el mando del general conde de la Colomera, la fábrica y pueblo de Eugui, repelieron briosamente un ataque de fuerzas superiores enemigas; mas éstas volvieron á la carga, y aislando por medio de una hábil maniobra al tercer batallón, le causaron la pérdida de siete oficiales y 150 individuos de tropa, viéndose por ello obligados todos á emprender la retirada, ó mejor, un movimiento retrógrado, pues lo efectuaron sin dejar de combatir un solo instante, hasta que, arrollada la columna de granaderos que cubría los reductos de Vera, se vieron en grande apuro, cayendo gravemente herido en la cabeza en este sangriento empeño su coronel D. Francisco Javier Castaños. Apretando los franceses cada vez más por el frente y los flancos, corría aquel jefe inminente peligro de quedar prisionero en aquellas abruptas alturas; pero los leales é intrépidos granaderos, aun á riesgo de perecer todos, inspirados por el cariño que profesaban á su coronel, se tendieron á lo largo de la pendiente de la escarpada eminencia y formando una cadena de brazos, fueron pasando su querido jefe de unos en otros hasta que pudo ser colocado en una camilla y trasladado á la población inmediata.

Este bello rasgo de los granaderos de *Africa* quedó tan grabado en el corazón de Castaños que aun después de obtener años adelante la más alta gerarquía de la milicia, no dejó de vestir nunca el uniforme de aquel regimiento, aun en los actos más solemnes.

1839. **Acción de Lucena ó de las Useras (GUERRA CIVIL).**—Enfermo el general Noguerras, tan temido de los carlistas, que mandaba el ejército del Centro, fué nombrado para dicho cargo D. Leopoldo O'Donnell, tomando posesión de su destino el 3 de julio en Zaragoza, donde le hizo aquél entrega del mando.

Los repetidos reveses sufridos por la causa liberal en dicha región, tenían muy abatida la moral del soldado, que pasaba en gran número á engrosar las afortunadas filas de Cabrera, siendo necesarias rigurosas medidas para contener deserción tan considerable; el efectivo de toda la fuerza en operaciones era insuficiente para cubrir la inmensa línea de su demarcación, y los recursos con que contaba eran también escasos; se comprende, por lo tanto, cuán espinoso y poco lisongero sería para el nuevo jefe el cargo que había aceptado.

La primera operación de aquél fué la salvación de Lucena. El gene-

ral Aznar, al socorrer dicha plaza, quedó encerrado en ella con parte de sus fuerzas por Cabrera, haciendo más crítica la situación, pues los víveres se iban á consumir en pocos días. O'Donell no perdió el tiempo: marchó con el cuartel general á Cariñena, y resuelto á batirse con el enemigo donde quiera que lo encontrase, se movió con sólo cinco batallones y cuatro escuadrones hacia Teruel, por Daroca, y luego marchó desde dicha capital á Segorbe. Dirigióse el 14 de julio á Castellón, donde se reunieron once batallones y 900 caballos, organizada la infantería en dos divisiones mandadas por el general D. Francisco J. de Azpiroz y el brigadier D. Isidoro Hoyos, y la caballería á las ordenes del brigadier D. Ricardo Shely, y el 15 marchó al socorro de Lucena, moviéndose por Villafames y Adzaneta para flanquear las posiciones ocupadas por Cabrera en el camino de Alcora, que era por donde habían ido siempre las tropas liberales á socorrer dicha plaza. Los carlistas entonces marcharon por los altos de la sierra de Useras, á ocupar nuevas posiciones que permitiesen oponerse al bien concertado plan de O'Donell.

Este había pernoctado el 16 en Adzaneta, y al amanecer del 17, la división Azpiroz atravesó sin dificultad el pequeño desfiladero que conduce á las Useras, y ocupó las alturas de las Cruces, arrojando de ellas al enemigo; esperó allí la llegada de la otra división, y cuando se incorporó Hoyos; pasaron las fuerzas de éste, divididas en tres columnas, á envolver la izquierda carlista y amenazar su retirada, mientras las de Azpiroz atacaban de frente al enemigo. Las tropas liberales, calada bayoneta, marcharon con valor heroico al ataque, distinguiéndose extraordinariamente un batallón de *Almansa*, y á pesar del vivísimo y nutrido fuego á quemarropa que hacían los contrarios, no vacilaron nuestras filas ni contuvieron un instante su marcha, al paso de carga, demostrando que bien dirigidos los soldados españoles son los primeros del mundo. Conquistadas las primeras posiciones, se replegaron los carlistas al monte Gonzalvo, que impedía aun la comunicación con Lucena; más allí la resistencia no fué ya tan empeñada, y retirándose definitivamente el enemigo, quedó salvada Lucena y los 2.200 hombres en ella encerrados. Aznar, por la posición en que está la villa, no pudo oír el fuego ni concurrir por lo tanto al combate, sacando más partido de este notable triunfo, por el que se concedió á O'Donell el empleo de teniente general, y más adelante, en 1847, el título de *Conde de Lucena*.

Las tropas de la Reina tuvieron 300 bajas, habiendo sido mortalmente herido el bizarro coronel Oxholm; las pérdidas de los carlistas fueron inferiores por haberse batido tan solo á la defensiva en sus fuertes posiciones.

Día 18.

1572. **Heroica defensa del castillo de Weerd** (GUERRA DE FLANDES).—El príncipe de Orange en persona, al penetrar en el Brabante con 11.000 infantes y 6.000 caballos, puso sitio al castillo de Weerd que defendía una corta guarnición de españoles y valones al mando de Juan Montiel de Zayas. No accediendo éste á capitular de buen grado, trató primeramente Orange de tomarlo una noche por sorpresa; otra vez intentó incendiar sus puertas con faginas embreadas; y no habiendo obtenido resultado, abrió brecha con la artillería; mas las columnas de asalto fueron repelidas. Entonces sobornó á algunos soldados valones para que le facilitasen la entrada; pero fueron descubiertos los traidores y ahorcados en las almenas del castillo á la vista de los enemigos, que no acertaban con medio alguno de apoderarse de él. Apelaron al fin á la minas como último recurso, y tampoco fueron más afortunados, pues los defensores inutilizaron los trabajos de aquellos con bien dispuestas contraminas. Sólo el hambre y la falta de municiones para defenderse podían hacer sucumbir á aquellos esforzados y heroicos soldados, lo que habría indudablemente acontecido en plazo no muy largo si el caudillo de los rebeldes no hubiese tenido que acudir en auxilio de Mons, sitiada por el duque de Alba, con lo cual el denodado Montiel y su tropa pudieron ver satisfecho su honroso empeño de conservar el castillo para las armas de España.
-
1615. **Episodio naval.**—En el combate que ocurrió en el puerto de Cafete, del mar Pacífico, el 17 y 18 de julio de dicho año, entre dos galeones y un patache de la armada del Callao, mandada por D. Rodrigo de Mendoza, y seis naves holandesas dirigidas por el almirante Spielbergen, la capitana española tuvo muchos muertos y heridos en tan desigual combate, quedando apenas la gente necesaria para su defensa. En vista de ello, el general impuso pena de la vida al que saltara á la nave contraria; mas á pesar de dicha orden tan severa, intentáronlo seis hombres armados de espada y rodela, y aunque hicieron prodigios de valor, fueron todos víctimas de su temeraria empresa, á excepción de uno de ellos llamado MARTÍN FLORES, el cual, cubierto de heridas como estaba, arrancó el estandarte enemigo de la popa, se arrojó con él al agua y á nado alcanzó la capitana entregando á su general aquel sangriento trofeo, con el que redimió la falta cometida. El valeroso soldado recibió varias mercedes del Rey y murió más adelante en el Callao con el empleo de capitán de mar y tierra.
-
1647. **Sitio de Landrecies** (GUERRA CON FRANCIA).—En vista de la

importancia que tenía la plaza de Landrecies, dispuso el archiduque Leopoldo sitiarla aprovechando la favorable circunstancia de no tener más que 500 hombres de guarnición, cuya noticia le comunicó oportunamente el conde de Garcies, gobernador y capitán general de Cambray y Cambresis. Para desorientar al enemigo, practicó algunos movimientos, particularmente hacia Arras, como si pensara ponerla sitio, y mandando por delante 1.500 caballos á las órdenes de D. Francisco Pardo, teniente general del príncipe de Ligne, jefe de la caballería, impidió el socorro que pudieran intentar los contrarios, presentándose el 28 de junio frente á Landrecies, en vistoso orden de batalla. Seguidamente dióse principio á armar un puente con 50.000 faginas para poner en comunicación las dos márgenes del Sambre. Reconocidas las fortificaciones y los alrededores de la plaza, en cuya operación fué herido por un casco de granada en una pierna el capitán D. Diego Salinas por haberse adelantado temerariamente, se establecieron los diferentes cuarteles alrededor de aquella, no tardando en presentarse los mariscales Gassion y Ranzau con el ejército francés, que llegó el 3 de julio á Chatillon, á una legua del campo de los sitiadores, cuando ya tenían éstos terminada casi completamente la línea de circunvalación, avanzando luego hacia nuestros reales como para empeñar la batalla, mas en realidad sólo para cubrir la entrada de socorros, que quisieron meter los enemigos en Landrecies, 1.000 soldados por una parte y 600 por otra; más la caballería del príncipe de Ligne y del duque de Lorena dió buena cuenta de aquellas tropas degollándolas ó haciéndolas prisioneras, salvándose los fugitivos en un bosque inmediato, sin que pudiese entrar en la plaza un solo hombre; y los franceses, desesperanzados de conseguir su objeto, se retiraron primero hacia Chatillon y por fin hacia Guisa, acampando entre esta población y Cateau-Cambresis.

Libre ya el Archiduque de este cuidado, dispuso proseguir con gran actividad los trabajos de sitio, que se dividieron en dos ataques principales: uno á cargo del marqués de Caracena con los españoles, y otro al del barón del Beck con los alemanes y valones, haciendo los sitiados el lunes 8 de julio una salida con infantería y caballería hacia las trincheras de los españoles, que asaltaron repentinamente; pero fueron rechazados y perseguidos hasta sus mismas fortificaciones, no osando ya molestar en lo sucesivo los trabajos. Con esto fueron avanzando los sitiadores hacia la plaza, y el 12 ganaron la estacada del camino cubierto y empezaron á desembocar en el foso, preparándose para dar el asalto una vez echados los puentes y faginas y establecidos los hornillos de mina necesarios para abrir brecha en el muro de escarpa. Los defensores no aguardaron aquel trance, rindiéndose el gobernador el 18 de julio con todas las condicio-

nes que quiso, deseoso el Archiduque de acudir en auxilio de la Bassée, sitiada repentinamente por el ejército francés. En su consecuencia, efectuaron su salida 400 de los 500 soldados que constituían la guarnición desde el principio del sitio, con armas, bagajes y dos piezas de artillería.

Asistieron á este sitio los generales de artillería D. Estéban de Gamarra, Brunetti y marqués Sfondrato, y los maestros de campo D. Gabriel de Toledo, Juan de Lipontí, Bernabé de Vargas, el marqués de Bentivoglio, el conde de la Motteria, D. Gaspar de Bonifacio, D. Francisco Deza, D. Baltasar de Mercader, D. Fernando Solís y el marqués de Dienne.

1854. **Jornada en las calles de Madrid.**—El pronunciamiento del general O'Donnell y los sucesos de Vicálvaro (V. 30 JUNIO) no tardaron en dar su fruto, pues exaltándose el partido progresista contra el ministerio que presidía el conde de San Luís, y en favor de Espartero, con las noticias recibidas de diferentes puntos de la Península, cuyas guarniciones se habían adherido al movimiento, empezó el 17 de julio á manifestar su descontento en actitud agresiva y tumultuaria cometiendo varios y deplorables excesos. La dimisión del ministerio San Luís y la formación de otro presidido por el duque de Rivas con el general D. Fernando Fernández de Córdoba de ministro de la Guerra, no bastó para apaciguar los ánimos, y nuestras miserables discordias políticas hicieron correr una vez más abundante sangre por las calles de Madrid. Estas se llenaron de barricadas, aún en los barrios más céntricos, y reforzada que fué la guardia de Palacio, compuesta tan sólo de 100 ingenieros, por el 5.º regimiento de artillería á pie, que estaba en San Gil, y el batallón cazadores de *Basa*, quedaban para conservar el orden un batallón de cada uno de los regimientos de *Granaderos*, *Cuenca*, *Mallorca*, *Zaragoza*, *Extremadura* y *Constitución*; en total unos 2.500 hombres tan solo, que se distribuyeron convenientemente, acudiendo el coronel D. Joaquín de la Gándara con algunas fuerzas á reprimir la agresión contra el palacio de la Reina D.^a María Cristina (EPISODIO I); el general D. Francisco Mata y Alós, con tres compañías de *Basa*, á la Plaza Mayor, que despejó á la carrera á costa de algunas bajas; el brigadier gobernador D. Genaro Quesada, con tres compañías de la *Constitución*, relevadas después por *Extremadura*, á la casa de Correos, en la Puerta del Sol, cuya guardia del principal había sido desarmada por el pueblo, recuperando las tropas dicho edificio sin resistencia alguna; y otras fuerzas á aumentar la guardia del Parque de Artillería, cuyo jefe recibió orden de defenderse hasta morir

para evitar se apoderasen los insurrectos de 5.000 fusiles que allí había.

La lucha fué más sangrienta el día 18. Empezó el fuego por la mañana hacia la plaza de Santo Domingo, empeñados algunos centenares de paisanos en llegar hasta el palacio de la Reina madre, de cuyos alrededores fueron arrojados por el coronel D. Antonio Arjona. El coronel Garrigó, hecho prisionero en Vicálvaro por las tropas leales y ascendido ahora á brigadier, ofrecióse espontáneamente á recorrer solo y á caballo todas las calles de Madrid para hablar al pueblo; mas no consiguió hacerle desistir de su actitud y se reanudó el combate en diferentes puntos. No habiendo tropas suficientes para ocupar militarmente la capital, tuvieron que limitarse las pocas que había, á recorrer, divididas en cuatro columnas, las calles ocupadas por los revoltosos, dos desde la plaza de Oriente, establecido el ministro de la Guerra en el Palacio Real, y otras dos desde el de Buenavista, marchando en direcciones opuestas hacia la Puerta del Sol; unas y otras sufrieron bastantes bajas, entre ellas el valiente capitán de granaderos de *Mallorca* **D. Manuel León**, muerto á la cabeza de su compañía, como también su sargento 1.º, habiéndose distinguido notablemente el oficial de estado mayor **D. ANGEL BERAUD** (EPISODIO II). En la Plaza Mayor fué la pelea muy empeñada: ocupada alternativamente por unos y otros, volvió á ser atacada en la tarde del 18 con infantería, caballería y artillería, defendiéndose el pueblo desde los postes de los soportales, desde los balcones, ventanas, bohardillas y tejados, á los que también se encaramaban con gran valor los soldados, trabando en lo alto refiido y peligroso combate, pues muchos heridos caían despeñados desde aquellas alturas á la calle; así fué dicha plaza sucesivamente ganada y perdida diferentes veces, quedando al fin por los revoltosos (1).

El 19 se reprodujo el combate, habiendo aumentado considerablemente el número de paisanos con armas; todos los barrios estaban erizados de barricadas, y el ejército sólo disponía de una línea de defensa que atravesaba la capital de extremo á extremo, desde San Gil y Palacio, hasta el ministerio de la Guerra, por la calle Mayor y Puerta del Sol, hasta

(1) Se distinguió por su bravura al frente de su sección el teniente de artillería **D. Manuel Pavía** y **Rodríguez de Alburquerque**, cayendo heridos á su lado sus compañeros de cuerpo el capitán de montaña **D. Jerónimo Moreno**, y el teniente de la brigada de cadetes **D. Ramón de los Ríos Valdes**, que falleció de sus resultas en el Hospital militar la noche del 21 al 22 de agosto siguiente. Se distinguieron además, el coronel **D. José de Reina**, que fué promovido á brigadier, y el teniente de Estado-mayor **D. Marcelo de Azcárraga**, á las inmediatas órdenes del general **Mata y Alós**, siendo recompensado con la cruz de San Fernando.

el Prado; la revolución, no pudiendo ser dominada, estaba pues triunfante, y comprendiéndolo así la reina Isabel, hizo llamar al general Espartero para que constituyese el nuevo gobierno, ordenando al mismo tiempo se invitase en su nombre al general O'Donnell para venir á la Corte. Con esto cesaron las hostilidades; pero el pueblo permaneció en las barricadas hasta el 30 de julio, adornándolas con banderas, ramaje, inscripciones y retratos de aquellos dos generales, é iluminándolas por la noche con farolillos de colores, para convertirlas en salas de baile.

La guarnición toda de Madrid mereció bien de la patria, siendo lo que debe ser siempre el ejército: apoyo y sostén incondicional del orden, de las instituciones y del gobierno constituido. En dichos tres días, ni un solo acto de indisciplina manchó el buen nombre del soldado, permaneciendo fiel y leal á sus deberes, á pesar de las sugerencias del pueblo; obediente á sus jefes y bravo en el combate, sufrió animoso y alegre las penalidades de aquellos días, y se portó siempre con moderación.

Episodios.—I. Situado el palacio de la Reina madre en la calle de las Rejas, empezaron los revoltosos á arrojar piedras á la galería de cristales de la fachada principal, dando repetidas mueras á dicha augusta persona, y trataron de incendiar la puerta que da á la plaza de los Ministerios, arrojando contra ella una garita á la que habían prendido fuego. Entonces el capitán de artillería que mandaba la guardia, compuesta de 30 artilleros, salió por aquella puerta, frío é impasible, é increpando á los paisanos les dirigió palabras tan enérgicas y oportunas que logró no solo hacerse respetar de ellos, sino que los mismos incendiarios separasen la garita, invadida ya completamente por las llamas; pero como al propio tiempo otros grupos se presentaron por la parte opuesta, y prendiendo fuego á las garitas restantes las arrojaron contra las puertas de las calles de la Bola y de la Encarnación, el bizarro jefe de la guardia dejó ésta á cargo del teniente, dió la vuelta al edificio á través de la multitud, y aun pudo conseguir que ésta se calmase y retirara las garitas con las que formó una hoguera en la plaza de los Ministerios.

II. El capitán de Estado mayor D. ANGEL BERAUD fué enviado por el Ministro de la guerra Córdova á comunicar las órdenes de ataque al capitán general, que se hallaba en el palacio de Buenavista. Dicho bizarro oficial cumplió su cometido con la mayor inteligencia y valor, mas á su regreso á la plaza de la Armería fué atacado en la calle Mayor por un grupo de paisanos, y herido de dos balazos en el pie y pierna izquierda, cayó con su caballo, muerto éste de otros cuatro balazos. Entonces su ordenanza, único soldado que le acompañaba, llamado NICOLÁS MONTES RAMOS, que también perdió el caballo, no pensando en aquella apurada situación más que en su jefe, cargó con él y en hombros lo llevó hasta Palacio, donde BERAUD, lívido y casi exánime, tuvo á duras penas alientos para dar cuenta al general del cumplimiento de sus órdenes. Trasladado al hospital llegó á sanar de sus heridas si bien con la pérdida del pie, y sus compañeros le regalaron después uno de palo. Obtuvo la cruz laureada de San Fernando como merecida recompensa de su heroico comportamiento.

1873. **Defensa de Igualada** (GUERRA CARLISTA).—Conseguida la victoria de Alpens (V. 9 JULIO) se dirigieron los carlistas el 11 á Bagá, rindiéndose al segundo cañonazo, sin resistencia, las dos compañías de *Bailén* que allí había; y sin dormirse en sus laureles proyectó el ex infante D. Alfonso caer sobre Igualada, reuniéndose con tal objeto en Calaf 3.000 hombres, 200 caballos y tres piezas, á cuyo frente se pusieron Saballs, Tristany, Miret y otros jefes: era la primera vez que en Cataluña se reunían fuerzas de tanta importancia para una operación determinada.

Las fortificaciones de dicha villa consistían simplemente en una tapia ó muralla de recinto aspillera, con tres reductos muy débiles en las puertas de Odena, Soledad y San Agustín, y la obra avanzada del Pi de Puig-gros en el cerro de su nombre, estando además puestos ligeramente en estado de defensa la iglesia parroquial y algunos otros edificios. Guardaban á Igualada un batallón de *Navarra* que mandaba el teniente coronel D. Francisco García Muñoz, algunos agregados de otros cuerpos y 250 voluntarios.

A las ocho y media de la mañana del 17 de julio, se presentaron los carlistas por la parte de Odena y rompieron inmediatamente el fuego, dirigiendo principalmente el ataque hacia las puertas de Manresa, Soledad y Montserrat, donde se defendieron valientemente los liberales, rechazando dos veces al enemigo; mas por la noche consiguieron los carlistas penetrar en la calle de la Soledad, y perforando tabiques llegaron hasta la capilla del mismo nombre, donde la lucha se hizo más intensa, retirándose paulatinamente soldados y voluntarios á la primera línea de barricadas, á medida que les obligaba á ello el avance de los contrarios. Suspendidas las hostilidades á las doce y media de la noche, no fué de mucha duración el descanso, que bien lo necesitaban los sitiados después de dieciséis horas de continuo combate, sin tomar alimento alguno, pues antes de la madrugada del 18 se reanudaron aquellas por el enemigo, el cual fué avanzando por todo el recinto, y continuando en su tarea de ir perforando casas, logró penetrar hasta la calle de la Amnistía. El edificio de las Escuelas Pías y la calle de San Agustín tuvieron que ser abandonadas por sus valientes defensores, mandados por el alférez D. Victoriano Camacho, retirándose á una barricada al lado del Casino ó Ateneo que cerraba la entrada á la Rambla y la plaza del Ayuntamiento, y continuó allí la pelea con furia sin igual, muriendo cerca de la barricada el primer jefe de los zuavos (EPISODIO) si bien cayó aquella en poder de los suyos, que hicieron prisionero á Camacho; la gran fábrica algodonera llamada la Igualadina, único punto avanzado que quedaba del recinto, tuvo también que ser abandonada después de heroica defensa, llevada á cabo por el alférez D. Dionisio García. La resistencia se concentró ya en la segunda línea de

barricadas, en el centro de la población, continuando los carlistas el fuego desde las casas inmediatas sobre el cuartel, donde estaban los heridos, que fueron salvados por el comandante D. Agustín Serra, el capitán D. Francisco Moya y el médico del batallón D. Ricardo de Barberá con diez soldados, única fuerza que había en el edificio, pasándolos con gran peligro á la iglesia parroquial. Esta y el ayuntamiento fueron el último refugio de los defensores de Igualada, que pelearon todavía con desesperación; mas agotadas las fuerzas y las municiones, y arrojando los carlistas al interior gran cantidad de petróleo y azufre, se vieron aquellos obligados á capitular á las ocho de la noche, quedando prisioneros el teniente coronel **don Francisco García Muñoz**, fusilado algún tiempo después, el comandante D. Agustín Serra, el capitán D. Valeriano Vilacañas y el alférez D. Manuel Monforte. Las pérdidas de los liberales consistieron en 200 muertos y heridos del ejército y voluntarios; los carlistas tuvieron 300 bajas, según confesión propia.

Pelearon los liberales con la mayor bizarría; pero en la defensa no hubo concierto ni organización por el estado de indisciplina de los soldados, las pocas condiciones militares de los voluntarios republicanos y paisanaje y la incapacidad del comandante militar (1). De las columnas republicanas que hubieran podido acudir en auxilio de la villa—pues aun desde Barcelona se podía ir en cinco horas, y la resistencia de Igualada duró treinta y seis—sólo se presentó en la mañana del 18 la del coronel Martí (a) *Xich de las Barraquetas*, compuesta de dos batallones de voluntarios (1.500 hombres) que se limitaron á tirotearse con los carlistas, retirándose en seguida á Capellades.

Episodio.—El batallón de zuavos carlistas, creado por D. Alfonso á imitación de los pontificios, en el que había algunos oficiales extranjeros, se distinguió mucho en el ataque. En los momentos en que se trataba de tomar la barricada del Casino, defendida tenazmente por los soldados de *Navarra*, su jefe, el holandés Wils, mandó desplegar la bandera del batallón, que ostentaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y marchar con ella al asalto. Muerto el abanderado por una descarga que hicieron los liberales, recoge Wils la bandera teñida en sangre, la enseña á sus soldados y se dirige con ella hacia el enemigo; pero cae también mortalmente herido, y antes de morir arroja la bandera á la barricada; entonces los zuavos, para que nadie la coja, se lanzan sin pérdida de tiempo sobre los republicanos, saltan el obstáculo que se les oponía, toman la barricada, recuperan su bandera y vengán así la muerte de su jefe.

(1) Apuntes sobre la última guerra en Cataluña (1872-1875,) por D. Joaquín de la Llave y García, capitán de ingenieros.

1875. **Toma del fuerte del Collado** (GUERRA CARLISTA).—Rendida Cantavieja, sólo quedaba en poder de los carlistas del Centro, en el interior de la provincia de Valencia, en la parte más quebrada de las ásperas montañas de Chelva, el fuerte del Collado de Alpuente, situado sobre una altura de difícil acceso, constituyendo su guarnición unos 300 hombres al mando de D. José Jover, antiguo capitán de la Guardia civil. No habiendo accedido éste á la invitación de proclamar á D. Alfonso XII, mediante reconocimiento de sus empleos y condecoraciones, dispuso el general Salamanca bloquear y rendir el fuerte, adelantándose con tal objeto el teniente coronel Portillo con algunas contraguerrillas, cuatro compañías de *Granada* y 80 caballos del *Príncipe*, á cuyas fuerzas se incorporaron el 17 las fuerzas restantes de la primera brigada con el general Salamanca, la batería montada del capitán D. Enrique Pellicer y la de montaña del capitán D. Félix Bertrán de Lis. Subidos con gran trabajo á lo alto de la Moratilla Grande los cuatro cañones Krupp y dos de bronce largos de á 8, establecida en el cerro de la Muela del Buitre la batería Plasencia y rechazada la intimación que se hizo al enemigo, se preparó la artillería para romper el fuego al día siguiente, disponiendo el general que al anochecer se tomasen é inutilizasen las tres fueptes, que situadas á 50 metros del muro del Castillo surtían de agua á sus defensores, lo cual llevó á cumplido efecto el capitán de *Granada* D. Enrique Rodríguez. Al amanecer del 18 empezaron los sitiadores á cañonear el fuerte, impidiendo á los carlistas su estancia en el adarve, con lo cual, después de hacer las baterías 565 disparos, pudieron las fuerzas del teniente coronel Portillo colocarse perfectamente á cubierto á 30 metros de la muralla, debiendo al anochecer situarse á la carrera debajo del escarpado de piedras sobre el que se hallan los muros, y con barrenos arreglar los ingenieros una subida y conmover el ángulo del fuerte, frente á la Muela del Buitre. Entonces suspendieron el fuego los sitiados, pidiendo capitular con las mismas condiciones que Cantavieja, lo que negado, se rindieron á discreción, poniendo el gobernador un oficio al general Salamanca, manifestando que se entregaba sin condiciones. Al amanecer del 19 tomaron los liberales posesión del fuerte, quedando ya pacificado el Centro, pues en toda la provincia de Valencia no existía ya un solo carlista en armas.

Día 19.

1131. **Fallecimiento del conde de Barcelona Ramón Berenguer III, el Grande.**—Mereció este dictado por la sabiduría de su gobierno, su ilustración, su generosidad y sus hazafías; llevó á cabo varias expediciones afortunadas á Valencia,

Mallorca, é Ibiza; unió la Provenza y la Cerdaña á Cataluña; restauró la ciudad de Tarragona; negoció un tratado de comercio con la república de Génova, y dejó á su sucesor un estado próspero y floreciente y una marina poderosa. Próximo á morir, cuando tenía cuarenta y ocho años de edad, se hizo poner el hábito de templario y llevar en una cama pobre y miserable al hospital de Santa Eulalia, contiguo á su palacio, donde falleció el 19 de julio de 1131, siendo enterrado en el monasterio de Ripoll. (1)

1195. **Batalla de Alarcos** (GUERRA CON LOS MOROS).—Provocado Yacub ben-Yusuf, emperador de los almohades, por Alfonso VIII de Castilla, quien desde las playas de Algeciras le envió temerario reto (2), vino en dicho año desde Marruecos á la Península con un ejército numeroso formado por almohades, árabes, zenetas, masmudas y otras razas de infieles reclutadas hasta en los confines más remotos de su imperio; y avanzando hasta la Mancha, se situó en la llanura que se extiende al pie del cerro donde se levantaba el castillo de Alarcos, sobre cuya altura, y apoyadas en la fortaleza, se extendían las fuerzas castellanas con que salía animoso á su encuentro Alfonso VIII, á pesar de no haberse incorporado oportunamente las de los reyes de León y Navarra. Al rayar el alba del día 19 de julio de 1195, 8.000 jinetes cristianos acometieron temerariamente el centro de los moros, y aunque fueron rechazados dos veces, á la tercera consiguieron romperlo y desbaratarlo, muriendo en tan terrible choque Yahya, valiente caudillo musulmán, que mandaba aquella parte de la línea enemiga; mas entrando en acción las numerosas reservas de Yusuf, en-

(1) Abierto su sepulcro el 6 de julio de 1803 se halló el cadáver entero, de nueve palmos y medio, con todos sus dientes, barba larga y cabello algo rubio. Sus restos fueron salvados del incendio y devastación que sufrió dicho monasterio el 9 de agosto de 1835 y se conservan actualmente en una cajita de madera en el archivo de la corona de Aragón.

(2) Según Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, la carta de Alfonso VIII se hallaba concebida en los términos siguientes: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, el rey de los cristianos al rey de los musulmes. »Puesto que según parece no puedes venir contra mi ni enviar tus gentes, envíame »barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tu estás, y pelearé contigo en tu »misma tierra, con esta condición: que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás »grandes despojos y tu serás quien dé la ley; mas si yo soy el vencedor entonces todo »será mío y seré yo quien se la dé al Islam.» Y contestó muy irritado el moro en la misma carta de Alfonso: «Dijo Alá Todopoderoso: revolveré contra ellos y los haré »polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, de los cuales no podrán es- »capar, y los sumiré en profundidad y los desharé.»

volvieron por todas partes á los cristianos, y aunque éstos se defendieron desesperadamente, no les fué posible ya restablecer el combate, tan favorablemente comenzado. Divididos en dos fracciones por una hábil maniobra de Ben-Senanid, jefe de los bravos moros andaluces, experimentaron una y otra horrible matanza, quedando tendidos en el campo más de 20.000 cadáveres, entre ellos la mayor parte de los caballeros de las órdenes militares. Alfonso VIII pudo escapar milagrosamente, refugiándose en Toledo con muy pocos de los suyos. Yusuf, en extremo generoso, dió inmediatamente libertad á los 20.000 cautivos que había hecho en la batalla, y á su regreso á Sevilla mandó edificar en conmemoración de la victoria alcanzada el célebre minarete llamado Giralda, cuya construcción fué debida á Mahomed-Sheber, sabio arquitecto árabe español.

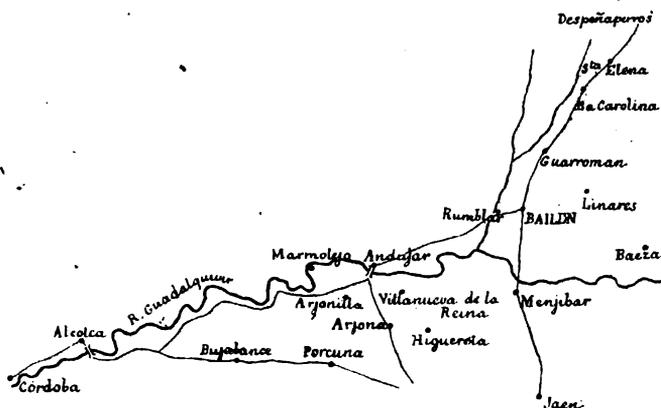
En el Museo de Artillería se conserva un hierro de saeta (señalado con el número 1832), que se encontró en 1854 en el campo de batalla de Alarcos.

1808. **Batalla de Bailén** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El general Dupont, que después de abrirse paso en el puente de Alcolea, había penetrado en Córdoba el 7 de junio, entregándola al saqueo, no se atrevió á proseguir su marcha hacia Cádiz hasta recibir refuerzos, noticioso de que se estaba organizando en el campo de San Roque, al arrimo de la plaza de Gibraltar, el ejército español de Andalucía. Éste se puso en movimiento, estableciéndose algunas fuerzas en Carmona, y el grueso del ejército, á las órdenes de D. Francisco Javier Castaños, en Utrera, cuya villa y sus alrededores quedaron convertidos en un vasto campo de instrucción (1), dedicándose allí por lo menos ocho horas diarias á ejercicios doctrinales, con tan buena voluntad y celo por parte de todos, que en la revista pasada el 26 de junio, trece días después de verificada la concentración en Utrera, maniobraron las tropas con gran desenvoltura y aire marcial, aunque no con el aplomo y precisión de las veteranas. Dupont, aislado con su división en Córdoba, sin noticias de lo que pasaba á su espalda por estar interceptadas las comunicaciones con Madrid, temió ser atacado y envuelto, y en la noche del 16 abandonó la capital

(1) Fueron tantos los voluntarios que acudieron al llamamiento de la patria que el general Castaños tuvo que mandar á sus casas sobre unos 12,000 paisanos, que consideraba inútiles por no querer llevar ningún regimiento que no fuese organizado. Además, aunque abundaban las armas, había escasez de vestuario y equipo, supliendo la falta de cartucheras con saquillos de lienzo, que las damas de Utrera confeccionaron.

del antiguo califato, dirigiéndose á Andújar, donde se estableció en la mañana del 18, no tardando en incorporársele las divisiones Vedel y Go-ber, á las que encargó Dupont vigilasen los pasos del río aguas arriba de Andújar y viesen al mismo tiempo de conservar expeditas las comunica-ciones. La escasez de subsistencias obligó al enemigo á enviar una expe-dición á Jaen, en cuya ciudad repitieron los imperiales, los horrores de Córdoba.

El general Castaños salió de sus cantones de Utrera y Carmona á úl-timos de junio, en combinación con el general Reding, que salió de Gra-



Julio 19.—Campaña de Bailén.

nada el 3 de julio en dirección de Jaen con las tropas allí organizadas, y el primero siguió avanzando desde Córdoba con todo género de precau-ciones, muy necesarias á la inmediatez de un enemigo que llevaba por toda Europa fama de invencible, efectuando la marcha por Bujalance y Porcuna, donde se pusieron en comunicación ambos ejércitos, de los que se formó uno solo bajo el mando del general Castaños (1). Con arreglo

(1) Organización del ejército de Andalucía el 11 de julio de 1808. General en jefe: D. Francisco J. Castaños; mayor general: mariscal de Campo D. Tomás Moreno; comandante general de artillería: mariscal de campo marqués de Medina; comandante general de ingenieros: coronel D. Bernardo de Loza. Figuraban además en el cuartel general, los mariscales de campo D. Francisco de Vargas y D. Narciso de Pedro; los brigadieres marqués de Gelo y D. José Augusto de la Porte; los coroneles de infantería D. Pedro Girón y D. Joaquin Navarro; el de caballería D. Andrés Mendoza; el de artillería D. Juan Arriada, y el de ingenieros D. Juan Boulligny con los oficiales del mismo cuerpo D. José María Huet y D. Antonio Remón Zarco del Valle. Primera división (9.436 hombres, 817 caballos, dos compañías de zapadores y diez

al plan acordado en dicho punto, el general en jefe se dirigió con la división Jones y la de reserva, por Arjona y Arjonilla, á los Visos, colinas situadas en la orilla izquierda del Guadalquivir, frente al puente de Andújar, como para atacar al enemigo por aquella parte, y la primera (Reding) se corrió por lo derecha á Menjívar, mientras la segunda (Coupigny) tomaba posición en la Higuera (Higuera de Arjona) para apoyar á aquella en su marcha y observar al cuerpo francés acantonado en Villanueva de la Reina, debiendo una y otra pasar el río, dirigirse á Bailén para colocarse á retaguardia de Dupont, y caer después sobre Andújar al mismo tiempo que Castaños acometía de frente desde los Visos. El día 15, el general en jefe rompió un vivo cañoneo desde sus posiciones, demostrando una actitud amenazadora; Murgeon pasó el Guadalquivir por el puente de Marmolejo para molestar á los franceses de Andújar por el flanco, retirándose después al Peñasal de Morales; Coupigny, desde la Higuera, rechazó al otro lado del río á dos batallones enemigos que ocupaban Villanueva, y Reding permaneció impasible en Menjívar, manteniendo ocultas la mayor parte de sus fuerzas ante los reconocimientos que practicó Vedel. Desorientados los generales franceses, no dieron importancia á la presencia de algunas tropas españolas en dichos puntos, así, que habiendo Dupont pedido refuerzos á Vedel, marchó éste á Andújar con toda su división, sin dejar frente á Menjívar más que dos batallones á cargo del general Liger-Belair, á quien debía apoyar Gobert, para cuyo objeto se trasladó éste de la Carolina á Bailén.

En la madrugada del 16, casi todas las fuerzas de Reding pasaron el río por la barca de Menjívar y por el vado de Rincón, 3 kilometros más arriba, para practicar un reconocimiento ofensivo en dirección de Bailén. Liger Belair se replegó con orden buscando el apoyo de Gobert; y éste acudió presuroso en su auxilio, con tan mala fortuna, que cayó muerto de un balazo en la cabeza, causando tal desgracia gran desaliento en las filas imperiales, por lo cual el general Dufour, que sucedió á Gobert, empren-

piezas de artillería): comandante general, mariscal de campo D. Teodoro Reding; segundo comandante, brigadier D. Francisco Venegas; jefe de Estado Mayor, brigadier D. Federico Abadía. Segunda división (7.850 hombres, 453 caballos, una compañía de zapadores y seis piezas): comandante general, mariscal de campo marqués de Coupigny; segundo comandante D. Pedro Grimarest. Tercera división (5.415 hombres y 582 caballos): comandante general, mariscal de campo D. Felix Jones. División de reserva (6.676 hombres, 408 caballos, una compañía de zapadores y doce piezas): comandante general, teniente general D. Manuel de la Peña. Había además un cuerpo volante ó *división de montaña* á cargo del coronel D. Juan de la Cruz Murgeon, compuesto de unos 2.000 hombres.

dió la retirada. Los españoles se cubrieron de gloria en este combate, rechazando nuestros jinetes é infantes á los coraceros franceses (1). Reding, para inspirar confianza al enemigo, retrocedió con sus tropas, estableciendo el campo frente á Menjívar, donde lo tenía antes Liger Belair, y la Junta de Granada se apresuró á otorgarle el empleo de teniente general.

El 17, mientras la división española de Coupigny se dirigía á Menjívar para unirse con la de Reding, Vedel llegaba á las ocho y media de la mañana á Bailén para apoyar á Dufour; mas éste, temiendo que las fuerzas irregulares de D. Pedro Valdecañas, que operaban en el camino de Baeza y Ubeda y que habían sorprendido ya un destacamento francés en Linares, se apoderasen de los pasos de la sierra, sostenidas por las tropas victoriosas de Reding, había abandonado á Bailén, camino de Sierra Morena; así es que Vedel, después de hacer reconocer todas las avenidas del Guadalquivir, no descubriendo en ellas peligro alguno, siguió desde Bailén tras de Dufour, con el que se reunió en Guarroman, ordenándole continuase hasta Santa Elena, y él se trasladó á la Carolina, esperando noticias del enemigo y nuevas órdenes del general en jefe. Dupont, considerando comprometidas sus fuerzas por la considerable distancia que las separaba, se resolvió á trasladar su campo á Bailén, aunque, tranquilizado por los reconocimientos de Vedel, no tuvo prisa en ello, y en lugar de ponerse en marcha el mismo día 17 por la noche ó en la mañana del 18, difirió efectuarlo hasta la noche de este día para ocultar la retirada á Castaños. De este modo, una serie de errores y coincidencias, fatales para el ejército enemigo, permitieron á los españoles llevar á cabo su plan, que por lo dicho se comprende no dejaba de ser bastante peligroso, y asestar de firme el rudo golpe con que amenazaban hace días á los desconcertados y ciegos imperiales, trasladándose en la mañana del 18 las divisiones Reding y Coupigny á Bailén, en cuyas afueras camparon, sin haber tropezado con un solo enemigo.

No eran todavía las tres de la madrugada del 19, cuando, puesta ya en movimiento la vanguardia española hacia Andújar, anunció el fuego de las avanzadas la presencia de los franceses. Estos habían salido sigilosamente de dicho punto á las ocho de la noche con su numerosa impedimenta, compuesta de 500 ó más carros, en los que iban muchos enfermos y el botín cogido en Córdoba, y marchaban por la carretera silenciosos, tristes y abatidos por aquella prolongada inacción y retroceso, tan

(1) Cayó mortalmente herido en dicho oombate el valeroso capitán de *Farnesio* **D. Miguel Cherif**, nieto de los Cherifes de Taflete, acogidos á la protección española en tiempo de Carlos III.

contrarios á su habitual manera de guerrear. Mientras D. Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia, contenía algún tanto al enemigo, Reding, á quien correspondía el mando, ordenaba sus tropas estableciéndolas rápidamente como indica el croquis (1), la división Reding á la derecha del camino real y la Coupigny á la izquierda, para hacer frente á Dupont y al propio tiempo á Vedel, que desde la Carolina podía presentarse de un momento á otro por retaguardia. El general Chabert, jefe de la vanguardia francesa, no titubeó un instante: comprendiendo lo crítico de la situación en que iba á encontrarse el ejército á que pertenecía, avisó á Dupont y atacó resueltamente la línea española, estableciendo en el centro las seis piezas de su brigada; mas, blanco estas de la batería española del centro, que era de mayor calibre (de á 12), bien colocada y mejor dirigida, fueron al instante desmontados dos de los cañones franceses y muer-

(1) La artillería, á la que tan sobresaliente papel cupo en esta gloriosa batalla, estuvo dirigida por los coroneles D. José Juncar y D. Antonio de la Cruz, distribuída del modo siguiente: la batería de la derecha, mandada por el capitán D. Tomás Ximénez, con los subalternos D. José Escalera, D. Alonso Contador y D. Vicente González Yebra; la del centro, sobre la carretera, á las órdenes del teniente D. Antonio Vázquez; y la de la izquierda, mandada por el capitán D. Joaquín Cáceres y sostenida por las compañías de ingenieros de D. Gaspar de Goicoechea y D. Pascual de Maupoey (a).

En el croquis representan:

1. Regimiento infantería de la *Reina*.
2. Un batallón de *Centa*, mandado por su coronel D. Antonio Luján.
3. Regimiento de *Jaen*, mandado por su coronel D. Antonio Moya.
4. Un escuadrón de dragones de *Numancia*.
5. Dragones de la *Reina*.
6. Regimiento de *Farnesio*, á las órdenes del sargento mayor D. Francisco Cortet.
7. Regimiento de *Borbón*, mandado por su coronel Vizconde de Zolina.
8. Regimiento de *España*.
9. Un escuadrón de *Montesa*.
10. Lanceros de Jerez, mandados por D. Nicolás Cherif.
11. Lanceros de Utrera, mandados por D. José Sanabria.

(a) D. Pascual, ó D. Tomás Pascual de Maupoey, se supone en la pág. 251 de este tomo que era de estado mayor por figurar en una relación de jefes y oficiales de dicho cuerpo muertos en acción de guerra; mas después hemos adquirido el convencimiento de que procedía de ingenieros, capitán de una compañía de minadores en Bailén, y brigadier, coronel de ingenieros, en la acción de Bornos (V. 1.º JUNIO 1812) donde murió gloriosamente.

nuó Privé la carga contra los cuerpos de la izquierda, todos de provinciales, que rechazaron serenos la acometida cual las mejores tropas veteranas, á la voz y el ejemplo de sus coroneles el Marqués de las Atayuelas, D. Pedro Conesa y D. Diego de Carvajal, refrenando con su inquebrantable firmeza el formidable empuje de los jinetes franceses. Estos se dirigieron entonces á la izquierda y centro de su línea, en el que la batería española de aquella parte seguía inutilizando cañones y montajes á medida que iban apareciendo á su frente, y cubriendo de metralla las columnas de ataque, á las que mantuvo siempre á respetable distancia, saliendo al encuentro de ellos los regimientos de caballería de *Farnesio* y *Borbón*; mas acudiendo los coraceros que venían de la derecha, retrocedieron nuestros jinetes bastante desorganizados, penetrando mezclados con ellos los franceses en la batería de la derecha. Los artilleros se mantuvieron serenos en su puesto, defendiéndose con los juegos de armas, dando así tiempo para que la infantería inmediata se rehiciese, y lo mismo *Farnesio*, cuyos escuadrones fueron conducidos de nuevo á la carga por su sargento mayor **D. Francisco Cornet** que murió gloriosamente al salvar la batería, frente á la cual quedaron tendidos la mitad de los coraceros. Por la izquierda francesa, los dragones de Privé contuvieron el movimiento envolvente que había iniciado el brigadier Venegas, volviendo unos y otros á sus anteriores posiciones, después de porfiada pelea en el Zumacar grande, donde se distinguió el regimiento de *Ordenes militares*, mandado por su coronel el brigadier D. Francisco de Paula Soler.

Tal era el estado del combate á las once de la mañana. A franceses y españoles interesaba decidir cuanto antes la contienda, pues podían presentarse de un momento á otro, tanto Vedel como Castaños, y aniquilar al contrario que fuese cogido entre dos fuegos; pero más abatidos los enemigos por el mal éxito de las anteriores tentativas, agobiados de fatiga y medio muertos de calor y de sed (1), bajo los rayos de aquel sol abrasador que caldeaba el campo de batalla, asfixiando á hombres y caballos, estaban en situación más angustiosa que los españoles, á quienes sonreía ya la victoria de una manera indudable. Entonces Dupont, no pensando ya en vencer, pues no era posible, sino tan sólo en abrirse paso á toda costa, mandó venir del Rumberal tres batallones de la brigada Pannetier, y el batallón de marinos de la Guardia imperial, no dejando allí más que un solo batallón; hizo cundir la voz de que Vedel se encontraba ya próximo

(1) Los españoles, más descansados y hechos al clima, disponían además del agua que les llevaban los habitantes de Bailén, pero no había en su campo una sola mata que les diese sombra, como los olivos que cubrían el campo de los franceses.

y á espaldas del enemigo; recorrió sus quebrantadas filas para recordar las anteriores glorias y pedir á todos un último esfuerzo; y mostrando á sus soldados la bandera española conquistada por los coraceros, pónese con todos sus generales á la cabeza de las columnas y arremete con heroico ardimiento, al grito siempre mágico de *¡Vive l'Empereur!* Mas la incansable artillería española continúa impertérrita su obra de destrucción, barriendo con la metralla infantes, jinetes y caballos, revueltos en confusión espantosa; y la infantería, *muro impenetrable de bronce*, como la llama Thiers, fulmina mortífero fuego por descargas sobre el enemigo, sembrando la desolación y el terror en sus compactas masas. Cae muerto el general Dupré con otros muchos jefes y oficiales; es herido también Dupont, y los bravos marinos de la Guardia imperial que, dando ejemplo á sus compatriotas, *se mostraban dignos, como siempre, de sí mismos*, marchando impávidos en columnas cerradas delante de todos, sin hacer caso de los enormes claros que iban produciéndose en sus filas, y sin dejarse oír entre ellos otras voces que la de *¡serrez la colonne! ¡en avant!* y las aclamaciones á su emperador, tienen al cabo que detenerse cerca ya de la línea española, vacilando su incomparable valor, para retroceder en desorden é ir á guarecerse todos en el olivar que cobijaba á los franceses desde el principio de la batalla.

Las fuerzas de aquellos desgraciados se habían agotado ya por completo. Unos 2.000 de ellos yacían muertos en el campo, con un número casi igual de heridos, y los demás, envidiando la suerte de los primeros, arrojaban las armas con desesperación para tenderse jadeantes y angustiosos al pie de los olivos, buscando su débil sombra. Su artillería, desmontada casi toda (1), les era completamente inútil; Vedel no parecía, y en cambio los tiradores de Cruz Mourgeon que había acudido al oír el fragor del combate, ceñían la orilla derecha del Rumblar, á cuya intermediación se veían amontonados todos los bagajes del ejército, al paso que las avanzadas francesas anunciaban la aproximación de Castaños. Para colmo de desdichas, los dos regimientos suizos de Preux y de Reding, antes al servicio de España, aprovechan esta ocasión para reunirse en su

(1) De las dieciocho piezas que tenía Dupont, *catorce* habían sido desmontadas por la artillería española (STORIA DELLE CAMPAGNE É DEGLI ASSEDI DEGLI ITALIANI IN ISPAGNA DAL MDCCCVIII AL MDCCCXIII, da Camillo Vacani, tomo 1, pág. 212); y según el parte oficial de Castaños *el acreditado real cuerpo de artillería, además de participar de todos los afanes y triunfos referidos, ha inmortalizado su gloria con admiración de ambos ejércitos, pudiéndose asegurar que sus oportunos rápidos movimientos y el acierto de sus fuegos (que desmontó 14 piezas al enemigo), señalaron desde luego, ú por mejor decir, fixaron desde el principio la victoria.*

mayor parte á sus antiguos camaradas. No habiendo, pues, medio de salir de aquella terrible situación, el general enemigo se apresuró á solicitar de Reding una suspensión de hostilidades para acordar con el general en jefe español las bases de la capitulación, en la que debían ser comprendidas las divisiones Vedel y Dufour, según exigía aquel.

El general Castaños no había podido enterarse de la salida de Dupont de Andújar hasta las dos de la madrugada del 19; y encontrando obstruido el puente, sólo á las ocho de la mañana emprendió la marcha, camino de Bailén, la división de reserva (Lapeña), cuya vanguardia mandaba D. Rafael Menacho, quien debía inmortalizar después su nombre en la defensa de Badajoz, deteniéndose en la orilla. del Rumbiar al saber el armisticio concertado, después de anunciar su presencia á Reding con algunos cañonazos.

Vedel, que había recibido el 18 orden de Dupont de asegurar las comunicaciones por la Carolina y Santa Elena, como también por la parte de Linares y Baeza, esperó en la Carolina que se le incorporara Dufour, y aun que en la madrugada del 19 oyó ya tronar el cañón hacia Bailén, no se puso en movimiento hasta las cinco de la mañana, con tal lentitud, que tardó nada menos de seis horas en recorrer los 14 kilómetros que separan la Carolina de Guarromán, desde donde, sin sospechar todavía ni remotamente lo que pasaba, hizo practicar un reconocimiento en dirección de Linares. A las dos de la tarde volvió á emprender la marcha, y sólo entonces, al llegar á las cinco frente á Bailén y ver las posiciones que ocupaban los españoles, comprendió la apurada situación en que debía de encontrarse su colega. Reding, al saber la proximidad de Vedel, hizo darle conocimiento de la suspensión de hostilidades, cuidando, no obstante, de reforzar con algunos cuerpos las tropas apostadas á su espalda, vigilando el camino de la Carolina; mas desentendiéndose Vedel de todo, atacó el cerro del Ahorcado, cogiendo prisioneras las fuerzas allí situadas, que no opusieron resistencia, fiando en lo pactado; en cambio, las que guarnecían el cerro de San Cristóbal, se defendieron bien rechazando el ataque; y cuando Vedel se disponía á repetirlo, intimóle Dupont por medio de un ayudante suspendiese el combate, ordenándole al día siguiente por escrito devolviese los prisioneros y el material cogidos en el cerro del Ahorcado. Apresuróse Vedel á obedecer; mas autorizado de palabra por su jefe para ponerse en salvo con sus tropas, emprendió la marcha por la noche en dirección de la sierra, llegando á Santa Elena el 21 á mediodía, aunque alcanzado allí por el coronel de ingenieros D. Nicolás Garrido con la orden terminante é imperiosa de regresar á Bailén, exigida por los generales Castaños y Reding, que amenazaron á Dupont con pasar á cuchillo á la división Barbou, completamente cercada ya por todo

el ejército de Andalucía, tuvo que efectuarlo mal de su grado por haberse acordado así en junta de jefes (1).

La capitulación se firmó al fin el 22, después de muchas discusiones, eu la casa de postas que media entre Bailén y Andújar, donde se había establecido Castaños; por ella debía quedar prisionera de guerra toda la división Barbou, con la que había peleado Dupont, y la de Vedel evacuar la Andalucía, trasladándose ambas a Sanlúcar y Rota desde donde se darían a la vela para Rochefort embarcadas en buques tripulados por españoles (2). En su consecuencia, las legiones de Dupont, en número de 8.242 hombres, los vencedores de Austerlitz y de Friedland, que habían paseado sus águilas victoriosas por todo Europa, desfilaron por delante del ejército español y fueron a deponer sus armas y banderas junto a la venta del Rumblar, a lo largo de la carretera, presentándose Dupont a Castaños triste y angustiado (3). Las divisiones Vedel y Dufour (9.393 hombres) formaron pabellones y entregaron en depósito sus armas y material de guerra. Las demás tropas que faltaban del cuerpo de ejército del general Dupont hasta el número de 22.475 hombres, descartados los 2.000 muertos en la batalla, acudieron de Santa Cruz de Mudela, Manzanares y otros puntos de la comunicación con Madrid, para dar cumplimiento al convenio celebrado por sus jefes.

El capitán Mr. de Villoutreys, que había entablado en Bailén los primeros tratos, llevó a Madrid la triste noticia, escoltado hasta Aranjuez por una sección de caballería española. El 29 de julio supo el rey intruso la amarga nueva, y el 30 abandonaba la corte, siguiéndole el 31 con la retaguardia el mariscal Moncey, para establecerse en Miranda de Ebro, en cuyas inmediaciones se concentraron 60.000 franceses. El 1.º de agosto respiraba Madrid completamente libre del enemigo; el 13 entraba en ella el general D. Pedro González Llamas con las tropas de Valencia y Murcia, y el 23 lo efectuaba Castaños por la puerta de Atocha con la división de reserva del ejército de Andalucía, siendo recibido con el júbilo consiguiente. Los imperiales levantaron también el sitio que tenían puesto a Zaragoza.

Tales fueron las consecuencias de este memorable triunfo que no cos-

(1) De veintitres jefes que asistieron a la junta, solo cuatro opinaron por continuar la retirada.

(2) La capitulación no fué cumplida por falta de transportes y marinería. Además, habiéndose caído un cáliz de la maleta de un oficial en el puerto de Santa María, fueron maltratados muchos de los prisioneros y despojados de sus equipajes, cuyos atropellos no pudo impedir el general Castaños.

(3) Episodio que representa la lámina XX.



CAPITULACION



DE BAILÉN

(Copia de un cuadro de J. Casado del Alisal.)

tó á los españoles más que 243 muertos, entre ellos diez jefes y oficiales (1) y 735 heridos. Al general Castaños, cuya espada y bastón de mando se conservan en el Museo de Artillería (números 1.897 y 1.898) (2), se le concedió el título de *Duque de Bailén*, y una cruz de distinción á todos los que asistieron á esta batalla, con el lema *Fernando VII. Bailén*.

1837. **Expedición de Zaratiegui** (GUERRA CIVIL). — Mientras don Carlos llevaba á cabo su expedición por Aragón, Cataluña y Valencia (V. 15 MAYO) D. Juan Antonio Zaratiegui, natural de Olite y antiguo ayudante de Zumalacárregui, proyectaba otra hacia Castilla para distraer la atención de las tropas liberales, y asegurar de una vez el triunfo de su causa. Aprobó el proyecto el general Uranga, que mandaba en el Norte, y organizada que fué la expedición con los batallones 1.º y 7.º de Navarra, 4.º y 7.º de Guipúzcoa, uno de Valencia, el 5.º de Castilla y 300 caballos á las órdenes del coronel D. Francisco Ortigosa, ejerciendo el cargo de segundo jefe de la misma el brigadier D. Joaquín Elío, partió el 19 de julio de Galbarín pernoctando en Salinillas. El 20 fué á pasar el Ebro por las Conchas de Haro donde debía construirse un puente; pero éste resultó excesivamente corto, y detenidos allí por tal motivo los carlistas, se apercibieron de su presencia las tropas de la Reina, acudiendo el portugués barón Das-Antas, que fué batido el 21 por Zaratiegui cerca de Zambrana y perseguido hasta Armiñón, después de experimentar entre unos y otros cerca de 400 bajas. En la tarde del 22 retrocedió la expedición á Moraza, en cuyo punto estaba Uranga, y el 23 pasó al fin el Ebro por el vado de Ircio, encaminándose por Casa-la-Reina y Leiva á Belorado, donde llegó en la tarde del 25, y se incorporaron dos batallones de Vizcaya con los cuadros de otros dos castellanos y algunos caballos, al mando del brigadier Goiri, reuniendo entonces Zaratiegui unos 4.500 hombres. Con ellos marchó el 26 al encuentro de D. Santiago Méndez Vigo, capitán general de Castilla la Vieja, que se dirigía á Villafranca Montes

(1) Además de los dos jefes ya indicados murieron gloriosamente: el capitán de *Jaen*, D. Carlos Sevilla; el de caballería de *Farnesio*, D. Gregorio Prieto; los de caballería de *España*, D. Alonso González y D. Miguel de Sanjuán; los subtenientes de provinciales D. José Ariza, D. Natalio Garrido y D. Nicolás Muñoz, y el cadete de *Ordenes militares*, D. José Demblans.

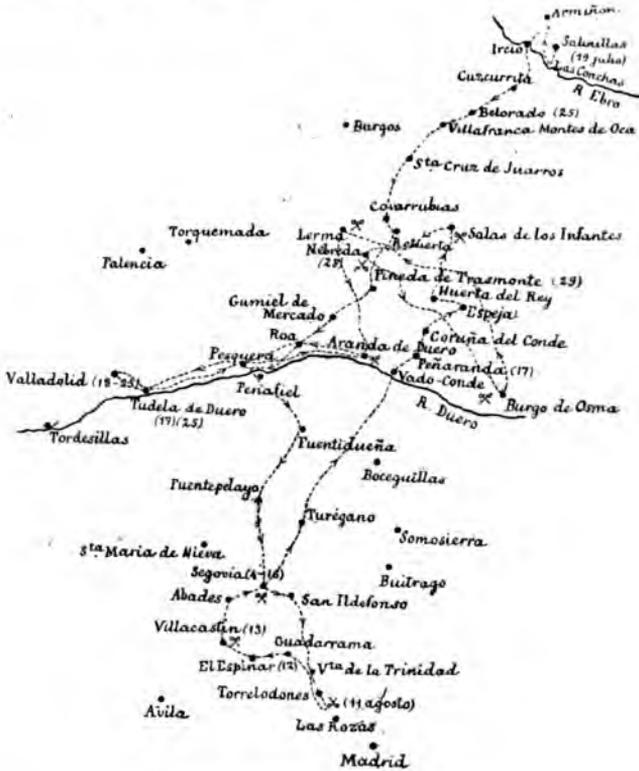
(2) En el Museo Naval existe un sable de marina de la guardia imperial (núm. 716), cogido en el campo de batalla el día de la misma, por el capitán de navío D. Francisco Aguirre.

de Oca, estando situado el general Ceballos Escalera en Cuzcurrita con siete batallones y bastante caballería; más habiéndose replegado á Lerma Méndez Vigo, continuó Zaratiegui su marcha hasta Santa Cruz de los Juarros, trasladándose al día siguiente á Covarrubias y Retuerta. Escalera, sin pasar de Villafranca, regresó á las Provincias.

Tranquilo entonces el jefe carlista, provocó á Méndez Vigo, que continuaba en Lerma; y no habiendo éste aceptado el combate, trató de aproximarse á la capital del reino para favorecer así las operaciones de D. Carlos. Con tal propósito se dirigió desde Pinilla de Trasmonte, donde había acampado el 29, á Gumiel de Mercado, Roa, Peñafiel y Pesquera para alejar primero á Méndez Vigo amenazando á Valladolid; y logrado su objeto por haber emprendido aquel la marcha hacia Torquemada á fin de cubrir dicha capital, tomó una dirección opuesta, forzadas las marchas, por Fuentidueña, Fuentepelayo y Encinillas, y se presentó delante de Segovia que tomó por asalto y saqueó (V. 4 AGOSTO). Acudió Méndez Vigo en auxilio de la ciudad, á cuya vista se presentaron sus avanzadas; pero entregado ya el Alcázar, retrocedió aquel á Santa María de Nieva, desde donde se dirigió por el Guadarrama á las Rozas, en cuyo punto se le incorporaron las brigadas Azpiroz y Puig-Samper. Zaratiegui se movió el 9 hacia la Granja que abandonó su guarnición, pasándose parte de ella á los carlistas, y después prosiguió á la venta de la Trinidad, avanzando el día 11 hasta más allá de Torrelodones para tirotearse con los liberales, que ocupaban buenas posiciones junto á las Rozas, á tres leguas tan sólo de Madrid. La refriega, que causó muy pocas bajas, duró hasta bien entrada la noche, replegándose la división expedicionaria á Torrelodones y pueblos inmediatos, para dirigirse al día siguiente al pueblo de Guadarrama y por el puerto del mismo nombre al Espinar, donde pernoctó. Algunas fuerzas de la Reina que había en Villacastín, tres horas distante, fueron sorprendidas por el coronel Ortigosa, enviado al efecto, quien cogió 150 prisioneros y 85 caballos.

Espartero había entrado en Madrid la tarde del 12, lo que permitió á Méndez Vigo emprender la persecución de los expedicionarios. Estos, fraccionadas sus fuerzas por haberse dirigido á Avila el brigadier Iturbe con las brigadas navarra y guipuzcoana, se vieron en bastante apuro, y cuando Zaratiegui supo la aproximación de los liberales, que habían traspuesto ya la sierra, salió en dirección de Villacastín donde pernoctó el 13, habiendo dado orden á Aguirre se le incorporase en seguida, lo que efectuó éste en la mañana del 14, emprendiendo juntos la marcha á Segovia. Las tropas de la Reina, distantes sólo tres horas de camino, siguieron tras de los carlistas hasta Abades desde donde lanzaron su numerosa caballería contra la retaguardia enemiga; más ésta se detuvo é hizo frente á sus

perseguidores y su actitud, imponente y amenazadora, bastó para contener á los liberales, que no pasaron de dicho pueblo, continuando Zaratiegui tranquilamente la marcha hasta Segovia, en cuyo punto descansaron los expedicionarios el 15, reunidas ya todas sus fuerzas en número de 5.000 infantes y 400 caballos.



Julio 19.—Expedición de Zaratiegui.

El 16 iba á caer Méndez Vigo desde Abades sobre Zaratiegui, al paso que Espartero, desde Madrid, debía remontar el puerto y dirigirse por la Granja á Segovia. Ante peligro tan inminente, se decidió el caudillo carlista á abandonar dicha capital en la madrugada del 16, dirigiéndose á marchas forzadas por Turégano (1) á pasar el Duero por el puente de

(1) Los carlistas anduvieron aquel día doce leguas sin más que un corto descanso á la mitad de la jornada.

Vado-Conde para acantonarse en Peñaranda y Coruña, llegando Méndez Vigo en la tarde del 17 á Aranda, desde donde, después de dar algún descanso á su gente, rendida de fatiga por las quince leguas que había recorrido desde las siete de la mañana del día anterior, se dirigió al Burgo de Osma, dejando cubiertos los puntos de Lerma, Aranda y Vado-Conde, para estrechar al enemigo en la sierra é impedir alguna otra correría, con ayuda de las fuerzas que pudiesen acudir del Norte. Entonces Zaratiegui se trasladó con su división á Espeja y Huerta del Rey para estar á la defensiva, y viendo que no era atacado, acometió á Salas de los Infantes, cuya guarnición hizo prisionera (1). Este desgraciado suceso hizo que Méndez Vigo dimitiera el mando después de la acción de Nebreda, que costó cerca de 400 bajas de una y otra parte, y antes de hacer entrega del mismo tuvo todavía la pena de ver obtener á su contrario dos nuevos triunfos con la toma del fuerte de Burgo de Osma y seguidamente del de Lerma donde cayó prisionera su guarnición compuesta de 800 hombres. Aumentadas con estos felices sucesos las filas de la expedición, aspiró Zaratiegui á mayores empresas, tratando de organizar de un modo permanente la guerra en Castilla la Vieja y ocupando su capital, como lo llevó á efecto, marchando desde Aranda por Tudela de Duero (V 18 SEPTIEMBRE) en cuanto supo que el general Lorenzo, que había tomado en Boceguillas el mando de las tropas liberales, se retiraba por Somosierra á Buitrago, dejando abandonada al enemigo aquella extensa región de la Península.

Estando en tranquila posesión de Valladolid y su comarca, supo el general carlista se habían destacado fuerzas del Norte en su persecución, en número de 6.800 hombres al mando del barón de Carondelet, quien se encontraba ya en Burgos. Entonces Zaratiegui suspendió la proyectada operación que debía emprender el coronel Novoa sobre Palencia (2), envió un convoy de armas hacia Roa para quedar más desembarazado, y el 25 evacuó completamente la capital de Castilla cuando se le incorporó la brigada Aguirre, que había ido á Tordesillas, estando ya Carondelet á una legua de distancia, por lo que la retaguardia enemiga fué acosada

(1) Formada sumaria fué calificada la defensa de poco honrosa por Real orden de 29 de agosto.

(2) Al principio se pensó en el abandono de la ciudad por carecerse de recursos y de fuerzas, pues su guarnición se componía casi en su totalidad de quintos de *Sas Fernando* y del regimiento de húsares de la *Princesa*, sin foguear tan siquiera; pero el comandante de artillería D. José Álvarez Reyero manifestó que aun era posible la resistencia, comunicó á todos su patriótico ardor, y ya no se pensó más que en defender la población ó hallar en ella honrosa muerte. (*Pirala*, IV, 201.)

por la caballería liberal, que le causó bastantes bajas. La expedición pernoctó en Tudela de Duero y continuó al día siguiente 26 por la tarde la marcha hacia Roa; mas al llegar á Pesquera tuvo noticia de la retirada de la expedición de D. Carlos, quien se encontraba ya en el Burgo de Osma, y al mismo tiempo, que Lorenzo pernoctaba aquella noche en Boceguillas. Zaratiegui la pasó acampado á orilla del Duero, cerca de Roa, y antes de amanecer emprendió la marcha para Aranda á fin de ocupar el puente antes que llegase Lorenzo, como lo efectuó momentos antes de que se presentase el jefe liberal. Tomaron entonces posiciones unos y otros haciéndose general el combate hasta que, la llegada de D. Carlos el 28 y reunión de las dos expediciones, determinó la retirada de Lorenzo á Boceguillas para esperar á Espartero. De este modo, la diligencia y feliz previsión de Zaratiegui salvaron de una completa derrota á la expedición *real*, cuyo deplorable estado formaba notable contraste con el brillante aspecto de las tropas de aquel caudillo, que no habían dejado de recibir un sólo día su ración y de ser cómodamente alojadas desde su salida de las Provincias.

Día 20.

1535. **Batalla y conquista de Túnez.**—Después de la toma de la Goleta (V. 14 JULIO), emprendió el ejército cristiano la marcha sobre Túnez el 20 de julio, en el orden siguiente: 8.000 veteranos españoles é italianos divididos en dos cuerpos á cargo del Marqués del Vasto y Príncipe de Salerno, formaban la vanguardia precedida por algunas compañías de caballos ligeros como exploradores, y ceñidos sus costados y retaguardia por bandas de arcabuceros escogidos; doce piezas de artillería gruesa, conducidas á brazo, seguían á la vanguardia, y detrás el Emperador, cubierto de rica armadura, con el rey Muley-Hacen y su lucida escolta de caballeros nobles; venían después 6.000 alemanes cubriendo las alas de la vanguardia; luego la impedimenta, que protejían 300 caballos españoles y 60 lanzas árabes; y finalmente, cerraban la marcha dos escuadrones de españoles flanqueados por algunas lanzas de la misma nación, á las órdenes del Duque de Alba. La escuadra, regida por D. Alfonso de Bazán, costeaba la playa, siguiendo el movimiento del ejército.

La marcha fué penosísima á consecuencia del calor y de la escasez de agua, que faltaba en absoluto en aquellos desiertos arenales, no disponiendo de otra que la corta provisión que en una bota llevaba cada soldado y algunos miles de odres de repuesto, llegando á la vista de Túnez rendidos todos de cansancio. En vista del lastimoso estado de su tropa, dudaba el Emperador en acometer al enemigo, cuyas fuerzas no bajarían

de 60.000 hombres, con gran número de jinetes, mandados por Barbaroja; pero las reflexiones del animoso anciano Hernando de Alarcón le decidieron á ello, y se empeñó inmediatamente el combate. Este se sostuvo por unos y otros con mucho ardor; mas la disciplina y táctica europeas, y el valor indomable de los veteranos que componían el ejército de Carlos I prevalecieron al cabo sobre el ímpetu ciego de una muchedumbre mal organizada, y á pesar de los esfuerzos de Barbaroja, bien pronto se hizo general la derrota de sus parciales, y sin detenerse apenas en su capital, recogió las reliquias de sus tropas y tomó el camino de Bona. El Duque de Alba se distinguió conteniendo al enemigo en una brillante carga de su caballería victoriosa, cuando el ala izquierda de la vanguardia, formada por los italianos, cedía al empuje de los moros, sin que los alemanes que formaban detrás se atreviesen á avanzar en su auxilio.

Los cristianos se disponían ya á dar el asalto á la plaza cuando les fueron abiertas las puertas por los cautivos encerrados en la Alcazaba, que en número de 10.000 se amotinaron al tener noticia de la derrota de sus opresores, pudiendo recobrar la libertad. No hubo, pues, resistencia alguna; y á pesar de esto, la infortunada ciudad fué tratada con todo el rigor de la guerra, entregándose la desenfrenada soldadesca al degüello y al saqueo, que no pudieron impedir sus jefes; distinguiéronse, como de costumbre, en aquellos deplorables excesos, los alemanes; y no terminaron la matanza y el pillaje, hasta agotarse completamente las fuerzas de la mayor parte de los soldados, que mancharon de este modo el importante triunfo conseguido, muy glorioso si hubiera sido otro su comportamiento.

El 21 hizo Carlos I su pública y triunfal entrada en Túnez, teniendo la satisfacción de encontrar en la ciudad muchos de los despojos perdidos en la desastrosa jornada de los Gelves, entre ellos el arnés dorado que había sido del infortunado D. García de Toledo (1).

1675. **Pérdida de Bellegarde** (GUERRA CON FRANCIA).—La campaña de 1675 terminó en Cataluña con el sitio de Bellegarde, que habían to-

(1) Se conservan en el Museo de artillería la tienda de campaña y el pendon que llevó el rey Carlos I á la conquista de Túnez. La tienda, de estilo árabe, está bordada ricamente, y con el mayor gusto, con telas de colores, y fué regalada al Emperador por las señoras de Granada. El pendón es de damasco verde; tiene por un lado el escudo de armas reales de España, recamado de oro, con el Toisón austriaco, y por ambos lados está sembrado de yugos y haces de flechas, armas particulares de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel.

mado los españoles el año anterior. Rechazado el mariscal Schomberg de Gerona, abandonó el Ampurdán y se presentó el 14 delante del castillo, que defendían 1.000 soldados á las órdenes del coronel valon Niemberg. El virrey Duque de San Germán, envió al maestre de campo Conde de Puñonrostro con otro maestre de campo y dos coroneles que tenían su gente en el fuerte y 350 hombres de refuerzo, á los cuales abrió paso con sus migueletes el capitán Trinchera, rompiendo por un cuartel enemigo con indecible arrojo; pero dichos capitanes y soldados se negaron después á encerrarse en el castillo. Este fué atacado por los franceses con artillería gruesa, y aunque la guarnición se defendió algunos días vigorosamente, enclavado el fuerte en territorio dominado por los sitiadores y perdida la esperanza de socorro, capituló el gobernador con honrosas condiciones.

1856. **Jornada en las calles de Barcelona.**—Conocidos en la capital del Principado los sucesos de Madrid (V. 15 JULIO), se empezaron á tomar precauciones militares. El general Zapatero, que tenía el mando del distrito, se estableció en Atarazanas, á donde acudieron los comandantes de la milicia, reunida preventivamente en sus cuarteles, ofreciéndose al Capitán general para mantener el orden; pero aquél, sea por desconfianza ó por otro motivo, no aceptó sus servicios, despidiéndolos de una manera poco correcta.

A las dos de la tarde del 20 de julio levantó el pueblo barricadas en varias calles, y creyendo la tropa apostada en el llano de la Boquería que un grupo de trabajadores que salía de la fundición de Esparó, en la calle de San Pablo, se acercaba en actitud hostil, rompió el fuego sobre ellos y aquella injustificada agresión fué la señal de la lucha. Acudió parte de la milicia nacional á formar causa común con los revoltosos, proclamando al Duque de la Victoria como único defensor de las libertades patrias, llegando á ofrecer un aspecto verdaderamente imponente las calles Nueva de la Rambla y Unión, la plaza de Santa María y los alrededores de San Agustín, por el número de barricadas construídas en dichos puntos, que no pudieron ser tomadas por completo aquel día á pesar del vivo combate empeñado con fusilería y artillería, resultando gravemente herido al asaltar una tercera barricada el general Bassols, que fué quien más se distinguió por su extraordinario valor. La llegada de refuerzos procedentes de las Baleares permitió al día siguiente 21 dar un ataque general y simultáneo á las posiciones que ocupaban los insurrectos, los cuales cedieron al fin, retirándose hacia Gracia sin cesar en su denodada resistencia hasta que, cargados en terreno favorable á la caballería y

ametrallados por la artillería, se desbandaron y huyeron. Estas sangrientas jornadas ocasionaron más de 500 bajas de una y otra parte entre muertos y heridos.

Los sublevados tuvieron crecido número de muertos y heridos y 600 prisioneros: la guarnición, 13 jefes y oficiales de los primeros, con 56 individuos de tropa, y heridos, además del general Bassols, otros 11 jefes y oficiales y 209 soldados. El capitán de Estado Mayor D. Emilio Terreros, se distinguió en tan alto grado que se le concedió la cruz laureada de San Fernando, previo juicio contradictorio, y también el empleo de comandante.

Día 21.

1462. **Batalla de Rubinat** (GUERRA DE CATALUÑA).—Encontrándose el rey D. Juan II en Cervera, despachó á Juan de Saravia con una compañía de caballos para que impidiese el paso de los capitanes Francisco de Sentmenat y Guillen de Valseca, quienes con otra compañía de caballos iban á reforzar la bandera ó hueste de Barcelona. No habiendo llegado á tiempo Saravia para impedirlo, se vió acosado por los catalanes y obligado á encerrarse en el castillo de Rubinat, al que pusieron sitio con fuerzas numerosas Hugo de Cardona, Jofre de Castro y Roger de Eril, y seguramente habría tenido que sucumbir el capitán del rey de Aragón si este no hubiese acudido apresuradamente en su auxilio. Las tropas realistas y las catalanas se encontraron el 21 de julio junto á Rubinat, empuñándose sangrienta batalla, cuyo resultado fué favorable á las armas del Rey. Quedaron tendidos en el campo 700 catalanes con el capitán D. Jofre de Castro, y prisioneros D. Hugo y D. Guillén de Cardona, don Roger de Eril, D. Guillén de Valseca y D. Juan de Agulló, que fueron condenados á muerte, ejecutándose la sentencia en Cervera, la de los tres primeros en la misma prisión y la de los restantes en la plaza pública.

1568. **Batalla de Gemmingen** (GUERRA DE FLANDES).—Después de la victoria conseguida en Heyligerlée por Luis de Nassau sobre el valeroso duque de Aremberg (V. 29 DE MAYO), puso sitio á Groninga; mas acudiendo el Duque de Alba desde Bruselas por Malinas, Amberes, Boisle-Duc, Deventer, Ommen y Coeverden, entró en dicha plaza el 15 de julio, y sin apearse del caballo pasó á reconocer las posiciones del enemigo. Este, después de defender con tesón algunos puéstos avanzados, de donde le arrojaron D. Cesar de Avalos, Gaspar Robles y D. Alonso

de Ulloa, se retiró á Gemmingen, seis millas distante, donde se fortificó apoyando su izquierda en el caudaloso río Ems, con el pueblo á su espalda y la caballería á la derecha no lejos de la ensenada de Dullart, fortaleciendo el campo por su frente con altas trincheras. El terreno inmediato era muy fangoso y no tenía más avenida practicable que una estrecha calzada ó dique enfilado por una batería de diez cañones, con un reducto á cada lado guarnecido con arcabuceros.

El duque de Alþa avanzó desde Reydem, formando la vanguardia, á cargo de Sancho Dávila, la compañía de arcabuceros á caballo de Montero y otros 500 á pie, seguidos de los mosqueteros y arcabuceros de los cuatro tercios españoles de Sicilia (hoy regimiento de *Africa*), Nápoles, Lombardia (*Galicia*) y Cerdeña, distribuidos en dos mitades á las órdenes de los maestros de campo D. Julián Romero y D. Sancho Londoño, y apoyados por dos compañías de caballos ligeros mandados por D. César Dávalos y el conde Curcio Martinengo; á alguna distancia de las anteriores el resto del ejército y la caballería ligera, formando la retaguardia los piqueros de los tercios españoles con los regimientos valones y alemanes, 300 jinetes y la compañía de herrerueros de Hanz Bernia, que cerraba la marcha. En la posibilidad de que la vanguardia sufriese un descalabro, el duque de Alba hizo guarnecer todos los edificios que iba encontrando en el camino para que sirviesen de apoyo al ejército, y así llegaron D. Julián Romero y D. Sancho Londoño á corta distancia del campo enemigo, haciéndose fuertes en posiciones convenientes, mientras el resto de las tropas realistas permanecían ocultas á la vista de los contrarios, á la izquierda del camino que seguían, esperando una oportunidad para caer sobre ellos. Creyendo entonces el de Orange que podría desbaratar fácilmente con fuerzas superiores la vanguardia de los españoles, aislados al parecer completamente del resto de su ejército, hizo caer sobre ella en direcciones convergentes dos gruesas columnas; mas los arcabuceros les recibieron con tan nutrido y mortífero fuego, que tuvieron que retirarse los enemigos bastante quebrantados. Aprovechando aquel favorable momento, avanzó con heroica intrepidez D. Lope de Figueroa con los mosqueteros que mandaba del tercio de Sicilia y se precipitó con ímpetu incontrastable sobre la batería que enfilaba el camino, apoderándose de ella y de los dos reductos próximos, si bien á costa de bastantes bajas. Abierto así paso, se adelantó al galope toda la caballería, siguiéndola el duque de Alba con el resto del ejército; y los rebeldes, desconcertados completamente, huyeron llenos de terror sin pensar ya en defenderse, pereciendo miserablemente muchos de ellos al rigor de los aceros de los jinetes españoles y alemanes, ó ahogados en las aguas del Ems, pudiendo salvarse á duras penas Luis de Nassau, quién ganó á nado una

barca que le condujo hasta la orilla opuesta. Los vencedores, recordando la matanza de Heiligerlée, no daban cuartel, dejando tendidos en el campo de seis á siete mil enemigos, y quedaron en su poder 20 banderas, 10 piezas de artillería y los seis cañones cogidos á Aremberg, con otros despojos; los españoles tuvieron solo 70 muertos, de los que la mayor parte formaban la cabeza de la columna que con tan heroico denuedo asaltó la formidable batería. Las ilustres víctimas de la triste jornada de Heiligerlée quedaban vengadas (EPISODIO).

Episodio.—Al regresar el duque de Alba de su expedición supo indignado que los soldados españoles del tercio de Cerdeña estaban incendiando todos los caseríos inmediatos á la abadía de Heiligerlée, acto de barbarie cometido en venganza de la muerte que los campesinos de aquellas cercanías habían dado á los soldados de dicho tercio refugiados en sus viviendas, no haciéndolo así con los italianos y alemanes que formaban parte del ejército vencido. El duque de Alba, que no había dado orden para aquel castigo, ni quería autorizar semejantes excesos, aunque justificados hasta cierto punto, mandó ahorcar al momento á los soldados culpables, repudió duramente á los oficiales por haber consentido ó no haber podido impedir tales desafueros y disolvió el indisciplinado tercio de Cerdeña refundiéndolo en los demás.

1705. Creación del regimiento de Navarra, núm. 25.—Fué su primer maestre de campo D. Francisco Ignacio de Mencos. Organizado al pié de regimiento en 1707, fué destinado á la isla de Cuba en 1778, regresando á la Península en 1783. Embarcado de nuevo para Venezuela en 1817, hizo toda la guerra hasta su terminación en 1823 en que pasó á Cuba y luego á la Península al año siguiente, siendo reorganizado en 1825 en Granada con el nombre de *6.º de ligeros*, volviendo á tomar el nombre de Navarra por Real orden de 1.º de junio de 1826, si bien no volvió á figurar como regimiento de línea hasta 3 de agosto de 1841. Tenía el sobrenombre de *El Triunfante*.

Se conservan en el Museo de Artillería dos banderas de este regimiento. La señalada con el número 1467 es de seda blanca con la cruz de Borgoña y en cada uno de sus extremos tiene el escudo de armas de Navarra con el lema *Regimiento de infantería de Navarra, tercer batallón*. La número 2585 es también de seda blanca con el escudo de armas reales sobre cruz de Borgoña, y en los extremos de estos cuatro escudos coronados; dos de estos con cinco barras de oro en campo gules y los otros dos con cruz de gules en campo de plata.

1773. Fallecimiento de D. Jorge Juan.—El sabio marino D. Jorge Juan y Santacilia había nacido en Novelda (Alicante) en 1712. A los quince años entró en el colegio de Guardias-marinas de Cartagena y á los veintitrés fué nombrado ya con don Antonio Ulloa para la comisión de medir en el Ecuador el grado del meridiano. As-

ció en 1748 á jefe de escuadra, comandante de los Guardias marinas en 1753, estuvo largo tiempo en comisi3n en Londres, dirigi3 luego en Espa1a la construcci3n de navíos y de los arsenales, como tambi3n la del Observatorio astron3mico de Cádiz y desempe1o otros cargos honoríficos y de confianza en su larga carrera. Entre otras obras que dejó escritas, algunas de las cuales fueron traducidas al inglés y al francés, inmortalizó su nombre el *Examen náutico*. Su fallecimiento tuvo lugar en Madrid, á los sesenta años de edad.

1811. **Episodio del levantamiento y separaci3n de Méjico.**—En la defensa de Valladolid llevada á cabo por el comandante D. Torcuato Trujillo con una corta guarnici3n contra 10.000 insurgentes al mando de Mu1oz, con 40 cañones, rechazando completamente á los sitiadores, hace menci3n dicho jefe en el parte oficial del alf3rez de lanceros D. DOMINGO PACHECO, quien en cumplimiento de la orden de hacer volver á cuchilladas á los que hubiesen huído, quiso matar por su mano á su propio hijo por creer habría faltado á las leyes del honor volviendo la espalda al enemigo.

1812. **Acci3n de Castalla.** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Con el objeto de distraer las tropas del mariscal Suchet, llamando su atenci3n hacia la costa para poderlas batir con superioridad de fuerzas, el general D. José O'Donnell hizo aparecer á la vista de Denia y Cullera una escuadrilla de buques ingleses y espa1oles, que no llevaban á bordo más tropas que el regimiento de *Mallorca*. El mariscal francés crey3 que sería la expedici3n anglo-siciliana que por aquellos días se esperaba de Palermo, y acudi3 aceleradamente con parte de sus tropas para oponerse al desembarco, dejando fuerzas poco considerables en las posiciones que los nuestros se disponían á atacar, como lo efectuaron en la ma1ana del 21 de julio. El enemigo tenta la divisi3n Harispe distribuida entre Alcoy donde había una brigada con dicho general, otra brigada en Ibi á las órdenes del coronel Mesclop, un regimiento de esta brigada con su general Delort en Castalla, y un regimiento de dragones en Onil y Biar.

Los espa1oles, cuyo número ascendía á 12.000 hombres, se distribuyeron para el ataque en cuatro trozos, formando uno el ala derecha apostada entre Ibi y Jijona bajo el mando de D. Felipe Roche; otro, el centro, á las órdenes del brigadier D. Luís Michelena, situado á media legua de Castalla; la izquierda en Petrel, mandada por el coronel D. Fernádo Miyares, y una reserva regida por el conde de Montijo á una legua á retaguardia, en la venta de Tibi. La caballería, á cargo del brigadier coronel D. Rafael Santistéban, se situ3 en Villena.

Acometi3 el primero á los franceses el brigadier Roche, repeliendo al

enemigo de Ibi, en cuyo fuerte dejó Mesclop dos cañones y algunas compañías, corriendo á amparar á Delort que fué también atacado en Castalla por nuestra izquierda y centro y obligado á abandonar el pueblo, ocupado en seguida por Michelena. Dándose ya la mano los dos jefes franceses, esperaron la llegada de los dragones, los cuales se emboscaron en unos olivares, y tomando entonces la ofensiva cayó Delort sobre los españoles, que seguían avanzando confiados por aquellas primeras ventajas; mas saliendo de pronto los jinetes imperiales, ocultos hasta aquel momento, cargaron por el flanco á nuestros batallones, que, no apoyados por la caballería, todavía distante, fueron fácilmente desbaratados, acuchillando los dragones á algunos del centro y cogiendo muchos prisioneros, sin que pudiese evitarlo la reserva, que intentó en vano protegerlos. Rechazados los españoles por el lado de Castalla, volvió Mesclop á Ibi y acometió á Roche quien se mantuvo firme en su puesto, hasta que acudiendo de Alcoy el mismo general Harispe con algunas fuerzas se fué replegando camino de Alicante, donde entraron todos tristes y avergonzados por tan ignominiosa jornada, que costó nada menos de 2.800 prisioneros, con 800 muertos y heridos, dos cañones, tres banderas, fusiles y bastantes municiones. Hubo, sin embargo, algunos cuerpos que cumplieron con su deber á costa de pérdidas espantosas. (EPISODIOS).

Atribuyóse esta funesta derrota á las desacertadas disposiciones de D. José O'Donell, impaciente por atacar al enemigo en vísperas de llegar á Alicante la división anglo-siciliana, afirmando otros muchos haber desaparecido dicho general de la acción en el trance más apretado (1). También se echó la culpa de aquel desastre al brigadier Santistéban por no haber acudido oportunamente con su caballería (2).

Episodios.—I. El regimiento de *Bailén* se distinguió en la primera parte de la jornada al atacar al enemigo apostado en Castalla, formando parte de la brigada Miyares, á las órdenes de su coronel D. Juan O'Charán. Allí murió gloriosamente su

(1) Toreno, libro vigésimo.

(2) Dicho pundonoroso jefe, joven de 29 años, no pudiendo sufrir los cargos que le hacía la opinión pública, que empallaban su reputación, se puso enfermo, exaltóse su espíritu, y trastornándose su cabeza no tardó en morir proteatando de su inocencia y exigiendo á su esposa le jurase no cesaría en sus gestiones hasta dejar completamente vinificada su honra. Así lo hizo dicha señora; y no satisfecha con el fallo absolutorio del consejo celebrado en Valencia, al regreso de Fernando VII pidió se abriese de nuevo el proceso, declarando el Tribunal supremo de Guerra y Marina en 5 de enero de 1815 al brigadier D. Rafael Santistéban inocente é inculpable de aquella catástrofe.

sargento mayor **D. Antonio Merlo**; y cuando se vió cargado por los dragones franceses, no perdió la serenidad, defendiéndose con el mayor valor hasta quedar totalmente destruído, pues murieron seis oficiales y cien soldados; resultaron heridos un comandante, 13 oficiales y otros 300 individuos de tropa y quedaron 400 prisioneros. El padre capellán **FRAY JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ** pudo salvar una bandera del regimiento con inminente riesgo de su vida, en medio de la horrible carnicería que la caballería francesa hacía en sus valientes compañeros de *Bailén*. También se distinguió el subteniente **D. PEDRO CORRAL** al principio del combate. En la orden general del ejército el general en jefe **D. José O'Donell** calificó el comportamiento de *Bailén* de *valiente y distinguido*; á los soldados que sobrevivieron, se les concedió una gratificación pecuniaria; la oficialidad mereció las más expresivas gracias de su general y la Regencia del reino, previno que se propusiera al regimiento para el premio á que se le considerase acreedor por su heroico hecho.

II. El regimiento de la *Corona*, de la brigada Michelena, peleó también con bravura, perdiendo á su bizarro coronel **D. José Pirez**. El abanderado **D. JUAN SANTOS**, cubierto de heridas que empaparon de sangre la enseña de la patria, logró no obstante poner en salvo la bandera confiada á su honor. Cuando el rey **D. Fernando el VII** pasó por Valencia de regreso de su cautiverio, se encontraba allí de guarnición el regimiento de la *Corona* y enterado el monarca de aquel glorioso suceso, besó enternecido la bandera, promovió al alférez **SANTOS** al empleo inmediato, y le otorgó la gracia de usar una banda, en lugar del porta-bandera, con esta honrosa inscripción: *Me salvaste y teñiste con tu sangre*. La bandera fué depositada en el santuario de Atocha en 1815.

1873. **Creación del regimiento de la Lealtad, núm. 30.**—Se organizó por orden de dicha fecha para sustituir al de *Iberia*, sublevado en Cartagena. Este último á su vez había sido creado el 15 de septiembre de 1848 en lugar del de *España* que fué disuelto por haber faltado á sus deberes sublevándose el 7 de mayo de dicho año.

Creación del batallón cazadores de Estella, núm. 14.—Tuvo lugar por orden 21 julio 1873 para sustituir al de *Mendigorría* que, sublevado en Cartagena, fué disuelto.

Día 22.

1610. **Fallecimiento del conde de Fuentes.**—El capitán insigne, político profundo y hábil diplomático **D. Pedro Enriquez de Acevedo**, conde de Fuentes, nació en 1536 en Zamora. Empuñó muy joven la pica de soldado sirviendo en los tercios de Italia á las órdenes del duque de Alba, su cuñado, y en 1556 era capitán de caballos con cuyo cargo se distinguió en el socorro de Civitella entrandose con gran arrojo por entre los escuadrones enemigos, de los que cayó prisionero, si bien por breve tiempo. Habiéndosele confiado después distintas y difíciles comisiones, así en España como en el extranjero, las desempeñó á completa satisfacción del monarca

que le confirió el mando general de la caballería del estado de Milán y en 1588 la capitania de las armas del reino lusitano, en cuyo cargo acreditó su talento militar en 1589, cuando la invasión inglesa, defendiendo á Lisboa y persiguiendo al enemigo en su retirada sin comprometerse en acción alguna decisiva. Enviado á Flandes en 1592, se encargó del difícil gobierno de aquellos estados por disposición del archiduque Ernesto al morir en febrero de 1595, mostrando entonces sus grandes cualidades de general, pues tuvo que comenzar por someter á la soldadesca, siempre amotinada por la falta de pagas; y anticipándose al rey de Francia Enrique IV, tomó la ofensiva invadiendo la Picardía para tomar primero á Chatelet y luego el castillo de Clery, situado á una legua de París. Las armas españolas pusieron después sitio á Doullens, con cuyo motivo ganó el conde de Fuentes frente á sus muros una completa victoria sobre el ejército francés que acudió en auxilio de la plaza (V. 24 JULIO) terminando tan brillante campaña con la toma de Cambray (V. 2 OCTUBRE). De vuelta á la Península por haber nombrado Felipe II gobernador á su sobrino el archiduque Alberto, recibió el nombramiento de gobernador de Milán y el título, desconocido hasta entonces, de *Capitán general de España*; no marchó sin embargo á Italia á tomar posesión de su destino hasta 1599 después de la muerte de Felipe II. En su nuevo cargo, correspondió á la fama anteriormente adquirida de hábil político y diplomático, y cuando llegó el momento de obrar con las armas en la mano, levantó un poderoso ejército de 28.000 hombres, bien provisto y pertrechado, se impuso con él á los rebeldes, humilló á los venecianos y sujetó á los grisones, construyendo en sus fronteras cuatro fuertes, el principal sobre una roca hacia el sitio en que el río Adda desemboca en el lago de Como, que todavía conserva hoy el nombre de *Fuentes* (1), dominando el camino nuevo, de pasmosa fábrica, el más elevado de Europa, que conduce desde Milán á Viena. El ilustre magnate sintióse enfermo en mayo de 1610 y el 22 de julio entregó su alma á Dios, siendo muy sentida su muerte por el pueblo de Milán que le debía muchos beneficios. Aunque deseaba que su cuerpo fuese conducido á España para ser enterrado en la iglesia de S. Ildefonso de Zamora, no llegó á cumplirse su última voluntad y se ignora el lugar de su sepultura. ¡Notable ejemplo de ingratitud de la patria á uno de sus más grandes hombres!

1795. **Episodio de la guerra con Francia.**—En la acción de Ollaregui ocupaba el regimiento de *Africa* la posición denominada *Meseta* á la izquierda de nuestra línea. Acometido por fuerzas enemigas inmensamente superiores, resistió valerosamente sus furiosas embestidas, cayendo atravesado de dos balazos su coronel **D. Agustín Goyeneta** como también el teniente coronel D. José González Acuña. Ante el peligro que corre su regimiento, acosado por todas partes, hácese el bravo coronel superior á sus dolores, y levántandose del suelo pónese de nuevo á la cabeza de su tropa, lanzándose con ella á la bayoneta sobre los franceses, hasta que una tercera bala le derribó en tierra moribundo. Prisioneros su teniente coronel y el mayor, to-

(1) Fernández Duro, 1884.

ma el mando de *Africa* el capitán D. Juan Aguirre, quien infundiendo nuevo aliento á sus soldados, se arroja otra vez sobre el enemigo, teniendo aquel que defenderse personalmente de tres granaderos por haberse adelantado para dar ejemplo. Forzado al fin á retroceder, abrióse pasó el veterano regimiento, defendiéndose siempre, hasta llegar al pueblo de Izarbe, en que recobrando súbitamente la ofensiva obligó á los republicanos á desistir de la persecución y replegarse á las primeras posiciones que habían conquistado aquel día.

El ejército entero hizo justicia al brillante comportamiento de *Africa*, y hasta los mismos franceses, en el armisticio celebrado, preliminar de la paz, quisieron rendirle un homenaje de admiración pidiendo abrazar á los valerosos restos de dicho cuerpo al que tributaron los más cumplidos elogios. El Rey premió también tan distinguido hecho concediendo á todos sus oficiales y soldados un escudo de distinción con el lema: *Valor, firmeza y constancia*, que debía llevarse en el brazo izquierdo y colocarse en las banderas del regimiento; ordenó además se publicase en la orden general del ejército la noticia de aquella acción heroica.

El teniente coronel D. José González Acuña murió al poco tiempo á consecuencia de las heridas recibidas.

1805. **Combate naval del cabo Finisterre.** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Cuando la escuadra combinada de los almirantes Villeneuve y Gravina se dirigía desde la Martinica al Ferrol para hacer rumbo desde este último punto al canal de la Mancha y coadyuvar al grandioso proyecto de Napoleón de desembarcar en Inglaterra con 150.000 hombres, al llegar á la altura del cabo Finisterre, avistó á sotavento la escuadra inglesa del almirante Calder. Se componía la primera, de 20 navíos de línea, seis de ellos españoles (1), y 8 fragatas; la enemiga, de 15 navíos y otros buques.

Villeneuve desplegó en línea de batalla á barlovento del enemigo desde su orden de marcha en tres columnas, tomando la vanguardia la escuadra española, y al ver que la inglesa maniobraba con intención, al parecer, de doblar la retaguardia, el almirante francés, para evitarlo, hizo la señal de virar en redondo por la contramarcha, ejecutándolo sin pérdida de tiempo los buques españoles, favorecidos por una densa niebla, y sin esperar la señal de momento para empezar la evolución; mas en cuanto Calder pudo descubrir la maniobra de Gravina, viró igualmente conteniendo su movimiento para defenderse. Entonces, como á las cinco de la tarde, se trabó un vigoroso combate á medio tiro de cañón, entre la vanguardia española y la línea inglesa, sin que Villeneuve, que con los buques franceses constituía el centro, tomase una parte activa en la pelea,

(1) *Argonanta, Terrible, España, América, San-Rafael y Firme.*

limitándose á hacer un fuego lejano completamente estéril. La armada británica, siguiendo su táctica habitual, formó una especie de ángulo muy abierto para presentar siempre mayor fuerza, en cada punto dado, abrumando de esta manera con terrible fuego á los navíos españoles, los únicos que en realidad se batían con toda la escuadra enemiga, teniendo la desgracia el *Firme* y el *San Rafael* de quedar completamente desarbolados, con lo cual, no pudiendo ceñir el viento, fueron arrollados hacia la línea inglesa, y tuvieron que arriar su gloriosa bandera, después de haber hecho toda la noche una brillante resistencia y causado mucho daño á los buques enemigos. Villeneuve, dando pruebas inequívocas de nulidad y de indecisión, no hizo nada por salvarlos, ni supo aprovecharse de su superioridad para perseguir al enemigo á pesar de tener el viento favorable, y dejó que aquel se alejase muy ufano y satisfecho con su trofeo, si bien llevando tres de sus navíos a remolque y los demás con muchas averías (1). De este modo quedó malogrado el extraordinario valor demostrado por los españoles, cuyo jefe fué victoreado por toda la escuadra combinada, homenaje ratificado por las solemnes palabras de Napoleón: *En Finisterre los españoles se han batido como leones*, reconociendo al mismo tiempo que *Gravina era todo genio y decisión en el combate* (2). Los restantes buques de nuestra escuadra fondearon en Vigo el 27 con averías de consideración, particularmente el *España* y el *América*, que no pudieron continuar su viaje al Ferrol, habiendo recibido el primero 30 balazos en su casco y más de 60 el segundo.

1812. **Batalla de Salamanca ó de los Arapiles** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Resuelto lord Wellington á tomar la ofensiva al ver á Napoleón empeñado en la guerra con Rusia, levantó el 12 de junio sus reales de Fuenteguinaldo y se dirigió hacia Salamanca, dividido su ejército en tres columnas, á una de las cuales iban agregados la brigada española de D. Carlos de España y los guerrilleros de D. Julián Sánchez. A su aproximación, el ejército francés llamado de Portugal, que mandaba el mariscal Marmont, duque de Ragusa, y estaba acantonado en dicha ca-

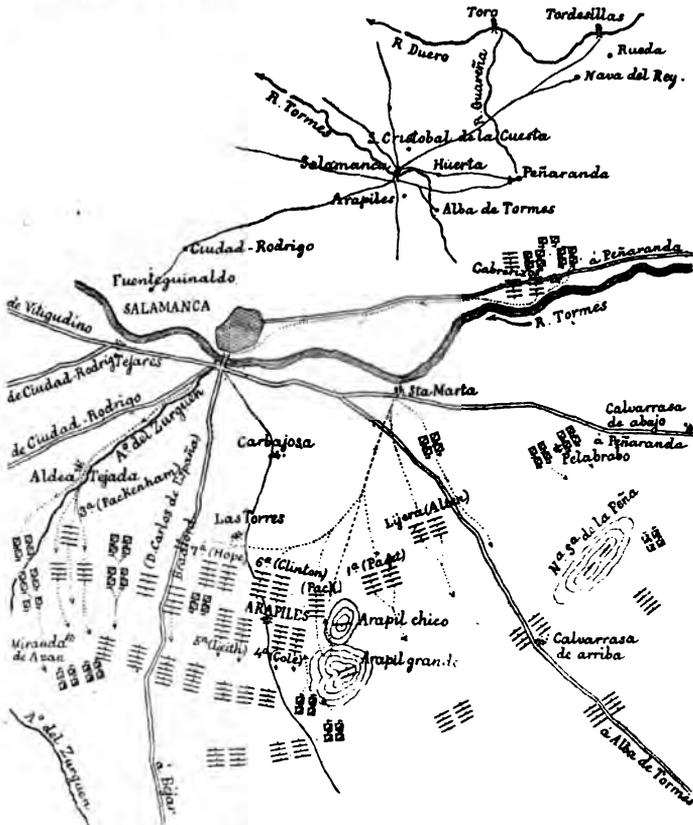
(1) El gobierno imperial no tomó determinación alguna con el almirante Villeneuve; en cambio el gabinete británico mandó formar causa al almirante Calder y la conducta de éste fué declarada culpable por el consejo de guerra.

(2) También un historiador francés (el general Mathieu Dumas) dice de Gravina que *ejecutó sus movimientos con suma energía y se distinguió por su intrepidez á la cabeza de la escuadra*.

pital, la evacuó en la noche del 16, dejando una guarnición de 800 hombres escogidos en los tres fuertes levantados allí en los conventos de San Cayetano, Merced y San Vicente, y tomó la vuelta de Toro; mas pesaroso después, volvió sobre Salamanca, cuando ya los ingleses habían escogido buenas posiciones en San Cristóbal y llevado de Almeida artillería gruesa para batir los fuertes de que se apoderaron las tropas británicas el 27, ocupando los dos primeros por asalto y el último por capitulación. Marmont retrocedió de nuevo á Toro y Tordesillas perseguido por los ingleses, que se detuvieron en Rueda, estableciéndose aquél en la margen derecha del Duero, éstos en la izquierda, hasta que se incorporó al ejército francés la división Bonnet, fuerte de 10.000 hombres, que le envió Cafarelli de Asturias, con lo cual se elevó el efectivo de sus tropas á 47.000 soldados, de ellos 3.000 de caballería. Entonces, habiendo sabido el general enemigo que el sexto ejército español de Galicia se dirigía á Castilla, decidióse á presentar batalla á su contrario en la primera ocasión oportuna, procurando atraer á lord Wellington á sitio conveniente. Con tal motivo, ambos ejércitos no hicieron durante algunos días sino marchar y contramarchar de uno y otro lado del Duero, ya en la dirección de Toro, ya volviendo sobre Tordesillas, observándose mutuamente y viendo cada uno si podía coger al otro en algún descuido ó ganar alguna posición ventajosa que le permitiese batir á su rival. Al fin Marmont, haciendo ademán de repasar el Tajo por Toro, contramarchó rápidamente en la noche del 16 al 17, lo efectuó por Tordesillas y juntó todo su ejército en Nava del Rey en la mañana del mismo día, habiendo andado sin parar nada menos que diez leguas. Acercóse después al Guareña, en cuya orilla izquierda estaban situados los ingleses, y poniéndose el 20 en marcha por su izquierda, obligó á Wellington á emprender igual movimiento por su derecha, dándose el singular y raro espectáculo de dos fuertes ejércitos, marchando paralelamente á menos de medio tiro de cañón uno de otro, por las dos orillas de un pequeño río, sin empeñar combate, que unos y otros deseaban. De este modo volvió el general inglés el 21 á sus estancias de San Cristóbal de la Cuesta, y el francés fué á pasar el Tormes entre Alba y Huerta.

Inminente ya la batalla, atravesaron los aliados dicho río por Salamanca, dejando en la margen opuesta, junto á Cabrerizos, la 3.^a división inglesa y la brigada de caballería portuguesa de Urbán, y se establecieron apoyando su derecha en el más pequeño de los cerros llamados Arapiles, que dan nombre al pueblo inmediato, y la izquierda en Santa Marta, cubriendo su línea de retirada á Ciudad Rodrigo. Los franceses, viniendo del Tormes, se situaron frente á dichas posiciones cubiertos por un espeso bosque, ocupando Calvarrasa de arriba, la altura de Nuestra

Señora de la Peña y el Arapil grande, excelente punto de apoyo que los aliados habían cometido el descuido imperdonable de no ocupar antes. La vanguardia inglesa, apostada en Calvarrasa de abajo y en Pelabrabo, replegóse á su línea de batalla al aproximarse el enemigo, quedando sólo en el último punto una brigada de dragones.



Julio 22.—Batalla de Salamanca ó de los Arapiles.

En la mañana del 22 empezaron á maniobrar los franceses en torno del Arapil grande cubriendo al despliegue hacia su izquierda con numerosas baterías para tomar una posición oblicua respecto á la de los contrarios amenazando sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo, por lo cual Wellington, temiendo además fuese reforzado el enemigo con el ejército del centro que conducía desde Madrid el rey José en persona, llamó hacia sí las fuerzas que había dejado al otro lado del río y las colocó embosca-

das tras de Aldea Tejada, para cubrir su retirada, que había empezado ya á emprender á las diez de la mañana. Mas, observando entonces con el ojo avizor de los grandes capitanes que Marmont prolongaba en demasía su ala izquierda, debilitándola, dispuso instantáneamente aprovecharse de la falta de su adversario. Rápido como el pensamiento lanzó sus tropas al ataque en cuanto dió las instrucciones necesarias, acometiendo á la izquierda enemiga la 3.^a división y la caballería del general Urbán con ánimo de envolverla por el estrecho valle del arroyo Zurguen; el centro la brigada portuguesa Bradford, las divisiones 5.^a y 4.^a y la caballería de Cotton, sostenidas por la 6.^a y 7.^a que formaban en segunda línea, apoyando el flanco derecho de dichas tropas la brigada española de D. Carlos de España y dos brigadas de caballería, y el izquierdo, la brigada portuguesa Pack que debía arremeter contra el Arapil grande. La brigada de dragones de la división Cotton y la división 1.^a y ligera formaban el ala izquierda en expectativa de los sucesos.

El éxito más completo coronó las excelentes disposiciones del caudillo británico. La caballería francesa, que formada en masa acudió á sostener el ala izquierda de su línea, fué arrollada en una carga impetuosa, y descubierta aquella se vió tan rudamente embestida, que tuvo que retroceder en bastante desorden al bosque que tenía á sus espaldas, dejando en poder de los aliados más de 3.000 prisioneros. Las divisiones 5.^a y 4.^a avanzaron también escalonadas sobre el centro de los imperiales, que presentó bastante resistencia; mas, viendo batida el ala izquierda, empezó á replegarse. El general Pack no tuvo tanta fortuna en su empeño contra el Arapil grande, pues fué rechazado, aprovechando una brigada de caballería enemiga ocasión tan oportuna para caer sobre la 4.^a división inglesa que tuvo que cejar muy maltratada, y ocupar su puesto la 6.^a, restableciéndose así favorablemente el combate en aquella parte de la línea.

El mariscal Marmont, al ver arrollada una de sus alas, y bastante mal parado el centro, acudió en persona para remediar el mal; pero tuvo la desgracia de ser herido gravemente en el brazo y costado derecho, y lo mismo el general Bonnet que le sucedió, recayendo al fin el mando en el general Clausel. Tan repetidas desgracias hicieron decaer el ánimo de las tropas francesas; y habiendo conseguido la 6.^a división inglesa enseñorearse del Arapil grande, se declaró todo el ejército enemigo en retirada, protegida por la derecha, que no abandonó su puesto hasta el anochecer, impelida á ello por las tropas aliadas apostadas á la izquierda de nuestra línea. El movimiento lo efectuaron los contrarios con bastante orden, cubriéndose con los encinares del Tormes, cuyo río repasaron sin tropiezo, aunque perseguidos; sólo el 23, abandonada la retaguardia por la caballería, dejó tres batallones en poder de los soldados británicos, que no lle-

varon la persecución más allá de Peñaranda por haber sido reforzado el enemigo con 1.200 caballos procedentes de su ejército del Norte.

Las pérdidas de los franceses consistieron en 1.800 muertos, entre ellos los generales Ferey, Thomières y Desgraviets, 2.500 heridos, 7.000 prisioneros, nueve banderas y estandartes y once cañones; los aliados experimentaron unas 5.000 bajas, pérdida de consideración ocasionada principalmente por el empeño del Arapil grande.

Esta célebre batalla, que valió á lord Wellington el Toisón de oro por parte de la Regencia (1) y nuevos honores y mercedes por el Parlamento británico, fué fecunda en resultados, pues el enemigo levantó el sitio de Cádiz, y el rey José, que el mismo día del combate pasaba el puerto de Guadarrama con 10.000 infantes y 2.000 caballos para auxiliar a Marmont, tuvo que retroceder á Madrid, que abandonó por segunda vez el 10 de agosto, dejando guarnecido el Retiro. El general inglés, que había llegado el 30 de julio á Valladolid, sentó el 1.º de agosto sus reales en Cuellar, de donde salió el 6 en seguimiento de José por Segovia y los puertos de Guadarrama y Navacerrada, entrando los aliados en la capital el 12 por la puerta de San Vicente. La guarnición del Retiro, compuesta de 2.500 hombres de todas armas, capituló el 14, entregando gran número de armas y municiones y 189 piezas de artillería allí almacenadas. El rey intruso se replegó hacia el Tajo, y luego siguió á Valencia, á donde llegó el 31 de agosto.

1872. **Valerosa defensa de Tarrasa (GUERRA CARLISTA).**—Los cabecillas Castells, Galcerán y Guiu, con 600 á 700 hombres, se dirigieron el 21 de julio por Talamanca á la Mata de Mura, y andando toda la noche llegaron á media legua de Tarrasa, detuvieron el tren procedente de Manresa, obligaron á bajar á los viajeros ocupando su lugar y penetraron por sorpresa en aquella población. Castells entró por la puerta de la Guía, se dirigió al arrabal y ocupó las Casas Consistoriales, mientras Guiu y Galcerán lo efectuaban por distintos puntos. Al aperebirse el vecindario, lanzó las campanas á somatén, á cuyo bélico toque corrieron á tomar las armas los voluntarios, empeñándose porfiada lucha desde puertas, ventanas y balcones, y hasta las mujeres situadas en las azoteas arrojaban tejas y ladrillos sobre los invasores. El capitán de voluntarios **D. Jaime Juvé,**

(1) La esposa del príncipe de la Paz D.^a María Teresa de Borbón regaló al general Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, el collar de la Orden que había pertenecido á su padre el infante D. Luís.

al frente de algunas fuerzas, acometió heroicamente la Casa-ayuntamiento, ocupada por los carlistas; y aunque fué rechazado en el primer asalto, lograron al cabo aquellos valientes su temerario empeño, si bien á costa de la vida de su jefe, que murió gloriosamente de un balazo en la sien. Dicho contratiempo, con la energía y valor desplegados en la defensa, y la aproximación de un batallón de *Aragón* y otras fuerzas al mando del coronel Chiqueri, decidieron la retirada del enemigo que se llevó varios prisioneros y dejó algunos muertos y heridos en las calles de la denodada villa.

Día 23.

939. **Batalla de Simancas** (GUERRA CON LOS MOROS).—Ramiro II, al tener noticia del sitio puesto á Zamora por Abderramán, reunió gran golpe de gente y se dirigió á socorrer la plaza. Entonces el caudillo árabe dejó frente á sus muros 20.000 hombres, y con las tropas restantes se encaminó Duero arriba en busca del leonés, avistándose ambos ejércitos en las inmediaciones de Simancas, no lejos de la confluencia del Pisuerga con aquel río. Dos días permanecieron uno frente á otro sin atrever á atacarse; pero el tercero se trabó la batalla, la [más sangrienta que registra la historia desde la de Guadalete. Figuraba en el campo cristiano el rebelde walí Omeya-Ben-Ishak con sus parciales, que acometieron al enemigo con mayor encono todavía que los mismos cristianos, peleándose por una y otra parte con indecible furor. El ala derecha de Abderramán fué bien pronto desordenada y rota ante los vigorosos ataques de la caballería de Ramiro, puesto á su frente el monarca en persona, consiguiendo sin embargo el califa restablecer el combate por aquella parte, gracias á una carga de flanco que dió con la flor de los escuadrones musulmanes. Ambas huestes se hicieron espantosa carnicería; los caudillos más renombrados del bando contrario, entre ellos Aben-Ahmed, Gehaf-Ben-Yemán é Ibrahim-Ben-David que cayó sin vida cerca de su soberano, fueron víctimas de su extraordinario arrojo, lo mismo que muchos caballeros de León, muertos gloriosamente haciendo prodigios y heroicidades; y en revuelta confusión los soldados de ambos campos, peleando cuerpo á cuerpo con hachas, lanzas y alfanjes, se iba cubriendo el suelo de cadáveres, no cesando aquella matanza horrorosa hasta que la noche puso término á tan inhumana contienda. Indecisa todavía la victoria, se atribuyeron los moros el triunfo por haberse retirado Ramiro antes de amanecer, volviendo aquellos muy satisfechos á incorporarse á las fuerzas sitiadoras de Zamora, cuya plaza no tardó en caer en poder suyo (V. 5 AGOSTO.)

1280. **Sitio de Balaguer.**—Al subir al trono D. Pedro III de Aragón, II en Cataluña, llamado después el *Grande*, no cuidó de presentarse en el Principado para celebrar Cortes y jurar las leyes del reino. Celosos los principales barones por las libertades catalanas, hicieron público su desagrado con una liga ó confederación á cuya cabeza figuraba Armengol, conde de Urgel, entrando también á formar parte de ella Roger Bernardo, conde de Foix y D. Jaime de Mallorca. Alarmado el monarca al ver que los rebeldes, levantados en armas, corrían las tierras, villas y lugares, causando graves daños, les hizo proposiciones de avenimiento, que no dieron el resultado apetecido, y tuvo por lo tanto que acudir al frente de un ejército con el que penetró por el condado de Urgel, recobrando las villas de Pons y Monmagastre cuyos castillos mandó derribar, y partió en seguida á poner sitio á Agramunt, donde entrando de nuevo en tratos, se apaciguaron por de pronto los ánimos bajo las promesas del Rey; pero viendo los magnates que estas no eran cumplidas, se levantaron de nuevo, á excepción del de Mallorca, que se declaró feudatario de su hermano el de Aragón, á quien prestó homenaje.

Don Pedro allegó cuanta gente pudo y se internó resueltamente en Cataluña con formidable hueste, yendo á mediados de junio de 1280 á poner sitio á Balaguer, donde tenían su principal asiento los confederados, á cuyo frente se encontraban, como principales caudillos, Roger Bernardo, conde de Foix, Armengol de Urgel, el conde de Pallás, el vizconde de Cardona, Pons de Ribellas, Arnaldo Roger, Ramón de Abella, Pedro de Fosa y Guillén Canet de Rocafort, valientes mantenedores de las libertades catalanas. Rudamente combatieron la ciudad las tropas reales, acercando á la muralla cinco trabucos muy grandes, que llamaban brígolas, las cuales, de día y de noche no dejaban de arrojar enormes piedras contra las fortificaciones y las casas. Los sitiados se defendieron con sin igual bravura, muy avezados y prácticos en las cosas de la guerra, mostrando gran actividad en reparar por la noche los desperfectos ocasionados durante el día; y cuando comenzaron á verse apretados, juntáronse en Agramunt, con ánimo de ir á socorrerlos, Ramón Roger, Ramón de Anglesola y Esquiú de Mirapeix, con un escuadrón de 40 caballos y una compañía de 60 ballesteros, fuerzas bien exiguas, cuya entrada en la plaza no pudo el Rey impedir, á excepción de unos pocos muertos y prisioneros, entre estos, Esquiú de Mirapeix (1). Tan corto

(1) Habiéndose ahogado su caballo en el río, tuvo que abrazarse á las piedras del pilar del puente permaneciendo allí toda la noche en tan incómoda postura por hallarse armado, hasta que fueron á descolgarle los realistas, ya entrado el día, subiéndolo prisionero á Almata donde tenía D. Pedro sus reales.

auxilio sirvió de poco á los sitiados, que no debían contar ya más que con sus propias fuerzas, pues el Rey, para evitar el paso por el río, dispuso formar una valla de estacas aguas arriba de la ciudad, y un puente de barcas, atadas con cadenas, aguas abajo, ejerciendo en ambos puntos gran vigilancia. Con esto crecieron los apuros de los defensores y tuvieron al fin que entregar la ciudad el 23 de julio, implorando la clemencia del monarca, no obstante lo cual fueron encerrados en varios castillos, viéndose largo tiempo privados de libertad por querer defender la de su patria.

1637. **Pérdida de Landrecies** (GUERRA CON FRANCIA).—Sitiada esta plaza por el cardenal de La-Valette, tuvo que capitular después de porfiada defensa, cuando la guarnición quedaba reducida á 250 hombres y 50 caballos.

Día 24.

1058. **Capitulación de Coimbra** (GUERRA CON LOS MOROS).—Después de la batalla de Atapuerca (V. 1.º SEPTIEMBRE), en la que murió el rey García II de Navarra, pasó Fernando I de Castilla y León á Lusitania, conquistó el fuerte de Cea, Viseo y Lamego, y se puso luego sobre Coimbra, cuyo cerco estableció en el mes de enero de 1058. Después de siete meses, capitularon los defensores el 24 de julio, quedando prisioneros ó cautivos 5.000 musulmanes, y el domingo siguiente, día 26, efectuó su entrada en la plaza el rey D. Fernando, acompañado de la reina doña Sancha y rodeado de los principales magnates y prelados del reino.

A este sitio y conquista de Coimbra se cree asistió D. Rodrigo Díaz de Vivar, llamado después el *Cid Campeador*, siendo esta la primera función de armas en que tomó parte, y según las crónicas, después que fué purificada y consagrada la mezquita mayor, le armó caballero en ella el monarca por mano de su hija la infanta doña Urraca.

1513. **Incorporación del reino de Navarra**.—El reino de Navarra, que fué una de las primeras monarquías que se formaron en la Península después de la invasión de los árabes, pasó á formar parte de hecho del reino de España con la ocupación de Pamplona por el duque de Alba, el cual tomó posesión de ella el 24 de julio de 1512, quedando incorporada definitivamente por solemne declaración de Fernando V en las cortes de Burgos el 15 de junio de 1515. Motivó dicho acto la oposición

de los reyes de Navarra, Catalina de Foix y Juan de Albret, noble francés con quien se había casado dicha princesa, á conceder paso franco por su territorio á las tropas españolas que en virtud de la llamada *Liga Santa* tenían que invadir el vecino reino por la Guyena, en unión de un ejército inglés que había desembarcado en Pasajes, por alegar Enrique VIII de Inglaterra ciertos derechos á la corona de Francia. No satisfechos todavía con esto los monarcas navarros, habían otorgado en Blois el 17 de julio anterior, un tratado de alianza ofensiva y defensiva con dicha nación, á cuya noticia llevó á cabo el duque de Alba la ocupación de Navarra, casi sin resistencia, con 6.000 infantes, 2.500 caballos y 20 piezas de artillería. La aproximación de estas fuerzas bastó para que Juan de Albret abandonase su reino, huyendo precipitadamente á Francia.

1574. · **Sitio de Leyden** (GUERRA DE FLANDES).—Situada dicha ciudad en terreno bajo y pantanoso cerca de la desembocadura del Rhin, tenía sus campos defendidos por numerosos diques que, además de contener las aguas, servían de calzadas ó comunicaciones entre unos puntos y otros. Encargóse al maestro de campo Francisco Valdés la expugnación de Leyden, frente á cuya plaza se presentó aquél el 24 de julio con los tercios de Romero, Viteli y Toledo, y la cercó completamente por medio de sólidas líneas reforzadas de trecho en trecho por fortines, cerrando por completo el paso á todo auxilio, con la esperanza de rendir á los sitiados por el hambre. Esta llegó á hacer grandes estragos en la población, pues en menos de dos meses fallecieron por dicha causa y por las enfermedades más de 10.000 personas, sin abatirse los valientes habitantes con tantos sufrimientos y penalidades, hasta el punto de contestar con estas memorables palabras á las intimaciones del caudillo español: *viveres no han de faltarnos mientras conservemos el brazo izquierdo; el derecho nos basta para defender la libertad.* Mas la dilación en dar el asalto permitió que los holandeses se preparasen debidamente para socorrer la plaza sitiada, de cuyos apuros tenían constantes noticias por palomas mensajeras. Apelando al recurso, tantas veces empleado después por unos y otros en esta larga guerra, de romper los diques, las aguas del Mosa, del Joel y aun del mismo Océano inundaron la campiña de Leyden y las llanuras de su contorno, y los sitiadores tuvieron que abandonar sus líneas, refugiándose en las eminencias del terreno, no sin hacer antes todos los esfuerzos imaginables para mantenerse en sus puestos, bien tratando de cerrar, aunque inútilmente, las aberturas hechas en los diques, ya levantando nuevos parapetos en que trabajaban á porfía oficiales y solda-

dos cavando la tierra, aun con sus mismas dagas y espadas v llevándola á donde era necesaria en sus petos y morriones. Extendida la inundación, apareció la armada enemiga compuesta de 150 bajeles (1) navegando por encima de los prados y tierras labradas á la altura de los tejados de las casas y de las copas de los árboles, espectáculo grandioso que demostraba la decisión de los rebeldes para conquistar su independencia. Empeñóse en varios puntos el combate, defendiendo los diques para detener el avance de la escuadra de socorro que con su artillería cañoneaba todos los puntos á donde no llegaba la inundación, hasta que rotos nuevos diques tuvieron forzosamente que retirarse los sitiadores el 14 de septiembre hacia Harlem y La Haya, después de enterrar la artillería, renunciando por entonces á la conquista de la plaza, que había podido ser abundantemente socorrida con víveres y municiones y reforzada su guarnición con 1.200 soldados. La retirada fué penosísima en medio de tantas dificultades, persiguiendo el enemigo á los nuestros, muchos de los cuales eran heridos por los holandeses desde sus buques con arpones, que manejaban con singular destreza, ó asidos otros con garfios de hierro atados á unas cuerdas largas, con cuyo aparato hacían presa en ellos. Esto, no obstante, pudieron llegar los españoles sin grandes pérdidas á La Haya, mientras en Leyden celebraban alborozados la llegada de sus libertadores.

Los soldados achacaron el mal resultado de esta empresa á Valdés por haber diferido el asalto, y atribuyéndolo infundadamente á soborno del enemigo, le redujeron á prisión, nombraron en seguida un *Electo* y marcharon sobre Utrecht, á donde el gobernador Requesens se apresuró á mandarles un comisario con las pagas que se les debían.

Episodio.—Entre los soldados cogidos de este modo debe hacerse mención especial de PEDRO CHACÓN, natural de Segovia, que se había distinguido ya en la batalla de Moock. Pertenecía á la compañía del capitán Borja, y después de salvar á un compañero acudía con otros á defender un puente cuando hicieron presa en el los holandeses con sus garfios, y chorreando sangre le arrojaron al fondo del lan-chón creyéndole medio muerto. Sin embargo, las heridas que había recibido el valiente español no eran de gravedad, y cuando al llegar la noche se entregaron la mayor parte de los enemigos al descanso, cogió Chacón un hacha que casualmente tenía á su alcance, y acometiéndoles de improviso dejó en un instante muertos á tres de ellos, con lo cual aterrizados los demás que, medio dormidos, se creían atacados por fuerzas superiores, se arrojaron á las aguas, quedando aquél dueño de

(1) Todos ellos eran chatos, sin quilla, y llevaban una ó dos piezas de bronce en la proa y seis más pequeñas en cada costado.

la barca con todo su contenido, algunas piezas de artillería, bastante cantidad de trigo, municiones y dos barriles de cerveza que sirvieron para celebrar el hecho. (1)

1595. **Batalla de Doullens** (GUERRA CON FRANCIA).—El duque de Bouillon y el almirante Villars acudieron con su ejército en socorro de Doullens, sitiada por D. Pedro Enriquez de Acevedo, conde de Fuentes. Este, al observar en la mañana del 24 de julio la presencia del enemigo, viendo que en los cuarteles españoles había cierta confusión por temor de que aquel cargara sobre el bagaje, dispuso recoger la impedimenta en la plaza de armas destinando á su custodia 2.000 infantes, y reforzar la guardia de las trincheras dejándola á cargo de Fernán Tello Portocarrero. El intento de los franceses era sólo hacer un alarde de fuerza para reconocer los trabajos del sitio, no debiendo atacar el campo de los españoles interin no se incorporase el duque de Nevers con el grueso de las tropas; pero observando el precipitado movimiento de los sitiadores atareados en abatir lonas y cargar carros como para retirarse, creyeron lo hacían así y levantaban el cerco, con lo cual, esperanzados de conseguir una fácil y brillante victoria, se dejaron llevar de su entusiasmo sin esperar la llegada de Nevers, emprendiendo inmediatamente el ataque. El enemigo avanzaba en dos cuerpos separados: la caballería (2) que era la que debía empeñar el choque, por la izquierda, y por la derecha 1.200 infantes escogidos en expectativa de un momento favorable para entrar en la plaza con 20 carros de municiones.

El conde de Fuentes se anticipó á sus adversarios saliendo á su encuentro con los jinetes de que disponía, muy inferiores en número, pues no eran más de 600, 300 en primera línea, que mandaba el mismo Fuentes, y otros 300 en reserva confiada á D. Carlos Coloma. Los hombres de armas del ala derecha cargaron bien, sin descomponerse; no así los ca-

(1) Pedro Chacón, que casó con una joven salvada por él en el asalto de Amberes, llegó á capitán de una compañía de su tercio; y habiendo enfermado gravemente á consecuencia de las muchas heridas que había recibido en la guerra, regresó casi en la miseria á su ciudad natal. Felipe II, enterado de sus hazañas, le empleó en las obras del Escorial, que estaban terminándose, dándole luego un modesto destino en el monasterio, y allí falleció de edad muy avanzada.

(2) Iba dividida en tres cuerpos: vanguardia, compuesta de 500 caballos corazas y hombres de armas, á cargo del almirante Villars; centro regido por Mr. de Sesseval y formado por 300 caballos picardos; y retaguardia (600 corazas) mandada por el duque de Bouillon y el conde de Saint-Pol. Los flancos de la columna iban cubiertos por arcabuceros á caballo y dragones.

ballos ligeros de la izquierda que volvieron grupas en desorden, incidente que trató de aprovechar Mr. de Sesseval lanzándose por la derecha en dirección de la ciudad para caer sobre el flanco de los españoles. Afortunadamente, comprendió el movimiento Coloma, y sin esperar orden alguna arremetió á Sesseval con sus 300 lanzas, con tanta resolución y denuedo, que más de cien franceses fueron derribados en tierra, huyendo los demás en todas direcciones. Mandó entonces el conde de Fuentes á D. Sancho de Luna que cargase por el flanco á Villars, el cual se había desordenado algún tanto persiguiendo á nuestros caballos ligeros, y pudiendo ya rehacerse éstos, á tiempo que se adelantaba nuestra infantería, fueron embestidos los jinetes enemigos por todas partes, consiguiendo arrollarlos y hacer en ellos un estrago cosiderable. El almirante Villars (1), Mr. de Sesseval, el mariscal Sissenay y otros distinguidos capitanes y caballeros principales fueron muertos; el duque de Bouillon y Saint-Pol se salvaron á uña de caballo con unos 500 de los suyos que no pudieron ser alcanzados; la infantería, completamente abandonada, trató de guarecerse en un bosque inmediato; pero no tuvo tiempo para ello y fué en su mayor parte pasada á cuchillo. Murieron en esta batalla más de 2.000 enemigos, y fueron hechos prisioneros tan sólo unos 50 nobles y 134 soldados de caballería, quedando en poder de los nuestros los carros de municiones y todo el bagaje. Los sitiados experimentaron también algunas pérdidas por haber hecho durante la batalla una salida, que fué rechazada.

1872. Combate de Sallent (GUERRA CARLISTA).—Incansable el coronel Arrando en la persecución de los carlistas, llegó á Calders (Cataluña) á las doce de la mañana del 24 de julio, y al saber que el cabecilla Castells debía de encontrarse en Sallent, prosiguió á Artés y luego á aquella villa á pesar del cansancio de sus tropas, dando vista al pueblo á las tres y media de la tarde. Después que el comandante de ejército, capitán de Estado Mayor, D. Cesar Villar hubo desalojado al enemigo de una altura

(1) Fué hecho prisionero por los tenientes Pedro de Sosa y Hernando Patiño, con los cuales estaban cuestionando el capitán Hernando de Salazar y el teniente del Vizconde de Toja, que habían llegado después y pretendían parte en el rescate, cuando acertó á pasar el comisario de guerra Contreras. Este dirimió la contienda haciendo que un soldado matase á sangre fría al almirante disparándole un pistoletazo en la sien. Contreras trató de disculpar su proceder diciendo que no estaba bien disputarse ni entretenerse con los prisioneros cuando no se había acabado todavía de vencer al enemigo.

de la derecha que dominaba las márgenes del Llobregat, por donde tenían que desplegarse las columnas de ataque, se formaron éstas con los 600 hombres de *Burgos* y de *Mérida* que constituían la fuerza liberal, mandadas por el mismo Arrando y por los jefes de dichos cuerpos Murga, Carrasco y Aguilar, penetrando por diferentes puntos en Sallent, de donde huyeron los carlistas en completa dispersión después de una débil resistencia, habiendo dejado en poder de las tropas algunos prisioneros.

Episodios.—Se distinguieron en el combate el capitán de cazadores de *Mérida* D. ELEUTERIO VARGAS quien con gran serenidad esperó á pie firme un grupo numeroso de fugitivos y cuando se pusieron á tiro de revólver les embistió á la bayoneta, cansándoles bastantes bajas; el soldado del mismo cuerpo PEDRO TORRES VILLOLDA el cual á presencia del jefe de la columna dió muerte dentro del río á cuatro enemigos, y el cabo de *Burgos* JOSÉ ARRANDO BALLESTER que al asaltar una casa, dió muerte á otro y rindió á tres á pesar de tener inutilizado su fusil. Otro soldado de *Burgos* siguió sólo, á medio tiro de fusil, por espacio de un cuarto de legua, al cabecilla Castells que se retiraba con la caballería y unos 150 infantes por la carretera hacia Balsareny.

1874. **Creación del 2.º regimiento de artillería de montaña.**—Fue organizado en Madrid por Real decreto de esta fecha con el nombre de *Tercer regimiento de montaña*; mas á la disolución del 2.º en 26 de diciembre de 1884 tomó la denominación de *Segundo*. Tiene actualmente su residencia en Vitoria.

Día 25.

1139. **Batalla de Ourique y separación de Portugal.**—El rey Alfonso VI de Castilla, para premiar los servicios prestados por el conde Enrique de Borgofía en las guerras contra los moros, le dió en matrimonio su hija Teresa y como dote las tierras de Portugal, con el título de condado, pero bajo la dependencia de Castilla; mas habiendo conseguido su hijo Alfonso Enriquez el 25 de julio de 1139 una gran victoria sobre los sarracenos en los campos de Ourique, sus soldados le aclamaron por rey en el mismo campo de batalla, empezando desde entonces á considerarse independiente de Castilla.

1581. **Desgraciado combate de Praya (CONQUISTA DE PORTUGAL).**—Conseguida la sumisión de Portugal por el duque de Alba, quedaban por reducir á la obediencia de Felipe II las islas Azores, que prevaliéndose del apoyo de Inglaterra se negaron á reconocer el nuevo orden de

cosas establecido en el continente. Sólo con objeto de limpiar las islas de corsarios y proteger la llegada de las flotas de América, mientras se aparejaba una expedición más numerosa, fué enviado á las Azores D. Pedro Valdés, general de la escuadra de Galicia, con cuatro naos grandes y dos pequeñas que conducían á bordo, á más de la correspondiente tripulación, 80 artilleros y 600 infantes. Llegó Valdés el 30 de junio á la isla de San Miguel, desde donde, considerando fácil, por las noticias adquiridas, alcanzar por sí la gloria de someter el archipiélago, y olvidando la misión que se le había encomendado, se dirigió á la Tercera y envió al corregidor de la villa de Praya una comunicación, invitándole en términos muy corteses á someterse. Mas viendo que no merecía tan siquiera contestación, se acercó á Praya el 18 de julio, cañoneando la villa, no sin recibir algún daño de sus baterías, y al amanecer del 25, día de Santiago, echó en tierra 350 hombres mandados por su hijo el capitán Diego de Valdés y don Luis de Bazán, sobrino del marqués de Santa Cruz, encargándoles tomasen á la carrera una altura próxima que dominaba la villa, y no se moviesen de allí hasta nueva orden. Así lo hicieron por de pronto los nuestros; sin embargo, animados con la facilidad que habían tomado la batería y rechazado á los que vinieron á defenderla, olvidaron á su vez las prevenciones recibidas y se internaron camino de Praya hasta llegar á un barranco donde fueron atacados por más de 2.000 hombres á pie y á caballo, á los que hicieron frente valerosamente, sosteniéndose bastante tiempo, hasta que un fraile de los enemigos imaginó el ardid de lanzar contra los españoles sobre 500 bueyes y vacas de los muchos que pastaban por allí, espantándolos con voces y pedradas. Los nuestros, arrollados por aquella masa de animales furiosos, fueron en seguida acuchillados sin piedad, muriendo más de 200, entre ellos los dos capitanes **Diego de Valdés** y **Luis de Bazán** y casi todos los alféreces y sargentos de las compañías (1). Los rebeldes hicieron gala de una inusitada crueldad mutilando los cadáveres de los españoles y haciendo bárbara ostentación de sus sangrientos despojos. Tan triste resultado tuvo la doble inobediencia del general y de sus capitanes: éstos pagaron con la vida su falta; aquél, además de verse castigado con la pérdida de su hijo y de su reputación, fué preso en Lisboa por orden del Rey, encerrado en un cas-

(1) El verdadero origen del desastre fué el haberse dispersado la gente para entregarse al pillaje. En medio del destrozo, un arcabucero alemán, armado con una espada y un español con una alabarda vendieron caras sus vidas quitándosela antes á unos 50 enemigos. Así lo refiere un soldado alemán de las compañías de su nación que tomaron parte en las jornadas de las Azores, llamado Erich Lassota von Steblau (Fernández Duro, *La conquista de las Azores*)

tillo y procesado; pero obtuvo después el indulto en consideración á su valor y á sus anteriores servicios.

1797. Gloriosa defensa de Santa Cruz de Tenerife (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA)—Después de su infructuoso ataque á Cádiz, trató el célebre Nelson de dar un golpe de mano sobre las islas Canarias, á cuyo efecto se presentó delante de la capital con cuatro navíos é igual número de fragatas, cuyos buques reunían un total de 400 cañones. El día 22 de julio amagó una tentativa de desembarco por la playa de Valle-Seco, aunque inútilmente; sin embargo, á las dos de la madrugada del día 25 embarcóse con 1.500 hombres en las lanchas cañoneras de la escuadra, contando sorprender la población. Aproximóse sigilosamente á tierra, y aunque fueron descubiertos los enemigos á tiro de cañón del muelle, comenzando las baterías españolas á hacer un fuego muy nutrido, á consecuencia del cual fueron echadas á pique dos de las lanchas, ahogándose cuantos en ellas iban; las fuerzas restantes consiguieron ganar la playa por dos puntos distintos. Mas había cundido ya la alarma, y las campanas todas de la ciudad, tocando á rebato, convocaban á sus fieles habitantes á defender el suelo de la patria contra la invasión extranjera. Imposible ya la sorpresa gracias á la extremada vigilancia del general gobernador D. Antonio Gutiérrez, atacaron los ingleses sin rebozo, Nelson de frente con una columna, arrojando el vivo fuego de cañón y de fusil que le hacían los defensores, mientras otra columna lograba penetrar por las calles, llegando hasta la Plaza Mayor, cuya ventaja sólo sirvió para hacer más glorioso y completo el triunfo de nuestras armas. La guarnición, muy escasa, y los leales y valientes isleños acudieron de todas partes á hacer frente al enemigo, empeñándose una lucha sangrienta en la que unos y otros rivalizaron en denuedo y heroísmo; pero mal herido Nelson por una bala de cañón que le llevó el brazo, tuvo que ser retirado del combate; su segundo, Andrews, fué igualmente herido; murió el capitán Bowen con otros varios jefes y oficiales, y siendo muy grandes las pérdidas experimentadas por las tropas británicas, comprendieron ya tarde la temeridad de su empresa. Sin poder avanzar ni retroceder, se vieron pronto envueltas por todas partes, y haciéndose de todo punto imposible la retirada, tuvieron que pedir y obtuvieron una capitulación decorosa, con mejores condiciones que las que tentan derecho á esperar, pues se les permitió reembarcarse, empeñando, á nombre de Inglaterra, formal promesa de no volver á atacar aquella isla, ni ninguna de las Canarias, en todo el curso de la guerra.

Conseguida tan brillante victoria, el valiente Gutiérrez la enaltecíó con

su noble y generoso proceder, pues suministró á Nelson cuanto se creyó necesario para su curación, hizo asistir con todo esmero á los heridos que quedaron en los hospitales y permitió á las tripulaciones surtirse de víveres y de todos los recursos indispensables para reembarcarse. Los ingleses, confundidos por tanta generosidad, no menos que por el vencimiento, abandonaron las aguas de Santa Cruz de Tenerife, habiendo perdido en tan desastrosa empresa unos 600 hombres. Los vencedores conquistaron tan insigne triunfo con sólo sesenta bajas entre muertos y heridos (1).

1811. **Defensa de Montserrat** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El general Suchet, elevado después de la conquista de Tarragona á la alta dignidad de mariscal de Francia, pensó en desalojar á los españoles de la montaña de Montserrat, que habían fortificado, conservando además en Cataluña el castillo de Figueras, estrechamente bloqueado por el mariscal Macdonal, Cardona y la Seo de Urgel. Dicho punto, conocido en toda España por su singular estructura, con sus escarpadas rocas, sus torrenteras y sus elevados picachos, como también por sus célebres monasterio y santuario, constituía un excelente refugio para los somatenes, que caían desde aquellos riscos sobre las columnas enemigas que se aventuraban por los caminos de sus inmediaciones. Fortalecida dicha posición con algunas obras de defensa y baterías avanzadas, habíase refugiado allí la Junta del Principado, que se apresuró á abandonar la montaña cuando la pérdida de Tarragona, temiendo muy fundadamente fuese atacada por los franceses, y se trasladó á Solsona con el general D. Luis Lacy, nombrado para suceder al marqués de Campoverde, desacreditado éste en la opinión pública por no haber tratado de salvar aquella plaza. El nuevo caudillo se dedicó á rehacer su ejército, despidió á bastantes oficiales por ser excesivo su número (2) y encomendó al barón de Eroles la defensa de Montserrat, con unos 3 000 hombres á lo sumo.

(1) En el Museo de artillería se conservan como trofeos de esta memorable jornada un cañón de bronce (señalado con el núm. 3) cogido á los ingleses y una de las escalas que llevaban para el asalto (núm. 1.250)

(2) El mismo día que Suchet atacaba á Montserrat, emprendían la marcha dichos oficiales con 500 caballos y otros soldados desmontados, á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca. Faldeando los Pirineos, tuvieron que vadear ríos perseguidos por las guarniciones de los puestos inmediatos, y llegaron el 5 de agosto á Luesia donde tuvieron que dispersarse, reuniéndose de nuevo en Eibar, y con las guías que les dió Mina fueron á cruzar el Ebro el 12 consiguiendo al fin incorporarse al ejército de Valencia después de tan largo rodeo, efectuado en una marcha admirable y prodigiosa de 186 leguas.

Suchet reunió el 24 de julio en las cercanías de dicho punto casi todas sus fuerzas, y temprano, en la mañana del 25, emprendió el general Abbé el ataque por el camino que de Casa-Masana conduce al monasterio, apoyándole el general Maurice-Mathieu, gobernador de Barcelona, empeñado el combate para apoderarse de las baterías y cortaduras abiertas en la roca que cubrían dicha avenida, se sostuvieron bien los nuestros sin que los contrarios lograsen adelantar un paso; mas habiéndose encajado por la montaña algunas tropas ligeras, acribillaron con su mortífero fuego á los artilleros, que se mantuvieron, no obstante, valientes y serenos en su puesto, hasta perecer casi todos, entre ellos el teniente del cuerpo **D. Francisco Brias**. Vencida la principal dificultad, avanzaron los franceses hacia el monasterio, flanqueados por sus ágiles tiradores, que desde los altos molestaban en gran manera á los defensores del edificio, los cuales siendo cortos en número para tantos enemigos como les acometían, no fue difícil á éstos enseñorearse del convento, que abandonaron los españoles, salvándose casi todos por las asperezas del terreno, bien conocidas de ellos.

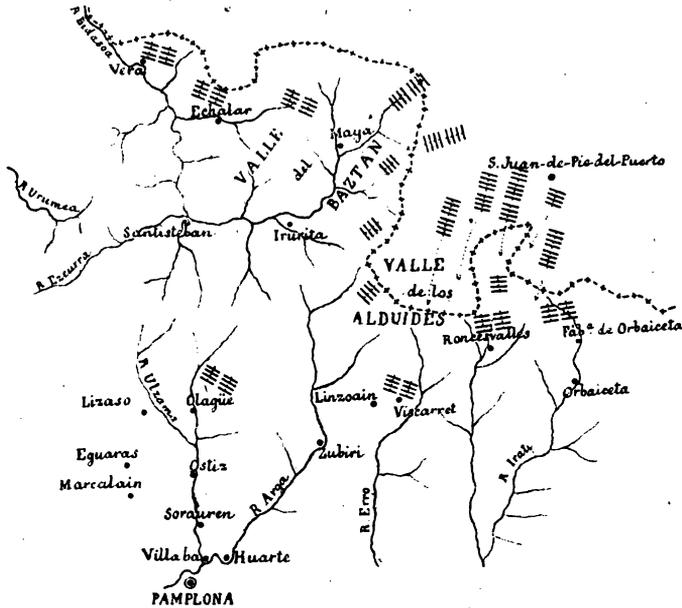
Dejó Suchet en Montserrat al general Palombini con su brigada y alguna artillería, cuya fuerza no tardó en ser molestada, causándole don Ramon Mas, con sus somatenes, la pérdida de 200 hombres.

1813. Batalla de Sorrauren ó de los Pirineos (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Enojado el emperador Napoleón con lo sucedido en Vitoria, cuyo desastre atribuyó á impericia del rey José y de su mayor general el mariscal Sourdan, destituyó á ambos por decreto de 1.º de julio, fechado en Dresde, y nombró en su lugar al mariscal Soult con el título de lugarteniente general. Así terminó el pobre monarca intruso, de un modo tan poco airoso, su efímero reinado en España.

Soult tomó el 12 de julio, en San Juan de pie del Puerto, el mando de los ejércitos franceses, llamados del Norte, Portugal, Mediodía y Centro, que refundió en uno sólo, denominándolo ejército de España, dividido en tres cuerpos de tres divisiones cada uno, á las órdenes el de la derecha del conde de Reille, el del centro á las de Erlon, y el de la izquierda á las de Clausel, con otro cuerpo de reserva, mandado por el general Villatte, dos divisiones de caballería pesada, regidas por Tilly y Treillard, y otra ligera confiada á su hermano el general Soult. Expidió el nuevo caudillo el 23 de julio una jactanciosa proclama, y reunidas el día siguiente junto á San Juan de Pie del Puerto casi todas sus fuerzas, emprendió las operaciones para hacer levantar el bloqueo de Pamplona, acometiendo Soult con 33.000 hombres por el lado de Roncesvalles, al paso

que el conde de Erlon lo hacía por la parte de Maya con otros 13.000.

Las estancias de los aliados eran las siguientes. La brigada inglesa Wing, con la división española de D. Pablo Morillo, en la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles, sostenidas dichas fuerzas por la 4.^a división británica (Cole) situada en Viscarret. En el centro, que mandaba el general Hill, frente de la 2.^a división inglesa, y la portuguesa del



Julio 25.—Batalla de Sorrauren ó de los Pirineos.

conde de Amarante, cuyas tropas se extendían por el valle del Baztan, con la brigada Campbell en los Alduides; la izquierda, constituida por las divisiones ligera y 7.^a, se acantonaba en la altura de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar, apoyadas unas y otras fuerzas por la 6.^a división inglesa. La reserva, formada por la 3.^a (Picton), se hallaba apostada en Olagüe. Mantenía además las comunicaciones de estas tropas con el 4.^o ejército español, situado en Guipúzcoa, la división de D. Francisco Longa.

Trabóse la refriega el 25 por la mañana, siendo aquella afortunada para los franceses, pues los aliados tuvieron que replegarse más á retaguardia, pasando á situarse los de la derecha en Linzoain y cercantías de Zubiri, y las del centro á Irurita. El regimiento de *Leon*, mandado por

su teniente coronel Aguiar, defendió largo rato y con brío la fábrica de municiones de Orbaiceta. El movimiento retrógrado de los aliados, empujados por Soult, continuó en los días siguientes 26 y 27, deteniéndose en sitio acomodado para cubrir la capital de Navarra, con cuyo objeto se estableció la derecha en frente de Huarte y en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, sostenida por el ejército español de Andalucía, á las órdenes del conde de La Bisbal, quien dejó solo frente á Pamplona, sosteniendo el bloqueo, á D. Carlos de España con 2.000 hombres (1). Soult tomó posiciones en los montes que se extienden desde Ostiz á Zubiri, y acometió el mismo día á los nuestros; pero fueron inútiles sus tentativas para apoderarse de una eminencia de la derecha, defendida gallardamente, á presencia de lord Wellington, por el regimiento español de *Pavía* que mandaba su coronel D. Francisco Moreda, el del *Príncipe*, á las órdenes del teniente coronel D. Javier Llanas, uno portugués y otro inglés: sólo consiguió ocupar á Sorauren, en el camino de Ostiz. El día 28 se renovó el combate, que se hizo general, y después de varias alternativas vióse el mariscal francés rechazado en todas partes, empezando á perder la esperanza de socorrer á Pamplona, por lo cual se apresuró á enviar cañones, heridos y casi todo el bagaje camino de Francia, en previsión de tener que retirarse.

El caudillo imperial, desistiendo ya de su primitivo objeto al ver que las fuerzas que mandaba Hill se habían aproximado el 29 á donde estaba Wellington, dándose la mano con las anteriores por Lizaso y Marca-lain, discurrió aprovechar la ocasión para socorrer á San Sebastián, y trató de abrirse paso por el camino de Tolosa, abrazando y ciñendo la izquierda de los aliados; pero advirtiendo lord Wellington en la mañana del 30 dicha maniobra, comprendió al instante la intención del enemigo, y sin pérdida de tiempo determinó atacarlo, como lo efectuó resueltamente, con tal acierto y vigor, que Soult se vió obligado á abandonar sus estancias. El general inglés acudió entonces en auxilio de su izquierda, donde el conde d'Erlon había conseguido alguna ventaja sobre Hill, el cual se había visto obligado á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Eguarás, y así, en retirada general los franceses, volvieron á situarse los aliados en la tarde del 1.º de agosto en las mismas posiciones que ocupaban ocho días antes al empezar Soult sus operaciones.

Ambos caudillos maniobraron con singular maestría y destreza en

(1) Al saber la guarnición de Pamplona la aproximación de Soult hizo una salida con grandes demostraciones de júbilo atacando al general D. José Aymerich, cuyas fuerzas se desordenaron perdiendo algunos cañones; por fortuna acudió don Carlos de España y repelió á los franceses haciéndoles volver á encerrarse á la plaza.

esta serie de movimientos y combates, habiendo costado á los aliados 6.000 bajas y más de 8.000 á los franceses.

Día 26.

1510. **Conquista de Trípoli.**—Después de la toma de Orán y de Bugía, se dirigió Pedro Navarro con todo el ejército y armada sobre Trípoli, que era entonces una de las plazas marítimas más fuertes de Berbería. Los moros hicieron allí una resistencia vigorosa y obstinada, peleándose por una y otra parte con una tenacidad y furor imponderables, y hasta con desesperación por parte de los infieles, pues asaltada la ciudad, no hubo torre, mezquita, plaza, calle ni edificio alguno en que no se combatiera á muerte, recibéndola heroicamente la mayor parte de los defensores, á costa de las vidas de muchos caballeros y nobles cristianos. La moruna plaza quedó sometida á las armas españolas el 26 de julio de 1510.

1582. **Combate naval de las Terceras (CONQUISTA DE PORTUGAL).**—Refugiado en Francia el infante D. Antonio, Prior de Ocrato, logró organizar una armada respetable de 60 naves en las que se embarcaron gran número de nobles y aventureros franceses y portugueses, tomando el mando de ella Felipe Strozzi, quien hizo rumbo hacia las islas Azores ó Terceras, que se conservaban fieles al pretendiente á la Corona de Portugal, á excepción de la de San Miguel, guarnecida ya por fuerzas españolas. Estas, en número de 500 hombres castellanos y vascongados puestos á su frente los capitanes **D. Lorenzo Noriega** (1) D. Juan del Castillo y D. Martín Alfonso de Melo, se defendieron valientemente del enemigo, que se presentó en la isla el 20 de julio, negándose aquellos á entregar la fortaleza, si bien, herido mortalmente el primero en la salida que llevaron á cabo los españoles, falleció de sus resultas.

Al saberse que se hallaba ya en la mar la armada francesa, se apresuró á salir de Lisboa el 10 de julio con 27 naos grandes y medianas y algunos pataches pequeños de aviso D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz y capitán general de la Armada, arbolando el estandarte real en el galeón *San Martín*; en Cádiz se había armado un segundo cuerpo de 20 naos gruesas mandado por Juan Martínez de Recalde, que debía incorporarse á aquel; pero reinando ponientes duros, fueron dispersados los buques por el temporal y su incorporación no pudo efectuarse oportunamente, por lo cual se encontró solo el Marqués con sus escasas

(1) En otras relaciones se le llama D. Lorenzo de Noguera.

fuerzas frente á las considerables y muy superiores de D. Antonio. Abordó el célebre marino á la isla de San Miguel fondeando en Villafranca el 22 de julio, y no teniendo cabida el temor en su ánimo esforzado, en lugar de esquivar el combate, como podía, hasta la llegada de Recalde, contestó sin dilación con un cañonazo al que como reto le disparó la capitana enemiga, izando al mismo tiempo en la suya su bandera de combate. Durante los días 23, 24 y 25 maniobraron dichas armadas desde las islas de San Miguel y Santa María respectivamente para ganarse una á otra el barlovento, hasta que por fin vinieron los contendientes á las manos con tremendo empuje en la mañana del jueves 26 de julio. La armada de España, estrechamente unidos todos sus buques y formando su frente, á modo de cuña, un arco convexo hacía la enemiga, con algunas naves á retaguardia en reserva, esperó la acometida de la contraria, que situada á barlovento, y valida de su superioridad, prolongó imprudentemente su línea pretendiendo envolver con sus alas á la nuestra. Inició la batalla el galeón *San Mateo*, donde iban el ínclito maestre de campo general don Lope de Figueroa, y el veedor de la armada D. Pedro de Tassis, pues habiéndose apartado demasiado de la línea por ser muy ligero de vela, fué embestido repentinamente por la capitana y almiranta francesas y otros tres galeones ingleses, entablándose desigual pelea, una de las más heroicas y gloriosas que registran los anales de la marina (EPISODIO I). Generalizado ya el combate, se sostuvo con el mayor empeño alrededor del *San Mateo*, mientras D. Alvaro de Bazán acudía con su capitana á donde era mayor el apuro, destrozando de paso con certeras descargas á cuantas naves se le oponían, sin perder de vista con admirable serenidad y sangre fría todos los detalles de la lucha; y observando que la capitana de Strozzi se desembarazaba del *San Mateo*, la abordó por una banda, haciéndolo al mismo tiempo por la otra el capitán Sebastián de la Bastida con la nave *Catalina*, con tanto ímpetu ambas, que á pesar de pelear valientemente la capitana de Francia y renovar su gente con otra de refresco, habiendo llegado á 800 hombres el número de los que sucesivamente defendieron su cubierta, tuvo que rendirse antes de una hora, dejando sobre aquella, tefida completamente en sangre, más de 400 muertos, y se hicieron todavía 380 prisioneros; el galeón *San Martín* tuvo sólo 15 muertos y 70 heridos, con bastante destrozo en el casco (EPISODIO II). No fué más afortunada la almiranta enemiga, en que arbolaba su insignia el conde de Brissac, pues en cuanto se separó del *San Mateo* fué acometida por D. Miguel de Oquendo con su nave, acertando ésta á matarle en la primera descarga 50 hombres de los que estaban prevenidos para el abordaje; así que, desconcertada ya la gente, no se demoró mucho su vencimiento (EPISODIO III).

No se distinguieron menos otras naves. El capitán **Joanot de Villaviciosa** (1) fué de los primeros que acudió en auxilio del *San Mateo* y abordó, una tras otra, con la nave *Maria de Guipúzcoa* á dos enemigas, teniendo en la suya 45 muertos y 52 heridos, y él mismo halló en la última fin glorioso, con lo cual se exasperaron tanto sus soldados que entrando en la francesa pasaron á cuchillo la gente, sin perdonar á nadie. La urca *San Pedro*, en que iba D. Francisco de Bobadilla, se vió acometida de cuatro francesas que iban al abordaje, y á la primera maltrató en grado tal que imponiendo respeto á las demás se retiraron. El capitán D. Cristóbal de Eraso á pesar de tener desarbolada su nave no se dejó aferrar, teniendo en respeto con los cañones á los que se le aproximaron. En los escritos de la época se citan también, por haberse distinguido, los capitanes Miguel de Menesa, D. Miguel de Cardona, Pedro Pardo, Juan Chacón, Alvaro Borragán, D. Juan de Vivero, Luis de Guevara, D. Miguel de Córdoba, Cristóbal de Paz, Felipe Cerón, Pedro de San Estéban, Diego Colona, Diego Suarez de Salazar y Juan de Balaños, teniente general de la artillería.

El desgraciado suceso de su capitana y de su almiranta sirvió de señal para que se pusiesen en fuga y dispersaran todos los barcos franceses que no estaban empeñados en el combate; de modo, que al anochecer, después de cinco horas que duró la pelea, quedó por los nuestros la mar, cubierta de despojos, sin que se persiguiese á los contrarios por la falta de gente que obligó á echar á pique aquella noche las presas hechas, menos la capitana, conservada como trofeo de la memorable victoria conseguida (2). Los enemigos perdieron diez naves grandes y en ellas sobre 1.300 muertos, no contando los que tendrían las fugitivas. Quedó herido de gravedad de un arcabuzazo, y murió á las pocas horas en la capitana española, el general francés Felipe Strozzi, y también más adelante el portugués conde de Vimioso, que había recibido varias heridas; murieron del mismo modo en la batalla Mr. de Beaumont, maestre de campo general, con otros oficiales superiores. Las bajas de los españoles ascendieron á 224 muertos y 553 heridos, contando entre los primeros, además del capitán **Villaviciosa**, ya nombrado, el capitán **Miguel de Era-**

(1) Era natural de Lezo, y le llamaban *el Viejo* porque tenía más de ochenta años y aspecto venerable por su barba blanca y larga hasta el pecho.

(2) Con ella entró el Marqués de Santa Cruz triunfalmente en el puerto de Lisboa el 15 de septiembre, á presencia del Rey, la Emperatriz, el archiduque Alberto, la princesa Margarita y toda la corte. Dicha nave, llamada *San Juan Bautista*, se dió luego al través por inútil, depositando dos fanales de ella en la Armería Real de Madrid donde se conservaron hasta el incendio ocurrido en 1884.

so, **D. Rodrigo de Segura**, el sargento del capitán **Menesa**, y los que se citan en los episodios.

El marqués de Santa Cruz, queriendo hacer un escarmiento ejemplar, considerando que la armada enemiga había venido de Francia, cuya nación estaba en paz con España, hizo juzgar como piratas á los 389 prisioneros, siendo condenados á muerte todos los mayores de diecisiete años; y en cumplimiento de la sentencia, fueron degollados en público cadalso el 1.º de agosto en la plaza de Villafranca 80 caballeros, y ahorcados los marineros y soldados por los alrededores de la villa y en las antenas de los navíos.

Episodios.—I. Dicho galeón, de 600 toneladas, tenía 26 ó 30 cañones de bronce distribuidos en dos baterías alta y baja, con 250 hombres entre marineros y soldados, que se repartieron convenientemente, poniéndose tiradores escogidos en las gavias. Acometido por cinco naves enemigas, todas del mismo ó mayor porte de artillería, de las cuales la capitana francesa lo abordó por babor, la almiranta por la banda opuesta y los tres restantes lo batieron por la popa y aleta, aunque sin aferrar como los otros, sostuvo desigual combate por más de dos horas, disparándose la artillería á boca de jarro y batiéndose al arma blanca, lo que produjo una verdadera carnicería por una y otra parte, sin dar los nuestros muestra alguna de desaliento, antes al contrario, pues tuvo **D. LOPE DE FIGUEROA** que decir á voces á sus capitanes que mataran al que intentara entrar en la capitana de Strozzi por quedarle ya muy poca gente para defender su barco de tantos enemigos. Socorrido al fin el glorioso *San Mateo*, desferráronse las naves contrarias, muy maltratadas, habiendo recibido la española en su casco más de 500 balas de cañón, y quedado como una boya, sin jarcias, ni velas y con 40 muertos y 70 heridos á bordo. Entre los primeros se contaron el capitán **Jusepe de Talavera**; el capitán de artillería **Enriquez** encargado de la batería de debajo cubierta; **Alonso Rodríguez de Figueroa**; **D. Francisco Ponce de León**; el alférez **Arguellada**; **Alonso de Ulloa**; **Rodrigo de Talavera** y el sargento del capitán **Rosado**; y entre los heridos **D. Pedro de Tassis**, veedor general; **D. Godofre de Bardají**; **Gaspar de Sosa**; **D. Félix de Aragón**; **Juan Fernández Galindo**; los capitanes **Rodavalle**, **Villalobos** y **Rosado**; **Lope Gil**, ayudante de Sargento mayor de artillería, que mandaba la batería alta; los alféreces **Hernando de Medinilla**, **Francisco de Villarreal** y **D. Gonzalo de Carvajal**, que lo era del maestre de campo **D. Lope de Figueras**; el piloto **Bastían Gómez**; los sargentos **D. Pedro de Luna**, de dicho maestre de campo, **Rojas**, **Espeleto** y **Fuentes**, y el soldado **Alonso Pérez de Vallejo**, que se distinguió entre todos. (1)

(1) Fué muy de notar el contraste entre el heroísmo de aquellos valientes españoles y el terror que demostró el capellán del tercio de Figueras **Juan de Jaen**. Hallábase éste en el fondo de la bodega al cuidado de los heridos y moribundos, en sitio por lo tanto relativamente seguro y resguardado de las balas, y debió sin embargo, ser tal el espanto que produjo en su ánimo el fragor de la pelca que oía por arriba,

II. Se disputaron la gloria de haber derribado y cogido el estandarte real flor-delizado de la capitana de Francia, JUAN DE SEVILLA, marinero, que perdió un brazo; JUAN DE ESCÓRZA, marinero también y el piloto MIGUEL DE ARIZABALO, natural de Lezo, que tuvo que sufrir del mismo modo la amputación de un brazo, y probó mejor su derecho al trofeo, obteniéndolo y colgándolo de la iglesia de su pueblo, además de otra recompensa que el Rey le concedió. (1)

También se disputó la prisión del general Strozzi; unos la atribuyen al aventurero italiano, coronel Mondenaro y otros al soldado español Alonso Pérez.

III. Abordada la almiranta francesa por la nave de D. Miguel de Oquendo, aunque una y otra se iban sumergiendo lentamente por los balazos que habían recibido, calculó Oquendo que había de llegar la noche y el termino del combate antes que la cantidad de agua que entraba la pusiese en peligro y no quiso se picara la bomba para que no se alarmase su gente, antes bien, no dando importancia alguna al suceso, la lanzó sobre el alcázar de la contraria, arrancó las banderas é insignias francesas que guardó para trofeos de su linaje, y tomó algunos prisioneros, apartándose luego de aquel bajel que por momentos se iba á fondo, con lo cual pudo abandonarlo también el conde de Brissac trasbordando á otro de los suyos.

1583. **Segunda jornada y reducción de las Azores** (CONQUISTA DE PORTUGAL).—No habiendo podido conseguir Felipe II la sumisión de los rebeldes de las Azores ó Terceras por la pública persuasión á pesar de la derrota causada á la armada francesa en el combate naval anterior, tuvo que apelar necesariamente á la fuerza de las armas, disponiendo una segunda jornada contra dichas islas. La expedición, compuesta de cerca de cien naves de diferente porte, con 6.500 marineros y 8.800 soldados de los tercios de D. Lope de Figueroa, D. Francisco de Bobadilla, don Juan de Sandoval y algunas compañías de portugueses, italianos y alemanes, y que con los 2.600 del tercio que había en San Miguel, componían mas de 11.000 hombres de desembarco, salió de Lisboa el 23 de junio, y en la primera quincena de julio fondeó toda ella en Villafranca y Punta-Delgada, embarcó el tercio de Agustín Iñiguez, la artillería de batir y otros pertrechos; y el 19 navegaba ya de nuevo en dirección á la Tercera. Ejercía el mando en jefe de la expedición el marqués de Santa Cruz, formando su plana mayor general y consejo los generales de mar D. Cristó-

que quedó muerto repentinamente sin poder pronunciar palabra alguna, embargado por el miedo.

(1) Merece citarse en este lugar la hazaña señalada que llevó á cabo un alférez francés del enemigo. Cuando vió la batalla perdida y que era entrado su navío por los españoles, fué á colocarse á proa y envolviéndose en su bandera, se arrojó decidido dentro del mar para que aquella no viniese á nuestras manos.

bal de Eraso y Juan Martínez de Recalde; los de tierra D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina; D. Pedro de Padilla, capitán general de Orán, y D. Lope de Figueroa, maestre de campo general; el veedor D. Jorge Manrique, el auditor Cristóbal Mosquera de Figueroa, y el administrador del Hospital Juan de Benavides y Bazán, canónigo de Salamanca. Los rebeldes habían fortificado bien la isla durante los tres años que estuvieron desafiando el poder de Felipe II, levantando hasta 31 fuertes unidos por trincheras para defender todos los sitios accesibles, y tenían armados unos 9.000 hombres del país, á más de 3.000 soldados franceses á las órdenes de Mr. de Chatres, que había llevado dicho refuerzo con 14 navios armados y 100 piezas de artillería gruesa destinada á las fortificaciones. La armada española llegó el 23 de julio á la vista de la ciudad de Angra, capital de la Tercera; y reconocida la costa, se eligió para el desembarco una caleta, pequeña y mala, y como tal peor defendida, llamada *Das Molas*, a mitad de la distancia que hay entre Angra y Praya, poblaciones principales de la isla, donde se encontraban las fuerzas más numerosas del enemigo. A las dos de la madrugada del 26, mientras algunas galeras cañoneaban la villa de Praya, arrancaron las galeras, remolcando cada una un rosario de lanchones y barcas atestadas de gente para echar á tierra de primera intención 4.000 hombres, dirigiendo la operación, arriesgada y difícil, Recalde y Oquendo, con tal previsión y acierto, que al notarse la primera claridad precursora del día, atracaban á la playa las embarcaciones, siendo de notar que según Mosquera, testigo presencial, el primero que se echó al agua por haber encallado el bote, fué el alférez Francisco de la Rúa con su bandera, siguiéndole el capitán Luis de Guevara, y luego el soldado Rodrigo de Cervantes, hermano del ilustre manco de Lepanto, por más que otros historiadores suponen siguieron á Francisco de la Rúa, Diego González, portugués, Retache, marinero vizcaíno, y los soldados Castellolín y Pedro Lagarto. El marqués de Santa Cruz, embarcado en una galera, animaba con la voz y el ejemplo el esfuerzo general en tomar brevemente tierra (EPISODIO I), y al hacerlo él se postró de rodillas para dar gracias á Dios, encendiendo el brío de los asaltantes con el grito de *¡Santiago y España!* Las trincheras fueron acometidas con gentil denuedo y subieron á ellas con pasmosa agilidad el capitán Antonio de Pazos y algunos soldados, viéndose tremoladas á la par en lo alto de las posiciones enemigas las banderas de los alféreces Alonso de Jerez, natural de Málaga, y Jaramillo. Murieron de los primeros los capitanes **Pedro Rosado** y **Onofre Bernegal**, hidalgo valenciano; resultando heridos el susodicho Pazos, Pedro de Santistéban, Manuel de Vega, Félix de Aragón, que mandaba los aventureros portugueses, Antonio Serrano, Miguel Coja, caballero na-

politano, D. Cristóbal Nieto y otros oficiales. Acudió presuroso el enemigo de todas partes al lugar del desembarco; pero los nuestros se habían hecho ya fuertes en las posiciones conquistadas, y en tierra la segunda barcada, continuó todo el día el combate, habiéndose distinguido en la vanguardia con las primeras mangas de arcabuceros D. Pedro de Toledo y D. Pedro de Padilla. La resistencia de franceses y portugueses fué ya muy débil al día siguiente; y arrollados en toda la línea, corrieron á refugiarse en las montañas de Guadalupe, entrando después del mediodía los españoles en Angra (1), que fué entregada al saqueo durante tres días en castigo de su rebeldía; y cogido el 4 de agosto el gobernador Manuel de Silva, partidario furibundo de D. Antonio, por el soldado Pedro Sanchez, le fué cortada la cabeza por mano del verdugo el 8 de agosto, como á otros diecinueve de sus secuaces (2), uno de ellos Mateo Díaz Pilatos, que había hecho alarde de haber cenados hígados de castellano cuando la rota de Pedro de Valdés (V. 25 JULIO). Chatres y sus tropas no tardaron en capitular, rindiendo el 3 de agosto las armas y banderas 2.200 franceses y 1.800 portugueses, sin otra condición que la de conservar las vidas, como se cumplió religiosamente. Los nuestros se apoderaron de 31 buques del enemigo y más de 300 piezas de artillería, entre las de los barcos y fuertes.

Quedaban por reducir las demas islas, de las cuales la del Fayal era la más importante, por tener también guarnición extranjera y fuertes bien artillados. Salió contra ella don Pedro de Toledo con 1.500 soldados españoles, los más del tercio de don Agustín Iñiguez de Zarate y una compañía de alemanes, tocando primero en las de San Jorge y el Pico, y avisada aquella el 31 de julio, envió á tierra al portugués Gonzalo Pereira para ver de que cesasen los rebeldes en su actitud. Mas el gobernador

(1) Durante la marcha murieron asfisiados tres peones á pesar del aguacero que refrescó algún tanto la atmósfera; en cambio D. Gaspar de Castilla, hijo del señor de Gor, al llegar á la ciudad y tratar de saciar su sed, murió en el acto víctima de su intemperancia.

(2) Cuando el Rey envió á la isla Tercera, para negociar la avenencia y sumisión, á dos comisarios portugueses, fueron éstos traidores á la causa de España, denunciando al gobernador Manuel de Silva como adictos á Felipe II, á Francisco Gil y Melchor Alfonso. Ambos fueron ajusticiados, sufriendo antes el segundo cruel tormento, pues le hicieron calzar unos zapatos de cuero bañados en aceite, raidas las plantas de los pies, llagándose las luego al fuego; después se le arrastró é hizo cuartos, poniendo la cabeza dentro de una jaula de hierro en la plaza, al lado del reloj, diciendo el gobernador: *Quitarse ha de la jaula esa cabeza cuando se ponga la mía*; cuya profecía tuvo exacto cumplimiento.

Antonio Guedes de Sousa, mató por su mano al parlamentario. y entonces desembarcaron en la noche del 2 de agosto nuestras tropas en un sitio llamado las Feiteras, viniendo á las manos con el enemigo al romper el día, decidiendo la victoria, después de varias alternativas (EPISODIO II), el capitán Juan Fernández de Luna que subió por el flanco de la posición con una manga de mosqueteros. Los franceses, en número de 400, rindieron la fortaleza y con ella 16 piezas de artillería, las armas y banderas. Preso el gobernador portugués, fué castigado cortándole primero la mano derecha, y ahorcado después en el mismo palo que tenía destinado á los soldados que cogiera.

Las islas del Cuervo y Graciosa no opusieron resistencia.

Sometidas de este modo las Azores, dejó el marqués de Santa Cruz como gobernador de ellas á Juan de Urbina con una guarnición de 2.000 hombres, y tomando el 17 de agosto la vuelta de España, entró en la bahía de Cádiz, el 13 de septiembre, en el galeón *San Martín*, adornado con los trofeos conquistados (1) y seguido de toda la armada, después de un viaje tormentoso que puso á prueba la pericia del insigne marino. Llamado D. Alvaro de Bazán por el Rey, le recibió en medio de toda la Corte, mandándole cubrir en su presencia como Grande de España, y le dió el cargo de Capitán General del Océano, con otras mercedes á los que tan bizarramente pelearon bajo sus órdenes.

Episodios.— I. Cuando se iba aproximando á tierra, una bala de cañón llevó la cabeza al timonel. Entonces, dirigiéndose el Marqués al piloto mayor le dijo: *¡Arranca. arranca!* mostrándole la playa. *Señor*, contestó el piloto, *estamos muy cerca; nos van á echar á fondo. Pues por eso*, replicó el Marqués mirándole severamente: *acercaos más, y encallando no nos ahogaremos.*

II. En las peripecias del combate, se vieron obligadas á retroceder las avanzadas españolas, dejando solo al doctor D. CRISTÓBAL PÉREZ DE HERRERA, natural de Salamanca, que curaba sobre el campo á los heridos con sin igual solicitud; y como algunos de los enemigos trataran de rematar á los caídos, los defendió valerosamente con la espada, recibiendo por ello un arcabuzazo en un hombro, que le tuvo á las puertas de la muerte. El Rey, en justa recompensa, le señaló una pensión y le dió título de protomédico de las galeras de España. A su vuelta asistió en el hospital de Cádiz á más de 3.000 enfermos del ejército y armada.

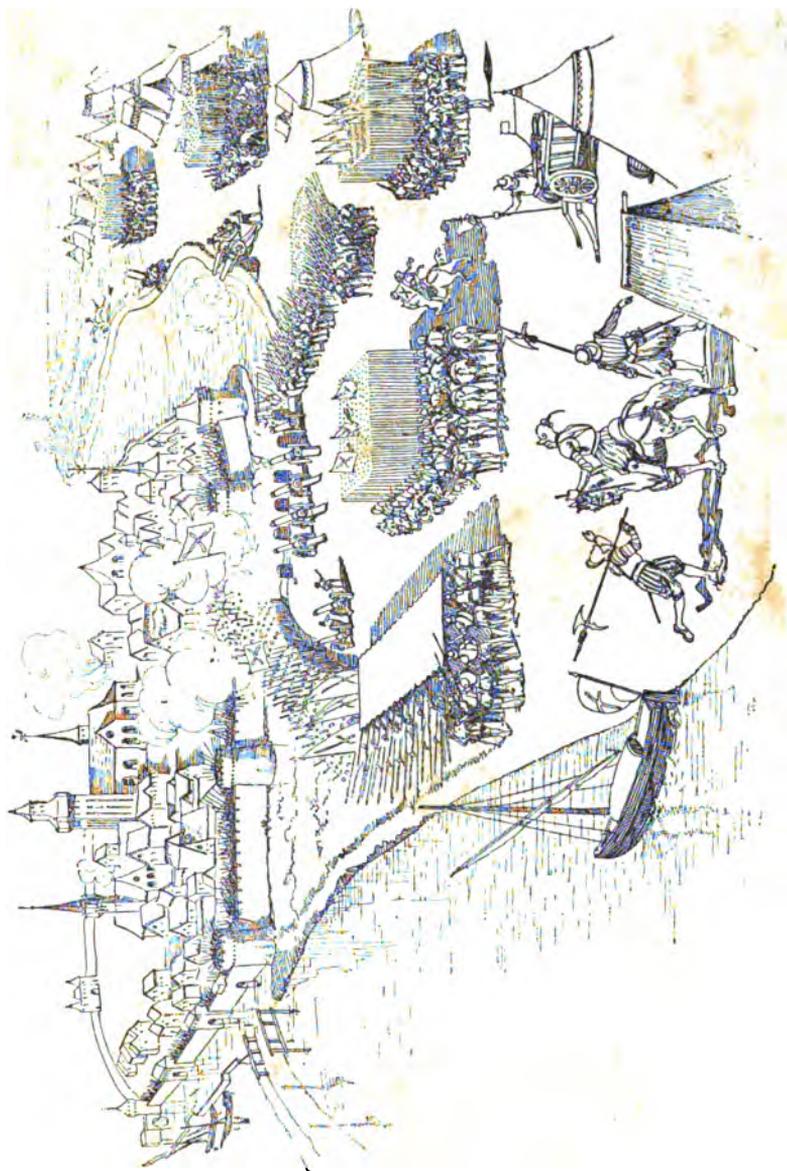
El distinguido doctor tenía una brillante historia militar, pues fué más de una vez el primero que entró al abordaje en navios enemigos, ganando por su mano dos banderas á los turcos, dos á los holandeses, dos á los ingleses y una á un corsario de la Rochela; cuyas siete banderas, con real autorización, puso por adorno del es-

(1) Iba arrastrando por el mar 46 banderas del enemigo, como solían hacer las antiguas naves aragonesas.

Guiu

Año Militar Español

Lám. XXI



SITIO DE NEUSS. 1586

cudo de sus armas, con la divisa *Non armis obstant littera*, que justificó bien con sus actos, pues dejó escritas en latín y en castellano treinta y cuatro obras sobre su profesión y literarias. Obtuvo también el nombramiento de médico de la casa real, cuyo cargo desempeñó por espacio de veintitún años, y murió en Madrid de una edad avanzada.

1586. **Sitio de Neuss.** (GUERRA DE FLANDES).—Para dominar la línea del Rhin, Alejandro Farnesio puso sitio á dicha plaza, que rodea un brazo de aquel río (1). Su gobernador Kloet, contestó con las siguientes palabras á la intimación que para que se rindiera le hizo el caudillo español: *no puedo sacrificar tan fácilmente mi honor*; y como, estando todavía en negociaciones, se hubiese aproximado Farnesio á la muralla exhortando á los sitiados para que se entregaran, le hicieron desde ella una descarga, por lo que los de uno y otro bando le consideraron muerto. No sucedió felizmente así, y retirándose serenamente sin apresurar el paso, envió al gobernador un parlamentario quejándose de su proceder poco noble; mas respondió Kloet *que habiéndose entregado en aquel momento al descanso no pudo cortar el accidente, que sin embargo deploraba*. Preparado el asalto el 25 de julio por el horroroso fuego que hicieron 30 piezas gruesas durante nueve horas, se dió al amanecer del día siguiente, siendo rechazados los españoles por ocho veces consecutivas; pero á la novena, españoles é italianos quedaron dueños del muro exterior, habiendo sido los capitanes ALONSO DE MESA y CÉSAR GUIDICIONI los primeros que subieron á él tremolando el estandarte real. El valiente gobernador Kloet recibió en el combate una grave herida, y esta desgracia influyó en el ánimo de los contrarios á entrar en negociaciones para la entrega; más detenidos los parlamentarios en los puestos avanzados, fueron recibidos con burlas, diciéndoles los españoles: *decid á vuestro gobernador que ha despertado tarde pues ahora duerme el príncipe de Parma*; y sin esperar la orden de

(1) Los tercios españoles que tomaron parte en dicha empresa fueron los de Bobadilla, Mondragón y Juan del Aguila. Para explorar una isla en la que había dos fuertes abandonados por el enemigo á la aproximación de las tropas de Farnesio, mandó éste á los capitanes Juan Chacón y Antonio de Paz. Chacón dejó 50 hombres en uno de los fuertes y marchó con los restantes á ocupar el otro; y como los sitiados se apercebieran de las pocas fuerzas que tenían allí los españoles, volvieron en número considerable á la isla protegidos por las sombras de la noche y acometieron al exiguo número de soldados que iban con Chacón. Pelearon todos valerosamente haciendo frente al enemigo; pero pudo más el número, Antonio de Paz fué muerto con casi todos los soldados y Chacón cayó prisionero.

este, furiosos porque los rebeldes habían quemado vivos á dos soldados prisioneros, junto con varias imágenes y reliquias de santos, penetraron desenfrenados en aquella desgraciada ciudad, no respetando á persona alguna y entregándose á los más grandes excesos. El infeliz gobernador fué ahogado inhumanamente en su mismo lecho y colgado de una ventana de su casa; la ciudad ardió pronto por sus cuatro costados y perecieron al filo de la espada ó por el fuego más de 4.000 personas entre soldados y habitantes; otros 300 hombres que consiguieron refugiarse en una torre ofrecieron rendirse si eran salvas sus vidas, mas una vez entregados, fueron degollados sin piedad ni conmiseración alguna, no habiendo podido evitar semejante atrocidad Farnesio y los demás jefes.

Con la conquista de Neuss quedaron los españoles dueños del Rhin hasta Colonia, quedando asegurada también la línea del Mosa hasta Grave, y expeditas por completo las comunicaciones con Alemania.

1616. **Sitio de Verceil** (GUERRA DE SABOYA).—Después de derrotar el marqués de Villafranca, gobernador del Milanésado, en Apértola, al ejército del duque de Saboya, puso sitio á la importante plaza de Verceil con 16.000 infantes, 4.000 caballos y 30 piezas. La guarnición rechazó valerosamente tres asaltos consecutivos, y sabiendo el Marqués que el de Saboya enviaba socorros á los sitiados, pasó el Sesia y atacó las fuerzas que lo escoltaban, haciendo en ellas una espantosa carnicería, aumentada con la explosión de los sacos de la pólvora que la caballería piamontesa llevaba á la grupa. Privada la plaza de estos auxilios, mandó Villafranca dar el cuarto asalto el 25 de julio, poniéndose él á la cabeza de los tercios españoles, mientras que el marqués de Monferrato mandaba los alemanes, el príncipe Vicente Gonzaga los italianos y D. Alonso Pimentel los valones. Los españoles marcharon los primeros al asalto, con tanto coraje y ardimiento, que á la primera embestida penetraron en la plaza; pero les hizo retroceder con bastante desorden la voz dada por algunos de *guarda la mina* que les causó algún sobresalto; mas recobrando pronto su natural resolución, avanzaron de nuevo, tomando la iglesia de San Andrés. Los defensores se apresuraron á capitular, y la guarnición, formada por los 4.109 hombres que quedaban, salió de la plaza el 26 con los honores de la guerra.

1795. **Toma de Puigcerdá** (GUERRA CON FRANCIA).—La batalla de Pontós (V. 14 JUNIO), permitió al ejército español tomar de nuevo la ofensiva, siendo la primera operación emprendida la ocupación del valle de

Ribas y de la Cerdaña, que llevó á cabo el general D. Gregorio de la Cuesta. Este se dirigió el 19 de julio con 3.000 hombres sobre Puigcerdá, al mismo tiempo que el brigadier D. Joaquín de Oquendo, gobernador de la Seo de Urgel, se presentaba con una fuerza igual delante de Bellver. El primero acometió sin vacilar el 26 de julio el campamento que tenían establecido los enemigos al abrigo de las fortificaciones de la plaza, y después de una vigorosa resistencia lo abandonaron los franceses, huyendo en desorden hasta las mismas puertas de Puigcerdá, que bien fortificada con algunas obras provisionales de bastante importancia, fué asaltada con la mayor decisión por nuestras valientes tropas, distinguiéndose en la empresa el regimiento de la *Corona*; y los defensores, empujados por todas partes hacia el interior de la villa y heridos sus jefes Caillet y d'Epinois tuvieron que encerrarse en sus atrincheramientos interiores y rendirse á discreción. La guarnición de Bellver tuvo también que capitular.

El resultado de estos dos hechos gloriosos fué hacer experimentar al enemigo una pérdida de más de 1.000 muertos y heridos y 2.500 prisioneros, con 50 cañones y un considerable número de armas, municiones y efectos de todas clases.

Las columnas españolas se disponían ya á marchar sobre Mont-Lluis cuando la noticia de haberse firmado la paz de Basilea hizo se suspendiesen las operaciones.

Día 27.

1276. **Fallecimiento del Rey Don Jaime el Conquistador.**—Había nacido en Montpellier en 1208, y era hijo de D. Pedro II, muerto en la batalla de Muret (V. 12 SEPTIEMBRE), y de María de Montpellier. Fué su primera empresa de guerra, después de dominar las turbulencias que promovieron algunos magnates del reino, la conquista de Mallorca en 1229 (V. 31 DICIEMBRE), á la que siguieron la sumisión de Menorca y la toma de Ibiza en 1235, y la conquista del reino valenciano, á la que sirvió de glorioso remate la ocupación de la capital en 1238 (V. 28 SEPTIEMBRE). El reino de Murcia se sometió también en 1266. En 1276, se encontraba enfermo en Játiva cuando se rebelaron los moros de Valencia, y al tener noticia de una derrota sufrida por sus tropas en Luchente, aquel hombre vencedor en tantas batallas, que *ahuyentaba á los moros con solo la cola de su caballo*, cuentan antiguas memorias que saltó de la cama y pidió su corcel y sus armas, gritando con voz de trueno, que la fiebre, el dolor y la ira enronquecían: *No crean esos perros que porque estoy enfermo he muerto ya: yo los exterminaré antes de morir*. Ni ruegos, ni protestas, pudieron hacerle desistir de su intento; mandó salir su señera y que le llevasen en una litera hasta tropezar con los moros muerto ó vivo, como se hizo, precediéndole su hijo D. Pedro, el cual acometió con la caballería al enemigo, quedando todos los

sarracenos muertos ó prisioneros cuando llegó su padre al campo de batalla (1). Agravada su dolencia, se le condujo á Alcira, y sintiendo acercarse su fin, hizo llamar á D. Pedro, que se encontraba en la frontera, y en presencia de los ricos hombres, prelados y capitanes de su ejército hizo renuncia del reino á favor suyo, le dió varios consejos, y al terminar se incorporó *El Conquistador* en la cama, tomó su espada *Tison* que tenía colgada á la cabecera y alargóla al príncipe, diciendo que *le daba aquella espada, con la cual habla sido siempre vencedor, para que la llevase consigo y le recordase siempre de quien era hijo*. El príncipe besó el acero al tomarlo y llorando se despidió del Rey, el cual le mandó que regresase inmediatamente á su puesto de la frontera (2). Hízose luego trasladar á Valencia donde murió el 27 de julio de 1276. Según D. Vicente Boix, cronista valenciano, murió en el camino y solo llegó cadáver á Valencia.

Como hombre de gobierno, sea por su propio carácter ó por el de sus pueblos, le consideran los historiadores superior á sus contemporáneos San Luis de Francia y San Fernando de España, y á él se debe la célebre institución municipal de Barcelona llamada *Consejo de Ciemio* que data de 1265.

Su cadáver fué depositado en la catedral de Valencia hasta el año 1278, en cuya época fué trasladado con regia pompa al monasterio de Poblet, y yace actualmente en el trascoro de la catedral de Tarragona, en el sepulcro que se le labró en 1390, salvados uno y otro de la vandálica destrucción que sufrió dicho monasterio en 1835.

1542. **Batalla de Bescotto** (GUERRA CON FRANCIA).—Uno de los cuatro ejércitos que levantó á un tiempo Francisco I para hacer la guerra al emperador Carlos V, rompió las hostilidades por los confines del Brabante, pasando el Mosa, mandado por el general Van-Rosem. Habiéndose apoderado de algunas plazas, el príncipe de Orange, Reiniero de Nassau, quiso contener sus progresos y salió á su encuentro, avistándose los dos ejércitos en las inmediaciones de Bescotto. Mas como las tropas de Van-Rosem eran muy superiores en número, temiendo el caudillo enemigo que Orange no aceptase la batalla, empleó el ardid siguiente para decidir á su contrario á aceptar la batalla. Mandó tender en ala sobre la llanura 400 caballos dinamarqueses, y detrás, cubiertos con ellos, se situaron numerosos escuadrones de arcabuceros y piqueros, de modo que quedasen

(1) Así lo refiere Muntaner, que tiene más de poeta que de historiador verídico, habiendo motivos fundados para suponer que este viaje de D. Jaime en litera y la sangrienta jornada son pura ficción ó novela inventada por la imaginación del cronista catalán.

(2) Esto debió tener lugar, según D. Victor Balaguer, el 21 de julio de 1276, ó algún día antes, pues hay una carta de dicha fecha dirigida por D. Jaime á los cónsules de Perpignan, diciéndoles: *He abandonado el mundo; mi hijo es vuestro señor*.



ULTIMOS MOMENTOS DE



JAIME EL CONQUISTADOR

(Ig. Pinazo Camarlench.)

ocultos á la vista de los españoles. No descubriendo Orange en aquella despejada llanura ningún otro cuerpo, se arrojó confiado sobre los caballos enemigos, que sin esperar el choque se deslizaron por ambos flancos, y cuando creía Orange suya la victoria, se vió de pronto rodeado por la infantería francesa, que le cefía con un círculo de fuego. Imposible de todo punto la salvación, tuvieron que deponer las armas más de 2.000 hombres, arrojando el príncipe los mayores peligros para poder abrirse paso, como lo consiguió al fin con parte de su caballería por entre las filas del enemigo.

1710. **Batalla de Almenar** (1) (GUERRA DE SUCESIÓN).—Puesto Felipe V al frente de su ejército de Cataluña, que se apoyaba en la plaza de Lérida, pasó el 15 de mayo el Segre á la cabeza de 23.000 hombres, y plantó sus tiendas frente á Balaguer, en los llanos de Térrens, para atacar dicha villa; mas su guarnición supo defenderse con empeño, auxiliada por el conde Guido de Staremburg, quién apostado en Agramunt, incomodaba al ejército borbónico con sus frecuentes excursiones, por lo cual Felipe V se vió precisado á repasar el Segre y retirarse otra vez á Lérida. Fué después á situar su campo en Belcayre con intento de provocar al combate á Staremburg; y como éste, al aproximarse su contrario el 13 de junio hasta llegar á tiro de fusil, se limitó á defenderse en sus excelentes posiciones, pero sin salir de ellas, mandó Felipe V se replegasen de nuevo sus tropas, yendo después á fijar sus reales entre Ibars y Barbens, donde permaneció algún tiempo, enviando desde allí un cuerpo al mando del general Mahoni á Cervera, cuya ciudad le abrió las puertas, abandonada por su escasa guarnición, y luego á Calaf, de cuya villa se apoderó, aunque no de su castillo, derrotando á 2.000 paisanos de Manresa y de Valls y quemádoles un convoy que llevaban al campo de Carlos de Austria. Este había salido de Horta el 15 de junio é ido á incorporarse á Staremburg con los refuerzos que llevaba; y entonces Felipe de Borbón, faltas sus tropas de subsistencias, se replegó otra vez á Lérida, indeciso todavía en atacar al enemigo, como quería á toda costa el marqués de Villadarias, jefe del ejército, contra la opinión general. Prevaleció al cabo ésta, resolviendo emprender la retirada; mas los contrarios, aprovechándose de la imprevisión del general español, abandonaron repentinamente sus posiciones, pasaron el Segre por Balaguer y el Noguera por Alfarrás sin

(1) Llamada generalmente de *Almenara*. El pueblo de Cataluña que dió nombre á la batalla, es *Almenar*.

que se les opusiera un solo hombre, y ocuparon las alturas de Almenar, amenazando con esta operación el flanco izquierdo del ejército real.

No pudiendo ya esquivar la batalla, salieron precipitadamente de Lérida las tropas de Felipe V al encuentro del enemigo, y por primera vez se encontraron frente á frente los dos pretendientes á la corona de España, ambos extranjeros, por los que tanta sangre se derramó en esta larga guerra. El ejército borbónico tenía á su frente al inepto marqués de Villadarias; el austriaco á generales tan acreditados como Staremberg, Stanhope y Belcastel. En condiciones tales, se podía asegurar desde luego de quien sería la victoria.

Empezó el combate la caballería poco antes de ponerse el sol. La alemana dió una carga que fué rechazada; mas la infantería de la misma nación, mandada por Staremberg, situada en el centro de la línea, se sostuvo con firmeza, resistiendo intrépidamente á la caballería contraria. Entre tanto, viendo el general Stanhope que había quedado descubierta el ala izquierda de Felipe, por haberse desordenado la caballería que la apoyaba, al rechazar el ataque de la austriaca, se echó encima de ella con sus ingleses y la derrotó fácilmente, ayudado por Staremberg; y acudiendo en seguida el resto del ejército enemigo sobre el ala derecha, que se conservaba todavía intacta, y estaba constituida por las mejores tropas, fué también derrotada, si bien después de combatir valerosamente por mucho tiempo, pues hubo regimientos que permanecieron más de cuatro horas en el lugar del combate. Perecieron allí, cubriéndose de gloria, los coroneles marqués de Gironella, **D. Juan de Figueroa** y **don Francisco de Agulló**, con otros jefes distinguidos, y quedó prisionero, gravemente herido, el ilustre ingeniero general D. Jorge Próspero Verboon, uno de los que se había opuesto á que se empeñase la batalla en circunstancias tan desfavorables. El ejército borbónico fué completamente vencido, y el mismo Felipe pudo apenas librarse de caer prisionero, gracias á la abnegación de un regimiento de caballería, cuyos soldados se hicieron matar casi todos por salvar á su rey, el cual emprendió la retirada á toda prisa camino de Zaragoza, disminuido su ejército en más de 7.000 hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y desertores.

El marqués de Villadarias fué destituido del mando, y nombrado en su lugar el marqués de Bay, que mandaba el ejército de Portugal.

-
1835. **Creación del primer regimiento divisionario de artillería.**— Tuvo primeramente el nombre de *Brigada de campaña del 5.º departamento*; en 11 de mayo de 1859 pasó á ser *primer regimiento montado*, y en 26 de diciembre de 1884 *primero divisionario*. Tiene actualmente su residencia en Valladolid.

Creación del primer regimiento de artillería de cuerpo.—

Fué organizado en dicha fecha con el nombre de *Brigada de campaña del 2.º departamento*; en 11 de mayo de 1859 pasó á ser *2.º regimiento montado y tercer regimiento de cuerpo* en 26 de diciembre de 1884. Su residencia actual es Sevilla.

1838. **Toma de Solsona (GUERRA CIVIL).**—Dicha ciudad, fortificada por los carlistas, había llegado á ser el centro del poder enemigo en Cataluña, por lo cual el barón de Meer, que mandaba el ejército liberal, decidió arrojar á los contrarios de aquel punto, moviéndose para ello el 19 de julio desde Biosca; y aunque algunas fuerzas trataron de oponerse al movimiento de las tropas liberales, éstas se establecieron frente á Solsona, enarbolando los carlistas á su aproximación una bandera negra, con el lema *victoria ó muerte*. Reconocido el recinto, y señalado el punto de ataque, se construyó una primera batería de sacos de tierra, que rompió el fuego el 22 después de intimada la rendición, sin resultado, pasando por la noche á levantar la batería de brecha dirigida al hospital, á 28 varas de distancia. Abiertos en la tarde del 23 dos boquetes en el recinto exterior de dicho edificio, se dió el asalto, con denuedo tal, que el enemigo fué arrojado de dicho punto y de la ciudad, refugiándose en el palacio del Obispo, que era el reducto ó fuerte principal, quedando los sitiadores dueños enteramente de la plaza á las diez de la noche y sitiados los carlistas en su fortaleza (EPISODIO). El conde de España acudió en auxilio de Solsona, atacando á los liberales al amanecer del 26, y después de un ruído combate tuvo que retirarse escarmentado sin haber conseguido su intento de abrirse paso y salvar la guarnición, la cual siguió defendiéndose bravamente, haciendo infructuosos los esfuerzos del barón de Meer para tomar el edificio, hasta que, construída otra batería completamente á cubierto de los fuegos dominantes del enemigo, quedó abierta brecha á los 64 disparos. Entonces los carlistas trataron de capitular; pero exigiendo aquel se rindiesen á discreción, así lo hicieron confiados, saliendo del palacio episcopal unas 500 personas entre paisanos y mujeres, y hasta 700 soldados con armas, entregando éstas, la artillería, municiones, caballos y efectos.

El barón de Meer recibió por esta conquista la gran cruz de Carlos III.

Episodio.—Distinguióse en el asalto el regimiento de *Zamora*, y con la compañía de cazadores del 2.º batallón de dicho cuerpo, su capitán D. Juan Prim, quien fué el primero que escaló el tambor del recinto del hospital, en cuya empresa fué herido (1), continuando sin embargo el combate hasta apoderarse de una puerta que

(1) Era ya la cuarta herida que recibía en esta guerra.

antes había intentado quemar y por la cual penetró en la población, arrollando á los defensores, que tuvieron que refugiarse en la catedral y en el palacio del obispo. El barón de Meer le concedió sobre el campo de batalla el grado de comandante.

- ✓ 1843. **Sitio de Sevilla.**—La capital de Andalucía, como otras muchas ciudades de la Península, secundó el alzamiento general que tuvo lugar en dicho año para derrocar la regencia del general Espartero. Acudió contra ella el general Van-Halen, que tenía establecido su campo frente á Granada, yendo á situarse en Alcalá de Guadaira, desde donde hizo varias intimaciones, y viendo resueltos á los sevillanos á sepultarse en las ruinas de la ciudad antes que abatir la bandera que con tanto entusiasmo habían levantado, pidió artillería gruesa á Cádiz é hizo construir varias baterías de brecha y de bombardeo. Enardecido el ánimo de los habitantes con dichos preparativos, no se descuidaron tampoco, y con el mucho material de artillería de que disponían, levantaron diferentes baterías protectoras del recinto, desde la puerta de San Fernando á la torre de San Hermenegildo y de ésta á la Barqueta, además de habilitar para la defensa los edificios de San Telmo, cuartel de la Carne, San Agustín, Capuchinos y Hospital general, apoyados por baterías interiores, y por cortaduras, trincheras, barricadas y casas aspilleras, entre cuyos puntos se distribuyeron las fuerzas de la guarnición consistentes en dos batallones del regimiento de *Aragón* y algunos jefes y oficiales, y tropa de artillería del tercer regimiento y de la tercera brigada montada, con los cuerpos francos y de la milicia nacional que había en Sevilla; en total, unos 6.000 hombres próximamente, estando encargado del mando el general D. Francisco de Paula Figueras. Rompióse al fin el fuego, jugando con éxito el cañón de la plaza, particularmente la batería de la luneta del Osaño, que era el puesto más avanzado, sufriendo la ciudad los días 19, 20 y 21 el bombardeo, que dió lugar á algunos hechos distinguidos (EPISODIO); y el 22 se unía á las fuerzas sitiadoras el general Espartero, elevándose el efectivo de aquellas á 10.000 hombres de cuerpos veteranos, (entre ellos los regimientos de infantería del *Rey*, *León*, *Luchana* y *Zaragoza* y la caballería de la *Constitución* y *Lusitania*), los más adictos á la causa del Regente. Este mandó suspender el fuego para entablar negociaciones que le permitieran entrar en Sevilla; mas obtuvieron sus gestiones el mismo resultado que las de Van-Halen, por lo cual continuó el bombardeo, atacando en la noche del 23 los cazadores de *Luchana* el convento de la Trinidad, de donde fueron rechazados. Los sitiadores se fortificaron en el barrio de la Calzada é iglesia de San Benito, que habían logrado ocupar, mostrando especial empeño en tomar la Fundición de ca-

fiones, lo que no pudieron conseguir; y como el 27 se supo ya en uno y otro campo el triunfo del movimiento y la formación en Madrid de un gobierno provisional, empezaron las deserciones en el ejército de Espartero, que levantó el sitio por la noche, retirándose en dirección de Alcalá de Guadaíra, y en la mañana del 29 quedaba de hecho disuelto, pues las deserciones de jefes, oficiales y soldados habían tenido lugar en masa. El duque de la Victoria se dirigió con sólo su escolta, seguida espontáneamente por una compañía de *Luchana* y otra de *León*, al Puerto de Santa María, donde se embarcó en el vapor *Béttis*, á cuyo bordo redactó y firmó el 30 de julio un manifiesto protesta, trasladándose después al navío inglés *Malabar*, fondeado en la bahía de Cádiz, cuyo buque le condujo á Inglaterra, y el 16 de agosto el gobierno provisional publicaba en Madrid un decreto privando al capitán general D. Baldomero Espartero, conde de Luchana, duque de la Victoria y de Morella, ex-Regente del Reino, de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones. Tal fué la caída del ilustre pacificador de España.

Episodios.—I. MARÍA JOSEFA RODRÍGUEZ acudió á la batería del Osario y arrostrando el terrible fuego que hacían los sitiadores, estuvo dando de beber á los artilleros, sin mira alguna interesada, y no se apartó de ellos hasta que tuvo la desgracia de ser herida gravemente por un casco de granada.

II. El soldado del regimiento de *Aragón* Raimundo Thierry, haciendo gala de un valor á toda prueba, arrancó la espoleta de una bomba que cayó en medio de sus compañeros, librándolos con tan señalada acción del estrago que les amenazaba.

1875. **Acción de Celadilla (GUERRA CARLISTA).**—Para distraer la atención de los carlistas que se acumulaban sobre Alava, se movía el 27 de julio desde el valle de Mena hacia Vizcaya el general Villegas, de orden de Quesada, con las brigadas Ibarreta y Quadros, que reunían siete batallones, tres escuadrones de *Albuera* y ocho piezas de montaña, para atacar las posiciones enemigas, que frente á la izquierda de la línea liberal se extendían desde Bortedo hasta Arza, defendidas por el general Carasa con nueve batallones y seis piezas, cooperando á dicha operación el teniente-coronel D. José Marquez desde Ramales. El entendido jefe liberal, bravamente secundado por sus tropas, arrolló al enemigo ocupando el Berrón, Monte Pedrero, Bortedo y Antuñano; y los carlistas se replegaron á los altos de Celadilla y otros puntos de la margen derecha del Cadagua, de donde fueron también desalojados á pesar de los accidentes del terreno y de las defensas que tenían allí construídas, habiéndose encargado del ataque del centro y derecha la brigada Ibarreta, y de la izquierda el general Morales de los Ríos con la brigada Quadros. Ambas columnas avanzaron

intrépidamente hasta darse la mano sobre las trincheras conquistadas, habiéndose batido con gran bizarría á pesar del calor asfixiante que reinaba y que causó gran número de bajas en las tropas liberales (1). Distinguiéronse en primer término el teniente del batallón *Reserva núm. 3* MANUEL JIMENO, los soldados ANTONIO CASTRO y ANDRÉS SANTOS y el voluntario de la contraguerrilla BENITO VARONA, que entraron los primeros en la trinchera más formidable, precediendo más de cien pasos á la guerrilla de que formaban parte.

La llegada á Arciniega del conde de Caserta y general Mogrovejo con fuerzas considerables, impidió el sacar partido de la victoria; y Villegas, conseguido el objeto de facilitar la marcha de Quesada á Villareal, dispuso al amanecer del 28 efectuar la retirada, verificándola con el mayor orden, en presencia de fuerzas muy superiores, primero sobre Viergol, y luego hacia Villasana de Mena, habiendo experimentado las pérdidas de 20 muertos y 95 heridos.

1877. **Creación del regimiento de Covadonga, núm. 41.**—Por el Real decreto de 27 de julio de dicho año sobre reorganización general del ejército, se crearon dicho regimiento y los de **Baleares**, núm. 42; **Canarias**, núm. 43; **Antillas**, núm. 44; **Garellano**, núm. 45; **San Marcial**, núm. 46 (2); **Tetuán**, núm. 47; **España**, núm. 48 (3); **San Quintín**, núm. 49 (4); **Pavia**, núm. 50; **Otumba**, núm. 51; **Filipinas**, núm. 52; **Vad-Ras**, núm. 53; **Vizcaya**, número 54; **Andalucía**, núm. 55; **Mindanao**, núm. 56 (5); **Guipuzcoa**, núm. 57; **Luzón** núm. 58; **Asia** núm. 59 y **Alava** núm. 60.

Creación del 4.º regimiento de zapadores-minadores.—Se organizó por Real decreto de dicha fecha y tiene su residencia en Barcelona.

Creación del 4.º regimiento divisionario de artillería.—Se or-

(1) Sobre todo, en los cuerpos que tomaron parte más activa en el combate, como fueron los de *Mallorca*, mandado por su coronel Costa, *Reserva de Murcia núm. 3* y *Ramales (Infante)*, de cuyo 2.º batallón yacían sin sentido en tierra, á las once de la mañana, más de la mitad de los 730 hombres que lo componían, y á las doce solo podían hacer fuego un centenar escasamente, cumpliendo tan desinteresadamente las cantineras, que arrojaron de las vasijas sus mercancías para acudir con agua á los asfixiados y heridos.

(2) Había existido anteriormente otro regimiento del mismo nombre (V. Tomo I, pág. 395), que fué disuelto por Real decreto de 13 de noviembre de 1855.

(3) Llevó este nombre otro regimiento (V. 6 DICIEMBRE) y el actual de *Cuba* (V. Tomo II, pág. 6.)

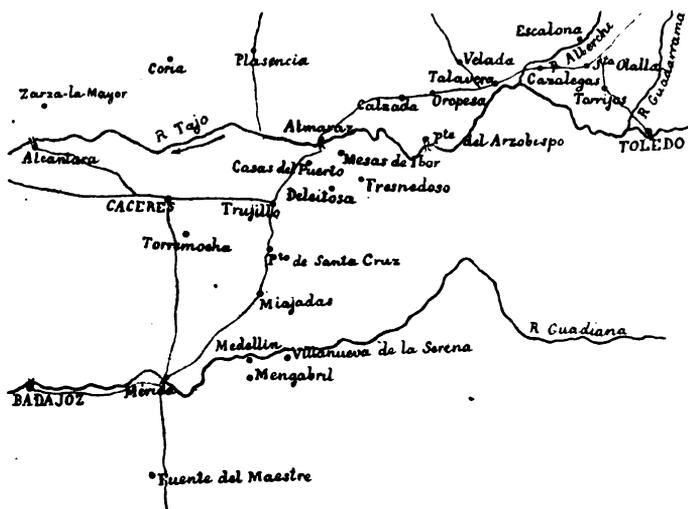
(4) Otro regimiento del mismo nombre, fué disuelto el 10 de noviembre de 1855.

(5) Tomó el nombre de *Basa* por Real decreto de 31 de octubre de 1889.

ganizó en Valladolid con la cuarta batería de cada uno de los regimientos 1.º, 2.º y 3.º montados, tomando el nombre de 7.º *montado*, y por Real orden de diciembre de 1884 tomó el de 4.º *divisionario*.

Día 28.

1809. **Batalla de Talavera (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—El mariscal Victor, á pesar de la victoria conseguida en Medellín (V. 28 MARZO), no juzgó prudente proseguir á Andalucía, fortificándose en el Guadiana,



Julio 28.—Campaña de Talavera.

de Medellín á Mérida; y tratando despues de coadyuvar á las operaciones de Soult en Portugal, á cuyo caudillo suponía ya próximo á Lisboa, se dirigió á Alcantara, donde entró el 14 de mayo (1), siguiendo luego hasta el vecino reino; mas temeroso de las fuerzas inglesas apostadas en Abrantes, al mando del general Wellesley, que habia arrojado ya á Soult de Portugal, retrocedió á Torremocha el 8 de junio, y fué á sentar sus reales en Plasencia el 19, continuando su retirada hacia Talavera á la aproximación del ejército británico. Cuesta, que habia rehecho de nuevo su ejército, fué avanzando desde Monasterio en pos de Victor, situándose

(1) Al retirarse de dicho punto un cuerpo de tropas portuguesas despues de un corto combate, su coronel Mayne (inglés) hizo volar el famoso puente, obra portentosa del tiempo de Trajano, respetada siempre hasta por los moros.

primero en Fuente del Maestre, y luego, el 20 de junio, en las Casas del Puerto de Miravete, frente al puente de Almaraz, vigilando su ala derecha el Puente del Arzobispo. Wellesley levantó su campo de Abrantes el 27 de junio, llegó el 30 á Castello Branco, y penetrando en España el 3 de julio, se dirigió por Zarza la Mayor y Coria á Plasencia, donde se estableció el 8, pasando seguidamente el 10 á conferenciar con el general Cuesta para acordar el plan de campaña.

Aunque no se tenían noticias exactas de la posición de los ejércitos franceses, los aliados, unidos ya, se movieron hacia el Alberche, camino de Madrid, pasando los españoles el 19 el Tajo por Almaraz y Puente del Arzobispo, para pernoctar el 20 en La Calzada, á retaguardia de los ingleses, situados ya en Oropesa, adelantándose al día siguiente aquellos por Velada; y después de algunos combates, los franceses del mariscal Victor se acogieron á la margen izquierda del Alberche, ocupando Cuesta á Talavera el 22. El enemigo permaneció el 23 tranquilo en sus nuevas posiciones, al abrigo de algunas baterías que dominaban todo el curso de aquel río desde Cazalegas, donde había establecido el caudillo francés su cuartel general, y en la noche de dicho día tomó por Torrijos el de Toledo, librándose así el I cuerpo de una derrota segura, pues el cuerpo inglés de Wilson se encontraba ya en Escalona, gracias también al desacuerdo en que estaban Wellesley y Cuesta, el primero de los cuales hizo atacar al enemigo el mismo día 23, á lo que se opuso el segundo pidiendo se difriese el ataque hasta la madrugada siguiente, prudencia inoportuna y extraña en el caudillo español, quien en cambio se aventuró el 24 con sólo las tropas de su mando en persecución de los franceses.

Estos concentraron sus fuerzas detrás del río Guadarrama, uniéndose el 25 al I cuerpo (Victor), el rey José en persona con algunas tropas de la guarnición de Madrid, y el IV cuerpo (Sebastiani) que apostado antes cerca de Daimiel observaba al ejército de la Mancha mandado por el general Venegas, lo que elevaba el número de enemigos por aquella parte á cerca de 50.000; y aunque el intruso no pensaba tomar la ofensiva hasta que el mariscal Soult acudiese desde Salamanca con los tres cuerpos de su mando sobre la espalda de los aliados, el imprudente avance de Cuesta y la impaciencia de los franceses por escarmentar á aquel, malogró plan tan acertado, anticipando la batalla, pues el 26 salieron al encuentro de los españoles y arrollaron en Torrijos y Alcabón á la vanguardia de aquellos y á la caballería que les amenazaba, compuesta de los regimientos de *Calatrava* y *Villaviciosa* (1), corriendo en su amparo el

(1) Murió en la refriega el valiente coronel de dicho regimiento **Barón de Armendariz**.

duque de Alburquerque con una división de 3.000 caballos. El enemigo no fué más allá de Santa Olalla, y Cuesta, no queriendo pasar en desorden el Alberche á la vista y en presencia de *unos aliados tan egotistas como soberbios* (1), se mantuvo en la orilla izquierda, no trasladándose á la opuesta hasta la mañana del 27.

Inminente ya la batalla, que unos y otros deseaban, llamó Wellesley á Wilson, que había avanzado hasta Navalcarnero, á cinco leguas de Madrid, y el ejército aliado tomó posición entre el Tajo y el cerro de Medellín, formando los españoles en tres líneas, á la derecha, en número de 33.000 hombres, de ellos 7.000 de caballería, distribuidos en una vanguardia, reserva, cinco divisiones de infantería y dos de caballería (2), y los anglo-portugueses á la izquierda, en número de 16 000 infantes y 3.000 caballos, repartidos en cuatro divisiones (3), sirviendo de unión entre unos y otros en el centro de la línea de batalla, que abrazaba una extensión de tres cuartos de legua, un reducto empezado á construir por los ingleses en un altozano llamado Pajar de Vergara, artillado con diez piezas de campaña; otra gran batería establecida á la derecha junto á la ermita de la Virgen del Prado enfilaba la carretera general y batía toda la margen del Tajo y los olivares del llano.

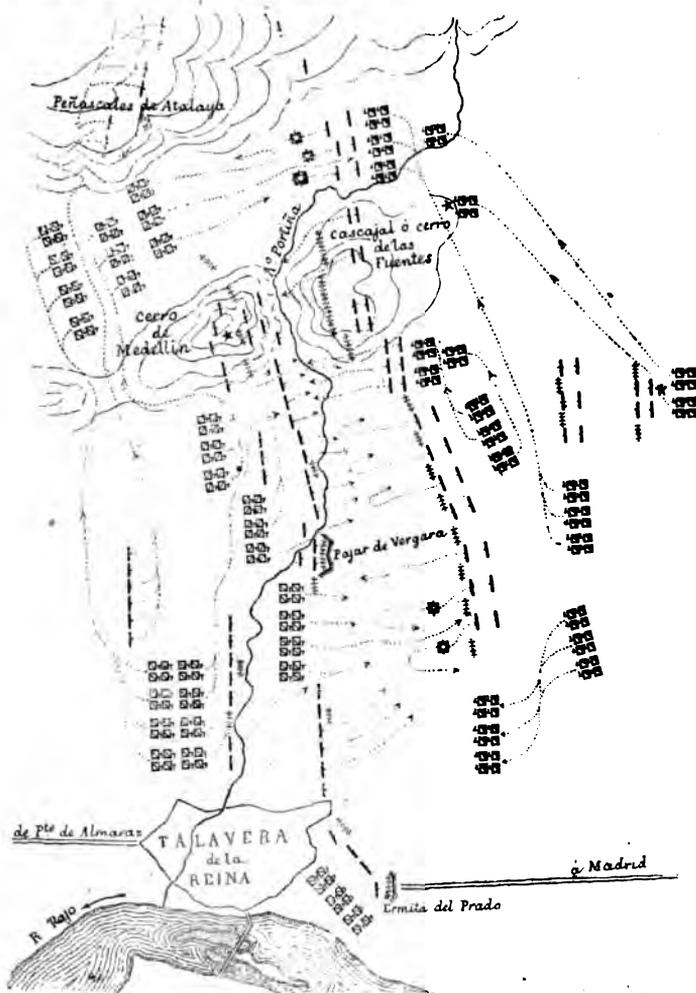
Los franceses cruzaron el Alberche al mediodía del 27 viniendo desde luego á las manos con la división Mackenzie que, en posición avanzada junto á aquel río, se vió muy comprometida, pudiendo al cabo replegarse en buen orden á la línea, detrás de las restantes tropas de su nación; el mismo Wellesley, que observaba los movimientos del enemigo desde la torre de Salinas estuvo á punto de caer prisionero, salvándose sólo por la prontitud con que montó á caballo. Distantes todavía José y Sebastiani, y á pesar de ser ya de noche, el mariscal Victor, el héroe de Montebello y de Friedland, avaro de gloria, lanzó la división Ruffin al ataque del cerro de Medellín, llave de toda la línea anglo-española, dejando las divisiones Villatte y Lapisse de respeto en observación de los movimientos que pudieran emprender los aliados. Los imperiales salvaron el barranco del arroyo Portiña y treparon al cerro, de pendiente muy empinada y escabrosa, cargando á la bayoneta sobre los ingleses de Hill

(1) Gómez de Arteche.

(2) Las mandaban respectivamente, por el orden expresado: D. José de Zayas, D. Juan Berthuy, el marqués de Zayas, D. Vicente Iglesias, el marqués de Portago, D. Rafael Manglano, D. Luis Alejandro Bassecourt, D. Juan de Henestrosa y el duque de Alburquerque.

(3) A las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

con su impetuosidad acostumbrada; y aunque lograron dominar la altura arrojando de ella á los soldados británicos, rehechos éstos, acometieron bi-



Julio 28.—Batalla de Talavera.

zarramente á los asaltantes, que fueron á su vez arrojados de la altura que acababan de conquistar, no teniendo más fortuna al repetir segunda vez el ataque. También los dragones de Latour-Maubourg, que servían de lazo de unión entre el I cuerpo y el IV, apoyados por la división Lewal, ca-

ieron sobre la izquierda de los españoles, introduciendo desorden espantoso en algunos cuerpos de la primera línea, que huyeron llenos de pánico, no parando muchos de los fugitivos hasta Oropesa, mezclados con ellos oficiales y soldados ingleses. Afortunadamente, la artillería de nuestra extrema derecha, el fuego de los otros cuerpos y la caballería de Albuquerque contuvieron la acometida de los jinetes imperiales, que fueron á acogerse á los olivares (1).

Al amanecer del 28 se renovó el combate. Los aliados se mantenían en las mismas posiciones de la tarde anterior, reforzando Wellesley su izquierda con parte de la división de caballería del duque de Albuquerque, y con la 5.^a división española (Bassecourt) que se situó en los peñascales de Atalaya. El mariscal Victor mostró todavía mayor empeño en tomar el Medellín, que atacó la misma división, apoyada por el fuego de más de 50 piezas de artillería; pero aislados, como anteriormente, los heroicos esfuerzos de sus tropas, por no avanzar simultáneamente el cuerpo de Sebastiani y la reserva de José, pudo Wellesley sacar impunemente fuerzas del centro y dirigirlas al flanco de la posición atacada, con lo cual los tres regimientos de la división Ruffin fueron rechazados con pérdidas enormes, pues no bajaron de 1.500 los muertos y heridos que de dichos cuerpos quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro, tan fatal á los franceses.

En vista de este segundo fracaso, reunió el rey intruso á los mariscales Victor, Sebastiani y Jourdan, que era su jefe de E. M. G., para acordar si convenía retirarse ó continuar la batalla, decidiéndose al fin aquél, después de larga deliberación, á seguir el parecer de Victor, disponiendo un ataque general combinado á toda la línea aliada (2). Wellesley no desperdió el tiempo que le daba su adversario, pues tomó nuevas disposiciones y pidió al general Cuesta algunas piezas de mayor calibre que las suyas, siendo reforzadas las que artillaban el reducto del Pajar de Vergara con otras cuatro mandadas por el capitán Uclés. Los soldados de uno y otro campo aprovecharon aquella tácita suspensión de hostilidades para

(1) La falta de disciplina de que se acaba de hacer mención, algo disculpable en soldados bisoños, sin uniforme muchos de ellos, fué castigada al día siguiente por el enérgico Cuesta, haciendo diezmar á los cuerpos que flaquearon, severidad cruel pero indispensable para enseñar á no huir en el campo de batalla. Intercedió el general inglés y suspendió el español el castigo, cuando habían sido fusilados ya 50 hombres, quinta parte de los que debían sufrir tan terrible pena.

(2) Influyó también en dicha determinación el saber que Soult no podría estar en Plasencia hasta el 4 ó 5 de agosto, y que Venegas avanzaba hacia Toledo y Aranjuez con el ejército de la Mancha.

bajar al arroyo Portifia á apagar la sed ardiente que les producía el extraordinario calor.

Hacia las dos de la tarde principiaron á ponerse en ejecución las órdenes transmitidas por el Estado Mayor. Avanzaron simultáneamente las columnas francesas, trabando pelea la división Lewal, que formaba en la izquierda enemiga. Costó algún trabajo á los aliados rechazar la acometida que dieron aquellos al reducto del Pajar de Vergara, y reiterando los contrarios el ataque con gran brío, salieron á su encuentro algunos batallones españoles y una sección de artillería mandada por el teniente don Santiago Piñeiro que cubrió de metralla á los agresores, cayendo en seguida sobre ellos el regimiento de caballería del *Rey* en una carga brillantísima, guiado por su coronel el brigadier D. José María de Lastres, quien resultó herido, sustituyéndole el teniente coronel D. Rafael Valpardea. Nuestros valientes jinetes atropellaron por entre los soldados de Lewal, dando lugar á que se cogiesen diez cañones, cuatro de los cuales trajo al campo español el teniente Piñeiro.

A la misma hora embistieron los enemigos la izquierda de los aliados, tratando la división Ruffin de envolver el cerro que le servía de apoyo, mientras parte de la de Villatte la amenazaba por el frente. Salió á impedirlo la caballería inglesa, apoyada por la de Albuquerque, dando una carga, impetuosa sí, pero extemporánea, en la que sufrieron gran quebranto los dos regimientos que la iniciaron, particularmente uno de dragones, por haber tropezado en una profunda zanja cuya existencia ignoraban, á pesar de lo cual, cruzó por entre los cuadros y columnas enemigas, aunque sin éxito alguno contra ellos, pudiendo salvarse á duras penas la mitad de su gente. No obstante, la formidable masa de caballería que tenían á la vista impuso respeto á los franceses, y éstos suspendieron el movimiento, contribuyendo no menos á dicha resolución la actitud de la 5.^a división española (Bassecourt) dispuesta en aquel momento á bajar de los Peñascales para tomar parte en el combate, y el estrago que en ellos causaba el fuego de la artillería á caballo de la división de Albuquerque, dirigida con singular acierto por el capitán D. Diego de Entrena y el teniente D. Pedro Ladrón de Guevara.

Mayor empeño hubo en la parte de la línea comprendida entre el cerro de Medellín y el reducto del Pajar de Vergara. Atacaron por la derecha la división Lapisse, y por la izquierda la de Sebastián, apoyadas por la de Lewal, que temeroso de la caballería española avanzó pausadamente por cuadros escalonados; mas el primero fué rechazado y mortalmente herido, y sus soldados tuvieron que retirarse perseguidos por los guardias ingleses, los cuales se vieron á su vez en grave apuro por haberse dejado llevar demasiado de su impetuoso ardor en la persecución.

Salvaronlos del peligro, si bien á costa de muchas pérdidas, otro regimiento británico, la caballería de la misma nación y la batería española de Entrena que tan importante papel jugó en toda la jornada. La división Sebastiani tuvo que replegarse también siguiendo el movimiento de las tropas de su derecha.

Eran sólo las cinco de la tarde, y sin embargo los franceses no consideraron prudente dar nuevos ataques á la línea aliada, permaneciendo tranquilos en sus posiciones, y el día siguiente repasaron el Alberche, retirándose sin ser molestados, José y Sebastiani á Toledo, y Víctor hacia Maqueda y Santa Cruz de Retamar, desde donde volvió á los pocos días á ocupar á Talavera, cuando á su vez se retiraron los aliados á la izquierda del Tajo á consecuencia de la llegada del mariscal Soult á Plasencia el 1.º de agosto.

La batalla de Talavera fué, pues, completamente infructuosa, habiendo costado más de 7.000 hombres á cada uno de los contendientes, de ellos 1.200 españoles. Sin embargo, se prodigaron honores y mercedes, siendo agraciado Wellesley por su gobierno con el título de lord vizconde Wellington de Talavera, y por el español con el empleo de capitán general; Cuesta recibió la gran cruz de Carlos III. Se creó además una cruz con esta inscripción: *Talavera 28 de julio de 1809*. El veterano caudillo cita en su parte oficial como distinguidos á algunos oficiales de graduación y á sus ayudantes, y especialmente al regimiento de caballería del *Rey* al que pertenecían el capitán D. FRANCISCO DE SIERRA que cogió un cañón al enemigo y el alférez D. PABLO CATANEO, de dieciséis años de edad, quien mató por su mano á cuatro franceses.

Día 29.

1693. **Batalla de Neerwinden.** (GUERRA CON FRANCIA).—Se preparaba Guillermo de Orange en dicho año para invadir el Artois, cuando supo que el enemigo se dirigía á su encuentro. El rey de Inglaterra se atrincheró en una línea de pequeñas alturas, que se apoyaba por su derecha en las aldeas de Neerwinden y Laer, teniendo á su espalda el río Geethe, cuyo paso, en caso de retirada, estaba asegurado por siete puentes; pero antes de que acabase de fortificarse en las posiciones elegidas, se presentó el mariscal de Luxembourg con su ejército compuesto de 89 batallones y 195 escuadrones y asaltó con brío las aldeas citadas, llave de la línea de los aliados, en las que estaban fuertemente atrincheradas las tropas hannoverianas, brandemburguesas, italianas, holandesas y españolas; la infantería inglesa se hallaba distribuída á todo lo largo de la línea detrás de las trincheras levantadas, y la caballería, en su mayor

parte de dicha nación, estaba situada detrás, en dos líneas, teniendo á sus órdenes el príncipe de Orange 58 batallones y 117 escuadrones, fuerzas muy inferiores á las de los franceses. El primer ataque de éstos fué rechazado; mas renovado el asalto con el mayor heroísmo, consiguió el enemigo arrebatár á los aliados la aldea de Neerwinden, mientras los españoles sostenían por tres veces con el mayor denuedo hacia Laer, en el extremo del ala derecha, otros tantos sangrientos combates con los franceses, ya victoriosos de los de Brandemburg y Hannover, causando la admiración del enemigo por la obstinación y constancia con que resistieron impávidos las más furiosas cargas. Las tropas de Orange pudieron de este modo recobrar á Neerwinden, y otras dos veces fué perdida y recuperada, peleando desesperadamente largo tiempo franceses, ingleses, alemanes, italianos y españoles, hasta que, habiendo acudido desde Huy, al oír las descargas de artillería, otro cuerpo de ejército que mandaba Harcourt, y desguarnecido algún tanto el centro de los aliados para reforzar su derecha, donde era mayor el empeño, pudo ser asaltada la posición por otras partes, teniendo que emprender Orange la retirada. La caballería inglesa volvió grupas sin hacer frente al enemigo, introduciendo el desorden en sus propias tropas; pero rehechas á tiempo éstas, no fué muy considerable el estrago, pues las pérdidas no pasaron de 2.000 prisioneros con unos 12.000 muertos y heridos; los franceses tuvieron 7.000 bajas, habiendo caído en su poder 76 cañones, 8 morteros, 9 pontones y 82 banderas y estandartes. A pesar de todo, la retirada fué honrosa para Guillermo de Orange, acreditándole de gran general.

1875. **Acción de Villarreal de Alava.** (GUERRA CARLISTA).—Cuando por efecto del avance del general Villegas hacia Valmaseda (V. 27 JULIO) disminuyeron considerablemente las fuerzas carlistas que había en Villarreal, donde no quedaron más que cuatro batallones, ocho piezas y alguna caballería, avanzó también el general Quesada desde Vitoria, por la izquierda el general Alvarez Maldonado con las brigadas Goyeneche y Arnatz; por la derecha, siguiendo la carretera, el coronel Buitrago con una pequeña columna, y por el centro el general en jefe con las brigadas Prendergast y Pino. Detuvieron la marcha de la izquierda liberal dos batallones enemigos situados en los altos de Murúa y de Echa-güen, montes que forman las estribaciones de Peña Gorbea, estando además posesionados de un bosque, desde el que enfilaban á 400 metros de distancia un puente que forzosamente tenían que pasar nuestras tropas, por lo cual dispuso Alvarez Maldonado lo hiciese á la carrera un escuadrón del *Rey*, para posesionarse del bosque, pudiendo así atacar el

coronel Polavieja con cinco compañías de la *Princesa* y una batería de montaña á Echagüen, y el brigadier Goyeneche á Murúa con el regimiento de *Valencia*, mandado por el coronel Rodríguez Trelles. Vencidas estas dificultades, siguió avanzando la izquierda hacia Elosu, en donde se dió la mano con Quesada, que había llegado á Nafarrate. Reunidas ya las tropas liberales y cañoneado el pueblo por la artillería, se emprendió el ataque de Villarreal, que dieron el coronel Alberni con los cazadores de *Barbastro* (EPISODIO) y *Ciudad Rodrigo* por la izquierda, el brigadier Pino de frente con el regimiento de *Castilla* y el brigadier Prendergast por la derecha con un batallón de la *Constitución* apoyado por el regimiento de húsares de *Pavía*, del cual penetraron resueltamente dos secciones en el pueblo, guiadas por el capitán Aldecoa. Los carlistas fueron arrojados de sus posiciones, que tenían bien fortificadas, pero ocuparon otras inmediatas en las afueras del pueblo, que fué entregado á las llamas, sosteniendo el fuego hasta la noche.

Satisfecho el general Quesada con dicho resultado, y no entrando en sus planes conservar á Villarreal, dispuso el regreso á Vitoria, que se efectuó á las once de la mañana del 30, formando el último escalón que sostenía la retirada, el batallón *Reserva núm. 25*, mandado por el teniente coronel D. Braulio Sedano.

Esta operación costó un centenar de bajas.

Episodio.—Se distinguieron por su denuedo delante del coronel Alberni, los soldados de *Barbastro* ANDRÉS BALIÑAS MANSO, RUFO RODRÍGUEZ ALONSO y CARMELO GARCÍA DÍAZ, que despreciando con la mayor serenidad el vivo fuego que les hacía el enemigo, llegaron decididamente á las trincheras carlistas sin disparar un tiro. El general en jefe formó sus tropas el 31 en el Prado de Vitoria, y haciendo salir al frente de banderas al batallón de *Barbastro*, enalteció la conducta observada por aquellos valientes, siendo recompensado el primero, previo juicio contradictorio, con la cruz de San Fernando, que colocó en su pecho él mismo Quesada el 24 de diciembre en Pamplona, formadas las tropas en orden de parada en el glacis de la plaza junto á la puerta de San Nicolás, estrechando después la mano del nuevo caballero de aquella orden distinguida. Los otros dos soldados recibieron la cruz del Mérito militar pensionada.

1891. **Creación del 13.º batallón de artillería de plaza.**—Se organizó por Real orden de dicha fecha con las compañías 5.ª y 6.ª de cada uno de los batallones 2.º y 3.º que quedaron con cuatro compañías cada uno en vez de seis que tenían antes. Su residencia es Málaga con destacamentos en Melilla y demás presidios menores de la costa de Africa.

Día 30.

1553. **Asalto y toma de Tervere** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la desastrosa retirada de Metz (V. 26 DICIEMBRE), el general francés Vendome, puesto al frente de un cuerpo de ejército que se distinguía por su disciplina y valor, con artillería numerosa, sitió y tomó á Hesdin. Al saberlo el Emperador, que se encontraba en Flandes, organizó dos ejércitos, de los cuales el uno tenía que penetrar por la Picardía, y el otro avanzar por el Luxemburgo, dándose oportunamente la mano con el primero para establecer el sitio de Tervere, plaza fuerte que cerraba el camino más directo entre Paris y Flandes.

El general Manuel Filiberto de Saboya, encargado del mando, hizo en este sitio el primer ensayo de sus grandes conocimientos militares, que debían colocarlo á la altura de los primeros capitanes de su siglo. En poco tiempo quedó establecida la línea de circunvalación, y las baterías, dirigidas con mucho acierto, abrieron varias brechas, dándose el 12 de julio un asalto general á la plaza; pero la guarnición opuso durante diez horas resistencia tal, que los sitiados tuvieron que retirarse de las brechas sin haber podido penetrar en la ciudad, ni conservar un palmo de terreno. Apelóse entonces á las minas, que no dieron resultado; así es que la artillería tuvo que continuar su fuego destructor con una violencia cada vez mayor para asegurar el éxito de un segundo asalto. Este se dió en la tarde del 30 de julio, consiguiendo los españoles coronar la primera brecha con denuedo irresistible, secundando vigorosamente los flamencos sus heroicos esfuerzos. Unos y otros penetraron en la plaza sin que nada pudiese contenerles, y pasando á cuchillo á cuantos encuentran con las armas en la mano, haciendo inútil toda resistencia posterior.

Arrasada Tervere de orden del Emperador, el de Saboya avanzó seguidamente sobre Hesdin, cuya guarnición se defendió con el mayor denuedo; pero el haberse incendiado el polvorín del castillo, principal defensa de la plaza, que desapareció en ruinas por la voladura con la mayor parte de sus defensores, permitió apoderarse de Hesdin, sufriendo ésta la misma desgraciada suerte que Tervere.

Día 31.

711. **Batalla de Guadalete**.—La leyenda y la tradición atribuyen la pérdida de España á la vergonzosa y poco edificante historia de Florinda, llamada la *Cava* (mala mujer), hija del conde D. Julián, cuyo nombre ha pasado á la posteridad cubierto de ignominia por su traición infame.

Agraviado dicho magnate, que se encontraba de gobernador de Ceuta, por el rey D. Rodrigo, entró en tratos con los parciales y deudos de Witiza, á quien aquel había destronado y hecho sacar los ojos, y entregó la plaza á Muza-ben-Nozair, que gobernaba la Mauritania á nombre del califa de Damasco, animándole á invadir la Península, cuya conquista consideraba fácil. Como los árabes tenían ya de mucho tiempo antes proyectada la invasión, envió Muza á España á su general Abu-Zora-Tarif, con 400 peones y 100 ginetes, que desembarcaron en julio de 710 en la antigua Tartesio, desde entonces Tarifa, hicieron algunas correrías por las inmediaciones y regresaron á Tánger á dar cuenta del resultado. Entonces Muza organizó ya una flota numerosa con 15.000 hombres de desembarco que puso á las órdenes del gobernador de Tánger Tarik-ben-Zeyad, acreditado caudillo, poniéndose la expedición en Algezirah-Alhadra (Isla Verde), hoy Algeciras, desde donde pasó al monte Calpe, en cuyo punto se atrincheró, dándole el nombre de Gebal-Tarik ó Monte de Tarik (Gibraltar). Acudió en seguida contra los invasores el gobernador de la Bética Teodomiro, soldado valeroso y campeón bizarro de nuestra independencia (V. 19 ABRIL), con los caballos que pudo reunir; mas tuvo la desgracia de ser derrotado por las superiores fuerzas de los enemigos, y el general godó se apresuró á notificar á su rey el peligro que le amenazaba.

Presuroso D. Rodrigo, reunió un ejército (si así puede llamarse una multitud informe de gente allegadiza y mal armada), compuesto de 80 á 100.000 hombres, según la mayor parte de los historiadores, y marchó al encuentro de los musulmanes, quienes, reforzados, habían escogido excelentes posiciones (1) en número de unos 20.000 hombres, y el choque tuvo lugar un viernes, 31 de julio, fecha para siempre memorable. No hacía mucho tiempo que había empezado el combate, cuando las huestes que formaban las alas del ejército godó, en las que había muchos parciales de los parientes de Witiza, huyeron vergonzosamente con sus jefes á la cabeza, y aunque D. Rodrigo siguió peleando con bravura sosteniéndose algún tiempo con las tropas que estaban bajo sus inmediatas órdenes, no tardó en apoderarse de ellas el desaliento; y desmoralizadas como iban,

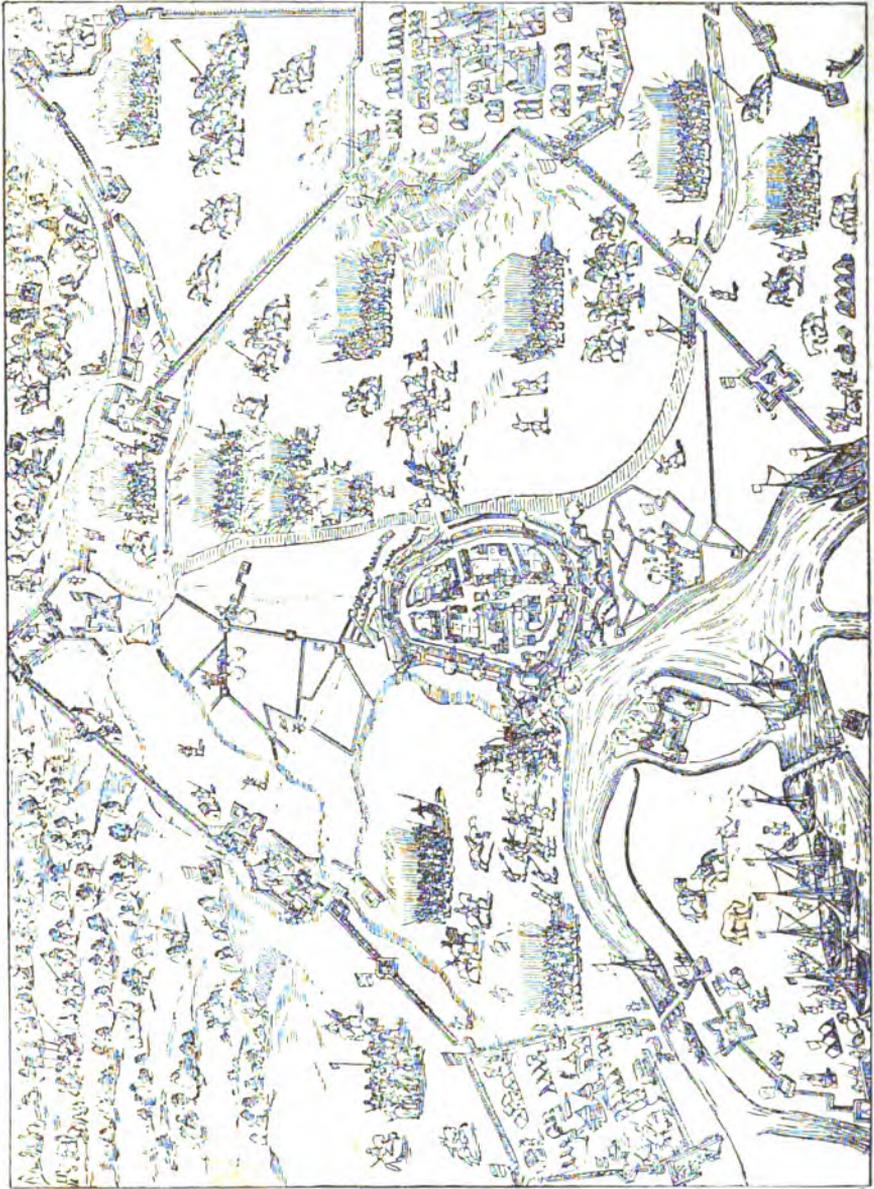
(1) No hay seguridad sobre el sitio en que tuvo lugar la batalla, llamada del Guadalete por los godos y de Guadi-Becca por las crónicas árabes. Según D. Pascual Madoz, fué en Montellano; otros suponen fué sobre las márgenes de los arroyos Fontetar (Fuente de Tarik) y Musas (Arroyo de Muza); el ingeniero francés E. de Balignac, entre la margen izquierda del Guadalete y la laguna de Medina no lejos de la confluencia de dicho río con el Majaceite, al Sud de Arcas; otros en el extenso campo donde hoy existe la ciudad de Jerez de la Frontera, &c.

sin instrucción militar alguna, tuvieron que sucumbir, haciendo los moros en ellas una espantosa carnicería. El desdichado monarca fué alanceado por el mismo Tarik según unos y enviada su cabeza á Tánger; según otros se ahogó en el Guadalete con su caballo Orelia, y no falta también quien asegura que no murió en la batalla, fundándose en haber aparecido dos siglos después cerca de Viseo un sepulcro con esta inscripción: *Hic requiescit Rudericus, ultimus rex Gothorum.*

En junio del año siguiente vino á la Península Muza en persona con nuevos refuerzos, terminando en poco más de un año la conquista de España, y estableció su capital en Toledo que lo era ya de la monarquía goda.

1595. **Toma de Doullens** (GUERRA CON FRANCIA).—El general D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, para poder llevar á cabo la empresa que tenía meditada contra la plaza de Cambray, fué el 15 de julio á poner sitio á Doullens, ciudad bien fortificada, con 2.500 infantes y más de 1.000 caballos de guarnición. El ejército sitiador era muy reducido, no contando más que con 600 caballos; hubo pues muchas dificultades para hacer que avanzase la infantería hasta ocupar los puntos necesarios, muriendo en los reconocimientos que se practicaron **Valentín de Pardieu**, señor de la Motte, capitán general de la artillería, que había perdido ya el brazo derecho en el ataque del fuerte de la Esclusa, y el capitán **Gonzalo Mejía**. Avanzaron, no obstante, los trabajos hasta construir una batería en altura dominante, cuando se tuvo noticia de que el enemigo venía á socorrer la plaza. Distribuyó Fuentes convenientemente sus fuerzas, consiguiendo una señalada victoria sobre el ejército francés (V. 24 JULIO), y como casi al mismo tiempo se incorporaron á los sitiadores los capitanes Cristóbal Lechuga y Mateo Serrano con artillería gruesa, empezaron 24 piezas á batir los muros con violencia tal, que pronto quedó abierta una brecha de más de veinte varas, pero creciendo los alientos de los sitiados con el peligro, construyeron un atrincheramiento interior, rechazando la capitulación honrosa que les fué ofrecida, y se defendieron todavía heroicamente hasta el 31 de julio en que fué entrada la ciudad y pasados á cuchillo cuantos se encontraron con las armas en la mano.

1601. **Pérdida de Rhinberg** (GUERRA DE FLANDES).—Derrotado el archiduque Alberto en la batalla de Nieuwport ó de las Dunas (V. 2 JULIO), y preparándose para la empresa del sitio de Ostende (V. 20 SEPTIEMBRE), no pudo oponerse á los progresos del enemigo en la campaña que



SITIO DE RHINBERG

(Facsimile de un grabado de la época)

emprendió en 1601 Mauricio de Nassau, quien dirigiéndose á Rhinberg (1) con 20.000 combatientes, puso apretado cerco á esta plaza, minándola y batiéndola con terrible estrago, hasta lograr la rindiere bajo honrosas condiciones, después de diez meses de sitio, el capitán español Luis Bernardo Dávila que la defendía con una guarnición de 1.200 infantes y 100 caballos. Las tropas que sobrevivieron quedaron en libertad para dirigirse á Maestricht.

1850. **Creación del regimiento de Alfonso XIII, núm. 62.**—Es el antiguo regimiento del *Rey*, de la isla de Cuba, creado por Real decreto de 31 de julio de 1850. Fué organizado en Barcelona, con destino al ejército de dicha isla, siendo su primer coronel D. Eduardo Aldanés. Se embarcó en aquel puerto el 12 de septiembre para pasar á Cádiz, en donde tuvo lugar la solemne bendición de sus banderas el día 26 del mismo mes, y el 8 de octubre continuó su viaje llegando á la Habana el 24 de noviembre. Tomó el nombre y numeración actual por Real orden de 31 de octubre de 1889, al unificar los ejércitos de Ultramar con el de la Península.

Creación del regimiento de María Cristina, núm. 63.—Se organizó en Tarragona por Real decreto de esta fecha con el nombre de *Reina* y destino al ejército de la isla de Cuba á donde llegó el 9 de diciembre. El 26 de abril de 1851 tuvo lugar la bendición de sus banderas. Por Real orden de 31 de octubre de 1889, tomó el nombre y numeración actual. Fué su primer coronel don Baldomero de la Calleja y Piñeiro.

1875. **Acción de Viana (GUERRA CARLISTA).**—El brigadier D. Juan de Dios Córdova, que se había distinguido notablemente en el corto tiempo que desempeñó el difícil mando de Oteiza, se encargó interinamente el 27 de julio en Artajona de la división de Rivera, precisamente cuando Pérula estaba cañoneando la ciudad de Logroño. Sin pérdida de tiempo se dirigió Córdova á Larraga, y luego por Lerín y Sesma á Mendavia, marchando el 30 á Logroño, donde supo durante la noche que algunos batallones carlistas ocupaban á Viana. Resuelto á atacarlos con las fuerzas de su mando, compuestas de un batallón del tercer regimiento de infantería de Marina, otro de la *Reina* y los dos de *Gerona*, organizados en dos brigadas á las órdenes del coronel de la *Reina* D. José Santelices y del de *Gerona* D. José Alberni; una brigada de caballería, constituida por cinco escuadrones de *Farnesio* y otros cinco de *Numancia*, mandada por el coronel de éste D. Rafael Nogueras; y la batería montada del capitán

(1) Había sido conquistada por los católicos en 1590.

D. Miguel Michel, salió á las siete de la mañana de Logroño, empeñando el combate con el enemigo, parapetado en los muros del antiguo recinto de la ciudad de Viana y detrás de los pretiles de las rampas que dan acceso á la misma, al paso que otras fuerzas ocupaban las alturas que por su izquierda se extienden hasta Moreda. Comprendiendo el brigadier Córdova que no era posible el ataque de frente por la carretera sin exponerse á grandes pérdidas, dispuso que un batallón de *Gerona* se dirigiese por la izquierda á flanquear la altura que domina la población, mientras la batería del capitán Michel, convenientemente emplazada, protegía el avance del resto de la columna. Generalizada de este modo la acción, no tardó en decidirse á favor de las tropas liberales, pues habiendo intentado recuperar el 5.º batallón de Navarra con un vigoroso ataque á la bayoneta las alturas inmediatas á Viana, de que les había desalojado el comandante, capitán de Estado mayor D. Alvaro Lamas, el cuarto escuadrón de *Numancia*, emboscado convenientemente de antemano, dió una carga brillantísima, y los carlistas de dicho batallón, llenos de pánico, se desbandaron, no pensando más que en salvarse; así que fueron muchos lanceados, quedando otros 114 prisioneros, entre ellos nueve oficiales y un cadete. Las demás fuerzas enemigas emprendieron también apresuradamente la retirada, elevándose el total de sus pérdidas á 400 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y presentados.

Toda la división del brigadier Córdova entró simultáneamente por varios puntos en Viana, donde permaneció cinco días, recogió y remitió á Logroño la existencia de granos y caldos que había en la población, incendiando después, con arreglo á las órdenes recibidas, los campos y eras de Oyon, Viana, Moreda, Mendavia y Sesma en considerable extensión de terreno. Sus bajas, en tan brillante hecho de armas, uno de los mejor dirigidos y ejecutados de toda la guerra, no llegaron á 50.

VIII

AGOSTO

Día 1.

1578. **Batalla de Rimenant** (GUERRA DE FLANDES).—Contra el parecer de Alejandro Farnesio y de Gabrio Cervelloni, decidió D. Juan de Austria, en consejo de capitanes, marchar contra el ejército rebelde que ocupaba la aldea de Rimenant y sus inmediaciones. Explorado el terreno por los capitanes de caballos Amador de la Abadía y Mucio Pagani,

avanzó la vanguardia, que regía Alejandro Farnesio, compuesta de 5.000 arcabuceros y 600 jinetes, entre dragones y corazas. El enemigo, sin salir de sus trincheras, consiguió empeñar á los españoles en la lucha, abandonando bien pronto sus posiciones, con facilidad sospechosa, y suponiendo entonces fundadamente D. Juan de Austria que los flamencos tenían preparada una celada, envió con un ayudante la orden de suspender el avance. El aviso llegó, por desgracia, demasiado tarde: la vanguardia, después de cruzar la aldea trás del enemigo, había desembocado en la llanura, donde estaba apostado el ejército contrario, compuesto de 12.000 infantes y 7.000 caballos, ocupando buenas posiciones, y formado en orden de escalones, empeñándose desigual combate; y aunque la retirada era difícil, Farnesio la llevó á cabo con gran inteligencia, si bien con grandes y sensibles pérdidas, en particular de la caballería, que fué la última en abandonar el campo, y hubo de sostener, casi por sí sola, todo el peso de la lucha, salvando con su heroísmo á sus compañeros de armas.

1591. **Creación del regimiento de Soria, núm. 9.**—Fué creado en dicho año con el nombre de *Tercio departamental del Brabante*, quedando completamente terminada su organización el 1.º de agosto. Reducido al pie de regimiento cuando la guerra de sucesión, tomó el nombre de *Soria* en 1715. Hecho prisionero en la capitulación de la plaza de Tortosa el 2 de enero de 1811, fué reorganizado en 8 de agosto del mismo año con los restos que habían quedado del regimiento, tomando el nombre de *Ausona*, que tuvo hasta 1813 en que por Real orden de 23 de noviembre recobró el de *Soria*. Otra vez perdió su nombre en 1823, que se le volvió á dar definitivamente en 1828. Fué su primer maestre de campo D. Luís de Velasco, y alcanzó gloria inmortal en la memorable batalla de Rocroy (V. 21 MARZO), siendo conocido también con el nombre de *Tercio de la sangre*, por la mucha que derramó en Flandes combatiendo por su patria y por su rey.

1703. **Creación del regimiento de Ceuta, núm. 61.**—Fué creado por Real decreto de dicha fecha con el nombre de *Tercio de Ceuta*, siendo organizado al pie de regimiento por Real orden de 15 de mayo de 1715. Fué su primer maestre de campo D. Pedro Guevara Vasconcelos. Tenia por sobrenombre *El defensor de la fe* cuyo dictado conquistó con el martirio de dos héroes (V. Tomo II, pág. 12.)

1854. **Episodio del batallón de Tarragona.**—Destinado á Barcelona el batallón cazadores de *Tarragona* al mando de su teniente coronel D. José de Reina, pasó á acantonarse en Sarriá el 1.º de agosto. Triunfante el movimiento político de dicho año, se había generalizado en la mayoría de los cuerpos de aquel distrito el germen sedicioso, y contaminados los soldados de *Tarragona*, salieron por las calles de Sarriá entonando el himno de Riego y dando vivas á la libertad. Esforzóse en vano

el segundo comandante en contener aquella sublevación, secundado por algunos pundonorosos oficiales, pereciendo á manos de los amotinados el capitán **D. Joaquín de Reina** y teniente **D. Cruz de Reina**, hermanos del teniente coronel, quien, ausente en Barcelona, corrió al encuentro de los amotinados, en cuanto tuvo noticia de la sedición, con la 3.^a compañía de su cuerpo, la única que permaneció fiel á sus deberes, mandada por su capitán D. Pablo Ponrull, á quien aquel dijo: *Apodérese V. de la bandera y la caja, retirese á la iglesia, y hágase fuerte en ella, que si yo muero en la demanda, se salvará, con sus intereses, la honra del cuerpo.* En seguida se lanzó al galope tras de los sublevados, que se dirigían á Barcelona, y aunque un cabo disparó su fusil sobre él, viendo los demás que su jefe estaba decidido á morir matando, depusieron las armas. Entonces arrestó á los motores de aquel escandaloso acto de indisciplina y presentó su batallón, obediente y sumiso, al general jefe de Estado mayor del distrito D. Luis García, retirándose después á dar rienda suelta á su dolor por la muerte de sus desgraciados hermanos. El batallón cazadores de *Tarragona* fué disuelto, y D. José de Reina obtuvo el empleo de coronel por decreto de 11 de agosto.

1873. **Ataque y toma de Sevilla** (INSURRECCIÓN CANTONAL).—Encargado el general D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque del mando del ejército de Andalucía para dominar el levantamiento federal de dichas provincias, se dirigió á Córdoba, á donde llegó el 23 de julio, cuando se empezaban á reunir los voluntarios para proclamar el cantón. Desarmadas las fuerzas populares, se dirigió á Sevilla, subdividiendo su pequeño ejército, que no llegaba á 3.000 hombres, con 16 piezas servidas por oficiales de caballería, en una vanguardia á las órdenes del coronel López Pinto y tres brigadas mandadas por el brigadier Salcedo, coronel de ingenieros Molina y brigadier Soria Santa Cruz, de cuyas fuerzas formaban parte el regimiento de *Zamora*, un batallón de *Ramales (Infante)*, cuatro compañías de ingenieros, dos escuadrones de *Montesa*, uno de *Farnesio*, dos batallones de carabineros y alguna guardia civil. Al llegar frente á la capital de Andalucía practicó algunos reconocimientos, en virtud de los cuales, en la mañana del 28, las brigadas Salcedo y Molina fueron á apoderarse de la estación del ferrocarril de Cádiz, y aunque no debían empeñar combate por aquella parte, la más fortificada, pues el ataque principal quería darlo Pavía por la Macarena para marchar hacia la Alameda de Hércules, fué tal el fuego de cañón y de fusil que hicieron los insurrectos sobre la estación, que hubo necesidad de conquistar todas las fuertes posiciones que tenía á su frente, haciéndose dueñas las tropas de la Fundación de cañones, Pirotecnia, Cuartel de Caballería, Puerta de la Carne, Matadero y barrio de San Bernardo, si bien á costa de un sangriento combate con fuerzas muy superiores resguardadas detrás de edi-

ficios y fuertes barricadas, artilladas con potentes y numerosas piezas. Por las circunstancias expresadas hubo pues que variar el plan de ataque, trasladándose el general Pavía á las cuatro de la mañana del 29 al cortijo de Maestro de Escuela, á espaldas de la estación, entre la Fundición y la Pirotecnia, que era donde Salcedo tenía su cuartel general, estableciéndolo Pavía en el cortijo de la Ranilla. En la madrugada del 30 se dió el ataque general, divididas las tropas en cinco columnas, sin quedar de reserva más que la caballería, de las cuales la primera se dirigió desde las casas de la calle Santa María la Blanca, guiada por el oficial de estado mayor D. Trinidad Rey, hacia el Ayuntamiento, á donde llegó á costa de grandes trabajos; la segunda atacó con gran denuedo, internándose valerosamente en la ciudad desde la huerta de Espanta Perros, mas no pudo tomar la plaza de la Alfalfa, que era su objetivo; la tercera, que debía tomar la puerta de Carmona, y extenderse también hasta la plaza de la Alfalfa, no pudo conquistar aquella posición, bien defendida por tres baterías que vomitaban la muerte por las bocas de sus cañones, siendo rechazadas en dos asaltos consecutivos; la cuarta no tan sólo no pudo tampoco avanzar un paso para tomar la puerta del Osario y llegar hasta la plaza de la Encarnación, sino que tuvo que abandonar las posiciones anteriormente conquistadas; y la quinta no pasó del cuartel de la Trinidad, sin poder apoderarse de la puerta del Sol para batir Capuchinos y dirigirse después á la plaza de la Encarnación.

En situación tan grave, con fuerzas á todas luces insuficientes, y poco menos que inútil su artillería, ordenó Pavía se sostuviesen las tropas en los puntos conquistados, y pidió al gobierno refuerzos y un tren de batir, con oficiales de dicha arma. No perdiendo, sin embargo, la esperanza de entrar en Sevilla, dió las instrucciones necesarias para continuar el ataque, contando con la bravura desplegada por los soldados, y las columnas avanzaron nuevamente, siendo tan recia y audaz la embestida que dieron Salcedo y Molina á la puerta de Carmona, que se apoderaron al fin de ella, arrollando cuantos obstáculos se les presentaban; la segunda columna pudo llegar á la plaza del Alfalfa y ponerse en contacto con la primera y tercera, quedando al cabo tomadas todas las posiciones del centro y derecha y dispersados sus defensores; y aún cuando los de la izquierda se sostuvieron todavía algún tiempo en las puertas del Osario, del Sol y de la Macarena, cedieron también después de valerosa resistencia, quedando por la noche ocupadas por los defensores del orden todas las posiciones de los cantonales, á costa de 300 bajas.

Pavía entro en Sevilla el 1.º de agosto á la cabeza de sus beneméritas tropas, con las que había realizado una verdadera *calaverada militar* según expresión suya, elogiando antes la bravura de aquellas, especialmente de *Zamora*, ingenieros y carabineros.

1875. **Acción de Breda** (GUERRA CARLISTA).—Encargado el general Weyler de la persecución de las fuerzas carlistas del Centro que habían penetrado en Cataluña, se dirigió el 15 de julio á Tremp con su división, compuesta de 7.000 infantes, 350 caballos y ocho piezas de montaña, y el 17, por Pobla de Segur á Sort y Rialp, pernoctando el 18 en Castellbó. El 20 salió de Tuxent con ánimo de atacar y perseguir á Alvarez y Adelantado; pero después de las penosas y largas jornadas que había hecho, tenía á su división en lamentable estado, fatigada y hambrienta, por lo que hubo de detenerse en San Lorenzo de Morunys, marchando al día siguiente á Solsona y el 26 á Ripoll, desde donde, en combinación con Arrando, fué por Besora á Vilar de Lles al encuentro del enemigo, el cual abandonó en seguida todas sus posiciones. Siempre tras de aquél, se dirigió Weyler dos días después por el Esquirol á atacar á Adelantado, Alvarez y Savalls, protegió allí el paso de un convoy y marchó después á Granollers y á Breda, donde le esperaban los carlistas, que desde la provincia de Gerona habían hecho una rápida excursión á la Marina con ánimo de penetrar aquella noche por sorpresa en Mataró, retrocediendo al ver el movimiento de Weyler. Este acudió resueltamente el 1.º de agosto desde San Celoni y atacó con la mayor decisión las posiciones contrarias de la sierra de Garcerán, conquistando sus tropas á la bayoneta la más dominante, á pesar de la empeñada resistencia que opuso el enemigo. Sin embargo, una estratagema de éste pudo cambiar la victoria en derrota. En el momento en que el batallón de *Segorbe* maniobraba para envolver y cortar á los dispersos, un grupo considerable de ellos alzó bandera blanca pidiendo entregarse al 2.º de *Almansa*; y suspendido el fuego sin las precauciones debidas y con un exceso de confianza muy punible, cargaron sobre los liberales considerables fuerzas mientras fraternizaban unos y otros; prodújose la confusión consiguiente, retrocedió *Almansa* en desorden, y gracias á que acudió *Segorbe*, con cuyo apoyo se rehizo, consiguiendo juntos rechazar á los carlistas y hacerse dueños de nuevo de la posición, si bien aquellos se llevaron prisioneros al teniente coronel de *Almansa*, que se había adelantado á conferenciar con el enemigo, y otros diez soldados. Las tropas liberales hicieron también algunos prisioneros, experimentando, entre unos y otros, 400 bajas. Los carlistas se retiraron á Arbucias y Weyler á Breda, en donde, no habiendo encontrado comestibles de ninguna clase, tuvo que esperar los que pidió á los pueblos más inmediatos (1).

(1) Habiéndose dicho que por falta de disciplina no se había aprovechado la victoria, exclama Weyler en su memoria justificativa: ¡*Nunca había mandado él mejores tropas!* El general Jovellar le felicitó por la acción. Cesó el general Weyler el 9 de

Día 2.

1526. **Defensa de Cremona** (GUERRA CON FRANCIA).—Al formarse la *Liga Clementina*, las pocas fuerzas españolas que había en el Milanesado, escasamente unos 8.000 hombres, se encerraron en Milán, cuya ciudadela estaba en poder de Francisco Sforzia, á quien pronto hicieron rendir las armas el Marqués del Vasto y Hernando de Alarcón, que estaban al frente de los españoles. Los confederados, no atreviéndose á sitiar á Milán, se dirigieron el 2 de agosto á Cremona, en donde había quedado aislada una corta guarnición, estando los partidarios de Sforzia posesionados de la ciudadela. Plantaron los sitiadores dos baterías contra la plaza, abrieron paralelas, y mientras la artillería del castillo batía las obras de la defensa, sin poder contestar los sitiados al fuego por no tener un sólo cañón, los soldados de la Liga dieron un asalto que fué rechazado por los españoles. Reforzado el enemigo, consiguió abrir en el muro una brecha considerable, dando un segundo asalto, en el que no tuvo más fortuna que en el anterior, dejando los fosos llenos de cadáveres. Nuevos refuerzos que llevó el Duque de Urbino al encargarse del mando del ejército sitiador, elevó su efectivo al número de 15 ó 20.000 hombres; y construidos nuevos atrincheramientos para oponerse á las salidas que repetían sin cesar los defensores, agotaron estos todos sus recursos, viéndose precisados á aceptar una capitulación tan honrosa que les fué permitido retirarse con armas y banderas al reino de Nápoles.

1640. **Episodio de la guerra de Flandes.**—En el asalto y toma del fuerte de Ranzau por el duque de Lorena se distinguió el tercio de *Jaen* y muy especialmente el alférez D. Gerónimo de Benavente y Quiñones quien fué el primero que enarboló su bandera en lo alto de la muralla.

1874. **Expedición á Olot** (GUERRA CARLISTA).—Habiéndose presentado Saballs el 12 de julio frente á Puigcerdá, acudieron en auxilio de esta plaza la brigada Cañás desde Figueras y la de Ciriot desde Tarrasa, en cuyos puntos recibieron la orden del capitán general Serrano Bedoya para reunirse en Olot y continuar luego la marcha á Puigcerdá. La pri-

agosto en el mando de la división, que en el espacio de un mes atravesó siete provincias y sufrió tantas penalidades y privaciones que dejó por el tránsito 800 enfermos graves.

mera se puso en movimiento en la madrugada del 14; pero no pudiendo forzar las posiciones de Castellfullit (1), á las seis de la tarde, después de ocho horas de fuego, tuvo que regresar á su punto de partida. Cirlot había salido el 13 de Tarrasa y por Caldas de Montbuy, Castelltersol y Vich llegó el 14 al Esquirol, desde donde, no habiendo tenido noticia alguna de Cañas, continuó á las dos de la madrugada del 15 hacia el Grau de Olot, por el que descendió sin dificultad alguna al valle de Bas, entrando en Olot á las cuatro de la tarde, después de un ligero combate sostenido contra los carlistas posesionados de los collados próximos á San Estéban de Bas. Sólo entonces supo el jefe liberal el contratiempo experimentado por su compañero, y aunque trató de ponerse en comunicación con él por medio de avisos verbales, no recibió contestación alguna, viéndose al poco rato rodeado completamente por el enemigo, el cual, viniendo de Ripoll, ocupó todas las alturas que dominan la población, quedando por lo tanto la columna encerrada y bloqueada por los carlistas, que levantaron los somatenes de los pueblos inmediatos, llegando á reunir hasta 14.000 hombres, á cuyo frente estaban Savalls, Auguet, Vila del Prat y otros jefes (2).

En la necesidad de salvar á Cirlot, púsose el general Merelo, segundo Cabo de la Capitanía general, al frente de las brigadas Cañas y Estéban, mandada ésta por el brigadier Mola y Martínez, cuyas fuerzas, reunidas en Besalú el 23, emprendieron el movimiento en dirección de Olot, tratando de tomar las alturas de San Julián y el Cos que por derecha é izquierda dominan á Castellfullit, lo que no fué posible efectuar por la tenaz resistencia del enemigo, y los liberales, después de seis horas de fuego y de continua ascensión, tuvieron que desistir de sus propósitos, en medio de una furiosa tempestad de agua y granizo que impidió acampar en las posiciones ocupadas, replegándose á la carretera, donde vivaquearon, para retirarse á Bañolas á las cuatro de la madrugada del 24.

Nombrado para el mando de Cataluña el general Lopez Domínguez, que llevó al Principado algunas fuerzas del ejército del Centro para poder sacar á la brigada Cirlot de su comprometida y ya crítica situación, con-

(1) Véase el croquis de la pág. 483, tomo I.

(2) Componían la brigada Cirlot el regimiento de *Extremadura*, cazadores de *Tarifa y Manila*, un batallón de artillería á pie, del que se distinguieron, entre otros, el ayudante D. Eduardo Alfonso, cuatro piezas de montaña y alguna caballería. El 16 tomaron y ocuparon las tropas la altura de San Francés, muy inmediata á la villa, y en la noche del 27 rechazaron un obstinado ataque de los carlistas, que ordenó Savalls después de intimar se rindiesen á discreción, cuya exigencia rechazó Cirlot con energía.



PRIMER VIAJE DE CRISTOBAL COLON.—(PARTIDA DEL PUERTO DE PALOS)

(Copia de un cuadro de Gisbert)

currió con su antecesor el general Serrano Bedoya á las operaciones que con tal objeto tenía éste proyectadas y que dieron un feliz resultado. Merelo avanzó el 2 de agosto por Castellfullit con las brigadas Cañas y Estéban (8 batallones), y los dos capitanes generales por el Grau de Olot con las brigadas Arrando, Saenz de Tejada y Martínez (12 batallones), y los carlistas, al ver aquella acumulación de fuerzas, no opusieron resistencia, entrando las primeras en Olot á la una de la tarde y las segundas á las nueve y media de la noche, hostilizadas sólo en la bajada del Grau por un batallón enemigo emboscado en aquellas espesuras. Miret aprovechó la concentración de fuerzas en la montaña para hacer una algarada por la Marina, llegando sus avanzadas hasta el Besós y poniendo en alarma á Barcelona, completamente desguarnecida.

Día 3.

1492. **Primer viaje de Cristóbal Colón.**—Obtenidos los recursos indispensables para la grandiosa empresa que proyectaba (V 20 MAYO), Cristóbal Colón se despidió de los Reyes Católicos el 12 de mayo, y el 23 se presentó en Palos, punto señalado para la partida de la expedición, leyendo solemnemente el escribano público en la iglesia de San Jorge la real orden que mandaba poner á su disposición dos carabelas. Mas á pesar de las terminantes y reiteradas órdenes de los monarcas, todo era oposición al proyecto, que se consideraba descabellado, y sin la oportuna y eficazísima cooperación y ayuda de Martín Alonso Pinzón y sus dos hermanos, hábiles y atrevidos navegantes, de grande influencia en la comarca, quizás se hubiese dilatado indefinidamente el cumplimiento de lo mandado. No sin tener que vencer por esto continuas dificultades, consiguióse armar tres buques de menos de cien toneladas, llamados *Santa Marta*, *Pinta* y *Niña*, de los cuales sólo el primero tenía cubierta, proporcionados dos de ellos por Martín Alonso Pinzón, quien también auxilió al almirante con medio millón de maravedises. Mandaba el primero el mismo Colón; el segundo, cuyos propietarios eran Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, Martín Alonso Pinzón, á quien acompañaba en clase de piloto su hermano Francisco Martín, y el tercero el otro hermano Vicente Yáñez Pinzón. Había también otros tres pilotos: Sancho Ruíz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldán; ejercía el cargo de inspector general de esta diminuta armada Rodrigo Sánchez de Segovia, el de primer juez Diego de Arana, y el de escribano real Rodrigo de Escobedo, ó Escobar; iban además un médico, un cirujano, Rodrigo de Jerez, Luis de Torres, Pedro Gutiérrez, caballero de cámara del Rey, y otros aventureros, criados y hasta 90 marineros: en total 120 personas.

El viernes 3 de agosto de 1492, se dió á la vela Colón, después de

confesar y comulgar todos con la mayor solemnidad, partiendo de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del Odiel, frente de la ciudad de Huelva, con rumbo á las islas Canarias, que se divisaron el 6 por la mañana, deteniéndose en ellas más de tres semanas para reparar averías y hacer provisiones, haciéndose de nuevo á la vela el 6 de septiembre desde la Gomera, para internarse en las inmensas soledades del Océano, completamente desconocidas. Feliz la navegación al principio, sobrevinieron calmas que empezaron á preocupar á los tripulantes, produciendo inquietud y luego descontento á medida que avanzaban los buques por aquellos mares, siempre con rumbo á Occidente, hasta la noche del 7 de octubre en que se inclinó algo al Sur para seguir la dirección en que volaban algunas bandadas de pájaros; pero la tierra no parecía á pesar de las señales de su proximidad, y tres días después, desvanecidas las esperanzas que habían abrigado los marineros, manifestaron al almirante su resolución de volver á España, pues era una temeridad loca persistir en aquel peligroso viaje hacia lo desconocido. Colón llegó también á desfallecer; mas animado por Martín Alonso Pinzón (1), cuyos consejos y experiencia de tanto sirvieron á aquel, impúsose con energía, y á las dos de la madrugada del viernes 12 de octubre un cañonazo de la *Pinta*, que iba delante como más velera, hizo la señal tan deseada, habiendo sido el marinerero Rodrigo de Triana el primero que dió la voz de ¡tierra! (2).

Desembarcó Colón con gran aparato, ricamente vestido de escarlata, tremolando el estandarte real, mientras los comandantes de los otros buques Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez daban al viento banderas de la empresa con una cruz verde por blasón y las iniciales F. Y. coronadas; se arrodillaron todos reverentemente, besaron la tierra y dieron gracias al Todopoderoso; y en seguida, levantándose Colón, desnudó la espada y tomó solemne posesión de la isla á nombre de los reyes de España, dándole el nombre de San Salvador, que es una de las Lucayas ó de Bahamá (3). El almirante agasajó á los naturales, que contemplaban atónitos á aquellos hombres y aquellas ceremonias, tan extrañas para ellos: y después de reconocer la isla y proveerse de agua y leña, continuó su viaje en la noche del 14, descubrió diferentes islas de aquel archipiélago,

(1) Es fama, le dijo con gran energía: ¡Aaelantel! ¡Adeiantel! Y si alguno se os insubordina, colgado para escarmiento (Fernández Duro).

(2) La pensión de 30 escudos prometida al que primero descubriese tierra, fué adjudicada á Colón por haber distinguido este á las diez de la noche del 11 al 12 una luz lejana y movediza, señal de tierra habitada. La desesperación de Triana fué tan grande que renegó el cristianismo y se fué al moro.

(3) Los naturales la llamaban Guanahaní. La luz que divisó Colón pudo ser de la isla Watlingt, situada algunas leguas más al Oriente.

luego la Isabela, de donde se dió á la vela el 24 de octubre, y finalmente la de Cuba el 28 de octubre, que abordó por la parte donde está hoy Nuevitas del Príncipe. Siguió costeano la isla, que consideraba Colón como la parte oriental del continente de Asia, teniendo lugar el 20 de noviembre la desaparición de la *Pinta*; y el 5 de diciembre, navegando hacia Oriente, descubrió la Española (Santo Domingo), abordada por la parte que llamó San Nicolás, cuyo nombre conserva todavía. Explorando esta isla sufrió otro contratiempo con el naufragio de la *Santa María*, que encalló en la noche del 24 de diciembre en un banco de arena, perdiéndose por completo, cuya desgracia afectó mucho al almirante; mas sacó recurso de ella para construir un fuerte, que llamó de la Navidad, con los restos de la carabela destruída, ayudando á los españoles en su empresa los sencillos indios, alegres y regocijados por conservar entre ellos á aquellos poderosos extranjeros, sin pensar que labraban así el duro yugo de una perpétua y trabajosa esclavitud.

La circunstancia de no disponer ya más que de la *Niña*, decidió á Colón á emprender su viaje de vuelta, temiendo que la pérdida de ella le aislase por completo del antiguo mundo, quedando ignorado su descubrimiento; en su consecuencia, terminado el fuerte, y artillado con los mismos cañones de la *Santa María*, dejó en él de guarnición á Diego de Arana con 30 hombres escogidos, entre ellos Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobar, se despidió del generoso cacique Guacanagari y de sus compañeros, los cuales no debían volverle á ver, y el 4 de enero de 1493 se dió á la vela para España. Hacia la bahía de Monte-Christi se le reunió de nuevo, el 6, la *Pinta*; pasó algunos días en la bahía de Samaná, y el 16 abandonó definitivamente la Española con rumbo á la Península. Viento contrario y el mal estado de los buques retrasaron la navegación, corriendo además el 14 de febrero un violento temporal, durante el que se separó de nuevo y perdió de vista completamente la *Pinta*; pero pudo Colón llegar trabajosamente con la *Niña* á la isla de Santa María, una de las Azores, de donde partió el 24 de febrero, y combatida de nuevo su frágil nave por los vientos, que le arrastraron hacia la costa de Portugal, tuvo que anclar en la boca del Tajo, siendo recibido por el rey D. Juan II que hizo justicia al mérito de Colón, distinguiéndole en alto grado. El 13 de marzo dejó por fin las aguas del Tajo, y el viernes 15 llegó felizmente á la barra de Saltes, entrando al medio día en el puerto de Palos, y sin pérdida de tiempo se dirigió á Barcelona para dar cuenta á los Reyes Católicos de su viaje (V. 3 ABRIL) (1).

(1) Martín Alonso Pinzón, entró pocas horas después con la *Pinta* en Palos. La tempestad le había arrojado al golfo de Vizcaya, refugiándose en el puerto de Ba-

Día 4.

1526. **Fallecimiento de Juan Sebastián Elcano.**—Natural de Guetaria, fueron sus padres Domingo Sebastián Elcano y D.^a Catalina del Puerto. Joven aún obtuvo el mando de una nave, adquiriendo fama de piloto experto, por lo que se le dió el cargo de maestro en la *Concepción*, que formaba parte de la armada de Magallanes (V. 26 ABRIL). Muerto el insigne marino portugués, no tardó en ser elegido Elcano para el mando de la *Victoria*, hallándose en la isla de Borneo, donde había fondeado la expedición, reducida ya á dicho buque y al *Trinidad*, el 8 de Julio de 1521. Siguiendo su derrota por el archipiélago, avistaron el 8 de noviembre las Molucas, en donde tuvo que detenerse la *Trinidad* necesitada de carena, y Elcano continuó el 21 de diciembre su viaje con la *Victoria*, tripulada por 60 hombres, dobló el cabo de Buena Esperanza entre el 18 y 22 de mayo de 1522, sufriendo grandes penalidades, que produjeron numerosas bajas; tocó el 1.^o de julio en las islas de Cabo Verde, y por fin, después de tres años proximately de navegación, llegó el 4 de septiembre á Sanlúcar de Barrameda con sólo 17 hombres, la mayor parte enfermos y en miserable estado, pero con la gloria inmarcesible de haber sido los primeros que dieron la vuelta al mundo.

Desde Sanlúcar se dirigió el esforzado navegante á Sevilla y luego á Valladolid donde se presentó al Emperador, el cual le señaló una pensión anual de 500 ducados de oro, y le concedió el uso de un escudo de armas con cuarteles alusivos y en la cimera representado el mundo, con este lema: *Primus me circumdedisti*.

Nombrado piloto mayor y segundo jefe de la expedición que salió de la Coruña el 24 de julio de 1525, al mando de García de Loaisa, mostró sus grandes dotes y conocimientos en los terribles temporales que sufrió la armada en las costas del Brasil; mas no pudo impedir que su buque *Sancti Spiritus* se estrellase contra la costa, dentro del estrecho de Magallanes, á fines de mayo de 1526, y Elcano tuvo que trasladarse á la capitana, aislada muy en breve de todas las demás naves. Las enfermedades hicieron presa en la tripulación, destrozaron los embates de aquel mar tormentoso el casco del buque, y acongojado por tantas desdichas murió Loaisa el 30 de julio, falleciendo también cinco días después, el 4 de agosto, el malogrado marino de Guetaria, en donde se perpetuó su memoria con un magnífico sepulcro construído en 1671, y en 1800 con una estatua levantada en su plaza principal (1). Su retrato se conserva en el Museo naval (núm. 563) donde también tiene erigido un monumento.

yona; y cuando se lo permitió el tiempo se dió de nuevo á la vela, esperando se le hiciese en su ciudad nativa un recibimiento triunfal; pero llegó sólo á tiempo para ser testigo de los honores tributados á Colón. Esquivó al encuentro con éste, y devorado por intenso dolor y tristeza, no tardó en fallecer el ilustre marino, uno de los más hábiles de su siglo y de los más intrépidos de todas las edades.

(1) En el catálogo del Museo Naval, edición de 1879, se dice (pág. 46) que murió de edad bastante avanzada cerca del pueblo de su nacimiento.

1692. **Batalla de Steinkerque** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la conquista de Namur por Luis XVI, se disponía el mariscal de Luxembourg á invadir el Brabante con un ejército muy superior al de los aliados. Entonces el rey de Inglaterra, Guillermo III de Orange, trató de dividir las fuerzas del enemigo, amenazando á un tiempo las plazas de Namur y Dunkerque. Cayó en el lazo Luxembourg, y fraccionó su ejército á fin de proteger ambas plazas, cuya circunstancia aprovechó Guillermo de Orange, rompiendo el movimiento con celeridad suma para caer sobre su contrario, el cual, sin dejarse sorprender por aquella rápida evolución, desplegó un ardor sin límites, y sus generales extraordinaria pericia; se perdieron y recuperaron varias veces diferentes baterías; cayeron regimientos enteros de uno y otro lado á las descargas de la artillería; y aunque al principio los franceses se vieron casi envueltos, la aproximación del cuerpo que se había destacado permitió al enemigo rehacerse, y los dos ejércitos se retiraron á sus campos respectivos. Guillermo de Orange emprendió después ordenadamente la retirada, con lo cual el de Luxembourg se atribuyó la victoria, que le costó unas 10,000 bajas, no habiendo pasado de 6,000 las que tuvieron los aliados, aun contando los prisioneros. El mariscal francés quedó tan fuertemente quebrantado, que no pudo realizar ya operación alguna, y estableció desde luego cuarteles de invierno.

1837. **Toma y saqueo de Segovia** (GUERRA CIVIL).—Al amanecer del 4 de agosto, se presentó el general Zaratiegui á la vista de Segovia (V. 19 JULIO), cuya guarnición consistía en un batallón de nacionales, escasamente 300 hombres, 250 soldados de línea, las compañías de cadetes del Colegio general militar y siete piezas de artillería, servidas por una compañía de esta arma, y otra de empleados de la Maestranza. Ocupadas por el enemigo las alturas que la rodean, pidió se le franquease la entrada, cuya intimación no fué tan siquiera contestada, y en su vista dispuso Zaratiegui tres columnas de ataque, una al mando del brigadier Iturbe, destinada al arrabal; la segunda, á cargo del coronel Novoa, se dirigió al flanco de Alcázar, y la tercera, con el brigadier Goiri, se preparó para atacar el frente ocupando desde luego la fábrica de Moneda. Rompióse inmediatamente el fuego, contestado con gran energía por los defensores á pesar de su escaso número, siendo muy certero el del cañón establecido en la Puerta de San Juan; y después de tres horas de lucha, rechazado el primer ataque, aparentaron los carlistas retirarse, ocultándose efectivamente y sustrayéndose por completo á la vista de los sitiados. Mas no tardó en ponerse el ardid en evidencia; pues cayendo repentinamente so-

bre los arrabales, el convento del Parral y algún otro edificio culminante, protegieron desde ellos el asalto, dado principalmente por la puerta de San Cebrián al huerto de Capuchinos, no sin grandes dificultades, por la extraordinaria elevación de las murallas y por el valor heroico que desplegaron algunos de los defensores haciéndose matar en ellas antes que abandonarlas. Acudió también Zaratiegui en persona con su segundo el general Elío, y haciendo derribar una puerta que se hallaba tapiada, introdujo por ella algunas compañías, penetrando ya entonces por todas partes, menos la brigada navarra y la caballería, que se mantenían en reserva, refugiándose los sitiados en el Alcázar. La ciudad, á pesar de lo corta que fué su defensa, sufrió los horrores del saqueo, siendo respetados los templos y los edificios públicos, sin que pudiesen evitar aquellos excesos los jefes carlistas, los cuales, con su general, se lanzaron á las calles castigando rigurosamente á los que encontraban cometiendo cualquier desmán. Al fin se consiguió restablecer el orden, y haciendo salir de la ciudad á las tropas que habían dado el asalto, para acantonarlas en Zamarramala, entraron los batallones navarros con el objeto de bloquear el Alcázar. Este capituló aquella misma noche, y en la mañana del 5 salieron los cadetes con armas y tambor batiente, con todos los efectos del Colegio y equipajes de su pertenencia, escoltándolos los carlistas hasta dos leguas de la ciudad. La tropa y milicia salieron sin armas, conservando sus espadas los oficiales, incluso los de la milicia.

El enemigo abandonó la ciudad el 9 de agosto, pero volvió el 15 para retirarse definitivamente en número de 5.000 infantes, incluso el batallón de voluntarios en ella organizado, y unos 400 caballos.

Día 5.

939. **Batalla de Alhandik ó del foso de Zamora** (GUERRA CON LOS MOROS).—Después de la batalla de Simancas (V. 23 JULIO) continuó Abderramán el cerco de Zamora, que según la crónica era *fuerte á maravilla, circundada de siete muros con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua*. Los cercados se defendían con *bárbaro valor*, según la expresión de los historiadores árabes, causando miles y miles de víctimas á los tenaces mahometanos, cuyo ánimo excitaba la presencia del Califa y de su tío Almudafar, logrando al fin aportillar y derribar dos muros, por donde se precipitaron al asalto; mas hallando detrás de aquellos dilatado espacio, y en medio uno de dichos fosos, absolutamente infranqueable, los cristianos hicieron en sus filas atroz matanza. Preciso fué que adelantándose las banderas de la gente del Algarbe y de Toledo, arrojasen al foso los cadáveres de sus compañeros, en tan gran número, que pudieron

pasar por encima de ellos á manera de puente, con lo que vencida la principal dificultad, los esforzados castellanos no pudieron resistir el impetu de los sitiadores, los cuales escalaron los muros restantes ó rompieron sus herradas puertas haciendo ondear en todas partes el estandarte del Profeta. Los cristianos murieron allí como buenos, tificando su sangre y la de sus enemigos las aguas del foso.

Los moros gozaron poco de su conquista, pues al cabo de algunos días volvió D. Ramiro sobre Zamora, y entrando en ella pasó á cuchillo la guarnición musulmana.

1435. **Combate naval de Ponza** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—D. Alfonso V de Aragón, tenaz en llevar á cabo su empresa de la conquista de Nápoles, puso sitio á Gaeta, cuya plaza, una de las llaves del reino, mandaba Francisco Spinola, y cuya guarnición, que era genovesa, se defendió esforzadamente. Cuando se encontraba reducida á la última extremidad (EPISODIO), presentóse la armada genovesa del duque de Milán, mandada por Lúcas Assereto, contra la que decidió el Rey salir á su encuentro, embarcándose con su hermano D. Juan, rey de Navarra, su otro hermano el infante D. Enrique y los más principales caballeros de su campo; y aunque los enemigos eran menos en número, llevaban la ventaja de ser muy superiores como soldados y como marinos, muy hábiles todos en las maniobras y diestros en el combate, mientras que la gente del rey de Aragón, casi toda cortesana, era completamente inexperta en las cosas del mar, embarazando las maniobras y descomponiendo el orden de batalla, llegando al extremo de tomar por fuga de los enemigos lo que sólo fué ardid para ganar el viento. Los genoveses, bien preparados, avanzaron desde la playa de Terracina contra los nuestros, que arrimados á la isla de Ponza, trabaron bravamente la pelea, saliendo al encuentro de las naves enemigas. Más de once horas duró la batalla, en la que no sólo se combatía con las armas ordinarias de guerra, sino que se lanzaban también desde las gavias piedras de cal, ollas de alquitrán y de aceite hirviendo, y todo lo que podía servir de proyectiles arrojadizos, batiéndose D. Alfonso con valor, pero con suerte desgraciada (1), pues atendida casi toda la armada aragonesa á cubrir y defender la nave real, servía ésta de estorbo, lo mismo que el sin número de caballeros de su séquito, y á pesar de la antigua y bien fundada reputación de los marinos catalanes, vió-

(1) Ortíz de la Vega dice que en aquella ocasión no dió D. Alfonso muestras del ardimiento de sus antepasados; sino que al ver acometida su galera, metióse bajo cubierta y la tripulación se rindió.

se aquella de tal manera envuelta por la genovesa, que el triunfo del enemigo fué completo y total la destrucción de la primera, ya que de catorce galeras, trece fueron apresadas con todos sus tripulantes. D. Alfonso tuvo que rendirse, en el momento de irse á pique, á Jacobo Justiniani, gobernador de Chío, quedando prisioneros con él sus dos hermanos, el príncipe de Tarento, el Duque de Sessa y hasta 340 caballeros de Cataluña, Valencia, Aragón, Castilla y Sicilia. Al rey de Navarra le salvó la vida un caballero de su casa llamado Rodrigo de Rebolledo.

Gaeta, no obstante, fué tomada por sorpresa por el infante D. Pedro, y D. Alfonso, libre ya, entró en ella el 2 de febrero de 1438.

Episodio.—El gobernador de la plaza, viendo se le acababan los víveres, hizo salir de ella á todas las personas inútiles para la defensa, y D. Alfonso tuvo la generosidad de acogerlas en su campo y socorrerlas con todo lo necesario. Como algunos murmurasen por este rasgo de compasión, supólo el monarca, exclamando: *Yo no he venido aquí á pelear contra mujeres y niños, sino con gentes capaces de defenderse, y antes prefiero no ganar á Gaeta, que causar la muerte de tantos inocentes.*

1702. **Episodio de la guerra de sucesión.**—El 5 de agosto de 1702 se presentaron en Arecibo dos buques ingleses que abordaron la playa con varias lanchas y echaron en tierra 30 hombres. El esforzado capitán D. ANTONIO CORREA, que salió del pueblo con solo los 30 jinetes que tenía á sus ordenes, tan pronto como vió desembarcar al enemigo, fingió retirarse aceleradamente hacia el bosque; mas llegado allí detuvo su marcha, y juzgándose los ingleses dueños del terreno avanzaron confiados, cayendo oportunamente sobre ellos nuestros jinetes, que arrollaron á los enemigos, matándolos á todos, á veintidós en tierra y á los restantes dentro del agua alanceándolos desde sus caballos, y no contentos con esto siguieron á nado hacia los dos buques enemigos, con los machetes en la boca y las lanzas en la mano, decididos á asaltar aquellos, lo que no pudieron conseguir por haber los enemigos cortado los cables y levado anclas. Quedaron en poder de aquellos valientes españoles 32 fusiles, 24 espadas y una de las lanchas, habiendo resultado heridos el capitán referido, el ayudante NICOLÁS SERRANO y los sargentos JOSÉ RODRIGUEZ y Pedro de Alejandría, el cual murió después de las heridas. El Rey, en real cédula de 28 de Septiembre de 1703, premió hecho tan señalado de valor.

1704. **Pérdida de Gibraltar (GUERRA DE SUCESIÓN).**—El día 1.º de agosto se presentó delante de la plaza española de Gibraltar una poderosa escuadra inglesa con 9.000 hombres de desembarco. Completamente desguarnecida aquella á pesar de las reiteradas gestiones de su gobernador, el sargento mayor de batalla D. Diego de Salinas, cerca del capitán general de la costa de Andalucía D. Francisco del Castillo, marqués de

Villadarias, pues contaba nada más que con 80 soldados, entre ellos 6 artilleros, no era posible pudiese defender y conservar aquel pedazo del territorio patrio, cuya importancia necesario fué nos la señalasen los extranjeros para venir en conocimiento del valor que tenía, ya, desgraciadamente, demasiado tarde. El entusiasmo del vecindario hizo que pudiesen reunirse para la defensa, entre paisanos y milicianos de los pueblos vecinos, 470 hombres que se repartieron entre el Muelle viejo, la entrada cubierta de Puerta de Tierra y el Castillo. El mismo día 1.º el príncipe de Darmstadt, antiguo gobernador de Cataluña, destituido por Felipe V por creerle afecto al Archiduque, y de acuerdo con el almirante inglés Rook invitó á la ciudad á someterse de buen grado al rey Carlos III, y el 3 hicieron ya los enemigos una enérgica intimación para que se rindiese la plaza en el término de media hora, siendo rechazada aquella por el gobernador que se aprestó á defenderse, siquiera para dar algún tiempo al socorro. En su consecuencia, en la madrugada del 4 se acoderaron ó pusieron en línea 30 navios y algunas bombardas, y comenzaron tan terrible fuego, que en el corto espacio de seis horas arrojaron 30.000 proyectiles sobre la plaza. Algunas tropas de desembarco tomaron el Muelle nuevo, y viendo D. Bartolomé Castaño, capitán y gobernador interino, que era vana la resistencia, lo abandonó, ordenando volar la torre llamada de Leandro, cuya disposición causó la pérdida de siete lanchas enemigas que se fueron á pique con 300 hombres muertos ó heridos. Las mujeres y niños y demás gente inútil para la defensa, que se habían refugiado en el Santuario de la Virgen de Europa, al volver á la ciudad recibieron todas las descargas de la artillería enemiga que los filántropos y humanitarios ingleses no titubearon en dirigir á aquellos desgraciados, completamente inermes. El gobernador, comprendiendo era de todo punto imposible prolongar la resistencia sin exponer la ciudad á los horrores de un asalto, ya inevitable, convocó á las autoridades, conviniendo todos en la necesidad de capitular con los sitiadores. Así se hizo con el príncipe Darmstadt, entregándose la plaza al titulado rey de España Carlos III, y la guarnición salió con armas, bagajes y caballos, llevando tres piezas de bronce con pólvora y balas para doce cargas, y raciones de pan, carne y vino para seis días. Darmstadt tomó posesión de Gibraltar el CINCO DE AGOSTO á nombre del Archiduque; más al desembarcar el almirante Rook con sus ingleses lo hizo á nombre de S. G. M. la reina Ana, y aunque esto realmente nada significaba, lo cierto es que el leopardo británico había echado su garra sobre la plaza española y no debía soltar ya su presa. El ominoso tratado de Utrech, triste resultado de aquella guerra, en la que tanta sangre derramaron los españoles por dos ambiciosos, ambos extranjeros, sancionó inicuamente el despojo, y desde aquella aciaga fecha,

grabada con caracteres de fuego en el corazón de todos los españoles, que en dicho aniversario deberían cubrir con negro crespón la bandera de la patria, ondea, clavado en nuestro territorio, aborrecido pabellón, manteniendo viva la afrenta y perenne el deseo de la reconquista.

Muchos de los habitantes, no queriendo sufrir el yugo extranjero, fueron á establecer sus viviendas cerca de la capilla de San Roque, abandonando sus bienes. Entre ellos merece citarse á D. Francisco García Caballero, que después de haberse distinguido extraordinariamente en la defensa de la plaza, y servir largo tiempo con armas y caballo á la causa de España, dejó también abandonada en el Peñón su fortuna, no menor de 40.000 duros, rechazando las valiosas ofertas del inglés para que se quedase en la ciudad.

1809. **Acción de Aranjuez (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—Establecido el ejército español de la Mancha en la izquierda del Tajo, hasta donde había avanzado para coadyuvar á la campaña de Talavera (V. 28 JULIO), el general Venegas, que lo mandaba, tomó sus disposiciones para defender el paso del río por Aranjuez, que intentaron los franceses el 5 de agosto para atacar á dicho ejército, libres ya del peligro que les amenazaba por la parte de Talavera, de donde se habían retirado Cuesta y Wellesley. Apostó para ello tres divisiones, al mando de D. Pedro Agustín Girón, para atender los puentes Verde, de Barcas y de la Reina y los vados Largo y del jardín del Infante, con parte de dichas fuerzas como reservas parciales en la plaza de San Antonio, alamedas del Palacio Real, calle de la Reina y alturas de Ontígola, quedándose algo detrás, camino de Ocaña, con las dos divisiones restantes, el mismo Venegas.

Como á las dos de la tarde empezó el combate por la izquierda española, situada en el jardín del Infante, acometiendo poco después el enemigo los tres puentes. El general Girón acudía á todas partes con admirable presteza, secundado eficazmente por los generales Lacy, Vigodet, y en especial por la artillería, que en todos los puntos de la línea dejó bien puesto el honroso nombre adquirido ya en aquella guerra, batiéndose á tiro de pistola, pues no había más distancia entre ella y la francesa que el ancho del río (1). El general enemigo Sebastiani comprendió pronto lo difícil y sangriento de la empresa, y desistió de su intento, levantando el

(1) Cayó mortalmente herido junto al puente de barcas, mandando dos piezas de á 8, el teniente **D. Miguel Panes**, sin consentir ser retirado del campo de batalla mientras conservó un soplo de vida, y siguió animando á sus soldados con a voz y el ademán, hasta expirar al fin, con el nombre de la patria en los labios.

campo al anochecer para dirigirse á Toledo, de cuyos puentes era dueño (V. 11 AGOSTO).

1835. **Episodio de la guerra civil.**—En conmoción la capital de Cataluña desde la terrible noche del 25 de julio, en la que, siguiendo el ejemplo de Zaragoza y de Reus, fueron quemados la mayor parte de los conventos y perseguidos y muertos gran número de frailes á los que el populacho achacaba estar en connivencia con los carlistas levantados en armas, creció en alto grado la alarma y la intranquilidad general al saberse en la tarde del 4 de agosto la aproximación de una columna mandada por el general segundo cabo D. Pedro Nolasco Bassa, enviado por el capitán general del Principado D. Manuel Llauder para mantener á toda costa el orden y castigar á los alborotadores. Bassa entró efectivamente en Barcelona la mañana del 5, después de dejar su tropa en el inmediato pueblo de Sans, y recorrió las calles acompañado tan solo del general D. Pedro María Pastors, encargado interinamente del mando, del teniente-rey D. Joaquín de Ayerbe y otros dos oficiales, arrostrando valiente la ira del pueblo. Ya en el edificio de la Capitanía general, situada entonces en la Plaza de Palacio, le instó Pastors para que se trasladase á la Ciudadela en vista de la efervescencia que se iba produciendo y de la actitud de las masas, cada vez más agresiva y amenazadora; mas negóse Bassa á ello, como también á dimitir el mando como le suplicaban comisiones de todas las clases de la sociedad, desearos de evitar un rompimiento que tanta sangre podía hacer correr, y es fama que dijo entonces *¡ó el pueblo ó yo!* Fué aumentando en esto el tumulto, acudieron los batallones de la milicia, tambor batiente, desde la Plaza de San Jaime, y exasperado el pueblo al saber las imprudentes palabras del general, invadió la iglesia de Santa María escalando una tribuna que comunicaba con el palacio, y penetró en este pidiendo á gritos la cabeza de Bassa. Salió á su encuentro el heroico Pastors tratando de contener las turbas, mientras aquel se ponía en salvo; pero viendo Bassa que peligraba la vida de su compañero, presentóse inopinadamente á sus enemigos. Empujados por el populacho, fueron retrocediendo ambos hasta un ángulo de la sala, procurando siempre Pastors cubrir con su cuerpo á Bassa, que recibió al fin un disparo á boca de jarro, y luego otro que le hirió mortalmente debajo del corazón, y al caer dijo á Pastors apretándole la mano *¡gracias, amigo mío!* Acto seguido el cadáver del infortunado general fué arrojado por el balcón á la plaza y arrastrado luego por las calles para ser consumido por las llamas en una hoguera que se formó en la Rambla; mientras otros grupos derribaban la colosal estatua de bronce de Fernando VII que en actitud humillante para Cataluña había mandado erigir el conde Carlos de España. Tal fue el trágico y desgraciado fin del valiente y pundoroso general **D. Pedro Nolasco Bassa**, natural del pueblo de Villalóna (Cataluña), que dió generoso su vida en aras del deber y del honor militar.

Desbandado el populacho y roto el dique á la plebe, ésta se entregó á otros desmanes, entre ellos el de quemar aquella noche la fábrica de Bonaplata y Vilaregut la primera de vapor levantada en la Península en 1827. El insigne general Pastors restableció al día siguiente la tranquilidad auxiliado por los batallones de la milicia.

Día 6

133. (a. de J. C.) **Destrucción de Numancia.**—(V. Tomo I, página 23).

1504. **Sitio de Gaeta** (GUERRA Y CONQUISTA DE NÁPOLES).—Desde Nápoles, tomado ya el castillo Nuevo, como también San Germán y Roca Guglielma, marchó Gonzalo de Córdoba sobre la fuerte plaza de Gaeta, último refugio de los vencidos de Cerifola, cuya principal defensa consistía en los arrabales, situados al Sudoeste en forma de anfiteatro y circuitos por una robusta y alta muralla, y en el monte Orlando, de difícil acceso, cuidadosamente fortificado por varios fuertes. Mandaba los defensores el esforzado Ivo de Alegre, que demostró la mayor energía, causando los fuegos de la plaza muchas bajas á los sitiadores, siendo de las más sensibles, especialmente para el Gran Capitán, la de su particular y muy querido amigo **D. Hugo de Cardona**, uno de los vencedores de Seminara, que cayó muerto á su lado, herido de bala de cañón, y también el coronel **Ravestein**, jefe de los alemanes, muerto por un tiro de falconeta. Quebrantada algo la defensa de la plaza, particularmente las obras del monte Orlando, intentó la infantería española el asalto, que fué rechazado, lo mismo que otro dado al día siguiente, y aunque no desesperaba Gonzalo de tomar la ciudad, la llegada el 6 de agosto de una escuadra enemiga, muy superior á la nuestra, con 4,000 hombres de desembarco á las órdenes del marqués de Saluzzo, le obligó á desistir de su propósito, retirándose prudentemente, aunque no lejos, á la Mola de Gaeta y Castellone (V. 1.º ENERO).

1579. **Creación del regimiento de Zaragoza, núm. 12.**—Creóse con el nombre de *tercio departamental de Portugal*, con motivo de la guerra que dió por resultado la incorporación de dicho reino á España, dando el mando de dicho cuerpo á D. Gabriel Niño de Zúñiga, cuyo título de maestre de campo fué expedido con fecha de 6 de agosto de 1579. En 1593 aparece con el nombre de *Tercio de Lisboa*, que cambió en 1791 por el de *Zaragoza*, convertido ya el tercio en regimiento desde 20 de mayo de 1715. Tomó por sobrenombre *El glorioso*.

En el Museo de Artillería hay una bandera (núm. 2.615) procedente de este cuerpo. Es de seda blanca con la cruz de Borgoña, y en sus extremos tiene escudos con león rampante de oro sobre campo gules.

1644. **Sitio de Lérida** (GUERRA DE CATALUÑA).—El general de Feli-

pe IV, don Felipe de Silva, había puesto sitio á Lérida con un ejército de 14,000 infantes y 4,000 caballos. Batido el 15 de mayo (V), el ejército de socorro que acaudillaba el mariscal La-Motte pudieron dedicarse tranquilamente los sitiadores á fortificar sus líneas, sin otro estorbo que las continuas y vigorosas salidas de la plaza, cuyo gobernador era Mr. d'Argenzón, sufriendo los bravos leridanos durante dos meses terrible bombardeo. La-Motte intentó varias veces socorrer la ciudad, agregados á su hueste algunos tercios catalanes, entre ellos el de Barcelona, de donde había salido el 8 de junio con el conceller *en cap* don José Montaner, á quien acompañaban Jerónimo de Calders y José de Novell, sus consultores, Damián Janer, Galcerán Dusay, Domingo de Moradell, Francisco Cabanyes y muchos otros caballeros y oficiales, poniéndose La-Motte sobre Balaguer á mediados de junio; mas D. Felipe de Silva no consideró prudente salir de sus trincheras ni su contrario atacarlas, yendo el francés á sentar su campo entre Lérida y Fraga, desde donde la falta de agua y forraje le obligó á retirarse á la otra parte del Segre. No esperando ya auxilio, y escaseando las subsistencias, preciso fué pensar en la capitulación, y para ajustarla fueron nombrados D. Alejandro Calaf, D. Juan B. Canet, D. Jerónimo Bernat y D. Juan Gispert, quienes reunidos con los canónigos Ribot, Bellver, Quer y Mercer, saltan hacia el campo sitiador, cuando, en la puerta llamada de *Infants Orfans*, se encontraron con D. Juan de Padilla, general de la caballería española, que iba á la ciudad con el mismo objeto. Las condiciones de la entrega se firmaron el 30 de julio en la casa-hospital de huérfanos allí contigua, manifestando el general español que no permitía Su Majestad entrasen en los pactos los catalanes, *pues para sus vasallos no había otros pactos que su amor y cariño*. El 2 de agosto entró en Lérida D. Felipe de Silva con su ejército, mientras saltan por otra puerta con los honores de la guerra, Mr. d'Argenzon y sus franceses, y el 6 lo efectuó triunfalmente Felipe IV, que se encontraba en Fraga esperando la rendición, confirmó sus privilegios y juró además allí los de todo Cataluña, captándose así con su política de atracción las simpatías de los catalanes (1), lo cual hizo se entregasen de buen grado, sin resistencia alguna, Balaguer, Agramunt y otras plazas.

(1) Ya poco tiempo antes, á 25 de abril, había expedido el rey en Zaragoza un edicto, por el cual prometía á los catalanes olvidar todo lo pasado, mantenerles en sus haciendas, privilegios, usajes, fueros, pragmáticas, capítulos de corte, leyes y constituciones, y ofrecía á todos perdón general, exceptuando á D. José Margarit, doctor Fontanella, D. José Rocabrúna, D. Francisco Vergos y los que hubiesen puesto mano en la muerte del conde de Santa Coloma.

1804. **Creación del batallón Cazadores de las Navas de Tolosa, número 10.**—Con dicha fecha se crearon dos batallones de infantería ligera con el nombre de *Tercios de Tejas* por haber sido su primitivo destino á Méjico. Después de la batalla de Bailén, á la que asistieron, dichos dos batallones tomaron respectivamente los nombres de *Bailén* el primero y de las *Navas de Tolosa* el segundo, por Real orden de 14 de septiembre de 1808, dándose el mando del último al coronel graduado comandante D. Melchor de la Concha. Medio batallón fuf casi totalmente destruido en la desgraciada batalla de Uclés (V. 13 ENERO), y retiradas sus reliquias al pueblo de Granátula, se refundieron el 15 de enero en el regimiento de *Murcia* que se estaba organizando allí; el otro medio batollón desapareció gloriosamente en el segundo sitio de Zaragoza. Por Real orden de 5 de julio de 1847 se reorganizó en Cataluña, el batallón cazadores de las *Navas de Tolosa*, el 1.º de septiembre de dicho año, con dos compañías de cazadores del *Príncipe*, tres de *Córdoba* y otra de la *Constitución*.

1824. **Acción de Junín (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DEL PERÚ).**— El 2 de agosto de 1824, reunido el ejército llamado *Liberador del Perú* en las cercanías de Pasco, á las órdenes del general Bolívar, presidente de Colombia, emprendió la campaña que tan terrible desenlace debía tener para la causa de España en la infausta jornada de Ayacucho. Lo componían unos 10.000 hombres de varias nacionalidades, entre los que se hallaban los soldados que más renombre habían adquirido en los diferentes teatros de la guerra de América y muchos militares extranjeros discípulos del gran guerrero del siglo y de los más famosos generales de las campañas de Rusia y de Waterloo,

El ejército realista del Norte, á las órdenes del general D. José Canterac, estaba acantonado hacía ya bastante tiempo en Huancayo, y constaba de 7.000 infantes, 1.300 caballos y la correspondiente artillería, repartida la infantería en dos divisiones, mandadas por los generales don Rafael Maroto y D. José Monet, mandando la caballería el brigadier Bedoya, coronel del regimiento de dragones de la *Unión*. Las tropas que constituían dicho ejército eran de superior calidad, engréidas con más de tres años de repetidos triunfos, acostumbradas como estaban á vencer, conocedoras del terreno y muy disciplinadas é instruidas.

Para cerciorarse de las intenciones del enemigo en vista de las contradictorias noticias que á cada paso recibía, decidió Canterac ir á su encuentro, reuniendo al efecto todas sus tropas el 1.º de agosto dos leguas al Norte de la villa de Jauja, desde donde avanzó hasta Carhuamayo, adelantándose el 3 el general en jefe con toda la caballería para practicar un recocimiento sobre Pasco, distante aun cinco leguas, y entonces se enteró con la mayor sorpresa que el ejército contrario había em-

prendido la marcha hacia el Sur, siguiendo la falda oriental de los Andes en dirección del valle de Jauja, precisamente al lado opuesto y paralelo al camino que había llevado Canterac. Temiendo éste verse cortado de su base de operaciones, retrocedió al amanecer del 6 desde Carhuamayo por el mismo camino, con tal precipitación, que las tropas reales, en menos de veinticuatro horas, habían estado en Pasco á retaguardia de Bolívar, y en la tarde del 6, se hallaban ya dos leguas adelantadas á su vanguardia, notable contraste con la lentitud con que á su vez se movió el enemigo. Animados los rebeldes con esta retirada, hicieron adelantar su caballería, que descendió al llano en número de 900 jinetes, apoyada la derecha en los cerros de Junín y cubierta la izquierda por un largo pantano. Entonces, el caudillo español, fiado en el número y superior calidad de su arma favorita, hizo detener la caballería, ordenando á la infantería y artillería que continuaran la marcha, y cargó al enemigo, formados en batalla los cuatro escuadrones de húsares de *Fernando VII* y de dragones del *Perú*, y á retaguardia de sus flancos el regimiento de dragones de la *Unión* en dos columnas destinadas á flanquear á los independientes. La carga se realizó con gran resolución y denuedo; pero sea por haber pasado á los aires violentos á desproporcionada distancia, lo que desordenó algún tanto la formación; ó por la firmeza y admirable impavidez con que los dos primeros escuadrones colombianos esperaron á pie firme la carga, empuñadas y enristradas sus larguísimas lanzas de 14 á 16 pies, cuya novedad impuso visiblemente á nuestros jinetes, desconcertados éstos en el choque, que fué terrible, sin poder ser apoyados por reserva alguna por haberse empeñado toda la caballería y estar ya lejos la infantería y artillería, volvieron grupos repentinamente y se declararon en fuga vergonzosa, dando al enemigo la victoria. La persecución duró más de dos horas, defendiéndose individualmente muchos oficiales y soldados españoles haciendo prodigios de valor, y los dispersos fueron acuchillados, no encontrándose en seguridad hasta que alcanzaron á la infantería, ya al anoecer. Aquella brillante caballería, tan orgullosa por sus numerosos triunfos, fué ahora batida y derrotada en los campos de Junín, teniendo cerca de 400 bajas y perdiendo todo el favorable prestigio y la ventajosa reputación que había sabido adquirir en las gloriosas campañas anteriores. Los independientes tuvieron 45 muertos y 99 heridos, contando entre los primeros muchos bravos oficiales, víctimas de su arrojo, y entre los segundos el bizarro general Necochea, que mandaba la caballería.

Día 7.

1161. Fallecimiento de Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.—

Subió al trono en 1131 al fallecimiento de su padre Ramón Berenguer III, teniendo lugar durante su reinado la unión de Cataluña y Aragón por su casamiento con Doña Petronila, hija del rey D. Ramiro *el Monje*, que le fué prometida en esponsales el 11 de Octubre de 1137, teniendo ella dos años de edad (1) Sostuvo algunas guerras con Navarra y coadyuvó á la conquista de Almería en 1147 (V. 17 OCTUBRE); conquistó el año siguiente á Tortosa (V. 31 DICIEMBRE) y en 1149 á Lérida (V. 22 OCTUBRE), última plaza de Cataluña que quedaba en poder de los moros, rindiéndose también el mismo día Fraga y Mequinenza, y acabó de arrojar en 1153 á los moros del Principado tomándoles el castillo de Ciurana y expulsándolos de las montañas de Prades, con lo cual en la primavera de dicho año se había conseguido la libertad de Cataluña. Su fallecimiento tuvo lugar en la noche del 6 al 7 de Agosto de 1161 en el llamado burgo de San Dalmacio cerca de la ciudad de Génova, de donde fué trasladado su cadáver á Barcelona y sepultado en el monasterio de Santa María de Ripoll.

1524. **Sitio de Marsella** (GUERRA CON FRANCIA).—Expulsados los franceses de Italia, pasó los Alpes sin resistencia un ejército imperial de 18 000 hombres á las órdenes del marqués de Pescara, sometió en pocos días la Provenza y se dirigió á Marsella, cuyo cerco emprendió el 7 de agosto contra el parecer del condestable de Borbón, que opinaba por seguir avanzando hacia el interior de Francia, encaminándose en derechura á la ciudad de Lyon. El asedio no se verificó con tanta prontitud, que recelándose de ello Francisco I, no tuviese tiempo éste para reforzar la guarnición, compuesta de 5.000 veteranos mandados por Renzo di Cer, dotándola de buenos y experimentados oficiales, además de 9.000 ciudadanos armados, mientras que por orden suya se talaba el país adyacente, á fin de quitar á los españoles toda clase de subsistencias y recursos, se arrasaban los arrabales y se mejoraban y aumentaban las fortificaciones de la ciudad. Ocupado Tolón para el desembarco de los pertrechos, encomendóse al jefe de la artillería fray Gabriel Fundino de Martinengo la abertura de la trinchera desde la ermita de San Lázaro hasta cerca del muro; hiciéronse al propio tiempo algunos *bastiones* (reductos ó plazas de armas) y se procedió á la construcción de las baterías con *cestos de faginas* que se llenaron de tierra por la noche, haciendo tocar *tambores y trompetas* para que no se sintiese el ruido de los azadones (2). De este modo se pudo terminar un gran espaldón á la derecha del campo, cerca de la Marina, artillándolo con 18 piezas; y roto el fuego al amanecer, continuó sin

(1) Su matrimonio se verificó en Lérida á mediados de 1150 ó principios de 1151, cuando llegó Doña Petronila á la edad de quince años.

(2) Arantegui, *Apuntes históricos sobre la artillería española*.

interrupción durante diez horas, quedando derribado parte del muro, aún cuando la brecha estaba poco accesible por la altura de las ruinas. Este contratiempo; las noticias suministradas por un prisionero respecto á las obras interiores de la plaza, y la certeza de que Francisco I estaba reuniendo bajo los muros de Aviñón un ejército de 40.000 hombres con ánimo de invadir la Italia cortando la retirada á los españoles, obligó al marqués de Pescara á levantar precipitadamente el sitio el 17 de septiembre.

Episodio.—Habiéndose presentado junto á las trincheras del marqués del Vasto un italiano que en alta voz y con gran jactancia manifestaba el deseo de medir sus armas con un español, el cabo LUIS PIZAÑO, sargento de la compañía del capitán Rivera, pidió permiso á éste y salió al campo á luchar con el enemigo. El valeroso soldado, lleno de cicatrices, que se había distinguido ya en las frecuentes escaramuzas ocurridas entre ambos ejércitos, entabló bravamente la pelea con el italiano, y cuando más encarnizada estaba, una bala de arcabuz disparada desde la muralla le hirió gravemente en la mandíbula derecha arrancándole todas las muelas y saliendo por cerca de la oreja. Irritado el español, aunque sin disminuir por esto su energía, antes al contrario, se abrazó á su contrario, lo derribó en tierra y le quitó la vida. Otro italiano salió de la plaza á socorrer ó vengar á su moribundo compañero, pero perdió la pica y huyó temeroso de sufrir la misma suerte que el anterior, dejando aquella arma como trofeo en poder de su adversario.

El valiente LUIS PIZAÑO siguió distinguiéndose en lo sucesivo; fué el primero que se lanzó al asalto de Roma á pesar de tener pasadas las piernas de dos arcabuzos y de ser el muro muy alto; sobresalió dirigiendo la artillería en la defensa de Corón contra los turcos, y llegó al alto cargo de teniente general de la artillería española, y jefe superior de la misma en 1145. El ilustre veterano murió repentinamente en Laredo cubierto de heridas, después de haber asistido á catorce campañas.

1539. Heroica defensa de Castelново (GUERRA CON LOS TURCOS).

—Tomada dicha plaza, situada en la Bosnia, por las flotas española y veneciana que mandaban Andrea Doria y Vincenzo Capello, quedaron en ella de guarnición 3.000 españoles á las órdenes del valeroso maestre de campo D. Francisco Sarmiento. Furioso Solimán II al saber la pérdida de Castelново, dispuso fuese acometida la plaza simultáneamente por tierra y por mar, lo que llevaron á cabo Ulamén, gobernador de la Bosnia, con 30.000 infantes y numerosa caballería, y el pirata Barbaroja, con su escuadra, á bordo de la cual iban 10.000 turcos y 4.000 genizaros, circunvalándola completamente el 18 de julio. Sin atemorizarse los españoles ante el formidable número de enemigos que tenían á la vista, rechazaron varias acometidas, haciendo comprender á los sitiadores que la realización de su intento había de costarles muy caro. Los sitiados, con ser

tan pocos, hicieron prodigios de esfuerzo y valor heroicos, habiendo ocurrido en uno de los muchos combates que tenían lugar diariamente el matar á 1.000 genzaros de aquella orgullosa y temible milicia turca, que decía: *un español basta para dos turcos, pero un genzaro basta para dos españoles*. La repetición de estos hechos tenían desesperado á Barbaroja, quien prohibió terminantemente entablar en lo sucesivo combate alguno personal y gastar el tiempo en escaramuzas, disponiendo se atacase formalmente y sin descanso la plaza con toda la artillería disponible de las naves y del ejército de tierra. Batido el castillo cinco días consecutivos sin suspender el fuego ni aún por la noche, fué arrasada la fortaleza hasta el extremo de no quedar literalmente piedra sobre piedra, y sin embargo, sus sangrientas y humeantes ruinas fueron perdidas y recuperadas tres veces seguidas, quedando al fin por los turcos y en ellas los cadáveres de más de mil heroicos españoles. Entonces dirigió el enemigo sus tiros contra las murallas de la ciudad, que demolió más fácilmente, dejando aquella tan abierta y desmantelada como si nunca hubiese tenido fortificación alguna. **D. Francisco Sarmiento**, cubierto de heridas, por las que derramaba abundante sangre, andaba todavía á caballo alentando á los pocos que de los suyos quedaban con vida, hasta que la perdió también, inmortalizando su nombre con defensa tan obstinada y gloriosa. Los turcos ocuparon el 7 de agosto aquellos venerables escombros, testigos mudos de tantas proezas, cubiertos de cadáveres y empapados en sangre de tantos valientes. Su posesión costó al enemigo la pérdida de casi todos los genzaros, además de otras 10.000 bajas.

La defensa de Castelnovo es tanto más asombrosa, cuanto su conquista por los españoles se había realizado en sólo tres días.

Día 8.

1002. **Batalla de Calatañazor** (GUERRA CON LOS MOROS).—Queriendo Almanzor dar un último y decisivo golpe sobre el reino cristiano de Castilla, después de las numerosas expediciones que había practicado en los años anteriores y en las que tantos estragos causara, reunió en Toledo todas las fuerzas militares del imperio, con grandes refuerzos recibidos de Africa. Los príncipes cristianos, para ver de conjurar el peligro que á todos amenazaba, trataron de aunar sus esfuerzos, como debían haber hecho ya desde un principio, y pregonaron y organizaron una cruzada general contra los infieles, reuniéndose las tropas de León, Asturias, Galicia, Castilla y Navarra por bajo de Soria, hacia el nacimiento del Duero, no lejos de las ruinas de Numancia, guiadas las de León por el conde Menendo, á nombre de Alfonso V, entonces de edad de ocho años, y las

de Navarra y Castilla por sus soberanos respectivos Sancho Garcés *el Mayor* y Sancho García, hijo y sucesor de García Fernández. El choque tuvo lugar en los campos de Calatañazor, divididos los musulmanes en dos cuerpos, uno de moros españoles y otro de africanos, ocurriendo algunas escaramuzas como preliminares de la batalla, que se dió el 8 de agosto. Unos y otros pelearon con verdadera saña, como enemigos irreconciliables y eternos, comprendiendo que del éxito del combate dependía quizás el porvenir de sus naciones respectivas; así que se atacaban con furor corriendo la sangre á torrentes, durando tan porfiado empeño hasta que llegó la noche, sin que se pudiese asegurar aún de quien sería la victoria; pero los principales caudillos de Almanzor habían caído muertos ó muy mal heridos, y cuando aquel, que también había recibido varias heridas, se convenció del estrago que habían sufrido sus tropas y de su desaliento, ordenó la retirada antes de la madrugada siguiente, efectuándola hacia Medina-Selm (hoy Medinaceli). Abatido y lleno de pesadumbre el héroe musulmán, hasta entonces nunca vencido, se agravó de sus heridas y expiró el 9 de agosto en brazos de su hijo Abdelmelik, á la edad de sesenta y tres años.

1588. **Desastre de la armada Invencible** (GUERRA CON INGLATERRA).—Queriendo Felipe II castigar á la reina Isabel de Inglaterra por sus repetidas injurias y provocaciones, ya protegiendo y alentando las piraterías de los aventureros de su nación, ó prestando su apoyo moral y material á los rebeldes de Portugal y de Flandes, mandó hacer grandes aprestos en las dilatadas costas de sus dominios, reuniendo en Lisboa una armada poderosa llamada en los documentos de la época *La Grande Armada* y por el vulgo *La Invencible*, cuyo mando confió al ilustre marino D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, iniciador y alma de la empresa. El proyecto aprobado por Felipe II era verdaderamente grandioso: *La Grande Armada*, compuesta de 130 navíos de guerra entre galeras, galeones, galeazas y otros buques, con 2.431 piezas de artillería y un porte total de 57.868 toneladas, tripulada por 10.000 hombres entre gente de mar y de remo, debía señorear el canal de la Mancha contra ingleses y holandeses y proteger el paso del ejército reunido por Alejandro Farnesio en Flandes entre Dixmude y Brujas, compuesto de 30.000 infantes, 1.800 caballos escogidos y la correspondiente artillería (1), teniendo pre-

(1) Componían la infantería 21 tercios: cuatro españoles, los de Mondragón, Aguila y Bobadilla, á cargo ahora de Sancho Martínez de Leiva, Juan Manrique de Lara y Manuel de Vega Cabeza de Vaca, y el de D. Luis de Queralt, compuesto

parados para el tránsito hasta 200 barcos de transporte, y desembarcar en Inglaterra estas tropas con los 20.000 soldados que iban á bordo de la armada de España, puesto todo el cuerpo expedicionario á las órdenes de aquel célebre caudillo. Mas la impaciencia del Rey y su carácter receloso y desconfiado le hicieron incurrir en embozadas, cuanto injustas inculpaciones, contra la actividad de Bazán, llegando al extremo de nombrar al conde de Fuentes para inspeccionar los trabajos, lo que produjo tal disgusto al marqués de Santa Cruz, que, muy quebrantado ya su ánimo por el desvelo y continua ocupación, falleció el 9 de febrero á consecuencia de una fiebre maligna. Este desgraciado contratiempo influyó de un modo fatal en el resultado de la empresa, pues Felipe II, poco *prudente* en esta ocasión, nombró para suceder al hábil y entendido marino á don Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, duque de Medina-Sidonia, quien no tuvo reparo en confesar con ejemplar ingenuidad, antes y después de la expedición, *que se consideraba incapaz de gobernar la armada por su inexperiencia en las cosas de la mar y de la guerra, estaba falto de salud y hasta se mareaba embarcado.*

Lista al fin la armada más imponente que hubiera surcado jamás el Océano, salió de Lisboa el 30 de mayo de 1588. Iba organizada en diez escuadras: la de Portugal, al mando inmediato del Duque, arbolando el estandarte real, recibido con gran solemnidad y pompa el 25 de abril (1), en el galeón *San Martín*, nave capitana, la misma en que D. Alvaro de Bazán había conseguido la victoria de las Terceras; la de Vizcaya, puesta á las órdenes de Juan Martínez de Recalde, almirante general; la de Castilla regida por Diego Flores Valdés; la de Andalucía, á cargo de Pedro de Valdés; la de Guipúzcoa, mandada por Miguel de Oquendo; la Levantisca, llamada así por estar formada con naos de Italia, Venecia y Ragusa, dirigida por Martín de Bertendona, bilbaíno; la de Urcas, que regía Juan López de Medina; la de pataches y zabras, cuyo cabo era D. Antonio Hurtado de Mendoza; cuatro galeazas de Nápoles á cargo de D. Hugo de Moncada, caballero catalán, y cuatro ga-

de catalanes; tres italianos mandados por Camilo Capiffucci, Gastón de Spinola y Carlos Spinelli; cinco alemanes, cuyos coroneles eran Juan Manrique, Fernán González, el conde de Aremberg, el de Barlamont y Carlos de Austria; siete valones dirigidos por el marqués de Renty, conde de Bossu, Octavio de Mansfeld, el marqués de la Motte, el de Barbanzón, el de Balansón y el de Werpe; el de borgoñones del marques de Varambón y el de irlandeses de William Stanley. Guisaban la caballería, á las órdenes del marqués del Vasto, el marqués de Favara, Octavio de Aragón y Luis de Borja.

(1) Tenía la regia insignia las figuras de Jesucristo y la Virgen María, y se encargó de ella D. Luis de Córdoba.

leras de Portugal, mandadas por D. Diego Medrano. La fuerza de infantería embarcada se componía de cinco tercios españoles: el de Sicilia, maestre de campo D. Diego Pimentel; el de Flandes, de D. Francisco de Toledo; el de Nápoles, de D. Alonso de Luzón; el de Indias, de Nicolás de Isla y el de Andalucía, de D. Agustín Mejía; dos portugueses levantados por Gaspar de Sousa y Antonio Pereira y 32 compañías sueltas, compuestas la mayor parte de gente bisoña recién reclutada; en total unos 19.000 soldados. Debía sustituir al duque de Medina Sidonia en caso de accidente D. Alonso Martínez de Leiva; ejercía el cargo de maestre de campo general D. Francisco de Bobadilla y el de veedor general D. Jorge Manrique. Embarcaron también más de 300 caballeros, no sólo de la nobleza de España, sino de otras naciones amigas, y aun de Inglaterra, Irlanda y Escocia, y hasta 180 religiosos.

Feliz la navegación al principio, aunque muy retardada por vientos contrarios, á la altura del cabo Finisterre se levantó un temporal que dispersó completamente la armada, y la mayor parte de los buques se refugiaron con bastantes averías en el puerto de la Coruña el 19 y 20 de junio, siguiendo el ejemplo dado por el Duque, cuando en vez de resistirlo, causa principal de la dispersión y averías, pudo, ayudada por él, ponerse en tres días en las costas de Inglaterra. Sólo el 22 de julio, treinta días después, se hizo de nuevo á la vela la armada española con viento favorable del Sudoeste, y el 30 se reunía sobre el cabo Lizard, dando vista á Plymouth, seis leguas distante, en cuya rada se había refugiado la escuadra inglesa, al mando del almirante lord Howard. Celebrado consejo de generales, Recalde y otros entendidos marinos propusieron embestir á la escuadra enemiga, que estaba anclada y tenía contrario el viento, con la seguridad de destruirla; pero el Duque, escudándose torpemente con las instrucciones recibidas del monarca, resolvió proseguir su ruta por el canal en demanda de los puertos de Flandes (1). Los ingleses, que esperaban con la mayor angustia la acometida, viendo inminente su ruina, sorprendidos al ver que la armada española pasaba de largo, cobraron aliento y se propusieron inquietarla, y con gran diligencia empezaron á sacar los bajeles del puerto, trabajando día y noche

(1) La totalidad de la armada iba dividida en tres secciones: la vanguardia al mando de D. Alonso Martínez de Leiva; la batalla que dirigía el Duque en persona, y la retaguardia regida por el almirante Recalde, formando las tres una línea de unas siete millas de extensión, en cuyo extremo izquierdo ó más inmediato á la costa de Inglaterra iba D. Pedro de Valdés, reforzado con dos galeazas, y en el opuesto Oquendo con las otras dos. Las urcas y pataches marchaban en pelotón por delante, fuera de esta línea.

á la espía por serles el viento contrario y soplar con fuerza, de modo que necesitaron cuarenta horas para poner en franquía toda su escuadra, encontrándose entonces con la inesperada y grandísima ventaja de quedar á la espalda y barlovento de los españoles. En esta disposición no tardaron en hostilizar nuestra retaguardia, atacando á las naves rezagadas con fuerzas superiores, metiéndose por entre ellas, revoloteando, si así puede decirse, alrededor de nuestras pesadas naves, sobre las que disparaban su artillería, retirándose en seguida para evitar el abordaje, táctica especial y acertada, que les permitía seguir la ligereza y admirable movilidad de sus bajeles, bien guiados y dirigidos por marineros muy prácticos y conocedores de las mareas, las corrientes y los vientos que reinaban en aquellos mares. Así se vió la capitana de Recalde (*Santa Ana*), batiéndose sola por mucho tiempo contra siete galeones enemigos que le causaron daños de consideración; así pudieron coger como trofeos la capitana de Pedro de Valdés (*Nuestra Señora del Rosario*), quien tuvo que rendirse prisionero á Drake (1), y la almiranta de Oquendo (*Nuestra Señora de la Rosa*), la primera por haber sido embestida por otro barco de la escuadra, que la dejó mal parada y casi sin gobierno, y la segunda por haberla puesto fuego una mano criminal volando las dos cubiertas y el castillo de popa con muerte de 200 personas, lo que obligó á abandonarla; también conguieron apresar los ingleses el galeón *Santa Ana*, que había servido de capitana á Recalde, y rezagado por las averías de que se ha hecho mención, fué acometido por los contrarios, batiéndose con la mayor energía hasta que un trozo de verga cayó sobre la cabeza del maestre de campo **Nicolás de Isla**, que dirigía la defensa, quitándole la vida, y teniendo ya 40 muertos y muchos heridos, desmayó la tripulación y embarrancó la nave en la boca del Havre, saltando á tierra y pasando después á Flandes. Así transcurrieron cinco días en continuas escaramuzas y combates, paniéndose cada vez más en evidencia la ineptitud del Duque, quien determinó fondear en la peligrosa rada de Calais como efectuó á las cinco de la tarde del 6 para esperar allí se le incorporase Farnesio desde los puertos inmediatos de Dunkerque y Newport; la armada inglesa fondeó también á barlovento, fuera de tiro de cañón, y sobre Dunkerque quedó la holandesa de Justino de Nassau, reuniendo entre ambas hasta 230 velas.

(1) Quedó prisionera también toda la dotación compuesta de 304 soldados y 118 marineros. Obtuvo la libertad, por cange con el general William Winter apresado con un buque inglés por el capitán Baltasar de Ortega; fué destinado en 1602 á gobernar la Isla de Cuba, siendo el primero que en ella tuvo título de Capitán general, hizo construir el castillo del Morro, y murió en Gijón, su patria, en 1608.

El día 7 transcurrió sin novedad; pero antes de la madrugada del 8, día en que se inició el fatal desenlace de esta desdichada empresa marítima, el enemigo lanzó hacia la armada española, impulsados por el viento y la marea, ocho barcos incendiarios, á cuya vista se produjo gran consternación y sobresalto en la gente, que recordaba la catástrofe de Amberes (V. 17 AGOSTO); y como el Duque diese la orden de picar ó cortar las amarras á toda prisa y salir á alta mar, aumentó el pánico general, haciéndose la maniobra con tal confusión y gritería, que no se oían las voces de mando, ni se entendía nadie, y las naves se abordaban y chocaban unas con otras, impelidas por el viento; así que, al rayar el alba, la *Gran de Armada* presentaba un triste espectáculo, en completa dispersión hacia Gravelines, sin tener el Duque á su lado más que el galeón *San Marcos*, que mandaba el marqués de Peñafiel, el *San Juan*, de D. Diego Enríquez, y algunos pataches que despachó con orden de prevenir á los demás bajeles que se mantuvieran de orza. Los enemigos se apercibieron gozosos del feliz resultado de su estratagema, y cayeron sobre los nuestros en columnas compactas, acometiendo primero á los tres galeones, que eran los que estaban más á barlovento, batiéndolos á tiro de arcabuz, pero evitando el abordaje, y aunque todos los capitanes trataban á porfía de socorrer á su general, como para ello tenían que dar más ó menos bordadas, resultó que sólo once de las naves españolas tuvieron que sufrir por mucho tiempo el fuego de más de ciento enemigas, y no pasaron de cuarenta las que en todo el día llegaron á ponerse á tiro. Este desigual combate duró desde las ocho de la mañana á las tres de la tarde, en que los ingleses, temerosos ya de la reunión de la armada, empezaron á retirarse sin haber osado abordar á ninguno de los bajeles aislados ni rendir á ninguno, si bien causaron mucho daño, particularmente en los galeones *San Felipe* y *San Mateo* y la nao *María Juan*, que se perdieron los tres, como también la galeaza *San Lorenzo* (EPISODIOS), cada uno de los cuales sostuvo por separado la carga de toda la escuadra inglesa, resultando acribillados sus cascos, sin jarcias ni velas y la más de la gente muerta ó herida, pues los primeros pasaron de 600 y de 800 los segundos.

El 9 de agosto, después de correr toda la armada gran peligro de ser arrollada por el fuerte viento Noroeste sobre los bajos de Zelanda, convocó el Duque consejo de generales para resolver lo más conveniente, en vista del mal estado de las naves más gruesas, sin aparejo muchas de ellas ó haciendo agua por los balazos recibidos, casi agotadas las municiones y poco menos los víveres y el agua, y á pesar del acuerdo casi unánime de regresar á España por el mismo canal de la Mancha, pues aun quedaban fuerzas suficientes para batir á los ingleses, decidió el Duque efectuarlo por el mar del Norte, resolución descabellada á todas luces, no habiendo

querido tampoco seguir el acertado y prudente consejo de Farnesio para que se quedase en aquellas aguas, donde habría podido carenar sus navíos mientras se acababa de someter á los rebeldes de Holanda, é intentar despues caer de nuevo sobre Inglaterra en ocasión oportuna. Mas terco y obstinado el tan inepto cuanto pusilánime Duque, continuó su rumbo al Norte seguido de la armada enemiga, hasta el 12, en que esta abandonó definitivamente la caza (1) tomando la vuelta de las costas de Inglaterra; y la *Invencible*, en el estado más deplorable y lastimoso, con más de 3.000 enfermos, sin contar los heridos, reducida la ración diaria á media libra de bizcochos, medio cuartillo de vino y uno de agua, arrojados al mar los caballos y mulas, se aventuró por aquellos poco frecuentados y peligrosos mares (2), dobló la extremidad Norte de Escocia por el canal de las Orcadas, sufriendo luego violentos temporales que dispersaron los buques, muchos de los cuales se sumergieron en el mar con sus tripulaciones y con ellas el valeroso D. Alonso de Leiva, cuya pérdida sintió más Felipe II que la de toda la armada, siendo asesinados por los ingleses á sangre fría y con la mayor inhumanidad miles de náufragos que consiguieron ganar las costas de Irlanda á fuerza de trabajos y penalidades sin cuento. Las naves restantes, unas por el canal de San Jorge y otras por la costa occidental de Irlanda tuvieron la fortuna de poder regresar á la deseada tierra de España, entrando el 22 de septiembre en Laredo la capitana con 22 buques, y casi al mismo tiempo Recalde en la Coruña, otras 8 naves de la escuadra de Castilla en Santander, Oquendo en San Sebastián con 6 de la suya, y sucesivamente algunas más en los expresados puertos del Cantábrico.

El Duque, que desde el 12 de agosto se había encerrado en su cámara, en extremo abatido y triste, sin querer saber nada de lo que ocurriese, indiferente á todo, se determinó al fin á hacer fuerza de vela sin cuidarse de la suerte de los demás, diciendo que cada uno se remediase como pudiese, y al encontrarse ya cerca de la costa de España, como el

(1) Habiéndose hecho el 10 la señal de pelear, dejaron de acudir el galeón *San Pedro* y la urca *Santa Bárbara* que eran los dos barcos más avanzados á sota-vento, por lo cual dispuso el Duque fuesen ahorcados sus capitanes D. Francisco de Cuellar y D. Cristóbal de Avila. El primero consiguió ser indultado por sus méritos anteriores; mas el segundo fué colgado de la verga de un patache, que cruzó entre la armada á fin de que toda ella presenciase el triste espectáculo de tan severo castigo.

(2) No teniéndose noticia durante mucho tiempo de la *Grande Armada*, fué objeto de burla por los extranjeros que decían se había subido al cielo con las oraciones y rogativas de los españoles.

viento contrario impidiese tomar el puerto con la prontitud que él deseaba, abandonó también su nave y el estandarte real, metiéndose en un bote para llegar á fuerza de remo á la ciudad, desde donde pidió inmediatamente á Felipe II licencia para retirarse á su casa, como lo hizo, perdidas por completo honra, reputación y fama, menospreciado de todos, corrido y afrentado de muchos, llegando á apedrearle los muchachos en Medina del Campo y Salamanca. En cambio, y como notable contraste, sus generales Recalde y Oquendo, el almirante Gregorio de las Alas y otros capitanes y pilotos, dando sublime ejemplo de abnegación como antes de energía y valor, permanecieron á bordo para animar y consolar á los enfermos, á pesar de estarlo también, no tardando en sucumbir Alas el 27 de septiembre en Santander, Oquendo en Pasajes el 2 de octubre, tan afectado y melancólico, que no quiso ver á sus parientes, ni aun á su mujer, y Recalde á fines de octubre en la Coruña. Habían fallecido también, entre otros muchos caballeros y capitanes, además de los nombrados, D. Antonio Manrique, conde de Paredes y su hermano D. Francisco Manrique; D. Martín de Aranda, audidor general de la Armada; D. Juan de Medina, general de las urcas; D. Diego Luzón, D. Lucas Zapata y D. García y D. Martín de Cárdenas; el maestre de campo D. Diego Enriquez; D. Martín de Alarcón, administrador general; D. Pedro de Zúñiga, D. Lorenzo y D. Rodrigo de Mendoza; D. Diego Maldonado, etc.

Tuvo el desagradable encargo de llevar al Rey la noticia y pormenores del desastre el almirante Antonio Menéndez Valdés, quien bravo y acreditado marino, apenas pudo sin embargo referir entre lágrimas y congojas el motivo triste de su misión, y poseído de profunda melancolía, devorado también por lenta calentura, falleció en Madrid á últimos de diciembre.

El número total de muertos en esta desgraciadísima expedición, tanto en combate como en naufragio y de enfermedades no bajó de 10.000, con pérdida de 63 naves, habiendo costado la empresa, según D. Bernardino de Mendoza, mil cuatrocientos millones de reales (1).

Episodios.—I. Trasbordado ya á la urca *Doncella* el maestre de campo DON FRANCISCO DE TOLEDO, como viese que algunos soldados de su tercio quedaban

(1) Fué tan grande la consternación en toda la Península, que el Rey hubo de prohibir las demostraciones de dolor, y para consolar los espíritus abatidos escribió expresamente el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesus, el *Tratado de la Tribulación*; sin embargo quedó la energía suficiente para que ciudades, villas y personas acudiesen espontáneamente al Rey ofreciendo á porfía hombres y dinero para proseguir el intento contra Inglaterra.

en su galeón *San Felipe* por impedir el trasbordo los golpes de mar, dijo que prefería morir con ellos y saltó á bordo otra vez, llevándole el viento, casi sin gobierno hacia la costa; pero pudo fondear cerca de Newport, donde desembarcó Toledo con los pocos que le acompañaban, y cuando se disponían á salvar la artillería y los pertrechos de valor por estar el buque inservible, se les anticiparon los holandeses remolcando el *San Felipe* hasta el puerto de Flessinguen, en cuyo punto, entregados al gusto de apurar el vino de Ribadavia que hallaron en la bodega, se fué á pique el galeón tumbándose sobre un costado y sumergiéndose con él á los bebederos en número de 300.

II. D. DIEGO PIMENTEL se negó del mismo modo á abandonar el *San Mateo* á pesar de su mal estado, haciendo toda la noche desesperados esfuerzos para mantenerlo á flote y alcanzar la costa; mas al llegar la madrugada se encontró rodeado por 30 naves holandesas, de las que se defendió durante seis horas con heroico valor, sucumbiendo al fin con sus soldados, que se entregaron prisioneros á sus enemigos, los cuales enaltecieron mucho el denuedo de los españoles. D. DIEGO PIMENTEL recobró la libertad, siendo nombrado en 1614 virrey de Aragón y en 1621 de Nueva España.

III. En la dispersión que sufrió la armada al amanecer del 8 de agosto, la galeaza *San Lorenzo*, capitana de D. Hugo de Moncada, sufrió graves averías que le imposibilitaron de seguir á la Real, y viéndose solo á tiempo que se acercaban los enemigos, trató de volver á Calais al remo; mas al estar sobre la barra, la falta de timón hizo fuese arrollada la galeaza por un golpe de mar, quedando tumbada sobre los bajos sin poder servirse de su artillería contra los barcos ligeros ingleses que le acometieron en seguida, por lo cual la abandonó casi toda su dotación considerando imposible la defensa. Sin embargo, permanecieron á bordo, con los oficiales, unos veinte arcabuceros subidos en el alcazar y castillo para salvar el honor de la bandera, como lo consiguieron con su gloriosa defensa, á pesar de estar completamente al descubierto por la inclinación del costado de la nave. El valeroso D. Hugo de Moncada cayó muerto allí de un balazo en la cabeza; sucumbió también en la proa Juan Setanti caballero catalán muy distinguido, quedando mal heridos el capitán LUIS MACÍAS y D. FRANCISCO DE TORRES. Los ingleses saquearon la nave, llevándose prisioneros á los capitanes MENDOZA, SOLÓRZANO y JUAN DE LOAISA.

1706. **Pérdida de Alicante** (GUERRA DE SUCESIÓN).—Ingleses y holandeses consiguieron entrar en dicha plaza el 8 de Agosto cometiendo toda clase de excesos; pero el castillo, defendido por el conde Mahoni, se sostuvo hasta el 4 de septiembre en que se entregó á las tropas del archiduque.

1764. **Creación del regimiento de América núm. 14.**—Fué organizado, con destino á Nueva España, en el reino de Valencia y plaza de Alicante, pasando su

primera revista en esta ciudad el 8 de agosto de 1794, siendo su primer coronel D. Miguel Porcel y Manrique. Regresó á la Península en 1768; asistió á los sitios de Mahón en 1781 y de Gibraltar en 1782 y á la batalla de Tudela en 1808. Hecho prisionero en la capitulación de Zaragoza, en 1809, después de su gloriosa y heroica defensa, fué reorganizado en San Mateo; pero no tardó en experimentar por segunda vez la misma suerte en la plaza de Tarragona, en cuya defensa se distinguió sobremanera, siendo reorganizado de nuevo en 1812 en Cartagena, para ser disuelto en 1823. En 1828 volvió á aparecer este regimiento, formándose en Valladolid con fuerza de los regimientos de la *Reina* y de *Extremadura*. Tenía por sobrenombre el *Benemérito de la Patria*.

En el Museo de artillería se conservan tres banderas de este cuerpo: la número 2.659 es de seda blanca con el escudo de armas reales sobre cruz de Borgoña y al final de sus brazos escudos de tres flores de lis de oro en campo azul; las núms. 1.511 y 2.655 son iguales á la anterior, sin el escudo de armas reales.

1809. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—Después de la batalla de Talavera (V. 28 JULIO), retiróse el ejército español á Puente del Arzobispo, cuyo paso defendió el 8 de agosto contra los franceses, continuando luego su retirada. Formaba parte de la 5.^a división, regida por D. Luis Alejandro Bassecourt, el regimiento de *Murcia*, cuyo coronel D. FRANCISCO COPONS Y NAVIA, viendo caer á un soldado de su cuerpo mortalmente herido por un casco de granada y que pedía á voz en grito no le abandonasen, pues deseaba morir en brazos de sus compatriotas, se apeó del caballo, consoló y animó á aquel desgraciado y le ayudó á montar, siguiéndole hasta que exhaló el último aliento. Aún entonces, notando que el abanderado D. Francisco Delgado no podía continuar la marcha, casi asfixiado por el calor, le hizo subir en su caballo y tomando en sus manos la bandera marchó así toda la tarde hasta el anochecer en que, repuesto aquel le devolvió la insignia del regimiento.

1835. **Expedición de Guergué á Cataluña (GUERRA CIVIL).**—El 8 de agosto de 1835 salió de Estella el general carlista D. Juan Antonio Guergué, con 2.433 infantes y 150 caballos con dirección á Cataluña para fomentar y organizar la guerra en el antiguo Principado. Perseguido por el brigadier Gurrea, pudo esquivar su encuentro, penetrando el 13 en Aragón por Verdún y entrando el 16 en Huesca, desde donde continuó á Barbastro y luego á Tremp, ya en Cataluña, en cuyos puntos se le incorporaron muchos partidarios, llegando á últimos de agosto á Guisona; y aunque ocupó el pueblo fortificado de Oliana, abandonado por su guarnición, empezó á inquietarle el constante toque de somatén y el mal estado de sus fuerzas, descalzas, hambrientas y desnudas, por lo cual decidió volver á Navarra, lo que deseaban todos; mas perseguido por varias

columnas, vagó algún tiempo por la alta montaña, encontrándose el 10 de septiembre en Pont de Suert, completamente cercado, en términos que pensaba ya capitular con Gurrea ó refugiarse en Francia, cuando un descuido de los liberales le permitió escapar por San Juan de Lerm, aunque no mejoró mucho su situación, pues el 14 se encontraba otra vez rodeado por sus enemigos en Noves, á orilla del Segre, entre Orgañá y la Seo de Urgel; mas esta vez salió del paso cayendo parte de sus fuerzas en Orgañá sobre la columna Sebastián al pasar el río, y habiendo conseguido batirla y hacerle algunos prisioneros, pudo ya descansar tranquilamente en dicho punto y en Oliana, del 16 al 20.

Desde entonces cambió por completo la situación de los expedicionarios, pues habiendo regresado Gurrea á Aragón, el general Pastors se vió á su vez en el mayor apuro, y gracias que por un hábil movimiento de flanco pudo retirarse á Solsona y Cardona, si bien vivamente perseguido, y luego á Agramunt y Cervera, desde donde regresó á Barcelona para hacer al general Mina entrega del mando de Cataluña, que ejercía interinamente. Guergué, por las inmediaciones de Olot y por Castellfullit (1), se dirigió entonces al Ampurdán, que pudo recorrer impunemente, haciendo abundante acopio de armamento, caballos y dinero, y volvió luego sobre Olot, que atacó el 6 de octubre con 5.000 hombres, consiguiendo tan sólo apoderarse de la ermita de San Francés, pues la aproximación de una columna liberal le obligó á desistir de su empresa, yendo á establecer su cuartel general en Torá, donde se reunieron la mayor parte de las fuerzas carlistas, aprovechando aquella oportunidad para organizarlas en cuatro divisiones, con un total de 22.000 infantes y 400 caballos; mas á pesar de su inmensa superioridad numérica sobre las tropas de la Reina, no consiguió Guergué otro resultado que dar paseos militares por Cataluña, llegando hasta el campo de Tarragona, cansando inútilmente á sus soldados y perdiendo en ellos todo su prestigio hasta el extremo de insubordinársele, negándose á batirse y pidiendo á gritos la vuelta á Navarra, la que tuvo que emprender al fin, entrando en Elizondo el 3 de diciembre, disminuidas considerablemente las fuerzas expedicionarias. Tal fué el resultado de esta expedición, la primera que salió de las provincias del Norte.

1836. **Acción de Escaro** (GUERRA CIVIL).—Perseguida la expedición

(1) En San Jaime se encontró dos compañías de *América* que se hicieron fuertes en un caserío inmediato, donde se defendieron bizarramente por espacio de 24 horas, capitulando después y tomando en su mayor número partido en las filas carlistas.

de Gómez (V. 26 JUNIO) por Espartero, consiguió éste caer sobre ella cerca de Escaro, cuando estaba remontando el elevado puerto de Tarma para volver á Asturias desde León, de donde había salido el 7 de agosto. Iba en vanguardia de la columna liberal el brigadier Alaix con siete compañías de cazadores y un escuadrón, cuyas fuerzas atacaron al enemigo sobre la marcha, dando tiempo á que llegase Espartero con el grueso, y puesto después Alaix al frente del regimiento de infantería de *Almansa*, se metió temerario por un boquete ó desfiladero, defendido por fuegos cruzados del enemigo, que conducía á un llano formado por el estrecho valle de Burón, en cuyo punto tenían los carlistas guarecida su impedimenta bajo la protección de dos escuadrones. Los valientes de *Almansa* recibieron tal granizada de balas que creyeron perecer todos; pero siguiendo impertérritos el ejemplo de su jefe, salvaron al fin el paso y cayeron sobre el convoy, acuchillando un escuadrón liberal á los jinetes carlistas, que abandonaron los prisioneros y cuanto custodiaban. Los batallones de Espartero terminaron el combate, trepando simultáneamente á las alturas de la sierra donde habían tomado posición las fuerzas contrarias, y éstas se desbandaron en distintas direcciones, perdiendo muchos muertos y heridos y hasta 500 prisioneros con los cuales se formó el batallón llamado de *Gutas*, que fue después regimiento de *Luchana*. Las tropas de la Reina tuvieron escasamente un centenar de bajas.

1880. **Episodio del regimiento de Numancia.**—Al tener noticia de la sublevación del regimiento lanceros de *Numancia* ocurrida en Santo Domingo de la Calzada el 8 de agosto, su coronel D. RAMÓN RUBALCABA y JUAREZ DE NEGRÓN se personó inmediatamente en el cuartel, saliendo con tres capitanes, diez subalternos y cuatro soldados en persecución de la fuerza rebelde. A una distancia como de legua y media de dicha población dió alcance á once de los insurrectos, y después de una marcha forzada de más de doce leguas hecha desde las tres y media, á las nueve de la mañana del citado día, encontró al resto de los sublevados en el estrechísimo desfiladero de las revueltas del Serradero, término de Pedroso, en donde, sin hacer un solo disparo y con gran riesgo de su vida por las continuas descargas de los perseguidos, logró someter á la obediencia á 70 de ellos, todos montados. Después de un pequeño descanso, indispensable para dar agua y pienso y herrar á los caballos, que se negaban á seguir por el agotamiento de sus fuerzas, continuó la persecución, volviendo á encontrar á los fugitivos en Torrecilla de Cameros, de donde al divisarle salieron huyendo precipitadamente unos 60 de ellos, presentándosele otros tantos. Entonces organizó dos escuadrones con la fuerza recogida y prosiguió la marcha hasta Villanueva de Cameros, en donde efectuaron ya su presentación los demás insurrectos que faltaban.

Día 9.

1530. **Capitulación de Florencia** (GUERRA DE FLORENCIA).—Detenido algunos días el Príncipe de Orange, Filiberto de Chalons, en Figghine y Ancisa por carecer de artillería para emprender el sitio de Florencia, que no quería acceder á la exigencia del emperador de abolir su gobierno republicano, reponiendo en el trono á la familia de los Médicis, se presentó al fin delante de la plaza, guarnecida por 8.000 hombres de tropas regladas á las órdenes del duque de Malatesta, estando sus habitantes decididos á resistir hasta el último extremo en defensa de sus libertades. El ejército imperial se componía de 300 hombres de armas, 500 caballos ligeros, 2.500 lansquenettes, 2.000 españoles y 3.000 italianos, cuyas fuerzas se establecieron en una cadena de eminencias que se extienden desde la puerta de San Miniato hasta la de San Nicolás, apoyándose principalmente en la posición central de San Jorge. Los sitiados se defendieron con gran constancia y bravura, haciendo continuas salidas; pero viéndose al fin en grave aprieto por el estrecho bloqueo que sufrían, llamaron en su auxilio á 3.000 infantes y 500 caballos ligeros, que á las órdenes de Ferrucci se encontraban en Pisa. Orange tuvo noticia de este movimiento y trató de oponerse á él saliendo al encuentro de las tropas de socorro, con las que se avistó el 3 de julio en una dilatada llanura que se extiende entre San Marcelo y Gavinana. Enablado el combate, la caballería imperial, compuesta en su mayor parte de alemanes, fué rechazada por la brillante arcabucería florentina, viendo lo cual el valiente **Príncipe de Orange** se lanzó impetuosamente sobre el enemigo, seguido de muy pocos, para reanimar á los suyos dando ejemplo, en cuyo momento una bala de arcabuz le privó de la vida, gloriosa siempre y dedicada al servicio de España; y aunque la aguerrida y valerosa infantería alemana avanzó con sus picas caladas sobre la florentina, difícilmente se habrían librado los sitiadores de una derrota sin la oportuna llegada del capitán D. Pedro Velez de Guevara con 300 españoles de su tercio, que cayeron sobre el flanco de los florentinos y restablecieron la acción, dando la victoria á los suyos, pues desconcertado el enemigo, se pronunció en retirada, completando su derrota nuevas fuerzas italianas que acudieron al lugar del combate.

Encargado D. Fernando Gonzaga del mando del ejército, estrechó aun más el bloqueo y esperó á que las enfermedades y el hambre quebrantasen el heroico valor de aquellos denodados republicanos, que al fin, el 9 de agosto, después de ocho meses de sitio, consintieron en ajustar una capitulación honrosa, siendo repuestos los Médicis en el gobierno.

1640. **Pérdida de Arras** (GUERRA CON FRANCIA).—Viendo el rey Luís XIII que los ejércitos franceses de Flandes no conseguían resultado alguno de importancia en sus operaciones sobre el Mosa, ordenó se reuniesen todas las fuerzas disponibles para emprender el sitio de Arras, cuya guarnición consistía tan sólo en 1.500 infantes y 400 caballos. El enemigo se presentó frente á dicha plaza el 13 de junio con 23.000 infantes y 9.000 caballos, y empezó á levantar reductos, abrir fosos y construir diferentes obras, cercando completamente la ciudad, que no estaba preparada para el sitio. El Cardenal-Infante, gobernador de Flandes, quiso socorrer á los sitiados, atacando el 2 de agosto el campo enemigo; y aunque duró todo el día el combate, luchando con extraordinario valor el duque Carlos de Lorena con sus españoles, no pudieron éstos forzar las líneas de los sitiadores, teniendo que retirarse, á pesar de lo cual los sitiados continuaron en su brillante defensa, sin atemorizarse con la amenaza de los franceses de pasarlos á todos á cuchillo, á lo que contestaron con mucha entereza, recordando al enemigo el antiguo refrán de aquella tierra: *tomarán los franceses á Arras cuando los ratones se coman á los gatos*. Prepararon, pues, las minas é intimaron segunda vez la rendición; pero el gobernador contestó que para ello esperaba órdenes del Cardenal-Infante, y como le exigiesen los sitiadores respuesta más precisa, manifestó que la daría dentro de tres meses. En consecuencia, el enemigo voló sus minas, que causaron grandes destrozos, no siendo con ello posible prolongar más defensa tan bizarra; así que el 9 de agosto capitularon con todos los honores de la guerra, desfilando aquel puñado de valientes españoles por delante del ejército francés, formado en orden de parada.

1808. **Patriotismo de las tropas españolas en Dinamarca** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Humilde auxiliar nuestra patria de los ambiciosos proyectos de Napoleón, gracias á la ineptitud y ruin conducta de sus gobernantes, había facilitado al Emperador una lucida división de más de 14.000 hombres de escogidas tropas españolas, que mandadas por el teniente general D. Pedro Caro y Sureda, Marqués de la Romana, con el general D. Juan Kindelan como segundo suyo, se encontraba á fines de 1807 en Hamburgo, después de haber peleado valerosamente algunos cuerpos en el sitio de Stralsund, muy consideradas y atendidas por el mariscal Bernadotte, príncipe de Pontecorvo y general en jefe del ejército del Elba, á cuyas órdenes estaban (1). Al llegar la primavera de

(1) Dicho general había escogido para su escolta ó guardia de honor 100 granaderos españoles de Zamora y una sección de 30 caballos del Rey.

1808 pasaron á Dinamarca, permaneciendo al principio reunidas en la península de Jutlandia; mas en el mes de junio, y á consecuencia de los sucesos que se desarrollaron en España, fueron diseminadas por todo el territorio danés, según orden expresa de Napoleón, estableciendo el cuartel general en Nyborg, capital de la Fionia, en cuya isla se repartieron los regimientos de la *Princesa* y *Voluntarios de Barcelona*, caballería de *Almansa* y *Villaviciosa*, la mayor parte de la artillería y zapadores; en la isla de Zeelandia, no muy lejos de Copenhague, *Asturias* y *Guadalajara*; en la de Langeland el batallón ligero de *Cataluña*; y en Jutlandia quedaron el regimiento de *Zamora* y los de caballería del *Rey*, *Infante* y *Algarbe*, al mando inmediato de Kindelan.

La orden de prestar juramento de fidelidad al rey José produjo gran excitación en el ánimo de los soldados españoles, muy descontentos ya, por las noticias que habían recibido de su patria; esto no obstante, Kindelan, que desde un principio tomó partido con los franceses, consiguió jurasen las tropas de Jutlandia, con el engaño de que las demás habían jurado ya, si bien costó gran trabajo, produciéndose un grave escándalo, y hubiera perecido el oficial que llevó la orden, á no huir precipitadamente. En Fionia, unos juraron sin dar los vivos mandados; los artilleros juraron *lo que jurasen sus oficiales*; los zapadores se negaron rotundamente á hacerlo; los dragones de *Almansa* interrumpieron la lectura de la orden con los gritos de *¡Viva Español! ¡Muera Napoleón!* y al amenazarles con un castigo ejemplar rompieron filas en el mayor desorden; y los batallones de la *Princesa*, después de una escena conmovedora (EPISODIO I), solo juraron lo que la Nación reconociese y jurara. Más grave fué lo ocurrido en Zeelandia, donde los regimientos de *Asturias* y *Guadalajara*, puestos á las órdenes del general francés Fririon, se amotinaron y quisieron matar á dicho general, que tuvo que huir, debiendo la vida á la intervención de los jefes y oficiales de dichos cuerpos, no teniendo la misma suerte dos ayudantes suyos, uno de los cuales fué muerto y el otro herido, por cuyo motivo fueron diseminados por compañías con promesa que no jurarian á José, y luego desarmados, siendo esto causa de que no pudieran embarcarse con las demás fuerzas que regresaron á la Península.

Las circunstancias referidas inspiraron á algunos oficiales de *Cataluña* la idea de fugarse en los buques ingleses que había anclados á la vista de Langeland, siendo los más decididos y resueltos á ello el capitán don Francisco Vives y el subteniente D. Antonio Fábregues, el cual, encargado de una comisión para Copenhague, pudo, por un acto audaz, ponerse en comunicación con el jefe de la escuadra británica (EPISODIO II); y acordado el plan general de evasión, se apoderaron los nuestros el 9 de agosto

de Nyborg, capital de Fionia, en cuya isla había más de 3.000 hombres de tropas dinamarquesas, para poder pasar á la de Langeland, donde debían reunirse todos los cuerpos, habiendo confiado á los oficiales de artillería D. Joaquín Lamor, D. Pablo Ventades y D. Manuel Zacarés (1) la arriesgada comisión de ir á preparar el embarque y concentración en Fionia de los regimientos que estaban en Jutlandia, no pudiendo efectuarlo *Algarbe* por la infame traición del general Kindelan (EPISODIO III); tampoco pudieron incorporarse *Asturias* y *Guadalajara* (2) por la causa antes indicada. Reunidas las fuerzas restantes en Langeland el 13 de agosto, habiendo algunos cuerpos tenido que recorrer 18 leguas en 21 horas para unirse al cuartel general; se embarcaron el 21 bajo la protección de la escuadra inglesa, sin abandonar más que los caballos que no podían transportarse, salvándose toda la artillería (25 piezas) y el 27 llegaban á Guttenburgo, en Suecia, donde permanecieron hasta el 12 de

(1) Este fué preso por los dinamarqueses al ir á cumplimentar su comisión y llevado á Francia, donde permaneció hasta enero de 1814, en que pudo fugarse, presentándose en el ejército ruso en el que se le confió una parte de la artillería de la vanguardia. Nombrado después comandante de artillería y fortificación de la plaza de Toul, en Lorena, la puso en estado de defensa, y llegó á mandar en la vanguardia del ejército ruso una división de artillería volante de los cosacos del Don; y en la batalla de Nemours y toma por asalto de la misma plaza mandó y dirigió la artillería del ataque habiendo sido uno de los primeros en el asalto. En 1815 regresó á España; mas habiendo quedado *indefinido* en 1823, permaneció en dicha situación hasta 1830 en que se expidió la Real orden de 20 de septiembre concediéndole el retiro de capitán, cuyo empleo tenía desde 1811, *por no inspirar confianza ninguna para continuar en el ejército*, á pesar de los brillantes informes de los jefes del cuerpo. Falleció en septiembre del mismo año.

(2) Conducidos prisioneros á Francia, se organizó con ellos en Avignon, por decreto imperial de 11 de enero de 1809 fechado en Chamartin, el regimiento español de *José Napoleón*, y aunque el objeto era traerlo á España, se desistió de ello temiendo fundadamente se pasarían al ejército nacional, y se envió un batallón á Flandes y otro á Dalmacia, reuniendo ambos en Holanda en 1811. Incorporado luego el regimiento á la división Friant, tomó parte en la campaña de Rusia, formando en la vanguardia hasta llegar á Moskou en septiembre de 1812. En aquella célebre retirada, formaba parte de la retaguardia, llegando á Krasnou á mediados de noviembre, reducida dicha división á menos de 1.000 hombres de los 17.000 que al principio contaba. Desde el expresado punto pudieron pasar los restos del regimiento á unirse á los rusos, que les trataron con grande afecto, y en la primavera de 1810 se organizó con todos los españoles de distintas procedencias que se pudieron reunir el regimiento *Imperial Alejandro*, actualmente *Luchana* (V. Tomo II, pág. 105).

septiembre, dándose al fin á la vela en 37 embarcaciones de transporte, y pisando tierra de España en Santofía y Santander el 8 de octubre.

Episodios.—I. Al ir á jurar los batallones de la *Princesa*, por un movimiento, no se sabe si convenido ó espontáneo, oficiales y tropa se agruparon al rededor de la bandera y fijando en ella la vista permanecieron así largo rato en el silencio más profundo, que no dejaba por esto de ser muy elocuente, hasta que salió un cabo de filas y dirigiéndose al Marqués de la Romana con el arma presentada, le dijo respetuoso, pero enérgicamente: *Mi general; mi compañía no jura á José ni á otro alguno, sino esa bandera, pues en llegando á España veremos á quien representa.* (1). A pesar de aquella manifestación tan expresiva, se leyó la orden y se dieron las voces para hacer las descargas prevenidas; mas en lugar de obedecerlas, los soldados de la *Princesa*, con asombro general, descansaron las armas tan silenciosos y resueltos como antes. Su coronel el conde de San Román pudo al fin hacerse obedecer; pero toda la noche siguieron disparando sus fusiles al aire con la algazara y desorden consiguientes y en son de mofa.

II. A su vuelta, y en la travesía de Nyborg á Langeland desvainó Fabregues su espada y amenazó á los marineros con la muerte si no le conducían á la escuadra inglesa. Sorprendido el ordenanza que le acompañaba, dejó arrebatarse el fusil por uno de los daneses, que se encaró entonces con el oficial español para oponerse á su mandato; mas este consiguió imponerse desarmando á su contrario, y obligó á los tripulantes á hacer rumbo al navío británico más próximo, donde se avistó con el almirante inglés y con el teniente de navío D. Rafael Lobo, acordando los tres los medios de evadirse, que comunicó después á su comandante D. Ambrosio de la Cuadra.

III. La indecisión del viejo coronel de *Algarbe* hizo perder un tiempo precioso, pudiendo así llegar el traidor Kindelan al cuartel general de Bernadotte y denunciar la fuga de sus compatriotas. Entonces el mariscal francés hizo salir tropas en persecución de las nuestras, y cuando el capitán de *Algarbe* D. Antonio Costa ó Coste, francés de nacimiento, pero emigrado al servicio de España, y varios otros oficiales del regimiento se decidieron á seguir la suerte de sus compañeros del *Rey* y del *Infante*, se encontraron cerca de Fridericia con quince escuadrones enemigos que les cerraron el paso, teniendo que rendirse prisioneros, menos el capitán Costa, quien, no queriendo entregar su espada ni mucho menos dar lugar á la sospecha de que había engañado ó vendido á sus compañeros de armas, se dió la muerte de un pistoletazo.

IV. Encargado el oficial de artillería D. JOSÉ GUERRERO de observar los movimientos del príncipe de Pontecorvo en Stadersleben (Shleswig) fué detenido por una partida de húsares dinamarqueses y conducido preso á Rendsburg, donde, recon-

(1) El capitán de ingenieros D. Fernando Miyares cuenta que el cabo dijo: *Mi general, yo no quiero jurar; sé muy bien que el no obedecer es un delito capital, y me presento para ser fusilado, porque en tratándose del juramento, de ninguna manera obedeceré, mándelo quien lo mandare.*

venido por dicho príncipe y por Kindelan, se negó á reconocer á éste por jefe suyo, diciéndole era indigno de llevar el uniforme español por haber abandonado la causa de la patria y pasóse á las filas del enemigo. Entró luego en contestaciones muy vivas y acoloradas con ambos sobre el objeto de su comisión, que se negó á manifestar, siendo por ello maltratado á culatazos por los soldados franceses y amenazado con la muerte. Encerrado en un calabozo permaneció 29 días sujeto con cadenas y tendido en el suelo sin paja, ni otro alimento que pan de centeno, siendo despues llevado á Hamburgo y luego á Francia, donde permaneció prisionero hasta 1812 en que pudo sustraerse del cautiverio y volver á España.

1835. **Heroica defensa de Torá** (GUERRA CIVIL).—El día 8 de agosto se presentaron frente al pueblo de Torá (Cataluña) los cabecillas Sansó, Tristany, Ros de Eroles, Camas-cruas y otros con más de 2.000 hombres. El valiente capitán de *Saboya*, D. MARTÍN CHAMORRO, que con un corto destacamento de su cuerpo se encontraba allí de guarnición, reuniendo hasta 110 hombres entre soldados y urbanos que acudieron de los pueblos de las inmediaciones, hizo desde luego el firme propósito de defenderse hasta el último extremo, llevando á cabo su honrosa determinación de la manera más heroica, pues rotas las hostilidades, se vieron en seguida los defensores privados de agua, que cortaron los carlistas, y envueltos por las llamas, que quemando casas y pajares amenazaban destruirlo todo. Aquel imponente y aterrador espectáculo no fué bastante para desalentar á hombres tan animosos, creciendo antes, por el contrario, su ardimento (EPISODIO); pero su pérdida habría sido indudablemente segura á no haberse presentado á las treinta y ocho horas de constante pelea, la columna de D. Manuel Sebastián que había salido de Cardona en su auxilio, llegando todavía á tiempo de salvar á aquellos héroes; los cuales, no menos briosos en el campo que tras las débiles tapias de aquella insignificante villa, ayudaron á desalojar de todas sus posiciones á los sitiadores, retirándose éstos con grandes pérdidas pues pasaron en total de 70 muertos y 200 heridos.

El enemigo volvió el 22 de septiembre en número de 5.000 hombres, mandados por Tristany, no dándole tiempo de ejecutar la venganza que meditaba las fuerzas liberales que acudieron de nuevo é hicieron emprender á los carlistas una retirada desordenada. Sin embargo, Torá fué después evacuada por su valiente guarnición.

Episodio.—Una mujer, DOÑA CONCEPCIÓN PRECIADO, esposa de uno de los oficiales de *Saboya* contribuyó á aumentar el entusiasmo de los defensores, reparando viveres y recorriendo sable en mano los puntos de mas peligro, para tomar parte en la defensa.

Día 10.

997. **Toma y destrucción de Santiago de Galicia** (GUERRA CON LOS MOROS).—En una de las correrías del célebre y terrible caudillo Almanzor, invadió éste el reino de Galicia, y á su aproximación, los habitantes de Santiago, llenos de terror, abandonaron la ciudad. Aquel entró, pues, en ella sin resistencia el 10 de agosto de 997, derribó las murallas y edificios principales, así como la suptuosa basílica, después de saqueadas sus riquezas, respetando, sin embargo, el sepulcro del Santo Apóstol.

1114. **Conquista de Ibiza** (GUERRA CON LOS MOROS).—Fué acometida esta empresa antes que la de Mallorca (V. Tomo II, pág. 6) por el conde de Barcelona Ramon Berenguer III el GRANDE, quien la llevó á cabo con pisanos, provenzales y catalanes. Tomado por asalto el tercer recinto de la plaza en la noche del 10 de agosto, se reembarcó el ejército aliado, haciendo rumbo á Mallorca después de demolidas las fortificaciones de Ibiza y hecho el reparto del botín.

1557. **Batalla de San Quintín** (GUERRA CON FRANCIA).—Rotas á un tiempo las hostilidades con Francia en Italia y en Flandes, organizó Felipe II en breves días un ejército de 43.000 infantes, 17.000 caballos y 80 piezas de artillería (1), cuyo mando confió al general Manuel Filiberto de Saboya. Este hábil caudillo movió sus tropas con mucho acierto, desorientando completamente al enemigo, que creyó amenazada la Champagne por haber puesto aquel sitio a Marienbourg; mas el general español abandonó repentinamente el cerco de dicha plaza, invadió la Picardía, y por disposición de Felipe II fué á sentar sus reales el 2 de agosto frente á la de San Quintín, que lo era de primer orden, situada sobre el Somme,

(1) La infantería contaba de 6.000 españoles mandados por Navarrete y por Alonso de Cáceres; 4.500 valones, á cargo del conde de Mega; 8.000 ingleses á las órdenes del Conde de Pembroke, lord Grey y lord Clinton; 20.000 tudescos y 4.500 gastadores al mando del conde de Doverstein, de Conrado Pemelberch y de Jorge Van-Hal. Componían la caballería 500 españoles, 1.200 alemanes ligeros del conde de Mansfeld, 2.100 alemanes del duque de Brunswick y 12.200 tudescos, ingleses y flamencos, mandados respectivamente por el conde de Horne, Mr. de Noirquerme y el conde de Aremberg.

la más importante que por aquella parte de la frontera cubría el camino de París, pero casi absolutamente desguarnecida de tropas, pues habría poco más de un centenar de hombres á las órdenes del capitán Brueil Bretón; así es que nuestras tropas pudieron ocupar fácilmente el arrabal de la margen opuesta, en comunicación con la de la ciudad sólo por el estrecho puente de Rouvroy. Sin embargo, no obraron los sitiadores con tanta diligencia que pudiesen evitar la entrada en la plaza del almirante Coligny con unos 500 hombres escogidos, los cuales salvaron así la plaza, que tenía viveres para tres semanas, no siendo necesario tanto tiempo para que el grueso del ejército francés pudiese acudir en su auxilio.

Sorprendido el condestable de Montmorency con aquel inesperado movimiento de los españoles, reunió cuantas tropas pudo y se movió por Pierre-le-Pont hasta La Fére, tres leguas distante de San Quintín, haciendo adelantar el 5 de agosto desde dicho punto 4.000 infantes del coronel d'Andelot, que debía atravesar los pantanos y entrar en la ciudad sitiada por el barrio de Pontirilles, apoyado por 500 caballos del duque de Enghien, puestas dichas fuerzas á las órdenes del mariscal de Saint André. Pero esta vez no fué tan afortunado el enemigo, pues cayendo d'Andelot en una emboscada, cuando confiado, creía ya seguro el éxito de su empresa, vióse acometido de improviso por 1.000 caballos del conde de Mansfeld en unión de 500 infantes alemanes y 800 españoles, mandados por el maestro de campo Navarrete, y fué completamente destrozado, dejando cuatro bandéras en poder de los soldados del duque de Saboya.

Por fin, el 10 de agosto, se presentó Montmorency á la vista de San Quintín con 20.000 infantes, 8.000 caballos y 18 cañones, decidido á socorrer la plaza, para lo cual, siguiendo el plan indicado por Coligny, debía pasar el Somme en barcas y entrar en la ciudad por la poterna de Santa Catalina. Formaba parte de dicho brillante ejército la principal nobleza del reino, que acudió presurosa á salvar la honra y la integridad de su patria, seriamente amenazadas: Montmorency, tan acreditado en las guerras sostenidas contra el emperador Carlos V, los duques de Enghien, Borbón, Nevers y Montpensier, el príncipe de Condé, el de Mantua, los condes de Villars y de Turenna: los nombres más ilustres y gloriosos de Francia. El Condestable, poco circunspecto en esta ocasión, abandonó los bosques que se extendían á su espalda, y desplegó su ejército, tan inferior en número al de los españoles, paralelamente al curso del Somme, para proteger el paso del río, que debían efectuar por el flanco derecho las tropas de socorro, á las órdenes también d'Andelot. Este consiguió, con gran trabajo, ganar la deseada orilla; pero acosada su gente por los arcabuceros españoles, pereció su mayor parte, y el mismo, herido también, se salvó por milagro en la plaza, seguido de menos de 400 hombres.

Entonces Montmorency, conociendo su imprudente temeridad, decidió retirarse cuando ya su flanco izquierdo se veía amenazado por la caballería ligera que mandaba el bizarro conde de Egmont; este pudo, no obstante, ser contenido por la caballería de Nevers, tratando el ejército enemigo de ganar cuanto antes el bosque de Montescourt, para apoyarse en él y hacer frente á sus perseguidores, que iban creciendo por momentos y empujando su retaguardia; pero reconocido el puente de Rouvroy por el mismo Duque de Saboya, resultó no ser tan angosto como había supuesto Montmorency, y además, habilitado otro puente con tablas, maderos, carros y barcas, pudieron pasar al otro lado del río un número considerable de tropas, que corrieron á impedir la retirada de los franceses, adelantándose el grueso de la caballería española por los valles de Harli, La Neuville, Urbillers y Benay, cubierta por las cumbres que la separaban de las tropas enemigas, hasta ocupar el bosque de Montescourt, en el que Montmorency fiaba su salvación. Tarde comprendió su error el veterano caudillo de Francia, y considerando que no quedaba otro recurso que vencer ó morir, dispuso sus tropas del mejor modo que le fué posible, apoyándose en las lomas inmediatas. Los caballos ligeros entretuvieron al enemigo mientras llegaba el grueso del ejército, que avanzaba ya desplegado en batalla, el de Saboya en el centro, en la izquierda Aremberg y Brunswich y en la derecha Mansfeld y Horne, cuyas dos alas cayeron sobre los contrarios con ímpetu irresistible, arrollando y destruyendo cuanto se opuso á su paso. La gendarmería francesa, cargada por aquella formidable masa de caballería, no pudo resistir tan terrible choque; la infantería alemana del Reingrave se rindió á discreción en número de 5.000 hombres; los demás alemanes y gascones huyeron llenos de terror, y sólo quedó en el campo de batalla para sostener el honor de las armas, la valerosa infantería francesa agrupada en las eminencias del terreno, defendiéndose desesperadamente hasta que llegó Filiberto de Saboya con la artillería y deshizo los cuadros á cañonazos. Al ver el Condestable de Montmorency la derrota de su ejército y la pérdida de su gloriosa reputación, se arrojó en medio de los escuadrones enemigos, buscando la muerte, seguido únicamente de unos pocos caballeros que cayeron bien pronto sin vida; y el mismo Condestable, gravemente herido, hubiera conseguido su deseo, si algunos oficiales no le hubiesen cubierto con su cuerpo haciéndole prisionero (1). Entonces no hubo ya combate, sino carni-

(1) Consiguio esta gloria un soldado llamado SEDANO, de la compañía de caballos de D. Enrique Manrique natural de Abia, que fué á quien entregó su estoque; pero la *fe*, como entonces se decía, ó palabra de prisionero, no la dió sino al capitán VALENZUELA por lo cual se repartió entre los dos el premio de la captura, (10.000 ducados.)

cería espantosa, acuchillando la numerosa caballería española á los dispersos hasta una legua de La-Fère, donde se refugiaron los escasos restos del ejército vencido. Este dejó más de 6.000 hombres tendidos sobre el campo, muertos la mayor parte, habiendo perdido además los 5.000 prisioneros indicados y otros 1.000 franceses, entre éstos, además de Montmorency, su hijo menor, los duques de Borbón, Montpensier y Longueville, el mariscal de Saint-André, el príncipe de Mantua y hasta 300 caballeros, como también toda la artillería, muchos carros de municiones y hasta 52 banderas y estandartes, con un botín de alhajas y dinero que se repartió entre las bandas mercenarias. El ilustre duque de Enghien quedó cubierto de heridas en poder de los españoles, y vino á morir aquella misma noche en la tienda del duque de Saboya. Las pérdidas de los nuestros no llegaron á 1.000 hombres.

La plaza de San Quintín se resistió todavía hasta el 27 de agosto (V.) en que fué tomada por asalto. Su heroica y prolongada defensa salvó indudablemente la capital de Francia, sobre la que habría podido marchar el ejército español sin obstáculo alguno, aprovechando el terror que infundió aquella gloriosa jornada; pero organizadas en tanto nuevas tropas, obró prudentemente Felipe II, que se encontraba entonces en Flandes, en no aventurarse por el interior de una nación siempre enérgica y poderosa.

En conmemoración de esta memorable victoria con que inauguró su reinado D. Felipe *el Segundo*, hizo levantar el monasterio de San Lorenzo del Escorial, dedicado al Santo martir cuya fiesta celebra la iglesia el 10 de agosto (1).

1697. **Sitio de Barcelona** (GUERRA CON FRANCIA).—Al encargarse el duque de Vendome del mando del ejército francés de Cataluña, por enfermedad del de Noailles, emprendió las operaciones, y á la vista de nuestro ejército, que mandaba el virrey marqués de Castañaga, bajó por el Tordera desde su campamento de las Mallorquinas, no lejos de Gerona, ocupó los lugares de Blanes, Malgrat, Pineda y Calella con otros pueblos de la costa, y el 5 de junio estableció sus reales en Badalona á una legua de la capital, sin oposición alguna del nuevo virrey D. Francisco de Velasco, quien se retiró con parte de sus tropas á Martorell, dejando en Bar-

(1) Contribuyó quizás á ello la circunstancia de que habiendo tenido que destruir, para dar el asalto á la plaza enemiga, un monasterio de San Lorenzo contiguo á la muralla, quiso el piadoso monarca desagraviar solemnemente y fastuosamente con otro más suntuoso la ofensa inferida al santo español.

celona al conde de la Corzana, su maestre de campo general, con 12.500 infantes, entre ellos un tercio de 4 000 catalanes que tenía por jefe al conceller en cap, y 1.200 caballos, con el conde de Peñarrubia, D. Juan de Acuña y D. Diego de Salinas de sargentos generales de batalla, mandando la caballería el príncipe Darmstad, y la artillería el marqués de la Florida y D. Gabriel de Corada. Una armada enemiga de 150 velas desembarcó entre el castillo de Mongat y el Besós 56 piezas de grueso calibre, 18 morteros y otras piezas menores, con gran cantidad de pertrechos y víveres; y el 12, mientras la armada cerraba el puerto aproximándose á tiro de cañón de la plaza, ésta era circunvalada por tierra por el ejército enemigo, fuerte de 18.000 infantes y 6.000 caballos, extendiéndose desde la fuente de Alió, junto al mar, hasta el Mas-Guinardó y San Andrés, y desde allí hasta la torre llamada de la Marina, ocupando San Martín, el convento de Capuchinos, el de Gracia, Sarriá y el convento de Pedralbes.

Comenzó el 15 el bombardeo por la escuadra, y elegido como frente de ataque el comprendido entre los baluartes de la Puerta Nueva y de San Pedro (V. el plano del 11 de septiembre), ocuparon los sitiadores el convento de Jesús y levantaron una fuerte batería de cañones y morteros á los lados de la casa llamada de Sagrista, adelantando sucesivamente sus trabajos á pesar del acierto de la artillería de la plaza (que sólo en el 22 de junio llegó á desmontar ocho piezas enemigas), de las salidas que hicieron los sitiados, no siempre afortunadas, y de los continuos ataques que daban al campo francés los cuerpos de migueletes que coronaban las montañas próximas, al mando de D. José Boneu, D. José de Agulló, don Manuel Llobet, D. Juan Copons, D. Valerio de Saleta, D. Baltasar Brú, D. Blas de Trinchera, D. Francisco Vila y otros caudillos catalanes. El enemigo fué aproximando sus baterías al frente atacado, haciendo mucho daño con el bombardeo, que alcanzaba á todo el ámbito de la ciudad produciendo el incendio de varios edificios, entre ellos la iglesia y monasterio de Junqueras, y en la noche del 4 de julio asaltaron 8.000 hombres, precedidos de 800 gastadores, el camino cubierto, que tenía estacada, siendo rechazados varias veces, y sólo á costa de grandes pérdidas consiguieron el 6 fortificarse en los salientes de la Puerta Nueva y San Pedro; los defensores quedaron dueños de las cortaduras inmediatas, habiendo experimentado también bastantes bajas (1) en aquella encarnizada pelea, que duró cerca de tres días.

(1) Pasaron de 500, habiendo muerto el sargento mayor del tercio de la Costa (regimiento de *Valencia*) **D. Pedro Belalcazar**, y quedando heridos los maestros de campo D. Pedro Antonio Ibáñez, D. Manuel de Toledo, D. Diego Alarcón y los sargentos mayores reformados D. Juan San-Just y D. Antonio Brú.

Entretanto, el virrey nada hacía para oponerse á los trabajos del enemigo, limitándose á practicar algunas débiles y completamente infructuosas tentativas por la parte de Nuestra Señora del Coll y Pedralbes, avanzando después muy pausadamente hasta San Feliu de Llobregat, donde fué sorprendido el 13 de julio por el enemigo, que cayó sobre él con gran golpe de gente. Los nuestros, que estaban durmiendo tranquilamente sin precaución alguna, como si tuviesen á los contrarios á cien leguas de distancia, se portaron cobardemente desde el virrey hasta el último soldado, menos los tercios de caballos de D. Francisco Pingarrón y del conde de Tilly, los cuales contuvieron á los franceses y efectuaron su retirada en buen orden, peleando con gran bravura. Velasco huyó á uña de caballo hacia Martorell, no parando hasta Esparraguera, á donde llegó montado en el caballo de un soldado, el primero que pudo encontrar en el desorden que produjo una falsa alarma. Vendome hizo muchos prisioneros, saqueó los pueblos de Esplugas, Cornellá, Hospitalet y San Feliu, y recogió abundante botín.

Mientras la artillería batía en brecha la muralla, desembocaban los sitiadores en el foso y se establecían el 20 al pie de los baluartes de la Puerta Nueva y San Pedro, que fueron asaltados el 22 á las nueve de la noche después de dar fuego á las minas, que volaron causando grande estrago. Rechazados tres veces los franceses en el primero de dichos baluartes, consiguieron solo fortificarse en el ángulo flanqueado, siendo todavía más porfiado el combate en el de San Pedro, que quedó al fin por el enemigo en la mañana del 23. En la Puerta Nueva siguieron defendiendo los españoles con gran valor la cortadura de dicha obra; mas ocurriendo la desgracia de volar el repuesto de muuiciones, se llenaron los soldados de terror creyendo fuese una mina y abandonaron el puesto en desorden, con lo que pudo el enemigo acabar de ganar fácilmente la obra, quedando herido y prisionero el maestre de campo del tercio catalán de la Diputación **D. Juan de Marimón**, el cual falleció pocos días después (1).

Viendo los sitiadores que á pesar de las ventajas obtenidas no conseguían ganar la plaza, contenidos en aquellos puntos por la enérgica resistencia de los sitiados, prolongaron sus trabajos por la derecha abriendo otra paralela entre la puerta de San Pedro y la de Junqueras y levantaron

(1) Se ha atribuido al conde de Peñarrubia la pérdida de dicho intrépido jefe y de los valientes que mandaba por no haberles franqueado la entrada en la plaza en aquellos críticos momentos. En la confusión que se produjo, revueltos amigos y enemigos, no dejaba de ser peligroso tener abierto el portillo que daba acceso al interior de la ciudad.

nuevas baterías que cubrieron con una lluvia de bombas y de proyectiles de toda clase aquella parte de la ciudad (1). En esto empezaron á correr voces de que se trataba de capitular, é indignados los barceloneses y llenos de ira pedían armas á voz en grito, sin distinción de clases, manifestando que preferían morir todos antes que entregarse á los franceses, para lo cual se ofrecían á defender por sí la ciudad con tal de que saliese de ella el de la Corzana con sus tropas á excepción de las alemanas que mandaba el príncipe Darmstad, el único que con otros tres capitanes españoles y los concelleres se oponía á la capitulación; pero destituido D. Francisco de Velasco de su cargo de virrey y nombrado en su lugar el conde de la Corzana, llevó este adelante su plan y se firmó el 10 de agosto la capitulación á despecho y con llanto de todo el vecindario, fijándose la entrega de la plaza para el 15, en cuyo día salieron por la brecha, capaz de cien hombres de frente, y por la Puerta-Nueva, las tropas de la guarnición, con todos los honores de la guerra, quedando en libertad para incorporarse al ejército del Virrey.

Se supone que los sitiadores experimentaron durante el sitio 15.000 bajas entre muertos, heridos, enfermos y desertores, cifra sin duda alguna exagerada, por más de que fueron muy considerables sus pérdidas; las de los españoles pasaron de 4.000. El conceller *en cap* D. Francisco Taverner murió del sentimiento que le produjo la pérdida de la ciudad, que no evacuaron los franceses hasta el 4 de enero de 1698, después de la paz de Riswich, habiendo hecho pagar á los habitantes 30.000 libras para gastos de campaña.

Carlos II desterró á D. Francisco de Velasco á sus tierras, culpándole de la pérdida de Barcelona; y el príncipe Darmstad fué nombrado general en jefe del ejército de Cataluña y virrey del Principado.

1746. **Episodio de la guerra de Italia.**—En la retirada emprendida por el ejército español después de la batalla de Plasencia sobre el río Tedone, el regimiento de *Mallorca* vióse envuelto por la caballería imperial, teniendo que formar el cuadro. Entonces su heroico coronel el **Marqués de Moya**, jura delante de las banderas morir con toda su tropa antes que rendirse, y animados oficiales y soldados con su ejemplo, se mantienen á pie firme con denuedo tal que rechazaron victoriosamente las repetidas cargas de los jinetes enemigos, alcanzando muerte gloriosa su bravo coronel con otros muchos oficiales y soldados (2). El Rey, queriendo eternizar

(1) En todo el curso del sitio, cayeron dentro del recinto de la ciudad más de 20.000 bombas y 80.000 balas de artillería.

(2) Fué tan grande el número de bajas de oficiales, que todos los cadetes del

el recuerdo de esta hazaña memorable, mandó estampar en las banderas de *Mallorca* la siguiente inscripción: *Præus flammis combusta, quam armis Mallorca victa. (Antes quemadas que vencidas)*, adquiriendo desde entonces el regimiento el sobrenombre el *Invencible*.

1843. **Creación del regimiento cazadores de Talavera, 15.º de caballería** —Se organizó en Alcalá de Henares por Real decreto de dicha fecha, siendo su primer coronel D. Juan M. de Bienvenida. En 1844 tomó el nombre de *Ballén*, y fué extinguido en 28 de febrero de 1849 pasando su personal á formar parte del establecimiento central de instrucción de aquella ciudad, en la que organizado de nuevo por Real decreto de 10 de junio de 1855. tomó el nombre primitivo, que es el actual.

Día 11.

898. **Fallecimiento de Vifredo el Velloso.**—Fué el primer conde independiente de Barcelona. Cuenta la tradición, que siendo Vifredo *el Velloso* feudatario del rey de Francia Carlos *el Calvo*, le auxilió en una guerra contra los normandos. En una batalla se inclinaba hacia éstos la victoria á pesar de los desesperados esfuerzos que para conseguirla hacia el ejército franco, cuando el valiente Vifredo, seguido de sus caballeros catalanes, arremetió por entre los normandos más osados, y de tal manera peleó que pudo cambiar la faz del combate, quedando al fin el campo por los francos. Mas el bravo caudillo no había conseguido tan señalado triunfo sino á costa de una grave herida que recibió en un costado. Transportado á la tienda y colocado sobre su lecho de campaña para despojarle de la armadura y curarle, presentóse el rey Carlos, á cuya vista quiso Vifredo incorporarse para demostrar respetuosamente al soberano su agradecimiento por la honra que la dispensaba; pero volvió á caer sobre el lecho saliendo á borbotones la sangre de la herida. El rey le echó los brazos al cuello en señal de gratitud por su heroica acción, causa principal del triunfo obtenido, y le dijo que cuantas mercedes pidiese se las otorgaría; y Vifredo, aprovechando aquella ocasión, le rogó le concediese un blasón para su escudo, en el que, arrimado al lecho, no se destacaba divisa ni cuartel alguno. Es fama que entonces contestó el monarca: *Divisa que con sangre se gana, con sangre debe estar escrita*; y mojado sus dedos en la que con abundancia manaba de la herida de Vifredo, pasólos de arriba abajo sobre el dorado escudo, dejando impresas en él cuatro fajas coloradas. En seguida presentó el escudo al guerrero catalán, diciendo: *De hoy más, estas serán, Conde, vuestras armas*. Tal supone la leyenda es el origen de las armas de Cataluña.

Vifredo *el Velloso* arrojó á los moros del condado de Ausona (Vich), de Montsererrat y de parte del campo de Tarragona, paseando triunfantes sus armas desde

regimiento ascendieron por vacante de sangre y aún hubo que pedir oficiales á otros regimientos.

las cercanías de Lérida á Barcelona, y de Barcelona á Narbona; y fundó los monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll, en el que fué enterrado á su muerte, acaecida el 11 de agosto de 898.

1674. **Batalla de Seneffe** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la conquista del Franco-Condado, acudió el príncipe de Condé á Flandes, donde el ejército de los aliados, fuerte de 60.000 hombres, se preparaba para invadir la Francia. Este hizo entonces un movimiento retrógrado para escoger mejores posiciones; y Condé, muy vigilante, se situó convenientemente, dejó pasar la vanguardia, compuesta de imperiales al mando del marqués de Souche, y el centro, que lo componían el príncipe de Orange con sus holandeses, se precipitó sobre la retaguardia formada por los españoles mandados por el conde de Monterrey, en ocasión que estaba pasando el desfiladero inmediato á Seneffe, población situada entre Mons y Namur, en la provincia del Henao (Haynaut). Nuestras tropas pelearon con bizarría durante algún tiempo, y se fueron replegando en buen orden desde Seneffe hasta las excelentes posiciones de Fay, en donde Guillermo de Orange hizo frente con todo su ejército á los franceses, empeñándose la acción, que fué una de las más encarnizadas de aquella guerra. Condé fué rechazado diferentes veces, combatiendo unos y otros sin descanso hasta las once de la noche en que, sin fuerzas ya para manejar las armas, se suspendió el combate, cuando se habían ocasionado unos á otros más de 25.000 bajas, yaciendo confundidos en el campo, en un espacio de más de dos leguas, los cadáveres de los franceses con los de los alemanes, holandeses y españoles. Los dos ejércitos se atribuyeron la victoria; pero el triunfo moral se puede decir fué de Condé, quien consiguió su objeto de oponerse á la invasión de Francia, que proyectaban sus enemigos.

1718. **Combate naval de Siracusa** (EXPEDICIÓN Á SICILIA).—Emprendido por el marqués de Lede el sitio de Messina, se presentó en aquellas aguas una escuadra inglesa de 20 navíos de línea, mandada por el almirante Jorge Binghs, que protegió el paso de 3.000 alemanes para reforzar la guarnición de la ciudadela de la plaza. La armada española que mandaba D. Antonio Gastañeta, compuesta de 22 navíos, fiada en que la inglesa no se presentaba como enemiga, pues ignoraba aquél que Inglaterra había hecho *casus belli* de la expedición á Sicilia, según tenía conocimiento de ello el gobierno español, estaba descuidada y dividida, y en lugar de aperebirse para el combate ó retirarse á Malta ó á Cerdeña, se

mantuvo á la capa, navegando desde el cabo Spartivento al de Passaro, bastante retrasada la retaguardia, que mandaba el marqués de Mari, y separados sus navíos, á algunos de los cuales quisieron abordar los ingleses; así es que Mari se vió precisado á romper el fuego, y viendo la superioridad de aquel solapado enemigo, puso proas á tierra para encallar sus barcos en la ribera de Albola y salvar las dotaciones. En seguida atacó la escuadra inglesa el cuerpo principal de la española, compuesto de los navíos *San Felipe el Real*, *Príncipe de Asturias*, *San Fernando*, *San Carlos*, *Santa Isabel* y *San Pedro* y las fragatas *Santa Rosa*, *Perla*, *Juno* y *Volante*, que al verse acometidos trataron de formar en línea de combate; pero tenían el viento contrario y no pudieron conseguirlo ordenadamente, resultando que los navíos españoles fueron casi todos embestidos uno á uno por fuerzas superiores y obligados sucesivamente á rendirse después de batirse con el mayor heroísmo. Don Antonio Gastañeta, mejor piloto que experimentado general, se defendió en el *San Felipe el Real* durante tres horas contra siete navíos ingleses y un brulote, y teniendo ya á bordo 200 muertos, le alcanzó una bala que le atravesó la pierna izquierda y quedó clavada en el tobillo de la derecha, por lo cual lo retiraron á curarle con el capitán D. Pedro Dexpoiz, herido de un astillazo en la espalda, rindiéndose entonces (1). Tres navíos de línea habían atacado al *Príncipe de Asturias*, que se resistió valerosamente, hasta que medio deshecho el buque, desarbolado y muerta la mayor parte de la tripulación, se rindió su comandante D. Fernando Chacón, herido de un astillazo en la cara; lo mismo hizo la fragata *Santa Rosa*, que mandaba D. Antonio González, después de haber peleado tres horas contra cinco navíos. Don Antonio Escudero, capitán de la *Volante*, no quería rendirse á los tres buques enemigos que le atacaron, á pesar de tener aquella seis balazos á flor de agua, por los que entraba ésta en gran cantidad, poniendo el barco en gran peligro de sumergirse; pero los demás oficiales arriaron la bandera. La *Perla*, mandada por D. Gabriel de Alderete, se defendió también valerosamente y pudo salvar su barco, auxiliado por D. Baltasar de Guevara, que volvía de Malta con algunos buques de la escuadra. También tuvieron que rendirse el *Santa Isabel*, capitán D. Andrés Rigio, atacado por cuatro ingleses; y la *Sorpresa*, que mandaba D. Miguel de Sada y pertenecía á la división del marqués de Mari, á la que se había adelantado. El resultado de este desarreglado combate, sostenido en el golfo de Aroich, cerca de Siracusa, fué quedar destruida ó apresada toda la armada española, con pérdida de más de 5.000 hombres, á excepción de cuatro navíos y seis fragatas, que lograron escapar á favor de la oscuridad de la noche.

(1) Una bala cortó la driza de la bandera al tiempo de arriarla.

El almirante Bingsh dió libertad á los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Ledé, dándole sus excusas y echando la culpa sobre los españoles que dispararon el primer cañonazo.

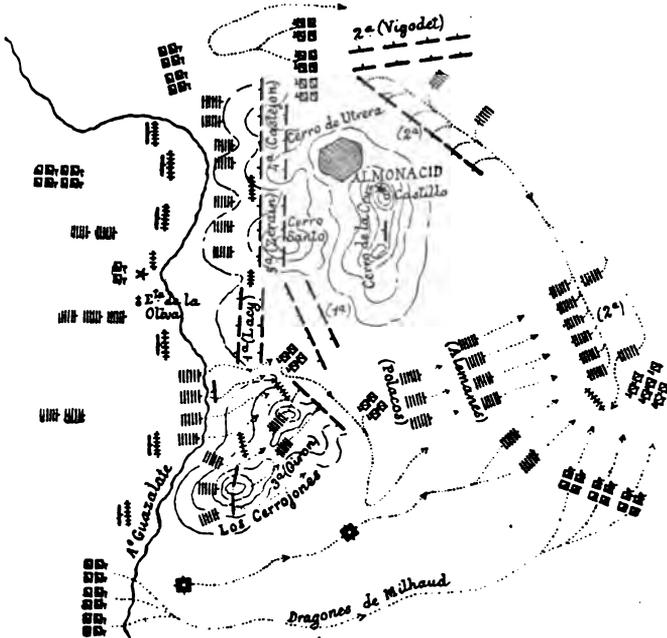
1809. **Batalla de Almonacid** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Después de la acción de Aranjuez (V. 5 DE AGOSTO), animado el general Venegas con la pequeña ventaja conseguida, y en la persuasión de que los franceses no pasaban de 14.000, se encaminó con todo su ejército de la Mancha hacia Toledo, juntando el 10 en Almonacid todas sus fuerzas, consistentes en 22.000 infantes, más de 3.000 caballos y 29 piezas de artillería (1), tan confiadas en el triunfo, *que no se observó ninguna de las reglas establecidas en los reglamentos para campar en tiempo de guerra* (2), sobre todo, estando tan próximo el enemigo, que el día anterior había pasado el Tajo por Toledo y los vados de Añover, estableciéndose el mismo día 10 en el inmediato pueblo de Nambroca, á una legua de Almonacid.

El caudillo español, oída la opinión de los demás generales, conforme con la suya á pesar de saber la retirada del ejército aliado desde Talavera hacia Extremadura, había determinado atacar á los franceses el 12 para dar descanso á sus tropas; mas aquellos se anticiparon, presentándose frente á las posiciones de los nuestros á las cinco y media de la mañana del 11, en número de 26.000 infantes, 4.000 caballos y 40 piezas del IV cuerpo al mando de Sebastiani, y del de reserva á las órdenes de Dessole, y del rey José en persona. El ejército de la Mancha se situó apresuradamente delante de Almonacid y en ambos costados: la división Vigodet, un poco retrasada, en la extrema derecha, con gran parte de la caballería; segutan por su izquierda, la Castejón, establecida en el cerro de Utrera, la Zeraín á su lado cubriendo el llamado cerro Santo, y la de Lacy, más próxima al arroyo Guazalate; la 3.^a, (Girón), se distribuyó entre la altura de los Cerrojones, extrema izquierda y verdadera llave de toda la línea de batalla, y el cerro de la Cruz ó del Castillo, llamado así por las ruinas del que asienta en su cima, para servir como de reserva.

(1) Estaba organizado dicho ejército en cinco divisiones mandadas respectivamente por D. Luis Lacy, D. Gaspar Vigodet, D. Pedro Agustín Girón, D. Francisco González de Castejón y D. Tomás de Zerain. Ejercían el cargo de Mayor general de infantería y de caballería D. Miguel de los Ríos y el Marqués de Gelo, y los de comandante general de artillería y de ingenieros los brigadieres D. Antonio de la Cruz y D. Juan Bouligni.

(2) Gómez de Arteche.

Atacada primero la izquierda española por el general Lewal con las divisiones polaca y alemana después de un fuego muy violento de artillería, bien contestado por la nuestra, lograron los batallones de *Bailén* y *Jaen*, de la 3.ª división, rechazar dos veces á los polacos; pero animados éstos por los alemanes que marchaban á su izquierda y no llegando á tiempo algunas tropas de la reserva para sostener á aquellas escasas fuerzas que tan bizarramente peleaban (1), pudo el enemigo arrebatarse á paso



Agosto 11.—Batalla de Almonacid.

de carga las importantes posiciones de los Cerrojonas, si bien á costa de pérdidas enormes (2), apoyada su derecha en un gran cuadro que avanzaba por el llano al pie de aquel cerro, efectuando un movimiento envolvente sobre la extrema izquierda, sin que pudiera impedirlo una brillante carga de los jinetes de *Fernando VII* y *Granada*, dirigidos por el coronel

(1) Mortalmente herido el coronel de *Bailén* **D. Juan de Silva** falleció en Toledo cuatro días después.

(2) Los tres regimientos polacos que constituían la división, tuvieron 47 bajas de jefes y oficiales.

D. Antonio de Zea y comandante D. Nicolás Chacón (1). La 1.^a división, para poder hacer frente á los alemanes, tuvo que retroceder algún tanto y colocarse oblicuamente á retaguardia resistiéndose algún tiempo; pero como entonces retrocedían ya á su vez el centro y la derecha, acometidos por las restantes fuerzas enemigas, apoyadas por la reserva, que con Dessolles y José acababan de llegar al campo de batalla, se vió obligada también á acogerse al cerro del Castillo.

La 4.^a división, rudamente combatida por numerosa artillería enemiga, á cuyo fuego contestaba tan solo una batería á caballo (2), se sostuvo con gran energía, distinguiéndose por su serenidad y denuedo los regimientos de *Jerez*, *Córdoba* y *Guardias-españolas*, guiado el segundo por su coronel el brigadier D. Francisco Carvajal; mas la caballería de su derecha no llevó adelante la carga iniciada para contener á los franceses (3) y éstos consiguieron llevar á cabo su ataque con toda felicidad, y como la 5.^a división cedió del mismo modo el campo, no tardó mucho el enemigo en ocupar también el pueblo y aun el cerro del Castillo, no pudiendo nuestras tropas resistir en él la terrible lluvia de proyectiles que de todas partes les dirigía la artillería contraria.

Intervino con mucha oportunidad en la contienda, impidiendo que la rota fuese desde luego inmediata y desastrosa, la división Vigodet, que ejecutó con gran presteza y habilidad un cambio de frente, protegida por el vivo fuego de nuestros cañones, conteniendo así la persecución de las desbandadas tropas del centro, y pasando luego con el mismo orden á la izquierda, donde las divisiones polaca y alemana amenazaban envolver por completo la línea y cortar la retirada. Allí se opuso nuevamente la 2.^a división al avance de los vencedores, los cuales trataron entonces de quebrantar por todas partes aquel inesperado obstáculo que les impedía sacar mayor partido de su triunfo, cargando una gran masa de caballería fran-

(1) Murió gloriosamente en dicha carga el valeroso capitán **D. Francisco Soto**.

(2) Su jefe el teniente coronel, capitán de artillería, **D. José Chacón**, cayó muy pronto mortalmente herido y murió de sus resultas el 13 en Tembleque. También murió sobre el campo de batalla el teniente coronel del mismo cuerpo **D. Alvaro Chacón**.

(3) Mandaba dicha caballería el general vizconde de Zolina, hombre de valor, pero supersticioso en extremo; pues habiendo caído muerto su caballo, tomó el casual accidente como aviso del cielo y detuvo sus escuadrones desistiendo de la carga. El alemán Schepeler dice de él que llevaba constantemente á su lado un capellán y que se entraba á caballo por las filas del enemigo con el rosario en la mano, pero envainada la espada.

cesa, los terribles dragones de Milhaud, hacia su izquierda, y en aquel último período de la batalla las bizarras tropas de Vigodet se coronaron de gloria, rivalizando las tres armas en valor y abnegación; la artillería, que hacía fuego en retirada, cubriendo de metralla las cabezas de las columnas imperiales; la caballería, formada por jinetes de diferentes cuerpos que se fueron reuniendo de los dispersos, imponiendo aún con su firme actitud á la muy superior del enemigo; y la brava infantería sosteniéndose impertérrita en medio del violento fuego que recibía y de la confusión y desorden que reinaba á su alrededor (1) y sacrificándose heroica por sus compañeros de armas; sólo el desgraciado accidente de la voladura de unos carros de municiones, espantando los caballos, produjo algún desorden que aprovechó el enemigo, hostigando y acosando más de cerca á los últimos escalones, para acuchillar unos pocos soldados y coger algunas piezas. Los imperiales, que habían tenido ya 2.500 bajas, no llevaron la persecución activa más allá de Mora, y el ejército vencido pudo tomar la carretera de Andalucía y llegar en buen orden á Manzanares; pero corriendo allí la voz infundada de que los contrarios estaban en Valdepeñas, se desbandaron muchos cuerpos, no parandó hasta Sierra-Morena. Las pérdidas de los españoles no pasaron de 4.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, contando entre los primeros al coronel del regimiento de infantería de *España*, de la 1.^a división, **D. Vicente Martínez**, y entre los segundos, el coronel de dragones de *Granada* **D. Diego Ballesteros**, que quedó prisionero (2).

1874. **Acción de Oteiza** (GUERRA CARLISTA).—Para facilitar el paso de un convoy de unos 300 carros desde Miranda á Vitoria, previno el general en jefe D. Juan Zavala al general Moriones, atacase á Oteiza con el primer cuerpo, llamando así la atención del enemigo sobre Navarra para distraer el mayor número de fuerzas posible. Cumpliendo lo mandado, reunió Moriones el 10 sus tropas (10.500 infantes, 300 caballos y 28 piezas) en Larraga, y en la mañana del 11 tomó la dirección de Oteiza, en

(1) Un pelotón de granaderos del provincial de Ronda mandado por el teniente don Antonio Espinosa, haciendo punta hacia los jinetes enemigos con la bayoneta calada, consiguió detenerlos y hasta arrancar de sus manos un cañón, que clavó su jefe. El subteniente de artillería D. Juan Montenegro logró también salvar una pieza de su batería.

(2) Para conmemorar este hecho de armas se creó por Real orden de 30 de mayo de 1816, una condecoración con la inscripción siguiente: en el centro *Por Fernando VII* y en su contorno *En Almonacid, 11 de agosto de 1809.*

cuyo pueblo y sus inmediaciones, defendidas con trincheras que no habían tenido tiempo de terminar, se establecieron trece batallones carlistas al mando de Mendiry, situándose cinco de ellos en el monte Esquinza á las órdenes de Perula para defender á Cirauqui y Mañeru. Las tropas liberales desplegaron á dos kilómetros del pueblo para emprender el ataque: la división Catalán (2.^a), compuesta de las brigadas Rodríguez (coro-



Agosto 11.—Acción de Oteiza.

nel) y Cortijo, por la derecha, debiendo la primera brigada escalonar sus batallones en la extrema derecha para contener las fuerzas enemigas del monte Esquinza, y la segunda atacar el pueblo; la columna del coronel Arolas, que había formado la vanguardia en la marcha, avanzó por el centro hasta situarse ventajosamente á cubierto de los fuegos enemigos á un kilómetro de Oteiza; y la división Colomo (1.^a), compuesta de las brigadas Daban y Mariné debía atacar por la izquierda la extrema derecha enemiga y efectuar un movimiento envolvente sobre el pueblo, quedando en reserva el brigadier Jaquetot con la brigada Ruiz de Alcalá.

Después de un vivo cañoneo, que duró media hora, empeñaron el combate por la derecha las guerrillas del regimiento de *Zamora* (brigada Cortijo) mientras por la izquierda atacaba Mariné con el regimiento de *San Quintín* las trincheras enemigas y se posesionaba del alto Licharra, distinguiéndose por su denuedo el teniente D. Enrique Cuevas y el sargento Manuel Fernández Salazar, de dicho cuerpo, y el soldado de la *Constitución* Antonio Villaverde, después de lo cual continuó la brigada Mariné su movimiento envolvente, al que trataron de oponerse los tres batallones carlistas que ocupaban las inmediaciones de Santa Bárbara, retirándose estas tropas enemigas cuando los liberales fueron reforzados. La artillería no había dejado de dirigir su fuego sobre Oteiza, y avanzando simultáneamente sobre el pueblo las tropas de Moriones, penetraron al fin en él, arrollándolo todo y tomando las casas en que aún se defendía el enemigo, con lo que cesó toda resistencia, emprendiendo la retirada hacia Estella, de donde salió Argonz para apoyarla.

Tuvieron las tropas liberales en este bien dirigido combate 33 muertos, entre ellos un jefe y dos oficiales y unos 400 heridos y contusos, habiéndose distinguido el sargento Manuel Gullell y Fábregas, y los soldados Enrique Toledano Royo, Andrés Avelino Expósito, José Martín Vallejo, Gaspar López García y Andrés Curto Tapia, todos de *Luchana*, que a pesar de estar heridos no quisieron separarse de filas, animados del mejor espíritu. Los carlistas experimentaron unas 200 bajas, y entre ellos se distinguió el bravo coronel Montoya, defendiendo heroicamente la posición hasta el último momento; mas habiendo permanecido inactivas las fuerzas situadas en Monte-Esquinza en lugar de acometer la derecha liberal, con lo que hubieran puesto en grave aprieto al general Moriones, resultó estéril el valor de dicho jefe y de los soldados a sus órdenes.

Este hecho de armas levantó mucho el espíritu de las tropas liberales, por haber sido el primero de alguna importancia librado después de la derrota de Estella (V. 27 JUNIO), y permitió llevar a cabo sin dificultad alguna el abastecimiento de Vitoria y reforzar su guarnición con fuerzas de las tres armas, operación que llevó a cabo el 12 con mucho acierto el general D. Ramón Blanco con su división de vanguardia y tres batallones de la brigada Verdú.

Día 12.

1744. **Sorpresa de Velletri** (GUERRA DE ITALIA).—Al saber el rey de Nápoles que los austriacos trataban de invadir el reino, se puso á la cabeza de 17.000 hombres, y uniéndose al conde de Gages, que mandaba el ejército español, avanzó en dirección á Roma y se situó en la formida-

ble posición de Velletri, casi á la vista de los imperiales, mandados por el general Lobkowitz. Nuestras tropas cubrían la ciudad, guarnecida también por algunos cuerpos, y ceñían la elevada cresta de Capuchinos; el enemigo ocupaba las eminencias opuestas; y como unas y otras posiciones eran muy sólidas, ni los aliados se atrevían á abandonar las suyas para atacar á los contrarios, ni éstos querían empeñarse en un ataque de resultado dudoso y comprometido en extremo. Así transcurrió bastante tiempo hasta que el general Lobkowitz, queriendo salir de aquella situación tan poco airosa, concibió el audaz proyecto de dar un golpe de mano sobre Velletri, donde se alojaban el rey Carlos y el duque de Módena, y obligar de este modo á los aliados á abandonar las posiciones que tan difícil era espugnar. En la madrugada del 12 de agosto, una hora antes de amanecer, avanzaron sigilosamente 6.000 alemanes sobre nuestra izquierda, arrollaron los puestos avanzados y penetraron en la ciudad, guiados por el general Brown, degollando á los centinelas. Dada la voz de alarma, se lanzaron á la calle los soldados, pereciendo aisladamente á centenares al tratar de reunirse é incorporarse á sus cuerpos respectivos, al paso que la brigada irlandesa que en las afueras cubría la puerta de Nápoles, se encontró cortada por haber cerrado dicha puerta, y pereció casi enteramente, defendiéndose con el mayor heroísmo sin querer rendirse (1). El enemigo estuvo por lo tanto á punto de conseguir su objeto, pues el Rey tuvo que escapar medio desnudo, refugiándose con el duque de Módena en el monte de Capuchinos, no sin correr grandes peligros; mas la codicia de los alemanes, entregados al saqueo, permitió á Gages reunir y ordenar algunos regimientos, y lanzándose sobre los agresores, consiguió fácilmente arrojarlos de la ciudad, quedando sus calles cubiertas de cadáveres. No fué más afortunado el mismo Lobkowitz en el ataque de las trincheras del monte de Capuchinos, que emprendió con 9 000 hombres, pues los españoles le recibieron con un fuego tan vivo y certero, que cuantos imperiales pretendían poner su planta en ellas, rodaban al fondo del valle muertos ó heridos; por lo cual, malograda la empresa, se retiró el enemigo, volviendo unos y otros á ocupar sus primitivas posiciones.

(1) De *Hibernia* murieron el coronel **D. Alejandro Mac-Donell**, comandante de la brigada, los capitanes **D. Alejandro Mac-Leane**, **D. Felipe Mac-Langhlin**, **D. Juan Mac-Kire**, **D. Juan Kelly**, **D. Tomás Kindelan** y **D. Nicolás Mac-Karty Reagh**, el ayudante **D. Guillermo O'Dea** y los subtenientes **O'Neilly** y **Dringauld**; y de *Irlanda* su teniente coronel **D. Daniel Mac-Donald**, once capitanes y muchos subalternos, quedando heridos casi todos los restantes de uno y otro cuerpo.

1806. **Recuperación de Buenos Aires** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—Testigo el denodado capitán de navío D. Santiago Liniers de la vergonzosa pérdida de la capital del Plata (V. 27 JUNIO), concibió en el acto la idea de su reconquista. Trasládose á Montevideo, solicitó del Virrey algunas fuerzas, y el 23 de julio salía con unos 60 hombres de tropa veterana y milicias disciplinadas, con más, 146 voluntarios catalanes, dirigiéndose á la Colonia del Sacramento, donde se le incorporó la compañía de voluntarios del capitán D. Benito Chain, y embarcándose el 3 de agosto para tomar tierra en la punta de los Olivos, la presencia de una fragata enemiga obligó á los expedicionarios á efectuarlo en la ensenada de las Conchas en la mañana del 4. Allí se le unieron unos 300 soldados y marineros de la escuadrilla que les había conducido, al mando del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha (1), y se puso en marcha el 5, camino de la capital, en medio de un tiempo borrascoso que le obligó á detenerse cuatro días en San Isidro, en cuyo tiempo aumentó su fuerza hasta el número de 4 000 hombres con los voluntarios que de todas partes acudían para tomar parte en la empresa, poniéndose al fin el 10 á orilla misma de la ciudad, en los corrales de Miserere, que caen á su lado occidental. Antes de emprender el ataque, envió por medio de su ayudante, D. Hilarión de la Quintana, una arrogante intimación al general inglés Beresford, el cual, hombre de honor, contestó dignamente, manifestando que se defendería mientras pudiese. Con tal respuesta, Liniers hizo el 11 un repentino movimiento de flanco para caer sobre el fuerte del Retiro, situado al Norte, en la misma orilla del río, tomándolo por asalto, á pesar de la enérgica resistencia de sus 200 defensores; así es que, cuando el caudillo enemigo, sorprendido por aquella inesperada evolución, quiso acudir en su auxilio á la cabeza de 500 hombres, era ya tarde, y su columna fué también derrotada, merced principalmente al acierto con que jugó la artillería mandada por el comandante del arma D. Francisco Agustini.

A las diez de la mañana del 12 se puso en movimiento Liniers desde el Retiro (EPISODIO I) por las calles de la Merced y Catedral, que desembocan en la Plaza Mayor, donde se habían hecho fuertes los ingleses, guarnecidos de tropa los edificios principales, con 18 piezas de artillería convenientemente situadas en las avenidas. Mandaban las columnas que avanzaron por dichas calles Liniers y Concha, respectivamente, y además,

(1) Con dicho jefe desembarcaron también los tenientes de navío D. Juan A. Michelena y D. Joaquín Ruiz; los de fragata D. José de Córdova, D. Cándido de la Sala y D. José Posadas; los alféreces de navío D. Benito Correa, D. Manuel de la Iglesia D. Joaquín Toledo y D. José Miranda y el de fragata D. Federico La-Cos.

por la de las Torres se encaminó el teniente de navío Michelena con gente de la escuadrilla, costando dos horas de refidísimo combate desalojar de la Plaza Mayor á los ingleses (EPISODIO II), que corrieron á refugiarse en la Fortaleza. Esta iba á ser acometida por la multitud, que en masa había invadido ya la plaza, decidida á concluir con los invasores, gritando: *¡al asalto!* y temiendo el general inglés las consecuencias, mandó enarbolar bandera blanca para tratar de la capitulación. No por esto se calmó por completo la rabia del pueblo hasta que Beresford izó por su propia mano la bandera española en sustitución de la blanca y arrojó su espada por las almenas en señal de que se rendía á discreción, como exigían aquellos fieles americanos, entusiastas entonces por la madre patria (EPISODIO III). Liniers, sin embargo, concedió al enemigo los honores de la guerra, desfilando por delante de los españoles 1.200 hombres de lucidas tropas para rendir las armas en el glacis en medio de las frenéticas aclamaciones de una multitud ebria de gozo. Los ingleses habían experimentado la pérdida de 412 muertos y heridos, no pasando la de los españoles de 200, contando entre los que murieron en aquel glorioso combate ó á consecuencia de las heridas, **D. Diego Alvarez Bragaña** (1), **D. Mariano Renovales**, **D. Tomás Valencia**, natural de Castilla y sargento mayor de *Voluntarios de la Patria*, llamado vulgarmente de la *Unión* (2); **D. Rafael Puyrredón**, natural de Cádiz, muerto al entrar en la Plaza Mayor y **D. Bautista Fantín**, francés de nación, que había servido en el ejército imperial y era uno de los ayudantes de Liniers.

Los ingleses, deseando vengar la afrentosa humillación sufrida por sus armas, no tardaron en presentarse de nuevo en número considerable, formando parte de ellos Beresford, Pak, Dyon y otros jefes prisioneros, que se evadieron quebrantando la palabra de honor empeñada; pero fueron seriamente escarmentados (V. 5 JULIO).

(1) El eminente patricio **D. Diego Alvarez Bragaña**, natural de Asturias, se incorporó á las tropas de Liniers á pesar de su poca salud y mucho caudal, costó generosamente cuantos gastos fueron necesarios para el mantenimiento de la expedición, y se portó bizarramente, dando ejemplo á todos de intrepidez y de valor hasta rendir la vida en aras de la integridad patria; pues herido el 12 al efectuar la entrada en Buenos Aires, tuvo que sufrir la amputación de una pierna de cuyas resultas murió. Se tributaron á su cadáver honores de general con mando, y la ciudad hizo un cuantioso donativo á su viuda é hijos, señalándoles además el Gobierno una crecida pensión.

(2) De dicho cuerpo se distinguieron los comandantes, primero y segundo efes, **D. Felipe Sentenach** y **D. José Torneguera**.

Episodios.—I. Deseando los voluntarios catalanes distinguirse (1) se propusieron quitar todas las guardias y centinelas inglesas, como lo consiguieron atacando en guerrilla y aisladamente los diferentes puestos establecidos en las calles, y desalojando de todos ellos á los contrarios con muerte de muchos, hasta dejar reducido al enemigo al solo recinto de la Plaza Mayor. Esta circunstancia, y la necesidad de apoyar á los valientes voluntarios que continuaban en su honroso empeño, obligaron á Liniers á anticipar el ataque, señalado para las doce, penetrando en la ciudad con todas sus tropas á las diez de la mañana.

II. Penetraron los primeros en la Plaza Mayor D. Juan Martín de Puyrredon á la cabeza de la caballería de partidarios, arrebatando sus banderas al regimiento inglés número 71, cuyas enseñas habían flameado orgullosas en la defensa de San Juan de Acre contra los franceses mandados por el mismo Napoleón (2), y el capitán de la compañía de Voluntarios de la Colonia del Sacramento D. Benito Chaín, natural de Galicia, á quien una bala rompió la espada que llevaba en la mano, por lo cual, y como premio á su valor, le regaló el Cabildo de Buenos Aires un sable con puño y guarniciones de oro, primorosamente trabajado (3).

III. Comisionado D. Hilarión de la Quintana, ayudante de Liniers, para conferenciar con el general inglés Beresford, se apercibió de que el caudillo enemigo arrojaba el sable como exigía el pueblo, y queriendo conservar á Beresford el decoro que le era debido, se descinó la faja haciendo que el capitán español Mordell, que había cogido el arma, la anudase á uno de sus extremos para subirla por encima de la muralla y entregarla á su dueño, como hizo, diciéndole en voz alta que en caso de rendirla solo sería el general Liniers.

1812. **Entrada de los aliados en Madrid** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—A consecuencia de la batalla de Salamanca ó de los Arapiles (V. 22 JULIO), abandonó el rey intruso la capital el 11 de agosto con casi todo su ejército y se retiró hacia el Tajo, dejando tan solo en el Retiro una guarnición de 2.000 hombres, y al día siguiente 12 efectuaron los aliados su entrada por la puerta de San Vicente, á las diez de la mañana, siendo los primeros que pisaron el suelo de la corte los guerrilleros D. Juan Martín *el Empecinado* y D. Juan Palarea, no tardando en efectuarlo lord Wellington, aclamado por el pueblo. El Retiro fué atacado en la tarde del 13, y en la mañana del 14 capituló su gobernador el coronel Lefond,

(1) Habían formado también á la cabeza de las tropas en el ataque del Retiro.

(2) Dichos trofeos, cubiertos de gloria en Europa, Asia, Africa y América fueron depositados el 23 de agosto en la capilla del Rosario de la Iglesia de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho Liniers antes del combate.

(3) También se distinguieron el capitán de pardos Agustín Sousa, peleando con el mayor valor y Manuela la Tucumana, mujer de un cabo, que peleando al lado de su marido, mató por sí misma á un soldado inglés, de cuyo fusil se apoderó.

quedando prisioneros de guerra 2.500 hombres, incluso enfermos y heridos; los aliados se apoderaron de 189 piezas de artillería, 2.000 fusiles y considerable número de víveres y municiones.

Recayó el nombramiento de gobernador de Madrid en D. Carlos de España, quien juró la Constitución en Santa María de la Almudena, prometiendo con gran entusiasmo defenderla hasta derramar la última gota de su sangre, mas la estancia de los aliados en la capital no duró más que hasta el 31 de octubre, en que la abandonó el general Hill después de volar la fábrica de porcelana y destruir los almacenes y demás obras del Retiro, retirándose por el Guadarrama hacia Alba de Tormes. José entró de nuevo en Madrid el 2 de noviembre, de donde salió el 7 en persecución del ejército inglés que se retiraba vía de Portugal, volviendo á pisar la corte el 3 de diciembre.

Día 13.

1284. **Sitio de Reggio** (GUERRA DE SICILIA).—Deseando Carlos de Anjou vengar la derrota que sufrieron sus armas en el combate naval de Nápoles ó de Castel-á-Mare (V. 5 JUNIO) en el que había caído prisionero su hijo el príncipe de Salerno, aumentó su flota, que zarpó de Nápoles el 24 de junio, haciendo rumbo á las costas de Sicilia, contra la que no se atrevió á intentar empresa alguna, presentándose luego frente á Reggio para coadyuvar al sitio emprendido por el ejército de tierra, cuyo efectivo, según algunos historiadores, se elevaba á 40.000 infantes y 10.000 caballos; mas dicha plaza se sostuvo con gran heroísmo, defendida por el catalán Guillermo de Pons, rechazando varios asaltos, hasta que, habiendo perdido el rey Carlos la esperanza de conquistar la ciudad, levantó el cerco el 13 de agosto.

Episodio.—En cuanto D. Pedro de Aragón supo los nuevos aprestos del enemigo, envió en auxilio de Roger de Lauria, que permanecía en el puerto de Messina por ser muy superiores sus fuerzas á las de Carlos de Anjou, al catalán Ramón Marquet con catorce galeras. Navegaba este por el mar de Milazzo, cuando viendo desde tierra su flota un caballero llamado Vilaregut, que era gobernador de aquella ciudad, despachó una barca para avisar á Marquet de que la escuadra enemiga impedía el paso del estrecho; mas el vice-almirante catalán, ateniéndose á las órdenes recibidas, contestó lacónicamente: *El rey me manda conducir estas naves á Messina;* y siguió su derrotero. Afortunadamente pudo Vilaregut enviar otro aviso al príncipe D. Jaime, y nuestra flota salió de Messina al encuentro de la de Marquet con la que se reunió junto á la torre del Faro, á la vista de la enemiga, y sin ser molestadas por ésta entraron sin contratiempo alguno en el puerto.

1521. **Memorable sitio de Méjico** (CONQUISTA DE MÉJICO) (V. el croquis de la pág. 431, de este tomo).—Terminados los preparativos necesarios para la empresa que meditaba Cortés contra la capital del poderoso imperio de los aztecas, pasó revista en Tláxcala el 26 de diciembre de 1520 á sus españoles, cuyo número se elevaba á 550 infantes y 40 caballos con nueve cañones de pequeño calibre, efectuándolo á su ejemplo los cabos de las tropas auxiliares de Tláxcala, Cholula, Tepeaca y demás ciudades que se habían sometido ó aliado á los conquistadores, en particular los tlaxcaltecas, bajo las órdenes de Xicotencatl, formados según el orden de los españoles que habían aprendido ya á imitar, llevando en sus banderas el águila blanca, armas de su nación, y aclamando al desfilar por delante de Cortés los nombres unidos de *Castilla* y *Tlaxcala*. El 28 de diciembre, después de celebrada misa con gran solemnidad por fray Bartolomé de Olmedo, salió el ejército de Tláxcala con gran aparato militar, componiendo un total de de más de 60.000 combatientes, aunque después durante el cerco se elevó su número á cerca de 200.000 (1), y por Tezmeluca y Coatepec se dirigió á Tezcuco, donde entró tres días después, estableciendo allí el caudillo español su cuartel general.

Desde dicho punto como centro y base de operaciones, emprendió Cortés diferentes reconocimientos alrededor de la capital, mientras se daba término á la construcción de una escuadrilla de 13 bergantines para dominar las lagunas que rodeaban la ciudad, precaviendo así algún desgraciado suceso como el de la *Noche triste* (V. 1.º JULIO). No fueron muy afortunados los españoles en la primera operación intentada, pues deseando ocupar la ciudad de Iztapalapa, seis leguas distante, donde empujando la calzada por la que entraron la vez primera en Méjico, tuvieron que retirarse apresuradamente para salvarse de la inundación que preparaba el enemigo con gran astucia, volviéndose á Tezcuco perseguidos por los mejicanos, á los que sin embargo se logró escarmentar, batiéndolos de nuevo los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo cuando acudieron aquellos á castigar á las provincias de Chalco y Otumba por haberse ajustado con las tropas aliadas. Encaminóse luego Cortés con 250

(1) «Cortés había sabido excitar los resentimientos de todos los pueblos vencidos por los mejicanos, y no era el ejército español el que sitiaba la capital; eran el odio, la opresión, la sangre de todas las víctimas sacrificadas en las aras de Méjico, todos los agravios de muchos años los que venían á reclamar una horrible venganza, siendo uno de los espectáculos más admirables que la Historia puede ofrecer el contemplar á Cortés con un puñado de españoles en medio de estas grandes masas de hombres, armados unos contra otros para servir los intereses de aquellos». (Alaman, *Diccionario sobre la historia de la república mejicana*, Méjico, 1844.)

españoles, 20 caballos y 20.000 tlaxcaltecas á Jaltocan, situada en una de las lagunas que vertían sus aguas en el lago mayor, con ánimo de castigar á sus habitantes por haber rehusado la alianza y protección que les ofrecía; mas abandonada la ciudad, fué saqueada y entregados á las llamas los adoratorios y otros edificios principales, continuando después por Cuautitlan y Azcapozalco hasta dar vista á Tacuba, que, situada en la calzada principal donde padecieron tanto los españoles, había también que castigar por la ofensa pasada, como lo hizo, aunque no pudo llegar á dominar por completo la ciudad, pues habiéndose presentado después de cinco días de combate un ejército mejicano, se empeñó Cortés imprudentemente por la calzada en persecución del enemigo, costándole gran trabajo el volver á tierra firme (EPISODIO I), para regresar desde allí á Tezcucó. Empeñado el enemigo en ocupar la provincia de Chalco para cortar la comunicación de los españoles con Tláxcala, por donde recibían auxilio de Veracruz, como sucedió por aquellos días (1), dirigió contra ella otro ejército, que fué derrotado diferentes veces por Gonzalo de Sandoval, muriendo valerosamente en uno de los combates el soldado **Juan Dominguez**, recibiendo Sandoval dos golpes de piedra que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y quedando heridos otros varios españoles, entre ellos Andrés de Tapia y Hernando de Osma, que fueron de los que más se distinguieron.

Hernán Cortés practicó nueva salida el 5 de abril para oponerse al tenaz empeño de los mejicanos por la parte de Chalco, sosteniendo rudos combates hasta entrar en Jochimilco, donde corrió gran peligro la vida del héroe español (EPISODIO II), habiéndose distinguido en ellos los capitanes Pedro Barba y Francisco Verdugo, el alférez Cristóbal del Corral y Bernal Diaz del Castillo, célebre historiador de esta memorable conquista. A su vuelta á Tezcucó descubrió una conspiración que había promovido Antonio de Villafañá para dar muerte á él y á sus amigos y elegir nuevo general que decidiese el regreso á España; y aunque figuraban en el complot bastantes españoles, contentóse Cortés con hacer ahorcar al motor, haciendo caso omiso de los demás cómplices (2). También Xico-

(1) Llegó procedente de Santo Domingo un navío en el que venían Julián de Alderete, natural de Tordesillas, fray Pedro Melgarejo de Urrea, de Sevilla, Antonio de Carvajal, Geronimo Ruiz de la Mata, Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados con bastantes armas y pertrechos de guerra.

(2) Para excusar el castigo de los demás culpables sin mostrar debilidad, pues necesitaba de ellos para la empresa, corrió Cortés la voz de que Antonio de Villafañá se había tragado un papel hecho pedazos en que á su parecer debían constar los nombres ó firmas de los conjurados, que conocía perfectamente, disimulando después su enojo con ellos.

tencatl, poco afecto siempre á los españoles y disgustado por la política que observaba el Senado de su patria, previendo en último resultado su ruina y esclavitud, aprovechó un futil pretexto para abandonar una noche el campo con algunas de sus tropas; pero habiéndole dado alcance las fuerzas que envió Cortés en su persecución fué preso y ahorcado.

Botados al fin al agua el 28 de abril en Tezcuco los trece bergantines (1) con gran solemnidad, distribuyó su ejército en tres cuerpos, repartidos convenientemente en ellos los españoles, cuyo número era entonces de 900, 194 armados con arcabuces y ballestas y los demás con espada, rodela y lanza, 86 caballos y 18 piezas de artillería, las tres de hierro gruesas y las quince restantes falconetes de bronce. El mando del primer cuerpo se dió á Pedro de Alvarado, quien debía ocupar la calzada de Tacuba, llevando á sus órdenes 150 españoles y 30 caballos, en tres compañías mandadas por su hermano Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjaraz, dos piezas de artillería y 30.000 tlaxcaltecas. El segundo trozo, á cargo del maestre de campo Cristóbal de Olid, se componía de las tres compañías de Francisco Verdugo, Andrés de Tapia y Francisco de Lugo (160 españoles), 30 caballos, dos piezas y 30 000 aliados, y debía ocupar la calzada de Cuyoacán. Gonzalo de Sandoval se encargó con el tercer cuerpo (150 españoles mandados por los capitanes Luis Marín y Pedro de Ircio, 24 caballos, dos piezas y otros 40.000 indios) del ataque por la parte de Iztapalapa. Cortés se reservó el mando de los bergantines para acudir á donde fuese necesario (2), dejando en Tezcuco la fuerza suficiente para su seguridad. Los mejicanos procuraron hacerse con auxiliares, mas no pudieron conseguirlo, y abandonados de todos, tomaron la heroica resolución de defenderse hasta quedar sepultados bajo las ruinas de su patria, cual hicieron los españoles de Numancia y Sagunto, animándoles á ello su valeroso emperador Gua-

(1) Habían sido construidos en Tláxcala bajo la dirección de Martín López y conducidos después á Tezcuco desarmados por 10.000 tamenes ó indios de carga, siendo sus capitanes Pedro de Barba, natural de Sevilla; García de Holguín, de Cáceres; Juan Portillo, de Portillo; Juan Rodríguez de Villafuerte, de Medellín; Juan Jaramillo, de Salvatierra de Extremadura; Miguel Díaz de Auz, aragonés; Francisco Rodríguez Magarino, de Mérida; Cristóbal Flores, de Valencia de D. Juan; Antonio de Carvajal, de Zamora; Jerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos; Pedro Briones, de Salamanca; Rodrigo Morejón de Labera, de Medina del Campo; y Antonio Sotelo, de Zamora. Tripulaban cada bergantín 25 soldados y 12 remeros, con una pieza de artillería.

(2) Después las distribuyó entre los tres cuerpos, asignando cuatro á Sandoval otras cuatro á Alvarado y el pasó con las cinco restantes á incorporarse con Olid, repartiendo también con los bergantines todas las canoas que pudieron reunirse.

timocin (Cuauthemotzin ó Cuauthemoc) quien se dispuso á ello con gran ánimo haciendo practicar varias cortaduras en las calzadas y poniendo en estado de defensa los edificios de la ciudad, con otras acertadas medidas.

Las tres columnas empezaron á avanzar en combinación sobre la capital el 10 de mayo, siendo la primera operación de los españoles ocupar el punto fuerte de Joloc ó Toloc (1), donde se reunían las calzadas de Iztapalapa y Cuyoacán, teniendo Sandoval que trasladarse á Tepeyacac, por cuya calzada, una de las principales, metían los sitiados socorros en la ciudad. Cortés enseñoreó la laguna con su escuadrilla, quedando rota y deshecha la flota de más de 4.000 canoas con que acometió el enemigo, cuyas miserables reliquias siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad; pero no escarmentó por esto, y deseando desquitarse, atrajo á dos de los bergantines á una celada preparada con estacas cerca de un cañaveral, donde se emboscaron, y cuando nuestros barcos, sin sospechar el ardid, se echaron á fuerza de remo sobre los que simuladamente huían, quedaron aprisionados en la oculta estacada, cargando entonces sobre ellos por todas partes con desesperada resolución multitud de piraguas. Por fortuna pudieron desenredarse, tomar la vuelta y jugar su artillería, dando al través con la mayor parte de los acometedores, si bien salieron los bergantines muy maltratados y con bastantes heridos, habiendo muerto peleando el capitán **Juan Portillo**, á cuyo valor y actividad se debió la salvación, y mal herido el otro capitán **Pedro de Barba**, sucumbió también al cabo de tres días. **Hernán Cortés**, para castigar á los mejicanos, dispuso una contraemboscada, valiéndose de su misma estratagema, que dió el resultado apetecido, destrozando nuevamente al enemigo.

Peleando constantemente, y de ordinario victoriosas, conseguían llegar las columnas por las calzadas á la ciudad; pero como los españoles tenían que volver por la noche á sus cuarteles, los activos mejicanos dejaban expeditas otra vez las cortaduras y levantaban nuevos parapetos para el combate del siguiente día, ocurriendo en una de estas retiradas por la calzada de Cuyoacan que no habiendo quedado cegada lo necesario una de las más anchas cortaduras, apercibiöse de ello el enemigo y cayó sobre los nuestros con todas sus fuerzas, causando gran destrozo, pues el mismo **Hernán Cortés** resultó herido; y muerto su caballo á flechazos, apeöse del suyo el capitán **Francisco de Guzmán** para socorrerle, en cuyo generoso esfuerzo tuvo la desgracia de caer prisionero, siendo llevado con otros 40 españoles para ser sacrificados miserable-

(1) Actualmente Garita de San Antonio Abad.

mente á los ídolos mejicanos; murieron también más de 1.000 tlascaltecas, perdiéndose una pieza de artillería y apenas hubo español que no quedase herido. Mas al fin, habiendo podido llegar las tres columnas á sentar casi al mismo tiempo su planta en la ciudad, después de vencer en las calzadas las dificultades de siempre, como si fuese la vez primera, ganaron los edificios arruinados anteriormente y se fortificaron en ellos con el firme propósito de no retroceder, sabiendo las privaciones que experimentaban ya los sitiados, y desde allí avanzó Alvarado por el camino de San Cosme hacia la calle de Tacuba, Hernán Cortés con la tropa de Olid por la del Rastro, que era por donde había entrado aquel en Méjico la primera vez (V. 8 NOVIEMBRE), y Sandoval por la calzada de Guadalupe hacia Santiago, teniendo que caminar lentamente á través de las calles, batiendo las casas y reparos con la artillería, cegandó las acequias y cortaduras y combatiendo sin descanso con los tenaces y valientes defensores, con lo cual, al cabo de algunos días, consiguieron los tres cuerpos reunirse en la gran plaza del Tlateluco, á donde llegó el primero Pedro de Alvarado con su gente, ocupando un espacioso oratorio que obligó á desalojar al enemigo. Con esto, los sitiados se retiraron á un angulo de la ciudad que abraza el espacio comprendido entre el Carmen y Santa Ana (1), fortificado con esmero á modo de reducto, cerradas las avenidas con muro de madera y tapias y su correspondiente foso con agua. Entonces hubo como una tácita suspensión de hostilidades, que aprovecharon los mejicanos para preparar la huida de su rey, distinguiéndose durante ella el paje de rodela de Hernán Cortés, Juan Núñez de Mercado (EPISODIO III); mas, alcanzado el Emperador por el bergantín de García de Holguín, cuando se había renovado ya el combate, se entregó prisionero, cesando entonces toda resistencia (EPISODIO IV). Así sucumbió la capital de aquel poderoso imperio después de un sitio de noventa y tres días, uno de los más memorables que registra la Historia por la constancia y valor que demostraron, como por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores, habiendo muerto en la defensa más de 50.000 hombres y otras 50.000 personas por el hambre y enfermedades.

Como recuerdo de la conquista, envió D. Fernando Cortés al emperador Carlos V, entre diferentes objetos, una culebrina de plata, de la que solo el metal costó 24.500 pesos de oro, teniendo esculpida un ave fénix y un terceto tan ponderativo y adulator, como falto de sentido común;

(1) Estas noticias de nombres de calles y edificios se refieren al año 1844 en que apareció la obra *Disertaciones sobre la historia de la república mejicana* del imparcial escritor mejicano D. Lucas Alamán. Ignoramos si desde dicha fecha habrá sufrido alteración la estructura interior de la ciudad en las partes mencionadas.

y en el Museo de Artillería se conservan con el número 3.139 los restos de un pendón de damasco encarnado, que se dice ser el que llevó Hernán Cortés á la conquista de Méjico; pero probablemente, aun suponiéndolo auténtico, no debe de ser el único, pues también en el Museo Nacional de Méjico existe otro estandarte de damasco encarnado, que se supone fué con el que entró Cortés victorioso en la capital. En la casa-ayuntamiento de Tlaxcala hay otra bandera española del tiempo de la conquista, con las armas reales.

Episodios.—I. Los enemigos iban armados con unas largas picas en cuyo extremo habian colocado las hojas de las espadas españolas cogidas en la *Noche triste*, hiriendo con ellas á muchos, entre ellos al alférez JUAN VOLANTE que cayó al lago con su bandera. Recogido por los mejicanos en una de las canoas para llevarle prisionero, dejóse conducir fingiéndose rendido; mas al verse algo distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua y escapó á nado con su bandera, con igual dicha que valor.

II. Olvidándose Hernán Cortés de su persona, como sucedía siempre que desenvainaba la espada, cerrando con el enemigo sin ver los que le seguían ni á cuantos acometía, encontróse de pronto rodeado de enemigos, que viéndole caído en tierra con su caballo se abalanzaron á él los que más cerca estaban procurando cogerle sin hacerle daño alguno para conducirlo vivo á presencia de su rey. Un valiente soldado natural de Medina del Campo llamado CRISTÓBAL DE OLEA, á la sazón poco distante, habiendo reparado el peligro que corría su general, reunió algunos tlaxcaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo, asistido de los que le seguían, que dando la muerte por sus propias manos á los enemigos más próximos, pudo desembarazarse Cortés y hacer uso de sus armas quedando salvo, si bien con dos heridas leves, y con tres recias cuchilladas CRISTÓBAL DE OLEA, cuyas cicatrices mostraba después ufano el valeroso soldado como honrosa memoria de su hazaña.

III. Habiéndose presentado cerca del cuartel de los españoles un enemigo armado con espada y rodela, de las cogidas á nuestros soldados, insistiendo con grande arrogancia en pelear con el más valiente de ellos, le hizo decir Cortés por su intérprete que viniese con otros diez como él y permitiría que saliese á entablar combate con todos ellos juntos aquel español, señalando á su paje de rodela JUAN NUÑEZ DE MERCADO, que no tendría más de dieciséis ó diecisiete años de edad. Comprendió el indio el desprecio que se le hacía, pero insistió en ello, y persuadido el paje de que le correspondía á él aquel duelo, según indicación de su general, separóse disimuladamente para no ser detenido, franqueó como pudo el foso, y cerró con el mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela el primer golpe, le dirigió una estocada con tanto brio y acierto, que no necesitó más, cayendo el enemigo muerto á sus pies. El paje llevó como trofeo á su amo la espada y rodela del vencido, abrazándole aquel repetidas veces y ciñéndole por su mano la espada que tan digno era de empuñar por su valor.

IV. Al ser presentado Cuauthemoc á Cortés, díjole en estas ó parecidas palabras: *¿qué aguardas, valeroso capitán, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria.*

Como los tesoros encontrados en Mejico no correspondiesen á la esperanza de los conquistadores, sospecharon que Cuauthemoc los había hecho esconder, y exigieron se diese tormento al emperador mejicano para que declarase en donde los tenía ocultos. Cortés tuvo la debilidad de acceder á ello y el ilustre prisionero y su primo el señor de Tacuba fueron puestos al tormento, quemándoles los pies con aceite hirviendo. El heroico indio no dejó escapar un suspiro tan siquiera, y al oír los lamentos del señor de Tacuba, díjole, reprendiendo su debilidad: *¿estoy yo acaso en algún deleite ó baño?* Avergonzado Cortés le hizo retirar del tormento, habiendo confesado en él que cuatro días antes de la toma de la capital había hecho arrojar á la laguna el oro y la artillería y demás armas cogidas á los españoles en la *Noche triste*; mas nada de ello pudo encontrarse.

El desgraciado monarca fué ahorcado algunos años después, el 28 de febrero de 1525 en el pueblo de Teotitlac, según unos, y en Yzaucanac según otros, al llevar á cabo Cortés su expedición á las Hibueras (V. 31 OCTUBRE.)

V. Después de la toma de la capital se dedicó Cortés no solo á reedificarla, sino á ponerla en estado de defensa, fundiendo para ello piezas de artillería, de las que llegó á reunir, con las que tenía y las que se sacaron de los buques submerjidos en Veracruz, hasta 35 de bronce y 60 de hierro colado. Mas no había la pólvora necesaria, y aunque abundaba el salitre, faltaba azufre. Para proveer á esta necesidad interin se recibía de España, dispuso Cortés extraerlo del volcán de Popocatepec, reconocido ya anteriormente por Diego de Ordaz (V. 8 NOVIEMBRE). Con dicho fin subieron á él varios españoles, llegando á la orilla del cráter MONTAÑO y MESA, *el artillero*, los que disputaron sobre quien había de ser el primero en bajar al interior de aquel peligroso abismo, y echándolo á la suerte designó ésta á FRANCISCO MONTAÑO, el cual, según refiere el mismo Cortés, *bajó setenta ú ochenta bravas atado á la boca abajo* y sacó el azufre necesario. (1) Acción tan señalada y atrevida, que nadie ha repetido, permaneciendo única en la historia (2), no obtuvo la recompensa que parecía justa, pues la familia de MONTAÑO quedó en la miseria y su hija pudo obtener á duras penas una pensión de 200 pesos anuales para sustentarse, con catorce hijos que tenía.

1554. Batalla de Renty (GUERRA CON FRANCIA).—Disgustado Enri-

(1) Don Antonio Solís supone realizada esta hazaña durante el sitio de la capital; pero creemos mas digna de crédito la versión de D. Lucas Alaman por dar más detalles del hecho, y por ser historiador mejicano más moderno.

(2) Por lo menos hasta 1844. Al cabo de tres siglos, durante cuyo tiempo nadie pensó en subir al volcán, lo hizo, después de la independencia, Guillermo Glewnie, oficial de la marina inglesa, pero sin descender al interior del cráter.

que II de Francia por la pérdida de Tervere y de Hesdin (V. 30 JULIO) juntó un ejército numeroso, á cuyo frente iban los distinguidos caudillos Montmorency y Guisa, que se apoderaron fácilmente de Marienbourg, Bouvignes y otras plazas, revolviendo impetuosamente sobre el Artois; pero les cerró el camino Filiberto de Saboya, y entonces el enemigo puso sitio á Renty, plaza fronteriza muy importante. Filiberto voló á su socorro con los refuerzos que le llevó el Emperador en persona, y los dos ejércitos vinieron á las manos bajo los mismos muros de la plaza sitiada. El ala derecha de los franceses, mandada por Guisa, sostuvo el choque con una bizarría digna del ilustre defensor de Metz; pero la vanguardia y su centro, abordados con terrible impetuosidad por los arcabuceros españoles, que al mando del capitán Alfonso de Navarrete sostuvieron con la mayor firmeza las briosas acometidas de la caballería enemiga, tuvieron que replegarse al abrigo de sus atrincheramientos. Las pérdidas de los imperiales fueron mayores que las de los franceses; pero éstos levantaron el sitio y emprendieron la retirada ordenadamente, perseguidos por el Emperador.

1701. **Creación del regimiento de Málaga, núm. 40.**—Organizóse el *Tercio de las milicias de Málaga* en dicha ciudad, por orden de Felipe V de 13 de agosto de 1701, nombrando maestre de campo á D. Juan de Medina. Reducido al pie de regimiento en 15 de diciembre de 1704, fué disuelto en la plaza de Rosas en 1721. Vuelto á organizar en 1791 con el nombre de *Fijo de Malaga* para guarnecer los presidios menores de Africa, fué extinguido otra vez, como todo el ejército constitucional, en diciembre de 1823, reorganizándose por Real decreto de 24 de agosto de 1847 con fuerza de los regimientos de *Isabel II* y de *Albuera*.

Existe en el Museo de Artillería una bandera de este cuerpo, señalada con el número 2.590. Es de seda blanca, con el escudo de armas reales y en los ángulos de ella tiene escudos representando puente sobre río entre dos castillos y en medio de ellos una cruz.

1762. **Sitio de la Habana (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA Y PORTUGAL).**—Al amanecer del 6 de junio de 1762 apareció á la vista de la Habana una poderosa flota inglesa, compuesta de 26 navíos de línea, 15 fragatas y otros buques menores, con 2.292 piezas de artillería y hasta 150 barcos de transporte que llevaban á bordo 20 regimientos repartidos en cinco brigadas con un total de 12.041 hombres, á más de otros 2.000 que componían las tropas de la América del Norte, elevándose el total de las fuerzas, con las tripulaciones de la escuadra, á 27.000 soldados y marineros, además de 2.000 negros contratados en Jamaica para zapado-

res y otras faenas, con un gran tren de batir é inmensas provisiones de viveres. Llevaba el mando de la escuadra el almirante Pockoc, y el de las tropas de desembarco lord Albemarle, quien tenía como segundo jefe al general Elliot, militar experimentado en repetidas guerras y de tanto saber como valor.

Desempeñaba entonces el cargo de capitán general de la isla de Cuba desde febrero de 1761, en que tomó posesión, el mariscal de campo don Juan de Prado y Portocarrero, quien, á pesar del especial encargo de Carlos III, que veía probable el rompimiento con Inglaterra, de los repetidos avisos que le envió el soberano antes y después de declararse la guerra á la Gran Bretaña el 16 de enero de 1762, cuya noticia oficial llegó á la Habana el 26 de febrero, y del patriótico celo de algún español días antes de la anunciada agresión (EPISODIO I), permaneció impassible sin tomar disposición alguna ni dar crédito á la noticia, hasta que los preparativos del enemigo para el desembarco desvanecieron por completo su criminal confianza, de consecuencias tan desastrosas para España. Las fuerzas de que disponía la autoridad superior de la isla para la defensa de su capital consistían en doce navíos y tres fragatas, que mandaba don Gutierre de Hevia, marqués del Real Transporte (1), cuya escuadra se inutilizó lastimosamente en vez de hacerla salir á tomar una parte activa en la defensa, mandando echar á pique en la boca del puerto tres de dichos navíos (2), 3.800 hombres de buenas tropas, que componían la guarnición, incluso nueve escuadrones de caballería á cargo del coronel de dragones D. Carlos Caro; y algunas fuerzas de milicias mal organizadas y peor armadas, parte de las cuales prestaron no obstante muy buenos servicios, dirigidas por sus capitanes los regidores D. Luís de Aguiar y D. Laureano Chacón, que fueron ascendidos á coroneles y se distinguieron por su arrojo y bizarría en diferentes encuentros. Se encontraban casualmente en la Habana, de paso para la Península, el teniente general don José Manso de Velasco, primer conde de Superunda y ex-*virrey* del Perú, y el mariscal de campo D. Diego de Tabares, que acababa de dejar el cargo de gobernador de Cartagena de Indias, ambos muy entrados en años y bastante achaçosos.

Los ingleses, después de barrer con sus fuegos los manglares y malezas de la campaña en todo el litoral comprendido entre los torreones de

(1) Este título le había sido concedido por haber llevado en su buque al rey Carlos III desde Nápoles á España.

(2) El *Europa*, el *Neptuno* y el *Asia*. Se ejecutó la operación tan precipitadamente que se ahogaron algunos de sus tripulantes, perdiéndose todo su equipo.

Cojimar y Bacuranao, situados a una y dos leguas de la ciudad, los cuales fueron reducidos a escombros por la artillería enemiga, efectuaron al día siguiente el desembarco por dichos puntos y se dirigieron á Guanabacoa, que abandonó D. José Caro, retirándose hacia Jesús del Monte, pudiendo ya ocupar el 11 sin resistencia alguna el cerro de la Cabaña, donde se habían levantado algunas obras ligeras de tierra y faginas, no terminadas aún, que la Junta de guerra (1) dispuso desalojar, clavando antes las piezas con que se habían artillado. Por la parte Oeste de la ciudad también fon-



Agosto 13.—Sitio de la Habana.

dearon algunos buques desde Punta Brava á la Chorrera, cuyo torreón fué del mismo modo destruido, echando seguidamente á tierra como unos 2.000 hombres que avanzaron hasta el cerro de San Antonio. En previsión de que la plaza fuese circunvalada, se dispuso saliesen de ella, en el término de seis horas, todos los ancianos, mujeres y niños y hombres inútiles para el manejo de las armas, así como los religiosos de ambos sexos.

Después el enemigo del importante punto de la Cabaña, empezó á le-

(1) Componían dicha junta el Capitán general, el marqués del Real Transporte, el conde de Superunda, el general Tavares, el Teniente de rey, los coroneles de los cuerpos y los capitanes de navío de la escuadra.

vantar un fuerte reducto para asegurar su posesión, y diferentes baterías para expugnar el castillo del Morro, cuya operación confió Albemarle á su hermano Guillermo Keppel. Dicha fortaleza, cuyo mando ejercía el capitán de navío D. Luis Vicente de Velasco, que inmortalizó su nombre con la defensa, había sido construída á fines del siglo xvi, y era, por lo tanto, muy defectuosa, constituyendo un recinto de 850 varas sobre un peñón de 22 pies de altitud, de perímetro irregular, teniendo el frente de tierra defendido con foso y rebellín y flanqueado por dos baluartes triangulares; artillaban el Morro 64 cañones de bronce y algunos de hierro, y la guarnición se componía de 300 soldados del *Fijo* (hoy *Habana*), *España* y *Aragón*, otros 50 de marina y 50 artilleros, con 200 trabajadores negros y mulatos, cuya fuerza se relevaba cada tres días. Keppel tuvo que vencer dificultades inmensas para llevar á cabo la empresa que se le había encomendado, por lo áspero y pedregoso del terreno que obligó á transportar la artillería á brazo, sufriendo muchas bajas por el calor, la sed y la fatiga, además de las que producía el fuego del castillo; sin embargo, merced á su admirable previsión, pudieron los ingleses cubrirse en breve tiempo con pacas de algodón y faginas de que traían cargados algunos buques, y levantar varias baterías de morteros y cañones, empezando ya el 22 á ofender con sus fuegos á los defensores del Morro y á los buques surtos en el puerto, los cuales, sufriendo bastante daño, tuvieron que variar de fondeadero. Lo reducido de la guarnición no permitía hacer las salidas necesarias para retardar los trabajos del enemigo, siendo rechazada con bastante pérdida la que se llevó á cabo el 29 de junio, y aquel pudo, en breves días, causar destrozos considerables con cerca de 3.000 proyectiles, aumentando la violencia del fuego el 1.º de julio, en que secundó el de los 47 cañones y morteros de las baterías de tierra. La poderosa artillería de cuatro navíos ingleses que se aproximaron á corta distancia del castillo. Uno de ellos, que tuvo la audacia de acercarse á veinte varas de las baterías españolas, se vió en muy poco tiempo sin timón ni arboladura, inundadas de agua sus bodegas y de sangre la cubierta, yéndose á pique por momentos, por lo cual fué remolcado y le hicieron embarrancar; otro navío que ocupó inmediatamente su puesto, experimentó también grandes pérdidas, y todos se retiraron después de seis horas de combate, dejando completamente desmantelado el muro hasta el cordón. Por la parte de tierra no fué menos terrible el fuego, consiguiendo el del castillo desmontar algunas piezas enemigas é incendiar los parapetos de pacas de algodón y faginas. D. Luis de Velasco, presente en todas partes, alentaba á los suyos con su heroico ejemplo, haciendo brillar sus altas dotes de mando, acertada dirección, serenidad y denuedo, envuelto, durante el día, en una atmósfera de fuego y trabajando sin descanso por la noche

para reponer los desperfectos de la muralla, destruída en gran parte, y reemplazar los montajes de la artillería desmontada, para reanudar el fuego á la mañana siguiente; mas habiendo recibido una fuerte contusión en la espalda que le impedía moverse, tuvo que retirarse á la Habana, siendo reemplazado interinamente por el capitán de navío D. Francisco de Medina.

Por la parte de la Chorrera también adelantó sus trabajos el enemigo, atrincherándose fuertemente en la loma de Aróstegui y en San Antonio Chiquito, extendiéndose hasta la caleta de San Lázaro (1), en cuya loma estableció una batería de cañones y morteros desde la que, no sólo dominaba la plaza, sino también la entrada de la bahía y la comunicación de aquella con el Morro, dificultando la introducción de los socorros, por lo cual se dispuso una salida que llevó á cabo en la madrugada del 18, don Luís Aguiar, con 300 hombres, entre ellos, la compañía de *fusileros de montaña* (voluntarios catalanes), logrando sorprender al enemigo, clavar las piezas y destruir la batería, quedando todos los que guarnecían el puesto muertos ó prisioneros. Este feliz suceso, animó á dar un golpe de mano sobre la Cabaña en la mañana del 22; pero su resultado no pudo ser más desastroso, pues los ingleses se sostuvieron con mucho denuedo cerca de una hora, dando tiempo á que acudiesen dos batallones, que cargaron á la bayoneta en masa compacta, y aunque los voluntarios catalanes les esperaron á pie firme, sólo consiguieron morir gloriosamente casi todos, con lo que las demás tropas se desbandaron, matando el enemigo cerca de 300 hombres, además de otros 150 que se ahogaron en la bahía en su precipitada fuga.

El 24, se hizo de nuevo cargo del castillo del Morro el inclito Velasco, que fué recibido por la guarnición con aclamaciones entusiastas. Los ingleses habían progresado mucho en sus trabajos aumentando y aproximando sus baterías, cuyas 200 piezas, habían arrojado ya más de 16,000 bombas y granadas, y preparando dos minas para volar los baluartes de Tejeda y Austria; quedaba desmantelada completamente la fortaleza, destruídos los parapetos y sin resguardo ni abrigo alguno para la heroica guarnición; la artillería apenas podía contestar ya al enemigo, que batía en brecha la muralla, y, sin embargo, D. Luís de Velasco no pensaba todavía en capitular, rechazando cortésmente la no menos atenta y muy honrosa intimación que le hizo lord Albemarle, quien habiendo recibido un refuerzo de 4,000 hombres procedentes de New-York, creía llegado ya el momento decisivo de dar fuego á las minas y lanzar sus tropas al

(1) Donde hoy está la Batería de la Reina.

asalto. La mañana del 30 de julio transcurrió sin novedad, infundiendo alguna confianza en los sitiados; mas después de tomar el rancho, cuando la tropa franca de servicio se había echado á sestear con el arma al lado, una sorda detonación puso en alarma á los defensores, precipitándose todos, Velasco á su cabeza, á rechazar al enemigo. Pero éste, que tenía preparada anticipadamente una columna formada por nueve compañías de granaderos y zapadores, todos escogidos, al mando del teniente coronel Stuart, había penetrado ya por la brecha, y al cabo de un corto y encarnizado combate en el que alcanzaron gloria imperecedera **D. Luis de Velasco** y su segundo **D. Vicente González** (EPISODIO II), muertos la mayor parte de los oficiales (1) y 130 soldados, hubo de cesar forzosamente toda resistencia, salvándose muy pocos que se pudieron descolgar por los pescantes y pasar á nado ó en barcas al otro lado de la bahía. Momentos después ondeaba sobre las ruinas del Morro el pabellón de San Jorge.

La consternación en la Habana fué muy grande al ver el Morro en poder de las tropas británicas. Estas fueron reforzadas el 2 de agosto con

(1) Murieron gloriosamente: el capitán de granaderos **D. Antonio Zubiria**, el de fusileros **D. Fernando de Párraga**, (que fué el primero que cayó denodadamente con solos 12 hombres sobre los asaltantes, intentando defender la rampa que daba acceso á la plaza y cuarteles del castillo) y el subteniente **D. Marcos Tort**, de *Aragón*; el subteniente de *España* **D. Francisco de la Palma**; los tenientes del Fijo (*Habana*) **D. Martín de la Torre** y **D. Juan Bocachampe**; el subteniente de artillería **D. Francisco Ezquerria**; el teniente de navío **D. Andrés Fonegra**; el de fragata **D. Hermenegildo Hurtado de Mendoza** y el alférez de fragata **D. Juan Pontón**, y resultaron heridos el teniente coronel graduado de infantería, **D. Bartolomé de Montes**, el teniente de navío **D. Juan Lombardón** y el capitán de infantería de marina **D. Domingo de la Graña**, que murió de sus results el 4 de agosto, quedando prisioneros los capitanes **D. Lorenzo de Milla** y **D. Manuel de Córdova**, **D. Andrés Chico**, de marina, y nueve subalternos de unos y otros cuerpos. El número total de bajas durante el sitio del Morro, fué de unos 400 muertos y 1.600 heridos del ejército y armada, á más de 800 negros esclavos que perecieron en los trabajos del Morro, contando entre los primeros el teniente de navío **D. Bernardo de la Cuadra**, que murió el 25 de julio, y entre los segundos los oficiales de marina **D. Domingo Larrañaga**, **D. Vicente de Zabala**, **D. Francisco del Corral**, **D. Fernando Ramírez**, **D. Francisco Bermúdez**, **D. Antonio de Chacón**, **D. Francisco Saravia**, **D. Fernando Inclan**, **D. Juan Moreno**, **D. Santiago Muñoz**, **D. José Orozco**, **D. Ignacio Zapata** y **D. Antonio Albornóz**; el teniente de *España* **D. Erasmo Termini**, y el comandante y capitanes del Fijo (*Habana*) **D. Ignacio Moreno**, **D. Juan Miguel de Arozena**, don **Pedro Valverde** y **D. José Couilla**.

otros 2,000 hombres procedentes de New-York y activaron la construcción de nuevas baterías, particularmente en la Cabaña, que domina completamente la ciudad, contra el castillo y baluarte de la Punta, en San Lázaro y loma de Aróstegui, corriéndose hasta Jesús del Monte, para ir cifiendo todos los frentes de la plaza; y bien pronto todos los cañones, obuses y morteros del enemigo, distribuidos en numerosas baterías, fueron dirigidos sobre la ciudad, enfilando las calles y arrojando inmenso número de proyectiles, que pasaron de 6,000 bombas y granadas en solo tres días, sembrando por todas partes la desolación y el terror con la ruina de los edificios y la muerte de las personas. El castillo de la Punta, donde mandaba el capitán de navío D. Manuel de Briceño (1), dominado por el del Morro, era bombardeado por doce morteros; el baluarte de la Puerta de la Punta, á cargo del capitán de navío D. Pedro Castejón, no sufría menos estrago, lo mismo que el castillo de la Real-Fuerza y muchos de los baluartes del recinto; y ante el inminente peligro que corría la ciudad, no se ocurrió más que recomendar á cada cual que pusiese en salvo sus intereses, haciéndolo así los que los tenían, entre ellos el conde de Superunda, que envió tierra adentro 160,000 pesos que traía del Perú: nadie se acordó de salvar los intereses del Estado.

El 10 de agosto tenían los ingleses armadas y dispuestas todas sus baterías, distribuidas en San Lázaro, Aróstegui, la Pastora y la Cabaña; solo en esta última posición había diez baterías con 45 cañones de á 24 y 32 y otras cuatro de 30 morteros y 2 obuses. Lord Albemarle intimó la rendición á Prado y éste contestó todavía dignamente; pero cuando al amanecer del 11 rompieron el fuego todas las baterías enemigas, se comprendió que la resistencia era ya imposible, pues á las pocas horas no quedaba en el castillo de la Punta, á pesar de los esfuerzos del animoso Lartia, ni un cañón, ni un artillero; y desmoronados los parapetos, tuvieron que abandonarlo los restos de la guarnición. El mismo efecto se había producido en los baluartes septentrionales, ciego de furor su comandante Castejón viendo su impotencia para ofender al enemigo, que barría materialmente cuanto estaba al alcance de sus proyectiles. En vista de estrago tal (2), se apresuró la Junta de guerra á enarbolar bandera blanca á las dos de la tarde, suspendiéndose las hostilidades para concertar la capitulación, que se firmó el 12. El marqués del Real Transporte, que tan mal

(1) Alegando su falta de salud se retiró á la plaza, encargándose del mando su segundo el capitán de fragata D. Fernando de Lartia.

(2) Además, escaseaba la pólvora, pues según parte del comandante de artillería de la plaza D. José Crell, no existía en los repuestos más que 427 quintales 54 libras.

empleo hizo de la escuadra cuyo mando se le había confiado, tuvo la absurda pretensión de que se le dejase salir libre con toda ella, y la guarnición y los caudales del Estado, lo cual, como era de suponer, fué negado.

En la mañana del 13 se entregaron las puertas de Tierra y de la Punta á los sitiadores, é inmediatamente después fueron ocupados todos los demás puntos de la plaza, y al día siguiente salió de ella la guarnición con todos los honores de la guerra, menos las cajas de caudales, pues en esto no transigían los ingleses, debiendo ser embarcada para España en buques británicos (1). Los vencedores se incautaron de *tres millones y medio* de pesos (2), no perdonando el teniente coronel Cleverland, comandante de la artillería, su derecho á las campanas, que hubo que rescatar por una crecida suma; quedó también en su poder toda la escuadra española (3), varios buques de particulares que se hallaban en bahía con ricos cargamentos, y mucho material de guerra, tanto del ejército como de la marina. La plaza fué restituida á España á consecuencia de la paz de Versalles, firmada el 10 de febrero de 1763, entregándola solemnemente los ingleses el 6 de julio al nuevo capitán general, conde de Ricla, que había llegado á la Habana el 30 de junio á bordo del navío *Hector*, con el general O'Reilly, segundo cabo de la isla, y el regimiento de *Córdoba*, fuerte de 2.000 hombres. La nueva autoridad se dedicó desde luego á reconstruir el arsenal, destruido por los ingleses con todos los buques que había en construcción, y á levantar los castillos del Príncipe, Atares y San Carlos de la Cabaña (4), fortaleciendo el del Morro.

Formada sumaria por la pérdida de la Habana, se vió en consejo de guerra después de dos años de procedimientos, siendo D. Juan de Prado condenado á muerte; mas Carlos III conmutó dicha pena con la de prisión perpetua, que sufrió aquél en Vitigudino.

Episodios.—I. D. MARTÍN DE ARANA, traficante de Santiago con Jamaica, se encontraba en Kingston, y observando, allí el inmenso acopio que se hacía de

(1) Se hicieron á la vela el 30 de agosto en número de 4 generales, 7 jefes del ejército, 15 de marina, 77 oficiales y 845 individuos de tropa. A Superunda y Tavares se les concedió para ellos solos una fragata en la que embarcaron sus familias y criados, caudales y equipajes, y lo mismo á Prado y Hevia.

(2) Se distribuyeron entre los 28.442 ingleses que componían las tropas de mar y tierra, asignándose los honorables lores Albemarle y Pockoc la respetable suma de 613.485 pesos cada uno.

(3) La componían los navíos de 70 cañones *Tigre*, *Reina*, *Soberano*, *Infanta*, *Neptuno* y *Aguilón*; el *Asia* de 64 cañones; y los *América*, *Europa*, *Conquistador*, *San Genaro* y *San Antonio* de 60, con tres fragatas y una urca.

(4) En los puntos señalados en el croquis con las letras (a), (e) y (o).

viveres y municiones y la reunión de fuerzas considerables con destino á la isla de Cuba, lleno de patriótico celo y anhelando comunicar una noticia tan urgente, corrió á embarcarse en un lanchón de contrabando que salía para Wallis, logrando á fuerza de oro que el patrón le echase en tierra hacia el cabo de San Antonio. Desde allí, cabalgando día y noche en potros sin montura, sin descansar apenas, sufriendo el calor, la lluvia y aun la falta de alimento, llegó á la Habana el 21 de mayo por la tarde y corrió al castillo de la Fuerza, donde se alojaba Prado, mas no era hora de audiencia y fué despedido con la mayor aspereza por el secretario García Gago. A fuerza de recomendaciones pudo Arana conseguir que el Capitán general le oyese aquella misma noche, pero sin fruto, pues no quiso dar crédito á la noticia ni enterarse tan siquiera de los papeles y *gacetas* de Jamaica que llevaba Arana confirmando lo que él decía, con lo que se malogró por la necia incredulidad de Prado, el importante servicio que aquel quiso prestar á su patria.

II. Los ingleses llevaban orden expresa de respetar la vida del esclarecido marino **D. Luis de Velasco**; pero no estuvo en su mano cumplirla. Mortalmente herido el heroico guerrero español, á la primera descarga, por una bala que le atravesó el pecho entre ambos pulmones, tuvo todavía al caer el aliento suficiente para recomendar la defensa del pabellón al capitán de navío **D. Vicente González**, conocido por el **Marqués González**, quien empuñando la bandera en una mano y blandiendo con la otra su terrible acero, resistió rodeado de un puñado de valientes la furiosa carga del enemigo hasta que cayó en tierra atravesado por las bayonetas de los asaltantes; aun así, continuó peleando, y fué tal su ardimiento, que al expirar dió tan fuerte golpe con la espada á un inglés, que le saltó un ojo.

Keppel, al entrar en el Morro, se precipitó en la sala donde curaban á **Velasco** y le abrazó y besó sumamente conmovido, prodigándole toda clase de atenciones y cuidados, y guardando su espada como una reliquia. Su hermano el conde de Albemarle, no habiendo podido salvar al héroe español, dispuso fuese trasladado á la Habana, conforme á sus deseos, debidamente acompañado, y asistido por los mejores cirujanos del ejército inglés, hasta dejarlo en su casa, que la tenía inmediata á la puerta de la Machina. La herida no parecía grave; pero al practicar la extracción de la bala le sobrevino el tétano, y á las cuatro de la tarde del día siguiente 31 de julio dejaba de existir. Diósele sepultura en el convento de San Francisco, y cuando resonó en el espacio la descarga que hicieron las tropas españolas encargadas de tributar á su cadáver los últimos honores, las tropas inglesas, formadas en presencia de su general, se asociaron á la fúnebre ceremonia con otra descarga, descubriéndose todos los jefes y oficiales respetuosamente. Lord Albemarle dispuso más adelante erigirle un monumento en la abadía de Westminster. Era natural de la villa de Noja (Santander), y lleva actualmente su nombre inmortal uno de los baluartes del castillo del Morro que con tanta entereza defendió.

Carlos III honró la memoria de los dos marinos, mandando que el nombre de **Velasco** se perpetuase en la armada española, llevándolo siempre un buque de guerra (1), y que se acuñase una medalla con los bustos de **Velasco** y **González**,

(1) No sabemos si en la actualidad se cumple dicha soberana y honrosa disposición.

de la que se conserva un ejemplar (núm. 669) en el Museo Naval, donde también existe un retrato de **Velasco** (núm. 668). Además, se concedió al primogénito del marqués **González** el título de *Conde del Asalto* con una pensión, y al hermano de **Velasco** D. Itigo el de *Marqués de Velasco* con otra pensión.

1834. **Episodio de la guerra Civil.**—El teniente D. **Luis Campos**, del regimiento de *Zamora*, escoltaba con una pequeña partida de su cuerpo un convoy de municiones para el castillo de Cardona. Atacado y envuelto en el pueblo de Pinell Baix por el cabecilla **Tristany**, se batió con el mayor denuedo contra las muy superiores fuerzas del enemigo hasta quedar reducida la tropa que mandaba á solos cuatro hombres, estando él mismo herido, y aun así consiguió encerrarse en un caserío, manteniéndose allí hasta que fué socorrido por otra columna y pudo continuar su ruta llevando íntegro el convoy á su destino.

1851. **Acción de las Pozas** (ISLA DE CUBA).—No escarmentado el ex-general de nuestro ejército D. **Narciso Lopez** al efectuar su desembarco en Cárdenas el 19 de mayo del año anterior, reunió otra expedición filibustera de 500 aventureros, desembarcando el 11 de agosto en el sitio llamado las Playitas, cerca del caserío del Morrillo, desde donde se dirigió al pueblo de las Pozas, que por su excelente situación le permitía resistir ventajosamente á las tropas españolas. Organizada en la Habana una columna al mando del general segundo cabo **D. Manuel de Enna**, zarpó á las siete de la mañana del 12 en el vapor *Pizarro*, llegando á Bahía Honda al anoecer, y á las seis de la mañana siguiente emprendió la marcha parte de ella hacia Morrillo y la fuerza restante á Pozas, donde estaba atrincherado el enemigo. Entablóse un corto y reñido combate, en el que á costa de bastantes bajas se consiguió poner en fuga á los rebeldes, que se retiraron hacia el cafetal de Frías, donde tres días después ocurrió un nuevo encuentro, muriendo en él el general **Enna**. Distinguiéronse en la acción de las Pozas el comandante de *León* **D. Francisco Nadal y Berenguer**, que recibió gloriosa muerte, los soldados de dicho cuerpo **José Alonso** y **Pedro Aroz**, luchando á brazo partido con el atlético filibustero **Pragay**, y la compañía de granaderos del regimiento de *Barcelona*, cuyo capitán D. **José Marcos Mateo** fué herido, experimentando 31 bajas.

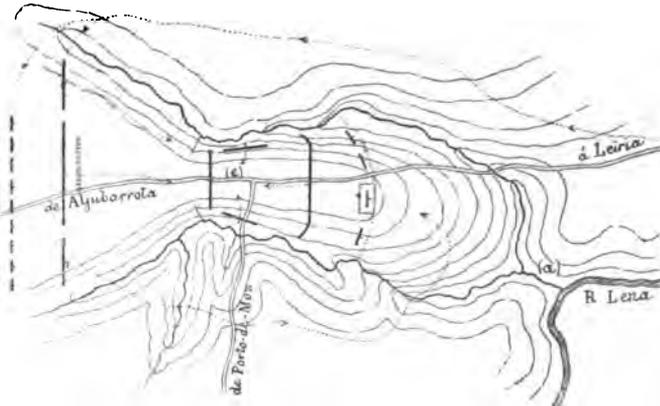
Día 14.

1385. **Batalla de Aljubarrota** (GUERRA CON INGLATERRA Y PORTUGAL).—El rey de Castilla D. **Juan I**, emprendió en dicho año la campa-

ña contra Portugal, invadiendo el Alentejo desde Badajoz y poniendo sitio á Elvas; mas sea porque su gobernador se mantuvo firme ó porque no le conviniese ya operar por allí, levantó el campo y se trasladó á Alcántara, pasando luego á Ciudad-Rodrigo entrado el mes de junio. Concentrado el ejército en dicha plaza, pasó el 8 de julio la frontera lusitana, y marchó por Almeida, Pinhel y Trancoso á Celorico, donde se detuvo algunos días para tomar el castillo, y el 1.º de agosto se puso otra vez en marcha camino de Coímbra, llevado el rey en litera por su débil estado de salud, haciendo por tal motivo jornadas muy cortas, pasó el Mondego, y continuando hacia Lisboa por el litoral, pernoctó el 10 en Pómbal y el 11 junto á Leiria, desde cuyo punto fueron á formar las huestes castellanas sobre la planicie por donde va el camino de Aljubarrota. El maestre de Avis, que había sido proclamado rey de Portugal el 6 de abril con el nombre de Juan I, llevó el 12 su campo desde Ourem á Porto de Moz, y el 14 muy de mañana se movieron ya los 10.000 hombres que próximamente componían su ejército, contando con 700 auxiliares ingleses, hasta llegar al camino que une á Leiria con Aljubarrota, en cuya meseta formaron en orden de batalla: la vanguardia ó primera línea, fuerte de 2.000 piqueros y ballesteros, y 600 lanzas á cargo del Condestable Nuño Alvarez Pereira, dando frente á Leiria; á continuación las alas formando próximamente en ángulo recto con la primera línea, mandada la derecha por Men-Rodríguez y Ruy Méndez de Vasconcello, y la izquierda, donde estaban los ingleses y gascones, por Antón Vázquez y el extranjero Juan de Monferrat; luego la segunda línea (unos 5.000 hombres), dirigida por el rey en persona, á unos 1.000 pasos de la primera; y finalmente la retaguardia, guardando la impedimenta, que se metió en un espacioso corral cercado.

Los castellanos, menos diligentes, no llegaron á la vista de las posiciones del enemigo hasra el medio día, y considerando difícil el ataque de frente, emprendieron un movimiento de flanco por la derecha, siguiendo la ladera opuesta del valle, para envolver la posición enemiga por su espalda, obligando á los portugueses á practicar un cambio de frente á retaguardia, que llevaron á cabo con mucho orden, dando media vuelta la primera línea y marchando á traves de la segunda, que hizo después el mismo movimiento hasta rebasar el corral, quedando éste, como antes, á retaguardia; las dos alas no hicieron más que correrse á la desfilada, de manera que el orden de batalla resultó análogo al de antes, pero con el frente á Aljubarrota, teniendo además el tiempo necesario para cubrirse con foso y talas de árboles. El ejército del rey de Castilla formó su primera línea (6.000 hombres) en la planicie, á unos 2.000 pasos del enemigo, delante las 16 piezas de artillería que llevaba, mandadas las dife-

rentes tropas que constituían aquella por los portugueses que seguían el partido de D.^a Beatriz (1) D. Juan Alfonso Tello (2) y D. Diego Alvarez Pereira, D. Diego Hurtado de Mendoza, el prior de San Juan, D. Pedro Díaz, el almirante D. Juan Fernández de Tovar, D. Alvaro González de Sandoval y los capitanes franceses Juan de Rya y los hermanos Boil. Formaban el ala izquierda otros 3.000 combatientes á cargo del maestre de Calatrava Pedro Alvarez Pereira y el mariscal D. Pedro González Carrillo, y el ala derecha 2.300 jinetes y caballeros de Alcántara, bajo



Agosto 14.—Batalla de Aljubarrota.

el mando del maestre D. Gonzalo Núñez de Guzmán. La segunda línea se situó á 1.200 pasos de la primera, y entre ambas, el rey acompañado de su mayordomo mayor D. Pedro González de Mendoza, D. Pedro López de Ayala, el mariscal D. Diego Gómez Sarmiento, el adelantado mayor de Castilla D. Diego Gómez Manrique, el jefe de la escolta Juan de Velasco y otros muchos caballeros, con sus guardias y servidumbre.

Poco tiempo duró la batalla. Eran ya las seis de la tarde cuando sin haber acabado de entrar en línea todas las fuerzas, y sin tener en cuenta el cansancio de las tropas y la proximidad de la noche, emprendió el movimiento de avance la primera línea para salvar la distancia que le separaba de su adversario, dirigiéndose el ala derecha á amenazar

(1) Mujer de D. Juan I de Castilla.

(2) Antes de empezar el combate envió galantemente una espada á Nuño Alvarez Pereira que mandaba la primera línea de los portugueses, y la aceptó, correspondiendo al obsequio, con una buena maza de armas.

de flanco la posición enemiga. Los castellanos acometieron animosos y resueltos; pero embarazados con el peso de las armas defensivas y ofensivas, y difícil la marcha por aquel terreno desigual y cubierto de monte, se fué descomponiendo la formación, apelotonándose los combatientes hacia el centro que era lo más llano y despejado de la meseta, la cual se iba también estrechando hacia el frente del enemigo; se acabaron de desordenar y confundir más en el momento del choque, y aunque lograron á pesar de todo hacer cejar algún tanto la primera línea enemiga, como las alas viesan que no eran atacadas, dieron media vuelta é hicieron una conversión hacia el centro, al propio tiempo que el rey de Portugal hacía avanzar la segunda línea. Entonces, apretados los castellanos por todas partes, solo podían combatir los de las filas exteriores de aquella masa informe, y no cuidando nadie de restablecer la formación ó si se intentó no fué posible, la pelea se hizo puramente individual (EPISODIOS); empezaron á huir los más tímidos dando grandes voces para justificar su cobardía, y atropellándose unos á otros comunicaron el pánico á la segunda línea no ordenada todavía, la que emprendió también vergonzosamente la fuga en dispersión completa. El joven soberano de Castilla, calenturiento y débil, sacó fuerzas de flaqueza y abandonando su litera, montó á caballo para no dejar de correr en toda la noche hasta llegar á Santarem, donde se embarcó, cubierto el rostro para no ser conocido, siguiendo por el Tajo hasta Lisboa, y allí entró el 16 en la nave de Pero Afán de Ribera, saliendo el 17 para Sevilla escoltado por otros cuatro buques de la escuadra castellana. D. Gonzalo Núñez de Guzmán tardó más en efectuar su movimiento de flanco y caer con la caballería sobre la retaguardia de los portugueses, cuyos peones y ballesteros se sostuvieron firmes detrás del ligero atrincheramiento que habían construído, hasta que, libre ya el Condestable del ataque principal, pudo acudir en su auxilio, rechazando á Núñez de Guzmán. Este se mantuvo en las inmediaciones del campo de batalla hasta las doce de la noche, reuniendo dispersos, y emprendió en buen orden la retirada para Santarem, con unos 3.000 caballos y 4 ó 5.000 peones, pasó el Tajo y siguió luego para Badajoz. Los portugueses permanecieron toda la noche en el campo con gran cautela, y al clarear el alba se extendieron por las inmediaciones dando muerte á muchos de los fugitivos que habían quedado ocultos por los pinares y malezas, ayudándoles en su inhumana y poco generosa tarea los mismos campesinos (1).

(1) Una mujer, *padeira* ó *forneira* de Aljubarrota, encontrando dormidos á siete soldados en cierto oculto paraje de dicho pueblo, ó dándoles ella misma abrigo en

Las bajas del ejército castellano pasaron de 10.000, muertos en su mayor parte (1), no bajando de 1000 las de los portugueses, en cuyo poder quedó todo el bagaje, artillería, armas en crecido número y otros efectos; y como consecuencia de la batalla, todas las plazas y castillos que aun estaban por doña Beatriz abrieron sus puertas al vencedor ó sucumbieron en breve.

En memoria de esta batalla, que aseguró la corona en sus sienes, mandó D. Juan I de Portugal levantar el célebre y suntuoso monasterio de Santa María de la Victoria, vulgo *de Batalha* (2) donde están enterrados el fundador y su familia. También el condestable D. Nuño Álvarez Pereira hizo edificar la ermita de San Jorge en el sitio donde fué lo más crudo de la pelea y donde aquél tenía su bandera (3).

Episodios.—Merece especial mención el valiente caballero castellano **D. Alvaro González de Sandoval** que en la confusión del combate llegó solo á donde estaba el rey de Portugal y le acometió, arrancándole el hacha de armas y haciéndole caer de rodillas; y en el momento de ir á descargar sobre él el golpe mortal, acudieron algunos portugueses á proteger á su soberano, derribando al primero muerto en tierra.

Pedro López de Ayala, Canciller mayor de Castilla y cronista de esta guerra, era natural de Vitoria, y llevaba en la batalla el pendón real, que defendió valientemente hasta que habiendo quedado desarmado, le fué forzoso rendirse prisionero, después de haberle roto á golpes dientes y muelas. También en la batalla de Najera estuvo encargado del pendón real (V. 13 ABRIL).

su casa dentro del horno, los fué desnucando uno á uno con la pala. Así lo refieren las crónicas portuguesas.

(1) Entre los caballeros principales que murieron en la pelea se cuentan á **Don Pedro González de Mendoza**; el conde **D. Pedro** hijo del Marques de Villena, primer condestable de Castilla y biznieto del rey D. Jaime de Aragón; el almirante **D. Juan Fernández Tovar**, que desde la escuadra que mandaba, surta en el Tajo, se incorporó al ejército; el caballero gallego **Garci Rodríguez de Taborda** que mantenía la plaza de Leiria por doña Beatriz y sin embargo, no quiso rendirla ni permitir la entrada á los castellanos; pero fué en persona á presentarse al rey de Castilla para acompañarle en la batalla; **Ruy Díaz de Rojas**; los dos mariscales **Diego Gómez Sarmiento** y **Pedro González Carrillo**; el adelantado **Diego Gómez Manrique**, **D. Juan Alfonso**, señor de Ajofrín; y los portugueses adictos á la causa de Castilla **D. Juan Alfonso Tello**, tío de doña Beatriz, y **Diego y Pedro Alvarez Pereira**, hermanos del condestable portugués.

(2) En el croquis está señalado el sitio que ocupa con la letra (a).

(3) Señalado en el croquis con la letra (e).

1466. **Sitio de Cervera** (GUERRA DE CATALUÑA).—Después de la batalla de Prats del Rey (V. 28 FEBRERO) el rey D. Juan fué á dirigir en persona el sitio de Cervera, cuya plaza sufría con gran heroísmo los rigores de un apretado cerco, y aunque por dos veces distintas Beltrán de Armendáriz pudo meter dentro un convoy de víveres, bien pronto fué imposible todo socorro, y al cabo de ocho meses de sitio, diezmada la guarnición por las enfermedades y el hambre, tuvo que sucumbir, capitulando el 14 de agosto. Cervera conservó todas sus libertades y privilegios.

1551. **Pérdida de Trípoli**.—Rechazado el almirante turco Sinan en su expedición contra la isla de Malta, pasó á Trípoli con su armada, y desembarcando más de 6.000 hombres y 40 piezas de artillería gruesa, rompió el fuego el 8 de agosto, batiendo primeramente el baluarte de Santiago, el más sólido y robusto de la fortaleza; mas un desertor francés que se descolgó por la muralla, aconsejó á los sitiadores mudasen la batería contra el baluarte de Santa Bárbara, que era en realidad el más débil, y el castillejo del puerto. En esto llegó á las aguas de Trípoli el embajador del rey de Francia Mr. de Aramont, que iba á Constantinopla, y sea por manejos é intrigas de dicho personaje con unos y otros, según de público entonces se dijo, ó por los repetidos motines de unas compañías calabresas que se habían enviado de Malta para reforzar el presidio, como se dice en la historia de la orden de San Juan (1), se entró en negociaciones con el enemigo, que dieron por resultado la entrega de la plaza por el comendador Simón de Losa á los turcos el 14 de agosto, á los cuarenta y un años de su conquista por Pedro Navarro (V. 26 JULIO) y á los veintiuno de hallarse su defensa á cargo de los caballeros de San Juan, á nombre del rey de España.

1808. **Primer sitio de Zaragoza** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—El 6 de junio de 1808, el general Lefebvre Desnouettes, encargado de someter y ocupar la capital de Aragón, emprendió la marcha desde Pamplona con 5 000 infantes, 1.000 caballos y seis piezas de campaña, batió el 8 en Tudela y el 13 en Mallen y en Gallur á los 5 000 paisanos y unos pocos soldados que mandaba el Marqués de Lazán, no siendo más afortunado al día siguiente en Alagón el general D. José de Palafox y

(1) *Historia de las órdenes de caballería*, por D. Manuel de Iñigo, tomo I, pág. 688.

Melci, hermano de aquél, con los 6.000 hombres que sacó de Zaragoza, entre los que se contaban tan sólo 500 soldados españoles ó desertores extranjeros, poco más de 100 caballos y los artilleros precisos para el servicio de cuatro piezas (1). Las tres derrotas que acababan de experimentar en pocos días los patriotas aragoneses, no abatieron el levantado espíritu de los zaragozanos, quienes el 15 rechazaron con denodado esfuerzo la primera embestida que dieron los franceses á la ciudad, á pesar de la ausencia de Palafox, que por la mañana había abandonado la ciudad con sus escasas fuerzas, retirándose por Longares á Belchite, donde se situó para reunir dispersos y organizar de nuevo sus tropas.

En la mañana de dicho día se apoderó el enemigo de los puntos avanzados del puente de la Muela y la Casa-Blanca, defendidos valientemente (2), y al llegar por la carretera de Madrid, junto á la torre de Escartín á un kilómetro de Zaragoza, organizó tres columnas de ataque para dirigir las contra las puertas de Santa Engracia, el Carmen y Portillo (V. la lám. V, tomo I, pág. 400). Circundada la ciudad por un muro de recinto de poca altura y espesor, simple tapia en muchas partes, tras de él y en los edificios inmediatos se apostaron los defensores para oponerse al enemigo, cuyas columnas, cubriéndose con los olivares, avanzaron resueltamente hacia los puntos señalados. Los franceses fueron recibidos con mortífero fuego de cañón y de fusil, no obstante el cual, y después de inauditos esfuerzos y de ser rechazados varias veces, consiguieron invadir la ciudad por las tres puertas mencionadas, procurando luego hacerse fuertes en el Cuartel de caballería, edificio pegado al recinto y situado entre el Portillo y la plaza de Toros, del que fueron arrojados tres veces consecutivas, peleándose con el mayor furor en sus escaleras, patios y corredores. Del mismo modo, acometidos los imperiales por todas partes y acribillados materialmente por el fuego que se les hacía desde las casas próximas y boca-calles afluyentes, obstruidas con barricadas y defendidas con artillería, próxima la noche y rendidos por nueve horas de combate, se consideraron impotentes para conseguir el vencimiento de sus valientes adversarios, paisanos casi todos (3) y retrocedieron ordenadamente para replegarse á las alturas de Santa Bárbara y Val-de-Espartera,

(1) En dicho combate el ayudante de Palafox D. Rafael Casellas recobró una bandera española tomada por el enemigo.

(2) Dirigió con mucho acierto en el segundo de dichos puntos el fuego de las dos piezas de artillería allí apostadas el capitán del arma D. Ignacio López Pascual.

(3) De las pocas tropas que había formaban parte 250 artilleros del 1.º regimiento que habían llegado aquel mismo día procedentes de Barcelona.

habiendo experimentado la pérdida de 800 hombres, algunos prisioneros y seis piezas que no pudieron retirar, las cuales, con una bandera (1) y otros trofeos, fueron paseados triunfalmente por toda la ciudad en medio del júbilo de los zaragozanos, que señalaron aquel glorioso combate con el pomposo nombre de *Batalla de las Eras* (2).

Los defensores cobraron desde entonces nuevos bríos y se dedicaron con actividad febril á fortificar el recinto, convirtiéndose Zaragoza en un inmenso taller donde nadie estaba ocioso, dando acertadas disposiciones el teniente-rey D. Vicente Bustamante, el intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas y el ilustre ingeniero D. Antonio San Genís que, preso antes por sospechoso, fué al fin puesto en libertad para que dirigiese las obras de defensa. Los franceses, mientras recibían los refuerzos y artillería gruesa pedidos después de su descalabro del 15, hicieron una intimación á la ciudad que, como es de suponer, fué contestada dignamente por Palafox, el cual se apresuró entonces á salir de Belchite, y reuniendo unos 6.000 hombres con las fuerzas que estaba organizando en Calatayud el barón de Versages, se trasladó el 21 desde Longares á la Almunia con ánimo de seguir hasta la Muela y estrechar al enemigo contra Zaragoza; pero el general Lefebvre se anticipó al caudillo español, comprendiendo su intento, y salió contra él logrando batir á su contrario en Epila al amanecer del 23 después de un corto combate, en el que se distinguieron el coronel D. Pablo Casaus, de *Fernando VII*, la batería del capitán D. Ignacio López y los dragones del *Rey* á las órdenes de D. Francisco Ferraz. Las tropas derrotadas huyeron en desorden hacia Calatayud.

El 26 de junio se incorporó al campo francés el general Verdier, que tomó el mando del ejército sitiador, elevado su efectivo con los refuerzos que sucesivamente recibió á 15.000 hombres, con un tren de batir, com-

(1) Fué conquistada por D. Antonio Alcoberro, capitán de una compañía suelta, auxiliado por el soldado Narciso Laabadía.

(2) Dicho combate es el episodio del sitio que representa la lámina. Se distinguieron en él el coronel de caballería D. Mariano Renovales; el de igual clase don Antonio de Torres; el sargento mayor de voluntarios de *Tarragona* D. Francisco Marcó del Pont; el capitán de artillería D. Rafael de Irazabal, que preso en la Aljafería por ser sobrino del anterior capitán general D. Jorge Juan Guillelmi, dirigió el fuego de las baterías del castillo; el subteniente práctico de la misma arma D. Pedro Dango, que mandaba las piezas de la puerta del Carmen; el capitán D. José Laviña y los oficiales retirados D. Mariano Cerezo y D. Luciano Tornos, el cual, preso también por sospecharse de su patriotismo, rompió las puertas de su calabozo, y corrió á desmentir con sus hechos la poco fundada y nada honrosa especie. También el presbítero D. Santiago Sas peleó valientemente en el Portillo.

Guin

Año Militar Español

Lám. XXV



SITIO DE ZARAGOZA.—COMBATE DEL 15 DE JUNIO

(Copia de un cuadro de A. Ferns)

puesto de 30 cañones de á 18, 16, 12 y 8, cuatro morteros y 12 obuses, y reconocida que fué la plaza en la mañana del 27, en cuyo día voló con horrible estruendo el almacén de pólvora situado en el Seminario (1), dispuso el ataque del monte Torrero, operación llevada á cabo el 28, posesionándose casi sin resistencia (2) los franceses de dicho punto, donde establecieron su cuartel general. Dueños así los imperiales de toda la margen derecha del Ebro, pudieron circunvalar completamente la ciudad por esta parte, construyendo diferentes baterías, y el 30 comenzó el bombardeo, que continuó todo el día y noche del 1.º de julio, dirigiendo además la artillería sus fuegos contra la Aljafería, convento de Agustinos, cuartel de Caballería y puertas de Sancho, Portillo, Carmen y Santa Engracia. Los sitiados, que habían recibido también alguna artillería gruesa y refuerzos de tropa veterana, entre ellos 300 soldados de *Extremadura*, mandados por el teniente coronel D. Domingo Larripa y 100 voluntarios de Tarragona, aprovecharon la larga inacción del enemigo, construyendo blindajes, zanjás y barricadas en diferentes calles, preparando sacos de tierra para cubrir las brechas y levantar baterías, además de habilitar los sótanos para talleres, y para guarecerse en ellos la gente inerme, y quemar y talar las huertas y olivares, y las quintas y jardines que perjudicaban á la defensa. La gente disponible se distribuyó á todo lo largo del frente amenazado, quedando encargado del Portillo Marcó del Pont, D. Pedro Hernández de la puerta del Carmen, Renovales de la de Sancho, y Larripa de la de Santa Engracia.

Abiertos algunos boquetes en el recinto, dió el enemigo el 2 de julio un ataque general, después de un violentísimo fuego, particularmente desde las baterías del alto de la Bernardona, frente á la Aljafería, que aumentó los considerables destrozos hechos ya en esta y en el Portillo. Casi al mismo tiempo fueron acometidos el Castillo, las puertas de Sancho, Portillo y Carmen, cuartel de Caballería y torre del Pino; pero de todas partes fueron rechazados con grandes pérdidas por los denodados zaragozanos (3) entre los que se distinguieron algunas mujeres valerosas

(1) Murió en la voladura el teniente de ingenieros **D. Pedro Romero**.

(2) El teniente coronel D. Vicente Falcó, comandante del puesto, fué preso y sumariado; y condenado á muerte, se ejecutó la sentencia después del sitio. Igual suerte cupo durante éste al coronel D. Rafael Pesino, gobernador de Cinco-Villas y á otros oficiales, acusados de inteligencia con el enemigo.

(3) La tropa que había entonces en Zaragoza no llegaba tan siquiera á 1.000 hombres de las tres armas, pero aquel mismo día entró Palafox en la ciudad con 1.300 soldados de infantería y 60 caballos, á tiempo todavía de tomar parte en el combate. También se presentaron, procedentes de Barcelona, los subtenientes de ar-

(EPISODIO I). Los franceses sólo consiguieron ocupar el convento de San José, si bien por breve tiempo, pues no pudiendo sostenerse en dicho edificio, lo entregaron á las llamas.

En vista del mal resultado del ataque anterior, el segundo á viva fuerza que se daba, determinó Verdier emprender un sitio metódico, pensando el coronel de ingenieros Lacoste dirigir los trabajos contra el frente de la puerta del Carmen; pero el Emperador no aprobó el proyecto y creyó más acertado, como lo era en efecto, dirigir el ataque contra la torre del Pino y convento de Santa Engracia, como puntos más salientes y por lo tanto menos flanqueables del recinto. En su consecuencia, abrióse la trinchera para avanzar en aquella dirección, además de simular otro ataque contra la Aljafería, y trasladáronse algunas fuerzas al otro lado del Ebro para incomunicar la ciudad por la parte del Arrabal, llegando á dominar toda la campiña hasta el Gállego. Los sitiados hacían frecuentes salidas, peleando diariamente con el enemigo, que en la noche del 11 al 12 asaltó el convento de Capuchinos, entregado á las llamas por los nuestros antes de retirarse, y ocupó también el de San José; mas fueron infructuosos todos sus esfuerzos para apoderarse del de Trinitarios, asaltado el 23 con la mayor energía, sin éxito alguno, costando el encarnizado combate grandes pérdidas á los franceses (1). Este contratiempo no fué obstáculo para que el enemigo adelantase sus trabajos, terminando la paralela, que se extendía de San José á Capuchinos, y construyendo siete baterías, que armadas con 38 piezas de grueso calibre, rompieron el fuego en los primeros días de agosto, lo mismo que otras piezas de campaña hasta el número de 60, siendo muy grande el estrago que causó el día 3, particularmente en el Hospital general, cuyo edificio hubo que desalojar por haberlo tomado como blanco los artilleros imperiales.

El fuego se hizo mucho más violento en la mañana del 4, y al mediodía quedaba desmontada la mayor parte de nuestra artillería y abiertas tres anchas brechas: dos en el convento de Santa Engracia en sus ángulos oriental y occidental, y otra en la tapia que unía la puerta del Carmen á la torre del Pino. Los sitiadores, después de varias tentativas para distraer la atención de los sitiados hacia diferentes partes (EPISODIO II), dieron el asalto á la una de la tarde, organizadas sus fuerzas en tres gran-

tillería D. Gerónimo Pifeiro y D. Francisco Betbecé, *el Rosete*, encargándose el primero de la batería del Portillo y el segundo de la del Carmen. Ambos fueron promovidos por Palafox sobre el mismo campo de batalla al empleo inmediato.

(1) De los españoles murió en la defensa el capitán Romeu. En la orilla izquierda murió también por aquellos días el comandante Viana.

des columnas, con sus correspondientes reservas, mandadas la de la derecha por el general Habert, la del centro por el general Bazancourt y la de la izquierda por el general Grandjean. Dichas columnas, dotadas de artillería de campaña, se lanzaron á las brechas al acostumbrado grito de *¡Viva el Emperador!* despreciando el terrible fuego con que les recibieron los sitiados, los cuales disputaron encarnizadamente el convento de Santa Engracia, alcanzando allí una muerte gloriosa el brigadier coronel **Don Antonio de Cuadros** (1) y el capitán **Tirado**; pero dueños al cabo del edificio las fuerzas de la derecha, desembocaron en la plaza inmediata y franquearon la entrada á la columna del centro, que estuvo más de una hora detenida frente á la brecha y puerta de Santa Engracia, sólidamente barreada, y batida de flanco por la torre del Pino. La columna de la izquierda consiguió dominar también la brecha correspondiente y ocupar dicha torre, indefendible ya, dividiéndose luego en dos partes, una para dirigirse al convento del Carmen, que le costó gran trabajo tomar, y otra que se unió á la columna del centro, después de apoderarse del convento Descalzas de San José, defendido bizarramente con solos ocho hombres por el padre franciscano D. Pedro Bretón, sargento de una de las compañías de Cerezo.

Los imperiales, dentro ya de Zaragoza, y dueños de toda la línea comprendida entre la puerta del Carmen y la puerta de Santa Engracia, se vanagloriaban de ser dueños de la ciudad, y se dispusieron para acometer las defensas interiores y la entrada por las calles de Santa Engracia y Azoque, las únicas que conducen directamente al Coso; pero deseando Verdier economizar la sangre de sus soldados, intimó la rendición con esta lacónica frase *Capitulación*, á la que contestó Palafox con igual laconismo *Guerra y cuchillo*. Sabiendo á qué atenerse el enemigo, emprendió un vigoroso ataque por dichas calles, defendiendo la primera de ellas con grande esfuerzo el marqués de Lazán y su hermano D. Francisco, que disputaron el terreno á palmos, retirándose de posición en posición hasta llegar al Coso, después que los invasores pudieron ocupar el convento de San Francisco y el Hospital general (2). Por la izquierda atacó Grandjean el hospital de Convalecientes y convento de la Encarnación, cuyos edificios constituían una especie de reducto interior; mas fué tan enérgica la resistencia que llevaron á cabo los guardias españolas y valonas, que

(1) Le sucedió en el mando del puesto el coronel San Genís.

(2) Los oficiales que se retiraron los últimos de la batería que desde el Coso enfilaba la avenida de Santa Engracia, fueron el intendente Calvo de Rozas y don Justo San Martín.

desesperando aquél de tomarlo con la premura que exigía la necesidad de avanzar simultáneamente con las tropas de la derecha, desistió de su propósito y continuó la marcha por la calle de Azoque, contando sería empresa fácil llegar al Coso, seguir luego al Mercado y apoderarse después de la puerta de San Ildefonso, conforme se le había encargado, cuyo plan no pudo realizar, pues aun cuando logró apoderarse del convento de Santa Rosa, primer obstáculo que encontró en su camino, fué detenida la columna ante el de Santa Fe, defendido con la artillería retirada de la puerta del Carmen, y sólo consiguió ocupar algunas casas próximas á dicho convento. Sin embargo, la llegada de los franceses al Coso llenó á la población de terror, y enterada de la ausencia de su caudillo (1) empezaron á buscar su salvación en la fuga, primero la gente inerte, viejos, mujeres y niños, llenando las calles afluentes al puente, pánico que se contagió á los defensores, muchos de los cuales se mezclaron con los fugitivos abandonando ó arrastrando á sus jefes y oficiales; por fortuna, algunos valientes oficiales de los del Arrabal, entre ellos D. Luciano de Tornos, abocaron algunas piezas al puente amenazando ametrallar á la multitud, al propio tiempo que otros reanimaban á los más esforzados haciéndoles volver contra el enemigo. Sobrevino pues una reacción favorable, y precipitándose todos de nuevo al encuentro de los invasores, se salvó Zaragoza.

Los franceses, llegados al Coso, se dividieron en tres columnas: una para dirigirse por la derecha á la plaza de la Magdalena hasta la Puerta del Sol; otra que debía reunirse por la izquierda á las tropas de la calle del Azoque, detenidas ante Santa Fe, para ocupar el Mercado y la Puerta de San Ildefonso; y la tercera que debía encaminarse al Puente de Piedra por la calle de San Gil, directa á dicho punto. En los primeros momentos, los imperiales apenas encontraron resistencia, pudiendo llegar la columna de la derecha sin dificultad alguna á la Magdalena; mas allí salió á su encuentro fray Ignacio Santaromana con siete jóvenes del pueblo, que ofreciéndose en holocausto á su patria como los *espartanos de las Termópilas*, según expresión del alemán Schépeler, murieron casi todos;

(1) La salida del general Palafox de la ciudad en aquellos críticos momentos no la encontramos bastante justificada, pues, para activar la llegada de los socorros que esperaba de un momento á otro de Pina, bastaba hubiese enviado un oficial de su confianza en lugar de abandonar la ciudad en persona, sin hacer tan siquiera entrega del mando, del que se encargó espontáneamente el brigadier D. Antonio de Torres, revistiendo por lo tanto dicha salida los caracteres de una verdadera fuga como si creyese ya perdida Zaragoza, y produciendo el desaliento consiguiente, como sucedió en efecto.

y su heroico sacrificio fué la señal de alarma para apostarse en sótanos, ventanas, balcones y tejados, mientras acudían algunos jefes con refuerzos de Puerta Quemada, Molino de Aceite y Puerta del Sol, viéndose los sitiadores rodeados por todas partes y acribillados por mortífero fuego; así que, para conjurar el peligro, trataron de guarecerse en las ruinas del Seminario, donde habrían todos perecido á no haber volado otras fuerzas en su auxilio, retirándose á su amparo, pero vivamente perseguidos por los victoriosos zaragozanos. La columna del centro estuvo á punto de encontrar su perdición en el laberinto de callejones que rodean el Arco de Cineja, por donde se metió equivocadamente en lugar de tomar la calle de San Gil, teniendo que fraccionarse, y diseminadas así las tropas, se entregaron al pillaje en las casas, cometiendo muchos excesos que no quedaron sin castigo, pues muchos de sus autores fueron degollados, pudiendo á duras penas retroceder al Coso en la mayor confusión, acosados por todas partes. No tuvieron más fortuna las tropas de la izquierda peleando á un tiempo en la Encarnación, Santa Rosa, Santa Fe y en la parte del Coso próxima al Mercado, á donde no pudieron llegar los franceses, en todas partes vencidos. La refriega duró todavía hasta la noche, luchándose desesperadamente en todos los ámbitos de la ciudad hasta donde habían llegado los invasores (1), que fueron arrojados otra vez á sus primitivas posiciones de la calle de Santa Engracia sin conservar más que el terreno comprendido entre los conventos de San Francisco y San Diego hasta las puertas del Carmen y Santa Engracia, con el palacio de Fuentes, Hospital general y convento de Santa Rosa. Tal fué el memorable combate del 4 de agosto, tan glorioso para los zaragozanos, en el que se distinguieron también algunas mujeres (EPISODIO III) y costó al enemigo, según Belmás, 462 muertos y 1.505 heridos, contando entre estos á los generales Verdier y Bazancourt, por lo que tuvo que volverse á encargar del mando del ejército sitiador el general Lefebvre, quien había recibido también una fuerte contusión (2).

(1) El historiador francés Belmas pinta con vivos colores aquel desastroso combate. «La ville, dice, était comme un volcan par les explosions continuelles qui avaient lieu. On entendait les cris des vainqueurs et des vaincus; ici la victoire, là le desordre et la fuite; amis et ennemis combattaient tous pêle-mêle et sans ordre. Chacun se défendait là où il était attaqué, et attaquait là où il rencontrait l'ennemi; le hasard seul présidait á ce chaos. Les rues étaient jonchées de cadavres; les cris que l'on entendait du milieu des flammes et de la fumée ajoutaient encore á l'horreur de cette scène de désolation, et le tocsin, qui sonnait de toutes parts, semblait annoncer l'agonie de Saragosse.»

(2) Los españoles tuvieron también bastantes pérdidas. Quedó prisionero de

Al día siguiente se renovó el combate. Unos y otros habían aprovechado la noche trabajando sin cesar para cubrirse y levantar baterías, de manera que, fortificados dentro de la ciudad amigos y enemigos, no era fácil decir quienes eran los sitiados y quienes los sitiadores. Estos hicieron inútiles esfuerzos para extenderse por sus flancos, peleándose encarnizadamente en el convento de Santa Catalina, que quedó al fin por los españoles, los cuales fueron después asaltando las casas inmediatas al Hospital general, ocupando también el Jardín Botánico; también atacó el enemigo infructuosamente el hospital de Convalecientes y cañoneó sin resultado desde la batería levantada en la calle de Santa Engracia la barricada del Arco de Cineja, no dando otro resultado todos estos combates que sumar los franceses á las pérdidas anteriores la de otros 300 hombres, y dar ocasión para que los sitiados realizaran otros hechos valerosos (EPISODIO IV). Pero la situación de Zaragoza iba siendo comprometida por la escasez de víveres y sobre todo de pólvora, á cuya necesidad venía proveyendo el distinguido oficial de artillería D. Ignacio López (1) hacía algún tiempo, elaborando hasta tres quintales diarios; afortunadamente, los socorros estaban próximos, y el mismo día 5 entró en la capital el marqués de Lazán con un pequeño convoy custodiado por un batallón de Guardias españolas. El general Palafox avanzó desde Osera y reunió en Villamayor unos 500 hombres con otro convoy de más de 200 carros, se enseñoreó de la izquierda del Ebro haciendo repasar el río á las fuerzas que la ocupaban, y el 8 volvió á pisar de nuevo las calles de Zaragoza sin haber perdido un sólo hombre. Por entonces se había hecho ya pública la noticia de la victoria de Bailén y evacuación de Madrid por el intruso, y creciendo con ello y los refuerzos recibidos el ardor de los sitiados, parecieron convertirse en sitiadores, pues desde el día 9 en que estos fueron rechazados del asalto que dieron al Hospital de Convalecientes, persiguiéndoles los miguelotes catalanes cuchillo en mano, llegando los españoles, enardecidos con el triunfo, á apoderarse de dos piezas de

los franceses el teniente de artillería D. Gerónimo Piñeiro, y gravemente herido el comandante D. Salvador de Ozta, quien no quiso abandonar su puesto de honor hasta que habiendo caído exánime, fué retirado de aquel campo de gloriosa lucha.

(1) Además de los oficiales de artillería citados, estuvieron presentes desde los comienzos del sitio el capitán D. Juan N. Consul que organizó con gran acierto los talleres de maestranza en el vasto mesón del Portillo y suntuoso palacio de la Universidad, y el teniente D. Francisco de Camporedondo. El primero ejerció el cargo de comandante del arma hasta fines de junio en que se presentó el capitán D. Salvador de Ozta, más antiguo, el cual mandaba ya el 1.º de julio las baterías de todo el frente de ataque.

la batería inmediata, los franceses permanecieron exclusivamente á la defensiva, aunque sin suspender el bombardeo, hasta la madrugada del 14, en que habiendo recibido la orden definitiva de levantar el sitio, emprendió el enemigo la retirada camino de Pamplona entregando á las llamas los almacenes de Monte Torrero, el Hospital general, San Francisco y demás edificios que quedaban en pie de los que había ocupado, volando el monasterio de Santa Engracia y abandonando hasta 54 piezas de artillería de todos calibres, con un número considerable de fusiles y gran cantidad de municiones, víveres y efectos de todas clases.

Este sitio glorioso, en el que tanto brilló el patriotismo y denuedo de los zaragozanos y tropa del ejército que en él tomó parte (1), costó á los franceses la pérdida de unos 4.000 hombres, habiendo resultado muertos, heridos ó enfermos casi todos los oficiales superiores y quedando algunos regimientos mandados por capitanes. Los españoles experimentaron más de 2.000 bajas.

Episodios.—I. La batería del Portillo, reducida al silencio por el estrago causado por los proyectiles franceses, que habían derribado muertos ó heridos á más de 50 artilleros, con otros defensores, parecía abandonada, y lo estaba en efecto, pues los que habían sobrevivido corrieron á guarecerse tras de los edificios próximos, no permaneciendo en aquel puesto de honor más que el teniente coronel Marcó del Pont, que mandaba allí, y algunos oficiales. La columna francesa, que al dar los sitiadores el asalto en la mañana del 2, se dirigía presurosa y confiada sobre dicho punto, se hubiera posesionado de él indudablemente, á no haber ocurrido un episodio singular que dió eterna fama á una célebre heroína. Una joven de 20 años llamada por algunos historiadores AGUSTINA DE ARAGÓN, aunque ella se firmaba AGUSTINA ZARAGOZA, llevaba el desayuno á su amante, sargento de artillería, cuando le vió caer destrozado por una bala de cañón. Loca de dolor, se arrojó sobre el cuerpo inerte de su amado, que quería reanimar con sus amorosas frases y caricias; mas la gritería de los enemigos ya próximos, sacándola de su estupor, hizole caer en la cuenta de que aquellos que tan cerca tenía eran los que acababan de arrebatarle sus halagüeñas esperanzas é ilusiones. Entonces, inspirada por la venganza y el odio, arranca de las manos del artillero la mecha que oprimía aún convulsivamente, la aplica al cañón cargado de metralla, y la cabeza de la columna, deshecha por aquel oportuno disparo, comunica el desorden á las fracciones que le seguían, acabando todos por retroceder al oír la algazara que se produjo en la batería, tan silenciosa momentos antes. En aquel momento llegaba Palafox, enterado del peligro, al frente de un numeroso grupo de paisanos, y testigo de tan esclarecida hazaña, en el momento en que terminó el combate cogió las ginetas del sargento muerto y las colocó en los hombros de la heroína, agraciada después con el grado de alférez y una pensión vitalicia.

(1) De los actuales cuerpos del ejército, sólo el regimiento de *Extremadura*.

Ademas de AGUSTINA ZARAGOZA, *la Artillera*, se distinguió también, con otras, María Agustín, que se había impuesto la misión de proveer de municiones y refrescos á los defensores. Herida en el cuello por una bala francesa, se hizo curar inmediatamente y continuó en su patriótica tarea hasta que el enemigo fué completamente rechazado.

II.—En uno de los ataques que precedieron al asalto, redoblaban los franceses sus esfuerzos en el puente del Huerva, á donde habían aproximado un cañón que causaba mucho daño á los defensores. Muertos ó heridos los sirvientes, el soldado JOSÉ RUIZ, de *Voluntarios de Aragón*, al oír á su comandante Cuadros ofrecer una charretera al que lo clavase, lo ejecutó con gran arrojo y desenvoltura, logrando salir ileso de tan arriesgada empresa.

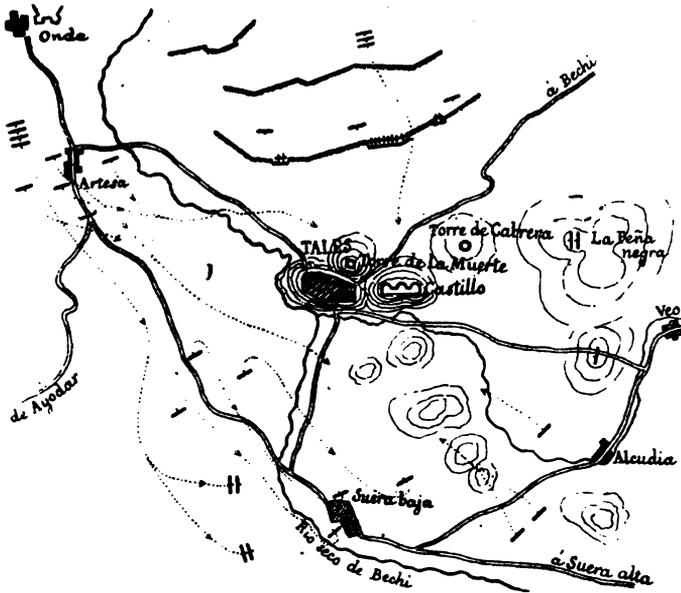
III.—DOÑA MARÍA CONSOLACIÓN DE AZLOR Y VILLAVICENCIO, Condesa de Bureta, que había organizado desde el principio del sitio varias cuadrillas de mujeres para distribuir municiones y retirar los heridos á los hospitales, arrojando con la mayor sangre fría el horroroso fuego que hacía el enemigo, en cuanto vió invadida la ciudad cerró con dos fuertes barricadas las avenidas de su casa, disponiéndose á defenderla heroicamente hasta morir, con sus deudos y criados.

No menos valor demostró otra mujer del pueblo llamada CASTA ALVAREZ que armada de un enorme palo provisto de una larga y enmohecida bayoneta, corría de puesto en puesto de los atacados por los franceses animando á los defensores y aun poniéndose algunas veces al frente de ellos en los trances mas rudos.

IV.—Entre los muchos que se distinguieron durante el sitio merece especial mención el cabo José Monclús. Mandando las avanzadas de la puerta de Sancho dió muerte el 24 de junio á un jefe francés que se adelantó con alguna fuerza á practicar un reconocimiento; el 5 de agosto cogió un cañón que tenían los enemigos cerca del palacio del Conde de Sástago, sin dar lugar á clavarlo, con sus municiones, presentándolo al subteniente D. Francisco Salvador; el 7 penetró en una casa de la calle del Carmen y pasó á cuchillo á dos granaderos franceses, y por la tarde del mismo día presentó al Marqués de Lazán una espada, siete fusiles y el uniforme de otro oficial enemigo, á quien mató en una guardia establecida junto al convento de Santa Rosa. Dicho cabo, promovido primero á sargento, fué recompensado por Palafox después del sitio con el empleo de subteniente.

1839. **Sitio de Tales** (GUERRA CIVIL).—Fortificada la villa de Onda por las tropas liberales, los carlistas aprovecharon la vecindad de Tales, solo una legua distante, rehabilitando el castillo y levantando otras obras que ocuparon algunas fuerzas para contrarrestar la dominación del enemigo en sus inmediaciones y tener una guarida segura en aquellas montañas. Don Leopoldo O'Donell, á la sazón general en jefe del ejército del Centro, comprendiendo la necesidad de arrojar á los carlistas de dicho punto, no tardó en hacer los aprestos necesarios, reuniendo en Murviedro las divisiones Azpiroz y Hoyos, la caballería que mandaba Shely (800 caballos), una compañía de ingenieros y una batería montada con un pequeño

tren de batir, estando la artillería á cargo del brigadier D. José Paulin, comandante general del arma. Estas fuerzas pernoctaron ya en Onda el 31 de julio, y al amanecer del día siguiente y previo un escrupuloso reconocimiento, se establecieron en las posiciones convenientes, donde se atrincheraron, empezando al propio tiempo la construcción de algunas baterías. Los sitiadores no fueron molestados hasta que llegó Cabrera, el cual



Agosto 14.—Sitio de Tales.

atacó el 3 de agosto los puestos avanzados de Hoyos; mas fué rechazado después de un corto y vivo combate, que costó á los liberales un centenar de bajas, pudiendo terminar tranquilamente sus trabajos, como también el camino por donde tenía que conducirse la artillería gruesa y establecerla en batería el día 8. Cañoneados los fuertes enemigos en dicho día y los siguientes hasta el 13, se consiguió destruir las defensas más visibles y apagar sus fuegos, por lo cual, no habiendo ya otro obstáculo para emprender el ataque que la presencia de Cabrera, situado en las montañas inmediatas, al amanecer del 14 se dirigió Azpiroz á envolver la izquierda carlista, lo que pudo conseguir fácilmente por estar mal apoyada, avanzando al mismo tiempo de frente la división Hoyos, y después de cinco horas de refido combate se replegaron los batallones enemigos, el ala iz-

quiera sobre las alturas entre Alcudia y Suera-alta, y el ala derecha sobre la Peña-Negra, pudiendo los liberales ocupar el pueblo y la torre de Cabrera, abandonada por sus defensores. El caudillo enemigo trató con reiterados esfuerzos de recuperar las posiciones perdidas, atacando el centro é izquierda de O'Donell; pero se convenció al cabo de que era inútil su porfía, y emprendió definitivamente la retirada á la caída de la tarde, rindiéndose á discreción el castillo una hora después. Este triunfo costó al ejército de la Reina más de 100 bajas, no siendo menores las pérdidas de los carlistas, que al día siguiente vieron imposibles desde lo alto de las montañas volar las fortificaciones de Tales, volviendo luego O'Donell á Onda sin ser molestado.

Las tropas que concurrieron á esta empresa fueron agraciadas con una cruz de distinción que se creó por Real orden de 14 de junio de 1843 para conmemorar el hecho.

Día 15.

1285. **Batalla de Gerona** (GUERRA CON FRANCIA).—Invasión de Cataluña por los franceses, que atravesaron los Pirineos por el coll de Masana, mal guardado, mientras el rey Pedro III de Aragón esperaba con sus almogávares al enemigo en el coll de Panissars, se extendieron por el llano de Peralada, cuya villa, no pudiendo defenderla, fué entregada á las llamas por el mismo señor de ella Dalmau de Rocaberti después que la evacuaron sus habitantes. No se inspiraron en tan patriótico ejemplo los de Castellón de Ampurias, quienes se entendieron secretamente con el rey de Francia para entregarle la plaza, teniendo que huir de ella el de Aragón á uña de caballo para no caer en manos del enemigo, siendo también en aquella ocasión traidores á su patria y á su rey los vecinos de Torroella de Montgrí, sublevados del mismo modo en favor de los franceses al saber que éstos eran dueños de casi todo el Ampurdán. D. Pedro se retiró á Gerona, que juró defender Ramón Folch, vizconde de Cardona, mientras los franceses sitiaban el castillo de Llers, cuya guarnición resistió hasta catorce asaltos, llevando á cabo verdaderas proezas antes de capitular con Felipe el Atrevido, quien hizo coronar allí á su hijo Carlos de Valois, como rey de Aragón y conde de Barcelona, yendo después á poner sitio á Gerona.

El rey de Aragón hacia entre tanto desde Barcelona un llamamiento á todos los vecinos vasallos de sus reinos, señalando como puntos de reunión Besalú y Hostalrich; organizaba una escuadra de once galeras que había en el puerto confiándola á los ciudadanos barceloneses y reputados marinos Ramón Marquet y Berenguer Mayol y ponía en estado de defen-

sa la capital de Cataluña. Antes de salir á campaña, pasó el rey á Montserrat á implorar la protección de la Virgen contra los invasores, trasladándose acto seguido á Hostalrich, desde donde se aproximó á la plaza sitiada, en cuyas inmediaciones tuvo lugar el 15 de agosto el primer encuentro formal que merece el nombre de batalla. En él peleó D. Pedro como valerosísimo soldado, dando muerte por su propia mano á los condes de Nevers y de Clairmont y á un caballero navarro porta-estandarte del rey de Francia. Mas la inmensa inferioridad de sus fuerzas le obligó á emprender la retirada, dirigiéndose á Santa Pau y luego á Besalú para volver después á Hostalrich, molestando constantemente á los sitiadores.

1304. **Batalla de Monte Tauro** (EXPEDICIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES Á ORIENTE).—Roger de Flor, en su segunda campaña, partió á primeros de mayo de Cyzico, donde había invernado, y se internó por la Anatolia con 6.000 catalanes, 1.000 alanos y algunas compañías griegas, dirigiéndose resueltamente á hacer levantar el sitio que los turcos tenían puesto á Philadelphia, en cuya plaza entró victorioso después de derrotar á aquellos, en número de 12.000 infantes y 8.000 caballos, frente á sus muros. De allí se encaminó á Nissa y luego á Magnesia de Meandro, se le incorporó en Epheso Berenguer de Rocafort con 1.000 almogávares y 200 caballos, y con este refuerzo continuó su marcha hacia las provincias orientales en busca de los turcos, viniendo á las manos con ellos el 15 de agosto en las faldas del monte Tauro. El enemigo, fuerte de 20.000 infantes y 10.000 caballos, cayó sobre los nuestros, antes que pudiesen descansar de las fatigas de la marcha ni escoger buenas posiciones; mas no se turbaron por esto catalanes y aragoneses, antes bien, confiando en la victoria, se daban la enhorabuena unos á otros animándose con la seguridad del feliz suceso que les esperaba. Los almogávares, haciendo la señal acostumbrada al entrar en combate, que era dar con las puntas de las espadas y picas en el suelo, gritando *desperta, ferro*, salieron al encuentro de los turcos y cerraron con ellos con tanto furor y estrago, que los infieles fueron vencidos y puestos en fuga matándoles durante la batalla y en la persecución más de 12.000 hombres que quedaron en el campo con multitud de despojos.

Ocho días permaneció Roger en el sitio del combate, prosiguiendo luego su camino sin que los contrarios osasen pelear de nuevo, tan escarmentados habían quedado, hasta llegar á los confines de la Armenia, en donde decidió regresar á las provincias marítimas por estar próximo el invierno y carecer de buenos guías y gente práctica del país, que le era completamente desconocido. Ya cerca de Magnesia tuvo noticia de ha-

berse rebelado los habitantes de dicha ciudad, auxiliados por los alanos, contra la guarnición de catalanes que allí había dejado, por lo cual tuvo que ponerle sitio; no pudo, sin embargo, imponer á los culpables el debido castigo, gracias á la obstinada resistencia de los sitiados y á la orden que recibió del emperador Andrónico para que se trasladase con su ejército á Thracia, por lo cual, embarcado en las galeras y navíos de su armada, pasó al Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos á Gallípoli.

1488. **Conquista de Almuñecar** (GUERRA Y CONQUISTA DE GRANADA).—La llevaron a cabo los Reyes Católicos.

1587. **Sitio de la Esclusa** (GUERRA DE FLANDES).—Esta plaza, llamada así por ser como la esclusa de los cinco puertos que tiene la provincia de Flandes, era considerada como inexpugnable por su especial posición en medio de un terreno bajo y arenoso, sin consistencia alguna, cruzado por numerosos diques y canales, defendiéndola por el lado del mar una fortísima ciudadela, y por la parte de Brujas el fuerte de Santa Ana, que fué tomado por el veterano La-Motte, para que pudiese formalizar el sitio Alejandro Farnesio. Este no vaciló en acometer la empresa, calificada por el mismo de la más difícil que hasta entonces realizó, á pesar de no tener disponibles para ella mas que 5.000 infantes y unos 1.000 caballos, con cuyas fuerzas se estableció en la isla de Cadzand, donde pasaron los soldados españoles y valones inauditas privaciones y penalidades. La guarnición de la plaza era también sumamente escasa, pues se componía tan sólo de 800 ingleses á las órdenes del intrépido Roger Williams, y otros tantos holandeses que mandaba el noble flamenco Arnaldo Groenevelt.

El plan de ataque fué muy semejante al que se empleó contra Amberes (V. 17 AGOSTO), siendo tantas las dificultades con que hubo de luchar, que según dice Estrada, *ni Farnesio con otros soldados, ni los soldados con otro capitán*, las hubieran vencido; se construyó un puente sobre el canal que desde la Esclusa va á desembocar en el mar, con las naves que habían conducido la artillería desde Gante, interceptando por este medio el arribo de víveres y refuerzos, y se construyeron para la artillería unas casamatas de madera con ruedas para que se pudiesen transportar por aquel suelo pantanoso y colocar en los puntos convenientes para batir la ciudadela que defendía el paso de la isla Cadzand á la ciudad, y otras obras que habían levantado los sitiados. Sólo de este modo se pudo con-

seguir que las tropas de Farnesio se fuesen apoderando de todas las defensas exteriores de la plaza, incluso el referido castillo, si bien después de una lucha encarnizada, en la que el señor de La-Motte, capitán general de la artillería de Flandes, sufrió la pérdida de un brazo. Viendo los apuros de la plaza, se reunieron Leicester y Nassau en Flessinga para socorrerla; pero nada acordaron en definitiva, limitándose el príncipe Mauricio y Holak á hacer una diversión por el Brabante que no alteró el estado de cosas, pudiendo entre tanto Farnesio irse aproximando á los muros de la ciudad, apoderarse de los fosos, coronar el muro exterior y abrir anchurosa brecha. Por entonces también se terminó el puente, que no pudieron destruir los defensores con sus naves incendiarias, perdiendo estos toda esperanza cuando Leicester, que había desembarcado en Ostende con tres ó cuatro mil hombres para acudir en auxilio de los sitiados, se reembarcó comprendiendo lo difícil de su intento. En consecuencia, la valerosa guarnición, reducida á 700 hombres, capituló honrosamente el 15 de agosto, saliendo de la plaza batiendo marcha, desplegadas las banderas y las cuerda-mechas encendidas. Farnesio cumplimentó á Williams por su bizarra defensa y abrazó, en presencia de las tropas, á uno de los capitanes ingleses que más se habían distinguido.

1702. **Batalla de Luzara** (GUERRA DE SUCESIÓN).—Habiendo tomado Felipe V el mando del ejército de Italia, tenía á sus órdenes al duque de Vendome con un cuerpo de 50.000 hombres, del que era general de la caballería el conde de Aguilar, y otro cuerpo de 30.000 hombres regido por el Príncipe de Vaudemont que tenía de maestro de campo general al marqués de Aytona. El Rey pensó apoderarse con el primer cuerpo de Luzara, que era de suma importancia para el enemigo, por tener en dicha plaza sus almacenes y repuestos de víveres y municiones, y comprendiendo su intento el príncipe Eugenio de Saboya, que solo disponía de 30.000 hombres á lo sumo, decidió no obstante, oponerse á dicho intento antes de que se viese reducido á la impotencia por la unión de los dos cuerpos enemigos. Con tal objeto, rompió el austriaco la marcha en la noche del 14, formadas ya sus tropas para el combate, y antes de clarear el día, tropezaron sus avanzadas con las del ejército borbónico, el cual marchaba confiado por un camino estrecho bordeado de bosque, en cuyo terreno apenas podía maniobrar su caballería, muy superior en número á la de los contrarios.

Después de algunas escaramuzas, y siendo ya pasado el mediodía, lanzó el príncipe Eugenio el centro de su línea contra el del ejército franco-español, estrechando las distancias hasta el punto de llegar á cruzar sus

bayonetas ambos contendientes; pero los nuestros, que maniobraban en terreno más accidentado, fueron al cabo desordenados por las brías acometidas de la infantería imperial, muriendo gloriosamente á la cabeza de sus tropas, el francés mariscal de Crequi y el austriaco príncipe de Commerci. Felipe V recorrió las filas con grave peligro de perder la vida, inflamando con su presencia los ánimos, y se logró contener el desorden, gracias á los esfuerzos de jefes y oficiales y á que la caballería pudo al cabo desplegar y contener algún tanto al enemigo, ayudada por los refuerzos que condujo á dicha parte de la línea el duque de Vendome en persona. Entonces, el príncipe Eugenio hizo retroceder pausadamente su centro, sin dejar de combatir, hasta ocupar de nuevo la altura desde donde había iniciado el ataque, y dejando allí solo las tropas estrictamente indispensables para defenderla, unió las restantes á su derecha, hasta aquel momento inactiva, cayendo en seguida con gran ímpetu dichas fuerzas reunidas sobre la izquierda borbónica, separada del centro por una grande cortadura. Esta circunstancia hizo que fuese muy considerable el estrago en las filas francesas, que iban perdiendo terreno, pues tardó bastante en poder acudir en su auxilio el duque de Vendome con tropas del centro. Aunque se restableció el combate en condiciones más favorables para los nuestros, se mantenían firmes los imperiales en el terreno conquistado, y se peleaba al arma blanca con verdadero furor, rechazando aquellos por dos veces los ataques de fuerzas muy superiores en número; solo después de esfuerzos inauditos, consiguieron los soldados de Felipe V recobrar lo perdido, y los alemanes habrían sin duda experimentado una gran derrota á no ser por la admirable pericia del príncipe Eugenio, que haciendo maniobrar sus tropas con habilidad suma, se hizo respetar de sus contrarios, sin abandonar el campo de batalla. El combate terminó á las primeras horas de la noche, y ambos ejércitos se mantuvieron en sus posiciones hasta el día siguiente, en que ninguno de ellos se atrevió á reanudar el combate, concertando en cambio una pequeña tregua para enterrar los muertos. Como era natural, los dos caudillos se atribuyeron la victoria, que en realidad fué de Felipe V pues habiendo dirigido sus armas contra Luzara, la tomó sin oposición del enemigo.

Episodio.—Alcanzó inmarcesibles laureles en esta batalla el regimiento de *Pavia*, organizado entonces como instituto de Dragones. En una brillante carga dada en el momento en que las tropas del príncipe Eugenio avanzaban victoriosas, cayó sobre la caballería austriaca y la arrolló causándole muchas bajas y conquistando un estandarte blanco bordado de oro y plata, trofeo que conservó hasta 1793 en que se perdió, con la caja del regimiento, en la campaña del Rosellón. También obtuvo por privilegio especial de Felipe V, que había presenciado la hazaña de los dra-

gonos de *Pavia*, usar los sables cogidos á los jinetes enemigos, cuyos sables fueron depositados en la sala de armas de la plaza de Zamora cuando cambió su armamento.

Día 16.

1808. **Segundo sitio de Gerona (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**— El general Duhesme, preocupado con el mal éxito de su primera expedición á Gerona, no tardó en repetirla con más poderosos medios, deseando vengar el agravio inferido á sus armas. Al efecto, salió el 17 de julio de la capital de Cataluña con 6.000 hombres, cuyas fuerzas, muy molestadas por los somatenes y tiradores del coronel D. Francisco Milans del Bosch, particularmente entre Caldetas y San Pol, donde había practicadas algunas cortaduras que detuvieron bastante tiempo al enemigo, haciéndole sufrir el fuego de algunos buques ingleses y españoles, tuvieron que dividirse en dos columnas para flanquear convenientemente la parte de la montaña, siguiendo la fracción principal la ruta de la costa. La que tomó por el interior, mandada por el general Goulás, intimó el 20 la rendición á Hostalrich, enérgicamente rechazada por el capitán de *Ultonia* D. Manuel O'Sullivan, y ambas, hostilizadas de continuo, experimentaron bastantes pérdidas de hombres y de material, y se reunieron ya cerca de Gerona, á cuya vista llegaron el 20, incorporándose allí á Duhesme el general Reille con nueve batallones y cuatro escuadrones que llevaba de Figueras. Las tropas del primero ocuparon Santa Eugenia, Palau y Salt en la derecha del Ter, estableciéndose las del segundo en los pueblos de Sarriá, Pontmajor y Campdurá, en la margen opuesta. La guarnición de la plaza ascendía á 2.000 hombres, con el 2.º batallón de *Voluntarios de Barcelona* al mando de su jefe D. Narciso de la Valette, y un destacamento de artillería al del teniente coronel del cuerpo D. Pedro de la Llave, que habían desembarcado en San Feliu de Guíxols procedentes de Mahón; y desempeñaba el cargo de gobernador el coronel D. Julián de Bolívar.

Los sitiadores, despreciada su intimación, hecha con las terribles amenazas de incendiar la ciudad y pasar la guarnición á cuchillo, repartieron sus 13 obuses, morteros y cañones de sitio en diferentes baterías (1), proponiéndose dirigir el ataque contra el castillo de Montjuich y baluarte de San Pedro y puerta de Francia, y empezaron la construcción de una pa-

(1) Una de brecha junto á la torre derruida de San Luís para batir la cara izquierda del baluarte de la derecha del frente Norte del Castillo, otra de rebote entre las torres de S. Narciso y S. Daniel arruinadas también por los sitiados, otra de morteros á espaldas de Santa Eugenia, y la última de obuses en la altura de Palau-Sacosta.

ralela partiendo del pie del cerro llamado d'en Roca, por la orilla izquierda del Ter hasta la del Onyá, cuyos trabajos no estuvieron terminados hasta el 12 de agosto, en cuya noche comenzó el bombardeo, rompiendo el fuego al amanecer del 13 sobre dicho castillo. Los defensores se prepararon en este largo espacio de tiempo para oponerse al intento del enemigo, y cuando empezaron á tronar los cañones franceses contra Montjuich, la artillería de los sitiados contestó á la contraria con un fuego muy vivo, enérgico y perfectamente dirigido, al paso que se reparaban inmediatamente con gran valor, bajo la inteligente y acertada dirección del capitán de *Ultonia* D. Edmundo O'Ronan, nombrado ingeniero del castillo por no haber oficiales de dicho cuerpo, los desperfectos que iban causando las baterías enemigas en el baluarte atacado, y así transcurrieron los días 13, 14 y 15 sin que los sitiadores adelantasen gran cosa en su empresa. Entretanto el brigadier conde de Caldagués, coronel de *Borbón*, que se había apostado en el Llobregat con parte de las tropas desembarcadas en Tarragona procedentes de las Baleares, con las cuales y las que pudieron escapar de Barcelona se había organizado el ejército de Cataluña bajo el mando del marqués del Palacio, había salido el 6 de agosto de Martorell con la compañía de granaderos de su cuerpo y tres de *Soria*, 2.000 migueletes y somatenes á las órdenes del coronel D. Juan Baget, tres piezas de campaña mandadas por el teniente D. Diego de Lara y el teniente de ingenieros D. Honorato de Fleyres, con 50 zapadores, encaminándose por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich, y de allí por Llagostera y Cassá de la Selva á Castellá, donde tenía su campo el coronel D. Francisco Milans del Bosch con unos 800 somatenes, presentándose al propio tiempo el capitán D. Juan Clarós en la ermita de los Angeles con 2.500 voluntarios del país y algunos destacamentos de guardias españolas y valonas sacados de Rosas. Dichas fuerzas, desprovistas de caballería, y con sólo cinco piezas de campaña, se pusieron de acuerdo con los sitiados para atacar en la mañana del 16 las baterías y campo de los sitiadores, como lo efectuaron, adelantándose á todos la guarnición de Gerona; pues llevada de su ardimiento y guiada por el coronel del 2.º de *Barcelona* D. Narciso de la Valette y el mayor de *Ultonia* D. Enrique O'Donnell, hizo una impetuosa salida sin esperar la llegada de las tropas de Caldagués, que empezaron á subir la montaña de Montjuich por la falda de Levante, hacia el flanco izquierdo del enemigo, cayendo al arma blanca sobre las baterías de San Daniel y San Luís con impetu tal, que arrollados los franceses con muerte de muchos, entre ellos el comandante de ingenieros Gardet (1), mientras Clarós con sus tercios

(1) De los españoles resultaron heridos el mayor O'Donnell y el teniente D. Ta-

de catalanes se posesionaba desde la ermita de los Angeles de las alturas de San Miguel, y bajaba arrollando á los sitiadores en dirección de Campdurá y Pontmajor, se vieron en situación bastante comprometida, y efectuaron un movimiento de concentración hacia la izquierda del Ter para levantar el sitio aquella misma noche, retirándose Reille á Figueras y Duhesme á Barcelona, después de abandonar toda su artillería gruesa y mucho material de guerra. El primero regresó sin contratiempo alguno á sus acantonamientos; no así el segundo, que temiendo el camino de la costa, se metió por las montañas, donde, acosado por los somatenes, tuvo que abandonar del mismo modo parte de su bagaje y la artillería de campaña, metiéndose en la capital de Cataluña en el estado más desastroso. Tan desgraciado y poco lucido fin tuvo la segunda expedición de Duhesme á Gerona, cuando al emprenderla se jactaba con gran petulancia, parodiando el *veni, vidi, vici* de César, de terminar la empresa en solos cuatro días.

1808. **Entrada de los franceses en Bilbao** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Habiéndose levantado la villa de Bilbao el 6 de agosto al tener noticia de la victoria de Bailén, el rey José, que en retirada desde Madrid entró en Burgos el 9 de dicho mes, envió contra aquella población las fuerzas que mandaba el general Merlín. Los bilbaínos salieron animosos apostándose á media legua de la ciudad para hacer frente á los franceses; pero éstos pudieron dispersar fácilmente al paisanaje, distinguiéndose el capitán de artillería **D. Luis de Power** que fué muerto alevosamente al pie del cañón, manejado con gran acierto, después que el enemigo le concedió cuartel, á que se había hecho acreedor por su valentía y de haber salvado con su serenidad la vida de muchos ciudadanos á quienes avisó se retirasen, mientras hacia él un último esfuerzo para contener á las huestes imperiales. Los desgraciados habitantes de Bilbao fueron tratados con el mayor rigor, en términos de que el rey José, en su correspondencia cogida en la batalla de Vitoria, blasonaba de haber apagado la insurrección con la sangre de 1.200 hombres.

1812. **Rendición de Guadalajara** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Guarnecían dicha capital 800 suizos á las órdenes del general Preux, an-

deo Aldea, que se distinguió con el capitán D. Manuel Bodet al frente de algunos granaderos de *Soria*, como también el comandante de *Ullonia* D. Juan O'Donovan.

tes al servicio de España, y habiendo sabido aquél la entrada de los aliados en Madrid el 12 de agosto después de la batalla de Salamanca, no tardó en capitular el 16 del mismo mes, entregándose prisionero, con la fuerza á sus órdenes, á D. Juan Martín *el Empecinado*.

1847. **Creación del regimiento de San Quintín, núm 49.**—Se organizó en Barcelona por Real decreto de dicha fecha con los terceros batallones de *Valencia* y *Unión*, bajo las órdenes de su primer coronel D. Felipe Ruiz y Ruiz, siendo suprimido por Real decreto de 13 de noviembre de 1855 al organizar las milicias provinciales. En 1877 volvió á aparecer dicho cuerpo por el Real decreto de 27 de julio.

1869. **Heroica defensa de Las-Tunas (GUERRA DE CUBA).**—Los insurrectos cubanos deseaban apoderarse de Las-Tunas para dar una prueba de su poderío é instalar en ella el gobierno de la República, hasta entonces errante por la manigua, haciendo de dicha población el centro y base de sus operaciones militares. Con tal objeto, reuniéronse numerosas fuerzas enemigas, sobre 5.000 hombres; animóles su titulado presidente Carlos M. Céspedes con una belicosa alocución, y dirigidos por Quesada, con los principales caudillos, cayeron sobre Las-Tunas el 16 de agosto antes de amanecer, invadiendo las calles con gran algazara. La guarnición se componía de unos 500 hombres, muchos de ellos enfermos y convalecientes, mandados por el coronel comandante D. Enrique Boniche, y en el momento del ataque sólo estaba presente la mitad de dicha fuerza, pues una hora antes había salido el resto á las órdenes del coronel de las extinguidas reservas de Santo Domingo D. José Vicente Varela con objeto de recolectar reses. Abandonando el lecho los soldados y muchos valientes habitantes para acudir á la defensa, sin que les arredrara el número de enemigos, pudieron contenerlos en los primeros momentos, hasta que, al ruido del combate, regresó aceleradamente á la plaza el coronel Varela, cuando se había generalizado ya el ataque por todo el circuito de la población, entrando en ella por la parte Norte después de arrollar á las masas rebeldes que le impedían el paso. Arreció entonces la pelea, que se prolongó hasta la una y media de la tarde, hora en que los insurrectos, perdiendo toda esperanza de vencer, y habiendo experimentado crecido número de bajas (1), se retiraron, dejando incendiadas más

(1) El parte oficial del coronel Boniche supone tuvieron los rebeldes más de 500; ellos no confesaron más que 26 muertos y 87 heridos. Las de los defensores

de 100 casas de las que habían ocupado, en su mayoría de guano. Se distinguieron, además de los jefes expresados, el capitán de *Bailén* D. José de la Torre, muerto gloriosamente; el del mismo cuerpo D. Martín Abranco; el de la *Habana* D. José Martínez Menárquez; los de la propia clase D. Julián Antón y D. José Ramos, y el alférez graduado sargento de la *Habana* D. Facundo Martín Picado, jefe de la contraguerrilla montada, quien en combate personal y con sin igual aplomo y serenidad se apoderó de una magnífica bandera de seda, dando muerte, en medio de los suyos, al abanderado que la empuñaba, el cual, á juzgar por su exterior, su rubia cabellera y colosal figura, era uno de los muchos mercenarios extranjeros que militaban en las filas de los separatistas.

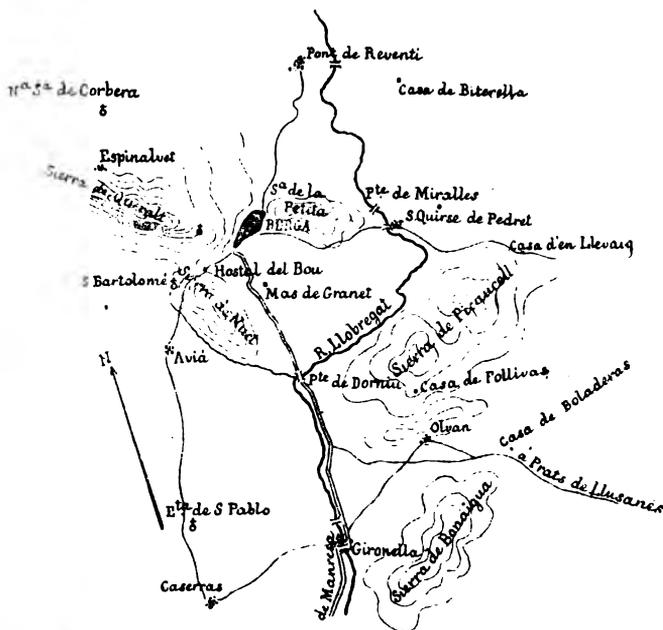
Los valientes defensores de Las Tunas fueron declarados por las Cortes españolas beneméritos de la patria, y para conmemorar dicho glorioso triunfo se dió á la población, teatro de tan heroica defensa, el nombre de *Victoria de las Tunas*.

1873. **Defensa de Berga y acción de Gironella** (GUERRA CARLISTA).—Conociendo bien los carlistas la importancia militar de Berga, no cejaban en su empeño de apoderarse de dicha plaza, ocupada de nuevo y fortificada por las tropas liberales al día siguiente de entrar el enemigo en ella el 27 de marzo anterior. El 3 de agosto establecieron segunda vez el bloqueo, y el 4 marcharon desde Prats de Llusanés para Caserras todas las fuerzas que componían el ejército de D. Alfonso de Borbón, unos 4.500 hombres y 250 caballos, con Savalls, Miret, Tristany, Auguet y otros jefes, que se distribuyeron entre Olván, Gironella, Caserras y Avia, formalizando el 5 con todo rigor el cerco de la villa, cuya guarnición consistía en un batallón de *Extremadura* á las órdenes de su teniente coronel D. Antonio Figueroa, dos batallones de francos mandados por el coronel D. Juan Martí (*Xich de las Barraquetas*) y algunas otras fuerzas de voluntarios de la República, ejerciendo el cargo de comandante militar el coronel Pavía.

Despreciada, sin contestar tan siquiera, la intimación que hizo el día 7 el titulado infante D. Alfonso, atacó el enemigo la villa á la una de la madrugada del 10, posesionándose del barrio del Rosario, en donde, favorecido por la oscuridad de la noche, avanzó por la calle de Roser, perforando casas, hasta la de Antich y construyó una formidable barricada con maderos, piedras y colchones frente al portal de Zaragoza. Los car-

consistieron en 20 muertos, 72 heridos y contusos y algunos prisioneros que fueron inmediatamente fusilados.

listas rompieron un vivo fuego de fusilería desde dicho barrio, carretera de Manresa y alturas de Sierra Noet y Nuestra Señora de Queralt, contestando los defensores con igual energía hasta conseguir rechazarlos de todas partes, á cuyo resultado contribuyó en gran parte una salida que hizo el coronel Martí, sin orden alguna, con fuerza de sus batallones, escalando la muralla y simulando un ataque á la bayoneta sobre los 300 hombres que se habían guarecido en el barrio del Rosario, y que no cayeron todos prisioneros por haberse dedicado los francos al incendio y



Agosto 16.—Defensa de Berga y acción de Gironella.

saqueo en medio del mayor desorden y de toda clase de excesos, dejando destruídas al retirarse 53 casas de aquel pintoresco barrio, y muchos efectos.

Entre tanto el brigadier D. José de los Reyes, gobernador militar de Gerona, avanzaba desde Vich en dirección de Berga con unos 2.500 hombres (1) en combinación con otra columna que salió de Manresa el 14

(1) De los regimientos de *San Fernando*, *Navarra* y *América*, cazadores de *Tarifa* y *Béjar* (*Llerena*) y 50 caballos de *Alcántara*.

con un pequeño convoy de municiones á las órdenes del coronel D. Ginés Casanova (1). Este llegó el primero á Gironella en la tarde del 16, tomando posiciones á la derecha del Llobregat, y atacado por el enemigo, fué éste rechazado con auxilio de las fuerzas de Reyes, que llegaron oportunamente, haciéndole retroceder hasta Caserras; pero ya de noche y casi agotadas las municiones, hubo que emprender la retirada, que por la indisciplina de la tropa y escasez de oficiales se verificó con el mayor desorden, perdiendo un cañón. Las bajas pasaron de 500 por ambas partes, habiéndose batido valerosamente los cazadores de *Cataluña* y de *Cuba* (EPISODIO I) y la compañía de ingenieros, cuyo joven teniente don Carlos Banús se distinguió en alto grado, quedando gravemente herido y prisionero (EPISODIO II). El convoy entró sin dificultad en Berga, cuya guarnición fué aumentada con un batallón de *Cádiz (Borbón)*; en la defensa de la plaza se distinguieron los jefes y oficiales de *Extremadura*, teniente coronel D. Antonio Figueroa, que substituyó al comandante militar por hallarse enfermo, el comandante D. Eduardo Hernández, el capitán D. Tomás Torradell, comandante del castillo y el teniente D. Juan Tornavill, secretario de la junta de armamento y defensa.

Episodios.—I. De dicho batallón se distinguió extraordinariamente el cabo DANIEL SÁNCHEZ, que, para dar ejemplo de serenidad y de valor, iba constantemente delante de las guerrillas animando á los soldados, sin descargar el fusil ni disparar un tiro durante toda la acción.

II. El asistente de dicho bizarro oficial, BALTASAR FREIXA, que antes de empeñarse el combate se había separado para comprar comestibles, acudió apresuradamente en su busca al oír el fuego, y á pesar de no ir armado, no paró hasta llegar á las avanzadas y encontrarle, siguiendo constantemente á su lado. Al caer herido y sin conocimiento el teniente Banús, le cogió en brazos, y lo llevó á costas conduciéndole á una casa próxima; y en lugar de salvarse como podía haber hecho, permaneció allí y se entregó prisionero con su amo cuando se presentaron los carlistas, para no abandonarle y seguir su misma suerte, prodigándole con el mayor cariño toda clase de cuidados, hasta recobrar la libertad.

1874. **Sorpresa de la Seo de Urgel (GUERRA CARLISTA).**—Llevó á cabo dicha atrevida empresa el comandante D. Andrés García, natural de Extremadura. Este, recibido tan honroso encargo del brigadier don Francisco Tristany, salió de Solsona el 13 de agosto con 200 hombres es-

(1) La constituían los cazadores de *Cataluña* y *Cuba*, una compañía de ingenieros, un escuadrón de *Tetuán* y fuerzas de los regimientos de *Cádiz (Borbón)*, *Bailén* y *América*: otros 2.500 hombres.

cogidos, mandados por valerosos oficiales, entre ellos el teniente D. Pedro Codell y el alférez D. Juan Espart, jóvenes del país, entusiastas por la causa carlista y muy conocedores del terreno, y marchando y contra-marchando para no pasar por ningún lugar habitado, ocultándose de noche en los bosques, llegaron en la del 15 á la Lengua de Sierpe (1), fortín ruinoso y abandonado donde permanecieron trece horas, á 100 pasos de la ciudadela. A la una de la tarde del 16, cuando más descuidado estaba el centinela de la muralla que mira á aquella parte, Espart y Codell, previo el aviso que les hicieron con un pañuelo blanco desde la montaña del Cuervo, salieron á la carrera de su escondite con una escala de cinco metros, la aplicaron á una tronera de la batería de San Pablo, y subieron en un segundo, desarmaron al centinela, huyendo otro al divisarles, sin disparar un tiro ni dar tan siquiera la voz de alarma. En seguida corrió Espart á la puerta del cuartel del Macho, donde estaba recogida la guarnición, y apuntando hacia el interior con un trabuco la hizo permanecer inmóvil mientras llegaba García con el resto de su gente; entonces se rindieron todos los republicanos menos dos soldados que pudieron descolgarse por la muralla. Al enterarse el gobernador militar, que se encontraba en la ciudad con parte del batallón provincial de Ecija, corrió al castillo, donde estaba la demás fuerza; mas los cañonazos que les dirigían los carlistas desde la ciudadela, 400 metros distante, le confirmaron su desventura, y considerando era imposible defenderse, abandonó el castillo y se dirigió á Puigcerdá, teniendo la desgracia de tropezarse con el mismo Tristany, que se encaminaba ya á la Seo, á quien tuvo que rendirse á discreción. Los voluntarios tomaron el camino de Andorra y pudieron salvarse; nadie pensó en defenderse, á excepción del joven teniente de voluntarios **D. José Sala**, liberal entusiasta, natural de Orgañá, el cual, tratando de resistir, cayó herido luchando valientemente, y cogido por los carlistas le llevaron hasta la plaza del palacio episcopal, donde fué horriblemente martirizado hasta que exhaló el último suspiro. El enemigo se hizo dueño, con la plaza y fuertes de la Seo de Urgel, de mucho material de guerra, con unas 50 piezas de artillería y 4.000 fusiles.

Día 17.

1585. **Memorable sitio de Amberes** (GUERRA DE FLANDES).—Dicha plaza, la más fuerte de Flandes, en la provincia de Brabante, tendida en la margen derecha del Escalda, tenía entonces más de 100.000 habitantes y era el emporio del comercio continental del centro de Europa. Por

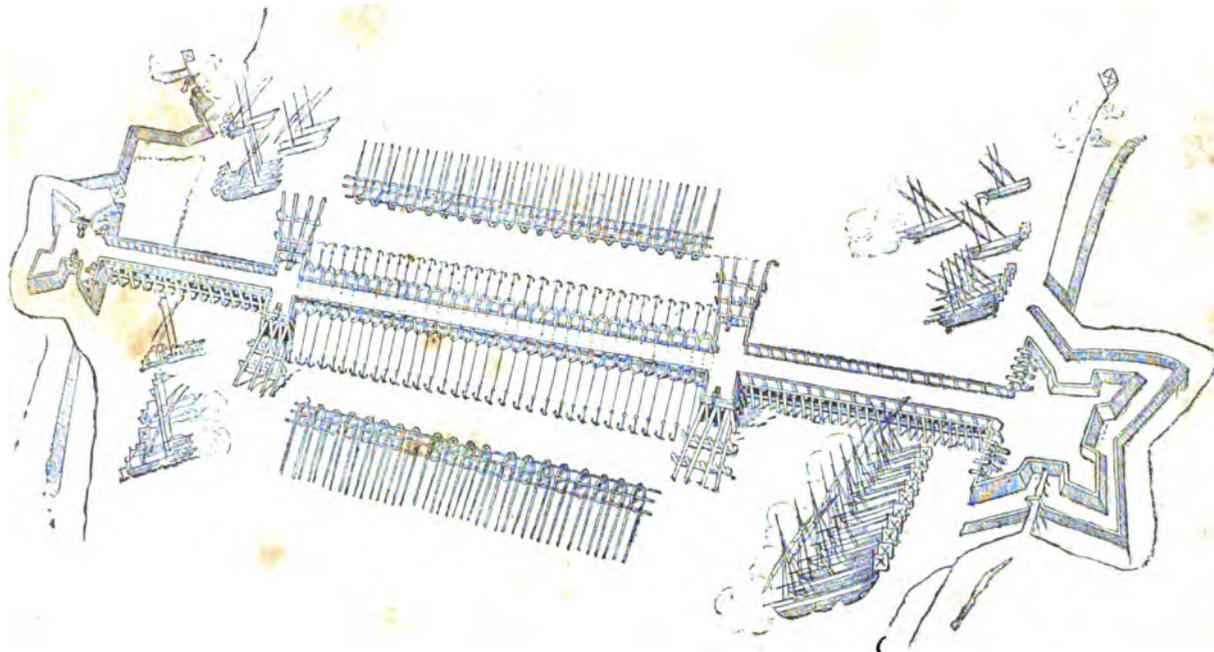
(1) Véase el croquis del 27 de agosto.

po de vías de comunicación. Ejercía el cargo de gobernador de Amberes su burgomaestre el ilustre Philipo de Marnix, señor de Santa Aldegunda.

Esta memorable empresa, bastante por sí sola para hacer inmortal el nombre de Alejandro Farnesio, comprende tres importantes operaciones, que llenan el largo período de catorce meses que duró el sitio: la primera fué el ataque y conquista de los fuertes exteriores que defendían el curso del Escalda; la segunda la construcción del famoso puente, obra maestra del arte del ingeniero que llenó de asombro á Europa, y la última el sangriento combate del dique de Kowenstein, esclarecida victoria que, quitando toda esperanza á los sitiados, les decidió á capitular.

Resuelto el cerco por el duque de Parma contra el parecer de su consejo de generales, á excepción de Mondragón y Capiffuccio, distribuyó el caudillo español el corto número de tropas de que disponía entre españoles, alemanes, borgoñones, valones é italianos, en tres fracciones, que á las órdenes de Gregorio Basta, el conde de Mansfeld y el marqués de Rubas, asistido el segundo por Cristóbal de Mondragón y el último por Pedro de Paz y Gaspar de Robles, se situaron en el campo de Amberes, junto á Staebroeck y en Beveren respectivamente. Los sitiadores ocuparon sin grandes dificultades los fuertes de Calloo, Burck y Flandes, en la margen izquierda, y luego se extendieron por la derecha, cerrando todos los pasos para impedir todo auxilio por el costado de Brabante. El ataque del fuerte de Liefkenshoek se llevó á cabo por Rubas con el tercio de Paz, y aunque la resistencia fué porfiada, lo entraron los españoles al segundo asalto el mismo día del ataque (10 de julio), pasando á cuchillo la guarnición, compuesta de más de 1.000 soldados. No fué tan afortunado Mondragón en su empresa contra el fuerte de Lilloo, pues habiendo procedido con escasa diligencia, el enemigo pudo reforzar la guarnición y apelar á la tantas veces usada estratagema de inundar el campo, abriendo la esclusa que había dentro del castillo. Envueltos de improviso los españoles por las aguas, tuvieron que elegir nuevas posiciones bajo un fuego mortífero, arrastrando á brazo la artillería para batir el fuerte y dar el asalto; pero su porfía fué inútil, pues aun cuando nuestros soldados seguían combatiendo valerosamente sin pensar en retirarse, una orden terminante de Farnesio obligó á ello después que habían experimentado ya 2.000 bajas en aquella titánica lucha con los hombres y los elementos, muertos gloriosamente los capitanes **Luis de Toledo** y **Pedro de Padilla**.

Comprendiendo el duque de Parma que la toma de Lilloo no impediría el arribo de socorros á Amberes por la gran anchura del Escalda, decidió llevar á cabo cuanto antes su proyecto de cerrar el curso del río con un puente colosal, aguas abajo de la ciudad, cuya obra encargó á los



SITIO DE AMBERES.—PUENTE SOBRE EL ESCALDA

(Copia de un grabado de Hogenberg)

sabios ingenieros Plati y Barocci. Para proveerse de los materiales necesarios fué preciso establecer un sitio en regla contra Termonde, plaza que dominaba una comarca abundante en arbolado, tomándola en sólo once días, el 17 de agosto, á costa de algunas pérdidas dolorosas, entre ellas la del anciano maestre de campo **Pedro de Paz** (1) y la del veedor general **Pedro de Tassis**, habiéndose distinguido los capitanes Juan de Ripa (EPISODIO I) y Juan de Gamboa, quien consiguió apoderarse de la esclusa de la ciudad para evitar que el enemigo inundara el campo. Empezó la construcción del puente por ambas orillas, clavando estacas y árboles hasta donde lo permitieron la profundidad y la rapidez de la corriente, bajo la protección de los fuertes de Santa María y San Felipe que se levantaron en sus extremos. El espacio que quedó entre las dos estacadas (1.300 pies) debía cerrarse con embarcaciones, y no habiéndolas disponibles más que en Gante, preciso fué esperar su rendición que tuvo lugar por hambre el 17 de septiembre; pero tampoco podían aquellas llegar fácilmente á su destino, teniendo que pasar bajo el cañón de Amberes, lo cual evitó Farnesio desviando el curso del Moere, afluente del Escalda, por una ancha y profunda fosa ó canal de cinco leguas de extensión que hizo desembocar cerca de Calloo por bajo del sitio donde se construía el puente, en cuya confluencia se levantó el fuerte de la Perla. De esta manera pudieron unirse los extremos de las estacadas con 32 naves sujetas con anclas á popa y á proa, amarradas con cadenas, maromas, vigas, etc., y artilladas con 97 piezas para su defensa. A cada lado de la obra, una fila de 33 grandes barcas, trabadas también entre sí por grupos de á tres, impedían la aproximación de los buques enemigos. El puente, que tenía 2.400 pies de longitud, se terminó con toda felicidad el 24 de febrero de 1585 (V. lám. XXVI), á los siete meses, contra las esperanzas de los rebeldes que aseguraban *no sufriría el Escalda los grillos españoles*, quedando desde entonces Amberes completamente incomunicada (2).

Los sitiados no desmayaron por esto, rechazando todavía las proposiciones de avenencia de Farnesio por exigir aquéllos la libertad religiosa, que no estaba en mano de éste conceder; y aunque las tropas reales fueron desgraciadas en su empresa contra Ostende (V. 27 MARZO), la ciudad de Bruselas tuvo que abrir sus puertas á los españoles, entregándose

(1) Le llevó la cabeza una bala de cañón, estando entre dos cestones cuando se plantaba la artillería. Era natural de Noya (Galicia), y los soldados le llamaban *Pedro Pan* por su bondad.

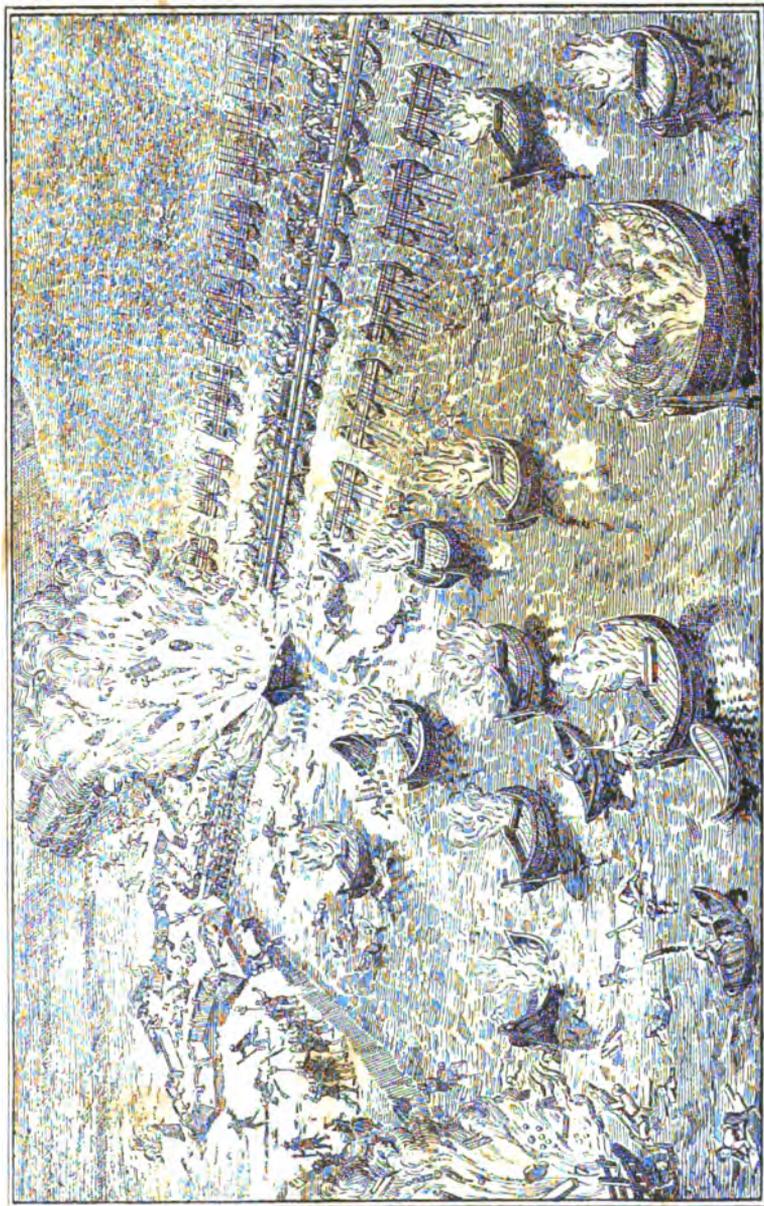
(2) La descripción detallada del célebre puente se encuentra en el *Museo Militar* del distinguido capitán de infantería D. Francisco Barado.

también por entonces á las armas de Felipe II la de Nimega, en la provincia de Güeldres, al paso que los rebeldes, dirigidos por el conde de Holack, eran rechazados de Bois-le-Duc, que atacaron para llamar á dicho punto la atención del ejército sitiador, sin resultado alguno. A pesar de estas ventajas y de extenderse desde Beveren hasta Staebroeck una barreira formada por los fuertes, el puente, el dique que corría á lo largo del Escalda hasta el castillo de Santa Cruz y el contradique de Kowenstein que unía dicho fuerte con el campo de Mansfeld, la situación de los sitiadores no era nada halagüeña, pues inundado el terreno para aislar la ciudad, y diseminadas las tropas por los diques y pantanos, sufrían todo género de privaciones, padeciendo horriblemente de hambre y de frío, lo que hizo se desertasen muchos, diezmando á los que permanecieron fieles numerosas enfermedades. Pensando el enemigo en el ataque y destrucción del puente para llevar socorros á la plaza, cayó repentinamente el 4 de abril sobre el fuerte de Liefkenshoeck, que recuperó, junto con los fortines inmediatos (1), corriéndose después dique arriba para tomar el fuerte de la Perla y atacar luego el de Santa María; mas Farnesio, previendo el suceso, se apresuró aquella misma noche á cortar el dique cerca de Calloo y construir trincheras, quedando con esto tan defendido el paso, que Justino de Nassau y Holack no se atrevieron á seguir adelante y esperaron el resultado de la tentativa que debían llevar á cabo los sitiados en la noche del 5. Estos tenían dispuestas dos minas flotantes construídas por el hábil ingeniero italiano Gianibelli, cargadas con 7.000 libras de pólvora cada una, y las abandonaron á la corriente en la hora de la baja marea, precedidas de otras 32 barquillas incendiarias, que causaron gran diversión en los realistas, los cuales se pusieron sobre las armas al divisarlas; mas una de las dos máquinas *infernales*, bautizada con el nombre de *La Esperanza*, abriéndose paso por entre la flotilla defensiva y la ribera, fué á chocar contra el puente, casi al pie del fuerte de Santa María, y voló con espantoso estallido, causando grandes destrozos y más de 800 víctimas (2), entre ellas los dos ilustres capitanes **Roberto de Melun**, marqués de Rubas, noble valón, general de la caballería, y el portugués **Gaspar de Robles** (3), quedando ligeramente herido el

(1) Para que sirviese de saludable escarmiento, el duque de Parma mandó cortar la cabeza al gobernador de uno de dichos fuertes y otro fué expulsado ignominiosamente del ejército.

(2) Episodio del sitio que representa la lám. XXVII. En ella indican: 1, el puente; 2, estacada; 4, flotillas defensivas; 5, fuerte de Santa María; 7, mina *La Fortuna*; 8, *La Esperanza*; 9, barquillas incendiarias.

(3) El cadáver de Rubas fué hallado pendiente del cable de uno de los barcos



SITIO DE AMBERES.—Destrozo causado en el puente del Escalda por el brulote *La Esperanza*

(De un aguafuerte)

1. Puente de Barcas—2. estacada—3. parte central del puente—4. flotillas defensivas—5. Fuerte de Sta. María—6. Fuerte de S. Felipe—7. *La Fortuna*—8. *La Esperanza*—9. brulotes

mismo Farnesio, que se había separado de ellos un momento antes. La flota holandesa, sea por la falta de viento ó por no haber recibido oportunamente el aviso del feliz resultado, no se aproximó al puente hasta el amanecer del 6, y viéndolo aparentemente reparado, en lo que mostró gran diligencia el general español, se recogió de nuevo bajo las baterías de Lilloo y Liefkenshoek.

Fracasada la tentativa anterior, proyectaron los rebeldes desviar el curso del Escalda para hacer inútil el puente, abriendo á las aguas nuevo cauce por el que pudiese la armada pasar á la ciudad. Como para ello tenían los sitiados que abrir el dique maestro en el espacio comprendido entre el puente y Amberes, completando la inundación de los campos de su margen derecha, mientras las tropas de socorro hacían lo propio por la parte de Lilloo, teniendo después que romper el contradique de Kowenstein, Farnesio previno con tiempo aquel nuevo peligro, reforzando con gruesas estacas y vigas el contradique expresado, sobre el que hizo levantar entre el fuerte de Santa Cruz y el castillo de Mansfeld, los tres fuertes de Santiago, San Jorge y Empalizada que, convenientemente guarnecidos (1), protegieran eficazmente dicha obra contra los esfuerzos que indudablemente haría el enemigo, poniendo además en comunicación el campo de Mansfeld en Stabrœck con dicho castillo por tres líneas de parapetos, para tener siempre asegurada la posesión del contradique. En esta frágil barrera, débil muro de tierra de tres millas y media de longitud por dieciséis pies de anchura, debían los españoles resistir los embates de las aguas del río y del Océano y los acometimientos del enemigo, el cual no dejó de molestar constantemente los trabajos hasta el 7 de mayo, en cuya noche dió un ataque formal al Kowenstein, avanzando desde Lilloo la escuadra holandesa, fuefte de 50 naves, dividida en dos fracciones, una de las cuales, al mando de Holack se arrimó sigilosamente al dique favorecida por las sombras de la noche, y la otra, dirigida por Justino de Nassau, remontó el río, amenazando el puente. La primera, sorprendiendo á los centinelas, consiguió desembarcar 500 soldados y buen número de gastadores entre San Jorge y la Empalizada, se apoderó de algunos puestos y procuró extenderse á lo largo del dique; mas acudieron prontamente las tropas de los fuertes inmediatos y recuperaron el

que formaban el puente; el de Robles no se encontró hasta que se deshizo la fábrica del puente, apareciendo clavado en un poste; fué reconocido por una cadena de oro que constantemente llevaba pendiente del cuello.

(1) Cristóbal de Mondragón tomó el mando del castillo de Santa Cruz, y Camilo del Monte, Benito Benítez, Juan de Gamboa y Camilo Capiffuccio de los de Santiago, San Jorge, Empalizada y Mansfeld respectivamente.

terreno perdido, arrojando de él á los contrarios que, al ver no concurrían los de Amberes al ataque (1) no tardaron en retirarse, dejando tendidos en el sitio de la pelea á bastantes de los suyos.

Esta desgraciada tentativa no fué más que preludeo de la batalla que debfa librarse el 26 de mayo. Unos días antes, y para coadyuvar á la operación que se proyectaba, botaron al agua los ambereses un buque gigantesco, especie de castillo flotante, en cuya construcción se habían invertido siete meses de trabajo y cien mil florines, armado con gran número de cañones y tripulado por 1.000 mosqueteros escogidos; mas esta pesada mole, llamada *El fin de la guerra* (2), que por la cortadura próxima á Austruwel penetró en los campos inundados para bogar en dirección á los fuertes españoles del Kowenstein, anduvo errante por las aguas una hora escasamente y fué á encallar en los bancos de arena próximos á Oordam quedando reducida á la impotencia. Esto no obstante, á las dos de la madrugada de aquel día memorable, todas las fuerzas combinadas, conducidas en 300 buques, se dirigieron al dique de Kowenstein, unas por la parte del Océano á las órdenes de Nassau y Holack y las restantes por el lado opuesto, desde Amberes, guiadas por Marnix, mandando por delante algunas barcas incendiarias para prender fuego á la estacada. Los soldados católicos, al divisar aquéllas creen que son explosivas, se repliegan desordenadamente llenos de espanto y los ágiles holandeses, desembarcando presurosos entre San Jorge y la Empalizada, trepan en breves momentos al dique, arrojan al agua á los pocos que, más serenos, tratan de hacerles frente, y en breve se encuentran dueños de todo el tramo comprendido entre ambos fuertes, dedicándose con ardor centenares de gastadores á cortar el dique y levantar trincheras con cestones, sacos de lana, faginas y otros materiales que á prevención tratan, mientras las cañoneras de los rebeldes hacen nutrido fuego para proteger los trabajos. Acorrallados los españoles al principio por fuerzas superiores, que en oleada irresistible aumentaban sin cesar, no tardaron en reponerse y recobrar su natural ardimiento, luchando denodadamente para contener al enemigo, cada vez más audaz al ver próximo el triunfo, y dar tiempo á que lleguen refuerzos de los puestos inmediatos. Los gobernadores de San Jorge y de la Empalizada, Benítez y Gamboa, caen gravemente heridos, y muerto **Padilla**, sargento mayor de este último; y aunque acude Camilo del Monte desde Santiago con algunos cientos de italianos, sólo consigue á duras

(1) Fué debida la falta de los sitiados á una mala inteligencia de las señales convenidas.

(2) Los españoles le dieron el nombre de *El Arca de Noé* y *Carantamaula*; los sitiados *El Elefante* y *Gastos perdidos*.

penas librar el fuerte de San Jorge de caer en manos de los contrarios. El anciano conde de Mansfeld, á pesar de sus ochenta años, corre velozmente desde su campo de Stabroeck con algunas fuerzas de los tercios de Capiffuccio y de Aguila (EPISODIO II) en auxilio de la Empalizada; pero es ya tarde para evitar la rotura del dique, y entre atronadores gritos de júbilo, un navío holandés, á cuyo bordo iba Holack, cruza por el boquete abierto, únese á él Marnix, y ambos jefes corren á comunicar á los sitiados el triunfo conseguido y la salvación de Amberes, cuyos habitantes llenos de gozo echan las campanas á vuelo y hacen salvas de artillería para celebrar el feliz acontecimiento. Afortunadamente, en aquellos mismos momentos llegaba Farnesio á Santa Cruz con 200 españoles, después de confiar la defensa del puente á Carlos de Mansfeld, hijo del Conde; sin pérdida de tiempo avanza por el dique, formando la vanguardia el veterano Mondragón con 100 piqueros y arcabuceros, y los entusiastas vitores y aclamaciones de sus tropas anuncian á amigos y enemigos la llegada de Alejandro. El héroe español desnuda su victoriosa espada, vuélvese á oficiales y soldados, diciéndoles: *no cuida de su honor, ni estima la causa de Dios y del Rey quien no me siga*, y acomete impetuosamente con todos los suyos al enemigo á tiempo que por el lado opuesto los valientes de Aguila y Capiffuccio, después de asaltar varias veces las trincheras más avanzadas, obligan á los rebeldes á replegarse á las del centro del dique (EPISODIO II). Entrábase terrible lucha, principalmente al arma blanca, mezclados y confundidos los soldados valones, italianos y españoles, con los ingleses, escoceses, holandeses y flamencos, que pelean todos encarnizadamente por el honor de la bandera ó por la libertad de su patria; y allí, en aquella estrecha faja de tierra, más de 5.000 combatientes de siete nacionalidades distintas, estrechamente apiñados, derraman abundante sangre para decidir de la suerte de Amberes y quizás de la de Flandes. Los soldados españoles creen ver á su cabeza animándoles á su querido y venerable maestro de campo Pedro de Paz, y enardecidos con aquella fantástica visión arrebatan las últimas trincheras secundados por los de las demás naciones, no menos valerosos, acabando al grito de *¡victoria!* con la resistencia del enemigo, que al ver llegaba la hora de la baja marea, se precipita en tropel en sus naves dando muchas de ellas de través y pereciendo miserablemente algunos centenares de rebeldes en la estacada ó bien ahogados ó pasados á cuchillo, pues aun en las aguas eran perseguidos por los vencedores (1), mientras otros se dedican á cerrar pronta-

(1) Alentados por Farnesio, que les dijo: *Vencido hemos, compañeros; el mar hace traición á los impios. Cortad el camino para las naves, que es su última esperanza, y no dejéis que se os escapen para volver á la pelea.*

mente con los cadáveres de uno y otro bando, á falta de otros materiales, las aberturas hechas en el dique. Este insigne triunfo, que hizo cambiar al fuerte de la Empalizada su nombre por el de la Victoria, costó á las tropas del rey la pérdida de 700 muertos, de ellos 430 españoles, y unos 500 heridos; los contrarios tuvieron más de 2.000 bajas, dejando en poder de los leales 32 naves grandes con 90 piezas de artillería.

La decepción fué muy grande entre los sitiados al tener noticia aquella misma noche de la derrota sufrida por sus armas; y aunque Marnix y Holack les entretuvieron aún bastante tiempo con promesas de socorros, como estos no llegaban y apretaba el hambre, el mismo pueblo pidió en tumulto se entrase en negociaciones. Todavía se mostró el gobernador algo rehacio; pero la rendición de la importante ciudad de Malinas y el estar cada vez más apurada la plaza le decidieron al fin á pasar á los reales españoles de Beveren para tratar de las condiciones de la entrega, que fueron bastante benignas, diciendo entre otras cosas á Farnesio: *el cielo, que os ha dado tales victorias, no podrá negarnos la honra de haberos resistido*; y el 17 de agosto capituló la opulenta Amberes, haciendo diez días después Alejandro su entrada triunfal en la ciudad por la puerta de San Jorge, al frente de los alemanes y valones, según lo pactado, ceñido al cuello el Toisón de oro que le había enviado Felipe II, y colocado el conde de Mansfeld con gran solemnidad en la capilla del castillo de San Felipe, oficiando de pontifical el arzobispo de Cambray, Luís de Barlaymont; una hermosa doncella le presentó las llaves de la ciudad, una de hierro y otra de oro, que el de Parma enlazó á su collar al lado del Toisón. Cuando el invicto general regresó á sus cuarteles, encontró el puente adornado por los españoles é italianos con hermosos arcos de ramaje y trofeos militares, y para manifestarles su estimación dióles en aquel sitio un magnífico banquete en el que sirvió los manjares él en persona asistido de los principales cabos del ejército. Deshízose luego la fábrica del puente y *el Escalda vió su corriente libre de los grillos españoles* (1), pero después de sojuzgada Amberes.

Tan incomparables hazañas se realizaron con sólo 10.000 infantes y 1.700 caballos, á los cuales y al genio militar de Alejandro Farnesio se debió el asegurar con la rendición de aquella fuerte plaza la dominación española en Flandes por más de dos siglos.

Episodios.—I. El intrépido JUAN DE RIPA sobresalió extraordinariamente en el expresado sitio de Termonde. Se hallaba dirigiendo y animando á un grupo de gastadores que llevaban al foso un carro cargado de escombros, y habiendo caído

(1) Barado.

todos ellos muertos ó heridos, el denodado oficial apartó los cadáveres, y por medio de un esfuerzo hercúleo, sólo posible por su recia musculatura, precipitó el carro en el foso. Herido en el hombro izquierdo y con las piezas de su armadura rotas ó deslazadas, todavía hizo lo propio con otro carro cuyos conductores habían huído. Alejandro Farnesio recompensó al heroico Ripa con el gobierno de la plaza, cuando se tomó, desempeñando después el mismo cargo en la Esclusa, y se distinguió de nuevo en el sitio de Ostende.

II. No permitiendo la escasez de fuerzas abandonar el campo de Stabroeck, al tener noticia del peligro que corría el dique de Kowenstein, reunió Mansfeld consejo de oficiales para determinar lo más conveniente; mas el maestre de campo italiano Camilo Capiffuccio y su sargento mayor Silvio Piccolomini, comprendiendo que se estaba perdiendo lastimosamente el tiempo, pidieron permiso para salir desde luego contra el enemigo. En esto, habiendo oído el cañoneo, el maestre de campo español Juan de Aguila, que con su tercio se hallaba distante siete millas de Kowenstein, corrió aceleradamente á presentarse á Mansfeld con 200 de sus soldados, entre ellos los capitanes Bartolomé de Torralva, Miguel de Cardona y Gonzalo de Castro, ofreciéndose también á marchar contra los rebeldes. Entonces despertóse noble emulación entre italianos y españoles, reclamando unos y otros el derecho de ser los primeros, fundados, aquéllos en que lo habían solicitado antes, éstos en la prerrogativa de su nación; mas prolongándose la porfía, exclamó Aguila: *¡Ea, camaradas! mano á mano; probemos al enemigo que corre parejo nuestro valor;* y en efecto, cumpliendo su generosa oferta, llegaron al mismo tiempo al pie de la trinchera Capiffuccio y Piccolomini, Aguila y Torralva; sin embargo, este último que llevaba muy á mal no fuesen siempre los españoles en el peligro antes que los de las demás naciones, tomando la espada entre los dientes y apoyando ambas manos sobre los hombros de uno de sus soldados, salvó de un salto el espacio que aún le faltaba subir, coronando el parapeto algunos segundos antes que los demás. El valeroso Torralva fué ascendido á maestre de campo, y tomó posesión de su nuevo empleo después de convalecer de nueve heridas que recibió al llevar á cabo su gloriosa hazaña.

Además de los nombrados se distinguieron, haciendo mención de ellos la historia, el sargento mayor del tercio de Mondragón, Diego de Escobar, y los capitanes Pedro de Castro, Juan Manrique y Agustín Román.

- ✓ 1838. **Sitio de Morella** (GUERRA CIVIL).—La antiquísima plaza de Morella, situada en el centro del famoso Maestrazgo, en la provincia de Castellón de la Plana, desempeñaba en el Centro el mismo ó más importante papel que Estella en el Norte y Berga en Cataluña. Era general en jefe del ejército de aquella región D. Marcelino Oraá, que, no disponiendo de fuerzas suficientes, se veía reducido á guardar una defensiva casi absoluta, tomando cada día mayores vuelos los carlistas á las órdenes de su infatigable y activo general D. Ramón Cabrera. Mas en cuanto sus reiteradas reclamaciones al gobierno se vieron atendidas con el envío de otras tropas, y llegó á reunir 22 batallones, 3 compañías de ingenieros y 12 escua-

drones con 25 piezas de artillería, determinó recuperar dicha importante plaza, que una sorpresa audaz (V. 26 ENERO) había puesto en manos del enemigo.

El 16 de julio dió desde Teruel las órdenes convenientes, y en virtud de ellas se movieron hacia Morella, la 1.^a división, mandada por D. Cayetano Borso di Carminati, desde Castellón; la 2.^a, á las órdenes de D. Ramón Pardiñas y la brigada de reserva de D. Angel Nogués, desde Teruel, llevando á su frente al general en jefe; y la 3.^a (D. Santos San Miguel) desde Alcañiz. Era comandante general de la caballería D. Bartolomé Amor, y de artillería el coronel teniente coronel del arma D. Juan Vial. Cabrera, que se encontraba el 23 en San Mateo, y disponía de 15 batallones, 5 escuadrones y 10 piezas de artillería (1), además de los 4 batallones que había en Morella, molestó á las tropas liberales en su marcha, y después de varios combates de los cuales el más importante fué el del 2 de agosto, en que el enemigo fué completamente rechazado con grandes pérdidas (2), se establecieron el día 9 todas las fuerzas sitiadoras frente á la plaza, en las alturas de San Pedro Mártir, Cruz de las Foyas y sierra de San Isidro (V el croquis de la pág. 243 de este tomo). Mandaba en Morella el conde de Negri, siendo comandante del castillo el coronel graduado D. Martín Solá.

Al amanecer del 14 rompió el fuego la artillería, repartida en tres baterías, una de brecha, compuesta de cinco cañones de á 16, contra la cortina que media entre la puerta de San Miguel y la Torre Redonda; otra de enfilada, á la izquierda de la primera, para batir lo largo del muro de la Nevera y la última de fuegos curvos armada con un mortero de 12 pulgadas, dos de á 10 y dos obuses de á 7. La enemiga contestó con bastante acierto, y al ver los sitiados el punto donde se pretendía abrir brecha, construyeron detrás un grueso espaldón con sacos de tierra. Abierto ancho portillo en la muralla, se dió el asalto á la media noche del 15 á pesar de no estar todavía apagados todos los fuegos de la plaza, por interesar á Oraá abreviar la toma en vista de que empezaban á escasear las subsistencias y de haberse experimentado ya muchas bajas, dirigiéndose á la brecha tres columnas de asalto: la primera, á las órdenes del coronel don José Ortiz, compuesta de las compañías de granaderos de todos los cuerpos de la 1.^a y 2.^a división (un batallón de cada uno de los regimientos de

(1) Repartidos en cuatro divisiones mandadas por D. Domingo Forcadell, don Luís Llagostera, D. José Domingo Arnau y D. Jerónimo Merino, teniendo también mando en ellas el conde de Negri, D. Basilio, Cabañero y otros jefes.

(2) Cabrera perdió su caballo de un balazo, y dejó en poder de las tropas de la Reina la boina y su célebre capa blanca.

la *Reina, Almansa, Ceuta*, dos de *Africa* y los tres de *Córdoba*), compañía y media de zapadores y una sección de artillería, á cuya columna iba agregado como voluntario el coronel D. Bruno del Portillo, antiguo gobernador de Morella; la segunda, para apoyar á la anterior, mandada por el teniente coronel D. Carlos Oxolm-Oneil, formada por las compañías de granaderos de la 3.^a división y de la brigada de reserva (un batallón de la *Princesa, Infante, Rey, San Fernando y Mallorca* y dos de *Castilla*) y media compañía de zapadores; y la tercera, constituida por el resto del *Rey y Castilla*, mandada por el brigadier-coronel D. Miguel Mir. El enemigo, al apercibirse del ataque, prendió fuego á los muchos combustibles que tenía aglomerados detrás de la brecha, rompiendo en seguida desde todas partes tan mortífero fuego, que bien pronto cayeron gravemente heridos el valiente Ortiz y el comandante D. Rafael de Castro, siendo inútiles les esfuerzos que hicieron para presentarse al frente de ella las tropas que constituían la primera columna, por lo que se vieron obligadas todas á retirarse después de dejar al pie del muro crecido número de muertos y heridos. Repetido el asalto en la madrugada del 17, una vez ensanchada la brecha, combinado con una escalada que debía darse al mismo tiempo por tres distintos puntos, no tuvieron los liberales más fortuna, y su sangre corrió á torrentes, pues en seis minutos experimentaron 300 bajas, alcanzando muerte gloriosa el pundonoroso coronel **D. Bruno del Castillo**, que cumplió lo prometido de penetrar en la plaza cuyo mando tenía cuando la sorpresa, ó perecer al pie de sus murallas; el mayor del regimiento de la *Reina* **D. Jerónimo Las Heras**, que sucumbió en el momento de presentarse frente á la brecha animando á sus soldados; el joven comandante de Estado-mayor **D. Joaquín Alonso** (1), el teniente de *Castilla* **D. Antonio Fernández** y otros brillantes oficiales. Este nuevo y funesto contratiempo, con la carencia de mantenimientos, decidieron á Oraá á levantar el sitio, acordado en junta de generales, y aquella misma noche se desarmaron las baterías y emprendió la retirada á la vista del enemigo, que atacó varias veces al ejército de la *Reina*, poniéndole en grave aprieto junto á las alturas de San Marcos; mas la bizarría de los batallones de *Mallorca* y cazadores de *Oporto*, que dieron una brillante carga á la bayoneta protegidos por el fuego de metralla de una sección de artillería de la brigada montada, hoy 7.^o *Montado*, mandada por el subteniente D. León del Barrio (2) sal-

(1) A consecuencia de las heridas recibidas falleció también el 12 de septiembre el capitán del mismo cuerpo **D. Rafael Castro**.

(2) **D. León del Barrio y Dolz**, ya teniente de artillería, murió en el sitio de Girona en noviembre de 1843.

vó á la retaguardia, envuelta ya por los carlistas, pudiendo llegar la hueste liberal á Alcañiz por Torre de Arcas, La-Pobleta y Monroyo con todo su material y los 900 heridos y enfermos que llevaba. El número total de bajas de entrambos contendientes pasó de 3,000.

Se distinguieron, además de los nombrados, los brigadieres Herrera-Dávila, D. Cayetano Urbina y D. Francisco J. Azpiroz, el coronel D. Antonio Brule que resultó herido, el de caballería del *Rey* D. Adrián de Jácome y el capitán del propio cuerpo D. Rafael Acedo Rico, el capitán de artillería D. Juan López, el subteniente de la misma arma D. Gabriel Fortuny y la 4.^a compañía del primer batallón de ingenieros, que en el asalto permaneció firme al pie de la brecha, sin resguardo alguno, bajo el mortífero fuego de artillería, fusilería y granadas de mano, flanqueada á boca de jarro por el torreón de San Miguel, y no se retiró hasta oír el toque convenido para ello, á pesar de ver herido de bala de fusil á su capitán.

Cabrera fué ascendido á teniente general por D. Carlos, concediéndole además el título de *conde de Morella*; en cambio Oraá fué separado del mando del ejército del Centro y de la capitania general de los reinos de Aragón, Valencia y Murcia, dejándolo de cuartel. El veterano general vió así puesta en duda su reputación militar, adquirida en más de cien combates con la sangre de veintidós heridas, y aunque justificó en el Senado plenamente su conducta, el recuerdo de aquel triste suceso amargó los últimos años de su existencia.

Día 18.

1487. **Conquista de Málaga** (CONQUISTA DE GRANADA). — Tomada Vélez-Málaga (V. 27 ABRIL), el ejército cristiano emprendió la marcha sobre Málaga el 7 de mayo después de embarcar la artillería, á cargo de Francisco Ramírez de Madrid, en la flota que, mandada por el intrépido almirante catalán D. Juan de Requesens, debía cerrar las comunicaciones marítimas de Africa con la ciudad sitiada. Como el camino se extendía por un valle dominado en el extremo más inmediato á la plaza por dos eminencias, una próxima al mar y otra que da frente al castillo de Gíbrafaro (Gebalfaro), ocupadas ambas por los moros, hubo que destacar de la vanguardia que mandaba el maestre de Santiago un cuerpo de tropas gallegas á las órdenes del comendador de León y de Garcilaso de la Vega, para desalojar al enemigo de las posiciones de la izquierda, lo que consiguieron después de reiterados esfuerzos (1), mientras algunas com-

(1) Rechazados los cristianos varias veces, otras tantas volvían á trepar los

pañías de las Hermandades se posesionaban con no menos trabajo de la altura de la derecha, obligando á los contrarios á retirarse á la inmediata fortaleza. Dominada así la angostura por donde debía pasar el ejército cristiano, al día siguiente ondeó frente á Málaga el pendón de Castilla.

Dicha plaza era el punto más importante y de más difícil expugnación que los árabes poseían en el reino granadino. Formado el recinto por un alto y grueso muro flanqueado por gran número de torres, tenía además inmediatos los fuertes de Gibralfaro, Castil de Genoveses y la Alcazaba, que, defendida por dos líneas de muros torreados, se comunicaba con el primero de aquéllos por un camino cubierto; y á la parte de la marina estaban las Atarazanas, no menos fuertes. Mandaba en la plaza el bravo caudillo Hamet-el-Zegrí, quien disponía para la defensa de unos 8.000 soldados, de los cuales formaba parte una tropa de mercenarios de África llamados Gomeles, hombres de carácter feroz, pero de un valor á toda prueba y de gran disciplina militar. La artillería de los sitiados era numerosa y bien servida.

Los cristianos, una vez fortificados en su campamento, dirigieron las primeras operaciones contra el arrabal de la parte de tierra, ataque que se confió al valeroso conde de Cifuentes, el cual estableció varias baterías, y cuando se vieron practicables algunas brechas, arremetieron los sitiadores por ellas y ocuparon una de las torres principales, desapareciendo entre sus escombros los primeros asaltantes al quemar los defensores los maderos con que habían apuntalado el cimientó; pero nuevos refuerzos permitieron á los cristianos enseñorearse de la mayor parte del arrabal, después de un sangriento combate por las calles, retirándose los moros á las fortificaciones interiores de la ciudad, detrás de cuya muralla practicaron un gran foso interior, sin cesar por esto de llevar á cabo continuas é impetuosas salidas que tenían en constante alarma, y sin el necesario descanso, los reales del monarca católico, á los que se incorporó la reina D.^a Isabel desde Córdoba, para animar á los soldados en su empresa. Ambos corrieron el peligro de perecer á manos de un fanático musulmán que se introdujo en el campo, salvándoles la equivocación del moro, que, no conociendo personalmente á los monarcas, acometió puñal en mano á D.^a Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moyá, y al infante don Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, á los que tomó por los

animosos gallegos por la montaña, peleando cuerpo á cuerpo con cimitarras y puñales y entablando una lucha á muerte en la que no se pedía ni daba cuartel, logrando al fin en un vigoroso esfuerzo llegar á la cumbre donde plantó su estandarte un alférez de Mondoñedo.

reyes á causa de la riqueza de sus vestiduras (1). Por mar no se mostraban menos osados los defensores, pues armando varias albotazas con artillería, salían á combatir la escuadra que mantenía el bloqueo, á fin de facilitar la entrada de socorros, llegando en ocasiones hasta echar á pique algunas galeras de alto bordo, entre ellas una de las enviadas por el duque de Medina-Sidonia.

Batido el castillo de Gibralfaro por la formidable artillería del marqués de Cádiz (2), derribaron sus fuegos varias torres y una gran parte del muro hasta sus cimientos, avanzando entonces sus estancias á tiro de piedra de la muralla, para destruir los nuevos reparos con que habían cubierto los sitiados las brechas; pero éstos acometieron con furia tal á los cristianos, que después de obstinado combate hubieron de retirarse á la primera posición, quedando heridos el marqués de Cádiz y el capitán de escaladores **Juan Ortega del Prado**, el cual murió de sus resultas. Este y otros percances inclinaron el ánimo del rey D. Fernando á convertir el sitio en estrecho bloqueo, pero tampoco dió resultado; y como iba pasando la estación propicia, fué necesario activar los medios de rendir la plaza, con tanto valor y acierto defendida.

Elevado el efectivo del ejército sitiador á la cifra de 90.000 hombres, y traídas pólvoras y municiones de Barcelona, Valencia y Sicilia, mostró gran actividad el ilustre artillero Francisco Ramírez de Madrid, dirigiendo la construcción de varios caminos subterráneos para penetrar por ellos en el interior de las obras atacadas, empleando al efecto una pieza de artillería llamada cortao ó cortago, que puesta boca arriba debajo del piso inferior de la obra, derribaba éste al darla fuego, haciendo el efecto de una mina (3). Los moros se apercibieron de estos trabajos y salieron también por debajo tierra al encuentro de sus enemigos, logrando destruir un ramal, sin más consecuencias, y avanzando al mismo tiempo paulatinamente las tropas sitiadoras á cubierto por una especie de trincheras,

(1) Aquel desgraciado cayó al instante cosido á estocadas por los caballeros que acudieron, y su destrozado cadáver fué arrojado á la ciudad por medio de una catapulta; los sitiados se vengaron matando á un caballero gallego, cuyo cuerpo enviaron á los cristianos atravesado en un mulo.

(2) Hamet-el-Zegrí había hecho enarbolarse en lo más alto de la fortaleza el estandarte cogido á dicho caudillo en la batalla de la Ajarquía (V. 20 MARZO.)

(3) Este sistema fué perfeccionado por Pedro Navarro, que asistió á las operaciones del sitio de Vélez-Málaga y tuvo noticia del hecho, lo cual hizo que se considerase á dicho célebre ingeniero como inventor de las minas militares que tanta aplicación han tenido después al arte de la guerra. (Arantegui, *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV.*)

fueron cifiendo cada vez más estrechamente la plaza, muy apurada ya por la falta de subsistencias. Málaga iba indudablemente á sucumbir, y tentando el postrer esfuerzo en defensa de su libertad, hicieron los sitiados una impetuosa salida dirigidos por un alfaki ó santón muy venerado de los infieles, causando muchas bajas á los cristianos en los primeros momentos de la sorpresa; pero muerto aquél por un disparo de trabuco que le destrozó el cráneo, desmayaron los acometedores y se retiraron, perdida toda esperanza de conservar la ciudad.

Entabladas negociaciones, se rindió la plaza el 14 de agosto, y el comandante de León ocupó la Alcazaba, haciendo limpiar la ciudad de los numerosos cadáveres que en sus calles había y purificar la mezquita principal, convirtiéndola en basílica cristiana bajo la advocación de Santa María de la Encarnación. Los Reyes Católicos hicieron su entrada en la ciudad el 18 de agosto con gran ostentación y pompa, y como sólo se había concedido el seguro de las vidas, todos los moradores quedaron cautivos y confiscados sus bienes á favor del Tesoro público, siendo aquel pueblo infeliz diseminado fuera de su patria, con cruel rigor, por sus implacables vencedores. El castillo de Gibralfaro lo entregó dos días después el valiente y desgraciado Hamet-el-Zegrí, que cargado de cadenas sufrió también dura esclavitud.

Tan terrible escarmiento, impuesto como castigo por su obstinada defensa, hizo se rindiesen del mismo modo Vera, Huéscar, Vélez-Blanco, Vélez-Rubio y otros pueblos, sin intentar resistencia alguna.

1596. **Sitio de Hulst (GUERRA DE FLANDES).**—Esta plaza, fortificada por Mauricio de Nassau con todos los recursos y poderosa inventiva de su fecundo genio militar, distaba de Bruselas sólo nueve leguas. Los holandeses, bajo la dirección del caudillo expresado, abrieron dos canales desde la ciudad hacia la Zelanda y el Escalda, que defendieron con diques muy robustos; construyeron con faginas y tepes, al rededor de la plaza, baluartes y rebellines, traveses y otras defensas; la rodearon con los fuertes de Mauricio, Morval, Rape, Clain-Rape y Nassau, y rompiendo los diques maestros, aislaron completamente á Hulst con inundaciones que empantanaron todo el campo. La empresa de apoderarse de los fuertes exteriores y ganar los diques empleó todo el mes de julio, en cuyo tiempo los españoles renovaron las proezas de los tiempos de Alba y de Requesens, peleando casi siempre metidos constantemente en el agua ó con lodo hasta la rodilla. Por fin se consiguió llegar al foso á últimos de dicho mes, con tres ramales de trinchera, y se plantaron las baterías contra dos rebellines, que fueron asaltados el 3 de agosto simultáneamente por

el tercio español de D. Luts de Velasco y el italiano del marqués de Trevico. El primero consiguió su objeto; no así el segundo, que hubo de quedar alojado al pie de la obra hasta el 6, en cuyo día, habiendo recibido nueva orden de acometer, se lanzó á la brecha después de volar una mina, y coronó el rebellín. Quitados los traveses de ambos lados de los rebellines, se establecieron en ellos tres baterías, dos de 10 cañones y una de siete, contra la cortina, mientras se proseguía la operación de cegar y sangrar el foso; mas como la muralla era sólo de tierra y faginas y los defensores arrojaban á las brechas ramaje con céspedes y barro, los proyectiles de la artillería se embotaban en aquella blanda masa haciendo escaso efecto, y no era fácil asegurar cuándo podría darse término á la empresa por las grandes dificultades que se presentaban, cuando repentina é inopinadamente, el 17 de agosto, entabló el enemigo proposiciones para rendir la plaza, y al día siguiente salieron de ella los 2.600 soldados que restaban de la guarnición, mandados por el conde de Solms, su gobernador, con armas, banderas y bagajes.

1812. **Rendición de Astorga** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—A consecuencia de la batalla de los Arapiles (V. 22 JULIO) y entrada de los aliados en Madrid, trataron los franceses de recoger las guarniciones que habían dejado en Zamora, Toro y Astorga, bloqueadas por los españoles, á cuyo efecto destacaron del ejército llamado de Portugal 6.000 infantes y 1.200 caballos á las órdenes del general Foy, consiguiendo salvar las de los dos primeros puntos; no así la de Astorga, que el 18 de agosto se rindió al coronel D. Pascual Eurile, quedando prisioneros 1.200 hombres que la componían. Foy recibió noticia tan desagradable en La-Baŕfeza cuando se encaminaba á dicho punto; así que, en lugar de seguir adelante, se dirigió á Carvajales en persecución de las tropas que habían levantado el bloqueo de Zamora, de lo que tuvo también que desistir por haberse acogido aquellas á la provincia de Tras-los-Montes.

1813. **Acción de Río de Medina** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).—Don Bernardo Gutiérrez de Lara, que se había retirado con su familia á los Estados-Unidos, acudió en auxilio de los insurgentes con una porción de aventureros, siendo bastante afortunado en sus empresas, pues posesionado de Nacodoches y de la bahía del Espíritu-Santo, se defendió en este punto contra las tropas que mandaba el coronel D. Simón de Herrera, derrotó á éste en el Rosillo cogiéndole toda la artillería, municiones y bagajes, y le obligó al fin á rendirse en Béjar donde esta-

bleció Lara una junta de gobierno (1), derrotando también al coronel D. Ignacio Elizondo en el Alazán; mas habiéndose presentado en la frontera de Tejas D. José Alvarez de Toledo, antiguo oficial de la marina española, natural de Santo Domingo, con objeto de suplantar á Lara en el mando de su gente, éste tuvo que hacerle entrega del cargo por orden de la junta de Béjar. El nuevo caudillo se dirigió desde Béjar contra el coronel Arredondo, el cual había salido de Laredo el 26 de julio con dirección á aquel punto con 735 infantes, 1.195 caballos y 12 piezas de artillería. El encuentro tuvo lugar el 18 de agosto junto al río de Medina, y aunque al principio fueron desgraciados los realistas, pues el coronel Elizondo, que se adelantó con alguna caballería, tuvo que retirarse precipitadamente, perdiendo dos cañones que llevaba, formalizado después el combate, flaquearon los rebeldes y fueron vencidos con grandes pérdidas, particularmente de aventureros norte-americanos, dejando en poder de Arredondo 112 prisioneros que fueron inmediatamente fusilados, haciendo lo propio con muchos de los 215 que se cogieron en Béjar, donde entraron los realistas sin encontrar resistencia. Estos alcanzaron la victoria á costa de 55 muertos, 178 heridos y otros 165 contusos, y cogieron al enemigo 22 cañones de diferentes calibres, con bastantes municiones.

1863. **Defensa de Guayubín** (GUERRA DE SANTO DOMINGO).—Guardaban el pequeño pueblo de San Lorenzo de Guayubín, situado á orillas del río Yaque, en medio de un bosque espeso, tres oficiales subalternos con 30 soldados de *San Quintín* y una sección de 15 hombres de la guardia civil, mandados por el teniente D. Antonio Lasso de la Vega, habiendo además 50 enfermos del expresado regimiento. Al estallar la insurrección, 800 hombres procedentes de Haití, mandados por diferentes cabecillas, rodearon el pueblo, y protegidos por el bosque, rompieron el fuego sobre sus defensores. Estos se sostuvieron todo el día con gran serenidad, sin tomar alimento, ni agua tan siquiera, detrás de las casas, todas de tabla, dirigiendo certeros disparos sobre el enemigo, el cual, al ver á las cinco de la tarde que no conseguía apoderarse del pueblo por la enérgica defensa de los españoles, le prendió fuego por la parte del

(1) Esta junta hizo entregar los prisioneros á una partida que los degolló á todos á corta distancia de Béjar, sin permitir tan siquiera recibiesen los auxilios de la religión, muriendo así asesinado el coronel **D. Simón de Herrera**, su hermano **D. Jerónimo**, el teniente coronel **D. Manuel Salcedo**, el capitán de provinciales **D. Miguel de Arcos** y sus dos hijos, los tres mejicanos, y diez oficiales más.

Noche de donde soplaba el viento con bastante intensidad, propagándose el incendio de tal manera, que los defensores se vieron en la necesidad de emprender la retirada hacia la orilla del Yaque por la parte del Sur. Los enfermos, que por su estado de gravedad no pudieron seguir á sus compañeros, perecieron entre las llamas, no teniendo más fortuna los fugitivos, pues alcanzados por los insurrectos, fueron en su mayor parte macheteados (1).

1872. **Acción de Vidrá** (GUERRA CARLISTA).—Posesionadas de Vidrá (Cataluña) las partidas de Savalls, Auguet y Vila del Prat, marchó contra ellas el brigadier Hidalgo desde Roda con un batallón de *Navarra*, dos compañías de *Bailén* y otras dos de *Saboya*: en total unos 400 hombres. La columna liberal llegó á la vista del pueblo á las tres de la tarde en medio de una lluvia torrencial, y emprendió inmediatamente el ataque, resultando en los primeros momentos herido Hidalgo de dos balazos en una pierna y muerto su caballo, y aun cuando el batallón de *Navarra*, con raras y muy honrosas excepciones, se mantuvo alejado del sitio del peligro, por cuyo motivo quiso suicidarse su pundonoroso teniente coronel D. Manuel Galán, que se había hecho cargo del mando el día anterior, teniendo Hidalgo que arrancarle el revólver de las manos, la fuerza restante, 100 hombres escasamente, cayó sobre el pueblo con gran ruido, tomando el capitán D. Ramón Ruiz Gómez á la bayoneta la casa rectoral, el capitán de Estado mayor D. Alejandro Iriarte la iglesia y el bravo ayudante de *Navarra* D. José Agulló las casas inmediatas; los carlistas sólo quedaban en posesión de las casas llamadas *Caballé de Vidrá* y *Caballé xich*, de las últimas del pueblo, donde estaban Savalls y otros jefes, y frente á las cuales murieron gloriosamente el coronel-comandante de *Bailén* **D. Pedro Ramis** y el alférez **Mora**, abanderado de su cuerpo. Rodeadas dichas casas para impedir la salida de los que se habían guarecido en ellas, á las ocho de la noche envió Hidalgo un aviso al teniente coronel Sorribes que con el batallón cazadores de *Arapiles* se encontraba en San Pedro de Torelló, dos leguas distante, para que se presentase inmediatamente; mas á las doce y media, compren-

(1) Entre ellos el general de las reservas dominicanas **D. Sebastián Reyes**, el teniente Montero, de *San Quintín*, y el alférez Notario, de cazadores de caballería de *Africa*. El teniente Lasso de la Vega, uno de los pocos que pudieron salvarse, se mantuvo treinta y cuatro días vagando por los montes acompañado de un cabo y tres guardias, teniendo al fin que someterse á las autoridades rebeldes en la capital del Cibao.

diendo los enemigos la gravedad de la situación, abrieron de pronto la puerta en el momento que una nube cubría la luna y se lanzaron á la carrera hacia la montaña, atravesando las guerrillas liberales, que no tuvieron tiempo de oponerse, con lo que aquéllos pudieron salvarse y reunirse con los suyos y retirarse á Llayers. *Arapiles* llegó una hora más tarde.

Los liberales tuvieron 15 muertos y 43 heridos, entre éstos el brigadier Hidalgo y el teniente coronel Galán.

Día 19.

1648. **Batalla de Lens** (GUERRA CON FRANCIA).—En cuanto el príncipe de Condé tuvo noticia de que el archiduque Alberto, gobernador de Flandes, después de reconquistar á Courtray marchaba sobre Lens, acudió en auxilio de esta plaza con 14.000 hombres. Mas al aproximarse á sus muros se había apoderado ya de ella el ejército español que, algo superior al enemigo, esperaba á éste apostado ventajosamente en sus inmediaciones. Comprendió al instante Condé la desventaja notoria en que se hallaba con respecto á su adversario si le atacaba en aquellas posiciones, por lo que se limitó á cañonearlas, emprendiendo en seguida la retirada en dirección de Bethune, con ánimo de atraer al Archiduque á sitio mas conveniente. Los españoles salieron precipitadamente en seguimiento de sus contrarios, siendo esto causa de su derrota, pues Beck, jefe de la caballería alemana, alcanzó la retaguardia enemiga, formada por la caballería francesa, y la destrozó, arrojándola sobre el grueso de su ejército, lo cual hizo adquirir á los nuestros una imprudente confianza que había de serles fatal. Condé mandó repentinamente dar media vuelta á sus tropas, colocó 20 piezas en una eminencia, reemplazó la caballería derrotada por la de segunda línea, y cuando llegó al campo el grueso de los españoles, tenía ya Condé formado su ejército en orden de batalla, mandando él personalmente la derecha, Grammont la izquierda y Chatillon el centro. A la primera embestida del enemigo fué rota nuestra izquierda, en la que se hallaba Beck; mas éste pudo rehacerse y rechazar á la vez á los franceses. Cargó de nuevo Condé reforzado por su reserva, y la caballería de Beck, no apoyada convenientemente, fué rota por completo y puesta en fuga después de obstinada pelea, mientras Grammont rechazaba la acometida de la derecha española aprovechando su desorden para caer sobre ella, y batida que fué, sobre la reserva. Abandonada la infantería de España, tuvo que formar en masa compacta, que la artillería francesa destrozó á cañonazos. El desastre no pudo ser mayor: quedaron en el campo 8.000 muertos, heridos y prisioneros, y se perdieron 38 ca-

las alturas inmediatas y hacían de todo punto imposible el socorro de la plaza á no ser con fuerzas considerables, no siendo muy afortunado el marqués de Campoverde al intentarlo (V. 3 MAYO). La guarnición, compuesta de 5.000 hombres á las órdenes del general D. Juan Antonio Martínez, se defendió con energía, hizo continuas salidas, consumió hasta 60.000 disparos de artillería y 2.000.000 de cartuchos de fusil, y sobrellevó con ejemplar abnegación las privaciones y sufrimientos inherentes á tan largo y riguroso bloqueo; y cuando después de la pérdida de Tarragona se desvaneció toda esperanza de salvación, agotados ya los víveres, los caballos y toda clase de animales, muertos 1.500 hombres en combate ó de enfermedad (1), con otros 1.500 postrados en cama, comprendiendo no se podía conservar por más tiempo el castillo, trató de abrirse paso atravesando las líneas enemigas en la noche del 16 de agosto. Después de clavar la artillería y destruir cuanto no podían llevar consigo, emprendieron los españoles sigilosamente la marcha hacia el llano, mientras el coronel Rovira hacia además de socorrer la fortaleza, atacando con 2.000 hombres los puestos franceses por la parte de Llers, opuesta á la dirección que llevaban los defensores; mas apercibidos los franceses del intento, rompieron sobre ellos un vivo fuego de metralla y fusilería, y no pudiendo salvar los obstáculos de las trincheras y talas de árboles que obstruían el paso, volvieron á encerrarse en la plaza, para capitular el 19, saliendo sin armas ni aparato militar alguno hasta 2.000 hombres útiles, que quedaron prisioneros de guerra, lo mismo que los heridos y enfermos. Los franceses experimentaron 4.000 bajas en los cuatro meses que duró el cerco, habiendo construido más de 4.000 toesas de trincheras y parapetos, con 30 fuertes y reductos bien guarnecidos y artillados y consumido 16.000 tiros de cañón, obús y mortero. Entre los rendidos figuraban **Juan Floreta** y **Juan Marqués**, principales autores de la sorpresa anterior, que fueron ahorcados en un rebellín, sufriendo la muerte con gran serenidad y valor al considerar que la recibían por la libertad de su patria.

1825. **Suplicio de D. Juan Martín, el Empecinado.**—Este célebre guerrillero, que empezó su carrera militar, desde honrado labrador, peleando como voluntario en el Rosellón cuando la guerra contra la república francesa, volvió á tomar

9, rebellín de San Antonio; 10, baluarte de Santa Bárbara; 11, caballero; 12, hornabeque de San Zenón; 13, rebellín de San José; 14, baluarte de San Felipe; 15, contraguardia de San Pedro; 16, hornabeque de San Miguel.

(1) Entre ellos los tenientes de artillería Gómez é Hidalgo.

espontáneamente las armas en 1808, aun antes del DOS DE MAYO, tratando de oponerse al viaje de Fernando VII á Bayona, y desde entonces fué campeón decidido de la causa de nuestra independencia. Su solo nombre aterraba á los imperiales en tales términos, que más de cuatro veces huyeron sin pelear al enterarse de su presencia, mostrando en todas las operaciones tal prudencia, habilidad y valor, que el gobierno supremo de la nación le elevó en septiembre de 1810 á la alta jerarquía de brigadier. Terminada la guerra en que tantos y tan distinguidos servicios prestó á su patria y á su rey, permaneció retraído de la política sin tomar parte alguna en los alzamientos de 1814 á 1820; tan sólo en la segunda época constitucional formó parte de los ejércitos que tan débilmente se opusieron á la invasión del duque de Angulema; y después de la capitulación de Cádiz con los franceses, se retiró á vivir tranquilamente en la villa de Roa inmediata á su pueblo natal Castrillo de Duero. El Corregidor de la expresada villa, D. Domingo Fuentenebro, hombre para siempre execrable, que debía tener personales resentimientos con el *Empecinado*, además de odio á las ideas liberales, le hizo encerrar en un calabozo y procesarle, para someterle á los más duros tratamientos, llegando su crueldad y su barbarie hasta el extremo de exponerlo en una jaula de hierro, en la plaza del pueblo, á los insultos y repugnantes ultrajes de la desalmada plebe, fanáticamente realista. Condenado á muerte el deadichado caudillo, presentóse un general francés al rey interponiendo su mediación para evitar un suplicio que consideraba ofensivo á la humanidad y á la civilización; mas el repulsivo Fernando se mantuvo sordo y frío á todos los ruegos, y el defensor de su trono y de la independencia patria fué conducido al patíbulo el 19 de agosto, entre voluntarios realistas, que al ver vitoreada la libertad quisieron imponerle silencio pinchándole con las bayonetas. Entonces el vigoroso campeón rompió con su fuerza hercúlea las esposas de hierro que sujetaban sus manos, y luchando á brazo partido con sus verdugos fué al fin atado y levantado su cuerpo, siempre forcejeando, hasta la altura del cadalso, donde espiró. La posteridad se encargó de hacerle justicia, pues su nombre de *El Empecinado* fué inscrito con letras de oro en el salón de sesiones del Palacio de la representación nacional, entre los de otros mártires ilustres de la libertad española.

1834. **Sorpresa de las Peñas de San Fausto** (GUERRA CIVIL). —El barón de Carondelet se movió al amanecer del 19 de agosto desde Sorlada hacia Galdeano con 700 infantes y 150 caballos en combinación con otras columnas para atraer á los carlistas á los valles de Lerrín. Zumalacárregui, sin dejarse engañar por este movimiento de sus contrarios, corrió á emboscarse en las Peñas de San Fausto, por donde había de pasar Carondelet á su regreso á Estella. Dicho jefe marchaba á la cabeza de su fuerza con las debidas precauciones, y al avistar aquellas peligrosas alturas hizo flanquear la columna por una compañía, cuyo capitán, no divisando en los primeros momentos al enemigo, se retiró desde luego á retaguardia sin orden para ello, incorporándose al grueso, precisamente cuando la vanguardia entraba en la estrecha garganta que forma el ca-

mino al pie de las mencionadas peñas. Mas de pronto una nutrida descarga á quema ropa denunció á Carondelet la presencia de los carlistas, que salieron instantáneamente de la espesura donde estaban ocultos, para lanzarse á la bayoneta sobre los liberales, quienes acometidos tan de súbito y encerrados en aquel angosto desfiladero, apenas pudieron defenderse. Su jefe procuró ganar la opuesta orilla del río, donde el terreno era más despejado, y colocando hábilmente algunas fuerzas, protegió el paso del resto, no sin que se ahogasen muchos, esperando luego en aquella posición á que Zumalacárregui y Zaratiegui le atacasen; pero éstos no aceptaron el reto y se retiraron satisfechos con los prisioneros y el botín, que fué considerable, contando entre aquellos el **Conde de Via-Manuel**, desmontado tres veces en la refriega, el cual fué después fusilado por los carlistas. El número de muertos y heridos fué 250, y de los primeros el brigadier **Herranz**. El enemigo no perdió más de diez hombres.

Día 20.

1467. **Batalla de Olmedo** (GUERRA CIVIL).—La ineptitud de Enrique IV para el gobierno de sus estados, movió á la grandeza de Castilla á destituirle en Avila, proclamando en su lugar á su hermano D. Alfonso, joven de 14 años. Rotas las hostilidades entre ambos partidos, vinieron á las manos en Olmedo, el ejército de los confederados y el de D. Enrique, que había reunido en Toro fuerzas muy considerables, de las que tenía realmente el mando su favorito D. Beltrán de la Cueva, el cual, habiendo recibido un mensaje del arzobispo de Toledo, jefe de las tropas contrarias, previniéndole no se aventurase mucho en la pelea, porque habían jurado su muerte más de cuarenta caballeros, contestó á esta cortés y noble invitación, dándole minuciosos detalles, por medio del propio mensajero, del traje que pensaba llevar en la batalla, para ser de todos conocido. Tres horas duró el combate, peleando unos y otros con igual encarnizamiento, pues aun cuando la gente del Rey era más numerosa que la de los confederados, éstos se batieron con gran intrepidez y arrojo, recibiendo el Arzobispo una herida de lanza. D. Beltrán de la Cueva correspondió á la fama que tenía de esforzado caballero y arrojó toda clase de peligros, haciendo mucho daño en los escuadrones contrarios. El joven D. Alfonso se mantuvo sereno al lado del Arzobispo, siendo con él de los últimos en retirarse del campo de batalla; en cambio D. Enrique, que cuidó mucho de no exponer su persona á los azares del combate, huyó precipitadamente con los caballeros de su escolta al recibir la falsa noticia de que sus tropas habían sido derrotadas. Aunque la victoria fué indecisa, el campo quedó por el ejército realista, sin otras consecuencias.

1710. **Batalla de Zaragoza** (GUERRA DE SUCESIÓN).—Continuando Felipe V el movimiento de retirada que se vió obligado á emprender á consecuencia de la batalla de Almenar (V. 27 JULIO), llegó á las inmediaciones de Zaragoza. Mandaba á la sazón el ejército borbónico el marqués de Bay, quien en vez de procurar defender la línea del Ebro, permitió á sus perseguidores pasasen el río por Pina, con lo cual hubo que aventurar una nueva batalla. Las tropas de Felipe V formaron su línea dando la espalda á la capital aragonesa, con la izquierda apoyada en el Ebro y la derecha en el monte Torrero, principiando el combate un vivo cañoneo por consecuencia del cual murió gloriosamente, partido el cuerpo por una bala, el teniente general **Duque de Havre**, coronel del regimiento de guardias valonas. Siguió después un ataque de nuestra ala derecha, que pasando un profundo barranco llamado *de la Muerte* por ser tradición entre el vulgo haber sido aquel lugar degolladero y sepulcro de una poderosa hueste mora, arrolló á los catalanes y portugueses que se le opusieron y les persiguió hasta el Ebro, faltando poco para coger prisionero al Archiduque, que se hallaba en una casa cerca de la Cartuja de la Concepción. Mas tan imprudente como inoportuno ardor ocasionó la pérdida de la batalla, pues muy separada el ala derecha del centro, encontröse éste sin apoyo al seguir á su vez el movimiento de avance y pasar también el barranco de la Muerte para atacar á la infantería alemana. Esta se mantuvo firme en su puesto; y como al mismo tiempo el inglés Stanhope se arrojaba con tropas de su nación sobre el ala izquierda borbónica, consiguiendo destrozarla, no se cuidó de perseguir á los fugitivos, sino que acometiendo el centro, que combatía muy flojamente, lo arrolló y desordenó tambien poniéndolo en dispersión, y el barranco de la Muerte se llenó de multitud de cadáveres de los que caían bajo el nutrido y certero fuego de la infantería imperial ó acuchillados por la caballería. Pasaron de 4.000 los muertos y heridos que dejaron en el campo las tropas derrotadas, apoderándose el vencedor de 5.000 prisioneros, 33 piezas de artillería, 89 banderas y estandartes con multitud de efectos de guerra; sólo pudieron salvarse unos 8.000 hombres que con el marqués de Bay se refugiaron en las montañas de Soria. El Archiduque entró el 21 en Zaragoza yendo á dar gracias á Nuestra Señora del Pilar por el triunfo conseguido, y el 26 salió en dirección á Madrid, donde efectuó su entrada el 27 de septiembre.

1604. **Pérdida de la Esclusa** (GUERRA DE FLANDES).—Para distraer á los españoles del sitio de Ostende (V. 20 SEPTIEMBRE), ideó Mauricio de Nassau intentar la conquista de la Esclusa (Sluis), plaza arrebatada

á los rebeldes por Alejandro Farnesio en 1587 (V. 15 AGOSTO). Para burlar la vigilancia de los realistas, presentóse Mauricio inopinadamente ante Maestricht, sobre la que disparó algunos cañonazos y tomó después de improviso la dirección de la Esclusa, sentando sus reales en la frontera isla de Cadzand, desde donde trasladó al islote de la Esclusa (1) todo su ejército, compuesto de 15.000 infantes y 3.000 caballos, poniendo sitio al fuerte de Isendick, después de ocupar los reductos de San Felipe y Santa Catalina. D. Luis de Velasco pudo reforzar la guarnición, que mandaba el maestre de campo Mateo Serrano, con 1.500 alemanes, lo cual no fué obstáculo para que el Príncipe se apoderase del reducto de Santa Ana y fuerte de San Jorge, con lo cual quedó la plaza desde este momento estrechamente bloqueada. El marqués de Spinola trató de socorrerla de orden del archiduque Alberto, avanzando con 6.000 infantes, 2.000 caballos y 10 piezas hasta Middelburg, desde donde, dividiendo las tropas en dos trozos, vanguardia y grueso, puesta la primera á las órdenes de D. Alvaro Suárez, intentó ponerse en comunicación con los sitiados; pero rechazado por el enemigo, muy superior en número, y reducidos al último extremo los defensores por la falta de vituallas, se vieron en la necesidad de rendirse, saliendo el 20 de agosto con todos los honores de la guerra, pero tan macilentos y debilitados, que en el corto trayecto de dos leguas que hay entre la Esclusa y Damme, cayeron muertos de inanición más de 60 soldados. Con la plaza se perdieron 11 galeras armadas y 100 piezas de artillería. Esta conquista hizo grande honor á Mauricio por las muchas dificultades que tuvo que vencer; pero á no ser por el hambre no se habría rendido tan pronto la Esclusa.

1813. **Sitio de Acapulco** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).

—El 6 de abril emprendió el cura Morelos el sitio de la importante plaza de Acapulco, defendida por más de 90 piezas de artillería, intimando la rendición á su gobernador D. Pedro Vélez. Las fuerzas insurgentes no llegaban á 2.000 hombres, que divididos en tres columnas ocupaban las alturas y puntos principales que rodean la ciudad y el castillo, y el 12 al anochecer fué entrada aquella entregándola al saqueo, siendo tanto el desorden por la indisciplina y embriaguez de los rebeldes, que toda la gente de Morelos habría sido desbaratada muy fácilmente si la tropa del castillo hubiese hecho entonces una salida. Para apoderarse de dicho fuerte se quemaron las casas colocadas á su alrededor, limitándose al

(1) La topografía de esta parte de Holanda ha variado completamente desde aquella época.

bloqueo por carecer los sitiadores de artillería de batir, pues no disponían más que de algunas piezas de campaña; pero aquél resultó ineficaz, porque los sitiados recibían auxilios de la isla Roqueta, dos leguas distante de la costa, donde había una corta guarnición. Morelos quiso quitar á los del castillo este recurso, ocupando dicha isleta, lo que llevó á cabo el coronel D. Pablo Galiana, en la noche del 9 de junio, haciendo prisioneros á los realistas. La llegada del bergantín español *San Carlos*, con víveres para los sitiados, prolongó algún tiempo la defensa; mas se agotaron al fin las subsistencias, las enfermedades no habían dejado en pie más que la gente precisa para el servicio, y teniendo Morelos muy avanzados los trabajos para minar el castillo, se decidió Vélez á capitular el 19, haciendo entrega del fuerte el 20 y con él de 82 piezas de artillería, armas, municiones y pertrechos. Los oficiales europeos quedaron en libertad después de prestado juramento de no volver á tomar las armas durante la guerra, y los 200 hombres que componían la guarnición, americanos en su mayoría, tomaron casi todos partido en las filas de Morelos.

1817. **Toma del fuerte del Sombrero** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE MÉJICO).—Dicho fuerte, llamado así por estar situado en la cordillera de Comanja, en el cerro del mismo nombre, que tenía por terminar en una elevación cónica asentada en el espacio plano que forma la cima, distaba 18 leguas de Guanajuato y 6 de León, contando para su defensa con unos 800 hombres á las órdenes de Mina y 17 piezas de artillería. Encargado de su expugnación el mariscal de campo D. Pascual de Liñán se presentó el 31 de julio delante del fuerte, estableciéndose el brigadier D. Domingo E. Lohaces, coronel de *Zaragoza*, en la altura llamada Mesa de las Tablas, frente á la entrada principal, con 617 infantes de su cuerpo, 448 dragones y cinco piezas de artillería, que puestas en batería rompieron el fuego al amanecer del 1.º de agosto; al Sur la división de Negrete, compuesta de 250 infantes y 384 caballos, con seis cañones, para cubrir los dos senderos que por aquella parte bajaban del fuerte, y al Este el brigadier Ruiz, para impedir á los sitiados tomar agua del arroyo, con 463 infantes de *Voluntarios de Navarra*, 379 dragones y tres piezas; en total unos 1,400 infantes y 1,200 caballos. La división Ráfols, cuya fuerza ascendía á unos 1,000 hombres, estaba encargada de tener expeditas las comunicaciones hasta Guanajuato para el aprovisionamiento de los sitiadores.

En la madrugada del 4 de agosto dieron los realistas un ataque por los tres puntos que parecían menos susceptibles de defensa; pero en todos

fueron rechazados, muriendo gloriosamente el comandante de *Zaragoza* **D. Gabriel Rivas**; Mina se condujo con su acostumbrado valor, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano, y recibió una ligera herida. En la noche del 7 al 8, el caudillo navarro hizo una salida para proveerse de víveres, consiguiendo apoderarse de un reducto; mas acudieron tropas de Negrete, que auxiliadas por dos compañías de *Zaragoza*, mandadas por el capitán D. Antonio la Plana, lograron repeler á los insurgentes, los cuales dejaron en poder de los sitiadores once heridos, que fueron fusilados al amanecer á la vista de sus compañeros del fuerte; y comprendiendo que la rendición de éste era inevitable si no salía él en persona á buscar los auxilios necesarios, lo efectuó en la noche del 8 con algunos oficiales, dejando encargado del mando al coronel Young. A pesar de esto, cuantas veces intentaron el P. Torres ó el mismo Mina introducir socorros en el fuerte, fueron desbaratados; y cada día en mayor apuro los defensores, que carecían en absoluto de agua, trataron de capitular, no accediendo á ello Lifián, pues exigía se rindiesen á discreción. En tales circunstancias, creyó aquél que un ataque enérgico acabaría con la resistencia, máxime estando ya en deplorable estado las fortificaciones, pues derribados grandes lienzos del muro por la artillería, había varias brechas cuyos escombros rellenaban el foso. En su vista, en la tarde del 15 avanzaron con serenidad y denuedo las columnas de asalto, en medio de un fuerte aguacero, llegando hasta el foso; mas fueron rechazados dos veces, teniendo que retirarse con muchas pérdidas (1). Una de las últimas balas de cañón que tiraron los sitiadores separó la cabeza de los hombros al coronel Young. Perdida toda esperanza, y no pudiendo sostenerse ya más tiempo, su sucesor el teniente coronel Bradburn decidió evacuar el fuerte en la noche del 19, después de clavar é inutilizar toda la artillería, armas y municiones. Emprendida la marcha á las once, abandonando enfermos y heridos, que á voz en grito pedían acabasen con ellos, sabiendo la suerte que les aguardaba, la indiscreción de las mujeres que imprudentemente se dejó ir á la cabeza de los fugitivos, hizo fuesen éstos descubiertos; acudieron los realistas y rompieron el fuego sobre la multitud, en la que

(1) Tuvo *Zaragoza* 119 muertos y heridos; entre los primeros el capitán don **Juan Porteli**, el teniente **D. Melchor Micolalde** y los subtenientes don **Ramón Cañardo**, **D. Manuel Fernández Parrado** y **D. Pedro Campomanes**, y herido su coronel Lohaces, con tres capitanes, ocho tenientes y seis subtenientes. *Navarra* experimentó 67 bajas. Por la mañana había muerto de bala de cañón, estando en su tienda, el teniente coronel de *Zaragoza* **D. Manuel Sactor**, quedando herido por el mismo proyectil el primer ayudante D. Pedro de Ugarte.

se produjo gran confusión, tratando unos de volver al fuerte y otros de escapar; algunos lo consiguieron en número de 50 escasamente, siendo los demás acuchillados por la caballería de D. Anastasio Bustamante. Los que regresaron al fuerte no pudieron ya defenderse, y en la mañana del 20 entraron en él sin resistencia el general Litán y las compañías de cazadores de *Zaragoza* y *Navarra*. Los heridos y enfermos fueron en el acto pasados por las armas; los restantes, en número de 200, se emplearon en destruir las fortificaciones y después fueron fusilados también, sin perdonar más que á las mujeres y los niños.

1863. **Episodio de la guerra de Santo Domingo.**—Al estallar de nuevo la insurrección dominicana en agosto de 1863, regresaba el 20 á Santiago de los Caballeros su comandante general el brigadier Buceta con una pequeña columna compuesta de 50 infantes de *San Quintín* y 17 caballos del escuadrón de *Africa*, por haber tenido noticia el día anterior de los tristes sucesos de Guayubín (V. 18 AGOSTO). Acometida aquella corta fuerza por numerosos insurrectos, se batió valerosamente, experimentando muchas bajas, y los demás individuos de la columna viéronse obligados á dispersarse para poder substraerse al encuentro de sus enemigos. Errantes por el monte, dieron en una emboscada y cayeron en poder de aquéllos el capitán de artillería **D. Ramón Alberola**, el médico de *San Quintín Merino* y cuatro jinetes de *Africa* (1). Entonces ocurrió una escena digna de perpetuarse en la memoria de todos los buenos españoles (2). El titulado general Gaspar Polanco, jefe de los dominicanos, propuso á **Alberola** hacer traición á la bandera de su patria, diciendole: *Si quieres salvar la vida y convertir la desdicha que ahora te abruma en gloria y triunfo, vente con nosotros; serás el general de nuestra artillería*. Desarmado **Alberola**, no pudo contestar al insulto de aquel miserable mas que rechazando con la mayor indignación y energía propuesta tan infame, y devolviéndole toda clase de injurias. Furioso Polanco, blandió el machete y arrojándose sobre el heroico oficial, puso término glorioso á su vida, coronada por tan alta prueba de valor y patriotismo. El mismo fin y por igual motivo tuvieron el médico **Merino** y demás compañeros de infortunio, asesinados alevosamente por los insurrectos, siguiendo el ejemplo de su jefe.

1875. **Notable marcha estratégica de Olot á Puigcerdá** (GUERRA CARLISTA).—Durante el sitio de la Seo de Urgel, trató Saballs

(1) Salvóse el teniente de *San Quintín* D. Braulio Ordóñez, que iba con ellos, por haber caído al suelo con el caballo que montaba, recibiendo una fuerte contusión en el pecho que le dejó sin sentido. Los insurrectos, creyéndole sin vida, no hicieron caso de él y así pudo librarse de la desdichada suerte de sus compañeros.

(2) Gándara.—*Anexión y guerra de Santo Domingo*.—Tomo I, pág. 317.

de aprovechar la reunión de fuerzas catalanas y aragonesas para acudir en auxilio de la plaza, dirigiéndose con unos 6.000 hombres desde Torelló hacia Ripoll y la Cerdaña, con el objeto de cortar la comunicación de los sitiadores en Puigcerdá, su base de operaciones y centro de abastecimiento, poniendo así en gravísimo apuro al ejército liberal. El general D. José Arrando, que se encontraba en Olot con su columna (un batallón de *América*, los dos de la *Lealtad*, cazadores de *Madrid*, *Tarifa* y *Llerena*, dos escuadrones de *Tetuán* y *Arlabán* (hoy *Reina*), una compañía de ingenieros, y la batería de montaña del capitán I). Vicente Correa (1), tuvo confidencia de dicho intento, y queriendo anticiparse á su temible enemigo, que tenía ocupados los puertos de la sierra de la Magdalena, salió de dicha villa en la madrugada del 20 de agosto, sin previo aviso, ni racionarse las tropas por el sigilo que exigía la operación, y marchando por Capsech y San Salvador de Vianya, situadas en el pintoresco valle del mismo nombre, ocupó el formidable Coll de Capsacosta sin más que un ligero tiroteo de la vanguardia con las fuerzas carlistas que acudían precipitadamente por la sierra para defender el paso al abrigo de las trincheras que tenían construídas de antemano en aquella excelente posición. Ya en la cuenca del Ter, continuó la marcha por las inmediaciones de Camprodón, villa declarada neutral, donde tenía el enemigo su depósito de prisioneros (2), y por Llanas y San Martín de Vilallonga subió á la áspera sierra de Coma de Vaca, estribación de los Pirineos que se eleva á 2.800 metros sobre el nivel del mar y forma la divisoria del Ter y del Freser, para vivaquear en aquella elevada planicie, encima de Setcasas, donde tiene su nacimiento el primero de dichos ríos, á dos kilómetros de la frontera. El soldado, á pesar del hambre, del cansancio y del frío, vestido con la chaquetilla de verano y sin leña para calentarse, sacó partido de estas penalidades y privaciones para demostrar su acostumbrado buen humor.

Más larga y penosa todavía fué la jornada del día siguiente 21. Al amanecer se emprendió la marcha bajando al santuario de Nuria, que está á 2.000 metros de altitud, para remontar de nuevo los Pirineos por el Puigmal y luego por el Coll de Lladres y sierra del Cadí á ocupar las alturas del Coll de Tosas, divisoria del Freser y del Segre; y después de andar casi toda la noche, atravesando varias veces la frontera por no ha-

(1) Pertenecía á ella como teniente el autor de estas líneas.

(2) Había entonces unos 300 que pudieron contemplar desde el lugar de su cautiverio á sus compañeros de armas con la ansiedad y emoción que es fácil imaginar, bajo la amenaza de ser fusilados si los liberales hacían además de penetrar en Camprodón.

ber camino alguno más que sendas poco marcadas, imperceptibles con la oscuridad de la noche, sin otro alimento que agua en abundancia, llegaron aquellas sufridas tropas á Puigcerdá en la madrugada del 22, consiguiendo Arrando su objeto de ocupar la Cerdaña antes que Saballs, el cual, al ver no podía oponerse al movimiento de su contrario, retrocedió el mismo día 21 á á San Quirse de Besora y Torelló.

Esta notable marcha se considera como una de las operaciones más hábiles de la guerra carlista, habiendo atravesado la división Arrando, compuesta de más de 5.000 hombres, un terreno rara vez frecuentado por tropas, pudiendo así librar al ejército sitiador de la Seo de Urgel del grave peligro que le amenazaba.

Día 21.

1520. **Heroica defensa de Medina del Campo** (GUERRA DE LAS COMUNIDADES).—Rechazadas las tropas imperiales que al mando del alcalde Ronquillo habían acudido á Segovia para dominar la insurrección, pidió aquél á Medina del Campo la artillería que se guardaba allí; mas conociendo los habitantes de dicha villa el objeto á que se destinaba, se negaron á entregarla, por lo cual marchó contra ellos el general Fonseca para castigarlos y apoderarse de ella por la fuerza. A la aproximación de las tropas reales, no titubearon los medineses; y decidiendo resistirse con la mayor energía, ocuparon y se fortificaron en todas las calles que desembocan en la plaza, batiéndose vigorosamente con las tropas de Fonseca. Reducidos por éste al recinto de la plaza, donde tenían la artillería, juraron todos que antes perecerían ellos y sus familias, que consentir sacasen los realistas un solo cañón, destinado como estaba á batir á sus hermanos de Segovia. Irritado Fonseca por tan heroica y tenaz resistencia, mandó incendiar la población, y mientras ardían manzanas enteras, pues se quemaron hasta 800 casas, viendo impávidos los valientes medineses, cual otros saguntinos, arder sus moradas, desaparecer sus haciendas y cuanto poseían, y discurrir por las calles á sus mujeres y sus hijos medio desnudos dando horribles lamentos de desesperación, no por esto se inmutaron ni cedieron, antes bien, aumentando su ira, les hacía parecer más esforzados, hasta el punto de desistir Fonseca y Ronquillo de su intento, temerosos de causar la pérdida de gran parte de sus tropas. Aquéllos se retiraron al fin dejando destruída una de las ciudades más ricas de Castilla.

1867. **Acción de Llinás de Marcuello.**—Levantadas en armas algu-

nas fuerzas de carabineros y paisanos mandadas por D. Blas Pierrad y D. Domingo Moriones, que habían atravesado la frontera á mediados de agosto proponiéndose sorprender las Cinco-Villas, fué á tomar el mando de las tropas que contra aquéllas operaban en el alto Aragón el general Manso de Zúñiga, el cual llegó el 21 á Plasencia y salió para Ayerbe y Luesia, mientras los sublevados, unos 560 carabineros, con algunos ex-sargentos de artillería y del *Príncipe* y 60 paisanos, atravesaban el Gállego por Murillo y se dirigían á Llinás de Marcuello, hacia donde se encaminó también Manso con su columna, compuesta de cuatro compañías de cazadores de *Barbastro*, 50 caballos del *Rey* y algunos guardias civiles. A habérse llevado á cabo el plan de Moriones, sumamente ingenioso, la columna del gobierno habría sido probablemente copada por entero; pero mandaba en jefe Pierrad, que dió otras disposiciones en el momento crítico de presentarse aquélla, y el resultado no pudo ser tan decisivo. Esto no obstante, después de un corto combate fueron derrotadas las tropas leales, que tuvieron que retirarse á Ayerbe protegidas por la caballería, al ver caían muertos gloriosamente su general **D. Manuel Manso de Zúñiga** y un capitán de *Barbastro*. Al poco tiempo las fuerzas sublevadas tuvieron que meterse de nuevo en Francia.

Día 22.

1567. **Entrada del duque de Alba en Bruselas** (GUERRA DE FLANDES).—Los disturbios ocurridos en Flandes determinaron á Felipe II á enviar á dichas posiciones tropas españolas, á cuyo frente puso al duque de Alba, quien se despidió de la corte, entonces en Aranjuez, el 17 de abril de 1567, dándole el monarca minuciosas instrucciones, además de amplias facultades para proceder contra los rebeldes. Embarcóse el Duque en Cartagena el 3 de mayo con rumbo á Génova, de donde se dirigió á Asti, revistando en dicho punto el corto pero brillante ejército allí reunido, que tantas glorias iba á conquistar para su patria en aquella región de Europa. Componían la infantería 8.800 soldados de los tercios de Milán ó Lombardía (hoy regimiento del *Príncipe*), Nápoles, Cerdeña y Sicilia (hoy *Africa*) á cargo respectivamente de los maestros de campo D. Sancho Londoño, D. Alonso de Ulloa, D. Gonzalo de Bracamonte y D. Julián Romero, que había llegado á tan alto puesto desde soldado por su valor y mérito. Mandaban la caballería D. Fernando de Toledo, hijo natural del de Alba, y D. Lope de Acuña, con el comisario general don Antonio Oliveros, distribuidos los 1.100 caballos que la constituían en una compañía de arcabuceros y diez de lanzas, á cargo de D. César Dávalos, hijo del marqués del Vasto, D. Lope Zapata, D. Juan Vélez de

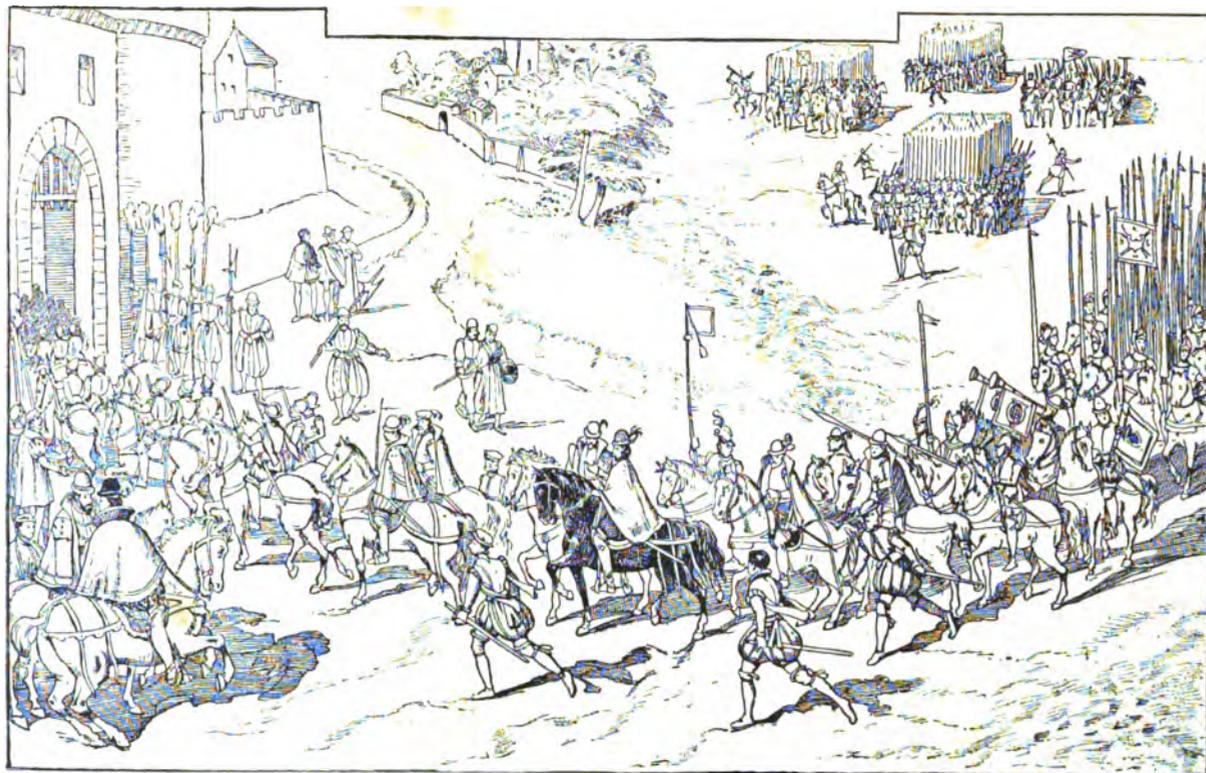
Guevara, los italianos conde Curcio Martinengo, Nicolao Basti y otros oficiales distinguidos. La guardia del Duque se componía de 50 arcabuceros y 100 lanzas, y estaba mandada por Sancho Davila. Ejercían en aquel lucido ejército el cargo de maestro de campo general Chiapino Vitelli; el de general de la artillería Gabrio Cervelloni; el de ingeniero mayor Francisco Pacciotto de Urbino, que dirigió luego la construcción de la famosa ciudadela de Amberes, y el de proveedor del ejército D. Francisco Ibarra, figurando además en la hueste capitanes tan renombrados como D. Bernardino de Mendoza, Camilo del Monte, Cristóbal de Mondragón, Francisco Verdugo y otros no menos valerosos.

Estas tropas partieron del Milanesado el 8 de julio, saliendo de Asti en dirección al Mont-Cenis, con todas las precauciones y reglas con que marcha un ejército en tiempo de guerra por país enemigo, y atravesaron así la Saboya, el país de los Grisones y el Franco Condado, donde fueron reforzadas por 400 caballos, y por la Lorena y el Luxemburgo, incorporadas dos coronellías de alemanes mandadas por el conde Alberico Lodron, llegaron con un orden y disciplina admirables á Thionville, ya en Flandes, efectuando el 22 de agosto su entrada en Bruselas (1).

1634. **Creación del regimiento del Rey, núm. 1.**—Fué organizado como coronellía de guardia real, en virtud del Real decreto expedido con esta fecha, por el marqués de Castrofuerte, D. Felipe de Silva y D. Juan de Castro, siendo su primer coronel el conde-duque de Olivares y de Santúcar. El Rey concedió á este cuerpo numerosos privilegios por Real decreto de 10 de septiembre del mismo año, quedando reducido en 1662 al pie de tercio, conocido por el de los *Morados*, cuyo primer maestro de campo fué D. Gonzalo Fernández de Córdoba. Obtuvo la calificación de *Inmemorial* en 1707, convertido ya en regimiento de *Castilla* por la Ordenanza de 1704, y en 1766 recobró su nombre del *Rey*, siendo disuelto en 1823 con todo el ejército constitucional. Se organizó de nuevo el 23 de abril de 1824 con igual denominación. Tenía por sobrenombre *El Freno*.

1633. **Lamentable destrucción de una escuadra española (GUERRA CON FRANCIA).**—Hallándose el almirante D. Lope de Hoces en la Coruña con 12 navíos, recibió orden de reunirse con la armada de la costa de Cantabria, á cargo de D. Francisco Mejía, para acudir en socorro de la plaza de Fuenterrabía, sitiada por los franceses; mas antes de que pudiese llegar á ella se presentó la armada del arzobispo de Burdeos,

(1) Episodio que representa la lámina XXVII.



ENTRADA DEL DUQUE DE ALBA EN BRUSELAS

(Copia de un grabado en cobre de Hogenberg)

compuesta de 50 bajeles, y D. Lope de Hoces tuvo que guarecerse en Guetaria. Allí acudió el enemigo, y formando una media luna á la boca del puerto, rompió un vivo cañoneo contra los buques españoles, hasta que aprovechándose del viento que soplaba hacia tierra, trató de quemar nuestra armada con seis naves incendiarias. Al ver el intento Hoces, no pudiendo salir á pelear por su inferioridad y por ser el viento contrario, dispuso desembarcar la artillería y fortificarse en tierra, prendiendo también fuego á los navíos para que los franceses no pudiesen llevárselos. Empezó la destructora tarea con gran prisa por amigos y enemigos, pero con tal confusión y desorden, que no sólo se quemaron los doce navíos sino también gran parte de las tripulaciones y presidio (1), quedando herido de varios astillazos el mismo D. Lope de Hoces, que tuvo que arrojarse al mar y salir á tierra nadando.

1643. **Sitio de Thionville** (GUERRA CON FRANCIA).—Después de la batalla de Rocroy, el duque d'Enghien puso sitio á Thionville, cuya importante plaza sobre el Mosa cubría á Metz y era llave de las comunicaciones con el ducado de Tréveris. Defendían la plaza sólo 1.200 españoles que se sostuvieron con gloria contra 20.000 enemigos, los cuales la atacaron con numerosa artillería, la minaron y asaltaron por fin diferentes veces, siendo siempre rechazados, hasta que después de dos meses de cerco y á los treinta días de abierta la trinchera, muerto el gobernador y las dos terceras partes de los defensores, capitularon los restantes con todos los honores de la guerra.

1863. **Acción de Guayacanes** (GUERRA DE SANTO DOMINGO).—Al tener noticia del levantamiento separatista, salió de Santiago de los Caballeros, en auxilio del brigadier Buceta (V. pág. 738), una columna compuesta de tres compañías de *Vitoria* (280 infantes), 50 caballos de cazadores de

(1) Percieron, lastimosamente abrasados: el general D. Juan Bravo de Hoyos, el almirante de la escuadra de Galicia D. Juan Pardo Osorio, y los de la misma clase D. Alonso de Mesa y D. Pedro de Marquintana; los capitanes de galeones Antonio de Raigada, Baltasar de Torres, Cristóbal de Garnica, D. Gonzalo Novalín, y Pedro Fernández de Cora; los capitanes D. Rodrigo y D. Diego Rubin de Celis, don Diego de Cárdenas y Alonso Fernández Rebellón; los alféreces don Arias Pardo y D. Esteban de Zamora, el piloto mayor Domingo de Encinal y gran número de soldados y marineros.

Africa y dos piezas de montaña, á las órdenes del comandante de dicho escuadrón D. Florentino Martínez. Este, al llegar el 22 á Guayacanes, se enteró del levantamiento general del país y de la casi segura destrucción de la tropa que acompañaba á Buceta, y comprendiendo la temeridad de seguir adelante y aun de permanecer en el pueblo, tomó de nuevo la dirección de Santiago á las cinco de la tarde; mas al llegar á la barranca de Guayacanes, ya al anochecer, encontró al enemigo posesionado de todas las alturas que dominan el paso. Después de varios infructuosos ataques y de algunas tentativas de los insurrectos para apoderarse de las piezas, que tirando á metralla hacían grave daño en sus filas, pudieron los españoles rechazar completamente á sus contrarios, si bien á costa de 47 bajas, habiendo muerto gloriosamente el comandante **D. Florentino Martínez**, el capitán de *Vitoria* **D. Alejandro Robles** que le sucedió en el mando de la fuerza, y el teniente de artillería **D. Valentín Dañoveitia**, quien herido gravemente, continuó el fuego hasta caer sin vida con la mayor parte de los artilleros de la sección que mandaba, distinguiéndose también el ayudante de *Africa* D. Ricardo Balboa y los alféreces de *Vitoria* D. Tomás Betegón y D. Nicolás Astudillo. Puesto al frente de la columna el capitán de *Africa* D. José de los Ríos continuó la retirada, durante la que se presentó á los españoles el brigadier Buceta, saliendo del bosque inmediato con dos soldados, medio desnudo, débil y demacrado y casi completamente desfallecido, lo mismo que sus dos compañeros. Una vez repuesto, tomó el mando de la columna y entró con ella en Santiago al mediodía del 23.

Día 23.

1873. **Heroica defensa de Tortellá** (GUERRA CARLISTA).—Fortificado dicho pueblo, cuyo vecindario era eminentemente liberal y había proporcionado muchos voluntarios á las tropas republicanas, le tenían por tal motivo mucha aversión los carlistas, y á la primera oportunidad que se les presentó, cayeron sobre él desde Prats de Llusanés por Montesquiú, Ripoll y San Juan de las Abadesas, en número de 2.000 infantes, 100 caballos y tres piezas de artillería, mandados por D. Alfonso en persona. Dirigió el ataque Saballs, y aun cuando de los 80 voluntarios que guarnecían el pueblo no había más que 40, por encontrarse fuera los restantes auxiliando la recaudación de contribuciones, se defendieron con gran energía y valor con la cooperación del vecindario todo, exasperando al caudillo enemigo, que mandó incendiar cuantas casas ofrecían alguna resistencia. Refugiados los voluntarios en la iglesia, continuaron allí su heroica defensa, que duró 48 horas, peleando entre las ruinas de sus ho-

gares hasta la presentación, en la tarde del 23, de la columna que acudió en su auxilio desde Caldas de Malavella, mandada por el coronel de *Toledo* D. Julián Udaeta y compuesta de dicho cuerpo, los cazadores de *Arapiles*, 40 caballos y dos piezas, bajo cuya protección avanzaron también 600 voluntarios de Gerona, Figueras y otros puntos, fuerzas que habían acudido también con igual objeto. Completamente destruido Tortellá, fué abandonado por los voluntarios y sus familias, retirándose con la columna liberal, después de pelear todavía ésta en la mañana del 24 con el enemigo, el cual, escarmentado, no se atrevió ya á atacar de nuevo á los republicanos, á pesar de ser muy superior en número.

Día 24.

1528. **Sitio de Nápoles** (GUERRA CON FRANCIA).—Invadido el reino de Nápoles por el ejército francés de Mr. Lautrec (V. 10 FEBRERO), se presentó delante de la capital, estableciendo un rigoroso bloqueo, mientras la armada generosa de Filipin d'Oria guardaba la embocadura del puerto desde su fondeadero del golfo de Salerno. Deseando el virrey D. Hugo de Moncada restablecer las comunicaciones marítimas para que la plaza pudiese ser socorrida, armó las pocas naves que había en el golfo de Nápoles, embarcó en ellas á 1.000 arcabuceros españoles y atacó el 28 de mayo con mejor deseo que prudencia á los buques enemigos, cuya inmensa superioridad numérica ocasionó á nuestras armas una sensible derrota, á pesar del denuedo con que pelearon los sitiados, muriendo gloriosamente en el combate **D. Hugo de Moncada** y quedando prisionero el marqués del Vasto con otros jefes y oficiales. Esta victoria, conseguida á costa de muchas bajas, no mejoró gran cosa la situación de los sitiadores, diezmados por numerosas enfermedades; y queriendo rendir pronto la plaza, estableció Lantrec numerosas baterías contra ella para ver si así conseguía su objeto. Los defensores no estaban menos apurados, pues además de sufrir toda clase de privaciones, particularmente los españoles, tuvieron que sofocar una sedición de los alemanes, los cuales, descontentos siempre, se quejaban á voces de que era malo el pan, poca la carne y no se les daba vino, llegando al extremo de entrar en trato con los enemigos para pasarse á su campo. Afortunadamente para los sitiados, el almirante genovés Andrea d'Oria, descontento con Francisco I de Francia, pudo ser atraído por el marqués del Vasto al partido del Emperador con la promesa de conceder á Génova, su patria, la independencia política y el mando superior de las escuadras del César, con una crecida pensión, y desde entonces cambiaron completamente de aspecto los asuntos de la guerra, molestando diariamente el príncipe de Orange,

sucesor de Moncada, con sus salidas, á los franceses, que á pesar de sus reiterados esfuerzos no pudieron tan siquiera hacerse dueños del fuerte de San Telmó, situado en el monte San Martín, que cubría uno de los lados más vulnerables de la ciudad. El general Lantrec, que con el mayor celo visitaba cada día los hospitales, fué al fin víctima de la peste durante la noche del 15 al 16 de agosto, y el marqués de Saluces, ó Saluzzo, nuevo caudillo del ejército contrario, decidió levantar el cerco, emprendiendo sigilosamente la retirada hacia Aversa en la noche del 24 de agosto, aunque de bien desastroso modo, pues dejó en poder de Orange, que salió en su persecución, su artillería, bagajes y gran número de prisioneros, entre ellos Pedro Navarro, el cual fué encerrado en el castillo del Ovo donde acabó sus días. Saluzzo se refugió en Aversa con los restos de sus maltratadas tropas, y sitiado allí por los españoles, no tardó en sucumbir, suscribiendo una capitulación bastante bochornosa para el orgullo francés. Aquel antes tan brillante ejército tuvo que regresar á su patria sin armas, banderas ni bagajes, y su caudillo, prisionero de guerra, falleció á los pocos días en Nápoles á consecuencia de las heridas recibidas.

1543. **Asalto y toma de Duren** (GUERRA CON FRANCIA).—Dicha plaza, una de las más fuertes de la Gúeldres, estaba defendida por 3.000 hombres escogidos, que al acercarse los imperiales á sus muros el 22 de agosto, pusieron sobre los adarves una bandera mojada en *sangre* y arrojaron un volador de *fuego*, como dando á entender que antes que someterse y rendirse querían pelear hasta morir. Terrible fué el enojo del César y de sus soldados al ver aquel audaz desafío, y cifiendo inmediatamente la ciudad con sus baterías, aparecieron abiertas dos brechas al amanecer del 24, dándose acto seguido la orden de asalto. Españoles é italianos, llenos de noble emulación, cruzan osadamente el foso y acometen con el mayor ardimiento; mas deseando unos y otros ser los primeros, lo efectuaron con algun desorden, siendo por esta causa fácilmente rechazados. Rehechos bien pronto los españoles, de quienes formaba parte el tercio de Sicilia (hoy *Africa*), apoyan sus picas sobre el muro, trepan con ayuda de ellas, llenos de coraje, y coronan la escarpada brecha; sin embargo, no pueden avanzar un paso más por la obstinada resistencia de los sitiados, y el Emperador, al observar aquella detención, manda en su auxilio un tercio de alemanes; entonces, picado el amor propio y el orgullo nacional de aquellos valientes, que consideran afrentoso este refuerzo de tudescos, prodúcese un brillante rasgo de heroísmo. Estaba á la cabeza de los asaltantes el capitán Monsalve, natural de Zamo-

ra, el cual, empujando dentro de la ciudad á un soldado que tenía delante sí, le siguió con la espada desnuda, y arremetiendo intrépidamente, ante aquel ejemplo, los demás soldados próximos, se meten todos cual león furioso por entre las picas y arcabuces enemigos, haciendo el firme propósito de penetrar en la plaza ó morir en la empresa. Los italianos, por su parte, aplican las escalas al muro, entran también en la ciudad y vienen á dar mayor impulso á este esfuerzo prodigioso de sus compañeros de armas, arrollando por todas partes al enemigo. La guarnición toda y muchos habitantes perecieron al filo de las espadas de los vencedores, que entregaron la ciudad al saco y le prendieron fuego. En el asalto habían perecido más de 1.000 oficiales y soldados del ejército imperial.

Episodio.—Al principio del asalto, cuatro alféreces lograron penetrar en una casa pegada á la muralla; pero no siendo seguidos de los suyos y viendo que iban á perecer allí, en lugar de procurar salvarse como podían haber intentado, sólo cuidaron de conservar incólume el honor de su patria, simbolizado en las banderas que empuñaban, arrojándolas al otro lado del muro para que las recogiesen los nuestros, peleando luego heroicamente hasta rendir la vida. Por desgracia, la Historia no ha conservado los nombres de aquellos cuatro héroes, anónimos como tantos otros.

1641. **Sitio de Tarragona** (GUERRA DE CATALUÑA).—La plaza de Tarragona, donde se había refugiado el ejército castellano después de la derrota sufrida en la batalla de Montjuich (V. 26 ENERO), no tardó en verse sitiada por un ejército rebelde mandado por el conde de la Motte, fuerte de 10.000 infantes y 2.000 caballos, que desde Montblanc se presentó frente á sus muros el 29 de abril. Nombrado el príncipe de Butera virrey de Cataluña por Felipe IV en lugar del marqués de los Vélez, corrió á Tarragona á hacerse cargo del mando y activar los preparativos de defensa para el caso probable de que fuese atacada la plaza, como sucedió en efecto. Por entonces recorría ya los mares del Principado una escuadra francesa al mando del almirante Enrique de Sourdis, arzobispo de Burdeos, el cual estableció el bloqueo por mar, se apoderó de varios buques que conducían víveres al Rosellón, y desembarcó en Salou parte de su fuerza, que con ayuda de algunas compañías de catalanes se apoderó de Reus y luego de Constantí, donde estableció su cuartel general el conde de la Motte. Desde entonces apretaron los catalanes el cerco, y comenzando á sentirse en la plaza las angustias del hambre, la escuadra española que mandaba el duque de Fernandina se dispuso el 4 de julio á forzar la línea de bloqueo para introducir víveres en Tarragona, no consiguiendo entrar en el puerto más que algunas galeras, después de un vivo y empeñado combate. Más afortunada en su segundo intento la flota

castellana, realizado con mayores fuerzas el 20 de agosto, consiguió una victoria completa sobre la armada enemiga, que se vió obligada á abandonar aquellas aguas, yendo á refugiarse en Cadaqués. El ejército de tierra no tuvo entonces más remedio que levantar el sitio el 24 de agosto y retirarse á Constantí y á Valls, perseguido por los sitiados, sobre los que cayeron de improviso los tercios catalanes de D. José Dárdena y don Antonio Foit, cogiéndoles parte del bagaje, algunos caballos y 200 prisioneros. El virrey **Príncipe de Butera**, que durante el cerco había sido siempre el primero en el peligro, animando á todos con la voz y el ejemplo, sucumbió el día siguiente 25, salvada ya Tarragona, á consecuencia de la herida que había recibido en la rodilla.

1654. **Sitio de Arras** (GUERRA CON FRANCIA).—El día 3 de julio de 1654 se puso sobre Arras el archiduque Alberto, gobernador de Flandes, con 30.000 combatientes. Dicha importante plaza, ventajosamente situada sobre el Escarpa, se hallaba guarnecida por 2.600 hombres, y muy bien fortificada; así es que fué necesario, para ceñirla completamente, levantar á su alrededor formidables trincheras en un circuito de seis leguas, de más de doce pies de alto y diez de espesor, defendidas del lado de la campiña por un foso de nueve pies de ancho con seis de profundidad, y un reducto á cada cien pasos; varias líneas de pozos de lobo y otras defensas accesorias dificultaban la aproximación de la caballería en las partes más débiles de este inmenso recinto fortificado, en cuyos trabajos se ocupó durante diez días y diez noches consecutivas el ejército todo, además de 12.000 gastadores; y aunque el vizconde de Turena se encontraba á la vista de la plaza con 14 000 soldados, no se atrevió á impedir dichos trabajos, limitándose á molestar y dificultar el abastecimiento de los sitiadores. Mas al fin, habiéndose reunido á Turena el cuerpo que mandaba el mariscal de Hocquincourt, y efectuado por aquél un temerario y audaz reconocimiento de las líneas de los españoles, decidió atacarlas en la noche del 24 de agosto, cayendo sobre ella con 26.000 hombres por la parte de los cuarteles del conde de Fuensaldaña y de D. Fernando de Solís. Los nuestros, poco vigilantes, no se apercibieron de su aproximación hasta que estuvieron los contrarios á 200 pasos de los primeros puestos, por lo cual la resistencia fué débil; y como la infantería francesa llevaba á prevención zarzos y faginas para rellenar rápidamente los pozos de lobo y el foso, pudo penetrar la caballería tras de los infantes, viéndose en un momento invadido el campo de los sitiadores, lo que produjo la confusión y el pánico consiguientes. La total pérdida de los españoles habría sido indudable sin la presencia de ánimo del príncipe

de Condé, que militaba en nuestras filas, el cual, rápido como el pensamiento, reunió la caballería y cayó cual un alud sobre los escuadrones enemigos, algún tanto desordenados, arrollandolos y causando en ellos gran destrozo; mas su ilustre adversario el vizconde de Turena, con igual serenidad, opuso á las victoriosas tropas de aquél algunos cañones cargados de metralla, logrando contenerlas, y Condé se dedicó entonces á cubrir y proteger la retirada, que se efectuó en buen orden, hacia Mons.

1837. **Desastrosa acción de Herrera ó Villar de los Navarros** (GUERRA CIVIL).—La división Buerens, 3.^a del ejército del Norte, se hallaba acantonada en Carriñena como auxiliar del ejército del Centro, cuyo general en jefe D. Marcelino Oraá se encontraba en Zaragoza, trece leguas distante, con parte de las tropas de su mando. Aquella división, después de incorporados un batallón de *Guardia Real* de Infantería mandado por D. Mariano de Arias y el *Provincial de Avila* á las órdenes de D. Hermenegildo de Alcaraz, se componía de nueve batallones y cuatro escuadrones, unos 5.000 infantes y 500 caballos, organizados en dos brigadas, con cuyas fuerzas se dirigió su general el 23 á pernoctar en Belchite para adquirir noticias de la expedición de D. Carlos, averiguando allí que ésta había llegado á Herrera. El caudillo liberal, en lugar de retroceder á Carriñena, según las órdenes que tenía de Oraá para no comprometerse en ninguna operación aislada, fué al encuentro del enemigo en la madrugada del 24, precisamente el mismo día en que Oraá se movía hacia Daroca para ponerse en contacto con las tropas de Buerens y operar juntos atacando á las fuerzas expedicionarias en ocasión propicia (1). El ejército carlista, fuerte de 10.000 infantes y 700 caballos, se concentró en Villar de los Navarros á la aproximación de los liberales, fingiendo retirarse para atraerlos á las ventajosas posiciones que habían ocupado al rededor de dicho pueblo. Al llegar á Herrera, formó Buerens sus tropas en columnas cerradas de batallón, y en disposición tal avanzó por el llano hacia el enemigo, dejando el bagaje en el pueblo, que señaló como punto de reunión en caso de retirada. Empeñó la primera el choque la izquierda de esta línea, formada de un modo bien deplorable, pues no se hizo preceder de líneas de tiradores, ni se ocuparon previamente las alturas de la derecha, ni había reserva de ninguna clase. Una columna for-

(1) Buerens alegó después en su descargo que sólo se había propuesto alojarse en Herrera y esperar se le uniese Oraá, á quien avisó oportunamente; pero fueron interceptados los pliegos y fusilados sus conductores.

mada por las ocho compañías de cazadores de la división, algo adelantada por aquella parte con el fin de obligar á los carlistas á descubrirse, se vió acometida por numerosas guerrillas que fueron rechazadas y aun perseguidas; pero dando en aquel momento la caballería del *Rey*, que cerraba nuestra ala izquierda al mando del coronel Coba, una impetuosa carga, aunque inoportuna y descompuesta, se empeñó imprudentemente y fué acribillada á balazos, lo que la descompuso más, completando su derrota la caballería enemiga, cuyos jinetes cayeron en masa sobre nuestros caballos arremolinados en una estrechura del terreno, arrollándolos y acuchillándolos, así como á los cazadores y al *Provincial de Avila* que acudió en su auxilio, los cuales dejaron en poder suyo bastantes prisioneros. Al propio tiempo, queriendo Buerens compensar por el centro aquel desgraciado principio del combate, dirigió él en persona los regimientos de *Córdoba* y *Navarra*, á las órdenes de sus coroneles D. Cayetano de Urbina y Daoiz y D. Angel Nogués, al ataque de las masas enemigas, que se mostraban ya sin recelo alguno en vista de la ventaja conseguida en su derecha; mas desconociendo el terreno, llegaron los liberales al borde de un profundo barranco, que en vano intentaron atravesar, muriendo allí muchos valientes fusilados á mansalva ó ametrallados por la artillería carlista. Sólo se mantenía con firmeza el brigadier D. Ramón Solano en la derecha con un batallón de la *Guardia*, otro de *Almansa* y los dos del *Príncipe*, apoyados por un corto escuadrón al mando del anciano coronel Castilla y comandante Ansoátegui; pero acudiendo los vencedores del centro é izquierda, no tardaron aquéllos en verse agobiados por fuerzas inmensamente superiores, que les acometieron por todas partes. En vano espera Solano la orden de retirarse (1); no recibéndola, se sostiene cuanto humanamente le es posible, y al ver que herido él y los dos jefes expresados, habiendo experimentado ya crecido número de bajas, iban á perecer todos, encarga al coronel D. Juan Pujol y al teniente coronel mayor del *Príncipe* D. Juan Francisco Alonso, herido también, que formen dos cuadros con los batallones de dicho cuerpo para emprender la retirada hacia la ermita de Herrera. Resisten valientemente una y otra acometida, haciendo morder el polvo á muchos de sus adver-

(1) El oficial encargado de transmitirsla, que era del regimiento de *Córdoba*, no compareció, y como después del combate no se encontró su cadáver entre los muertos ni figuraba su nombre en la relación de prisioneros, es de creer que abandonó cobardemente el campo y á sus camaradas. De ser cierto el hecho, los ayes de agonía de las víctimas inmoladas después por su causa, debieron resonar en su conciencia largo tiempo, quizás todo el resto de su miserable vida.

sarios, entre ellos el brigadier Quílez, un coronel llamado *Manoltn* y el comandante Oteiza, que cayeron heridos de muerte; pero desbaratados enteramente cuando ya las sombras de la noche se extendían sobre aquel campo de desolación y de horrores, sucumbieron al fin cubiertos de gloria, cual los antiguos tercios en Rocroy. Las bajas entre muertos, heridos y prisioneros (1) pasaron de 2.000, no llegándose á reunir á duras penas en Carifena la mitad de la gente que había salido de Belchite en la mañana de aquel día, tan infausto para la causa liberal. Quedaron en poder de los vencedores miles de fusiles, dos piezas de montaña, las cajas de los cuerpos, gran cantidad de municiones, caballos, equipajes, etc. Don Carlos concedió muchas recompensas por el inesperado triunfo obtenido, creando también una cruz de distinción (2).

Episodio.— Los desgraciados prisioneros fueron verdaderamente mártires de su deber, pues á pesar de los inauditos sufrimientos por que pasaron, ni uno solo tomó partido en las filas enemigas, siendo infructuosas las reiteradas ofertas y amenazas de Cabrera, y prefiriendo todos morir, como murieron la mayor parte, á ser traidores á las banderas que juraran. Hacinados en locales reducidos é infectos, y completamente desfallecidos, llegaron algunos infelices soldados al extremo de alimentarse con los restos de sus compañeros muertos, sucumbiendo diariamente otros muchos víctimas de tan cruel tratamiento, de hambre ó de enfermedades, ó fusilados por el más fútil pretexto. Trasladados de un depósito á otro, iban descalzos, medio desnudos ó cubriendo sus carnes con un pedazo de estera, y si su debilidad no les permitía continuar la marcha, eran indefectiblemente rematados de la manera más salvaje; librando de tan desastroso fin á los que pudo, mientras sus fuerzas se lo permitieron, el coronel, teniente coronel mayor del *Príncipe* **D. Juan Francisco Alonso**, llevándolos en hombros, lo mismo á oficiales que soldados, hasta que se rindió á tanta fatiga muriendo de sus resultas. Algunos de los que sobrevivieron á tantas penalidades fueron canjeados, recobrando la libertad el 26 de marzo de 1838; otros más tarde, ya en muy escaso número, siendo tal su postración, que trasladados al hospital militar de Segorbe, fallecieron el mismo día al tomar alimento, á pesar de las precauciones con que se les trató. Sufrieron cautiverio tan cruel, entre otros, el brigadier D. Ramón Solano; el coronel D. Juan Pujol y sus hijos D. Luís y D. Alejandro, del *Príncipe*; los capitanes del mismo cuerpo D. Vicente Cruzado y D. José

(1) De un centenar de jefes y oficiales que próximamente resultaron prisioneros había 82 heridos, muchos de ellos con más de cuatro heridas de bala, bayoneta ó sable.

(2) Estaba formada por un fusil y un cañón, entrelazados con ocho lanzas y cuatro espadas: en el centro una cruzcita, por llamarse el campo donde tuvo lugar el combate *Cañada de la Cruz*; en el reverso una *C* y una *V* y al rededor *24 de agosto*; y entre la corona de laurel que descansa sobre la bayoneta esta inscripción: *Villar de los Navarros*.

Ramón Bootello y el teniente D. Antonio Castro; los capitanes de la Guardia Real don José María Rajoy, D. Simón Vilella, D. Bernardo Magen y D. Antonio Molina, y los alféreces D. Manuel Michelena y D. Victoriano Ametller; el sargento mayor del *Provincial de Avila* D. Hermenegildo Alcázar, y los capitanes D. Lorenzo Contreras y D. Eusebio del Arrabal; el teniente coronel de *Córdoba* D. José Can y Argüelles, el teniente D. Dimas Martínez y el subteniente D. Juan Manuel Martín; el capitán de caballería del *Infante* D. Pedro Navas, etc.

1873. **Brillante defensa del fuerte de Estella.** (GUERRA CARLISTA).—Deseando los carlistas apoderarse de Estella, que habían atacado sin éxito el mes anterior (V. 14 JULIO), se presentaron algunas fuerzas delante de la ciudad el 17 de agosto, no terminadas aún las obras de defensa, y ocuparon fácilmente la Cruz de los Castillos y el barrio de San Pedro, retirándose al fuerte la guarnición, compuesta de una compañía de *Tetuan (Princesa)*, cuatro de *Málaga* y 20 voluntarios, con algunos individuos sueltos de otros cuerpos: en total unos 500 hombres á las órdenes del coronel D. Francisco Sanz, que se había distinguido ya anteriormente en el mismo puesto. Posesionados completamente de la ciudad, entró en ella D. Carlos en la mañana del 18 con los generales Elío, Olló y Doregaray y cuatro batallones navarros, rompiendo el mismo día el fuego sobre el fuerte la artillería establecida en el convento de Santa Clara y palacio del duque de Granada, después de contestar los sitiados al toque de *alto el fuego* de un corneta carlista, con el de *ataque* que dió la banda de cornetas de los liberales, enarbolando al mismo tiempo bandera negra. Como los disparos de los cañones enemigos causaban bastante daño en el fuerte, los defensores se dedicaron á disparar contra los artilleros carlistas, obligándoles así á variar con frecuencia la posición de sus piezas; pero continuaba incesante el fuego, demostrando los soldados, en su mayoría quintos, tanta disciplina como valor y entusiasmo, pues atentos y obedientes siempre á sus oficiales, permanecían serenos en los sitios de más peligro ó sin separarse de las aspilleras aun en los momentos de descanso, y se arrojaban sobre las granadas para quitarles las espoletas, no desmayando un momento á pesar de las muchas bajas y del aparato de los sitiadores para amedrentar á los sitiados, haciendo tocasen á muerto las campanas de la ciudad y las músicas una marcha fúnebre, al mismo tiempo que á grandes voces les amenazaban con no dar cuartel. Además el sol canicular, el incesante trabajo y la mala alimentación produjeron bastantes enfermedades, y en tales circunstancias, inutilizados muchos de los fusiles Berdan con que estaba armada la guarnición, los carlistas dieron fuego á una mina en la madrugada del 24, sin otro resultado que arrojar sobre los tejados y patios del fuerte, gran cantidad de piedras y

troncos de árboles del paseo inmediato, habiendo causado la explosión grandes desperfectos en las casas inmediatas de la calle Mayor. En vista del mal éxito dispuso Dorregaray desescombrar la mina y cargarla de nuevo para asegurar su efecto; por lo cual, siendo inútil el trabajo de contramina empezado por los sitiados, habiendo decaído algo el espíritu del soldado ante el temor de una nueva voladura, convenciónse el bravo coronel Sanz de que no había más remedio que rendirse ó perecer entre los



Agosto 24.—Sitio de Estella.

escombros del fuerte, que había recibido en los ocho días de cañoneo más de 900 proyectiles; y no teniendo noticia de inmediato socorro decidió capitular, como lo efectuó á las nueve de la noche, conviniendo con Dorregaray, bajo palabra de honor, que la guarnición saldría con todos los honores de la guerra, rindiendo las armas, pero quedando en libertad, y que los oficiales conservarían sus espadas y todos los efectos de su pertenencia, *pues oficiales que defienden el honor de sus armas con tanta bravura, dijo el jefe carlista, son muy dignos de esta concesión.* Arengada la guarnición por Dorregaray felicitándola por su denuedo, invitó á dar un paso al frente al que quisiera ingresar en sus filas, pero nadie salió y aquellos fie-

les oficiales y soldados fueron escoltados, hasta Pamplona por D. Rafael Alvarez con dos compañías carlistas (1).

Al día siguiente, el capitán general de Aragón D. José Santa Pau, que había salido de Zaragoza en la tarde del 23 de agosto con cuantas fuerzas pudo juntar, á las que se reunieron otras columnas componiendo un total de 3.000 infantes, 600 caballos y 8 piezas, para acudir en auxilio de Estella, avanzó hasta Allo y después de un ligero combate se retiró de nuevo á Sesma al saber la capitulación de dicho fuerte.

Día 25.

1580. **Entrada del duque de Alba en Lisboa.** (CONQUISTA DE PORTUGAL).—Tomado por asalto el castillo de Cascaes (2) cerca del cual había desembarcado el ejército español del duque de Alba (V. TOMO I, pág. 95), avanzó inmediatamente en dirección de Lisboa y rindió el fuerte de San Julián y el de Cabeza Seca después de un vivo cañoneo, pudiendo ya entrar la escuadra española en el Tajo mientras las tropas de tierra se apoderaban de la torre de Belén, quedando con esto completamente cerradas las comunicaciones marítimas de la capital. El pretendiente portugués, con cuanta gente pudo reunir, se estableció en la orilla izquierda del río Alcántara, ocupando buenas posiciones fortalecidas con trincheras y baterías, y después de un minucioso reconocimiento de la línea enemiga, dió el duque de Alba sus disposiciones para el combate. Al amanecer del 25 de agosto de 1580 avanzó el ejército invasor dividido en tres cuerpos: derecha, formada por los italianos y parte de los alemanes, á las órdenes de Próspero Colonna, apoyándose en el Tajo, cuyo río remontó, marchando á la misma altura, la armada del marqués de Santa Cruz, compuesta de 21 navíos y 60 galeras; centro, bajo el mando inmediato del Duque, constituido por la infantería española y el resto de la alemana; é izquierda que la formaba toda la caballería mandada por don Fernando de Toledo, hijo del de Alba, apoyada por 2.000 arcabuceros españoles á las órdenes de Sancho Dávila, con la misión de pasar el Alcántara y efectuar un movimiento envolvente sobre la derecha enemiga, acometiendo á los portugueses por este flanco. La artillería, dirigida por

(1) El coronel D. Francisco Sanz, valiente defensor de Estella, falleció en febrero siguiente siendo gobernador de la ciudadela de Pamplona, y su viuda é hijas, sin opción á derechos pasivos, quedaron en la miseria.

(2) El capitán general D. Diego de Meneses, gobernador del fuerte por D. Antonio, Prior de Crato, y los principales jefes de la guarnición, fueron decapitados.

D. Francisco de Alava, se situó en las colinas que hay entre el Tajo y la derecha del Alcántara, con el encargo de proteger con su fuego el avance sobre el campo enemigo. Atacadas de frente las posiciones contrarias por el centro y la derecha españoles, arrolló Colonna á los defensores del puente en la segunda acometida, pasando á la orilla opuesta; y como al mismo tiempo llevó á cabo Sancho Dávila con toda felicidad el movimiento ordenado, aquella masa de gente colecticia, en la que había muy pocos soldados, abandonó el campo en gran confusión, entrando los vencedores tras de los fugitivos en los arrabales de la ciudad, que fueron saqueados. El consejo de la ciudad de Lisboa quiso capitular bajo ciertas condiciones, pero el duque de Alba no lo concedió, diciendo á los parlamentarios: *no hay que tratar pacto de ningún género, sino prestar obediencia á S. M. como rey y señor natural, y entregarse á lo que fuese servido hacer de ellos.* Los habitantes se dieron entonces prisa á enviar las llaves rindiéndose á discreción, y el duque de Alba hizo el mismo día su entrada en Lisboa á la cabeza de sus tropas. Los portugueses perdieron 1.000 hombres y 16 piezas de artillería; las bajas de los españoles no pasaron de 100. D. Antonio, que había peleado valerosamente y recibido una herida, se refugió en Santarem con el conde Vimioso después de permanecer oculto en un cañaveral un día entero con agua hasta el pecho, y anduvo luego errante de cabaña en cabaña entre el Duero y el Miño por espacio de siete meses, sabiendo que se había pregonado su cabeza en 25.000 ducados, hasta que al fin pudo evadirse en un barco que le condujo á Calais.

1762. **Sitio de Almeida** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA Y PORTUGAL).—El ejército español de Portugal, auxiliado por la división francesa del príncipe Beauvan, se presentó á primeros de agosto delante de Almeida, plaza bien fortificada que guarnecían 4.000 hombres. Los fuertes exteriores se ocuparon con poca resistencia, después de lo cual se apretó el cerco, estableciendo baterías contra el recinto de la plaza y abriendo la trinchera en la noche del 15 al 16. Iniciado el ataque con un fuerte bombardeo, produjo el incendio en diferentes puntos de la población, y consternados los habitantes con aquel estrago, movieron al gobernador con sus gritos y lamentos á capitular, lo que llevó á cabo el 25 de agosto, quedando la guarnición libre para retirarse á donde tuviera por conveniente. Las tropas borbónicas tomaron posesión de la plaza, quedando en su poder 92 cañones y morteros, 700 quintales de pólvora y gran cantidad de provisiones de boca y guerra.

1812. **Levantamiento del sitio de Cádiz** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—(V. 5 FEBRERO).

1821. **Expedición al Callao** (LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DEL PERÚ).—Evacuada Lima el 6 de julio por el virrey La-Serna, no tardaron en ocuparla los independientes á las órdenes del general San Martín, el cual efectuó su entrada en la capital el 12 del mismo mes (1), y al día siguiente la plaza fuerte del Callao fué sitiada por mar y tierra. Siendo preciso acudir en su auxilio desde el valle de Jauja, á donde se había trasladado el ejército realista, emprendieron la marcha el 25 de agosto 2.500 infantes y 900 caballos de excelentes tropas, con nueve piezas de artillería, á las órdenes del brigadier D. José Canterac, quien llevaba como jefe de Estado Mayor al coronel D. Jerónimo Valdés; y al llegar á Santiago de Tuna se dividió la fuerza en dos columnas que, siguiendo distintas direcciones, debían volver á juntarse en la hacienda de Cieneguilla, á cuyo punto debía bajar directamente el coronel D. Juan Loriga con la caballería, la artillería, el ganado y los bagajes, mientras el mismo Canterac, con la infantería, de la que formaban parte dos batallones del *Infante* y otros dos de *Extremadura*, seguía un rumbo medio entre la quebrada de San Mateo que desemboca á 6 leguas de Lima, y la del Espíritu Santo, más al Sur, por la que realmente pensaba efectuar el descenso de la cordillera de los Andes, y hacia la que se encaminó resueltamente al anochecer, variando de dirección á la izquierda, después de haber demostrado durante el día manifiesta tendencia á efectuarlo por la primera. Mas en aquella horrible bajada, llevada á cabo sin guía alguno, sin camino de ninguna especie, por donde probablemente ningún ser humano había bajado jamás, padeciendo devoradora sed en latitud tan abrasadora, despeñándose hombres y bestias de precipicio en precipicio, estuvo á punto de perecer toda la división, rindiéndose al cansancio y al desaliento, con sus fuerzas completamente agotadas, muchos jefes, oficiales y soldados; afortunadamente, los más animosos, que iban en cabeza con el brigadier Canterac, descubrieron la apetecida agua en el río que toma luego el nombre de Lurín, y socorridos los que se encontraban en peor estado, se reanimaron todos, pudiendo ya reunirse el 5 de septiembre en Cieneguilla, después de terribles angustias y padecimientos (2). Al día siguiente continuó la

(1) El 28 se verificó la proclamación de la independencia.

(2) Los soldados bautizaron aquella famosa bajada con el gráfico y significativo nombre de *quebrada de Arrastra culos*.

marcha hacia Pampagrande, donde tomó posición, esperando le atacase San Martín, que disponía de fuerzas muy superiores (unos 12.000 hombres), sobre las que practicó Canterac un reconocimiento con las compañías de cazadores del *Infante* mandadas por sus capitanes D. Pedro Aznar y D. Pedro Peña, apoyadas por el escuadrón de Arequipa: mas viendo que el enemigo, permaneciendo en su campo atrincherado, no daba señales de querer pelear, practicó algunas evoluciones para engañar á los independientes, pasó á un cuarto de legua de Lima y se dirigió en seguida por Santa Cruz á Bellavista, camino del Callao, á donde llegó el 10 de septiembre, siendo recibidas las tropas leales con grandes demostraciones de entusiasmo, lo que no fué obstáculo para que, once días después, capitulase la plaza en cuanto salió de ella Canterac para procurarse víveres. (V. 21 SEPTIEMBRE).

1885. **Creación del regimiento cazadores de María Cristina, 27 de caballería.**—Fué creado por Real decreto de dicha fecha.

Creación del regimiento cazadores de Vitoria, 28 de caballería.—Como el anterior.

Día 26.

1341. **Conquista de Alcalá la Real** (INVASIÓN DE LOS BENIMERINES).—La llevó á cabo Alfonso XI de Castilla.

1800. **Combate de la Graña** (GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA).—El 25 de agosto de 1800, una escuadra inglesa al mando del almirante Warren, compuesta de 21 buques de guerra, de ellos 7 navíos, y 87 barcos de transporte, conduciendo á bordo tropas de desembarco en número de 13.000 hombres, á las órdenes del general Pultney, trató de apoderarse de la plaza del Ferrol, sabiendo que estaba poco menos que abandonada. Nuestra tradicional indolencia y descuido, inexplicables estando en guerra con la primera potencia marítima del mundo, tenían aquel importante puerto en el más lastimoso estado de defensa: la plaza y los fuertes de la ría sin las tropas necesarias para su seguridad; ni un solo cañón montado; los almacenes desprovistos de armas y de municiones; sin repuesto alguno de víveres; tan solamente y por pura casualidad se encontraba en sus aguas una escuadra española, al mando del teniente general de la armada D. Juan J. Moreno, compuesta de los navíos de 112 cañones *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, que tan desastroso fin habían de tener un

año más tarde (V. 12 JULIO), el *Argonauta*, de 80, el *Monarca* y el *San Agustín*, de 74, cuatro fragatas de 34, un bergantín y una balandra.

Se encontraban todas las autoridades y corporaciones civiles y militares en la capitania general de Marina (1), por recibir ésta en corte con motivo de ser los días de la Reina, cuando el vigía de Monteventoso anunció la aproximación de la escuadra enemiga. Ésta se arrimó á la playa de Doniños, desmanteló y rindió uno de sus navíos el fuerte del mismo nombre, y favorecida por un tiempo bonancible, desembarcó á las cuatro de la tarde en Punta Levadiza, junto á las islas Gabeiras, 8.000 hombres, que se dirigieron á las alturas de Brión para atacar por la gola el castillo de San Felipe, tomado el cual podía penetrar la escuadra en la ría y bombardear casi impunemente la ciudad. Mientras ésta se aprestaba á la defensa, repartiéndose entre el vecindario los pocos fusiles de chispa que había y se cerraba la boca del puerto con una gran cadena dispuesta al efecto, los buques españoles fondeados en la Graña fueron á acoderarse desde la dársena hasta el Seijo para defender con sus fuegos la entrada del puerto; y echando á tierra hasta 500 hombres de infantería de marina y del regimiento de *Asturias*, entonces embarcado, como otros cuerpos del ejército, se formó con ellos una columna, que al mando del capitán de navío D. Juan de D. Topete y los de fragata D. Juan Mesía y D. José Meneses, escaló el monte Brión por la vertiente opuesta á la que los ingleses habían subido, encontrándose cara á cara con ellos ya al anochecer. Los españoles, sin pensar que podían ser muy superiores en número las fuerzas que tenían delante, acometieron con tal decisión á la vanguardia de los enemigos, que sorprendidos éstos con el ataque, y temiendo fuesen más numerosos los nuestros de lo que realmente eran, como también el aventurarse de noche en terreno desconocido, cedieron al empuje de sus adversarios, retrocediendo y suspendiendo la marcha que llevaban hacia el castillo de San Felipe. Unos y otros se mantuvieron en sus posiciones esperando la luz del nuevo día.

Al amanecer del 26 se reanudó el combate. Los defensores habían reunido durante la noche hasta 2.000 hombres de la plaza y sus cercanías, incluso las guarniciones de la escuadra, de cuyas fuerzas tomó el mando el general conde del Donadío, gobernador militar del Ferrol, disponiéndolas en dos líneas; en la primera formaban el centro las compañías de granaderos del *Rey*, *Asturias*, *Guadalajara* y milicianos, y las alas derecha é izquierda los fusileros del *Rey* y de *Asturias*, á las órdenes

(1) Mandaba entonces el departamento marítimo del Ferrol el jefe de escuadra don Francisco Melgarejo.

pas británicas se interpusiesen haciéndola imposible. En los dos días de pelea tuvieron los españoles unas 150 bajas (1).

Entonces trataron los enemigos de apoderarse del castillo de San Felipe, atacándolo por su gola; mas rechazados tres veces consecutivas por el fuego certero de dicho fuerte, de los castillos de San Martín y la Palma, situados en la margen opuesta de la ría, y el de 10 lanchas cañoneras mandadas por el capitán D. Francisco Vizcarrondo, desistieron de su intento retirándose á su campamento de Brión, que abandonaron también á las cuatro de la tarde, sin ánimo para continuar en su empresa, temerosos además de la proximidad de un temporal. Empezado el reembarco, lo llevaron á cabo sin oposición alguna de los españoles, á pesar de lo cual se produjo algún desorden, zozobrando tres botes abarrotados de ingleses, que perecieron casi todos. En la mañana del 27 se dieron á la vela haciendo rumbo á la ría de Vigo, donde no tuvieron mejor fortuna, habiéndoles costado su malograda expedición la pérdida de 1.500 hombres.

El rey concedió á los defensores del Ferrol un escudo de distinción, laureado, que se colocaba en el brazo izquierdo.

1810. **Expedición francesa á Murcia** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Encargado el general Blake del llamado ejército del Centro, compuesto de 14.000 infantes, 1.800 jinetes y 14 piezas de artillería, distribuidos entre Murcia, Alicante, Elche, Orihuela, Cartagena y sus contornos, no tardó en llamar la atención del general Sebastiani (2), el cual, pensando destruir aquel naciente ejército, salió el 18 de agosto de Granada con unos 10.000 hombres y 17 piezas. Informado Blake de este movimiento, preparóse á recibir á su adversario, agrupando la mayor parte de sus tropas en la huerta de Murcia, distribuídas del modo siguiente: la derecha, al mando del brigadier Creagh, en Añora; en el lugar de Don Juan la izquierda, á cargo del brigadier Sanz; y el centro, enlazado con

(1) Murieron gloriosamente el coronel graduado, capitán de granaderos de *Asturias* **D. Severo de Oliver**, el ayudante mayor del *Rey* **D. Miguel Planes**, el cadete del mismo cuerpo **D. Ramón Pardo**, el teniente de navío don **Agustín Matute** y el alférez de fragata **D. Miguel Godoy**; y resultaron heridos los alféreces de navío **D. Manuel Luengas** y **D. Antonio Balzona**; los de fragata **D. Rafael Bambe** y **D. Tomás de Gana**, el comandante del *Rey* **D. Rodolfo Gautier**, los tenientes de *Asturias* **D. José de Zayas** y **D. Andrés Ortiz**, y el subteniente de *Guadalajara* **D. Teodoro San Martín**.

(2) Las fuerzas á sus órdenes ocupaban Granada, Guadix, Baza y Almería.

la izquierda por medio de un molino aspillero y una batería construída en una acequia, en la Puebla, cerca de Alcantarilla, estando encargado de ella el general D. Francisco J. Elío. La caballería, al mando de don Manuel Freire, apostada en la frontera del reino de Granada hacia Huescar, se fué replegando con mucho orden y destreza á la aproximación del enemigo, el cual avanzó con fiadamento hasta Lebrilla, á cuatro leguas de Murcia, desde cuyo punto practicó Sebastiani varios reconocimientos el 26 de agosto con ánimo de atacar á los nuestros; pero viendo su firme actitud y las excelentes posiciones que ocupaban, juzgó más prudente retroceder á Totana y luego á Lorca, para retirarse definitivamente á sus anteriores acantonamientos, sin conseguir otra cosa que fatigar inútilmente á sus soldados haciéndoles marchar cerca de 100 leguas en estación tan calorosa, y aumentar la animadversión del paisanaje por las tropelías que cometieron aquéllos en todas partes.

Día 27.

1557. **Asalto y toma de San Quintín** (GUERRA CON FRANCIA).—El día 3 de agosto de 1557, el ejército de España que mandaba Filiberto de Saboya, se presentó repentinamente delante de la plaza de San Quintín cuya guarnición apenas llegaba á 400 hombres. Avisado el almirante Coligny, corrió á meterse en la ciudad con cuanta gente pudo reunir, atravesando las líneas de los sitiadores, y defendió heroicamente el arrabal, retirándose á la ciudad después de entregado á las llamas, cuando la formidable artillería de los españoles hizo insostenible el puesto. El ejército francés del condestable de Montmorency acudió en auxilio de la plaza; pero habiendo experimentado frente á sus muros una derrota espantosa (V. 10 AGOSTO), los defensores perdieron toda esperanza de ser socorridos, á pesar de lo cual Coligny no quiso rendirse, demostrando una energía ejemplar (1), hasta el punto de conseguir que en tan azarosos momentos se sobrepusieran todos á la penosa impresión de aquel desastre. Los sitiadores se vieron por lo tanto obligados á adelantar sus trincheras y baterías hasta el borde mismo del foso, arruinando con su fuego muchos trozos de la muralla. El día 25, sesenta piezas de artillería se dedicaron á hacer franqueables las tres brechas que había de más consideración entre

(1) Dijo al puñado de valientes que con él defendían á San Quintín: *si me oís decir algo que se asemeje á cosa de rendición, arrojadme al foso por encima de las murallas; si entre vosotros hay alguno que hable de eso, haré otro tanto con él.* El héroe francés cumplió su palabra.

los once portillos abiertos en el muro, y á las ocho de la mañana del 27, día glorioso para Francia, dieron los sitiadores el asalto. El arriesgado honor de atacar la primera y segunda brecha correspondió á los tercios españoles de Cáceres y Navarrete, apoyados por algunas compañías de alemanes y valones; contra la tercera avanzaron 3.000 ingleses y un cuerpo de borgoñones. La guarnición de la plaza, reducida á menos de 1.000 hombres, aguantó firme la embestida en lo alto de las brechas y allí sucumbió heroicamente; su ilustre caudillo, después de haberse preparado para aquel terrible trance con acertadas disposiciones, auxiliado por el ingeniero provenzal Saint Remy, se colocó intrépidamente en la brecha principal decidido á morir con todos los suyos; mas habiendo sido sólo herido, le cogió prisionero un soldado de Toro llamado Francisco Díaz. Los asaltantes se derramaron por las calles cometiendo horrores con los infelices habitantes, en cuyos excesos se distinguieron los alemanes, por lo cual se les mandó desalojar la ciudad; mas al efectuarlo prendieron fuego á las casas, y después se desertaron en gran número, alistándose regimientos enteros en las filas enemigas.

1808. **Episodio de la guerra de la Independencia.**—En la acción de Alfaro, el regimiento de dragones del Rey, extinguido en 1823, puesto á su frente el comandante D. Francisco Ferraz, rescató en una brillante carga la artillería de la división Lazán de que acababan de apoderarse los lanceros polacos, y en premio de su señalada hazaña mereció el honor de desfilar por delante de todo el ejército formado en orden de parada, siendo calurosamente victoreado.

1812. **Entrada de los aliados en Sevilla** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Levantado por los franceses el sitio de Cádiz, fueron tras ellos los españoles que mandaba el general Cruz Mourgeon, á los que se unió alguna fuerza británica á las órdenes del coronel Skerret, después de arrojar de Sanlúcar-la-Mayor á un destacamento enemigo que había quedado allí en observación de los nuestros. El mariscal Soult, siguiendo su movimiento de retirada hacia Murcia, abandonó también Sevilla el 27 de agosto, dejando en ella parte de su retaguardia, la que fortalecida en el reducto de Santa Brígida, fué atacada por los españoles, adelantados hasta Castilleja de la Cuesta, distinguiéndose la vanguardia de éstos puesta al mando del escocés D. Juan Downie (1). Arrojados de allí los

(1) Aquel hombre excéntrico había organizado una legión que llamó de *Leales extremeños*, vestidos como él mismo á la antigua usanza, ceñiendo dicho jefe la espada

f franceses, se apostaron de nuevo en la orilla izquierda del Guadalquivir, junto al barrio de Triana, defendiendo el paso del puente, entablándose otra vez el combate, en el que peleó intrépidamente Downie, pues rechazado dos veces, arremetió solo otra más, saltando á caballo en el puente, pero con la desgracia de ser derribado y caer prisionero con varias heridas; tuvo, sin embargo, la presencia de ánimo suficiente para arrojar á su tropa la espada de Pizarro, que de otro modo habría servido de glorioso trofeo á los imperiales. Estos se metieron en la ciudad por la puerta del Arenal, por donde penetraron también al poco los aliados, huyendo aquéllos en desorden por las de Carmona y Nueva en dirección de Alcalá y abandonando dos piezas, caballos, equipajes y bastantes prisioneros. La caballería de D. José Canterac persiguió algún trecho á los fugitivos, muchos de los cuales tiraron las armas.

1875. **Sitio de los fuertes de la Seo de Urgel** (GUERRA CARLISTA).—El general Martínez Campos, al hacer levantar el 19 de julio á Saballs el sitio que por tercera vez había puesto á Puigcerdá, capital de la Cerdeña, decidió llevar á efecto el proyecto que acariciaba desde que se encargó del mando de Cataluña, de reconquistar la importante plaza de la Seo de Urgel, que tanta fuerza moral daba á los carlistas, operación estudiada de antemano en un notable reconocimiento practicado en abril anterior. Para ello expidió por telégrafo desde dicha villa las órdenes necesarias para que de Barcelona se le enviase á toda prisa el material necesario, parte del cual debía ser transportado por mar á Cette y de allí por Francia á Puigcerdá, y el resto por Vich, Ribas y Coll de Tossas al mismo punto, que le debía servir de base de operaciones en su empresa contra la Seo de Urgel, diez leguas distante. Como estaba ya todo dispuesto, el 21 salió de la capital de Cataluña un convoy á las órdenes del coronel de Estado mayor D. Joaquín Ahumada, cuya marcha protegieron las divisiones Weyler y Arrando, pudiendo llegar sin dificultad alguna á la Seo el 1.º de agosto, arreglado que fué por los ingenieros el camino á la misma para el paso de la artillería. Las brigadas Nicolau y Cathalán acordonaron la plaza el 22 de julio ocupando Alás, Anserall, Arfá, Adrall y las alturas de la Bastida, Navinés y Pla de las Forcas; mas el bloqueo era bastante ineficaz por la gran extensión de las posiciones defendidas por el enemigo, pues además de la ciudad ocupaba la Ciuda-

de Pizarro que la marquesa de la Conquista le entregó como merecido galardón á sus servicios por la causa de la independencia nacional.

dela, el pueblo de Castellciutat, el Castillo y la torre de Solsona, situadas en el prolongado contrafuerte que hay á 1.300 metros de la Seo, no pudiéndose ceñir completamente la plaza hasta que, ocupada la ciudad el 27 é incorporada la brigada Sáenz de Tejada, reunieron las fuerzas sitiadoras un total de 7.000 hombres (1) y se pudo ocupar la población de Monferrer.

Tenía el mando de los fuertes de la Seo el general D. Antonio Lizárraga, antiguo jefe del ejército, que disponía de una guarnición de 1.300 hombres, además de 68 artilleros mandados por el titulado coronel don Francisco Segarra y una sección de ingenieros. Los carlistas, en cuanto se vieron sitiados, procedieron con gran actividad, llegando á poner en batería en los tres fuertes 30 piezas, de las cuales eran cuatro de á 24, cinco de á 12, tres obuses de á 16 y dos morteros de 21, todas lisas, menos dos Krupps de batalla; la existencia de proyectiles era de unos 9.000, de ellos 3.000 granadas; tenían pólvora abundante aunque muy antigua, y había subsistencias para largo tiempo, á excepción de agua de que los sitiados pensaban proveerse diariamente en el Balira.

Lo abrupto y desigual del terreno que rodea los fuertes y ser aquél en su mayor parte de roca, no permitía un verdadero ataque regular; así es que las operaciones del sitio tuvieron que limitarse á la construcción de numerosas baterías para molestar con sus fuegos á los defensores y tomar la loma atrincherada del Cuervo, donde convenía establecer otra batería, que con las de Navines y Monferrer protegiesen la construcción y avance de los ramales de trinchera por la loma de Monferrer hacia la luneta ó Lengua de Sierpe de la Ciudadela, que era la parte más accesible y por donde únicamente se podría dar el asalto en caso de necesidad. Con arreglo á este plan se procedió á emprender los trabajos, y después de dificultades numerosas para conducir las piezas de sitio á las baterías respectivas (2), á las nueve de la mañana del 11 de agosto rompieron el fuego doce cañones rayados de 12 centímetros, dos de batalla de 8, sis-

(1). Contando con las fuerzas sueltas, las que se incorporaron después y la guarnición de Puigcerdá, que protegía la comunicación con la Seo, las fuerzas sitiadoras llegaron á contar 11.200 infantes y 300 caballos.

(2) Todas las que se levantaron durante el sitio, menos dos, las construyeron los mismos artilleros, por no ser suficiente el personal de ingenieros, de los que no había más que dos compañías y media para todas las atenciones del sitio. Las mandaban respectivamente: las dos del Seminario, capitanes La-Chambre y La-Rocha; de las Forcas, teniente Ugarte; de la Princesa, capitán Franch; de Navnés, capitanes González Muñoz y Correa; de Monferrer, capitanes Farrés y Español, y de Ansuila, capitán Fortuny.

tema Krupp, catorce de montaña y los dos morteros de 27 que tuvo que abandonar Saballs cuando su retirada del sitio de Puigcerdá, dirigiéndolo la mayor parte de las piezas al cerro del Cuervo y torre de Solsona para preparar el ataque que dieron á las doce el brigadier Saenz de Tejada, de frente, desde el pie de la ermita de San Marcos por las dos cañadas



Agosto 27.—Sitio de la Seo de Urgel.

del Oeste, con los cazadores de *Cuba* y *Manila*; el coronel Bonanza por el Norte con cuatro compañías de *Barcelona* y otras cuatro de *Arapiles*, y el brigadier Catalán por el Sud, entre la Trubada y la cañada de Ansiula, con cuatro compañías de *Burgos* y otras cuatro del *Príncipe*, logrando posesionarse del Cuervo con escasas pérdidas. Al mismo tiempo, el coronel, capitán de ingenieros D. Luís Pando, se dirigió resueltamente hacia la torre de Solsona con cuatro compañías del *Príncipe*, otras tan-

tas de *Cataluña* y una sección de ingenieros, bajando al foso tres compañías que intentaron aplicar las escalas al muro; pero rotas éstas por las granadas de mano, piedras y aun con los muertos que arrojaban al foso los defensores, permanecieron aquellos valientes con el coronel Pando más de hora y media en tan peligroso sitio, haciendo esfuerzos sobrehumanos para escalar la escarpa, hasta que al fin pudieron algunos soldados penetrar en la obra por una cañonera, y los carlistas corrieron á refugiarse en el Castillo (1). El coronel Bonanza, que tomado el Cuervo acudía en auxilio de sus compañeros, llegó á tiempo de presenciar su triunfo, alcanzado á costa de 10 muertos, 39 heridos y gran número de contusos.

Concentrado el fuego sobre Castellciutat para impedir toda comunicación entre la Ciudadela y el Castillo, se produjo el incendio de la mayor parte del pueblo, por lo que hubo de permitirse saliesen de él todos los viejos, mujeres y niños, á instancias de Lizárraga; y construída otra batería de sacos de tierra en el Cuervo, que se armó con cuatro cañones rayados de 12 centímetros y cuatro de montaña (2), rompieron todas un vivo fuego sobre ambos fuertes, á que contestó con gran energía la plaza, logrando desmontar una de las piezas de 12 de la expresada batería; por el continuo tirar quedaron desfogonadas la mayor parte de las restantes piezas del mismo calibre. El 13 amagó Castells un ataque por la parte de Arabell y Vallestá, siendo gravemente herido en dicho día el bizarro coronel Pando, al practicar desde la torre de Solsona un reconocimiento sobre el Castillo; y el 16 por la noche cayó de improviso el expresado Castells, con tres batallones catalanes y dos aragoneses, sobre la batería y puestos de la sierra de Navinés, haciendo prisionera, en los primeros momentos de la sorpresa, una compañía de la Reserva número 14, y parte de la tercera de la Reserva número 21; mas la serenidad y bizarría de la octava de este batallón (EPISODIO), secundada por el capitán de artillería D. Ramón Correa, que volvió sus piezas de montaña contra el enemigo haciendo un vivo fuego de metralla, contuvieron á los carlistas hasta que acudieron refuerzos, cuando ya se habían agotado casi enteramente las municiones. A pesar de este fracaso, permanecían las fuerzas de Dorregaray y de Castells á la vista de la plaza, esperando se presen-

(1) Componían la guarnición de la torre 50 hombres mandados por D. Miguel Rubí, estando encargado de la artillería el alférez D. Lucas Puerta. De ellos murieron 12 en la defensa, que fué bizarra.

(2) Las demás baterías anteriores quedaron reducidas á cuatro: la de la Princesa, de seis cañones rayados de 12; de Navines, armada con cuatro piezas Krupp y seis Plasencia; de Monferrer con dos de 12, dos Krupp y dos morteros de 27; y la del Pla de las Forcas, que tenía dos cañones Krupp y cuatro Plasencia.

tase Saballs por la Cerdaña, para caer sobre las líneas de los sitiadores, en combinación todas las fuerzas carlistas; mas un rápido movimiento de la división Arrando (V. 20 AGOSTO) desconcertó el plan, y ya desde entonces desistieron los enemigos de todo intento de socorro.

Abierto el 17 un ramal de trinchera, á la zapa volante, desde Monferrer, para avanzar hacia la Lengua de Sierpe de la Ciudadela, se amagó un ataque á dicha obra en la noche del 21; pero el mortífero fuego de sus defensores obligó á los nuestros á retirarse con algunas bajas, habiendo quedado herido el capitán de zapadores D. Salvador Bethencourt. Más afortunada fué la operación llevada á cabo sobre Castellciutat. Habiendo manifestado los desertores de los sitiados, que empezaban á presentarse en bastante número, que en los fuertes se carecía de agua, viéndose obligados los defensores á bajar todas las noches por ella á dicho pueblo, el general Martínez Campos decidióse á ocuparlo para impedir la aguada, acelerando así la rendición de los fuertes, que de otro modo se tardaría en conseguir por la escasez de municiones (1). Dicha arriesgada y honrosa empresa confiése al coronel D. Francisco Monleón, con los cazadores de *Manila*, cuyo mando conservaba á pesar de su ascenso, y una sección de ingenieros dirigida por el capitán D. Estanislao de Urquiza, que acababa de incorporarse procedente del ejército del Centro; estas fuerzas, divididas en dos columnas, á las inmediatas órdenes de dicho jefe y de D. Angel Aznar, ayudante del general Martínez Campos, sorprendieron las avanzadas exteriores y ocuparon á Castellciutat á las nueve y media de la noche, después de un ligero tiroteo, retirándose las dos ó tres compañías carlistas que lo guarnecían, mandadas por el comandante D. Ceferino Escolá. Sin pérdida de tiempo procuraron aquellos valientes atrincherarse y cubrirse en lo posible del violento fuego que se les dirigió inmediatamente desde la Ciudadela y el Castillo, estando muchas casas del pueblo en ruinas y otras ardiendo, y en aquel sitio de honor permanecieron y se sostuvieron con la mayor entereza, aunque sin descanso alguno, casi sin alimentos y sin querer ser relevados, durante treinta y seis horas, sufriendo terrible bombardeo, que acabó de destruir las pocas casas que se conservaban en pie todavía. En la mañana del 23, las guarniciones de los dos fuertes hicieron una salida combinada para recuperar Castellciutat; pero fueron rechazados por los bra-

(1) El día 17 había volado en el puerto de Barcelona el vapor *Express*, cargado de municiones con destino á la Seo, cuyo contratiempo produjo el retraso consiguiente en el envío, pues no eran tampoco muy abundantes las que había en dicha capital.

vos de *Manila*, siendo aquél el último esfuerzo de los sitiados. Acordada una suspensión de hostilidades el mismo día 23, se firmó la capitulación el 26, y por la tarde ocupó una compañía de *Manila* el Castillo, cuyos defensores, que llevaban ya más de veinticuatro horas sin comer ni beber, pasaron con armas á la Ciudadela. Los liberales tomaron posesión de ésta al amanecer del 27, desfilando su guarnición, con todos los honores de la guerra, por delante de las tropas del sitio formadas en batalla, que apoyaban la cabeza, constituida por *Manila* y la sección de zapadores, en la puerta del citado fuerte, para ir á depositar sus armas junto á la batería de la Princesa, quedando prisioneros de guerra el general Lizárraga, el obispo de la diócesis Caixal, 148 jefes y oficiales y 877 individuos de tropa, además de 108 heridos.

Los sitiadores experimentaron la pérdida de 28 muertos, 160 heridos, muchos contusos y 48 prisioneros, habiendo consumido más de 400.000 disparos de fusil y 10.000 de artillería, dirigidos en su mayor parte contra la Ciudadela, que quedó casi enteramente destruida (1), con una gran brecha practicada por la batería del Cuervo (2), y otras en lo demás del recinto. Los carlistas tuvieron unas 200 bajas entre muertos y heridos, é hicieron 4.000 disparos de cañón ó mortero.

Episodio.—La octava compañía del batallón *Reserva núm. 21*, mandada por su capitán D. RAMÓN MAURE, se sostuvo en su puesto con el mayor valor, rechazando tres veces á los carlistas, que llegaron á ponerse encima de la misma trinchera. El enemigo, para conseguir su objeto, hizo dar el toque de *alto el fuego* y la contraseña del batallón; pero aquel bizarro oficial comprendió la estratagema y siguió defendiéndose hasta que, viendo no recibía auxilio ni municiones, las que se le iban agotando, envió al soldado BENITO DE LA CASA, quien se prestó voluntariamente para dar el aviso, y atravesando la línea de guerrillas de los carlistas, volvió al poco rato con una acémila cargada de municiones, pudiendo así su compañía continuar el fuego hasta la llegada de refuerzos.

Día 28.

1285. **Combate naval de San Feliu de Guixols.** (GUERRA CON FRANCIA).—En vista de la crítica situación que atravesaba Cataluña, invadida por los franceses, llamó el rey D. Pedro al almirante Roger de Lauria, que acababa de conquistar la ciudad de Tarento y de reducir casi

(1) No quedó en pie más que el polvorín y un pequeño almacén que á él está unido.

(2) La mandaba el comandante Clavería, conde de Manila.

todo lo que faltaba en la Calabria y no tardó en presentarse en las costas del Principado con 30 galeras sicilianas, acostumbradas á obtener siempre la victoria bajo las órdenes de aquel célebre caudillo. Desde Barcelona, antes que el enemigo tuviese noticia de su llegada, salió en su busca, uniéndose á su armada otras diez galeras catalanas que mandaban Ramón Marquet y Berenguer Mayol, quienes habían tenido que abandonar San Pol, donde se hallaban, por tener noticia iban á caer sobre ellos 40 naves francesas que habían salido de Rosas en dirección á Barcelona. La armada contraria, habiéndose encontrado casualmente con algunas galeras rezagadas de la escuadra de Roger, empezó á darles caza al anochecer del 27, yendo á encontrarse entonces, cuando menos lo esperaban, con el grueso de la nuestra, entablándose el combate entre San Feliu de Guíxols y Palamós antes de la madrugada del 28. Roger de Lauria, según su caballeresca costumbre, apenas divisó al enemigo, le envió una barca armada portadora de su reto, previniéndose en seguida todos á la pelea con gran estruendo de atabales y cuernos marinos: los franceses, bastante desanimados por saber tentan en frente al temido almirante; los sicilianos y catalanes contando como seguro el triunfo de las armas aragonesas. Revueltas unas galeras con otras en medio de la obscuridad de la noche, alumbrados los combatientes tan sólo por la luz de las estrellas, que se reflejaba débilmente en las aguas del mar, daban los nuestros su grito de guerra de ¡Aragón! ¡Sicilia! para conocerse en la lid; mas los franceses, deseando confundir á sus adversarios, daban las mismas voces y repetían las mismas señales, por lo cual, queriendo Roger acabar de una vez, embistió con la proa de su galera capitana contra una provenzal, siendo tan fuerte el choque que le derribó todos los remeros de una banda, arrojándolos al mar, mientras las demás galeras segutan el ejemplo de su caudillo, aumentando la mortandad la ballestería catalana, entonces la más formidable del mundo por su habilidad y acierto en el manejo de su arma. Ante aquel estrago, perdidos ya completamente el ánimo y la confianza de los enemigos, huyó su almirante Enrique de Mar hacia Rosas con cuantas galeras pudo salvar, dejando trece en poder de Roger de Lauria y prisionero Juan Escoto y otros 50 caballeros ó personas de cuenta, con 560 soldados, de ellos unos 300 heridos, que envió á Barcelona con el botín cogido, mientras él perseguía á los fugitivos. Casi tras de ellos entró en el puerto de Rosas, cuyo castillo rindió, apresando otros tres buques con el almirante Simón de Tursi, derrotó antes de reembarcarse á un cuerpo de caballería francesa cuyo caudillo, el conde de Saint-Paul, fué muerto, y entró de igual modo en Cadaqués.

El rey de Aragón manchó tan bello triunfo con un acto de crueldad impropio de su gran corazón, motivado quizás en represalias de los atro-

pellos cometidos por los franceses. Mientras se celebraban en Barcelona fiestas públicas para solemnizar la victoria conseguida, aquél mandó sacar de las galeras á todos los heridos, los hizo ensartar en una maroma y luego atarlos á la popa de uno de sus barcos, arrastrándolos en seguida mar adentro hasta que perecieron todos ahogados. Más inhumano fué todavía con el resto de los prisioneros que no podían pagar rescate, pues les hizo sacar los ojos á todos menos á uno á quien dejó sólo tuerto para que pudiese guiar á sus desgraciados compañeros, atados con una cuerda, y así los envió al rey de Francia (1).

1510. **Desastre de los Gelves (CONQUISTA DE ORÁN).**—A la conquista de esta plaza (V. 16 MAYO) siguió la de todo el reino de Bugía por Pedro Navarro, y la de Trípoli, que fué tomada por asalto (V. 26 JULIO). Desde este último punto salió aquél con su flota y unos 10.000 hombres de desembarco, con objeto de someter la pequeña isla de los Gelves, que era asilo de corsarios, abordándola sin dificultad el 28 de agosto; y echada á tierra la gente que se creyó necesaria, emprendió el movimiento á las diez de la mañana en busca del enemigo, sin provisiones de ninguna especie, ni aun agua, á fin de no embarazar la marcha de las tropas. Esta fué sumamente penosa y difícil por el calor, la hora, tan poco adecuada á la estación y al clima, la necesidad de alimento y el tener que andar constantemente por la movediza arena, teniendo además que conducir á brazo la artillería y las municiones, todo lo cual fué causa de que la sed empezase á hacerse inaguantable, cayendo muchos soldados completamente asfixiados ó desvanecidos. En tales circunstancias, no tardó en iniciarse el desorden y la falta de precaución en la marcha, llegando aquél á su colmo cuando al terminar el arenal se descubrieron algunos pozos de agua fresca y abundante, sobre los que se echaron en tropel los españoles, olvidando toda prudencia. Los moros habían previsto el suceso, y esperaban en aquel lugar emboscados en los olivares inmediatos, de donde salieron con grande algazara en número de 4.000 de á pie y algunos cientos de caballos; y aunque muchos iban sin armas, pronto se hicieron con las de sus enemigos, efectuando terrible matanza en sus filas, sin que los cristianos opusiesen resistencia alguna, con raras excepciones, como fué **D. García de Toledo**, padre del duque de Alba, que al frente

(1) Zurita y otros autores, y siguiendo á ellos Quintana, atribuyen estos hechos repugnantes al mismo Roger de Lauria; pero Balaguer cree más fundada la versión de Desclot, por ser más imparcial y menos adulator del monarca aragonés.

de unos pocos valientes derribó sin vida á muchos de los que le acometían, hasta rendir él la suya, al lado de **D. Alonso de Andrade** y otros capitanes que perecieron también gloriosamente. Perdieron la existencia en tan lamentable jornada (1) de tres á cuatro mil hombres, y los temporales dieron después buena cuenta de gran parte de los que pudieron reembarcarse, siendo muy pocos los que regresaron á Italia de los que componían expedición tan desgraciada.

1585. Fallecimiento de D. Lope de Figueroa.—Nació este ilustre capitán en Guadix, y siendo todavía joven pasó á Italia, donde sentó plaza de soldado hacia el año 1550. Capitán en la desgraciada jornada de los *Gelves* (V. 29 JUNIO 1560) pudo salvar su compañía á costa de quedar cautivo, y andar tres años al remo hasta que fué rescatado en 1564. En este año asistió á la reconquista del Peñón de los Vélez (V. 5 SEPTIEMBRE) donde se distinguió, como también en Córcega, en el asalto del castillo de Istria, y en la defensa de Malta contra los turcos; pasó después á Flandes donde adquirió mucha gloria en la campaña de Frisa, obrando prodigios al frente de 300 arcabuceros para librar al ejército de un grave conflicto, si bien recibió diecisiete heridas. Se señaló del mismo modo como maestre de campo y como general en la guerra de los moriscos, asistió á la batalla de Lepanto donde decidió la victoria (V. 8 OCTUBRE) y á la conquista de las Azores (V. 26 JULIO 1582 y 1583); sirvió todavía en Milán y en Portugal y murió el 28 de agosto de 1585 en Monzón, después de treinta y cinco años de esclarecidos servicios.

1863. Expedición á Puerto-Plata (GUERRA DE SANTO DOMINGO).
—Al tener noticia el general Gándara de que la guarnición de Puerto-Plata, compuesta sólo de 400 hombres de la *Corona*, había tenido que evacuar la ciudad y refugiarse en el fuerte de San Felipe, en vista de la formidable insurrección que de nuevo había estallado en la isla de Santo Domingo en el mes de agosto, envió á dicho puerto, desde Santiago de Cuba, capital del gobierno oriental, cuyo cargo tenía aquél, una expedición de 750 hombres de la *Corona y Cuba*, á las órdenes del coronel de ingenieros D. Salvador Arizón, la que zarpó en la madrugada del 25 en el vapor *Isabel II*, mandado por el capitán de navío D. Casto Méndez

(1) Se dijo de ella en Castilla: *Los Gelves, madre, malos son de ganare*. El cuerpo de D. García fué llevado al reque ó señor de la isla, el cual con gran cortesía escribió algunos días después á D. Hugo de Moncada diciéndole que habiendo entendido que el muerto era pariente del rey de España, lo había guardado en una caja y tenía á su disposición.

Núñez, llegando en la noche del 27 al 28 á Puerto-Plata. Efectuado el desembarco á media noche por detrás del fuerte de San Felipe, se dividieron las fuerzas en tres columnas, al mando respectivamente del teniente coronel Quirós, comandante Escalona y capitán Yarto, y se encaminaron á las dos de la madrugada al cuartel enemigo, que fué ocupado sin resistencia, dirigiéndose después hacia la ciudad, en cuya plaza se habían concentrado los insurrectos. Las columnas de ataque, en número de cuatro, á cada una de las cuales se había asignado una sección de músicos, tambores y cornetas para simular fuerzas de mayor consideración, llegaron por cuatro puntos distintos al expresado sitio, sufriendo el nutrido fuego que se les dirigía desde balcones y ventanas, de cuyas resultas murió el jefe de la expedición, y á una señal convenida, acometieron simultáneamente á los dominicanos al grito de *¡Viva la Reina!* confundido con los acordes de las músicas y bandas que tocaban paso de ataque en los cuatro ángulos de la plaza. Tal espectáculo impuso desde luego al enemigo, que después de una breve resistencia emprendió la fuga más vergonzosa (1). La recuperación de Puerto-Plata, no costó más que la pérdida del malogrado coronel de ingenieros **D. Salvador Arizón** y 23 oficiales é individuos de tropa heridos.

Día 29.

1576. **Sitio de Maestricht** (GUERRA CON FRANCIA).—Desde que los franceses se habían apoderado de dicha plaza, había intentado recobrarla varias veces el príncipe de Orange, aunque siempre inútilmente. Para conseguirlo se unió á este caudillo el duque de Villahermosa, juntando entre ambos un ejército respetable, y cercaron el 7 de julio la ciudad, que defendían 6.000 hombres bajo el mando del catalán Calvo, su gobernador, cuñado de D. José de Margarit, uno de los principales caudillos de la insurrección del Principado contra el Conde-Duque de Olivares. Abierta la trinchera el 19 de julio, el 22 se establecieron las primeras baterías, comenzando los ataques desde el 30. La defensa fué porfiada y heroica en extremo; pues peleando los sitiados sin cesar, dirigidos por su intrépido gobernador, recobraron varias veces las obras exteriores, disputando el terreno palmo á palmo y dejaron el camino cubierto sembrado de cadáveres. Los sitiadores, para lograr su objeto, apelaron al recurso de las minas, que causaron grande estrago; pero las columnas de ataque eran siem-

(1) Se iban diciendo unos á otros para justificar su miedo: *¡Juyamo! ¡juyamo!*
¡que solo é músico vienen ma é quinientos!

pre rechazadas; y habiendo experimentado pérdidas considerables, no se atrevieron á hacer frente al mariscal Schomberg cuando se presentó para socorrer la plaza, levantando en consecuencia el sitio el 29 de agosto. Honra grandemente al príncipe de Orange la magistral retirada que emprendió á la vista del enemigo.

Día 30.

1580. **Fallecimiento de Filiberto de Saboya.**—El ilustre vencedor de San Quintín, uno de los más célebres generales de Carlos I y de Felipe II, había nacido en Chambéry en 1528. Hizo sus primeras armas al lado del Emperador su tío, distinguiéndose por su heroica conducta, no menos que por su sangre fría y su capacidad militar, en Muhlberg, en Renty y en Metz, lo que le valió á los veinticinco años el mando en jefe del ejército, á cuyo frente se coronó con los laureles de San Quintín (V. 10 AGOSTO). Siempre leal á la causa de España, desechó las proposiciones del monarca francés, y Felipe II premió tan digno proceder devolviéndole sus estados patrimoniales, que rigió con gran inteligencia y acierto, como verdadero hombre de gobierno. Era conocido entre sus soldados con el dictado de *Cabeza de hierro*, y murió en Turín, ciudad que había elegido por capital, el 30 de agosto de 1580.

1744. **Episodio de la guerra de Italia.**—En la acción de la Madonna del Olmo, el teniente D. PEDRO PALACIOS, del regimiento de *Valencia*, conquistó una bandera del regimiento de marina sarda.

1836. **Acción de Matillas (GUERRA CIVIL).**—La expedición de Gómez (V. 26 JUNIO), causó gran alarma en la corte al penetrar en Castilla la Nueva, y estimulando al gobierno á echar mano de cuantas tropas tenía disponibles, hizo salir, entre otras, una columna compuesta de dos batallones de la Guardia Real, un escuadrón de coraceros y dos piezas de artillería, al mando del brigadier D. Narciso López, que tan desastroso fin debía tener en la isla de Cuba por su traición á la causa de España, para que obrase en combinación con las fuerzas que perseguían á Gómez. Este, noticioso de la escasa fuerza que conducía su adversario, emprendió al amanecer del 30 la marcha desde Jadraque hacia Bujalaro, donde se había situado López, el cual, al observar al enemigo, se dirigió á Matillas, cerca de Sigüenza, en cuyo punto fué envuelta la brigada liberal por cinco batallones carlistas. Relajado el espíritu militar de los soldados de la Guardia, cual lo estuvo algún tiempo, á consecuencia de los pronunciamientos y sediciones, y mal mandada la columna por su inepto jefe, hizo

una corta y débil defensa, entregando las armas al enemigo los dos batallones en masa, el escuadrón de coraceros (menos cuatro individuos de él, los únicos que lograron escapar), todos los jefes y oficiales en número de 37, y el mismo D. Narciso López. Pocas horas después llegaba al sitio de tan vergonzosa catástrofe, Alaix, que perseguía á Gómez, llenándose de indignación los veteranos que acaudillaba, al ver la cobardía con que se habían portado sus desgraciados compañeros.

1875. **Creación del tercer regimiento de zapadores minadores.**

Día 31.

1546. **Episodio de la guerra de Alemania.**—Durante el cerco de Ingolstadt por los protestantes, un soldado del tercio de D. Alvaro de Sande, llamado MARTÍN ALONSO DE TAMAYO, llevó á cabo un hecho memorable. Algunas compañías de arcabuceros estaban colocadas en una trinchera para contener á la caballería enemiga, con orden absoluta de no moverse nadie de su puesto bajo pena de la vida. Un tudesco, de atléticas formas y gigantesca talla, confiado en el poder de su brazo, se acercaba todos los días al foso á insultar á los españoles, creciendo su audacia al ver que éstos, esclavos de la orden recibida, no contestaban á sus provocaciones. No pudiéndolas tolerar por más tiempo ALONSO DE TAMAYO, quiso escarmentar al soberbio alemán, aun á costa de su vida, que vencido como vencedor tenía la seguridad de perder; y soltando su arcabuz, tomó una pica y á gatas y medio arrastrando por el suelo salió hasta cuarenta pasos de la línea. Avisaron los centinelas á su capitán, quien le mandó llamar; pero el soldado se hizo el sordo y siguió adelante hasta acercarse á su enemigo. Entonces se arrodilló y rezó muy devotamente tres *Ave-Marias*, á lo que creyendo el alemán que se arrodillaba de miedo, comenzó á mofarse de él. Martín Alonso no esperó á más; levantóse, enristró su pica, y embistiéndose reciamente los dos soldados hasta tres veces, á la tercera acometida logró el español introducir la pica por la gorguera del tudesco, derribándole en tierra con toda su mole; saltó en seguida sobre él Martín Alonso, y con su misma espada, que le quitó, cortóle la cabeza, cuyo sangriento despojo llevó, con la espada y una larga bolsa que llevaba en el pecho, á modo de trofeo, al campo de los españoles. Inexorable el Emperador, dispuso fuese en seguida ejecutado el valiente arcabucero; mas intercediendo por él los principales jefes del ejército, otorgó fácilmente el perdón y aun premió su heroica hazaña.

1813. **Batalla de San Marcial (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).**—Pensando los franceses socorrer la plaza de San Sebastián, cruzaron el Bidasoa el 31 de agosto, antes de amanecer, por los vados entre Hendaya y el puente destruido del camino real, que cubría el cuarto ejército espa-

fiol ó de Galicia, á las órdenes de D. Manuel Freire, apostada la tercera división en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en las alturas de San Marcial y la séptima en Irún y Fuenterrabía, formando la primera línea, y en segunda ó reserva una división británica á espaldas de Irún, la división de D. Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta á retaguardia de la derecha, dos brigadas inglesas en la sierra de Aya, y otra portuguesa en unas alturas entre Verá y Lesaca.

Arrollados los puestos avanzados de los españoles, atacaron los franceses con el mayor ímpetu todo el frente de las tropas situadas sobre las alturas de San Marcial, para penetrar por la cañada de Ercuti y apoderarse de la importante posición de Soroya, que fué bravamente defendida por algunos cuerpos, entre ellos el de *Asturias*, del cual murió gloriosamente su joven y esforzado coronel **D. Fernando Miranda**, siendo rechazado el enemigo. En vista de este fracaso, los imperiales echaron un puente volante á un cuarto de legua del camino real, junto al paraje llamado de las Nasas, bajo la protección de la numerosa artillería que tenían plantada en la derecha del Bidasoa, en la altura que lleva el nombre de Luis XIV, y embistieron desesperadamente nuestro centro y parte de la derecha; pero fueron también repelidos y arrojados cuesta abajo por una brigada de la división de D. Juan Díaz Porlier, ayudada del segundo batallón de marina. Entonces dirigieron sus ataques contra la izquierda española, donde una brigada de la división de D. José María Ezpeleta (3.^a) recibió á sus contrarios con serena y firme actitud, á pesar de lo cual consiguieron éstos apoderarse de las barracas de un campamento establecido en una de aquellas cimas; mas acudieron oportunamente D. Juan Díaz Porlier y D. Gabriel de Mendizábal, y arrojándolos sucesivamente de todos los puntos, les obligaron á repasar el río, distinguiéndose en aquella ocasión los regimientos de *Guadalajara*, *Asturias* y la *Corona*, tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa, mandados por D. Juan Ugartemendia, y la segunda compañía del cuarto escuadrón de artillería dirigida por D. Juan Loriga. Al mismo tiempo, otra columna se veía forzada á descender del monte Irachaval, que había ocupado el enemigo en la primera acometida, cruzando el Bidasoa por el vado de Saraburo, no teniendo mayor fortuna las fuerzas que habían pasado el río por los vados superiores. Muy entrada ya la noche y lloviendo sin cesar, no volvieron ya los enemigos á dar señales de vida, permaneciendo dentro de su territorio. Su malogrado intento les había costado 3.600 bajas, según confesión propia,

Fué esta jornada muy gloriosa para los españoles, que experimentaron grandes pérdidas, elevándose según el parte oficial del general Freire á la cifra de 161 oficiales y 2.462 soldados entre muertos, heridos y extra-

viados. Entre los heridos se contaban el general Losada, los brigadieres Castañón y Roselló, y el coronel Laviña; el brigadier jefe de Estado Mayor del ejército D. Estanislao Sánchez Salvador tuvo dos caballos muertos. Los ingleses y los portugueses contaron muy pocas bajas por haber tomado apenas parte activa en el combate. En cambio los franceses, que fueron rechazados de todas partes, debieron de experimentar pérdidas enormes.

Lord Wellington se presentó al final de la batalla y dió después una orden del día tan exagerada é hiperbólica, más propia de la fantasía oriental que del serio carácter inglés, que parecía mejor burla que elogio (1).

1813. **Asalto y destrucción de San Sebastián.** (GUERRA DE LA INDEPENDENCIA).—Después de la batalla de Vitoria (V. 21 JUNIO), no tardaron en presentarse los aliados frente á dicha plaza, pues ya el 26 ocupó el general Mendizábal con ocho batallones las alturas de San Martín y orilla derecha del Urumea, estableciendo el bloqueo, y en su consecuencia los sitiados entregaron á los llamas el mismo día los arrabales de San Martín y Santa Catalina y el puente de dicho río y empezaron á for-

(1) Juzguen nuestros lectores. Dice así la expresada alocución, inserta en *La Gaceta* de Madrid del 19 de octubre de 1813: «Guerreros del mundo civilizado: » aprended á serlo de los individuos del cuarto ejército español, que tengo la dicha » de mandar. Cada soldado de él merece con más justo motivo que yo el bastón » que empuño. Del terror, de la arrogancia, de la serenidad y de la muerte misma, » de todo disponen á su arbitrio. Dos divisiones inglesas fueron testigos de este » original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna por disposición » mía, para que llevasen ellos solos una gloria, que en los anales de la Historia no » tiene compañera.

» Españoles: dedicaos todos á premiar á los infatigables gallegos; distinguidos » sean hasta el fin de los siglos, por haber llevado su denuedo y bizarría á donde » nadie llegó hasta ahora; á donde con dificultad podrán llegar otros, y á donde » sólo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible.

» Nación española: la sangre vertida de tantos cides victoriosos fué recompensada » con 18.000 enemigos y una numerosa artillería que desaparecieron como el humo, » para que no nos ofendan jamás.

» Franceses: huid pues ó pedid que os dictemos leyes; porque el cuarto ejército » español va detrás de vosotros y de vuestros caudillos, á enseñarles á ser soldados.»

No cabe más. Seguramente no necesitaban nuestros valientes soldados de tales ponderaciones para acreditar su acostumbrada bizarría y venir luego el señor Napier con la rebaja, en su *History of the Peninsular War*: ¿lo haría acaso el Lord en *compensación* de las herejías llevadas á cabo aquel mismo día por los cultos y humanitarios ingleses en la infeliz San Sebastián?

tificar el convento de San Bartolomé, en cuyo campanario montaron una pieza de á cuatro, tomando otras disposiciones y procediendo con la mayor actividad. La guarnición consistía en 3.200 hombres, bajo las órdenes del entendido general Rey, y la plaza estaba artillada con 58 piezas: 45 en las diferentes obras y 13 en las baterías del monte Urgull, habiendo además otras 18 en reserva.

El 9 de julio formalizó el sitio el general sir Thomas Graham con la 5.^a división inglesa, una brigada alemana de la 1.^a división y otra portuguesa, componiendo un total de 10.000 hombres; y elegido como frente de ataque el del Este, llamado de la Zurriola, que era el más descubierto y débil, el mismo por donde fué atacada la plaza por el mariscal de Berwick en 1719, empezó la construcción de algunas baterías, dirigiendo los fuegos contra el convento de San Bartolomé y muralla dicha, para abrir brecha entre los cubos ó torres de los Hornos y de Amezcua. Sólo el 17 pudieron los ingleses apoderarse de aquel edificio, completamente en ruinas, pues habían tirado sobre él hasta con bala roja, no abandonándolo sus valerosos defensores hasta que se vieron casi envueltos, después de quedar tendidos 250 de ellos. Contuvo de nuevo á los aliados en su avance un reducto circular, que no ocuparon hasta el 19 por la noche; y avivando el fuego de todas las baterías, en particular de la de brecha, que llegó á hacer en quince horas y media 3.500 disparos con diez piezas de á 24 (1), dejaron perfectamente franqueable una extensión de muralla de 50 metros, derruida por completo, y practicable otra brecha de diez metros de ancho entre la torre de los Hornos y el baluarte de San Telmo. El asalto lo dieron los sitiadores el 25 á la hora de la baja marea, dirigiéndose una columna á escalar el hornabeque de San Carlos y otra á las brechas, por la orilla izquierda del Urumea; pero los franceses, que tenían acumulados al alcance de su mano gran cantidad de proyectiles, dejaron aproximar con admirable sangre fría á sus enemigos, y los recibieron con fuego tan terrible, que, desordenados ya algún tanto en su trabajosa marcha desde las trincheras, bastante distantes, por ser el piso muy pedregoso y resbaladizo, lleno de plantas marinas y aguazales, se acabaron de descomponer, y arremolinadas en el foso y al pie de las brechas las dos columnas, sufrieron miserable estrago y acabaron por huir en la mayor confusión, comunicando el pánico á las demás columnas que debían apoyarlas. Los ingleses, que experimentaron muy cerca de 2.000 bajas, tu-

(1) Fuego tan precipitado no causó en los sitiados, durante el 22 de julio, más que 10 muertos y 27 heridos, á pesar de que algunas granadas contenían más de 400 balines, como pudieron comprobar los franceses con una del calibre de siete pulgadas cuatro líneas, y seis líneas de espesor.

vieron que pedir una suspensión de hostilidades para recoger sus heridos, en inminente peligro de ahogarse por empezar á subir la marea. Los sitiados no tuvieron más que 18 muertos y 49 heridos.



Agosto 31.—Sitio de San Sebastián.

Lord Wellington presentóse al día siguiente de tan desastrosa refriega, y mandó suspender las operaciones del sitio hasta que, habiendo recibido más artillería y municiones, se reanudaron aquéllas el 22 de agosto. El 26, sesenta y tres piezas, distribuidas en ocho baterías (1), rompieron

(1) La núm. III (2-obuses de 8 pulgadas); la núm. IV, armada con seis cañones de á 24, cuatro carronadas de 68 y cinco obuses de ocho pulgadas, y la número IX, con quince cañones de á 24, para perfeccionar las brechas antiguas de la

un fuego destructor, quedando bien pronto la artillería de la plaza reducida al silencio y convertidas poco menos que en escombros la mayor parte de las obras y de los edificios colindantes en una extensión de más de 250 metros. Había llegado, pues, el momento del asalto, que dieron con el mayor brío los ingleses á las once de la mañana del 31 de agosto, dirigiéndose rápidamente las columnas de ataque desde el extremo derecho de la paralela, á lo largo de la playa, á las brechas del baluarte de San Juan; y pocos momentos después, empeñada ya sangrienta contienda por aquella parte, partía una columna portuguesa de la trinchera de la orilla derecha del Urumea, vadeaba el río, y dividiéndose en dos, se lanzaba también al asalto por la Zurriola. La lid, de larga duración, fué sumamente honrosa para sitiados y sitiadores, pues por una y otra parte se peleaba con valor heroico, tirando la artillería inglesa por encima de los asaltantes, y después de tres horas de porfiado bregar, llevaba ya visos de malograrse para los aliados, tal era la bravura desplegada por los defensores, cuando una granada produjo casualmente la voladura de un repuesto de municiones que había inmediato á la muralla, ocasionando gran número de víctimas; y los anglo-portugueses aprovecharon aquellos momentos de estupor para meterse en la ciudad. Los franceses fueron replegándose hacia el castillo de la Mota con el mayor orden, sin dejar en poder de sus enemigos más que 280 prisioneros, la mayor parte heridos, conservando el convento de Santa Teresa. Los aliados experimentaron, según el parte oficial del general Graham, 2.573 bajas (1), entre ellas

muralla del Este y abrir otra en la cara izquierda del baluarte de San Juan; la número V (un mortero de 12 pulgadas y cinco de 10) para tirar detrás de las brechas y contra el castillo, batido también por las núms. X y XIII, de cuatro y seis morteros de 10 pulgadas. Las baterías núms. XI y XII (seis piezas de 18 y siete cañones de 24 y dos obuses de 8 pulgadas) debían abrir brecha en el hornabeque y en la cara derecha del baluarte de San Juan. Después se construyó la batería núm. XIV (cuatro cañones de 24) también contra el frente de tierra.

(1) Con gran sorpresa hemos visto en el estado detallado de dichas pérdidas, que la mayor parte (261 muertos y 1.327 heridos) corresponden á los españoles, y sin embargo, en la relación que del asalto hace dicho general á lord Wellington el 1.º de septiembre en Oyarzún, no menciona tropa alguna española, pues en efecto no tomaron parte en el asalto; estaban á aquellas horas peleando bizarramente en San Marcial, guardando las espaldas de los que tan villanamente asesinaban y destruían á sus compatriotas. Consultado por nosotros el ilustre historiador de esta guerra, general Gómez de Arteche, ha tenido la bondad, que agradecemos, de resolver el enigma, aclarando con los mismos documentos oficiales, que en dicho estado se incluyen también las bajas experimentadas por los aliados en la batalla de San Marcial. Como la cifra correspondiente á los españoles no concuerda con la que inser-

muerto el ilustre ingeniero sir Richard Fletcher, principal trazador de las líneas de Torres Vedras, y heridos el teniente general Leith y los mayores generales Oswald y Robinson.

Los habitantes de San Sebastián esperaban impacientes y alborozados á los que creían sus libertadores, convertidos luego en sus cobardes é inhumanos verdugos. Ansiosos por saludar á los *aliados* y *amigos* de España, se asomaban á ventanas y balcones, y aun salían á su encuentro para agasajarlos, agitando los pañuelos para darles la bienvenida; mas la soldadesca correspondió á balazos á tan afectuosas demostraciones y esta conducta extraña fué triste presagio de los horrores que sucedieron después y cuya sola memoria estremece. Aún no habían los franceses desalojado completamente la ciudad, y ya los vencedores, desentendiéndose de sus valientes enemigos, que tan caro les habían hecho pagar su triunfo, creyeron menos peligroso dar rienda suelta á sus bestiales instintos, asesinando á personas respetabilísimas, violando á mujeres de todas edades y condiciones, entregándose al saqueo y á la rapia, todo con espantosos y repugnantes detalles que encienden el rostro de indignación y de ira. El incendio puso digno remate á obra tan infernal, propia tan sólo de las salvajes hordas de Atila. Y no se diga que estaban borrachos los autores, pues aunque lo estarían como de costumbre los que dieron el asalto, para acrecer su valor, tomaron parte también en dichos escandalosos sucesos otras tropas que vinieron del campamento de Astigarraga sin fusiles para tener más listas las manos, y hasta los empleados en las brigadas acudían con los mulos de la administración á cargarlos de efectos, teniendo también parte en el botín tripulaciones de transportes ingleses surtos en el puerto de Pasajes. San Sebastián quedó completamente destruída, pues de 600 casas que antes contaba, sólo se libraron del fuego unas 40; y quedaron sin recurso alguno, en el mayor desamparo, más de 1.500 familias. Las pérdidas materiales se calcularon en 102 millones de reales (1).

La guarnición acogida al castillo, no capituló hasta el 8 de septiembre (V).

amos en la página 775, tomada del parte oficial del general Freire, creemos que éste debió dar el número total de bajas de los aliados (ingleses, portugueses y españoles).

(1) Lord Wellington, á quien se pidieron explicaciones, calificó el saqueo y los atropellos como consecuencias naturales de la guerra, echando la culpa del incendio á los franceses; mas instruído solemne proceso por el juez D. Pablo Antonio de Arizpe en averiguación de las causas de aquel triste suceso y de la conducta de las tropas británicas y portuguesas, resultó todo lo contrario. Dicho proceso lleva la fecha del 20 de noviembre de 1813.

1839. **Convenio de Vergara** (GUERRA CIVIL).—Cansados los pueblos de las provincias del Norte, y los mismos soldados de D. Carlos, de tan larga guerra, hacía ya algún tiempo se habían entablado negociaciones para hallar una fórmula de avenencia, aprovechando el general Espartero la excisión que estalló por tal motivo en el campo carlista, para seguir internándose resueltamente en Vizcaya y hacer más necesaria la paz. El caudillo liberal llegó á Durango el 22 de agosto, después de atravesar las fuertes posiciones de San Antonio de Urquiola, dirigiéndose el general Maroto á Elorrio. El general carlista D. Simón de la Torre, que se encontraba en Marquina, al frente de la división de Vizcaya, tuvo el 24 una primera entrevista con aquél en Durango, al mismo tiempo que el brigadier D. Juan Zavala iba á Elgueta á conferenciar con Maroto, y en la mañana del 25 se avistó éste con Espartero en Abadiano junto á la ermita de San Antolín, en la casa del guarda de ésta, acompañado el primero del general D. Antonio Urbiztondo, jefe de los batallones castellanos, y el segundo del brigadier Linage, su secretario, y del coronel Wilde, comisionado del gobierno británico en su cuartel general; mas las negociaciones se rompieron por exigir los carlistas la conservación de los fueros de las Provincias Vascongadas, lo que estaba fuera de las atribuciones del Duque de la Victoria, y éste se preparó para continuar al día siguiente las operaciones de la guerra. A pesar de esto, pudo convencerse D. Carlos, en la revista que pasó el mismo día 25 á sus tropas en Elgueta, de que su causa estaba perdida, y precipitándose los acontecimientos, el mismo Maroto, que en su lealtad había tratado de interesar á su rey en la avenencia, luchando siempre con encontrados sentimientos (1) acabó por enviar á Espartero desde Villarreal de Zumarraga un parlamentario, aceptando las bases de la conferencia de Abadiano, precisamente cuando se disponía á defender con su ejército las posiciones del alto de Descarga contra los liberales, que habían avanzado por Elgueta hasta Vergara y Oñate (2), saliendo los habitantes de los pueblos á su encuentro al grito entusiasta de ¡viva la paz! En su consecuencia, pasaron en la mañana del 29 á Oñate los generales La Torre y Urbiztondo,

(1) Influyó poderosamente en tal determinación el general La Torre, quien impulsado por la idea grande y generosa de devolver la paz á su patria, llegó hasta el extremo de imponerse á Maroto con su energía. A él corresponde pues gran parte de la gloria de tan importante suceso histórico.

(2) Dicho parlamentario, que era el coronel D. Roque Linares, encontró á Espartero cerca de Oñate; mas éste no quiso recibirle hasta llegar á dicho punto, diciendo que no escuchaba parlamentos en marcha.

el brigadier D. Antonio de Iturbe, el coronel D. Manuel de Toledo y el auditor general Lafuente, y en una brevísima conferencia quedó ajustado el convenio, sin intervención de extranjero alguno, ratificado solemnemente dos días después en los campos de Vergara, reconociéndose por él los grados, empleos y condecoraciones de todos los generales, jefes y oficiales del ejército que mandaba Maroto, compuesto de las divisiones castellana, vizcaína y guipuzcoana, sin perjuicio de hacer lo mismo con las divisiones navarra y alavesa, si aceptaban el convenio.

A las ocho de la mañana del 31 de agosto, día para siempre memorable en los fastos de España, el general D. Antonio Urbiztondo desfilara al frente de la división de Castilla (seis batallones, tres escuadrones y dos piezas de artillería) por delante de las tropas constitucionales, haciéndose mutuamente los honores de ordenanza. Colocada después entre dos divisiones del ejército de la Reina, fué arengada con sentidas y calorosas frases por el duque de la Victoria, el cual alcanzó en esta ocasión la mayor de todas, y después, estrechando entre sus brazos al general Maroto, dijo en alta voz con acento solemne y conmovido: *Abrazaos todos, hijos míos, como yo abrazo al general de los que fueron enemigos nuestros.* El entusiasmo de jefes, oficiales y soldados de ambos ejércitos, hijos todos de la misma patria, fué entonces indescriptible, y los mismos que días antes chocaban entre sí con febril saña para darse la muerte, depuestos ahora los rencores de seis años, se precipitan unos en brazos de otros, y se buscan anhelosos los antiguos compañeros y amigos, separados tanto tiempo en opuestos campos por sus ideas políticas. La llegada de la división vizcaína aumentó la general alegría, efectuando su presentación en Vergara dos días después la división guipuzcoana.

La disolución del campo carlista era ya un hecho, estallando por todas partes graves desórdenes, pues el general Guibelalde y D. Basilio García, tan fieles servidores de su rey, llegaron á ser puestos en capilla y aun sacados al campo para ser pasados por las armas, pudiendo salvar sus vidas como por milagro. No tuvo tanta fortuna el general D. Vicente González Moreno, *el de Málaga*, que fué cosido y muerto á bayonétazos en Vera, en presencia de su desgraciada familia. D. Carlos tuvo que abandonar á Tolosa, donde entró el duque de la Victoria el 7 de septiembre, dirigiéndose aquél al Baztán, errante y fugitivo, con muy pocas fuerzas, pues unos batallones se presentaron y otros se disolvieron espontáneamente, abandonados por sus jefes, y cuando se aproximó el caudillo liberal á Elizondo, el desdichado príncipe, cuya ambición había hecho derramar tanta sangre, se apresuró á meterse en Francia por la parte de Urdax, el día 14, seguido de 3.500 de sus partidarios, después de un ligero combate, en el que se distinguieron los húsares de la *Princesa*, pues-

to á su frente su valiente coronel el brigadier D. Juan Zavala, elevándose á unos 8.000 hombres el número de los que por aquellos días pasaron la frontera por diferentes puntos.

El 25 de septiembre, en que capituló el castillo de Guevara, único fuerte que conservaban los carlistas, reinaba la paz más completa en todas las Provincias Vascongadas y Navarra (1).

1864. **Defensa de Puerto-Plata** (GUERRA DE SANTO DOMINGO).— Recuperada la ciudad de Puerto-Plata (V. 28 AGOSTO), que era una de las mejores de la isla y tenía entonces 6.000 habitantes, cuya mayor parte habían abandonado la población situándose en las cumbres inmediatas, desde donde hostilizaban á las tropas, no tardó en ser evacuada de nuevo por éstas replegándose al fuerte, y el 4 de octubre estalló un incendio, que no pudiéndose dominar por ser todas las casas de madera, redujo la ciudad á cenizas, sin que se salvaran más que tres edificios próximos al fuerte, cuya circunstancia se aprovechó para fortificarlos á modo de blockaus. La guarnición, compuesta de un batallón del *Rey* (hoy *Alfonso XIII*), dos de la *Corona*, algunas compañías de *Cuba* y fuerza de artillería é ingenieros, bajo las órdenes del gobernador, brigadier D. Rafael Primo de Rivera, se vió desde entonces estrechamente bloqueada, cuya situación se prolongó cerca de un año, librándose durante este largo período frecuentes combates en los que se distinguieron, entre otros, el coronel D. Agustín Jiménez Bueno y el comandante D. Ramón Portal, de la *Corona*, el capitán D. Julián Hermida, el teniente de *Cuba* **D. Ricardo González**, joven de dieciocho años, muerto gloriosamente, y el paisano voluntario catalán Martín Faix, que en una salida logró apoderarse de una pieza de artillería de los insurrectos. Puso término á situación tan angustiosa el general D. José de la Gándara, jefe superior de la isla, quien organizó en Monte-Christi una expedición compuesta del 5.º batallón de infantería de marina, otro del regimiento de *España* (hoy *Cuba*), los de cazadores de *Isabel II* y *Unión*, una batería de montaña sin ganado y una compañía de ingenieros, cuyas fuerzas,

(1) Como recuerdo de dicho célebre y memorable convenio, se conservan en el Museo de Artillería la mesa y dos sillas que usaron Espartero y Moroto el 24 de agosto en su conferencia de Abadiano, base del convenio, y tres banderas entregadas por las tropas del Pretendiente: las señaladas con los números 2.594 y 2643 pertenecientes al primer regimiento de voluntarios de Navarra, y la núm. 2.580 perteneciente al 8.º

transportadas en los vapores *Hernán Cortés*, *Ulloa* y *San Quintín*, desembarcaron con gran sigilo en Puerto-Plata en la noche del 30 de agosto. Al amanecer del 31, tres columnas de ataque á las órdenes respectivamente de los coroneles D. Agustín Jiménez Bueno, D. Nicolás Argenti y D. Demetrio Quirós, todas bajo el mando del brigadier D. Blas Villate, conde de Balmaseda, se dirigieron á las trincheras y baterías enemigas, la primera por la derecha, la segunda por la izquierda y la última por el centro, mientras el general de las reservas dominicanas D. José Hungría



Agosto 31.—Sitio de Puerto-Plata.

con una cuarta columna formada por el batallón de *España*, que mandaba D. Deogracias Hevia, se dirigía por la playa á tomar la batería de Punta Cafemba, secundando con el fuego de su artillería aquel movimiento general y simultáneo, las fuerzas navales dirigidas por el capitán de fragata D. Victoriano Suances. El acierto y serenidad con que se llevó á cabo la operación, fueron coronados por el éxito más brillante y completo, pues se tomaron en la primera acometida todas las posiciones de los rebeldes, muriendo al pie de un cañón, con la mecha encendida en la mano, el general enemigo Benito Martínez, que hacía un año había desertado de nuestras filas, y se destruyeron todas las trincheras, baterías y campamentos, cogiendo seis piezas de artillería y muchos efectos que abandonaron los insurrectos en su precipitada fuga, experimentando

nuestras tropas sólo 112 bajas. El general Gándara elogia en el parte oficial el comportamiento, bizarro de todas las fuerzas, haciendo especial mención de la artillería de montaña, cuyos sirvientes llevaron á brazo las piezas por fuera de camino á todos los sitios del combate donde era necesaria su presencia, durante cuatro horas de constante trabajo por terreno muy difícil, cubierto de bosque y maleza. La expedición regresó el 1.º de septiembre á Monte Christi, quedando en Puerto-Plata la misma guarnición.

1875. **Sorpresa de Agramunt.** (GUERRA CARLISTA).—En la mañana del 31 de agosto fué sorprendida parte de la brigada Moreno Villar en Agramunt por Castells. Componíase la fuerza allí reunida, á las órdenes del coronel D. Francisco Enrile, de dos escuadrones de su regimiento (*Alfonso XII*) y dos compañías de la *Reserva núm. 31*, en total 130 infantes y 200 caballos, á cuya tropa se había incorporado á las diez de la noche anterior el escuadrón de húsares de la *Princesa* que mandaba don Francisco Jaquetot. El enemigo, cayendo repentinamente sobre los puestos avanzados, penetró fácilmente por calles y plazas en el momento que se daba el toque de botasillas, llegando hasta la del Mercadal, donde se alojaba el coronel Enrile, y los soldados liberales rompieron sin pérdida de tiempo el fuego contra los carlistas desde los edificios que ocupaban, defendiéndose vigorosamente, en especial el capitán del segundo escuadrón de *Alfonso XII* D. Rafael Peris, con los ayudantes D. Juan del Canto y D. Quintín Rubiales y siete individuos de tropa que ocupaban otra casa de dicha plaza, é hicieron una resistencia heroica, sirviéndoles de aspilleras los mismos boquetes que abrían las granadas de una pieza de artillería que batía la casa, de las que penetraron nueve dentro del edificio, llevándose á cabo otros hechos distinguidos (EPISODIOS). El combate duró más de seis horas, terminando con la retirada del enemigo, el cual no quiso esperar la llegada de las fuerzas, muy escasas por cierto, que acudían en auxilio de sus compañeros. Las pérdidas consistieron en 50 muertos y heridos, entre éstos los capitanes de las dos compañías de infantería D. Gonzalo Macías Grifián y D. Adolfo Gallardo Guerra, que en los primeros momentos de la refriega quisieron dirigirse con algunos soldados al sitio donde estaba el coronel, y el capitán del tercer escuadrón de *Alfonso XII* D. **Francisco Jiménez de la Espada** que penetró á caballo sable en mano en la plaza del Mercadal donde recibió la grave herida de cuyas resultas murió algunos días después en el hospital de Tárrega; además perdieron los liberales cinco oficiales y 111 individuos de tropa prisioneros, quedando también en poder de los carlistas

107 caballos con sus monturas y equipo, la mayor parte del escuadrón de la *Princesa*, alojado en las afueras del pueblo.

Episodios. — I. El sargento segundo de *Alfonso XII* ANTONIO URZAY ocupaba con siete soldados un edificio aislado que atacaron tres compañías carlistas. Al ver éstos el denuedo con que se defendían los cazadores, aspilleraron las tapias de las huertas contiguas y desde ellas continuaron el fuego hasta que los defensores, habiendo concluido las municiones, montaron á caballo y saliendo de pronto por la puerta se abrieron paso sable en mano, metiéndose en la población, donde continuaron la resistencia.

II. El cabo de batidores ALFONSO CÁNOVAS fué sorprendido en la casa que ocupaba, invadida por la espalda, y ya en la puerta para refugiarse en la de enfrente, no sin haber perdido un compañero, que fué muerto, recordando que su patrón, escondido entonces en la bodega, había dejado el reloj colgado en su cuarto, pensó que si se lo llevaban los carlistas podía su dueño sospechar de él, lo que trató de evitar penetrando de nuevo á viva fuerza en el cuarto para coger el reloj que entregó después á aquél.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO II

- ✦ Lámina VIII, frente á la página 9.
- Lámina IX, frente á la página 17.
- Lámina X, frente á la página 42.
- ✦ Lámina XI, frente á la página 48.
- Lámina XII, frente á la página 96.
- Lámina XIII, frente á la página 154.
- Lámina XIV, entre las páginas 268 y 269.
- Lámina XV, frente á la página 270.
- Lámina XVI, frente á la página 344.
- ✦ Lámina XVII, frente á la página 363.
- ✦ Lámina XVIII, entre las páginas 396 y 397.
- Lámina XIX, frente á la página 412.
- Lámina XX, entre las páginas 536 y 537.
- Lámina XXI, frente á la página 579.
- Lámina XXII, frente á la página 582.
- Lámina XXIII, frente á la página 600.
- Lámina XXIV, frente á la página 609.
- Lámina XXV, frente á la página 688.
- Lámina XXVI, frente á la página 713.
- Lámina XXVII, frente á la página 714.
- Lámina XXVIII, frente á la página 742.